


CIOI



EL  
EVANGELIO  
EN TRIUNFO



RA  
B2145  
.E82  
E8  
1853  
C.1

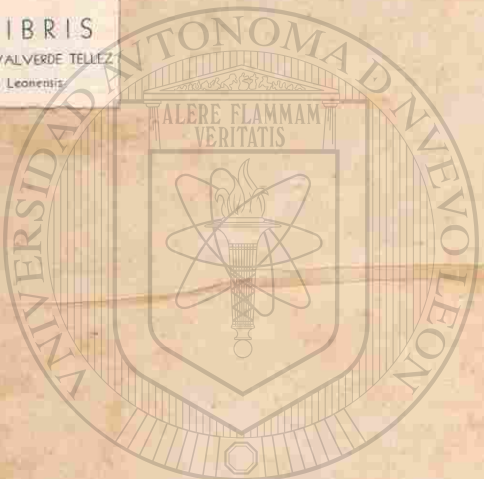
008137



EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



UANL

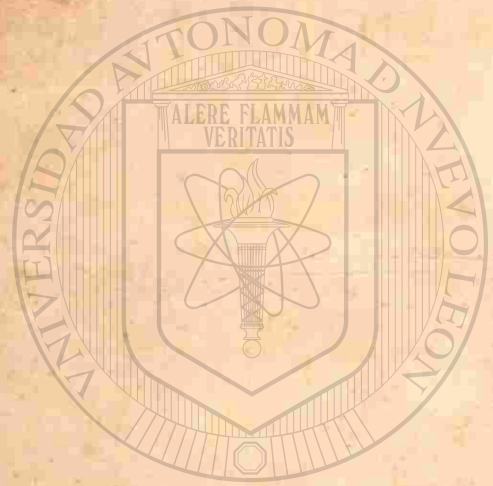
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



26  
326  
Pz

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
CAPILLA ALFONSO DE ESPAÑA  
4-21-33 MICRONALCOLO R-54



EL

# EVANGELIO EN TRIUNFO,

HISTORIA

DE UN FILOSOFO DESENGANADO.

LO PUBLICA SIMON BLANQUE



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Capilla Alfonso  
Biblioteca Universitaria

MEXICO, 1863.

Imprenta de M. Murguía y Compañía.  
Portal del Águila de Oro.

44789

9

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES  
BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE CIENCIAS EXACTAS Y NATURALES  
1958

B. 2145  
- E. 85  
# 8



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ



Capilla Mariana  
Biblioteca Universitaria

1958

44788

Imprenta de M. M. de la Cruz y Compañía  
Buenos Aires, 1958

## PROLOGO DEL AUTOR.

Un destino tan triste como inevitable me condujo á Francia; mejor hubiera dicho, me arrastró. Yo me hallaba en París el año de 1789, y ví nacer la espantosa revolucion que en poco tiempo ha devorado uno de los mas hermosos y opulentos reinos de la Europa. Yo fui testigo de sus primeros trágicos sucesos; y viendo que cada dia se encrespaban mas las pasiones y anunciaban desgracias mas funestas, me retiré á un lugar de corta poblacion.

Mi designio era ocultarme la vista de objetos tan terribles y apartarme de los peligros y de las contingencias; mi deseo, vivir ignorado, repasar en la amargura de mi corazon los dias pasados de mi vida y meditar los años eternos. Mas ¡ay! la discordia, el desorden y las angustias se habian apoderado hasta de los rincones mas ocultos, y no quedaba asilo para la paz del alma.

A pesar de la distancia y de la ausencia, mi corazon estaba continuamente destrozado. Las funestas noticias con incesante y rápido progreso se repetian y multiplicaban; los correos se atropellaban unos á otros, y todos traian nuevos motivos de asombro y de dolor.

Nos referian las sediciones, los incendios, las devastaciones y la no interrumpida efusion de sangre de que era teatro toda la nacion. Nos contaban los nuevos decretos que lo trastornaban todo, echando por tierra los establecimientos mas útiles y respetables. Lamentamos la muerte trágica del rey, la de su familia desgraciada y las de otras muchas victimas ilustres é inocentes, dignas de suerte menos desventurada.

Pero lo que acabó de colmar la medida de tantos horrores, fué el repentino abandono, la abolicion súbita y entera de la religion y de su culto. Yo ví que un dia, sin orden y por un movimiento popular que excitaron algunos impios, el templo en que habiamos derramado tantas lágrimas de compuncion y amor á los piés de Jesucristo, la iglesia en que celebráramos todos los dias los terribles misterios, fué trasformada en templo profano que llamaron de la razon.

Este abominable espectáculo no era mas que una repeticion de lo que se hacia en todas partes. Desde aquel fatal dia todos los altares de la Francia fueron despojados con violencia de las estatuas de los santos para ser consagrados á los ídolos. Marat y Pelletier ocuparon los nichos de que se sacó con oprobio á san Pedro y san Pablo. El Dios de los cristianos y sus ministros fueron arrojados del sagrado recinto; y en vez de los himnos religiosos que se

003137

entonaban al Dios de los ejércitos, no se escucharon ya mas que cánticos profanos, cantares líbricos . . . en fin, las casas de oracion se convirtieron en teatros inmundos destinados á fiestas sacrílegas y obscenas.

¿Quién podía imaginar que en una nacion de las mas ilustradas se pudiese ver trastorno tan horrible? ¿qué se hallasen en ella tantos individuos que á la voz de algunos incrédulos se prestasen con tanto furor á tal extremo de iniquidad? ¿qué la masa del pueblo mas numerosa y menos corrompida viese casi con indiferencia ultrajar una religion santa y antigua, la misma que despues de tantos siglos habian abrazado sus mayores? Esto parece increíble; pero lo cierto es que el movimiento fué tan violento y general, que las muchas almas religiosas que lloraban en secreto insultos tan execrables, no pudieron resistir á este torrente de depravacion.

No era difícil conocer, que la causa de todo esto era el funesto influjo de los modernos sofistas. Muchos años antes con la licencia de los escritos se habia multiplicado el número de sus sectarios; sobre todo entre las gentes de cierta clase, que con mas fortuna y otra educacion, querian vivir á gusto de sus pasiones, y aspiraban á distinguirse por opiniones atrevidas. Pero aunque esta fuese la causa principal, yo creí descubrir otra mas inmediata en la ignorancia de los pueblos. Poco instruidos en su religion, nada enterados de los fundamentos que persuaden su divinidad, miraban con cierta indiferencia los graves daños que se le hacian.

En la viveza de mi dolor yo acusaba al gobierno de haber dejado propagar esta secta impia y destructora; me quejaba del clero, que no conoció el peligro ó no supo á tiempo tomar medidas eficaces para precaverle; me consternaba al ver que la muchedumbre por ignorancia y por no tener una idea viva y segura de la verdad de la religion, la dejaba envilecer, y sufría con frialdad la cesacion de todo culto sin presentar la menor oposicion á excesos tan horribles, y empecé á sentir que falta era la de no haberla instruido y qué riesgo corren las demás naciones que no lo están.

Pero lo que me sorprendió mas que todo, es que yo mismo considerando los medios de mejorar esta tan importante, ó para decirlo mejor, la única parte esencial de la instruccion pública, no pude encontrar entre los libros que conozco, uno á mi satisfaccion, que por sí solo pudiese dar una idea completa del sublime plan del cristianismo, enseñando al mismo tiempo las innumerables pruebas que demuestran con evidencia su verdad.

No ignoraba que todas las naciones cristianas tienen sus catecismos, y que entre ellos hay muchos excelentes. Habia leído el de Trento y otros; pero esto no me bastaba, porque estas admirables instrucciones enseñan lo que se debe creer, pero no enseñan con la extension que exigen las circunstancias de estos tiempos calamitosos, la razon por qué se debe creer; esto es, no explican los motivos de nuestra creencia, ni exponen las razones evidentes y los incontrastables fundamentos en que estriba la religion cristiana y que convencen de su divinidad y certidumbre.

Tampoco ignoraba que hay muchos libros en que pueden aprenderse estos puntos, y que los hombres instruidos los conocen; pero no se me ocultaba que los que los saben, no han podido adquirir este conocimiento ilustrado de su fe sino con mucha aplicacion y estudio; que el pueblo no tiene tiempo ni proporciones para hacerlo, y que si se desea que aprenda los fundamentos de su religion, es menester recogerlos y ponérselos en la mano, dándoselos en un libro

conciso, con un método claro y en estilo simple y proporcionado á su inteligencia.

Este debia en mi juicio ser un libro clásico, elemental, que era menester propagar en todas las clases del Estado hasta llegar al pueblo. Me parecia que si todos estuvieran persuadidos por convencimiento íntimo de que la religion viene de Dios, no solo su fe seria mas viva y constante, no solo sus costumbres serian mejores, sino que no seria tan fácil desquiciarlos de su creencia en las turbaciones inseparables de la inconstancia de las cosas humanas. Si el pueblo francés hubiera estado mas instruido de la verdad de su religion, la falsa filosofia no hubiera hecho tantos progresos, ó á lo menos hubiera encontrado una gran resistencia á sus insultos.

Pero si este libro existe, ¿cómo ó por qué no está en mano de todos? Y si no existe, ¿cómo los que por interés ó por amor desean que la religion se conserve, no se apresuran á producirle y propagarle? ¿No es ya tiempo de precaver peligro tan horrible? ¿no estamos en el caso de que se tomen las medidas mas eficaces? Hubiera dado mi vida por tener las luces y el talento suficientes para formar un libro tan precioso, tan necesario y que consideraba como el mejor preservativo; pero esta empresa tan fácil para otros era muy superior á mis alcances.

La Francia estaba entonces cubierta de terror y llena de prisiones. En ella se amontonaban millares de infelices, y los preferidos para esta violencia eran los mas nobles, los mas sabios, ó los hombres mas virtuosos del reino. Yo no tenia ninguno de estos títulos, y por otra parte esperaba que el silencio de mi soledad y la oscuridad de mi retiro me esconderian de tan general persecucion; pero no fué así. En la noche del 16 de abril de 1794, la casa de mi habitacion se halló de repente cercada de soldados, y por orden de la junta de seguridad general fué conducido á la prision de mi departamento.

En aquel tiempo la prision era el primer paso para el suplicio. Procuré someterme á las órdenes de la divina Providencia; pero mientras llegaba el término fatal, buscaba algun objeto en que ocuparme: el tiempo es siempre largo en una prision, y la ociosidad le haria eterno. Lo primero que me presentaba mi imaginacion, era este libro necesario; pero pobre de mí ¿qué podía hacer yo? viejo, secular, sin mas instruccion que la muy precisa para mí mismo, y encerrado en una cárcel, con pocos libros que me guiasen y ningunos amigos que me dirigiesen.

Buscaba otras ideas; pero como el enfermo que sufre algun dolor por mas que para divertirse piense en otros objetos no puede olvidar lo que le aflige, así volvía yo al deseo que me atormentaba. La obrita del abate Lamourette que yo tenia á la mano, al mismo paso que me daba algunas ideas para ejecutar mi pensamiento, encendia mas mis deseos; pero el cielo, que favorece las buenas intenciones, dispuso que en la misma prision tuviese en mis manos un manuscrito que contenia la historia reciente de un filósofo muy conocido, en una serie de cartas escritas por él mismo y por algunos de sus amigos. Este era un hombre que no dejaba de tener algun talento y que nació con muchos bienes de fortuna; pero habiendo recibido en su niñez la educacion ordinaria, habia aprendido superficialmente su religion, no la habia estudiado despues, y en su edad adulta casi no la conocia, ó por mejor decir, solo la conocia con el falso y alambuzoso semblante con que la pinta la iniquidad sofística.

Era consiguiente que se dejase alucinar con sus delirios y que se abandonara

ra largo tiempo á sus pasiones. Un infortunio le condujo á donde pudiese escuchar las pruebas que persuaden su verdad, y á pesar de su oposicion natural, y lo que es mas, de sus envejecidas malas costumbres, no pudo resistir á su evidencia; y después de quedar convencido, tuvo valor, con la asistencia del cielo, para mudar sus ideas y reformar su vida.

No me fué posible desconocer la mano de la Providencia, que en aquellas circunstancias me ofrecia mas de lo que yo deseaba, pues aquel manuscrito no solo expone las pruebas fundamentales de la religion que desengañaron y convencieron al filósofo, sino que este puso en práctica los medios que la misma religion enseña para recobrar la gracia, y se aplicó en los últimos años de su vida á juntar con las virtudes cristianas el ejercicio de las civiles y el desempeño de todas las obligaciones de su estado: así pues, su conducta ofrece ejemplos muy útiles y saludables para todas las situaciones de la vida.

Parecióme tambien que este método histórico tenia la ventaja de exponer la instruccion sin el tono frío y dogmático que desagrada tanto al que no la busca. Es difícil que un ánimo pervertido se entregue á la lectura de un tratado didáctico que no esconde su pretension de enseñar y convertir; pero una historia, que no pretende mas que contar, sostenida con los hechos y animada con los diálogos, puede tal vez despertar la curiosidad, interesar á los lectores y aficionarlos á su doctrina.

Lo que sobre todo me animó, fué la conformidad de nuestras ideas en la necesidad de que se instruya mejor á los pueblos y se les entere de la certidumbre y divinidad de su religion; y recibí mucha complacencia cuando lei los medios prácticos que aconseja á los príncipes, al clero, á los predicadores, universidades y padres de familia de las naciones cristianas, para que se reunan y contribuya cada uno eficazmente con los medios mas activos á la propagacion de una enseñanza tan importante á la felicidad de todos.

Comprendí, pues, que podia ser útil la publicacion de estas cartas, especialmente en España, donde el cristianismo tiene su mejor trono. Esta nacion generosa abunda de ingenios superiores, que á los ejercicios prácticos de la religion, juntan todas las luces para escribir este libro necesario, y ella misma se compone de un pueblo que es cristiano desde la cuna y religioso por instinto y por ejemplo. Me pareció que le recibiria con gusto y con respeto, y que entonces añadiendo un convencimiento ilustrado á la natural solidez y constancia de su carácter, sabria sostener y conservar su culto, aun en medio de los trastornos que pudiera acarrear la vicisitud de las cosas humanas, ó por decirlo mejor, su instruccion impeliria y cortaria de raíz semejantes turbaciones.

Con estos deseos y estas esperanzas me dediqué á poner estas cartas, persuadido de que pueden ayudar al fin que me propongo, y cuando menos excitar á otros á mejorar mi pensamiento. Yo no tengo la ridícula mania de autor; lo que deseo únicamente es ser útil, y por eso he ingerido en ellas algunos pasajes del libro ya citado. Yo no aspiro sino á hacer conocer la solidez y la hermosura de la religion á una nacion que amo, y me parece que este es el mejor camino para precaverla de los prestigios de la política destructora de nuestros dias. Por otra parte, creo que pueden ser útiles á toda especie de lectores, porque los principios y máximas que se siembran en ellas, se derivan de la fuente pura del Evangelio; y el agua que mana de este divino manantial, es necesariamente saludable, es la única corriente en que el alma puede beber los bienes de

que el hombre es capaz en la tierra, la paz del corazón y el reposo de la conciencia.

Estas memorias contienen tres partes: la primera es el tiempo de las ilusiones del filósofo, sus disputas con un eclesiástico docto y piadoso, y al fin su convencimiento. En ella se exponen los sofismas de la falsa filosofía, las respuestas del eclesiástico y las incontrastables pruebas con que este le convence de la divinidad de la religion. Esta parte debe aprovechar á todos, porque los que la saben pueden refrescar las especies y tendrán aquí reunido lo que les será preciso buscar en muchos libros; los que las ignoran las aprenderán fácilmente y tendrán el inefable consuelo de saber (que es la mejor manera de creer) que la religion en que viven viene de Dios, y que le deben el inapreciable beneficio de conducirlos por el verdadero camino de la felicidad.

Mientras se hagan otros libros elementales y mejores, considero serán útiles estas cartas, y aun después de hechos siempre lo serán á cierta clase de gentes.

La segunda contiene lo que hizo el filósofo por consejo del eclesiástico para salir del abismo y entrar de nuevo en el buen sendero. Esto no puede dejar de ser útil tanto á los que quieren volver de la incredulidad á la fe, como á los que deseen reformar sus costumbres y empezar una vida cristiana.

La tercera expone lo que practicó el filósofo para desempeñar el cumplimiento de las obligaciones propias de su estado y el ejercicio de las virtudes civiles. Como era hombre rico, que por su nacimiento tenia una casa que gobernar, hijos, tierras y vasallos, le fué preciso ocuparse en cumplir con la administracion de todos estos cargos. Sus ejemplos pueden ser útiles á los que se hallan en las mismas circunstancias, mostrándoles el uso que deben hacer de sus bienes, y esta parte no es la menos importante, porque si los mas distinguidos de un Estado practicaran las virtudes que su situacion les permite y que la religion les prescribe, estimularian con su buen ejemplo todas las demás clases.

En estas memorias pueden ver que un hombre que nació con talento y muchos bienes de fortuna, mientras fué incrédulo y se abandonó á sus pasiones, fué malo, despreciable y no solo infeliz, sino que hacia tambien infeliz á cuanto dependia de él ó le rodeaba; pero que desde que tomó por regla al Evangelio, se trasformó en un filósofo justo, amable, útil en todo para todos, que no solo consiguió ser feliz él mismo, sino que hacia felices á cuantos estaban en la esfera de su influencia; y que se le vió tan buen ciudadano, tan buen padre y tan buen amo, como habia sido malo cuando le gobernaba la filosofía del siglo: de modo que hallarán reunida la fuerza de la razon con la prueba práctica de la experiencia.

Bien sé que la incredulidad es una enfermedad terrible que resiste á todos los remedios; que el amor propio, el deseo de mostrar valor, el orgullo de manifestar un espíritu superior al vulgar, atropellan todas las fuerzas de la razon y hacen cerrar los ojos para no ver la luz; pero estas memorias les podrán mostrar que no hay honor ni buena filosofía en la incredulidad; que todo hombre de buen carácter, de juicio sano y de corazón honrado debe amar y respetar el Evangelio; debe desear su propagacion, y que su moral justo, dulce y razonable sea la regla de gobierno para todos los hombres; que todo el cuerpo de su religion y de su doctrina es la filosofía mas sana, la mas elevada y la mas útil; en fin, la única que puede hacer felices á los mortales, aun mientras habitan en la mansion transitoria de la tierra.

Estas memorias deben advertir á los pueblos del peligro á que se exponen si dan oídos á esas sirenas seductoras; deben despertar á los soberanos haciéndoles ver que no puede ser estable ni tranquila la duracion de sus imperios si no preservan á sus pueblos de este fatal contagio, y que el mejor preservativo es extender en ellos la instruccion y el estudio sólido y convincente de la verdad de la religion.

Ellas les harán conocer que la firmeza de los gobiernos, la respetuosa obediencia de los vasallos y la felicidad de todos depende del amor y respeto que se tiene á la religion, y que estos sentimientos no pueden nacer en los corazones cuando su fe es incierta, vacilante y poco segura, pero que la persuasion de la verdad del cristianismo y la adhesion á sus máximas cuando se siguen con la exactitud de su pureza primitiva, son el resorte mas seguro, el impulso mas poderoso que puede dirigir un *corazon*. En fin, verán que la incredulidad todo lo atropella y trastorna, pero que tambien la supersticion todo lo corrompe y envilece, y que solo el Evangelio es la regla que puede producir la felicidad universal.

Los incrédulos verán tambien en ellas que se engañan mucho cuando imaginan que el medio de ser felices en la tierra es sacudir la fe, para sacudir con ella la severa ley del Evangelio. Que lean y vean la diferencia del filósofo incrédulo al filósofo cristiano; que aprendan allí que aquel que por huir de las amenazas de la religion busca en la incredulidad un sosiego que no le puede dar, se hace mucho mas infeliz que aquel que por contentar sus pasiones se deja seducir por los halagos de una falaz filosofia, acumulando errores y delitos, no hace mas que cercarse de angustias y terrores; y que solo aquel que se echa en los brazos de la religion puede encontrar en ellos el sosiego del espíritu, la paz del alma y la dulce satisfaccion que dejan la practica de la virtud y el ejercicio de la caridad!

Si por su dicha pudieren hallar en ellas la persuasion de estas verdades, tambien hallarian los medios para salir del abismo. El modelo del instruido y fervoroso director que les proponen, les enseñaria á buscar otro semejante que los pusiera en el mismo camino.

Estas son las intenciones que hacen publicar este libro, que además de ser verdaderamente filosófico, levanta el alma á los objetos sublimes de la religion, y en su contexto las luces de la sana razon, de la buena filosofia y la experiencia fortifican las consideraciones de la fe, la voz de la naturaleza se junta con la del Evangelio para convencernos de lo que el universo entero nos predica; esto es, que nosotros existimos cuando el mismo universo dejará de existir.

Me parece que en él se exponen el espíritu y la doctrina de la fe con bastante profundidad, para que no la deban desdeñar los que quieren hallar en todas las luces de la filosofia y de la razon; y que los puntos principales del cristianismo están presentados con la severidad y exactitud que requiere el carácter crítico y dificultoso del siglo.

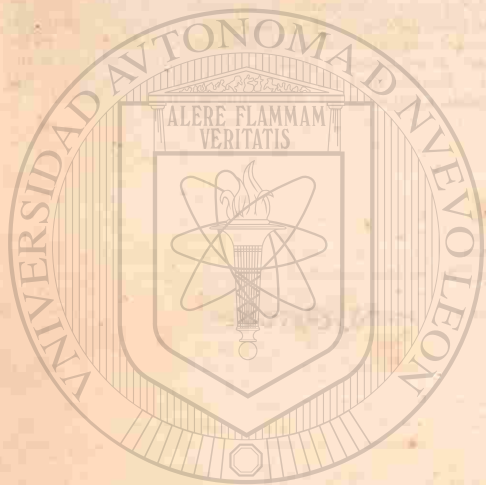
Como no se habla en él sino de la doctrina del Evangelio, y que es imposible exponerla sin recordar los indelebiles y primordiales principios de la razon, es preciso que se halle en él la sola filosofia verdadera, la única útil, la que solo puede alumbrar nuestra ignorancia y consolar nuestra miseria.

En una palabra, este libro me parece edificante, pero sin soltar un momento la razon de la mano; devoto pero sin dejar jamás de ser filosófico. El cristiano sencillo le encontrará sólidamente religioso, y los que se precian de críti-

ca y buen gusto podrán mirarle como una produccion razonable y provechosa; por lo menos podrá servir de estímulo para que otros conociendo la importancia, le mejoren.

Así, á pesar de los defectos que puede tener en su forma y estilo, estoy seguro de que su lectura puede ser útil á muchos; porque este libro no hace otra cosa que aclarar y extender los pensamientos del libro que nos vino del cielo, del mejor libro que ha caido en las manos de los hombres, de aquel libro en que Dios nos dictó nuestras obligaciones y nos reveló los destinos futuros; de aquel libro que llena el corazon de luces y de esperanzas; del Evangelio, en fin, que contiene el arte de ser felices en la tierra, y que enseña á adquirir la gloriosa inmortalidad. ¡Dichoso yo si con tan ligero trabajo consigo propagar verdades que desengañen á algunos y que hagan á otros virtuosos y felices!





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA  
DIRECCIÓN GENERAL

## INVOCACION.

¡Oh Dios del tiempo y de la eternidad! Tú eres el solo que existe por sí mismo; tú eres el único que es grande y excelente por su propia naturaleza; tú eres la fuente incorruptible de donde se deriva todo lo bueno, verdadero y útil; el manantial inagotable de lo que merece ser deseado en la tierra y en el cielo. ¡Con qué placer, con qué delicia mi alma te reconoce, te admira y adora, como la única fuerza que sostiene el universo, como la única sabiduría que regula sus movimientos, como el solo fanal que ilumina mis tinieblas, mostrándome el último destino de mi existencia, y enseñándome el uso de los bienes y males de esta vida!

¡Oh Dios mío! eterno y soberano principio de todas las inteligencias, ¡qué consuelo siento mi corazón cuando postrado ante el trono de tu inmensa Majestad, reconoce el divino seno de que has salido, y cuando considera que presto volverá a unirse con él, sumergiéndose en el insondable piélago de tus esplendores y tu gloria!

¿Qué, ¡mi Dios? ¿yo seré eterno como tú? ¿tú eres la medida interminable de mi duración y el modelo de mi existencia? ¿no es delirio de mi orgullo, que yo nací destinado á vivir contigo aun después de la ruina de los imperios, de la destrucción de las grandezas, de la aniquilación de las pasiones, de la extinción de los astros, y cuando ya toda esta máquina visible haya vuelto á entrar en la noche tenebrosa de su destrucción? ¿Es verdad que á pesar de todas las vicisitudes con que tu providencia puede probar mi vida, si me mantengo constante en amarte y servirte, me veré irrevocablemente incorporado en la sociedad de tu reino y de tu gloria? ¿Qué pensamiento! ¡qué esperanza!

¿Dónde estás, hombre, cuando no estás contigo mismo, cuando buscas otra gloria que tu propia grandeza? ¿Qué puedes encontrar fuera de tí que valga más que lo que puedes ser? ¿de qué te aprovecha esa inquietud de tu imaginación, esa turbación de pensamientos, esa infatigable variedad de deseos? ¿qué puede ganar tu corazón con todo ese estruendo de tu orgullo? ¿qué esperas hallar en esos espacios en que corres siempre vago y nunca satisfecho?

Si quieres ser feliz, busca á tu Dios, que nunca está lejos de tí. Toda la naturaleza te lo muestra, toda ella canta su santo nombre; pero tú no lo escuchas porque el tumulto

de tus pasiones te ensordece. Desciende á tu corazón, allí habita y allí te hablará con mas intimidad; pero tú no puedes oírle, porque siempre andas huyendo de tí mismo. Sus incesantes dones te indican la mano de donde vienen; esa vida en que te desconoces te prueba su amor, pues que te la conserva. Tú duermes tranquilo, reclinado en su seno paternal; pero olvidando la mano protectora que te sostiene, te entregas á los delirios de sueños engañosos que te halagan con tan falsas ilusiones.

Una flor te interesa, la amenidad de un campo te complace, todo lo ingenioso te admira, todo lo hermoso te agrada, y tú atento y curioso todo lo reconoces, todo lo examinas; lo único que se te esconde, es el gran poder que ha sabido criarle. Pareces que la misma hermosura de los objetos es el velo que te encubre la mano que los hizo; porque detenido en el embeleso con que los gozas, te olvidas de su autor; la luz que debía alumbrarte es la que mas te ciega; fijas los ojos en los beneficios y nunca los levantas para reconocer al bienhechor. ¡Deplorable mortal! tú no ves mas que fantasmas, y sola la verdad te parece ilusión.

¡Desdichado de tí! pues esclavo de tus errores y abandonado á tus sentidos, vives sin Dios, sin esperanzas ni consuelos. ¡Oh Dios mio! ¡dulce Dios! ¡dichoso únicamente el que te adora y busca! ¡Mas dichoso el que te halla, cuando tu blanda mano enjuga su amoroso llanto y le llena el pecho de ardores fervorosos! ¡Pero cuál será aquel día sin noche en que tu luz indeficiente brille á nuestros ojos é inunde nuestros corazones con el torrente de sus delicias inefables? ¡Dios de bondad! mis entrañas se estremecen con tan sublimes esperanzas, y mi alma exclama en el ardor de sus deseos: ¡quién como tú, Dios mio?

Tú, Señor, me has inspirado á hablar de tí y de las riquezas de tu gracia; tú sueles mostrar el poder de tu influjo en la debilidad del instrumento; tú sabes el motivo que dió impulso á mi celo; penetrame pues de tu ardor divino; préstame tu auxilio para que pueda mostrar tu luz á los ojos débiles que se deslumbran con los mismos resplandores de la fe, para que desangañe á los incautos, que con afán inútil y penoso buscan una felicidad que no pueden hallar fuera de tí, y para que descubra á todos la abundancia, la santidad y la dulzura que encierra tu bondad en los tesoros de la santa religión.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA



DIRECCION GENERAL

## CARTA I.

### EL FILOSOFO A TEODORO.

Amigo mio. Apenas llegué á esta casa después de una muy larga ausencia, cuando me entregaron una cartita muy estraña. ¡Qué vivas y diferentes impresiones ha producido en mí casual! ¡Cuántos recuerdos he hallado! pero ¡ay! cuántas memorias dolorosas! Si, las ideas de nuestra dulce patria, y sus antiguos usos, nuestra cristianidad, me han despertado las sensaciones mas dulces y queridas. ¡Oh! que ermoso y varcoso ha sido lo recordamiento de mi patria con la memoria de tantos otros como he visto enojados, ocupados en sus delicias, cuyo recuerdo me causa horror, y de que quisiera veria tan arrebatado como yo lo estoy.

Esto entó debe parecerse muy extraño, y quizá pueda la primera sorpresa, te reír, me creería en delirio y me vería en lástima. No esperabas seguramente que te hallaras así el ejemplo, el compañero y aun caudillo de nuestra desordenada conducta. Digo el caudillo, porque aunque todos los amigos que formábamos nuestra desordenada sociedad, hemos vivido hasta aquí sin regla ni rancos, habiendo perdido toda idea de religión, todo temor de Dios, y atropañar mas que en satisfacer á nuestras pasiones y sentidos, debo confesar que Manuel y yo éramos los peores entre todos, y los dos tiranos, dignos de ser los líderes de la banda, éramos los mas locos en inventar ideas risueñas, que cuando eran mas deliriosas nos parecían mas deliciosas; en fin, éramos los mas impíos, los mas disolutos y atrevidos, que proponiendo, alentando y haciendo ejecutar los mas horrores y excesos.

Delito debo sorprenderte que este hombre, tu amigo desde la niñez, que conoces tanto, que has sido testigo y que has sufrido de su disolución y su impiedad, que ahora te neceso te persiga para acabar de corromper y arruinar al alma sencilla de los que lo conocen, pueda en tan corto intervalo haberse mudado tanto, que se atreva á escribirte en un lenguaje, que á no ser tan serio sería ridi-

culo, y que aun pueda parecerle tal porque todavía estás en contacto con las ideas del mundo y sus errores.

Tero ¡ay, amigo! en el corto intervalo de estos tres meses, en que tu me has visto, yo he visto mucho, yo he sido mucho. He corrido países inmensos, he viajado por tierras altísimas, he atravesado algunos desconocidos, he descendido al inferno, he subido al cielo, y por fin he hejido por las inmensurables regiones que empiezan con el tiempo y acaban por esconderse en la eternidad. Teodoro mio, ¡cuántas cosas he aprendido, que ignora! ¡de cuántos errores he salido! ¡cuántas ilusiones y extravíos de mi espíritu se han disipado! ¡cuántas tinieblas que me tenían ciega el alma, han desaparecido! ¡cuántas nuevas verdades he visto! No me figuro hallarme como un hombre que después de haber pasado una larga vida en una caverna oscura, de repente se ve al sol, y de repente se ve al cielo. ¡Ah, Teodoro! si supieras por qué medios, por qué vicia me ha conducido la Providencia á esta región de luz y felicidad que me era tan desconocida, ¡cómo admirara las divinas misericordias, y cómo podría ser que á pesar de la seguridad en que vives, quisieras aprovecharte de ellas.

Pero, amigo, no te conatiere ahora en estado de entender, y menos de gustar la mayor parte de las verdades saludables con que se ha dignado el cielo ilustrarme; espero que algún día llego el momento de piedad que te reserva. Cuando su bondad se ha compadecido de mí, el por de las hombrías, espero volveré tambien á tu comarca, me due malo que el mio; pero mientras llega este día de misericordia que yo imploro en tu favor, quiero proponerte una verdad sola, porque es mas proporcional á tu situación y mas conforme al deseo inquieto con que me tejió; mas que sea fútil, si, Teodoro, tú, Manuel, yo, como se comparten nuestra sociedad, y estas hombrías elegos son esclavos de sus pasiones, se venza la satisfacción que pro-

de tus pasiones te ensordece. Desciende á tu corazón, allí habita y allí te hablará con mas intimidad; pero tú no puedes oírle, porque siempre andas huyendo de tí mismo. Sus incesantes dones te indican la mano de donde vienen; esa vida en que te desconoces te prueba su amor, pues que te la conserva. Tú duermes tranquilo, reclinado en su seno paternal; pero olvidando la mano protectora que te sostiene, te entregas á los delirios de sueños engañosos que te halagan con tan falsas ilusiones.

Una flor te interesa, la amenidad de un campo te complace, todo lo ingenioso te admira, todo lo hermoso te agrada, y tú atento y curioso todo lo reconoces, todo lo examinas; lo único que se te esconde, es el gran poder que ha sabido criarle. Pareces que la misma hermosura de los objetos es el velo que te encubre la mano que los hizo; porque detenido en el embeleso con que los gozas, te olvidas de su autor; la luz que debía alumbrarte es la que mas te ciega; fijas los ojos en los beneficios y nunca los levantas para reconocer al bienhechor. ¡Deplorable mortal! tú no ves mas que fantasmas, y sola la verdad te parece ilusión.

¡Desdichado de tí! pues esclavo de tus errores y abandonado á tus sentidos, vives sin Dios, sin esperanzas ni consuelos. ¡Oh Dios mio! ¡dulce Dios! ¡dichoso únicamente el que te adora y busca! ¡Mas dichoso el que te halla, cuando tu blanda mano enjuga su amoroso llanto y le llena el pecho de ardores fervorosos! ¡Pero cuál será aquel día sin noche en que tu luz indeficiente brille á nuestros ojos é inunde nuestros corazones con el torrente de sus delicias inefables? ¡Dios de bondad! mis entrañas se estremecen con tan sublimes esperanzas, y mi alma exclama en el ardor de sus deseos: ¡quién como tú, Dios mio?

Tú, Señor, me has inspirado á hablar de tí y de las riquezas de tu gracia; tú sueles mostrar el poder de tu influjo en la debilidad del instrumento; tú sabes el motivo que dió impulso á mi celo; penetrame pues de tu ardor divino; préstame tu auxilio para que pueda mostrar tu luz á los ojos débiles que se deslumbran con los mismos resplandores de la fe, para que desangañe á los incautos, que con afán inútil y penoso buscan una felicidad que no pueden hallar fuera de tí, y para que descubra á todos la abundancia, la santidad y la dulzura que encierra tu bondad en los tesoros de la santa religión.

## CARTA I.

## EL FILOSOFO A TEODORO.

Amigo mio. Apenas llegué á esta casa después de una muy larga ausencia, cuando me entregaron una carta tuya muy estraña. ¡Qué vivas y diferentes impresiones ha producido en mí casual! ¡Cuántos recuerdos he hallado! pero ¡ay! cuántas memorias dolorosas! Si, las ideas de nuestra dulce amistad, las antiguas costumbres cristianas, me han despertado las sensaciones mas dulces y queridas. ¡Oh! que crecidos y varados han sido los recuerdos de mi corazón con la memoria de tantos años como he vivido en el mundo, ocupado en los negocios, cuyo recuerdo me causa horror, y de que quisiera veria tan arrebatado como yo lo estoy.

Esto entó debe parecerse muy extraño, y quizá pueda la primera sorpresa, te reír, me creería en delirio y me vería en lástima. No esperaba seguramente que te hallase así el ejemplo, el compañero y aun caudillo de nuestra desordenada conducta. Digo el caudillo, porque aunque todos los amigos que formábamos nuestra desordenada sociedad, hemos vivido hasta aquí sin regla ni rancos, habiendo perdido toda idea de religión, todo temor de Dios, y atropañar mas que en satisfacer á nuestras pasiones y sentidos, debo confesar que Manuel y yo éramos los peores entre todos, y los dos tiranos, dignos de ser los señores de la banda, éramos los mas locos en inventar ideas risueñas, que cuando eran mas deliriosas nos parecían mas deliciosas; en fin, éramos los mas impíos, los mas disolutos y atrevidos, que proponiendo, alentando y haciendo ejecutar los mas horrores y excesos.

Delito debo sorprenderte que este hombre, tu amigo desde la niñez, que conoces tanto, que has sido testigo y que has participado de su impiedad, que ahora tres veces te presentas para hablar de su arrepentimiento y ora el mismo socialista de los que lo condenan, pueda en tan corto intervalo haberse mudado tanto, que se atreva á escribirte en un lenguaje, que á no ser tan serio sería ridi-

culo, y que aun pueda parecerle tal porque todavía estás en el mundo con las ideas del mundo y sus errores.

Tero ¡ay, amigo! en el corto intervalo de estos tres meses, en que tu me has visto, yo he visto mucho, yo he sido mucho. He corrido países inmensos, he viajado por tierras altísimas, he atravesado algunos desconocidos, he descendido al inferno, he subido al cielo, y por fin he bajado por las inmensurables regiones que empiezan con el tiempo y acaban por cesar en la eternidad. Teodoro mio, ¡cuántas cosas he aprendido, que ignora! ¡de cuántos errores he salido! ¡cuántas ilusiones y extravíos de mi espíritu se han disipado! ¡cuántas tinieblas que me tenían ciega el alma, han desaparecido! ¡cuántas nuevas verdades he visto! No me figuro hallarme como un hombre que después de haber pasado una larga vida en una caverna oscura, de repente se ve al sol, y al momento se ve al mundo. ¡Ah, Teodoro! si supieras por qué medios, por qué vicia me ha conducido la Providencia á esta región de luz y felicidad que me era tan desconocida, ¡cómo admirara las divinas misericordias, y como podría ser que á pesar de la seguridad en que vives, quisieras aprovecharte de ellas.

Pero, amigo, no te conatiere ahora en estado de entender, y menos de gustar la mayor parte de las verdades saludables con que se ha dignado el cielo iluminarme; espero que algún día llego el momento de piedad que te reserva. Cuando su bondad se ha compadecido de mí, el por de las hombrías, espero volveré tambien á tu compañía, me duele mucho que el mío, pero mientras llega este día de misericordia que yo imploro en tu favor, quiero proponerte una verdad sola, porque es mas proporcional á tu situación y mas conforme al deseo inquieto con que me tejió; mas que ser filósofo, si Teodoro, tú, Manuel, yo, como se comparten nuestra sociedad, y como hombres sencillos en esclavos de sus pasiones, se ven en la satisfacción que pro-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA



DIRECCION GENERAL

dicen los placeres sino porque imaginan hallar en ella la felicidad. Pero cuánto se engañan y qué presto miran que nuestros instantes...

Nuestros brazos nacidos con sencillos vivos, con sencillas anhelos y modos de sentirse impresionados. La naturaleza nos dio de sus regalos...

Para que nada se oponiera a nuestro deseo de estar en calma, con valor atropello, adaptar esta filosofía terrenal, que poro dependemos de toda inquietud...

Entramos pues en cuenta con nuestros mismos y con nuestros mismos largos experimentos. Ya he pasado ya la mayor parte de mi vida...

Avería tantas veces en la contemplación de nuestro corazón y para que ninguna amargura no se pudiese trazar, blasfemando deslucimos los ojos a los cielos...

Así pues, si los placeres fueran el camino de encontrar la felicidad, pocos mortales habrían podido hallarla...

admiramos el resplandor de mi existencia, la suavidad de mi felicidad, la riqueza de mis emociones, la abundancia de mi vida...

Rátemos, aunque me, yo no podía conocer por qué los placeres del mundo, lejos de conducir al alma, producen en ella solo vacío...

Esto es un efecto de mi miseria; porque mientras no llega el día del irreparable desengaño y cuando con la vida deja abierta la puerta al arrepentimiento...

Ad, Teodoro, te lo confieso a ti mismo si quieres permitirme que escriba. Todo lo que hay en mí, todo lo que pienso...

Salomon había gozado de una delicia que tú podrías haber disfrutado, mientras niño y poderoso...

Estos son bien, Teodoro, al escribir, la especie de la tentación de esta felicidad que puede presentarse a nuestros ojos...

(1) Sep. III, II. (2) Erel. II, II.

Solo puede ser feliz el que en sí mismo lleva el manantial de sus placeres; el que sin desear que le inquieten ni remolvidos que le asijan...

Por el contrario, los idolatras del mundo y sus placeres, como están desprovistos de fuerzas y recursos propios...

Muy infeliz es el que emplea precauciones tan extrañas para considerarse a sus mismos ojos...

Esto es muy cierto, Teodoro, y si tú hasta ahora no has conocido la triste suerte de los que se llaman dichosos...

Esto sea lo que por mí pasaba, y ni siquiera percibía la degradación extrema a que el desorden de los sentidos me llevó...

Mi vida pasada era un estudio acalorado de vanidades y delicias, un papel fastidioso de ostentación y orgullo...

intolerante hasta a mí propios dependientes. Mis sentidos estaban condenados a esperar las caricias del viento...

Ve aquí mi retrato, querido y temo en parte sea también el tuyo. No es mucho que se parezcan los efectos cuando son tan parecidas las causas...

Pero aun hay más, porque ignora pudo responderle de que envejeciera; ¿quién puede determinar el intervalo que separa el momento de su último suspiro?

¡Oh muerte! que amarga es tu memoria al que no poseo en tu memoria sino en los tesoros y placeres...

Dime, Teodoro, ¿no oyes algunas veces esas palabras melancólicas que desde las torres de los templos se escuchan en los aires...

Observa cómo estos monjes de manto que nos visitan continuamente del santuario, nos reducen con su triste alocución la fragilidad y la inconstancia de la vida...



ra que me indicaba. Esto pasó entre nosotros sin que nadie lo percibiese.

Fuimos al casa y nos puso en el lecho. Participo de mis excozas, mi cuerpo necesitaba del natural desahogo; pero á pesar de que la noche precedente la había pasado en translocada, la impertinencia de mis reflexiones llegó al punto de mis ojos. No se era posible ni descansar mis miembros ni asegurar mi espíritu. Me affligió considerar que aquel excozar podría quitarme la proporción de ir al otro día en casa de Manuel e impedir una oración tan deseada, tan preciosa, y que era entonces el más indolente objeto de mis deseos.

Preveía los riesgos de mi desafío en un tiempo en que el gobierno procuraba exterminación con la mayor severidad. No podía darme cuenta que el extranjero estaba bien visto y que tenía muchos amigos y partidarios, ni consideraba la idea de que yo sin bastante motivo había sido el agresor, que mi diez años de patria y mi mal humor eran la única causa de mi impertinencia, y que todos los que estaban en el juego eran amigos y podían disponer de mi acero y de mi moderación.

Estas consideraciones me tenían inquieto y descomulgado. No tenía las resacas del lance, ni superioridad en la cegreza me daba confianza en la destreza de mi brazo, pero ya podía ocurrirme los muchos peligros á que me exponía, y lo peor era que no había remedio, pues era indispensable avanzarme á todo. Lo único que mis propósitos era volverme de mi habilidad para desarmar sin herir, y terminar el lance de un modo que sin serle funesto me dejara con reposo y con gloria.

Estaba en el alma con estas ideas, no hallaba un instante de descanso, y ya había pasado una gran parte de la noche. Sentí las tres de la mañana cuando sigió en la sala que precede á mi alcoba ruido. Este extraordinario movimiento me sorprendió tanto, y veo entrar favorecido, sin color ni figura de hombre, es un criado de Manuel, ministro ordinario de nuestras iniquidades, se llega á mí, y con una voz trémula que anunciaba un terror y noñez, me dice que se ama acababa de morir súbitamente.

¿Cómo podrá plantar el efecto que me produjo esta terrible y no esperada noticia? Yo no podía creer ni á mis ojos ni á mis oídos. ¿Qué la respuesta con precipitación. Manuel—Sí, señor, me replica acabo de verlo morir tan artísticamente, como no ha podido decir una sola palabra. Ya mismo estaba con todo en el coñete no había dado el menor indicio de estar vivo. Lo crea después, pero de repente hizo un movimiento extraordinario, y está normando: lo había en su primer suspiro. Nuestros criados han sido vana; no lo hemos podido observar el menor silencio, y viéndole ya cadáver, los demás han seguido con el cuerpo á la casa de campo, que ya estaba oscura, y yo he venido á daros el aviso.

Me sobresaltó era tan extraño y la confusión de mis ideas tanta, que apenas podía percibir lo que escuchaba. Sólo del hecho sin saber lo que hago, quiero hablar y no puedo, desco precuente lo informarme, y me hallaba en artículos palabras. Le dije se me atropelló, de manera que las unas empujó á las otras, sin poder fijarse en ninguna; no alcé prontamente, corrió descomulgado por el cuarto, no vino á profetizar más que voces intermeltas y mal articuladas: Manuel, Manuel es muerto, ¡mi mejor

amigo! Manuel y estos acentos espantosos son acompañados de palabras vagabundas y desparteradas.

Grítale sin cesar: Manuel, Manuel ha muerto! ¡Sea Dios habíamos pasado el mismo día en los horrores de la mayor disolución y nos habíamos preparado á pasar el siguiente en desiertos aun más excozados. Esta memoria daba á las convulsiones de mi pecho un carácter tan extravagante y feo, que me hacía terrible á mis propios ojos. Estas se esforzaban á darme algún consuelo; pero ya no valía más que muertes y sepelios. Los movimientos de mi respiración eran cortos y paucos, y cada uno de ellos me parecía el último.

No podía abrir la vista de mi cuarto, ni ver en él más que objetos horrorosos, los muros, á pesar de las raras decoraciones que los adornaban se me representaban cubiertos de un vapor sepulchral. Este paisaje tan impensado y ridículo con que Manuel está del seno de los dolores para entrar en el abismo de la eternidad, me presentaba una imagen tan espantosa, que para ocultarla y aliviar del horror con que me atormentaba, oíría como un miserable, dando gritos que parecían alidos, semejantes á los que pueden dar las bestias cuando acosadas por los cazadores se ven cercadas y sin camino para evitar su plácido destructor.

Cuando mis criados me vieron en esta especie de delirio, quisieron con ligaduras y rasgos exhortación á la moderación; pero yo estaba incapaz de escuchar un consuelo. Mi primer movimiento fué volver con acorralado, á ver si era posible alguna remedio. El criado de Manuel me lo rogaba, los otros me lo proponían; pero la memoria del desafío y su proximidad me quitaban todos los arbitrios.

Al fin sentí la necesidad de tomar un partido. Hice un esfuerzo sobre mí, y sentíme dispuesto de algunos momentos en que probaré calmar mi agitación, al orden á un criado de mi confianza para que tomando un coche y acompañando al de Manuel, fuesen á despertar al médico que les quería, y lo llevasen á Manuel por si era posible darle algún socorro. El criado de Manuel dudaba de la utilidad de esta diligencia, diciendo que era tarde y que ya su amo había muerto por haberse ambos. Los demás empezaron á renovar sus exhortaciones, y yo que me cansaba de su presencia, con una voz que manifestaba mi ansiedad y el respeto que me debían, les mandé que se fuesen á iluminar solo.

Esta fué la primera vez que consideré cuán inútiles son los socorros humanos en los casos tan importantes de los hombres. Entretanto los primeros doctores que experimentaron mi intrépido oscuridad sin darme que Dios lo preparaba para que recibiera mejor las impresiones de su ley, como espero que con la misma fe he inspirado el deseo de saber mi historia, y me da el valor de escribir la milagrosa revelación que ha hecho en mi alma, porque ya quiero preparar la mía. Quiera también la relación de mis días tempestivos y de los dolores que ahora padezco en el momento de mi arrepentimiento y de mis expiaciones, está en la mano de alguno que esté tan seducido como yo, y lo exortará á buscar el mismo remedio á tan gran desgracia.

Luego que quedé solo cerré la puerta, y me paré en la soledad aumentada mi terror y desprecio. Es imposible lo que digo, ni que yo mismo sepa la multitud de ideas que atormentaron mi imaginación; pero todas eran confusas,

ninguna distinguida, y sobre todo, eran ligébreas y horroresas. Las que me hizo más impresión, porque me era más nueva, fué acordarme de mi cierto pariente, que yo veía poco, porque era justo y buen cristiano no le veía nunca sin burlarme de su religión, que yo llamaba bobaría, y sin celoso de sus virtudes, que llamaba simplicidad.

Ya se pueden acordar que este hombre, á quien se inocencia y religiosa custodia debían hacer respetable, era siempre el objeto de nuestra burlas. Yo había trabajado muchas veces en seducirlo con los sofismas de mis opiniones filosóficas, y no habiendo podido ganar nada sobre su sano juicio, le había abandonado como un hombre de cortos alcances, incapaz de salir de la cadera del valgo; pero en aquel instante de terror, no sé por qué se presentó á mi memoria en otro aspecto. Me parece que en aquel momento hubiera sacrificado toda mi opinión por una paz y seriedad como la suya.

¡Ay, Mariano! exclamaba en medio de las convulsiones que desahogaban mi corazón; ¡ay, Mariano! de quien me he burlado tanto; tú no eres tan desdichado como yo, tú ves todo tranquilo y sin pasiones tu inocencia no tiene nada; pero yo, estero de mis pasiones, ya empiezo á sentir sus efectos y estas reflexiones me arrastraban al diluvio de Kélimas. Todos mis miembros se estremecían; el dolor me forzaba á sollozos, que sin hubiera averiguado de que los oyeron los compañeros de mis delirios, y que había querido decir á sus propios criados á quienes fama veía mis inquietudes.

Pero cómo podré explicarte el terror y sobresalto que sentí al acordar cuando el repente y sin ningún precursor delo el más formidable trueno que jamás he llegado á mis oídos, y que tras el su intervalo siguió otros igualmente terribles y espantosos! Esta es la famosa tempestad de aquel día de que heba hecho memoria, porque como muchos años y grandes dolores yo he, había jamas sentido temer de un fenómeno tan natural, pero la circunstancia me lo hizo temer y horrible y precioso. Mis argumentos con liberalidad está servido. El lumbro quedaba sorprendido; pero yo le pongo el babillo, en las manos, y sin esperar su respuesta una alga de aquel día. No obstante, cuando estubo á cierta distancia volvió la vista, y veo que el paisaje estaba con el horizonte que otro hombre se había tomado juntado, y que ambos trabajaban para hacerse montar.

Entonces me detengo más. Concluído, cuán necesario me era no dejarme por de noche y almorzar de aquel sitio, me pongo á marchar con toda la seguridad que pude. No sé cómo puedo volver á la ciudad, me paré, que no tenía otro partido por entonces que alejarme de ella lo más que pudiera, hasta que me informase del estado de las cosas; y para no ser visto ni encontrado por nadie, dejé el camino público y me metí en el interior de los campos, atravesando sin sentir la campaña sin mas objeto que alejarme del poblado.

Así corrí muchas horas sin idea ni designio fijo, pensando que siéndome que yo no podía más y que aún fuerzas necesitaban de algunos descansos, detengo un poco el andar de mi fuga. Derramo la vista por todas partes y me paré en un desierto; solo dirigió á alguna distancia un edificio, me acerco poco á poco, y allí pasé ya cansado, al fin llego ya al umbral y reconozco que es un convento que

paramos un poco del camino, y presto llegamos al terreno que debía ser teatro del combate. Todas las ventajitas estaban por mí. Yo había pasado dos tochas sin dormir, y la última me tenía como enajenado y fuera de mí; con todo eso, me quedé bastante razon y sangre fría para no querer quitarme la vida. Mi ánimo era: remember sí nature; y si era posible sin herirle para terminar presto el combate y volver al socorro de Manuel.

Pero ¡ay! su suerte no dependió de mi mano; pase apenas me vio en su postura y ya preparado á la defensa, cuando se avanza contra mí con tanta violencia, como ímpetu tan precipitado, que él mismo se embudo en un espadaín que me fué posible preservarlo. Lejos de que yo le atacase, me fué preciso retirar mi acero para que no quedase atravesado. Day algunos pasos atrás para entrar en conferencia, él no quiere escucharme, vuelve sobre mí con nueva furia, pero ya entonces le salta la sangre á borbotones. Con esta vista más horrorosa y me retiré sin más, pero él se avanza siempre hasta que desahogado con en tierra. Corro á socorrerle; pero que podía hacerle le hablo, no me responde, lo toco, y me parece muerto.

Rápidamente reflexiono toda la ligereza de mi conducta en no haber hecho ninguna prevención para este caso ó otro semejante; confieso mi presunción de haberme fiado tanto en mi destreza y no haber previsto lo que sucedía. Por estas reflexiones era ya tarde, y las mas urgentes me daban que ya el día estaba muy claro, que si me veían sería fácil conocer que yo era el autor de aquella muerte, y que me exponía al mayor riesgo. Conocía todos los inconvenientes, pero no tenía valor para dejar aquel hombre sin auxilio.

Mientras fluctuo en esta indecisión, veo un paisano que venía á caballo, y al instante tomo mi partido. Me acerco á él, y diábalo mi habitante, le digo: Amigo, ved aquel hombre que se está desahogando; tomad este dinero, corred á socorrerle; heridlo á alguna que donde se lo pueda curar, y tened por cierto que si lo salvais la vida, yo volveré á pagaros con liberalidad está servido. El lumbro quedaba sorprendido; pero yo le pongo el babillo, en las manos, y sin esperar su respuesta una alga de aquel día. No obstante, cuando estubo á cierta distancia volvió la vista, y veo que el paisaje estaba con el horizonte que otro hombre se había tomado juntado, y que ambos trabajaban para hacerse montar.

Entonces me detengo más. Concluído, cuán necesario me era no dejarme por de noche y almorzar de aquel sitio, me pongo á marchar con toda la seguridad que pude. No sé cómo puedo volver á la ciudad, me paré, que no tenía otro partido por entonces que alejarme de ella lo más que pudiera, hasta que me informase del estado de las cosas; y para no ser visto ni encontrado por nadie, dejé el camino público y me metí en el interior de los campos, atravesando sin sentir la campaña sin mas objeto que alejarme del poblado.

Así corrí muchas horas sin idea ni designio fijo, pensando que siéndome que yo no podía más y que aún fuerzas necesitaban de algunos descansos, detengo un poco el andar de mi fuga. Derramo la vista por todas partes y me paré en un desierto; solo dirigió á alguna distancia un edificio, me acerco poco á poco, y allí pasé ya cansado, al fin llego ya al umbral y reconozco que es un convento que

Ya encuentro el extranjero que me esperaba. Nos se-

esté solo en medio de aquel desierto. Este descubrimiento me desagrada. Ya conocía bastante fuera descripta á todo lo que puede ser celestial ó místico, pero no había recordado. Ni allí había otro ser ni yo tenía fuerza para poderlo buscar.

Entro, pues, sin que nadie me detenga, á través un pterico, y lo primero que se presenta á mi vista, es un capadociano pato rodeado de largos y desiertos corredores.

A pesar de la agitación que experimento que era el otro, la extrema serenidad de mi alma me hizo sentir algún consuelo cuando vi la estaca y profundo silencio que reinaba en aquel vasto espacio. Me pareció que mi corazón se penetró del sentimiento serio y melancólico que produce la inutilidad de los esfuerzos; pero comparando la tranquilidad y sosiego de aquel sitio con la furiosa y desordenada de mi espíritu, sentí más el peso de mis propias angustias. «Ahí me siento,ayer vivía en la granjería y explotación, ayer recibí de la placera y riqueza, y hoy á pesar de tantos riesgos y de las presunciones de mi orgullo, estoy angustiado buscando un sitio, y no encuentro otro, que el de mi capadociano, cuando yo hubiera querido exterminarme de la vida».

La dilata me hizo sentar en uno de los bancos que había en aquellos corredores. Allí me entregué en profundos reflexiones, que me dio intermisión y que no podía distraer ni un momento. Allí hubiera querido traer mis cosas inútiles y sus apocados calderos de oro, por un rincón oculto de aquella mansión pacífica y tranquila; hubiera dado un salto brillante y saltos en que tanto se agitan las inquietudes y las penas, por un rincón iluminado en que hallaba la paz con el reposo. Pero á pesar de estas ideas nobles, allí era tan fuerte el dolor de mi corazón contra todo lo que podía ser celestial ó religioso, que me alligaba de que el alma, este era entonces mi lenguaje, mi hubiera conducido á aquel objetivo. Habíame perdido la casa de un labrador, ó cualquiera objeto de otra especie, y mi estocada había me sugierido tanto, que mi intención era desenterrar mi peso y salir á buscar otro sitio, en sentir toda la negra degradación de mi salud y fuerzas.

La lectura de los libros filosóficos había pervenido enteramente mis ideas. Yo había cometido no solo el mal del desprecio, sino también la aversión en una acira contra todo lo que pertenecía á la Iglesia. Creyendo que el cristianismo era una invención humana como todas las otras religiones, no podía entender la Iglesia sino como el hogar ó centro de sus principales instituciones, que abusaban de la credulidad en favor de sus intereses. Todas sus ceremonias me parecían caerivas de impostores, sus ceremonias ridículas, sus ritos irritantes. Cuanto más estaban constituidas en dignidad, más parecían más despreciables, pues los insignificantes ministros del sacer y obispos de la adoración.

No me podía figurar, que pudiese ser un quierme por otra parte. Necesarios talentos, finas capaces de erer fibulas tan abstrusas, y espacia que contribuyan por interés á educar los pueblos. Todo lo que ellos llamaban jurisdicción ó derecho, me parecía usurpación y abuso de la credulidad simplicidad de los ignorantes. Nada deseaba tanto como verla estropeada y ahogada. Cada clérigo me parecía un hábraro, cada fraile un monstro, cada devoto un simple, cada creyente un ignorante, y el que mejor parecía en mi

opinión, era un buen hombre de corto talento, que no había sabido ocultar el rigo que lo impusieron desde niño. Las comunidades místicas me parecían congregaciones perniciosa de celosos, aborridas sin política y fétidas al Estado, y como un medio de que muchos con ridículos protector vivieran inútiles á costa del trabajo ajeno. Los votos religiosos eran para mí impracticables y bárbaros, y todas sus costumbres viles y groseras.

Yo había leído con delectación y complacencia todo lo que la historia cuenta de sus desordenes y excesos, impensables de la fragilidad humana, pero que la malignidad ha exagerado y que mi propia corrupción exageraba aún más; y por exceso de pocos con mala lógica concluía á todos, sin examinar como debía las autoridades, los martirios y las virtudes de tantos eclesiásticos dignos de la mayor reverencia. Pero que cómo podía hacer yo de virtudes que no estaban por tales, que eran bajas y extravagantes, y que en mi concepto merecían más la indignación que el aprecio! En fin, yo conocía y trataba pocos sacerdotes, ni ninguno, porque no podía verlos sin ira y sin furor; así trataba por casualidad me encontraba con algunos, lo trataba con el desprecio más aborrecido, y en la circunstancia me lo permitía, lo hacía objeto de mi burla y ceceo. Me divertía con el hablarlos con ironía y mofa, lo procuraba ridiculizar, y mostraba en mis discursos mi poco la baja opinión que tenía de mi persona y de su estado.

Con estas preocupaciones ya pudiese concebir que deseara salir de aquel retiro y buscar otro que fuera menos repugnante á mis ideas; y ante tanto en el reposo á que me forzaba mi fealdad, mi alma daba entrada á diferentes reflexiones. Volver á ocuparme con los que habitaban aquel pequeño retiro, repensaba todas mis ventajas de nacimiento y de fortuna, me sugiera mucho me ilustrado que él, y con todo debía aspirando: Ellos están más tranquilos que yo, ellos respiran sin las penas y ansias que yo sufro, y son infinitamente más dichosos, sin duda que tienen menos inquietudes y que viven con tales libertades; pero esto mismo error que los atormenta, esta misma falta de talento que los ciega, es el principio de su felicidad, pues consumen sus días en serios ratos del reposo, lejos de las afanes y pasiones, y al fin cuando llega la muerte habrán sentido mejor parte que yo, que con todos mis conocimientos vivo en tanta inquietud y me encuentro expuesto á tan grandes peligros.

«Ay, Mueñet desahogado!»  
 Tú has bebido (continuaba una corta vida, en que como yo he bebido siempre las placeras, no has encontrado como yo mis que tormentos y aflicciones. ¿De qué to han servido ni tu filosofía ni tus prendas? Tú parecías como una nave bien anclada que desafia á las tormentas y á las ondas, y con todo, has desaparecido de repente; una ola impetuosa te la arrojado en la profundidad de los abismos. ¡Infeliz extranjero, víctima involuntaria de mi raza! Yo he estado en su primavera el hijo de tu vida, yo he regado á mi postar con tu sangre la tierra que debe arrojarme de su seno. Ve aquí en pocos instantos dos plantas que parecían tan lozmas, arramadas, marchitas y convertidas en ceniza. Ve aquí dos vidas que no han tejido entre sus placeras y su muerte más intervalo que el de un suspiro. ¡Pobre Manuel! Tú corrías por servirte á nuevas inquietudes, y en un instante el destino te separa de mí para siempre. ¡Extranjero desgraciado, mi alívio, mi mal humor, mi ge-

no violento y estúpido te has hecho víctima de mi feroz arrogancia pero más y otro tendré el consuelo de que el espíritu sea el término de mis excesos, y a no me alzan, quedadas mis vanidades, para mis propios consuelos me habría padecido tormentos más crueles.

Cuando heías el cénit de estas amargas reflexiones, oigo el ruido de una campana, y al instante aquel profundo silencio y soledad se convierte en un movimiento vivo y continuado; á un tiempo se abren todas las puertas de los cuartos que rodean los claustros, y sus tranquilos habitantes salen presurosos, encaminándose, como después supo, á la Iglesia. El cocero me dió un vaso, y no pudo dejar de decirme: Hombres ilustres, hombres pacíficos, á pesar de vuestras ignorancias y errores, tenid superior á la paz de vuestro corazón á las angustias que padecen el mío! Vuestros érais el objeto de mi desprecio y de mi envidia; ahora lo soy de mi envidia. Y en este mismo momento aquel espectáculo tan serio y tan sencillo me interesó más que todas las pompas del mundo.

Uno de los que pasaban junto á mí, viendo allí un hombre desconocido, ó advertido quizás sin mi semblante con algunos sonidos de las agitaciones de mi espíritu, se me acercó, y con tono dulce y conmovedo me preguntó qué es lo que deo, y si puedo servirle en algo. Le respondí que la fatiga de un largo viaje me ha obligado á sentarme allí, y que no deseo más que un poco de reposo. Me dejó, se incorporó con los otros, y oigo que después de algunos minutos empiezan todos á cantar salmos y cánticos con unción y reverencia. El concierto bello y majestuoso de sus voces me sorprendió, y no dejé de pensar una impresión. Yo respecto pero aturrido por el espectáculo de mis figuras blancas, me dije: Hombres simples y sencillos, vos derramáis vuestras voces al viento, vos celebráis al que no puede oírlos. El existiera el Dios que creó, el se creó, sacrificios sus filios, ¿de qué podrían servir vuestras cantos y alabanzas! Ahí si no hubiera mayor mal en el mundo, merecerían más ocupación que celejar; pero mientras algunos de vosotros cantan, otros se ocupan en turbar al mundo, en seducirlo y dominarlo.

Aquella celestidad confundieron en aquellos oficios mucho tiempo, y yo me sentí más agravado con el peso de mi fealdad, de modo que cuando salieron para retirarse otra vez á sus estancias, yo estaba todavía aborrido é humillado en el mismo puesto. El mismo eclesiástico que me habló la primera vez, se me volvió á acercar y con algunas palabras dulces y expresivo me dijo: me parece, caballero, que algún cuidado grave, ó que alguna inquietud viva os tienen agitado; si vuestra pena es de naturaleza que la compasión, la caridad y el celo la pueden remediar, yo os ofrezco los consejos, los oficios y los esfuerzos de cuantos estamos congregados en esta casa: quizá Dios, que todo lo gobierna con su Providencia, os ha combinado á ella porque quiere su bondad honrarla la gracia de que podáis contribuir á nuestro alivio. Dejáme, padre, le dije yo con un tono muy rudo; yo no conozco ese Dios de que me habláis, yo no creo que exista; porque si existiese yo no viviría; y si le hay para vos no le hay para mí.

El buen eclesiástico se quedó sorprendido oyéndome un discurso tan insolente. Se persuadió sin duda que mi malicia estaba enojada, y con todos los miramientos de una caridad atenta y delicada, me propuso que no estal-

me bien en aquel claustro; me añadió, que si estaba encargado de cuidar de los frustros que venían de cuando en cuando á hacer los ejercicios en aquella casa, que por consiguiente podía disponer de los apocados destinados á este objeto; que si yo quería venir, podía permanecer en uno de ellos, donde estaría con toda libertad, y que después de haberme recibido podría hacer lo que quisiera.

Mi situación era difícil, puesto que al fin la irritación de mis nervios y tantas convulsiones violentas que había sufrido mi alma, me habían ocasionado en una fiebre que me devoraba. El no aprecio, y temíame el peso me dejaba. Venid, señor, venid, señor, pues aquí estáis mal, y en esta casa hallaréis todos los socorros del arte y de la caridad; y diciendo esto me tomo por el brazo, y con una dulce violencia me arrastra á uno de los apocados que estaban cerca.

Yo estaba ya sin ánima y sin fuerzas me dejó conducir me lleva á un lecho sensible pero amable, y entonces no pudiendo sostenerme, me acostó en el como un fierro de mis sentidas. No hago memoria de lo que pasó por mi desde aquel momento; pero el padre me ha dicho después que á poco rato caí en un delirio frenético, que no hablaba más que de muertes y sepulturas, que me veía con horror á mí mismo, que llamaba muchas veces á Manuel, que otras me enfurecía contra uno que llamaba extranjero y causa de toda mi desgracia; que el nombre de Tesoro me repetía por mis labios como si le pediera compasión, y que algunas veces también invocaba á Mariano.

Pero que mis discursos no eran seguidos, que las palabras eran interrumpidas y confundidas sin que jamás terminara la frase; que después de haber pasado mucha tiempo en estas agitaciones violentas, me en un letargo profundo, sin dar la menor señal de movimiento; que al fin después de más de trece meses de este estado de inutilidad con todos los sistemas de muerte, la fuerza de mi temperatura me sacó, haciéndome que la naturaleza se desahogase con un sudor frío y copioso, que me hizo volver á la salud y á la vida.

Lo único de que yo puedo hacer memoria es, de que habiendo vuelto en mí como á media noche, el primer objeto que se presentó á mi vista fué aquel mismo eclesiástico, que á la luz de una lámpara, puesto de rodillas delante de un crucifijo, callada suspiros tiernos y doloridos con el semblante iluminado en lágrimas. A pesar de la debilidad que me hallaba, todavía, este espectáculo tan nuevo y tan bello, me impresionó mucho mi espíritu. La primera idea que me vino fué la de que yo, que no había cometido jamás la virtud ni me había querido persuadir de su existencia, ahora la veía en un milicia persona, que la veía por la primera vez en un eclesiástico que no me conocía y me trataba con tanta caridad.

En medio de mi debilidad y mis angustias, esta vista derramó una impresión de dulzura sobre mi alma, vertió un bálsamo saludable sobre mi corazón. Sentí como un consuelo de encontrarme enojado, de haber al fin hallado esta virtud que no creía, de ver que almoraba ya con los primeros rayos de su luz celestial las tinieblas de mi vida, y que me estaba ofreciendo todos sus tesoros. Mi emoción finó tan viva, que si en otro, y aquel tanto vazon, interrumpiendo su ejercicio, corrí lleno de júbilo á mi lecho. Yo quería explicarle una parte de las ideas tumultuosas

que me agítaban, sin poder articular ninguna y sin formar una frase arreglada; él me representó que después de un ataque tan fuerte, todo esfuerzo me sería dañoso, que el médico había prevenido que no se me permitiera hablar me pidió que callara, y solo me recomendó al sosiego.

Paréceme que yo sin alma empezaba á tomar ascendiente sobre la mía, pues no me atreví á desobedecerle. Desde entonces empezó entre nosotros un comercio de señas con que me indicaba lo que debía hacer para restablecerme, sin permitir que le respondiera. No es posible, Teodoro, que yo te refiera el solo, insignificante, la atención y ternura con que me servía este hombre incomparable, y bajo sus órdenes: los enfermeros y dependientes; yo me admiraba de un orden tan constante y de un interés tan amistoso por un desconocido.

Tres días de cuidado, de remedios, de un alimento simple y sano, bastaron para ponerme en disposición de tomar un partido. En todo este intermedio no me dijo una palabra que me tuviese por objeto mi salud; y cuando yo impelido de mi gratitud ó no pudiendo contener las inquietudes de mi situación, quería desahogar con él algunas de estas sentencias, él los evitaba, disimulando que aun no tenía fuerzas suficientes, y que era imposible esperar á mejorar.

Hacer las reflexiones que me atormentaban, la que en mí espíritu sentí más fuerza por entónces, era mi sentimiento de vergüenza. Me parecía que yo no era digno de tanta atención, que no me merecía todos los decretos de aquel hombre cuyo carácter y profesión había yo despreciado, y á quien en un caso tan crítico hubiera abrumado con desprecio, ó cuando más la hubiera hecho servir con desden. Por otra parte, la diferencia de nuestras opiniones, la poca conformidad de nuestra conducta, la idea de que él conociera mi modo de pensar y mis acciones, que al sopera que yo acababa de dar la muerte á un infeliz, y todo lo demás de mi conducta, me inspiró un horror en vez de tratarme con caridad, tan singular, toda, en fin, me hacía parecer que yo le estaba sin poder su beneficencia y atenciones.

Una mañana, atendido ya mis fuerzas, y no pudiendo contener más los impulsos de mi corazón, cuando se acercó á mi lecho para informarme del estado de mi salud, tomándole sin cesar entre las mías y me las daba con mi llanto, le dije: Hombre angelical, ¿cómo será tu dolor y tu arrepentimiento cuando oigas que me encuentro en quien te he ramas cuidados tan repetidos y atenciones? No solo me encuentro de una caridad fervorosa, sino que veo en tus acciones y en tus ojos interés, ternura y amistad. Yo te diere toda la mía si fuera digno de la que me ofreces; pero tú me verás con horror el día que me conozcas; tú me

confundirás y avergonzarás, porque empezará á hacerse conocer mis injurias. No temeré ni heinar miedo el uno para el otro, ni podremos hablar juntos bajo del mismo techo.

Yo sé un ángel, yo un demonio, vos creéis mi Dios, lo amáis y le servís; yo no creo que lo haya; y esta idea me sostiene, porque si le hubiera, no podría ser más que mi enemigo. Vos adoráis á Jesucristo, yo lo aborrezco; vos seguís su religión, yo la aborrezco; yo sé que vuestra vida en la virtud y la inocencia; yo más que cincuenta años que yo arrastro los cadenas de las pasiones más vergonzosas; vos respiráis con un corazón tranquilo y sossegado, yo me encuentro con un corazón turbado y temeroso, yo me encuentro con un alma inquieta, porque no temo las desgracias, porque estoy seguro de hallar en ellas el socorro de vuestros oraciones; vuestros consejos son falsos, son fingidos, pero al fin son conatos.

Yo soy mayor lir, con conocimientos más exentos de error, no puedo hallar más que furor y desprecio. Yo soy el más infeliz de los hombres, y lo peor es que yo puedo hallar en mi corazón remedio contra lo que sufro y lo que me amenaza. Yo quisiera ser ignorante y crédulo, yo quisiera aldea vuestra simplicidad; pero todas mis luces, todas mis costumbres, todas mis experiencias se resisten. Mi corrupción es inveterada y profunda, los vicios no me han dejado nada sano, han penetrado hasta la médula de mis huesos, y siento que todos están circulando en mis venas con mi sangre.

Diciendo estas palabras, sin interrumpir un instante, mis sollozos se prolongaron y extinguiéron al punto. Cansado de aquel esfuerzo no sé cómo ni cuándo me desperté sobre el pecho de aquel ángel; pero quise ir á la cama y cuando que recibí cuando me desperté de que sus manos puras me estrechaban contra su pecho y cariñoso corazón, cuando sentí amor sobre mi frente lágrimas dulces y amorosas de sus ternos ojos, y cuando vi que el dulce llanto del justo se confundía con el llanto amargo de un pecador: los dos quedamos largo tiempo inmóviles en esta postura. Y tú, Dios eterno, tú que das tan diferente impulso á nuestras almas, tú que haces de la alba traza este obrero en que te complacías las virtudes del santo y empiezas las esperanzas del infeliz; tú mirabas este culpable como como mas digno de la admisión de los ángeles y de los hombres que cuantos escribes la vanidad de los históricos de los reyes; tú bendicías estas primicias del triunfo que preparaba tu misericordia contra la fuerza y malicia de mi corazón.

Teodoro, las lágrimas me cubrían el rostro de sus ternos y patética cesaba mi entendimiento de nuevo y me derribo en llanto; necesito de algún descanso y reserve lo demás para la carta que seguirá á esta. Adios, amigo mío.

### CARTA III. EL FILOSOFO A TEODORO.

Querido Teodoro: Antes que continúe la relación que dije pendiente, debo decirte que hasta entonces mi nuevo y oficioso amigo no se había presentado á mi espíritu, sino como hombre de buen juicio, de candor y de benevolencia,

pero simple y de carácter sencillo. No había visto en él nada que le pudiera recomendar particularmente; pero al instante que se separó de mis brazos, me pareció que su semblante se había revestido de una expresión más anima-

da, y á pesar del velo con que miraba á todos los de su especie, me inspiró una idea tan noble de su persona, que se acercaba al respeto.

Mirándole con ojos en quienes brillaba mucha alegría, extendí un mano sobre mi, y con voz llena de júbilo me dije: El dedo de Dios está aquí. Después se alzó á mi lado y con una mirada me añadió: El que gobierna la naturaleza confunde los sucesos con muchos invisibles; y pues se ha traído aquí, no está en vano. Al instante comprendí que el buen hombre se había fingido que yo era una de aquellas ovejas que ellos llaman perdidas, y que él era el pastor destinado á conducirme al redil. En efecto, empecé á desear muchas cosas que no pudo repetirme porque las deseché sin atención y sin pensar más que en el modo de desembarazarme de un hombre capaz de una pretensión tan ridícula.

Sabía ya que los eclesiásticos y religiosos miran como una particular gloria el hacer conversiones, y no dudé que este buen varón quisiera honrarse con la mía. Entonces sentí más mi desgracia de haber caído en aquella casa. Pero á pesar de esta prevención y del fastidio que me causaban sus discursos, no podía dejar de irme adelantando su simplicidad y el tono de confianza y persuasión con que me hablaba: me sorprendían también la elocuencia y la fidelidad con que me desenvolvía los argumentos que ellos tienen preparados para cuando se les presentan las objeciones de un oído, en fin, porfi que el candor y moderno apocrifo me inspiraba mucho con su impetuosidad.

Para content de mis sus caparinas, me determiné á hablarle con claridad y desembarazadamente. Me pareció que si me era hablar así la instrucción y conocimiento con que era fácil expresarme, el buen hombre me sofía tan mentecato que persistiese en su ridículo empeño, que consideré al instante que yo no era de aquellos crédulos que se dejan seducir por razonamientos frívolos que al contrario, el pobre fino se vería muy perjudicado para desembarazarse de mis reflexiones; y no me pareció imposible que el conversador fuese el convertido. Así, dejándole hablar mientras yo hacía entre mí otros cálculos en un momento en que me hablaba de la religión y de la misericordia divina, le interrumpí y le dije: Ah, ¿podré aquí hacerme serio todo eso si fuera cierto, pero qué lujo de la verdad están todos los hombres! Cada uno piensa haberlo hallado y qué malos son los conatos. La mayor parte creen que se le ha enseñado en la infancia, y como después se les ha radicalizado esta opinión con los ejemplos, con las costumbres y con el trato de aquellas con quienes viven, poco á poco se forman cada cual una creencia que no es ya posible alterar, porque desde entonces ni se disputa ni se duda. Como por otra parte la sola idea es un delito que merece castigos eternos, ve aquí al hombre fingido y miserable calzado con cadenas indisolubles.

Le ophiler que se forma una tal opinión con la imparcialidad de sus juicios, se refuerza con el temor que hace delincuentes hasta el mismo y toda es la razón; porque tanto ligeros tan ilustrados en otras cosas, muestran en la religión sus incredulidades tan insensatas. Ve aquí por qué hombres buenos que han parecido y otros sabios en otras ciencias, en asuntos de presencia fueron siempre niños.

Quié muchos pens que pueden entender poco instruido y menos propio para el examen de objetos tan oscuros y

complicados, viven siempre en la creencia que encuentran para sentirse firmes cuando en la infancia y sostenidas por el ejemplo común, es menester un espíritu de orden superior; un ingenio elevado, que junto con la extensión de las luces la fuerza y el valor de un carácter generoso; es menester también que viva en un gobierno que no sea frívolo; porque cuando la autoridad persigue la libertad de la razón, no hay quien quiera ser mártir ni exponer el reposo de su vida en sacrificio de la verdad.

Así, es necesaria la reunión de muchas circunstancias difíciles para que se forme un filósofo; y ve aquí por qué son tan raros. Pero los pocos que han venido al mundo, ¿cuántos bienes han hecho á la humanidad? Ahora os cuando un número se multiplica, y si como es de esperar, sus luces se propagan, ¿cómo pueden hacer en adelante? Sacarán á los hombres de su eterna noche, no se verán tantos melancólicos con los terrores ridículos de la infancia, ganarán al temor de los presuntos que les hace la naturaleza, guardarán de la vida sin amarjar con el espantoso aspecto de otra vida futura; en fin, vivirán con las reglas que la razón les inspira.

En cuando á mí, yo no he aprendido á creer; lo que más he sabido es dudar, y es imposible persuadirme lo que me repugna á mi corazón. Muchos dicen que no hay Dios; yo sé que un rigor no está demostrado esta verdad, y que hay varias razones filosóficas para dudar de su existencia; con todo eso me persuado que hay una causa primera que lo ha criado todo. Esta opinión me parece más natural y más conforme á mi razón; porque no puedo imaginar que este grande universo que se presenta á mis ojos no haya sido hecho por alguno. No consigo obrar sin obrero ni efectuar sin causa; pero supuesta esta verdad que basta para explicar todo el mundo físico y moral, todo el reino de la naturaleza y de los espíritus, lo demás es inútil, y no puede hacer otro origen que la imaginación y el arbitrio de los hombres.

Esta verdad basta también para hacerme conocer que pues me he criado, debo alabar, que debo vivir con las reglas que me inspira la razón que me ha dado, guardando en mi corazón amor á la virtud y aborrecimiento al vicio. De aquí puedo inferir que no merezco nada cuando mi vida acaba, pues no puedo darne estas acciones sino para darne ideas de sus recompensas y castigos; pero cuáles sean estas, yo lo ignoro; puede ser que sea alguna fin. Entre tanto lo que debo pensar cuando siendo joven, me puede decir que Dios infinito y grande, será piadoso que habiendo hecho al hombre tan débil, no puede castigarle con rigor infinito y eterno; en fin, que pues es sobornadamente humano, debe tratarme con bondad. Hasta aquí puedo llegar con mi razón, y más allá no puede haber más que ideas imaginarias. Todos los que dicen más de lo que puedo enseñarme esta ley natural, ó están engañados ó son impostores. Bien sé, padre, que no son estas vuestras opiniones, vuestro traje, vuestra conducta y vuestro estilo me lo manifiestan. Vos me habláis de un Dios clemente con algunos y eternamente severo con otros, y Dios jamás puede ser ni intermitente ni inflexible. Vos me habláis de un Hijo Jesucristo, y Dios no es de carne; para que pueda tener hijos. Vos decís que este Jesús es un modélar, y Dios no necesita de mediadores para gobernar y penar á los hombres. Vos creéis misterios incomprensibles per-



que para que Dios les ha creado, y Dios no puede hablar para que ninguno lo comprenda. Vos creís cosas contrarias, y el Amor de la verdad no se puede encontrar entre las mentiras.

En fin, vos seguís el sistema que aprendisteis en la infancia, y que según con vos todos los que viven en esta ciudad. No lo extraño. Las ideas primeras forman en el alma fuertes impresiones que es imposible borrar cuando las realiza los sentidos. Vos os creís dioses y os creéis asimismo muchas autoridades espirituales una gloria inmarcesible. Yo no me opongo, no pretendo quitaros más ideas que las que tenéis; no os desoyáis tampoco a que yo rija el espíritu que me da el Autor de la naturaleza, y que ilumina como a los otros. Vos no seríais felices con más ideas, y yo sería muy desdichado con las vuestras.

Lo mismo que no puedo comprender, es que a veces los Dios que adoráis, y si el gobierno vuestro acciones y palabras, jamás es posible que os desoyáis en esas opiniones tan supuestas, que degradan al hombre de su excelencia y dignidad, al mismo tiempo que os retrata en espíritu de caridad tan activo y poderoso, que retrata con fidelidad al mismo. Si, respetable la verdad, yo voy más allá de Dios en vuestras obras que en vuestros discursos. Si en otro caso os creáis la luz natural que yo os dirigo la razón, en vuestras acciones y sentimientos pro los sentimientos magnánimos y potentes que me retrata la Divinidad. Vos no habéis considerado la vida y me habéis tratado con todos los cuidados de una multitud indigna y merecida; jamás la muerte presentará la ocasión de mostrar mi gratitud; y pues no hablo mejor, permitid que me disponga a partir mañana.

El venerable padre escuchó este discurso tan interesante y útil, sin levantar los ojos del suelo y sin dar la menor señal de extrañeza o impaciencia. Me pareció que antes de responderme levantó los ojos al cielo, y después volviéndome a mí con rostro agradable y sereno, me dijo: La verdad, señor, me viene de los hombres, no de la voluntad del cielo. Dios ha mostrado a la eternidad según los designios de su adorable providencia. ¿Cuántas veces he visto a muchos de aquellos que después la tienen con mayor claridad? ¿Cuántos no la han visto aún tarde? Su sinceridad tiene señales los momentos, y yo espero que me la conduciré a esta ciudad su destino.

Pero dalemos brevedad para que os haga una pregunta que os interesa mucho. ¿Queréis manifestarme que me parece el Evangelio, hoy tan seguido por los nuevos filósofos, es un resultado de vuestra curiosidad y de vuestro estudio; o que habéis examinado esta materia a fondo; o que habéis pensado bien las razones y fundamentos en que apoyan los cristianos en creencia, y por haberlos juzgado falsos o mal conocidos, habéis venido al dudar y a la religión natural?

Esta pregunta no dejó de causar admiración; pero le respondí: A la verdad, yo no he hecho un estudio serio y seguido de la religión, esto que se llama un estudio filosófico, constante. En el mundo no es fácil dedicar el tiempo a tan ingrata ocupación, que por otra parte no me parece necesaria. Poca reflexión basta para conocer la falsedad de lo que no tiene fundamento sólido una tela de araña por sí misma manifiesta su debilidad; pero si yo no he hecho esta reflexión que os parece necesaria, o no la he hecho, y esto son los filósofos. Ellos han estudiado

la religión, han visto su flaqueza, y no nos la demuestran en sus libros; y para decir verdad, aunque yo no haya emprendido este estudio seriamente, no por eso he dejado de ser amante de la lectura.

Desde mi niñez no había leído libro de alguna reputación que no haya leído, sobre todo, los de los filósofos, en que renovaba mis impresiones y adquiría todos los días nuevos descubrimientos. Os puedo asegurar que siempre he cultivado mi espíritu en todo lo que se llama instrucción, literatura y filosofía, y me parece que cuando se ha nacido el espíritu justo y se tienen a la mano los materiales que los filósofos han preparado, no está en estado de jugar con ellos.

Es difícil y peligroso en materias de esta importancia firmarse en la fe, o en la duda o en la incertidumbre. Pero después de todo, para proceder con imparcialidad, sería necesario por lo menos leer también los libros que se escribieron contra los filósofos y en defensa de la religión. ¿Habéis pensado en leerlos? Bayle y otros muchos han escrito contra Voltaire, Rousseau y los demás filósofos de nuestro tiempo.

Esos libros, le dije yo, no llegaban a mis manos; creían por muchos retirados que no eran considerados el mundo, apenas salían del círculo estrecho de los devotos, y si por casualidad llegaba a nosotros la noticia, se nos decía que era un libro pesado, lleno de digresiones y citas, que no estaba escrito con espíritu, y que era de mala fe. Pero demostró que Rousseau, uno de los más célebres, no tuvo ideas fijas y que a cada paso incurría en contradicciones manifiestas. A Voltaire, el caudillo de todo, se le ha probado la razón enarraigada, el odio injusto con que perseguía la religión abusando de la poca instrucción de la mayor parte de sus lectores, un de los medios más indignos de un corazón honrado, pues alteraba los hechos, falsificaba los textos, fingía doctrinas para combatir, y movía la ira con la misma verdad; pues son el lenguaje científico y el que se llama un falso colorido a la cultura sin hacer reflexión. Calabrero, si una parte de esto fuera cierto, estos hombres fueran muy malos guías para dejarse conducir por ellos en asuntos de tan alta importancia.

Yo le respondí: Bien es lo que dicen esos sus enemigos, ó los amigos y supersticiosos; pero ¿quién podía imaginar que hombres de tan superior ingenio, tan grandes de su siglo y de su gloria y honor del espíritu humano, tales ejemplos de imparcialidad y contrariedad, que apenas pueden haberse en los hombres ordinarios? Así, yo he mirado siempre estas invectivas como columnas de los devotos.

Pero era muy fácil desengañarse, dijo el padre, porque esto no consiste sino en hechos, y con poco trabajo, que se reduce a examinar. . . . ¿Qué necesidad, interrumpí yo, hay de este trabajo? ¿quién puede dudar que los filósofos y otros de un especie han sido los más hábiles y sabios de

su respectivo siglo? ¿cómo, pues, se los podía considerar los que habían con sus escritos oscuros y cubiertos con el polvo de sus escuelas? ¿Pueden imaginar que esos defensores de la religión la conocían mejor que un Voltaire y que un Rousseau?

El padre me respondió modestamente: Yo creo que sí puede ser que en todos los otros objetos fuera tantos instructores pero en materias de religión las entiendo mejor porque las estudié más. Sería muy extraño, volví a decir, que esos célebres y fuertes, que no han aprendido en una frívola escuela mejor que a forcear la rectitud natural del juicio, espiesen mejor la doctrina cristiana y el ateísmo, que los más desdichados ingenios del universo. Yo dije estas palabras con tan viva emoción, que el padre lo advirtió, y añadiendo más dulzura a su gesto y más blandura a su voz, me dijo:

No niego, señor, que el cielo diera a esos hombres y a otros de un especie muchos talentos que los han hecho eminentes en la literatura y en las ciencias sus obras lo acreditan; yo he leído muchas con placer y admiración; además, los he conocido personalmente, he tratado mucho con los más de ellos, principalmente con Rousseau y Voltaire; pero tanto por la lectura de sus libros como por lo que he oído en sus discursos y en sus conversaciones, llegué a formar juicio de que (no sé si me atreva a decirlo) los puntos de religión eran los que trataban con menos instrucción y superioridad. No hay más que leer sus argumentos contra la religión, y ellos mismos manifiestan a los claros que no lo conocen.

No es esto extraño. Los hombres son limitados, no pueden saberlo todo, y es natural que sepan menos lo que desconocen más. Si me atreviera a declararos mi pensamiento, os diría, que cuando esos ingenios célebres hablaban ó escribían en asunto de su inteligencia tanto en prosa como en verso, escudaban, irreflexión, admiraban, y era preciso reconocerlos como prodigios de la diogenia, de talentos y de talento; pero que cuando se introducían a hablar de religión, el cristiano menos instruido les halla muy superficial, y yo he oído un extraño é inordinario movimiento, aconteciendo de ver tratar así a esos hombres que celebran por los más sobresalientes, y aun a despecho interior, pero contenido no vivían con ni gratitud y con el respeto que me inspiraba aquel hombre, me contenté con decir:

Para que, tanto tiene que saber el ateísmo que los más yores de los hombres no hayan podido aprenderlo. Vos sois, padre, el primero que los halla dignos de servir a la escuela. El padre, con su modesta dulzura, me respondió: Yo he hecho justicia a su mérito, pero también la debo a la verdad; y si vos tenéis el tiempo y la paciencia necesaria, me sería muy fácil hacerlos ver que las más de las objeciones, especialmente las que hace Voltaire, cuando no son de mala fe, nacen de defecto de instrucción, y que si hubiera estado mejor instruido, hubiera tenido razón de presentarlas. No podemos disimularnos el mal método con que por lo común se enseña la religión en la niñez, y que esta edad no puede comprender bien tan elevados objetos. Apenas se les hace aprender de memoria algunos dogmas secos, y se les enseña que los deben creer; pero al crecer en edad no se les explica, como se debía, los motivos ó los fundamentos por qué deben creerlos.

En efecto, esto pide más edad y más reflexión, y debía ser el primer estudio y el más serio de los jóvenes desde que su razón está formada. Sin esta nueva y cuidadosa aplicación, que puede aprovechar la corta y estrecha instrucción de su primera infancia! Así se ve, que muchos por haber tenido este estudio, no saben más que por rutina las formulas del catecismo; pero jamás aplicaron una idea fija ni del plan sublime de la religión ni de las elevadas doctrinas que en la vida de los objetos meditados que son el fruto de la instrucción. Menos saben las evidencias y multiplicadas pruebas, los irrefragables documentos con que un familiar oficio ha demostrado su verdad, hasta hacer inescusables a los incrédulos. ¿Qué es lo que resulta de esta corta enseñanza tan general? Que muchos ó por malos alumnos, ó por más ocupados, se quedan siempre en una culpable ignorancia, que crean muchos la religión cristiana como haberla creído cualquiera otra, a por mejor decir, que dicen que la creen, pero que no la entienden ni pueden dar razón de ella, y la tienen tan colgada en el aire, que hasta el mismo soplo para desmenuarse.

Que otros, subidos así, y no emocionados ni la totalidad de su conjunto, ni la elevación de su espíritu, no pueden verla más que a medias, y tienen unas ideas inconcretas, escondiéndose en armonías y concertada conformidad que solo van misterios incomprendibles a que la razón no se acomoda fácilmente, preceptos duros y penosos de que se resiente el corazón; y no sabiendo las pruebas que evidencian su necesidad, están muy expuestos por estas razones y sus malos hábitos a sonar fácilmente de creencia.

Por la historia y por sus experiencias han aprendido muchas filosofías de la razón humana, y no conociendo las pruebas que dan lugar a la religión, se figuran que esta puede ser una de tantas. A esta oscura posibilidad se añade la esperanza de distinguirse del vulgo, lo de mostrar su valor de espíritu que los otros no tienen, una superioridad de hacer á que pocos alcanzan, y si por su desgracia llegan con este estudio alguna modestidad, se perdieron todo, pues ya no se busca más que anticristianismo. Creer el ateísmo, no multiplicar las objeciones, se insulta la religión con una desobediencia, y esta pasión digna de ser frenada. Ya sé cómo he visto que se han formado los incrédulos más famosos que he conocido.

Me permito, therefore, que haga alguna verdad en la que desea el padre. No obstante, lo replico que era increíble que hombres sabios que con tanto estudio atacaban una religión tan universalmente recibida, no la entendieran bastante, cuando no fuera más que por impaciencia con más ardor, y que si esta religión podía presentarnos grandes tan clara como decía, era natural que talentos tan distinguidos la hubieran reconocido.

(Ah, exclamó, que respetado, no conocía la fuerza de un espíritu presuntuoso que emprendió un estudio con ánimo de no encontrar sino lo que desea! No hay hombre de juicio insensiblemente recto, que si se busca fe y con tanto sincero se pone a examinar la religión, no sea con tanta claridad como la luz del día, que trae su origen del cielo; se acostumbró de ver el plan más vasto, el más hermoso, el más digno de Dios, el más conforme al espíritu y a las necesidades del hombre; en fin el más capaz de hacerlo fe-

lis en la tierra y en el cielo; y verá que esto plan tan grande, tan magnífico y tan sublime, tan superior á todas las ideas de que los hombres son capaces, en sus verdaderos, tan evidente y demostrado, que bastan pocos días para que un talento mediano, si se aplica, pueda quedar acostumbrado y se sienta como por fuerza á su violencia, si no cierra de propósito los ojos para no ver la luz. Yo me atreveré á apostar...

Padre le interrumpí admirando su flusión, mi labial tan fino; yo pudiera reconvenirle en sus conjeturas de la ciencia. Siempre castifó á vuestras órdenes, sus respuestas, y una persona del talento que es raro, y de la buena fe que es escaso, no tardaría en recibir mis reparaciones; pero no pudiera hacerlo sin las filosofías, en quienes la vanidad y el orgullo son los principios de su incredulidad; porque una vez que se han propuesto distinguirse por la singularidad y arrojo de sus opiniones, ya no hacen la verdad, ni desean instruirse para fortificar su juicio, toda su atención se dirige á rebatir y persuadir los errores que les ha producido su cohelección.

Así, no se las ve atacar de frente el plan y la coherencia en entra del cristianismo. Fuera de que la empresa no es tan fácil, esto sería muy serio, podría trabajar, y hablarían pocos lectores. Si escriben, es para ser leídos y aplaudidos; saben que el mayor número de los que son lo más imperfectos, no se leen más que para divertirse. ¿Qué hacen pues? hacen todo lo que puede facilitar la irrisión y la sátira. Se llenan de regocijo cuando encuentran cosas que tienen apariencia de contradicción, están de dar un ridículo barniz á lo que les parece puede recibirse, no se embarazan acerca del fondo, no se hacen cargo de las costumbres antiguas, las basta que no sean las nuestras, y que puedan parecer extravagantes. O callen las causas que las hacen responsables, ó si es menester fingan otras; se alteran los textos, se exarpan los hechos, se calumnian las intenciones, no se respeta nada, se necesita todo al desagravio, y con estos métodos se hace un libro.

Es verdad que este libro está lleno de falencias y mostruras; pero qué importa! Está lleno de alusiones de ironías y de gracias, el lector se divierte, y no pide más. Tampoco el autor busca otra cosa; hace reír, vende un libro, adquiere fama de hombre superior, y está contento. Los defensores de la religión escriben contra él y redaban su libro á pedir, demuestran la inutilidad de sus razones, la falsedad de sus noticias, y hasta la mala fe de sus citas; pero esto tampoco les importa; ellos desprecian también á sus antagonistas. No los leen, y si los leen, se están despreciado, porque saben que los leen por eso, como al niño los hubiera respondido, cuando á reproducir se le ó por sus amigos las mismas falencias y este combato jamás se termina, porque las gentes del mundo, que son con tanto ardor sus ligeros promotores, no leen sus respuestas, y por lo mismo no parece posible que se desengañen.

Aquí, señor, quisiera yo que hicieran como una reflexión. Supuesto que hay un Dios, no nos puede quedar más que una duda: O Dios ha hablado á los hombres, ó no; ó Dios ha revelado una religión, ó no la ha revelado; ó nos deja errar á la ventura sin más acierto que la ley natural, ó nos ha dado una ley positiva, prometiendo recompensa á quien la crea y la guarde y amenazando con castigos á quien la viole ó no la crea. Una de estas dos

proposiciones es necesariamente verdadera. ¿Y no os parece, señor, esta duda de bastante importancia, para que cuantos están en esta ciudad en la edad de la razón se apliquen con todo esmero, y con todo el auxilio de la vida á averiguar esta verdad?

¿Cuál otra puede ser la primera obligación de una alma que conociendo su propia existencia, confiesa que hay un Criador supremo á quien la debe? No puede ser otra que la de adorarlo y pagarle un tributo de adoración y amor. Y si es la dios que este Criador ha publicado una ley con amenazas y promesas, ¿qué puede ser su mayor interés si no el de examinar si es verdad que esta ley ha sido publicada, y si quien la publicó tenía motivos divinos; si ha publicado esta ley con amenazas y promesas, y si es verdad que esta ley tiene amenazas y promesas? Como por ejemplo, si ha hecho milagros sin querer y sin que se le pudiese atribuir, no puede prometer en dadas; en fin, si se ha valido de otros medios no milagros para convencer, y tales que después de haberlos visto y considerado por tales medios, no dejan puesta alguna á la incredulidad.

Vuelto á decir que no puede haber mayor interés en esta vida, que el de examinar la verdad ó falsedad de esta ley, porque si es falsa, es así de una vez de injusticia; pero si es verdadera, debe ser arreglar su conducta conforme á sus máximas.

Si hay en el mundo cosas simples y justas, lo son estas, si hay intereses importantes y grandes, ninguno puede ser comparable con estas; si hay honras sobre la tierra en esta casa, nadie lo sabe más que el cristiano, á quien se confiere el bautismo y donde la primera edad se le hizo saber la existencia de una ley y la venida de un Legislador divino. No puedo dudar que en todos tiempos por obedecerle, muchos hombres han hecho grandes sacrificios; los unos se han retirado á los desiertos y han vivido con una austeridad que asomaba á nuestra naturaleza, solo por no exponerse al riesgo de violarla; los otros han sacrificado su vida con los martirios más horribles por confesarla y sostenerla. Ve también que en nuestros días hay muchas personas ilustradas y de gran talento, que después de mucho estudio y reflexiones, manifiestan y granan su creencia por la acervidad de su conducta, por una vida justa y religiosa, por la mortificación de sus pasiones, por abandono de las grandezas y placeres del mundo, por su desinterés, pobreza y otros sacrificios.

Cuando se les pregunta por qué hacen una vida tan buena y contraria á todas las inclinaciones de nuestra concupiscencia carnal? Responden que quieren los castos nobles trabajos y pasan grandes angustias, lo hacen porque así lo enseña el Evangelio y porque el divino Salvador lo practicó así mismo después de haberlo enseñado; que este Salvador era el mismo Dios, y que ellos están convencidos de esta verdad por todas las medias que pueden presentarse. Si la Tercera Inmortalidad Alhade, que los grandes de esta son sus evidencias, que es menester creer los ojos para lo verlos, ¿por qué los ojos para no verlos, y después de haber manifestado una convicción tan íntima y segura, concluyen diciendo: Yo que quiero enseñarme, ¿cómo será tan perseguido como yo?

¿Cómo pues es posible que un hombre pueda saber y creer esto, y que en materia que tanto le interesa no quiera una vez en su vida desentenderse el poco tiempo que se menes-

ter para desengañarse, escucharlos y ver al fin si son locos y están ilusos, ó si hay en lo que dicen alguna vislumbre de razón? Esto parece increíble, y con todo, es lo que sucede. Yo apelo á vos mismo. Vos estáis ya en un edad avanzada; Dios os ha dotado de ingenio y de talentos, es cualquier otra materia parecida bien instruido, y manifiesta haber tenido muy buena educación; no os ha faltado ni el tiempo ni los medios de examinar este negocio tan importante, y con todo, vos mismo me decís que nunca os habéis aplicado seriamente al estudio de la religión.

Admirado cuando, que no creéis nada porque jamás fue todo su atención humana, que así también os lo han persuadido ciertos libros trabajados por grandes hombres, que se hallan conformes con vuestro modo de pensar. Y cuando me os dice que estos libros son malos jueces, que otros no meoos sabios y más instruidos en aquellas materias se han respondido, haciendo ver que han escrito con pasión y por captarse la gloria humana, cuando se os promete demostrar sus ignorancias, falsedades y mala fe, os contentáis con responderme, que esto no es natural, y que vos no leéis semejantes libros porque no son divertidas.

Esta basta era muy penetrante para que yo no la sintiera; no era posible desconocer la justicia de aquel juicio; pero pronto disimular su fuerza y le dije: Sin duda que hay en esto falta de reflexión, y que no es proceder con toda la exactitud del juicio; pero el mundo y sus ocupaciones nos atraen, y no puedo dejar de confesarlo, porque es verdad, que ni yo ni ninguno de nuestros amigos lo ha leído, y eso también que los que viven en el mundo lo leen poco.

¿Cómo pues me dijo el padre, pueden juzgar la religión? Y yo que os dignéis de perdonar las casualidades de mi celo, permitidme otra reflexión; decidme, señor, y llamad á vos toda vuestra cultura, ¿podría concebir que se puede hacer un ultraje, no desecado, una injuria mayor á la Divinidad, que reconocerla, enseñar que existe, ser que ha publicado una ley, que ha hecho conocer el culto con que manda que sus criaturas la adoren y obedezcan, y no querer ocuparse más en su honor y en el suyo, que después de haber averiguado si esto es verdad? El que se niega y obedece, aunque no sepa las razones que le obligan, á lo menos cumple y está en el buen camino; pero no es una temeridad temeraria tomar el partido de no creer sin saber por qué, y solo porque así lo persuaden las personas á la ligera. ¿Del espíritu? vos se exponen visiblemente á fallar el respeto que se debe á la autoridad divina, y á faltar á las obligaciones que pueden resultar?

¿Puedo haber tampoco mayor imprudencia que profesar sin convicción propia las opiniones de pocos hombres, por la mayor parte disolutos y viciosos, á las de tantos hombres grandes de todas las edades, los más santos y los otros sabios, que sostienen su persuasión con su sangre, ó la

aprobaron con los sacrificios más penosos? Y cómo puede verse sin horror que una religión que subyugó la filosofía del siglo de Augusto, que convenció á los Clementes, los Justinos y á los demás filósofos de aquel tiempo, que produjo los Agustinos, Crisóstomos y otros muchos varones, propulsores de virtud y ciencia, se vea hoy ligeramente despreciada por un jóven que ni siquiera es digno de aprenderla?

El Dios que este temerario reconoce, y que la dió á los hombres para que la sirvan como quiere ser servido, y para que puedan ser felices, ¿cómo puede ser servido, y para que los medios para que se puedan conocer de su verdad, que se olvidaron de su trío milísimos, y mucho más de su inmensidad presentarse? En cuanto á mí, señor, yo no sé cómo que se pueda hacer mayor desprecio de la grandezza de sus beneficios y de la soberanía de su majestad.

Así, no me juicio, el que no se aplica seriamente á este estudio, falla á Dios y á su propio interior. Si la religión es falsa, podrá entroparse á sus pasiones sin el asistido, con puntura inevitable de la diad; si es verdadera, logrará con ella su felicidad; y si á pesar de esto convicción la fuerza de sus pasiones le arrebatan, la misma religión le enseñará á salir de su mal estado, y entre tanto vivirá con el consuelo y la esperanza de que un día se calmarán y podrá volver á su Dios y á la bendición de la virtud.

No puedo ser buena disculpa decir: Yo me imaginé que no era verdadera, porque no me acordaba; ó yo me dije: pensaría por otros á quienes no acordaba tampoco; porque, señor, es forzoso confesar que si Dios es justo, que si nos ha enseñado una religión, y que para conocer su divinidad basta estudiarla un poco, no puede dejar de estudiar que no la halla digna de tan corto trabajo.

Este discurso me tardó, porque sentí su fuerza y me encontré mal que responderle; así, le dije: Vos me hacéis temblar, padre; porque no es posible desentenderse de la existencia de vuestros remotivos; confieso que jamás había hecho estas reflexiones que me condenan tanto como á la mayor parte de las gentes del mundo; que tampoco las hacen; vos me hacéis conocer mi mismo culpable olvido, y me espanta una cogitación que sería increíble á no ser tan común.

¡Ah, señor! me respondió el padre, yo no me espanto, pero el hombre es miserable; y quien considere las muchas ansias que hay para la diferencia de los unos y de la igualdadidad de los otros, ¿cómo se firmase contra ellos, no ha podido mirar sino con lástima. ¿Querida, padre, le dije yo, ¿cómo algunos de estos hombres? Y él me respondió: Lo he visto con mucho gusto; pero como hoy es el primer día de vuestra contracción, y que todavía necesitáis de refresco, lo dejaremos para mañana y yo también lo dejo aquí, Teodoro, para continuar mi historia en la primera que te escriba. Adios por hoy, amigo mío.



## CARTA IV. EL FILOSOSO A TEODORO.

Teodoro mio: Dime si será retirarte todo lo que el padre me dijo el otro día; como hablo de cosas buenas, y lo que me ha alicado, que me es imposible repetirte sus discursos en aquella misma medida y con aquel apoplejo todo de convicción con que me los dijo; así, no espero más que en cualquier de lo que para mí estaba lleno de hermosura y de vida.

El padre dice el primer principio de que trata la incredulidad, consiste en las pasiones de los hombres. La religión cristiana, al mismo tiempo que secrete el establecimiento, pretende reformar al corazón; no solo nos propone la esencia de misterios profundos, sino también la práctica de obligaciones penosas. El moral del Evangelio se reduce á repetir el castigo, la sensibilidad, el amor de las criaturas por sí mismas, á no desear más que los bienes terrenales, á no aspirar más que á Dios, á no vivir al honor nada sino por contentarse á sí mismo.

Este es el compendio de sus máximas, y si el corazón es Dios, si el patíbulo es el castigo, no hay remedio; se necesitan entonces á estas leyes ó incurrir en las penas espantosas que se amenazan á los transgresores. Dime ahora, señor, con qué ojos puedes ver esta abominable masa de hombres, que destinados por el castigo y reservados por la misericordia, no conocen otra felicidad que la de las sensuales comodidades, cuán nívos es el interés que tienen en establecer una religión que les someta á los engañados todos sus poderes, y teniendo ellos tanto interés en hallarla falsa, ¿quién puede almirarse se le pierda en así con facilidad?

La mayor parte de los hombres hallan en su ingenio recursos que los engañan, cuando sus pasiones tratan de vencer á la verdad. Las ideas que llenan nuestras inclinaciones, nos dejan impresionadas más fuertes que las que nos desagradan, y esta depravación que nos es común y no sigue á pasar nuestros toda la vida, nos arroja á grandes extravíos. Para juzgar de un objeto solamente, es menester considerarle por todos sus aspectos, comparar todas sus calidades; por eso juzgamos mal tantas cosas, y es que desde que el hombre se preocupa de lo que le agrada, ya no mira el objeto sino por aquel lado que le gusta, ya no se aplica sino á desenvolver, apreciar y ampliar todo el valor que sus pasiones le que le ofrecen aquel gusto; le sería duro y duro delirioso á considerar lo que pueden quitarle esta dulce ilusión.

De aquí nacen estas distracciones, estos olvidos voluntarios, y tantas ignorancias afectadas de lo que pudiera encunarse á la verdad. Y si esta verdad que, para penetrarla necesita un examen serio y demeritudo, arroja por acaso en un momento de seguridad un rayo de su luz, esta resplandor es débil y no basta para iluminarnos; suele bastar sí para turbarnos; pero el exceso del reposo nos hace buscar al instante ideas más dulces que lo despierta y volvemos á quedar en el error.

Por eso cada pasión tiene sus opiniones propias. El sensual mira sus placeres como una ley de la naturaleza que sería injusto acusar de delito; el ambicioso estima su deseo

de elevarse como carácter propio de las grandes almas, como un fuego capaz de iluminar á los grandes talentos para ilustrar los pueblos y engrandecer los Estados. El lujo, que confunde las condiciones, corrompe las costumbres, y pasando sus justos límites, prepara con su falso resplandor la decadencia de los reinos; no parece á los políticos errarle sino medio de circular rápidamente las riquezas y dar perfección á las artes.

Esto es el principio por que el mundo tiene un castigo tan contrario al de la verdad, y es que siempre se conforma con la opinión que le sugieren sus pasiones. Cada cual tiene la suya; y si cada una puede obtener la verdad que la es contraria, ¿qué fuerza no tendrían todas las pasiones reunidas contra una religión inexorable que á ninguna da acogida!

Y esta es la verdadera causa porque los incrédulos se ven siempre malos jueces en materia de religión. Y al no, desdame; por qué las leyes no sean por jueces á los que tienen relación con algunas de las partes? Porque saben que los hombres de ordinario juzgan más con el corazón que con el entendimiento, que para juzgar bien es menester juzgar en interés; que cuando el entendimiento está apasionado no hace otra cosa que buscar arbitrios para más oír á sus errores. Ahora apliquemos estas principios: los incrédulos aborrecen la religión, sus pasiones les sugieren este odio, desean con ardor que sus promesas sean vanas, para que sus amenazas sean fabulosas; por consiguiente, no pueden ser buenos jueces; el odio desordena su juicio. Quiero suponerles las luces más extendidas, los mayores talentos; con esto serán enemigos más peligrosos, pero no mejores jueces ni más competentes.

Examinemos ahora cómo es por que los más se hacen incrédulos. Todos nacemos con las reglas de la ley natural grabadas en el corazón; el Criador imprime basta en el tiempo esta divina luz; y después, habiendo sido educado en la crenencia de la religión, se le dió una grande idea de Dios, de sus misterios sublimes, de su admirable moral, tan conforme á la miseria del hombre, y tan necesario para su felicidad; el recibida en su niñez esta fe que debía respetar después por tantos títulos, ahora sus sentidos y misteriosos oscurecidos, sólo sus ritos, se sujetó á sus leyes, temió sus castigos y esperó sus recompensas. ¡Por qué, pues, la mudado! ¡De dónde viene esta oscuridad y total revolución que se ha hecho en sus pensamientos! ¡Por qué todos esos obstáculos que ahora posea, la parecen desdichados del cielo, no le parecen ya más que fábula inventada por la política ó por la superstición de los hombres!

Se me dirá que su emisión no fué fruto de sus reflexiones; yo creo y confieso que en la edad adulta debe aspirar á una fe más ilustrada; pero también es claro que siendo este el principio de que depende su felicidad ó su desgracia eterna, debe poner el mayor empeño para no engañarse en asunto tan capital y cuyas consecuencias son tan graves. Que me diga, pues, cuál es el examen que ha hecho de la religión cristiana; si para hacerlo bien ha impuesto silencio

á sus pasiones y apetitos; si ha hecho sus indagaciones de buena fe y con sincero deseo de reconocer la verdad.

Que me diga si ha leído con cuidado los escritos que prueban la certidumbre y divinidad de esta religión y los que explican la economía de su moral y de sus misterios; si por muchos estudios precedentes y por un grande modo del raciocinio se ha puesto en estado de pensar las pruebas, de sentir su conexión y la religiosa fuerza que se comunican; si por el contrario, no ha confundido lo falso con lo oscuro, lo incomprendible con lo contradictorio; si en las dificultades ha tenido la balanza igual; si en las dudas ha consultado con personas más instruidas; si nunca ha precipitado su juicio; finalmente, si puede su conciencia darle testimonio de que en el estudio de la religión ha ocupado todo el tiempo, imparcialidad y aplicación que exige un negocio de tan alta importancia.

Si lo ha hecho así, yo le aseguro que no será incrédulo; es imposible que Dios oculte la verdad á quien la busca con sincero deseo de encontrarla. La dogmatía es que pocos quieren tomarse este trabajo, y quizá no ha existido un incrédulo que pueda establecer sobre estas fundaciones la seguridad de que ellos se jactan. Son muy diferentes los principios que forman á los incrédulos de nuestros días.

Uno no tienen más conocimientos ni más instrucción que aquellas noticias superficiales que recibieron en la infancia; apenas se les enseñaron los dogmas que no deben creer, sin explicar jamás los motivos. Al primer movimiento de las pasiones se sintieron como reprimidos de la autoridad de la ley y desearon sacudirlos; los ejemplos y los discursos de los otros incrédulos los alentaron, pasaron de fe á la cavilación, de la cavilación á la duda; empezaron por el deseo de ser incrédulos y acabaron por la vanidad de parecerlo.

Otros, atraídos por el torbellino del mundo, y sin otro estudio que el de sus placeres, se forman una especie de erudición de todas las dudas y objeciones que han aprendido y que no eran capaces de formar; y siendo de un carácter más temerario y arrojado que los hombres comunes, las proponen á cada paso con mayor osadía.

Hay hombres estimables sin duda por sus talentos, pero que sólo se han ocupado en las ciencias profanas, que no han glorificado á Dios en su corazón, que no han buscado en sus estudios más lo que podía honrar su orgullo ó satisfacer su curiosidad, y por lo mismo han sido abandonados de Dios. Los dos estáis, queriendo pensar por sí solos, son unos verdaderos insensatos.

Hay otros que pretenden haber leído, haber examinado, esto es, que han recogido con miserable afán todos los hechos religiosos, todos los sofismas episcopales, todas las extravagantes paradojas que ha inventado una filosofía destrozada para dar fondo á sus perniciosas opiniones; que han echado algunas ojeadas rápidas y entons sobre nuestros libros santos, no para instruirse, sino para criticarlos, no para edificarlos, sino para confundirlos, y esto es lo que llaman sus estudios y meditaciones. En fin, hay diferentes especies de incrédulos; pero cuando se examinan de cerca, se ve que todos ellos no han meditado con la seriedad debida un asunto tan importante, y que todos sus errores tienen por origen las pasiones.

Y si estas pasiones no los engañan, ¿cómo se atrevieran á sostener un sistema tan arrojado con levedad tan peligrosa; porque en fin, exageren cuanto quieran las dificultades insuperables de la religión, por lo menos no pueden dejar de confesar que hasta ahora no se ha podido demostrar nada contra el divino origen de sus dogmas, como se les podido probar mala á la sublime santidad de su moral, ni demostrar en un símplo la verdad de su sagrada historia.

Por el contrario, debe confesar la vida y la muerte de su divino fundador, la sabiduría y pureza de sus preceptos, la grandeza y sublimidad de nuestros escritos, los testimonios de vida de tantos hombres apostólicos, la santidad de los milagros, la tradición de todos los siglos, la imperturbable firmeza de la Iglesia en depositaria, y estas con las demás pruebas del cristianismo, deberían á lo menos ser de un grande contrapeso en la balanza de su razón.

Porque, señor, considerado con reflexión. A vista de tantos documentos, si queda la menor equidad en sus juicios, deben confiar que ya que no quieren ver tantas demostraciones, ¿por qué con la más ligera apariencia de duda se determinan por el partido contrario y á veces, ¡mente peligrosa! ¡Qué por pocos y rápidos placeres que degradan el alma, por la triste ventaja de vivir como los bestias, que no piensan más que en contentar al cuerpo, sin otros deseos ni esperanzas; por la vil satisfacción de entregarse por poco tiempo en la tierra á sus vicios, sin rubor ni remordimiento, ¡aventura el hombre los destinos eternos que puede haber, los dejó entre las manos del mundo, se expose á perder si bien supremo y á entrar en suplicio que nunca acaban! Puesto, señor, y decíme si no es esto el colmo de la seguridad y la paz.

Pero, padre, le interrumpí, las pasiones y la corrupción de las costumbres son y han sido de todos los siglos, y los cristianos no han estado ni están exentos. Apenas se extinguó el fuego de las persecuciones en la Iglesia primitiva, cuando la relajación se introdujo y los cristianos fueron tan desagradados como los otros, sin ser por eso incrédulos.

Es claro, pues, que la filosofía que cree no existía entonces, no pudo ser la causa de aquella corrupción; así, todo lo fueron las pasiones, sin que ella tuviera parte alguna. Es verdad que las artes y las ciencias vinieron después y que ellas mudaron la filosofía; que han extendido tanto la incredulidad. Pero si de estos hechos puede resultar alguna consecuencia, no es otra sino que la incredulidad debió ir en progreso á las luces y á la razón.

No entro, me respondió el padre, en la cuestión de si las costumbres públicas han sido siempre igualmente depravadas (basta para nuestra reflexión; y lo he confesado) que hay y nunca han faltado cristianos inconsecuentes, cuya fe está en una conducta con su conducta; hombres que viven de una manera opuesta al Evangelio; pensando en público la religión que los condena. Pero porque las pasiones no conducen siempre á la incredulidad, porque hay ritos que no son incrédulos, porque la religión no siempre prospera de los vicios, ¿pueden inferir que esa útil y que la filosofía no sitúa mucha corrupción á la que el corazón tiene en sí mismo?



los perversos, que aprenderán en sus obras el abandono de todos los deberes y la apología de todos los vicios.

Así es, señor, que estos abogados de la irreligión no lo son las mas veces sino para adquirir una infame existencia; esta intención es el móvil principal de sus fines. Sus discursos, que los escuchan con tanta complacencia y se entregan al encanto de sus novedades, son simplemente sus esfuerzos para pasiones, disipando el terror que los amata. Así es visible el interés de todos y sin embargo, que poco puede tener su utilidad; ¿de qué sirve predicar, si la utilidad y la extensión de sus enseñanzas, como que son métodos más activos para fascinarnos los ojos y dar a la importancia el colorido de la verdad.

Pero hablémosle mas claramente, para que él me explique con toda la sinceridad de su alma, ¿de qué consisten y la inteligencia que han formado en materia de religión, son tan vagas y tan vagas como sus suposiciones? ¿Y no será este el caso en que se verifica lo que dijo Bacon, que un poco de saber dispone a la incredulidad, pero que la mucha ciencia conduce a la religión? Respondo que esto me da de cerca sin sin huecos ni parcialidad, como los estados que han hecho, consideremos las pruebas que nos han dado de su ciencia y de sus pretensas instituciones en los objetos de la religión, tengamos a la vista sus puntos, que hemos visto en ellos hasta ahora.

Que han recogido con cuidado y población una multitud de todas las autoridades o dificultades que los santos libros presentan relativamente a la historia, a la orficia y a la orficia. Pero esto no es mucho saber, porque antes que ellos las habían producido para resolverlos los doctores católicos, otros muchos cristianos doctores se han desengañado y rendido a la fuerza de la verdad. No los costaba pues más que reconocer, y han tenido la mala de no responder las objeciones, desnaturalizándose de su responsabilidad. ¿Qué más han hecho? Responder hasta la saciedad a las y a calumniosas imputaciones de Calvo, Porfirio y Juliano, pero ya habrían hecho las apologías de Origenes, san Agustín y otros, tuvieron rubor de reproducir objeciones tantas veces reducidas a polvo.

¿Qué más han hecho? Se han servido de muchos sofismas para desquiciar la incertidumbre de los ministros, pero jamás han podido probar que Dios no les ha revelado, o que Dios debía a los hombres la demostración de las misterios que los revela. Han acumulado con ostentación y complacencia todos los males que en los siglos de la ignorancia y fanatismo han hecho los hombres en el mundo con pretexto de la religión; pero acaso proceden con justicia o conocen bien esta religión, cuando pretenden honrarla responsable de las mismas acciones que reprobaba, y a las que amenaza con castigos eternos? ¿pueden de acuerdo extra, si mismos cuando por una parte estimaban su utilidad, utilidad de inhumana, y por otra se ocupaban de la severidad de sus castigos y de la autoridad de sus preceptos? Pretenden que la religión cristiana es falsa porque no ha hecho a todos los cristianos. Que dicen, pues, que las leyes civiles son también inútiles y viciosas, porque no se atoraban todas las delicias ni producen todas las virtudes.

Pero lo que repiten con mayor delicia es al escarnio y la mofa con que producen ciertas doctrinas falsas o peligrosas,

ciertas prácticas filiales, o más supersticiosas que se han introducido en los pueblos cristianos.

Es el fondo sin embargo, pero proceden de mala fe cuando no confiesan que semejantes ideas, nacidas del interés de amor y de la ignorancia y simplicidad de otros, son extrajeros a la religión, y tan contrarias a la pureza de sus dogmas, como opuestas a la sencillez de sus ritos; que la Iglesia, guiada únicamente por la Escritura y por la tradición, los reprobaba sin cesar, así por la voz de sus pastores y ministros fieles, como por la ilustrada y para detención de sus hijos instruidos. Si los incrédulos, pues, no ignoran que la religión es la primera que libera estos abusos, ¿cómo que curan se atreven a imputárselos?

¿Agil me ocurre una reflexión que creen importante. La revelación eterna sobre la verdad de ciertos hechos, nosotros los creemos más probados y ciertos que ninguno de los que refiere la historia. También se apoya con documentos y cosas que tienen de decoroso hasta nosotros, monumentos existentes que no solo demuestran su antigüedad y origen, sino tambien la no interrupción y constante posesión con que la tradición y la práctica continúan nos los ha conservado.

Así, el más fiel y el mejor camino para combatirla, sería ó demostrar la falsedad de estos hechos, ó la no existencia de los monumentos y de los documentos, ó la novedad de estos usos, indicando el tiempo ó la época en que se introdujeron. ¿Por qué pasa ninguno de los incrédulos se ha atrevido a esta empresa? ¿por qué en vez de atacar el tronco, se contentan con andarse por las ramas? Porque el tronco es inextinguible, porque no pueden hallar hechos que sean contrarios a hechos ciertos, porque la evidencia de los documentos no permite la duda, y porque no es posible hallar una época moderna a unos que por una sucesión continua acreditan la antigüedad de su origen.

¿Qué hacen pues? Contra todos los principios de la buena fe, por en materias históricas y positivas, ó fidei de otros siglos recurren a ramosos vagos de dudas, las mismas que padecen combatidos al propósito universal, quieren asombrar la cordillumbre de los hechos a las reglas de la similitud, los usos antiguos a las costumbres presentes, los dogmas de Dios a la razón de los hombres, y con método tan contrario a la sana manera de proceder, es indispensable que coligan en confusas paradojas.

Analiza á estos históricos chabatos, aventuras malignas, expresiones pesadas, clamores burlescos y ridículos, temas que vienen a nubes de nubes, y ve aquí cómo ofrecen una verdad entera, que la imparcialidad los hombres. Efecto se tragan sin arder, porque gustan más de los chistes que de la verdad, y porque así les para ilustrarse, sino para divertirlos.

Esta es la sustancia de sus libros, y pues vos los habéis leído, citamos uno desde Huxley que fue el primero de nuestros tiempos hasta el más moderno de nuestros días, que no está escrito ó con este espíritu ó con este estilo. Nombremos uno solo que haya combatido la religión de frente y en su totalidad, que se haya propuesto destruir este armonioso y arreglado plan que empieza con la creación del mundo y llega hasta nosotros los hijos de la Iglesia, este admirable conjunto que no puede ser más que obra de Dios, pues fue predicho, anunciado y esperado; pues los tiempos posteriores verificaron lo que los pri-

meros oráculos habían prometido, pues es, finalmente, un edificio tan sublime, tan bien enlazado en todas sus correspondencias, tan divinamente ordenado en todas sus partes, que lejos de poder ser creación de los hombres, asombra, espanta y sobrepasa á todos sus ideas.

Para combatir pues la religión, era necesario trabajar en destruir su antigüedad, su autenticidad y toda esta armoniosa y completa proporcion con que manifiesta su excelencia. ¿Por qué no nos proban que los libros de Moisés son falsos independientes cuando y quien los escribió? ¿por qué sus milagros fueron prestigio, y que las fiestas y ómnibus que usaron los judíos y que se conservan aun, son todos ilusión? ¿por qué a los judíos no se los expulsó de su tierra? ¿por qué un Mesías que Jesucristo no lo fue? ¿en fin, que sus profetas solamente que Jesucristo no reusó?

Ve aquí el fondo y la sustancia de nuestra religión, y para contrastarla ora me voy a demostrar la falsedad de alguno de estos hechos fundamentales; pero esto es lo que no harán jamás, y como los piqueros, que no se atreven a atacar á Hierónimo de frente porque no los aplaca con su maza, van por detrás a ver si le pueden armar algún despojo; cuando pueden encontrar alguna contradicción aparente, alguna dificultad intrínseca, y sobre todo, alguna idea que dé flaqueza á la verdad ó á la fe, captan el triunfo mientras que él que conoce la majestad y solidez, se río de sus ridículos esfuerzos.

Y estos hombres, señor, que se pretenden ser los proscriptores, los amigos del género humano y las autoridades de su siglo. ¡Infelices! pobres del mundo si pudieran lograr sus culpables esfuerzos! ¿Qué sería de los hombres si semejante con su infame conspiración arrancaran al Dios inextinguible de la fe. Ellos quisieran que todos fueran filósofos; esto es, destruir la religión, y qué conseguirían sino rejar y deshacer todas las columnas de la sociedad, trastornar el orden público y quitarlos hasta las últimas nociones de justicia y decencia! ¿Cuál sería la suerte de las costumbres, de la buena fe, de la seguridad de los Estados, y con de los particulares mismos, si los hombres pudieran persuadirse que todo perece con el cuerpo y que la mala es el último término del vicio y de la virtud?

Pero, le dije, yo he habido muchos hombres que sin religión han tenido virtudes! Tito, Marco Aurelio, Antonio y otros muchos, ¿no han sido humanos, benéficos, justos y generosos! Pero con que me citas sus ejemplos, profesas estas una religión, aunque no la verdadera. Por otra parte, puede ser que se encuentren hombres de un temperamento más propio para la virtud. También hay otros que quieren parecerse virtuosos aunque no lo sean, por orgullo, esto es, que por dominar ó por adquirir un gran nombre, sacrifican las demás pasiones: esto es posible, nunca los ejemplos son muy raros.

Pero se puede esperar continuar en los mismos términos a una multitud grande y desenfrenada. ¿Se puede imaginar que después de haberlos quitado todas las barreras de la religión y sus terrores horribles, sea posible con ideas filosóficas, con nociones abstractas de justicia y orden, controlar la furia de tantas pasiones? Esto fuera desconocer la naturaleza del hombre, esto sería exigirle que hiciera de habito el sacrificio de su felicidad, y los buenos serían los más desdichados.

La virtud no es otra cosa que el amor bien entendido

de nuestros verdaderos intereses, la solicitud justa de nuestro bienestar. Si no hay que temer ni esperar después de la muerte, el verdadero interés es estar en esta vida. Si la razón no espera hallar en la otra la recompensa de sus sacrificios, los sentidos deben tener aquí la preferencia. Si una querrá la filosofía exagerar las ventajas que la virtud encuentra en el mundo; la corte y pobre recompensa de la admiración ajena ni basta á desquitarla de sus trabajos y combates, y el interés presente y personal hará siempre más peso en la balanza.

¿De qué aprovechará crecer sin Dios, si el más virtuoso no tiene que esperar de su bondad ni el mayor malvado tiene que temer de su justicia? Desde que se destruyen la esperanza y el temor, si ellos son los únicos resortes de la conciencia, no puede quedar nada a la virtud, y desde entonces ya no hay obligación, ó si hay alguna, no puede ser otra que la de amarnos, y no amar más que á nosotros mismos.

Ve aquí el terrible caso en que pretendían meterlos los filósofos, y esto sería el fruto de sus ideas y sus tristes victorias. Ellos enseñan a los hombres á entregarse sin remedio ni alivio a deleites que embalsaman la naturaleza, á no tener á Dios y borrar los principios de la equidad, cuando se pueden ocupar á la vigilancia de las leyes, nacidas a los soberanos y poderosos á no conocer más regla que su poder, su voluntad y sus pasiones. Han armado al hijo contra el padre, al esposo contra la esposa, al criado contra el amo; al vicio en los han quitado sus frenos y remedios, á la virtud la han despojado de sus apoyos y motivos, y al vicio de sus consejos y esperanzas. ¡Santo Dios! si esto es lo que producen sus verdades, que nos dicen con nuestros errores.

Pero, padre, le interrumpí, me parece que hay alguna cooperación en vuestras quejas. Confieso que tengo razón en mucha parte; pero tambien me parece injusto acusar de tanto horror á todos los incrédulos. Yo conozco muchos que llevan tan arraigada como vos esos errores, que diariamente se son conformes con sus principios. Puede ser, señor, me respondió, que haya habido algunos á quienes la experiencia haya forzado á arrojarse de sus trinitos; pero cómo no asombraron que destruyendo la religión rompían el freno más poderoso de las pasiones, inutilizaban el amor, remedio que puede sanar el corazón, quitaban la única barrera que puede contener á la multitud, y chirria la puerta á todos los vicios para inundar la sociedad!

Como llamándose sabios, como diciendo filósofos, parecían ignorar que los hombres no pueden hallar ni en su propia naturaleza, ni en su educación, ni en sus estados, ni en su propia vanidad otros preservativos que la incredulidad dice que deben seguir á los resortes del Evangelio! ¿Cómo no extrajeron que reduciendo todos los apoyos de la virtud á suposiciones elevadas, que solo pueden entender los talentos superiores, no dejaban al común de los hombres ningún estímulo para ser virtuosos?

¿Cómo podrán justificarse de haber hecho hasta la apología del ateísmo! Como si no les bastara haber abierto á nuestros ojos los abismos de la impiedad, que todavía muestran apartar todas las fuerzas de su ingenio para hacer que cuanto antes nos precipitemos en ellos. Como si no les bastara haber quitado á los malvados el terror de la

ciudad, y quisieran quitarle también el temor de las leyes, y hasta el amor de la vida, para extinguir con esto los delitos.

¿Quién pues puede mirar como bienhechores á hombres que trahian por volverse al poder de las tinieblas, después que Dios nos ha alumbrado con las luces de su religión? ¿Discurrir, señor, si merecen ser nuestras guías los que á sus tan malos que tienen este intento, ó tan ciegos que no lo conocen. Sólo su necedad intercepta instancia podrá tener de continuación y de que su misma obstinación al cristianismo.

Pero si hay una preocupación absurda y desoladora, es la de preferir á nuestras grandes motivos de credulidad la autoridad de esos nuevos maestros y consideráras mas luces que á tantos oráculos sabios, que en todos los siglos oyeron con firmeza y la documentaron con gloria, y por fin duraron abolir por sus sofismas y error lo que tal vez no creen ellos mismos.

Ujo, esto es, señor, porque hay muchas razones para dudar de su autoridad. Sin duda que no se cansa de repetir, en reprochar y volvernos á repetir sus principios desmentados, pero esto mismo insensiblemente, está indiligentemente como ca tal vez lo que hace un hombre fe más sospechosa. Parece que no habiendo podido persuadirse todavía bastante contra los errores de su credulidad, muestran mucho ruido para desmentarlos y hacerlos compañeros que agoran su vacillante persuasión.

¿Cuántos he conocido que se hallaban en este caso juntados lo visto que se celebraban á parecer increíbles porque desahogado sería, cuántos que cuando antes parecían firmes y seguros, en el tiempo de la aflicción y los reveses, en la penitencia de la vejez y en las enfermedades, han volado á buscar en la religión, como en un puerto seguro, y finalmente á la hora de la muerte pedidos y tremidos han alborado sus errores, llamando las acciones de la vida, como tanto habían despreciado.

A mas de esto, señores, como es posible que estos verdaderamente persónas tan hombres que no tienen principios estables ni opiniones firmes? Como no tienen buena memoria, fluctúan en todo, y ellas mismas se desmentan y contradicen según la inconstancia de los humores ó la oscuridad de los espíritus. Apenas podemos creer á nuestros propios ojos cuando leemos en sus escritos esta abundancia de errores, este conflicto de doctrinas y esta contradicción de principios en los puntos más esenciales.

¿No proponen con facilidad la cuestión si hay un Dios y la dejan sin resolver. Otro la resuelve, y lo niega con firmeza, y budica al desta la contradicción de no atreverse á contar de más este que llama error popular. Llego un terreno que basta á su cuerpo probar la existencia de un Ser Supremo, pero con equívocos de que no es su dios de nosotros y vive en sí mismo y la inteligencia.

Vienen otros filósofos y declaran que en un siglo tan ilustrado como el nuestro es ridículo creer que haya otra vida que admitir una Providencia es sujeto al autor de la naturaleza á penas y continuas atenciones, por objeto tan poco digno como la conservación del universo. Otro dice al contrario, que la idea de un Dios que premia y castiga, debe estar grabada en todos los corazones, porque mejor sería ser gobernados por demonios que por dioses.

Un libro nos enseña que la religión natural basta para

todo; otro nos asegura que no hay ni puede haber religión natural, porque toda religión está en contradicción con la naturaleza. Los unos prueban que los milagros son imposible, los otros declaran que es menester encerrar como botos á los que niegan la posibilidad. Los incrédulos furiosos atribuyen á la religión los horrores de la política y el fanatismo de los últimos siglos; otros mas moderados reconocen que aquellos excesos fueron el abuso y no el espíritu del cristianismo; otros por fin están de acuerdo ni tienen un dictamen seguro.

Me sería imposible referir todas sus contradicciones; basta decirles que los apologetas de la realeza han formado volúmenes de los que se hallan entre los escritores mas modernos, y así permitirme que os presente; como es posible que después de una demostración tan completa, estos filósofos no han podido formar un sistema regular, cada uno de ellos de la religión, después de haber visto que están divididos y son tan inconsecuentes que lo que habrían uno lo destruyen otros, que ellos mismos destruyen sus propios ideas, que las opiniones de ayer las contradicen hoy, que no han sabido establecer ni fijarse en nada, y siempre opuestos entre sí, los unos se burlan de los otros como es posible, dicen que hombres de esta especie harían poco hacer tanto ruido, y adquirir crédito y autoridad!

Proven, padre, lo digo, que queréis forzaros á confiar que su fuerza y su fin consisten en la flaqueza y en las tinieblas de sus lectores. Yo creo, señor, me respondo, que no tuvieron un solo partidario si no los pararon sus opiniones y si los cristianos estuvieran mas instruidos en los fundamentos de su religión, pero esto es el gran mal, y lo mismo con dolor, son pocos los que se aplican á instruirse. Los errores ocupan los momentos de descanso, se emplean en diversiones, la opulencia y la granjería arrastran á los placeres y alejan de las cosas sólidas, la necesidad se entrefrena con las ciencias profanas, descuida el oca de las costumbres y religiones cristianas y florece de la ociosidad que ha nacido y de que después se culpa á instruirse.

Apenas hay quien lea los libros santos, distados por el espíritu de Dios, al los de los sabios que explican su sentido sublime y misterioso, ni tampoco los escritores que han justado las pruebas de su verdad y han postulado las razones de las invencibles mas tanta fuerza como claridad. Sin otra instrucción que la de su padre, con el espíritu interior de nuestra propia inteligencia, con el silencio secreto de que no se realzara una religión que nos enseñara y nos muestra, con el silencio paucos que cantan los discursos que la desagraviaban, que mucho es que tanto se dojan desmentar por la van orgullo, por la elevación y por los dichos pueriles de los filósofos!

Lo peor es que una vez hecho el daño es sumamente difícil el remedio. Ya no veo como cuando podrán desengañarse y volver al seno de la religión, porque cada día con la corrupción de sus costumbres se aumenta la debilidad de sus tinieblas. Será cuando se instruyan mal! Pero ellos no se quieren instruir, ni siquiera se dignan aprender los fundamentos en que se apoya la fe. ¿Será su la madurez de la edad y mirando las personas empleadas á cultivar! pero la vejez que debilita los sentidos no profiere el corazón, deja en su fuerza la imaginación y la memoria, y aunque impide á los sentidos la ejecución de lo que la ley prohibe, pero no les hace amar lo que manda.

Y cómo en el tiempo del desaliento y de la pereza se podrá examinar, estudiar y aprender lo que se ha desdichado de sí de la curiosidad y del vigor!

Cada día se aumentan en el hombre las dificultades, sea por la mayor fuerza de los hábitos, sea por la mas antigua tenacidad de los ideas, sea, en fin, por insuperable debilidad de las facultades; así es imposible que la naturaleza por sí sola pueda elevarse á tanto esfuerzo. Solo Dios y su omnipotencia gracia pueden obrar esta resurrección; él es quien tiene la linterna en la mano y la abre cuando quiere.

## CARTA V.

### EL FILOSOFO A TEODORO.

Querido amigo: Desde que el padre me dejó solo, entré en batalla conmigo mismo, y examinando de buena fe mi vida, la de nuestros amigos, la de tantos incrédulos, y particularmente la de los mas celebrados filósofos, como durante la conducta de todos y el estudio ordinario de los genios del mundo, no pude dejar de conocer que había mucha verdad en lo que me habéis dicho sobre las causas mas ordinarias de la incredulidad.

Repasé también en mi memoria algunos de sus libros, y especialmente los que pasan por los mas celebrados contra la religión, y hallé que aquel buen religioso me había resumido con fidelidad, y que los retratos que me hizo, así de ellos como de sus autores, no dejaban de ser parecidos.

Me acordaba de que un eclesiástico que me había presentado el seso estuviese tan instruido cuando yo creía que todos eran ignorantes, fanáticos y crédulos, sin crítica ni discernimiento. No me podía figurar que un hombre retirado en un claustro fuese capaz de unos razonamientos justos y de una lógica tan sana como la que manifestaba.

Yo había creído burlarme de su ignorancia y su simplicidad; pero encuentro en el mucho talento y un espíritu vivo y penetrante.

Lo que mas me sorprendió fué que estuviese tan enterado no solo de los libros filosóficos, sino que conociese tan á fondo á sus autores, porque yo creía que al habia ilusos y crédulos, era porque ignoraban ó no habian visto las nuevas luces con que la filosofía ha desengañado á los hombres. Me parecia imposible que un hombre dotado de moderna razón y esclarecido por las muchas reflexiones que estos libros producen, pudiese creer todo cuanto se nos imbuye en nuestra infancia.

No comprendía pues cómo este padre, que por otra parte me parecia dotado de juicio sano y de razón despejada, pudiese ser tan crédulo, y me decía á mí mismo: ve aquí el efecto de la educación y de la invencible tenacidad que adquieren las primeras ideas de la infancia. Aunque los hombres nazcan con talentos en vez de basar con ellos la verdad, no los emplean sino en dar colorido á los errores adoptados y persuadirlos de las opiniones mas monstruosas. Este buen padre confiesa que la religión es un agregado de misterios incomprendibles y ocultos, y con todo pretende que ella se puede demostrar con evidencia. Me parece tener el juicio pervertido para no conocer una contradicción tan palpable. ¿Cómo es posible mostrar con evidencia lo que ni siquiera se puede entender!

El es quien envia su Espíritu, que va y ojala donde le parece. ¡Dichoso el consuejo para ser varo de misocordia! Pero me parece, caballero, que yo os tarde y que ahora tendréis necesidad de reposar.

Yo la respondo: vos me habéis instruido de muchas cosas nuevas para mí, todas me dejan una fuerte impresión; pero que otra vez volveremos á hablar de ellas. Ahora permitidme que os dé gracias por tantas finzas como me deba. Ratones nos dimos las buenas noches, y yo también las da hoy. Adios, Teodoro; hasta otra carta.

Estos buen varos, que os cupo de imprimir este ministerio, ha hecho todos los libros filosóficos, y no solo no se ha dejado poner de la fuerza de sus entendimientos, sino que los trata de frívolos y ociosos. Esta es la arrogancia y satisfacción con que se explica... Sus autores son los primeros ingenios del universo, y este buen hombre habla de ellos con desprecio y flinima, los llama ignorantes, y tiene por superiores y mas ilustrados á los que como él no saben escribir el yugo que los impusieron sus sucesores; esta es el extremo de inercia que puede llegar la razón humana.

Y pues la muerte me ha traído aquí y la prudencia me dicta permanecer todavía, lo mejor que puedo hacer es sacar partido de la necesidad y desengañar á este pobre fino. Entraré en disputa con él y lo haré ver sus imperios y flaquezas. Parece que tiene luces naturales, y es posible vencer la fuerza de la verdad, y á lo menos me divertiré viéndole empujando con mis reflexiones, porque no sé cómo desmentarse sino con miserables subterfugios que yo os los haré palpables.

Estaba hablando entre mi estas discursos cuando vino el padre, y después de los cumplidos ordinarios lo dije: Muchas veces, padre, me habéis repetido que la religión cristiana merece nuestra admiración y creencia, que su plan es magnifico, bien ordenado, fácil de comprender, y tan capaz de producir la evidencia, que obliga á la persuasión. Os confieso que esta asercion me parece muy arrogante, y ciertamente es contraria á todas las ideas recibidas; porque todos saben que la fe os oscura, que presenta milidres incomprendibles, y yo sé que me propongo cosas que no solo repugnan á la razón, sino que tambien la contradicen.

Los mismos cristianos aseguran que en esta dificultad como su objeto, para á usar de las contradicciones y repugnancia que aparecen á la razón, debe sacrificarse ella misma para no desmentar mas que las voces de la fe. Esta es la batalla de la fe y de la razón; y yo creo que en esta batalla, cuando el error y la credulidad dominan, la fe vence, pero cuando la filosofía reina, la razon triunfa. Por otra parte, para creer es menester juzgar que lo que se cree es cierto; para juzgar es menester entender. ¿Cómo pues entender lo que no solo no se puede comprender, sino que nos parece contradictorio y absurdo!

Verá aqui, señor, mi respuesta, una objecion que os parece espantosa. Hallas contradicción en que se vea con evidencia.

ridad lo que es oculto, en que se erige lo que no se entendió y en que se pueda demostrar con evidencia lo que no se pueda comprender. En dicit de paso, que de esto carácter son casi todas las objeciones de los filósofos. Presentan un aspecto formidable, porque confunden las ideas; pero cuando una idea legítima las desmenuza y pone cada cosa en su lugar, entonces se desploma el aparente edificio, que solo ha podido elevarse al que no tiene otro que para descubrir la verdad de su apariencia, y verlo van a ver.

Señor, en la religión hay dos cosas: el hecho y el derecho. El hecho es, que Dios la ha revelado; el derecho lo que Dios ha revelado. El primero es claro, y se puede probar con evidencia que Dios es su autor; lo segundo, en parte es claro, porque hay muchos casos que Dios nos ha permitido entender, y en parte oculto porque hay otros que ha escondido á nuestra inteligencia.

Para que nuestra razón se satisfaga y conozca que la religión es divina, Dios nos ha dado pruebas y documentos tan evidentes y seguros, que cuando se miran de buena fe, es imposible al que sabe los ojos no ver el resplandor de tanta luz. Pero no es suficiente el que ve la creencia, porque de su aplicación depende el convencimiento de su verdad; y al no ser convencido por su aplicación, entonces se continúa en su incredulidad en materia tan importante: es un grave defecto, que no hay sociedad digna.

Es verdad que en lo que llamo derecho, estoes, en lo que Dios ha revelado, hay misterios incomprendidos por que exceden á la razón; pero siendo en sí divina verdad, no está en la esfera de los accidentes, sino porque la razón y el entendimiento por Dios puede revelarnos lo que quiere y acostumbrar lo que le parece, según el orden de su inabarcable sabiduría, y con la medida que quiere poner su providencia.

La razón humana limitada y reversible á los límites decretados, debe contentarse, adaptando lo que no entiende y creyendo sin entender lo que se le manifiesta, sin que lo entienda. No tiene derecho para pedir á Dios cuenta de sus disposiciones, y debe hacerse cargo de que Dios reserva la manifestación de estos secretos para el día de la eternidad; que sería una insolencia, quejarse de no saberlo todo, que Dios la ha hecho saber todo lo que le es necesario para conocerle, adorarle, servirle en esta vida y gozarle en la otra, y lo que como no le sería convenientemente oportuno y lo que solo pudiera conocer su orgullo y vanidad.

Si se quisiera, señor, con buena fe tener presente esta distinción, se evitarían los equívocos y la confusión, con que de ordinario concuerden los incrédulos este asunto; se vería que las expresiones de misterio que contradicen y repugnan á la razón, no son exactas; que aquí la luz no está en oposición con la oscuridad, pues la luz está en una cosa y la oscuridad en otra; que la razón debe hacer lo que basta ver la verdad de la revelación, pero que cuando la llegó á ver debe respetar su oscuridad; que para decirlo así, en el primer examen debe hacer el primer papel, en el segundo no puede hacer más que el último.

Mientras se examina si Dios es verdaderamente el autor de la religión, si es cierto que ella viene del cielo y que la haya revelado á los hombres, la razón lo hace todo. Ella examina bien las pruebas, compara los testimonios, rechaza todo lo que no le parece evidente, ó lo que no juzga

probado; solo admite lo que mira demostrado, y á cuya fuerza no puede resistir, indaga, controla y aprueba. Ella es el juez, es el árbitro; ve lo que es su oficio, Dios mismo se lo impone, pues no la ha dado otro para eso, porque quiere que su misión sea un obsequio cumplido, y no lo fuerza y dejara de ser virtud si ella no quisiera persuadida.

Pero si después de haber bien visto, bien examinado, queda al fin convencido si las pruebas que la religión la ha presentado le parecen tales que no puede ya dudar de su extensión divina, entonces hace el último papel y se somete humildemente y reverente. Y a toda duda sería sacrilegio, todo examen puesto á la verdad de Dios, toda indagación más allá de lo que se le ha querido revelar, una temeridad. Se hace cargo lo que la verdad no es un defecto, sino una disposición divina que la incomprendibilidad no es una excusa, pues sabe que no puede comprender lo que es de un orden superior tan estrecho á su inteligencia.

Pero como ya no duda que la religión viene de Dios, al fin de su examen, y se somete, da gracias al Autor soberano, y en los mundos que contiene, admira la justicia y la bondad divina. Si en unas pocas oportunidades, si se le presentara misterios si le parece que hay cosas que no hubiera podido entender, que no hubiera alcanzado como se repara ideas más exactas, porque conoce su potencia, sabe que es limitado, se acuerda de la grandiosidad de Dios, de la sabiduría de la profundidad de sus designios, y entonces se humilla y cree tanto como todo lineo para examinar si es verdaderamente Dios el que la ha manifestado, otro tanto afirma que ya le sabe en cosa para creer y adorar y se resigna á la fe y a la fe está siempre de acuerdo. La razón no cree fácilmente un origen divino, es menester mucho para hacerle ver, pero cuando lo ve, ya no sabe más que creer y obedecer.

Así, cuando se trata de religión, solo una cuestión se daba examinar; todo se reduce á saber si en efecto las pruebas de que se gloria, si los fundamentos en que se apoya son de tal naturaleza, que no pueden venir más que de Dios. Si suponiendo por un instante que yo pudiese demostrar á un incrédulo que Jesucristo es Dios y que Jesucristo nos dio el cristianismo en su Evangelio, ¿se parecerá, señor, que supuesto que el incrédulo convencido se viera firmado á obligación esta verdad, lo estaría bien venir á proponerme objeciones que lo embarazaran? ¿podría con poder decirme que su corazón encuentra dificultades, que su espíritu no puede comprender misterios tan ocultos ni acomodarse con aquella doctrina?

Yo le diría: Hombre pequeño y miserable! ¿cómo á la vista de tu Dios te atreves á hablar de tu razón? Tu razón no la he dado servirte sino para saber que Jesucristo la Dios se ha dignado de hablarte y cuando ella te lo ha persuadido por pruebas á que no pudo resistir, ¿por qué quedas que hacer sino humillarte y adorar la gloria de su saber? ¿Pretextos medir las insensibles profundidades divinas con los estrechos límites de tus alcances, aspiras á penetrar el inmensurable océano de la eterna sabiduría en el breve concha de tu inteligencia?

Tu razón hizo ya lo que debía; ella empleó todos sus esfuerzos, toda su sagacidad en examinar si Jesucristo es Dios, indagó si los documentos que lo acreditan son auténticos y seguros; pero grande estúpido en saber si no había seducción ó engaño, consideró con atención profunda y

cautelosa si Jesucristo probó su misión de una manera tan clara y tan irresistible que no puede lugar á la menor duda.

Después de tan serio y tan profundo examen, no pudo hallar defecto para no rendirle ella misma un juramento inexcusable si no se da la fuerza de tanta y tan alta evidencia. Pero si esta evidencia tan profusa, no hubiera podido tener tanta que una fe incierta y vacilante, una fe vaga sin principios ni consistencia; pero pues una vez quedó convencida tu razón, si tu orgullo te pretende inquietar con nuevos dudas, haz callar y obligada á que adore y crea.

Este examen, señor, es necesario y útil, tanto para consolarse y corroborar al que cree, como para desengañar al incrédulo. Por otra parte, el Príncipe de los apóstoles nos exhorta á sentirlo á lo que nos piden raras de nuestra estancia y de nuestras esperanzas, porque debemos estar en estado de justificar que nuestro proceder es el mejor y más seguro, mostrando los títulos firmes é inderribables de nuestra confianza; mas una vez alabado en las banderas del Evangelio, no debemos escuchar los nuevos gritos de una razón inquieta, y todo mi estado debe dirigirse á saber lo que el Dios para creerlo y practicarlo.

Si en este Evangelio que ya ahora hay misterios, venenos hasta su oscuridad; y cómo puede penetrar la sublimidad de los misterios que á cada paso se encuentran cercados de tinieblas en la contemplación de las cosas naturales? ¿Por qué la tierra no es el país de los conocimientos, que llegará al momento en que empicará el día interminable de la luz, y que lo que la imperiosa saber es, que debe creer y observar lo que se le prescribe.

Aquí debéis considerar cómo esta fe en el mismo tiempo clara y oscura; cómo toda la evidencia en los motivos de creer clara en los documentos que la fundan, clara en las increíbles pruebas que la establecen, pero oscura en algunos de sus misterios, y todo era necesario para que fuera fe; pero su oscuridad es no ver y creer lo que no ve. También debía serlo para misteriosa, porque no hay misterio en creer lo que ve. Esto he creído y se hace sin misterio ni sacrilegio. Jesucristo dijo (1). Dichosos los que no ven y creen.

Así es, señor, como la fe y la razón están en un estado bien, cuando ambos; porque cada uno se pone en su lugar. La razón da los primeros pasos, y puede mostrar que la religión viene del Dios porque viene de Jesucristo que lo es, que Jesucristo ha fundado una Iglesia á quien dejó su autoridad, prometiéndole su asistencia, que todos los artículos que la fe propone han sido revelados por Dios, creídos y sostenidos por su Iglesia.

Puede añadir, que siendo Dios incapaz de error ó de mentira, todo lo que dice es soberanamente verdadero, y que como lo que dice la Iglesia, es la palabra de Dios, no es menos cierta, y así exige una igual y entera adhesión de nuestro corazón y de nuestro espíritu. Ve aquí hasta dónde de la razón alcanza, ve aquí los objetos de que debe suspicarse, y que puede descubrir con sus propias luces.

(1) Joana. XX, 20.

Pero cuando ha llegado á estos conocimientos y se rinde á la fuerza de la verdad, entonces se aparta, se pone á un lado y cede á la religión todo el lugar; entonces la fe es la única que domina y propone sus verdades particulares, que la razón no podía desentender. Es cierto que están bien ocultas y que son de una esfera superior; pero la razón las ve sencillas, conociendo su poder fin para penetrar acrisoladas sin ideas y tan secretas. Si tal vez hubiera por la indolencia de su orgullo se comienza á mostrar alguna repugnancia, al instante se le la exprime con el peso de su autoridad, la reduce al silencio y la tiene cautiva.

El vuestro inquieto á preguntar, que qué podrá por aquello la religión la tranquila desolado. Acordado de que Dios lo ha hecho, y calla. La razón se humilla, pero es una humillación saludable para que no se desmorone sin verdad, como dice san Pablo (1). Á todo viento de doctrina, y porque la condición está en los límites de que no debe salir. De esta manera la fe es superior sin perder nada de su oscuridad, y es oscura sin perder nada de su firmeza.

Supuesto pues que la razón haya sido ya que quedó convencida de los principios de la fe, si después olvidada ó heca me viene á preguntar: ¿cómo es posible creer que un Dios se haga hombre sin dejar de ser Dios, que sea mortal al mismo tiempo que inmortal, padre é hijo, que crea en sí persona toda la gloria de un Dios con todas las enfermedades de un hombre? ¿Cómo es posible creer que este hombre-Dios venga y esté presente en los ámbrosos escondido en las especies de pan y vino y otras dificultades de este género? La fe me responde lo que Dios dijo al mar: "Tu llegará hasta allí, pero allí te detendrás; allí quebrará tus olas y ahorrará los hijos humanos de tu orgullo (2)."

Esta sentencia fué sencilla, y contra ella la razón humana no tiene que oponer ni puede replicar; entre la profecía grande ventajas, pues por ella puede el hombre hacer el sacrificio de su corazón con la fe, así como hace el de su cuerpo con la penitencia y el de su corazón con el ayuno. Cuando con la penitencia se sacrifican su cuerpo, glorifica á Dios como soberanamente justo, cuando la gloria el corazón con su amor, la gloria como soberanamente amador; y cuando se sacrifican su razón con su fe, la gloria como soberanamente verdicérrimo.

De aquí podría inferir algún día que la fe para la tranquilidad del corazón; que cuando dice ayuno, y una vez más; ¿cómo tener una recta según que son más grandes solo tranquilidad las acciones de una cosa; también; esta regla es la fe. En efecto, señor, sin una fe decidida y sencilla, ¿cómo las luces de mi razón en vez de sergoznan con la claridad de un partido y dejarme del espíritu en reposo, no haría otra cosa que arrojarle cada día en muchos embrazos y enmarcar en mis turbaciones.

¿Quién errara que la razón humana, si se le deja tomar vuelo, se extravía en sus ideas, y que recibe y recoge todos los errores de la imaginación? De modo que hay buena de una manera y mañana de otra lo que hoy; la gran manifiesta la desgracia, no bien remanece una dificultad cuando viene á agitarla otra duda.

(1) Ad Ephes. IV, 14.

(2) Job. XXXVIII, 11.

Por eso se ve á tantos filósofos en una incesante perplejidad, buscando de todo y sin hallar fin en nada. Esto es lo que duplicaba sus Aguiñis cuando decía que no entendían sino para hallar la verdad, y que en esto empleaban toda su filosofía; pero que después de mucho andar, después de haber caído en errores groseros, quedaba siempre incierto y vacilante sin encontrar donde fijar el pié. ¿Por qué? porque no tomaba otra guía que la de su razón; y que esta no bastaba para aclarar su entendimiento, que ésta fué la causa de tantas mudanzas y de tantos trabajos inútiles, que por eso pasó por tantos sistemas diferentes de que se dejó alucinar, y que no se desamparó sino cuando se entregó á la conducta de la fe. ¿Cómo floja en sus enseñanzas la coquetería sin que vino tan largo tiempo, y cómo da gracias á Dios de haber deshecho el hechizo de las ciencias profanas que le tenían fascinados los ojos, y de haberlos reducido á la santa sencillez de la fe?

En efecto, señor, cuando la razón se ha sometero ya á la fe, y que una y otra están de inteligencia, convirtiéndose cada cual en la esfera que le corresponde, las dos se prestan un auxilio recíproco. Esto es lo que tranquilizó al cristiano y le hace irrisible. Que venga á combatirle el que quiera, sea el espíritu tentador con sus sofismas, sean los herejes con sus sofismas, sean más palabras con sus atractivos, sean, en fin, mil cosas ligeros, ó el orgullo y la insolencia de su razón; no tengo á la mano una respuesta cierta y decisiva que estude á todo; yo digo lo que Jesucristo dijo al demonio cuando le tentó en el desierto: «Escrito está: Dios lo ha dicho, el espíritu está que hay un Ser Supremo, y que no hay más que uno, que es invisible, eterno, omnipotente, que ha criado al mundo, le conserva y gobierna.» Yo le intruqué el diábolico: hasta allá va bien, padre mío; y mientras solo está escrito que existe un solo Dios, podemos acordarnos; pero decidme: ¿Está escrito que este Dios es uno y tres, que este Dios se parece en sus acciones á uno, y que no es tres porque es uno? En fin, padre, yo pido que un hombre de razón, no diga intruqué ni filosofe, sino que solo tenga el sentido común, pueda creer y adorar cosas tan visiblemente increíbles y contradictorias. Si se ha podido alucinar al pueblo ruso que no considera, cómo se puede pretender tratar con el mismo desprecio á los que deben entender más y juzgar mejor, ¿qué puede ser una religión que empieza por un misterio que es primera vista manifiesta una contradicción?

Si los cristianos, señor, me respondierais, dirían haber inventado á haber descubierto este misterio que os parece tan increíble, tuvieron razón para despreciarlo, y vuestra razón sería pues competente para decidir de su invención ó su descubrimiento. Entonces podríamos decirles con justicia: vuestra invención es loca y repugna á la razón; vuestro descubrimiento es increíble, porque contradice á todas las ideas y conocimientos de los hombres; pero los cristianos dicen que Dios lo ha revelado, y pretenden probarlo con pruebas y razones que dicen ser evidentes y claras. En esto caso ya veis, que no podéis argüirlos con su oscuridad, ni burlaros lo que llamáis su contáctico, ni tampoco debéis comparar del examen interior del misterio, ó de la contradicción ó dianomía que puede tener con vuestras ideas.

(1) Matt. IV, 4.

Lo único que podía examinar es, si es verdad que Dios lo ha revelado; si las pruebas, las razones y los argumentos que los cristianos alegan, son tan ciertos, tan auténticos y evidentes como dicen.

La razón de esto es, porque todos los objetos que pertenecen á la región del infinito, ó á un orden superior á nuestra capacidad, no deben ser regulados por las ideas de los hombres, ni el fundamento de nuestra credencia puede extrañarse en su conformidad con las percepciones de una inteligencia limitada. Sin salir á la altura de la soberanía, á cada paso encontramos verdades naturales, totalmente excéntricas á la esfera de las razones humanas.

¿Quién sabe, por ejemplo, cómo é por qué el cuerpo obedice á los simples deseos del espíritu? ¿Quién comprende cómo el por qué de los fenómenos que obran en nosotros con el movimiento? ¿Quién finalmente entiende la mayor parte de los fenómenos que obran en nuestra vida cada instante, sin que jamás pueda penetrarlos la razón? Los efectos maravillosos y los principios son oscuros; y si la razón ha de ser comprendidos, no debemos poderlos contradecir la evidencia de sus sensaciones.

¿Cuáles nos deben ser inocentes á todo el esfuerzo de penetración los objetos que ni aun siquiera pueden producir nuestra sensación? Así, desde que se nos proponen apoyados sobre un testimonio divino, no debemos considerarnos si son ó no son incomprendibles, ni parecer ó no contradictorios; solo debemos examinar si el testimonio en que se apoyan viene verdaderamente de la religión á que se atribuyen, y si se puede demostrar la verdad y la seguridad de sus orígenes, es ridículo dejar de creerlos porque presentan muchas dificultades.

Importa poco que el entendimiento lo apruebe ó lo rechace; que lo parezca conforme ó disonante con sus ideas, porque no son ellas las que pueden juzgarlo; ya se le ha dicho que están fuera de su esfera, y que pertenecen á un reino divino; por consiguiente, lo único que puede hacer es examinar si en efecto las pruebas que os alegan son tales, y vienen de este reino divino; con una palabra, si es verdad que Dios se ha dignado revelarlas á la tierra.

Ve aquí la razón por qué no puede ya emplear sus luces sino en averiguar esta verdad, y ve aquí también por qué altera su naturaleza y sobrepasa sus funciones cuando se atreve á querer penetrar en los misterios, cuando intenta elevarse á la contemplación de objetos cuyos principios quedan en las inabismables abismos de su esfera sobrenatural.

El infinito es necesariamente incomprendible, tanto en el modo de su esencia como en cualquiera de sus atributos. En el orden de las verdades naturales, á medida que cada objeto se desmenuza, se presenta más á nuestro entendimiento y se imagina se graba más en él; pero en el infinito todo se agranda á medida que se penetra más, y nuestro entendimiento se confunde tanto con su totalidad como con una de sus propiedades ó atributos.

Por eso la incomprendibilidad es esencial á todo lo que pertenece á este orden, que es por su naturaleza inaccesible. Es imposible que el eterno sea finito ó que una idea pertenezca á su carácter, sin que nuestro entendimiento sea un orgullo en el ocioso fondo de nuestra razón no puede por sí sola figurar. Por consiguiente, toda toda revelación desde que se acredita la verdad de su existencia, no

puede ya ser más que objeto de nuestra adoración y de nuestro amor.

El eterno es de un orden único. Su lenguaje no se puede parecer á los nuestros. Lo que almas á descubrir el raciocinio humano no puede ser diferente: cada cosa tiene la marca y la impresión específica de su esfera, y la incomprendibilidad de la marca y el carácter distintivo de todo lo que es divino y sobrenatural.

Estos principios son muy claros, y es menester estar ciegos para no ver su evidencia: nada pudo ver el que no ve tanta claridad; menos vista tiene que el que nunca abrió los párpados á la luz del día, no habrá poder que lo haga recibir la verdad y practicar la virtud, pues no siente diferencias que el buen sentido debe por sí solo descubrir.

No eramos pues á la incredulidad decir que un misterio es increíble y que una trinidad de personas en la unidad de la esencia divina destruye las ideas de la filosofía, porque esta misma dificultad debe fertilizar las otras razones de creer. A menos que se nos explique cómo lo que es tan increíble pudo ser inventado por unos hombres y creído por una innumerable multitud de otros, no se puede concebir qué ideas tan insólitas y extraordinarias se pudieran presentar al espíritu humano; y menos parece que se haya esperado al persuadirlos á los demás. Esta debe ser una nueva razón para indagar con más solitud el origen que las atribuye.

En efecto, la impostura puede fabricar sistemas y urdir fábulas; pero todas las invenciones de los hombres tienen siempre alguna relación con las ideas de su espíritu, y por algún lado se conectan con los objetos que ellos mismos conocen. No cabe pues en la naturaleza humana haber inventado esta trinidad; al fogosa me asombró meos de lo que me asombrará á la frase que he inventado á el serojo que los persuadirá. Consta manó á mi razón concebido y atribuido, que brota por fruto de una imaginación tan mala.

Es seguro que cada efecto debe tener una causa que corresponda al carácter que le distingue, y por más que yo lo medite, sola la verdad puede parecerse nuestro entendimiento para que la Trinidad divina pudiese entrar en el entendimiento de los hombres, ni para mí y para todos los demás cristianos su misma inverosimilitud es otra prueba de su verdad. Me parece que la sola razón puede descubrir un ser, que no se muestra de los principios de una buena lógica; pero los cristianos dicen más, y prueban que todos los atributos de su esencia han sido revelados por Dios. Así, dicen: Escrito está que en este ente incomprendible con la mas simple unidad hay, sin confusión, una Trinidad de personas, que estas tres personas son el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, iguales entre sí; que la persona del Hijo no es á la tierra para reducir á los hombres; que aun ó Dios, y sin dejar de serlo, le hizo hombre, que vino entre nosotros, que murió en una cruz, que resucitó y que subió á los cielos.

Escrito está que este Salvador divino queriendo quedarse con nosotros hasta la consumación de los siglos, no dejó su sagrada carne y su precioso sangre bajo las especies de pan y vino que ofrecemos en sacrificio, que uno y otro son la comida y bebida con que se alimentan nuestras almas.

Escrito está que habra un juicio universal en que todos

comparecerán, que allí seremos juzgados con arreglo á la ley del Evangelio, que los que la hubieran observado gozarán de una beatitud eterna; otros, pero que los que no la hubieran vivido ó la hubieran violado sin haberse arrepentido, serán castigados sin medida en fin.

Escrito está... ¿Y más puede, he sido á interrumpir, es atrevido á negar que podría probarse con evidencia que el mismo Dios ha revelado al hombre sus cosas que parecen tan absurdas, tan monstruosas y tan poco dignas de la divinidad? Sí, señor, su respuesta, y no extraño que vuestra razón, que no se ha detenido á indagar los principios, no rebule cuando escuchó prodigios que la son tan superiores sin duda que, estas debían ser para vos novedades extraordinarias, misterios oscuros y verdades terribles.

Por el que vos sin poder dudarlo que está escrito, esto es, que Dios lo ha dicho, el que sepa que Jesucristo es Dios, por pruebas tan evidentes que sería locura no reconocerlo, ¿qué puede hacer sino rendirse y bajar la cabeza al respecto de un infalible testimonio? El único estorbo que lo queda es saber si es cierto que Jesucristo lo ha dicho, pero desde que depones esta duda calla y se somete porque sabe que su común puede engañarse y que Jesucristo es la verdad misma.

Bien pueden ofrecerse argumentos é que no halle salida, razonando de que no puede desmentarse; nada le hace titubear un instante, y desde entonces dice con el apóstol (1): «Oh, profundidad de los tesoros de la sabiduría divina: sus juicios son incomprendibles y sus caminos superiores á nuestra inteligencia. ¿Quién ha penetrado los pensamientos del Señor? ¿Quién ha entendido en sus consejos? Así responde el cristiano, no todas sus dificultades, así disipa todas sus dudas, así se desmentará de todas las reflexiones peligrosas, se aquietó, vino en paz y solo se ocupa en practicar las máximas que el Evangelio le enseña.

Por otro, lo dijo, no es posible que el entendimiento del hombre adopte lo que se resalta á ver, es imposible que erre lo que no entiende. En es, me respondió, el orgullo clamor del espíritu humano, porque no quiere hacerse justicia y reconocer su flaqueza. ¿Cómo es posible que entienda cosas sobrenaturales que están fuera de sus conocimientos, y para cuya inteligencia no tiene órganos proporcionados? No lo basta saber que Dios es quien las floce, diciéndolo al mismo tiempo, ¿cómo está en que separado de la materia adquiere la aptitud para entenderla?

¿Y qué, señor, esta misma razón no abraza también las cosas naturales? ¿Cuántas cosas hay en el universo, cuántas cosas en nuestra vida, que no podemos dudar de su existencia y sin que tampoco podamos comprenderlas, y con todo, sería imposible ser locos para decir que porque no las entendemos gozamos con necesidad?

Porque no hemos comprendido hasta ahora el flujo y reflujo del mar, no puede dudar de este movimiento de las aguas tan regular y tan constante? Porque nadie sabe todavía la causa por qué el mar se dirige siempre al Norte, no dudará del movimiento tan útil? ¿Cuántas otras de la naturaleza se esconden á nuestra penetración? ¿Col-

(1) Ad Rom. xi, 33 y 34.





dos los hombres no pueden hacer, en especial los simples y los que viven de su trabajo; tenéis razón, señor. Así no es este el método de que me valdré para persuadir a esta especie de gente. Dios nos ha dejado una manera de instruirnos unos a nosotros, a nuestra cara oposición o a la falta de nuestras expectativas, y vos, vos, ¿cómo os, pater, que tanta a tanto palabras y nociones para creerla y practicar sin respeto y sumisión.

Pero si hay entre ellos algunos espíritus que menos doctos o más ociosos desean o quieren entender de los misterios de su fe, si hay otros sabios, que no queriendo dar crédito más que a las voces de su aldea rural, más bien a impugnar o a tranquilizar y pacífica posesión de sus ideas, creencia, si en fin, alguna infeliz, alguna herida o alguna enfermedad viene a preguntar nosotros motivos, ¿qué poder hacer en estos casos sino instruirlos los documentos, las promesas y las testimonios de todos los siglos que han pasado hasta nosotros con fidelidad, esto es, después de ser guardados.

Así esta religión, que por su sencillez persuade al simple, que por su elevación admira y asombra al docto, no teme tampoco el examen del crítico; por el contrario, desea que esta la examine, la indague, la registre, se asegure que hallará en ella pruebas evidentes de su genuinidad divina. Ella le mostrará cuán inexcusable es el que si tuvo la justicia de hallar en su soberbia tanta dificultad que el alabado de ella, no tuvo bastante aplicación para estudiarla y conocerla; pues hubiera podido fácilmente desmenuzarse y salir de su error.

Analiza que la tradición, por numerosos que sea, no añada gran dificultad; porque todos no hacen más que repetir lo que dijeron los primeros, y también, tenéis razón, pero nosotros no los produjimos como testigos que prueban, sino como testigos que confirman, que es verdad que lo dijeron los primeros, y esto es lo que nos basta. Por ejemplo, los cristianos del segundo siglo no pudieron ver a Jesucristo ni ser testigos de sus milagros, pero como todos habían hablado en sus primeros discursos que lo habían visto, habían sabido cómo los hechos y las circunstancias, y además de esto los veían luego a ellos mismos otros milagros en nombre y por la virtud de Jesucristo; así lo que nos refiere no es solo una repetición, sino una confirmación auténtica de lo que contaron los primeros testigos, y de la fe y confianza de que eran dignos.

Lo del tercer siglo no pudieron ver ni a Jesucristo ni a sus primeros discípulos, pero sabían toda su historia por sus padres, que si la habían aprendida de sus hijos, así se testimonio tanpoco sea una repetición docta, sino una confirmación de que verdaderamente sus mayores los habían transmitido la noticia de aquellos hechos maravillosos por los que los vieron, y de este modo han venido sucesivamente hasta nosotros, que los escuchamos también a nosotros desconfiantes. Nosotros los escuchamos que los hemos recibido de nuestros padres, que de tanto en tanto los habían recibido de los suyos, que los recibimos de los otros hasta llegar a los testigos de vista; así por sus padres no interrumpida llegamos en todo tiempo hasta los apóstoles.

Por esto nosotros no como si pudiésemos ser testigos oculares de los hechos que refiere el Evangelio; pero como los depositarios de su verdad; nosotros ofrecemos que nos la han transmitido nuestros mayores tal como la han recibido de los suyos y de este modo cada generación se

solo repite lo que ha dicho la pasada, sino certifica y acredita que recibió de sus mayores la tradición que estos la pasaron; que es la misma sin alteración que la que ellos habían recibido, y que ha sido siempre la misma hasta llegar a la noticia original de los testigos primitivos. Y ve aquí cómo todos los siglos no hacen más que repetir; pues no solo atestiguan cada uno que la cadena de testimonios no se ha interrumpido jamás, sino que tampoco se ha alterado, que se ha conservado con fidelidad y exactitud, y que los que nosotros creemos sabidos, es aquello mismo que los antiguos de vista escucharon y comunicaron a los primeros que los transmitieron.

Esto puede ser, replicaréis por, y es natural que lo que hoy creemos sea la misma cosa que creyeron los primeros cristianos. Es natural que en materia que la superstición respecta como sagrada, no sea fácil alterar nada, porque no se pudiera hacer sin excitar el clamor general; pero ¿cómo que una tradición sea la misma si se conserva entera, no es probar que sea cierta; pero parece muy ridícula la pretensión de que nosotros por un tradición creemos lo que no quisiera creer los judíos, que con tanta evidencia, por ejemplo, que los hechos, que con tanta evidencia, por ejemplo, que los hechos.

No es verdaderamente ridículo que si quiera fuésemos creyentes por relaciones de otros lo que no se pudo persuadir a los mismos que vieron lo que se refiere a nosotros? Pues ellos a vista de los hechos no solo no los creyeron, sino que los despreciaron y condenaron a Jesucristo como impostor y malhechor; ¿cómo es posible pretender, aun suponiendo que sean ciertos, que deban persuadirnos a nosotros después de tanto tiempo, ¿cómo pueden ser evidentes hechos que no pudieron convencer a los mismos testigos?

Y observad la diferencia de nosotros a ellos. Para nosotros transportamos al tiempo en que Jesucristo vivió; los judíos experimentaban un Mesías; su tradición, verdadera o falsa, era que por entonces debía ya nacer el libertador de Israel. Es imposible imaginar que no estuviesen todos con la impaciencia y atención que podía tan alto interés. Venged vosotros y dice a los judíos: Reconocedme, yo soy el Redentor que esperaba el libertador prometido a la casa de David; comparad todas las circunstancias con lo que os han mandado los profetas, observad la multitud de los prodigios que hubo, ved cómo uno todos las enfermedades con el imperio de mi palabra, como arrojé al espíritu impuro, como profeta lo perseguir, como resucité los muertos, y cómo yo mismo he resucitado y triunfado de la muerte.

Os parece, padre, que si la memoria de estas cosas fuera cierta, que si los judíos la hubieran visto con sus propios ojos, era posible que cuando no desearan ni pedían más que la venida del Mesías prometido, lo hubieran desconocido hasta el extremo de tratarlo como malhechor; que en las sinagogas, nos instruido que el pueblo lo hiciera, condenado a la muerte sin averiguación? ¿Qué prueba más clara de que ellos no vieron ninguno de los milagros que se han contado después? Ellos eran contemporáneos, ellos fueron los jueces, los acusadores y los testigos, ellos tienen el mayor interés en averiguar la verdad, y para ellos lo creyeron un impostor, ¿cómo podían ser nosotros creyentes que era más lejos que Dios? Su incredulidad justificó la nuestra.

No me oponéis ni los muchos pueblos cristianos, ni el gran número de mártires que después se la han confesado, se fe, que puede ser hija del entusiasmo, ó de la seducción, no merece hacer contrapeso en la balanza contra el testimonio

de los mismos testigos. Los gentiles, que fueron los primeros convertidos, ni podían entender como ellos el verdadero sentido de los profetas, ni podían conocer con tanta exactitud las circunstancias de los hechos que no vieron, y que no podían juzgar por sí mismos, sino por relaciones de otros. Así, toda la promesa está en favor de los judíos que no creyeron, contra los idólatras que dijeron haber creído; y es ridículo pretender que nosotros creemos que era un Dios el que tuvieron por impostor lo que los vieron de mas cerca.

Ve aquí, señor, una dificultad que os parece terrible, y es en efecto, es imposible, porque como simple y natural agricultura y contenta, sobre todo a los personas que quieren con poco eñamen tomar un partido y decidirse. Pero examinada por sí sola, y veamos si es sólida. Primeramente, supongo que los hombres no pueden dejar de convertirse viendo un milagro, y justo no es tan cierto. El mal sólo podía a Abraham que envióse alguno de los de la otra vida a advertir a sus hermanos, para que evitasen venir al lugar de horror en que él estaba, y Abraham le respondió que sus hermanos tienen la ley y los profetas, y ¿qué no creen a estos, tanpoco creerán a nadie que vaya milagrosamente a prevenirlos (1). En efecto, señor, los milagros no pueden persuadir sino a aquellos que libres de interés y de pasiones, desean sinceramente conocer la verdad; pero los que tienen un interés vivo en no creerlos, ó los que desean de una fuente pasión desear que no sean ciertos, hallan mil pretextos para eludirlos.

Sin embargo es un hombre responder sin duda quedar desconcertado y no sabrá qué decir; pero si un interés poderoso a una pasión activa, le hacen desear que no sea verdadero, después de dar algún tiempo a la reflexión y al acierto, poco a poco irá buscando razones a nosotros para desmentir su impresión, y procurará persuadirnos, ó que aquello ha podido ser engaño de sus sentidos, ó que debe atribuirse a otras cosas que en su juicio le hará parecer más verosímiles; y esto es precisamente lo que sucedió con los judíos.

Jamás estos dudaron de los milagros de Jesucristo que veían; pero los atribuyen a un mal principio, su realidad les era tan patente, que si pudieran negarla entonces, ni disputarla a sus enemigos. Así estos, que tanpoco han podido negar lo que contaban sus mayores, se han visto forzados a abrir en el Talmud: Que Jesucristo había descubierto la inscripción del nombre de Dios, y con este nombre misterioso que sólo pronunció, toda la naturaleza le obedecía como al mismo Dios, con otras mil historias de esta especie, en que no insistió por no molestarse con tan ridículos absurdos. Pero esto solo basta para convencernos que si los judíos de entonces ni la ley se han creyendo a pesar los milagros de Jesucristo. No era posible que fuesen lo que todos veían y no podía haber principio evidente de su incredulidad, que la necesidad en que se vieron unos y otros de recurrir a invenciones tan frías como absurdas; pues es claro que si aquellos milagros no hubieran sido tan notorios como evidentes, hubieran dicho que no eran ciertos, y con esto los desmentían fácilmente.

(1) Luc. XVI, 30.

Esto es, padre, interrumpió ya, lo que aumenta la dificultad. ¿Puede ser en efecto que el pueblo y la Sinagoga vean estos milagros de manera que no podían dudarlo, como es posible que con tanta constancia se hayan obtenido, no solo en no reconocerlo, sino en contradecirlo? Mi respuesta es fácil, dijo el padre: yo os he informado que unos y otros atribuyen a Balaam, príncipe de los demonios, los milagros que no podían dar de ver, y con este principio que los supiera su propia, no cristian autoridades no solo a no creer, sino a perseguir a Jesucristo. Aunque hablando con rigor, fuera de este pretexto se hallaban ellos en otras disposiciones que podían contribuir a su engaño.

Para conocerlos, examinamos la situación de los judíos, y veáis que en esto no hay dificultad. La verdad que ya experimentan al Mesías, les profetas le habían anunciado para aquel tiempo, el estado de su gobierno lo indicaba; ya, según la profecía de Isaías, él sólo había salido de la tribu de Judá; ya no tenían ni poder, ni autoridad, ni magistrado, el Sinedrín estaba degradado, y sus miembros habían pasado de jueces a ser simples doctores, los romanos se habían apoderado del poder de la vida y de la muerte; y no quedaba a los judíos otro remedio sino el de decir en sus mentes de religión.

La nación oprimida y descontenta veía con dolor esta triste situación, sin otra esperanza, que la del Mesías que ya esperaba por instantes, y se había figurado que este Redentor debía restituirle su esplendor antiguo, que al modo de los conquistadores del mundo, traería consigo fuerzas y poder para donar sus enemigas, que abría a Roma, que desearía a los gentiles, y que establecería un imperio en que los judíos serían los dominos de la tierra y gozarían de todos sus bienes y riquezas. ¿Sobre qué fundaban los judíos esta esperanza? ¿Sobre los profetas para ser interpretados a gusto de sus necesidades, y no según el orden que tenían entre sí; y que los sucesos han manifestado después.

¡Pobre desdichado vicio, pero en un orden muy diferente de aquellas orgullosas esperanzas. Su nacimiento oscuro y su cetro humilde no excitaban atención alguna; no pensaba a ser discípulo ni los grandes que el mundo admiraba, ni los hijos que unos y otros doctrinas se suyas y elevadas, pero nuestra y pensos; sus acciones son grandes y sublimes, pero ella fue su ostentación; sus promesas son magníficas, pero se venían para la gran vida; esto bastaba para que no le reconocieran por el Mesías que ellos buscaban solaces y prospera, de unos muchos desventurados y miserables, que no entendían más que el placer de los sentidos y cuyo único objeto era gustar de los bienes de la tierra y sobrivir nos los arrears a los enemigos que los oprimían. Ve aquí el error que engañó a los judíos y los hizo tan obstinados; y esta razón es clara, tanto por la historia como por el genio y carácter consuetudinario de la nación misma.

Todo eso, padre, puede ser así, le dije yo; pero en posibilidad comprender que una nación entera por un precepto de orgullo ó de intolerancia haya podido resistir a la fuerza poderosa de tantos milagros confesados, que no se puede concebir tan monstruosa ceguera! Con todo, señor, me respondí, sin salir del punto que tratamos, ¿cuántos ejemplos de ella estamos viendo cada día! No vemos en el seno del cristianismo unos capitanes bastante ciegos, que





Lo mismo es digo, señor, ¿qué importaba á Jesucristo la pompa mundana, ser rey ó conquistador? El no quería ni debía parecer grande sino en el órden de la santidad; toda otra grandeza, y mucho más la fama, da que venia á desengañarnos, era extrajera y aun contraria á su institucion. El debía ser santo porque no venia más que á formar santos; y quién le ha sido tanto, ¿quién ha mostrado tanta perfeccion en sus ejemplos y preceptos?

Aquí podria desentenderse para hacerse ver que en su aparente humildad se ve una alta grandeza que consistia en su santidad, y cuánto en esta iba sublime y superior á cuanto el mundo les podia jamás alcanzar en todos sus reinos; pero esto no le persuadiria mucho, y espero que vendrá un día en que pueda hacerse conocer su vida y doctrina con más oportunidad, ahora no quiero ocuparme más que en responder á vuestras objeciones. Pero, padre, le dije yo, yo no habia respondido completamente á la mia. Contesto que puede haber equivoco en la idea de la humildad, y que desmenuza á pesar de la humillacion, con que tú, pudo tener la idea que convenia á sus designios; así no faltaba más en esta parte; pero la dificultad queda en qué, porque es cierto que los profetas anunciaron al Mesias como vencedor de sus grandes enemigos, le llamó rey, conquistador, dicen que conquistará á todas las naciones, y de aquí resulta más alternativa inevitable de los profetas se engañaron, ó Jesucristo no es el Mesias. Ved cómo pueden desmentarse de este diestra.

Está diferente, más respetable el padre, vendrá la misma cuestión que las otras conculcadas. Es cierto, que los profetas en muchos de sus tantos representaron al Mesias profeta, glorioso y vencedor; pero también lo es que los mismos profetas en otros textos le presentaban pobre, humillado y conducido á muerte. Es necesario, pues, decir, que estas profetas se contradicen, ó que en sus expresiones, en su sentido figurado, habia un sentido oculto con cuya integridad se cumplían todo.

Los judíos groseros y carnales, y por otra parte orgullosos con las revesiones, y el yugo que padecian, olvidaron los riesgos con que se les habia pintado al Mesias en estado de abatimiento y de pobreza, y solo se acordaban de aquellos que le pintan poderoso y triunfante por eso cuando vieron á Jesucristo humilde y abatido, no obtinieron tanto en su reconocimiento. Pero los cristianos, esto es, los que creyeron en él, entendieron este sentido, y lejos de que esta contradiccion apartase los ojos de él, le dejaron, ella era la que los persuadía con mayor fuerza, porque en ella sola encontraban la omnicion de cosas que parecían tan opuestas.

Sabian que Jesucristo habia dicho que su reino no era de este mundo. Sabian que el Mesias debía ser grande, poderoso, y vencedor; pero tambien sabian que debía sufrir, ser por un momento el hombre débil, y al fin morir con una muerte afrentosa entre los ladrones. Estas cosas eran contrarias entre sí, y solo se podian conciliar en el sentido verdadero, esto es, que su grandeza no era tal como el mundo se lo figura, de pompa brillante y exterior, sino de virtud, santidad y milagros; que su poder no consistia tal como el de los hombres, que todo lo dominan con la fuerza de las armas, sino el de dominar los corazones con la fuerza de su doctrina y de sus palabras; en fin, que sus victorias no podian ser contra las naciones ena-

guas, sino contra la idolatría, contra las pasiones y los vicios.

Así los judíos que querian entender á la letra los textos en que figuradamente se hablaba del Mesias como un glorioso vencedor en el sentido en que se podia dar este título á Ciro ó Alejandro, necesitaban de olvidar ó no hacerse cargo de los otros en que se les pintaba en el último abatimiento y como el oprobrio de los hombres; por consiguiente, era preciso que se engañasen, y solo podian reconocerlo los que sin olvidar nada, y haciéndose cargo de la contradiccion aparente, hallaban en ella un sentido oculto pero verdadero, pues era el único con que todo quedaba compuesto y conciliado.

Los cristianos, pues, no podian engañarse, porque su razonamiento era demostrativo y evidente, y se reduce á esto: Es verdad que el Mesias debe ser grande, poderoso y vencedor, y Jesucristo no parece más que humilde, pobre y abatido; pero este tambien está predicho del Mesias. Por otra parte, vendrá que Jesucristo está lleno de virtudes, que nos enseña la más santa doctrina que los hombres han podido jamás imaginar, que diestó y señor de la naturaleza; la dominó á su arbitrio, pues al imperio de su palabra sanó los enfermos y resucitó los muertos. Hombre que tiene tanto poder, no puede tener más que de Dios, pues Dios es solo puede comunicarle; y si el Dios de Dios, es evidente que Dios lo autoriza y que es indispensable crecer cuanto más digno, porque Dios no puede autorizar ni la mansión ni el triunfo.

Si se necesita crear cuanto nos diga, es necesario pasar desde que es Hijo de Dios, que es el Mesias, por un lado á lo físico. Es verdad que nosotros nos habíamos figurado que vendría con fuerza y aparato, que sería gran conquistador, que sujetaría las naciones y tendría el imperio de la tierra, porque así lo habian dado á entender los profetas; pero viéndole ahora más de cerca, reconocemos que esto no podía ser, pues los mismos profetas han dicho que sería tancto desprecio, ultrajado y conducido á una muerte afrentosa, y estas dos extremos son incompatibles.

Es pues indispensable entender, que hay en estas palabras un sentido oculto y espiritual, que es el que puede conciliarlas; esto es, que la grandeza, el poder y las victorias prometidas al Mesias, son de otra especie que la que entendiendo la grosera, y que tienen un carácter más elevado y superior, ó que aluden á la segunda venida.

Vamos ahora á Jesucristo, y dejando de lado que llegó y nació precisamente en el tiempo anunciado, y en que toda la nacion le esperaba, olvidando tambien los milagros que procedieron á su nacimiento y los testimonios de su precursor, no nos detengamos á examinar más que su propia persona. ¿Qué virtud? qué doctrina? y sobre todo, qué milagros tan repetidos y tan evidentes? ¿quién puede hacer tantas maravillas sino Dios ó aquel que nos habla en un lenguaje? ó cómo se puede dejar de creer el que Dios tan visiblemente favoreció? Pues Jesucristo dice tan claramente que él es el Mesias, sin duda lo es. ¿Pero cómo puede serlo estando tan pobre y humillado sin duda que el poder y las victorias prometidas son de otro carácter. Vamos pues si en él se manifiestan algunas que puedan permitirnos, completando por una mayor inteligencia la idea que nos dan los profetas.

¿Qué grandeza hay en Jesucristo? exceptuando la pom-

pa exterior que es fama y gloria: ¿qué especie de grandeza sólida y verdadera falta á Jesucristo? ¿Qué virtudes tan heróicas y sublimes qué leyes tan nuevas y tan nuevas qué doctrina tan elevada y superior? Sobre todo, ¿qué potencia tan inimitable en sus pasiones? ¿qué constancia tan nunca desmentida en la más dolorosa de las muertes qué desinterés? ¿qué amor? ¿qué sacrificio por los hombres? El que ha vivido y muerto de este modo, es sin duda muy grande, y esta grandeza es de un órden muy superior á toda la idea que la grosera multitud podía imaginarse.

¿Cuál es su poder? Los hombres mandan á hombres; pero Jesucristo mandó á los ángeles, sujetos y arroja á los demonios, y al imperio de un van la naturaleza entera se traza y obedeció. Este poder es sin comparación más alto y sin duda más digno del Mesias. ¿Y cuáles son sus victorias? No sería como las de Alejandro y Ciro, porque el mismo ha dicho que no vino para ser servido, sino para servir (1), porque en otra ocasion dijo tambien, que los príncipes del mundo dominan á los hombres, pero que no debía ser así entre sus discípulos, sino que los primeros debían ser los últimos (2), y porque los enemigos que debían vencer, eran aunque invisibles, más terribles, más terribles, y necesitaban de un esfuerzo superior al humano; estas eran la idolatría, los demonios, las pasiones y los vicios, y estas son las victorias que obtuvo el divino Triunfador.

Ve aquí, pues, la grandeza, el poder y las victorias prometidas al Mesias, y ve aquí cómo el cristiano entendiendo cumplidas las profetas, que es imposible verificar de otro modo. El solo ha descuberto, digámoslo así, el sentido del enigma. Esta es la razón porque los judíos tan acerbamente enemigos á la letra no le pudieron descubrir, esto es, porque los israelitas hallan contradiccion en una cosa, que así la vida como la muerte de Jesucristo, con los demás sucesos posteriores, han explicado con tanta claridad, pero nosotros tenemos la dicha y el consuelo de conciliar lo que á uno y otros parece tan contradictorio.

Confieso, padre, le dije yo, porque vivió de buena fe, que vuestra solucion, ignora la verdad de los profetas, me hace furar; porque yo sé que segun las reglas de critica, cuando un autor indigne refiere cosas que parecen opuestas, si se puede conciliar un sentido en que puedan conciliarse y lo que resulte una inteligencia justa, clara y natural, la contradiccion desaparece y se debe creer que así lo dijo en aquel sentido. Así, en esta parte no tengo dificultad de confesar que los cristianos tienen grande razón contra los judíos, porque unos y otros suponen la hipocresía de los profetas; pero á mí no me puede satisfacer, porque se me venia en pensar por probarlo la verdad de esta inspiracion, lo que me me parece tan fácil.

¿Quién ignora que los profetas de los judíos no son otra cosa que un pensador de los oráculos de los gentiles? Todos los sucesos han pasado siempre que así dicesa eran, los verdaderos; los falsos los conculcaban y ellos profetaban los sucesos futuros; esto es un hecho positivo y conocido en la historia. Y yo te pregunto, ¿O era Dios el que hablaba por el órgano de aquellos caseriles paganos

ó era el diablo? Si era Dios, es consiguiente que entonces las profetas no pueden distinguir la religion verdadera de las falsas; si era el diablo, yo sé decir, que ipso quo el mismo no habia podido dictar las que vemos en los libros canonicos de los judíos? Y no me digas que los sacerdotas del papado imaginaban á los pueblos con respuestas oscuras; porque yo sé decir lo mismo á los profetas de los hebreos. Vamos si es posible desmentirnos de este dilema tan fácilmente como del otro.

El padre me respondió; No me será más difícil. Esta es una dificultad antigua, que parece simple y natural. Celo la profeta á Orígenes, este le respondió y la desahuyó, y no dudando, todos la han repetido, porque esta es lo que sucede con todas las objeciones que los filósofos de mala fe remueven, olvidando las intenciones, y la mayor parte de los hombres se quieren tomar el trabajo de profundizar la respuesta, porque esta es necesariamente más larga y complicada, pero esto vos vais á ver cuán trivial es vuestra última objecion. No entré ahora en la cuestion de examinar si ha habido un error verdadero ó casual entre los gentiles, porque esto pide larga discusion; quiero solamente porque para desmentirnos más hasta ahora ver la diferencia de unos ó otros.

Las respuestas de los doctos eran tan notoriamente falsas y engañosas, que no habia entre los gentiles mismo ningún hombre medianamente instruido que no se burlase de ellas y no supiese que eran dictadas por los sacerdotes, interesados en mantener el culto de sus dioses. No solo los filósofos en particular, pero las sectas enteras, excepto la de los estoicos, hablaban un público de ellas con desprecio; así se lo dice á Celso Orígenes. Se dejaba al silencio esta ilusion porque la similitud es evidente, le agrada la produccion, y está léica de que el cielo se interesaba por ella, era un medio de mantenerla en el culto autorizado.

Pero las personas instruidas conocian toda la impostura; Ekkomas se burlaba de Apolo y criticaba sus respuestas; no solo se moraba del oráculo de Delos, no solo decía, que era un hombre que hablaba en él, sino un hombre tan poco diestro, que no sabia cubrir su engaño con apariencias verosímiles. Ciceron dice lo mismo, y hasta Porfirio, el mayor enemigo del cristianismo, es visto obligado á confesar públicamente que toda era un artificio ridículo. Muy clara era sin duda la impostura, pues no se atrevió á negar un gentil que en otras cosas fué el más temer de los idolátricos.

Y esto fue más visible cuando habiendo sido condenados los mismos sacerdotas impostores por la justicia de las leyes, según refiere Eusebio autor contemporáneo y testigo del hecho, confesaron haber engañado la incredulidad de los pueblos con respuestas fingidas en nombre de sus dioses. Estos infelices desconfiaron los artífices de que tambien, y no pudo quedar la ventura de ellos, así perdieron un crédito, pero siempre, y esto hace verosímil que todos los oráculos que se habian publicado hasta entonces, eran de la misma especie.

¿Qué diferencia de estos oráculos á los de los judíos? ¿cómo se puede hacer tan injusta comparacion? Los profetas no tenían ningún interés en hablar en nombre del Dios de Israel, un ministerio no era lucrativo ni honroso, y lejos de esperar recompensas, la muerte era el fruto de

(1) *Matth.* XX, 25.  
(2) *Ibid.* v. 25, 26 et 27.

su celo. Ellas y su sucesor Eusebio son amonestrados y perseguidos, hasta á pesar de su ilustre nacimiento el encierro del pueblo y de su monarca, mueren en los tormentos más crueles. Aliguas para su vida en la prisión, Zacarías es apedreado, Ezequiel como el pan que empapan en sus lágrimas, Daniel es dos veces entregado á los leones; en fin, todos anuncian desgracias y todos eran víctimas de su pueblo ingrato y furioso.

La memoria estaba tan viva y era tan fresca, que Joseruato increpa á los judíos por haber dado la muerte á todos los profetas que le habían precedido. Los impostores no se enorgañan de ministerio tan triste y tan peligroso; y si los profetas lo hubieran sido, no habrían anunciado tantas desgracias á un pueblo que no deseaba más que predicciones agradables. Habrían hecho como los sacerdotes idólatras, que no se ocupaban más que en hacer las paciones de sus príncipes, hasta el extremo de alabar al sanguinario y feroz Filaris.

Ve aquí una gran diferencia entre otras muchas. La creación de los gentiles era ambigua, equívoca y susceptible de muchos sentidos; así siempre presentaban un aspecto á que todo acontecimiento podía convenir, ya por poder más que un ejemplo. Crees, rey de Lidia, antes de emprender la guerra consultas si será dichosa ó funesta; se lo responde que el ejército se proyecta victuaria un grande imperio. Crees imagina que se lo ofrece la victoria y staca á los persas; pero un vez de triunfar es vencido, y destruye su propio reino.

El mismo Eronomas ya citado, explica la afectada y sustituta antilogía del oráculo. El que lo dictaba veía dos grandes reyes armados el uno contra el otro; en aquel tiempo las guerras ocasionaban de ordinario la total ruina de los imperios; era pues probable que uno de los dos fuese destruido. Qué! él lo ignora; pero todo se empuño con una predicción que tiene dos sentidos, y con semejante artificio en todos los asuntos, el oráculo será siempre cumplido. Los griegos habían llegado á perdir tanto esta ciencia, que llamaban á su Apolo obliuio y falso; y Ciceron decía que siempre se guardaba una puerta oculta para salir por ella.

Los profetas hebreos no eran así. Sus oráculos no podían dejar de ser ciertos, porque hablaban de cosas futuras, que solo el tiempo podía quitar, pero no eran ambiguas ni equívocas, y cuando el sucesor las verificaba, se veía en ellas una predicción y unidad de sentido que no podía convenir sino al suceso mismo. Descartaban las revelaciones de las ciudades y de los imperios con tanta precisión y tantas circunstancias, que no era posible aplicar su sentido sino al objeto de que hablaban. Los tiempos estaban señalados con fechas exactas, los lugares indicados con señales características que no podían convenir á otros, y muchas veces nombrados por su propio nombre.

Por ejemplo, antes que Nabucodonosor moviese, leada anuncia la gloria y el imperio orgulloso de este príncipe, pero al mismo tiempo predice su ruina y destrucción. Cuando el profeta hablaba, Babilonia era un lugar humilde; pero él anuncia su futura grandesa, señalando que luego que llego al mayor punto de su elevación, sería castigado su orgullo con su ruina. "Yo voy, decía Dios por la boca de Isaias (1), yo voy á sustituir los muros.... Lo

"grande Babilonia.... esta reina de las ciudades del mundo que ha dado tanto orgullo á los caldeos, será destruída como Sodomá y Gómorra." El que señala el cielo para renovar esta nación soberbia, será Ciro, y el profeta no solo le ve y anuncia descubierto años antes de que nazca, sino que le nombra por su propio nombre. El Señor añade (2): que ha escogido á Ciro, el cual ejecutará su voluntad en Babilonia, y será su brazo entre los pueblos de la Caldea.

Puede haber, señor, equívoco, subterfugio ó trampantoja en una profecía tan determinada y positiva? Todo está indicado con una precisión tan individual, que no puede convenir sino al suceso. Muchos siglos antes de que sean estas anunciadas revelaciones de hechos que no podían prevener, porque no existían todavía ni el teatro ni los autores. Babilonia no era nada y era menester que se firmara antes en ella un imperio que diera lugar á su orgullo y su ruina; Nabucodonosor no había nacido, que era el que debía ser castigado con ella; y el vencedor, el ministro del dielo, el brao que destinaba para humillarlo, estaba todavía en los secretos de la Providencia. A pesar de tanta oscuridad, todo ve Isaias toda la profecía y le nombra. Mirad si oráculos de este carácter pueden venir de otro que de Dios, y si se los puede componer á los groseros y mal acostumbrados artifices de impostores ignorantes y falsos.

Me sería muy fácil multiplicar las citas de este género, porque todas nuestras profecías son del mismo género; pero esto pide mucho tiempo y costaría el hilo de vuestras objeciones. Si queréis, dejémoslas aquí, donde esta hoja; otro día la desvergonzaremos, y yo probaré haber ver con evidencia, que es hacer mucha injuria á la verdad, confundir los oráculos con nuestras divinas profecías, que los sacerdotes de los dioses falsos no se atrevían á pronunciarlas en presencia de los cristianos ni aun de los ejércitos, porque estos no creyendo en los dioses, se burlaban de ellos, y aquellos adorando al verdadero Dios, conocían sus engaños.

También veréis que sus equívocos se contradicen entre sí; que lo que decían en Delfos era contrario á lo que decían un Dodona, que habiéndolos sorprendido un este contradicciones, ó que habiendo muchas veces desmentido el suceso la coparación de la predicción. Apolo para excusarse se vió precisado á confesar que había mentado porque el destino le había forzado, que estos bárbaros pedían sacrificios de hombres, y algunas veces de ciudades enteras, que otras veces ordenaban ceremonias impuras, incestos, adulterios, danzas diabólicas y horrores que no pueden decirse sin rubor.

En fin, veréis que entre todos los oráculos que se citan, no hay un solo ejemplo de uno que haya predicho claramente un hecho futuro y dependiente de causas contingentes y libres: todos se reducen á hechos actuales que estaban lejos del lugar en que se pronunciaban, los oráculos, pero que podían saberse ó conjeturarse; y salvar esto era posible no solo al demonio, sino á hombres hábiles y astutos.

Pero qué comparación se puede hacer de esta pobre y menzujosa manera de engañar á pueblos ignorantes, á quienes por su propio interés dejaba vencer el gobierno, porque tenía en su mano á los sacerdotes, con las estupendas profecías de los libros divinos, que anunciaban antes de si-

(1) Isai. XIII, 17.

(2) Ibid. XLIV, 38.

gión los hechos menos capaces de ser previstos por la prudencia humana! Vos os acordaréis, señor, y no podréis dejar de reconocer que cosas tan grandes, tan contingentes y tan ocultas, no las podían producir sino hombres á quienes Dios los revelaba; pero vuelve á decirnos que esto es largo y que yo no quisiera interrumpiros en las objeciones que me queráis hacer.

Parce, padre, lo dije yo, según el deseo que tenéis de que os proponga mis dificultades, que estais seguro de vencerlas; pero puede ser que os engañen: consisten en que dejemos aparte este objeto para después, aunque ya me habéis dicho lo bastante para que yo entresve lo que os queda para decir; dejémosla pues por ahora á un lado, y pasemos á otro cosa.

No ignoro que después de las profecías y de su cumplimiento, los cristianos se fan mucho en sus milagros y sus mártires, sin hacerse cargo de que no hay religion, por absurda y ridícula que sea, que no abunde en una y otra. En efecto, no hay cosa más fácil que inventar y hacer creer á los pueblos oantio la imaginación puede concebir, porque ó ya que la ignorancia sea de ordinaria creóla y monos ta para reflexionar, ó ya por la flagraza de su espíritu amo naturalmente lo que la acoborra, ó que en fin, la ignorancia con este estendié mas sus conocimientos, la experiencia acrella que la realidad está siempre con la boca y el corazón abierto para creer todo lo prodigioso sin examinar si es tal.

Los historiadores, los políticos, los sacerdotes y los reyes se han apodado en todos tiempos de esta disposición para hacer creer á los pueblos todo lo que les interese; y hoy mismo muchos milagros están repetidos que los hombres de buen sentido saben ser falsos, ó que los mas instruidos atribuyen á efectos naturales! Pero tal es el carácter de la humana credulidad, que un hombre solo supersticioso ó interesado persuadido á mil, y otros persuaden después otros millares, el tiempo los convagra y les imprime con la antigüedad el sello de la veneración. El cuento ó se deja arrastrar ó se su atrevo á oponerse al torrente, y va aquí como las mentiras adquieren una apariencia de verdad, ve aquí tambien cómo todas las religiones están llenas de milagros que creídos por los entusiastas, se transforman en mártires.

No son estos pues medios propios para convencer á un filósofo que conoce el origen, la causa y la falsedad de los que se cuentan hechos; los milagros no pueden persuadir al sabio que las religiones absurdas se antecian con ellos. Por qué los milagros de Joseruato hay de ser mas ciertos que los de Apolinario de Thyrase, y de otros semejantes? El filósofo que suspende su juicio, y como es imposible hacerle ver con evidencia la certidumbre de los milagros que le citan, está en derecho de ponerlos todos en la misma clase y creer ninguno.

Yo creo, señor, me respondió, el padre, que se debía sacar una consecuencia contraria y que sería mas justa. Yo diría: pues hay tantos milagros falsos, es necesario que los haya verdaderos; y si hay religiones que han fingido milagros para antecian con ellos, es preciso que haya una verdadera que los tenga ciertos. Porque los milagros falsos no son mas que una imitación de los verdaderos, como las falsas religiones no son mas que un ramado de la verdadera, como las falsas profecías suponen las divinas, y en fin, como de ordinario lo fingido suposa lo que es real. Pues

en esto faltaria á los hombres el modelo sobre que fabricar sus creencias, y como decía Pascal, si no existiera nada de esto, fuera imposible que unos hombres lo imaginasen, y otros lo creyesen. Así, me parece que lejos de conducir que no hay verdaderos milagros, porque muchos son evidentemente falsos, se debía concluir que para hay tantos falsos, es preciso que los haya verdaderos, y que solo estos han podido ser la ocasión á la causa de que haya los otros. El estudio del sabio debe ocuparse en discernirlos.

Es imposible que por ahora entremos en la discusión de cuál uno de los milagros; pero si queréis echar una vista por mayor sobre los de Joseruato, veréis cuánta injuria sería confundirlos con los otros que deben su origen á la impostura y la incredulidad. Examinad muy por menor todos los que cuentan la historia profana, y veréis en ellos defectos esenciales que los hacen manifiestamente despreciables.

Se cuentan, se refieren, pero ninguno dice haberlos visto; uno cita á otros, pero jamás se llega á un testimonio de vista fiel, imparcial y fidedigno; jamás á este milagro se dice otro que confirme ó que lo justifique que ha podido excitar el primero, y siempre quedan vagos y mal individualizados; no hay dos relaciones conformes; los autores varían la narración y se contradicen en los circunstancias. Basta leerlos para conocer que toda aquella narración es frívola y fabulosa, y que está destituida de todo apoyo, autoridad y verosimilitud. No exagero, señor, y si no, que me cite uno solo en que no sean visibles estos defectos.

¿Pero qué diferencia en los milagros de Joseruato? La mayor parte de ellos se hacen en público y en presencia de una multitud de testigos. No solo eran públicos, sino repetidos y de especies diferentes. No era posible que tantos se engañaran, sobre todo cuando se repetían con tanta frecuencia y los presenciaban sus mismos enemigos, que no pudiendo negarlos, los atribuían á Belcebú.

Pero lo que es mas, sus discípulos que después de su muerte contaban los milagros de su maestro á otros que no los habían podido ver, hacen otros iguales ó distintas partes del mundo, y obligan muchas naciones á que los crean. ¿Y con qué individualidad están todos ciertos? Todo está circunstandado en el Evangelio, el tiempo, el lugar, los testigos, las personas, su clase, su nacimiento, y hasta su tiempo en que estaba todavía fresca la memoria de los hechos, nada los contradice porque todos saben que eran verdaderos y públicos: cómo pues se pueden comparar con las fábulas que los hebreos creen sin examen ni pruebas?

A esto respondi: Para juzgar, padre, estos milagros, sería menester haberlos visto, y tan de cerca, que se hubieran podido examinar todas las circunstancias; y á pesar de toda diligencia sería todavía posible engañarse; porque quien conoce todas las fuerzas de la naturaleza, quién puede tener bastante perspicacia para descubrir todos los sacrificios secretos de los impostores hábiles! Y si los testigos mas ilustrados pueden ser seducidos, ¿cómo mas lo pueden ser los que no lo saben sino por testimonios ajenos?

Vue no queréis con razon que los hombres se fien en las opiniones de los sabios para entregarse á la incredulidad, y vos queréis que se fien en la relación de milagros que han

podido ser creídas por ignorantes ó débiles, para regular por ellas su conducta: esto me parece inocentemente.

Lo mismo digo de los mártires. ¿Qué me importa que haya habido hombres ávidos ó fanáticos, que por tenacidad ó por falsas ideas hayan preferido á la vida el tesoro de sostener una religión y sus dogmas, cuando yo veo que el mundo ha estado siempre lleno de espíritus flacos, que han hecho el mismo sacrificio por errores que eran evidentes? ¿Qué religión, por absurda que sea, no tiene hoy sus penitentes y no ha tenido sus mártires? Si el mártir fuese pues una prueba decisiva, todas las religiones fuesen verdaderas, y la cristiana no sería por eso mejor que las otras.

Lo mismo puedo de otra prueba que los cristianos fundan en los progresos rápidos de su religión, pues todas las otras pueden alegar los mismos y mayores. El filósofo no extraña esto, porque sabe que el hombre es naturalmente tímido y supersticioso, y que toda nación que está todavía en el todo estado de la naturaleza, necesita un sacerdotado de mucho número cualquiera religión que se le presente, temblará de sus amenazas y se consolará con sus bendiciones.

Así pues, en extensión no puede probar su divinidad; el pagano tuvo mayor extensión que la religión cristiana. Pero sin saber tan alto, ¿qué progresos no ha hecho esta en nuestros días el mahometismo? En poco tiempo se propagó como un fuego devorante casi en toda el Asia, en un mayor parte de Africa y en su pequeña parte de la Europa; ¿cómo por eso que sea verdad? Estos son hechos, y no como los vuestros, antiguos y contados por otros, sino palpables y subsistentes: es cosa ridículo fundarse en pruebas tan fáciles y equívocas, y debemos confesar que sea la religión natural viene de Dios, y que todo lo demás procede de los hombres.

Vos habéis, señor, reunido, me respondió, muchas objeciones, yo voy á responderos con separación. En cuanto á los mártires, pudiera decirse desde luego que en ninguna religión los ha habido, jamás sino en la de los judíos y de los cristianos, y si vos conocéis otras, hacéme la gracia de nombrármelas. La historia os cuenta en su inmensa extensión no cuenta más que uno solo, que fué Sócrates, no se ve en ella ejemplo de ningún otro que por causa de religión haya sufrido no solo la muerte, pero ni siquiera persecuciones ó tormentos.

La razón es muy simple, pero os la filosofa genérica inventado lo ó adoptado sistemas religiosos, no pretenden sacrificarse por ellos, ni objeto no era más que mostrar ignorancia y alambicada superstición. En principio establecido entre todos, que en la práctica ó la conducta era necesario conformarse con la del pueblo, así adoraban en público los dioses de que se habitaban su acuerdo. Los discípulos de Epicuro, que no creían en ninguno, frecuentaban las mismos templos y celebraban las mismas fiestas que los de Sócrates, que habían llegado á conocer la unidad de Dios. Disputaban en las escuelas, donde era permitido reducir todo á problema; pero en la práctica todo se conformaban con el culto recibido, así no había ni era posible que hubiese mártires.

Pero para destruir de raíz vuestra reflexión, quiero ceder por un instante que haya habido algunos mártires no solo en todas las religiones, sino en cada una de sus sectas, ¿qué sacaría de esto? ¿Como pretendéis los cristianos que su religión es la verdadera solo porque sus mártires la han creído? No señor, no es esto lo que dicen lo que dicen cla-

ramente es, que los hechos que refiere el Evangelio y sobre los cuales se funda su religión, son verdaderos, porque los mártires primitivos que los vieron los certificarán al tiempo de morir, y que no murieron sino porque los certificarán.

Observad, señor, que esta mártires no la han sido por sostener matamente dogmas ó verdades especulativas de su fe, sino por atestiguar la verdad de los hechos en que no podían engañarse y en que su fe se fundaba. Y de aquí debe inferir la gran diferencia de estos mártires á los de las otras religiones, que no han podido morir sino por sostener dogmas especulativos en que se podían engañar, y deben inferir también, que cuando se supongan muchos mártires en las religiones falsas, su multitud no puede destruir el testimonio decisivo y único en su género que dieron los apóstoles, los primeros discípulos de Jesucristo y otros muchos fieles que murieron en los primeros días de la Iglesia.

Vuestra objeción pesa, me da de media y altera el estado de la cuestión, cuando del hecho al dogma. Comparo los mártires de la nueva doctrina con los que lo son además de la verdad de la historia, y porque en los anales de otras religiones se encuentran mártires de falsas doctrinas, me queráis inferir que no se debe creer á los que aseguran á costa de su vida la verdad y emboscada de los hechos por que mueren.

Ya veis que esta objeción no es justo ni concluyente, y lo conoceréis mejor si os detiene á considerar que todos los testigos eran sobranamente creíbles, pues no podían engañarse sobre hechos notorios que ellos mismos habían visto y cuya certidumbre aseguraban á costa de su sangre. Para quitarme la fuerza de la demostración, os intentaré probarlo, ó que á pesar de su multitud y su conformidad los hechos son falsos, lo que no es posible, ó que en las otras religiones ha habido muchos hombres reunidos que se han dejado martirizar por otros hechos evidentemente falsos, lo que es mas imposible todavía.

Además, que no puedo haber ejemplo entre los fanáticos que mueren por las falsas sectas, y los mártires de la religión cristiana. Pues aquí solo es donde se reconocen mártires sin número de toda edad, de toda condición, de todo sexo, todos, pedernales, personas de la mayor autoridad y sabiduría, que se sacrifican libremente al favor de los más violentos persecutores con miembros de las mismas vertientes, que se arrojan la fidelidad inviolable porque sufren los tormentos más atroces, y la alegría extraordinaria con que sacrifican su vida por Jesucristo, y cuando ya mueren, sus cruzes el número de fieles, empuja la sangre de los mártires arrojados en tierra como una semilla bendita, que se convertía los gentiles mas obstinados y multiplicaba al mismo peso los cristianos que los persecutores querían extinguir, como lo advierte Tertuliano, testigo ocular y toda superior.

Vengamos ahora á la extensión del pagano y mahometismo. Cuando los cristianos proponen la fidelidad del Evangelio, no piensan que esta solo sea una ración superficial de su divinidad. Bien saben que si no fuera ostensible, sería una señal de no ser divina; pero tampoco ignoran que no basta el serlo para probar su celestial origen. Esta circunstancia es necesaria; pero la verdad resulta de la fuerza de su reunión con todas las demás pruebas que la acor-

fián. Por sí sola sería sin fuerza, pero reunida á lo demás, completa el cuerpo de sus pruebas y añade un grado de luz á su evidencia.

Vos comparáis la extensión y los rápidos progresos del mahometismo con los de la religión cristiana. Pero, señor, ¿qué diferencial? ¿Quién no sabe las causas por que se propagó tanto la religión de este impostor? ¿Quién no sabe que todo lo debió á su valor, á su astucia y á la fortuna de sus armas? ¿Pero quién ignora tampoco las violencias, las mortandades y las perfidias de que se sirvió? ¿Quién ignora la ninguna prueba de su misión, sus contradicciones, sus fábulas ridículas y los excesos inauditos de la ignorancia mas grosera?

¿Cómo es posible comparar una secta absurda propagada á fuerza de armas victoriosas y con la punta de la espada, una secta que abría todas las puertas á la ambición y á los débiles, con la fe cristiana, que no profesa mas que la austeridad y la mortificación de los pasiones, y que ha sabido extenderse en el universo sin armas ni mas fuerza que la persuasión, los sufrimientos y la paciencia? El prodigio, pues, no es solo que se haya extendido sobre toda la tierra, y aun mas que el mahometismo, pues este no ha ocupado ni ocupa todavía sino los lugares que ocuparon antes los cristianos: el prodigio está en que se haya extendido tanto, á pesar de que reyna por sus leyes severas á la corrupción general, y que lo haya hecho por medios que parecían tan opuestos á su logro.

No es, pues, el progreso del Evangelio ni de la Iglesia lo que debe admirar mas, sino que lo haya conseguido contra toda oposición de progresos, sin que la eternidad lo haya ayudado, sino que la autoridad pública lo haya condenado, sino por la sola predicación de la oración, que parecía una locura, y contra el torrente de todas las pasiones.

Si Jesucristo hubiera dado batalla como Mahoma, ó si este hubiera sido pacífico como el otro, entonces se les pudiera comparar por lo menos por ese lado. Pero cuando uno corre el mundo con un ejército victorioso, forzando á que se le rindan cuantos encuentra, y el otro no hace mas que sufrir, mientras que el uno arma en su favor los pueblos que induse á la rebelión, y el otro se ve abandonado de sus propios discípulos: es fin, cuando el uno toma todos los medios humanos que son capaces de conseguir sus fines y el otro no toma ninguno, ¿cómo es posible hallar un punto de comparación entre las dos? Mas distancia hay entre ellos que entre la tierra y el cielo.

Por otra parte, ¿quién ha dado la autoridad á este impostor? ¿Qué pruebas ha dado de la verdad de su misión? ¿Quién le ha anunciado antes de que naciera? ¿Qué profecías le han prometido? ¿Cuáles ha hecho él mismo? ¿Qué milagros se le han visto? Ninguno. Es el único que se ha anunciado á sí mismo: el solo. . . . Aquí interrumpi yo diciendo: ¿Qué, padre, no ha hecho ningún milagro? ¿A lo menos sus acciones no dicen que haya hecho alguno? No, señor, me respondió, no lo dicen ni lo pueden decir, porque el mismo Mahoma dice positivamente en su Alcorán: "Yo he venido no para hacerme seguir con la autoridad de los milagros, sino con la de las armas." Así, no es posible demostrarlo.

No ha hecho, pues, milagro alguno; á menos de que yo tenga por tal lo que él mismo decía, que el ángel Gabriel venía á tratar con él, que hacía bajar á su manga una

parte de la luna, y que la hacía después volver á su puesto, ó que él conversaba por la noche con su madre. Estas y otras cosas de esta especie continúan á sus sucesos; pero todos eran hechos propios que pasaban á solas y sin testigos: él los decía con la calma en la cruz, y era menor creer ó morir, y lo mas seguro era morir.

Pero padre, volvi yo á decir, no puedo negar que si no heio ningún milagro particular, sus grandes y rápidas victorias le parecen. Gran milagro por cierto, respecto al padre, el que ha hecho tantos conquistadores, entre quienes se cuentan tiranos, príncipes abominables, pueblos bárbaros y naciones idólatras. Los persas que adoraban al sol, los romanos tan supersticiosos los hicieron mayores en este género, y antes los habían hecho también Nabucodonosor y Antiojo, príncipes detestables. No eran así los milagros de Jesucristo.

¿Pero cómo se puede hablar seriamente de este asunto? Es imposible leer el libro en que publicó su ley y que llamó Alcorán, sin encontrarse de que tanta insolencia tan insensatas y tan bueriles hayan podido encontrar partidarios; todo está lleno de absurdos, y lo que es mas, de contradicciones: á cada paso se descubre su ignorancia y su inconsecuencia. Por ejemplo, hablando de nuestros evangelistas, dicen que fueron verdaderos, sinceros y santos, y el infante en sus niños, que no advierte que el esto es verdad, así mismo es un pedazo falso, pues que no los sigue.

Decía que Jesucristo era el Mesías prometido, el Verbo de Dios, su espíritu y su vida, y después de haber concedido esto, añadiendo que no era mas que un profeta. Reconocía la resurrección de Jesucristo, y no solo sus demás milagros, sino que aun añadió otros muchos de que no hablan ni el Evangelio ni nuestra tradición; y no veis que estos milagros eran una prueba contra él, que no había ninguno, pero era un impostor atrevido que hablaba á pueblos groseros.

En tan ignorante y temo tan baja idea de Dios, que le atribuía un cuerpo, juzgando desde que lo había tomado el mismo, cuya fragilidad dice que había caído helado la suya. Del alma tenía tambien falsas ideas, pues la reputaba por un vapor, cuya fuerza, mas ó menos extendida en su volumen, hacía la diversa duración de nuestra vida. Proponió á sus prosélitos un punto de felicidad, y no pudo ocurrir en él mas que los groseros placeres á los cuales concupisca, permitiéndoles otros semejantes en la tierra por la poligamia; en fin, sus discípulos, que á pesar de la venustad que le profesa sus partidarios, están obligados á condenar hoy sus doctrinas, sus injusticias y sus violencias, no menos que las de sus compañeros y primeros discípulos, hombres sin costumbres ni probidad, y á quienes permitía toda la licencia de los vicios.

Y qué, señor, este hombre y esta religión se comparan á la de Jesucristo? ¿Se pueden poner en la misma balanza estos hechos y los del Evangelio? ¿Puede haber valor para medir con la misma vara y opinar gravemente estas inspecciones, cuentos y dolores á la fe cristiana, tan santa, tan pura, tan divina, y que está sustentada con tantos milagros y tantos mártires que han subido la verdad con su propia sangre? ¿Cómo es posible. . . . Yo le interrumpi diciendo: Dejenme aparte la religión mahometana, porque conozco realmente que no mereco entrar en parlado, y volvamos á la cristiana, que por otro lado parece tiene sus lu-

chis. En efecto, vos fundáis mucha confianza en los milagros de Jesucristo, y tenéis una razón si podréis alegarlas de que son ciertos; porque los verdaderos milagros no pueden venir más que del poder divino; pero ¿quién puede darnos esta certidumbre?

Los únicos que nos los refieren son sus propios discípulos. Este canal es sospechoso, y debo serlo más cuando sabemos que habia libros que contenían y documentaban estas historias, y que ahora no se pueden descubrir, ni aun el vestigio de algunos de ellos, prueba clara de que se ha tenido el cuidado de suprimirlos y aniquilarlos. Si no, ¿qué se nos diga, ¿por qué los Evangelios han quedado intactos, y el tiempo ha podido destruir todo lo que escribió contra ellos y los ha preservado de esta ruina? ¿Se ve el espíritu de partido sosteniendo el Evangelio, al mismo tiempo que devoraba todo lo que podía desacreditarlo. Es cierto que el cristianismo se hizo poderoso, no quiso sufrir nada de lo que podía hacer perjudicial; destruyó todo lo que no podía desconstruir, y ahora triunfa de que no lo podemos vencer.

Pero, señor, respondió el padre, esas no son más que conjeturas, y lo peor es que son muy débiles y contrarias á los hechos. La verdad que los autores que han referido con más individualidad la historia de Jesucristo, son sus apóstoles y evangelistas; pero nadie ha podido jamás dudar de la buena fe, del candor y la sinceridad de estos hombres, que por una parte eran autores, defendidos y contemporáneos, y por otra murieron por asegurar la verdad de lo que habían escrito.

Allí está que no ha quedado sombra ni vestigio de lo que escribió contra el Evangelio en aquel tiempo, ¿por qué está guardado. Leed la apología de san Justino, y en ella hallaréis todos los argumentos del juicio Drifon contra la verificación de las profecías en la persona de Jesucristo; leed á san Ireneo y veréis en él los señeros y las pruebas de todos los hechos de la tiempos primitivos; leed á Origenes, y veréis en él cómo copia hoja por hoja y linea por linea todas las discursos de Celso para responderlos; y este Celso fué el enemigo más hábil, más astuto y más docto de cuantos tuvieron los cristianos. Todos los argumentos más espeluznos, todos los más ingenuos y aprendidos sofismas que se han hecho hasta ahora contra su fe, fueron inventados por este filósofo; las dificultades que hoy nos respetan los incrédulos, son las que él prolegó; y nosotros no necesitamos más que de repugnar las mismas respuestas.

Leed también á Tertuliano; la mayor parte de sus escritos se contra los judíos ó contra los herejes de entonces, ó contra los gentiles; y veréis cómo expuso todas sus dificultades con sencillez para refutarlas con fuerza. Lo mismo es el digo de Minucio Félix, de Arnobio, de Lactancio y de Celedonio de Alejandría. Leed sobre todo á Eusebio de Cesarea, y solo con ochar la vista sobre los dos grandes libros que compuso en favor del cristianismo, observaréis los largos textos de Porfirio, que refiere á la letra. ¿Y qué defender tan valientemente al tan insensato de nuestros herejes, pero la Iglesia no ha tenido conservar la memoria y el texto de sus ataques, á pesar de su astucia y de su fuerza.

Examinad también los escritos de san Cirilo, y hallaréis en ellos copias de libelos y de sus suspicaces palabras, las objeciones del emperador Juliano, sin contar punto al co-

ma. Abrid á san Agustín, y veréis cómo expone sus combates con la secta de los maniqueos, tan contraria al Evangelio, y que no distaba ninguna de sus razones y dificultades. ¿Pero para qué me canso? Leed todos los padres de los primeros siglos, y si no halláis en todos ó casi todos los largos pasajes fuertes y frescos objeciones, y algunas veces escritos enteros de los amigos del cristianismo, no me creáis jamás, y decid que yo os engaño sin poder.

Pero padre, le dijo yo, primo es posible que ninguna de estas obras sea obra original y en todo un integridad? El me respondió la razón es muy sencilla. Es por un de ordinario se olvida y no se hace caso de dificultades que quedan respondidas, y de cuya defensa después de la muerte del autor nadie oscurge; es porque es natural que nadie se interese por una falsedad reconocida, es porque la Iglesia después de haber vencido á los gentiles, tuvo que combatir á los herejes, y no quedando ya de los primeros, se ocupó solo en la conversión de los segundos, es porque las travesuras de los herejes lo transformaban todo, y la Iglesia en aquel tiempo de confesión y de horror no cuidaba de conservar sino lo que era preciso, y sería muy injusto pretender que los cristianos respondían de los estragos del tiempo, y más cuando la muerte ó el error se dan á veces por despreciable y olvídense como al humo.

Pero es fácil juzgar de estos escritos y de los demás que han podido perdarse, por los largos y breves textos que nos han conservado nuestros apologistas. Estos escritos eran más de los que los mismos autores, que en ellos se refieren, que ninguno se atrevió á combatir la verdad de la historia evangélica solo en impugnar los dogmas. Ni Trifon, ni Origenes, ni Porfirio, ni Juliano, ni ninguno otro ha contradicho jamás los milagros de Jesucristo y de sus apóstoles. Así nuestros defensores no tuvieron que responder en esta parte, y expusieron siempre la verdad de estos hechos. ¿Pero cómo podrían atreverse á desmentarlos, si eran públicos y notorios, si una parte estaba depositada en los registros públicos, y la otra era comedia y certifiada por todos los pueblos?

Yo no veo documento que pruebe que alguno se atreviese entonces á contradecir la verdad de una historia tan pública; pero si alguno se atrevió, es preciso confesar que la contradicción muy mal, pues no pudo alegar el celo de los martires, que nada día se recelaban, ni el progresivo que la Iglesia miraba nuevas conquistas á desmentar, hasta obligar á los sabios, príncipes y soberanos, á humillarse á los pies de la cruz.

Aquí volví yo á decir: Vos habéis, padre, mucho ruido con los milagros de Jesucristo, cómo si fuera el único que los hubiera hecho; pero ¿cómo la historia y milagros antiguos en todos los tiempos. ¿Para no perdernos en los muchos ejemplos, fijémoslos solo en Apolonio de Tíricos, y observad de paso, que vuestra historia se prolonga, prolonga el milagro que no cuento también á del segundo. Si Juliano usó tanto cuidado de prodigios que distinguieron su nacimiento, Apolonio óbrenó la misma distinción; así aquí cuando los enfermos, ante la voz del segundo se abrían los apoplejos, y si Jesucristo resucitó, Apolonio resucitó el mismo prodigio.

Las virtudes y milagros de Jesucristo no le acarrearon tantos discípulos como á Apolonio: su número era infinitamente mayor; y su gloria, más resplandeciente, llegó más extendida parte de la tierra. En Antioquía, Babilonia, Atenas, Níveo, Ebeso y Laodocearia, en el Egipto, la Fenicia y Roma, en España y hasta en las Indias, se contaban era gloriosos y se profesaba fe almirada. Si Jesucristo tiene otros, Apolonio tuvo también templos, sacerdotas y culto, y hasta los emperadores le adoraban; si Jesucristo resucitado habló con sus discípulos, Apolonio también después de su muerte habló con Aureliano, y le detuvo cuando iba á destruir la ciudad de Tíricos.

Si Jesucristo ha profetizado lo futuro, Apolonio lo predijo también; y sus predicciones fueron justificadas por los sucesos en fin, vos no me contareis prodigio ni maravilla de Jesucristo que yo no os pueda contar otra igual, ó tal vez superior, de Apolonio. Y si vos os jactáis de la seguridad y certeza de nuestra historia, yo os diré la misma de la mía; pues todos sus hechos están reforzados por autores graves, los unos testigos oculares, los otros contemporáneos, todos sinceros, unánimes y desinteresados. En fin, si la historia de Jesucristo puede ser más auténtica, sus milagros más auténticos, más prodigiosos, más extraordinarios; y yo os digo que la consecuencia para que conozca la debilidad de vuestra prueba.

Pero si los milagros de Apolonio son falsos, ¿para de tantos historiadores y testigos contemporáneos y públicos, los de Jesucristo, que no tienen más apoyo, podrán ser también falsos; y si son verdaderos, ¿por qué los milagros de Apolonio no perduran su doctrina, si de Jesucristo no quedan pedruzco la suya. No hallando diferencia en los hechos y las motivaciones, no debe haberla en los efectos.

Si decía que el cielo se declaró por el Dios de los cristianos, yo os responderé que también se declaró por el de Apolonio, pues le dió su fuerza para tantos prodigios y tan sobrenaturales. Si me decía que las maravillas de Apolonio eran efectos de la magia, que eran prestigios ó ilusiones falsas, acusad á la Providencia y transformad á Dios en un seductor que presta su auxilio para engañar á los hombres y perlear á sus propios hijos; consecuencia horrible y que escandaliza á una alma religiosa.

Respondeo cuán poco segura es la prueba que queréis sacar de los milagros de Jesucristo en favor de la religión cristiana; porque á Apolonio será Dios como Jesús, ó si la historia del primero es fabulosa ¿para de la fe de la historia, ¿por qué no lo será la de Jesucristo, que no tiene ni otros ni mejores apoyos? El padre me escuchó con mucha paciencia, y cuando acabé me dijo: Yo no puedo, señor, que quisiera hacer una objeción seria contra lo que me tan sagro y evidente, con una historia fabulosa, palpablemente ridícula. Este injurioso periplo de un filósofo pagano como el Salvador del mundo, ha sido propuesto muchas veces; pero lo sé tanto respondido, y tan demostriado, que yo no os puedo, sino para directiva de lo que yo quisiera examinar; mala pero que vos os dignéis de renovar, voy á repetirlos: lo que tantos han dicho.

La historia de Apolonio según las reglas de la crítica, no tiene el menor crédito, porque sus autores no son dignos de fe. Veamos, señor, cuántos son los que han pasado á la posteridad la noticia de hechos tan extraordinarios, de imágenes tan magníficas. Todos se reducen á uno, este

fué Filóstrato, que fué el primero que nos enseñó, y que lejos de ser contemporáneo de Apolonio, no nos escribió sino cien años después.

Así, no pudo ver nada de lo que escribió, y solo pudo repetir los rumores populares, siempre infundados, y más favorables á la exageración, que á la verdad. Ve aquí toda la autoridad de estos prodigios; ¿y se podrá ella compararse con la modestia de los cristianos, á quienes nunca se han atribuido más que aquellos en fundamente sus Egeos? Nuestras, señor, no nos fiamos en rumores populares ni nos contentamos con un historiador, que escribió tan lejos de los sucesos, sino que prodigiosos muchos que fueron testigos oculares y que escribieron (1). «Nuestros decimos lo que hemos visto», historiadores, en fin, que nadie ha desmentido, y que sin embargo concertado, están concordes en todo lo sustancial. Para poder pues...

Aquí le interrumpí diciendo: Me parece, padre, que en este punto no veo en vos la buena fe que he visto en los otros; pues aunque es cierto que Filóstrato fué el primero que escribió la vida de Apolonio, y después de cien años, también lo es que no lo escribió repitiendo solo los rumores populares, sino sobre las memorias fieles y secretas de Máximo y Mercurio; y más particularmente sobre la del mismo Damis, que fué el compañero inseparable de Apolonio. Ve aquí pues discípulos testigos y contemporáneos; Filóstrato los produjo como garantes de la verdad de sus discursos y debéis confesar que su historia no está menos apoyada que la de Jesucristo.

Tal ha, señor, á hablar de este cuando me habéis interrumpido; pero volviéndome á ello os diré, que estos autores no son más de lo que yo digo. ¿Qué días está? Qué estas memorias habían estado secretas. ¿Y por qué? ¿Qué motivo podía haber para esta secreta? La vida de un hombre tan famoso, que había cubierto la vecindad de los pueblos, no era vergonzoso escribirla ni había peligro en publicarla; se tenía, pues, que fuese desmentada por los contemporáneos y testigos. ¿Y qué hizo este Damis, este compañero inseparable de Apolonio? Se ha dió á un amigo, el cual las pasó á Julia, mujer de Severo, y de la mano de esta emperatriz pasaron á los de Filóstrato.

Esta es la genealogía ó sucesión de estas memorias. ¿Pero quién me asegura que Damis era sincero? ¿qué era santo y hacía milagros como los Apóstoles? ¿por qué se veía por certificar la verdad de aquellos hechos? Supongamos, no obstante, que lo fuese. ¿Quién me asegura de la fidelidad y exactitud de este tercero, de este mismo amigo que nadie conoce y que ni siquiera se sabe su nombre? ¿Este ¿quién no ha podido escribir ó falsificar en un escrito lo que era el único depositario? ¿Será el primer impostor en el mundo? ¿no ha podido ser cómplice ó exagrador de los artificios de Apolonio? Yo no lo sé, pero lo que puedo asegurar, es que si alguien se sabe su nombre, él no nos puede, sino para directiva de lo que yo quisiera examinar; mala pero que vos os dignéis de renovar, voy á repetirlos: lo que tantos han dicho.

De Damis pasamos ahora á Máximo y Mercurio. ¿Pero qué confianza puedo tener en ellos, cuando el mismo Filóstrato dió posturas que no se puede fiar en la fe del segundo, y cuando por el testimonio de Rusellio sabemos que Máximo solo hizo una rapazada ó noticia infame

(1) 1. Japno. l. 1. 2. et 3.



Y finalmente de algunas particularidades de Apolonia. Ciertamente autor de esta clase no mereca crédito en asuntos tan extraordinarios. Y Filostrato, estando á su mismo testimonio, no veía... ¿Pues qué padre, insignificante que Filostrato fingiese tanta y tan grandes aventuras solo por el gusto de fingir, qué motivo se le puede suponer para acreditarse y dar tantas alabanzas á Apolonia, sino el de la vanidad?

Primeramente, señor, respondió el padre, Filostrato no ha hecho nada, ni la historia me la pinta de tal manera que capte ni veneración y me obligue á darle crédito, sobre todo cuando me cuenta cosas tan increíbles. Esta sola razón me basta para no fiarme en su autoridad; pero si quisiera escribirme los motivos que ha podido tener para aducir estas fábulas, los hallaré raros en la historia. Filostrato quería ganar la estimación de la emperatriz Julia y el favor de su marido Caracalla; era notorio que uno y otro gustaban de todo lo que parecía prodigioso, y que se divertían en oírlo; era conocido el respeto y veneración que tenía Caracalla á Apolonia, y que hablaba de este hombre con entusiasmo, hasta levantar monumentos á su gloria, como se hacía á los héroes y hombres grandes. Dyon con otros muchos lo dice, y su testimonio es decisivo.

Por otra parte, Julia era una ambiciosa de la república de entendida, y curiosa de novedades; siempre estaba rodeada de poetas, sofistas, gramáticos, hasta geométricos; Filostrato era uno de esos sabios que componían en corte y recibían de ella las memorias que le había dado el amigo de Damián, y en natural que las celebraba, señalando los ramos populares para conformarse al gusto de la emperatriz. Los hombres aunque sean filósofos son de ordinario semejantes del gusto, y de las flaquezas de los príncipes, porque es más cómodo y seguro llacarlos que desagraviarlos.

Esta conjetura adquiere mucha fuerza cuando se lee en otra parte, que en su día, fuera de una adulación servil, mucha vanidad ostentaba, en toda ella se describe una afec-

tación ridícula de mostrar su motivo ni oportunidad erudición y saber, menguando su objeto entre digresiones que le pierden de vista, y que no tienen más blanco que mostrar la ciencia del autor.

¿De qué sirven aquellas sus largas y fastidiosas disertaciones sobre las panteras de Armenia, los elefantes, los ástros, y hasta sobre la naturaleza del feña? ¿A qué conducen sino á mostrar una instrucción frívola algunas fastidiosas relaciones de los pígnos que habitan en los subterráneos, de los vasos fabulosos, y que los montes Tauro y Cáucaso, de los ríos Hipalis, Nilo y Pactolo, y en especial de la fuente de Thyrsus?

¿De qué utilidad podían ser, ni qué conexión tenían con su objeto tantas cuestiones frívolas que agita, discurriendo hasta no poder más, y tratando con seriedad cuestiones pueriles, como si la tierra es más antigua que los árboles ó esta más que la tierra, si el agua ó el vino disponen mejor al sueño, y otras tantas bobadas de esta especie? Todo esto junto da una idea del poco juicio del autor, de su frivolidad y del poco crédito que merezca; esto solo bastaría para despreciarle; pero como veo, señor, que de alguna importancia á mi relación, quiero que la examinen por mejor parte, para que vea cuánto injusta ni puede ser comparada á la que publicaron los discípulos de Jesucristo.

Vos dice... Estando en esto sonó la campana, y el padre levantándose me dijo: Señor, nos llaman al coro; pero si me da licencia, mañana renovemos esta conversación. Yo le aseguré que lo deseaba, y con esto se fué. Lo confieso que quedé avergonzado de ver que hasta allí no había podido embarazar con nada á aquel buen hombre, que con suavidad y con su modesta blandura sabía desembarazarse de todo; pero me recogí para traer á la memoria otras nuevas dificultades que pudieran darle más trabajo. En mi primera le contaré mis nuevos esfuerzos y sus resultados. Adios, Teodoro.

## CARTA VII.

### EL FILOSOSO A TEODORO.

Amigo querido: Yo sé que el padre continuó la conversación del día anterior. Vos decís que Apolonia hizo más y mayores milagros que Jesucristo. Examinemos los que refiere su único historiador, y empecemos por su nacimiento. Su madre estando en cinta con de Prothun, que se le apareció en figura de un día murio, que el mismo nacimiento de ella; y al mismo instante vio cianes, cuyo canto amenaba la gloria del futuro hijo que debía parir.

Filostrato refiere este cuento, bueno para arrullar los niños, sin otra autoridad ni prueba sino que así lo decía su madre: era ella así á una oración infundida... ¿Puede decirse, señor, de los cristianos si no presentaran más que fundamentos de esta especie? Considerad la diferencia de este nacimiento al de Jesús. Si desinno que los espíritus

celestes le amularon, cuentan un hecho que fué público y certificado por los mismos pastores que lo oyeron y observaron; que en toda nuestra historia no hay un hecho que no tenga á la mano la prueba que le acredita; en lugar que Filostrato cuenta una cosa tan extraordinaria sin citar autor ni próximo testigo. En esta ocasión ni siquiera tiene á su favor á Damián, pues este no dice una palabra: ¿Cómo pues es posible comparar el nacimiento de Jesucristo con el de Apolonia?

Filostrato dice que Apolonia á su vuelta de India, curaba todas las enfermedades. Yo desconfío desde luego de todas estas acciones indeterminadas y vagas, y después le preguntaré: ¿de dónde lo sabe? ¿quién es lo dicho? ¿qué autor? ¿qué testigo cita para justificarlo, si las

curas son instantes á haber tantos testigos, ¿por qué no las refiere? ¿cómo el universo las ha ignorado tanto tiempo? Pero aun cuando muchas fueran ciertas, ¿por qué no podría ser natural? ¿No hay un arte, una ciencia médica, un conocimiento y experiencia de remedios que pueden conducir al recobro de la salud? Apolonia en sus muchos viajes no pudo aprender secretos útiles y curiosos? En su larga residencia en el templo de Esculapio de Ejez, no pudo instruirse en los medicamentos de que se servían los sacerdotes de aquel templo para curar la tropa de enfermos que conducía allí la superstición?

Para probar que estas curas eran milagrosas, era preciso que sus curas fueran enfermedades, probando que eran incurables y que sin aplicación de medicina ni otro auxilio se curaban, lo había curado espontáneamente. Y esto es lo que han hecho los discípulos de Jesús, esto es lo que ni los judíos ni los gentiles han podido negar. Eso es verdad, dije yo, pero no podréis negar que el hombre que recobra un miembro, anormalmente su carácter de divinidad y poder sobrenatural que quita todo dolo. Y esto es lo que hizo Apolonia, sin que pueda quedar réplica, pues se asegura que el hecho fué público y que Roma entera lo vio con sus ojos. A lo menos en cuanto á este milagro, me confesaría que la comparación es exacta.

Si respondió el padre, si estuviera probado por examinada la historia, que no tiene otro autor que Filostrato, y lo que es más, que ni el mismo lo asegura, y si se acuerda, cuando en que tomamos por juez al mismo Filostrato. Dice que Apolonia resucitó á una doncella que era hija de una casa consular por observó el modo y la variedad con que cuentan las circunstancias, y veis que el mismo no lo crea.

Empieza por la admiración y por levantar hasta las nubes el milagro; pero poco á poco muda de estilo y le disminuye. Al principio se llama sin duda resurrección; pero después baja el tono, y como embarazado y vacilando, se desmiente y dice que es más que una especie de resurrección. Recuerda que la doncella romana no estaba muerta, sino que lo parecía, quiso resucitar, dando á entender que una indisposición la había suspendido los actos y las señales de vida, y que Apolonia se aprovechó del feliz azar de esta circunstancia.

Esto se acredita con evidencia por sus mismas palabras: *Puellam caritatem ex hac morte, que sublevarit obitare*; y aun parece más claro por las últimas con que concluye preguntando: ¿Quedaba todavía en aquella mansión fría y albergada alguna centella y algún principio del sentimiento que estaba entorpecido, ó Apolonia volvió á animar espíritus que ya estaban helados? No lo sé ni lo comprendo, como ni lo pudieran comprender los mismos que lo vieron.

A vista de estas libertadas palabras, yo os dejo juzgar, señor, lo Filostrato acerca de esta resurrección. Este milagro es más difícil, si deus est, que resucitar y fundar sin pretexto de un hombre que está del todo personalidad. Es verdad que al principio dice redundantemente que la doncella estaba muerta, porque esto era necesario para exaltar la gloria de un héroe; pero poco después, ó por no tener de partir, ó por el temor justo de que se burlasen de su credulidad, empieza á titubear, quiere explicar el prodigio, y explicándole le destruye.

¿Qué diferencia de esta resurrección única contada por un solo autor, y tan bien contada, á tantas resurrecciones anónimas de que la historia evangélica conserva la memoria? La hija de Jayro tenía ya preparada la pompa fúnebre, el hijo de la viuda de Naim ya ha concluido á la sepultura de sus padres, ninguna centella de vida les quedaba, y con todo, Jesús sin hacer otra cosa que tomar la mano á la una y hablar al otro, los restituye de repente á la vida y á la salud. Lázaro estaba ya enterrado después de cuatro días no solo estaba muerto, sino corrompido: Jesús le llama, y sale inmediatamente del sepulcro embalsamado con las ligaduras de su mortaja; un gran pueblo es testigo del milagro, que confiesa hasta sus mismos enemigos, que, pues fué una de las cosas que se apocaron su muerte.

Ve aquí resurrecciones ciertas, palpables y milagrosas, y si la de Apolonia no fuera dudosa, hubiera pasado hasta nosotros con el mismo carácter de seguridad; pues como observa Basileo, suponiéndome este milagro en Roma, la primera ciudad del mundo, el emperador no podía ignorar, lo los grandes, los filósofos y el pueblo debían saberlo, todos le hubieran admirado, y habrían pasado por muchas veces á la posteridad.

Un hombre que hubiera dado tan alto testimonio de divino, no hubiera sido tenido por los mismos paganos por un mago infame, y sabemos que otra vez su reputación entre los filósofos más instruidos. Pasa el menor nos dice que su amigo Eufrate, que uno celebra y elogia sobre manera, lo tenia por tal. Confieso que me cuesta rubor responder seriamente á fabulas tan despreciables.

Pero padre (lo volví á decir), no es verdad que Apolonia era un grande número de discípulos y partidarios que le seguían, y que todos los pueblos por donde pasaba le miraban con un respeto, que se acercaba á la adoración? Si esto es cierto, más parece por un lado que es injusto tratarle con tanto desprecio; que sin un milagro extraordinario no se obtiene tanto aplauso; y por otra parte, que que los discípulos y el séquito de Jesucristo no prueba nada, pues no imponer también los la tentó.

Señor, me respondió, nada de eso es verdad. Nosotros no conocemos á Apolonia sino por Filostrato; y qué es lo que este dice! Que en Antioquia y Ejez no se lo conocieron; mas que seis ó siete discípulos, y que no todos fueron fieles; que todos le abandonaron cuando los propuso ir con él á las Indias á buscar los crucifijos; que partió solo de Antioquia, y que después solo se le agregó Damián, á quien encontró en el camino por azar.

Añade que cuando desde Ejez se propuso penetrar en Etiopía, todos los suyos le abandonaron, profiriendo el juramento y quedando de Alejandría á los incesantes viajes de un maestro tan inquieto y vagabundo. No se concibe cómo cuando no hay otras memorias que las de este hombre, se le haya podido dar una estimación que descansa en propia historia. Por otra parte, cuando hubiera tenido muchos escritores y discípulos, cómo es posible compararse con los de Jesucristo! Esto no es solo mientras vivió no se seguían sus enseñanzas, sino que después de su muerte sufrieron los mayores estragos por su gloria, y lo que es más y único, le formaron otros discípulos nuevos en todo el mundo, en vez de que las de Apolonia eran una tropa de ositos, que le seguían por la curiosidad, que no se compe-

tan en extender ni su moral al sus dogmas, y que se dispersaron y desparecieron al instante que murió.

Con todo, repíganse, se dice que en muchos reinos y ciudades se le erigieron estatuas, y aun se le consagraron altares y templos; esto supone mucha veneración. Lo que supone en, respondió el padre, que se ha podido alcanzar á los pueblos ignorantes y supersticiosos. Esto nunca ha sido difícil: ved si la utilidad de los pueblos groseros os parece bastante suficiente para obligar á respetar lo que creyeron en hasta que se nos diga lo contrario: era, nosotros, que se nos individualizasen las profecías y que se nos cerrasen la boca con las verificaciones. Si esto es basta, le dije de nuevo, El ilustrado refiere que Venesiano habiendo consultado á Apolonia, se quedó admirado de los secretos que le reveló; que Apolonia convenió á un incestuoso descubriendo un delito y circunstancias; que ningún indio ni testigo le podía descubrir, y en fin, que predijo á Néerva el imperio que obtuvo poco después: si esto hechen sus ciertos, me parece que debéis contentaros.

Quando fueran ciertos, no sé, respondió el padre, me parece que sería ridículo llamarlos profecías. Es posible que Venesiano consultase á Apolonia, pues es cierto que se encontraron en el alto Egipto el año de 60, pero cuando fueran verdades que le aconsejasen guardar el imperio que Dios y Eufrate le aconsejaba abandonar después de la derrota del imperio para restablecer la república, este consejo de estúpida y política se puede llamar profecía. Cuando Apolonia hubiera descubierto los secretos y horrosas ocultas de Memphis, estaría obligado á creer que fue por los solos advertidos; no pudo saberlos por un sueño ó un avistamiento; ignora que la serie de los delitos es que al fin se le quite la máscara con que se cubren.

Quando hubiera predicho á Néerva el imperio, una adulación tan común y tan vil, pues excitaba un rasgo á la rebelión, que lo hará venerar como profeta? Lo que no excita es desprecio y horror; pero Apolonia no era delicada sobre la fidelidad que se debe al príncipe, para ya haberse anotado una parte de España contra Néerva; ya haberse de la credulidad humana el dar á estos hechos nombres de profecías. Vos rebelaos mucho, padre, le dije yo, á un hombre que toda la antigüedad venera como divino. Yo no le he pintado, señor, me respondió, sino con los colores de la historia; y si alguno negara una parte del pueblo, los hombres sabios de todos los tiempos lo han firmado como yo. Eufrate, tan conocido por los dogmas de Epicteto, y de Plinio el menor; Eusebio, san Agustín, san Crisóstomo, Focio y Saides han dicho lo mismo; y en nuestros tiempos Scalligero, Vossio, Luis Vives, Casualdo Haet, Tiffeneau, Dupin con otros muchos le tratan de impostor, á sus prodigios de ilusiones y sueños. Me parece que esta multitud pesa más que la de Filóstrato, cuyos escritos tanto se han condecorado con tanta que juele, sus ostentaciones que amor á la verdad, y que á mala paz se contradice.

Pero dejando aparte los autores, yo os interpele á vos mismo; que cómo podéis hacer de un hombre que se jactaba de entender el lenguaje de los pájaros? Nadie le podía desmentir y todos podían decir lo mismo. No obtenían

se, este hombre que entendía los pájaros, no entendía á los hombres: pues en los Indios tuvo necesidad de intérprete. Este hombre está lleno de una vanidad tan insolente, que habiéndolo mostrado un retrato del rey de los partos para que se inclinara según costumbre, respondió sin hacerlo. El que vosotros adoráis será muy dichoso si merece que yo le estime.

El mismo se apellidaba el mas sabio de los hombres, y dijo á Demetrio el Cínico con una ocurrencia sin ejemplo, que sabía todo lo que se podía saber. La arrogancia no puede ser mayor; y con todo, este hombre que sabía tanto, ni entendió dió pruebas de tanto saber, ni nos ha dejado el menor monumento de su gran ciencia; ya y podéis iniciar que no ha sido por modestia.

Su doctrina á no es conocida, ó no tenía ninguna: lo único que sabemos es que creía en la metempsicosis ó trasmigración pitagórica; y que aprendió en Egipto que se debía adorar al leon porque el alma del rey Amasis había entrado en uno: esto solo basta para dar una idea de su ignorancia abisinal. Por otra parte, esta veneración pública no es tan general como se supone: pues es constante que en el cuarto siglo no solo no tenía templo ni altar, pero ni hasta su nombre estaba olvidado. Eusebio, que escribió en aquel tiempo, desfiló á que se le dedicaba el menor vestigio de señal de su memoria. Y un hombre de esta especie se quiere comparar á Jesucristo? se pretende confundir la superstición pagana y absurda de un culto grosero, con la sencillez del Evangelio, cada día aumentada y siempre subsistente.

A esto le dije yo Confieso, padre, que tenéis razón: yo que os hablo de la posibilidad de los milagros, no podía creer lo extraordinario que os cuenta de él, no es porque esté persuadido, sino para haceros ver que si la antigüedad le ha eruido un Dios, tambien los cristianos lo pueden con el mismo error creer de Jesucristo; que si los milagros y demás hechos de Apolonia son falsos, tambien los de Jesucristo pueden serlo.

Esta era mi intención; pero vos me habeis desengañado. Desmentando la historia, me habeis hecho conocer la diferencia del uno al otro, y confieso que no deben entrar en paralelo pero esto no basta para resolver todas las dificultades si vivieramos á entrar en el fondo de la cuestion; y ya aquí como discurro. Os pido antes toda vuestra atencion, porque me parece que no es fácil responder bien al raciocinio que voy á proponeros.

Desde luego no hablo más de Apolonia, y confieso que narco desprecior: confieso tambien que la historia del Evangelio está apoyada en fundamentos mas sólidos, y para hacer mejor mi causa quiero confesar que tiene á su favor todas las reglas de la sana critica; y que tras todo el carácter que la razón puede exigir de la verdad, confieso tambien si queréis, que es tan auténtica como los anales profanos que se tienen como mas auténticos; y que la historia de los siglos no tiene hechos mas ciertos, mas seguros y mas probados que los del Evangelio; me parece que no podéis pedir más de mí.

Pues bien, padre; yo que quiero confesores todo esto para que venís enán mala es vuestra causa á poner de tanta condescendencia; digo: que aunque á las pruebas que se confieso añádierais millares de otras muchas mas fuertes,

yo no pudiera creer en aquel libro... Os espantáis pero tened paciencia, porque mi razon es clara y simple: es porque aquel libro contiene dogmas injustos, bárbaros, absurdos y contradictorios, con que se anota mi juicio y se desesperra mi razon.

Yo desato al cristiano mas sumiso, y á vos mismo, padre, que os venís obligado á confesaros que el simbolo de vuestra creencia es un absurdo insensable. ¿Quién que tenga la debida idea de Dios puede sin alzarse escuchar aquel dogma que os castiga en toda su posterioridad el delito de un hombre solo? ¿Quién puede creer que un Dios pudiese y merecer? ¿Quién es capaz de entender cómo el Verbo fue enteramente engendrado por el Padre? ¿y qué cosa es el Espíritu Santo, que procede de ambos? y en fin, esta unidad de naturaleza indivisible en tres personas? Estos no son discursos, sino algebraicos con este agregado de palabras tan inexplicables como viciosamente contradictorios, se puede alcanzar á los espíritus simples y cretinos y conducidos á todos los extremos de la demencia. Y esto no es mas que una parte de vuestro simbolo; ¿cómo no pudiera llegar si el oscurado todo?

Pero esto sobra para demostrar que todas las pruebas humanas que se pudieran alegar en favor del Evangelio, no serian bastantes para prevalecer su verdad, por un principio de eterna evidencia, y es que todas esas pruebas no bastan á contrapesar, y menos á superar la palpable contradiccion que contienen los misterios.

Todos los hombres que no tienen el juicio pervertido, conocen que es imposible que se le pueda dar preferir lo que es mas claro y sencillo á lo que es mas oscuro, y que su razon no debe ceder sino al mayor grado de evidencia; que sin esta luz no puede estar seguro de nada, y se exponen á todos los errores: este principio es tan innato como universal. Vos no sé lo podéis negar, y supuesta su certeza, ve aquí lo que os digo: es infinitamente mas evidente que los dogmas cristianos son falsos que pueden ser ciertos: las pruebas que se alegan para probarlos su verdad; tampoco me podéis negar esta. Consultad á vos mismo, y no podéis dejar de confesaros que veis claramente que es mas imposible, por ejemplo, que un Dios muera, que no que Láztro haya reventado.

Siendo así, vos añadireis á la certidumbre histórica de este milagro, tantos y tan evidentes pruebas como quisiereis; yo os diré siempre que sea lo que fuere de Láztro, yo no puedo creer la muerte de un Dios; que tanto he visto, moles me hacen mucha fuerza de favor de lo primero, pero que me la hacen infinitamente mayor mis propias ideas, manifestándose la imposibilidad del dogma; que las pruebas no me dan mas que una certidumbre moral, pero que la oscuridad de los misterios me presenta una repugnancia intrínseca; que si me aparta mucho, padre, de dar de las pruebas á pesar de toda su fuerza, y su número, pero que jamás me será posible dudar de mi propia certidumbre.

Y podré añadir, que para asegurarme de las pruebas necesito subir hasta su origen, hasta el nacimiento de la tradicion, seguirlos, copiarlos, examinar el interés y el carácter de los autores, las circunstancias siempre inciertas y oscuras de los tiempos, lugares y costumbres; que tambien me es necesario discernir lo verdadero de lo falso, lo que

es auténtico de lo que es popular, poner la autoridad del que afirma contra el que negar, y haceros jurar en materias difíciles y oscuras, poniendo aparte la influencia de las opiniones y preocupaciones de toda educación; todo esto es muy difícil, y no hay hombre, por instruido que sea, que pueda librarse de superar tantas dificultades.

Pero en cuanto á reconocer la contradiccion y la repugnancia de los misterios, no es necesario nada de esto. Sin ningún esfuerzo ni estudio su razon basta para hacerle ver desde luego la incompatibilidad de sus nociones, y á la primera vista ve lo que no puede dejar de ver. En fin, cuando quiere introducir y creer, conoce que confunde todas sus ideas, que trastorna todos los principios naturales, y que abandonando la evidencia, que es el carácter de la verdad, se entrega á todos los absurdos mas repugnantes y contradictorios; y de aquí infiere que lejos de lo que pensó haber pruebas que convengan la verdad del Evangelio, sus dogmas solos bastan para no poder admitir ninguno de ellos.

El padre me respondió: Yo conozco, señor, toda la fuerza de vuestros reflexiones; pero me parece que mirándolas á buena luz no es difícil conveniros. Los misterios del Evangelio os parecen tan absurdos, que todas las pruebas mas evidentes de milagros ciertos y notorios no os parecen prevalecer su verdad.

Esto repugnante os parece un poco al del orgulloso Rousseau en su libro del Emílio. En el trata de Jesucristo, admira sus virtudes os admira de su doctrina, no comprende cómo un simple niño en medio de una nacion tan ignorante y supersticiosa, pudiese descubrir y producir tantas verdades, tan nuevas y tan elevadas; asegura que en solo su primer sermón de las bienaventuranzas dijo mas verdades sencillas y sublimes, que cuantas han dicho los filósofos de todos los siglos; y no puede atribuir sino á una fuerza sobrenatural y divina haber hecho brillar tanta luz en medio de la oscuridad.

Después compara á Jesucristo con Sócrates, y el mismo se avergüenza del paralelo. Examinando las circunstancias de ambos, concluye diciendo: que si la vida y la muerte del hijo de María son de un sabio, la vida y la muerte del hijo de María son de un Dios. Parece que después de esta conclusion no queda más que reírse y decir: si Jesucristo es Dios, es imposible adorarlo y creer cuanto nos dice el Evangelio; pero esto filósofo no lo hace así; al contrario, termina su discurso diciendo: Esto es verdad; pero ¿cuántos absurdos hay en el Evangelio? y lo encuentra digno de su respeto y aspección.

Ya aquí, pues, un ejemplo práctico de lo que debe Rousseau habla llegado á conveniros por las acciones, los milagros, la doctrina, la vida y la muerte de Jesucristo, que era Dios, y con todo, no cree lo que ha dicho, ni tiene la religion cristiana por necesaria ó indispensable, porque le parece que en el Evangelio hay muchos absurdos. Pero no se hubiera podido decir á este sofista muy eloquente pero tambien conociente y paradojico; cómo, inortal milagro, si reconoces que Jesucristo es tu Dios, tu te verás forzado á reconocerlo por las pruebas que lo acreditan; tú forzado á reconocerlo por las pruebas que lo que contiene no dudas que el Evangelio es obra suya, que lo que contiene es su doctrina, y tú la desprecias. ¿No la veneras ni la obedes, porque te parece que hay en ella absurdos? (Y quién erige tú para jugar á tu Dios? cómo causa

do tu Dios habla, te atreves tú no solo á dudar, sino á contradecir? ¿cómo seas calificar de absurdo lo que oísteis que es divino? ¿por qué te parece absurdo? ¿quién es quien decide? Te dolió razon, que ha caído en tantos errores, que te ha precipitado en tantos extravíos, tú que sabes que lo has engañado, tantas veces y en tantas cosas, ¿cómo no piensas que puedes engañarte en esta? ¿cómo no imaginas que lo que te parece absurdo puede sobrepasar tu limitada comprensión? ¿tu inteligencia es el término de la verdad? ¿tu razón es más segura que la palabra de Dios? Entra en el hombre orgulloso, y pues has reconocido que Dios es Dios, ahora y obedece cuanto ha dicho. Me parece que se pudiera repetir lo mismo al hombre que responde, y que después de quedar convencido por las pruebas de su salvador, se atreva á dudar de la doctrina que sostiene y confiesa, siendo solo de la mayor evidencia de las contradicciones aparentes.

Pero no me contentaré con esta respuesta. Voy á desentrañar todas las partes de vuestro raciocinio, y espero haceros ver hasta la última evidencia, que todo él no es más que un apropiado sofisma. Primer sofisma. Vos diceis que la religión cristiana no puede ser verdadera porque sus dogmas son más evidentemente absurdos que pueden ser ciertos los hechos en que se funda, y que se debe preferir lo más evidente á lo que es menos. Yo digo que este principio es cierto cuando los objetos son del mismo orden y género, pero no cuando son de orden diferente. Añado que es imposible comparar evidencias entre cosas que son de distinta especie y naturaleza.

Ved aquí por qué vuestro principio no puede tener aplicación en este caso. Yo hablo de los hechos y yo hablo de los misterios ó de los dogmas. Esto sea por su naturaleza oscura, no tenemos en este estado de vida razones proporcionadas para entendellos, y así no puede osar sobre ellos la evidencia que sí puede y se ejerce sobre los hechos, como los milagros y otras cosas positivas de este género.

Así, veis que vuestro raciocinio al confundiendo todo y viendo las reglas más sencillas de la lógica. Pues cuando yo os hablo de la evidencia de los hechos, mi razonación es la oscuridad de los dogmas, y queréis comparar la evidencia de los primeros con la de los segundos, no siendo posible hacer una justa comparación entre estas dos tan diferentes especies de evidencia.

Segundo sofisma. Vos suponéis que la evidencia de la contradicción de los dogmas es mayor que la de la verdad de los hechos. Yo voy á probar que todas las evidencias son iguales, y que no puede haber una mayor que otra, sobre todo entre objetos de orden diferente. Porque ¿qué es evidencia? Es la percepción ó el conocimiento claro y distinto de una cosa es tal, que es imposible engañarse sinólo. Por ejemplo, me es evidente que el todo es mayor que su parte, que los ángulos de un triángulo equilátero son iguales, que en un círculo las líneas rectas que salen del centro á la circunferencia deben ser iguales entre sí, y por qué? Porque desde que entiendo la significación de las palabras que anuncian estas proposiciones, me es imposible no reconocer su verdad.

Del mismo modo me es evidente que san Fernando conquistó á Sevilla, que Felipe V vino á España, y que abría diez años yo existía, y por qué? Porque tengo de

todos estos hechos una convicción tan clara, tan fuerte, tan segura y luminosa, que cuando yo hubiera los mayores esfuerzos para ocultarme su evidencia, no me fuera posible destruirlos un instante.

Ve aquí dos evidencias de un orden diferente: ¿quién se atrevera á decir que la una es mayor que la otra sin trastornar los principios más simples de la razón? Desde que una cosa es evidente, yo ve á toda la claridad, toda la precisión y toda la luz que pueda tener en su orden: si la falta alguna cosa, dejaria de serlo, y si pudiera aumentarse no era todo lo que debía ser. Así no es posible medir las evidencias, menos comparárlas, y es un error pretender que se puede que una lo sea, pueda ser mayor ó menor que otra.

Si algunos me vitaman á decir que tal círculo geométrico, no es menor círculo que otro de la misma especie, yo le preguntaré: ¿los puntos de la circunferencia de este círculo á que habéis, están igualmente distantes de su centro ó lo están desigualmente? Si me responde que sí, distancias es desigual, yo le diré: ¿qué es, como lo llamáis círculo? ¿lo veis que la falta la propiedad más esencial? Si me responde que sí, distancias es igual, entonces le diré: ¿podré decir que es menor círculo, pues tiene el mismo carácter y las mismas propiedades que el otro? Esto es también lo que responderá al que me diga que una evidencia, . . .

Pero qué, le interrumpo, una verdad no puede hacer mas impresión, ó no puede ser mejor ó mas claramente percibida que otra? Si, señor, me respondéis, pero esto no depende de ella, sino de la disposición de vuestro espíritu, y desde que no veis un objeto con toda la claridad de su evidencia es seguro que no lo tenéis.

Con todo, padre, le volví á decir, me parece que la evidencia es mas clara cuando se es apoyada con muchas y diferentes pruebas, que cuando no tiene más que una sola demostración. Es imposible que no se someta más al imperio de la verdad el que la ve en todas las partes del objeto, que aquel que solo la percibe en la fuerza de un raciocinio. Y si no, ¿por qué nos mismo nos debatimos tan pronto para probar la verdad de los hechos del Evangelio, sino porque reconocéis que la evidencia tiene sus grados y que una prueba puede persuadir lo que no ha podido otra?

No señor, me respondí, supuesta la evidencia, el número de pruebas no añade nada. Desde que mi razón ve la verdad con la luz de una demostración, y llega á un alto punto de claridad á que pudo llegar, ya no tiene á donde salir. Las otras pruebas pueden tener el sí fuerza muy viva, pero ha veía ya en la primera demostración, y no son aumento, sino reproducción de la misma luz. Muchos caminos me pueden conducir á un término, pero aunque yo no haya llegado sino por uno solo, ¿quién es que por otras sendas lleguen también otros al mismo término?

No digo por esto que no sea útil y aun necesario mostrar á los hombres las verdades con muchas y diferentes pruebas: no porque con ellas crezca su evidencia intrínseca y real, que desde que se supone no puede dejar de ser ni puede ser mayor, sino porque los entendimientos son débiles y porque el que no conoce la fuerza de una razón,

puede conocer la otra, y si yo multiplico mis pruebas, no es porque yo sea aumentar su evidencia, sino por acostumbrarme á esa diferente disposición de los entendimientos.

Adá, decir que se debe preferir la mayor evidencia á la menor, es abusar de los términos, porque no puede haber más ni menos en las evidencias. Puede haber evidencia de dos verdades que parecen contrarias entonces no queda otro arbitrio que el de conciliarlas, y cuando después de todos sus esfuerzos la razón no alcanza á hallar esta conciliación, reconoce su insuficiencia y se humilla pero no por eso puede rechazar ninguna, ni decir yo prefiero lo que es mas evidente, porque una evidencia no puede ser destruida por otra. Dos evidencias no se pueden destruir, es necesario que subsistan ambas, sea que se descubra ó no se pueda descubrir el medio de conciliarlas.

Por ejemplo yo tengo evidencia de que soy libre. No solo la razón me lo dice, sino la experiencia, mis remedios, mis arrepiñamientos y todas mis sensaciones me lo persuaden. Con todo, tambien me es evidente que Dios sabe lo que tengo de hacer, pues no puedo ocultarle á un dado alguno propie para conocer las verdades sobrenaturales. Cuando los objetos de la revelación que se le presentan no se ven superiores, sino inferiores y de un orden elevado, á que no pueda alcanzar su inteligencia, ¿no le basta que se os las pruebas y se le demuestro que vienen de Dios? ¿serán los hombres tan insensatos que pongan en balanza con la fuerza de la verdad divina los torpes esfuerzos de una razón tan orgullosa como débil?

¿Qué quiere decir absurdo? La reunión de propiedades incompatibles, que mutuamente se excluyen en la misma sustancia ó la existencia de alguna de sus propiedades esenciales. ¿Cómo, pues, puede llamarse absurdo lo que no puede ser intrínsecamente imposible? ¿qué es la propiedad esencial de un misterio? Ser oscuro, porque si no lo fuera, no fuera misterio. ¿Cuál es su objeto? Ejercer nuestra fe y cambiar nuestra razón. Es, pues, necesario que presente puntos que parezcan discordantes, porque si fueran claros y sencillos como los primeros principios, no tendrían necesidad de la fe: todo el sistema de la religión se trastornaría y el cristianismo no fuera lo que Dios ha querido que sea.

Para decidir, pues, si nuestros misterios son absurdos, no se debe examinar si confundiendo nuestra razón ó si sobrepasa á nuestras ideas naturales, porque esta debe ser su propiedad esencial, y lejos de que por esto se pueda llamar absurdos, el colmo de lo absurdo es decir que lo son, porque esta contradicción aparente es una propiedad tan esencial de su naturaleza, que sin ella no podían subsistir los misterios.

Si yo os dijera que me parece absurdo la existencia de Dios porque no puedo comprender la extensión y la infinitud de sus perfecciones, vos me diriais que si yo pudiera comprenderlas, no serian inmensas ó infinitas como son. Vuestro raciocinio es el mismo y os doy la misma respuesta.

Vos decís los misterios son incomprendibles, oscuros, parecen absurdos, así no pueden ser ciertos y por eso que se me parecen, no los debo creer. Yo os digo si podréis entender los misterios, si no ballaréis dificultad en ellos, no serian misterios. ¿Cómo podéis inferir la imposibilidad de un objeto del mismo principio que constituyó su naturaleza? Si no, decidme: ¿cómo puede haber misterio que sea indispensable tener un conocimiento entero y perfecto de

todas las ideas que contiene, y para saber si estas ideas se contradicen ó no se excluyen, no es mas necesario conocer todas sus propiedades y estar seguro de conocerlas bien. Sin esto se aventura mucho la verdad, porque si que juzga sin esta instrucción preliminar y completa, podrá hacer un juicio falso si viendo solo las partes que le presentan un aspecto de contradicción, se le escapen otras en que hubieran podido ver el modo secreto que concilia los discordancias aparentes es imposible, más, jugar con seguridad un objeto sin conocerle perfectamente por todos sus lados.

Ahora pregunto yo: ¿qué mortal puede conocer todas las relaciones y extensiones de vuestro misterio? ¿quién ha podido medir toda su profundidad? ¿Dios le ha revelado todos sus arcanos? ¿no hay para él verdades inaccesibles? ¿el hombre que tanto se engaña, hasta en lo que presenta sus sentidos, pretende registrar con certeza los escritos del cielo? Si no sabe tanto como Dios, ¿cómo se atreve á llamar absurdo lo que se lo prueba que Dios ha dicho?

¿Cómo quiero jugar por sí mismo cuando no es la han dado razones propias para conocer las verdades sobrenaturales? Cuando los objetos de la revelación que se le presentan no se ven superiores, sino inferiores y de un orden elevado, á que no pueda alcanzar su inteligencia, ¿no le basta que se os las pruebas y se le demuestro que vienen de Dios? ¿serán los hombres tan insensatos que pongan en balanza con la fuerza de la verdad divina los torpes esfuerzos de una razón tan orgullosa como débil?

¿Qué quiere decir absurdo? La reunión de propiedades incompatibles, que mutuamente se excluyen en la misma sustancia ó la existencia de alguna de sus propiedades esenciales. ¿Cómo, pues, puede llamarse absurdo lo que no puede ser intrínsecamente imposible? ¿qué es la propiedad esencial de un misterio? Ser oscuro, porque si no lo fuera, no fuera misterio. ¿Cuál es su objeto? Ejercer nuestra fe y cambiar nuestra razón. Es, pues, necesario que presente puntos que parezcan discordantes, porque si fueran claros y sencillos como los primeros principios, no tendrían necesidad de la fe: todo el sistema de la religión se trastornaría y el cristianismo no fuera lo que Dios ha querido que sea.

Para decidir, pues, si nuestros misterios son absurdos, no se debe examinar si confundiendo nuestra razón ó si sobrepasa á nuestras ideas naturales, porque esta debe ser su propiedad esencial, y lejos de que por esto se pueda llamar absurdos, el colmo de lo absurdo es decir que lo son, porque esta contradicción aparente es una propiedad tan esencial de su naturaleza, que sin ella no podían subsistir los misterios.

Si yo os dijera que me parece absurdo la existencia de Dios porque no puedo comprender la extensión y la infinitud de sus perfecciones, vos me diriais que si yo pudiera comprenderlas, no serian inmensas ó infinitas como son. Vuestro raciocinio es el mismo y os doy la misma respuesta. Vos decís los misterios son incomprendibles, oscuros, parecen absurdos, así no pueden ser ciertos y por eso que se me parecen, no los debo creer. Yo os digo si podréis entender los misterios, si no ballaréis dificultad en ellos, no serian misterios. ¿Cómo podéis inferir la imposibilidad de un objeto del mismo principio que constituyó su naturaleza? Si no, decidme: ¿cómo puede haber misterio que sea indispensable tener un conocimiento entero y perfecto de



lo que no la presentan sus sentidos, podrá oponer nuevas objeciones; pero yo la haré salir de donde ignorar lo que es Dios, lo ha dicho. Si puedo satisfacerlo, lo haré, y si no, confesará que es evidente: yo confesará que como es evidente que Jesucristo es Dios, me atengo á lo que él dijo que no puedo haber dos evidencias contradictorias, y que así estas dudas le parezcan, no pueden ser. Confieso que me parecen contrarias; pero como yo puedo dar de la divinidad de Jesucristo y de que ha dicho lo que yo sostengo, me persuado á que esta contradicción es solo aparente, y que en efecto habrá un modo de conciliar lo que me parece evidente con la inmutable verdad, que debo exponer en Jesucristo; y en fin, que la razón puede engañarse, y que no me puede impedir la verdad eterna, que es Jesucristo.

Comiso, padre, le dije yo, que me acordaba. Yo no puedo dejar de reconocer vuestras leces y buen juicio, y con todo, os veo hablar con tanta seguridad y convicción, que si no os conociera más que por este lado, os tomaría por un loco ó frenético. Qué vos pretendáis convencer á un hombre razonado de que Jesús, á quien los Judíos crucificaron en el Calvario como un malhechor, era Dios. Vos mismo creéis esto posible; y podéis imaginároslo sin dificultad capaz de probarse con evidencia, una cosa tan grande, tan importante y tan extraordinaria en la historia sagrada de los Judíos, á los romanos, á tantas naciones sabias y tan sabios filósofos ilustrados. Es hasta donde puede llegar el delirio de la demencia.

Está mi respuesta, puede pareceros así; pero si tuviera la paciencia de oír las pruebas y consideras en efecto en fuerza de ellas que vuestro talento, aunque grande, no se podría resistir, que dijéramos confusos. Que eso no puede ser, lo replicó; y que yo no perdiera el tiempo en exponer tan pocas dudas. (Un hombre Dios!) yo no hombre como quiere, sino un hombre pobre y oscuro, que fué condenado por los de su nación á un suplicio atroz. Esto es peor todavía que alabar las locuras de Egipto.

Con todo eso, señor, si os dignarais de escuchar las razones, puede ser que entendiérais algo de lo que he dicho. Haced este esfuerzo, y por lo menos tened el gusto de avergonzarnos de nuestra ignorancia; yo soy uno de los muchos hábiles de mis compatriotas; no os está desconfiar de mí causa, sino de mis talentos, y como en esta causa hay muchos virtuosos sabios capaces que yo de vosotros.

Dios solo puede recomendar por su propia virtud. Si os parais... No más, padre, le interrumpí, no paréis de decirme, persuadidme á la evidencia que yo presento con Jesucristo resucitado, y esto basta. Si me probáis que Jesucristo no verdaderamente resucitó, y que después de haberlo visto el mundo á cumplir su palabra, y que esto sea tan claro y evidente, de modo que la razón más perspicua y desconfiada no pueda hallar más razón prudente de dudar, me daré por vencido.

Pero, volvedme, hasta ahora no se ha visto que nadie resista; yo no pretendo que yo no me contentaré con las pruebas que os ofrezco para creer los milagros que refieren vuestras escrituras. Para que yo crea un hecho tan único, tan estupendo y sobrenatural, necesito de mayores y mejores pruebas que para creer que Julio César fué el primer emperador de Roma y que Bruto le dió la muerte en el senado.

Yo os expuso, me dijo, duros más y mayores; y desde luego os digo, que vuestra elección ha sido acertada, porque

mas largo y podría fatigar vuestra paciencia; me contentaré con probaros que la religion cristiana es la sola verdadera, y que es fundador Jesucristo es Dios, por alguna de las pruebas siguientes: como estas son muchas, voy á proponer algunas, para que vos mismo os acordéis aquella en que os acuerda que yo me fije. Esto me asegura porque aunque son diferentes, todas se reúnen en un punto, que es mostrar la divinidad de la religion y de su fundador.

Si yo os pruebo, señor, que Dios desde el principio del mundo prometió un Mesías; que después los profetas inspirados le anunciaron con señales que no pueden ser equívocas, que determinaron así sus acciones como el tiempo de su venida; si os pruebo que los mismos profetas probaron su inspiracion no solo con milagros, sino profetizando antes de muchos siglos cosas contingentes y futuras, que no se podían saber sino con la divina luz, y que todas ellas se han cumplido á la letra, como consta por documentos irrefragables: si os pruebo que Jesús todas las señales con que le anunciaron, que cumplió todo lo que habia profetizado, y en fin, que él mismo predijo todo lo que se ha verificado después: yo me contentaré con de tantas pruebas reunidas, anunciadas con la mayor claridad, resulta con evidencia que una religion fundada sobre ellas, debe ser divina; porque Dios solo puede inspirar á los hombres el conocimiento de las cosas futuras; porque Dios solo ha podido darle el poder de hacer milagros; y que todo lo que él dice cumpliendo con estas pruebas, es necesariamente verdad, pues viene de Dios.

Pero si, dejando esta parte, os pruebo con la misma evidencia que Jesucristo y sus discípulos hicieron milagros públicos y notorios tan incontrastables que sus mismos enemigos se han visto obligados á confesarlos, vos me contaréis que la religion que produce es la verdadera, pues ellos no podían hacer prodigios tan superiores al esfuerzo humano sino con el poder de Dios; y porque es imposible que el Dios de la verdad diese su poder á impostores que predicasen una falsa doctrina.

Si os pruebo, por no entrar en tanta discusion, un hecho solo, y es que Jesucristo prometió antes de morir que resucitaría y que en efecto resucitó, hablo y converso con los hombres, tampoco me podréis negar que es Dios, porque Dios solo puede recomendar por su propia virtud.

Si os parais... No más, padre, le interrumpí, no paréis de decirme, persuadidme á la evidencia que yo presento con Jesucristo resucitado, y esto basta. Si me probáis que Jesucristo no verdaderamente resucitó, y que después de haberlo visto el mundo á cumplir su palabra, y que esto sea tan claro y evidente, de modo que la razón más perspicua y desconfiada no pueda hallar más razón prudente de dudar, me daré por vencido.

Yo os expuso, me dijo, duros más y mayores; y desde luego os digo, que vuestra elección ha sido acertada, porque

este hecho es el artículo mas fundamental de nuestra religion, y la base sobre que estralan los otros. San Pablo dice (1): "Que si la resurreccion no es verdadera, nuestra fe es vana;" pero tambien se puede decir, que si es verdadera, es consiguiente que todos los demás artículos lo sean.

Por otra, la resurreccion es un hecho solo, aislado, dignísimo tal, y que puede verse mas facilmente por todas partes, pues no está complicado con otro. Consiento, pues, porque toda la disputa se reduce á un punto solo decisivo, porque una vez que se aprueba ó se rechaza, corre de raíz las demás disputas. Y es tambien el artículo mas sencillo, porque con sola que haya Jesucristo resucitado, las esperanzas de los cristianos son tan inmensas como seguras, y las desventajas de los incrédulos son tan terribles como ciertas.

Para desempeñar el cargo que tomo á mi cargo, me parece que estoy obligado á tres cosas. La primera á exponer las razones que tienen los cristianos para creer la resurreccion de Jesucristo, ó los principios en que se fundan para asegurar que es un hecho cierto. La segunda, probaros que estas razones ó principios son tan evidentes, que es imposible que una razon que no esté perentoria pueda dejar de convenceros. Y la tercera, que después os proponga tambien sin disimulo, con franqueza y buena fe las razones que proponen los incrédulos para no creerla; que os dije á vos mismo pensar la fuerza de unas y otras; que vos mismo seáis juez; y en fin, que yo os proponga las objeciones que pueden resultar de la incredulidad, para que vos mismo comparéis cuáles son mas justas y naturales, y cuáles serian mas intolerables y absurdas.

Me parece que por este método es mas facil reconocer la parte falsa que puede tener el sistema cristiano, ó el del incrédulo; porque al fin iremos á parar en algunas de estas consecuencias tan absurdas y contrarias á la sana razon, que manifestan desde luego falsedad, tanto en las reglas de buena lógica como en el uso ordinario de los principios de buen juicio. Si después de haberos enseñado de todo, os parece que las pruebas en vez de ser claras y convincentes son obscuras y frías; si á pesar de mi explicacion vos permanecieris en la duda de que la resurreccion es contraria á las razones, y no debo volver á importaros, la discusion termina, y no debo volver á importaros.

Pero si vís que no podéis manteneros en aquella opinion sin venir á parar á conclusiones ó consecuencias que son evidentemente contrarias al sentido común, al observarse que para sostenerlas ó para defenderlas necesitará á principios falsos ó contradictorios ó á sostenerlos con aserciones inciertas ó dudosas; si no podéis responder á mis dificultades sino con subterfugios ó extravijs que os hacen perder de vista el punto principal; si os hallais forzado para desahuciaros de mis objeciones justas y metódicas, á embrollar y oscurecer la materia, porque no podéis dar una respuesta directa y precisa á las razones que se os presentan, entonces debéis reconocer que vuestra opinion no es la verdadera; y que los cristianos tienen de su parte toda la razon. (Queréis aceptar este partido?)

Padre, le respondí, yo no deseo más que saber la verdad, no puedo tener otro interés; y aunque estoy intimamente persuadido que emprendí un imposible y que el

celo de vuestra religion es el que os tiene tan iluso, os prometo sinceramente el depositar todas mis opiniones. (Se escuchará con paciencia para no dejarnos alucinar; pero no veréis en mi obstinacion ni orgullo, pues si fuera posible que vos me quisierais persuadir, mi propio interés me obligaría á abandonar todo error.

Pues siendo así, me volví á decir, yo confieso en el auxilio del cielo empujarme; porque así que no es el que plantea al que riga, sino Dios solo el que da el incremento; pero ya es tarde, reservemos esto para mañana; y besé presento que la religion es de un feble sobrenatural, y que no puede regularse únicamente por las ideas humanas; que la palabra de Dios es por sí misma fuerte y eficaz, pero que no produce su efecto sino cuando se estudia con zelo, y no se produce su efecto sino cuando se encuentra la verdad; que un espíritu mal dispuesto podrá oírlo sin que la penetre, porque se comparará mas en examinar la parte que la parece débil para combatirla; que no la que por un soldado del cielo, que toda verdad es hija de Dios y descendiente del cielo, que solo la divina luz nos puede enseñar, y que así debemos todos recurrir al Padre de las luces; yo para que purifique mis labios y me los pueda presentar sin profanar ni impropiedades, y vos para que os abra los oídos del corazón y fructifique en él un celestial sentido.

No olvidéis, señor, que Dios se comunica á los humildes, y repelo á los soberbios; así, arrojad lejos de vos todo orgullo de vana ciencia ó presunción. Faltóis sencillez y humildad, y estáis cierto que no os ha traido aquí sino para desengañaros, que para entrar en un camino, para cuyo solo que vuestra obstinacion no resista á un grado, quedará vuestra alma penetrada de su voz celestial.

Sola una cosa me queda que recomendaros, y es que cuando empiezo á desenvolver mis pruebas, no me interrumpáis hasta que las haya terminado. Vos mismo me debéis conocer el motivo en ellas todo se encierra, todo se esclarece, las primeras partes están, embrojan con las últimas, y todas unidas entre sí. Una dificultad á que nunca puedo responder, una reflexion que nos pudiera abajar, nos haría perder el hilo y nos extraviaría. Así, os suplico encarecidamente que tenéis la paciencia de oírlos todos sin interrumpirme: después podéis decirme lo que os parezca, y yo procuraré satisfacerlo lo mejor que pueda. Prometid que lo haréis así, y si os dispusierais empujarme para el otro.

No podré explicar, Theodor, cómo quise, cuáles fueron las sensaciones de mi corazón, en los efectos que estos discursos produjeron en mi alma. Me parecía estar como si se preparara á un grande viaje, ó como aquel á quien se ha prometido mostrarle cosas nuevas, extrañas y asombrosas. Mis efectos eran confusos y asombrosos: habia instantes en que viendo la imperturbable seguridad de aquel hombre, tenía una especie de temor de que me venciese, y concebía de achar una ójeala sobre la ilustracion de mis principios y la de los grandes hombres que los siguen, para volver en mí.

Sobre todo, me acordaba la mostrada remota de tanta elocuencia y talento, de tanta instrucción y tan sana lógica con tanta credulidad y familiaridad, y seguro de la bondad de mi causa, me parecía que podría divertirme desengañado á este buen hombre, limitándole con lo que si no era un

(1) I Corint. XV, 17.

charlatan que vendiera sus drogas, era un iluso seudocristo por falsos raciocinios.

Me acordaba de tí y demás amigos, y me decían lánguina de ellos imagina que yo espero mañana un fanático que vendrá á enseñarnos un religion y tiene la pretension de persuadirme. (Pero que podrá hacer? Yo debía mantenerme oculto etc. el monasterio y dejar pasar algun tiempo para que se espaciaran el rumor que debía haber causado la muerte del extranjero y salte con mejor tiempo pues el acaso me lo traia aqui, continuaba yo, que puedo hacer sino

hablar y sufrir á este hombre á quien debo tantas servicies? Quién sabe tampoco si está será una de las mejores aventuras de mi vida! En primer lugar, conoceré por experiencia los males y reumores del fanatismo; y si se tocara la muerte y en vez de ser el convertido fuere yo el convertidor, esto sería chistoso; me daría ocasion de reír con mis amigos, y sería hacer un buen servicio á este mi favorecedor, que por su dulzura y modestia merece ser felix.

En estas reflexiones pasé hasta el dia siguiente, en el que sucedió lo que verás en mi primera. Adios, Teodoro.

### CARTA VIII. EL FILOSOFO A TEODORO.

Teodoro mió: vino el padre, y apenas tenía veinte cuando me dijo: he estado empujando para examinar los mayores milagros que hasta el púdo haber jamás, que son la resurreccion y la ascension publica de Jesucristo milagros que no solo son grandes por sí mismos, sino que están encadenados con los otros milagros y con los demás hechos de su vida, porque si la resurreccion es cierta, todo lo demás lo es: Jesucristo es Dios, y cuanto dijo el Jesucristo es verdad: estas son consecuencias necesarias. Así, con la prueba sola de estos milagros, su mision, su divinidad, su Evangelio, su doctrina, su Iglesia, en fin, todo el cristiano queda canonizado.

Lo singular es que estos milagros tan grandes, tan estupendos, tan difíciles de creer y aun de imaginar si no fueran verdaderos, sea los mas sencillos, los mas evidentes, los mas fáciles de probar, y los que tienen en su favor pruebas mas positivas y mas indubitable. Parece que la Providencia para quitar toda exéresis á los incrédulos, quiso que fuesen mas facilmente demostrables estos milagros que lo prueban todo y que son la base y columna de la religion.

Empiezo por los hechos históricos: en que todos concuerdan. Nada habia que en tiempo de Augusto nació en Betlem, lugar de Judia, un hombre llamado Jesús, que fué bautizado en el rio Jordán, en el tiempo de Pontifex Pilato, su gobernador de la provincia. Este hecho está probado no solo por los cristianos que lo adoran, sino por los turcos que lo veneran, y por los mismos judios que desde entonces le dieron por despocho el apodo del instrumento de su suplicio, y aun hoy mismo llaman con el mismo á los cristianos.

Los gentiles hacen tambien memoria de él. Suetonio habla de él, dándole el nombre de Christo, que es el de Cristo más pronunciado; Tácito habla positivamente de su muerte; Plinio refiere que los cristianos le adoraban como á su Dios, y que eran gentes virtuosas, sin otro defecto que una excesiva tenacidad en su religion; Luciano para burlarse de los cristianos, dice que su Dios murió en una cruz, que los hizo creer que todos eran hermanos, y que después que renunciaron la religion de sus padres, se sometieron á las leyes del Crucificado.

Juliano, que no podía negar ni su crucifixion ni sus milagros, solo se esforzó á disminuirlos: dice que se hace mucho ruido con los milagros de Jesucristo; pero que mientras vivió en la tierra no hizo nada extraordinario, á menos que no se mire como una maravilla dar vista á unos ciegos, sanar algunos paralíticos y curar de los espíritus malignos algunos encantamientos: todo esto en un concepto no era nada, porque en su opinion otros habían hecho lo mismo; Filostrato para persuadirlo, inventó los milagros de Apolinio, y los judios habían publicado, que si Jesucristo había hecho milagros, era porque había descubierto la verdadera pronunciamiento del nombre Jehová: ridiculos subterfugios pero que prueban la evidencia de los hechos.

Ciceron, el mas hábil y mayor enemigo de los cristianos, no solo reconoce la existencia de Jesucristo, sino confiesa una gran parte de los hechos que refieren los evangelistas, su nacimiento, su huida á Egipto, sus viajes por aldeas y lugares para predicar: en ellos y hacer palentes sus milagros; el modo con que fué vendido, y últimamente, en un teatro y pastor. Es verdad que todo lo refiere dándole un mal colofido para hacerlo ridiculo; pero no es ahora mi objeto mostrar lo absurdo de sus razonamientos: Origenes lo hizo á mi no basta que él señale la realidad de los hechos, porque no era posible negarlos.

La poca infidelidad que Jesucristo murió en la cruz, y lo es tambien que el mismo Jesucristo lo había predicho muchas veces á sus discipulos, adelantados que no se desconfiaron, porque resucitaba al tercero dia (1). Nadie duda de la prediccion, pues no solo era public en Jerusalem desde de su muerte, sino que sirvió de fundamento á su condenacion. Los testigos lo aseguran delantre de los jueces de haber dicho (2) que destruiria y edificaria en tres dias el templo, que era una de las figuras bajo la qual profetizaba un muerte y resurreccion; figura que los judios entendian en el mismo sentido, pues por esto fueron á decir á Pilato: Señor (3), aquel seductor cuando vino dijo: Tu resucitara

(1) Matth. xxvii, 22, 30, et x, 34. Luc. ix, 22 et xxvii, 63. Marc. ix.  
(2) Matth. xxvii, 61. (3) Matth. xxvii, 64.

ró al tercero dia; mandad, pues, que su sepulcro sea guardado tres dias, no sea que sus discipulos vengan de noche, le roben, y digan al pueblo, que resucitó de entre los muertos. Esta impostura sería peor que la primera. Pilatos les respondió: "Guardad siempre asegurados como os parezca." Este es hecho constante que no se puede disputar.

Ahora bien; antes de pasar adelante observemos que Jesucristo había hecho esta prediccion muchas veces y de varios modos, anunciado que los principales sacerdotes, escribas y doctores de la ley, serian los autores de su muerte (1). Era poco dudoso de evitarla si hubiera querido, pero no era esto lo que le habia interesado á otra parte; pero lejos de eso, rió, y se enajenó á Pedro, que queria disuadirle el morir. Es claro, pues, que su muerte era no solo libre, sino que él mismo la consideraba útil, necesaria y que debía producir efectos ventajosos. ¿Qué efectos ventajosos pudiera producir su muerte, si fuera como la de los hombres, si no estuviera seguro de que podía resultar como lo prometia, pues solo podía basarla con su resurreccion?

Observemos tambien que la víspera de su muerte hizo una institucion que no se hizo nunca ni se hará jamás: una fundacion en memoria de ella y con el fin de recordarla. Mandó positivamente que sus discipulos la repitiran, la renueven y la hagan en su conmemoracion (2); y no dice que la hagan hasta que resucite, sino hasta que vauca. Así no solo asegura que resucitara presto, sino que volverá al fin de los siglos, y todo esto prueba que Jesucristo predijó su muerte, que la sufrió voluntariamente, que se preparó para ella, y que enseñó á sus discipulos con la esperanza de la resurreccion.

Ahora digo yo: cuando Jesucristo decía estas predicciones, cuando mandaba renovarlas en su memoria y á su ejemplo hasta que volviese al fin de los siglos, ¿estaba seguro de su resurreccion ó no lo estaba si no lo estaba, ¿qué podría decir todo aquello? su conducta es la de un hombre inmorto: á suya extravagancia no sería posible encontrar nombre. ¿Cuál podía ser su designio? ¿qué interés ni qué objeto podía tener en aquella farsa? ¿qué habian podido producir un hombre que dentro de pocos instantes va á morir y que su muerte va á desmentar en breve de que no era mas que un miserable mortal, y juntamente un impostor?

Y si no es una que esto, ¿por qué me hizo para evitar la muerte, pues todavía lo puede hacer cuando caen. Que sea una digna tambien, que quiero decir la ceremonia que instituye en memoria de su cuerpo que después de la muerte, que quedará un cuerpo que pronto será despojo de la muerte, que quedará siempre en su poder y cuya corrupcion no se puede asegurar á sus discipulos? Un hombre que engañara así, no solo no sería virtuoso y cuerdo, sino impostor y vil, é odioso y detestable, y la vida, los hechos y los discursos de Jesucristo demuestran ciertamente la posibilidad de uno y de otro carácter.

Veniendo ahora por otro lado. Si Jesucristo está seguro de resucitar, si lo podía estar sino por su propia virtud con una virtud poderosa y divina con que lo podía hacer; aquella misma virtud con que dió vista á los ciegos, salud á los enfermos y vida á los muertos. De esto resulta que estos milagros fueron ciertos, pues quien podía resucitarse á sí mismo,

podia tambien resucitar á otros; resulta tambien que Jesucristo debía tenerlos por tales, pues si los hubiera creído falsos, no pudiera creer que su resurreccion seria verdadera; y resulta, últimamente, que si los creía ciertos, no podia dejar de serlo, porque los hechos eran de tal naturaleza que era imposible que se engañara el mismo que los hizo.

No era posible que Jesucristo se figurara que con poco pan habia sustentado cinco mil hombres una vez y cuatro mil otra, que habia resucitado al hijo de la viuda de Naím, á la hija de Jairo, á Lázaro de Betaniam, que habia hecho mular á Pedro sobre las aguas, y otros muchos prodigios que no fueran ciertos; y el que ha podido hacer estos prodigios, merecen ser creído cuando profetice su resurreccion.

Consideremos esto mismo por otro aspecto. Es indubitable que Jesucristo antes de morir no solo predijo su probable muerte, sino tambien todas las circunstancias de ella. Esto mismo es el cargo principal de que se le acusa en su causa, y es evidente que habia dicho en presencia de los jueces del pueblo lo que se sigue (1): Cuando yo fuere levantado de la tierra, otorgaré á mi todos los corazones. Es evidente tambien que las gentes que lo oían, lo entendieron en el mismo sentido en que lo decía Jesucristo, esto es, que ascenderia, y con el fin de morir en la cruz. ¿Cómo ha de haber sido de otra, pues se cree levantado en una ser este el Mesías, pues que ha de morir levantado en una ser este el Mesías, pues que ha de morir levantado? Es cierto, cuando el Mesías debia vivir eternamente? Es cierto tambien que Jesucristo habia repetido, conviene que el Hijo del hombre morirá en muerte, sino la calidad de su suplicio, y no se podía en que nadie podia saberlo.

Pero no es esto solo, porque después á sus apóstoles les habló, hasta las mas menudas circunstancias de las mas eras de un género que nadie los podia prever (2). Nosotros, los hijos, vamos á Jerusalem, y allí el Hijo del hombre será entregado á los gentiles: será ultrajado, azotado, aguijado y crucificado. Los atarían el rostro con salivas y sacará lleno de espinos. Ya los profetas muchos siglos antes habian profetizado que estas serian las circunstancias con que debía morir el Mesías. Ya el mismo Jesucristo habia declarado que el era el Mesías y que en su persona se debian cumplir todas aquellas profecias, y entonces no hace otra cosa que declarar á sus discipulos que ya ha llegado el tiempo de que se cumplan todas, excepto las por venir.

Ahora digo yo: no hay mortal que sin una ley divina pueda saber el tiempo de su muerte, y mucho menos las circunstancias que deben acompañarla. Mi mismo Salvador habia dicho otra vez: ¿Qué pruebas, por que no sabéis si el día ni la hora y otra vez dijo: ¿Qué pruebas, porque cuando menos pensaba vendrá el Hijo del hombre. Pero cuando menos pensaba vendrá el Hijo del hombre, y mucho puede desde lejos salvar el día de su muerte, y mucho menos las circunstancias inciertas, ocultas y contingentes que deben concurrir en ella? No hay nadie que no sienta que está previsto está fuera de las concepciones del espíritu humano y que esto es un conocimiento únicamente reservado á la Divinidad.

(1) Juan. cap. 12, v. 31.  
(2) Juan. ibid. v. 34.  
(3) Matth. cap. 20, v. 18.

(1) Marc. viii, 31, 32, 33.  
(2) Luc. xxi, et i, Corint. xi, 21.

charlatan que vendiera sus drogas, era un iluso seducido por falsos raciocinios.

Me acordaba de ti y demás amigos, y me decían lánguina de ellos imagina que yo espero mañana un fanático que vendrá á enseñarme un religion y tiene la pretension de persuadirme. ¿Pero que podrá hacer? Yo debía mantenerme oculto en el monasterio y dejar pasar algun tiempo para que se espaciaran el rumor que debía haber causado la muerte del extranjero y salte con mejor tiempo, pues el acaso me lo traía según continuaba yo, que puedo hacer sino

hablar y sufrir á este hombre á quien debo tantas servicies?

¿Quién sabe tampoco si está será una de las mejores aventuras de mi vida! En primer lugar, conoceré por experiencia los males y reumores del fanatismo; y si se tocara la muerte y en vez de ser el convertido fuere yo el convertidor, esto sería chistoso; me daría ocasion de reír con mis amigos, y sería hacer un buen servicio á este mi favorecedor, que por su dulzura y modesta merece ser feliz.

En estas reflexiones pasé hasta el día siguiente, en el que sucedió lo que verás en mi primera. Adios, Teodoro.

## CARTA VIII. EL FILOSOFO A TEODORO.

Teodoro mió: vino el padre, y apenas tenía veinte cuando me dijo: he estamdo empujando para examinar los mayores milagros que hasta el púdo haber jamás, que son la resurreccion y la ascension publica de Jesucristo milagros que no solo son grandes por sí mismos, sino que están encadenados con los otros milagros y con los demás hechos de su vida, porque si la resurreccion es cierta, todo lo demás lo es: Jesucristo es Dios, y cuanto dijo el Jesucristo es verdad: estas son consecuencias necesarias. Así, con la prueba sola de estos milagros, su mision, su divinidad, su Evangelio, su doctrina, su Iglesia, en fin, todo el cristiano queda canonizado.

Lo singular es que estos milagros tan grandes, tan estupendos, tan difíciles de creer y aun de imaginar si no fueran verdaderos, sea los mas sencillos, los mas evidentes, los mas fáciles de probar, y los que tienen en su favor pruebas mas positivas y mas indubitable. Pasaos que la Providencia para quitar toda exornación á los incrédulos, quiso que fuesen mas fácilmente demostrables estos milagros que lo parecen todo y que son la base y columna de la religion.

Empiezo por los hechos históricos: en que todos concuerdan. Nada habia que en tiempo de Augusto nació en Betlem, lugar de Judia, un hombre llamado Jesús, que fué educado en su patria en el de Tiberio y cesario Espacio. Pudo ser gobernador de la provincia. Este hecho está probado no solo por los cristianos que lo adoran, sino por los turcos que lo veneran, y por los mismos judios que desde entonces le dieron por despojado el apodo del instrumento de su sacrificio, y aun hoy mismo llaman con el mismo á los cristianos.

Los gentiles habian tambien conocido al Señor. Suetonio habla de él, dándole el nombre de Christo, que es el de Cristo más pronunciado; Tácito habla positivamente de su muerte; Plinio refiere que los cristianos le adoraban como á su Dios, y que eran gentes virtuosas, sin otro defecto que una excesiva tenacidad en su religion; Luciano para burlarse de los cristianos, dice que su Dios murió en una cruz, que los hizo creer que todos eran hermanos, y que después que renunciaron la religion de sus padres, se sometieron á las leyes del Crucificado.

Juliano, que no podia negar ni su crucifixion ni sus milagros, solo se esforzó á disminuirlos: dice que se hace mucho ruido con los milagros de Jesucristo; pero que mientras vivió en la tierra no hizo nada extraordinario, á menos que no se mire como una maravilla dar vista á unos ciegos, sanar algunos paralíticos y curar de los espíritus malignos algunos encantamientos: todo esto en un concepto no era nada, porque en su opinion otros habian hecho lo mismo; Filostrato para persuadirlo, inventó los milagros de Apolinio, y los judios habian publicado, que si Jesucristo habia hecho milagros, era porque habia descubierto la verdadera pronunciación del nombre *Yeshuá*: ridiculos subterfugios pero que prueban la evidencia de los hechos.

Cóles, el mas hábil y mayor enemigo de los cristianos, no solo reconoce la existencia de Jesucristo, sino confiesa una gran parte de los hechos que refieren los evangelistas, su nacimiento, su huida á Egipto, sus viajes por aldeas y lugares para predicar: en ellos y hacer palentes sus milagros; el modo con que fué vendido, y últimamente, en un teatro y pastor. Es verdad que todo lo refiere dándole un mal colofón para hacerlo ridiculo; pero no es ahora mi objeto mostrar lo absurdo de sus raciocinios: Origenes lo hizo á mi no basta que él señale la realidad de los hechos, porque no era posible negarlos.

La poca infidelidad que Jesucristo murió en la cruz, y lo es tambien que el mismo Jesucristo lo habia predicho muchas veces á sus discipulos, adelantados que no se desconfiaron, porque resucitó al tercero día (1). Nadie duda de la prediccion, pues no solo era public en Jerusalem desde su muerte, sino que sirvió de fundamento á su condenación. Los testigos lo aseguran delantre de los jueces de haber dicho (2) que destruiria y edificaria en tres dias el templo, que era una de las figuras bajo la qual profetaba su muerte y resurreccion; figura que los judios entendian en el mismo sentido, pues por esto fueron á decir á Pilato: Señor (3), aquel seductor cuando vino dijo: Tu resucitarás.

(1) *Matth.* xvii, 22, 30, et x, 34. *Luc.* ix, 22 et xxvii, 63. *Marc.* ix.  
(2) *Matth.* xxvii, 61. (3) *Matth.* xxvii, 64.

ró al tercero día; mandad, pues, que su sepulcro sea guardado tres dias, no sea que sus discipulos vengan de noche, le roben, y digan al pueblo, que resucitó de entre los muertos. Esta impostura sería peor que la primera. Pilatos les respondió: "Guardad siempre asegurados como os parezca." Este es hecho constante que no se puede disputar.

Ahora bien; antes de pasar adelante observemos que Jesucristo habia hecho esta prediccion muchas veces y de varios modos, anunciado que los principales sacerdotes, escribas y doctores de la ley, serian los autores de su muerte (1). Era poco dudoso de evitarla si hubiera querido, pero no era esto lo que le habia interesado á otra parte; pero lejos de eso, rióse, y cenara á Pedro, que queria disuadirle el morir. Es claro, pues, que su muerte era no solo libre, sino que él mismo la consideraba útil, necesaria y que debia producir efectos ventajosos. ¿Qué efectos ventajosos pudiera producir su muerte, si fuera como la de los hombres, si no estuviera seguro de que podia resultar como lo prometia, pues solo podia basarla con su resurreccion?

Observemos tambien que la víspera de su muerte hizo una institucion que no se hizo nunca ni se hará jamás: una fundacion en memoria de ella y con el fin de recordarla. Mandó positivamente que sus discipulos la repitiran, la renovarían y la hagan en su conmemoracion (2); y no dice que la hagan hasta que resucite, sino hasta que vuelva. Así no solo asegura que resucitará presto, sino que volverá al fin de los siglos, y todo esto prueba que Jesucristo predijó su muerte, que la sufrió voluntariamente, que se preparó para ella, y que enseñó á sus discipulos con la esperanza de la resurreccion.

Ahora digo yo: cuando Jesucristo decía estas predicciones, cuando mandaba renovarlas en su memoria y á su ejemplo hasta que volviese al fin de los siglos, ¿estaba seguro de su resurreccion ó no lo estaba si no lo estaba, ¿qué podría decir todo aquello? su conducta es la de un hombre inmorto: á suya extravagancia no sería posible encontrar nombre. ¿Cuál podía ser su designio? ¿qué interés ni qué objeto podia tener en aquella farsa? ¿qué habian podido producir un hombre que dentro de pocos instantes va á morir y que su muerte va á desmentar en breve de que no era mas que un miserable mortal, y juntamente un impostor?

Y si no es una que esto, ¿por qué me hizo para evitar la muerte, pues todavía lo puede hacer cuando cenó. Que sea digna tambien que quisiera decir la ceremonia que instituye en memoria de su cuerpo que memoria merezca un cuerpo que presto será despojo de la muerte, que quedará siempre en su poder y cuya corrupcion no se puede asegurar á sus discipulos? Un hombre que engañara así, no solo no sería virtuoso y cuerdo, sino impostor y vil, é odioso y detestable, y la vida, los hechos y los discursos de Jesucristo demuestran ciertamente la posibilidad de uno y de otro carácter.

Veniendo ahora por otro lado. Si Jesucristo está seguro de resucitar, si lo podia estar sino por su propia virtud con una virtud poderosa y divina con que lo podia hacer; aquella misma virtud con que dió vista á los ciegos, salud á los enfermos y vida á los muertos. De esto resulta que estos milagros fueron ciertos, pues quien podia resucitarse á sí mismo,

podia tambien resucitar á otros; resulta tambien que Jesucristo debía tenerlos por tales, pues si los hubiera creído falsos, no pudiera creer que su resurreccion sería verdadera; y resulta, últimamente, que si los creía ciertos, no podia dejar de serlo, porque los hechos eran de tal naturaleza que era imposible que se engañara el mismo que los hizo.

No era posible que Jesucristo se figurara que con poco pan habia sustentado cinco mil hombres una vez y cuatro mil otra, que habia resucitado al hijo de la viuda de Naím, á la hija de Jairo, á Lázaro de Betania, que habia hecho mular á Pedro sobre las aguas, y otros muchos prodigios que no fueran ciertos; y el que ha podido hacer estos prodigios, merecen ser creído cuando profetice su resurreccion.

Consideremos esto mismo por otro aspecto. Es indubitable que Jesucristo antes de morir no solo profetizó su muerte, sino tambien todas las circunstancias de ella. Esto mismo es el cargo principal de que se le acusa en su causa, y es evidente que habia dicho en presencia de los jueces del pueblo lo que se sigue (1): Cuando yo fuere levantado de la tierra, otorgaré á mi todos los corazones. Es evidente tambien que las gentes que lo oían, lo entendieron en el mismo sentido en que lo decía Jesucristo, esto es, que ascenderá, y con el cuerpo de su muerte, sino la calidad de su sacrificio, y en tiempos en que nadie podia saberlo.

Pero no es esto solo, porque después á sus apóstoles les habló hasta las mas menudas circunstancias de las mas eras de un género que nadie los podia prever (2). Nosotros, los hijos, vamos á Jerusalem, y allí el hijo del hombre será entregado á los gentiles: será ultrajado, azotado, azotado y crucificado. Los atarían el rostro con salivas y sacará lleno de espinas. Ya los profetas muchos siglos antes habian profetizado que estas serian las circunstancias con que debia morir el Mesías. Ya el mismo Jesucristo habia declarado que el era el Mesías y que en su persona se debian cumplir todas aquellas profecias, y entonces no hace otra cosa que declarar á sus discipulos que ya ha llegado el tiempo de que se cumplan todas, excepto las pocas por mejor.

Ahora digo yo: no hay mortal que sin una ley divina pueda saber el tiempo de su muerte, y mucho menos las circunstancias que deben acompañarla. Mi mismo Salvador habia dicho otra vez: ¿Qué pruebas por que no sabéis si el día ni la hora y otra vez dijo: ¿Qué pruebas, porque cuando menos pensaba vendrá el hijo del hombre. Pero cuando menos pensaba vendrá el hijo del hombre en su mismo la concepcion íntima de que el ni habia y ninguno puede desde lejos salvar el día de su muerte, y mucho menos las circunstancias inciertas, ocultas y contingentes que deben concurrir en ella? No hay nadie que no sienta que está previsto está fuera de las concepciones del espíritu humano y que esto es un conocimiento únicamente reservado á la Divinidad.

(1) *Juan.* cap. 12, v. 31.

(2) *Juan.* *ibid.* v. 34.

(3) *Matth.* cap. 20, v. 18.

(1) *Marc.* viii, 31, 32, 33.

(2) *Luc.* xxi, et i, *Corinth.* xi, 24.





chos hombres se habían reunido para publicar con uniformidad y con una constancia que los exponía á la muerte, hechos por su naturaleza increíbles y que ellos mismos tendrían por falsos. Pero si uno preguntara si esto es posible, yo respondo que no, y ve aquí mis motivos.

No se ha visto hasta ahora ni en el curso de ningún hombre, sobre todo si no le existe un grande interés, se exponga á los suplicios y á la muerte por sostener un tenazamiento un hecho increíble que él tiene por falso. Y si tenazamiento de prodigio hubiera alguno capaz de esta disposición, sería extravagante juzgar que muchos juntos lo sean; no cabe esto en el común humano.

Por cuánto crees esta imposibilidad moral cuando los intereses á quienes se inspira esta disposición absurda, han dado en otras ocasiones pruebas de la contraria impetración de prudencia y fidelidad. ¿Cuál es sino el famoso infortunio de los hombres distinguidos por sus virtudes, de quienes se sabe que son una muestra su materia tan grave sería un delito incompatible con la vida eterna; de hombres, en fin, que si la construcción no se verificaba, han sido los primeros en negarse, que ya no podrían dudar que el creyeron. Mas no era más que un impostor, y por consiguiente no podían tener interés para sostener tan inútil delirio?

Por otra parte, ¿cómo es posible concebir que un concierto hecho entre hombres capaces de tanta iniquidad pueda subsistir tanto tiempo que no hay alguno que por evitar el suplicio, no descubre á los jueces la impostura con todas sus circunstancias? ¿qué los que habían tratado á cada cuando vivía, no se la hacen después de muerto? Porque en fin, mientras vivía, podían esperar alguna cosa; pero después de muerto, si su muerte era como la de todos los hombres, ¿qué podían esperar sino miserias y suplicios con la vergüenza de haberse dejado engañar por un impostor?

Estos mismos discípulos cuando estaban persuadidos de que su Maestro era el Mesías, prometieron no abandonarle, y decían: Vamos á morir con él; con todo, cuando le vieron preso fueron tan tímidos, que huyeron y le dejaron en manos de sus enemigos; y se creó así estos mismos hombres ahora que le ven muerto y que debían estar tan desengañados de que no es el Salvador que habían creído, tengan valor para inventar y sostener un concierto infame, una muestra que no puede serles útil para nada y que nadie está dispuesto á creer.

Por qué autoridad osan para persuadir un hecho tan increíble? ¿Qué ventaja les pudiera traer el persuadirlo? ¿Qué efecto pudiera resultar sino deshonrar á su nación idolatrada de él, tanto más horrible? ¿Cómo, pues, estos hombres simples, sin interés ni objeto pueden sostener con tanto constancia? ¿Cómo es posible que jamas varían, que ninguno se turba ni se desengaño, que todos afirman los mayores suplicios y hasta la muerte sin error, afirmando siempre que han visto lo que ninguno de ellos ha visto? La imaginación no puede llegar á este extremo de locura tan combalada entre tantos gentes tan diferentes.

Porque está concertado no solo ha debido hacerse entre los doce apóstoles, sino también entre los discípulos, que ya eran numerosos. Jesucristo se apareció á muchas personas y en muchas ocasiones; unas veces á las mujeres, á los que ordenó decir á sus hermanos que fuesen á

Galilea, que él los precedería; otras á Pedro solo, otras á los doce juntos. Unas veces los llama cuando pescan y hace su pesca más abundante; otras veces se los aparece cuando estaban juntos y hacían oración. En una ocasión se junta á la mesa, come y bebe con ellos, en otra les da diferentes documentos, y les recuerda lo que los había enseñado antes de morir, y hubo más en que se mostró á más de quinientos que salían juntos (1).

Una vez convence á un discípulo incrédulo, le hace tocar sus pies y sus manos, le hace tocar la herida de su costado, y le dice: Pon aquí tu dedo, mira mis manos, y no seas incrédulo. Otra vez se aparece á dos de sus discípulos que iban á Emaús, habla largamente con ellos y les explica la Escritura, y en otra ocasión los junta y les ordena que vayan á enseñar á las naciones y á bautizarlas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Por eso eran tantos los testigos oculares de la resurrección. San Pablo dice en una de sus Epístolas, que Jesús se apareció una vez á quinientos hermanos juntos, y añade que aunque algunos ya habían muerto, la mayor parte estaba todavía en vida. Yo pregunto: ¿Si san Pablo que profecía una religión cuyo primer principio es la verdad, se atrevería á afirmarlo si no estuviera seguro del hecho? ¿si un apóstol que para obtener el fruto de su celo necesitaba conservar la opinión de su veracidad, se atrevería á citar testigos que pudieran desmentirle? Y vuelvo á preguntar: ¿Si es posible que sin motivo ni interés tantos y tan diferentes hombres se concerten para persuadir un hecho que á no ser cierto sería ridículo y absurdo? Yo digo que esto no es humano, ni posible ni imaginable.

Por otra parte, para suponer que estos testigos han mentado, es menester suponer cosas más increíbles, porque es cierto que mientras Jesucristo vivió y era un discípulo, se movieron tan pasiones y débiles como los hombres ordinarios. No se les vió más que sentimientos conformes á los que el amor de la conservación inspiró. Seguir á Jesucristo parecía temeraria que fuese el Maestro, pero tenían mucho temor de la muerte; temblaban del Sinedrín, y desde que se veían en un peligro ó expuestos á alguna tempestad, clamaban á Jesucristo para que los librara.

De dónde proviene, pues, que estos hombres tan vulgares y tímidos, de repente después de la muerte de Jesucristo, sean capaces de arrojarse en temerario error inventar tan inverosímil impostura y sostenerla con tanta tenacidad? ¿Cómo es posible que un carácter y firmeza que no se da á la especie humana? Sin corazon para ser la muerte y se coraron en la invención y con que estímulo porque desde que van á Jesucristo muerto ya no pueden esperar nada. ¿Cómo no hayent por qué no se escudela? Pues si Jesucristo los ha seducido, si no ha reconocido, nada les pueden ganar en ser reconocidos por discípulos suyos. ¿Qué esperanza les podía quedar viendo que el que los había prometido la vida eterna, diciendo que él era la resurrección y la vida, está él mismo sujeto al poder de la muerte?

No es posible entender esto trastorno. Mientras se exponían en Jesucristo lo tenían todo, y ahora que ya no

(1) 1 Corint. xv, 6.

drian esperar en él, no temen nada. Cuando creían servir á Dios sufriendo por Jesucristo, pues le tenían por su enviado, con tímidos y tímidos, y ahora que daban saber que no le sirven, pues Jesucristo muriendo los ha desengañado, no solo lo defraudan intrépidos y valerosos, sino que invectivan una muestra con que ultrajan á Dios y se desfogaban ellos mismos. ¿Quién podrá comprenderlo?

Yo quisiera suponer que los apóstoles y discípulos fuesen tan ignorantes é imprudentes que se atreviesen á concertar una impostura tan grossa; pero era menester estar privados de todo rayo de luz para no ver que una novedad tan extraña que apenas sería creída siendo cierta, no podría acreditarse siendo una patraña tan viable. Que era imposible concertar tales hechos tan complicados y diversos entre tantas y tan diferentes personas, pues mos drian de una manera, otras de otra, y en diversidad debía descubrir la impostura. Que no todos quisieran acomodarse á consensar en apoyar el engaño y que uno solo bastaba para descubrirlos á todos. Que era muy fácil que alguno de los delatas, porque eran pobres, y por tanto más no podían ganar más que los tormentos, la prisión y la muerte, en vez de que aquel que diría la verdad, dando gusto á los primeros señores del Estado, podía adquirir dinero y protección; uno solo que aunque decaese de entrar en el concierto tuviese el justo y natural temor de ser descubierta por alguno de los otros, bastaba para no entrar á los señores.

Todas estas ideas eran simples y naturales: no hay hombre, por limitado que sea, á quien no se le presenten, pero ¿cómo suponer que estos hombres eran tan frivolos y estúpidos tan ciegos, que no vieron nada de esto ni tuvieron temor de nada; que también suponer lo que únicamente podían haberlo varosillo, esto es, que toda esta impostura se volviese loca en el mismo género de locura y precisamente en el mismo tiempo que fué el de la muerte de Jesucristo; que parece esto verosímil? Pero cuando lo fuera, no sería por eso posible el concierto, pues quedaban inconvenientes mayores que repara.

Porque con todo lo que hemos dicho, no hemos despojado á estos hombres más que de la razón. ¿Pero qué podrá quitar los sentimientos naturales, estos sentimientos íntimos y siempre inseparables de que ni la enfermedad ni la locura ni otro ningún estado puede despojar al hombre mientras vive y siente. Tales son el horror del dolor y el amor del poder ó al bienestar. Que se me explique cómo estas personas siendo tantas han podido sufrir con tan heroica constancia los males con que se los maltrata, los tormentos, cadenas y prisiones con que se les aflige, los desprecios y prohibes con que se les humilla, y en fin, los horrores de los suplicios dolorosos con que se los quita la vida? Y que se me explique también, cómo esta increíble y extravagante ha podido durar tanto tiempo? ¿cómo se ha sostenido con un heroísmo que nunca tuvo igual, sin que jamás se desmintiese ninguno?

Yo digo, señores, las consecuencias y los inconvenientes que es indispensable superar para suponer aquel concierto. Pero volved la medalla: suponed por un instante que la resurrección es verdadera; entonces todo es claro, todo se explica fácilmente, y es natural que suceda lo que en efecto lo sucedió, los hechos que refiere la historia son verosímiles y naturales y no hay dificultad en nada. Yo voy,

señor, á presentáros estos hechos, y observad que no hay ninguno que no sea sencillo y fácil, que no sea público y notorio, que no sea indubitable y constante, que no sea no solo cierto y probado, sino también comprobado por los otros hechos de la historia, sin que sea posible ni racional el negarlos ni aun dudarlos.

Ve aquí los hechos: Que mientras Jesucristo vivió, sus apóstoles y discípulos eran grossos, ignorantes y tímidos; que desde que vieron preso á su Maestro, huyeron y le abandonaron; que Pedro el primero de todos, que parecía el más amante y valeroso, le negó tres veces sin más motivo que el miedo que le inspiró una cruz; y que en fin, cuando los dejaron en el momento de la muerte; esto es posible, verosímil y natural lo séguir.

Tampoco se puede negar que después de la muerte de Jesucristo estos mismos hombres, como si se hubieran restituido de un nuevo espíritu, se derramaron por las calles y plazas de Jerusalem; publicando que Jesús, á quien los judíos habían crucificado, era el verdadero Mesías ó el enviado de Dios, el libertador de Israel, prometido á los patriarcas y anunciado por los profetas; en fin, el Redentor del mundo. ¿Y por qué esto? Porque Jesús había resucitado como lo había predicho, y que ellos le habían visto y le habían hablado; que por espacio de cuarenta días se los había aparecido muchas veces, y que los había hablado y dado diferentes instrucciones, hasta que lo vieron subir al cielo. Digo que esto no se queda luego porqué son las principales del cristianismo y los motivos con que se propagó por toda la tierra y salvase.

Ahora se pregunta: ¿Cómo hombres que eran tímidos y miserables se atrevieron á declarar con tanta fuerza contra el suplicio de su Maestro cuando por los primeros magistrados de la nación? ¿Cómo á pesar de que los tenían en prisión, los azotaban y los amenazaban con la muerte, continuaban en publicar aquellas mismas cosas, de modo que al instante que los pusian en libertad volaban á comprar de nuevo? Y se responde, que nada podía impedir que no creyesen y dijese lo que ellos habían visto, y que en se dividían y contaban mientras Jesucristo vivía, había adquirido un grande grado de fuerza cuando por su resurrección y su ascensión vieron con evidencia que era el Mesías.

Se pregunta: ¿Cómo tantos testigos de tan diferentes genios y condiciones, sin hombres como majores, estuvieron tan uniformes en la relación de un hecho tan extraño? Y se responde, porque la verdad, y habiendo visto todo lo mismo, era preciso que lo mismo dijese todos.

Se pregunta: ¿Cómo unas personas ignorantes que poco antes no sabían hablar, habían ahora con tanta fuerza y elocuencia, que parecían á millones de judíos? Ellos mismos responden, que Jesucristo antes de subir al cielo les había prometido enviarlos su Espíritu que en efecto él día de Pentecostes descendió sobre ellos, y que él era el que hablaba por sus labios. Es menester que esto sea verdad; porque si no, es imposible concebir cómo hombres tan grossos podían convertir á tantos entre quienes podía haber algunos instruidos, ó cómo podían ser entendidos por judíos de diferentes naciones, que hablaban diferentes lenguas y que estaban en Jerusalem por años y solo por concurrir á la solemnidad de aquel día.

El Evangelio dice, que en efecto, los apóstoles hablaban



te lance solo resulta un raciocinio tan simple como viene a ser el Crucificado. Y para probar este nuevo milagro, presenta otros muchos testigos que la fuerza de este hecho sin haberlo sido del otro, de modo que la resurrección adquiere un mayor grado de seguridad, y certidumbre por este grande y numeroso concurso de testigos que vieron la ascension; y esta es otra infalible prueba de la resurrección, como ella lo es de todos los demas milagros y maravillas de su vida.

El hecho es que los apóstoles, los discípulos reunidos por tales, las mujeres y otros muchos que se agruparon de nuevo, hasta el número de quinientos, dijeron (1): Que todos á tal hora, tal día y en tal lugar, habian visto subir al cielo á Jesucristo, despues de haberse despojado de ellos. Todos repitieron lo que les habia dicho, y refirieron todas las circunstancias del hecho sin discrepar en nada. Supuesta esta relación uniforme, si el hecho es cierto, ó todos son impostores, porque es imposible imaginar que haya podido engañarse. Todos conocian á Jesucristo, el hecho sucedió cuarenta días despues de la resurrección, que habia sido gran motivo á hablar, y estar informados de todo, y tuvieron tiempo y quietud para reflexionar bien.

Por otra parte, el hecho sucede al mediodía. El sol brillaba cuando dicen que Jesucristo subió al cielo. ¿Cómo, pues, es posible concebir, que tanta multitud haya podido engañarse? que todos hayan podido creer que veían en el mismo instante el mismo objeto y del mismo modo si ninguno viese nada? Reflexionad que esta no es una imaginación rápida ni una opinión muda. Jesucristo les habla, les da preceptos, les manda que no se alejen de Jerusalem hasta que hayan recibido el Espíritu Santo; les hace promesas, y promueve las almas, que no pueden venir sino de Dios. ¿Pues los presentes que les asistirá y estará con ellos hasta el fin de los siglos, y por último, les manda que bauticen en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Ve aquí lo que cuentan unánimes todos los testigos; y así no cabe equívoco. O dicen la verdad, ó mientan; ó es una conjuración á una realidad, y si es una conjuración, es una fuerza razones en los mismos instantes, como los apóstoles podían concertarse en fingir el hecho de la resurrección. Digo con mas fuerza razones, porque el número de testigos es mucho mayor, y las circunstancias del contexto, como los peligros de ser descubiertos, crecen en razón de su número. Uno solo que sea infiel ó fingido, los descubrirá á todos, y si aquella imaginación tan viciosa e impudica se ha de ser mucho mas.

Porque, en fin, en la resurrección no habia mas que los apóstoles y otros pocos que lo decían, y todo se quedaba entre ellos; pero que se me diga cómo, ó en virtud de cuál tanteo han podido hacer ver y oír á otros muchos lo que en efecto no veían ni oían? ¿Con qué máquina han hecho subir la figura de un hombre al cielo? ¿Con qué prestigio han hecho aparecer dos hombres vestidos de blanco, que les dicen: Galileo, el mismo Jesucristo que ahora veis subir, un día le veréis bajar? ¿Con qué virtud sevilla han podido grabar en la memoria, de todos los palabres que dicen haber oído, la promesa de enviarles el Espíritu Santo, y todas las demas.

Después de haber conversado con él muchas veces, lo vieron subir al cielo. Y para probar este nuevo milagro, presentan otros muchos testigos que la fuerza de este hecho sin haberlo sido del otro, de modo que la resurrección adquiere un mayor grado de seguridad, y certidumbre por este grande y numeroso concurso de testigos que vieron la ascension; y esta es otra infalible prueba de la resurrección, como ella lo es de todos los demas milagros y maravillas de su vida.

El hecho es que los apóstoles, los discípulos reunidos por tales, las mujeres y otros muchos que se agruparon de nuevo, hasta el número de quinientos, dijeron (1): Que todos á tal hora, tal día y en tal lugar, habian visto subir al cielo á Jesucristo, despues de haberse despojado de ellos. Todos repitieron lo que les habia dicho, y refirieron todas las circunstancias del hecho sin discrepar en nada. Supuesta esta relación uniforme, si el hecho es cierto, ó todos son impostores, porque es imposible imaginar que haya podido engañarse. Todos conocian á Jesucristo, el hecho sucedió cuarenta días despues de la resurrección, que habia sido gran motivo á hablar, y estar informados de todo, y tuvieron tiempo y quietud para reflexionar bien.

(1) Actos. iv. 4.

¿Pero si esto no basta, leed las primeras cartas que escribieron á las iglesias que fundaron, y decidid, si es posible, que la solemnidad de aquel escrito, la profundidad de aquella doctrina, la elevación de aquellos pensamientos, puede ser obra de groseros y de ignorantes. ¿Qué, pues, les ha dado de repente tanto saber y tanta riqueza de ideas y expresiones? Y no me digáis que han podido escribirlo despues por otros sabios; porque es inabordable lo que ellos mismos las escribieron, y que se conservan tales como las escribieron, sin la menor alteración.

La prueba es incontrovertible, pues un pueblo de tantos como ellos recibiesen estas cartas, las iglesias á quienes las escribieron, y que éstas, despues de recibirlas, las leían continuamente en comuni, que remitan copias á las iglesias con quienes estaban en correspondencia, para que se aprochasen de su lectura, y que unas y otras guardaban los originales y las copias con un respeto religioso, como un depósito sagrado. La contradicción que yo he hecho despues de unas y otras, ha probado que una demostración incontrovertible que son las mismas y que se han conservado en toda su integridad y pureza.

En cuanto al don de hacer milagros, no es menos evidente, y lo prueba tambien la misma serie de los hechos, pues es constante que los apóstoles no pudieron vencer la obstinación de tantos judíos, ni hacerles creer con tan inverosímiles y extraordinarias como la resurrección y ascension de Jesucristo, sin el fuerza de milagros ya hemos visto el ojo de nacimiento. La historia cuenta otros muchos, y es preciso que sean verosímiles, porque sin ellos no se podría concebir cómo unos pobres hombres pudieron hacer tantas conversiones.

Tambien es preciso que sea cierto lo que cuenta la historia, de que estos mismos apóstoles podian conversar y razonar con su efecto, el don de hacer milagros á los que creían en Jesucristo. Cuenta que así lo hicieron con Cornelio el centurion y con otros muchos; siendo que estos dos fueron fuertes y sabios, y se hicieron tan comunes, que Simón el Mago quiso comprarlos con dinero. Esto es bien extraordinario, pero no puedo dejar de ser cierto, porque los milagros á quienes lo dan los apóstoles, lo creían, señal segura de que lo veían ó se verificaba en ellos mismos; y la prueba de que lo creían es que se convertían y adoraban á Jesucristo, pues ellas fueron las grees que formaron las primeras iglesias.

De aquí resultan varias deducciones. Ya hemos visto lo absurdo que seria imaginar que los apóstoles, que ya convenían por hombres desinteresados y virtuosos, se atreviesen á atestiguar los milagros de Jesucristo si no los hubieran visto. ¿Pero cómo alabado seria imaginar que se atreviesen á decir no solo que los vieron, sino que ellos tambien podian hacer otros semejantes, y lo que es mas, que podian comenzar otro mismo poder á otros, si no estuvieran en estado de verificarlo? Pues llegar á este extremo de arrojo y temeridad, es manifestar un grado de demencia que no es posible concebir, y cuando esto fuera posible, no se podría pensar cómo hombres tan locos y ignorantes hubieran podido convertir á tantos.

El hecho indudable y de que es imposible dudar, es que caracterizan una gran multitud de hombres, pues no es posible dudar que fundaron muchos y numerosas iglesias. Y de este hecho solo resultan como consecuencias necesarias, que persuadieron la verdad de los milagros de Jesucristo, que persuadieron la autoridad de los principales de aquel pueblo.

(1) 1.ª Corint. XV, 6, Actos. 1, 9, et 10.



modo que no las podría resolver y que yo hallaría en la discusión los medios de conocer la parte débil de todas sus dis-

curson. Lo que pasó en la conversación del otro día será el objeto de mi primera carta. Adios, Teodoro.

## CARTA IX.

### EL FILOSOSO A TEODORO.

¡Vosotros mis! Yo había pasado toda la noche nervosa ocupado en hacerme cargo de las razones del padre para pensar toda su fuerza, que en juntas objeciones para combatirlos. Me parecía vergonzoso que un padre católico que yo había creído ingenuo y vulgar como los otros, pudiese vacilar en esta lucha, y así me acordé de algunas reflexiones que me administraron mi razón y mi fe. Las creí inevitables, y me decía: pues el padre ha podido sorprenderme con la novedad de sus razones, yo lo estrecharé con la fuerza de las mías. Si ya no puedo responder á sus dificultades, tampoco podrá responder á las que voy á proponerle, y quedaremos iguales. Con esta disposición, luego que llegó comenzó nuestra conferencia. Para evitar las repeticiones dividí mi respuesta en tres partes, y el contacto le haría reconocer al interlocutor.

Yo el primero de este modo: Ya veis que ayer os eché una idea, y os equivoqué que me habéis sorprendido y embarazado. Me habéis dicho muchas cosas muy fuertes y nuevas para mí que no han dejado de hacerme grande impresión. Reconozco que no es posible considerarlas seriamente sin sentirse como casi necesitado á responder, y que los que se fundan en las pruebas que me habéis expuesto, no son tan inseguros como yo pensaba, porque no es posible revocarme mejor con el ambiente de la verdad y de la razón un sistema que por sí mismo presenta á la luz la contradicción. Creo también que será necesario talento y estudio para despojarse de las especiosas que le habéis dado y reducirle á su figura natural.

Pero después de haberos confesado con sinceridad el efecto que me he producido, permitidme que os pregunte: ¿cómo un hombre de la instrucción y talentos que me habéis podido garantizar se intenta persuadirme seriamente todo aquello de absurdos y contradictorios?

Considerad cuántas contradicciones contiene y supone el hecho solo de la resurrección de Jesucristo! ¡qué conjunto de cosas tan absurdas como contradictorias! ¡por Dios que os concierne, que veis, que podéis, que améis y se respete! ¿Puede esto caber en una persona, y que no está tratorado por el ardor de un frenesí? Desde luego todo esto parece intolerante é indigno de la santidad de Dios y de su Majestad. ¡Por ventura Dios necesita para obtener sus fines, valerse de medios tan ridiculos y que se parecen tanto á los humanos?

Resucitar á sí mismo es una contradicción manifiesta; resucitar á otro es un prodigio que no se puede concebir. Por más esfuerzos que haga la razón, no puede comprender cómo es posible que se pueda volver á animar un cuerpo, que se pueda resucitar á su primera armonía una

máquina ya desorganizada, restablecer los resortes y proporciones, y volver á mirar dos sustancias que las leyes naturales habían separado.

Y si esto no se puede concebir, ¿qué será resucitarse á sí mismo? ¿salir del sepulcro por su propio poder, abrir los ojos á la luz, cuando la muerte se los ha cerrado? En fin, volver por sí mismo y empezar á existir de nuevo cuando ya se ha perdido la existencia, ¿no es este un prodigio que no se puede sino como un imposible? Si os dijera que un ente ha salido por sí mismo de la nada, me me responderían con razón, que esto es imposible y que implica contradicción, que lo usa y el ser están en una distancia infinita, que la nada no puede hacer nada, y vemos dar: élis et ser; yo os digo lo mismo. La muerte es la nada de la vida, y es tan imposible que un muerto que no tiene vida se la dé á sí mismo, como lo es que un ente que no existe se dé el ser á sí propio.

A vista de esta demostración palpable, ¿qué fuerza me pueden hacer todas las pruebas que los ingenios acumulan contra él? cuando á las que me habéis alegado ayer añadiré otras infinitas, podréis embarazaros; pero todas dicen cosas á la evidencia de estas ideas.

El padre me respondió: ¿qué, señor? Yo os he probado ayer con pruebas evidentes y positivas, que Jesucristo resucitó, y en vez de proponerme razones que destruyán la fuerza y la verdad de estas pruebas, veis á exponerme imposibilidades vagas, que no son más que imaginarias. Yo os he demostrado la resurrección y vos me respondéis por toda razón que es imposible. Para combatirme, era necesario probarme que mis pruebas son ó falsas ó débiles; pero me citáis vos la debilidad en toda su fuerza, yo tengo derecho de decir: yo os he probado la existencia de la resurrección y estoy en regla, porque del acto probo la potencia. Mi racionismo es este: pues Jesucristo resucitó, pudo resucitar yo haciendo el inverso; Jesucristo no lo resucitó, porque esto es imposible. Yo os pregunto: ¿qué de los dos os convencerá más á la sana lógica?

Yo pudiera pues contentarme con esta respuesta, y á cada una de vuestras objeciones é imposibilidades responder simplemente: está probado. Vos me decís: esto es digno de Dios; y yo: no ciertamente, pues que lo ha dicho; Dios no puede hacer nada indigno, sin dala voz os enseñáis. Esto es contradictorio. No, pues es evidente que he usado; y mientras no destruyérais las pruebas en que me fundó, pudiera fácilmente y con una palabra desahogar vuestras objeciones.

Con todo, vamos á examinarlas. Decís que el hecho es extraordinario, incomprendible: ¿Quién lo duda? Acuso es

el mayor de los que se pueden imaginar. Es verdad, pero está probado, pero no se puede dejar de creerlo. ¿Pretendéis que sea superior al poder divino? Esto sería temerario; porque ¿quién puede atreverse á negar los términos de la omnipotencia?

Pero es contradictorio. ¿Qué hombre tiene la inteligencia necesaria para distinguir los límites de la posibilidad? ¿y quién tampoco me podrá asegurar que hay en ello contradicción? ¿Qué es resucitar á un muerto? Volver á dar la vida. El que hizo al hombre, el que le dio la vida, el que se la quita cuando quiere, ¿no podrá darsela una segunda vez y mil, cuando lo tiene á bien su providencia?

¿Pero resucitarse á sí mismo? ¿resucitarse cuando ya se separó la alma del cuerpo, no puede ella tener influencia sobre él...? ¿Y quién ha dicho que el alma de Jesucristo resucitó su cuerpo? El que resucitó á Lázaro, el que resucitó á todos los hombres, Dios, en fin, fué el que lo resucitó.

Pero esto es indecible é indigno de Dios. Mucha temeridad sería decir esto después que se ha probado que Dios lo ha hecho. ¿Pero en qué se opone este tan estúpido y superior milagro á las divinas perfecciones? ¿Cómo o por qué se opone su realidad á la justicia, á la santidad, á la sabiduría, á la misericordia, á la bondad ó la veracidad de Dios? ¿Y qué, un milagro que prueba la divinidad de Jesucristo y la verdad de la religión cristiana, es por eso indigno de la majestad de Dios?

¡Ay, señor! si conocierais bien la religión cristiana, si supierais por ella cuánto es el amor de Dios para los hombres, la bondad con que desde la creación los prometió un Redentor, que debía ser un único hijo, la atención con que preparó su vida, el cuidado con que separó de todos á un pueblo, para que de él se formase el que hoy le adora por Jesucristo, no extrañarais que hiciese un milagro que debía ser tan glorioso á su hijo y tan útil á los cristianos, para en el que mas ha servido á establecer su fe, y en hoy mismo el que mas ha consueño con la esperanza de su felicidad.

Esto no es del momento, me basta decirlo por ahora, que no hay en la resurrección las contradicciones que aparentan; que lejos de haber indecencias, no se ven mas que pruebas de la bondad divina, que ha querido dejar á los hombres sus ideas falsas y remotas de reconocer la verdadera religión. Y aun cuando hubiera cosas que nos parecieran contradictorias é indecentes, nos deberíamos acomodar, porque por un lado está demostrada su verdad, y por otro debemos reconocer que nuestra razón es limitada, que nuestra sabiduría es la de Dios, que nosotros, pobres y engañados, que lo que nos parece imposible no lo es para Dios, que lo que no puede parecer contradictorio puede no serlo, y ciertamente no lo es, cuando pruebas irresistibles nos han demostrado su realidad; en fin, que no podemos ser responsables de no entender los misterios que no entendamos, pero que lo veremos mucho si despreciando las lúces que Dios nos envía y poniendo una injusta y tímida confianza en las sugerciones de nuestra razón, nos dejamos seducir del amor propio y no abandonamos el error de sus opiniones.

Ya os entiendo, padre, le replicó; me beldónis que después de haberme probado la resurrección con pruebas positivas, yo os contentó con produciendo reflexiones vagas

y generales tan sin razón, yo sé que este método es defectuoso, que todos los argumentos negativos no pueden destruir una afirmación seriamente probada, y para combatirlos es indispensable atacar y destruir las pruebas en que se fundan, y pues parece que me desista ya este camino, voy á tomarlo, y veremos si en esta parte soy más feliz que en otras.

Vos no tenéis mas finalmente para creer la resurrección sino que el cuerpo después de estar muerto no volvió á parecer, no se pudo encontrar. Está en la boca es que los discípulos fundaron la relación de que se les había aparecido. ¿Pero por qué esta relación no la pudo ser una fábula? ¿quién puede asegurarme que ellos mismos no le cobraron? No me olvidó de lo que me habéis dicho: ¿cómo que atendida la calidad de sus personas, su discreción, su experimentado carácter de timidez, la guardia que me observaba y todas las demás circunstancias del suceso, es muy difícil concebir que se hayan atrevido, y menos que hayan logrado una empresa tan difícil y tan superior á sus fuerzas; comprendo todas las dificultades de esta suposición.

Pero después de todo, aquí se trata de un hecho mas extraordinario y mas lleno de dificultades que las que puede tener la suposición misma; es esta certeza que un cuerpo que se resucita á sí mismo; y esto es en sí mismo mas difícil de creer, que no el que sus discípulos lo pudiesen observar. Cuando yo me voy en el confuso de los dos extremos, es natural que mi razón se incline al partido que presenta menos dificultades; y que me diga: Parece en efecto imposible que estos pobres hombres torcidos marchen ni fueran para esta empresa, pero el cuerpo no puede é il ha salido de algún modo.

Puede ser que estos hombres encontrasen medios que yo ignoro; puede ser, por ejemplo, que pudiesen emitirlos los guardias, que los pudiesen corromper. Esto no es verosímil, no es probable, pero no es físicamente imposible, como lo es que un muerto se levante y salga por sí mismo de su tumba; y en este caso ¿quién puede dejar de determinarse por aquel partido?

Por otra parte, los guardias han dicho que se durmieron y que los discípulos se aprovecharon de su sueño para robarle. Yo aquí un rayo de luz que me empieza á manifestar el modo con que la cosa ha podido suceder. Bien es que si dormían no lo podían ver; pero ¿quién fingieron que durmieron, y quisieron subreptamente el cuerpo para dejar hacer, y luego dicen á los magistrados que durmieron para disculparse? Puede ser esto, pueden ser otras mil cosas y cualquier que se diga, será misma increíble que la resurrección de un muerto.

Vengo ya por así emborazado, y toda la ventaja está por mí. Si los apóstoles me alegan la imposibilidad del robo, yo les manifestaré la posibilidad; si ellos son los testigos de la resurrección; los guardias lo son del robo; si estos tienen el interés de disuadirme y alegar el sueño, aquellos tienen el interés de su amor propio y la gloria de un Maestro; si los primeros dicen cosas absurdas é indignas de creerme, estos dicen cosas naturales y posibles. Así, tanto por testigos, estoy por ellos; y dando que yo presento un medio que puede destruir los hechos sin recurrir á milagros tan fuera de creencia, me basta proponerlos para destruirlos.

Yo creía, señor, haberos dicho lo bastante para hacerlos

modo que no las podría resolver y que yo hallaría en la discusión los medios de conocer la parte débil de todas sus dis-

curson. Lo que pasó en la conversación del otro día será el objeto de mi primera carta. Adios, Teodoro.

## CARTA IX.

### EL FILOSOFO A TEODORO.

¡Vosotros míos! Yo había pasado toda la noche nervosa ocupado en hacerme cargo de las razones del padre para penetrar toda su fuerza, que en juntas objetivas para combatirlos. Me parecía vergonzoso que un padre católico que yo había creído ingenuo y vulgar como los otros, pudiese vacacionar en esta lucha, y así me acordé de algunas reflexiones que me administraron mi razón y mi lecturas. Las creí inevitables, y me decía: pues el padre ha podido sorprenderme con la novedad de sus razones, yo lo estrecharé con la fuerza de las mías. Si ya no pueda responder á sus dificultades, tampoco podrá responder á las que voy á proponerle, y quedaremos iguales. Con esta disposición, luego que llegó comenzó nuestra conferencia. Para evitar las repeticiones dividí mi respuesta en tres partes, y el contacto le haría reconocer al interlocutor.

Yo el primero de este modo: Ya veis que ayer os escuché con atención, y os equivoqué que me habéis sorprendido y embarazado. Me habéis dicho muchas cosas muy fuertes y nuevas para mí que no han dejado de hacerme grande impresión. Reconozco que no es posible considerarlas seriamente sin sentirse como casi necesitado á reanudar, y que los que se fundan en las pruebas que me habéis expuesto, no son tan inseguros como yo pensaba, porque no es posible revocarse mejor con el ambiente de la verdad y de la razón un sistema que por sí mismo presenta á la luz la contradicción. Creo también que será necesario talento y estudio para despojarlo de las especiosas que le habéis dado y reducirlo á su figura natural.

Pero después de haberos confesado con sinceridad el efecto que me he producido, permitidme que os pregunte: ¿cómo un hombre de la instrucción y talentos que meístra, puede permitirse á intentar persuadirme seriamente todo género de absurdos y contradicciones?

Considerad cuántas contradicciones contiene y supone el hecho solo de la resurrección de Jesucristo! ¡qué conjunto de cosas tan absurdas como contradictorias! ¡por Dios que os concierne, que veis, que podéis, que amare y se reanuda! ¡Puede esto caber en una persona, y que no está trastornado por el ardor de su fervor! Desde luego todo esto parece intolerante é indigno de la santidad de Dios y de su Majestad. ¡Por ventura Dios necesita para obtener sus fines, valerse de medios tan ridiculos y que se parecen tanto á los humanos?

Resuscitar á sí mismo es una contradicción manifiesta; resucitar á otro es ya un prodigio que no se puede concebir. Por más esfuerzos que haga la razón, no puede comprender cómo es posible que se pueda volver á animar un cuerpo, que se pueda resucitar á su primera armonía una

máquina ya desorganizada, restablecer los resortes y proporciones, y volver á mirar dos sustancias que las leyes naturales habían separado.

Y si esto no se puede concebir, ¿qué será resucitarse á sí mismo? ¿qué salir del sepulcro por su propio poder, abrir los ojos á la luz, cuando la muerte se los ha cerrado? En fin, volver por sí mismo y empezar á existir de nuevo cuando ya se ha perdido la existencia, ¿no es este un prodigio que no se concibe sino como un imposible? Si os dijera que un ente ha salido por sí mismo de la nada, me me responderían con razón, que esto es imposible y que implica contradicción, que lo usa y el ser están en una distancia infinita, que la nada no puede hacer nada, y vemos dar: élis et ser; yo os digo lo mismo. La muerte es la nada de la vida, y es tan imposible que un muerto que no tiene vida se la dé á sí mismo, como lo es que un ente que no existe se dé el ser á sí propio.

A vista de esta demostración palpable, ¿qué fuerza me pueden hacer todas las pruebas que los ingenios acumulan contra él? cuando á las que me habéis alegado ayer añadiré otras infinitas, públicas y embarrasadas; pero todas dicen cosas á la evidencia de estas ideas.

El padre me respondió: ¿qué, señor? Yo os he probado ayer con pruebas evidentes y positivas, que Jesucristo resucitó, y en vez de proponerme razones que destruyán la fuerza y la verdad de estas pruebas, veis á exporirme imposibilidades vagas, que no son más que imaginarias. Yo os he demostrado la resurrección y vos me respondéis por toda razón que es imposible. Para combatirme, era necesario probarme que mis pruebas son ó falsas ó débiles; pero me citáis vos la debilidad en toda su fuerza, yo tengo derecho de decir: yo os he probado la existencia de la resurrección y estoy en regla, porque del acto probo la potencia. Mi racionismo es este: pues Jesucristo resucitó, pudo resucitar yo haciendo el inverso; Jesucristo no lo resucitó, porque esto es imposible. Yo os pregunto: ¿qué de los dos os convencerá más á la sana lógica?

Yo pudiera pues contentarme con esta respuesta, y á cada una de vuestras objeciones é imposibilidades responder simplemente: está probado. Vos me decís: esto es digno de Dios; y yo: no ciertamente, pues que lo ha dicho; Dios no puede hacer nada indigno, sin dala voz os enseñáis. Esto es contradictorio. No, pues es evidente que he usado; y mientras no destruyérais las pruebas en que me fundó, pudiera fácilmente y con una palabra desahogar vuestras objeciones.

Con todo, vamos á examinarlas. Decís que el hecho es extraordinario, incomprendible: ¿Quién lo duda? Acuso es

el mayor de los que se pueden imaginar. Es verdad, pero está probado, pero no se puede dejar de creerlo. ¿Pretendéis que sea superior al poder divino? Esto sería temerario; porque ¿quién puede atreverse á negar los términos de la omnipotencia?

Pero es contradictorio. ¿Qué hombre tiene la inteligencia necesaria para distinguir los límites de la posibilidad? ¿y quién tampoco me podrá asegurar que hay en ello contradicción? ¿Qué es resucitar á un muerto? Volver á dar la vida. El que hizo al hombre, el que le dio la vida, el que se la quita cuando quiere, ¿no podrá darsela una segunda vez y mil, cuando lo tiene á bien su providencia?

¿Pero resucitarse á sí mismo? ¿resucitarse cuando ya se separó la alma del cuerpo, no puede ella tener influencia sobre él...? ¿Y quién ha dicho que el alma de Jesucristo resucitó su cuerpo? El que resucitó á Lázaro, el que resucitó á todos los hombres, Dios, en fin, fué el que lo resucitó.

Pero esto es indecible é indigno de Dios. Mucha temeridad sería decir esto después que se ha probado que Dios lo ha hecho. ¿Pero en qué se opone este tan estúpido y superior milagro á las divinas perfecciones? ¿Cómo o por qué se opone su realidad á la justicia, á la santidad, á la sabiduría, á la misericordia, á la bondad ó la veracidad de Dios? ¿Y qué, un milagro que prueba la divinidad de Jesucristo y la verdad de la religión cristiana, es porque es indigno de la majestad de Dios?

¡Ay, señor! si conocierais bien la religión cristiana, si supierais por ella cuánto es el amor de Dios para los hombres, la bondad con que desde la creación los prometió un Redentor, que debía ser un único hijo, la atención con que preparó su vida, el cuidado con que separó de todos á un pueblo, para que de él se formase el que hoy le adora por Jesucristo, no extrañarais que hiciera un milagro que debía ser tan glorioso á su hijo y tan útil á los cristianos, para en el que mas ha servido á establecer su fe, y en hoy mismo el que mas la conserva con la esperanza de su felicidad.

Esto no es del momento, me basta decirlo por ahora, que no hay en la resurrección las contradicciones que aparentan; que lejos de haber indecencias, no se ven más que pruebas de la bondad divina, que ha querido dejar á los hombres sus ideas falsas y violentas de reconocer la verdadera religión. Y aun cuando hubiera cosas que nos parecieran contradictorias é indecentes, nos deberíamos acomodar, porque por un lado está demostrada su verdad, y por otro debemos reconocer que nuestra razón es limitada, que nuestra sabiduría es la de Dios, que nosotros, pobres y engañados, que lo que nos parece imposible no lo es para Dios, que lo que no puede parecer contradictorio puede no serlo, y ciertamente no lo es, cuando pruebas irresistibles nos han demostrado su realidad; en fin, que no podemos ser responsables de no entender los misterios que no entendamos, pero que lo veremos mucho si despreciando las lúces que Dios nos envía y poniendo una injusta y tímida confianza en las sugerciones de nuestra razón, nos dejamos seducir del amor propio y no abandonamos el error de sus opiniones.

Ya os entiendo, padre, le replicó; me burladís que después de haberme probado la resurrección con pruebas positivas, yo os contentó con produciendo reflexiones vagas

y generales tan sin razón, yo sé que este método es defectuoso, que todos los argumentos negativos no pueden destruir una afirmación seriamente probada, y para combatirlos es indispensable atacar y destruir las pruebas en que se fundan, y pues parece que me desista ya este campo, voy á temerario, y venimos á en esta parte son más felices mis esfuerzos.

Vos no tenéis más finalmente para eriger la resurrección sino que el cuerpo después de destruido no volvió á parecer, no se pudo encontrar. Está en la boca es lo que los discípulos fundaron la relación de que se les había aparecido. ¿Pero por qué esta relación no la pudo ser una fábula? ¿quién puede asegurarme que ellos mismos no le cobraron? No me olvidó de lo que me habéis dicho: ¿cómo que atendida la calidad de sus personas, su disposición, su experimentado carácter de timidez, la guardia que me observaba y todas las demás circunstancias del suceso, es muy difícil concebir que se hayan atrevido, y menos que hayan logrado una empresa tan difícil y tan superior á sus fuerzas; comprendo todas las dificultades de esta suposición.

Pero después de todo, aquí se trata de un hecho más extraordinario y más lleno de dificultades que las que puede tener la suposición misma; es más fuerte que un cuerpo que se resucita á sí mismo; y esto es en sí mismo más difícil de creer, que no el que sus discípulos lo pudiesen observar. Cuando yo me voy en el confuso de los dos extremos, es natural que mi razón se incline al partido que presenta menos dificultades, y que me diga: Parece en efecto imposible que estos pobres hombres torcidos marchen ni fueran para esta empresa, pero el cuerpo no paró y él ha salido de algún modo.

Puede ser que estos hombres encontrasen medios que yo ignoro; puede ser, por ejemplo, que pudiesen emitirlos los guardianes, que los pudiesen corromper. Esto no es verosímil, no es probable, pero no es físicamente imposible, como lo es que un muerto se levante y salga por sí mismo de su tumba; y en este caso ¿quién puede dejar de determinarse por aquel partido?

Por otra parte, los guardianes han dicho que se durmieron y que los discípulos se aprovecharon de su sueño para robarle. Yo aquí un rayo de luz que me empieza á manifestar el modo con que la cosa ha podido suceder. Bien es que si dominó no lo podía ver; pero ¿quién fingieron que durmieron, y quisieron subrepticiamente el cuerpo para dejar hacer, y luego dicen á los magistrados que durmieron para disculparlo. Puede ser esto, pueden ser otras mil cosas y cualquier que se diga, será misma increíble que la resurrección de un muerto.

Vengo ya por sus emborrazos, y toda la ventaja está por mí. Si los apóstoles me alegan la imposibilidad del robo, yo les manifestaré la posibilidad; si ellos son los testigos de la resurrección; los guardianes lo son del robo; si estos tienen el interés de disuadirnos y alegar el sueño, aquellos tienen el interés de su amor propio y la gloria de un Maestro; si los primeros dicen cosas absurdas é indignas de creerme, estos dicen cosas naturales y posibles. Así, testigos por testigos, estoy por estar, y decido que yo presento un medio que puede destruir los hechos sin recurrir á milagros tan fuera de creencia, me basta proponerlos para destruirlos.

Yo creía, señor, haberos dicho lo bastante para haceros



hubieron después sus sucesores, tambien lo fueron, y no en lo en Judo, sino por toda la tierra todo han sido notorios. Los mismos enemigos de la religion los confundieron, y por eso se multiplicaba tanto el número de los cristianos, con todo, ha habido muchos que no los creyeron ni se convirtieron. Ve aquí, pues, algunos públicos e inadaptables que no han producido su efecto, y vos me confesaráis que los que no creyeron la resurreccion de Lázaro, podian muy bien dejar de creer la de Jesucristo.

Pero dejando aparte todas estas cosas, permitid que os diga que volvíais á los argumentos negativos, que estos no pueden probar contra los hechos positivos. La falta no puede probar nada, y por un consentimiento universal la objecion mas insoluble y á que no es posible responder, no puede destruir las pruebas que establecen y demuestran, y solo sirven para hacer patente la ignorancia del que ha respondido. Y al este principio es verdadero en los objetos de la física y de la naturaleza, qué será en los de la religion, tan elevados y superiores á nosotros?

Yo podria, pues, contar que no alcanza á resolver vuestra dificultad, en dudar por vos de agoramiento con los pies y las manos sobre mi pecho, si demuestran un instante de su verdad. Podria decir, que he visto, mejor de juzgar lo que Dios no ha hecho, al del que no lo ha hecho, pero que no puedo dejar de juzgar de la que ha creído no lo manifiesta con, persona alguna que me lo ha oído ver, que lo que podria ser y no lo es, no cifre, que sí no puedo presentar luz á mi inteligencia, y que esta no se puede ocupar más que de objetos reales; que yo puedo asegurar cuando la evidencia va con ellos, y me acompañan, pero que al instante que me abandonan, me detengo y desisto.

Ya se ve que con estos principios no me pueden sembrar las mayores dificultades, porque supuesto que es fuera prohibido la verdad de la resurreccion, no me pueden hacer fuerza vuestras objeciones. Vos me direis: la resurreccion podia ser mas pública, sin duda hubiera sido mejor, yo lo creo, mas Dios no lo hizo: hubiera preferido á todo el mundo lo dudó. Pero porque no fue pública que hubiera que no ha sido de la manera que fue? Porque no se hizo como es preciso que se debía hacer, todas las pruebas que os he alegado han perdido su fuerza? Esta seria una lógica de nuevo especie, y equivaldría á este discurso: Yo tengo diez razones seguras y convincentes de que tal hecho es cierto, pero como yo pido una mas, ó la explicacion de una dificultad que no se me puede dar, hecho por tierra las diez razones, y no lo quiero creer.

Ve aquí su sustitucion vuestro raciocinio. Desaprovechada de sus argumentos, y venimos que se reduce á esto: Yo no creo la resurreccion de Jesucristo tal como se me refiere, porque si fuera cierta, siendo obra de Dios, hubiera sido mas pública y gloriosa. Es como si me dijerais: Yo no creo que este sol que me alumina sea obra de Dios, porque si lo fuera, seria mas grande y luminoso, y como é todo lo que ha creído se ha servido para ser un carácter de imitarion, y que pudiera haberlo hecho mejor de lo que quisiera haberlo, vos querriais conseguir siempre que nada de lo que veis puede ser obra de Dios. Ved hasta dónde la imaginacion puede estraviarse cuando en la esfera la modesta cordura de la razon.

¿Qué es necesario, pues, para no desconfiar? Conten-

tas con lo que puede saberse, temerá firmes sobre lo que de otra diez vez, y someterá con humildad, resignacion á lo que se me exponga. Yo os he dicho el modo como paso la resurreccion de Jesucristo, y se ha probado con evidencia su verdad; vos, no obstante, me decís: ¿Pero por qué esta resurreccion no fué pública? Yo os respondo, que mi certidumbre no conoce los caminos de Dios, que yo ignoro sus designios, pero que los respeto, porque sé que un Creador tan infinitamente sabio y bueno, debe obrar siempre con proporciones á tan divinos atributos, que pues no es como su resurreccion fuese mas pública, es claro que convenia que no lo fuese.

Ver replicais que no hubiera habido incredulos. Yo he respondido que lo dudó, pero que cuando fuera cierto, queda ser que el plan de la Sabiduría Divina fuera tal que hubiera proporcionado para la mayor perfeccion del cristianismo, ó para otros fines que yo no alcanzo. Vos insistis, yo no puedo creer que sea perfeccion lo que es visiblemente defecto. Pero esto es porque juzgamos sin conocimiento y con temeridad, en porque queremos decidir sin ligeros de lo que apenas podemos entender, es, en fin, porque con una vista corta queremos juzgar una extensa longitud. Venidme á la edificacion, para ver cual de nosotros es mas cerca de la verdad? Vos decís que la resurreccion debia ser pública, y no habia de ser mas que de un número de congregacion que dependian solamente de vuestro modo de ver y pensar; yo lo niego, fundado en que si vos no yo podria jurar nada sobre lo que Dios debe ó no debe hacer, y al contrario, infiero que es lo debia hacer, pues que no lo ha hecho. No me detengo en esto, sino que añado. Hicierais la resurreccion, y es lo que he probado con pruebas tan evidentes, que es imposible no sentirse con las mas fuertes razones de la religion, y sin que yo podia alegar una prueba directa y positiva contra su verdad.

Observad la diferencia que hay entre nosotros, y ved quito está mejor puesto ó mas bien sentado en esta tierra. Vos guiado de vuestra imaginacion, de vuestras ideas y de la imaginaria esfera de vuestras opuestas posibilidades, se á penetrar, herir, y cesar la conducta de Dios, yo guiado de la conducta de Dios, conozco, demuestro, y evidente, ver á suponer el punto de la razon, de la utilidad y conveniencia decidid vos mismo, qual de los dos está en mejor camino: ¿quién tiene la ventaja? Vos no podéis deshacer ninguna de mis pruebas, yo os deshevo vuestras repeticiones por un principio que vos mismo no debéis confesar, y es que nosotros no podemos penetrar los designios de Dios.

Yo estaba confundido con el peso y fuerza de razones tan claras, no obstante, me atreví á replicar. Aunque yo no podemos penetrar los designios de Dios, no ha dado una razon para juzgar si las obras que se le atribuyen son dignas de su bondad y de su grandeza. Así es, señor, por eso tiene su justa medida, y si no, explicadme. ¿Por qué Dios no creó el mundo cien mil años antes? ¿Por qué un Creador tan bueno y poderoso no tomó las medidas mas prontas para mostrar cuando antes su grandeza, sacar á las las criaturas y volver sobre ellas sus beneficios? ¿Por qué tardó tanto en comenzar? ¿Como un Dios tan bueno perdía tanto tiempo en hacer bien? Cuando me respondierais á estas preguntas y otras de esta especie, yo podré mostraros la cosa, por qué la resurreccion de Jesucristo no fué una

pública. Entre tanto, solo os diré, que aunque yo no puedo saber los motivos secretos de la resurreccion de Dios, si yo debo suponer que todo lo que hace es justo, sabio, y tanto, que no puedo equivocarme en estas ideas, porque antes de lo que debo tener de un Ser infinitamente perfecto.

Ades, por todas partes me salía al encuentro, y me seguia las poses vuestras agilidad es grande, y vuestra desconfianza me ha desahogado, pero ahora vos que os metiste en la trinchera defendida, es que se venian todas las dificultades y de que es imposible superar. Dudo que se hallan opiniones de que la fuerza del raciocinio, se ogean al misterio, después que se han derribado con mucha fecundidad y aparato de ciencias en las ideas que pueden serles favorables, cuando se les hacen objeciones que no tienen respuesta, entonces se hacen modestos, confiesan su ignorancia, y se uocan á las vias de Dios desconocidas y á la profundidad de sus acciones. Mas simple seria decirle desde el principio, y renunciar llanamente que no es posible saber ni creer nada con seguridad.

Yo os he hecho un raciocinio muy simple y mucho mas evidente que vuestras pruebas. Yo os he dicho segun vos mismo, el fin de la resurreccion, era convencer al mundo con este milagro del Evangelio y de la religion cristiana; la resurreccion como se ha hecho no lo ha conseguido, y hubiera podido conseguirlo si hubiera sido pública y patente. No se puede pensar que un Dios sabio no tome las medidas propias y eficaces para lograr el fin que desea luego esta resurreccion no vias de Dios, si lo que es mas cierto, no es verdadera, y vos, un vez de responderme directamente, en vez de hacerme algun grado de confianza, en vos de explicaros claramente qué motivos ha podido tener Dios para no hacerlo tan útil y tan público como las razones me dice que podia hacerlo para conseguir su fin, os angustia el recurso ordinario de los que no tienen razon, que es la limitacion de vuestras ideas y la incomprendibilidad de los caminos de Dios. Esto se encubre en lo oculto, y os es glorioso.

—Como, señor. ¿Yo me equivoco en la necesidad, cuando os he probado con pruebas tan evidentes y evidentes que Jesucristo resucitó? Me parece que en esto no hay necesidad y que no puede haber nada mas claro ahora, me preguntáis.

—Es verdad que me lo habeis probado, y debo confesar que vuestras razones son positivas, naturales, y convincentes, que me rindes, y que mi razon no sabe resistirles, pero, para siempre mi convencimiento antes no bastaba, pues desde que cambie que esto no es conforme á la bondad y á la sabiduría de Dios, nada puede ni debe persuadirme.

—Pero no puedo engañarme en esta convicción? No debeis decir una cosa: pues el hecho está probado, Dios dice á cada vez, y para lo hizo, es claro que así debia de ser.

—Con esta medida yo no puedo equivocarme, seria mejor que serais con indignacion y los alamos de la profeticidad divina. —Se podrá discutir de todo, pero con modestia y con la sonda en la mano temerá adelante hasta que me alcance la luz que nos alumina, pero cuando ésta nos alcanza, nos detendremos, no hacemos un paso mas por temor de precipitarnos, y nos contentaremos con andar en el espacio que tenemos ya conocido.

Por ejemplo, yo tengo bastante luz para saber que Jesu-

crato ha resucitado. Vos me preguntáis ahora, que qué os tranquilizó de otra manera? Aquí la luz me falta, porque no sé, si Dios me ha revelado los motivos que tuvo, pero, como por otra parte, tengo bastante luz para saber que Dios hizo lo que mas convenia, no dudo que para resucitar de esta manera, fué ella sin duda la mejor.

Vuestra razon ingenua y curiosa viene á decirme: pero si hubiera sido pública, se hubiera perseguido mas. Yo indigo, no lo sé, vos me replicais: pero para convencerme es necesario que me persuada, que esta conducta no es digna de Dios ni contraria á su sabiduría. Yo respondo: Vos debéis suponerlo, aunque no se lo pueras; á la figura de vuestra imaginacion y observad que yo no seguiré nada en descubrir las razones, por qué Dios preferió esta resurreccion secreta á la pública; porque, como son infinitas las razones con que puedo temer, vos podreis imaginar algunas otras que os parecerá mejor; y cuando, por ejemplo, hubiera resucitado en la plaza de Jerusalem, podriais preguntarme por qué no resucitó en la de Roma, y así hasta lo infinito.

Si para creer una verdad no bastara la evidencia del hecho, sino que fuera necesaria tambien la de los motivos, no podriais creer ni las mas visibles fenomenos de la naturaleza, ni ninguno de los hechos históricos, ni veros, ninguno de las verdades morales, porque yo me podria temer, evidencias bastantes, si de los recursos laterales de un juicio, ni de los motivos secretos que los precedieron, ni de los principios que se fundan.

No hay cosa en que yo no podria replicar vuestro raciocinio. Yo os probado con vuestro mismo argumento que la religion natural es un fábulo, porque os diré el fin que podía tener Dios en inspirar la religion natural, es hacerme conocer al hombre, para que éste se libere y se tribute el culto que le debe. La religion natural tal cual es no lo ha conseguido, pues vemos el mundo lleno de ritos absurdos, de ceremonias ridículas, de sacrificios execrables. El instrumento dice en su oracion: no hay Dios, y otros no meos impudentes dicen: que el Señor ha abandonado la tierra á sí misma y no se ocupa en lo que hacen las hombres. Añadir un cierto que Dios lo hubiera conseguido si se, los hubiese manifestado en una manera mas pública, ó patente, no se puede pensar que mi Dios habia no tenia las medidas propias y eficaces para el fin que desea luego la religion natural ni vuestro de Dios, ó lo que es mas cierto, no es verdadera.

—Que el mismo argumento es probar que nada es cierto, que nada es bueno, que nada puede venir de Dios, porque, como se ve por todo es imperfecto en el mundo, y por otra, los alamos de la razon son bastante limitados, cuáles las vislumbres de la imaginacion son infinitas, siempre viles, esta en los delirios de un frenesí conjetura que una cosa pudiera ser mejor, concluidos que no es de Dios, y querria que probar que esta suposicion del mundo no es obra de un mundo, porque no se cumple el fin que Dios le hizo, pues los viejos, y que Dios hubiera podido fácilmente hacerle mejor.

—Adónde me llevaria, señor, vuestro raciocinio? Como yo temiera de creerlos mas salidos que Dios, y de aceptarlos á convencer mi espíritu? Como oscuras decir que una cosa es mejor que la que vemos? ¿Quisiera veces una engañadilla? ¿Temerá bastante motivos de la totalidad del



masado, para juzgar bien de cada cosa en particular; poseemos bastante las relaciones y relaciones con que está enlazado el universo, para discernir lo que es mejor para la especie humana; si tenemos aun idea justa de Dios, podemos hallar que no tenga razones justas, sabias y santas para hacer todo lo que hace aunque se escondan a nuestra inteligencia. Sus pensamientos están más lejos de los nuestros que el cielo de la tierra; nuestra soberbia debe desgraciarse, sin que jamás pueda satisfacerse nuestra curiosidad. ¿Quiéndonos poder hacer? Yo os lo repito: ser prudentes y moderados, aprovecharnos de las luces que nos da, pues basta á entendernos en esta vida, y á dirigirse bien á la otra y adorar con rendimiento los secretos que no ha querido revelarlos.

Pero para acabar de tranquilizar vuestro espíritu, procuraré con la debida reserva, y respeto decirme algo de lo que pueda alcanzar nuestra débil comprensión en estos arcanos escondidos; y lo que voy á decir puede responder tanto á la inocencia que he hecho de la religión natural, como á lo que habéis dicho contra el secreto de la resurrección. Pasad, señor, y esto se ve por los efectos que Dios ha querido por razones de sabiduría y de bondad, que tanto la religión natural como la revelada tuviesen en sí mismas tal carácter de claridad y evidencia, que el hombre fuera necesario, si no le reducía el culto que le debe.

Por eso ha hecho en la profecía, que las ideas propias, las sentencias interiores y todos los objetos que le rodean, le traigan al conocimiento de su Creador, á fin de que lo conozca y le adore; y por eso también en la religión revelada le ha revelado de palabras tan claras y evidentes, que es imposible que la razón pueda cerrar los ojos á su luz. Yo he manifestado muchas razones con motivo de la resurrección, y quisiera manifestar otras muchas si quisiera; en todas ellas que Dios ha derramado la luz á manos llenas, tanto para que la humanidad conozca que la religión es obra suya como para instruirlos de lo que debían creer.

Esto era digno de la bondad de Dios, porque habiendo criado al hombre para conocerle y adorarle, era tan lógico que le diese en la religión natural todas las luces y sentencias necesarias para que conociese y adorase su existencia, y en la revelada todas las pruebas que podían acreditarle su divino origen, y todos los argumentos que le enseñasen lo que debía hacer para adorarle como quiere ser adorado. Esto es lo que ha hecho Dios en abundancia, y en esta parte todo es luz, todo es claridad.

Pero no ha querido comentar su omnisciencia, y lo que es más, ha querido también ejercitar en sí, por el mejor obsequio que puede hacer el hombre á Dios cuando está seguro que habla, es creer lo que le dice y sujetar á pesar de las repugnancias de su razón y de la aparente oscuridad de sus ideas, que Dios tiene superiores razones para todo lo que hace.

Supuesto este órden ó economía era necesario que en una y otra religión hubiese una parte muy clara y otra oscura, y esto es lo que hay. Todo concurre al hombre de la existencia de su Autor; los cielos se lo precisan y la naturaleza se le dice con evidente voz. Así no hay necesidad, por bárbara é insensata que sea, que no reconozca y adore la divinidad, pero como al hombre por otra parte es libre y sujeto al error, muchos han caído en absurdos vergonzosos. Se puede presumir que si Dios hubiera querido manifestarse de

una manera más palpable, si hubiera querido imprimir en sus almas un idea más clara de su grandeza y majestad, se hubieran desmentido muchos.

Pero nosotros que conocemos su sabiduría y su bondad y que no podemos descubrir sus motivos secretos, solo podemos decir que Dios tendrá buenas razones, que quizá ha querido que con esta menor luz puedan adquirir la felicidad que les prepara; porque con mayor luz no hubiera mérito ni ejercicio de virtud. Y sobre todo, diremos que Dios ha dado luz suficiente, que si se han desmentido es por su culpa, y que son increíbles de no haber seguido la luz que tenían, pues era la bastante.

Ve aquí lo que se puede aplicar á la religión revelada, y ve también aquí lo que puede responderse á vuestro argumento sobre la resurrección. Todo me prueba con evidencia que Jesucristo ha resucitado de la manera que me lo refiere el Evangelio. Vos me confesáis que las pruebas son claras y convincentes y esto me basta. Después venís á decirme que si la resurrección hubiera sido pública, se hubiera persuadido mayor número de judíos y seguido mejor su fin; yo no voy esto tan claro; pero cuando lo digo, debo repetir lo que yo dije para una y otra religión.

Que yo, que conozco la bondad y sabiduría de Dios, pero que no alcanzo los motivos secretos de su conducta, no digo que no tenga buenas razones para hacer lo que hizo; que quizá no ha querido darnos más que esta luz para que con ella lográsemos mayor felicidad, porque con mayor luz no tendríamos ninguno el obsequio de nuestra fe. Sobre todo, diré, que el que ha visto las pruebas de la resurrección de Jesucristo, tiene ya luz suficiente, y que si la abundancia, porque así se lo da otra mayor á gusto de su arbitrio, es necesario por no haber seguido la luz que ya tenía y que era bastante.

— Vos me habéis temblado, padre, y comienzo á desconfiar de adelante con vos un poco, porque tenéis respuesta para todo, pero explícame solamente por qué si la resurrección de Jesucristo es verdadera, no han hecho mención de ella los autores profetas? No es esta una grande presunción de su falsedad? porque, padre, si ha habido en el mundo un prodigio semejante, un hecho único que no tiene semejante y que es capaz de sorprender y espantar al universo, es posible que se haya de esta naturaleza si está fuera de la tierra, no deja de alentar á toda la tierra, y no era posible que le olvidase ninguno de los autores contemporáneos, ni hubiera reído, perseguido ni tinto que no lo hubiera en sus escritos y lo grabase en sus anales por testimonio á la posteridad como un hecho tan increíble como nuevo.

Y no me digáis que este silencio puede venir de olvido ó del desprecio con que entonces Roma y las demás grandes naciones miraban á los judíos. Yo sé que estas eran muy despreciadas y que se hacía poco caso de lo que pasaba entre ellas; pero á pesar de esta razón, si fuera cierto que en sí contaría hubiera existido un suceso de esta especie, su novedad, su estruendo, su importancia hubiera propagado la noticia por todas partes y la hubiera llevado hasta los palacios y los tronos.

Podéis imaginar que si fuera cierto que ahora resucitase un muerto en la aldea más oculta de la provincia, la ociosidad de su cura impediría que su noticia se derramase por todos los espacios de la tierra? Sería, pues, mala excusa el desprecio general de las naciones para los judíos, porque se

to no bastaría para ignorar, olvidar y no escribir asunto tan extraordinario.

De donde viene, pues, que tantos autores que han hablado de tantas cosas y de tan poco momento, no han dicho sus palabras de esa resurrección semejantes? Porque los santos que hablaban de ella, fueron algunos pocos judíos, que los cristianos llamaban apóstolos y evangelistas. ¿Quiénes son estos? Hombreros bajos, ignorantes, discípulos de Jesucristo, por consiguiente interesados, que escriben en secreto, que no escriben para las demás naciones sino para ellos mismos; pero se publican sus mismos libros, y lejos de comunicarlos, era un delito entre ellos mostrárselos á los gentiles.

A vista de estas indisplicables circunstancias, ¿qué me dice mi razón? Que si los hombres ilustrados que escribieron los anales públicos del mundo no escribieron este hecho á pesar de su importancia y singularidad, es porque no fue cierto, porque en caso de serlo, no puedo suponer que lo ignorasen, y que si algunos judíos lo escribieron, así como quisieron hacerle creer á sus descendientes por la gloria de su Maestro y por la que ellos mismos creían hallar en crear una religión nueva, pero que astutos y prudentes, considerando que no podían hacer creer desde luego un milagro que no existía, se contentaron con escribirlo y derramarlo al principio entre ellos mismos, esperando que el tiempo fuese poco á poco extendiendo y acreditando la impostura, y que así después y cuando ya no hubiese quien la pudiese contradecir, se pudiesen entonces manifestar sus arcanos.

Vos diréis que yo hago una novela bonita, pero yo os diré que esta manera oculta y misteriosa con que los Evangelios corrieron solo entre los nuevos cristianos, esta presunción hasta castigar y matar con horror á los que los comunicaban se hubiera, así como tener que no iban de buena fe y que había algunos aludidos en sus escritos. La verdad es que es oculto, y si la resurrección era tan cierta, ¿por qué escondieron tanto el libro que la refiere? Yo no lo entiendo, pero aunque vos me respondáis finalmente á todo, yo parece difícil explicar el proceder oculto de los primeros discípulos de Jesucristo, y mucho más el silencio absoluto y general de los autores profetas.

— Vuestro objeción, señor, parece justa y contiene varias partes; procuraré satisfacer á cada una con separación. Primero responderé en general que todas estas nuevas objeciones son también negativas, y que ya hemos visto que los argumentos negativos no prueban nada por sí mismos, y que nos pueden probar contra pruebas positivas.

Pueden haberse observado de paso, que es una grande presunción en favor de mi causa y muy contraria á la vuestra, ver que después de muchos esfuerzos no se pueda presentar contra la resurrección ningún hecho positivo, nada que tenga apariencia de prueba, nada que pueda destruir ninguno de los que nosotros alegamos, nada que pruebe ó que muestre hechos tan falsos, ó que no convenga de lo que queremos convencer, ó de que seamos de ellas conclusiones falsas; y esto era necesario para combatirlas. ¿Qué fuerza nos pueden hacer los autores que no han hablado? Los que no dicen nada, nada pueden probar, y cuando produjeren alguna presunción, las presunciones no son pruebas.

Poco voy á responderos directamente, y empezaré por desahogar las náuticas y desmentidas con que queréis cubrir la primera publicación del Evangelio. Vos dais á entender que los primeros cristianos escribían sus Evangelios en secreto para ellos mismos, que los escribían de los indios no convertidos y de los gentiles, y escondían en este proceder sospechas contra su verdad; pero el hecho no es cierto, y al hacer esta objeción voy confundida las épocas.

Es verdad que hubo un tiempo en que los cristianos se miraron con punto de conciencia de no entregar sus libros escritos á los gentiles, y que á los débiles que los entregaban los separaban de su comunión, los miraban como traidores y los llamaban con el afrentoso nombre de libelísticos. Sin efecto, los publices de tradiciones que se hizo después tan común en nuestra lengua y que tiene hoy una significación muy extraña, tuvo su origen de la de traductor, que quiere decir haber entregado los libros de la religión de algún gentil, porque las circunstancias de los gentiles que con la apostasía, pero esto fue muy posteriormente y cuando la persecución se había hecho más general, vé aquí el motivo.

Entre los motivos que los tiranos inventaron para exterminar el cristianismo, uno de los más fuertes, y quizá de los más astutos era quitar á los cristianos sus libros de religión para desentenderlos, por este medio los quitaban la facilidad de ejercitarlo, de propagarlo y enseñarlo á sus hijos. El emperador Juliano fue uno de los que usaron de este ardid con más tesón. Los mandaban para entregar los Evangelios para quemarlos, y este acto de entregarlos parecía ya una señal de infidelidad. Muchos débiles los entregaron por tanto, los constantes los defendían y preferían el martirio á siempre cederlos. Ve aquí el motivo y por qué escondían sus libros á los gentiles.

Pero no fue así poco después de la muerte de Jesucristo y el principio de la publicación del Evangelio. Entonces los cristianos, que adoraban un único Maestro, y que sentían que todo en él se contenía, procuraban recoger todos los hechos de su vida, todos sus acciones y hasta los particulares de sus discursos y palabras y formaban un grupo de historia, que es lo que llamamos Evangelios. Como entonces no había imprenta, después que el mundo de las familias multiplicadas en un tiempo, cada una era dueña de escribir la historia á su modo, así como se olvidaba á su arbitrio, según un talento y disposición.

De aquí resulta que estos historias ó Evangelios particulares se multiplicaron muchas veces natural que con el transcurso del tiempo y á medida que se agregaban los sucesos de la época en que pasaron, una elevación poco desigual hubiera introducido en los que se escribían de nuevo hechos poco seguros y con solo el apoyo de tradiciones populares, la Iglesia, que en aquellos tan sagrados años de la curar circunspección y que no quiere que los fechos varían sus libros que toda seguridad es digno de veneración, entre tantos Evangelios distinguió y alzó el centro, de cuyo origen y autenticidad ya se podía dudar, porque fueron compuestos á por añadidos á que consideramos ahora con aprobación de los primeros, y que hallan sido repetidos por todos los siglos desde los primeros días del cristianismo.

Entonces la Iglesia declaró que solo estos debían ser la





inspira las ideas de la virtud y nos da á conocer la fealdad del pecado, que ójos puede haber visto tan nevados? Con que ojos verá las mías, tan parecidas á las tuyas? He estado pensando mi buena estrechez.

Para desentender de sus angustias, volvió á detener mi vista en la especie insignificante de aquel devoto y religioso padre. Su dulor, y penetrante voz resonaba en mis oídos; repañaba en mi memoria su dulzura, su caridad y su paciencia; la comparaba con Manuel, conmigo, con nuestros amigos y con cuantos filósofos conozco que viven dando satisfacción á sus sentidos; en la comparación me libertaba de mis pensamientos. ¡Ay! Volviera á decir, este padre puede estar lejos, puede ser infeliz; pero él es mil veces más dichoso que todos nosotros juntos; él vive en paz y goza tranquilo de su inocente vida, y todos los que me dejan...

A ti se acerca lo que hay en Dios que nos llama desde el cielo, y que nos aguarda para tratar á cada uno según sus obras; y por diferente pondrá entre nosotros. Y desde ahora mismo, como que oyes tan diferentes nobis razones... Cuando este buen padre estuviera engañado, no puede dejar de ser agradecido al hombre que vive con tanta paciencia, inocencia y caridad, un hombre que le hace sus rezos y oraciones secretas porque piensa que le agrada con ellos. ¡Pero cuánto debe serle odioso el que, como yo, no piensa más que en satisfacer sus gustos, con el fin de desahogarse y aun de morirle!

¡Cuán sabe el necioso como los filósofos y el santo hombre y simple cristiano que temen por las acciones, son los que más se juzgan bien? Porque en lugar de reflexionar muy tarde si ellos se casaban ó no. Si ellos se casaban, qué han perdido. Por pocos días de vida se han perdido de varios bienes que no tendrían. Han sufrido mortificaciones ligeras que pesan, y sentido el desprecio de la comunidad, todo lo pasado es nada; porque que se lo que queda después de haber vivido? Pero si no se casaban, si es verdad que hay otra vida eterna y que en ella se pagan los delitos de ésta, ¡Cielo que alteramos tan terrible!

El padre tiene razón. Los pecados nos pesan para ser con tan clara. He pensado y la verdad que me ha pasado me ha pasado. Pero en lo poco que me ha dicho el padre, siento que me ha dicho de que yo no temo la señor justicia. ¡Cuanto que me ha sorprendido y asombrado! Yo creía que para valer la religión bastaba leer á los filósofos y empezar á ver que vivía muy engañado. ¡Pero cómo no reflexionaba que la mayor parte de estos sabios que se desprecian y se burlan de los que la respetan, viven siendo tristes como si no se acordaran cómo no comprendan que no eran parientes de los que se burlan de ellos, y que no puede librarse de los consecuciones! ¡Manuel! ¡Infeliz Manuel! ¡Aun podría él ser virtuoso de disciplina!

¿Y qué este padre que muestra tanto talento y luce, que es más que un filósofo, que eres dichoso? Este hombre, que hace una vida tan austera, está asociando sus inclinaciones de que tan inclinados se desentendían los monjes... Y muchos otros que hacen los mismos ejercicios, como uno que es burlado digno de burlas? ¡Pues cómo son tan virtuosos y humildes? ¿Por que esos filósofos tan tímidos y entendidos son orgullosos, insensibles y avaros, y estos hombres tan creyentes y necios son tan pacíficos, desinteresados y modestos? Un error que produce esos efectos, ¿cuál es? ¿Dónde está la verdad? ¿Dónde puede estar? ¿Dónde está la virtud? ¡Yo me acuerdo al fin de mi carrera, Manuel la termino y no puedo tardar en ir á juntarme con él en el sepulcro.

Yo pasó toda la noche en estas ó semejantes ideas. Mi aplicación era tan fuerte, que no podía sosegar en el lecho, y me fue preciso salir muchas veces y pasear por mi cuarto; porque no me era posible reposar un instante. Ya era cerca de amanecer, y á pesar de mis esfuerzos el sueño estaba muy flojito en mis ojos. La angustia me circulaba como un torrente por las venas, y un calor extraordinario me hervía las entrañas. El día, después de largas ansias, vendió por la fatiga, cerró los ojos á la luz y se autorizó con sus sentidos.

No creo que durara un cuarto de hora mi exaltación; pero este cuarto de hora fué terrible. Lejos de sentir la calma de aquel dulce reposo que sirve de descanso al trabajo, sentí una agitación tumultuosa del trabajo, y sentí una desolación de toda mi potencia. Al instante me acordé de las imágenes fantásticas, de esas cosas fantásticas que me llamaban de broma. Me pareció que me hallaba en una fantástica región, en que reinaba un triste y vago silencio; no sé más que que, tan las finuras y elegancia que se ven en algunas partes, pero dentro de las tinajas y espejos de que estaba cubierta.

No diré que me hallaba en el sitio destinado para que habitaran los muertos. La profunda inmovilidad de cuanto allí yacía, añadida al borramiento y bigubre aspecto de cuanto se miraba, produjeron en mi alma sensaciones de horror. ¡Pero cuánto creía mi soledad cuando ví que las tinajas se movían, que se habrían los sepulcros y volaban en el aire espeluetos animados, que, con semblante alegre, no se horrible, corrían prourosos y se mecían en los vientos con los otros!

Tanto temo el aspecto tétrico, el que me habia de tanto, al que me acordaba y espantaba todos aquellos ojos rojos, y cuando pasaban cerca, me arrojaban gotas de solera y fúer, como si me indignasen de verme todavía con vida y que no lo acompañase ya en su triste suerte. Me acordaba que algunos decían en voz baja: no tardará. Observaba sus semblantes; pero estaban tan desfigurados, tan deshechos, que no los podía distinguir.

En esta voz un grupo que se alzaba contra mí, viene con tal impetu, y me arrojan tan de cerca, que me parece imposible evitar la violencia de un choque. Quiero huir, y no puedo; mis miembros torpes y embargados no obedecen á mis deseos, ni aun el temer lo puede fuerza á la fuga y me arroja después de mi vida. ¡Pero cuál fué mi espanto, cuál mi dolor, cuando entre los que estaban á la frente veí, como que distinguí al infeliz extranjero víctima de mi propia mano, que palido, descolorado y con los ojos llenos

de furor, me abalanzó y quiere con mi muerte vengar la que yo le he hecho!

Aparto los ojos para no ver el golpe que me va á descargar, y veo por el otro lado á mi amigo Manuel que no parece descolorido y horroroso, pero todavía me es contrario y feroz, me amenaza también con mayor furor. Yo hubiera sido víctima inevitable de su furia si me voy separando que me iba estrechando, no los hubiera desahogado, gritando: No es tiempo todavía; presto, presto.

Al instante todos aquellos dolores y espectros huyen prourosos y se vuelven á esconder en sus sepulcros, desaparecen todos los fantasmas, cesa todo el horrible y tumultuoso rumor, y empieza otro nuevo y pacífico silencio parecido á la inmovilidad de la nada; pero no dura mucho, porque poco después oigo salir de la interior de los sepulcros gritos horribles, dolientes alaridos que parecen echados por los muertos, á la manera de los que oímos en los tormentos. Aquella región se transforma en un teatro de agonías en que solo se escuchaba el llanto y el grito del dolor. La impresión que sentí fué tan terrible, que desperté con sobresalto, y me encontré mareado en el suelo.

Salí del lecho estremado y desahogado, todos los miembros del cuerpo me temblaban, no podía apartar de mí aquellos indugens terribles de que estaba llena mi imaginación, y aunque cerca de mí á otro lado, me seguían á todas partes sin dejarme sosiego. Me costó mucho trabajo y mucho tiempo poder tranquilizar la inquietud de mi ánimo, fué necesario que me retirara á mi filosofía y dejara como de todas las luz de mi razón para volver en mí y reflexionar que mi sueño no podía ser más que el efecto de una fantástica agitación y el delirio de una imaginación exaltada. Me acordé de mi fea y que me hallaba de horror terrible, produciendo mis impresiones tan profundas, así me propuse desahogarme y no decir al padre nada, pareciéndome que esto podría darle una mala opinión de mi espíritu.

Pero aunque conseguí dar alguna calma á mis sentidos, me costó muy mucho. Sea que la fealdad me quitase las fuerzas ó que el llanto y la tormenta de la noche me hubieran abatido, apenas tuve bastante refresco para volver al lecho, y no me hallé en disposición de levantarme; de modo que cuando el sueño vino á la hora ordinaria, se sorprendió de hallarme acostado todavía. Se llegó á mi cama con ademán abultoso é preguntarme el motivo de esta novedad, y yo le dije que habia pasado mala noche, pero el deseo de advertir mucha alteración en mi semblante, para observar que se desahogaba el sueño y que me interesaba bastante y temeroso quisí desahogarme de la causa de mi indisposición.

Entonces le dije: ¡Ay, padre! ¡qué mal me habéis hecho! Yo vivía tranquilo, nada era capaz de alterar la quietud de mi alma, y me paró; que hubiera tenido bastante fuerza para resistir sin inclinación todas las obscuridades de la fortaleza y de la vida; pero vos habéis venido á levantarme desde que me tendí, y á excitar mis inquietudes que me me atormentaban, y vos servís la causa de todas las angustias que puedo tener en adelante, vos me habéis hecho un mal eterno, y ciertamente jamás os lo podré perdonar.

—No es esta mi intención, señor, y yo fuera muy infeliz si pudiera culparme de haber turbado un instante de vuestra vida. ¡Pero no es bueno conocer el peligro que os señalo; que es útil conocer la verdad para seguirle!

—Yo sé que las grandes palabras con que se abalanza á los necios, el peligro, la verdad. Todo esto suena mucho, y no significa nada. Pongan, ¿cómo puede estar cierto de nada? Lo que yo digo es que todas esas cosas pueden bastar para excitar, temer el peligro, pero yo basta para hacerme creer que podrán darme una idea de lo que llamo verdad sin que jamás pueda tener fuerza bastante para obligarme á abandonar todo por seguirle; así, lo que pudiera conseguir se daría por inútil y temeroso. Vos me turbáis en la posesión tranquila de mis ideas, vos turbáis la gloria de hacerme feliz; pero jamás conseguiré persuadirme de manera que me crea culpable y á la vez el alivio de todo con sacrificio de mucho tiempo y amor, para seguir vuestros sistemas, que si pueden ser ciertos, también pueden ser falsos. En fin, vos podéis cansarme todos los instantes sin proveerme nada de las ventajas y en cosa palabras, buenas, malicia sin su poder jamás hacerme bien.

—Pero, señor, en materia de esta importancia, cuando no hubiera más que el menor grado de probabilidad, la mejor visibilidad de apariencia, la inmensidad del castigo...

—Vosotros, las buenas gentes, los devotos, los santos, os indignáis que con una palabra todo está dicho, y que desde que habéis pronunciado que es prudente tomar el partido que seguiré, no hay más que poner manos á la obra y andar adelante. Vosotros os teméis el castigo, nada os sirve de utilidad la causa, ya está hecha y nada os importa para lo adelante. ¡Pero podéis imaginar que todos son así? ¡Podéis figuraros que todos tienen las ideas tan claras, las percepciones tan ósculas, que han de percibir las cosas del mismo modo que vosotros?

—Pero bien, si os explico que desde que un padre convence con tanta evidencia que obligará á un hombre á que se mude por dentro, que cambie su cabeza, que se arrojara el corazón, que se desahogara todas sus opiniones, sus gustos, sus inclinaciones en fin de todo lo que forma la sustancia de su existencia, sus hábitos, sus que asociarle, porque sin hacer que consigo puede experimentar felicidad, no podrá obtener más que la triste satisfacción de asegurarse sus placeres, y si en el fondo le fuera bueno, solo lograría el beneficio más culpado.

Ya entiendo, Teodoro, que esta loco cuando os habla de las penas de la religión y de la virtud, vuelve á ellas. No ignora lo que cuesta á la razón someterse á la fe y vivir siempre en oscuridad; todos los padres como la cristianidad á la soberbia de un rey tan grande como la cristianidad. Se que éste es un castigo superior al hombre, y que jamás la naturaleza ha podido concebir cosa tan mala; pero lo que élis no puede por sí sola, lo puede con la gracia de Dios. Y Dios puede...

Yo sé, señor, más difícil es que un hombre que está libre de las penas de la religión y de la virtud, vuelva á ellas. No ignora lo que cuesta á la razón someterse á la fe y vivir siempre en oscuridad; todos los padres como la cristianidad á la soberbia de un rey tan grande como la cristianidad. Se que éste es un castigo superior al hombre, y que jamás la naturaleza ha podido concebir cosa tan mala; pero lo que élis no puede por sí sola, lo puede con la gracia de Dios. Y Dios puede...

—No es esta mi intención, señor, y yo fuera muy infeliz si pudiera culparme de haber turbado un instante de vuestra vida. ¡Pero no es bueno conocer el peligro que os señalo; que es útil conocer la verdad para seguirle!



¡Ay, señor! un pecador verdaderamente convertido es un magnífico espectáculo para el cielo. Solo era el mayor contento de Dios y de su Criador pero apenas movido por la gracia, abra los ojos y concorre su tierra. Dios se complacía en llenarlo de todas sus riquezas. De vano de lim lo eleva á vaso de elección, le transforma en apóstol de las gentes, y el que era persecutor de la religión, es el instrumento que la propaga con más fruto.

Pero dejemos ejemplos que están lejos de nosotros y que se pudieran multiplicar sin fin. ¿Cuáles fueron entre nosotros quienes que habiendo bebido el veneno de la incredulidad y después de haber sido largo tiempo escudalosos y profanos, son hoy cristianos sencillos? ¿Cuáles hoy dan gloria á Dios y á Jesucristo, que fueron muchos años sin menearse más que en el pecado? ¿Parece que Dios quiere sacar una nueva gloria mostrando el poder que ha tenido en dolerlos las carnes más infelices y temerosas.

Nada es tan eterno ni tan repetido en los divinos libros, como este amor, este desee, esta tierra sollicitud con que Dios señala la conversión de los pecadores. Aborrece el pecado, porque la ingratitude y la malicia son incompatibles con su pureza y santidad; pero bñese por el mismo al pecador, y mientras le deja la vida, que es el tiempo de la misericordia, no solo verá con los brazos abiertos para perdonarle, sino que le excita sin cesar sus sentimientos interiores, para que impulse su penitencia. El pecado le da el dolor de aquel amante, pero el Señor no se satisfe, á la puerta se levanta allí la voz con latidos secretos, con inspiraciones amorosas.

El Salvador nos ha repetido esta verdad en los discursos de su misión divina. ¿Qué imagen la del hijo prodigo y del hijo perdido? ¿Qué habla con el peso de su misericordia, devala por su vergüenza y sus recordamientos, vuela á los pies de su padre que obrada en un momento todos los errores del más depravado de los hijos, sin traer un instante cede al impetuoso asombro de la naturaleza y de la sangre como si amara la hubieran ofendido, se arrojó con ardor sobre esta amada y tanto tiempo pedida parte de sí mismo; ignora nada de los que se hace por su amor, pues su tierra fidelidad nos cuenta con exactitud hasta los más pequeños sacrificios.

Es imposible, Teodoro, que yo te repita todo lo que el padre me dijo en este asunto; porque después me hablo del buen ladrón; me dijo lo que dice el Evangelio de la alegría que hay en el cielo por la conversión de un pecador, una vida todavía que le que produce la perseverancia de cien años, en fin, me dijo tantas cosas, que no era posible referirlas todas. Por otra parte, te confieso que yo no he obrado enteramente mi alma para recibir su impresión; así, era indispensable que pudiesen conmigo una gran parte de su efecto. Mi corazón, todavía mal dispuesto, no se prestaba con sinceridad á sus discursos, y lejos de desear la salvación, me los escuchaba sino para encontrar motivos de desaliento y razones para rechazarlos.

Pero, á pesar de toda mi repugnancia, este santo y constante varón no se cansaba, y por espacio de tres días me habló siempre de la misericordia divina, y de la inmensa caridad de Jesucristo para los pecadores, con tal tono de pasión y de confianza, con afeitos tan fervorosos y sensibles, que á veces me sorprendía el corazón y le encon-

magnificencia de los edificios, la antigüedad de los monumentos, todo le era indiferente, nada le detenia ni fijaba, nada le sacaba un instante del profundo y silencioso recogimiento con que meditaba de continuo establecer el reino de Dios y la salvación de las almas sobre la ruina de los errores y de las pasiones de la tierra.

Pero cuando sus ojos reposaban sobre algún objeto que pertenecía á este mundo y magnífico desiado, cuando este pastor soberano circundaba sus ojos desanimada, cuando su espíritu empezaba á volver en ella las primeras tentaciones que empezaban á retornar, cuando veía que iba á caer un enemigo del reino de la corrección, cuando miraba, por ejemplo, á una pecadora tímida por sus escudalosos, que se acercaba de sus muchos errores se apresuraba á decirle, me arrojé á sus pies, los oprimía religiosamente con sus cabellos, los lavé con sus lágrimas y los esguince con sus cabellos, entonces sí que se le ve enfermeza y lleno de sentimientos se decía que inflamado con el ardor de sus ojos, amor y nos quiere hacer sentir toda la importancia de aquel caso.

Basta observar lo que dice y hace en aquella circunstancia para percibir en satisfacción. Parece que tiene delante de los ojos el objeto más grato que le puede presentarse al universo. No es más que un pecador, pero arrepenido, y así lo ha bastado para que le gane el corazón reparar con que interés y como la esposa á la admiración de los asistentes observada como la postura de un humillado, en llanto y los dignos frutos de su penitencia le parecen sublimes y gloriosos. ¿Cómo se manifiesta complacido en esta mujer que está á sus pies, uno de los primeros y más brillantes frutos de su misión divina!

Veá un mujer, dice á los circunstantes, y con estas palabras despierta su atención, como si quisiera dar á este solo, que pasa en la oscuridad de una casa, la publicidad que merece un grande y memorable suceso, y como si quisiera dar valor y dignidad á cuantas circunstancias le acompañan, los hace reparar todas para darlos á entender que todo es precioso en las obras que inspira la gracia, que cada parte agradece tanto como la conversión de un corazón que no olvida nada de lo que se hace por su amor, pues su tierra fidelidad nos cuenta con exactitud hasta los más pequeños sacrificios.

Es imposible, Teodoro, que yo te repita todo lo que el padre me dijo en este asunto; porque después me hablo del buen ladrón; me dijo lo que dice el Evangelio de la alegría que hay en el cielo por la conversión de un pecador, una vida todavía que le que produce la perseverancia de cien años, en fin, me dijo tantas cosas, que no era posible referirlas todas. Por otra parte, te confieso que yo no he obrado enteramente mi alma para recibir su impresión; así, era indispensable que pudiesen conmigo una gran parte de su efecto. Mi corazón, todavía mal dispuesto, no se prestaba con sinceridad á sus discursos, y lejos de desear la salvación, me los escuchaba sino para encontrar motivos de desaliento y razones para rechazarlos.

Pero, á pesar de toda mi repugnancia, este santo y constante varón no se cansaba, y por espacio de tres días me habló siempre de la misericordia divina, y de la inmensa caridad de Jesucristo para los pecadores, con tal tono de pasión y de confianza, con afeitos tan fervorosos y sensibles, que á veces me sorprendía el corazón y le encon-

traba así penetrado. Era en efecto un río de claridad en el aire, su gesto, la viveza de sus ojos, la rapidez y propiedad de sus palabras, el tono de su voz y santidad con que venía sus discursos, todo, en fin, lo que veía en él, se me figuraba una que humano, y como si poco á poco me introdujera sus ideas, cada momento me daba una victoria sobre mí mismo.

Huba instantes en que logrado arrebatarme de manera que casi me escapaba por oírle. Me dejaba como absorto, como embelesado, como si el espíritu de este hombre sobornara continuamente con el mío y le escuchaba con el mismo fervor. Me parecía que acababa su fuerza y su dominio del seno mismo de la verdad; se me figuraba que hablaba de Dios como quien conocía su gloria y había visto ya los esplendores de su luz; sobre todo, escuchaba con interés y con gusto inextinguible lo que me decía de la dulzura y la felicidad con que Jesucristo perdona á los arrepenidos. La viveza con me pintaba el amor, la ternura y los sacrificios de este divino Redentor, inflamaba mi corazón con afeitos tan puros, tiernos y filiales, que casi no podía resistir á su impresión.

Pero había otros instantes en que mi helada filosofía, mis antiguas opiniones, mis envejecidas costumbres, la imposibilidad de creer cosas tan extrañas, y sobre todo la dificultad de emprender una vida tan áspera y desahogada como la que impone el Evangelio, se volvían á apoderar de mi corazón y ganaban el ascendente primitivo. Entonces se esforzaba en mostrarme filósofo, maestro, y estas ideas bastaban á destruir todo el encanto de aquella ilusión.

En uno de estos momentos lídiles le dije: Padre, cómo si deseara ser tan bueno he podido dar una ley tan severa, tan rigurosa, preceptos tan contrarios á la naturaleza, tan repugnantes al corazón, tan enemigas de los sentidos, y que en fin, es casi imposible practicar! El cristiano no vive más que de sacrificios y privaciones. ¿Qué importa á Jesucristo tanto, tan rápida penetración? ¿Por qué ha querido hacerse cumplir la felicidad de la otra vida con las penas y miserias de esta? ¿No sería más digno de su grandeza, siendo Dios, darnos la felicidad en todo tiempo y sin tanta costia?

Yé aquí, señor, me respondió, uno de los mayores obstáculos de la fe. No es por lo ordinario la razón la que se le resiste, es la fuerza del corazón la que no tiene bastante valor para reformar sus costumbres. Los incrédulos se figuran que es un terrible y difícil empeño alistarse en las banderas de la religión. La idea de vivir como cristiano les contrasta, la observancia de las leyes religiosas se les presenta como una ligadura ligeros y amarga que los horroriza, la vida de las privaciones devotas les parece tan grave, tan triste y desahogada, que piensan que no hay en ella un instante de gozo ó de consuelo, y que es necesario un esfuerzo increíble y heroico, para sujetarse á la severidad de los mandamientos que impone el Evangelio.

¡Pero qué error! ¿qué error! y qué desgracia que esto sea tan común! Pues es lo que más generalmente sucede á los hombres en las escuelas del vío. Ninguno hay que sea tan injurioso á la dulzura de la fe, y á la excelencia de los dones que el ejercicio de la religión comunica al hombre justo. Y aunque pudiera decirnos muchas cosas para probaros su falsedad, no os haré ahora más que

una reflexión, porque es muy personal á los incrédulos y á los que se abandonan á una vida de disolución.

Yo no me negaría, señor, que este género de vida conduce insensiblemente á la pérdida de la salud y de las fuerzas; que se ven muchos jóvenes que en el tiempo en que su temperamento se forma y fortalece, ya llevan en sus mejillas marchitas las arrugas de la vejez y están más cercanos del sepulcro que los que han visto cerca la mitad de su siglo; porque las pasiones que no se moderan, precipitan con celeridad en la tumba.

Pero cuando la fuerza de la constitución resiste por algún tiempo á la fuerza de sus impulsos, es cierto que no tardará el día en que sea necesario apelar al socorro del arte. ¿Qué hará entonces? Llamará al médico, ¿y qué puede hacer este? Lo mismo que hará es imponerle el mismo régimen que se impone el Evangelio, y acaso será más pronto que Jesucristo. Es cierto que ordinariamente las mismas privaciones y sacrificios que ahora se hallan tan impracticables, cuando la religión los ordena, declarará que no queda recurso ni esperanza si el enfermo no corta al instante todas las causas que han alterado su temperamento, si no se sujeta á la más rigurosa continencia y á la sobriedad y parsimonia más exacta en el uso de todo.

¿Qué exigirá más, y hasta el sacrificio de las privaciones, porque podrá decir que el efecto de los remedios depende de la libertad del alma; de la tranquilidad del corazón, y que en un momento de entusiasmo de toda vida, desuso ó demasiada de minutos instantes pueden irritar y agitar los sentidos. Así una sola impudencia hará que de repente el mismo que ayer estaba en un uso de delicias, se halle hoy postrado en un lecho de dolor, y se vea víctima de sus pasiones y de sus exultaciones. ¿Solamente se encontrará tan crucificado al mundo, como los más antiguos y santos discípulos de Jesucristo.

¿Y por qué tanto valor y resolución? Porque lo manda un hombre que no tiene más autoridad que la que le da el cielo de la muerte. ¿Cuándo Dios nos habla y nos debemos temer la muerte eterna, sus consejos nos parecen insoportables y no tenemos valor para comprenderlos? El amor de la salud nos obliga á pasar por todo, nada nos acobarda ni detiene; y si deseo de una salud sin término no puede animarnos á los más ligeros esfuerzos. ¿Cuántos enfermos hay en el mundo, que sin retenciones llevan ya sobre sí todo el peso de los preceptos de la fe, que sufren por fuera las privaciones de la fe, que ya hacen lo que parecen más difícil en el camino del cielo, y a quienes se falta la otra cosa que puede con el sacrificio necesario el voluntario, satisficir con un entusiasmado cumplimiento de la naturaleza, y añadir á los vestigios del recovery y de una vida tranquila todas las esperanzas y riquezas de la religión?

El médico, señor, no prescribe los medicamentos sino para restablecer el cuerpo, y el Evangelio prescribe los mismos para restablecer el alma. Si algún paciente repare los estragos que han causado su tiempo y las pasiones, este no solo pretende repararlos, sino impedirlos recomponiendo su naturaleza. Así el Evangelio no solo se la medicina de las almas, sino la perfección del arte que cura y repara nuestros cuerpos, tanto lo es de las ciencias que ilustran nuestro espíritu y de las virtudes que forman el buen corazón.

No hay una enfermedad que no tenga su raíz en alguno

de los desórdenes que el cristianismo produce, y se pudiera demostrar con la mayor evidencia, que si todos los hombres vivieran regidos por la ley del Evangelio, se desentendría de la tierra la mayor parte de los males y accidentes que nos conducen tan presto y tan temprano á la muerte. Se demostraría que por fin se había encontrado la verdadera medicina, que todos vivieran sanos y dichosos, que la muerte regularmente no sería más que la última mudanza de una sana y amable existencia, y que en fin, se ganaría no podría destruirse con violencia, sino con el paso lento y progresivo de la naturaleza y del tiempo.

Preguntad, señor, á los que convertidos á Jesucristo han pasado algunos dias en los ejercicios de la virtud cristiana, y todos os dirán que han encontrado el verdadero reposo, que los sostiene en un punto constante: todos os aseguraran que se resignaron á la vida futura (ya ha hecho vencer tambien á la vida presente). Si se ve el ejemplo de algunos que sobreviven poco á su mudanza, es porque la demencia del imperpetuo de su antigua vida habia multiplicado las fuerzas de su temperancia, y la muerte acaba ya ya malada en susde de sus órganos enroscados. Pero observad que entre los que viven en el finall del mundo y en las salidas de los placeres, no se ven tantos males ni tan robustos como en los hombres que ántes no se hacen una vida religiosa.

En fin, para ver mejor la justicia de la promesa en otro caso, ved como que tantos amantes de la cruz y de la paciencia se salvan, constantemente con el diablo, el ayuno y el trabajo. La muerte allí nunca atreve á acometer aquellas ratas venenosas en quienes el tiempo ha consumido hasta las carnes y cuya vida apenas se arrastra con pasos muy penosos á su fin. Los accidentes agudos y violentos son tan fáciles como las enfermedades ántipáticas. Todos van á la eternidad, pero todos siguen como á otros con una diferencia en las graduaciones de su salud. El mal que quieren de ordinario, si tiene carácter distinguido no se le puede dar nombre; á veces que son hombres y porque es preciso morir, se acaban, se extinguen, y la mayor parte callan el último suspiro, pudiendo á sus hermanos peores de las tumbas que no tienen.

No se muere así en el mundo, no muere así lo que viviera en la igualdad y desorden de las pasiones. Lo que en el retro de una vida cristiana sería una imitación sin consecuencia, es para el que hace una vida impetuosa, no sistema muy serio y peligroso. La fe, una luz hasta para avanzar y caminar un campo que toda fortuna, á sus pies, termina por la rapidez con que la muerte arrebató en la vida. Ayer apenas estaba indispuesto y hoy una lluvia de agua derrora sus carnes, no es sangre sino fango: lo que circula por sus venas lo por es el instante: la razón se turbó, el conocimiento se pierde, la imaginación delira, y si sobrevive deja á los que le lloran el consuelo de saber que murió sabiendo que moría.

Ted, pues, señor, cómo la vida del Evangelio no es tan dura como os parece. Ved que Jesucristo para daros la vida eterna no os obliga más á tanto rigor como es el que prescribió un médico para restablecer la salud temporal. Es bien injusto quejarse de que para tanto bien se nos pedían algunas resignaciones y dolores, cuando el temor de la muerte basta para hacernos abstenir hasta de los más inocentes y moderados. Y se muestra: esta vida

para no conocer que el Evangelio, al mismo tiempo que es la ley que debemos obedecer, es tambien la regla de nuestro bien y el remedio de todos nuestros males. San Pablo decía [1] que la religion es buena para todo, porque á nos facilita la felicidad futura, tambien nos procura la presente. La letanía es que los que no conocen por experiencia la vida evangelica, no sienten la verdad de este discurso, y solo la sienten los que la experimentan y no abren la fe que se les diga.

—Cuando eso fuera cierto, cuando fuera verdad que las autoridades que Jesucristo nos impone no contradicen á su bondad porque nos son útiles y sirven á refrenar nuestras pasiones, ¿cómo podréis sostener que es bueno aquel que vino á espantar al mundo con el dogma terrible de un infierno? ¿Solo aquel que doctrina tan abominable y espantosa? ¿Qué bondad la de castigar á pobres criaturas que nacieron débiles y cercadas de pasiones fuertes con pensamientos irresistibles y eternos que nunca se acaban? No solo no cabe en la bondad, pero ni en la justicia del mas rigido, imitar á un pastor á un hombre que cae enfermo, por infundirle de un instante.

¿Cómo á Jesucristo es Dios ha podido enseñar un dogma tan duro y terrible, si es bueno ha podido enseñar con una pena tan ligera? y en dónde cabe que aquel á quien se supone que atribula la suya bondad, pueda justarse y repetir que misera y distinta los mayores tormentos al infierno que el mismo abusaba al furor de sus pasiones? Hay en esta mostrada doctrina tanta horror, tanta indignidad, tanta injuria á Dios y tanto motivo de desprecio para los hombres, que yo no entiendo cómo ha sido posible irregular á la creencia en cuanto á mí, yo la miro como el sistema mas odioso, mas funesto y mas contrario al reposo del alma. Si yo fuera capaz de ser cristiano, esta idea sola me haria la vida insostenible, pero á fuerza creata yo no soy tan débil, el Dios que yo pongo, abarca no es un tirano, y jamás he creído ni jamás creeré una doctrina tan ridícula como injuriosa á la bondad divina.

¡Ay, señor! y cómo os engañan. Vos no queréis creer en el infierno, y puede ser que á vuestro pesar lo creáis más de lo que queráis. Para quitarse de la vista tan espantosa perspectiva, no basta decirlo ni basta adoptar las costumbres y el estilo de los que apostatan de lo fe. Nada manifiesta tanto que esta creencia reside en un corazón con todos sus terrores, como el interior y el exterior que se quejando destruyas; y yo diría vuestro persuasión, ó la misma vuestra duda, que quizá es una turbulencia en el mismo estado con que os forzais á seduciros. Es claro que os inquieto, pues tenais tan vivo el temor de arrastraros de vuestro pensamiento.

Lo mismo sucede á los incrédulos más débiles. Observadlos y veréis que jamás pueden acordar de sí este antiguo y general error, y aun cuando se les pague del atrevimiento con que se explican, el fondo de su conciencia está siempre temblando y espantado. Contactes la muerte súbita de algun incrédulo impenitente, y los veréis turbarse y ponerse pálidos; os harán mil preguntas sobre todas las circunstancias del suceso, se informarán de la enfermedad, de la edad, del temperamento del difunto, y todo es para tras-

[1] I Timóteo, iv, 8.

quilarse y ver si por alguna diferencia, pueden encontrar motivo de esperar que no les acordará lo mismo: todo es para librarse del terror que el mismo les inspira, con la esperanza de que no serian tan repentinamente sorprendidos, y que hallarían un instante para tomar partido más prudente.

Así, señor, es menester distinguir bien estas disposiciones del corazón, y no llamar incredulidad á lo que no es más que deso de ella y un odio furioso á todo lo que refrena las pasiones. Este dogma no es terrible más que para los incrédulos y malvados, porque no habla más que con ellos, y la religion para ellos lo reserva. En el sistema práctico de la fe ó en el ejercicio continuo de las virtudes, aunque se sabe que hay infierno, no horrores, porque el corazón lo olvida para no pensar más que en la felicidad suprema, que espera por la confianza que tiene en la bondad divina.

Alí, aquel que no pueda soportar esta idea, debe advertirse si ponerse en estado de no temerla, y reunirse con aquellos para quienes en efecto no existe. Este es el único partido prudente, porque el de pretender engañarse á sí mismo con ideas falsas inútiles, no basta para tranquilizarse, para á pesar de ellas, siquiera queda bastante luz para reconocer que un corazón corrompido es digno de castigo, y que la justicia divina se verá abarcar mas allá de su tumba.

El infierno, que tanto temen y consideran á los males, no derrama la temer, marginar sobre los corazones arreglados. El bien cristiano no teme un porvenir desolado, y mientras los incrédulos le riegan agua desde ahora una parte de sus tormentos, que le riegan agua desde ahora la tranquilidad que aquellos desean vanamente, esto es, no teme la amenaza del infierno; por el contrario, espera una felicidad que en ningún caso los incrédulos pueden poseer. El estado de robarse todo excesivo temor y desconfianza, y la dulce esperanza en la bondad divina, son las primeras virtudes del cristianismo. Así, para librarse de los terrores del infierno, es menester en todos sentidos recurrir á la religion.

Si vos pudierais abrir el seno y penetrar los sentimientos del justo que pareciera sus propositos, veriais que esos angélicos eternos que tanto temerian á los villosos, casi nunca turban la dulce alegría de que nada su sereno corazón. Solo se ocupa de la gloria que está preparada para los que creen y confian en Jesucristo ni se acuerda de que en la otra vida hay otro estado que el que se prepara á los hijos de Dios: se alza está tan llena, tan embalsamada con la misericordia y riqueza de las promesas divinas, que no le queda tiempo ni gusto para pensar en otra cosa, no puede dar entrada á ninguna idea de terror, porque está toda ocupada con la esperanza bienaventurada.

Venid, señor, y realidad todos los apóstrofes y las amenazas de esta clase examinad todos sus motivos, y quitad los temores, veidlos en el fondo, en sus sentidas, en sus recordaciones, no veréis que ninguna se funda por el terror de tan espantosos pensamientos, desde que entran en la salubridad de Jesucristo, todo vive con el amor y la confianza. Penetrad tambien esos charros observancia en que se guardó el Evangelio sin relajacion; levanad el espíritu vob que cubre esos inocentes y pura esposa de Jesus, que lejos del mundo y sus delicias que han abundado, consa-

gran su juventud y su inocencia al amor del esposo que se dignó de recibirlas en su seno. Recordad todos esos vivos deseos que se profesa la virtud y se respira los ejemplos. Podrais hallar en ellos almas penitentes que llevan los errores de los pasados extraviados de un vida; pero no encontrarais ninguna á quien consiguiese de continuo la idea del infierno, porque todas han perdido el temer sevell desde que dejaron los vicios que se da á lo mismo que se procura penitencia; pues cuando se está convencido de una verdad es imposible olvidarla tanto.

Pero corred después todos los tenebros profanos, todos esos asuntos palacios en que habita el lujo con el vicio; todas esas sociedades filosóficas en que se derraman las uvas y atrevidas opiniones, allí es donde diréis hablar del infierno como en un tiempo se habla del enemigo, porque se le teme y puede sorprender. Este que para destruirse, se ceta por tierra toda moral, toda virtud, toda religion; pero tan infeliz estero y cuanto tan adelante hacen visible el poco crédito que se da á lo mismo que se procura penitencia; pues cuando se está convencido de una verdad es imposible olvidarla tanto.

En fin, los incrédulos quieren que un hombre infierno, y tienen razón, porque está destinado para ellos; pero si sus deseos ni sus inclinaciones pueden hacer que no sea lo que es. Hallan incompatible la felicidad bondad de Dios con la idea de que castigue con penas inmensables, y eterna á hombres débiles por culpa pecados. Sin duda que el alma se llena de horror cuando considera que un hombre será víctima de un espíritu infernal. Esta imagen nos espanta y horroriza, nuestro corazón se estremee y confundidos la impresión de horror que recibien la fuerza y sensibilidad humana con los reguimientos de la razón, pretendiendo que nuestras averiguaciones naturales sean la regla que debe medir los castigos de Dios.

¿Pero qué nos debe decir el buen sentido? Que si el mismo Dios nos ha dicho que hay un infierno eterno y eterno eterno á los ojos de los que nunca sin haber acordado á su Dios ó sin haber comprendido su bondad, es necesario creerlo. Y que esta es una verdad infalible, pues aunque sea tan terrible para el que la desprecia, Dios, á vista de toda su elocuencia, le deja manifestar en toda su fuerza: vos creéis entonces é ignorais razones inenarrables, sacadas de la bondad divina y de la miseria del hombre, de la desproporcion que aparece entre tormentos eternos y culpas transitorias, y otra mil razones que se presentan desde luego al espíritu, pero vos respondéis á todo: Dios lo ha dicho.

En fin, es este uno de aquellos casos de que hemos discutido otras veces, y en el que el hombre se halla entre dos verdades que le parecen contradictorias y que no lo son, pues aunque no ulicase los medios de conciliación, son verdades y está obligado por su propia evidencia á creer una y otra. Hemos juzgado el ejemplo de la libertad del hombre, que parece incompatible con la promesa divina, y é pensar de esta incompatibilidad, cómo por un lado el hombre sabe, y siente que es libre, que aunque si no sepa conciliar dos extremos que parecen contradictorios, es por defecto de su inteligencia, y que eternamente se concilian, pues existen.

El mismo digo del infierno. Por un lado parece riga condonar por una eternidad á un hombre débil por otro, no podemos dudar que Dios no solo es justo, sino infinita-

mente misericordioso, pero, como también es la eterna, verdad y no puede ni engañarse ni equivocarse, cree como lo más apropiado lo otro, y la razón nos dice que, aunque sea por gracia que está no es esencial, es por nuestra limitación; que el infierno existe pues Dios lo ha dicho, que nuestras leyes de justicia dictan mucho de las de Dios que cuando seguimos los motivos de la suya, no solo halláramos que ha sido justo el rigor con que castiga, sino que su justicia ha sido misericordiosa; que no había condenado que no enmendara la bondad del mal, y que al castigo, es por su propia culpa, pues muestra razón, no puede recibir más que no suponga su justicia y su bondad.

Los ángeles se reúnen en república que Dios es bueno, pero nadie lo duda, y ninguno conoce mejor la extensión de su misericordia que los que adornan los rigores de su justicia. Pero para persuadir que no hay infierno, no basta proclamar la bondad de Dios, es menester destruir, todo la doctrina de la religión, transformar la más indolencia, derribar el más santísimo y sólido de los edificios, y en fin, probar la falsedad de un orden de cosas que ha comprendido todo el mundo, que está enlazado con la historia entera del género humano, y ha llegado hasta nuestros días sin interrupción. ¿Qué hombre en el mundo conseguirá comprender tan bien? ¿Quién no ve que si es difícil conciliar la verdad de las cosas eternas con la bondad de Dios, es imposible admitir y creer por tierra todos los monumentos antiguos que atestiguan con tanta evidencia la verdad del Evangelio?

Vea cualquiera que Dios hubiera criado al hombre necesariamente bueno, que le hubiera cerrado todos los caminos excepto el que dirige a la felicidad, pero vos quisiéramos lo que sería contrario al designio de su salvación, que quisiera hacerle libre. Y en la suposición de darle libertad, ¿qué medida podía tomar más eficaz para que no abusase de ella, que amonazarle con un infierno? ¿Podría ser si fuera posible que Dios en el momento que nos hizo crias, está ahora espantado, huyendo espantado la acción de aquella que da universal con que registra todo lo futuro, ¿podría imaginar que hubiese sido criada tan débil que quisiera precipitarse en él, que nada más activo era posible inventar para que no se aventurara? No se puede llamar libre al que no se le obliga a marchar en una línea donde no puede dar un paso sin precipitarse, pero cuando se le deja el arbitrio de alejarse del peligro, ¿quién puede presumir que no se irá?

¿Qué hombre, si está en su juicio, usará de la libertad que tiene para abandonar la barra que le transporta y ahogar en el golfo que le sepulta? ¿Cuánto menos se debía recelar que dejara la virtud que le salva, para caer en tormentos de que no es posible libertarse? Dios, pues, no podía, puede ni abusar más fuerte, y era como precisarlo en cierto modo a que escogiese la virtud. Solo el freco y la roroca podían arrojarlo al vicio, y estos son accidentes raros que no se deben suponer en una naturaleza inteligente. Y al por su malicia son muchos que se degradan y embriéscen hasta el punto de perder toda razón, si llegan a degenerar de tal manera que sus estímulos que las bestias se precipitan en la muerte eterna, sea puede improprio a Dios no haber hecho lo que era menester para hacerlos felices?

El hombre no tiene estímulo más fuerte ni aliento más

necesidad más imperiosa que la de amarse y de ser feliz, esta es el deus más íntimo, más vivo y más insuperable de su corazón. ¿Cómo, pues, se le puede improprio desde una eficaz para que sus dioses, que amonazarlo para que no se deje de serlo con penas tan terribles que no se puede escapar a ellas sin aborrecerlas, sin ser el más cruel enemigo de su vida, de su alma, y en fin, sin resistir a los sentimientos más increíbles de su propia indignidad? Ad los increíbles horrores del infierno, por lo mismo que son tan terribles, tienen en sí mismos un carácter en que reducen la barbaridad y la bondad divina. Dios nos hubiera amado menos si hubiera hecho tontos por nosotros, haciendo emerger nuestros destinos en una alternativa menos espantosa; porque no fuerza tan urgente nuestro deber de adorarlo y servirlo.

Los mercedos dicen que no hay proporción entre los rigores de tormentos eternos y los límites de la perversidad humana, que el hombre que no puede ser infinitamente malo, no debe ser infinitamente castigado por un Dios justo, y que la pena con que se castiga la culpa debe ser limitada como su malicia. Estos razonamientos parecen victoriosos y los aprecio como una demostración que no permite réplica; pero este error nace de que no tienen una idea bastante clara de la constitución humana, y menos del plan y designios de la religión.

Es cierto que el hombre no es infinito por su naturaleza y su ser; pero lo es por su voluntad y su tendencia a progresar. Todos los movimientos de su alma son un esfuerzo continuo para alcanzar la totalidad y plenitud de la existencia y la felicidad, y como la voluntad es el órgano y el principio de todas sus acciones, éstas tienen el carácter de su origen y se especifican por su naturaleza. Así, cuando la voluntad del hombre rompe la armonía que la más justa y la más irrevocable de las leyes establecen entre sus facultades y los arbotos divinos, no hace menos que romper se fatiga unido con el Eterno infinito, desprecia la infinita fidelidad que está le ofrece, y opera hielos en el mundo halago de otra criatura ó en las hielos de su propia acción, así busca el infinito fuera de la verdad. La justicia divina quiere que le halla, y el infinito fuera de la verdad no puede ser más que el de tormentos y desgracias.

Por otra parte, la íntima unión que Dios decretó establecer entre Dios y los hombres, nos ha sacado de los límites naturales de otras criaturas, nos ha elevado a un estado superior, y en este nuevo orden de cosas se debe poner nuestra atención y debida. El fin de la encarnación fue acercarnos a la divinidad. San Pedro dijo (1) que Jesús murió por Jesucristo dones inefables y preciosos, que nos hacen participantes de la naturaleza divina; esto es, que en virtud de nuestra consubstancialidad con Jesucristo que es Dios y hombre, participamos de sus calidades. Así nuestra bondad ó nuestras virtudes, por nuestra unión con él, adquieren en cierto modo el carácter de una perfección infinita, por eso merecen una infinidad de gloria; pero que si después de haber llegado a tanta altura nos degradamos hasta la iniquidad, adquirimos el carácter de una naturaleza totalmente perversa, que merece ser infinitamente castigada.

Así el hombre por el mérito de la redención es en cuer-

(1) II Pet. I, 4.

ta manera infinito. Jesucristo habiendo merecido en su favor, le ha comunicado derechos infinitos a una gloria infinita. Si se apropiaba de esta gracia, conserváronse fiel en alianza tal sublime, la limitación natural de su ser desaparecer, y no le estaría para recibir una gloria infinita el día de su irrevocable incorporeación en la felicidad divina; pero si la viola y la pierde, entonces no presenta a la vista de la soberana majestad, más que el desprecio y la profanación de esta infinita gracia; y é degradación tan infinita que puede responder otra cosa que un castigo infinito. Si no sufriera eternamente, no fuera tan infeliz como ha sido culpado, porque un delito es igual a la grandeza que lo perdió, y esta grandeza no es otra que la misma de Dios.

Veid, pues, como el infierno con todos sus tormentos equilibra la excecación del hombre, y la religión le supone mucho valor y dignidad, pues le encuentra digno de tan terrible castigo, cuando no ha querido aprovecharse de las ventajas que el hombre no es justo ni piadoso. Decid, por el contrario, que es preciso que el hombre refinado con la sangre del Redentor, transforme monstruosamente los designios del Omnipotente cuando malagra tan altas esperanzas, pues un Dios tan justo y tan clemente no ha podido encontrar menor satisfacción para reparar su desatino, que una eternidad de tormentos.

El premio y la pena son entre sí proporcionales, y corresponden al estado de elevación y orden sobrenatural en que está constituido el hombre y sus acciones morales; y así como la gloria del hombre justo será eterna, también lo ha de ser la pena del malo.

También es evidente que el condenado por la justicia de Dios, le comparezca siempre el odio en que muere, y nunca jamás se arrepiente por un obstinado, y por lo mismo que su malignidad continúa sin fin, su castigo tampoco lo deja. Además, que el premio en razón de ser eterno de Dios de infinita majestad, se considera revestido de cierta infinitud moral.

Ve aquí lo que nos debe decir nuestra razón, cuando no pudiendo dudar de la eternidad divina, tampoco puede dudar de la verdad de un dogma que el Evangelio acredita, y que después de su publicación todos los cristianos han creído. Si la razón orgullosa no le halla conforme a su idea, si quiere medir la justicia de Dios con la pequeñez de su regla, si quiere penetrar lo que no alcanza, si quiere discernir sobre lo que no entiende, y en fin, si pretende juzgar lo que solo debe adorar y obedecer, entonces el buen sentido la debe hacer callar y decirle imperiosamente como Jesucristo al demonio—*¡Érrate ote!*

—Ejército puede estar, podéis, pero todo eso es incomprendible.—Sin duda, señor, pero cuántas cosas lo son sin ser por eso menos ciertas.—Es verdad; pero ésta es muy terrible.—La más terrible de todas, por eso es menester hacer cuanto es posible para que en las manos del Señor no caiga.—*¡Oh Dios!* buena afonimación eternamente a cristianos miserables!—Como es justo, se debe si al mismo el castigo de los delitos.—Pero cuando están hechas, cuando el concinirto llega después del daño.—Como es bueno, todo lo perdona, la penitencia todo lo lava, y su sangre todo lo

borra. No es precisamente el pecado el que lo condena, sino el defecto del arrepentimiento y la obstinación ó la falta de confianza en su misericordia.—¿Quién puede medir el repente sus hábitos, sus costumbres, una epidemia?—Con la gracia mala es difícil.—¿Quién sin estar acostumbrado puede esperar el rigor de la ley cristiana?—Entonces ha dicho que su yugo es suave, porque el mismo ayudo a llevar la carga.

—Pero, juro, para arrepentirse es necesario creer, y nadie puede creer solo porque lo desea. Esta no es obra de la voluntad, sino del entendimiento, nadie puede persuadirse lo que quiere, la fe es un don de Dios y no se adquiere.—Es verdad, pero se obtiene.—¿Cómo que muchos?—Con la oración y con un examen íntimo, humilde y de buena fe.—Puedes, pero que venís que no os niega a nada de lo que está en mí mano, estoy pronto a escucháros.—Explicadme ese plan del cristianismo que tantas veces me habéis dicho ser un conjunto de laceres y de verdades que por sí mismo manifiesta que viene de Dios.

Oa he confesado con sinceridad que las quejas de la reconstrucción me han embarazado mucho, y que he visto en ellas lo que me esperaba ni me parecía posible. Si quisiera probaros con la misma claridad y fuerza los demás artículos, me embarazaría más; pero tengo por imposible penetrar con la misma luz objetos oscuras por sí mismos y sencillos que han pasado en siglos tan remotos. No obstante, véamos. El diño ya está hecho; ya me habéis dicho lo bastante para despertar mis inquietudes y turbar para siempre la antigua tranquilidad de que gozaba; acabad de empoufarme, salgamos de una vez y volámos hasta donde llega mi error ó vuestra ilusión.

No le diré, Teodoro, por qué motivo ó con qué intención tomé este partido; y ahora mismo que lo examino no puedo satisfacerlo, pero tal vez no podía esperar fruto de esta diligencia. Es verdad que era discreto no habitar confesado; pero todavía no me sentía dispuesto a mudar de opinión y menos de convicción. No sé si todavía conservara una esperanza secreta de que no podría desamparar esta parte de mi obra, y que esto me dejaría con ventaja. Quis también lo hice por descubrir un poco de las reflexiones nuevas aunque me opriman; ó en fin, lo que es más cierto, Dios movió a mi corazón sincero, para que por este medio acabase de entrar en el su divina luz.

No he dicho, que al instante que el padre vió que yo mismo le solicitaba para que me explicase el plan y las pautas de toda la religión, un semblante melancólico se cubrió de color y me dijo se encontraba en un mundo celestial. Observé que con un movimiento imprevisto los besante al cielo, y que después, volviéndose a mí, con un espíritu más vivo me dijo: Con mucho gusto, señor. Hay mil cosas que los pudieran hacer mejor que yo; pero pues me lo mandáis y ahora es tarde, empezaremos mañana.

(El padre se fue, y yo quedé como quedé desierta; y poco después me sentí como arrepentido de haber tomado este empleo, que me ponía en la necesidad de contrastar con el padre; pero nada de esto le puedo explicar, porque estoy cansado de escribir. En mi primera le diré lo que me pasó al otro día. Adios, amigo.



## CARTA XI.

## EL FILOSOSO A TEODORO.

Teodoro mío: El padre no otro día empezó a cumplirme un palmar: yo sé lo que me quis.

Señor, la religión cristiana empezó en el mundo, y la verdadera religión no podía tener origen en el mundo. La razón basta para hacerse comprender que un Dios omnipotente, tan justo como justo, no puede criar nada que no sea para su gloria, y que riñiera al hombre, la última y la mejor de sus obras, dotado de inteligencia y de un espíritu inmortar, libre y capaz de escoger entre el bien y el mal, de merecer y de desmerecer, en algo de su voluntad y de su justicia, que le libra del conocimiento de su creador, y le hiciera saber, tanto la regla como debe vivir, como el castigo que le debe tributar, que por consiguiente, la primera obligación del hombre era reconocerle, adorarle, obedecerle y merecer por estas virtudes una felicidad que no puede darse de ser eterna, pues su alma lo es.

Estas son las simples y tan justas que la razón nos dice, las que tanta tania en la religión, pues nos enseñan, que al instante que Dios creó a Adán, se le hizo conocer y le impuso leyes que Adán debió, se dejó seducir y las violó; que Dios le castigó privándole del estado de inocencia en que le había criado, dejándole en manos de su concupis, y condenándole con su posteridad al trabajo, al dolor, y a la muerte.

Pero que este Dios de bondad, que en medio de un mundo jamás olvidó sus miserias, desde entonces le consultó, prometiéndole que si se arrepiera se le daría un hijo de la mujer, que sería el salvador de aquel delito. Ya haré, hijo, en presencia de Adán, al tentador desbarato con la piel de la serpiente, yo haré que tú y la mujer seas salvados. El hijo que naciera de ella destruirá la cabeza, y te pondrá a salvo de la serpiente. Esto es (1), el destruí el mundo, yo destruiré tu pecado, y al destruílo lo que se detrae de ti.

Después fueron las primeras palabras que Dios anunció a los hombres de Mesías, un enviado un salvador que debía reparar los delitos de Adán. El hijo de la mujer no podía ser otro que desmentido. La primer parte de la promesa divina se cumplió, cuando con su interés volvió a la posteridad de Adán que había querido sujetar al imperio del diablo y la muerte, cuando éste, con su sabida astucia indujo a los hijos a la muerte de desmentido.

Es verdad que entonces, Dios, no se dignó de revelar a Adán este consuelo con toda la claridad que se explica con después las profecías, y en la herencia con los sucesos posteriores verificaron estas profecías en la persona de Jesús. Pero tal es el orden de la dispensación divina, jamás revela sus arcanos sino con oportunidad y medida de las necesidades, y en este misterio tan digno de un grande-

za y tan importante para remedio de los hombres, observó esta bien ordenada progresión de luz y claridad.

Reflexionemos de paso cómo a medida que las tiempos se avanzaban y que mostraba necesidad lo originó, fue descubriendo este secreto misterioso, sabiendo de su seno divino, según las circunstancias en que su conocimiento podía ser útil.

A Adán no le dijo sino que enviaría un Redentor para que salvara su posteridad, esto bastaba para su consuelo. Dos mil discipulos y sucesos a un año después promete a Abraham por recompensa de su herencia, que saldría de su presencia aquel Redentor. La misma promesa y en los mismos términos repite a su hijo Isaac.

Pero ¿a un nieto Jacob añadió muchas cosas, pues cuando este patriarca en el lecho de la muerte, cercado de sus diez hijos, les anunció que formará cada uno una tribu, y explicó a cada cual sus futuros destinos, asegura a Judá que el Redentor nacirá de la suya, y le añade (1) que su tribu obtendrá el imperio de Israel, y que no se le quitará hasta que llegase este Redentor que se esperaba. Muchos años después, Moisés, poco antes de morir, dijo expresamente a todas estas tribus (2): Dios suscitó de vuestra nación uno de vuestros hermanos, que será mi profeta como yo, talo es, legislador y jefe del pueblo; y añadió: Escuchadle.

Pero hasta allí todas estas promesas no eran más que generales: porque como he dicho, estando todavía lejos el nacimiento de este Salvador, no era todavía necesario al diablo declarar las señales características que lo debían hacer reconocer, ni indicar el tiempo en que se le debía esperar. Dios no comunicaba sus leyes para satisfacer la curiosidad de los hombres, sino para animar en ellos la fe, la confianza y los deseos que debía excitar la esperanza de este Salvador.

Por eso las prophecías a las circunstancias de cada siglo, y que con cuando se necesitó el sustituto de su adelantado, las fué multiplicando hasta darles al fin con adelantada. Los profetas posteriores fueron muy numerosos, y cada uno anunció un grado más de luz a sus predicadores.

David, que como de la tribu de Judá y como rey de Israel por elección divina, estaba designado en la profecía de Jacob para ser uno de sus sucesores, derramó sudor y grandes lacer para que se le pudiese reconocer. Después vinieron otros, y todos anunciaron señales distintas y muy características que le debían distinguir. Uno anunciaban diversas cualidades y excelencias de su persona, otros profetizaban muchas circunstancias individuales de su vida y

de su muerte, y finalmente, el mas positivo de todos, determinó con precisión el tiempo de su advenimiento.

Pero dejemos ahora este asunto, de que podremos hablar después con mas extensión. Esta breve noticia solo debe servir para observar que desde que Dios hizo entender a Adán la esperanza de este reparador que debía llegar a su posteridad del estrago que era causa, este reparador debía ser el primer objeto de su amor, de sus deseos y esperanzas; que sus hijos y descendientes, noticiosos de esta promesa y tan interesados en su cumplimiento, debían ser los herederos de los mismos afectos, y que en efecto lo fueron todos los que no se olvidaron de Dios ni abandonaron la religión y el culto de sus padres, tales como Abel, Sem, Noé, Job, Melchisedech y otros muchos.

Así pues, rigorosamente hablando, todos estos fueron cristianos, pues todos aguardaban este Redentor, que había de ser el Cristo a el tiempo del Señor; todos aspiraban por este reparador a Mesías prometido, único y común objeto de su amor, de sus deseos y esperanzas, único medio de su felicidad eterna; pues no pudieron por la esperanza de la justicia divina, sino que podían conseguir por la esperanza de este mediador y en vista de sus méritos futuros. Los justos, a quienes después Moisés sacó de la esclavitud de Egipto y condujo a la tierra en que debía nacer y morir este Mesías, también lo esperaban, lo deseaban, y no se pusieron a salvo sino por él.

Así, toda esta nación no solo tenía la promesa, sino que la deseaba y fundaba en el advenimiento de Cristo toda la esperanza de su felicidad; y esto es tan cierto, que los indios descendientes, que después desocho siglos y crucificados con el Redentor virtuoso, lo esperaban todavía, sin mas diferencia de ellos a nosotros, sino que nosotros parámos ya el fruto de la promesa y aquellos no lo hacen y lo esperan todavía. Pero los que le reconocieron y los que antes de su venida lo esperaron, fueron cristianos en su corazón, y unos y otros han hallado en sus méritos el remedio de los males de Adán.

Dejemos ahora estas referencias y volvamos a la historia. Los descendientes del infeliz Adán, herederos de su feaquez, habiéndose multiplicado mucho, se vieron obligados a dividirse y formarse en naciones diferentes, se dispersaron por la tierra, y con el transcurso de los siglos no solo perdieron la memoria de sus sucesos primitivos, no solo olvidaron la religión de sus padres, sino que olvidado de la idea del verdadero Dios, se dieron a la idolatría mas grosera y se entregaron a los delitos inmensos de su concupis.

Los generaciones sucesivas consumieron todos sus esfuerzos y merecieron que se les comunicara la verdad, pues habían preferido la mentira. Pero Dios no usa siempre de su justa severidad, y consulta su misericordia. Después de muchos siglos de oscuridad y de vicio, purificó la tierra por un diluvio, preservó de la general inundación, una familia santa, que fue la del justo Noé, y volvió con ella la tierra de habitantes humanos y algunos otros animales que podían conducir otra vez a los hombres a su primera institución, y preparó los caminos para la venida del Redentor prometido.

Estos designios eran grandes, y para ejecutarlos congreso de entre las nuevas naciones el pueblo que debía ser el diablo, el pueblo hebreo, descendiente de Abraham, a cuya

descendencia lo había Dios prometido, y por eso desde entonces quiso llamarse Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob. A este pueblo constituyó depositario de sus oráculos, promesas y leyes; le encargó el honor encubierto de conservar la religión y de trasladar a todas las edades verdades útiles: lo gobernó por sí mismo, pues aunque también gobernara el universo, en el pueblo hebreo ejerció el descubrimiento del imperio que en los otros ejerce de un modo invisible. Le comunicó una parte del misterio de sus consejos, le hizo saber su voluntad, le dio una ley y le manifestó el juicio que hace de las acciones de los hombres y los castigos o recompensas con que las acompaña.

Lo que es mas admirable y que yo os pido empieza a observar es, que para que estas instrucciones y documentos no se borrasen de la memoria de los hombres y para que al mismo tiempo sirviesen de prueba incontestable a los pueblos futuros, les hizo consignar en instrumentos tan nobles y durables, que la misma nación los ha respetado siempre, y los respeta hasta hoy como divinos; monumentos que existen todavía y a cuya fuerza y convicción no puede resistir la homa fe.

Este pueblo estaba entonces reducido a las doce tribus que habían salido de los doce hijos de Jacob, pero se habían multiplicado mucho, y vivían en Egipto sujetos a la mas miserable esclavitud, y para conducirlos a la tierra prometida, en que debía nacer el Redentor que lo repararía todo, Dios escogió uno de estos hijos, llamado Moisés, a quien nombró caudillo de todos ellos. El Señor se manifestó a este grande hombre mas que se había hasta entonces manifestado a ninguno otro mortal: le habló y le dijo (1): Yo soy el que soy; como que Dios es el mismo, que existe por sí mismo; como que si su vista todo lo que existe no es mas que sombra. El Dios creador de todo, quien ser conocido y que se le adoras con este nombre incommensurable y majestuoso.

Moisés fué pues el instrumento de que Dios se sirvió para comunicarse a los hombres y hacerles saber su voluntad. A fin de que Moisés pudiese probar su misión divina, la revistió de fuerza y de poder, le comunicó una parte de su omnipotencia, diólele virtud para sublevar o le contra la naturaleza siempre que fuera necesario.

Para que no se perdiese la historia de los sucesos primitivos y que pudiese con fidelidad a los siglos venideros, le mandó escribir un libro que refiriese todo lo que sucedería en el intervalo de su propia misión. Moisés obedeció y escribió estos libros. El mismo Dios le dió una ley para el mismo pueblo, en que explicaba tanto lo que debían hacer para vivir entre sí con paz y justicia, como el modo y el culto con que se debía adorar.

Yo me dirás, Señor, que en estoy contando una novela o un cuento, que como puedo saber historias tan antiguas y que parecen absurdas, que cómo puedo asegurar hechos tan fabulosos y extraordinarios, que de dónde he sacado noticias tan interesantes. Pero yo puedo responderles que el libro de Dios y que fueron dictados por Dios mismo, de esos libros que son los mas antiguos del mundo y los únicos que han podido escapar al hambre su origen, su naturaleza y su destino; de esos libros escritos por Moisés, que

(1) Génes. III, 15.

(2) Génes. XLVIII, 10.

(3) Deuter. XVIII, 18, 19.

(1) Exod. III, 14.

fué caudillo de un pueblo, á quien hoy todavía la nación juda reconoce por su jefe y por su legislador.

Por Moisés, que al mismo tiempo que publicó este libro probaba su verdad y la divinidad de su misión con milagros tan indubitables y patentes, que el pueblo mismo que los veía no podía dudar que Dios le autorizaba á dudar poder para ejemplar prodigios tan superiores al esfuerzo humano. Por Moisés, que no podía engañarse ni equivocarse, pues cuando hablaba de lo pasado no refería sino lo que había visto, cuando de lo futuro no refería sino lo que había visto, como si un objeto no era instruir á sus contemporáneos, sino instruirlos como si de aquellos hechos que se referían á la posteridad, para que no se parecieran entre los pueblos la memoria, como se había perdido en los demás, naciones; y cuando hablaba de lo que pasaría en la actualidad, no refería sino lo que todos estaban viendo á cada instante.

Efectivamente, yo lo he sacado de unos libros que ni instante que salieron de las manos de Moisés, fueron respetados de todo el pueblo que los recibía, y que eran compañeros y testigos de todo lo que ocurría; que hoy mismo son venerados y preciosos por sus descendientes, como oráculos y depósitos de la verdad; y que por el sagrado y religioso respecto con que estos los conservaban desde entonces, han podido llegar á nuestros tiempos, intactos y puros, sin que haya sido posible alterarlos ni corromperlos.

Ve aquí, ahora, grandes dudas para obtener la evidencia, y qué curso podrá seguir á su fuerza, si no es posible mostrar al mismo tiempo su legitimidad. Esto es lo que espero conseguir yo al demostrar la autenticidad, la autoridad, la infalibilidad de estos libros, y por consiguiente que es imposible dudar de su veracidad, y que es imposible que se falsificara y corriera como todo lo que se falsifica y corrompe.

Que Moisés haya sido legislador de los hebreos, es un hecho acreditado por las pruebas más seguras, por la tradición más veneranda y más antigua, por los monumentos más respetables y por los testimonios más sólidos y más seguros. Por qué, decía un tiempo, crearon con tanta seguridad que ha habido en otros tiempos personas famosas, grandes conquistadores, excelentes oradores y legisladores, grandes filósofos, etc. ¿Con qué fundamento no dudamos del tiempo de los autores que han escrito ciertos libros? Es porque los contemporáneos no lo han dudado y porque desde entonces la creencia se ha conservado entre los sucesores. ¿Cabe duda de que Moisés no dudase de la legitimidad de Moisés, y que no solo sus contemporáneos recibieran los libros de su mano, los conservaron con respeto y los siguieron de punto en punto, sino que los escritores posteriores los testifican de siglo en siglo, y no hay ninguno de sus libros en que Moisés no esté citado como el fundador de la república judaica y como el primer legislador de la nación.

¿Pero cómo era posible dudar cuando se ve que la autoridad de Moisés y la certidumbre de la historia que ha escrito, eran todo el fundamento de las leyes, ritos, usos, ceremonias, fiestas, sacrificios, y en general de la conducta pública y particular de los judíos? Cerra de veinte siglos habiendo el estado político de esta nación, y en todo este tiempo no jamás reconocieron otras leyes que las de Moisés, ni tuvo otro jefe que el que se prescribió de orden de Dios en el desierto.

Hoy mismo, después de otros mil ochocientos años, sus

descendientes no conocen otra doctrina que la que recibieron sus mayores en los libros de aquel legislador. Que se no este uso de consultar imperios ó han dado leyes á las naciones, cuyo nombre y memoria haya venido hasta nosotros por una tradición tan clara y tan segura, ni que se haya merecido tan universal veneración.

Cuando no hubiera otro fundamento para despreciar los paralogos de la incertidumbre que la imposibilidad de fijar el origen de esta tradición, bastaría para cercarla la boca. Pero hasta los escritores del gentilismo que conocieron la nación judaica, la certidumbre, y sin hablar de muchos de sus libros que se han perdido y que los autores citan en sus obras, los que nos han quedado bastan para acreditarla. Tácito afirma como verdad sentada y no teme ser desmentido, que Moisés vivió en tiempos anteriores á los tiempos en que la filosofía supone sus dioses, sus reyes y sus héroes, por consiguiente muy anteriores á los siglos en que la historia habla de sus legisladores y de sus reyes.

—Estando así, mi parecer que yo podía olvidar muchas especies, sobre todo el orden con que las referir; pedí licencia al padre para tomar la pluma y hacer pequeñas notas que me las recordaran. El padre me lo prometió, y estas notas son las que ahora me sirven para escribirlo en los días de mis vacaciones. Pero ¡ay, Teodoro! ¡cuánto pienso en mi sentimiento! ¿Qué alucinación, que esto, que eleccion la de este hombre sublime y al mismo tiempo que me refirió, que modestia, qué fuerza! Yo apunté lo que había dicho hasta entonces. Me quedé escuchando de nuevo y continué así.

—No es preciso decir que los libros de Moisés son los más antiguos de todos que existen en el universo, y que han sido verdaderamente escritos por Moisés mismo. Estos libros eran ya conocidos en tiempo de Antiocho Epifanio, el más implacable enemigo de la ley y de la nación judaica, también lo era en tiempo de los primeros profetas, pues la institución de los Setenta se separó por ellos parte.

También lo fueron los diez tribus de Israel cuando fueron transportados á Asiria; y fueron tan conocidos como referencias de los sacerdotes, que los recibieron de las diez tribus separadas y que los conservaron tan religiosamente como los judíos. Todos confiesan igualmente haber recibido de Moisés estos libros divinos como una herencia preciosa, como un depósito sagrado.

Que se me explique cómo las diez tribus que se separaron de las dos que eran tan amigas y raras de ellas, pudieron conservar respetando las mismas leyes y viviendo bajo la misma ley, sino porque esta ley y estos libros existían antes de su separación y eran más antiguos que ella; pues es claro que la necesidad que el mismo profeta entre ellas, no permitía que las unas tomaran nada de las otras después de su separación.

Por el contrario, las unas hubieran sido testigos de la impiedad y cambios de su sacrelegia usual, si las otras se hubieran atrevido á atribuir á un legislador alguna cosa que no fuera cierta. La uniformidad de libros y creencia entre dos pueblos tan enemigos y que con tan igual y riguroso celo respetaban todo lo que pertenecía á la ley, prueba evidentemente que aquellos libros, que son los mismos que tenemos hoy, existían antes de la separación de las tribus en la nación entera.

¿Y cómo ó por qué esta nación adoptó y recibió en

nombre de Moisés unos libros que no solo la obligaban á leyes y observancias extremadamente difíciles y penosas, sino que la trataban con el mayor desprecio? Nadie ignora que en ellos se habla de aquel pueblo con desdoro y ultraje, como infidel y rebelde, como ingrato y ciego, como impío é idólatra, como que no hace lo que debe sino á fuerza de castigos, y que desde que se lo dejó de la mano volvió á caer en sus infamias, en fin, nada se dice en ellos que no deba calificarse y sergozoso.

Y si á pesar de tantos improperios los adopta con respeto tan religioso que no hay en el mundo ejemplo igual, y si hoy todavía conviven con él mismo estos documentos de su desdoro é ingratitude, ¿por qué será sino porque se vio forzado á recibirlos por los innumerales prodigios que le orden de Dios hizo Moisés á su vista para acreditar su misión?

Tampoco es posible negar la autenticidad de estos libros sin negar la historia entera del pueblo judaico y todos sus monumentos. Los escritos de los profetas, las salmos de David y los demás libros de la nación, están fundados sobre las leyes de Moisés, como un edificio sobre sus cimientos. Todos se refieren al Pentateuco como á un centro común, todos son como las partes de un cuerpo indivisible que se sostiene en las unas á las otras.

Las diferentes épocas de los judíos son de la misma naturaleza que sus libros. Todas se corresponden y están unidas con líneas indisolubles, todas presentan ó suponen una serie ordenada de hechos públicos, que á su vez verdaderos, no fuera posible imaginarios, y todos personalísimos á una nación entera. En los tiempos de las juezas, de los reyes, de los profetas en fin, desde Moisés á Jesucristo la ley ha sido citada, probada, repetada y grabada en todos los corazones como el único fundamento de la religión, y de la política de aquel pueblo.

Pues de estos libros, había en la nación otros monumentos imposibles de alterar y más propios á perpetuar la memoria de los grandes sucesos. Estos eran las fiestas, las ceremonias y todo lo que servía al culto público. Esta era una historia viva que hablaba á los ojos de la nación. En ella los continuamente los prodigios de su legislador, que la obediencia que debía á las leyes, cuya autoridad se sostenía con prodigios tan indubitables. El arco de la alianza y la otra cosa de más, eran un monumento auténtico é incontestable del aliento entregado con que Dios les había sacado en el desierto.

La vara de Aarón conservada en el arco, había servido que el soberano sacerdotado fué conferido á este pontífice y á su posteridad. Las tablas de la alianza demostraban el establecimiento de la ley. La fiesta de Pasqua, que era la principal y más augusta, recordaba la muerte de los primogénitos de Egipto, la libertad de los israelitas y el yugo del mar Rojo. La de Pentecostés conservaba la memoria de la promulgación de la ley en el monte Sinaí. Estos son hechos de que nadie duda, pues aun hoy los judíos de hoy los celebran.

Ahora os pregunto: ¿es posible imaginar que en medio de una nación grande como un imperio sin autoridad y sin milagros haya podido persuadir á sus contemporáneos, que han aprendido de sus padres sucesos de que sus padres no oyeron nunca hablar? ¿qué pudieron leyes desconocidas hasta entonces? ¿qué celebraban fiestas y cantaban en sus sal-

mos marciales que sus antepasados no supieron nunca?

¿Qué monstruos de opiniones, dice Bossuet, oscastra adajaré el que quiere someter el yugo de la autoridad divina y no reglar su creencia y costumbres sino por su razón particular? Pues podrá dudar que el Pentateuco es de Moisés y si el Pentateuco tan entero como tal de sus manos, es preciso suponer por mejor que los judíos hayan celebrado las ceremonias y los sacrificios que hoy mismo celebran, é que nunca ha habido júbilo porque la existencia de esta nación su está más probada que la de su legislador Moisés y la de su ley, fiestas, templos y altares.

Pero no hay que detenerse en la legislación de Moisés, porque no solo yo quisiera ser aterra á su vista; podemos á examinar si estaba ó debía estar bien instruido de lo que escribía, y si ha sido fiel y cuidadoso en todo lo que ha escrito. No solo me será fácil probar su instrucción y su veracidad, sino también que fué profeta y que escribió inspirado por Dios.

En cuanto á su instrucción, es claro que no podía ignorar las lenguas comunes y generales que ha conoigado en sus libros y que sabía todas. Estas tradiciones eran recientes y casi de su tiempo. Sus primeros años coincidirón con los siglos de Abraham, y el nacimiento de este concurrió con la muerte de Noé, que había vivido y tratado muchas siglos con Metuselah y Lamech, ambos contemporáneos de Adán. Las largas vidas de los patriarcas y el corto número de los generaciones acrecentan mucho el origen del mundo al tiempo de Moisés.

Pero ni siquiera era posible que las ignorase, porque entonces todos los sucesos considerables eran públicos por los monumentos que se les consagraban. Abraham, Isaac, Jacob y los demás patriarcas habían erigido muchos para memoria de sus descomentos. Los santos que se cantaban en las fiestas y las fiestas, eran una herencia continua que no dejaba olvidar los hechos memorables de su historia, su objeto era perpetuar la gloria y la gloria de las acciones heroicas y sublimes.

El mismo Moisés indica en sus libros muchos de estos santos; pero se contenta con citar los primeros nombres, porque el pueblo sabía las otras. También concurran dos sucesos en el primero describió el tránsito triunfante del mar Rojo y los sucesos del pueblo de Dios suspendido entre su agua, en el segundo contó la gloria y la magnificencia del Señor, cuando al pueblo en Jerusalén. Es, pues, evidente que estaba instruido de todos los hechos antiguos que refiere en el Génesis; y como en los otros no refiere sino su propia historia, no podía ignorar los prodigios de que no solo fué testigo, sino tambien el instrumento.

En cuanto á su verdad, confieso que para creer los hechos que refiere, es necesario hacer muchas pruebas, y de su fuerza y energía, que no sea posible resistir á su evidencia; porque cuando sucesos tan extraordinarios, que parecen no caben en la razón ni en la posibilidad, y si para dar fe á una historia ordinaria puede bastar la autoridad de un autor digno, para creer la que es tan prodigiosa, sobre todo la que debe ser de boca á la religión, no basta de merced.

La razón debe decir cuando oye la sencilla historia de Moisés, que no la puede creer á menos que Dios con milagros continuos no la obligue á creerle sus propios hechos por reverencia á la verdad divina; tiene derecho para decir

que el Moisés quiere ser creído, es necesario que Dios le nombre como su espíritu y que anterior su misión con muchos milagros incontestablemente divinos.

Esta es precisamente lo que la ciencia. Enviado Moisés á Egipto para libertar al pueblo de Israel de aquella esclavitud, ejerció un poder absoluto sobre la naturaleza. Frente á la resistencia del obstinado farosario egipcio, y de tal modo terrible, que este príncipe mismo lleno de terror sería el que daría sus peñas á los hijos de Israel para que abandonasen sus Establos que en una misma noche el ángel exterminador daría muerte á todos los primogénitos del Egipto, desde el hijo del rey hasta el del esclavo; que sólo las casas de aquellos israelitas cuyas puertas serian marcadas con la sangre del Cordero pascual, se salvarían de la colera del cielo.

El mismo llena completamente la profecía, todo Egipto florea sus primogénitos, los hebreos son los únicos que no son comprendidos en este duelo infernal. Se les pide, se les traga con purga que rechaza su libertad y que se vayan cuando antes para que estén tan terribles males.

Pero el acontecimiento sucede al terror. Farosario percibe á los israelitas, y estos se hallan entre la muerte que les presenta por delante un mar intransitable; ó la que quiere dar por otra la inmensa cañallera de Egipto que está ya cerca de alcanzarnos. Moisés levanta la mano, toca al mar, y este se abre de parte á parte, dejando el paso libre á los hijos de Israel. Los egipcios intrépidos se arrojan en su seno para peregrinación, y cuando ya están salvos los israelitas á la orilla opuesta, Moisés ordena al mar y este le obedeció: se cierra y se traga á los egipcios, á quienes los innumerable milagros precedentes solo habían servido para acorralarlos de estorbos.

A los cincuenta días de su salida de Egipto y salva ya la nación tan á costa de milagros, llega al pie del monte Sinaí, allí fue donde Dios por el órgano de Moisés les publica una ley con el aparato más majestuoso; allí fue donde suplicaron los legisladores del pueblo las pruebas más visibles de su comunicación íntima con el Señor. *Que inmensa no libro á vista de todo Israel!*

Algunas atrevidas forman el sacrilegio proyectado de suarces á la autoridad y someter al soberano soberbio. Los autores de la rebelión eran Ooof, de la misma tribu de Moisés, y Datan y Abiron, jefe de la tribu de Ruben, hijo mayor de Jaquel. El pueblo les fatigaba y la confusión parecía general; todo amenaza una ruina subversiva.

Moisés quiere estarlo, y acompañado de Aaron y otros ancianos, va á las tentadas de los sedicidos, y dice al pueblo que se había juntado: Alejos de los sacrilegios no tengan á nada ojo, para que no se añadan sus castigos presto, verán que es Dios el que os habla por mis labios y que nada hago por mí mismo. Escuchad.

Si estos rebeldes acuerdan, me los donas herencia, me es Dios el que me envía; pero si por un prodigio me ejemplo la tierra se abre debajo de sus pies para tragados vivos y tragarlos todo lo que es suyo, no dudaría que es Dios el que castiga su rebelión y sus blasfemias. Dijo, y al instante la tierra se abrió y se los traga con sus tiendas y todo lo que les pertenecía. Los infelices se sumergen en los abismos eternos, y la multitud aterrada con los gritos y los alaridos que les oye, huye presurosos para que la tierra no los trague con ellos.

Si estos hechos y otros de la misma especie son ciertos, ¿quién podrá dudar que Moisés obraba en el nombre del Señor? Y si no son ciertos, ¿cómo ha sido posible que los crean más de ochocientos mil personas que aquellos libros citan como testigos de vista? ¿Cómo esta misma persona en cuya presencia se asegura que pararon, han instituido fiestas para celebrar y perpetuar su memoria? ¿Cómo todas ellas se sujetaron á una ley dura, inhumana y severa, que no tenían otro fundamento para guardar que era Dios, más que la certidumbre de estos hechos?

¿Cómo el autor que los escribió se atreviera á publicarlos en tiempo en que los hebreos que cita podían desmentirlos, y cuando todo el Egipto hubiera podido verlos de su falda? ¿Cómo las tribus de Leví y de Ruben consistentes en su propio desdoro, atribuido al que se atribuye á sus pejos, y que se negaban á la posteridad, hubiéranlo creer tan falso delito y un castigo tan terrible como falso?

Y si no es verdad que por espacio de cuarenta años el ejército marchó sobre los diez el campo de los israelitas, si no es cierto que una columna de nube los cubría de día para defenderlos de los ardores del sol y que la misma columna era luminosa de noche para alumbrarlos, ¿cómo se la podía persuadir, este doble privilegio á tantos milagros de testigos?

Considerad, señor, que esos hechos no son rápidos, no pasan sin una preparación, no son de aquellos que no permiten caminar despierto y que pueden alcanzar á espíritus ligeros y amigos de novedad; estos han durado cuarenta años continuos, eran públicos y siempre repetidos; tampoco es posible sospechar ilusiones ó artificio, porque son superiores al talento y al esfuerzo humano. Así, es evidente que para Moisés lo escrito, era cierto, y que para él mismo los prodigio y ejemplo, era no solo profeta, sino que obraba inspirado por Dios.

En efecto, que otra luz que la divina le pudo describir, cuando no veía de la creación del cielo y de la tierra? ¿quién le pudo instruir de tantos y tan grandes sucesos necesariamente anteriores á los más antiguos monumentos que podían quedar entre los hombres? ¿Qué explicaría sino el de Dios le pudo transportar al origen de las cosas y asociarle al privilegio de las espíritus celestes que asistieron al nacimiento del universo? Por eso empieza su historia como si fuera el Espíritu divino el que hablaba, sin pretensión, sin exorcismo, sin exhibir á los hombres á que la oren y sin dudar que sería creída. No produce más que frases que la luz que ilumina y la autoridad que se le manda.

La historia de los siglos siguientes añade nuevos grados de certidumbre á los milagros de Moisés y á la inspiración de sus libros. Después de su muerte Josué fué encargado de gobernar la corporación y conducir al pueblo. No sólo lo sucedió en su sucesión, sino también recibió el mismo poder de mandar á la multitud. Los libros tanto refieren los prodigios que hizo al paso del Jordán, los que ejecutó al decir cuando derribó sus murallas y se rindió á los israelitas, y otros muchos.

Estos prodigios estaban predichos y se verificaron á vista de toda la nación, y para conseguir su memoria se erigieron monumentos á fin de que no los olvidase la posteridad, como no los dudaban los testigos. Y este mismo Josué que hizo tantos milagros, hablaba de los de Moisés co-

mo de hechos ciertos y conocidos, y respetaba la ley que publicó como una ley divina.

Los profetas posteriores que vinieron después de su siglo en siglo, después de haber probado su propia misión con hechos igualmente incontestables y milagrosos, tributan á Moisés los mismos respetos que Josué. Malquías, el último de todos, termina sus profecías, en misterio y el elogio de los antiguos escritores con estas palabras: "Aguardad de la ley de Moisés mi servidor, á quien di mis "ordenes en el monte Horeb."

¿Quién, señor, es capaz no digo de destruir, pero aun de desquitar una tradición, una serie de hechos tan seguida, tan constante y tan respetada? ¿Quién puede romper una cadena tan enlazada de testimonios divinos, que abran sin interrupción todos los tiempos? Los monumentos sagrados que forman la historia emblemática de los judíos, están unidos, enlazados entre sí y dependientes los unos de los otros. Los hechos más extraordinarios que acreditan á los primeros, están corroborados por los posteriores que los miran como indubitables. Los milagros modernos eran hechos por los profetas, que estaban persuadidos de los milagros antiguos. Todos estos humores divinos tienen el mismo carácter, nacen de la misma autoridad y merecen la misma creencia que el primer legislador.

Así se preside ó no crece nada, ó crece todo: no es posible hacer distinciones ni dar preferencias. Un profeta sólo de los últimos tiempos que se reconoce verdadero, basta para autorizar á todos sus predecesores; y un solo milagro que haya hecho, acredita todos los otros, porque no la ha podido hacer sino para probarlos.

De modo que para dudar de la divinidad de la Escritura no basta desmentir alguno de los hechos ó negar alguno de los milagros, sino que es necesario negar todos los hechos y todos los milagros; y esto no se puede hacer sino por tierra todos los racionales y argumentos: esto solo debe probar la verdad de los demás que se afirma.

Además, es menester que estas razones sean bastante poderosas para que prevalezcan sobre la autoridad de una nación que certifica lo que ha visto sobre la tradición constante de muchos siglos, y sobre los monumentos más decisivos en punto de certidumbre moral. Si el incrédulo no se espanta con estas consideraciones; si se obstina en negar milagros tan sostenidos y enlazados con el culto religioso, con los usos ciertos, con la constancia política del pueblo hebreo, si no la dotiene la reflexión de que es imposible dudar de su verdad sin dudar de la existencia del mismo pueblo que los vio, los ha creído y los cree, entonces hará ver que no se puede abandonar la fe sin perder la razón.

Las innumerables profecías del Testamento antiguo y su exacto cumplimiento, son otra prueba no menos decisiva de que viene de Dios porque Dios crió á todos los cosas es el único que puede regularlas. Todo está sometido á su poder, tanto la materia y los cuerpos, como las voluntades y las inteligencias. El es el único que puede hacer que todo lo obedezca y sirva á sus designios con una fuerza que supera todos los obstáculos. El solo puede conocer el porvenir, y él solo puede revelarlo á los que escogen para que sean sus órganos y sus enviados ó profe-

tas; porque él solo conoce lo que ha pasado de toda eternidad y lo que debe ser ejecutado en el tiempo. En fin, es el único que puede descubrir el velo que cubre sus impensables arcanos. Así cuando un hombre anuncia hechos lejos lo que todavía no existían en Dios, y cuando el mismo verifica la predicción, es evidente que Dios le ha comunicado su secreto y que le ha abierto el libro en que están escritos sus divinos decretos.

Esto es claro, señor, y yo no acartaría si quisiera referir todas las profecías del Testamento antiguo que se cumplieron con exactitud exactitud. Sólo os apuntaré algunas. En el reinado de Ezequías, Sennaquib, rey de Asiria, sitiaba á Jerusalem con un ejército formidable. La plaza estaba reducida á los términos más estrechos, y todos creían que presto sería presa del vencedor; pero Ezequías prometió con seguridad que Dios haría perecer el ejército de los asirios (1). Esta predicción autónoma muy inverosímil se cumplió á la letra.

El ángel del Señor quitó la vida en una noche á ciento ochenta y cinco mil hombres. Sennaquib buyó casi solo sin haber sentido de su empresa más que varguenza y despecho, y al fin murió como Isatis lo había predicho. Este prodigio fué tan público, que de todas partes vinieron los judíos á dar gracias á Dios, ofreciendo sacrificios en Jerusalem, y á congratularse con el profeta de la proyección divina.

El mismo Dios prodigioso era ya en tiempo en que tu habías la menor apartada, las desgracias que amantaban á Jerusalem y á su ciudad entera. Profetizó muchas veces y en los términos más precisos la ruina de la ciudad y la ruina de Babilonia. Lo que es más, llamó por su nombre al que todavía no había nacido y que debía ser conquistador de aquella ciudad soberbia y libertad de los judíos.

"Yo soy, dice el Omnipotente (2) por la boca del profeta, yo soy el que lo hago todo, el que ejecuto las designaciones que he revelado á mis enviados, quien digo á Jerusalem: Tú serás destruida; el que digo á las otras ciudades de Judá: Vosotras seréis restablecidas; el que digo á Ciro: Tú eres á quien envío mi relación, yo me serviré de ti para que ejecutes mi voluntad. Esto digo al que luego rey y toma por la mano para sujetarlo las naciones; que ponis en fuga los reyes enemigos, abra las puertas de las villas; quito todos los obstáculos. Yo iré delante de ti. Hundiré los grandes de la tierra, romperé las puertas de bronce y las barreras de hierro para que seas que yo soy el Señor que se llamo desde ahora por tu nombre."

Después añade: "Oigo la voz de los reyes confesando: "Ciro, de Ciro rey de los persas, y de Darío rey de los medos y de los pueblos que se juntan. Babilonia, que meglificó y se hizo grande como las villas fuertes, "niña y soberbia, será destruida como se reducida." Sus "No será habitada otra vez, jamás será restaurada. "Niuno no servirá más que para guardia de bestias feroces y á serpientes. Exorcinará, dice el Señor, el "humano y los reinos de Babilonia. Cubriré con un paño negro el sitio que ahora ocupa, y buscaré con ciudades habitadas sus memorias vestidas para borradas."

Yo apud una grande y asombrosa profecía, recordada á Isatis largo tiempo antes del nacimiento de Ciro. Todas

(1) *Isai., XXXVII.*  
(2) *Isai., XLIV, 26 et XLV, 1.*

las circunstancias están individualizadas; el nombre de este príncipe, su carácter; sus calidades, sus funciones, el progreso y rapidez de sus conquistas, el modo con que debía tomar á Babilonia, y hasta la protección que debía dar á los judíos sus espositivos; restituyéndolos la libertad; y toda esta profecía tan circunstanciada se cumplió literalmente en todos sus puntos.

Joaquín volvió después de tres años en Jerusalén. Nabucodonosor acababa de ser asociado por un padre al imperio de la Galilea, y Jeronías dirigiendo la palabra al pueblo de Judá le previno una ruina inmediata. Profecía que Dios ha resuelto dar en castigo visible; que al y los pueblos vecinos, numéricamente citados, serán arrojados al rey de Babilonia.

"Porque no habéis oído mis palabras, dice el Señor (1), habré vengado los pueblos del Aquilon. Los enviaré con un sereno Nabucodonosor contra esta tierra, contra sus habitantes y contra las naciones que la rodean. No haré pasar al río de la espada, haré que sean el terror y la fúlpala de los demas del mundo, y haré de sus habitaciones una eterna soledad. Toda esta tierra se transformará en un desierto horrible, y todas estas naciones serán asietas al rey de Babilonia."

Pero no se contenta el profeta con anunciar esta grande y general desolacion de una manera tan precisa, sino que tambien predice la vuelta de los judíos á su patria, y lo que es mas, el tiempo que debe durar un cautiverio (2).

"Cuando el tiempo que habréis pasado en Babilonia se acabará, entonces visitaré en mi cólera al mismo rey de Babilonia y á su pueblo, y reduciré la tierra de los galileos á una eterna soledad. He dañado á Nabucodonosor un sereno este país, y los que caen en sus cercanías. Todas estas naciones se sujetarán á él, á su hijo y á su nieto, hasta que llegor el término de su reino."

Después de esto, si el espíritu humano por mas hábil que fuese era capaz de prever que el terrible y soberbio Nabucodonosor dirigiera sus armas contra Jerusalén; que el templo sería destruido, que los vasos sagrados serian trasportados y profanados, que la ciudad sería reducida á cenizas, que sus habitantes serian dispersados, que los esclavos vendidos á Babilonia, que los pueblos vecinos serian igualmente en las manos del vencedor, y sobre todo, que el imperio de Babilonia, y la potencia de Nabucodonosor estaban tan cerca de su fin.

¿Quién podía prever, y menos asegurar futuros tan consistentes y observar la tan visible diferencia que hay entre las finitas conquistas de los hombres sobre los acontecimientos verdaderos, y la fruición de las profecías, y ella manifiesta la veridumbre de la ciencia de Dios y la fuerza de su poder.

En efecto, estas profecías eran tan alarmas y tan circunstanciadas, que los pueblos mismos que no las conocian sin disponer de su cumplimiento, no querian ser sorprendidos, y para evitar las consecuencias, se vieron en la necesidad de decir que se habian hecho posteriormente á los sucesos. Pero los juicios, que paraban rol-

los acontecimientos los libros que los contenian, desmintieron aquella calumnia, y con esta contradicción, unos y otros sin quererlo ni saberlo servian á la religion.

Las gentes decian: las profecías son tan positivas y precisas, que si fueran anteriores, debian quitar toda duda. Los judíos decian: Isaias, Jeronías, Daniél, y las demas publicaron de viva voz los oráculos, que despues recogieron ellos mismos en los libros que corren en su nombre; el respeto antiguo y constante de nuestros padres hacia estos dogmas dogmáticos monumentos, no permite la menor sospecha de alteracion ó de infidelidad; es pues indubitable que los llamados una luz sobrenatural, que fueron embajadores de Dios para predicar estas verdades á los hombres.

Examinemos ahora estos libros en ellos mismos. La doctrina contenida en el viejo Testamento manifiesta que no pudo existir sino de Dios. Transporten, señor, con la imaginacion al tiempo en que Moisés y las demas profetas asietan al pueblo de Israel, y al mismo paso cubra una guberna á todos los otros pueblos de la tierra; ¿qué es lo que venia en ellos, comprendiendo las naciones mas célebres y que mas se adelantaron en luces y conocimientos?

El culto supremo indugentemente tributado á viles criaturas, el poder prestado hasta en los templos, la sangre humana inandando los altares, la razon natural degradada con opiniones tan sacrilegas como absurdas, la naturaleza y la humanidad ultrajadas con los excesos mas vergonzosos. ¿Que era el pueblo en materia de religion? Ignorancia, estúpido y supersticioso. ¿Que eran los filósofos? Igualmente ignorantes, pero mas culpables, porque eran mas orgullosos. En fin, toda la tierra estaba sumergida en espesas tinieblas y no se divisaba un rayo de luz en tan profunda oscuridad.

En medio de este diluvia general de vicios y de errores se levanta en un rincón del mundo un pueblo grosero, que de repente manifiesta las ideas mas altas y sublimes de la Divinidad; un pueblo, que sobre el origen del mundo, sobre la naturaleza del hombre, su destino futuro, la virtud, la recompensa que lo está prometida, y en fin, sobre la necesidad de un culto interior y espiritual, sabe lo que ignora la filosofía de los mas sabios y célebres gentes.

¿Quién pues agremiaron los hombres estas culpas y elevadas verdades, quitóles las desconfianza arcanos tan escondidos? ¿Los demas hombres á pesar de su estúpido y de su ignorancia? ¿Como una nacion tan inferior á las demás en las ideas, artes y ciencias, pudo ser tan superior en la ciencia que sublimada de religión? La ciencia de esta venturosa es conocida, todo lo debió á los libros de Moisés. ¿Pero quién más á Moisés de la estúpida protervia de que no pudo salir ninguno de los legisladores profanos, ¿quién podía ser sino Dios, que no manifestó á este grande hombre y le hizo depositario, órgano y ministro de su revolucion?

En efecto, no solo es el primero que nos descubrió la naturaleza y perfeccion del Ser Supremo, la ciencia del hombre, la inocencia y la gloria de en primer estado, la obediencia y gratitud que debe á su Criador y el alma que tiene en serle fiel para ser feliz, sino que tambien del instruye de que nuestro primer padre abusó de estos beneficios, que fué infractor de la ley divina, que fué protervo, y que en esta proserpcion quedó envuelto su posteridad, heredera de su corrupcion y de su degradacion.

Sin la luz de la revolucion jamas hubieran podido cono-

cer los hombres que nacen culpados; pero ¿quién interviene tienen en conocer esta verdad? ¿Cómo está este conocimiento en medio de tantas tinieblas y oscuridades hubiéramos podido discernir ni los dones de Dios que hemos perdido, ni los que nos quedan? ¿Cómo hubiéramos podido conciliar la grandeza y nobleza de nuestro corazon con las continuas rotundas y flojas que sentimos? ¿Cómo hubiéramos podido explicar una elevacion que inspira hasta una felicidad infinita y eterna, y una bajera que renuncia destinos tan altos por los mas viles objetos?

El hombre antes de saber la revolucion de su primer estado, es pura si mismo un abismo profundo, un enigma incompreensible, un misterio impenetrable: cuanto mas se aplican á conocerse, tanto menos podia conocerse. La pureza estar disterrado y no saber la causa, se sentia castigado y no conocia su delito, deseaba restablecer el orden y la paz en sus sentidos y no alcanzaba la causa por que no podia hacerse obedecer.

Pero todo lo alcanza, todo lo entiende desde que sabe que el estado en que se halla no es aquel en que el hombre salió de las manos de Dios, y que la degradacion de un ser es la pena de su desobediencia. Ya no le espanta que se vea en la miseria sus vicios rebeldes y degradados; ya comprende de donde le viene su elevacion y su bajera, y aunque hora sobre sus propias ruinas y sobre sus estragos, no puede dejar de admirar los profundos restos de un primer granitico.

Es verdad, señor, que este es un grande y profundo misterio, y que el modo con que Adam pudo infestar á su posteridad de un secreto que no puede penetrar nuestra inteligencia. De esto hablaremos despues, y ahora no es lo propongo sino para haceros conocer, que aunque la razon humana no descubre la justicia con quienes descendientes pudieran ser culpados, antes de poder abitar de su libertad, debe á lo menos comprender que una verdad tan profunda, tan extraña, tan contraria á nuestros ideas, no la puede salir de la imaginacion de ningún hombre; que solo puede venir de la revelacion, y que no hubiera hallado creencia en la tierra si no estuviera sostenida en la revelacion, que apoyada ella misma por las pruebas mas evidentes, obliga á que creamos todo lo que nos dice.

Pero para que esta verdad nos pudiese servir de útil, era necesario que la acompañase otra de mala no sirviera conocer la causa de nuestra desgracia si no conociéramos el remedio. Y esto es lo que hacen las santas Escrituras: pues como es lo dicho, al mismo tiempo que nos muestran el abismo en que arrojó á sus hijos el primer peccador, nos muestran al mismo tiempo el primer peccador, que debia reparar aquel daño; nos muestran que Dios por una misericordia digna de su grandeza, quiere restablecernos en nuestra antigua gloria, y nos muestra de hijos al libertador que hará como la multitud pronunciada contra la raza del peccador.

Estas son las palabras que es oír al principio y que para concluir á Adam pronunció Dios contra el serpiente, impidiendo al seductor se maldecia eterna. En su breve contexto se encierran grandes cosas. Predicamos que de una mujer bendita entre todas nacera un hijo que tendrá la naturaleza del primer peccador sin tener su corrupcion, que este hijo será el jefe y el padre de una nueva, santa y feliz posteridad, que no solo será justo, inocente y de una clase

separada de los peccadores, sino el autor de la inocencia y el principio de la justicia, que romperá la cabeza de la serpiente, que arruinará su imperio y destruirá su poder por donde que no podrá comprender ni los hombres ni el mismo tentador; porque no obtendrá la victoria con lo que es en sí misma fuerte, sino con lo que parecen débiles; esto es, con la carne, con sus ultrajes, con sus dolores y muerte; pues esto sería los instrumentos con que apuñalará á la serpiente y con que quitará toda la fuerza á su malignidad.

Y ved aquí como la religión al tiempo que nos humilla nos consuela. Si nos hace conocer la miseria de nuestro origen, nos descubre un remedio poderoso; si nos aflige con la idea de un ser desgraciado á los ojos de Dios, nos tranquiliza mostrándonos en los méritos de un redentor la esperanza de la reconciliacion y el principio de la penitencia.

Y qué grande mérito de la inspiracion de la Escritura y de la verdad de la religion! Considerad, os repito, señor, si es posible que un hombre inventase una idea tan nueva y tan extraña como la del pecado original, que imaginase un redentor al aquel pecado no lo hubiera hecho necesario y que al suponer de haberse atrevido á fundar una religion sobre una promesa tan superior á todas las ideas y á todas las fuerzas del poder humano, si no se asegurara la palabra de Dios!

Ad es, señor. La promesa era cierta; pero no debia cumplirse sino despues de muchos siglos. Era necesario que el género humano conociese el exceso de sus males, la gravedad de sus delitos, su corrupcion y sus tinieblas; era necesario que una dilatada experiencia nos enseñase que ni la naturaleza con sus esfuerzos, ni la ley con sus ceremonias, ni la filosofía con su orgullo podian libertar al hombre de la esclavitud del pecado y poniese en las sendas de la justicia; era necesario que una larga esperanza y una grande indignacion le hicieran sentir todo el precio de su libertad.

Con estos actos y elevados designios Dios ordenó todos los sucesos de la tierra desde la caída de Adam hasta la venida del libertador. Venos rápidamente lo que nos dice la Escritura de estos siglos primitivos del mundo, y veremos como en un momento espandiendo la omnipotencia del Señor en el gobierno de sus criaturas, su fidelidad en la ejecucion de sus promesas y su independencia soberana en la distribucion de su justicia y de su misericordia.

Ya hemos visto que los descendientes de Adam, envilecidos y degradados por la desobediencia de su padre, apenas pudieron multiplicarse sin aumentar sus desgracias y vicios; pero que en medio de esta degradacion universal Dios se habia reservado algunos afortunados hijos. Tal fué Abel, cuyas oraciones y sacrificios aceptados por el Señor, y que fué víctima de la envidia de Cain.

Dios dió despues á Adam un hijo mayor llamado Seth, y un descendiente, herencia de su fe y de sus virtudes, formó un pueblo particular, que mereció que la Escritura le haya dado el augusta nombre de *Hijo de Dios*; pero despues llenándose la tierra de mas delitos y de mas delinquentes, aun estos hijos de Dios se corrompieron, se aliaron con los hijos de los hombres, esta es, con las naciones que desde el principio se habian pervertido, y la pena de esta protervia fué el dilvio de Dios, de sus promesas y el de su Mesias ó redentor.

Este contagio iba á cumplir por todo el universo; pero

(1) Jerem. xxv, 9.

(2) Jerem. xxv, 9.

Dios, siempre misericordioso, llama á Abraham y le destina para padre de un pueblo que conservase un culto y la memoria de la libertad que les prometió. Abraham, su hijo Isaac y su nieto Jacob eran pastores que vivían en tiendas y separados de las demás naciones; los tres fueron sucesivamente encargados de este depósito precioso. Sus descendientes cautivos y maltratados en Egipto no salieron de aquella esclavitud sino por los grandes milagros de Moisés, y vagan cincuenta años en el desierto.

Allí reciben la ley, y con esta muchas señales, muchas figuras para perpetuar su fe y animar fuertemente sus deseos. La promesa que al principio fué general y que se había determinado á la tribu de Judá, se fija en la familia de David, y entre los hijos de este elige Dios á David, el último de todos, para que sea padre del Mesías de la nación. Desde aquel momento las profecías no parecen ocupadas más que en su nacimiento, en sus misterios y su sacrificio, de modo que desde entonces el solo es el grande, el único objeto de la religión judaica. A él únicamente se refiere todo el gobierno del universo y toda la economía de la antigua alianza.

¿Qué otro Dios podía concebir designio tan magnífico? ¿qué otra mano podía dibujar el plan de tan grande diseño? ¿qué era capaz de unir tan estrechamente todas sus partes, de poner en ellas tanta armonía y unidad, de hacer que entren en ellas todos los sucesos, de dar á cada una de las cosas que concurren el grado de influencia necesario para el logro de todas, de aceptar las leyes de la naturaleza para que contribuyeran al secreto de preparar todas las naciones, y de separar una para darle la parte principal y central á todo fin por espacio de cincuenta siglos?

El espíritu de Dios muestra otra á fines el designio futuro de sus hijos y le revela que el Mesías saldrá de la tribu de Judá. Jesús hallado con este le dice (1). "Fijad, tan firmemente debería; tan pronto se sentará sobre el trono de la eternidad, los hijos de su padre se posturarán á sus pies, el resto se irá de Judá, y habrá siempre conductores del pueblo, mandados de su extrínseco, hasta que llegue el estado que aguarda las naciones."

Observad que en esta profecía hay dos cosas igualmente ciertas. La una es que Jacob habla de aquel que había sido prometido á Abraham, á Isaac y á él mismo, de aquel que debía ser intérprete de las voluntades del Señor, fruto de sus promesas y causa de bendición por todos los pueblos en fin del Mesías, que es el único que podía ser caracterizado por aquellas señales, y en especial por el inimitable nombre y augusto nombre de Dios de las naciones."

La otra es que los judíos siempre han entendido así esta profecía, y así no se puede dudar que Judá fué escogido para ser el heredero de la promesa, que debía tener el primer lugar entre sus hermanos, y que su tribu debía gobernar hasta la venida del Mesías. La historia justifica completamente la profecía, pues después de la bendición de Jacob la tribu de Judá siempre conservó estas prerrogativas.

Los diez tribus orientales se dispersan, se dividen, se separan, y son trasportadas para siempre de su patria. La de Judá nunca se divide, en el cautiverio mismo se mantiene unida y se conserva entera; y cuando llega el momento

que la Providencia había señalado para recobrar su libertad y que los profetas habían anunciado, vuelve á su antigua herencia con un cuerpo formado y conducido por Zorobabel, y vuelve más dominante, más edelero y más lustre que nunca.

De ella salen los magistrados, los senadores, y de ella nace su nombre á toda la nación. Alejandro destruye la vasta monarquía de los persas que habían destruido el imperio de Babilonia. Los romanos conquistan los reinos que se formaron con los restos de la monarquía de los griegos, y solo la república judía se mantiene firme y su titubeo en medio de tan espantosas convulsiones.

Pero al fin llega un hora, y Dios que hasta entonces había velado por su conservación, quiere ya su extenuación. Tito se acerca á la frente de las águilas romanas, combate á Jerusalem y la toma. Judá pierde su templo, sus ciudades, su libertad, y hasta la posibilidad de formar ya un cuerpo rebelde. Queda tan dispersa, tan desmembrada como quedaron las diez tribus, y tampoco tiene ya res ni autoridad.

El profeta había predicho todas estas desgracias, y los judíos las padecen todavía; pero también había dicho que estas desgracias no constituirían sino un tiempo en el que debía llegar el Mesías. Así, es inevitable querer creer que estas desgracias que Jesús ha ya más de mil y setecientos para no conocer que Jesús ha ya más de mil y setecientos años que Jerusalem fué destruida y que la tribu de Judá está dispersa, sin templo ni autoridad ni gobierno, ha otro tanto que nos ha venido el Mesías, y comparando la historia con las profecías, considerando de dónde ha venido á las naciones el nacimiento del verdadero Dios, y los demás efectos de la bendición prometida, es tan evidente que Jesucristo es el Mesías como es evidente que el Mesías vino antes de la destrucción de Jerusalem y antes de la dispersión de la tribu de Judá.

La celebre profecía de Daniel no es menos clara ni menos precisa. El santo profeta cumplió porque llegó al término de setenta años que debía ser el del castigo de su pueblo y el recodo de su libertad; pero Dios lo revela que en otro cierto número de años dará á aquel pueblo otra libertad incomparablemente más preciosa.

"Yo estaba en oración, dice Daniel, cuando el ángel Gabriel me habló de esta manera (1). El tiempo de setenta semanas es el que se ha fijado á tu templo y á tu ciudad santa para que sea la preparación, y sea el periodo, se expía la iniquidad, para que sea la santa justicia se acceda, que la rebelión y la profecía se cumplan y que sea un ángel el Santo de los santos. Sabes pues y comprendo bien, que desde el día que se dará la orden de reconstruir á Jerusalem hasta el tiempo en que paró el rey, que es Jesucristo, pasará siete semanas y setenta y dos semanas." Todos saben que en el estilo de la Escritura las semanas no son de días, sino de años, como son los de Babilonia, y como mucho tiempo antes les había nombrado Moisés en el Levítico.

El profeta continúa: "Las plazas de Jerusalem y sus murallas serán pues fabricadas de nuevo, y después de las setenta y dos semanas el Cristo, será entregado á la muerte, sin que nadie se declare por él. El pueblo, que tendrá por jefe al príncipe que debe venir, destruirá la ciudad y el

santuario. Su fin se parecerá al de las cosas que se surgen, y la guerra no se acabará sino por una entera desolación, cuyo tiempo está fijado. El Cristo hará una firma alianza con muchos en su semana. En medio de esta semana habrá caer el sacrificio y la oblación, se verá al rededor de la ciudad las abominaciones y la desolación, y hasta la ruina total que ya está remota se anunciará desolación á desolación."

No es difícil profecía más clara y luminosa del Mesías. En ella está llamado por su nombre y abrigado con sus títulos sus augustos: el solo es rey y el Cristo por excelencia, el santo de los santos y la ciudad misma, el autor y principio de la justicia; el solo es la verdad, el tipo de todas las figuras y el cumplimiento de cuanto ha sido revelado á los profetas, el solo puede ser autor y pontífice de una nueva alianza, hacer cesar los antiguos sacrificios como insuficientes y estériles, y sustituir un sacrificio único, una historia eterna de infinito precio.

El profeta también anuncia que este mismo Cristo que debe hacer cosas tan relevantes, será entregado á la muerte, y que el pueblo que lo desconocerá, dejará de ser su pueblo. Así, para que la profecía se verifique es necesario que el Mesías sea condenado por el consejo de una nación, y que por una equidad general Israel su pueblo le desoatara, en momento que su reino sea sin pompa, sin la desolación exterior que de ordinario distingue á los reyes de la tierra.

El profeta añade: que el Mesías vino á reconciliar con Dios á los hombres, y todo el pueblo, valor. No temáis, porque tres aquí lo que Dios el Señor Dios de los ejércitos. En breve comoverá el cielo, la tierra y el mar. Aguardad todas las naciones, y el desolado de los pueblos vendrá; "¿cómo, pues, con tanta luz han podido desconocer á Jesucristo los milicos que cumplan esta profecía, los mismos á quienes su propio deber les llama tan visibles?"

Los hechos son tan evidentes y constantes, que llegan hasta nosotros, y hay milicias los monumentos que pretenden su verdad. Por ejemplo, Jerusalem fué ciertamente destruida por los romanos mandados por Tito, el templo fue arruinado, hasta sus cimientos y convertido en cenizas. Solo estas hechas, estos espectáculos terribles pasados ya cerca de diez y ocho siglos, cuyas ruinas existen todavía son una demostración irrevocable de que ya vino el Cristo, pues la ruina del templo y de Jerusalem debía ser un castigo de la muerte del Mesías, y hace tanto tiempo que están uno y otro anudados.

No es menos visible que Jesucristo condenado por el consejo de la nación y crucificado, era el Mesías que anunciaron los profetas, y aquello que habla Daniel en esta profecía; pues es indudable que poco tiempo después de su muerte el ejército romano destruyó á Jerusalem y quemó su templo, y que el mismo Daniel había profetizado esta terrible y solenne desolación, como justo castigo de la incredulidad de los judíos. Ve aquí sus palabras.

Después de la muerte del Mesías y en castigo de tan enorme atentado, un pueblo conducido por su príncipe destruyó la ciudad y el santuario, y esta desolación se parecerá á las cosas que se surgen; esta es la profecía; y la historia milísima refiere: Que después de la muerte de Jesucristo los romanos conducidos por Tito arruinaron á Jerusalem y quemaron su templo, que hicieron parecer

por la espada ó la hambre la mayor parte de sus habitantes, que la vengana del cielo perigó á esta infelicitad, y que sus heridos restos fueron trasportados á los confines de la tierra.

De modo, que todos los profetas habían predicho y todos los judíos habían creído, que el Mesías debía venir antes de la ruina de Jerusalem, antes de la destrucción del templo, antes que se arruinara los sacrificios y el culto público. Esto es evidente, y también lo es que la ya cerca de mil y ochocientos años que Jerusalem fué arruinada, que el templo fué destruido, el solo es rey y el Cristo por excelencia, el santo de los santos y la ciudad misma, el autor y principio de la justicia; el solo es la verdad, el tipo de todas las figuras y el cumplimiento de cuanto ha sido revelado á los profetas, el solo puede ser autor y pontífice de una nueva alianza, hacer cesar los antiguos sacrificios como insuficientes y estériles, y sustituir un sacrificio único, una historia eterna de infinito precio.

Porque que no cabe profecía más clara que la de Daniel, pues todavía lo es en el tiempo de Agoo. Después que los judíos volvieron de su cautiverio, no les dio libertad para reconstruir el templo, y empezaron á fundar los cimientos. Los que en su primera edad habían visto el primero, viendo lo lejos que estaba de su magnificencia, se aguantan y añoran; pero el profeta Agoo, á quien Dios revela lo que ha de suceder, publica la gloria del nuevo, profetizándole sin comparación al antiguo.

"Valor, los diez (1), valor, Zorobabel; tú también, gran sacerdote, y todo el pueblo, valor. No temáis, porque tres aquí lo que Dios el Señor Dios de los ejércitos. En breve comoverá el cielo, la tierra y el mar. Aguardad todas las naciones, y el desolado de los pueblos vendrá; "¿cómo, pues, con tanta luz han podido desconocer á Jesucristo los milicos que cumplan esta profecía, los mismos á quienes su propio deber les llama tan visibles?"

Los hechos son tan evidentes y constantes, que llegan hasta nosotros, y hay milicias los monumentos que pretenden su verdad. Por ejemplo, Jerusalem fué ciertamente destruida por los romanos mandados por Tito, el templo fue arruinado, hasta sus cimientos y convertido en cenizas. Solo estas hechas, estos espectáculos terribles pasados ya cerca de diez y ocho siglos, cuyas ruinas existen todavía son una demostración irrevocable de que ya vino el Cristo, pues la ruina del templo y de Jerusalem debía ser un castigo de la muerte del Mesías, y hace tanto tiempo que están uno y otro anudados.

No es menos visible que Jesucristo condenado por el consejo de la nación y crucificado, era el Mesías que anunciaron los profetas, y aquello que habla Daniel en esta profecía; pues es indudable que poco tiempo después de su muerte el ejército romano destruyó á Jerusalem y quemó su templo, y que el mismo Daniel había profetizado esta terrible y solenne desolación, como justo castigo de la incredulidad de los judíos. Ve aquí sus palabras.

Después de la muerte del Mesías y en castigo de tan enorme atentado, un pueblo conducido por su príncipe destruyó la ciudad y el santuario, y esta desolación se parecerá á las cosas que se surgen; esta es la profecía; y la historia milísima refiere: Que después de la muerte de Jesucristo los romanos conducidos por Tito arruinaron á Jerusalem y quemaron su templo, que hicieron parecer

por la espada ó la hambre la mayor parte de sus habitantes, que la vengana del cielo perigó á esta infelicitad, y que sus heridos restos fueron trasportados á los confines de la tierra.

De modo, que todos los profetas habían predicho y todos los judíos habían creído, que el Mesías debía venir antes de la ruina de Jerusalem, antes de la destrucción del templo, antes que se arruinara los sacrificios y el culto público. Esto es evidente, y también lo es que la ya cerca de mil y ochocientos años que Jerusalem fué arruinada, que el templo fué destruido, el solo es rey y el Cristo por excelencia, el santo de los santos y la ciudad misma, el autor y principio de la justicia; el solo es la verdad, el tipo de todas las figuras y el cumplimiento de cuanto ha sido revelado á los profetas, el solo puede ser autor y pontífice de una nueva alianza, hacer cesar los antiguos sacrificios como insuficientes y estériles, y sustituir un sacrificio único, una historia eterna de infinito precio.

(1) Genes. LIX, 8, 9, 10.

(1) Dan. XI, 21.

(1) Agg. xx, 25.

puedo ser sino Jesucristo, que estuvo en él, y después de cuya muerte fui inmediatamente descendido?

La conversión de los gentiles es otra prueba palpable y subsistente, tanto de la venida del Mesías, como de que Jesucristo es el mismo Mesías. Escuchad esto, señores. Nada ha sido profetizado tantas veces ni con tanta claridad como esta conversión futura y la vocación de los gentiles al conocimiento de la verdad. Toda la escritura pasada ocupa en prepararnos a este grande acontecimiento, y era sin duda uno de los mayores prodigios que podía hacer el Omnipotente, el más capaz de manifestar su bondad y el más digno de su poder, haciendo ver que todos los caminos están en su mano, que los mala cuando quiere, que dirige sus movimientos, y que cree sobre ellos un imperio soberano.

Pero, este prodigio estaba reservado al Mesías. El privilegio de su nacimiento, el efecto de su palabra y el fruto de su misión debían ser el diezmo con el esplendor de su luz las tinieblas que cubren el universo, y hacer de los judíos y gentiles un pueblo y una Iglesia. Por eso el Señor dignificó la palabra, le dice (1):

“Yo te he establecido para ser mediador de la alianza del pueblo y la luz de las naciones, para que abra los ojos de los ciegos, para que des libertad a los que están atados con cadenas, y tus pasos no pesen a los que andan en tinieblas... y no me hasta, que restablezca las tribus de Judá y me conduzca los que me han rechazado en Israel. Yo te envío también para ser la luz de las naciones, para que el salvador todos los pueblos hasta los confines de la tierra.”

Es imposible explicarse más claramente, el Mesías debe iluminar la tierra, enseñar a los pueblos la justicia, libertador de las tinieblas y del convertido a que se salvador los había reducidos; así, para volver al Mesías ha venido ó no, no es menester otra cosa que echar los ojos sobre una gran parte de esta tierra que antes estaba sumergida en la idolatría más grosera. Y pues muchas de las naciones antes más estupidas, no sólo en su tiempo, sino que al Dios verdadero, y otras de las que pueden por las más culpas como los griegos, romanos, egipcios y caldeos, han abandonado sus ídolos después de tanto tiempo, es claro que el oráculo se ha cumplido y que la conversión de los gentiles, que solo se prometió al Mesías, es á un mismo tiempo fruto y prueba de su venida.

Añadid á esto, que las mismas profecías advierten que el Mesías no hará esta revolución por sí mismo. á causa de que la salud de los pueblos y la luz que ha de iluminarlos debe ser el fruto de su muerte. La innumerable y eterna posteridad que se le prometió, es la recompensa de su obediencia y de su sacrificio. El solo debe enviar sus discípulos por toda la tierra para predicarla, para consagrarla á Dios y ocupar en ella sacerdotios y levitas que ofrezcan un sacrificio nuevo y legítimo como el que ofreció el Señor, y el antiguo ministerio quedará abolido. Escuchad lo que añade el Señor.

“Ya llamaré naciones que no te conocían. Los pueblos que no te habían visto irán á tí, porque Dios te ha enviado á predicar la gloria... Y el mismo Mesías dice: Llegará el tiempo en que juntaré los pueblos de todas las lenguas

“(1) y vendrán y verán mi gloria. Escogeré entre los hombres que se hayan ocupado de la incredulidad general, algunos que merezcan con una señal particular, y los enviaré á las naciones que están más allá del mar en África, en Lidia, en Italia, en Grecia, en las islas más lejanas; los enviaré á los que nunca oyeron hablar de mí ni han podido ver mi gloria. Estos enviados les harán conocer á estas naciones, y sacarán de su medio de ellas á los que serán vuestros hermanos, ofreciéndoles á Dios como una oblación santa; y yo haré de ellos sacerdotes y levitas.”

Es claro, pues, por estas profecías, que el Mesías no debía hacer estas maravillas por sí mismo, sino por sus enviados, y habiéndolos hecho Jesucristo por sus apóstoles, no se puede concebir la ceguera de los que no quieren reconocer la conformidad de los hechos con los oráculos divinos.

Pero sin hay más. Porque ha cerca de mil y ochocientos años que Dios ha dispuesto que no se ejercite públicamente la ley de Moisés, solo para hacer ver que el Mesías que era su único objeto, ya ha venido y la ha terminado. Las profecías también habían predicho que el Mesías abilita la ley y la sustituirá una alianza más perfecta, un sacerdotado diferente, un sacrificio nuevo.

Si estas profecías no están cumplidas, que nos diga el juicio, ¿es posible que Dios haya dispuesto que no se ejerciera públicamente la ley de Moisés, solo para hacer ver que el Mesías que era el único objeto que se le había prometido, ya había venido y la había terminado, que se le había prometido que se le daría un sacerdotado diferente, un sacrificio nuevo, un sacerdotado diferente, un sacrificio nuevo.

Cómo no ve que Dios lejos de aprobar ahora y proteger aquel culto, lo hace impetioso, y que el sacerdotado de Aaron y la sangre de los animales han estado su lugar á otro sacerdotado más excelente y á otra víctima más pura, que la Eucaristía es hoy el sacrificio único, pero universal de todas las naciones, que los templos que santificó se han levantado en todo el universo, y que son una prueba visible de que el nombre de Dios es ya grande y terrible en todos los confines de la tierra!

Las profecías que auguraban que después de la venida del Mesías el templo de Jerusalén sería destruido y jamás se volvería á reconstruir, eran tan claras y ciertas tan evidentes, que nadie las ignoraba. Por eso los enemigos de los cristianos, después de la muerte de Jesús y de la destrucción del templo, intentaron muchas veces reconstruirlo, pero como que no se lo lograban, esto hecho solo demostraba que Jesucristo no era el Mesías. Pero ninguno se empeñó con tanto esfuerzo ni con intención tan maligna como el apóstata Juliano.

Este emperador había declarado una guerra abierta al Salvador, y más astuto y encarnizado que ninguno, se imaginó que era bastante poderoso para demeritar las profecías ó para hacer ver que no se podían aplicar á Jesucristo si se lograban reconstruir otra vez el templo. Pensó que nadie se le podía oponer, pues dueño del imperio no había quien pudiese oponerse á su designio.

Con este deseo y para multiplicar las medos, excitó á los judíos á que reconstruyeran el templo, prometiendo acudirles con todas las fuerzas y los tesoros del imperio. Los ju-

(1) *Iosé*, LXVI, 15, 413.

dios alentados con tan alta protección, vienen de todas partes, no escusan gastos ni preparativos, y empiezan por arrancar los cimientos antiguos para reconstruir sobre otros nuevos. Con esto anaban de verificar el oráculo de Jesucristo que había dicho no quedar piedra sobre piedra.

Pero Dios, que se había querido servir hasta allí de los judíos para verificar sus profecías, no les permite pasar más adelante. Apenas empiezan á poner las primeras piedras, cuando la tierra inflamada, los arroja de su seno, un fuego cuya actividad parecía dirigida por la divina mano derriba los trabajadores, los instrumentos y los materiales; su violencia es tan terrible y tan perseverante, que al fin triunfa de las distancias de los judíos y del maligno empeño del emperador. Este milagro no fue tan público y notorio, que no solo le reflexionen los historiadores cristianos, sino también los gentiles, y entre otros Amiano Marcelino. El hecho es que hasta ahora no se ha reconstruido. El estado también en que hoy vemos á los judíos después de tantos siglos, es prueba no menos clara de que las profecías se han cumplido. Y si no, que se explique por qué un pueblo tan antiguo y tan favorecido de Dios hasta obtener el nombre de hijo suyo, por qué un pueblo unido con él por la man estrecha alianza y tan lleno de bienes y gloria, perdió de repente todos sus privilegios; por qué quedó un heredado, proterito, despreciado, y lo que es más, por qué todos han creído que era digno de serlo!

El profeta Oseas, que no se contentó con predicarle sus desgracias, sino que explicó los motivos, responde [1]: Que se por haber desconocido al Cristo, por no haberse querido someter á su rey, al verdadero David, sin embargo, añade el profeta, ellos le buscarán un día, adorarán las humillaciones que han despreciado, se postrarán á los pies de su Cruz, y temblarán en su presencia como en el de la majestad de su Padre.

De modo que es imposible decirle si debe admirarse más la profunda sabiduría de Dios en los designios de juicios ó de misericordia que ejercita á nuestra vista sucesivamente con su pueblo, ó la luz de los profetas que vieron antes de los sucesos con tantas circunstancias tan difíciles de prever y tan inverosímiles.

Pero debe acordarse más que entre tantos medios como Dios toma para castigar esta nación, haya escogido el de disponer por la tierra. Eso parece contener un alto designio y que entraba en el plan general de su providencia. Porque significó señalizar la verdad de la religión sobre fundaciones indestructibles y siempre subsistentes, era menester que los judíos subsistieran para que su infame dispersión y oscuridad probase la cordelumbre de nuestra fe. Porque si todos se hubieran convertido, según testigos sospechosos, y si Dios los hubiera exterminado ó todos, no hubiera testigos.

Observad, señores, que el pueblo judío era depositario de los santos libros que contienen las promesas del Mesías, y que por eso era menester que estuvieran reunidos en un cuerpo visible sin confundirse con los otros, hasta que se acabasen de escribir estos libros, y que todos los reconocieran por divinos, y que la venida del Redentor hubiese verificada su promesa.

Pero desde que todo esto se cumplió, ya era conveniente

[1] *Ose*, III, 4, 5.

que se dispersasen los judíos por toda la tierra para llevar á todas partes estas libros, para que en todas mostrasen el respeto y veneración que los miran, y para que se gentiles recibieran de manos tan poco sospechosas, las lises en ellos las pruebas incontestables de que el Mesías que les anunciaban los cristianos, era el mismo de quien habían profetizado aquellos libros. De esta manera, el cristianismo hallaba en todas partes testigos, y testigos sin tacha, presentados por sus mayores enemigos, que á su pesar comprobaban las profecías, y mostraban al espectáculo de su castigo profetizado otra nueva prueba de su cumplimiento. Así servían de muchos medios á la demostración del Evangelio.

Su conservación no era menos necesaria á los designios de Dios, y acaso era más propia á manifestar su poder. Porque ¿cómo esta ahora tantos pueblos que fueron en otros tiempos tan famosos? ¿Qué se han hecho esas vastas y opulentas monarquías de los serios, caldeos, persas y otros? Dios se sirvió de ellas para la ejecución de sus designios, pero desde que estos terminaron, se desparecieron de la tierra. ¿Quién puede distinguir hoy los antiguos reinos de los bárbaros que inundaron la Italia? ¿Los orientales españoles de los godos que los conquistaron? ¿Quién del Oriente al Poniente podría asegurar que una familia es más grande ó más pobre?

Así que en el tiempo se ha tragado todas las generaciones, todos los imperios, que todo ha mudado de aspecto, todo ha mudado y confundido, sin que las ruinas ni el poder ni las armas hayan podido preservar á las naciones más poderosas, y solo ni polire y el pequeño pueblo judío se ha preservado de una subversión tan general. Los judíos de hoy son lo mismo que eran. Ellos conocen todavía y distinguen su ascendencia, sus linas Abrahán y descendientes sin interrupción de los patriarcas. Todas sus desgracias y calamidades no solo no han podido romper, pero ni siquiera han escudado esta nación que los me entro á lo que les tiene siempre separados de los otros pueblos que viven y que les miran con desprecio yasco.

Es imposible poderse imaginar mayores mercedes, mas general, respetar más odio y vejaciones que las que sufren de las naciones que los sujetan, y á pesar de tantos obstáculos humanos subsisten todavía. Parecen pequeños arroyos que atraviesan el anchuroso y profundo mar de las naciones, sin haber interrumpido, es como en tantos siglos ni mezclado sus aguas con las del pillado que los recibe.

Pero cómo un pueblo tan corto y que ya no consiste sino en familias parvas, ha podido conservarse intacto sin tener ninguno de los medios que temen, y como que se han podido salvar tantas naciones poderosas! ¿cómo un estado el incorporado en ellas sino como un agregado insignificante que se sufre con pena, ha podido resistir á los combates que las han destruido? ¿y cómo, en fin, ha salido de bajo las ruinas de todas para asombrar al universo?

Es menester querer oírse para no ver en este estado natural de los judíos una mano invisible y poderosa que los mantiene á la tierra sin señal de su celeridad, que á pesar de ella los sostiene contra el odio público sin haberlo cesar, para que sean monumento vivo del cumplimiento de las profecías; y que en fin, sea conserva para la instrucción y el ejemplo de todas las naciones, sin que ellas se aprovechen de la protección de Dios y su paciencia.

(1) *Iosé*, XLII, 15, 413.







Derivó la vida sentada sobre un trono más durable que el sol, en la luz de los santos antes de la tierra y saliendo en la eternidad del seno de su Padre. Le llama profético que no tiene sucesor porque es inmortal y que no sucede á ninguno porque lo es antes de todos los siglos; y después que lo ha celebrado con tanta magnificencia, le representa de repente sumergido en un abismo de dolores, rodeado de la tropa de sus enemigos, abandonado de los suyos, clavado, inmovil, extendido con violencia, expuesto á las miradas insultantes de los mismos testigos de su suplicio: en fin, sacado de hiel y vinagre.

Lo que es más, el mismo profeta descubre al mismo tiempo los gloriosos frutos de estas ignominias, pues añade: que el que está unido á la cruz es la luz de los nacidos, que la conversión de los pueblos será el fruto de su inmolación, que establecerá un sacerdocio universal para perpetuar la memoria de su muerte y de su resurrección, y para dar á Dios pública y eterna acción de gracias que los ricos y los pobres serán ofrecidos á este sagrado banquete y que todos quedarán satisfechos y llenos de bienes y de gloria.

Estas son las profecías: comparadas, están, de buena fe con la historia, y decláranse si el Mesías que profetizaron los apóstoles no es el mismo que predijeron los profetas, y si estos han anunciado un Cristo que no se haya cumplido perfectamente en Jesucristo? Los israelitas son esencialmente de la especie hebreas; pero los cristianos saben que á pesar del velo con que el Mesías cubrió su divinidad, lo es una persona haber sido inmolado con estas imágenes ignominiosas, que podía serlo parecer más grande á los ojos de los hombres sin estar amenguado por los ocultos divinos; los hombres son todas las cosas en materia de grandeza; y según hemos dicho otra vez, la que ellos llaman tal, no es la que conviene á Jesucristo.

No solo los profetas predijeron los sucesos futuros del Mesías: todo el antiguo Testamento es un rincón de cuando en que Dios habló con su pueblo que debía conocerse al libertador prometido. El Mesías, como la semilla de bronce, será levantado sobre el polvo que ha crecido hace mostrarse después al á toda la tierra; y como ella, dará vida y salud á cuantos lo miran con fe y pongan en él su esperanza. El Mesías rogó como Moisés, con los brazos extendidos: con esto alientará á los enemigos y nos dará la victoria. Como Jonás, calmará la tempestad, apaciguará la ira de Dios, será tragado por la muerte, resucitará al tercer día y predicará la penitencia á los gentiles con mucha fidelidad.

Como José, será aborrecido por sus hermanos y entregado á los gentiles; y después de haber sido enterrado en la tumba y salido como él, salvará al Egipto con su sabiduría. Como Abel, será muerto por sus hermanos, en odio de que Dios aceptó su sacrificio con agrado. Como Isaac, será sacrificado por su padre, pero sobrevivirá como él á su sacrificio, y como él después de su muerte será padre de una numerosa posteridad: la bendición de toda las naciones será el fruto de su obediencia.

Como el Cordero pasual, será degollado y á la aspersión de su sangre todo Israel deberá su libertad. Como el sumo sacerdote, entrará en el *Sanctus Sanctorum* en la explicación general, y permitiendo que su carne sea destruida por los clavos, los tormentos y la muerte, romperá el velo que impide la reconciliación de los hombres y su entrada

en el cielo; se castigará de todas las iniquidades cometidas desde el principio del mundo y de las tradiciones pronunciadas contra todos los hombres; se ofrecerá á la justicia terrible de su Padre, sufrirá todo el peso de ella, y la convertirá en misericordia; preparará con su sangre un todo saludable á los ingenuos, y conseguirá en morte por restituirnos la libertad, la inocencia y la vida.

En fin, sellará la nueva alianza con una sangre más digna de Dios que lo era la antigua; hará la ordenación sobre el pueblo; por eso su testamento en que nos constituye sus herederos, quedará irrevocable y eterno y sustituirá á las purificaciones legales, que no podían satisfacer á los que se fiaban de ellas, un sacrificio único cuyo valor será infinito y un efecto perpetuo y general, de modo que todo el viejo Testamento, todas las ritos y ceremonias de la ley antigua eran emblemas y profecías de la nueva. Jesucristo era el término y la realidad de todas aquellas figuras, el cumplimiento de todas sus profecías, el centro en que venían á parar todas sus imágenes, y para decirlo mejor, el grande y único objeto de todas las santas Escrituras.

Al fin después de tantos y tan largos preparativos, después de tantas promesas y esperanzas, de tantos giros y desvíos; después de tantas profecías anunciadas su venida; y tantas figuras representando desde lejos sus misterios; después que tantos justos clamaron para que se apresurase; después que los hombres cubiertos de tantas lágrimas suspiraron por este médico que les sanase; y en fin, cuando después de haber computado el tiempo que habían señalado los profetas, creyeron que se había llegado el término y que ya todos lo esperaban. Jesús, hijo de María, descendiente de David, parece sobre la tierra y nace en la ciudad de Belén, donde los profetas habían declarado que el Mesías debía nacer.

Siendo este mismo el Mesías, debía restablecer el reino de David, porque así estaba profetizado; y Jesús no solo lo restablece, sino que lo mejora, no dá la misma mundana y terrenal que el juicio se había figurado, sino de otra más espiritual y sublime, tal como la habían anunciado las mismas profecías, pues trajo á los gentiles la salud, la vida y el reino eterno que la raza Siempreviva mereció perder. Estas asombrosas sustituciones es tan pública como indudablemente, y está á nuestra vista. Las Iglesias cristianas se formaron de los gentiles, y una gran parte de los gentiles se obtiene en su obediencia. Este hecho solo basta para no dejar pretextos á la duda, pues los mismos libros que los judíos guardan y reverencian, prefieren tanto su torpeza como la docilidad de los gentiles.

No hay más que considerar por menor la historia de Jesucristo, su vida, sus dogmas, sus primeros discípulos, sus trabajos, sus conquistas y la formación de su Iglesia, para no poder dudar que el fin el verdadero Mesías tan anunciado y caracterizado por los profetas, y que no es posible haya sido ni lo pueda ser otro. Dios ha querido para consuelo y seguridad de nuestra fe que el depósito precioso de las Escrituras del nuevo Testamento que existe y gobierna la sociedad de los cristianos, este reseruido además de los títulos con que califica su divino origen, de todos los requisitos que puede exigir la fe más escrupulosa de los hombres para prueba de la verdad.

El primer carácter de autoridad y autenticidad que tiene

estos libros sagrados, es haber sido escritos por ocho autores contemporáneos: san Mateo, san Marcos, san Lucas, san Juan, san Pedro, san Pablo, Santiago y san Judas, tales testigos oculares que habían visto los hechos que refieren; todos habían conocido las causas y los motivos, y todos en los puntos importantes dan un testimonio uniforme que trasladan á los siglos futuros, explicando que los han visto con sus ojos, que los han oído con sus oídos y que los han tocado con sus manos.

¡Qué otra historia en el mundo puede jactarse, como el Evangelio de tener tantos garantes, y garantas sin tacha! Así, la religión cristiana, sin hacer mención de su divinidad y sin considerar otra cosa que el número y carácter de sus historiadores, junto con el tiempo y circunstancias con que se escribieron, atrevida sin comparación á todas las otras historias creídas por los hombres en fuerza de testimonios humanos; por consiguiente los hechos que la sirven de fundamento tienen tal grado de certidumbre, que deben someter todos los espíritus en quienes la razón conserva algún imperio.

Y no es posible dudar que estos historiadores fueron contemporáneos y testigos oculares, pues la fe pública y la tradición constante lo aseguran. Y no se podría ocurrir esta verdad sin destruir todas las historias alegando un caso ó un mismo impensable entre nosotros y los tiempos antiguos. No solo los cristianos, sino los herejes, judíos y gentiles, reconocen que los apóstoles y evangelistas escribieron estos libros, y que escribieron lo que vieron: todos están conformes con los autores y sus fechas, pues las Iglesias de diferentes pueblos los recibían á medida que se escribían: se los comunicaban unas á otras, y todos los guardaban con el mayor cuidado y reverencia. Así, en Colose, ni Nerón, ni Vespasiano ni otro alguno de los enemigos del cristianismo, se atrevió jamás á excitar la menor duda contra sus tradiciones.

Ex verdad que después de la muerte de los apóstoles, y cuando ya estaba extendida la Iglesia, dos nombres, Marcion y Manes, se atrevieron á profetizar que los Evangelios habían sido alterados. Para sostener una pretensión tan nueva y trastornar la posesión tranquila de la Iglesia, era menester por lo menos mostrar otros originales que compensasen la diferencia, ó álegar otras pruebas que fueran decisivas; pero esto era lo que no podían hacer; y cuando los se ofreció á probar una temeridad tan innata se lo vio rechazado al silencio, y su confusión fue una nueva prueba de que en el origen mismo del cristianismo no se pudo copiar nada sustancial á la tradición perpetua de la Iglesia sobre punto tan importante.

¡Ni cómo era posible alterar unos escritos que recibía la piedad con respeto y estorbaba con el número la devoción! ¡Cómo puede sospechar infidelidad ó alteración el que reflexione el modo con que estos escritos se distribuían y custodiaban! Cada apóstol fundaba diferentes Iglesias y las visitaba sucesivamente según las oportunidades: escribían sus epístolas á aquellas de que estaban ausentes, la Iglesia que recibía una epístola ó carta de su apóstol, la leía en público, remitía una copia á las otras Iglesias más vecinas, ó á aquellas con quienes tenía más correspondencia, para que se aprovisionasen de aquel tesoro de doctrina y de fe; pero todas las guardaban con el cuidado más religioso, y habían tenido por sacrilegio la menor alteración. Así se

han conservado y han llegado á nosotros siempre sanos; y por este medio se propagaba la instrucción al mismo tiempo que se aseguraba su exactitud.

“Sobre las epístolas de san Pablo, dice Bonnet, un articulador, tan propicio del tiempo, de los escritos de los santos apóstoles, repite, que resultaron las Iglesias á quienes fueron escritas y que se multiplicaron á las otras, hasta para convencer que todo es verdadero y original en los escritos que nos han dejado los apóstoles.”

En efecto, sin hablar del celo ardiente, fiero y valeroso que caracterizó estas otras divinas, y que la impotencia no es capaz de imitar, yo quisiera que se me dijera, por ejemplo, un hombre que no hubiera convertido á los gentiles, se hubiera atrevido á escribirlos con la fe y la reconocencia de que usa en su epístola san Pablo? (Como los cristianos también sufrida la autoridad que se toma el nombre de las dos epístolas que los son dirigidas, si este autor no fuera san Pablo ó si san Pablo no hubiera sido un apóstol?)

¿Cómo hubiera podido un impostor erigirse en maestro y doctor de los diferentes que había entre los judíos y los gentiles de Roma, sin los hubiera habido entre ellos? Y suplico que fuesen ciertos, ¿qué derecho podía tener para originar y decidir una cuestión tan importante como la del origen de la justicia, y humillar á unos y otros un hombre cuyo misión no hubiera sido reconocida y autorizada con milagros?

Es también de observar que estas epístolas de san Pablo y los demás escritos del nuevo Testamento, fueron dirigidos á naciones diferentes, los romanos, las etnas las galatas, los hebreos y otros muchos; que estos pueblos formados en sus Iglesias los recibieron en el tiempo mismo de los apóstoles, y que mostraban los originales que así para que estos escritos sean auténticos, es menester ó que todos estos pueblos de la tierra se hayan combinado para falsificarlos y suprimirlos con nombres imaginarios, ó que todos ellos hayan sido engañados.

Pero ¿cómo millares de hombres han podido dejarse engañar sobre un hecho tan simple y cuyo error es tan fácil descubrir? ¿Cómo ó con qué interés tanto han podido contribuir á dar crédito á esta impostura? ¿Se puede imaginar que los que promuevan una religión que de testa la mentira y no enciende sino la verdad; que abandonan por ella todas las esperanzas humanas y se exponen por ella á las persecuciones más violentas, hayan querido hacer una conjuración tan difícil para engañar á todos los siglos, dando por obra divina sus propias invenciones, ó que el impostor que se atreviese á estar á los apóstoles como testigos de hechos que no existieron?

Y cuando esto fuera posible, ¿cómo ni las divisiones de las Iglesias particulares ni la diversidad de intereses, gustos y circunstancias de tan innumerable multitud de pueblos no han podido determinar á alguno á descubrir la fraude y desengañar al mundo? Pero eso quisiera no me fuese sacado del sentimiento.

Por otra parte, todos los libros del nuevo Testamento son públicos y han sido conocidos desde el principio del cristianismo; todos han sido citados por los grandes hombres contemporáneos de los apóstoles, como san Ignacio, san Clemente, san Policarpo y otros; también la fueron por los primeros discípulos de estos, tales san Ireneo y san Jus-

tiño: Así, es innegable que estos santos y venerables personajes los habían leído, pues citan en sus obras muchos textos de ellos: también lo es que estaban persuadidos de que los apóstoles y evangelistas eran sus autores, pues los citan como de ellos, y que no lo podían dudar, pues vivieron con ellos.

Añadid á esto que esos primeros testigos que son tan respetables por sí mismos, están apoyados por los otros que los siguieron después y que no son menos dignos de crédito. San Ireneo cita á San Marcos, éste á San Ignacio y San Policarpo, que cita á dos muchos apóstoles; ¿qué podrá hacer todas las conjuradas frivolas de la incredulidad contra esta cadena de testigos que empieza con los hombres apostólicos, y que ían en cad. de siglo en siglo, llega hasta nosotros sin interrupción y siempre con el mismo empuje y la misma autoridad!

Es crítica severa y rigurosa con que los primeros cristianos discernían las verdaderas Escrituras de las falsas, y el principio decisivo de que se servían para discernirlas, es que en toda posibilidad de falsedad ó alteración. Muchos herejes de los primeros siglos tuvieron la culpa de compungir Eranagelios y publicarlos como si fueran de los apóstoles: pero esta sacrilega empresa presto fué descubierta y rechazada con indignación.

Los fieles que se tenían unidos á la antigua tradición, se oponían á estas Escrituras solo porque eran nuevas, y decían: Hasta ahora no las hemos conocido. Si las conocieron los apóstoles en cuyo nombre parecen: ninguna las dio á sus Iglesias: no hay Iglesia que las haya recibido de su mano: jamás las solo conocidas ni explicadas en nuestras juntas: esta postura se opone á la institución de la religión, y de la misma fecha que los errores que favorecen: es inútil examinar si tiene esta falsedad es otra, pues son nuevos. Ya se ve que los que se atribuyen por estos principios no podían admitir nada que no fuese auténtico: así desprecian bien todo lo que era más reciente que el establecimiento de la religión: lo que se traía al exterior de la antigua veneración general era prescrito por el único pero invulnerable argumento de la tradición.

La Iglesia ha conservado en todo tiempo una profunda veneración de la inmutabilidad de los apóstoles, en todo tiempo ha respetado sus escritos como inspirados: por el Espíritu divino, siempre ha creído que genuinos ó auténticos así es imposible y sacrilego: de esto ha nacido la escrupulosa atención con que ha vigilado para que no se alterara la pureza de sus libros sagrados.

Por otra parte, era imposible, porque jamas nadie hubiera podido corromper ó alterar la historia del Evangelio! Desde el establecimiento de las Iglesias, las copias se hacían cuidadosamente con ellas por toda la tierra: las diversas naciones cristianas que las formaban y las habían recibido, las respetaban como su monumento: desde el fin de cada siglo, y eran el título fundamental de su grandiosidad y esperanza. Las leían continuamente en las familias, en las casas particulares y en los juntas públicas de la religión.

Así era imposible que su fidelidad se alterase ni por la revolución de los siglos ni por el arroyo de los novadores. Si algun incrédulo se atreviera á sostener que estos libros han padecido alteraciones debería explicarnos cuáles, y decirnos el tiempo, el motivo y los autores de ellas. Se le preguntaría, ¿quién son los que han podido hacer esta

impostura! ¿Son los gentiles! Pero estos no lo podían hacer mas que para abultar al cristianismo que crecía, y aumentar la idolatría que crecía. ¿Pues cómo han dejado en ellos la elevación de sentimientos que estaban formados á admitir, y la pureza de su doctrina, tan superior á la de sus filósofos! ¿Cómo no han suprimido tantos milagros que prueban la divinidad de la religión! ¿Y cómo si los gentiles tuvieron un proyecto tan loco, los cristianos de todo el universo no se apercibieron ó dejaron correr en indiferencia su ejecución! ¿Cómo abandonaron su resistencia á los idolatras mas monumentos que tanto veneraban y cuya verdad defendían á costa de su sangre!

¿Son los judíos! Pero sin repetir lo que hemos respondido á la absurda imputación de los gentiles, y que tiene para con ellos la misma fuerza; que si no los diga, ¿por qué si estos han podido alterar los libros santos, han dejado en ellos tantos baldones vergonzosos contra las vanas tradiciones de la sinagoga, contra la hipocresía de los sacerdotes y doctores de la ley, contra las supersticiones del pueblo y contra los vicios y egoísmo de la nación! Sobre todo, que se nos explique ¿por qué no han borrado tantos prodigios que son en favor del cristianismo, y que los convencen á ellos á los ojos de toda la tierra de su durezza y de su decencia!

No quedan pues mas que los cristianos á quienes se pueda atribuir esta fraude, pero es posible que todos los cristianos del mundo se hayan concertado para corromper lo que veneraban como mas sagrado, de modo que no hubiese ninguno que se opusiera á una empresa tan sacrilega y que levantasen la voz para salvar su fe y preservar á la posteridad del error! Si se responde que uno solo ó un pequeño número ha podido hacer el engaño, se muere en mayores absurdos, pues es decir que un pequeño número ha podido seducir á todos los demás, corrompiendo el libro que se leía todos los días, que estaba grabado hasta en la memoria de los niños, que se había multiplicado en una innumerable multitud de ejemplares, que estaba depositado en todas las Iglesias y familias, y en fin, en libro que cada día traía para su uso.

¿Quién pudiera bastante temerario para concebir un designio tan loco! ¿Quién tan insensato que capaz de conseguirlo! Si el pueblo no hubiera conocido el delito, ¿podía conseguirse á los pastores! Si los pastores lo hubieran cometido, ¿cómo lo hubieran sufrido tranquilamente y en sus pastores y los pueblos se hubieran reunido para exigirlos emprezaban sacrilegos, los enemigos de la religión no hubieran triunfado con solo ocultar en casa semejante escandalos!

Esto parece natural; y no obstante ninguno de ellos impuso jamás á los cristianos esta tenacidad, por mas que se esforzaban á combatir con todos sus fuerzas la doctrina de los libros santos, jamás dudaron de su autenticidad, siempre los reconocieron íntegros y puros. Finalmente, cuando el silencio, el ostrismo ó la indiferencia de los enemigos del cristianismo no hubiera descubierto este proyecto insensato, los partidos que poco después se formaron en la Iglesia, y que son casi tan antiguos como ella, hubieran sido un obstáculo invencible.

Porque poco después de la muerte de los apóstoles se vieron hombres indolentes y temerarios que rompieron la unidad, hombres que con orgullo y desmo de la independencia formaron sociedades separadas. Desde entonces era

imposible introducir la menor novedad en las Escrituras. Si los ortodoxos se hubieran atrevido á la menor innovación, ¡qué qué fueran todas las sectas! ¿cómo las hubieran dado en tierra con esta provocación! Es verdad que como se ha dicho, los herejes por apoyar sus opiniones intentaron alguna vez impugnar algunas palabras con el texto sagrado; pero la Iglesia confundió al instante su temeridad sin otra diligencia que la simple comparación de los ejemplares antiguos.

Y si es imposible hallar los autores de una falsificación que no existe, lo es mucho mas determinar su época. Porque ¡por qué tiempo se podrá fijar! ¿será en el que precedió á los Ireneo, Justino, Clemente, Ignacio y Policarpo! Pero este es el de los apóstoles, pues los citados son sus discípulos que vivieron con ellos y los sucedieron inmediatamente en su ministerio y autoridad. Y á vista de tantos testigos y tan incorruptibles, ¿cómo mudamos era impracticable. Será en los tiempos posteriores! Pero esto no es posible, porque el nuevo Testamento que hoy corren, es el mismo que citan estos primeros escritores de la Iglesia, como la evidencia la multitud de textos que citan en sus obras. La perfecta conformidad de unos y otros demuestra que los libros santos han sido los mismos en todo tiempo.

Por otra parte, para acreditar esta alteración sería necesario suponer un motivo, un interés, y aun esto no basta, porque no siempre el interés prueba el hecho. Sería pues necesario decir positivamente: Ve aquí lo que al principio no estaba en vuestras Escrituras y lo que se ha añadido después, y aquí lo que se leía antes y ha sido borrado por vuestros padres. Esto sería natural si fuera cierto; pero ¡jamás la incredulidad ha dicho nada de esto. Ella se permite todas las sospechas, pero se arroja obligada á probar ninguna de modo que para confundirla es menester combatir tanto lo que dice como lo que calla y demostrar la imposibilidad mas que las pruebas de los hechos.

Digamos pues que hombres que veneraban los escritos de los apóstoles y de los evangelistas como palabra de Dios, y que habían aprendido en ellos el odio de toda mentira y el amor de toda verdad, que hombres que renunciaban á todos los bienes de la tierra para seguir y sacrificar hasta su vida por defenderla, no eran capaces de impostura tan sacrilega, y añadamos que no se observaba en los libros santos nada que sobresaliera para servir de fundamento á tan temeraria imputación.

Si hubiera podido haber falsarios, hubieran supuesto lo que puede considerarse los escritos sobrios, ó lo que ha de extenderse á la naturaleza: se cumplida: pero estos libros están llenos de misterios incomprensibles que con funden á la razón humana, de preguntas ásperas y severas que combaten todos los vicios y refrenan todas las pasiones. ¿Qué es también lo que se pudiera haber añadido! Los milagros de la espiritual! Pero estos milagros no se pueden dudar, pues eran los que hacían las conversaciones y los que multiplicaban los cristianos. Es claro que no era necesario añadirlos, pues es necesario suponerlos, y se debería concluir que todos los libros por entero son falsos, y debería concluir que todos los absurdos que hemos dicho, porque la guerra se hizo de los libros. La doctrina de los costumbres y la fe de los misterios se apoyan sobre ellos; y si la suposición entera de las Escrituras parece

imposible, la adición fraudulenta de los milagros no debe parecerlo menos.

La inmutabilidad es debida cuando Dios que las versiones no son conformes y que desde los tiempos mas antiguos se disputó en la Iglesia sobre la autenticidad de algunos de los libros, que hoy hacen parte en los libros canónicos. Pero que vanas es esta suposición! En cuanto al primer inconveniente muchos son difíciles de concebir que en la inmutabilidad de los copias se han podido introducir en el curso de los siglos algunas ligeras diferencias en cosas de poca importancia en algun lugar de las versiones ó copias; pero es indolente que en todas ellas se ve el mismo moral, las mismas profecías, las mismas promesas y los mismos hechos de la historia; que de todos los manuscritos, de todas las traducciones que vivieron con ellos y los mismos doctrinas, la misma legislación, la misma fe, que todos sin excepción nos representan á Jesucristo haciendo milagros, profetando la misma doctrina nueva y sublime, jurando sus creyentes, formando su Iglesia, muriendo en medio de dolores é ignominias, resucitando por su propio poder, enviando á sus apóstoles á predicar en toda la tierra, ascendiendo á los cielos y enviando desde ellos su Espíritu á la Iglesia que entonces comenzaba.

También es seguro que todos refieren uniformemente la predicación y los trabajos de los apóstoles, las conversaciones que hacían la ruina de la idolatría, el establecimiento de la fe en Jesucristo, la doctrina de la justicia cristiana, su origen, su sucesión, y su carácter; que todos anuncian un Dios creador, un Jesucristo redentor, un espíritu santificador, el mismo bautismo, el mismo sacramento, el mismo término, el mismo camino para no incurrir en los mismos castigos reservados á los delincuentes, y obtener los mismos recompensas preparadas á la virtud. Ve aquí lo esencial; este es el fundamento y la sustancia de todo; y yo quisiera preguntar, ¿qué mas podíamos pedir á la Providencia para estar seguros de que estos sagrados monumentos nos vienen de su mano; que los tenemos en toda su integridad!

Es verdad que alguna parte de las Escrituras pareció un tiempo dudosa á algunas Iglesias presuntuosas; pero qué importa esto á nuestra fe! Si alguna Iglesia dudó algun tiempo de la autenticidad de alguno de los libros santos, esto no prueba sino el enajenado y examen que ponían todos para recibirlas. No se atrevían á decidirse por sí mismos; pero al instante que la Iglesia universal declaró que era obra de los apóstoles, todos se sometían y los reconocían. Por otra parte, hasta el presente para reconocer que estos libros que fueran dudosos, no contienen nada nuevo, nada contrario á lo que se hallaba ya en los otros libros, que de todo tiempo estaban reconocidos por indubitables.

¿Qué pues probado con evidencia que el nuevo Testamento es obra de los apóstoles y evangelistas, que hoy le tenemos tal como salió de sus manos. Por consiguiente, no queda por examinar si estos libros son verdaderos y merecen nuestra confianza. Para aplacar esta duda de nuestro parte todos los títulos que tienen para ser tenidos por insuperables, y no quiero para apreciarlos valores. De otras reglas que aquellos de que la crítica humana se sirve para estimar el valor de los escritos y el crédito que se debe á sus autores. Y sin seguir mas que estos principios, probaré que no hay libro en el mundo que merezca más confianza que los Evangelios.

Estos libros no son como la mayor parte de los otros. No refieren las invenciones de su propio espíritu. No hacen narración de hechos pasados en otro tiempo ó lejos de ellos. Solo cuentan sucesos de que fueron testigos oculares, y las más veces principales instrumentos; en una palabra, hechos que vieron ó que hicieron ellos mismos. Por otra parte, en estos escritos manifiestan una razón sana, un juicio profundo, una cordura consumada. ¿Qué más es necesario para que merezcan crédito? La verificación de todas estas circunstancias dejó todo lugar á la duda ó á la ilusión. Supuesto pues que no militasen considerables razones si es de temer qué quisieran fingirlos. Pero ya vez que estos autores no han trabajado de concertado, que no han escrito ni en el mismo tiempo ni en el mismo lugar, y que á pesar de esto están perfectamente conformes en la sustancia, tanto en la doctrina que exponen como en los hechos que refieren. Es cierto que en las cosas indiferentes se les observan algunas ligeras diferencias; pero esto mismo es una nueva prueba de que sobre los objetos importantes solo los ha habido la misma verdad.

Ellos escriben sin ignorancia, sin flaqueza y sin falta; con tan ingenio sencillo, que pervienen á todos. Se dan por lo que son, esto es, por pobres pescadores, que no conciben más que su barca y sus redes antes de su vocación al apostolado. No ignoran que el espíritu de su vida es contrario al espíritu del Evangelio, y que todo, no ocultan el dolo que tuvieron de distinciones y preferencias, sin disminuir que hasta los últimos momentos de la vida de Jesucristo, la ambición y los celos, produjeron entre ellos disputas y murmuraciones.

Comaban que todos habían prometido á Jesucristo seguirle hasta la muerte, y que una faga colgado y vergonzosa fuese la postula y el castigo de sus presencios. Cuando refieren las tres veces que uno de ellos le negó, no omiten nada de lo que puede hacer más grave su cobardía y su desvío. ¿Y por qué tanta sencillez, tanta humildad? Era necesario publicar tantas y tan vergonzosas faltas. No hubiera sido más útil á la propagación del Evangelio esconder las miserias de los que desaban pecar. Así hubiera pasado la prudencia humana; hubiera creído que era más prudente esconder en el silencio las cosas ó las que cuya obtención podía desocultar á sus apóstoles y servir de obstáculo á los progresos de la religión, pero no pensó así el Espíritu divino.

Lo que debía de imprimir al testimonio de los apóstoles el último carácter de verdad, es el valor y la constancia con que sufrían la muerte por sostenerla. Si se puede concebir que un hombre se deje seducir y se arrastre en su error cuando se trata de sostener dogmas abstractos ó máximas especulativas. La educación, los ejemplos y sus propias reflexiones, pueden formar opiniones fuertes y darle á su alma sentimientos profundos, y el temor de Dios puede añadirle una fuerza nueva con la aplicación de ciertos principios generales, que todo debe sacrificarse á los fines para de la religión, y entonces no es extraño que con tanta celo que ilustración sea uno víctima de su error.

¿Pero cómo se podrá concebir que haya muchos individuos que sin interés ni motivo se propongan hacer adoptar no una opinión que tienen, sino hacer creer un hecho que ellos tendrían por falso, y que para esto se expongan á todo el rigor de los tormentos, á los horrores del suplicio,

á los recordamientos de su conciencia y á los castigos de Dios? ¿y todo esto sin esperar nada por obstinación tan loca, antes sí con la certidumbre de ser condenados por la Eterna Verdad á que están obcecados? Eso sería una especie de delirio que no cabe en lo natural; la historia no presenta ejemplo alguno. Y pues los apóstoles lo sufrieron todo y sacrificaron su vida por atestiguar hechos públicos y palpables que habían visto y sobre cuya evidencia no se podía engañar, ¿quién puede dudar de su verdad? El que dudare no busque este error en su entendimiento, sino en sus sentidos.

Es de ver lo que pudimos descubrir hablando humanamente; pero ¿qué será si consideramos que estos libros son divinos y que sus autores fueron inspirados? ¿y cómo dudado si es verdad como hemos probado que son los mismos que los apóstoles escribieron? ¿qué nos dicen en ellos? Que Jesucristo les promovió una luz sobrenatural, una revelación inefable que los dirigía en la publicación de su doctrina. "Yo aquí era palabra (1): El consolador ó el Espíritu Santo, que mi Padre os enviará en mi nombre, os lo enseñará todo y os hará acordar de cuanto os he dicho. Cuando el Espíritu de verdad venga, os enseñará toda la verdad, porque no hablará por sí mismo, sino que os dirá lo que ha oído y os anunciará las cosas futuras."

No puede ser más clara ni más general la promesa de la inspiración, y los mismos apóstoles y evangelistas, que asombrados habrán recibido, atidos que ya estaba exactamente cumplida; y por esto á cada paso nos repiten que no son más que los órganos y los intérpretes del Espíritu Santo, que Jesucristo habla por su boca, que él que desprecia sus palabras desprecia á Dios, con cuyo espíritu se explican. Y el grande apóstol dice á los de Tesalónica (2): que no se han engañado en oír sus discursos con el mismo respeto que si fueran la palabra de Dios, porque era en efecto su palabra: *Non est verbum hominum, sed erant et verba verbum Dei.*

Es pues evidente que los apóstoles decían que habiaban y escribían inspirados por Dios, y lo singular es que no solo lo decían, sino que lo probaban. ¿Y cómo habiendo milagros. Con una palabra sola en nombre de Jesús curaban todas las enfermedades, sanaban los cojos de nacimiento, movían á los paralíticos que moraban, y su palabra poderosa sostenía todo lo que ordenaban. Hasta la muerte respetan en ellos el imperio absoluto de aquel que se llamó resurrección y vida. Penetran las más ocultas razones de la conciencia, y el rayo de su luz más rápido que la muerte con que destruyen la hipocresía y la mentira. Y estos prodigios eran tan públicos y tan frecuentes, que los gentiles los creyeron dioses y quisieron ofrecerles sacrificios. Esto era demasiado, pero á lo menos no se puede dejar de creer lo que dicen hombres que hacen estas cosas.

¿Y que decían? Que todo lo que hacían no lo habían por su propia virtud, sino por la de Jesucristo; que si tal vez recibían los demonios, si curaban los enfermos, si resuscitaban los muertos y si comunicaban á otros los dones del Espíritu Santo, era únicamente en nombre de Jesucristo, y con el fin de persuadir al mundo que Jesucristo es el único mediador entre Dios y los hombres y que la religión cris-

(1) *Joan. IX, 26.*(2) *I. Thess. II, 13.*

tiana es la verdadera. Los apóstoles, pues, estaban persuadidos ellos mismos. ¿Y quién pudo persuadirlos sino el mismo Jesucristo, y cómo no se habrían persuadido habiendo contemplado con sus ojos el grande espectáculo de su poder, de sus virtudes y de su doctrina?

Toda la vida pública de Jesucristo desde el principio de su ministerio hasta la consumación de un sacrificio, fue una serie continua de milagros. El Hombre Dios disponía de la naturaleza como era su árbitro soberano. Daba vista á los ciegos, agilidad á los impedidos y salud á los enfermos. Al imperio de su voz salían los muertos del sepulcro y abrían otra vez los ojos á la luz. Mandaba á los vientos y á las tempestades. El mar igualmente obedecía su imperio. Entre sus tantos omnipotentes poderes se incluían la muerte, que crecía lo que necesitaba el humano pueblo que la sigue. En fin, no fueran posible hacer toda la enumeración de sus milagros. Pero detengámonos á considerar algunos para sacar las mismas consecuencias que nos Jesucristo.

El de la multiplicación de los panes anuncia manifiestamente al Criador de todo. El que con tan poco pan satisficiera á cinco mil hombres, es el mismo que con la misma bondad y el mismo poder satisficiera todos los años á cuantos viven en la tierra, dando fecundidad á las semillas. Este prodigio nos sorprende menos porque es más ordinario, pero dejando aparte estas reflexiones, no me detengo más en aquel milagro, porque así en cierto, el me descubre grandes consecuencias.

Es imposible dudar de su verdad, ni cabe en el sospecho de impostura ni de ilusión. La razón que hace el Evangelio es natural y sencilla y no puede admitir engaño, pues se hizo á la vista y en favor de una multitud numerosa. Los apóstoles sabían bien el pan que había y sus poderes dudar de su aumento, pues por sus manos le repartían en el pueblo. Y yo digo que si este milagro es verdadero, se sigue que Jesucristo es Hijo de Dios y era el Mesías, porque el mismo Jesucristo al tiempo de hacerlo, le dijo que él era el pan de vida, el pan venido del cielo, que da vida al mundo y el que cree en él tendrá la vida eterna. Pues que dijo estas palabras habiendo aquel milagro, es necesario creerlas.

Jesucristo da vida á un ciego de nacimiento (1). El prodigio fué tan público como innegable. Los esfuerzos que hicieron sus enemigos para oscurecer su evidencia y debilitar la impresión, constituyeron á darle más autoridad y certidumbre. ¿Cuál fué el motivo de esta obra divina? El Evangelio nos lo dice: hacer ver á los hombres, que Jesucristo era el Hijo de Dios; excitarlos á creer sus discursos y adorarlos. Pues no se puede dudar del milagro, tampoco se puede dudar de sus consecuencias.

¿Y quién podrá rebueltar sus adoraciones y su fe si considera todas las circunstancias de la resurrección de Lázaro? (2) Jesucristo estaba muerto cuando se lo devolvió á la vida por el espíritu de Dios, y el instante doctra que Dios no lo ha permitido sino para manifestar su gloria y probar la misión de su Mesías. Lázaro murió y había cuatro días que estaba ya enterrado. Su muerte se pública hasta en Jerusalén, pues muchos habían venido de allí á con-

solár á sus dos hermanas. Después llega Jesucristo, y desde luego anuncia con majestad que él mismo es la resurrección y la vida. Exige que Marta le reconozca por Hijo de Dios vivo, y le asegura que su hermano resucitará no solo en el último día, sino de allí á pocos momentos.

Después de esto, se acerca al sepulcro acompañado no solo de las dos hermanas del difunto, sino de otros muchos judíos que habían traído las circunstancias. Manda que se levante la piedra, da gracias á su Padre de que siempre le es favorable, le pide que le siga también en aquel caso, para instrucción del pueblo que lo mira, y llamando á Lázaro con aquella poderosa voz con que otra vez hizo salir al universo de la nada, vuelve á la vida y á la luz un ciego que la muerte y la putrefacción tenían ya destruido.

Todas las circunstancias de este hecho manifiestan su publicidad, pues pasó en presencia de tantos testigos. Así no pudieron ignorarle los sacerdotes y los fariseos, y los evangelistas citan que no pudieron esconder su notoriedad ni reportar su efecto, se determinaron á hacer mención á Jesucristo. También citan que él desce de vez en vez al sepulcro Lázaro, hizo venir muchos judíos de Jerusalem á Betania, y que esta curación, que dio motivo á la curación de muchos, sirvió también para irritar á los sacerdotes contra Lázaro. Últimamente, dicen que este milagro contribuyó mucho á las acumulaciones con que pocos días después fué Jesús recibido en Jerusalem.

Ahora pregunto: si todos estos hechos son falsos, cómo los apóstoles y los evangelistas se atrevieron á escribirlos y publicarlos? ¿cómo los han escrito con tanta simplicidad? ¿y por qué los describen tan por menor y con tantas circunstancias? ¿cómo osaron citar como testigos tanto número de personas vivas? y sobre todo, ¿cómo pudieron esperar que fuesen sus discípulos los mismos que tenían tanto interés en destruirlos? Porque observamos que no solo los indiferentes y los simples, sino los mayores enemigos de Jesucristo, atestiguan sus milagros.

Es verdad que para construir su efecto comunicaban al principio. Decían que los había en nombre de Jesucristo, con una contrafección tan ridícula, que afirmaban que irrojaba á los demonios con la virtud de su principio, como si esto le serviera contra sí mismo. Lo improbable, que si daba vista á los ciegos y sanaba á los paralíticos, era profanando el santo día del sábado; pero estos recursos no les que no podían tener otra causa que el odio y la envidia, eran una confesión manifiesta de que no podían negar lo que todos veían, y con ellos certificaban la verdad de los hechos. Su malignidad los había en grado más alto de creencia.

Los justos más enemigos de Jesucristo se vieron tan convencidos de sus operaciones milagrosas, que una tradición se la conservaron en su posteridad, y hoy mismo se hallan vestigios de ella en sus antiguos monumentos. En el Talmud al capítulo XII dicen, que Jesucristo debía este poder á la magia que había aprendido en Egipto y al secreto que sabía de pronunciar bien el nombre de *Iehouá*. Notamos no necesitamos de los judíos para saber con qué virtud hacía los milagros. Pero estas ridículas salidas prueban que no podían negarlos, y esto nos basta.

Tampoco los gentiles se atrevieron á negarlos. Celos, que atacó la religión con tanta malignidad y saña, no los negó jamás. Juliano nunca los puso en duda, y solo procuró disminuirlos, dándoles el nombre de prestidigitos,

(1) *Joan. IX, 1.*(2) *Joan. XI, 1.*



la misma maravilla y sienten la misma sensación, todos se regocijan de la gloria de su Maestro, y de la esperanza de tener parte en ella, todos dan gracias y van á juntarse para esperar en el retiro y la oración el cumplimiento de las promesas. Esta reunión de circunstancias y testimonios excluye toda posibilidad de impostura y de ilusión. Así es como los hechos de la resurrección y de la ascension de Jesucristo se sostienen recíprocamente, pero la venida del Espíritu Santo que les siguió tan de cerca, les da otro nuevo grado de certidumbre.

Jesucristo acababa de elegir á sus discípulos que se separaban de él para subir al cielo, pero que les enviaría el Espíritu Santo, que era el Espíritu de una virtud divina, y les transformaría en otros hombres, que les enseñarían toda verdad que ellos convenían al mundo de haber conocido en su seno, que daban entendiendo al que vino para ser su redentor; y en el principio de las tribulaciones por esto dicho es que les había enviado sobre él generalísimo, y que el Hijo de Dios, desde el seno de su Padre, sería una potencia para conducir á la verdad y á la fe.

¡Con qué fidelidad, con qué magnificencia justificaron las acciones la verdad de estos oráculos grandiosos! Los discípulos de Jesucristo, que eran la fección cristiana que entonces empezaba, estaban justos en una casa y hacían oración. Un impulso viento súbito repentinamente y la consumiere, aparecieron visiblemente lenguas de fuego que no reposan sobre las cabezas de los discípulos. Ve aquí las señales públicas y exteriores de la venida del Espíritu divino, del Espíritu consuelador que les enseñaría toda verdad, y que les había prometido Jesucristo, ve aquí el momento de su énfasis interior en aquellos coramios y el símbolo de su fuerza invencible.

¿Y cuáles fueron sus efectos? Al instante los discípulos no pueden contener el ardor de que se sienten penetrados. Salen de su retiro, se derraman por las calles de Jerusalén y en presencia de sus habitantes y de la multitud de judíos extranjeros que habían venido á celebrar en el templo la solemnidad del día, incesantemente los grandes y echan en cara á los sabios de la nación haber crucificado á Jesús, que era el Mesías, por quien tanto habían esperado sus padres. Habían afirmado su resurrección, sin ningún contexto haberlo visto y hablado, explican con fuerza y claridad cuanto habían predicho los profetas de un muerto y de un tronchado, de sus virtudes y de su gloria, y del imperio eterno que debía ser el fruto de sus sacrificios. Los pueblos estranos de tantos y tan diferentes lugares de la tierra los escuchan á pesar de la diversidad de lenguas, cada uno entendiendo en la suya lo que dicen estos hombres sencillos, y se llenan de asombro.

¿Y cuál ha estado tan de repente á los apóstoles tantas lenguas florecientes que perspicaces les hace descender en medio de lenguas ilíquidas tan altamente infusas el que convence á cada uno, sin necesidad de confundirlos con los otros? ¡Cuán hermosa crítica en la bajeza y la ignorancia han podido hacerse críticos á tan alto grado de ilustración é inteligencia! ¡Cuán los ha dado el poder de transformar una muchedumbre tan indolente y entorpecida en un pueblo nuevo, que se penetra de sí mismo y se somete á la penitencia!

El hecho es que es su primer discurso convertido tres mil y en el segundo cinco mil. Y no se diga que los apóstoles

debieron tan prodigiosos progresos á espíritus diáfonos en su favor, ó que estas conversiones fueron tan superficiales como rápidas; porque los hombres que convirtieron y que obligaron á adorar á Jesucristo, fueron los mismos que lo crucificaron: los que poco antes no creyeron en Jesús porque no veían en las Escrituras más que recompensas temporales, son los que ahora le reconocen por su Mesías y su Dios; los que no ha mucho no sentían otro interés que el de los bienes visibles y presentes, son los que ya van á venderlos para poner su precio á los pies de los apóstoles; en fin, esos judíos tan crueles y generosos se transforman en ciudadanos del cielo por sus deseos, que no aspiran más que al logro de los bienes eternos. Ya forman un pueblo de cristianos que no cuidan más que de imitar á Jesucristo y de imitarle.

¿Qué puede dejar de reconocer en revolución tan grande y súbita la presencia del Espíritu Santo y de su operación omnipotente? ¿Qué mano sino la suya podía en un momento producir virtudes tan sublimes, aniquilar el amor propio, transformar en una embriaguez, avilante y sumisa, refrenar los concupiscentes corrompidos y fundidos de tal manera en el fuego del amor divino, que no fueran más que un solo corazón y una sola alma? Esto no se puede dudar. Y si es cierto que según la promesa de Jesucristo el divino Espíritu ha descendido, no puede dejar de ser cierto que Jesucristo es el Mesías que ha resucitado y que ahora lleno de vida está sentado á la derecha de su Padre, ejerciendo el mismo poder, pues que sin todo esto no hubiera enviado al Espíritu consuelador, sino sólo de tantas maravillas.

Yo temo, señor, que mis largos discursos molesten vuestra atención. Temo que mis repeticiones la fatiguen, y con todo, no siempre me atrevo á suprimirlas, porque á algunas no parecen necesarias, á lo menos podrán ser útiles. Pero no digo todo lo que pudiera, y por no ser difuso omito grandes verdades que pudieran ser excelentes pruebas. Ayer hablamos del viejo Testamento, hoy del nuevo; ayer empezamos por la creación y llegamos hasta Jesucristo; hoy hemos visto á Jesucristo cuando vivía y le hemos seguido hasta dejarle en el cielo. No es esto todo; aun me queda que desear mucho. Si me dais licencia, mañana podremos continuar.

El padre se fué y yo quedé sin poder alternar ni tener fuerza para responder una palabra. Cada vez que se iba esta padre, me dejaba con un peso que me oprimía el corazón; pero esta vez me parecía que me había echado un manto á espaldas y que no me dejaba respirar. Yo hacía reflexiones por todos lados, procuraba fijar mis ideas, le escuchaba con toda la desconfianza que naturalmente me inspiraba un hombre á quien su educación y su estado debían dictar aquellas opiniones; pero no sólo como irresurrección de su fuerza ni como cerrar los ojos á su claridad.

Sobre todo, me hacía temblar cuando le miraba proclamar la divinidad de Jesucristo con razones que me parecían inverosímiles, y que sin réplica me llenaban de un temor espantoso, y decía en mi mismo: Si Jesucristo es Dios, ¿qué sería tan donada para ser la mía? ¿Qué será de Teodoro y de todos los otros amigos? ¡Ay del infeliz Manuel! Estas ideas tan conmovidas, me destraban el alma y me despedaban el corazón. En la carta que sigue te contaré lo que pasó el otro día. Adios, amigo.

## CARTA XIII.

## EL FILOSOFO A TEODORO.

Teodoro mío apenas llegó el padre al otro día, cuando me preguntó si había hecho nuevo redmón de la constitución precedente, y yo le dije que había firmado, que decía así:

El padre me ha dicho en su discurso de ayer, que las humillaciones y la muerte de Jesucristo eran la prueba más clara de que era el Mesías tan prometido y tan esperado, porque estas circunstancias estaban positivamente profetizadas.

Después de haberlo probado con las profecías de Isaías, de Daniel, de David y de otros, ha añadido que todo el Testamento antiguo y todas las ceremonias, ritos y sacrificios de la ley de Moisés, no eran otra cosa que un cuadro en que estaban dibujados de antemano los misterios del Mesías.

Que en los libros del antiguo Testamento se predican la obediencia de los justos y la conversión de los gentiles, y que esta institución tan cierta después como entonces irrevocable é imposible de probar, es otra prueba de que el Espíritu divino los ha dictado.

Que la verdad de cuanto contienen los libros del Testamento nuevo, sin considerar la divinidad de su origen y siguiendo sólo las reglas de la fe humana, no puede revocarse en duda.

Que ninguna otra historia ha sido escrita por tantos autores contemporáneos y de tanta calidad; pues si como se ha dicho fueron testigos oculares y la mayor parte instrumentales de los hechos.

Que la fe que la tradición ha conservado á estos libros es tan sólida y segura, que jamás los enemigos de la religión se han atrevido á negarla, porque los escritos de los santos apóstoles están á vista para todos sacados de aquellos libros.

Que la misma tradición confirma su integridad y la imposibilidad de toda alteración, porque jamás ha podido encontrarse ninguno porque no se desdiseñe algún interés en alterar, y es claro que muchos se tenían en no sufrir, y que si se hubiera podido hacer alguna, los enemigos de la religión al instante la hubieran advertido y aun echado en cara.

Que los autores del nuevo Testamento estaban instruidos de los hechos que refieren y que eran verdaderos, por consiguiente, que no pudieron engañarse ni engañar.

Que si solo tales motivos bastaban para establecer su autoridad, cuánto debe ser mayor cuando se prueba que estos libros son divinos porque sus autores fueron inspirados.

Que los milagros de Jesucristo prueban la divinidad de estos libros, así como prueban que el era el Mesías prometido y que era Dios como su Padre lo es.

Que también la prueba los milagros que hacían los mismos autores; pero que sobre todo, la prueba la resurrección, la ascension y la venida del Espíritu Santo, porque todos estos hechos están probados por otros innumerable testimonios, todos oculares, íntegros y puros, que confirmaron estas verdades con el sacrificio de su vida, sin que ninguno se retractara.

El padre asoció al texto extractado con agrado, y después de haberme dicho que era exacto, continuó así:

Repárese, señor, que en lo dicho había lo bastante para que busca la verdad de buena fe y con sincero deseo de descubrirla, pero muestra tanta religión abunda en presuntiva, y desde luego no pudo observar cómo la Divina Providencia se ha dignado de multiplicar las luces vertiendo á manos llenas y de manera diferente para abundar toda especie de claridad, y para que ninguno pueda discurrir en tierra voluntariamente los ojos para no ver su claridad. Observad que tanto como ha cubierto de tinieblas los misterios que tanto como ha cubierto de luz, tanto ha manifestado que es Dios el que nos manda creerlos para que nuestra obediencia os someta.

Ayer dejarnos ya á Jesucristo sentado á la diestra de su Padre, después de haber probado al mundo por las profecías verificadas en su persona, por sus milagros, un suplicio los de su resurrección y ascension, que Dios había cumplido su promesa enviando al Mesías, que Dios estaba era el mismo Dios. Ahora vamos á ver que el mismo Jesucristo estando ya en el cielo, ha probado de nuevo esta verdad con lo que se ha dignado de hacer posteriormente.

Después que Jesucristo dejó al mundo empezó á formar su Iglesia. Sus apóstoles empezaron á congregarse en sus casas y componer con ellos diferentes sociedades ó Iglesias particulares. Y Jesucristo derramó en ellos con tanta abundancia sus dones milagrosos, que los continuos milagros que se hacían en ellas, multiplicaban cada día el número de los fieles, pero prueban igualmente la autenticidad del Espíritu Santo, el poder de Jesucristo y la veracidad religiosa que había fundado. San Pablo habla de la efusión de estos dones como de una cosa pública que todos veían. No lo quiero para instruir á los que no lo saben ni para persuadir á los que lo dudan; lo expongo como una cosa sabida y que todos conocen.

Lo que escribo sobre este asunto á los corintios y á los colosios, fuera incesante si ninguno de ellos hubiera milagros, si ninguno curara los enfermos invocando el nombre de Jesucristo, si ninguno tirara el dedo de profecía ni hablara las lenguas extranjeras. San Pablo lo escribe suponiendo todo esto, y no solo los escribe, sino que los increpa sobre el abuso que hacen. Sería pues incesante poner que San Pablo quería persuadirlos que ejecutaban los prodigios



La luz que los alumbró es igual á la fuerza que los sostiene sus discursos al pueblo y al supremo consejo de la nación son monumentos repetidos de la sabiduría celestial que los ilumina. Constan generosos contra el falso celo de los judíos y gentiles, contra la elocuencia y la filosofía humanas que pretenden desalzarlos y arrebatarles las opiniones, y no se arredran ni hacen otras armas contra ellos, que la simplicidad de su predicación, la locura aparente de la cruz.

Pero por quién quedó el campo siempre obturo la gloria del combate? por quién se declaró la victoria? quién fué el vencedor que se vió triunfando al silencio? ¿el apóstol? el doctor de la ley? Cual de los dos sabiduría más allá del que el mundo trataba de hacer, ó si que los cristianos llamaban ignorancia? Que respondan, señor, la extensión del mundo y el establecimiento de la Iglesia. Pero todo esto no ser mucho ni ser sino la menor parte de su triunfo.

Porque cuando en la tierra era terrible, caído y poderoso, se reunió para defenderse la idolatría y abogar á la Iglesia en su reino. Los príncipes promulgan edictos feroces, los magistrados le preguntan con rigor: ¿dónde, millones de vidas se sacrifican, y ríos de sangre corren por todas las ciudades del imperio, pero que consiguen con referencias tan inhumanas? ¿qué abusan los hombres contra el poder de Jesucristo? ¿qué pueden las empresas que se oponen á su gloria? El fuerte armado fué vencido y arrastrado por su propio legítimo. El demonio que había subido á las alturas para hacerse adorar, fué arrojado de ellos y precipitado en las abismos. Sus templos fueron cerrados ó destruidos. Sus altares se vieron por tierra. Sus estatuas rotas ó á polvos. La idolatría atormentada y vergonzosa hoy ó del suelo que aliento tan largo tiempo, y ocultó en las cavernas sus infamias y supersticiones.

Dios no quiso que los apóstoles vieran toda la extensión de su espectáculo tan dulce como glorioso, pero la Iglesia que dejaron fundada y heredada á su autoridad, fué la heredera de sus promesas y continuó las conquistas. Nada en sus principios parecía tan despreciable y débil como la sociedad cristiana; pero en poco tiempo se mostró como una alta montaña y más floreciente, que otra alguna—todas las naciones vinieron á arrojarle en su seno como las ríos su arroyo en el mar, todas quisieron ser adoptadas en la familia de Israel y reconocer á los patriarcas por sus padres. La Iglesia ve á sus pies sus don soberbias coronas, la signa y el cetro, y sobre las ruinas de muchas se levanta sola y triunfadora.

Es verdad que la predicación aumentó todos los días desde el día en que se vieron millares de las hielos, pero ella se consolaba porque en espacio la había dado que debía triunfar, multiplicarse y establecerse con el sacrificio de muchos cristianos, y confiaba en la bondad de Jesucristo, que no dejaría largo tiempo á su siervo en el sepulcro y la oración; esperaba no tardaría el día de su gloria, el día en que la cruz saldría de la oscuridad de las cavernas para servir de adorno al sol; el día en que las cenizas de sus víctimas saldrían de las canchucas para ser coladas con honor en los altares en que él mismo renovaría su inefable sacrificio.

En efecto, señor, antes muchos de estos cuerpos que fueron abandonados á las fieras de la tierra y á los pájaros del cielo, volvieron: aparecieron con gloria. El pueblo lleno de veneración los recogió con respeto religioso, y los hijos de sus

mismas verdades se les postraban reverentes, de modo que sus tiranos no hicieron más que curarlos. Su muerte fué victoriosa; la miseria y tormentos que sufrieron, la causa de su gloria actual, y los instrumentos de su triunfo sobre los palmas que hermanan la pompa de sus milicias.

«General, señor, que aquí hay tres puntos indubitables. La certeza de esta milagrosa, la magnitud de los obstáculos y la pequeñez de los medios que la hicieron y á la vista de esta verdad es natural preguntarse cómo sucedió tan temerosos, tan difícil y tan contraria á todos los gustos y á todas las opiniones, se ha podido obrar con medios tan débiles y á pesar de tantos obstáculos? ¿qué causa secreta y poderosa pudo mudar el fin del universo? ¿qué ha podido obligar á los hombres á que abandonen sus ideas, sus inclinaciones y su culto para adorar un Dios crucificado por su propia sangre y adoptar una religión que mortifica tanto á la naturaleza? ¿qué luz tan alta descubrió de repente á los ignorantes las verdades más sublimes y los misterios más profundos? ¿qué ha inspirado á tantos filósofos gloriosos abandonar tan humildad y docilidad tan perfecta? En fin, ¿cómo la cruz de Jesucristo ha sido preferida á la riqueza, á los placeres y á las pompas de la gloria humana?»

La incredulidad se atormentó en vano al busca una razón natural de sucesos tan inauditos. No hay más que un modo de entenderlos y explicarlos, y es que Dios lo había resuelto en sus consejos eternos; que él mismo los había anunciado desde el principio del mundo, que Jesucristo los había profetizado y era dueño de las corazonas que quiso hacer las cosas más grandes con los instrumentos más débiles porque dar parte de su gloria al á los hombres ni á los muchos hombres, que sus milagros tan estupendos como multiplicados abrieron muchos ojos, que muchos corazones oyeron su voz llena de fuerza y eficacia, reconocieron su liberto y su Dios, y que los pueblos al reclamo del Pastor divino vinieron ó tropic á entrar en el reino de su Iglesia para formar esta familia querida, esta noble y santa promesa al mundo, que debía ser su bendición y la recompensa de sus humillaciones.

Hasta aquí, señor, no os he representado el edificio de la religión sino por dentro, pero ahora voy á abrirlos las puertas de su sagrado templo, ahora vais á ver que todo lo que hoy en él es digno de la grandeza de Dios y perennitama proporcional á cuanto el hombre merece. Es verdad que los primeros objetos que Jesucristo presenta á nuestra vista son misterios incomprendibles que mortifican el orgullo y humillan á la razón, pero después que nos ha convencido de que «cristo Dios, ¿se pudiera disputar su autoridad? ¿podría negarse que el hombre añade al sacrificio de su cuerpo el de su espíritu? El que aló el ser de la razón, que la podrá obligar á que renuncie lo que no le permite comprender?»

«¿Dónde están los títulos, cuáles son los derechos de esta razón tan presumida que quiere sujetar á su examen las cosas que se ofrecen á la vista? ¿qué pervertida está por sus pasiones la que sostiene pretensiones tan absurdas? ¿dónde está la razón que se dice inocencia del Ser Supremo, misma razón, relaciones infinitas, cuya profundidad es inabundable, y que es difícil querer juzgar de su autoridad por nuestra dependencia, y de su luz por nuestras tinieblas, y pues sabe que un Dios todo es verdadero, justo y santo, debe concluir que todo lo que se dignó de revelar, es merecedor de sus adoraciones, aunque exceda á la esfera de sus luces.»

Que nos digan los que disputan á la soberana verdad en la delicia sencilla, si la naturaleza no les guarda ningún secreto. ¿Ay, señor! á cualquier parte que voláramos los ojos tropezáramos con objetos de que no nos ha concebido el uso porque nos era inútil, pero que se nos quita un inteligencia que nos permite alcanzar la certidumbre más que la gratitud. ¿Cuántas verdades que son tan indubitables como incomprensibles! ¿cuántos objetos vemos sin que los podamos comprender! Esta luz tan admirable en sus movimientos es dicho llamando el aire, tan imperceptible á la vista y tan adusto y terrible en sus fenómenos; este fuego tan oculto en su esencia y tan espantoso en sus efectos. ¿Quién conoce los principios de los elementos, la variedad infinita de sus combinaciones y otras muchas maravillas naturales de los ojos ven, que la razón no entiende, y que se atrevería ella misma á negar si no las viera?»

«Si los secretos del orden físico son tan impenetrables, ¿cómo no lo serán los del orden sobrenatural? ¿qué es capaz de levantar el velo que los cubre? La razón conoce con claridad la necesidad de un Creador infinito que dé la existencia á cuanto mira, pero cuando se acerca á registrar esta majestad soberana, se desalumbra y se siente rechazado por su gloria. Sabe que Dios es eterno, que no puede tener fin quien no tuvo principio, que cómo saldrá penetrar su eternidad? ¿cómo sostiene este abismo que se vea todos los siglos y no presencie la menor salida? Sabe que Dios es absolutamente inmutable, no ha mudado estado ni una reconocida está dos atributos, pero si quiere conciliarlos, se pierde en una profusa penamitación.»

«Si Dios pasamos al hombre, ¿qué abiero abieno de necesidad. El hombre hace infeliz é injusto, no pudo salir así de las manos de Dios, que es la bondad infinita y la justicia por encima de todo, ¿qué preside que el mismo sea la causa de sus males. ¿Pero cómo ó cómo se hizo delincuencia? ¿cómo la filosofía humana podrá resolver esta cuestión. Ve aquí otra Dios sacó al universo de la nada, y siendo Dios es consiguiente que el gobierno con sus justicias que iguala á su poder; ¿por qué pues tantas maldades gozan de la prosperidad y tantos justos viven en la opresión? Tampoco el espíritu humano sabría por sí solo resolverla.»

«Y si en el orden físico y moral, ó lo que es lo mismo, en el de la naturaleza y la razón se encuentran á cada paso barreras de que es imposible salir, ¿qué mucho que en el orden sobrenatural de la revelación se hallen verdades tan primeras á nuestra inteligencia? Sin duda debe haberlas, pero desde que sabemos que son dogmas revelados por Dios y que tienen legitimidad y el carácter que debe someter á los corazonas deshechos y á los espíritus fieles, ¿cómo es posible dejar de creerlos?»

«El corazón sensible que no puede ser dogma resuelto ni venir de Dios he que se aborreció y contradujo. Pero yo les propongo: ¿es tan cierto, ó está tan probado que estos dogmas son contradictorios, ó cómo está verificada la resolución? Y después la verdad á preguntar, ¿cómo es posible demostrar ni aun permitir esta contradicción? Porque para decir que hay contradicción en un objeto, es menester ver con claridad la incompatibilidad de los términos que lo constituyen, tener ideas claras, seguras y completas de estos términos y poder registrar con el espíritu la totalidad del objeto.»

«Siendo esto así, ¿cómo puede pretender tener certeza tan clara y perfecta de cada uno y de todos los misterios, que pueda intentar de conocer su fondo y todas sus relaciones? Los que se atreven pues á decir que las ideas que se incluyen en nuestros misterios son inabundables y contradictorias, dicen lo que no saben, juzgan de lo que no entienden, y abusan de su razón con el pretexto de usar de ella.»

«Buenos dejan los incrédulos tomar por guía á su razón; pero esta no los presenta más que contradicciones y oscuridades. Los aborrecen en que cada uno mayores y más extravagantes que dicen ser las verdades que los asocian, y no pueden negar misterios incomprendibles sin despreciar sus innumerables errores. Después de todo, ¿qué otra cosa es su tré incertidumbre que un error sin fin, una temeridad que todo lo arrastra, un atolondramiento voluntario, un orgullo que no puede sufrir el único remedio que lo podría sanar? esto es la legítima autoridad.»

«El incrédulo no se cansa y vuelve á decir que los misterios repugnan al buen sentido y á la razón, y sin advertir que cuanto más pudiera estar repugnancia, de más armas contra sí; porque se le preguntará: ¿cómo siendo tan repugnantes tan terribles, han sido tan creídos y lo son todavía? Dejémosle aparte todos los argumentos, pero ¿lo nosamos no nos podrá negar que estos misterios de que se burlo y que no quiere creer, han sido predichos á los gentiles más estupidos, y que estos los creyeron, pues que hasta millores se hicieron cristianos.»

«Tampoco arguirá que estos misterios que le parecen tan increíbles han sido creídos no en un rincón oculto de la tierra por pocos hombres ignorantes y groseros, sino en todas las partes del mundo y por naciones ilustradas y cultas. Los apóstoles encargados de propagar el Evangelio le predicaron en todas partes. En el Oriente y Occidente, en el Setentrion y Mediodía publicaron la palabra de Jesucristo. Los gentiles entraron por tropas en el reino de Jesucristo. Las ciudades, las provincias, los imperios adoptaban y creían estos misterios que parecían increíbles. Y no era el pueblo solo el que los creía, no los ignorantes y los bárbaros, sino los mayores eruditos, los hombres de una erudición y los que pasaban por filósofos y sabios.»

«Para convencernos de esto basta abrir los libros de los padres antiguos, y sin considerar á estos doctores más que como sabios y filósofos, sería menester no tener gusto ni discernimiento para no admitir la extensión de sus doctrinas, la pureza de su lenguaje, la claridad de sus pensamientos, la fuerza de su raciocinio, la herminencia y energía de sus expresiones, y hasta la gracia y la delicadeza de sus frases elevadas, ingeniosas ó patéticas.»

«No era únicamente al espíritu superficial, al talento trivial, ni á ingenios limitados, á quienes era fácil deslumbrarlos ó hacerlos creer cualquiera cosa.»

«¿Qué es que estos misterios tan increíbles no fueron creídos porque se apoyaban en opiniones absurdas ó en principios absurdos que favorecían al nacimiento, á la educación, al interés; luego de esto fueron creídos á pesar de la severidad á que obligaban durante muchos siglos los cristianos por la mayor parte no se componían sino de los gentiles mudos ó del paganoismo y édoles en la idolatría. Para persuadirnos nuestra religión era necesario destruir todas sus ideas, arrancar de su corazón todas sus aficiones y sentimientos á mántimas serenas. Si era difícil hacerlos creer

cosas increíbles abandonaron sus antiguos dioses, sus ritos y su culto, no lo era menos obligarlos á observancias austeras, y no obstante, todos los días se multiplicaba prodigiosamente su número. Esto debía parecer al incredulo más increíble, y es lo que ha sucedido. Los gentiles se convirtieron, los idólatras abandonaron sus errores, los falsos sacerdotes se enfurecieron, disputaban, amenazaban, perseguían; pero el Evangelio se estableció sobre sus ruinas.

Y no olvidéis que se adoptan con facilidad opiniones que acomodan á la naturaleza ó á las pasiones del gusto; que se dejan correr con indiferencia las máximas que no obligan á ejercicios penosos ó difíciles. Pero cuando una religión nos dice que el hombre debe aborrecerse y repudiarse, que es necesario resistir á sus deseos más naturales, abnunciar su orgullo, liberarla sobre el casto día y renunciarle de toda la mortificación evangélica, esto no se cree ligerosmte, esto no se venía con facilidad y nadie se deja persuadir sino cuando no puede más, cuando se ve precisado por probar que es verdad que no lo es posible resistir.

Pero la que más os debe llamar es, que estos misterios han sido creídos con fe tan viva, tan firme y eficaz, que los hombres poco justificados se han atrevido á matar y para defenderlos lo sacrificaban todo, hijos, parientes, placeres, salud, reposo y hasta la vida! Qué combates sufrieron los cristianos desde el nacimiento de la Iglesia hasta sangre derramada! Se les está continuamente detestando, persiguiendo, castigando en calabozos, comparciencia de sus los poetas, entregando á los verdugos y atormentando con los martirios más atroces que podía inventar la ferocidad. El por que se dejaban atormentar tanto, que así sufrían tanto dolor, merecían tan horribles? Por sostener y defender estos mismos misterios que el incredulo llama increíbles.

En fin, han sido creídos con fe tan constante, que á pesar de todos los obstáculos se crean después de mil y ochocientos años, y según la promesa de Jeremías, á veces hasta la consumación de los siglos. Todo el poder humano ha conspirado contra ellos; los halagos del mundo por un lado, y por el otro las demás pasiones combinadas en el orgullo de la filosofía lo han combatido siempre. Pero como las alas del espíritu sean en rompa, contra el peñasco que les resiste, así todos los esfuerzos de sus enemigos no les han podido derribar, y se ve siempre inalcanzable hoy creyó y encendió lo mismo que creyó y encendió desde su nacimiento.

Ahora me vuelvo yo al increíble y lo digo. Tu no me puedes negar que estos misterios han sido creídos en el mundo con uniformidad, fuerza y constancia en todas las naciones que los han creído idólatras, bárbaros, salvajes, filósofos y sabios, ricos, pobres, grandes y pequeños, en las cortes y en las ciudades y en los campos, explicando para que que decís que son increíbles? O explicame zedmo han sido creídos con una autoridad tan incontestable y estable, y creídos con estas circunstancias? Es menester que me confeséis que hay en esto un secreto que no entiendo. Esta es la verdad y yo voy á descubrirlo este secreto.

Sabe que un agente superior á la naturaleza ha dirigido esta obra que era suya, sabe que no cesa de dirigirla con los impulsos ocultos de su providencia, reconoce esta divina mano, póstrate y adórala, averguézate de las huiras ridículas con que la ultrajas, y confiesa, que cuanto más alabas

las ponderaciones de su incredulidad tanto más ensalzas su omnipotencia, pues han podido superarla.

Es pues verdad, señor, que Dios nos ha propuesto verdades incomprendibles y oscuras, pero no le ha hecho de grandes y sólidos motivos. La tierra es para los mortales un pasado rápido, un lugar de tránsito, no es para de estudiar que no quepa en ella del glorioso privilegio de ver la verdad sin velo de nubes, como la verdad en el seno de la misma verdad. Ahora camina por el desierto de este mundo como el pueblo de Israel después de su salida de Egipto, caminando á la tierra prometida. La antorcha de la revelación es la columna luminosa que dirige á los hebreos, alumina el suficiente para dirigir sus pasos, para describirles los profetías, para librarlos del camino del error; pero alumina toda la imperfección hasta que llegue el día dichoso en que el Sol de justicia, mostrárnoslos todos sus esplandores, los ilumine de lleno y los haga eternamente felices.

Osténdoos que esta claridad imperfecta ó esta luz de luna y de oscuridad os era necesaria en esta vida. El primer hombre quiso detenerse á sí mismo su ciencia y su felicidad. Por esta doble presunción mereció ser abrumado de la presertencia de su creación y al delirio de su entendimiento, Dios, no obstante quiso por su misericordia personal, yerno quiso convertirle por medios proporcionados y capaces de humillar y corregir tanto su entendimiento como su corazón. Para este fin, como destino inalcanzable le impuso el tributo de sus acciones y de sus, y como verdaderamente exige una santidad para y eterna á la verdad de su palabra. Con esta doble dependencia el hombre entro vuelve á entrar en el dominio de Dios, su entendimiento desengañado de sus errores ve la verdad, y su corazón curado de sus heridas se restablece en la virtud.

Porque la fe no solo reprime el orgullo, sino también impide sus extravíos, arregla, estanca y purifica las lomas del hombre, le preserva del choque de una multitud de opiniones falsas que le agitan, le enerva el camino que debe seguir y le conduce al puerto, librándolo hasta del mal del naufragio. Este medio que Dios escogió para la separación del hombre es admirable. No le vistió la sublime inteligencia y salidaria que perdió por el pecado, pero hizo con él lo que hizo con el ciego de nacimiento, á quien poniendo todo sobre los ojos, parecía poner un obstáculo á su curación, y no obstante, le curó con el lodo.

Así, la curado al hombre no dependió ver más que la alfrenta de la cruz. Este es el lodo que pone sobre nuestros ojos; la oscuridad de los misterios y la claridad de sus verdades. Nos obliga á llevarle así vergüenza, y una promesa que si le llevamos con su sangre, nos servirán de luz. En efecto, la recompensa de la fe es descubrir los tesoros de ciencia, de fuerza y de santidad en misterios que parecen obscuros y locura, hallar ganancias inlmitables en el sacrificio de la razón, y alcanzar á comprender el que no creéis que está en él en tinieblas.

Ya hemos dicho otra vez que la fe no consiste en la imposibilidad de hacer uso de sus luces, que esto fuera estimular á la religión y desoportunidad, pues lejos de tener la luz del día, muestra á todos sus títulos, sus pruebas y sus documentos. Exhorta á todos los hombres á instruirse en sus analas y á descubrir en ellos el evidente y augusto carácter de la revelación que autoriza. Ella dice á todos los que tienen inteligencia exámina, inquiere, averigua si

es verdad que Dios nos ha hablado; si estos oráculos que la religión presenta han salido de sus divinos labios. Este es el objeto esencial á su calma; pero cuando una vez reconocemos este divino origen, nuestro examen por lo menos se va superficial; la rama se debe prohibir, porque debe consistir su fundamentación, y tiene á Dios por garante de lo que no puede comprenderse.

Así el creyente que más de todo su razón para serlo, desde que lo no se la consulta más, ni la toma por juez cuando la religión habla. No entiendo lo que eres, pero sabe con evidencia que lo debe creer. La sana razón fué la que le condujo á la revelación, porque le convenció de su realidad y certidumbre, lo tomó por la mano, le llevó al santuario; pero allí le entregó á la religión, y ella se retiró con silencio y silencio. Al despedirse dijo al hombre: Escucha un maestro que sabe más que yo, y no escuches más que á él; si yo me voy y te dejo, es porque quedas un majores tesoros. Era necesario que yo te acompañase para inquirir si Dios ha declarado estos misterios, porque yo no debo creer sino en él, ni dármas sino en su verdad; pero pues ya estás cierto, ya no me has menester, ni te queda otra cosa sino creer y adorar.

De este modo la rama iluminada por la fe no solo se somete á las miraciones de la religión, sino que descubre en ellos asistencias inagotables de luz y motivos sin fin de gratitud y de amor. Por ejemplo, que creyeras, que maravillas más te presenta el solo misterio de la Encarnación! Permítanme que en su consideración os haga algunas ligeras reflexiones.

Era necesario que pues Dios erio al hombre á un imagen y semejanza, quisiese también verte de sociedad; pero Dios era invisible, y el hombre después del pecado no tenía ojos mas que para los bienes de la tierra. Era pues necesario que Dios se hiciese visible al hombre, porque de otro modo no parecía posible explicarle su voluntad ni hacerle ver el resultado á que debía conformarse, porque la meditación prometedora contra el hombre en castigo de su desobediencia era un obstáculo insuperable. La majestad divina, tan infinitamente distante de las limitaciones por la elevación de su naturaleza, lo estaba más por la superioridad de su justicia. Esta triple motivo de grandura y de elevación produce en el hombre dos terrores, el uno digno del espantador de tan alta majestad comparado con el sentimiento de su pequeñez, y el segundo de su irrevocable santidad comparada con su injusticia.

El hombre estaba poco perdido, si las cosas quedasen en este estado; ni siquiera podía imaginar el remedio; Dios solo lo encontró, y Dios solo lo podía encontrar. ¡De qué reconocimiento no debe tenernos un Dios de amor, que con su encarnación nos sacó de este abismo y nos ha restituido á nuestro primer estado! Con el velo de nuestra carne cubre una majestad que nos asombra, y desarma una cólera que nos aterra, cubren las derechos del Criador con los intereses de la creación, rinde á Dios lo que se le debe, intercede por los hombres lo que les falta, y justificado en sí personas dos extremos tan distantes como la naturaleza divina con la humana, forma, si es permitido decirlo, como un punto de contacto y comunicación en el innumerable abismo que los separa. Dios, se nos acerca, piensa se hace hombre, y Dios se nos acerca, pues se uno con los hombres con la más estrecha de las alianzas.

Pero no es esto todo; la bondad divina hizo más que unirse con el hombre. Tanto se compungió de su flagelo, que quiso ser su fuerza. Antes de su encarnación era luz que brillaba en la inteligencia. Pero aunque esta luz descubriera á los hombres cuanto oscuridad, no la creyeron á ella misma; todo lo veían por ella, pero á ella no la veían. ¡Qué misterio pasó! Se les puso delante, y como sus ojos débiles no hubieran podido sostener su resplandor, se proporcionó á su flagelo, se reveló de nuestra carne y se encontró con estas veles. Entonces quiso mostrar nuestra admiración con sus instrucciones y milagros, nuestra gratitud con sus beneficios y promesas. Nos acostumbró á verle y amarlo, y cuando dejó de ser visible se retiró á nuestros corazones, su amorosa industria inventó el medio de hacerse allí un santuario, nos advirtió que habitaría en él, que le buscásemos allí, y que lo escuchásemos como el único Maestro que merece nuestra confianza.

Así se ve que Dios ha seguido en la reparación del mundo rumbo al mismo plan que formó para la creación del mundo físico. Después del pecado el espíritu del hombre estaba lleno de tinieblas, su corazón dormido por las pasiones, toda correspondencia con su Criador estaba rota, vista olvidada de Dios, y no obstante, vino tranquilo. Había perdido su gracia y los derechos á la calidez herencia, y esta pérdida no le afligía. No solo se le habían hecho impertinente las obligaciones que le impuso el Autor de su ser, sino que había sido perdido la memoria. Así los hombres por la mayor parte eran para Dios seres mudos y sordos, y el mundo espiritual era un vasto desierto en que reinaba el penoso silencio de la muerte. ¡Qué horrible situación!

Para que cesase tan injusto desorden, para que los hombres recobrasen una felicidad perdida y se restableciese en el órden moral la armonía que hace toda su hermosura, era necesario un remedio; un remedio que tuviese la naturaleza de Dios para renovar su naturaleza, y la nuestra para merecer por nosotros, que pudiésemos amar á Dios tanto como su digno de serlo, y que nos pudiera elevar, para dar con él y por él á nuestro Criador un culto y una adoración que fuese digna de su inmensa grandura; y todo esto lo hizo su bondad divina. ¡Qué don! qué dignidad! qué misterio tan augusto y sublime! Con esta ventaja se ha restablecido la armonía que destruyó el pecado. El hombre levanta su corazón para subir y glorificarse á su Criador; pero qué puede hacer por él, solo ¡cómo una oración débil puede presentarle un homenaje digno de su Majestad! Pero su corazón entero puede elevarse á tanta altura! ¡Cero un Meditador hombre como él é igual á Dios le presta el auxilio, y con él vuela hasta el trono inaccesible de su luz.

Al increíble sobrio lo paréceme que el estado de beforen á que el Hijo de Dios se redujo en su encarnación, no es digno de la suprema Majestad. No quiero, acabar de decir, porque quisiera ver la mano de un vigilante así la regla de la voluntad divina, un paso de reflexión la debiera hacer ver que con cuánto que en falsa conciencia le presento ser hijo y peso digno de Dios un acto misterioso, nos era útil y necesario, y que desde que nos era necesario y útil, era digno de Dios; porque nada es más digno á que que hacer bien á su criatura. Era necesario para nosotros del abismo en que nos habíamos precipitado, que vuestro hijo sea más



abajo que nosotros mismos, y que se redajase á una vida más laboriosa y más expuesta á todas las miserias que le es de ordinario la vida de los hombres.

Era menester un objeto de tanta fuerza para despertar su atención, para que se acordase de ver que la Divinidad descendida por su amor hasta este estrato, para que poseiese del momento á la confianza y se atreviera á descansar en su bondad; para que conociese que hasta allí se habían fatigado infinitamente con el deseo de ser felices, y en fin, para que Dios, que en realidad no se puede abjurar, levantara el hombre de la tierra y le sacara con su propia virtud. Así los santificadores de Jesucristo lejos de hacer tambor nuestra fe, la fortalecieron; porque sabe que no los redujo á la necesidad, sino la elección, que no fueron flojedad, sino incorruptión, no debilidad, sino consuetudumbre; pues que sin dejar de ser grande, nos elevaba, sin empobrecer nos enriquecía, sin perder su propio ser, nos comunicaba á nosotros el suyo, y en fin, nos mostraba su amor conservando su grandeza y su poder.

Oscurec también, señor, cuán propio es este misterio para descubrirnos los atributos divinos; y cómo estos respaldaron una cuando se considera su término, que fue el sacrificio que Jesucristo ofreció en el Calvario por los hombres. Ved á Jesucristo sobre la cruz, y allí veréis su majestad y su fuerza. En ella está como el centro de la vida y de la muerte, como símbolo soberano que abra el cielo á los que le reconocen y abra á los justificados en su obediencia impendible. La cruz la sirve de trípode; en ella decían los ángeles de los hombres. Un día toda la tierra se volvió formada á contemplar en su presencia.

La cruz es un altar en que el Pontífice de la nueva alianza consuma su propio sacrificio con caridad infinita y soberana libertad. Sus verdugos son los que ejecutan actos de misericordia, y abandonados ellos á su propio ministerio, con igual delito consumen sus designios; y el mismo Jesucristo acaba nuestra redención. La cruz es una estrada que se presenta al universo como un Legado del estremo, confirmando con su ejemplo lo que nos quiso enseñar en su misma angustia; es un trono en que está elevado, y aunque una ignominia pasajera oculta su majestad, desde allí desahoga toda la extensión de su virtud y de su imperio.

Habia predicho que cuando sería puesto en la cruz, todo le atravesaría á sí y á todo lo que vea á los ojos humillados y á las naciones puesta á sus pies. El Cielo mismo se abrió al Orizonte y era el Cielo mismo para recoger sus oraciones, que están en diversas lenguas y son de diferentes acentos. Hicieron tributar como Sansón á la ignorancia y á la impiedad, que son las dos columnas del templo en que el derecho se hacía adorar; y cuando con su soberano poder alzamos, personal y íntimo á los que en Padre le creían, rompe, vences y destruye todo lo que se opone á su reino, todo lo que resista á su victoria.

Pero lo que en este misterio debe interesaros más, son los evidentes testimonios de su infinita bondad y del amor incomprendible que tiene á sus criaturas. ¿Cómo es posible no enterarnos hasta lo más íntimo del alma, viendo que el Hijo único de Dios descendiendo en modo de nosotros, se une con nuestra naturaleza degradada, se asocia á la familia humana, tan despreciable y despreciada, se hace el primogénito y el más perseguido de los hombres, toma sobre sí

las humillaciones y castigos que le hemos merecido, se alimenta de los frutos amargos que produce la tierra, ingratas, habitas en un solo maldito y resaca para el mal las bocaneras de la ignominia, del dolor y de la muerte para procurarnos á tanta costa suya la inocencia, la paz y la inmortalidad de su gloria!

¿Y por quién hace tan grandes y tan inauditos sacrificios! Por nosotros que eramos sus enemigos y que no estábamos preparados de serlo; por nosotros, que á tantos dolores de fatiga añadimos otros mayores de inmundicia, de obstinación y preservación. Una sentencia que parecía irrevocable había ya pronunciado nuestra condenación. Dios se la debía á su justicia; pero entonces habló por nosotros su misericordia, y entonces fué cuando este Padre piadoso nos sacrificó á su Hijo único, eterno objeto de su amor, y entonces fué cuando este Hijo divino, consiente gustos no merecidos por nosotros.

Este prodigio de bondad! en favor de pecadores, tan injusto como ingrato, sacó estormamente un abismo á que jamás alcanzarán las cobetas intencionales y todas se portaban temblando en la bonanza del Altísimo sin poderla medir ni comprender. ¿Cómo le alcanzaron por las inteligencias humanas! Pero por lo mismo que está tan arriba de sus pensamientos, es más digno de Dios y nosotros más inexcusables de que por hallar en la inmensidad del bendito un pretexto á nuestra ingratitude.

Así es como la inmensa bondad de Dios derramó de lleno sus riquezas para la reparación del hombre, sin que su santidad y su justicia perdiesen ninguno de sus derechos. Dijo que la maldad fue pronunciada contra Adán y su posteridad, Dios no se podía aplazar sin una satisfacción correspondiente y sin que el hombre hiciera penitencia. ¿Pero qué penitencia podía hacer el hombre si Dios no se la inspiraba con su gracia! ¿Y cómo podía inspirársela si nuestra era objeto de su cólera por la vista de un iniquidad! ¿Cómo podía su justicia dispensarle tan alto beneficio sin que estuviese en justicia satisfecha! El orden que quedó trastornado por el pecado, no podía restablecerse sino por el castigo del delincente, y la justicia de Dios ofreció así la pena de la culpa. Jesucristo sería todas cosas diferentes: se privó de la inmensidad humana para que la justicia divina se satisficiera en ella, se sometió á la maldición, y santificó los que destruyó.

De este modo todos los intereses se acomodaron. La justa indignación de Dios quedó reñida y desarmada por una satisfacción que humillaba y aun excedía á la malicia de la ofensa. Su Majestad suprema fué más glorificada con la muerte y obediencia de su Hijo único, que pudo ser ultrajada con la desobediencia del esclavo rebelde, y en fin, los méritos del hombre-Dios destruyeron al pecado, aplicaron la justicia, cuya severidad amonesta al pecador, y excitaron en su favor las dulzuras de la misericordia. Me he detenido, señor, en este misterio, para haceros ver que no obstante que es incomprendible, contiene en sí para nosotros grandes instrucciones, dulces consuelos y admirables ejemplos. ¡Qué grande es Dios! Pues solo las humillaciones del hombre-Dios podían ser satisfacción proporcionada á su grandeza. ¡Qué justo es Dios! Pues era menester la sangre de un Hombre divino para que se fuese la víctima agradable. ¡Qué justo, qué terrible es Dios!

Pues sola la muerte de un hombre-Dios se podía aplazar. ¡Qué horrible es el pecado! Para para borrarlo, tal perdón, ha sido necesario tal Pontífice, tal sacrificio, tal hostia.

De la misma manera todos los demás misterios nos enseñan, y aunque el hombre no los comprenda en esta vida, no hay ninguno que no venga en su utilidad particular. Todos sirven de base á la religión, á su doctrina sublime y á su moral pura. No se otorgó una verdad útil que no la haya enseñado en el Hijo Jesucristo, desveló el misterio en toda su extensión y plenitud. Este divino Maestro es el único que ha dado al hombre una idea justa y digna de su Dios; es el único que le ha hecho conocer su Criador, este Criador que había abandonado para sustituirle divinidades enganosas. ¡Qué otro legislador ha explicado con tanta grandeza y dignidad la naturaleza de este Dios escondido! ¿Quién nos ha descubierto con tanta claridad sus perfecciones, sus designios, y sobre todo, los juicios que hace de las acciones de los hombres!

Escondid lo que os han dicho de este Dios que legislador es tan justo, los filósofos más sabios. Sus limitadas concepciones no podían figurar más que dioses conformes á sus pequeñas ideas. Por más que se esforzaban á volar con su débil espíritu, no podían levantarse más arriba de su corta esfera. Se perdían en los espacios que apenas corren, y su imaginación confundida y extraviada volvía á caer en el vacío de su pequeño; ó producía errores monstruosos de su delirio y poco dignos de la suprema Majestad. Les hace la gracia indulgente, los otros los multiplicaban, y hacían Dioses que se les parecían á ellos, pues los daban las mismas pasiones que ellos tenían, y hacían consistir su felicidad en placeres groseros que no los hacían felices á ellos mismos.

¿Qué diferencia de esto al Dios que nos envía Jesucristo! Era menester ser Dios para conocerle tan bien y poderlo explicar con tanta grandeza y propiedad. Así, fue el primero que pudo dar á los hombres ideas tan altas y sublimes de su naturaleza. Este Dios es el que es: el que existe por sí mismo, el Ser por esencia, la plenitud y el principio del ser. Es único y solo; porque siendo el que es por su propia naturaleza, es necesariamente independiente, no puede tener compañero. Es el Señor de todo porque todo lo ha criado. Es inmensa, infinito y está presente en todo, porque todo lo llena con su gloria, porque todo lo sostiene con su poder, porque todo lo dirige con su sabiduría y todo lo dispone con su providencia.

Desde el centro de su inaccesible eternidad en que era para el mismo reposo, felicidad y trono, desarrolló toda la serie de los siglos, ordenó las generaciones futuras, señaló á cada criatura, aun antes de nacer de la nada, el espacio que debía ocupar en el universo, y la destinó las funciones de su ministerio. Es la luz universal que ilumina las inteligencias de todos los ingéritos. Es un testigo secreto pero vigilante que penetra los rincones más ocultos del corazón y hasta obligamos más recóndito de la conciencia. Es la verdad indeleble, la regla inmutable de nuestros pensamientos, juicios y acciones; pero repite viva, quis mostrar al hombre obligaciones que le confundían cuando las veía, á la conciencia cuando las describía.

Es un tallo por sereno consuela todo lo que no es justo y arreglado. Es el freno de lo que nos mancha y envilece. Es la justicia soberana, y si sufre que por un tiempo el pe-

gador viole su ley, que ofenda á la virtud ó que periga á la inocencia, no es por inmensidad ni por fuerza, sino porque desea que deje triunfar poco instantes á los malos, destruya en ellos alegría y los haga tan infelices como fueron culpados. Pero los castiga como por fuerza y por la necesidad de su justicia, pues es por sí mismo bondad infinita. Nos ama como sus hijos, y mientras nos dura la vida, nos aguarda y excita al arrepentimiento y penitencia. Es el último fin y el soberano bien de un exilio trono solo un río de paz y de gloria; su felicidad será la nuestra, si la desobediencia y la inercia, si lo servimos sin buscar más aprobación que la suya, y si con ella nos comovamos del desprecio y la censura de los hombres.

Ve aquí el Dios que nos ha descubierta Jesucristo, el Dios que nos hace adorar; Dios que los hombres no habían conocido y que él solo nos ha manifestado. ¿Pero cuánto polvos consiente si no se comoviera ellos mismos! Antes de su venida ignoraban la gracia no perdieron el deseo de su felicidad, pero confundidos todas sus ideas y no les quedó ninguna para descubrir los bienes verdaderos de los felices. Toda la esfera de su ambición estaba confinada en esta breve vida, sin pensar ni considerar que había otra que debía ser eterna.

Jesucristo fué el que los descorrió el velo que cubría su vista sobre sus ojos el pecado. Les enseñó que su origen es celestial, que fueron hechos á la imagen de Dios y que la semejanza, les hizo ver la excelencia de su naturaleza, les descubrió los extravíos á que los sentados los arrastran, les hizo examinar su propio corazón, para que vieran que nada les puede satisfacer, más que la suprema verdad cuando la ven claramente y sin velo, les instruyó de la grandeza y santidad de su destino, y en fin, les hizo ver que fueron criados para ser eternos, que son sus grandes que cuando desde ahora, y que no pueden sin alguna sustancia ni depender sino de tan soberano Criador.

No fué para excitar su orgullo el desearlo Jesucristo á los hombres tanta gloria; pues al mismo tiempo que les manifestó su noble origen y sus exorbitantes esperanzas, no les dejó ignorar ni el peligro de sus males ni la profundidad de sus miserias; y para convertirlos les declaró que todos son culpados; todos enemigos de Dios, incapaces de redimir su grado con solo su esfuerzo; que sin su luz quedaban en tinieblas eternas, que sin su sacrificio sería considerado á la muerte del alma, que la verdadera vida consiste en conocerle y amarle á su Padre que le ha enviado, que el secreto de la vida, que debe ser eternamente feliz, depende de la fe en sus mercedimientos; que toda religión que se abraza debe ser supererrogatoria y suya; y que toda filosofía que sea su nombre promotorreformas y herética falacia, es impudible y delirio.

En fin, Jesucristo ha sido el único que ha dado bienes justos á los bienes y males verdaderos. El divino Legislador elevó los almas inmóviles á pensamientos dignos de ellas. Puso por fundamento de su religión una vida futura, en ella esta gloria sin fin ó una dignidad eterna; nos descubrió en un ruego los males de que es preciso huir y los bienes que debemos buscar. Nos persuadió que la virtud no es nombre vano, y que tiene derecho para aspirar á dichosa inmortalidad; que debe ser preferida á todo, aunque alguna vez la tierra se nos oprima y desahucada; que la voluntad

do Dios es la suprema ley, que el hombre le debe una obediencia sin reserva, y que no puede sostenerse ni ser feliz si no por ella; que todo lo que existe en el mundo hoy y se desaparece como el humo que dura una alita de los tiempos, y que el que no las ha conformado á la divina ley, no puede hallar en la eternidad más que dolores que no acaban é ignorancia que no cesan.

No sólo Jesucristo nos ha declarado esta seguridad estas verdades espantosas, sino que las anunció con tal autoridad á pesar del terror que inspiraron y de la tempestad con que debía oírse una naturaleza feroz y corrompida, que logró millones de victorias, y desde su tiempo á nuestros días ha continuado sus conquistas, perpetuando en innumerables corazones el efecto de su persuasión. Mi suplico á todos los habitantes del mundo y de la corte, roviendo todas las resistencias, disolví todos los argumentos, disipé todas las dudas, roviendo todas las agitaciones y puse fin á todas las solitudes. Jesucristo nos propone tan poderosos motivos y nos los hizo tan sensibles, que conseguimos comprender el entendimiento, y también volver al corazón; pues el ejercicio de sus máximas le hizo experimentar aquella dulce paz que solo puede darla la posesión de la verdad.

De estas primicias las nacide la hermenéutica del moral cristiano, moral cuya pureza y elevación jamás los hombres habían podido concebir, moral digna de Dios, y el fin de que los hombres han visto, proporcionada á su flaqueza, y que es remedio á sus necesidades. Echad los ojos, . . . Pens, señor, por qué me he á echar á mi mar con impudencia. Esto es asunto vasto, pide tiempo, y ya es tarde. Por otro punto, veo que á veces de vuestra conciencia. Si solo tan cierto que todavía no estáis cansado de mi impudencia, mañana podré traerle con vuestra licencia. Verdaderamente, Teodoro, que yo no podía más; te confieso que ya no me echaba tanta idea en la cabeza, y como que me sentí aliviado de que el mundo se interrumpiese. Le di gracias y se fue, citándose para el otro día.

¡Pero cómo quedó, Teodoro mío! Estaba como un hombre que habiendo pasado muchos años á oscuras, se le dice de repente luz, y se le presentan con ellas en perspectiva grandes y bellos objetos que nunca hubiera visto: templos magníficos, fortalezas formidables, jardines deliciosos, palacios sumptuosos en que brillara la pampa mas florida. El creyera ver todo esto. No pudiera decirlo, pero los tiempos

delante de sus ojos y fija en ellos la vista, con todo, aludiendo á la novedad me se determinó á temerlos por ciertos, tanto que no sean vapores, exhalaciones ó fantasmas de su sueño, y que el mismo se seducir, creyendo que una línea mágica le engaña, y esta inquietud de espíritu le atormentaba mas de lo que le recrea tan delicioso vista.

Este era el efecto que produjeron en mí los discursos del padre. Me mostrais cosas grandes, magníficas y nuevas para mí, que sorprendían mi imaginación y la temblaba de asombro. Yo me espantaba de haber tanto que yo no sabía y que me hacia parecer muy pequeño á mi propio ojo; pero todo esto lejos de consolarme me inquietó, porque solo veía verdades que inspiraban terror cuando volví los ojos sobre mí.

Ya os proponía á divina este plan prometido y traía una alguna cosa del orden admirable, de la armonía y arreglado concierto que me estaba anunciado. Las profecías me parecían tan difíciles de prever en su origen, como difíciles de entender con los sucesos. Yo le escuchaba ruidos sin réplica, reflexiones llenas de evidencia; buscaba dónde podía estar el error ó el engaño, y no encontraba más que ruidos y solidez. El designio de Jesucristo me pareció vasto, su intento de reformar los hombres le tenía por divino, su logro me hizo de hombre. Sentí todos los dificultades, admiré las dificultades, y después de ella entre mí sus profecías me son tan justas, sus milagros parecen tan probados, que casi es imposible sin confiar que es Dios, para solo Dios es capaz de todo esto.

Pero es posible que sus verdades. . . ¿Cómo es posible que no lo sea, si tanto testigos. . . ¡Ah! Teodoro! ¿qué hubiera dado por tenerle allí y á todos nuestros amigos! ¿qué hubiera dado porque hubiera oído lo que yo, para ver lo que podía decir, ¿qué hubiera dado para que el intérprete Roberto, que con su Voltaire, que sabe de memoria, es tan inexorable en sus violentos sarcasmos contra la religión, hubiera escuchado á este buen padre, que parece tan sencillo y modesto! Apuesto á que lo hubiera hecho bajar al sótano y que hubiera perdido su inocencia. En fin, yo no sabía cómo desentramar del embrollo en que me había metido. Empezaba á temer acabar por ser víctima de su persuasión, y había osado pedir para armarle contra tan altos prestigios. En la que seguí á esta, te contaré lo que me dijo sobre el moral del Evangelio. Adios, amigos.



CARTA XIV.

EL FLOSOFO A TEODORO.

Apenas, Teodoro mío, al otro día vino el padre, cuando yo le presenté mi extracto, conocido así:

El padre ha probado hoy la verdad de la religión cristiana por los dones milagrosos que hizo Jesucristo á sus Iglesia primitiva, y la verdad de estos dones por el testimonio de los apóstoles y de los escritores de aquel tiempo, por la ri-

ta multitud de conversiones que produjeron, y por el testimonio constante de la no interrumpida tradición.

Ha explicado el designio de Jesucristo cuando fundó un religión, que era humillar y reformar á los hombres.

Propone á los judíos que su culto era ya insensible, y elevados á otro mas espiritual.

Despertar á los gentiles de su letargo, cohar por tierra sus templos, destruir sus ídolos, llamar á la fe cristiana los idólatras, y transformar hombres groseros y amargados en el camino y la amargura, en hombres espirituales, castos, desinteresados y santos.

Enseñarnos verdades dadas, pero útiles y necesarias, sobre todo que nos enseñara paciencia y amor á Dios, que no pueden con solos sus castigos salir de tanta miseria, que necesitaban de un mediador, que era mediador en Jesucristo, y que deben ser obedientes y humildes.

Que una empresa tan inmensa y difícil, que ningún hombre podía imaginar, fué ejecutada por Jesucristo, y con males tan débiles y sin tan contrarios, que uno debía parecer estúpido, pues para consumar un escogió pocos hombres, y estos pobres, ignorantes y sin autoridad.

Que lejos de amistar su solo con la promesa de ventajas temporales, no los dejó ver otra perspectiva que la de tormentos, aflicciones y muerte.

Que á pesar de todo esto, uno instrumentos tan débiles perfeccionaron una empresa tan dura.

Que las predicciones de Jesucristo, que entonces parecían tan inverosímiles, se verificaron á la letra con las mas exacta precisión.

Que la que hizo de la ruina de Jerusalén se cumplió literalmente, y la Biblia cumplió muchas de las que se espere.

Que era que se comiese la religión cristiana en sí misma, en su existencia, en sus medios ó en sus efectos, es indudable concluir que no puede ser más que obra de Dios.

Que los justificados son injustos cuando baldean á la religión que propone materias incomprendibles.

Porque Dios puede mandarnos creer lo que quisiere, aunque nuestra razón no lo comprenda.

Porque en el orden de la naturaleza y en el de la razón ó en el del cielo. Dado y moral, hay también arcanos que no podemos comprender, sin ser por esta misma ciertos, pues que son palpables.

Que los misterios de la fe no son contrarios á la razón, sino superiores.

Que Dios por su bondad y su sublimitad, y también por su justicia, debía proponer á nuestra fe misterios incomprendibles.

Porque la sumisión que Dios exige no solo es justa, sino que también nos es útil.

Porque la razón bien dirigida es la que nos conduce á su verdad.

Porque en ellos respaldaban los atributos divinos, y para dar un ejemplo ha decretado el padre esta idea en el misterio de la Encarnación y en el sacrificio de la muerte de Jesucristo.

Y porque, en fin, toda su doctrina está fundada en estos misterios, y que de ella nacen la harmonía y la santidad del moral cristiano; iba á hablar de esto, pero se interrumpió reostándolo para hoy.

Es verdad, dijo el padre, hoy debo hablarle del moral cristiano. Y desde luego os aseguro que si me ha sido fiel satisficistis que cuanto la religión nos manda creer viene de Dios y es digno de su grandeza, que lo será igualmente pensaros que todo lo que nos manda practicar no lo es mismo, si menos saludable y proporcionado á lo que el hombre necesita. Jesucristo dió en un solo discurso, en

el primero que hizo y que se llama el de la montaña ó de las bienaventuranzas, mayores y mas útiles lecciones que las que pudo dar la razón humana en mas de cuarenta siglos. ¿Que sublimitad de pensamientos exalta á la simplicidad de las palabras! ¡cuántas virtudes nuevas que el mundo no conocía! ¡qué ideas tan contrarias á las que los hombres se espantaban!

El moral del mundo era un edificio sin cimientos. Todo era vacilante, incoherente y arbitrario. Moral sin autoridad, pues sus predicciones no presentaban títulos que les diesen derecho para imponer leyes. Moral sin fundamento ni motivos, pues no prometía nada para después de esta vida, ó sus promesas eran vagas, tan inciertas y oscuras, que no alcanzaban á contrarrestar el impulso de los pasiones. Moral sin fuerza, que se contentaba con ostentar máximas fatuosas al oído, pero que no podían entrar en el alma: no donde estaba el dolo; pues la filosofía no penetra hasta allí ni con sus raras ni sus remedios. Moral falso, pues que no atregía mas que el exterior, dejando el corazón en su corrupción y su malicia. Y en fin, moral sin utilidad, pues no podía glorificar como se debe al Ser Supremo, á causa de que no le reconocía ni por principio, ni por regla, ni por último fin.

Tampoco era capaz de santificar al hombre y conducirle á una felicidad eterna, pues le dejaba ignorar sus primicias grandiosas, su positivo degradación, y no le presentaba medio alguno para subsistirle en su inocencia. ¿Qué diferente es el moral del Evangelio! el que declara sus obligaciones, explica los fundamentos, propone los motivos, alcanza la extensión y los estímulos que los costigos ó las recompensas.

Lo primero que nos prescribe es adorar al soberano autor de nuestra ser, conocer de sus divinas atributos la idea mas alta que puede alcanzar nuestro entendido, exponer siempre que es perfecto en todo y regla de la perfección, verlo con el respeto mas limitado, amarle con el amor de la preferencia mas universal, con un amor tal, que dirijamos á su gloria cuanto recibamos de su bondad, con un amor que tiene toda la esfera de nuestro corazón, que purifique sus deseos, que santifique sus inclinaciones y antologos sea esperanzas.

Leamos los libros mas alabados de la antigua gentilidad, y nos se encontrará en ellos nada que sea comparable á estas dos palabras del Evangelio (1). Amará á tu Dios con tu corazón, y si tu prójimo como á tí mismo. Ningún filósofo, aunque mortal que no tenga mas luz que la de la razón; en fin, ninguna religión sino la verdadera, ha dicho que era necesario amar á Dios. Y este sentimiento tan dulce y tan legítimo, este deber tan indispensable y tan justo, que hasta el corazón mas bárbaro lo experimenta cuando no lo enseñaron sus pasiones, hubiera sido olvidado sin el aviso de nuestra religión.

Ya hemos visto, señor, que porque Dios es el suma verdad, debemos creer cuanto nos dice y esperar cuanto nos promete. Que por esto la religión de Jesucristo exige de nosotros una fe pura, que no mezcla con la palabra divina ninguno de nuestros pensamientos, una fe humilde sin curiosidad, una fe viva que se anima con el amor, y que una de corazón con la verdad eterna. Pues del mismo modo

(1) Luc. X; 37.

do Dios es la suprema ley, que el hombre le debe una obediencia sin reserva, y que no puede sostenerse ni ser feliz si no por ella; que todo lo que existe en el mundo hoy y se desaparece como el humo que dura una alita de los tiempos, y que el que no las ha conformado á la divina ley, no puede hallar en la eternidad más que dolores que no acaban é ignorancia que no cesan.

No sólo Jesucristo nos ha declarado esta seguridad estas verdades espantosas, sino que las anunció con tal autoridad á pesar del terror que inspiraron y de la tempestad con que debía oírse una naturaleza feroz y corrompida, que logró millones de victorias, y desde su tiempo á nuestros días ha continuado sus conquistas, perpetuando en innumerables corazones el efecto de su persuasión. Mi suplicio en ellas todas las ostensiones del mundo y de la corte, roviéto todas las resistencias, disolví todos los argumentos, disipé todas las dudas, roviéto todas las agitaciones y puse fin á todas las solitudes. Jesucristo nos propone tan poderosos motivos y nos los hizo tan sensibles, que conseguimos comprender el entendimiento, y también volver al corazón; pues el ejercicio de sus máximas le hizo experimentar aquella dulce paz que solo puede darla la posesión de la verdad.

De estas primicias las nacide la hermenéutica del moral cristiano, moral cuya pureza y elevación jamás los hombres habían podido conocer, moral digna de Dios, y el fin de que los hombres han visto, proporcionada á su flaqueza, y que es remedio á sus necesidades. Echad los ojos, . . . Pens, señor, por qué me he á echar á mi mar con imprudencia. Esto es asunto vasto, pide tiempo, y ya es tarde. Por otra parte, veo que á mi de vuestra presencia. Si solo tan bueno que todavía no estáis cansado de mi importunidad, mañana podré traerle con vuestra licencia. Verdaderamente, Teodoro, que yo no podía más; te confieso que ya no me echaba tanta idea en la cabeza, y como que me sentí aliviado de que el mundo se interrumpiese. Le di gracias y se fué, citándole para el otro día.

¡Pero cómo quedó, Teodoro mío! Estaba como un hombre que habiendo pasado muchos años á oscuras, se le dice de repente luz, y se le presentan con ellas en perspectiva grandes y bellos objetos que nunca hubiera visto: templos magníficos, fortalezas formidables, jardines deliciosos, palacios sumptuosos en que brillara la pampa mas florida. El creyera ver todo esto. No pudiera decirlo, pero los tiempos

delante de sus ojos y fija en ellos la vista, con toda abundancia de la novedad me se determinó á temerlos por ciertos, tanto que no sean vapores, y a veces é fantasmas de mi sueño, y que el mismo se seduce, recela que una línea mágica le engañe, y esta inquietud de espíritu le atormentaba mas de lo que le recrea tan delicioso vista.

Este era el efecto que producia en mí los discursos del padre. Me mostrais cosas grandes, magníficas y nuevas para mí, que sorprendian mi imaginación y la fisonomía de su rostro. Yo me espantaba de haber tanto que yo no sabía y que me hacia parecer muy pequeño á mi propio ojo; pero todo esto lejos de consolarme me inquietaba, porque solo veía verdades que inspiraban terror cuando volvia los ojos sobre mí.

Ya os proponia á divina este plan prometido y traíaos alguna cosa del orden admirable, de la armonía y arreglado concierto que me estaba anunciando. Los proyectos me parecían tan difíciles de proveer en su origen, como difíciles de entender con los sucesos. Yo le escuchaba ruidos sin réplica, reflexiones llenas de evidencia; buscaba dónde podía estar el error ó el engaño, y no encontraba más que ruidos y solidez. El designio de él enseñarme me pareció vano, su intento de reformar los hombres le tenía por árido, su logro me hizo de hombre. Sentí todos los dificultades, admiré los milagros, y después de ella entre mí sus predicciones son tan justas, sus milagros parecen tan probados, que casi es imposible sin confiar que es Dios, para solo Dios es capaz de todo esto.

¡Pero es posible que sus verdades! . . . ¿Cómo es posible que no lo sea, si tanto testigos. . . ¡Ah! Teodoro! ¿qué hubiera dado por tenerle allí y á todos nuestros amigos! ¿qué hubiera dado porque hubiera oído lo que yo, para ver lo que podía decir, ¿qué hubiera dado para que el intérprete Roberto, que con su Voltaire, que sabe de memoria, es tan inexorable en sus violentos sarcasmos contra la religión, hubiera escuchado á este buen padre, que parece tan sencillo y modesto! Apuesto á que lo hubiera hecho bajar al sótano y que hubiera perdido su inocencia. En fin, yo no sabía cómo desentramar del embrollo en que me había metido. Empezaba á temer acabar por ser víctima de su persuasión, y hasta cuando podía para armarme contra tan altos prestigios. En la que seguí á esta, te contaré lo que me dijo sobre el moral del Evangelio. Adios, amigos.



CARTA XIV.

EL FLOSOFO A TEODORO.

Apenas, Teodoro mío, al otro día vino el padre, cuando yo le presenté mi extracto, conocido así:

El padre ha probado hoy la verdad de la religión cristiana por los dones milagrosos que hizo Jesucristo á sus Iglesia primitiva, y la verdad de estos dones por el testimonio de los apóstoles y de los escritores de aquel tiempo, por la rari-

dad multitud de conversiones que produjeron, y por el testimonio constante de la no interrumpida tradición.

Ha explicado el designio de Jesucristo cuando fundó un religión, que era humillar y reformar á los hombres.

Propone á los judíos que su culto era ya insensible, y elevados á otro mas espiritual.

Despertar á los gentiles de su letargo, cohar por tierra sus templos, destruir sus ídolos, llamar á la fe cristiana los idólatras, y transformar hombres groseros y amargados en el camino y la amargura, en hombres espirituales, castos, desinteresados y santos.

Enseñarnos verdades duras, pero útiles y necesarias, sobre todo que nos enseñara paciencia y amor á Dios, que no pueden con solos sus castigos salir de tanta miseria, que necesitaban de un mediador, que era mediador en Jesucristo, y que deben ser obedientes y humildes.

Que sus empresas tan inmensas y difíciles, que ningún hombre podía imaginar, fúe ejecutada por Jesucristo, y con males tan débiles y sin tan contrarios, que sus debían parecer estériles, pues para consumarlas escogió pocos hombres, y estos pobres, ignorantes y sin autoridad.

Que lejos de amirar su solo con la promesa de ventajas temporales, no los dejó ver otra perspectiva que la de tormentos, aflicciones y muerte.

Que á pesar de todo esto, sus instrumentos tan débiles perfeccionaron una empresa tan dura.

Que las predicciones de Jesucristo, que entonces parecían tan inverosímiles, se verificaron á la letra con las mas exacta precisión.

Que la que hizo de la ruina de Jerusalén se cumplió literalmente, y la misma cumplir muchos de los que se espere.

Que era que se comiese la religión cristiana en sí misma, en su existencia, en sus milicias ó en sus efectos, es indispensable concluir que no puede ser mas que obra de Dios.

Que los justificados son injustos cuando baldean á la religión que propone materias incomprendibles.

Porque Dios puede mandarnos creer lo que quiere, aunque nuestra razón no lo comprenda.

Porque en el orden de la naturaleza y en el de la razón ó en el del cielo. Dico y moral, hay tambien arcanos que no podemos comprender, sin ser por esta misma ciertos, pues que son palpables.

Que los misterios de la fe no son contrarios á la razón, sino superiores.

Que Dios por su bondad y su sublimitad, y tambien por su justicia, debía proponer á nuestra fe misterios incomprendibles.

Porque la sumisión que Dios exige no solo es justa, sino que tambien nos es útil.

Porque la razón bien dirigida es la que nos conduce á su verdad.

Porque en ellos respaldan los atributos divinos, y para dar un ejemplo ha designado el padre esta idea en el misterio de la Encarnación y en el sacrificio de la muerte de Jesucristo.

Y porque, en fin, toda su doctrina está fundada en estos misterios, y que de ella nacen la harmonía y la santidad del moral cristiano; iba á hablar de esto, pero se interrumpió reostándome para hoy.

Es verdad, dijo el padre, hoy debo hablarle del moral cristiano. Y desde luego os aseguro que si me ha sido fiel satisficistis que cuanto la religión nos manda creer viene de Dios y es digno de su grandeza, en lo será igualmente pensaros que todo lo que nos manda practicar no lo es mismo, si menos saludable y proporcionado á lo que el hombre necesita. Jesucristo dió en un solo discurso, en

el primero que hizo y que se llama el de la montaña é de las bienaventuranzas, mayores y mas útiles lecciones que las que pudo dar la rason humana en mas de cuarenta siglos. ¿Que sublimitad de pensamientos encierra la simplicidad de las palabras! ¡cuántas virtudes nuevas que el mundo no conocía! ¡qué ideas tan contrarias á las que los hombres se espantaban!

El moral del mundo era un edificio sin cimientos. Todo era vacilante, incoherente y arbitrario. Moral sin autoridad, pues sus predicciones no presentaban títulos que los diesen derecho para imponer leyes. Moral sin fundamento ni motivos, pues no prometía nada para después de esta vida, ó sus promesas eran vagas, tan inciertas y oscuras, que no alcanzaban á contrarrestar el impulso de los pasiones. Moral sin fuerza, que se contentaba con ostentar máximas fatuosas al oído, pero que no podían entrar en el alma: no donde estaba el dolo; pues la filosofía no penetra hasta allí ni con su vista ni con sus remedios. Moral falso, pues que no atregía mas que el exterior, dejando el corazón en su corrupción y su malicia. Y en fin, moral sin utilidad, pues no podía glorificar como se debe al Ser Supremo, é causa de que no le reconocía ni por principio, ni por regla, ni por último fin.

Tampoco era capaz de santificar al hombre y conducirle á una felicidad eterna, pues le dejaba ignorar sus primicias grandiosas, su positivo degradación, y no le presentaba medio alguno para subsanarse en su inocencia. ¿Qué diferente es el moral del Evangelio! el que declara sus obligaciones, explica los fundamentos, propone los motivos, alcanza la extensión y los estímulos que los costigos é las recompensas.

Lo primero que nos prescribe es adorar al soberano autor de nuestra ser, conocer de sus divinas atributos la idea mas alta que puede alcanzar nuestro entendido, exponer siempre que es perfecto en todo y regla de la perfección, verlo con el respeto mas limitado, amarle con el amor de la preferencia mas universal, con un amor tal, que dirijamos á su gloria cuanto recibamos de su bondad, con un amor que lleve toda la esfera de nuestro corazón, que purifique sus deseos, que santifique sus inclinaciones y antologice sus esperanzas.

Leamos los libros mas alabados de la antigua gentilidad, y nos se encontrará en ellos nada que sea comparable á estas dos palabras del Evangelio (1). Amad á tu Dios con tu corazón, y si tu prójimo como á tí mismo. Ningún filósofo, aunque mortal que no tenga mas luz que la de la rason; en fin, ninguna religión sino la verdadera, ha dicho que era necesario amar á Dios. Y este sentimiento tan dulce y tan legítimo, este deber tan indispensable y tan justo, que hasta el corazón mas bárbaro lo experimenta cuando no lo enseñaron sus pasiones, hubiera sido olvidado sin el aviso de nuestra religión.

Ya hemos visto, señor, que porque Dios es el suma verdad, debemos creer cuanto nos dice y esperar cuanto nos promete. Que por esto la religión de Jesucristo exige de nosotros una fe pura, que no mezcla con la palabra divina ninguno de nuestros pensamientos, una fe humilde sin curiosidad, una fe viva que se anime con el amor, y que una de corazón con la verdad eterna. Pues del mismo modo

(1) Luc. X; 37.



todos sus hijos enlazados entre sí y amándose por razón de su Padre común, la tributan las gracias que le debían.

Con esta religión nos enseña que la íntima y necesaria relación de los hombres con Dios debe producir entre otros los mismos hombres, que es tan sagrada como la de su criador, pues no es más que una dependencia pura, pero que no pudiera existir sin ella como el efecto sin su causa. Porque ¿qué otra cosa es amar a los hombres que desearlos y procurarlos todo el bien que una doctrina y nos procuramos a nosotros mismos? Pero para poderlos elevar á disposición tan perfecta, es menester empezar por desengañar el corazón de todos los bienes propios, porque estos son limitados, se distinguen cuando se parten y por eso nosotros los codiciamos y procuramos retenerlos. Y como podemos desengañar de todo lo que tanto nos interesa y nos halaga, sino poniendo únicamente nuestro corazón en el verdadero bien de toda criatura inteligente, en Dios que hasta á todos por la plenitud, en Dios que solo puede llenar, y que le poseemos mas cuando repartimos mas sus bienes á los necesitados.

Es pues la religión el único móvil de la caridad, el único principio que habilitados á amar á Dios, es el seguro fundamento de nuestro amor para los hombres. Por eso la generosidad cristiana es la sola virtud que nos puede hacer superar el amor propio, que puede divertirse de nuestro corazón las inquietudes vanas, las colas vicia, las olvidadas malignas y los deseos injustos. Ella solo nos puede excitar á derramar nuestro tesoro, á socorrer nuestros bienes y á multiplicar los compatriotas. La nuestra debían. Pero qué puede amar el que no ama á Dios. Almas pueden ser humanas por temperamento ó beneficio por estimación, pero por la comun, el que se encierra en el estrecho círculo de su amor propio, nunca obedecerá mas que á sí mismo, y no amará mas que á sí mismo.

La caridad que Jesucristo nos enseña, es constante, sincera y desinteresada; sobrevive á todo porque nunca puede extinguirse. Nunca puede imaginarse limitada porque siempre la pone en libertad mas allá de lo que pudiera ponerla la justicia jamás sufrirá turbación ni mal humor. No tiene que esconderse jamás con el velo de la paciencia porque no es hipocresía; no consiste en demostraciones ni en palabras porque habita en el corazón; está pronta á sufrir todo y todo lo sufre cuando su dulzura y humildad pueden cooperar á que los otros observen. Á recobrar su inocencia. En fin, si es monarca mirará por ellos, porque Jesucristo le dio el ejemplo y la impuso la ley, y si espera alguna recompensa de sus sacerdotes, es menos para ella misma que para aquellos que no pudieron ser ingratos sin dejar de ser justos.

El moral del Evangelio no se contenta con imponer al hombre estas obligaciones generales, sino que como un Mentor atento y cuidadoso, le sigue, le acompaña, le dirige en todos los estados y situaciones en que le puede poner la Providencia como hace la fidelidad y el bienestar de la sociedad entera, la hace también de los individuos que la componen: no hay género de grandezas y perfección que le sea extraño; no inspira menos la dicha de los Estados que la de las familias. El solo es el que hace las virtudes sólidas y constantes, las erige en el corazón, las sostiene en las tentaciones y combates, y las esfuerza con sus recompensas.

El mundo lo dice que la religión inutiliza y entorpece el corazón del hombre; pero con esto acredita que su la opinión es manifiesta no habria visto ni aun de lejos para imaginar esta delicia. ¿Cómo es posible que un ente que transporta al hombre de la tierra hasta el cielo y eleva su corazón mas allá de su natural esfera, pueda adobar la energía de su alma? ¿cómo un estímulo tan sublime y elevado puede debilitar los sentimientos generosos de que nacen las almas empresas y los hechos heroicos? Porque lejos de destruir ninguno de los motivos legítimos que los producen, añade otros superiores que los refuerzan y en solo añade otros, sino que los embellece á todos, pues que los da un objeto mas digno y un fin mas excelente y elevado.

La filosofía humana es la que debe enervar el corazón, porque no puede dar á la virtud mas motivos débiles y caducos. Pero la religión. La religión es la que presenta sólidos y permanentes, pues los ayos subsisten aun cuando los otros se disipan. El cristiano hace sin testigos la misma que hiciera en presencia de todo el universo; no juzga de la virtud por los sucesos, y cuando la ve perseguida recobra su fidelidad, porque la religión le añade nuevos derechos á sus esperanzas. ¡Ay! señar, si todos los hombres observasen el moral del Evangelio, la tierra sería como el cielo, la mansión de la felicidad, y la virtud no necesitaría de los sufrimientos que el contraste del vicio la hace necesaria.

Por una contradicción muy común en los incrédulos, si mismo que castiga al moral cristiano de apagar los corazones sus y debilita la energía de las virtudes heroicas, se queja de que su sistema es demasiado perfecto para nuestra fragilidad. Este halago es tambien injusto, y solo pudiera convenir á la filosofía, pues aunque ella no erija demasiado aun para el poco con que se cuenta no propone motivos que puedan promoverlos; porque son insuficientes en el mismo, y no puede soportar sino del orgullo, que es la mas injusta de todas las pasiones. Así, lejos de curar el mal, no hace otra cosa que empiorarlo; pero no lo hace así la religión, pues aunque imponga obligaciones duras, nunca presenta caminos duros y un término difícil, y que para repenar la nuestra son sucesivos grandes esfuerzos y continuos sacrificios, tambien socorro nuestra flojedad con auxilios poderosos y nos anima con promesas magníficas.

Jesucristo para darlos lecciones de moderación y de virtud no se contentó con mostrarnos un ejemplo y hablarlos por la voz de sus discípulos. La vida de su santidad y de su gloria habrían sembrado á los hombres, pero sin sacralidad de su lenguaje é inimitabilidad. No hubiera bastado para curarnos de sus errores y corrucciones, de sus pasiones sus mil maravillas de su mundo mas fino y mas claro. Por eso el divino Mesías se hizo ver en otro orden superior de la naturaleza otro imperio, otras maravillas y otros milagros extraordinarios de su omnipotencia.

Por eso tambien los prodigios que obró sobre los cuerpos por la autoridad de su palabra, fueron en su intención la imagen y la prueba de los prodigios invariables por afirmados que obró sobre los corazones: porque derrama en ellos una vida y penetrante que disipa sus tinieblas, su unión secreta que muda sus gustos y sus inclinaciones, que ablanda su dureza y supera sus resistencias: ora fechos mas puros, afectos mas santos, y restituidos con una

operación dulce y poderosa lo que el pecado destruye y desorganiza. Alargando de la ley de amenazas de que Moisés fue ministro, Jesucristo nos erigió una ley de gracia y de favor, una ley dulce que da lo que manda, que al mismo tiempo que instruye el precepto, inspira su amor, y que perfecciona en el hombre hasta su íntima libertad.

¿Qué otra virtud que la de Dios podía producir las milagrosas curaciones que obró en el mundo el moral del Evangelio? Apenas se oyó la voz de esos pocos hombres que fueron enviados para ser sus predicadores y modelos, cuando se vio salir como de un establo un nuevo imperio, un pueblo nuevo que amaba la verdad, no con distinciones de castigos y pompas, sino con ejemplos sencillos y sacrificios fáciles, mostrando que la tierra es el desierto del hombre, que el cielo es su patria, que todo lo que se debía en nada, que no producía la fama, las riquezas y los placeres adquiridos. Á la otra vida, no parecían ocupar á sus almas que no mueren, y otros inextinguibles mandatos y nuevas, que jamás habían salido de los labios humanos.

Este mismo pueblo justo al conocimiento de lo que debe saber la mas perfecta sumisión á la voluntad divina, la caridad más activa y mas pura para todos los hombres, la paciencia mas invencible en las tribulaciones mas injustas, y un desinterés universal y nunca desmentido. Este fué el carácter de los primeros cristianos; estas fueron las armas con que combatieron contra el mundo, no para derrotarlo, sino para sacarlo de sus errores, no para adquirir poder, honras ó riquezas, sino para anunciar á los hombres los caminos de la justicia y de la felicidad.

No ignoramos los primeros predicadores del Evangelio que se apresuraron á buscar los recursos mas multitud de almas y á ser tentados, perseguidos los detestas, y se exponían á la muerte con una intrepidez que manifestaba una grande infirmitad de la carne. ¡Oh Sócrates! ¡oh Platón! por que no estáis en la tierra cuando los apóstoles dicen el acostumbrado espectáculo de virtudes tan magnánimas. Vosotros habríais hallado el justo de que habéis hablado tanto sin haberlo mostrado nunca; vosotros habríais visto no uno, sino muchos varones constantes, cuando apenas esperaban encontrar sus vientos, en fin, habríais reconocido que el cielo se había apañado de la tierra, que ya habia enviado la luz que debía producir la virtud, y habia puesto en el cristiano su modelo.

La Iglesia que formaron los apóstoles en Jerusalén, era una sociedad de discípulos mas que una asamblea de mortales. La sociedad de unos, la sociedad de fraternidad, la fraternidad de costumbres, el destierro de todo lo profano, la caridad continua, la acción de gracias incesante, la paciencia, la dulzura en medio de las persecuciones, en fin, todas las virtudes habían destruido de ella todo sentimiento terreno.

Poco no era la Jerusalén ni teatro de una erudición tan completa. Muy presto todas las naciones se acudían á la esperanza de Dios, y se inclinaban con él para tener parte en sus bendiciones. La palabra de Dios sale de Jerusalem y se derrama por toda la tierra. Los gentiles forman Iglesias por todas partes. Roma, Corinto y Efezo, tan enorgullos en sus delicias y tan famosas por sus excesos, otras muchas ciudades populosas en que después de tantos siglos dominan tiránicamente errores monstruosos y abominaciones que practican su injusticia y desmedida super-

stición, vieron nacer en su seno hombres justos, religiosos, humildes, dulces, sinceros, caritativos y sencillos de los profetas.

Esos hombres de una especie nueva jactan con el profundo respeto con que adoraban al Dios vivo, el mas excelente de los dioses á sus prójimos todo el bien que pueden, una abstinencia inalterable á sus superiores, amaban firmes injustos y violentos, una fidelidad sostenida en el desamparo de todas sus obligaciones, aunque fuesen queridas y piadosas, y un sentir perseverante á sus hermanos, aunque fuesen ingratos y perseguidores.

No se puede leer sin asombro lo que los apóstoles escribían de las virtudes y milagros de estos cristianos primitivos. Al mismo tiempo que los enseñan para reformar, aun abuso ó para consolarnos en sus penas, los llaman santos, les dan el nombre de bienaventurados, de escogidos, se congratulan con ellos por las obras de su fe, les dan la enhorabuena de los trabajos de su caridad, de la firmeza de sus esperanzas y cuando los apóstoles dan cada glorioso testimonio á los frutos de su tiempo, en les acusará de engañarse en lo que venían con sus propios ojos. ¿Se podrá sospechar que quisieron pasar por impostores, publicando hechos cuya falsedad debía ser notoria?

Si del cielo volaban á nuestras regiones meridionales, corran que en ellas las ruinas hechas y las mismas virtudes abdicadas á las mismas inclinaciones á los mismos vicios, y virtudes algunas, que la estabilidad de nuestras leyes y gobiernos, los vicios beneficios del Evangelio. Nuestros padres siempre santos y siempre cristianos, deberían al fin la unión social que hace la felicidad de los pueblos á los recursos poderosos de la religión.

En efecto, examinando todas las partes del imperio divino que fundó Jesucristo, se verá en ellas que el carácter propio é incommutable de la religión cristiana es sacar al hombre de sus errores y libertarlo de sus pasiones; instruirle, santificarle y fortalecerlo de tal manera en la virtud, que no los halago del mundo puedan seducirlo, ni sus agitaciones combaterlo.

Antes de Jesucristo las doctrinas del género humano parecían dar lugar modo el desordenado de la Providencia. La filosofía se jactaba de su valor y constancia, habiéndose con ostentación de la independencia de su alma, en desprecio de la muerte y de su firmeza en los sucesos, pero eran vanas jactancias, porque jamás pudo ella descubrir el origen de nuestros males y motivos curarlos.

¿Ni cómo podían los filósofos hallar consuelo en su sistema que se refería á sus sentimientos como inextinguible del destino? ¿que no les presentaba ni la idea de un castigo merecido para sufrir resignados, ni la de una prueba superior que sosteniese su constancia, que jamás modificara el rigor de la presente con la esperanza de lo futuro, y que no podía ofrecer al dolor otra cosa que, alivio mas cruel que el dolor mismo?

Un filósofo antiguo dijo que la constancia del justo que lucha contra el infortunio, era un espectáculo digno de la Divinidad; pero este apoteosis es mas brillante que sólido, y no tiene sentido en los principios de la filosofía profana. Porque si el hombre no ha pecado, si es infeliz sin ser delincuente, si padece sin mérito ni culpa, si una gracia interior no es el principio de su fuerza, ni la justicia la medida de sus penas, es evidente que entonces aquel justo lucha



pero estos son conceptos espirituales tan superiores á los de los sentidos, como el espíritu es superior al cuerpo. El mundo se ríe de esto, pero no puede presentar en todas sus hechas y pláticas nada que iguale á estas santas doctrinas de las almas, á estas satisfacciones intrínsecas de la conciencia, á estas alegrías puras de la virtud. El que una vez llega á sentir y á gustar, halla muy insípida toda la demás.

Es interesante que el mundo está muy allegado para que no se desmaye, porque en todos los siglos y en el nuestro han sido y son comunes las aperturas. Si quisiera ser la vida, y hoy se ve una innumerable multitud de personas de toda edad, sexo y estado, que abandonan los placeres que les atraen á sus venas: «¡Cuántas vírgenes jóvenes á quienes desprecia el más fuerte espíritu de delicias las hallan un desprecio!» «¡Cuántos ricos del siglo que con su grandeza y opulencia podían gozar de las comodidades de la vida se desoyeron de todo voluntariamente!» «¡Por qué se desprecian de riquezas que son tan subditos solo porque con ellas se ostentaban todos los deseos?» «¡Dix qué profecías tan pobres en que estos pueden hallar lo necesario!» «¡Por qué descontinúan la pompa y los honores que tanto satisfacen al orgullo?» «¡Por qué pierden la comodidad de un retiro tan melancólico y deseado para la ambición?»

«¿Cómo pueden escoger la penitencia de un cuantioso de los diez ofendidos de la mortificación religiosa?» «¿Quién los inspira resolución tan extraña tanto después, tanto valor?» «¿Tales lo hizo la fe con que vivan y de quien reciben estas divinas inspiraciones. En vano el mundo les presenta sus pompas más brillantes, sus halagos más dulces, en vano les brinda con cambios sentimentales de flores, ni da tiempo á ellos en cocientes y profecías.»

También tiene el mundo sus persecuciones con que intimidada á la virtud, y esta necesita de fuerza superior que la sostenga. El apóstol tenía razón cuando dijo (1) que los que quieren vivir santamente conformándose al espíritu de Jesucristo, deben prepararse á recibir escorbates. En efecto, el que se propone abandonar la segunda tabla del vino para respetar la cuarta, aspira á la virtud, encuentra á cada paso brujas, males y oscuridad. Mal respirar humos infernales, como si se quisiera ser un santo. Tal vez es un amigo que no respalda ó inspira porque no es el faros que en sus impresiones delimita. Tal vez es una familia entera, acaso un pueblo ó toda una provincia, porque es la obliga á vivir con regular, porque se pretende mantener el orden y hacer justicia con exactitud.

Está en uno de los mayores peligros del mundo y la guerra común de los desiertos de la vida humana, porque es difícil mantenerse firme contra tanta fuerza, y el hombre débil que á su vez pesa guiando de la esclavitud que le embraga. Un sentimiento natural de equidad y conciencia lo estimula á combatir de alguna tiranía; pero le falta el valor, y cuando llega al momento de la ejecución, todas sus resoluciones se abandonan. «¿Qué es lo que puedo hacer tierra y mantener imperturbable contra estos ataques?» «La religión, y la religión sola, porque con la ayuda de la fe se deslinda de todos los golpes, reúne á todos los ímpetus y el corazón tan débil se hace invencible. No hay amistad que no rompa, sociedad de que no se separe, amanzas que no des-

(1) II Timoth. III, 12.

precien, ni hay esperanzas, intereses y ventajas que no sacrifican á su Dios y á su deber.

Tales son las disposiciones de un hombre á quien anima el cristianismo y que está sostenido por la fe que profesa. Así piensa y así ejecuta, y no puede dejar de hacerlo así, porque siendo cristiano no reconoce otro poder que el de Dios, á sí reconoce otros, los mira como potencias subordinadas al Teopoderoso, á quien no hay ninguna que no debe obedecer. Este sentimiento es evidentemente justo, y guiará siempre en un sentimiento que se queda en suspensión, que no tiene efecto ni consecuencia en la historia de la religión, pues no hay cosa tan frecuente como ser prácticas á cada paso se encuentran los ejemplos.

«¿Cuántos desprecios y ultrajes, cuántas vejaciones y miserias han sufrido los cristianos de uno y otro lado por un divierte de lo parante del Señor y de las observancias antiguas que prescribió su ley?» «¿Cuántos desprecios, odios, amarguras y tormentos han experimentado con valor!» «¿Cuántas vírgenes castas que no ha sido posible profanar con ningún medio?» «¿Cuántos libertos que ningún esfuerzo ha logrado romper, y aun cristianos y anáclitas á quienes no ha sido posible desviar de la línea recta de la virtud?» «¿Qué dolores no sufrieron millones de mártires!» Nada los detraía, ni el furor de sus tiranos, ni la crueldad de los verdugos, ni la oscuridad de los calabozos, ni la ferocidad de los apaleados. En medio de tormentos inauditos sufrían con paciencia y morían con dignidad.

La antigüedad de la fe de sus héroes; pero estos héroes que la gentilidad adora tanto y que con tanta idolatría, jamás mostraron tan heroica conciencia. «¿Y dónde venía á otros generosos soldados de Cristo una firmeza tan imperturbable sino de la fe que gobernaba su corazón.» Los sabios científicos del cristianismo, los que le persiguieron con recomendadamente, no pudieron ser fuerza sobrenatural sin hallarse sobrecogidos de vapor. «¿Y cuántos confesores por un asombro se transformaron de verdugos en víctimas.»

«Yo aquí, señor los efectos que ha producido el moral de Jesucristo. «¿Y cómo no rindió de Dios una religión que propone un moral tan santo y que inspira un valor tan superior al esfuerzo del hombre.» «Ahí es una vida que declara misal; pero hoy tenemos la triste circunstancia de que uno de nuestros compañeros está en las últimas agonías, se le va á recomendar el alma y se precia que yo vaya con los demás á hacerle este último oficio religioso, como si yo no fuera yo mismo y mi alma pudiera continuar. Yo no puedo hacer otra cosa que darle gracias y asegurarle que al otro día le escucharé con gusto. «El se fue y yo quedé solo.»

Pero quedó sumergido en un mar de pensamientos y reflexiones. Jamás se le está puede así dejarse confundido y confundido. «Cada día me hacía tan mal informado, y me atormentaba más con sus convencimientos, ya no me sentía con fuerza para resistir. Muchas veces se me había que me esperaba con desconfianza, que sabía que en profusión le escuchaba á tener ó mostrar algunas opiniones que por otra parte son elevadas, su ardor, su genio activo y eficaz, junto al tono de su propia persuasión, me habían tenido que sus entusiasmos selectivo no dices á sus discursos un colofón que me hubiera alzado.

Con este humor, cuando estaba, solo y fuera de la esfera

de su actividad, los repasaba conmigo. No contentándose con los pequeños entusiasmos que le he indicado, había otros más extendidos, los delimita en el papel según me los presentaba mi memoria, y son los mismos que te copio ahora. Me parecía que escribiéndolos yo mismo y leyendo-los despojados de todos las gracias y párrafos que podía darle la expresión animada con que me los decía, debía sentir su fuerza natural y verdadera, discernir mejor lo que podía ser en ellos sistema e ilusión, y juzgar bien de su solidez ó de su fuerza.

En efecto, los leía, los repasaba muchas veces con la calma más fría, con la atención más festiva de todo alumno, procuraba quitarles toda especie de prodigio, examinaba los hechos y las razones en sí mismas, y trabajaba por apreciar con imparcialidad su valor. «¿Yo lo diré, Teodoro, cuánto más considero los hechos, tanto más me parecen probados, ciertos e inahuyables, cuanto más pesaba las razones, tanto más me parecían claras, demostrativas y orientadas.»

Aquel mismo día me ocupé en contemplar y considerar por todas partes el plan de la religión, este plan de que tanto me había hablado el padre, y me pareció que el padre tenía razón que es grande, magnífico y sustantivo, que nació con el mundo, que se ha seguido en todos tiempos, que está enlazado en todas sus circunstancias, que un pensamiento tan sublime y grandioso no podía haber más que en las ideas de Dios, que un edificio tan summo y hecho con tan débiles materiales no ha podido construirse sino por una mano divina, y que esta mano se muestra tan visible, que hace inexcusable la obstinación del incrédulo.

Esto era el resultado de mis reflexiones, y ya puedes considerar cómo debían angustiarme. No obstante, para apartar todos los malos pensamientos de mi pensamiento, me detentaba á poner el plan sobre el papel y hacer un nuevo redacción. «¿Qué que me serviría para examinarlo en su totalidad y en cada una de sus partes, y que así podría conocer la parte débil, con esta idea hice un extracto, que dice así.»

No hay escrito, monumento ni memoria por donde se puede saber la creación del mundo, los sucesos primitivos, y lo que pasó en la primera historia de los hombres hasta el tiempo en que Moisés vivía, año por los libros que escribió el mismo Moisés.

Moisés refiere en ellos que Dios sacó al mundo de la nada, que él sólo era cuanto existió, que la alianza de su obra fue el hombre, que este ingreso le descubrió, que Dios le salvó, privándole á él y también á su posteridad de los excelentes dones con que le había dotado; pero que para consolarlo le prometió que con el tiempo le enviaría un Mesías ó un redentor que reparara todos los daños de su desobediencia.

Que desde entonces este redentor fue el objeto y la esperanza de los hombres y el centro y fin de las operaciones de Dios.

Que Dios repitió después la misma promesa á Abraham, Isaac y Jacob, diciéndoles que el redentor saldría de su linaje y sería uno de sus descendientes.

Que los descendientes de los patriarcas estaban en Egipto y en la esclavitud de Faraón, y que Dios para cumplir su promesa, se apareció á Moisés, uno de entre ellos, y le mandó los signos de allí y los llevó á la tierra de Canaan, donde debía nacer el redentor.

Que Moisés á pesar de Faraón, soberano de Egipto, lo sacó en efecto de aquella esclavitud, y del Egipto lo condujo por el desierto y los llevó en fin á la tierra de Canaan.

Que no pudo vencer la resistencia de Faraón, ni superar todos los obstáculos sin hacer muchos milagros portentosos, y que hizo tantos, tan públicos y tan repetidos, que ellos superaron todas las resistencias.

Que el mismo Moisés recibió también la orden de Dios de escribir todo lo que pasó en la creación y todo lo que pasó desde ella hasta su tiempo, para que no se borrara entre los judíos la memoria de aquellos hechos, como se había borrado entre las demás naciones, para que se conservara en su posteridad y estuviese él preparado á recibir al redentor en el tiempo que estaba señalado por su subiduría.

Que al mismo tiempo recibió el orden de continuar esta historia, escribiendo todos los hechos de que el mismo sería instrumento y testigo desde la salida de Egipto hasta la entrada en la tierra de Canaan.

Que en cumplimiento de estas órdenes Moisés ejecutó la empresa y escribió los acontecimientos de ella y los milagros que hizo con la virtud de Dios para vencer todos los obstáculos.

Que si estos milagros son ciertos, deben probar la verdad de cuanto dice en sus libros; porque si que hace milagros fuera el espíritu de Dios, y el que tiene el espíritu de Dios no puede mentar en cuanto escribe.

Que estos milagros son evidentemente ciertos y están probados con la creencia y tradición de todos los hombres que los refieren, y con la autoridad de los mismos libros que los refieren, pues desde entonces los mismos hebreos que fueron testigos de ellos, recibieron estos libros como sagrados, y como inspirados por Dios los guardaron con exactitud y en su integridad de mano en mano, de generación en generación hasta los actuales, que los venían, como los católicos, con el mismo respeto.

Y en fin, con los monumentos, oráculos y fiestas que los mismos hebreos instituyeron al instante que se lecha cada milagro para dar gracias á Dios y conservar en memoria, y lo que se han repetido después todos los años por sus descendientes hasta llegar á los actuales, que el día renuevan anualmente las mismas ceremonias.

Que la verdad de estos libros, y de los demás hechos que contienen, está probada por la reverencia con que desde entonces los leyeron y guardaron con contemporaneidad, pues si no hubieran visto los milagros que refieren ó si contuvieran alguna falsedad de que debían estar necesariamente informados, no los hubieran consagrado como la parte más venerable de su religión, ni los hubieran pasado á sus descendientes recomendándoles como revalidamente divinos.

Que la integridad, la integridad y la ninguna alteración de los libros que hoy tenemos como escritos por Moisés, se prueba por su perfecta conformidad con los que tienen los judíos, y que desde entonces fueron conservados por ellos con la custodia más escrupulosa, y que se visible que la Providencia para acreditar la verdad del cristianismo, ha dispuesto que los fundamentos en que está sean acreditados por sus más encarnizados enemigos.

Que las promesas que hizo Dios á los justos y que









dútiles y presto se verá lo que es y lo que da de sí este hombre honrado.

También es singular que á este increíble se le propongan las verdades de la fé, esto es, revelaciones fundadas sobre la tradición mas antigua y mas constante, confirmadas con innumerables milagros públicos, consagradas con la sangre de muchos mártires, autorizadas con la sumisión de los hombres mas sabios en todos los siglos, y la creencia de naciones enteras, y que más de esto se haga fuerza; y si se le proponen los delirios ó las ideas sutiles de un filósofo moderno, que regaló el mundo á su antipio, que discurre sobre el órden y la naturaleza de los seres con tanta seguridad como si los hubiera hechos con sus manos, ríndase este hombre tan increíble á admitir aquellas especulaciones, las crea sus dudas, las sostiene con obstinación y las defiende tanto, que délima por ellas. San Pablo dijo bien (1): "que Dios entrega estos hombres á un espíritu ciego, que se pierden en sus pensamientos filosóficos y quiméricos, y que los que se tienen por sabios son insensatos."

Por otra parte, yo quisiera preguntar á estos catibricos de irreligion, que es lo que pretenden? ¿quitar las supersticiones oscuras las absurdas? Todos lo decimos, y la Iglesia lo dice mas que nadie. Pero para arrancar la raíz es necesario también arrancar el buen grano. El moral no es malo; no es propio para hacer á los hombres felices (pues por qué desecrutarlo)? Y cuando fuera posible extirparle del mundo, ¿qué hubiera conseguido? ¿se puede hallar otro medio mejor y mas fuerte para freno de los hombres y gobierno de los pueblos?

¿Qué sería de un estado en que no hubiera ni una religion que consuela, ni un moral que reprime? ¿Cómo existiría una sociedad en que cada uno ejecutase todo lo que pudiera ocultar á la vigilancia de las leyes humanas, y no tuviera mas regla que la de su interior? Como de ordinario los intereses de uno se hallan en contradicción con los de otros (¿qué sería el efecto)? Desconfianza mutua, injuria universal, el poder ejercido al fin, el crimen al apéndice y nadie podría estar seguro de una honesta voluntad de un vecino: todo sería confusión, delitos y trastornos, y esto es lo que los increíbles harían en el mundo entero si lograsen su empresa de desmoronar la religion.

Pero ellos no se embarazan de estas consecuencias ni se detienen á considerarlas; lo que les importa es ocultar una ley que incomoda sus pasiones y equívocas á sí mismos. El tono del día en los discursos y en los libros es ridicularizar, burlarse de ella y hacer reír á los oyentes ó lectores. Los oírse con los argumentos, los chistes y las ironías son la ostentación á la moda: esto es fácil y al mismo tiempo es objetivo, porque nada hace tanto efecto en los ignorantes que no conocen la utilidad de sus raciocinios como un sarcasmo diabo con gracia y azonado con la sal de impudicia; pero el instruido que de otra manera á estos doctores, y cuando los ve muy satisfechos de haber combatido á su modo la religion, porque se han burlado de algunos doctores populares que tratan de abusos y supersticiones, ve su ignorancia con lástima, ó mira con indignacion su malignidad.

Sabe el instruido que nuestra religion no consiste en esas doctrinas particulares, que es fácil que la simplicidad

del pueblo introduzca en ellas alguna supersticion por un error hijo de su ignorancia; pero que la Iglesia las condena y encarga á sus ministros que velen para ilustrar las gentes poco instruidas, que muchas veces no son mas que excores de celo que nacen de un buen principio, que no todo lo que condena el celo amargo de estos apóstoles falsos se debe condenar, que hay fundaciones piadosas que una buena intencion puede haber introducido en el espíritu de la religion, y que estas se burlan por no entrar el celo y porque se perjudican; pero nunca se burlan como el fondo de nuestra creencia y culto. Esto es lo que estos sofistas dañan reflexionar. Si no lo saben es mucha ignorancia, si lo saben es mucha malignidad querer desmoronar la religion por necesidad que no pertenecen á lo principal.

Si quieren caminar de buena fe, que se despojen de toda presunción y que la examinen en su fondo y esencia. Entendidos no podrán dejar de admirar cuánto se sublima y santifica, y reconocerán que tiene con qué contentar á los espíritus mas sabios y elevados como lo fueron los padres de la Iglesia. Aunque no quieran, descubrirán en ella un carácter digno que los asombrará; pero ya lo diólo que no es esto lo que quieren: ¿y qué hacen? atan lo que no se deslinda, en punto de ninguna consecuencia y en que la religion regularmente no se interesa, una ceremonia, una costumbre que sea chocar y que la simplicidad solo introducir, son los objetos sobre que descurran sus golpes y hacen grandes esfuerzos de eloquencia para burlarlos por tierra. Bien se demuestra que la religion es inextinguible, pues no se la puede combatir sino tan de lejos y con objeciones tan frivolas.

Si llega el tiempo de que este nombre de filósofos, hoy tan envilecido, recobre su significacion verdadera y que el título de filósofo no se dé sino al que ama la verdad y la busca de buena fe, se leirá con asombro que en nuestro siglo la filosofía era enemiga de la religion, y que era necesario impedir que se introdujera y blasfemo para alzar un renuevo de filósofos.

Cuando el Evangelio no fuera mas que un sistema humano, cuando se pudiera demostrar que el divino origen que se le atribuye es falso, y sus esperanzas y amenazas son quiméricas, nadie pudiera negar que es un libro excelente que no ha podido escribirse sino tan intencionalmente virtuosa, que su doctrina es tan pura, sus máximas tan santas y sus consejos tan sabios, que si se observaran fuera general, con esto solo se remediarían cuantos abusos y desórdenes borran los hombres de bien en las sociedades humanas. Así es imposible quitar á los fundadores del cristianismo el mérito de haber comprendido un donjigo saludable, de haber concebido ideas santas y sublimes y de haber sido hombres benéficos y verdaderos amigos de los otros hombres.

Hay tambien otra cosa que salta á la vista, y es que de cuantas especies de personas componen la sociedad humana, las que se conforman con las leyes del Evangelio son las mas felices, las mas tranquilas, las mas seguras, las mas firmes en sus principios de probidad y de honor, las que cumplen mejor con las obligaciones de su estado, y el recurso mas cierto y compungido en las necesidades de los que nos rodean. De esta experiencia resulta una verdad que

deberia detener á cuantos aman la virtud y quieren pasar por filósofos verdaderos, y es que el Evangelio es capaz de producir estas virtudes, ningún camino honorable puede desmoronar su doctrina, y que solo un porcoso puede desear el que los hombres dejen de ser cristianos, porque el primer deseo de la probidad es que todos sean buenos y dichosos.

Es pues evidente que en todas las suposiciones los detractores del cristianismo son peligrosos y culpables, que aun cuando fueran posible demostrar que no existo ninguna religion verdadera, seria necesario respetar el Evangelio como el mejor libro que ha caído en las manos de los hombres, y que los que pretenden desecrutarlo deben de temerlos por insensatos furiosos á quienes incomoda toda idea de razon y justicia, y cuya depravada corrupcion se arrojan del mal y pecosa moral que en él se nos enseña.

El mas alto punto de perfeccion á que pudiera aspirar el mejor sistema de felicidad pública, sería que en fuerza de sus principios la parte fuerte y poderosa de la sociedad fuese como empujada por su propio interés á socorrer y hacer feliz á la parte débil y miserable, y que al mismo tiempo esta fuese en el mismo sistema un punto de apoyo y seguridad tan indispensable que pudiese ser feliz hasta en el seno de la opresion y bajo el yugo de la tiranía.

Esto es lo que no han hecho ni harán jamás las legislaciones humanas, y esto es lo que hace el Evangelio; esto es el sublime carácter que le distingue de cuantos sistemas de política y de moral han parecido desde los siglos mas remotos hasta nuestros dias. El Evangelio es el libro que ha presentado al género humano el plan mas visto, mas rico y mas capaz de producir el reposo del mundo, la felicidad de los hombres y la concordia de los imperios.

Si un filósofo no puede llegar á tener la creencia del cristianismo, si le debe complacer sin duda, y si tiene la desgracia de no poder experimentar en sí los consuelos inespereables que hacen felices á otros muchos, es lo debido mirar con justicia para que que se puede mirar al frentón, que no contentado con su propio daño rechaza el inmenso empeño de remediar este consuelo de los corrompidos! Esto es lo que no se puede permitir á la filosofía de nuestro siglo, su proceder es absolutamente incompatible con el carácter de hombres de bien, y si la indignacion pública de algunos naciones no la excluido todavia de las sociedades honradas á todos estos filósofos maléficos, es porque en su extrema confusión que los varios sistemas de impudicia han oscurecido los principios del moral verdadero, las virtudes se han desfigurado y han entendido tanto sus dimensiones, que es casi imposible discernir el punto en que la probidad nucha y la iniquidad empieza.

Lo que sin ninguna notion del Evangelio leen á Voltaire y á otros muchos filósofos de nuestros dias, cuando vean el fuera enmendado con que tratan la doctrina del cristianismo, se imaginan que el Evangelio es el libro mas perverso y pernicioso que jamás se ha dado al público, y que estos vicios beneficios, por amor de la humanidad, la desecrutarán con tanto ardor por examinar frías máximas que pudieran producir la desgracia á la raza total del universo: tanto es el odio y la envidia con que le oírse. Pero por ventura ¿la misma evidencia de su verdad no será causa de esta religion misantropica? No será la certeza de su utilidad el estímulo de tantas explosiones tan absurdas como inde-

centes? ¿Y no se podria añadir á las innumerables pruebas de la divinidad de nuestra religion la dificultad que tiene de moderarse el que la contradice y la impudencia de ser hombre de bien el que la ensaña y abraza?

En efecto, señor, el que fuere increíble de buena fe y porque no puede persuadirse, estaria mas tranquilo y se portaria la creencia de otros con mas indulgencia. La persecucion sin embargo nunca es mas indigna. El que insulta al que no quiere persuadir, comete un delito que los de la razón. Es necesario un corazón noble para comprender que los de la razón, así parece que el filósofo que con tanta turbulencia predica lo que él llama virtud, da á entender que el mismo no está firmemente persuadido, que no aspira mas que á evitar la vergüenza de abandonar toda virtud, y que quiere oírse á las demás para que no vean la pobreza y miseria de su corazón.

En vano, pues, trabaja la incredulidad en despojarnos de nuestra fe; los verdaderos amigos de los hombres estarán siempre por la conservacion del Evangelio. Este libro es tal, que si fuera posible que un hombre sin embargo tuviera la desgracia de no poder creer, le quedaria la esperanza de que puede engañarse, y que acaso algun dia podria jugar mejor; pero siempre admitida su doctrina, no podria dejar de amarla; y la doctrina que sabe ganar el corazón, sabe tambien resistir á todos los errores del entendimiento.

Si la doctrina del Evangelio fuera falsa, esta sería la primera vez desde el origen del mundo que la verdad hubiera estado de acuerdo con el interés de las pasiones para destruir preceptos que las incomoda, y este consuelo fuera tan nuevo como inexplicable; porque el vicio y la virtud son tanta fuerza, por que abandonan la Iglesia en que nacen, y pretenden origin un sistema la corrupcion, libertando á los hombres de sus obligaciones; todo es por liberar á los vicios de sus remedios, y por esto se observa que los apóstatas de todos los tiempos son mas injustos, incoherentes y enroscados que los otros.

Empresas temerarias. Podrán sernece algunas naciones y acabarán de corromper á los vicios; pero la religion se detiene por sí misma, y dejando aparte todos los antiguos y venerables dogmas, todas las incontratables prescripciones que hemos hablado, ostenta en su doctrina el carácter de sólida y de grande, que ha puesto de lado á apostatar á todo corazón que este libro de vicios ó de intereses personales es imposible que se inflame á toda inteligencia humana, aunque á su deseo de aconsejar y penetrar otros de muy tanta alianza y probabilidad.

El ánimo verdaderamente noble y elevado se glorifica y sierva una exaltacion sublime cuando se reconoce ofrecido con la gloria de su Autor divino, y el consuelo que es generoso se complace cuando ve que se pierde en esta inmensidad ingesta y que su raza asombrada se reduce á un silencio perfando.

Por el contrario los espíritus vulgares y ligeros, no pudiendo por sí mismos, hallan en la religion sus comodidades y misterios. El que no tiene envidia ni aborrecion, el que no tiene vista suficiente para registrar de un golpe su vasto sistema en toda la extension de su correspondencia, el

(1) Ad Roman 1. 28.

que no puede alcanzar á ver con una cegueda la armoniosa unidad de todo el objeto, y con ojos lánguidos y torpes solo puede ver sucintamente, trozos, rinoceros ó polvos incoherentes, este estado á la oscuridad de las cosas divinas la confusión de sus propios pensamientos. ¿Cómo no blasfemara de las virtudes de lo alto el ingenio tardo y limitado que halla dificultades en todo y á quien su amor propio ha pervertido que el defecto de su inteligencia es el término de la posibilidad?

Pero el que pueda alcanzar á ver cómo todas estas verdades misteriosas se corresponden entre sí con la más arreglada armonía, cómo todas dependen de un mismo designio profundo y eterno, cómo todas en el concreto y concreción que reconocemos las unas, presentan la concreción que reconocemos las otras, es un fin, el que en el seno mismo de sus impenetrables ciencias puede descubrir los brillantes esplendores que arrojan en los nombres que nos importa no saber y conocer, está, estará obligado á confesar que esos mismos misterios que están hechos de la esencia, disipan otros, subaltan, que han muchos mas supuestos, otros nobles que confundieran (era á la razón y transformarían sus su restos, y conduciría por resaca que la verdadera filosofía no se puede hallar mas que en la religión misma que es en hallar las virtudes verdaderas.

¿Qué es la religión sino el cumplimiento, el último grado, la plenitud, la suma total de cuanto el hombre naturalmente busca para su felicidad y perfección. Este es su objeto, su inclinación, su deseo, y todo esto no define por entero la incomparable excelencia de su ser.

Que no nos presente pues otro sistema que sea tan profundamente concebido y en su abanico cambiante, que se nos indique otro plan que suponga un conocimiento tan completo de la naturaleza humana como el del cristianismo; que sea el único entre todos los sistemas que demuestre y justifique la eternidad y proporción del corona humano á ser feliz e indefinible. La infinidad de los deseos del hombre no puede cumplirse ni borrar ni disminuir otro sistema de filosofía. Jesucristo es el solo que nos puede traer esperanzas proporcionadas á nuestra capacidad de gozar y á nuestra inmensable deseo de extenderse e introducirnos en la interminable duración del infinito.

La majestuosa inmensidad de este plan es la que da á nuestros libros sagrados un carácter tan distintivo de su peculiaridad sobre todas las producciones del espíritu humano. Ni los antiguos ni los modernos han podido jamás producir nada que se compare á la abundancia, solidez y elevación de las sagradas Escrituras. Y no solo los literatos religiosos reconocen en ellas un fondo de sustancia y riqueza que no se hallan en otra parte; pero todo hombre de gusto serio y de ingenio profundo, sean los que fueren, sus demás principios, todo espíritu elevado que ame los objetos grandes, la energía y opulencia de las ideas, todo orador que busque las riquezas de la elocuencia verdadera, todo filósofo que indague la naturaleza del hombre, sus necesidades y remediación, todo poeta que aspire á exaltarse elevando su imaginación á grandes sucesos, á magníficas pinturas, en fin, toda alma sensible y férrea que no debita en el interés con que la mueven los sentimientos patrióticos, delirados y vivos, todos los lectores reflexivos y dotados de un juicio sano, admirarán y reagan con delicia placer los ricos tesoros que se esconden en estos libros sacrosantos.

El espíritu débil y ligero es el que no puede trasladar su propio, entre las formas antiguas de que está rodeada su percepción, no tiene bastante penetración para penetrar que este oro puro no es menos precioso por hallarse intercalado con materias sucias, y que estas, lejos de quitarle su valor, manifiestan la rica mina en que ha nacido. Cuántos hombres naturalmente limitados, ganando una victoria á la naturaleza, se han hecho grandes con el solo esfuerzo de meditar y practicar la religión. Pero es en su estado el hombre grande el hombre bueno el que alude respetado entre los hombres. Lo que llega al público del carácter y de la coherencia de estos sabios, cuando no es escuchados es á lo menos respetados, y yo aseguro que un gloria no ganaría nada si en que se pudiesen las circunstancias secretas de su vida.

Es en sí mismo un terrible argumento contra los incrédulos que, hasta ahora se haya conocido uno cuyos conocimientos en el mundo en el mundo con este grado sobresaliente, y el hecho que deja la idea de una posibilidad infinita, constante, rigurosa y definida, cuyo fruto es la transición pública y las virtudes, en fin, que producen una utilidad inmensa, que una nación entera y aun el mundo todo (prometen en su amor y con talento. Yo no confundo la celebridad que dan los grandes talentos con el error y reverencia que no se da á los grandes virtudes.

Todos el mundo conoce ó ha oído hablar de Voltaire, Rousseau, Alambert, Regnal, Diderot, Hume y otros filósofos de nuestros días. He visto, señor, por lo que es un objeto, que estimas algunas de ellos, y yo respeto vuestra opinión, ni mi objeto ni mi gusto es hacerme censor de sus conclusiones; pero quisiera preguntar, ¿cómo de ellos ha dejado un nombre tan humano y venerable como el filósofo fray Luis de Granada, como los filósofos Rosseti, Pameloni, Eustachio y otros muchos de esta especie? A pesar de cualquiera ventaja que pudieran tener de los talentos de los primeros, me parecen que no confesaron que los últimos han sido incontestablemente mas hombres de bien: no hay remedio, todos sentimos en el último de nuestro corazón las impresiones diferentes que nos producen estos equívocos.

Otra reflexión aun mas urgente es que los sistemas de la falsa filosofía de este tiempo tienen de ordinario por patrones humildes sin principios, sin costumbres, sin decencia, y tal vez sin honor. Parece que la filosofía de este siglo es un reflejo de los vicios, porque solo en su reinado puede existir sin oporcion, como que allí alguna especie de depravación descendida. Esta circunstancia es terrible; pero no es posible concebirla, porque es un hecho que sustenta que está á la vista de todos y que sería muy fácil demostrar á los que no siguen la corriente del mundo.

Lo que sobre todo me da á pensar, en claro, la malignidad de este espíritu de irreligión, es que sus partidarios no pueden oír ni dejar de avergonzarse cuando se encuentran entre ellos se han servido de esta falsa filosofía para multiplicar sus vicios y delitos. Esta consideración sola debería bastar para dejar de oír á todo hombre de bien. Cuántos veces los sucesos de esta especie se han avergonzado más de otros! ¿Dónde les pesará ser conocido en el público por lo que son y por lo que entre sí cometen ellos mismos!

Pero abandonemos esos infelices á la salud, á las enfermedades, y sobre todo, á la misericordia divina. Yo es lo

dueño, señor, que he conocido á muchos, que he tratado con algunos de ellos. Yo no he visto ninguno que estuviese sinceramente pervertido, convencido ó seguro de sus sistemas, y he visto pocos que cuando la salud ha debedido sus pasiones, no abriesen y siguesen doctrinas nuevas temerarias. Aquellos á quienes el cielo concede larga vida, pocos voces resisten á los impulsos de una razón y calma y tranquila, y si resisten en apariencia algunos, son estos los corifeos, ó son aquellos que han adquirido alguna utilidad y por orgullo no se retractan.

Pero hoy he visto muchos convertidos á su equidad y avergonzados de su antigua depravación; su ferocidad se había transformado en una continua reserva y sus sacrosantos en un silencio respetuoso. Ha cometido otros que iluminados por una mano han erigido tan celosos defensores de la verdad, como habian sido sus intrépidos enemigos, y separaban con una conducta piadosa los escudados de su posibilidad. Pocos he visto que á la hora de la muerte no seyan sentidos todos los tormentos de la perpetuidad, todos los angustias del nondiminuto, y que al fin no se desentusiasmen al partido mas seguro.

Sin duda que he hallado algunos que aun en aquellos momentos en que se cierran todas las esperanzas de la vida, muestran no querer abjurar sus errores, y muertos con la falsa idea de sostener una gloria infeliz que creen aumentar con su terquedad, pero estos son pocos ejemplos que Dios quiere darnos, según los sus males para que veamos hasta dónde puede llegar nuestra equidad cuando él nos abandona, y que temblamos de la severidad de la justicia.

La mayor parte y muchos de los mas famosos de aquellos tiempos que en su vida con sus acciones y sus libros dieron una sendad y orientaron sus irreligión, miraron de opinión y de conquista, sobre todo á la hora de la muerte. Yo pudiera citar muchos, mas lo abjuro de algunos y los libros están llenos de estas noticias lo único que es útil es que en mi juicio Voltaire, padecer de todos, tal vez hubiera hecho lo mismo si su desgracia no le hubiera traído á terminar sus días en París. El hecho es que en Ginebra se halló dos veces diferentes y con largo intervalo, en peligro de morir, y que las dos veces hizo venir un sacerdote con quien se confesó y con quien se dispuso á morir como cristiano. ¿Quién sabe si la tercera hubiera hecho lo mismo? Pero los filósofos que en París podían el hecho de su muerte, cerraron la entrada á toda especie religiosa. No fue dueño de sí para tomar un partido, y la ira del cielo desahogó el golpe fatal; llegó cuando él lo temía menos.

Pero dejemos esto á los juicios de Dios, que son inspeccionables, y según alta castidad algunas veces á los incrédulos, abandonados á un sentido reparo en pena de sus escándalos y pecados protervos. Nuestra obligación es compeler á los incrédulos mientras viven y pedir por ellos que se conviertan y no mueran impenitentes. Un castigo no es castigo, y es una capaz de irritar que de penetrar. La misma religión no quiere ser establecida con violencia, no permite á cada particular que sea la fuerza de la persuasión, no nos deja otra arma que la fuerza de la palabra, el poder del ejemplo, el fervor de la oración y el atractivo de la virtud. Si la esfera del cielo quiere encenderse contra la obstinación del incrédulo, debe

templarse con las aguas de la caridad y quitarse en las providencias de la Iglesia.

Pero mi intención, señor, en todo lo que acabo de decir, es haceros ver los peligros que hay en abjurar en las batallas de esta fatal filosofía, y mucho mas en doctrinar públicamente su error. Hay una filosofía verdadera que no se sublima, ama y segura, hijo de la religión y madre de la virtud; ella es incompatible con el vicio; pero como mismo acredita que es la buena; que es la verdadera y que viene de Dios. Esta filosofía es tan conforme á la razón y tan útil á la sociedad, que hasta sus enemigos se ven forzados á confesar que sus preceptos son muy superiores á los que dieron los mas sabios filósofos de la antigüedad.

En efecto, señor, si no digna un día de permitir que yo en la copulativa, veréis que toda es dulzura, beneficencia y amor, veréis que el Evangelio impone una severidad al que lo practica, porque la premia á reprimir sus propios inclinaciones cuando son viciosas; pero que esta severidad es moderada, que no impide la dulzura de la vida y que la hacen muy tolerable la costumbre, la aspiración y los auxilios de la gracia. Y veréis mas, que este hijo yugo que se impone á cada uno, cede en beneficio de todos, que no está impuesto sino para esto fin pues que la bondad divina que ha ordenado moderar ó contener el orgullo, la avaricia, la impureza, la cólera y las demás pasiones que destruyen el sereno, no lo ha mandado eso para que de la severidad particular de cada uno resulte la paz, la concordia, el bien orden y la felicidad de todos.

Esta filosofía no enseña mas que el cambio la verdad, la buena fe, el perdón de los enemigos, la beneficencia, la beneficencia propia por el bien del proximo, la fidelidad, la beneficencia correspondiente en fin, todas las virtudes que pueden ejercitarse en el corazón. Considerad, señor, que no hay ni puede haber otra filosofía verdadera que la que puede hacer mayores á los hombres, la que les instruya y domine sus pasiones, la que les inspire amor á la virtud y muerte al vicio. Que por el contrario, en esa falsa filosofía el hombre desprecia á Dios para vivir á gusto de su fantasía. En todas las demás religiones se sirve como esclavo, y únicamente por interés. Que solo el cristianismo le sirve también por amor, y que los cristianos son como los buenos hijos, que aman á un buen padre. ¡Ay, señor, es necesario ser buen cristiano para ser filósofo perfecto.

Observad como desde que el Evangelio apareció todas las filosofías de los gentiles se extinguieron. Las historias convienen que en el sexto siglo de la Iglesia ya no habia quedado rastro de aquella filosofía estéril, que nada permitía mas en seguir los huellas de Platón ni de Epicuro. Y la razón es clara, el Evangelio había destruido sus luz y habia en poco tiempo instruido mas á los hombres, que podían hacer en muchos siglos los ejercicios del Platón y del Epicuro, y por eso á medida que el sol del Evangelio se extendió, toda aquella falsa iluminación se apagó. Un millón cristiano sabía ya mas que todos los filósofos de la Grecia.

Señor, el hombre justo es el mejor filósofo, el mas virtuoso es el mas sabio. ¿Cómo desdichada la que no amara sino para sufrir! ¿Por qué no el de estar siempre agitando la vista para no ver la verdad y á de cerrar los ojos cuando ella se presenta! ¿No es una dulce cruz y un tormento! ¿Qué trajió tan duro y miserable, es el de

estar resistiendo continuamente á los impulsos del temor! ¿Y qué consuelo, qué bienaventuranza es vivir persigido y seguir con fidelidad la luz que nos alumina! Este es el estado del filósofo cristiano; porque su misión le ordena la tranquilidad del espíritu y la confianza del corazón. Todas las instancias que de lo que dicen. Ni el dolor le abate ni el disgusto le turba, porque refiere sus penas como favores de la Providencia, se las oculta con un sentimiento de amor, espera que les dará fuerza para vencerlas, y cuanto son más virtuosas, se consuela más, porque sabe que serán más meritorias.

Si puede haber en la tierra felicidad, solo puede sentir la el que siempre puede gozar del objeto que ama, que desprecia todo lo que le aleja ó desvia de este objeto, que no se ocupa más que en la contemplación de su hermosura, que le dirige amanto Dios y habo, y hasta lo que piensa y desea, que ama y adora sin celos, sin inquietud y sin temores, que transforma sus penas en placeres, porque las mira como medios de agradarle; en fin, que vive ahora en el mundo y espera poder irse más tarde, sin dejar de amar. Este es un día una gloria angelical.

Vue me diréis que esta es una ilusión y una embriaguez. No argumentamos ahora esto, y después de tantas pruebas que es el estado de la virtud de la religión, sería detestable decir. Pero supongamos un instante que lo es, pues que ahora no hablamos más que de filosofía, me debéis contestar por lo menos que esta es mejor, y que debe ser preferida, pues su embriaguez produce una felicidad tan real y efectiva.

Me parece, señor, que un espíritu tan justo y elevado como el que es vno, no puede dejar de conocer la excelencia y superioridad de la filosofía del Evangelio, si se aplica á leerlo. Y espero también que Dios os habrá dotado para que cuando veáis la virtud de la religión, la veáis como un camino noble y bastante amigo de la verdad, para que cuando vuestra razón la perciba, se haga una gloria de rendirle y confesarla. O me engaño mucho en la idea que he formado de vos, ó vos despreciáis los miserables subterfugios de que la mala fe se sirve para evitar la confesión sincera de un convencimiento. Me figuro que esta finta vergüenza es indigna de vuestro carácter franco y verídico.

Siendo así, yo no os pido más que dos cosas: una que leáis el Evangelio con reflexión y seriedad; otra que examinéis muy de cerca la vida y conducta de aquellos que profesan su observancia y la siguen con rigurosidad y exactitud; que comparéis á estos discípulos sencillos de Jesu- cristo con los más filósofos de vuestros mundos, con esos ingenios que habrán estimado tanto, con esos hombres amigos que tanto os han divertido. Cotejad las costumbres, las calidades y las virtudes de los unos y los otros. Y después de este examen, veid la decisión de vuestro juicio; yo quiero que vuestra conciencia sea el árbitro justo de este debate.

Vos me diréis entonces, ¿a quién en una ocasión difícil y estrecha daríais por preferencia vuestra confianza! ¿al cristiano temeroso de Dios ó al filósofo incógnito! ¿A cuál de los dos haríais mejor una mujer querida ó una hija inocente y sencilla! ¿A cuál daríais mejor un depósito vulnerable ó un secreto que dependiera vuestra vida y la de vuestra familia! En fin, ¿a cuál de los dos es el momento de la muerte que más os parecería más cómodo formar un sistema de ra-

Vos me diréis también, ¿a cuál de los dos tiene sentimientos más justos y principios más honestos! ¿a cuál será vuestro más fiel, mejor padre, hijo más obediente, esposo más fiel, amor más compasivo, bienhechor más desinteresado y amigo más seguro! ¿a cuál se puede confiar más caridad, más celo y mayores sacrificios! En fin, si la filosofía consiste en buscar la verdad y amar la virtud, ¿a cuál de los dos os parece más ó mejor filósofo en toda la fuerza y extensión de este nombre! Si no opináis en favor de las cristianas, será menester que digáis que la mayor cordura y la felicidad más sólida no están en la composición de la filosofía, pues que los más justos y más filósofos de los hombres no son los mejores filósofos.

Pero aunque no dudo que después de este examen no podríais dudar de la verdad, si también que no basta conocerla para amarla, y menos para seguirla. Ya os he dicho que entre la razón y el corazón hay un espacio inmenso, y me hago cargo de todas las dificultades de vuestra situación. Y como deseando el mundo en que vivís, el asentamiento de los hábitos y la tiranía de las pasiones, para esperar que la simple exposición de algunas verdades nuestras y graves pueda desde luego conducirnos á los sentimientos serios del Evangelio. No ignoro que hay muchos que estabán tan lejos como vos de la senda de la religión, pero corramos su mundo en un instante; pero osos son golpes extraordinarios del cielo sobre que no se puede contar, y que vienen de igual poder inexorable que se digna de acompañarnos algunos vientos con milagros.

Lo más común es que los hombres que han pasado mucho tiempo en el desorden y que están bien quitos con el desahago y la impetuosidad de sus pasiones se abalanzan por curiosidad y no dirían toda la entrada á la luz por los lastimos. La verdad. Si por acaso la religión les presenta sus majestuosas y terribles imágenes, sienten una impresión que los aturdece; pero las del mundo la distipan presto, y cuando una profusión en el común un sentimiento confuso, una idea vaga de examinar esta un día mas despacio, y á lo largo tomar un partido; pero esto hoy día pocas veces llega. Se pasa la vida en la ilusión de las pasiones insensibles, que se renuevan sin cesar; se lucha continuamente contra su propio temor, contra la evidencia de sus errores, y al fin se acaba sin haber tomado jamás este partido.

No permitáis el cielo que yo sea de este número desgraciado, y yo espero que un día se gradará mereciéndoos vuestro corazón; pero como el momento de decidir es un instante, contra tanto que se ha de hacer de formar insensible, solo quiero decir un consejo, y es que no os olvidéis de la dignidad de haber abandonado la virtud del delito de atropellar y desconocer la verdad. Que si solo bastante débil para no querer obedecer á la severidad de la ley, sería bastante justo para reconocer vuestra flaqueza, para llorar vuestra miseria y para respetar una religión que sería la mayor desgracia no implorar un día una religión que podrá en su seno consolaros del dolor de haberla profanado con vuestros contrabandos. (No es bastante que se haya corrompido el corazón! ¿por qué querer también que el entendimiento sea cómplice de la voluntad, y agravar la depravación del alma con todo el horror de la irreligión!

Jamás la moralidad ha podido tentar el que tiene costumbres inocentes y pías; y es la última privación del orgullo pretender que sea perseguido y bajar inclinaciones, sus vicios odiosos y viles quieran formar un sistema de ra-

zon y de filosofía. ¿Qué porque un hombre no sabe ser casto, moderado ó decente, porque no resuelve donar sus desordenados apetitos, porque no quiere sujetarse á ninguna ley, ¿pueden monstrar que maldiga el cielo y la tierra, que ultraje al Evangelio, que blasfemee de Jesucristo, que desprecie la fe, y que excese en un deplorable corrupción con el horrible estado de la impiedad!

Esto es pensarlo todo á un tiempo, es no contentarse con sacrificar la felicidad y la dulzura de una vida inocente sino querer quitarse hasta la esperanza de convertirse un día, y por lo menos la de morir impetrando la misericordia y adorning la virtud. ¿Qué ferocidades, señor, la de someter un presentador público la obligación de reobrar la fe hasta en el lecho de la muerte, y que por el minuto entienda que el último suspiro es también la última expresión con que se renuncia á Jesucristo y sus promesas! ¿Pues qué! ¿no es posible ser débil ó frágil sin desmentar de la religión de nuestros padres y sin buscar en las tinieblas de una filosofía oscura y desorientante un refugio á las disoluciones!

¡Por qué ya que en otro naufragio se pierde la virtud, no se procura salvar á lo menos el respeto de la religión, la estimación que se debe á los que la practican, y la propia esperanza de poder un día ser virtuoso! ¿Qué puede compararse á la pérdida de la inocencia! ¿Cómo se espera que este no era el mayor de los males, si no hubiera el otro de ni siquiera esperar que alguna vez se podrá recobrar este temor, y que sin esta recobro no es posible hacer ser justo ni feliz! ¿Qué futuro tan loco es porque una parte está corrompida quiere que en el todo no quede nada sano! ¿Qué audacia es querer no solo arrancar de raíz la planta, sino arrojar también al fuego las semillas que pudieran reproducir los renuevos de la virtud!

¡Dios, señor, cuál es el carácter que distingue y distingue a sus al siglo en que vivimos! Es el de ser el único en que el vicio no ha querido marchar sin la impiedad. En todos los siglos pasados, y hasta en el tiempo que no está lejos del nuestro, el desorden de los costumbres no precedía al infierno; ven los sistemas de la impiedad. En todos los siglos, como hay hoy, habrían sencillos, sin faltar principios, costumbres de todo bien y mártires de la simplicidad y del orgullo. Había también ingenios superiores, profundos y sublimes filósofos, historiadores hábiles, grandes poetas, y oradores dignos de los mejores tiempos de Grecia y de Roma.

Pero jamás esta mezcla del corrupción y laus producía impíos. Y si algún escorridor perverso se atrevía á despreciar alguno de los dogmas religiosos, la nación entera se horrorizaba del atentado, y cada uno manifestaba su horror con aquel sentimiento que inspira el encuentro súbito de un monstruo. No se conocía entonces entre los cristianos otra distinción que la de buenos ó malos; pero el abuso no había llegado hasta el extremo de formar una clase entre de incrédulos y de blasfemos.

En todos las órdenes del estado había libertinos y justos, grandes filósofos y hombres inocentes, hombres instruidos y malos escritores, académicos ilustrados y talentos comunes; pero diferentes todos morían de la misma manera, esto es, todos morían confesando á Jesucristo é implorando los últimos auxilios con que la religión consuela á los que mueren. Entonces los grandes hombres de toda especie, los

grandes príncipes, los grandes generales, los grandes magistrados, los grandes ministros, todos habían vivido según los había inspirado su flaqueza ó su virtud; pero todos acababan arrojándose en los brazos de la religión y apelando á los méritos de su Redentor, y nadie decía que un grande hombre que moría así, desmentaba su carácter de hombre grande.

Entonces no se veía nunca que el delincuente más facinoroso blasfemase en el cadalso, ni que rechazara con desprecio las exhortaciones y lágrimas del ministro del Señor que procuraba conmovérle para salvarle. Menos se podía imaginar entonces que llegaría el tiempo en que en algún país se daría nombre de filósofo á los que después de haber vivido en el desorden y en el pecado, sabrían pedir públicamente auxilio, sin Dios, sin dolor y sin esperanza.

De qué causa ha nacido una diferencia tan espantosa entre siglos que se tocan tan de cerca! Un hombre solo ha producido esta revolución tan increíble. Hombre de muchos talentos, pero devorado de la insaciable ambición de dominar los espíritus y de adquirir una reputación distinguida, se atrevió á combatir todas las ideas religiosas, y se atrevió á profesar que el cristianismo era una de las supersticiones populares. Su designio era extinguir todo sacerdocio y toda monarquía, pretendiendo ganarse con esto la fuerza y el ilustre gloria de haber sido el autor y la causa del más horrendo trastorno que podía sufrir el universo. Este intento absurdo, esta intención odiosa, este desseo bárbaro la devoraba el corazón, y fue el motivo de que la ferocidad de su imaginación y la fuerza de su espíritu que debía hacerla el mejor, el más útil y el más amado de su siglo, degenerasen en una potencia melancólica como capaz de ocar y corromper á todas las naciones. Esta se la llamo, este es el secreto de todos los escándalos filosóficos, de todos los fenómenos de impiedad que caracterizaron la depravación y el delirio del siglo décimo octavo.

Señor, respetad la religión entre tanto que la gracia divina no llega á fundar con su luz. La mayor culpa de las nuevas sectas, el fastidio del mundo, la vergüenza de hallarse en tan mala compañía, podían abrir los ojos y hacer sentir la necesidad de volver luego y acobrar la vida en los brazos de la religión; cesarían pues el poder y la libertad de arrojarse en ellos y de comenzar una vida nueva del cristiano, sin que la impiedad pueda sucesos de injusticia, y sin que pueda inspirar que sea desorden de sus conductas, que á lo menos os quedará puerta abierta para el flujo de día de la luz. Desde que se ha hecho alarde de la irreligión, se centre un cierto empeño de no abandonar la por no parecer incoherente. Este empeño es muy violento, muy brutal, y una alma vana quiere sostenerte por orgullo; pero más alma verdaderamente y bostada podrá hallarse en el caso de no poder guardarle con exactitud, y el mundo y una seguro es no aventurarse.

Como avanzo más en edad, experimentaréis que vuestros puntos se debilitan. Entonces vuestra razón se descomparará de las ilusiones pueriles que la vívian, y conoceréis la necesidad de reformar vuestros costumbres y abrazar otras más serias y moderadas. Así sin que lo sepáis, hallaréis de repente en vuestro corazón un cierto gusto de orden, de virtud y de devoción que poco á poco se empiezan, y sin que os hagáis gran fuerza os arrojarán en la senda sólida del Evangelio. Si en este momento,



me trahá á la memoria lo muerto que di el extranjero y el niño y arrebatado falsamente la Mamá, sin medio de una excoza y de sus vicios, y recordóse tan dolorosa me

tenaban de setecientos y de terror. Pero voy á despedir de esta carta para empezar á escribirle en otra lo que me pasó el día siguiente. Adios, Teodoro mio.

## CARTA XVI.

### EL FILOSOFO A TEODORO.

Teodoro querido: A la hora acostámbale vino el padre, y después de las recomendaciones ordinarias me dijo: El extracto, señor, que me leíste ayer me ha dado la idea de que también puedo hacerme uno que recopilando lo mas esencial, se presentará la memoria de todo. Este método me parece útil, porque después de haber reflexionado las especies, examinando cada una de la debida extensión, la rememoro de todas en un corto resumen hace que pueden refrescarse y reapropiarse de nuevo. Aunque en este compendio todo sea expuesto con ligereza, no dejó de producir su efecto, porque después lo que se ha dicho y leído para que fuese la memoria de todo en quien lo ha considerado de antemano.

Por otra parte, tiene la ventaja de que se presentan los mismos objetos con otro aspecto, y aun con tanta importancia deben ser vistos y considerados de todas las maneras y por todas sus lados. Puede ser que haya alguna repetición pero la fuerza será diferente y tambien habrá especies nuevas. Yo le pedíste que siempre le enseñaba con interés, y el padre empezó así:

Ta hemos visto, señor, que la religion cristiana, y la religion cristiana sola, ha llamado al hombre todo lo que le importa saber, que ha dirigido todas las acciones que ha de hacer, que ha enseñado, que le ha hecho conocer todas las verdades que debe creer, todas las virtudes que debe practicar y las leyes y reglas que puede esperar y temer en una palabra, que ella es la única que ha podido darle el don precioso de la fe divina, de esta fe es que la Providencia y la voluntad de Dios no reúnen menos que su subordinación, de esta fe que es tan firme como meritoria; firme porque es bastante clara para determinar el entendimiento, quitándole toda duda razonable y meritoria, porque es bastante oscura para que nunca sumamos su virtud.

Me parece que puede compararse á la columna que dirige á los israelitas en el desierto, luminosa por una parte y tenebrosa por otra. Así nuestra fe ve con tanta claridad los motivos de creer que obliga á la creencia; pero ve tan poco el fondo de los misterios que cree, que necesita para no dudar de ellos de la mas rendida y perfecta sumisión.

Ay hemos visto tambien que el creyente y adorador á Jesucristo, no es sin embargo de que este hombre-Dios vino á la tierra, que el mismo se dijo Hijo de Dios y el Mesías prometido que anunció á los hombres su Evangelio, que no exigió que se creyese su doctrina y se obedeciese á su persona solo porque lo decía, sino que aprobó y afirmó su misión con los milagros mas capaces de convencer á todos, que los testimonios, documentos y pruebas que ocurrieron

á muchos judíos y á innumerables gentiles tienen la misma fuerza para nosotros, y tambien otras muchas que ha podido dar el tiempo, y que todas son de tal naturaleza, que un hombre de juicio simple á quien no dagan sus pasiones, no puede quedar con la menor incertidumbre.

Tambien hemos visto que era digno de la Providencia que mandásemos creer lo que nos dice, no haya dado los medios de discernir con evidencia lo que ha salido de sus divinos labios; que para esto nos ha dado la razon que examina las pruebas de la fe, y que si la razon no pudiera asegurarse de que los oráculos son divinos, se estuviera inseguro y vacilando, ó fuera forzada y nada misteriosa para decirlo mejor, no sería fe, sino insensibilidad.

Pero que los motivos de creer lo que la fe cristiana nos enseña son evidentes y demostrativos; que con todo hay ingratitud, porque por la mayor parte no los conocen, ni tienen el trabajo de examinarlos y comprenderlos, porque no examinan con paciencia y reverencia; porque es imposible que puedan instruirse en medio de sus discordancias y de la continua disipación del mundo, y en fin, porque los ojos que fueran cerrados, no ven la luz del sol, sin que por eso el sol deje de resplandecer.

Que aunque sean tan claros los motivos de creer, el fondo de los objetos se oculta; que por eso exigen sumisión, y que en esto consiste su misterio. Pues la oscuridad es esencial al misterio, y no menos esencial á la fe, como que para creer es necesario no ver pues el que ve, no cree, sino saber. El que ve no puede tener fe, sino evidencia, el que ve no se somete cuando cree, ni ejercita una virtud, ni puede merecer, porque entonces su creencia no es acto de su voluntad ni sacrificio de su razon, sino necesidad de su voluntad, que no puede dudar desde que ha visto.

Que en esta economía ó disposición de la Providencia se manifestó la bondad divina, que ha querido concedernos la vida eterna por mano de la fe, uniendo por este medio nuestra sumisión á su propia gloria; pues dispuso que la sumisión de nuestra fe glorificase su verdad soberana, haciéndola el sacrificio de la razon, como quien que nuestro corazón le hubiere el sacrificio de su amor, y que el esfuerzo que hacemos para vencer nuestros sentidos nos sirviese de mérito.

Que para que este mérito fuese digno de la alta recompensa que le promete Dios, nos propuso misterio de los cuales unos parecen contrarios á lo que nos persuaden los

sentidos, y otros sin supuestos á nuestra inteligencia; misterios que naturalmente son difíciles de creer y cuyo conocimiento se ha perdido en muchas regiones de la tierra; que naciones enteras los ignoran, y que hasta en el seno del cristianismo sufren desprecio y contradicciones, pues muchos son combatidos por la herejía, y todos son batidos por la incredulidad. Pero que á pesar de estas dificultades y de tan malos ejemplos, el cristiano se unió los cree y afirma, porque sabe el respeto que se debe á la verdad superior, y abandonando la evidencia que de su razon, y de sus sentidos, solo confia en la feza infalible de su fe.

Que está le exige del cristiano su una creencia como quiera, sino tan abertamente que desmienta á quanto le propongan sus sentidos; que debe imponer silencio á su razon cuando esta se quiere rebelar, que debe hacerla violencia y sujetarla al yugo. Que debe ser tan simple, tan pura y entera que ninguna dificultad la detenga, ni la pueda excitar la menor duda; tan plena, tan total y tan perfecta, que no extienda á cuantos sentidos la le propone, sin que lo sea llo dudar de ninguno.

En fin, que esta creencia debe ser tan determinada, resuelta y constante, que nada pueda separarlo de ella, ni temores, ni esperanzas, ni dolores, ni tormentos, ni la vida, ni la muerte; tal debe ser la fe y el homenaje del cristiano, homenaje digno de Dios, y que solo se debe á su divina palabra. Sin duda que la carne y la sangre lo repugnan, el entendimiento se resiste, su independencia natural, su curiosidad, su presunción no se acomoda con esta claridad á que le cautiva la fe; pero á pesar de sus rebeliones y repugnancias se obliga con una sumisión sin reserva, porque sabe que Dios lo ha dicho.

Y como sabe que lo ha dicho Dios! Por los libros que no puede dejar de reconocer y respetar como divinos é inspirados, y como depósito infalible de la verdad. El primero fue dictado por Dios en la ley antigua y escrito de su letra por Moisés y los profetas que le sucedieron; por Moisés enviado de Dios, que probó su misión con milagros tan públicos como repetidos y hechos á vista de todo el pueblo. No puedo dudar de la verdad de estos libros y de lo que contienen; porque sabe que estos libros que refieren aquellos milagros, fueron entregados por Moisés á los hebreos que los vieron y que están escritos en ellos como testigos, y que estos no solo no los desmintieron, sino que los guardaron con respeto y los pasaron á sus descendientes, que hoy los conservan con el mismo culto religioso; pues sus mayores habiéndolos recomendado con tanta reverencia, acreditaron con este hecho la verdad de cuanto en ellos se contiene.

Porque las fiestas, los monumentos y los clásicos que los mismos hebreos conservaron desde entonces á medida de cada tiempo, y que hoy mismo renueva igualmente su posibilidad, son otras tantas pruebas confirmativas y que acreditan lo que refieren esos libros. Porque las profecías que desde entonces anunciaron acontecimientos que no podían caer en la prevision humana y que se han verificado después, han probado que solo pudo escribirlos una mano divina. Y en fin, porque las promesas consolantes que profetizaron tan dóciles esperanzas y que fueron tan potentes y tan religiosamente observadas, son otros incontestables monumentos que persuaden su utilidad, su autenticidad y autoridad.

El segundo libro es el del nuevo Testamento dictado por la ley de gracia y compuesto de los libros de los apóstoles y evangelistas que refieren la vida de Jesucristo, que era el Mesías prometido, su muerte, su resurrección, su ascension, sus milagros, los de sus discipulos, la conversacion de los gentiles y el establecimiento de la Iglesia.

Estos libros fueron por lo menos tantos testigos como los primeros, pues fueron escritos por autores que vieron ó hicieron los hechos que refieren y los entregaron tambien á los cristianos, de los que muchos habian sido testigos, y todos los recibieron y veneraron como divinos, acreditando con su consentimiento y reverencia cuanto dicen.

Del mismo modo las fiestas, los monumentos y los ritos que empezaron desde entonces, son otros tantos testigos permanentes de los hechos que imponen, y garantas no menos persuasivas de los mismos libros. La extension de la Iglesia es prueba palpable de su establecimiento y de la conversacion de los gentiles. Y además de estas pruebas potentes, sus testigos son de una especie tan rara, que padecieron la muerte en los aplausos mas terribles por confirmar la verdad de lo que habian escrito; sin que jamas ninguno se hubiese desmentido.

Estos dos libros tienen entre sí tanta conexon y tan necesaria dependencia, que el primero es hecho para el segundo y el segundo para el primero. El primero anuncia y promete, el segundo verifica y cumple el uno es divino, el otro no puede ser humano. Así por testimonio, por monumentos, por hechos y por cuantos medios pueden asegurar á la razon, sabe el cristiano que aquellos libros son divinos, que el espíritu de Dios los ha dictado, y que no solo dicho creer cuanto le dice, aunque no lo entienda, sino tambien practicar cuanto le manda.

¿Y qué le dice el primer libro? Lo cuenta la historia de la creacion del mundo, le manifiesta el plan de los designios de Dios y de su conducta con los hombres. Le informa que el cielo y la tierra son obra de un Criador omnipotente, que el hombre fué la última y la mejor criatura que salió de sus manos sobre la tierra, porque le crió á su imagen, lleno de inteligencia y de justicia; pero que el hombre ingrato violó el precepto de su Hacedor y perdió todos los preceptos de su origen.

Que por este delito su descendencia se comunicaron á su posteridad, y que la infección del tronco se propagó á las razas; que habiéndose esta multiplicado en muchas familias, se vieron obligadas á dividirse y mudar de tierras por la tierra; que con su separacion y el transcurso de los siglos perdieron la memoria de los hechos primitivos; que apenas les quedó una notion vaga y confusa de su genealogía pasada, que alteraron la feza de su Dios y se hicieron indisciplinadas con sus propios inventos, y que olvidaron por entero la provision del reparador que Dios ofreció á ellos al instante que reconoció la universalidad de su delito; que esta feza y esta esperansa no solo conservó en un Abraham y sus descendientes, á quienes Dios la habla renovado en diferentes ocasiones.

¿Y qué le dice el segundo libro? Que este reparador prometido á Adán, renovado á los patriarcas, confirmado por Moisés y los profetas posteriores, que no solo dirigia los sentidos por los que debía ser reconocido, sino que fijólos hasta el tiempo de su advenimiento, que este Mesías tan esperado, tan anhelado y tan llamado por los corazones

me trahá á la memoria lo muerto que di el extranjero y el niño y arrebatado falsamente la Maimá, sin medio de una escusa y de sus vicios, y recordóse tan dolorosa me

tenaban de setecientos y de terror. Pero voy á despatchar esta carta para empesar á escribirle en otra lo que me pasó el día siguiente. Adios, Teodoro mio.

## CARTA XVI.

### EL FILOSOFO A TEODORO.

Teodoro querido: A la hora acostámbale vino el padre, y después de las recomendaciones ordinarias me dijo: El extracto, señor, que me leíste ayer me ha dado la idea de que también puedo hacerme uno que recopilando lo mas esencial, se presentará la memoria de todo. Este método me parece útil, porque después de haber reflexionado las especies, examinando cada una de la debida extensión, la rememro de todas en un corto resumen hace que pueden refrescarse y reapropiarse de nuevo. Aunque en este compendio todo sea expuesto con ligereza, no dejó de producir su efecto, porque después lo que se ha dicho y leído para que fuese la memoria de todo en quien lo ha considerado de antemano.

Por otra parte, tiene la ventaja de que se presentan los mismos objetos con otro aspecto, y aun con tanta importancia deben ser vistos y considerados de todas las maneras y por todas sus lados. Puede ser que haya alguna repetición pero la fuerza será diferente y tambien habrá especies nuevas. Yo le pedíste que siempre le enseñaba con interés, y el padre empezó así:

Ta hemos visto, señor, que la religion cristiana, y la religion cristiana sola, ha llamado al hombre todo lo que le importa saber, que ha dirigido todas las acciones que ha de hacer en la vida, que le ha hecho conocer todas las verdades que debe creer, todas las virtudes que debe practicar y los bienes y males que puede esperar y temer en una palabra, que ella es la única que ha podido darle el don precioso de la fe divina, de esta fe es que la Providencia y la voluntad de Dios no reúnen menos que su subordinación, de esta fe que es tan firme como meritoria; firme porque es bastante clara para determinar el entendimiento, quitándole toda duda razonable y meritoria, porque es bastante oscura para que nunca sumamos su virtud.

Me parece que puede compararse á la columna que dirige á los israelitas en el desierto, luminosa por una parte y tenebrosa por otra. Así nuestra fe ve con tanta claridad los motivos de creer que obliga á la creencia; pero ve tan poco el fondo de los misterios que cree, que necesita para no dudar de ellos de la mas rendida y perfecta sumisión.

Ay hemos visto tambien que el creyente y adorador á Jesucristo, no es sin embargo de que este hombre-Dios vino á la tierra, que el mismo se dijo Hijo de Dios y el Mesías prometido que anunció á los hombres su Evangelio, que no exigió que se creyese su doctrina y se obedeciese á su persona solo porque lo decía, sino que aprobó y afirmó su misión con los milagros mas capaces de convencer á todos, que los testimonios, documentos y pruebas que ocurrieron

á muchos judíos y á innumerables gentiles tienen la misma fuerza para nosotros, y tambien otras muchas que ha podido dar el tiempo, y que todas son de tal naturaleza, que un hombre de juicio simple á quien no dagan sus pasiones, no puede quedar con la menor incertidumbre.

Tambien hemos visto que era digno de la Providencia que mandásemos creer lo que nos dice, no haya dado los medios de discernir con evidencia lo que ha salido de sus divinos labios; que para esto nos ha dado la razon que examina las pruebas de la fe, y que si la razon no pudiera asegurarse de que los oráculos son divinos, se estuviera inseguro y vacilando, ó fuera forzada y nada misteriosa para decirlo mejor, no sería fe, sino insensibilidad.

Pero que los motivos de creer lo que la fe cristiana nos enseña son evidentes y demostrativos; que con todo hay ingratitud, porque por la mayor parte no los conocen, ni tienen el trabajo de examinarlos y comprenderlos, porque no examinan de buena fe, ni tienen el corazón bastante sano para juzgarlos sin parcialidad y prevención; porque es imposible que puedan instruirse en medio de sus discordancias y de la continua discusion del mundo, y en fin, porque los ojos que fueran cerrados, no ven la luz del sol, sin que por eso el sol deje de resplandecer.

Que aunque sean tan claros los motivos de creer, el fondo de los objetos se oculta; que por eso exigen sumisión, y que en esto consiste su misterio. Pues la oscuridad es esencial al misterio, y no menos esencial á la fe, como que para creer es necesario no ver pues el que ve, no cree, sino saber. El que ve no puede tener fe, sino evidencia, el que ve no se somete cuando cree, ni ejercita una virtud, ni puede merecer, porque entonces su creencia no es acto de su voluntad ni sacrificio de su razon, sino necesidad de su voluntad, que no puede dudar desde que ha visto.

Que en esta economía ó disposición de la Providencia se manifestó la bondad divina, que ha querido concedernos la vida eterna por mano de la fe, uniendo por este medio nuestra sumisión á su propia gloria; pues dispuso que la sumisión de nuestra fe glorificase su verdad soberana, haciéndola el sacrificio de la razon, como quien que nuestro corazón le hiciere el sacrificio de su amor, y que el esfuerzo que hacemos para vencer nuestros sentidos nos sirviese de mérito.

Que para que este mérito fuese digno de la alta recompensa que le promete Dios, nos propuso misterio de los cuales unos parecen contrarios á lo que nos persuaden los

sentidos, y otros sin supuestos á nuestra inteligencia; misterios que naturalmente son difíciles de creer y cuyo conocimiento se ha perdido en muchas regiones de la tierra; que naciones enteras los ignoran, y que hasta en el seno del cristianismo sufren desprecio y contradicciones, pues muchos son combatidos por la herejía, y todos son batidos por la incredulidad. Pero que á pesar de estas dificultades y de tan malos ejemplos, el cristiano se unió los cree y afirma, porque sabe el respeto que se debe á la verdad superior, y abandonando la evidencia que de su razon, y de sus sentidos, solo confia en la feza infalible de su fe.

Que está le exige del cristiano su una creencia como quiera, sino tan abertamente que desmienta á quanto le propongan sus sentidos; que debe imponer silencio á su razon cuando esta se quiere rebelar, que debe hacerla violencia y sujetarla al yugo. Que debe ser tan simple, tan pura y entera que ninguna dificultad la detenga, ni la pueda excitar la menor duda; tan plena, tan total y tan perfecta, que no extienda á cuantos sentidos la le propone, sin que lo sea llo dudar de ninguno.

En fin, que esta creencia debe ser tan determinada, resuelta y constante, que nada pueda separarlo de ella, ni temores, ni esperanzas, ni halagos, ni tormentos, ni la vida, ni la muerte; tal debe ser la fe y el homenaje del cristiano, homenaje digno de Dios, y que solo se debe á su divina palabra. Sin duda que la carne y la sangre lo repugnan, el entendimiento se resiste, su independencia natural, su curiosidad, su presunción no se acomoda con esta claridad á que le cautiva la fe; pero á pesar de sus rebeliones y repugnancias se obliga con una sumisión sin reserva, porque sabe que Dios lo ha dicho.

Y como sabe que lo ha dicho Dios! Por los libros que no puede dejar de reconocer y respetar como divinos é inspirados, y como depósito infalible de la verdad. El primero fue dictado por Dios en la ley antigua y escrito de su letra por Moisés y los profetas que le sucedieron; por Moisés enviado de Dios, que probó su misión con milagros tan públicos como repetidos y hechos á vista de todo el pueblo. No puedo dudar de la verdad de estos libros y de lo que contienen; porque sabe que estos libros que refieren aquellos milagros, fueron entregados por Moisés á los hebreos que los vieron y que están escritos en ellos como testigos, y que estos no solo no los desmintieron, sino que los guardaron con respeto y los pasaron á sus descendientes, que hoy los conservan con el mismo culto religioso; pues sus mayores habiéndolos recomendado con tanta reverencia, acreditaron con este hecho la verdad de cuanto en ellos se contiene.

Porque las fiestas, los monumentos y los clásicos que los mismos hebreos conservaron desde entonces á medida de cada tiempo, y que hoy mismo renueva igualmente su posibilidad, son otras tantas pruebas confirmativas y que acreditan lo que refieren esos libros. Porque las profecías que desde entonces anunciaron acontecimientos que no podían caer en la prevision humana y que se han verificado después, han probado que solo pudo escribirlos una mano divina. Y en fin, porque las promesas consolantes que profetizaron tan dóciles esperanzas y que fueron tan potentes y tan religiosamente observadas, son otros incontestables monumentos que persuaden su utilidad, su autenticidad y autoridad.

El segundo libro es el del nuevo Testamento dictado por la ley de gracia y compuesto de los libros de los apóstoles y evangelistas que refieren la vida de Jesucristo, que era el Mesías prometido, su muerte, su resurrección, su ascension, sus milagros, los de sus discipulos, la conversacion de los gentiles y el establecimiento de la Iglesia.

Estos libros fueron por lo menos tantos testigos como los primeros, pues fueron escritos por autores que vieron ó hicieron los hechos que refieren y los entregaron tambien á los cristianos, de los que muchos habian sido testigos, y todos los recibieron y veneraron como divinos, acreditando con su consentimiento y reverencia cuanto dicen.

Del mismo modo las fiestas, los monumentos y los ritos que empezaron desde entonces, son otros tantos testigos permanentes de los hechos que imponen, y garantas no menos persuasivas de los mismos libros. La extension de la Iglesia es prueba palpable de su establecimiento y de la conversacion de los gentiles. Y además de estas pruebas potentes, sus testigos son de una especie tan rara, que padecieron la muerte en los aplausos mas terribles por confirmar la verdad de lo que habian escrito; sin que jamas ninguno se hubiese desmentido.

Estos dos libros tienen entre sí tanta conexon y tan necesaria dependencia, que el primero es hecho para el segundo y el segundo para el primero. El primero anuncia y promete, el segundo verifica y cumple el uno es divino, el otro no puede ser humano. Así por testimonio, por monumentos, por hechos y por cuantos medios pueden asegurar á la razon, sabe el cristiano que aquellos libros son divinos, que el espíritu de Dios los ha dictado, y que no solo dicho creer cuanto le dice, aunque no lo entienda, sino tambien practicar cuanto le manda.

¿Y qué le dice el primer libro? Lo cuenta la historia de la creacion del mundo, le manifiesta el plan de los designios de Dios y de su conducta con los hombres. Le informa que el cielo y la tierra son obra de un Criador omnipotente, que el hombre fué la última y la mejor criatura que salió de sus manos sobre la tierra, porque le crió á su imagen, lleno de inteligencia y de justicia; pero que el hombre ingrato violó el precepto de su Hacedor y perdió todos los preceptos de su origen.

Que por este delito su descendencia se comunicaron á su posteridad, y que la infección del tronco se propagó á las naves, que habiéndose esta multiplicado en muchas familias, se vieron obligadas á dividirse y mudar de lugares por la tierra; que con su separacion y el transcurso de los siglos perdieron la memoria de los hechos primitivos; que apenas les quedó una notion vaga y confusa de su genealogía pasada, que alteraron la feza de su Dios y se hicieron indisciplinadas con sus propios inventos, y que olvidaron por entero la provision del reparador que Dios ofreció á ellos al instante que reconoció la universalidad de su delito; que esta feza y esta esperanza no se conservó sino en Abraham y sus descendientes, á quienes Dios la habia reservado en diferentes ocasiones.

¿Y qué le dice el segundo libro? Que este reparador prometido á Adán, renovado á los patriarcas, confirmado por Moisés y los profetas posteriores, que no solo dio las señales por las que debía ser reconocido, sino que firmó hasta el tiempo de su advenimiento, que este Mesías tan esperado, tan anhelado y tan llamado por los corazones





el tiempo, las ocasiones, los lugares, las cosas, las plazas públicas en que pasaran, las innumerables gentes que los vieron y que no sólo los adoraron, sino que por ellos se convirtieron, recibieron la fe y acompañaron estas tropas de criaturas primitivas que fueron tan célebres por su celo y virtud.

No olvidéis que una gran parte de estos testigos coularon la muerte en los suplicios mas atroces por confirmar la verdad de estos milagros, que estos testigos tan diferentes y numerosos no sólo no tiran factas, sino que eran respetables por su desinterés y altas virtudes, que eran hombres que hacían milagros ellos mismos, y aseguraban haber visto los de Jesucristo, que eran hechos en que no podían engañarse, y que no sólo los que publicaron á riesgo de su vida, sino que fueron á publicarlos á las extremidades de la tierra sin que jamás se haya ninguno desmentido. En fin, refrenad ca vuestra memoria lo que sobre esto hemos confiado y varis que no sólo los que publicaron á riesgo de su vida, sino que fueron á publicarlos á las extremidades de la tierra sin que jamás se haya ninguno desmentido.

Pero dejando aparte tantas y tan evidentes pruebas, quiero fijar vuestra atención en un milagro. . . . Pero milagro de una especie nueva en que no se halla ejemplo ni modelo. Hablo de la resurrección de Jesucristo, al que podéis juntar el de la ascension, que tiene todavia mas testigos y mayores y mas patentes pruebas. Acordaros de lo que hemos dicho sobre estos dos milagros. Haced memoria de que vos mismo me confesabais que si era posible probar que Jesucristo después de haberlo predicho reunió por su propia virtud y poder á la vez de sus apóstoles y otros gran número de personas ajenas de la tierra hasta perfecer de vista en las inconcebibles alturas del cielo, esto solo debia bastar para no poder dudar que era verdad cuando digo esto es, que era Dios, Hijo de Dios su enviado, y el Mesias prometido, y por consiguiente es indispensable creer cuanto dijo y obedecer cuanto mandó.

No pretendo repetir las pruebas de que ya he hecho mención; pero lo suplico que los revolvís en vuestra memoria, que reflexionéis sobre la multitud de documentos, monumentos y testigos que comprueban estos dos hechos, que no hay ninguno en la historia ni tan seguro ni tan incontestable. Reflexionad que el que no quiera multiplicar sus menciones en la diversidad de las pruebas, hallará en la evidencia de estos hechos con que aquiesce su corason, y que ellos solos bastan para disipar todas las dudas, fijar los ojos en las inextinguibles y arrebatadas á determinar la mas firme y no quiza evidencia.

Os aconsejo, señor, que las examínéis muchas veces y muy despacio á vuestras solas. Es imposible que presen- taos los poderosos, que cierran todas las puertas á los anhelos, no causen vuestro entendimiento y no arranquen como con violencia el asenso de vuestra buena fe. Ellas os obligarán á decir: si Jesucristo es Dios, yo debo amarle y obedecerle, yo á él debo obedecerle, y cuando el orgullo y las pasiones á los límites de la razón humana pretenden instituirnos con no vos dudas, tenémosle á serpechar, vos podréis con solo una palabra imponer silencio á todas estas conjeturas inquietas y mal instruidas. Decidme: ¿cómo, que Jesucristo resucitó y si no lo asegura.

No olvidéis tampoco que los apóstoles y demás discípulos que atestiguaron estos hechos y todos los otros de la vida de Jesús, se dividieron después para obedecer al de-

den de su Maestro y predicar el Evangelio á las naciones, que cada uno fué por su lado á regiones diferentes, y que aunque separados y sin poder conferirse ó sostenerse, siempre se mantuvieron firmes conserando en medio de los tormentos mas horribles la resurrección, y los demás hechos que estos hombres eran de tal especie, que no sólo hacían tambien milagros, sino que tuvieron el poder de comunicar á otros el mismo don, y que esto dirán don y el de la santidad de su vida fueron los medios con que pudieron, á pesar de su pobreza y ningún crédito, fundar tantas y tan numerosas iglesias.

Tened presente que testigos de este carácter, que pasan tantos trabajos para defender una religion cuyo primer principio es la verdad, no se habrían dejado martirizar por sostenarla, como igualmente por sostener la resurrección y los demás milagros, si no los hubieran creído ellos mismos, que si los creyeron no podían dejar de ser ciertos, para todos consistían en hechos palpables en que no cabe engaño. Reflexionad que no hubieran podido convertir á tantos ni persuadirlos cosas tan extraordinarias, si no hubieran hecho milagros en su presencia, que si no los hubieran hecho no se hubieran convertido tantos, y menos asegurarán haberlo visto, cuando esta confesion los llevaba al suplicio. Y que pues no se puede negar que lo decían, porque los mártires cristianos no lo eran sino por esta causa, debéis inferir que la resurrección de Jesús, los milagros de los apóstoles y de sus sucesores están demostrados con una evidencia superior á la de todos los hechos históricos.

No es facilísimo replicando lo demás que os he dicho, pero os pido que lo tenéis en vuestra memoria, que lo meditéis, que lo comparéis, y no tengo duda que cuanto mas lo examináis por todos lados, quedaréis convencidos de que Dios se ha dignado de rodar á su religion de divina luz era menester, para mostrarnos que así de su mundo era. Que la cadena de milagros, monumentos y testigos con que la ha ceñido, no permite que se nos escuda su sabid y poderosa mano; que Dios hizo todo lo que era necesario para convenir á los hombres y no dejar escusa á los que por satisfacer sus pasiones cierran los ojos para no ver la luz.

Así es, señor. Todo nos manifiesta que este Dios de inmensa misericordia, debiendo atender á su justicia por el pecado del primer hombre, nos dió la mayor prueba de su amor dándonos su Hijo único, el solo objeto digno de su afecto, para que á costa de su sangre nos restituyese los derechos perdidos, que le amó, le prometió, le preparó los caminos, le llenó de su virtud omnipotente, para que hiciera milagros y comunicara el mismo poder á sus discípulos; que este Hijo único, su Verbo, por quien se hizo todo, el creador de cielo y tierra, por obediencia á su Padre y por amor á los hombres vino á la tierra; que las profecías se cumplieron, que los milagros se ejecutaron, y que á pesar de tanta luz, de tantos claros divinos y de tantos testimonios del hombre-Dios, hay hombres que por una torpe indiferencia no se dignan de saber estos verdades, y hombres que por la ceguedad de sus pasiones se obstinan á no creerlos; pero ¡ay! no por eso dejan de ser ciertos. Un día las verán, y quizá dominado tarde.

Infelices! No sólo desdenan los beneficios de Dios, no sólo desprecian la sangre de su Redentor y sus inmensas esperanzas, pero ni siquiera los conocen. No, señor; los in-

credidos no le conocen, ó lo que es peor, tienen la idea mas falsa y perversa. ¡Ah! si le conocieran, ¡qué no fueran posible que no le amaran! ¡Qué desgracia, qué pérdida! ¡Desgracia es sin duda el Dios de la majestad inabismable, que no puede ser encubierto por los débiles mortales, pero por su infinita bondad cubrió su luz con el velo de la naturaleza humana y se preparó por este medio á la fluqueza de los hombres. El Verbo se hizo carne, nació de nosotros y vivió con nosotros; ¡pero qué vida! ¡qué modelo! ¡qué virtud! Si por su encarnacion pareció óm el exterior de hombre, toda su consencia manifestó que era Dios.

Jamás en el universo ha parecido un hombre tan dulce, tan virtuoso, tan benéfico y tan amable. En todas sus acciones y discursos no se propuso otro objeto que hacernos bien, instruirnos, enseñarnos y darnos ideas ó esperanzas las mas capaces de satisfacer á nuestro desoso insaciable de grandeza y de felicidad. Nada le afligió sino nuestros errores, nada le desagrudó sino nuestros vicios, nada le daba placer sino nuestras virtudes, y nada le consolaba tanto como recoger la oveja que se le perdía. Nunca se le vió verdaderamente contristado sino cuando prevía nuestra obstinacion y las desgracias que nos debia acarrear.

Haced reflexion sobre lo que hizo cuando yendo con sus discípulos á Jerusalem, predijo las calamidades próximas de aquella rebelde y endurecida nacion. Ved la ternura y sensibilidad con que las profetizó, los suspiros dolientes que exhibió, el torrente de lágrimas que vertió. ¡Qué corazon se afligió nunca tanto con los males ajenos! ¡Qué hombre sensible y generoso no se enternecerá viendo una expresion tan dolorida de un amor tan desinteresado y benévolo! No, no es posible estudiar ni percibir el carácter de su espíritu y la dulzura de su corazon, sin reconocer que fué el mejor de los hombres y que jamás el cielo en su misericordia les ha dado un hombre tan digno de su mano.

El Evangelio dice: (1) "Que Jesucristo pasaba por todas partes haciendo bien y curando á todo el mundo." Ve así en pocas y en simples palabras el mayor elogio que es posible hacer de la beneficencia y del amor. Aquí quisiera intercalar á todas las almas generosas y sensibles, á los corazones francos y nobles que no pueden oír un enternecedor la relación de un hecho distinguido por la expresion de una virtud sublime, á los que se conmueven con la admiracion de un carácter heroico, á los que desestiman las fatigas frias ó de cualquier languidez, que nada puede acar de su indiferencia é insensibilidad, á los que conservan con una especie de culto reverente la imagen de los primeros magnánimos que han amado á los hombres y se han sacrificado por ellos.

En fin, yo interpele á todos los que aman la virtud y estiman el honor, que me digan si en la lista de los buenos reyes ó de los grandes hombres que han sobresalido por grandes virtudes y excelentes beneficios, hay alguno que se pueda comparar á Jesucristo; que nombren aquel á quien este elogio tan simple pero al mismo tiempo tan sublime de que vivió haciendo siempre bien, se pueda aplicar con tanta universalidad y exactitud como á Jesucristo.

Es imposible, señor, que yo os exponga á ahora todo lo que

(1) Actos, X, 38.

este hombre-Dios hizo en el curso de su misión sagrada. No cabe ni en el tiempo ni en su lengua decir los esfuerzos del incomparable amor y celo que mostró al universo; pero os exhorto á que hagis vuestra conciencia y casi única ocupacion de la vida de este héroe celestial. Estudiale en todos sus pasos, acciones y discursos, examinadle en todos los instantes de su existencia sobre la tierra, procurad formaros una idea de su dulce y benéfico corazon y carácter, y veréis que es el único entre los que han vivido con nosotros, cuyas acciones y conducta correspondan con puntualidad á la idea que tenemos de un buen corazon, de un verdadero amigo de los hombres, porque es el único en quien está tan unidas virtudes se hallaron sin ninguna mezcla de los defectos que alteran y obscurecen las de los otros y porque las suyas jamás se desmintieron.

Jamás veréis en Jesucristo mas que un tenor, y es que los hombres no reconocen bastantemente que en los oficios de su laborioso ministerio no tiene mas objeto que su felicidad, y que esta sola es el deseo mas ardiente de su amor. De tal manera quería que con ningún motivo se pudiese ocultar la ternura y el afecto paternal de su corazon, que cuando una mujer transportada con la admiracion de sus virtudes exhalaba en medio de un tropel: (1) ¡Dichoso el vientre que te ha llevado, se apresura á aportar sus ideas, que terminan en su alabanza, y la responde en público: Que los dichosos son los que escuchan la palabra de Dios y guardan sus preceptos.

Toda su ocupacion era curar á los enfermos, consolar á los afligidos, instruir á los ignorantes, enseñar á la praction de las virtudes, extender las manos, acariciar y socorrer á cuantos le seguían, que por la mayor parte eran los mas pobres, los mas groseros y los mas oscuros habitantes de la Judea. Deramaba sobre ellos la vista con cuidado, en los infelices la fijaba compasivo, y á cada paso se le oía decir: Entre son mi parientes, mi hermano, mi amigo, los objetos mas preciosos de mi corazon. Respondió á los apóstoles porque querían alegrar de su persona los niños, que se mezclaban con la multitud, y que se le desahaban acercar. Díjales, los dice, acercar á estos niños: los bendice, los abraza y los abraza con todo su corazon (2).

Sus milagros eran, aunque necesarios para probar su divinidad, eran al mismo tiempo ofensas de su beneficencia y de su amor. Frecue se según el celo y ardor con que se dedicaba al socorro de los infelices, que no se ocupaba con el deseo de hacerles bien, que con la idea de manifestar su poder soberano. En efecto, entre todos los milagros que hizo para convencer al mundo de que era el Mesias esperado, no hubo ninguno que no consistiese algun corazon afligido, que no enjugará si guias lágrimas delicias, que no socorriese alguna necesidad, que no aliviara algun miserable, y que no diese la vida y la alegría donde solo dominaban el dolor y la muerte.

Pero en nada se le vea tanto ardor, tanto interés y tan viva solicitud, como cuando el Pastor divino encontraba alguna de sus ovejas perdidas que empezaban á sentir los estímulos del arrepentimiento y quería volver á su redil. Acordaros de la parábola pública, que ya interpele ya sin miramiento á la casa en que come, que echándose á su

(1) Luc. XI, 21.

(2) Matth. XIX, 13, 14.

para los lava son su llanto y con el unto precioso con que los perfuma. Considerad como á pesar de la infamia de que la cubren sus notorios pecados, no solo no la desprecia, sino que la deja hacer completamente, cuando el dolor de la penitencia la aqueja. Ved cómo la defende del que en su corazón la desprecia y la desamara, ved cómo la sostiene contra los discípulos que la acusan de prodiga, y ved en fin, cómo á pesar de la dureza de los otros, la consuela y solicita por asegurarla que ya está perdonada (1).

¡Qué parábola la del hijo prodigo! ¡Qué padre tan amante y compasivo! Apenas el muchacho ingrato y perverso de los hijos siente el primer impulso de un arrepentimiento que le arranca sus tristes experiencias, apenas se resuelve á volver á la casa de su padre, cuando este viene desde lejos, no le espera para recibirlo, sino que se adelanta, se sale al encuentro, no le da lugar para que le pida perdón, ni le da tiempo para que le explique su pasado, sino que desde luego le echó los brazos, manda que se prepare, una fiesta y satisface á sus hermanos celos que se quejaban de la preferencia, diciéndole que á él siempre le tenía, pero que era menester celebrar el nacimiento de un hijo perdido, como si él causara más placer este reciblo que la conservación de la que no se perdía (2).

¿Y quién puede dudar de esta preferencia, y qué otra tal el sentimiento íntimo de su corazón? ¡Qué otra cosa puede significar esta alegría que muestra en el cielo la comensal de un pecador que se acerca á la casa que se produce en la perseverancia de noventa y nueve justos? Considerad, señor, la fuerza de esta expresión (3): *Mas alegrará hoy en el cielo de que un pecador se convierte*, que no de una noventa y nueve justos *perseverar*. Pened la fuerza y el sentido de esta palabra divina, y decidme si es posible inventar un estilo en que pueda expresarse mejor el gozo y la alegría de un Dios de misericordia, y de los bienaventurales que viven de su espíritu, cuando una alma descomulgada recobra su corazón y vuelve á entrar en el camino de la verdad? Decidme si era posible que el divino Pastor declarase con lenguaje más fuerte y expresivo su encendido deseo de que sus ovejas escuchasen los albos de su amorosa voz, y el gozo que recibía cuando las ve volver á su rebaño?

Este fué el carácter de Jesucristo. Y aunque todo su perfecto en su consuetud, parece que sobresalieran dos virtudes, el amor de Dios en el celo de su gloria, y el amor de los hombres en el deseo de su felicidad: como dos objetos ocupaban toda su atención. Así, no pensaba más en su poder supuesto para alguna causa, jamás se le vio intimar con la amenaza ni obligar con la voluntad; jamás vendió una injuria, ni jamás usó de un poder compasivo, jamás por curar, consolar y perdonar, siempre se le oyó exhortar con la persuasión, con la dulzura y el amor.

En efecto, los siglos no han mostrado jamás ni carácter ni maltratamiento dolor, ni corazón tan amante, ni indolente tan buena; ¡pero cómo lo podían mostrar! La natura-

(1) Luc. VII, 37.

(2) Luc. XV, 11.

(3) Luc. XV, 7.

liza no se cura de mala tan perfecta. Era misterio un Dios para enseñar al hombre, y si así el Verbo podía satisficir por sus dolores, el Verbo solo podía ser su maestro, su guía y su modelo. Volvió en todas las situaciones de su vida, y siempre le hallaréis dulce, compasivo y tierno.

Vedla cuando en sus viajes, pasando por Samaria, solo sin haber comido y fatigado del calor y cansancio, se sienta junto á Siquem cerca de un pozo (1). ¡Con qué estabilidad habla á una mujer común y pecadora! ¡cómo la consuela con el agua vital de su gracia! ¡cómo la declara positivamente que el es el Mesías! ¡cómo la instruye en el modo de adorar á Dios en espíritu y verdad! ¡cómo cuando los discípulos llegan y la acompañaron de no haber comido nada, ha respondido que su alimento es servir á su Padre y guardar comones! ¡cómo cuando los hombres de la ciudad vienen conducidos por aquella mujer, también les habla con el mismo agrado! ¡cómo aunque su designio fuese continuar su camino rogando por aquellos samaritanos, se detiene! ¡cómo entra con ellos á la ciudad, y pasa con ellos el tiempo necesario hasta que los instruya y convierta! ¡qué fidelidad! ¡qué celo! ¡qué constancia!

Vedla con la santidad. En una de sus excomunicaciones le presenta una mujer extranjera y gentil, que implora su socorro. Se resiste, porque parece que no estaba en el orden de su providencia; pero sus ojos perciben la comensal de la fe; pero la infusa con humildad y con fe redobla sus instancias, repite sus ruegos con aquella impetuosidad que le agrada tanto, y su boca corren sin poder resistir más, se rinde, la concede lo que pide, y la desprecia consolada.

Vedla con la dulzura (2). Esta era su dula dulzura, y con todo, cuando una jueces van á condenarla, sus entrañas de misericordia se enternecen, usa de su poder divino para atemperar á los jueces de sus propios dolores, y estos huyen corridos, queda á solas con la infeliz acusada, no la mata, solo la pregunta si ha sido condenada, y responsabilízale que no, la replica que tiempo de la condena; pero la exhorta á que no pague más.

Sería nunca acabar, y fuera menester desenvolver toda su historia para poder referir todos los casos en que siempre nació, sin desmentirle jamás, este continuo y nunca alterado carácter de millagrosa clemencia. Baste decir en general, que jamás se le presento enfermo que no curase, necesitado que no socorriera, alijido el quien no deseara consuelo ni arrepentido que no perdonara.

¡Pero cómo no había de perdonar á los que le importunaban, cuando perdonaba á los que le perseguían! Pedro le pregunta si se debía perdonar diez veces, y él le responde que noventa veces siete, dándole á entender con esta expresión indefinida y general, que se debía perdonar á los enemigos sin intermisión ni fin. ¿Y quién ha dado mayores ejemplos de perdonar que el mismo?

Al fin le sujeta y cuando ya se consumaba su grande sacrificio, sus enemigos desahogaron el furor de su rabia. No se contentan con verle clavado en la cruz derramando hasta las últimas gotas de sangre, sufriendo dolores indecibles; apenas lo oyen que desde sed, estando asistiendo el insulto al tormento y el escarnio á la ferocidad, corren pre-

(1) Juan. IV, 5.

(2) Joana. VIII, 3.

suras para hacerle gustar hiel y vinagre, y este divino Salvador escoge aquel momento de tanta malicia para compadecerse de su crueldad, levanta el corazón á su Padre y lo pide por ellos.

¡Los mundos extremos de elocuencia y de dulzura nacían del íntimo amor con que amaba á los hombres. ¡Pero quién puede explicar el amor de la extensión, la intensidad ni la efusión de este amor? No hay lengua criada que pueda describir lo que no tiene término, y solo lo puede explicar el mismo corazón infinito que lo supo sentir. Para adquirir pues alguna idea, oigamos lo que nos dice el mismo, nosercamos con atención lo que pasó entre el corazón y sus apóstoles en la última cena, cuando los preparaba ya á la separación más dolorosa. ¡Qué frases! ¡qué acentos! ¡qué simonías! ¡qué ternura! ¡qué naturalidad humana afectos tan vivos ni métodos de tanto interés!

¡Pero que en aquella triste noche y en aquel momento desconsolado quiso Jesucristo reunir y reconcentrar cuantos ramos de bondad, generosidad y ternura había dejado en dispersos y divididos en la carrera de la vida más inocente que vio jamás la tierra; parece que quiso reproducirlos y juntarlos para formar con ellos un espectáculo capaz de enternecer las piedras y ablandar la dureza de los corazones más indurados. Aquí todo adorno fuera ridículo, toda reflexión inútil; basta referir para interesar y arrancar de los ojos malos de las lágrimas.

Salomé al menos, dice san Juan (1), que se acercaba la hora de volver á su Padre, se retiró por la última vez con sus discípulos. Como los había amado con el amor más tierno, y como iba á separarse de ellos y dejarlos en el mundo, quiso mostrarles hasta el fin cuanto los amaba. ¡Será! ¡quiere mostrarles hasta el fin cuanto los amaba! ¡habla sus entrañas es el mismo de quien poco antes dijo que era el Verbo de Dios, que subsistía en Dios, el mismo Dios que lo hizo todo! ¡Y qué se revela que un Dios, y un Dios que ama tanto á sus criaturas, haya podido resignarlas! ¡El que nos muestra tanto amor cuando va á morir, no les da la última y más segura prueba de que es verdad cuanto les ha dicho!

Trascurrida con el espíritu á la noche, memorable en que Jesús cubrió en Jerusalén la última Pascua con sus apóstoles, á esa terrible noche á que se siguió un día más terrible por nosotros en aquel desdichado momento en que la ferocidad de un pueblo bárbaro prepara á la más inocente de las víctimas el más cruel de los suplicios; observemos los pasos de aquel ministro de ingratitude y de perdición que después de haber arrugado en su corazón el otro designio de entregarse á su maestro y bienhechor á la ratón de sus conatos, buscaba ya los medios de poner por obra juntamente todas las demás funestas circunstancias de aquella noche desastrosa, y vemos que es lo que hace Jesús: que se mata!

¡Pero cómo se puede insistir de vida que lo quedan, á dar á sus discípulos y amigos los más tiernos testimonios de su amor. ¡Cuán quiere darles el último desahogo á su ternura, y en las últimas angustias de su corazón se permite esta dulce estupefacción, para decirlo mejor, ¡cómo quiere consolar á los suyos y evitar los tormentos y oprobios

(1) Joana. XIII, 1.

que le aguardan; el bien de sus amigos le penetra más que el horror de la cruz y de la muerte.

El evangelista refiere que tomó el pan en sus sagradas manos y levantado al cielo unos ojos que con respaldado todo el dolor y la vivacidad de un corazón amante de perfeccionar sus bienhechores, le presentó á sus apóstoles y les dijo: *Tomad y comed*. Lo que es hoy es yo mismo, mi cuerpo, mi alma y mi eterna y divina sustancia. ¡Qué otro qué dignación! ¡qué beneficencia! Solo un entendimiento infinito y divino era capaz de idea tan sublime; solo un amor infinito podía inventar un modo tan ingenioso de comunicación tan íntima, solo un granitudo podía concebir designio tan magnífico, solo un omnipotencia podía ejecutarlo, y solo un bien tan infinito podía llenar toda la capacidad de nuestro corazón.

Si vuestra razón, señor, no penetra todavía de la luz celestial, quiered á la vista de un espectáculo como este, solo digno de Dios y de los que se desean almorzar por la infinita eternidad de la fe si queréis. ¡Digo, exáctos ahora los dudas erigidas de un filósofo miserable, respondiendo que ven que el Dios que Jesucristo, el mismo que hizo tantos milagros, el mismo que se crucificó en cruz, lo asegura, y que así la más leve sospecha de lo que hubiera en este momento de dolor, fuera un sacrilegio, que Jesucristo fué justo y que ya no muere.

Entonces como satisfecho el Señor de haber hecho su testamentum, como tranquilo por haber asegurado á sus amigos el bien más precioso que les puede dejar, contento de verlos en posesión de tan rico legado y sin más inquietud de su felicidad futura, se manifiesta dueño de aquella dulce complacencia que causa á una alma generosa el placer de haber dado á los que ama un bien inestimable. *Sus corazones rebosando de gozo les habla con una elocuencia tan enérgica como bien sentida*. Ahora, les dice, ya pueden mis enemigos desahogar sobre mí todos los golpes de su rabia, ya mi corazón está dispuesto ya mi amor no teme que me maten, ya todo es vuestro y en los inagotables tesoros de la misericordia divina no hay nada más precioso que lo que digo ya vuestras manos.

¡Oh! ¡qué lindo dice! ¡el Espíritu en el momento en que debe ser tan útil (1)! *Y vos, hermanos con Dios*, con un deseo cuya efusión se podía sentir otro que yo, comer con vosotros esta Pascua, en la que todos los sacrificios debían presentarse su plenitud, en la que ya os amosamos! Repara, señor, esta expresión de desahogo. *He de ser con vosotros* palabra divina, cuyo sentido y energía nuestros corazones no pueden medir. Este deseo de Dios es un sentimiento tan activo, tan íntimo, tan profundo, continué y permanente, que no puede explicarse sino aquel cuya luz ilumina corazón supo sentirlo. No osotro solo podemos percibir que cuando como exprimido de ternura, que el amor más aborrecible todos sus días, y que ya desahoga de amor antes de morir con los tormentos.

¡Qué discurso aquel con que terminó esta última y no menos acto de su amor divino! Permite que os diga la sustancia, porque nada se ha escrito en el mundo que esté tan lleno de afectos y de fuerza. En estas cortas palabras está cifrado todo el ardentísimo y son el mejor retrato del carácter y corazón de Jesucristo. Este discurso

(1) Luc. XXII, 15.









se descomino y que no corra á una desgracia eterna supliendo á las penas que puede ocasionar á su propia fidelidad.

Así el cielo no tiene otro interés que la tierra, sino por las cosas que se ordenan á la vida futura. Sin duda que el justo es objeto de las complacencias de Dios y que cuanto más fiel se muestra á las inspiraciones de la gracia, tanto más auxilios recibe para aumentar sus derechos á la gloria. Este magnífico soberano envía testigos no pueden agotarse, da más al que más tiene, pero también el pecador es objeto de su misericordia. Desde el momento que se desvia del camino que la ley enseña, parece que ocupó con preferencia la atención de su Dios y las espíritus celestiales, y que todos lo observan con inquietud sus estragos, esperando el instante de su arrepentimiento. No, no se pierde una alma sin que haya costado á Dios muchos sacrificios para conseguirlo, y á los bienaventurados muchos esfuerzos y deseos para obtener su conversión.

El Dios omnipotente no la creó sino para hacerla feliz, la restituyó con su sangre, la dotó en la segunda regeneración, la hizo suya, de su familia, y derramó sobre ella con abundancia los inefables donos de su espíritu. ¿Qué puede desear sino que los conserve y aproveche? Pero si por desgracia este Pastor divino, que ha hecho tanto para preservar á su querida oveja del lobo que la amenaza, se que á pesar de tan grandes socorros la oveja infeliz e inhumana, abusando de su libertad se acerca al peligro, no basta más para detenerla y robararla. Desde el instante que sale del establo, empieza á saltarla para que conozca su error y se vuelva al rancho. No hay medio de que no se sirva para hacerse entender; inspiraciones, remonstranzas, ejemplos, sermones, advertencias, buenas libros, enfermedades, infortunios, tristezas y disgustos son los gritos con que la llama, y el amante pastor no cesaba en su labor solitaria.

La oveja sorda ó insensibla no le oye ó lo desprecia pero el pastor no se cansa y con incansable celo repite y diversifica su dila que no tiene otra inquietud ni otro cuidado. Este pastor poderoso pudiera desde el momento de su infidelidad hacerla víctima de su justicia; pero su desase en salvada, y á pesar de su ingratitude y rebeldia, se rebela sus esfuerzos, se pone á la puerta de su corazón, llama, no se le oye, llama con más fuerza, y alguna vez tan recio, que se le oye, pero no se abre la puerta, cuando más se le dice que responda, y él espera.

Los bienaventurados ántes de este espectáculo, que es el único que puede interceder en la tierra, observan esta lucha de la gracia con la peregrinidad. Admiran la elocuencia del pastor, siguen con los ojos la oveja descarriada, desean con ardor que se detenga y encuentre el camino que la llama, interceden por ella, y piden al pastor que espere todavía, que aumente la fuerza de su grito, y el pastor les responde: ¿qué debo hacer más por mi oveja que no haya hecho?

Sin duda que el pastor omnipotente, que tiene los corazones en su mano y á quien nada resiste en el cielo y en la tierra, pudiera desde de su poder, detener á la oveja y hacerla entrar por fuerza en el camino; pero esta conducta la fuerza contraria á su salvadora, y al plan con que preside al gobierno del mundo. El pastor quiere que la oveja tenga también parte en su dicha; esto es, que la obtenga, por-

que la desee y la pide. El la creó sin ella, y no quiere salvarla sin ella; la impone la ley de que espere á su propia dicha. No solo la da todos los auxilios de su gracia, sino que cuando por su flaqueza ó su ignorancia se desvía, no la abandona; la llama, le previene y cuando más se le aleja más la llama, le envía reflexiones que la alumbren, remonstranzas que la detengan, contradicciones que la purifiquen, y por fin hace tanto, que á veces que acaban de perdidos, no pueden negar más que su propia obstinación.

Pero si por dicha se empieza á dividir en el cielo que la oveja infeliz ya escucha el silbo, que ya no solo se ha detenido, sino que vuelve á encaminarse á la buena senda que había dejado, toda la escena se muda y todo se transforma en gozo y alegría. Dios ya empieza á jugarla con semblante risuoso y se apresura á enviarla nuevos auxilios que la acompañen y sostengan en las dificultades del camino. La esperanza se pone como por conducto con la compañía de la fe, y la lleva por la mano hasta dejarla en el aprisco.

Al instante los espíritus celestiales llenos de inefable alegría cantaban al divino Pastor un cántico de gracias, que se repite por todos los coros de los ángeles y resuena en toda la extensión de los cielos, no due entre el ósculo de caridad, reconocen á la oveja que lloraba como casta puerita por hermana y compañera, que gozaba con ellos de sus dichos, y les ayudaba á cantar eternamente las alabanzas del común pastor; y esta es la fiesta de que habla Jesucristo cuando nos dice que hay en el cielo más alegría por la conversión de un pecador, que por la conservación de noventa y nueve justos (1).

No penséis, señores, que esta descripción que os hago sea imaginaria, y que no tenga una exacta y entera realidad, pues tal es el contenido no solo en estas palabras de Jesucristo, sino en otras muchas que están diseminadas en el Evangelio. No hay mundo que no haya perdido de Dios haya inoculado tanto ni que haya perdido de tanta y tan varias maneras, empleando en él diversos especies de figuras que por distintos modos nos presentan las más vivas imágenes, tanto de la solícita actividad de este Dios de misericordia, como del gozo y alegría de todos los coros celestiales.

Cuando el divino Salvador corrió por las ciudades y lugares predicando á los pueblos el reino de Dios, le seguía para enseñarle una innumerable multitud de ciegos, y se observaba que con ellos iba también un gran número de tullidos, cojos y peccadores públicos, de sacerdotales por su mala conducta, el Salvador no lo ignoraba. ¿Quién podía esperar mejor los desórdenes y vicios de esta mol? Pero lejos de rechazarlos con baldones amargos, lejos de alejarlos de sí con la amonestación de su celo, de tratarlos con desdén ó desprecio, los recibía siempre con dulzura, los veía con bondad, iba á sus casas, aceptaba sus oraciones, algunos veces se comulgaba él mismo, se dignaba de tocar con ellos.

Los orgullosos escribas y fariseos llevaban á mal tanta condescendencia, que les parecía indigna de un justo, se escandalizaban, murmuraban públicamente y querían sacar de esta conducta una inducción contra la virtud de Jesucristo; pero este piadoso Redentor no alteró jamás la dulzura de su caridad, y en varias ocasiones se dignó de

(1) Luc. XV, 7.

hacer su apología, y al haberlo sola incorporar á sus amigos la dulzura de su corazón, su orgullo y demás vicios y únicamente se ocupaba en consolarse el infeliz estado de aquellos por quienes mostraba tanto interés y un vivo deseo de remediarlos. ¡Ya los comprara á la oveja extraviada que el pastor solícito buscaba, ya á la margarita perdida que se volvió á encontrar, ya se explora otras varias figuras, pero todas nos descubren un amante corazón, y todos ellos son los que nos pueden consolar á los pecadores perdidos.

Pero oigamos sus propias palabras, escuchemos lo que responde á los que observaban su bondad. ¿Quién de vosotros, dice, que tenga ochenta y nueve ovejas, si ve que una se le ha perdido, no deja en el campo las noventa y nueve para ir en busca de la que le falta? ¿Y quién podrá asegurar haberla encontrado? ¿Quién cuando la ha encontrado, no la echará con alegría sobre sus espaldas y desde que llega con ella á su casa no llamará á sus amigos y vecinos para decirles: Alegraos conmigo, porque ya hallé la oveja que se me perdió!

Decidme, señores, si se puede expresar con más viveza el ardor, la solícitud, la fatiga, el deseo y el gozo del Pastor, y si se puede tampoco expresar más la alegría y la complacencia inefable de los ciudadanos de la celestial Jerusalén, que al instante para celebrar la parábola: «Ya se halló que del cielo cayó una moneda que se cayó en el cielo por un solo pecador que había penitencia, que por noventa y nueve justos que no tienen necesidad de ella?»

Si duda que un pecador penitente no es más digno de amor y estimación que el que si hubiera permanecido siempre en la justicia; pero parece que como se extravía, aflige más al Pastor y á todos los ángeles del reino del cielo, parece, digo, que su regreso les causa una alegría más sensible. Y acaso esto sentirán en más vivo, porque por lo común la verdadera penitencia inspira un gran fervor, que repara con ventaja los desórdenes pasados.

Si esta figura no os bastara, ved otra de la misma especie. ¿Qué mujer, vuelve á decir el Salvador, si pierde una de las diez dracmas que no enlinda al instante su antorcha, no enciende una vela y la busca con el mayor cuidado hasta que la halla? Y después que la halla, junta á sus amigos y vecinos y les dice: Alegraos conmigo, porque ya encontré la dracma que se me había perdido. Observad la misma inquietud, la misma solícitud, el mismo gozo, y observad también la misma conclusión, pues igualmente termina diciendo: Y os declaro que del mismo modo se alegrará en el cielo por la conversión de un pecador.

Sieta imágenes son inefables, no valdrá el menor gusto para todo lo que es tierra, político y sublime, ó no tener ninguna idea de lo que es noble, interesante y grande, para no sentirse conmovido con imágenes tan vivas y con expresiones tan afectuosas. Sobre todas las pinturas de aquel Padre tan bueno, tan elemento, tan verdaderamente Padre del buen hijo como del prójimo, produce en el alma una dulce impresión que la consuela y enternece. ¿Y quién es este Padre sino Jesucristo, que hizo su propio retrato, que nos explicó en estas y otras muchas parábolas semejantes, y la complacencia que le causa todo pecador que se arrepiente?

¿Quién pues sabiendo las disposiciones de ternura y amor con que se está aguardando este Salvador benigno, podrá

intimidarse por la inmovilidad de sus excesos, para no arrojarse á sus pies y pedirle perdón? Por lo mismo que con muchos os entiendo debe aprovecharse á tratarlos con su sangre preciosa. Esta consuela en su bondad, está al fin del valor de sus méritos debe agradecerlo. ¿Y cómo se puede tener que no sea bien recibida una espina que se inserta que puede considerarla es el que más la desea? El mismo desagrado que perdí tal vez entonces tan favorable, es el que más gloriamos ahora y el que se perdona, ni hay lugar con expresiones más que entristecer y doler. ¿Quién le oye decir que los verdaderos penitentes que venían todos los días preguntado á ellos, y halláronlos en sus lágrimas que los hace derramar su arrepentimiento, encuentran más dulzura que la que hallaron jamás en los falsos plañeros que ahora lloran...

Con deseosos tan dulces y consoladores este hombre celestial involucra en su alma el más abundante de la esperanza. Oyendo hablar con tan piadoso amor de la bondad de Dios y de la inagotable caridad de Jesucristo para los pecadores, empieza ya á quitar sus cuidados para sí y su tierra, que ni corran ni conozca nada, y no hubiera podido sostener la fuerza de la impresión si no hubiera aliviado con la abundancia de sus lágrimas. No podía pensar en un vivo dolor al haber padecido tanto dolor en la penitencia de una religión en que todo es un sufrimiento, tan grande, y solo así admirablemente adecuado á la desgracia y á las necesidades de los hombres.

El padre viene con consuelo en su llanto, continúa diciendo: Esos lágrimas, señores, son muy fieles y sirvan de vínculo del cielo, para las veces el dolor; pero cuando me he acordado el amor me podré ver, y las acompaña la caridad. Figúrate, señores, que nos no pueden dejar de ser ciegos las cosas que nos dice las parábolas del Evangelio, en este instante en que nosotros hablamos aquí todo el cielo tiene los ojos fijos sobre vos. Jesucristo observa vuestro corazón, y aspira el cielo que os el prodigioso su gracia, para la parte celestial os abre el interceder por vos, vuestra angustia más especialmente en el cargo de vuestro consuelo os agena y pide con los ojos sus ojos. Dios os prepara nuevas gracias, y solo espera que cooperéis á las que ya os dadas para ser otros que perfeccionen esta reconciliación que desea y que su misma bondad ha dirigido.

No vos acordar, que es el Providencia, que es la que regla de todos los sucesos de la tierra, es la que os ha hecho venir aquí (2) para que un prodigio nuevo haya para que en el momento de este retro pudiese su propia bondad ostentar las verdades de su religión y los atributos de su virtud; y podéis tener que lo que os ha sido de tan lejos, el que os ha buscado con tanto ardor cuando vos presentáis á él, os abandona ahora que vos ve el que se dispone á compartir labors que ya habéis escuchado su voz y que dejándolo el extraño os prepara á entrar en el santuario. No, señores, Dios es fiel y jamás ha fallado al que le busca. El Dios de las misericordias se acuerda del todo de que somos hombres, y está siempre dispuesto á ver con ojos compasivos al corazón que se le humilla, al corazón contrito que le teme y adora; su bondad paternal es espina de sus ojos. ¿Qué madre resiste con tanto amor á un hijo arrepentido en su hogar?

Vos habéis vivido largo tiempo en la oscuridad del pec-





crisiano. Este carácter es incomparablemente más glorioso, que todos esos títulos de nobleza con que se alimenta el orgullo del mundo, y de que hace tan inmensa vanidad, pues nos hace en cierto modo participantes de la naturaleza divina, y le llevamos al tribunal de Dios para ser reconocidos en él por discípulos de Jesucristo, como parte de su pueblo y como ovejas de su rebaño.

El mundo ó no sabe ó no estima estas inestimables ventajas. Acostumbrado á no juzgar de las cosas sino por los sentidos, solo aprecia los bienes temporales y no estima los invisibles. Si el hombre se detuviera un instante á considerar lo mucho que debe á Dios como le purifica, cuando se toca en el agua, cuando con la santificación del bautismo le libra de las penas eternas y le devuelve á gloria luminosa, no hubiera dejado de reconocer la primera deuda y las otras sagradas de su corazón, pero luego y sin más que para todo lo que en la tierra pueden presentarle como acreedor sus sentidos, no abra su imaginación ni se acuerde en ella á la altura de sus grandes necesidades. Después de comparación puede haber otros bienes fáciles y pasajeros y otros otros difíciles é inmortales, como Jesucristo, infinito, que nos trae en conocimiento del Padre de donde los bienes, y que nos amon con nosotros Dios en una obra tan íntima como eterna y dichosa.

Pero así bautismo, es el más importante de los bienes, porque es la puerta que nos abre la vida eterna, á los últimos y los mayores, tan íntimos como eterno y el más estimado de los sentidos. Es cierto que el hombre recibe mucho cuando le mortifica, pero también contra muchas deudas, porque es una alianza que forma con su Dios, un contrato que celebra, en el que Dios le presta los bienes infinitos si es fiel, pero exige correspondencia igualada, y el hombre se obliga á cumplirlas. Este contrato es muy extenso, pues abraza toda la ley, y muy rico, pues que se hace á Dios un pueblo, á vista de su gloria y en presencia de todos los fieles.

Desde que el hombre se oferta á la santísima dignidad de cristiano, desde el mismo instante que renuncia por el agua y el Espíritu Santo, ya está sometido á la ley y á toda la ley. Es indispensable, ya en relación con su Dios y por su Padre. Desde aquel día desde aquel punto ya está sujeto no sólo á la indispensable obligación de someterse á esta divina ley, sino á profesarla públicamente, á no negarla en vida, á vivir según sus preceptos, á perseverar en sus obligaciones hasta la muerte, á no hacer nada de lo que prohibe, ni omitir tampoco nada de lo que manda.

Y por eso el contrato, como el matrimonio y la carne se opone así resistir una continua á la práctica de esta ley y sus límites con inmensas estorbos á que privativamente, el que se alista por el bautismo en la milicia de Jesucristo, se une á públicamente al Señor y á todas sus leyes, su amor y su obediencia, y á todas sus penas, y á la carne y á todo en su vida. Después de esto se ofrece que se debe, todo lo que se le ha de hacer, que desde de la vida hasta la muerte, que desde de su nuevo soberano, y por esto los apóstoles dicen que bautizarse en Jesucristo es morir á todo pecado, morir á sí mismo, á sus pasiones, sus sentidos, y á todos los deseos del siglo, para hacer en la tierra una vida casta.

Estos límites empiezan sus estrechos y muchos, pero todos los bienes ofrecidos á Dios solemnemente. En nuestro

bautismo le hicimos todas estas promesas, un ministro se las prometió en nuestro nombre, una parte de las fincas la cambió, otra nos sirvió de garante, las ofreció por nosotros y Dios nos dignó recibirlos. Todo pasó á la vista del mismo Dios, en su templo y al pie de sus santos altares; nosotros mismos algunas veces las confirmamos en el curso de nuestra vida. ¡Qué abuso pues tan sacrilego! qué profanación tan inica es ser infiel á cumplir tan sagrados, desmentar con los labios ó con las acciones una promesa tan augusta y tan digna de la suprema majestad á que se consagraron!

Pero por eso mismo que su dignidad es tan alta, y por el abuso que han hecho de don tan superior, su castigo será más espantoso. Los cristianos llevarán al infierno el indeleble y sublime carácter que constituyeron; el prófobo lo tendrá á la vista para aumentar su confusión; Dios lo tendrá presente para castigar sus iras. Los pecados del cristiano tienen una cualidad particular, y serán castigados con más rigor. La gravedad de los delitos se mide por la santidad de los castigos. El castigo que se debía hacer al que se traía la guerra de un contadante, es más cruel que el que se le hizo. El castigo que está destinado á purificar un malicia, es más doloroso que un castigo, y un castigo lo es más que los infelices que no olvidaron la gravedad del bautismo. Así como á Jesús hubiera valido poco no haber nacido, así estaría mejor á un cristiano impenitente no haber nacido, que haber nacido con tan insoportable castigo, pues vivió y padeció por tan indignidad.

Después ahora veis, que si esto es verdad, no hablad de más que de las costumbres viciadas que la fragilidad humana procura encontrar alguna excusa, que será cuando el corazón arrepentido no comienza con dadas á voces, que solo deshonran á su fe, sin echársela por tierra, mas atribuido estaría antes á la fe misma y estrictamente sobre el Dios que le ha criado, sobre la Iglesia que le ha bautizado y sobre la religión cristiana á que se habla consagrado, todo lo desprecia, todo lo atropella y lo ultraja todo! ¡Qué ingratitude á Dios su derecho de iluminar á sus hombres, que trata á la Iglesia su madre como un impostor que pretende engañarlo, y que á la religión, hija del cielo, la despoja de un excelso título y la degradada hasta ponerla en la clase de las mentiras de los hombres!

Insensato, señor, se podría á qué culmas de torpezas llega el aturdimiento de un espíritu que esa hacerse juez de todo lo divino, que quiere medir las aficiones de Dios con sus propios fines y que se decide á no creer sus oráculos, ó porque no se acomoda á las pasiones, ó porque no se propiamente á los delirios de su orgullo. Si Adán quisiera tanto como Dios, parece que el pecado podría ser más que Dios, pues desprecia lo que ha hecho cuando no le encuentra conforme á su propia capacidad; por lo mismo podría saber más que la Iglesia, mas que los santos doctores que la han respetado y mas que todo el pueblo cristiano que la venera.

De aquí podría inferir qué desecato, qué ingratitude ó de del mortal miserable que después de haber recibido y jurado en fe, hacer tal cosa aprensión de ella, que ni siquiera la tiene por bastante considerable para instruirse en ella, que ni siquiera se digna tomarse el trabajo ligero de examinarla, cuando no fuera más que para calmar sus inquietudes y entretejerse á sus placeres sin zozobra, y que con una temeridad insensata se determina á sacudir el yugo que le parece

gravo, complaciendo sus sentidos á todo riesgo, sin temor del Dios que insulta al respecto de la Iglesia que ultraja, y que, en una palabra, se declara infiel sin pretense, deserta sin motivo y apostata por ateo.

No es ahora mi intención inspiraros una confesión, para la gracia ya lo he hecho de modo que es más satisfactorio; solo pretendo haceros conocer que si que ha tenido la desgracia de desearse tanto, cuando Dios por su bondad lo despierta de su letargo, está obligado á expiar su desatino con mayores esfuerzos, y no solo debe repararle con Dios por un dolor muy vivo y con la Iglesia por una reverencia más obsequiosa y amorosa, sino también con todos los simples y sencillos de su hermandad por una devoción más profunda y una veneración más pública. Así también debe con ejemplos de virtud y religión borrar la impresión de sus escándalos, y no contentarse con vivir como buen cristiano, sino que debe esforzarse á parecerlo, porque el hereje que afectó despreciar el cristianismo, ha de ser y parecer más cristiano que los otros.

Empezando, señor, por adorar esta Dios de bondad que ahora está entre nosotros y Jesucristo ha permitido que cuando dos á tres se juntaran en su nombre, él estaría en medio de ellos, y pues nosotros lo estamos y para obligados de su servicio y de su amor, con nosotros está. No lo dudéis, señor, es el Padre divino, que después de algún tiempo trabajaba por que vuestra alma, sus ojos y sus oídos. Ahora está despreciado se gracia en vuestro corazón para acabar de conquistaros, ahora está inspirando y dando fuerza á mi pobre celo, ahora está viendo con celo vuestro corazón, porque ya empieza á ver algún efecto de sus inspiraciones y no espera más que vuestras promesas para recogerlas en su seno.

Vos habéis tenido la desgracia de haber perdido las gracias y los dones que os comunicó en el bautismo, pero no habéis perdido este sagrado carácter que por su naturaleza es indeleble, y su bondad nos ha dejado remedio para recobrar los dones que pudierais perderse. Para eso instituyó otro sagrado bautismo en el sacramento de la penitencia. No es tan completo y es más laborioso que el primero, pero es la única falta que queda después del naufragio. Nosotros con la gracia de Dios y á pesar de cuantas penas y sorpresas nos pueda costar, vamos á emprender este camino, y una penitencia humilde, perseverante y amorosa, puede reparar todas las pérdidas.

Será mucha dicha poder renovar nuestro bautismo, y que una nueva regeneración que purifique de nuevo, pero esto no es difícil. La Iglesia no permite que se renuncie materialmente los ritos de la regeneración, pues basta haber recibido una vez para que hayan producido en nosotros el efecto de grabarnos el sello indeleble de cristianos, y será profanísimo el repetirlos cuando no pueden ser del todo nuevos. Si el bautismo con Dios, tiene abortos muchos remedios se dan. Hay tres bautismos, el de la santa penitencia que ya he dicho, y que se puede renovar, el de deseo, que basta cuando el primero no es posible, y el de sangre, cuando el primero, vertida por la fe cristiana, se bautiza con su propia sangre.

Pues señor, vos podéis ahora bautizarse espiritualmente por estos tres modos. Empezad por dar gracias á Dios de haber sido bautizado en vuestra infancia, renovad en vuestro corazón los votos de aquel bautismo; abjura y renun-

ciad de nuevo al demonio, al mundo y á la carne, pedid perdón á Dios de vuestros infidelidades pasadas, prometiendo hacer en adelante profesión pública de cristiano y decidlo con fervor y verdad. Señor, adorable Jesús, si yo no estuviera bautizado, más bautizosa, si fuera menester, con mi propia sangre. Y es que el bautismo impone al cristiano la obligación de no omitir jamás un fe, que debe no solo confesarlo en su interior, sino hacer profesión pública de ella, y yo, señor, os prometo que podré más veces la vida antes de hacer ni decir una palabra que pueda desmentir mi religión.

Este acto, que hacemos ahora en presencia de Jesucristo, espírita con la renovación de los votos el bautismo que no se puede renovar, y yo espero en la misericordia divina que os producirá efectos saludables. Pero para esto es menester crecer de corazón y confesar de boca todo lo que cree la Iglesia católica, que fundaron los apóstoles y que por sucesión no interrumpida ha llegado desde san Pedro á nosotros, y cuyo actual sucesor existe hoy en Roma. Las principales verdades que esta Iglesia enseña están contenidas en el símbolo que los mismos apóstoles nos dejaron, que vulgarmente se llama el Credo, y que es un compendio de la doctrina y de los artículos de la fe católica.

Lo mucho que debe saber un cristiano es este Credo, porque es el depósito de las verdades que nos son necesarias saber para salvarnos; pero con él basta para que podamos renovar la profesión de nuestra fe y confesiones nuestra profesión de cristianos. Esta es la profesión que hacemos á la que se hace por nosotros cuando la Iglesia no impone un sagrado carácter, y pues vos queréis renovarlo ahora espiritualmente, jengamoslo de rodillas, presentad á Dios vuestros votos y decid con fe y devoción el Credo.

El padre se puso de rodillas, y yo maquinamente le imito y también me arrodillo; pero quéal fin me vergonzosa confesión cuando queriendo, no pude decir nada.... ¡Ni cómo era posible que lo dijese, cuando después de mi niñez no le había vuelto á repetir y era preciso que lo hubiera olvidado! Mi turbación y mi error fueron tales, que no podía profesar una palabra. Esto solo me hizo ver en un momento mi total olvido de Dios, al estar olvidado de mi vida y la inmensa é innumerable multitud de mis delitos. Avergonzado de mi ignorancia y profundamente indignado conmigo mi mismo, me eché por tierra, y con un diluvio de lágrimas que no me fue posible contener, dije al padre con la voz ahogada y balbuciente, que no le sabía....

El padre se quedó un rato suspendido, y después de alguna pausa me respondió: No os aflijas, señor. Después me dió la mano para ayudarme á levantar, me confesó á mi aliento, y poniéndome junto á mí me volvió á decir: Si os apartas con humildad la vergüenza en que os veo, y que tanto os entristece, si la recibis como un digno castigo de vuestro culpado desorden y si os proponéis repararle presto con ardor y celo, esto mismo puede servirnos mucho para que Dios se apiade de vuestro dolor y os continúe sus gracias. Señor, lo que importa ahora es no volver los ojos á lo pasado sino para llenarlo y corregirlo. Hoy es cuando empieza á morir el hombre viejo de Adán para que renazca de sus cenizas el hombre nuevo de Jesucristo; y Dios, que quiere haceros santo, nos dá tiempo para acabar la obra de vuestra santificación.



Ambrósio decía que este sentimiento, que debe ser el primero en el corazón, es el fundamento de todas las virtudes, y que por eso Dios le exige de nosotros, porque es necesario para nuestra propia felicidad. En efecto, solo puede ser feliz así el que no tiene más voluntad que la de Dios y que está pronto á abandonar todo por él. ¿Y qué no le debe el hombre? ¿Quién concebirá la extensión de una obligación tan infinita! Solo la fe la puede salvar, el hombre torpe y grosero no puede explicarla: dichoso si sabe amar y adorar en silencio.

## CARTA XVIII. EL FILOSOFO A TEODORO.

Este día vino el padre á la hora regular, y después que me dijo algunas palabras de consejo para alentarle á proseguir mi empresa, habló así: Ayer, señor, quedamos en que hoy os proponeré dar una idea de la religión cristiana, y que trataré de haceros ver su espíritu según los principios de la fe. Voy á cumplir mi palabra lo mejor que me es posible, y procuraré que sea con la mayor sencillez y claridad. La religión tiene su hermosura propia, y no necesita de adorno extrínseco; la sencillez del estilo es el signo que mejor la señala.

La fe nos dice que hay un Dios creador y primero causa de todo lo que existe; que este Dios es único, increado, omnipotente y eterno, y que por su eternidad dio la existencia á las cosas visibles é invisibles, que no subsisten sino porque su providencia las mantiene y gobierna; que este Dios es el mismo que el símbolo de nuestra fe llama criador del cielo y de la tierra, que este Dios fué concebido y adorado por los judíos, que también lo fué por los gentiles; pero que estos profetizaron su culto con muchas fables y supersticiones.

Que este Dios, el único que es y tiene el ser de sí mismo, es el único que existe por su propia naturaleza, es también el centro, la raíz y el principio de todas las perfecciones; pues todo lo demás que le debe el ser, lo debe también las buenas calidades que pueden acompañarle, como que todo lo bueno, lo santo y lo perfecto que se puede hallar en sus criaturas, procede de su perfección original y primitiva, siendo ella el único manantial de donde sale todo bien.

Que en Dios por la fecundidad, riqueza y plenitud que su saber produjo en sí mismo, é engendró en su seno el concepto de su mente divina; está ya, en Verbo, su palabra interna, su razón, su inteligencia, su sabiduría, la verdad misma, que es el pensamiento de Dios eterno y subsistente.

Que Dios produjo este concepto de su mente divina, este Verbo que es de su propia naturaleza, el cual subsiste eternamente en ella, por el cual creó el mundo, le sostiene y gobierna; que le engendró en su seno desde la eternidad y el prodijo de esa misma sustancia; así le llamamos su

Mañana, señor, si me lo permitís, comenzaremos esta conferencia; consultad ahora, considerando que ya estáis en los brazos de Dios y que su bondad nos dará tiempo y gracia para acabar su santa obra. El padre se fué, yo, Teodoro, sin perder un instante que pasó á aprender lo que me dejó señalado, y pasó en esta ocupación la mayor parte de la noche. Yo quería aprenderlo todo, pero á fuerza de aborarlo todo me separaba todo. Al fin llegó el día, y yo así pasó lo que en mi primera carta le diré. Adios, amigo.

Hijo. Y como Dios Padre no puede dejar de amarse á sí mismo, pereció en infinitamente amable, tampoco puede dejar de amar á este su Hijo, que siendo tan perfecto como él, es también infinitamente amable; y por la misma razón el Hijo no puede dejar de amar á su padre, que lo ha criado en su seno y con sus mismas perfecciones.

Que de este amor infinito é inabarcable que el Padre y el Hijo se aman, procede el Espíritu Santo, y es de la misma naturaleza que el Padre y el Hijo, pero es de otra cosa que el amor de los dos. Y que de esta manera, aunque la naturaleza divina sea única é indivisible, hay en ella realmente tres personas distintas, que llamamos personas para distinguirlas, aunque las tres no sean más que una misma sustancia. Y así fuera posible usar de comparaciones en objetos tan superiores á nuestra inteligencia, se podría decir que estas tres relaciones subsisten en la esencia divina á la manera que en el alma humana están la memoria, el entendimiento y la voluntad, que aunque son tres potencias distintas, subsisten en la misma alma, que por su naturaleza es única, indivisible y simple.

Este es el inexcusable misterio de la Trinidad divina y primer artículo de la religión cristiana; misterio que estuvo largo tiempo escondido en el seno de Dios, pues aunque en el antiguo Testamento hay algunas nociones por donde se ve ahora su modo racional, no eran bastante claras para que los hombres las pudiesen entender. También es cierto que Dios desde el principio había prometido un Mesías, pero entonces pocos conocieron que este Mesías sería su Hijo unigénito, su sabiduría increada, su Verbo divino, nacido en la eternidad de su propio seno en una palabra, el mismo Dios.

Este este Hijo unigénito el que descendiendo del cielo, unió á sí la naturaleza humana y se hizo hombre por salvar á los hombres, y el que en el curso de su misión divina nos enseñó esta portentosa verdad que jamás hubiera podido descubrir ni inventar la razón humana. El fin es el que nos dio una idea clara de la naturaleza divina, enseñándonos claramente y sin rodeos que su divino Padre le había engendrado en la eternidad de su propia sustancia, y que del amor de los dos procedió el espíritu de am-

or. Y aunque se dilijó de explicarnos sin embargo que él procedió de su padre por generación, y que era su hijo real y verdadero, no nos explicó cómo procedió del Espíritu Santo de ambos, contentándose con decirnos, que el y su Padre produjeron al Espíritu Santo, que es persona distinta de ambos.

Y así pues lo que cree el cristiano, y lo cree porque Jesucristo lo ha dicho. Después que este divino Salvador pasó con pruebas tan claras y tan evidentes que era Dios, cómo era posible dejar de creer lo que nos dice? ¿Quién podrá conocer mejor la naturaleza divina? ¿qué importa que nuestra razón no descubra con claridad todas las relaciones de misterios tan ocultas? ¿quién la ha dado órganos para conocer lo que es divino, cuando apenas puede concebir lo que es humano? ¿cómo habléis con propiedad de la naturaleza de Dios el que ignora lo que es la de los brutas? Así sin la pretensión de entender ni explicar el misterio de la Trinidad, solo procura estudiar y saber lo que Jesucristo se ha dignado decir para creer y salvar. Y pero Jesucristo lo ha dicho, cree que Dios es uno y trino, uno en su esencia, y trino porque en esta única esencia hay tres personas realmente distintas.

Cuando dice que hay tres personas, no imaginéis que este nombre de personas tenga en la naturaleza de Dios la misma significación que en nuestra idioma familiar, que significa lo mismo que entendemos cuando decimos que Pedro, Pablo y Juan son tres personas distintas. Hay infinita diferencia entre Dios y los hombres; pero la usamos y la usaron los santos padres para distinguir el Padre del Hijo, y el Espíritu Santo del Hijo y del Padre, sabiendo bien que esta expresión es defectuosa por la grosseza del lenguaje humano. Y aunque no podemos explicarnos mejor, procuramos elevar nuestro espíritu y unirlo con la Iglesia que se confiesa reservante con las palabras de Jesucristo, que la esencia de Dios una, simple é indivisible, incluye en sí la omnipotencia, que es el Padre, incluye la sabiduría ó la palabra interior que es el Hijo, incluye el amor con que ambos se aman y que los uno, que es el Espíritu Santo.

Este misterio es de su naturaleza tan alto y elevado, que en un contemplación se abismen las ciencias más sublimes. La Divinidad es un abismo insondable de majestad y gloria. Pero para creerlo, no basta saber que Jesucristo lo ha dicho, y que Jesucristo es Dios! Pero como está explicado con distinción en el símbolo de nuestra fe, y cuando decimos á cantarnos el Credo, protestamos particularmente creer y adorar el misterio de la santísima Trinidad.

Cuando nos referimos á Dios, cuando le pedimos que nos ayude, é le hablamos de cualquier otra manera, entonces entendemos dirigirnos á este Dios uno y trino, indivisible y omnipotente que todo lo ha criado de la nada, que está presente á todo, que hace honor á los bienaventurados de la inmensidad de la gloria, y que desea darnos la misma felicidad. A este Dios nuestro soberano señor, nuestro único bien, debemos dirigir como á fin todos nuestros ruegos y adoraciones: el solo es el objeto de nuestra adoración y religión.

Sus bases son el amor y el temor. Dios es infinitamente bueno y santo. Por su naturaleza ama la virtud y detesta el vicio. Nos manda obedecer sus leyes y resistir á

los deseos de nuestros apetitos. Tiene el poder de castigarnos, y nos ha declarado que lo ejercitará si no lo obedecemos. Estos son los principios que fundan la necesidad de obedecerle para no exponernos á los peligros de su cólera, y de ellos se infiere que el pecador no le teme, cuando á pesar de su peligro se dae arrastrar de sus pasiones, é cuando fíado en la esperanza inierta de aplacarle después se abandona con falsa seguridad al torrente de sus vicios.

Pero fuera de este estremo tan poderoso, hay otro más noble, y en las almas generosas más activo; esta es el amor. ¿Qué nos dice el primero y más principal de los mandamientos? *Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, toda tu alma y toda tu espíritu.* En efecto, ¿qué puede amar el hombre si no ama á su Dios á quien lo debe todo? ¿Y qué mismo puede hacer que amar á tan buen Padre, cuyos atributos solos debieran arrebatarlo de admiración y de amor? Infinitas son las razones de amarlo y las de amarle; que el mismo mas ó sea acciones que con palabras. Este amor tierno y respetuoso debe ser el sentimiento dominante de nuestro corazón, y él debe impedirnos hacer nunca cosa que le pueda ofender. El nos debe crear á estar siempre en su presencia, é no apartarle nunca de los ojos del alma, y á repetirle nuestro amor y adoración, y á la misma debe excitarnos á todo lo que nos interesa, para sea dignado asegurarnos que una fidelidad sin fin será provecho de un amor que deberíamos tener sin esta esperanza, y que premiara una obediencia que es la más simple y sólida obligación de un hijo con su padre, é de un esclavo para su señor.

Aunque la religión deba adorar en todas partes, poco Dios está en todas ellas, y todo lo llena con su inmensidad, debe hacerlo con especialidad en sus templos, donde reside como en un trono invisible, y donde más particularmente nos da audiencia. Por otra parte, los templos están consagrados á su gloria; con la congregación de los fieles en donde se reúnen las almas para presentarse sus oraciones y su culto, y allí es donde debemos levantar más nuestros oraciones para reconocerse su grandeza, nuestra dependencia, y adorar lo infinito de su majestad; allí debemos bendecirle, pedirle que su nombre sea glorificado en todo el mundo, y que su divina voluntad sea por siempre obedecida.

Volúvamos tener otro objeto en todos nuestros oraciones, aunque sean las más indiferentes y sumisas, como el trabajo, las caídas y el sufrir; pero debemos hacer todo esto por que Dios quiera que las logremos. Por esto la Iglesia nos enseña á que las empresas todas haciendo la señal de la cruz, uniendo á esta demostración de oración la expresión de gloria sea al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, para hacernos entender que todo lo debemos hacer por la gloria de este Dios trino y uno.

Nuestro único poder y miserables criaturas. Siempre estamos cubiertos de pecados graves é ligeros que nos hacen más ó menos culpables; siempre tenemos necesidad de perdón y siempre le debemos pedir. Filialmente nos continuamente á este Padre misericordioso, que es el único que nos lo puede conceder; pero este ruego debe le siempre acompañado de un dolor sincero de haber ofendido á un Dios tan bueno, y de una resolución muy determinada de no volverle á ofender. Esta oración necesita mucho de palabras que de afectos. No es necesario decir muchas, si-



toda santidad y gracia interior, bien que como hemos dicho, concurre toda la Trinidad. Sería imposible explicar todas las gracias que tiene a nuestro amor y a liberación este como el amor de Dios, pero no olvidemos que nos importa que no su alijo de nuestra corazón, pues tanto lo necesitamos. Todo hombre cuando nace trae consigo otro espíritu, bien diferente de aquel, un espíritu de concupiscencia, un amor vil y torcido, que con furor nos inclina a los objetos sensibles, que excita los deseos desordenados y nos hace olvidar a Dios y la celeste patria, que en fin, está por hacernos el desprecio y odio de los hombres y por servir sobre nosotros la soberbia y el odio.

Para repetir y renovar este espíritu redactor, no tenemos otro medio que valernos de aquel que solo nos inspira el amor del bien y el odio del mal, y nosotros debemos imitarlo, para que nos haga fáciles y ágiles los ejercicios de las virtudes, para que nos sostenga en las tentaciones y nos impulse en el divino amor. Recordemos al Eterno Padre y a su divino Hijo que nos envíen al Espíritu Santo, y reguemos divinamente a este Espíritu divino que custodia en nuestras almas el fuego celestial que ha inflamado tantos santos y sin el cual no seremos compañeros de su gloria. Nosotros lo hemos recibido en el bautismo y en la confirmación, pero que hemos hecho para conservarlo? ¡Infelices! Lo hemos perdido, y lo poco es, que no pensamos en recordarlo, amamos al mismo Jesucristo, nos aseguramos que su Padre nos lo dará con la misma facilidad con que un hombre da pan a sus hijos.

El primer efecto que producirá en nuestras almas el amor y el temor que nacen de la caridad, es inmediatamente una constante vigilancia en el cumplimiento de nuestras obligaciones, en cuidado no interrumpido de que nuestras acciones sean buenas, virtuosas y conformes a los divinos leyes, y una atención continua de practicar todo lo que manda y evitar cuanto desagrada. Las acciones son pues la piedra de toque, y no las palabras; y el mismo Jesucristo nos enseñó el único medio de distinguirse al amor que tenemos a Dios es real e inimitable, cuando nos dijo (1): "Aquel que sabe más mandamientos, y los guarda, es á quien mi Padre y yo amamos verdaderamente."

No puede amar a Dios el que lo ofende, no le puede temer el que le irrita. Dios no tiene necesidad ni de nuestro corazón ni de nuestras obras; pero por nuestra propia felicidad nos ha impuesto leyes. Examinad todo el moral de la religión, y veréis que la caridad, la justicia y la sabiduría han dictado todos los preceptos que nos dio el Hijo de Dios ó sus apóstoles instruidos en su escuela. Todos conspiran á que adquiramos la paz del alma, el mayor bien de esta vida. Sin ella no podemos entrar este amor fraternal, esta unión benévola y pacífica que nos da la paz y armonía de la sociedad. Y no olvidéis que la bondad de Dios es tal, que quiere recompensar como mérito lo mismo que exige para nosotros bien.

Y aun no contento con esto, para recompensar nos dá la felicidad de la vida y á la hora del juicio, presenta una infinita recompensa, un reino eterno de felicidad que obedece su ley y sublevará con torbellinos sin fin al que la viola. Cuando la religión no nos revelara esta verdad, la razón debía convencernos de ella. Un Dios cuya justicia es in-

finita, no puede dejar á los justos sin recompensa ni á los malos sin castigo, y puesto que la tierra no es el lugar en que se corra la virtud y se castiga al vicio, es necesario que distribuya en el otro mundo las penas y las recompensas. Todos estamos de camino para él y llegaremos después de la corta peregrinación de esta vida. Y si ahora nos parece que su balanza no pesa nuestras acciones, entonces es las veremos pesar con la más rigurosa exactitud.

Esta es una de las verdades más importantes de la religión y que el Hijo de Dios ha repetido con una frecuencia, confirmándola con milagros. El verdadero y sólido consuelo del cristiano es saber que después de esta vida breve entrará en posesión de una felicidad que los ojos jamás han visto, que los oídos nunca han escuchado, y que toda la extensión del espíritu humano no podrá jamás comprender. En el ejercicio mismo de la virtud se anuncia de las palabras del profeta (1): *¿Quién puede comprender, ni Dios, las alturas que preparas á los que lo temen y te sirven?* Está seguro de ver á su Dios cara á cara, de gozar en compañía de los santos de una dicha inalterable y pura, y de tener parte en la gloria de Dios, ser que nada pueda disminuir jamás su interminable duración. ¿Qué podrá pues entorpecer el andar con que aspira á invocar un bien tan inestimable? Sabe que no podrá tardar el día y espera en la fidelidad de su Dios, el que recompensará como omnipotente y generoso el culto y las virtudes que exige.

Así pues, la primera de nuestras obligaciones es hacer buenas obras y la primera de los obreros buenas es abstenerse de las malas. Dios hubiera podido estruarnos sin ellas, como lo hace con los niños que nunca bautizamos, pero su sabiduría ha querido que todo adulto cooperase por su parte y que el mérito sostenido con su gracia mereciera su felicidad. La vida eterna al mismo tiempo que es un don gratuito, es recompensa. El Evangelio nos hace ver que la liberalidad el padre de familia da talentos á sus siervos (2), pero este beneficio no es un título para la inercia. Al contrario, los da para que los siervos, es pena de ser tratados como inútiles, trabajen en hacerlos valer. Y no solo las buenas obras, sino las acciones que parecen más indiferentes, cuando la caridad las anima nos pueden obtener tan alto premio.

No pensemos por esto que el hombre por sí mismo pueda merecer nada, sino que con el auxilio de la gracia puede hacer obras meritorias. Todo se hace digno de los ojos de Dios cuando al impulso de su inspiración cooperamos el amor y la obediencia. Los apóstoles aun no habían entendido de la doctrina de su Maestro, le preguntan un día: *Todo lo hemos dejado, ¿qué será nuestra recompensa?* Y Jesús les respondió que el que hace la voluntad de su Padre tendrá la vida eterna. Otra vez animando á los humildes y persiguidos, les dice (3): "Alegraos, porque en el cielo os está preparada grande recompensa." Y el Evangelio nos dice que cuando el soberano Dios dirá en el gran día á su tribunal á todos sus siervos, se reconocerá á sus siervos de las obras que la caridad les hubiera inspirado, Dios es la verdad misma y no puede faltar á su palabra.

(1) Psal. XX, 20.

(2) Matth. XIX, 27.

(3) Luc. VI, 23.

(1) Joan. XIV, 21.

El único medio pues de merecer y adquirir esta felicidad inmortal, es tener siempre en el corazón el temor y el amor de Dios, y regular nuestras acciones de tal modo, que todas se hagan por él y con fin de obedecerle y agraciarse. Sin esto, podría ser buena, pero no sería meritoria; y vuelve á repetir, que la primera cosa es la fuga del pecado y la fiel observancia de los mandamientos de Dios y de la Iglesia. Pero debemos cuidar de no gloriamos jamás en nuestras milicias, pues aunque nuestro albedrío concurre á las obras meritorias y que Dios se digna en recompensarlas, no lo puede hacer sin la gracia y por consiguiente á ella es á quien se deben atribuir. San Agustín decía que cuando Dios nos recompensa, corona en nosotros lo mismo que nos da.

Supuesta la falta de observar los preceptos y huir del pecado, debe también seguir el cristiano á otro grado de perfección por la práctica de las virtudes. De estas unas son obligatorias y otras de consejo, pero no debe perder de vista ni una ni otras, acordándose de que está en la tierra por cortos instantes, y que cada paso que da lo acerca á su término. Todo su anhelo, todo su cuidado debe ser hacer acciones que sean agradables á Dios.

Jesucristo nos manifiesta el principio de donde nacen estas acciones, y son las que nacen de las tres virtudes que llamamos teológicas, la fe, la esperanza y la caridad, virtudes sobre naturales y divinas que todas las fuerzas de la naturaleza no pueden procurarnos, y que solo Dios nos puede dar. Está en la mira en que se halla el oro de las buenas obras de las virtudes cristianas, y no es posible agraciarse á Dios sino en razón del grado de fuerza que refieren ellas en el corazón. Cuando están languidas y frías, no solo no satisfacen al bien, sino que entorpecen la naturaleza corrompida de la especie de nuestras facultades y las arrastra al precipicio casi como á un insecto.

El objeto pues ó que nos debemos aplicar con más cuidado, es á examinar si conseguimos la influencia que tienen en nuestras estas tres virtudes de primera necesidad, porque de ellas dependan nuestros destinos en la vida futura. Al hombre no le basta tener la fe, porque es muy fácil, como lo observa el apóstol Santiago, que alguno diga á Dios con la frente por tierra, que tiene fe, que cree todos sus dogmas y que está pronto á dar su vida por ellos. Lo mismo se puede decir de la esperanza; el hombre seduce su propio corazón, se confía en la bondad divina y espera que le perdonará pero esto no sucede con la caridad ó con el amor de Dios y del prójimo, pero por eso que se examine de buena fe, podrá preñarse, ó que la posesión natural, cuando las acciones de su vida se lo permitan, ó que es aun débil y no produce los efectos que deba. Cuántos hay que por falta de esto examinan se figuran tener esta virtud en alto grado. Pero si se examinara seriamente, verían á las obras en lloran, y que su perfección imaginaria es hija de un orgullo.

Siempre que nos sostengamos firmes en las virtudes que Dios ha revelado, siempre, que nuestro corazón inflamado en su amor no vea su felicidad sino en Dios ni osamos otras reglas que sus preceptos, el pecado no tendrá imperio sobre nosotros, ó no tardaremos en levantarnos de las caídas que la fragilidad nos ocasiona. El alma bien penetrada de estos principios de la religión, huye del mal con placer y hace el bien con facilidad, y el que no siente estas disposiciones, ó

los tiene olvidados ó perdidos. Nuestro principal estudio debe ser darnos nueva vida, nuevo impulso, sin esto jamás serviremos á Dios en santidad y justicia, y acrentamos los bienes eternos.

Creemos pues que estos autos de fe, esperanza y amor de Dios, no solo son útiles, sino indispensables para crear y fomentar en nosotros las buenas obras, y que conviene que los hagamos á cada instante de nuestra vida, sobre todo en las tentaciones y en la recepción de sacramentos que no debemos cesar un momento de pedir á Dios que nos dé y nos aumente estas preciosas virtudes, que son la semilla de todas las otras. Los apóstoles, aunque testigos de los milagros de su Maestro, aunque continuamente alimentados con el pan de vida, le suplicaban, que amoneste en ellos la fe. San Pablo unas veces podía á Dios que hiciera crecer un esperanza y otras que dirigiera sus obras en su amor. Hay mucho que decir sobre estas tres virtudes, y yo no podré daros más que una ligera idea. Hablaremos de la fe, intrinsecamente solo por la forma que exige nuestra deferencia.

Todo lo que la Iglesia nos dice que ha sido revelado por Dios, es objeto de nuestra fe y debe ser creído firmemente por el cristiano, porque sabe que Dios, que es la verdad misma, no puede engañar, y con todo, Dios se digna de aceptar como mérito la fe que le debemos, y nos recompensa el que creamos, porque nos ha revelado misterios que son superiores á la razón aunque no le sean contrarios. Jesucristo dijo (1): *¿Deseo contrariedades las que no tienen y creyereis?* y sin duda hablas de nosotros, que hemos nacido en tiempos posteriores á sus milagros y producidos.

El orgullo de tiempo en tiempo suele levantar algunos nublos. Los intruidos que están firmes en su religión porque saben que es fundada sobre los milagros de Jesucristo y de los apóstoles, sobre el cumplimiento de las profecías, sobre el establecimiento de la Iglesia, sobre un moral tan sublime y solo capaz de hacer falta al hombre en esta vida y la otra, en fin, sobre todas las pruebas que demuestran con evidencia su verdad, no escuchan nada de lo que el orgullo, la herejía ó las pasiones les proponen, echan una vista sobre los motivos que los han obligado á creer y se tranquilizan.

He dicho que debemos creer lo que la Iglesia nos dice que Dios ha revelado, para distinguimos de los herejes y escismáticos, que han roto la unidad y no creen una que su propio espíritu. Ellos han formado sectas desoladoras, siendo así que Dios ha dicho ó declarado que no reconoce más que una Iglesia, una esposa, una depositaria de la verdad, un solo intérprete de su doctrina, y de la cual únicamente deben aprenderse los cristianos. Esta es la que el apóstol (2) llama su Iglesia de Dios viva, la columna y firme fundamento de la verdad. Esta es la que san Mateo (3) nos asegura haber sido fabricada sobre la piedra, y que los puercos del infierno, esto es, las persecuciones de los malos y los errores de los herejes, no podrán prevalecer contra ella; en fin, la Iglesia á quien el Salvador prometió un asistente y su apoyo hasta la consumación de los siglos.

San Pablo nos dice que hasta el fin de los tiempos habrá en los doctores, pastores, apóstoles y profetas. Si esta Iglesia, según las promesas de Dios, deba siempre subsistir

(1) Joan. XX, 29.

(2) II. ad Timot. III, 15.

(3) Matth. XVI, 18.

viable, infalible y exenta de error en puntos de doctrina, dichos el católico que no pueda engañarse sometidos a lo que ella enseña. Los protestantes jamás podrán justificar su rebelión ni su novedad, pues en anteposando eran parte de la Iglesia romana, de esta Iglesia que han abandonado. Y con una palabra se destruya todo el edificio; pero ó la Iglesia antigua erró y no era la Iglesia, ó son ellos los que están en el error. Si Dios no hubiera dado á la Iglesia el derecho de decir lo contrario y fijar el verdadero sentido de las escrituras, no hubiera una señal que pudiera caracterizar la Iglesia verdadera y la doctrina de Jesucristo. Cada secta se jacta de seguir el Evangelio en su pureza, y esto es absurdo, pues Jesucristo promovió no abandonar nunca aquella Iglesia que él mismo fundó.

El primer sentimiento de un estólido debe ser dar gracias á Dios por haberle hecho nacer y renacer en una Iglesia tan augusta como Jesucristo y que no está expuesta al error. Nada muy importante que todos los filósofos conocen bien la religión y sus dogmas, pero la corta capacidad de los niños y la ignorancia de su edad, les permiten sacar de la institución el fruto necesario, y por desgracia, como hemos dicho, cuando adquieren más razón no poseen él, otros negados los ocupan, y de aquí viene la ignorancia, más de los vicios y de la moralidad.

En fe, pues, la primera de las virtudes teológicas, es un don de Dios que recibimos en el bautismo, sea de todas las etras, y quienes adquiere el nombre de cristiano, por Santiago y el Evangelio nos dicen, que no basta por sí sola y que os importa cuando las acciones no la acompañan. La verdadera fe, la que nos da con razón tan glorioso nombre, es la que obra con la caridad ó el amor de Dios, y este amor de Dios se conoce por las acciones y conducta. Así no me canso de repetir que debemos pedir á Dios sin cesar que nos aumente y vivifique la fe, que suele estar lánguida y empañada, que nos haga sentir su presencia en todas partes, su sagrada que abrace todo lo que no es justo, y su justicia que castiga toda iniquidad.

¿Cómo se atreve á decir que tiene fe el que cuando la tentación le persigue y la ocasión se le presenta, no ve con los ojos del alma un Dios terrible y poderoso que pueda castigar en un instante al infractor de su ley? ¿Cómo se atreve á decir que ama á quien con él ingratitud se atreve á ofender un Dios que le hizo de beneficiador? Rogámosle, pues que nos arranque en la fe, como la roga su apóstol, para que produzca en nosotros frutos que correspondan á la caridad de nuestra creencia.

Cuanto más viva sea nuestra fe, menos fuerza tendrán las tentaciones y nuestra vida será más pura. No olvidemos nunca que la vida eterna es la sola cosa necesaria, que este debe ser el objeto, como es el término feliz del hombre, y que después de un instante de esta breve vida, empieza otra que nunca jamás acaba; que Dios podrá cuenta de nuestras acciones para recompensarlas si son buenas ó castigarnos si son malas y merecidas sin haberlo podido perdonar.

Estas verdades muy presentes, harán que no nos desviemos del camino de la justicia ó nos harán volver á él si lo habíamos dejado. Alejarnos de nosotros estos libros periódicos de espíritus vanos y presuntuosos que quieren subyugarlo todo y corromper nuestra fe. El cristiano que teme á Dios y que estima este don, no lee sino los que pueden

suavizar su razón, los que fortalecen su corazón en la creencia y el amor del cristianismo y su moral pur. Las pasiones fogosas pueden por un tiempo oscurecer nuestra razón; pero es la última desgracia si llegan á extinguirse esta fe por quien tantos mártires gloriosos han sacrificado en vida. ¿Quién puede á la hora de la muerte arrepentirse de haber sido hombre de bien y haber procurado agradar á Dios? ¿Y cómo puede esperar el vicio tener la misma suerte que la virtud? Pero de esto hemos hablado antes; pasemos ahora á la esperanza.

Esta es también virtud sobrenatural que Dios cria en nuestros corazones. Esta es la confianza que el cristiano tiene de gozar del bien soberano por su bondad gratuita y los méritos de Jesucristo, porque espera obtener de ellos las gracias ó los medios necesarios. No solo crea la bienaventuranza, sino que vive con la esperanza de obtenerla, y sin desalentarse jamás hasta haberla obtenido; porque no solo le inspira el Señor, sino que le ordena con la condición que observa su ley. ¿Qué orden más dulce nos podía dar su bondad? Hizo el cielo para nosotros, y quiere que sepamos que nos desea en él.

Y cuáles son los fundamentos de la esperanza cristiana? Por un lado su infinita misericordia y su verdad, por otro los méritos de Jesucristo, que vino al mundo para salvarnos, que murió por nuestro amor y nos rescató con su sangre para conducirnos á la gloria. Cuando echamos los ojos sobre nuestros pecados, no podemos ver más que iniquidad; todo nos aleja de tan alto bien; pero Dios, áunque nos vea en pecado, nos amó el primero, nos adoptó y dio el derecho de coherederos de su Hijo. A pesar de tanta misericordia, el hombre, esclavo de sus pasiones, se vuelve á rebelar contra su Dios y viola su ley, y este Dios de bondad corre tras él, le convoca al arrepentimiento, y si nos volvemos á él, nos perdona y nos manda que esperemos de suero gozarle eternamente.

En fin, su bondad es infinitamente mayor que nuestras iniquidades. Sobre este precioso atributo, equilibra nuestra esperanza; nuestro consuelo es saber que este buen Padre tiene deseo de salvarnos más que nosotros mismos. El nos ha confirmado muchas veces en el Evangelio y por la boca de su Hijo que nos esperan grandes recompensas. ¿Qué fundamento más sólido puede haber que las promesas de un Dios que es la verdad misma? Los cielos y la tierra pasarán y sus pilares no faltarán jamás.

Después viene el otro fundamento, que es el sacrificio del Cordero, que por éste fué se ofreció á su Padre en la cruz. Nunca debemos olvidar que nada podemos merecer sino por Jesucristo, que es el único que nos puede obtener lo que no es necesario para salvarnos, que nosotros no tenemos más que pecados, y que solo la sangre del Redentor puede lavarlos, que si aun las buenas obras merecen nada sino por Jesucristo. Así el cristiano dice con el apóstol: Jesucristo es mi esperanza; pero para que lo sea fundada y justa, es menester que guarde su ley. Esta es una condición necesaria; y basta conocerla para que el temor nos acompañe, para redoblar la prudencia y precaución, para evitar los peligros, para no dejarnos seducir de los placeres y para conservarnos en la humildad y convicción de nuestros propios méritos.

Pero no por esto debemos contristarnos ni debe desear-

marse nuestro corazón; pues debemos confiar en que lo hallamos en nuestra parte lo posible, Dios nos dará todos los medios de salvarnos, no nos abandonará en las tentaciones y nos defenderá de nuestros enemigos. Amn cuando la fragilidad nos arrastra y nos haga caer, debemos esperar que el imperioso á este buen Padre, nos dará la mano para que la gracia de Dios que Jesucristo nos ha merecido, es fuerte, y todo lo podemos vencer con ella. Jamás la ha negado el Señor á quien la pidió con sinceridad.

La esperanza, pues, es la virtud del pecador que se arrepiente y no del que se obstina. La bondad de Dios no debe fomentar el vicio, y así el dolor de haberse ofendido excita su clemencia, la ternidad del delincuente solo puede excitar su cólera. Cuando el pecador pues ha hecho lo que le podido para purificarse por la penitencia, entonces debe la esperanza dominar en su corazón; pues aunque haya ofendido á Dios muy largo tiempo y con los pecados más enormes, desde que ha ocurrido á su misericordia confesando sus pecados y ha obtenido la absolución de su ministro, debe esperar que la sangre de su Redentor los ha lavado y que Dios ya no le mira como enemigo, sino como hijo. El Criador del hombre no es como el hombre, venturoso ni inevitable; sus pensamientos son de paz, de clemencia y de perdón. El es el primero que con una voz interior persuada al pecador á que templó su misericordia, y desde que lo ve arrepentido le perdona. Hay cristianos que después de haber hecho lo que pueden, quedan no obstante afligidos y llorosos por este su flagelo, porque creyendo como creemos el Evangelio, se deben tranquilizar con lo que este santo libro nos dice de las misericordias del Señor.

¿Cómo puede dudar de su bondad el que arrepentido ha confesado sus culpas. Es verdad que no debe olvidarlos; pero su memoria solo debe servir para redoblar nuestra prudencia y precaución, para evitar nuestra orgullo y penitencia y para evitar las ocasiones de caer. Dios nos ordena esperar y darnos en él. Le hace injuria el que le mira como á un amo inflexible; porque estas ideas, secundo al corazón, le cierran á la confianza y al amor. Esperemos pues cuando no hemos cometido nada, que ya nos ha perdonado, y dignámonos que no dejemos de esperar que nos sostendrá con su gracia hasta hacernos tener su gloria; porque el mismo nos ha asegurado positivamente que lo que esperamos en él no será confundido.

El desconianza es un mal, el mayor de todos es la desesperación. El cristiano que imagina que no hay perdón para él, dejara de ser cristiano y contentarse al mayor pecado, porque haría á Dios la nueva injuria. La verdad es que mientras conservamos estas ideas no sería dable que Dios le perdona; porque ofendiendo al buen obrador de sus atributos, que es la misericordia, un vez de espantarse le irrita de nuevo. Sin duda es que lo piensas así lo hace porque ve la enormidad de sus pecados; pero no son sus méritos los que obtienen el perdón, son los de Jesucristo, que murió por él para rescatarlo, y él solo puede merecer nada, todo lo merece, todo lo obtiene el divino Madriador, el abogado que habla por él y cuyo sacrificio, según el apóstol, basta para rescatar al mundo entero. Lejos pues de

nosotros ideas tan horribles, tan injurias á Dios, no hay de lo que, no hay mancha que la sangre del Cordero no lave cuando la presenta el verdadero arrepentimiento.

Después aunque la fe y la esperanza son como buenas dadas, virtudes de primera necesidad para el cristiano, se aprovechan de poco si no van acompañadas de la caridad. Esta virtud es muy superior á las otras y la raíz de todas. Por caridad entendemos el amor de Dios y del prójimo, dos amores que no se diferencian más que en el nombre y en realidad no son más que uno, pues el amor del prójimo no merece llamarse caridad sino cuando lo amamos por amor de Dios. En la práctica y ejercicio de esta virtud virtual consiste la ciencia del cristiano, y el italiano que obtiene este don de Dios, todo lo tiene. El que no desea más que agradar á Dios, le agrada. ¿Y quién pueda hacerlo eternamente feliz sino su Dios?

Por nombre de amor de Dios se entiende el que toda criatura racional debe á su Criador, el Dios omnipotente, trino y uno, autor de toda gracia. Así la primera obligación de un cristiano es adorar y amar esta Trinidad divina con todo su corazón, toda su alma y todas sus fuerzas. El lo es que el mismo Salvador nos ha enseñado, él fué quien nos hizo conocer á este Dios como á nuestro Señor y nuestro Padre.

Como no puede ser percibido por los sentidos, es de temer que un sujeto, bondad y prudencia no lepan en el hombre toda la impresión que debería; pero la razón le fa debe elevar sus pensamientos y hacerle de continuo presente á su espíritu y á su corazón para consagrarle su amor. ¿Qué sirve que se ve lleno de beneficios por su amor no piensa en él y no lo ama cómo es posible olvidar á un Dios tan beneficiador? ¿quién puede alzar los ojos al cielo ó echarlos sobre la tierra sin ver estos innumerables cuerpos animados é inanimados, destinados únicamente á nuestro servicio, nuestra conservación y á nuestro placer? El filósofo que con ojos observadores descubrió la mano que crió tan grandes obras, cómo será reprendido si no se ha aprovechado de sus tesoros para adorar á este beneficiador? Llegará el día en que se hallen cubiertos de vergüenza viendo tantos ignorantes que han sido sus beneficiados que ellos, pues han sabido amar y servir al que los ha criado.

¿Qué tenemos que no la debamos? Jesús después de haber hecho en la tierra tantos beneficios, nos promete una vida inmortal llena de gloria, no porque justicié de nosotros sino porque que quiere eternamente la gloria así por cualquier lado que volviémos los ojos, nos podemos ver sino rasgos de su beneficencia y de su amor sin interío y solo por su bondad. Por ella quiere ser nuestro Padre; cuánto le ofendamos nos guarda, nos perdona y se el mismo el que desea que imploremos su bondad. ¿Cuánto pues, á menos de ser nosotros insensibles, le debemos amar?

Y cómo podemos hacerle conocer que le amamos? De tres maneras: la primera obediendo sus mandamientos. Examinemos pues nuestras acciones. La ley cuya prohibe las injusticias, la impureza, la intemperancia y los demás vicios que también reprocha la ley natural. Como puede bienjorarse de sentirle apelo cuyas acciones y dichos se oponen continuamente á la santidad de estos preceptos? El primer carácter del amor es no disgustar lo que se ama, aun en lo más pequeño. La práctica de la ley divina no de-





de tener por principio ningún motivo humano, sino el amor de Dios. Lo que se contienen solo por los castigos humanos, y aun los que no ocurren al tribunal de la penitencia sino por evitar los divinos, hacen ver la imperfección de su alma. No los domina el amor de Dios, sino el propio. Así el amor verdadero no se contenta con abstenerse de lo que la ley prohíbe y con hacer lo que ordena, sino que quiere practicar la virtud y multiplicar las buenas obras. El que ama no se contenta con no disgustar lo que ama, también solicita agradarle, y es difícil que no tenga vicios en lo que tiene virtudes, pues la práctica de la virtud no es otra cosa que el medio de preservarnos del vicio.

La segunda manera de probar si Dios nuestro amor es sufrir con resignación por su amor. Esto humilde se compone de pobres y ricos, de nobles y plebeyos, de sanos y enfermos, de los que viven con prosperidad y los que viven en la infelicidad. Dios es autor de todas estas diferencias, y debemos someternos á sus decretos, alegando que todo lo gobierna con su clemencia y su justicia, y que todo es efecto de su providencia. Nuestra paz se turba viendo que la virtud padeció, que la iniquidad triunfó; pero la religión nos enseña que si en Dios justo y santo permite este desigualdante aparente, tiene razones secretas dignas de su sabiduría y que un día las explicaremos. Justicia de aquel que serredpáta á los bienes que Dios le hace con las iniquidades, plábelos el que en medio de las rebeliones no perdó á Dios de vista, que bosa la mano que lo herve y que lleno de confianza espera que sus aflicciones se convertirán en consolación. La prosperidad nos endorrea, y el hombre necesita de contratiempos que lo despertan y que lo advierten que no es esta la tierra del reposo.

La tercera es la de amar al prójimo como á nosotros mismos. Este el principio que involucran mas Jesucristo y los apóstoles, queriendo que amásemos hasta á nuestros enemigos y que hagásemos bien á los que nos aborrecen y nos hacen mal. Como el hombre no puede tener en sí mismo con que pagar á Dios el bien que lo hace, Dios subroga sus derechos en los otros hombres, y declara como tomara á su cuenta y como pagado á él mismo lo que hará por ellos. A mas de esto, promete grandes recompensas al que socorrerá á sus hermanos, y nos previene que es el punto en que será mas sereno, añadiendo que esto amor fraterno y esta caridad activa serán el atributo mas digno de la religión, la flor de su disciplina y el carácter de los cristianos.

Es, pues, claro que las virtudes teológicas son el principio y la corona de nuestras buenas obras; pero observamos que el hombre lleva siempre consigo un oneroso culto que las combate, y que si no las destruye, trabaja por disminuir su efecto, que desde su juventud continuamente le llama á lo malo y á las acciones viciosas. Como el hombre es compuesto de espíritu y de cuerpo, por un extremo ton á la línea de los ángeles y por otro á la de los brutos. Parece que el espíritu dicta de razon deberia dominar el cuerpo y gobernar sus afectos; pero ¡ay! cuántas veces los deseos del cuerpo pervierten á la razon y la subyugan!

¡Dios mío! ¿qué inclinacion, qué facilidad para el mal, qué trabajo, qué dificultad para el bien! ¿qué pestosas tan desenfrenadas que nos arrastran á la intemperancia y á los deleites! ¿qué ardor por obtener honores y riquezas, aunque para ello se atropelle la ley de Dios y de la re-

gion, qué deseos de venganza que nada los detiene! La juventud tiene sus vicios propios, y hasta la vejez los suya, y en todo tiempos domina un impulso secreto que solo aspira lo que quiere el apete, sin pensar en lo que le manda la virtud. Esto desorden nace de la degradación de la naturaleza, que quedó por el pecado inclinada á la tierra y esclava de los bienes visibles aunque caducos. Esto es un efecto del amor propio, amor ciego, sin regla ni freno, que no quiere escuchar la razon, que prefiere su voluntad á la de Dios, y queocio busca la felicidad donde no está.

¡Qué remedio encontramos á daño tan universal de que nadie está exento! La religion nos ofrece dos. El primero viene de Dios inmediatamente, y consiste en el acorro poderoso de su gracia que se puede obtener con la oracion; el otro es aquel continuo esfuerzo que hace el buen cristiano para dominar el amor propio, sujetándole lo maximo que puede subordinado al amor divino, que debe quedar superior á todo. Este esfuerzo se llama mortificacion, y consiste en la negación de la propia voluntad, de que hablaremos despues. La oracion es el ruego á la suplica que dirigimos á Dios para que nos conceda las gracias y socorros que necesitamos, tanto para la vida espiritual como para la temporal. Así la oracion no solo es útil y saludable, sino necesaria, porque sin ella es imposible practicar la virtud y evitar el pecado. Esta es una verdad que enseña la religion y confirma la Escritura; porque Dios á pesar de su amor y de su magnifica liberalidad para el hombre, quiere que recurramos á su bondad y que sepamos que no podemos hacer ningún bien saludable ni permanecer en la justicia sin su socorro y asistencia.

Los hombres, pues, deben levantar continuamente su oracion al Autor de quien descienden todas las gracias, y que no solo las distribuye con magnificencia, sino que es nuestro padre, y jamás las niega al que so las pide. Por esto su ungüento Hijo nos enseña en la oracion dominical que lo supliquemos que no nos deje caer en la tentacion, y nos ha asegurado que todo lo que le pidamos, con tal que sea con confianza, lo obtendremos. Esto debe entenderse de los bienes espirituales; porque en cuanto á los temporales, Dios más mejor lo que nos conviene, y aunque nos permito pedirlos, debe ser con subordinación á su voluntad. El apóstol, que sabia cuánto necesaria del divino auxilio, quiere que nunca dejemos de pedirlo, esto es, que lo pidamos con frecuencia. Y Jesucristo, el gran Maestro de la vida cristiana, nos dice (1) Venid y ved. Estas son las cosas con que se me regala en el cielo del mundo.

La mejor regla para la oracion es seguir los documentos y el uso que la Iglesia ha establecido entre los fieles, y es dirigirse á Jesucristo en su nombre, pues su mismo Padre todo poder en la tierra y en el cielo, para que distribuyera sus gracias ingratitales entre todos los que le adoran. Debemos, pues, dirigimos confiados á este soberano Salvador, que reina en el cielo, y que nos da á cada instante tantas pruebas de su amor á este venerable Redentor que después de haber conversado con los hombres en la tierra, quovienta todavía comunicarse sin cesar con ellos por medio de la Escritura.

No olvidemos jamás que la Iglesia, tanto en la mira como en sus obediencias, dirige todas sus oraciones al Padre Eter-

(1) Matth. XXVI, 44.

no Todopoderoso, pidiéndole sus gracias por los méritos de su Hijo Jesucristo, verdadero hombre y verdadero Dios; que este mérito son infinitos, y que el Dios de las misericordias sea oye favorable cuando le pedimos en nombre de su Hijo que es toda su gloria y amor. La Iglesia reconoce que todo lo que nos viene de aquella mano poderosa es debido á sus merecimientos. Cuando los santos y aun la misma madre de Dios interceden por nosotros, no presentamos sus propios méritos, sino los de Jesucristo; ellos solos pueden ser eficaces, porque el solo es nuestro mediador: san Agustín dice que los santos ruegan en el cielo como lo hacían en la tierra, dando valor á sus oraciones por la interposicion de su Salvador y nuestro, y esta es la manera de orar que el Hijo de Dios nos enseña cuando nos dijo (1): *Todo lo que pidiéredes á mi Padre en mi nombre, os lo concederé.*

Como Dios está en todas partes, y vive hasta los detalles del corazón, se puede implorar en todas partes; pero al lugar especialmente dedicado para esto es su templo. Allí está en el trono de su gloria y de su clemencia, principalmente si está en el divino Sacramento, porque esta es un motivo mas para excitar nuestro reconocimiento y devoción, y el mejor premio de la oracion es penetrarse de la presencia de Dios. La buena oracion no estalló en muchas palabras ni en pensamientos ingeniosos; el divino Mestero solo nos lo ha dicho. No es que se disguste el que le pidamos mucho tiempo, pero ha querido advertirnos que Dios sabe lo que necesitamos, y se da ájetá pagar por el tiempo, ó el alborio de las flores, sino por el ardor y pureza de la in-

tencion. Un piadoso grosero con su tosca expresion podrá agradecer mas que el sabio mas instruido, porque Dios quiere que se le hable con el corazón mas que con la boca.

Preferimos, pues, postrarnos en su presencia con un corazón humilde, tan desconfiado de su fluquea como confiado en la divina gracia. Fiduante perdon de las culpas que le llama á la fragilidad nos hizo cometer, y socorro contra los peligros que nos amenazan desde instante. Cuando la fe nos dice que estamos delante de un Dios que penetra nuestros corazones, así es imposible que estemos sin respeto, ni que cometamos la mas ligera irreverencia. Pues si es cierto que da gracias á los que le invocan con humildad, también lo es que puede castigar al instante al temerario que óvida estar á su vista y que muestra existencia en si como que renova en cada momento.

Así pues... pero, señor, arrodillado, por mí celo no considero que abase demasiado á vuestra presencia, fatigándola con discursos tan dilatados y como aun me queda que decirlo, os suplico me des licencia para continuar instantes. Yo sí gracias al venerable varon por su celo cariativo, y me retiró. Yo, Teodoro, al instante me puse á trabajar porque mis compaciones se habian aumentado. Al instante, pues, tomé la pluma para escribir el discurso del día, que es el que contiene esta carta; y me quedaba tiempo para estudiar mi leccion y aprender lo que el padre me habla enseñado. Te aseguro que estábala noche y día con gusto, y á Dios gracias con aprovechamiento. Adios, amigo.

# CARTA XIX.

## EL FILOSOFO A TEODORO.

Amigo mío, como la mañana del día de que te voy á escribir me trajo un momento de mucho cansancio, empleo por darte la buena noche, y es que al instante que me desperté pensé repetir estas oraciones para saber si habia podido grabarlas en mi memoria, y las repeti todas tan bien, que no me detare un instante su mala. Las dije muchas veces, y siempre tan de espíritu, que no pude andar que no las sabia. Mi recepción fue tan grande, que cuando vine el padre se lo dije. Me pareció satisfacto y me respondió que presto con el auxilio de Dios harangas uso de ellas; entre tanto, mo añadió, continuemos nuestro asunto de ayer, que tambien cónclase al mismo fin. Despues que nos estamos me dije:

Hacemos una reflexion, señor, y es que entre todas las criaturas que existen en la tierra el hombre es la única á quien Dios ha concedido la razon, la única que puede elevarse al conocimiento de su criador, y que para el hombre solo es el que conoce, aunque imperfectamente, su principio y su fin, es claro que todo lo demás que Dios ha criado y que conserva, no puede ser sino por él y para él, que ve-

do debe hacerle conocer su dependencia de tan grande Soberano y por consiguiente inspirarle una gratitud bienhechor. Reflexional tambien que no hay instante en el dia en que no tenga nuevas pruebas de su bondad, tanto en los peligros de que le libra, como en la salud que le conserva, y en todas las desgracias espirituales y temporales de que le libra. La primera pues de sus obligaciones debe ser darle continuamente gracias, y por esto se nos enseña desde nuestra infancia á empezar el día con la oracion, especialmente con la dominical, que contiene en sustancia todo lo que podemos decir y suplicar.

¡Qué culpado sería el hombre si fuera una vesacion tan santa y que tiene un origen tan divino, sin el reconocimiento y la devocion que se le debe! El cristiano debe cada mañana hacer que su levante, sea en la iglesia ó en alguna retirada de su casa, postrarse delante de la santa y adorable Trinidad, que llena con su majestad el universo. Allí debe penetrarlo vivamente de su presencia y desahucarse de todo pensamiento terrenal, hacer prestaciones de adoracion, de amor, de alabanza, de deseos de su gloria y de que todos la conozcan, la bendigan y obedezcan. Allí

(1) Luc. V, 31.

debe darle gracias de todos los beneficios recibidos y pedirle con confianza otros nuevos. Allí debe humillarse profundamente a los pies de su autor, del creador de la naturaleza, confesando su propia injusticia y la necesidad continua que tiene de su socorro. Allí debe elevarse hasta la altura de este Rey de reyes, adorando su santidad, su clemencia y su bondad con la esperanza de que lo ayudará con sus auxilios á arreglar su vida y conducirla por la vía de sus divinas leyes.

Al fin del día debe repetir la misma oración para agradecer los beneficios que ha recibido en él. Y quien no puede conseguir dignamente, lo como causar la ingratitude de quien teniendo talento, dignidades, salud, bienes de fortuna, una mujer virtuosa, ó hijos de buena natural, no solo no da gracias á Dios, pero ni aun reflexiona sobre tan buenos beneficios, sino que se esfuerza en atribuirlos á su nacimiento, á su mérito ó al azar? Tan orgullosos ingratos debe advertir que los perdidos en el instante. El premio no debe también todos los días adorar á dar gracias á su creador, pues en el autor de todos, que nos ha creado, nos ama y perdona, en gracia para arreglar su vida conforme á este amor. ¿Que puede fallar á la fidelidad del que tiene perpetuo favorado á deservido?

Pero el mejor modo de pagar, es primero, continuamente en la presencia de Dios y no hacer nada sin decir palabra sin, considerar que Dios lo ve y que Dios lo oye, como temerario un amor que Dios lo ve, que en toda lo que acontece vuelve los ojos á Dios, como cumpliendo ó así, justicia ó su misericordia ó su providencia, y que el continuo ser levante á un acto de temor, ó de amor, ó de confianza, ó de gratitud según las circunstancias, en fin, que todo lo de nosotros para que el alma perciba su dependencia y grato sentimientos que la elevan á su Creador. Esta presencia de Dios continua, estas elevaciones frecuentes tienen al hombre en comercio incesante con su Dios, y así queda la mejor oración que se puede hacer.

Otro de los mejores medios para alcanzar la perfección, es el canto ó el rezo de los salmos ó himnos á gloria de Dios. La antigüedad de esta práctica muestra bien su importancia. Los hijos en su tiempo cantaban los salmos, y los himnos que sus maestros instruyeron y edificaron. San Pablo en los reglamentos que daba á los cristianos, que componían las iglesias que formaba, los decía (1). "Alimentad vuestra devoción con los cánticos y salmos que cantáis en el espíritu del Señor." Y como apóstol glorificaba los salmos: "Orezad y cantad por el Señor una letra ó cántico á Dios." Al fin de la antigüedad de este ejercicio tenemos la confirmación de que viene de Dios y que los apóstoles no le han enseñado. Y qué otra cosa son los himnos sino una música agradable de afectos y alabanzas de Dios y de sus castos? Los salmos están llenos de santas instrucciones, de oraciones tiernas y de innumerables actos de fe, esperanza y caridad, y de los sentimientos más vivos de gratitud, arrepentimiento y humildad. Y qué se puede hacer en la tierra cuando se ha de cumplir con sus obligaciones, sino bendecir al Señor, y entregarse á lo que se hará eternamente en el cielo?

El modo más seguro para excitar y alimentar la devoción hasido y será siempre la lectura del Evangelio de

(1) Ad Ephes. V, 19.

las epístolas de san Pablo y de los otros apóstoles. Es el Espíritu Santo el que habla en estas letras y no puede haber mejor guía. La Iglesia tiene intérpretes seguros que nos hacen entender estos oráculos divinos y debemos servirnos de ellos, y este es el alimento más sólido y más copioso de fortalecer nuestra virtud.

El otro socorro necesario para resistir á las tentaciones y peligros de la vida es la mortificación. La honestidad debe tener que no se engulle en su corazon el orgullo, la insolencia, la injusticia y otras inclinaciones viciosas. El el libertiano ha de temer la impudencia, las quejas, los desprecios, y que no sea víctima de robos, inmundicias y lascivos. Nuestra propia naturaleza depravada nos impide solo á caridad, aversión, intemperancia y á casto pero siempre nuestros sentidos, y estos impulsos desobedientes que no se pueden satisfacer sino quebrantando la ley del Evangelio, se llaman tentaciones. Todos están sujetos á ellas, hasta los santos, pero mucho más los que viven sin freno ni castigo.

El cristiano que no se olvida nunca del remordimiento que persigue á la culpa en esta vida y del castigo que la aguarda en la otra, conoce la necesidad de combatir y rechazar á los peccados como el amor propio, se culdure con contra sí mismo y resiste á su voluntad cuando esta quiere lo que es contrario á la religión. El sabe que lo que Dios le manda es por su bien y que lo que le inspiran sus pasiones no puede ser sino contrario á la virtud, á su santificación, á su bien ó al de su prójimo. Por otra parte, lo que le importa más es no ofender á Dios, de quien depende su gloria ó su felicidad eterna.

Este combate perpetuo contra una voluntad corrompida, este orden de mortificaciones contra los apetitos que tiran á perderlos, nos es muy recomendado por nuestro divino Maestro como punto absolutamente necesario para no desviarse de la vía que quiere seguirnos debe renunciar á sí mismo. Y cuanto más el corazón adquiere esta falta castidad, tanto más se fortifica en la virtud. El apóstol asegura que los que pertenecen á Jesucristo, han ofrecido su carne con las pasiones y deseos desregulados. Por eso los mayores santos, aunque fortificados por un ejercicio constante, aunque ya acostumbrados á resistir á y vencer las tentaciones, deben sin embargo velar toda su vida y estar siempre preparados á la batalla porque nuestro enemigo, como un león que rug, nos rodea para devorarnos, y las derrotas pasadas no le olvidará para emprender nuevas ataques.

Y no se imagine que esta virtud no sea propia más que de los desertos y de los eremitos. Allí pudiera ser el mejor, porque no son tan frecuentes los peligros, en el mundo es más necesaria, porque los ataques son más comunes y más vivos. ¿Quién la necesita más que la juventud, otras veces que han conocido más fuerza? La desgracia es que para la juventud menos los que la han conocido más. Desde que la naturaleza se corrompe ya está imposible gobernarla sino haciéndola violenta, porque el hombre trae consigo un principio de amor propio que es necesario domar.

Observad los niños en su primera edad, y veréis que ya se acoran en ellos el gusto de la independencia, y que na-

con con el deseo de sacrificarse todo á su propia voluntad. Si no se cura de la fuerza para reprimirlos, se los verá dar en excessos que los harán muy dañados y se formarán desde muy temprano á toda especie de vicio. Cuando van creciendo un edad se aumenta la violencia de sus pasiones, y como no tienen experiencia, se dejan hasta despreciar los consejos de la rectitud y de la amistad. Ya desde entonces abren la puerta á un corazón á todos los deseos y placeres, por más peligrosos que sean ó por más que están empapados. Dichosos los jóvenes que han aprendido temprano el buen uso de la vida y se resisten sujeta al yugo de la obediencia.

Lo cierto es que el hombre en cualquier estado, en cualquier edad que se halle tendrá siempre tentaciones. Esto es el carácter de su naturaleza, y para superarla necesita de esfuerzos y de trabajo y vencerse á sí mismo, y esto es lo que significa el precepto de nuestro Salvador (1): "El Reino de los cielos sufre violencia, y los violentos son los que le heredan." Así todos los buenos cristianos, que trabajan seriamente en el negocio de su salvación, tienen gran cuidado de acostumbrarse á la abnegación de su propia voluntad, que es el mejor ejercicio de la mortificación, porque saben que si no fueran el amor propio á que se someta á la razón y á la voluntad de Dios, presto será como un caballo desbocado, que los sacará del camino y los arrojará en el precipicio. La mortificación cristiana no solo se reduce á sujetar las pasiones cuando quieren arrebatarnos á lo que es contrario á la ley de Dios y á los decretos de la Iglesia, sino que también sabe tratar con rigor este cuerpo, que según el apóstol, quite el alma sus fuerzas, y otras necesidades nos sirven de prestigio ó de ocasión para la intemperancia en el comer, beber y en otros placeres ilícitos. Es pues necesario tener una atención sostenida para no desagrar en nada lo que nos manda por nuestro propio bien ser justos y santos. Pero es necesario saber que jamás adelantaremos en esta verdadera escuela del cristianismo, si no tenemos en el corazón la semilla de una virtud que nunca abandonemos y nunca permitamos que nos gubierne, virtud de que siempre invicemos los otros filios esos filósofos sobrios que se pretenden de enseñar á los hombres el arte de la sabiduría.

Esta es la humildad, que es propiamente la virtud de cristiano, y virtud de tanta importancia, que sin ella nada con la caridad, todas las otras virtudes son estériles porque ninguna virtud puede ser verdadera y meritoria si no va acompañada del amor de Dios por quien se hace y del conocimiento de nuestra miseria que ofrece lo mismo que lo da. ¿Que virtud puede tener un orgullo, si que puede separar de todo lo que hace? Dios ha declarado que lo aborrece y que solo ama á los humildes.

Aunque nuestro divino Salvador, en sus acciones y discursos dio el ejemplo de todas las virtudes, nos ordena expresamente que aprendamos de él á ser humildes y humildes de corazón se acuerdan tener la verdadera paz. Quien que quisiera podría tener jamás aquellos en quienes habita la soberbia y orgullo? Siempre viven descontentos de los otros y de sí mismos, y cuando al humilde otros á á todos los caracanos, al orgulloso los aborrecen todos.

El hombre que reflexiona, conoce que debe tener una

(2) Matth. 11, 12.

vida muy modesta de sus talentos, de su mérito y de sus capacidades, y aun cuando sea cierto que tiene más habilidad y más conocimientos que los que lo rodean, y aun cuando excelsa á otros en riquezas, dignidades y salud, no sea orgulloso como David? Es en la dignidad de concederle que él ha de ver lo mismo mismo, pero se los puede quitar en un instante? Las peligros y las enfermedades que nos circundan por todas partes (tan lejos está la felicidad del infierno). El orgulloso que está tan hinchado de decir mérito, de sus dignidades ó nobles, corre por dentro, y examina á sí pesar del resplandor que se cobija, si no ha cometido faltas más graves en su vida y si no puede comparecer á otros, que dijo, en fin, si está exento ó si es superior á la gloria de los príncipes, á los castigos del cielo, á las enfermedades y desgracias tan ordinarias en el mundo. Por que va pino con la calma orgulloso y en los ojos tan altivos? Si Dios se mira con misericordia, lo castiga algunas desgracias saludable otras que suabes en él y desdichado de él si le muere es la que lo instruye de su miseria sin darle tiempo para aprovecharse de esta instrucción.

Y no me entienda, señor, sobre tan vasto asunto, que no es propio de esta nación, que podremos tratar después, pero diré que es mucha dicha tener un corazón humilde, pues esta virtud es tan querida de Dios como estimada de los otros, hasta de los mismos que no la profesan. Examinad la condición de un humilde. Su estado puede mudar con los dignidos, con los bienes ó los honores; pero su costumbre no mudan, por la baja línea que tiene formada en sí mismo. Jamás se desvaneció, jamás se verá en sus acciones el en sus discursos que le ha hinchado la prosperidad, porque sabe que todo es un favor del cielo, que el tiempo que se lo hubo puede quitárselo, que los bienes temporales son un empréstito y no una dádiva, y que las adversidades siguen á la prosperidad.

Cuando estas dignas, no temerán, no resiste á la voluntad divina. Conocido de que no merecen más que castigos y que Dios no lo presta sino para purificarlo, se dispone á sufrir con paciencia todo lo que quiere enviarle su buen Padre, y cuando sufre por su amor, repite las palabras del apóstol (1), que los santos de esta vida no pueden estar en comparación con la inmensidad de gloria que se le prepara en la otra. En fin, es conocida á las desgracias, enfermedades, mortificaciones y pérdida de bienes, y cuando llega la muerte, la acepta con la resignación que debe el amo que lo llama. Este sacrificio mismo tan duro para el orgulloso, es para un humilde, porque su humildad lo desocupa la infinita extensión de la misericordia divina, y confiado en ella, mira la muerte como el fin de su pena y el principio de su felicidad.

El cristiano que mortifica continuamente su espíritu y su corazón, camina á la perfección á pasos largos. Es camino á la mortificación del cuerpo, aunque tan meritoria, debe ser regada por la pureza. Un ayuno mortificado debe ser regado por la pureza. Un ayuno mortificado es la pureza que la Iglesia aprueba y aun desea. Hay otras mortificaciones corporales que se pueden permitir, pero las penitencias corporales, extraordinarias y rigurosas que maltratan el cuerpo hasta el término de exponer la sa-

(1) Ad Roman. VIII, 18.

ind, sin peligrosas y orlunariamente deben evitarse. San Felipe Neri, gran maestro de la vida espiritual, estimaba más á los que castigaban el cuerpo con moderacion, se aplicaban más á mortificar su voluntad, que á los que se daban con extremo á las austeridades corporales.

Así pues, el fondo ó la esencia de la religion cristiana, es la adoracion de Dios por la mediacion de Jesucristo, y su práctica es la observancia fiel del Evangelio; pero no olvida aquellos hombres dichosos que pasaron ya su tiempo de prueba, y que habiendo glorificado á Dios con Jesucristo, y habiendo en su gracia observado heroicamente el Evangelio, están hoy en el cielo, viendo á Dios cara á cara, y gozando en su gloria la recompensa de sus virtudes. Estas son las santas de Dios, los santos que han pasado con felicidad al cielo y reposan tranquilos en el paraíso. La religion los venera, y nos ordena que los veneremos como protectores y que los imitemos para que lleguemos á Dios por nosotros ó la presentacion nuestros ruegos, pero no es necesario entender bien el espíritu de la Iglesia, para no caer en algunos que por desgracia han sido muy frecuentes en el siglo.

Los herejes, considerando sin amargura algunos de estos ilustres que se habian introducido en el pueblo, sobre todo en los siglos de ignorancia, por espíritu de obstinacion cobarde en otros santos, cual es abolir del todo la invocacion y devocion á los santos. Por el extremo contrario, los ruse y todos los orientales del Oriente han caido sobre este artículo en reprehendidos excesos. La Iglesia católica, preservándose de uno y otro error, es la que tiene el justo medio entre los dos extremos; por consiguiente es importante saber su doctrina. Ve aquí lo que nos dice. Los santos ya recibidos en el cielo el premio de sus virtudes, ya están en la gloria de su Dios, lo que garantiza toda la eternidad, su dichosa suerte es ya tan irrevocable como la de los ángeles, y no pueden sino ellos que nosotros los tributamos en la tierra nuestro respeto y veneracion. Si el mundo tiene sus héroes, por qué la religion no tendrá los suyos? ¿qué los santos del cristianismo que han sido modelos de todas las virtudes, no serán dignos de nuestro respeto?

Las fiestas que se instituyen en su honor, son para glorificar á Dios y agradecerle que las haya sostenido con su gracia, para recordar los ejemplos que nos han dejado que presentasen imitativos, y para que estos siervos de Dios, que sin duda han perfeccionado en el cielo con el amor de Dios el que tenían á sus prójimos en la tierra, se interesen en nuestro favor y nos ayuden á pedir á Dios que nos socorra. Hay una comunión existente, una correspondencia inevitable entre la Iglesia triunfante y la militante, entre los viajeros y los moradores del cielo, entre los que adoran á Dios y esperan gracias por los méritos de Jesucristo, y entre los que ya lo gozan por los mismos méritos. Cuando nosotros invocamos su proteccion, los santos van en Dios nuestras oraciones; se las presentan acompañados de los méritos de Jesucristo, y nos obtienen las gracias que pueden santificarnos.

La invocacion de los santos es pues un medio útil y honroso para enseñar con Dios nuestros ruegos y como la intercion de la Iglesia en las fiestas que los dedica es recordarnos sus ejemplos y sus recompensas para exhibirnos á imitarlos, nos excita con ellas á leer la historia de su vida y á

reproducir cada año la memoria de sus virtudes para que no los olvidemos. Estos son los dogmas de la Iglesia católica, y repeticion con severidad los abusos que la ingenuidad de la supersticion han intentado introducir. Sabo que los santos no son más que hombres, criaturas y servidores de Dios, y ninguno su dignidad con respecto á nosotros sea únicamente por su gozo de Dios, no como mala cosa respecto á la infinita distancia que hay desde el Criador universal á sus criaturas.

Si con menos reflexion alguno de los santos título de divino, esto es de la explicacion en otro sentido. Si se dice que tal Iglesia es de tal santo ó de la Virgen Maria, es el mismo sentido que los templos y los altares vulgares. La Iglesia católica que los templos y los altares no se consagran al dedican sino al solo Dios verdadero, en honor y memoria de los santos sus siervos. Suela dedican tal templo es de tal santo, y esto significa que se hace un conmemoracion de él. El sacrificio inmolado del altar no se puede ofrecer sino á Dios; pero se lo puede ofrecer en memoria de sus santos, glorificándolos con Jesucristo por las gracias que los ha condecorado. Así dice el doctor angélico que nuestra devocion á los santos no se queda en ellos, sino que pasa á Dios, por cuya gracia lo son; y San Gerónimo dice: Veneramos las reliquias de los santos para adorar á Dios, de quien lo fuere, y glorificamos al siervo porque realza la gloria sobre el amo.

También es esencial saber que nadie sino Dios puede conceder el perdón de los pecados, y que á nadie podemos pedirlo sino á él. El Evangelio nos dice que el solo, y no ningún santo, los perdona: cuando los confesamos en el tribunal de la penitencia, es á Dios á quien los confesamos, y él es quien nos da la absolucion por mano de su ministro, que no es más que el instrumento á quien ha conferido este poder. Debemos saber tambien que los santos no pueden por su virtud hacer milagros; esto es un género de poder á que por sí no pueden alcanzar. El Dios omnipotente es el dios que puede hacerlos, los puede hacer á por nuestros ruegos á los de sus santos, y estos solo pueden ser los instrumentos con su intercesion. Por eso cuando seguimos el dogma de la Iglesia, rogamos á los santos que intercedan por nosotros, debemos saber que solo Dios nos puede conceder las gracias y que los santos no son más que intercesores. Si los santos pudieran por sí hacer milagros ó hacer gracias, serian dioses.

Cuando esta devocion se arrojó de este modo, es muy útil para la virtud. La lectura de la vida de los santos, sus heroicos ejemplos de virtud nos excitán á la imitacion, á dejar la vida ancha y peligrosa para entrar en el sendero estrecho por donde ellos se encaminaron á la gloria. Y si los invocamos para que nos conseren de Dios un arrepentimiento verdadero, gracias para vencer las tentaciones, fuerza para dejar las malas costumbres, ó para adquirir la virtud que nos falta, entonces nuestra devocion es ilustrada y sólida. Si las fiestas de los santos nos excitan en el ardor de imitar los ejemplos y de pedir el deseo de oracion al amor de Dios y del prójimo, entonces los tributamos un obsequio que nos es ventajoso, y que la religion aprueba.

La devocion es que por lo comun no imitamos á los santos sino para obtener bienes temporales, como la cura de una enfermedad, libertad de temporalidades, inocencia, una cosecha, ganar un pleito, tener hijos y otros. No di-

go que sea una locura reprochable recurrir á los santos para estas cosas, como tal que ninguna de ellas sea injusta ni perjudicial al prójimo. Dios no nos prohibe implorar su ayuda para conseguir los bienes temporales, antes por el contrario, el mismo nos ha enseñado á pedirle el pan de cada día, y la Iglesia le pide que nos dé y conserve los frutos de tal que sirvan para adquirir los espirituales. Los frutos de tal que sirvan para adquirir los espirituales. Se debe pedir por la paz pública y particular, porque la guerra y las discordias son una de las desventajas, y es dable implorar la bondad divina en las calamidades generales y particulares; pero que la exhortacion pueya prospere en muchos peligros de conciencia, en fin, se puede pedir todo bien si son puros los motivos.

Por lo primero obligacion de un cristiano cuando pide esta especie de gracias, es la humilde resignacion á la voluntad de Dios, que sabe lo que nos conviene y lo que nos está mejor. El que no pide con esta disposicion de ánimo y que solo pide á los santos ventajas temporales, muestra mucha ignorancia del espíritu de la religion, y no tiene más que una devocion falsa y mundana. Sus oraciones son un vil tráfico del amor propio, que no piensa más que en las cosas de la tierra, cuando los verdaderos devotos no aspiran sino á las del cielo. Mucho peor sería si pidiéramos cosas indecorosas, injustas y prontonas, como los gentiles pedían á sus falsos dioses, de lo que se haría tanto durnal, aunque el mismo era genial.

Si alguna se desdram en negar esta veneracion y culto á los santos, sería su conducta muy reprensible, por ser contrario á la práctica de la misma Iglesia y conforme á los sentimientos de los herejes. (Pero qué cristiano no se encuentre algunos amigos entre los orientales del cielo para que intercedan por él en su tierra tan peligrosa).

Si alguna devocion particular puede inflammar al corazón de un cristiano que adora á Dios por Jesucristo, es el de Maria, su dignísima madre. Esta pura virgen no solo es santa, sino reina de los santos, fuera de las ventajas con que es superior á todos por la clemencia de sus virtudes. Si son tan sublimes sus prerrogativas que todo el resplandor de cuantos habian el imperio se concentran á su vista, el título de madre del Hijo unigénito de Dios es tan elevado, que nuestro espíritu no puede alcanzar el grado de veneracion que se le debe: así los cristianos la tributan un culto superior y mucho mayor que á los santos, la Iglesia nos dice que en nuestra obediencia obedecemos por su intercesion, mas podemos acordarnos que por la de los santos bendecimos. Maria es por consiguiente la que nos llena de gracia, aquella por quien el Omnipotente ha hecho grandes cosas; que intercesion virgo fue la mas entroposada de todos santos; que, que ha sido elevada en el cielo á honores inefables, y que siempre misericordiosa, es en la tierra la protectora singular de los cristianos y el refugio de los pecadores.

Así no hay persona sin nuestra religion, por poco que piense en la salud eterna, que no tenga una devocion particular á esta santísima Virgen, que no la venero como una tierra madre y que no la mire como una abogada poderosa. Fuera de esto, Maria es el mas perfecto ejemplo de humildad, pureza, paciencia, caridad, amor de Dios y de las virtudes mas eminentes. Todos los cristianos deben fijar los ojos en esta Reina para imitarla. En particular

las vírgenes que se consagran á Dios hallan en ella el modelo mas cumplido de lo que agrada á su divino esposo. Pero no basta para nosotros verla en devocion, contentarse con invocarla, con tributarle fiestas, ni aun con estudiar su vida y sus oraciones; la devocion sólida consiste en la imitacion de sus virtudes tanto como pueda permitirnos nuestra fragilidad. ¿Quién que no sea puro, virtuoso y virtuoso puede aspirar á la mas pura y humilde de las vírgenes? ¿Quién que no ama y ama á Jesucristo su Hijo puede aspirar á la mas amada y mas amante de las madres?

La devocion que agrada especialmente á Maria, los ruegos que gusta escuchar esta grande protectora, son los del pecador que le implora para que le obtenga la Dios gracias eficaces, á fin de que abandone el pecado y corrija su vida á las del buen cristiano que la invoca para que le obtenga las que necesita para conservarse en la ley del Evangelio y que con fragilidad no le saque del camino derecho. La devocion de este hitino es la perfecta, porque al mismo tiempo que implora á Maria, oída de servir al Señor, y no la implora sino para servirle siempre y para servirle mas. Se puede asegurar que el que tenga esta devocion experimentará el fruto, y que esta divina Madre que está llena de intercesion, no abandonará al que la pide con tanto acierto hasta conducirle á la vida eterna. Pero finalmente devoto de Maria, Virgen purísima, cuando se lea el corazon corrompido, cuando no se regocijan las pasiones ni se piensa en mudar la mala vida, es muy impuro.

Bien sé que los herejes se burlan, porque ignorando la verdadera doctrina de la Iglesia, ó tal vez por malicia, le atribuyen ciertas opiniones excesivas sobre el culto de esta santa Virgen; pero los dogmas de la Iglesia están en los decretos de los papas y de los concilios, en los catequismos aprobados, y no en los escritos de algun autor particular que con celo indelicado ha podido caer en excesos que la Iglesia desaprueba. Ya he dicho que la devocion á Maria debe ser muy superior á la que se ha de tener á todos los otros santos, que no es posible alabar bastante á esta sublime criatura, la mas perfecta que ha salido de las manos de Dios, la mas entroposada de sus dones, y sobre todo Madre de Dios. Debemos venerarla como la abogada mas poderosa, pero no podemos tener una igualdad por el perdón y su intercesion. Si dice que Maria manda en el cielo, pero debemos creer que en el cielo no hay otro poder que el de Dios, fuente y principio de todo bien y de toda gracia, y de desagravio Dios mandará á quien se Padre lo ha condecorado. El oficio de Maria es que es el que intercesion por nosotros, pero no mandar. *Ruega por nosotros, la dice la Iglesia, y esto es lo que debemos entender.*

Se dice tambien que no podemos expresar ni bien ni justicia sin el canal de Maria. Esta expresion puede ser justa si entendemos por ella que esta Virgen sin mancha es el canal que nos ha dado á Jesucristo, único dispensador de todos los dones y bendiciones celestiales. Si se quiere entender que Dios y su divino Hijo no pueden acordarnos gracias sin la intercesion de Maria. Nosotros no reconocemos, dice el apóstol, mas que un solo Dios y un solo mediador entre Dios y los hombres que es Jesucristo. No podemos esperar gracias alguna que la mediacion de este divino Salvador, pues según el mismo san Pablo, es el





Ya veis, señor, que esta acto es grande, que es un nuevo conspicio que vamos a tratar con Dios, y pedirlo que oiga nuestros votos, que nos recoja en su seno, y que nos trate con misericordia; y aunque Dios está en todas partes por su inmensidad y no oye en todo lugar, la Iglesia quiere que los actos de religión se hagan cuando se puede, en los lugares consagrados por ella al ejercicio de su culto. Esta es la casa elevación, el santuario en que da el Señor su audición, y donde escucha con más favor los suspiros de un corazón agradecido.

Nosotros tenemos, señor, en el lugar destinado a enterrar los muertos de esta casa, y donde sus cuerpos esjieran la resurrección general, una capilla en que nos hacemos los últimos oficios. Allí se ve una imagen venerable del Señor crucificado, á quien consagramos las oraciones que hacemos por ellos. Les vivió van también cuando entre aquellas cenizas quieren renovar á sí de la muerte, ó cuando fuera de los actos comunes quieren particularmente consolarse con su Dios. Este lugar es solitario, y mañana si me lo permitis os llevaré á él á la hora que entonces me habrá salud, y podemos ir juntos allí lo que deseamos.

Si fin se recibimos en nombre de la Iglesia y admitimos en su seno, porque hasta ahora no estáis aquí. Vol en habéis excluido vos mismo, y no gozáis de los dones que

el cielo distribuye por su mano. Vos no participáis del fruto de las oraciones que ella hace por los fieles, pues no estáis en su comunión; pero al instante que por vuestro arrepentimiento y vuestro ruego entréis en su gremio, tendréis parte en todos sus sacrificios y buenas obras, porque esta es la ventaja de los cristianos, que todos participan de las oraciones de cada uno, y son, señor, muy poderosas para un Dios las súplicas y ruegos de una esposa para y querida, en que están unidos todos los escogidos que ama en toda una eternidad.

Yo dije al padre, que estaba obediente á todo lo que disponía y que me hallaría pronto á seguirlo y hacer cuanto me mandara. Pues bien, me dijo el padre levantándose, encomendando esta noche á Dios; llamaí á María su Madre, á san José y á vuestro ángel de guardia, pedidles que asistan á este acto solemne, en que vais á consagrarse á Dios nuevamente, y que sean garantes de vuestras promesas. Y pensad que este es el día mas importante de vuestra vida, para vais á dar el primer paso que os pondrá en el camino que guía á la eterna felicidad. El padre se fue, y yo, Teodoro, quedé esperando este día, y pidiendo á Dios lo llevase al término, pues había tenido la misericordia del peccador en el principio. Adios, Teodoro, hasta mañana.

## CARTA XX.

### EL FILOSOSO A TEODORO.

Teodoro más antes que el padre viniese ya estaba yo esperándole para seguirle, pero muy descomulgado. Mi corazón palpitaba, como que me disponía á un acto grande y extraordinario, la impudencia no me dejaba parar, y me poseaba con pasión apasionada por el cuarto. Una veeta me pareció que no estaba bastante preparado para tan arduo empeño, otras que no lo podía sostener; en fin, me encontré saludado de inocentinos y unidos á él, pero el padre vino, y la presencia de este hombre angelical me serenó. Su aspecto religioso y este carácter de santidad que estaba grabado en su fisonomía, excitó en mí un rápido recuerdo de todo lo que me había dicho. Esto bastó para detener mis irresoluciones, experimenté un nuevo valor en el ánimo, y me decidí á seguirlo.

Me condujo por diferentes elementos hasta un punto en que bajamos una larga escalera. Cuando llegamos á lo profundo vi una gran sala rodeada de muchos sepulcros, en que segun me dijo, reposaban sus hermanos. Este lugar no estaba alumbrado sino por una pequeña lámpara, cuya luz reverberaba sobre la imagen de un Crucifijo, colocado en un altar que se veía en el centro.

La vista súbita de esta imagen, que por su naturaleza inspiraba pavor, me comovió de tal suerte, que me estremecí. Yo no sé si el padre lo conocí, porque me dijo: Es nuestro Dios, pero Dios de amor y de misericordia.

Se puso de rodillas, yo lo imité, y mientras él hacía oración, mi pensamiento vagaba por mi espíritu, todas rígido y confuso era una mezcla de terror, asombro, religión y horror; todos se sucedían y se reclamaban. Yo quería hablar con Dios, yo hubiera deseado hacer actos religiosos; pero por pensar de mis oscuras conciencia que me eran extranjeras, y era que como mi alma no estaba acostumbrada, no lo erian sus facultades.

Però haciendo reflexión de que ya veía y estaba convencido de que Jesucristo era mi Dios y que había morado por mí amor; esta idea me llenó de horror y de indignación contra mí mismo. Me pareció que mi perversidad era irreversible, y levantando los ojos á él, lo dije mas que con los labios; con el corazón: ¡Socorro! ¡piedad! Las lágrimas me salieron á los ojos, y como si hubiera quedado fatigado de este esfuerzo, me sentí como desfa-

blecido, quedé en un silencio estúpido y en una entera suspensión de mis facultades. No sé lo que esto duró; pero habiéndome levantado el padre, me hizo tambien levantarse, y llevándoseme á un baño que estaba cerca, me dijo así:

Ya estamos, señor, en la iglesia y en la presencia de nuestro Dios. El no oye, y puede ser que todo el cielo observe lo que vos hacéis. Su misericordia os ha conducido aquí y os ha inspirado el deseo de volver á entrar en el seno de la religion. La Iglesia, como hija de Dios, como esposa de Jesucristo, siempre penetrada de su espíritu á ejemplo de su amante esposa, nada desea tanto como restituir á su rebelde las orejas perdidas; pero me parece conveniente que y como su ministro os expliquen ante lo que es la Iglesia y lo que los hechos la hacen independientemente.

La Iglesia, señor, es un cuerpo místico. Todos los fieles son sus miembros, y Jesucristo, que la fundó con su divina sangre, es su cabeza. Jesucristo, cuando subió á los cielos, la confió todo su poder, asegurándole que cuanto ella decretaría sobre la tierra, él lo haría en el cielo. La prometió una protección indefinida, diciéndola que estaría con ella hasta la consumación de los siglos; la dejó toda en autoridad, declarando que el no eclesiástico seria no escucharlo á él mismo; la hizo su esposa querida, pues está en su seno los escogidos que amó desde la eternidad, y la envió su espíritu divino para que fuese el oriente y el intérprete de toda verdad. Solo con saber estas cosas, podéis considerar los derechos que tiene sobre las hijas que recibe, y las obligaciones que nos impone como á cristianos.

Desde el instante pose que por el bautismo entramos en su gremio, nos declaramos sus vasallos y la debemos obedecer como á nuestra soberana. Somos sus hijos y la debemos amar como á nuestra madre. Nos hacemos sus miembros, y debemos sostener y apoyar el cuerpo místico de Jesucristo, á que nos hemos agregado. Es nuestra soberana porque Jesucristo la dejó en su lugar, resistiéndola de todo su poder; es nuestra madre porque, como dice san Agustín, nos ha reconvertido en Jesucristo; yo, nos ha dado educación cristiana, y nos ha instruido y en la fe; y es el cuerpo místico de Jesucristo pues la ha fundado haciéndose su cabeza.

Como soberana impone leyes, hace decretos, da sentencias, y nos gobierna dirigida por el espíritu divino, conformándose con las máximas puras del Evangelio; como madre, nos tiene en su seno, nos da los sacrosantos espirituales, nos ayuda en nuestras necesidades y cuida de nosotros con la atención mas afectuosa y mas constante; como cuerpo místico de Jesucristo, nos une con este jefe adorable, á quien sirve de canal para que derrame sobre nosotros los divinos influjos de su gracia. Nos comunica todos los méritos de su sangre y nos conduce en fin á la gloria. ¿Qué razones igno motivos para que la amemos?

No se puede dudar que Jesucristo dió á la Iglesia este poder soberano cuando dijo á los apóstoles que la representaban (1): *Todo lo que ataréis ó desataréis en la tierra, será atado ó desatado en el cielo: esto es, todo lo que juzgaréis, todo lo que determináreis, todo lo que*

mandaréis en materia de doctrina y de costumbres, será confirmado y ratificado en el cielo de tal manera, que todo juicio pronunciado ó todo órden dado por la Iglesia se debe considerar como si lo fuera por el mismo Dios.

Esta autoridad es de tal naturaleza, que no hay poder humano que no la esté subordinado. No es que la Iglesia pretenda pasar los límites que su esposo la ha puesto y exceder el imperio que le ha dado. Su divino Salvador la declaró positivamente que su reino no era de este mundo, haciéndola entender que no era temporal, y por eso, lejos de elevarse sobre las autoridades humanas, lejos de querer debilitarlas, se ha mostrado colosa de mantener de quecer sus derechos y la obediencia que se le debe. Sus dos mayores oráculos lo han profetizado. San Pablo dijo que habia se someta á las potestades superiores, porque están establecidas por Dios, y que el que las resiste, resista al mismo Dios y se acerca una justa condenación. San Pedro nos encarga que obedecemos á nuestros superiores, tanto al rey que está encima de todos, como á los comandantes y otros enviados que se hallan revestidos de su autoridad.

Però cuando se trata de lo espiritual, entonces todo debe rendirse y humillarse desde el monarca sobre el trono hasta el mas inferior, que va arrojándose por el polvo, desde el grande hasta el pequeño, y desde el sabio al ignorante, todos deben reconocer la soberanía de la Iglesia, y contentarse en la reverente sumisión que se le debe, sin excepciones de lugares, clases ó circunstancias.

Este poder es de tal preeminencia, que los hombres no conocen otro que el igual. Ningun soberano ó potentado conoce otro que el igual. Ningun soberano á potestad conocen otro que el igual. Ningun soberano á potestad conocen otro que el igual. Ningun soberano á potestad conocen otro que el igual. Ningun soberano á potestad conocen otro que el igual.

Sala la Iglesia, como es inflexible, dice: cred tal cosa y estamos obligados á creerla, y á creerla tal fuertemente y tan de corazón, que ya no podemos dudar, disputar ni dificultar lo que ella ha juzgado y definido. Si habla, el ingenio mas sublime y el mas limitado deben igualmente rendirse, y si uno ni otro pueden examinar de nuevo su definición. Si alguno negare á la Iglesia esta autoridad, pudiera justamente tratarse de rebelde, separarse de su comunión y maldicirle, y esto es lo que ha hecho con tantos herejes maldicirle, y esto es lo que ha hecho con tantos herejes maldicirle, y esto es lo que ha hecho con tantos herejes maldicirle, y esto es lo que ha hecho con tantos herejes maldicirle.

Como hijos debemos tambien amar á la Iglesia nuestra madre. Un profeta decía: una madre puede olvidar al hijo que ha parido, y yo trastornado la proposición sin que contradicirle, añado: un hijo puede olvidar á su madre que lo crió en su seno y á quien debe la vida y el ser. La madre que abandona á su hijo y no lo trata con caridad, sería indigna de su nombre; pero el hijo que la renuncia ó la trata con indiferencia, desmentido todo el ce-

(1) Mat. XVIII, 18.

riador de la naturaleza y de la razón. ¡Y qué, si consideramos la conducta de la Iglesia con todos los siglos puede dudar que nos trata con toda la atención y los cuidados de una madre!

Desde que nacemos nos recogemos en el seno de la Iglesia, nos nutre con el seno de Dios, que es el carácter de la fe, nos recibe en sus brazos, y se encarga de darnos la feche espiritual. En el discurso de nuestra vida se sirve de todos sus medios para instruirnos, para enseñarnos, para dirigirnos en los caminos de Dios, y para que volvamos á entrar en ellos, si por desgracia nos extraviáramos. Cuántos ministros dignos y santos ministros nos presentan cuántas oraciones dirigidas á Dios, cuántas ofrendas y sacrificios multiplicados. No pocas sino en exceso nuestras necesidades, si nos pareciera sino la voluntad de los inmortales eternos, que son los verdaderos. Así nos conducen en las diferentes etapas de la vida, velando y trabajando por nosotros.

«Héro en la muerte! En este punto tan peligroso, cuando debéis ser vigilantes, muestra toda su atención maternal; entonces abra sus brazos, da á los sacerdotes que nos asisten todos los poderes, no se reserva nada, y les confiere toda su jurisdicción para perdonar y absolver. No hay más que oír hablar. ¡Con qué palabras y afectos se explica en la reconciliación que hace á Dios del alma de un moribundo! «Vale. Hay un vivo en tan expresivo. Y no se contenta con esto, porqué al ser el moribundo á sus hijos, también les ama después de la muerte. Ellos se van, se desamparan, pero ella no los abandona. Quiere que sus espíritus reposen en la tierra santa, que sus huesos se conserven con la debida conservación, y se interesa todavía más por sus almas. Tiene que aunque fides pueden ser devotos á Dios y sufrir un fuego que los purifique hasta que satisfaga la justicia del Señor; por eso les ayuda con oraciones, con sufrimientos y sacrificios, y sin intermisión ruega, solicita y trabaja por ellos.

«Qué amor de nuestra parte puede corresponder á tanto amor! Supongámonos un hijo. Mea inclinado, que cubre el cielo y los años infinitos de una madre á quien lo debe todo. ¡Qué amor! qué ternura sentirá su corazón! ¡Habría sido de afecto que no le diera el honor que no la podía haber respeto que no la rinda! Pasa si nosotros amamos á la Iglesia, ve aquí el modelo que podemos seguir, y ve aquí cómo debemos agradecer los bienes que nos ha hecho y nos hace todos los días. Debemos unirnos con ella indisolublemente, con el mismo espíritu que David con Jeremán, que nos ama más que su figura, y la difiere con mayor razón (1): «Antes que yo te olvidé, que olvidé mi mano derecha; antes que pierda memoria tu nombre, que me olvidé la alegría de mi corazón, que se me olvidó mi lengua y que cuando pagaba mi palabra. No hay respeto si hay consideración humana que pueda emborronar este sentimiento, porque nada debe á nuestra estimación comparemos con ella y que sea inextinguible con los inmortales. Así nuestra primera obligación es sostenerla y apoyarla. Ya hemos dicho que la Iglesia es un cuerpo místico y moral, que Jesucristo es en cabeza y que nosotros somos sus miembros. San Pablo nos lo repite muchas veces, y par-

(1) *Psalm. CXXXVI* á v. 5.

tiamente en su epístola á los de Efezo, hablando de Jesucristo, los dice (1): «Dios ha pasado todas las cosas á sus pies. Lo establecido jefe de la Iglesia, la cual es su cuerpo, lo representa entero, y tiene en todos su perfección.» Como es el grande apóstol dijera. «Miranos, todos juntos hacemos un cuerpo con Jesucristo. La congregación de los fieles unidos á Jesucristo por la fe, es el cuerpo de la Iglesia; pero estos mismos fieles separados y considerados á cada uno en particular, son sus miembros. Cuando los miembros crecen y se fortifican, el cuerpo también se fortifica y crece; por eso Jesucristo en calidad de nuestro jefe recibe más perfección á medida que el cuerpo por la unión de los miembros se fortifica y perfecciona.

Este título de miembros de la Iglesia es uno de los más gloriosos que podemos presentar á Dios, pues como tales lo somos también de Jesucristo. Cuando la Iglesia por el bautismo nos agregó á su cuerpo, nos hizo entrar con su jefe una alianza tan estrecha como inamalgamable. Desde que somos miembros de la Iglesia, ya no somos extranjeros ni extraños, sino domésticos de la fe. Ya como pueblo escogido y de la ciudad de los santos, piedras vivas del edificio no lo fabricado sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, en que el mismo Jesucristo es la piedra angular. Participamos de todas las gracias que la comunión sin medida su divino jefe, porque ella es la depositaria de las fuentes sagradas en que el Salvador derramó las aguas de la vida. Es que distribuye el poco infinito de su sangre preciosa y la derrama sobre sus miembros con una efusión continua. Esto muestra el grande interés que tenemos todos de que subsista y cuánto nos importa trabajar por su conservación y aumento.

«Yo sé que sin nosotros la Iglesia subsistirá hasta el fin de los siglos, y que según la promesa Jesucristo, jamás el inferno podrá prevalecer contra ella; pero este cuerpo que los hombres no pueden destruir, puede por la mala disposición de los miembros que la componen, tener sus pérdidas y sus alteraciones, ya porque algunos de sus hijos desertan, ya porque se debilita la caridad de muchos, y ve aquí lo que debe excitar nuestro celo.

«Así lo hicieron los apóstoles cuando con ruego de la vida y á presión de un angustioso ordenó á formar la Iglesia y á extenderla por todo el mundo, y así lo hacen hoy tantos varones ilustres que su consueño con el trabajo y vigilias por defenderla; tanto dignos ministros que en los pulpitos, en los confesionarios, en las conferencias públicas y particulares consuegan su alma y sus talentos para edificar la Iglesia, tanto hombres apóstólicos que pasan los mares para predicar el Evangelio á los idolátricos y á los bárbaros. Y no hay cristiano que no deba tener á proporción el mismo celo; pues, como dijo Tertuliano, cada cristiano es un soldado que cuando es llamado debe cumplir por ella.

«Como en el cuerpo humano, dice San Pablo (2), cada miembro contribuye á la buena constitución del cuerpo, y todos se ayudan unos á otros, así en el cuerpo de la Iglesia todos debemos con una santa uniformidad unidos de manera que no permitamos que se haga ninguna ofensa de que nos pongamos como una muralla impenetrable á los golpes

(1) *Ad Ephet. I, 22, 23.*

(2) *Ad Roman XII, 4, 5.*

que la tiran el error y la incredulidad. Esto deber es común y general, pero debe proporcionarse á los medios de cada uno.

«Si no sostenemos la Iglesia con el ministerio de la palabra porque no tenemos ni el don ni la vocación para este difícil oficio, sostengámosla con la pureza de los costumbres, y probemos la verdad de la fe con la cantidad de nuestras obras. Si no hay penetración en nuestras leces ni extensión en nuestros conocimientos, sostengámosla con la docilidad de nuestra sumisión y con una firmeza impenetrable, que jamás se separe ni de sus decisiones ni de sus preceptos. Si no podemos defenderla contra los tiranos, sostengámosla contra los artifices de la herejía, contra los insultos de la herejía, contra los ataques de la incredulidad, y no suframos que nadie se de ningún modo lo ataque en nuestra presencia, sin manifestar del modo que nos sea posible nuestra desprobación. Esto es lo menos que la debemos, esto es lo que hemos prometido en el bautismo, y esto es lo que vos debéis prometerla ahora nuevamente.

«Ya veis, señor, lo que es la Iglesia, ya escucháis lo que exige de vos. Ahora pues, consultad vuestro corazón, examinad si os mantenéis en la disposición del otro día, y expresadme si me ratificas las promesas que me hicisteis entonces. Decidme pues si renovais de corazón vuestro bautismo, si renunciáis de nuevo al demonio, á la carne y á las pompas del mundo, si pedís á la Iglesia que os admita en su santa sociedad, protestando vivir y morir en su comunión, creyendo cuanto enseña, obedeciendo cuanto manda, y suplicándole os reciba como su vasallo, su hijo y miembro de su cuerpo místico. (Lo habeis así, señor?

«Yo le respondí con los ojos llenos de lágrimas, y más con la acción que con las palabras: Sí, padre. Vuestra voz ha llegado hasta el cielo, me dijo con un tono inflamado; los ángeles se han alegrado, y Dios la ha recibido en su seno; postremos ahora en su presencia, y haced la protesta de la fe. Yo dije con el corazón enternecido y con la voz balbuciente al Creador, al Padre nuestro y al Arcángel, y cuando pedí de la Iglesia mis oraciones, el padre como si se hubiera inspirado de un espíritu divino, con voz sonora y con un tono que mostraba toda la fe y el ardor de su corazón, echó la bendición sobre mí y me dijo:

«Yo, ministro de la Iglesia aunque indigno, legítimamente autorizado, yo que en este momento la represento invitando al espíritu de Dios digno esposo. Dios de misericordia, que está siempre pronto á recibir al pecador arrepentido que se ofrece á él, yo recibí en su nombre vuestros promesas, yo os admito en su santa sociedad, yo os declaro de su comunión, yo os abro las puertas de su misericordia. Desde este instante yo participo de sus oraciones y de todos los frutos espirituales de sus sacrificios y buenas obras. Ellos os admiten á todos sus sacramentos, os recibís penitencia cuando venís á confesar vuestros pecados, os daré lugar á su tiempo en la mesa del Señor, y ahora le pido con ella que os cubra en vuestro corazón las santas disposiciones que os ha inspirado y os haga la gracia de vivir y morir en su seno.

«Después que me dijo estas palabras con tal unión y eficacia que me llenaron de los cristianos, se volvió á mí, y con expresión dulce y majestuosa me añadió: Ya estás en el seno de los cristianos; ya sois de la nación santa, y espero que del número de los escogidos. Ya también sois mi hermano en Jesucristo, ya somos hijos del mismo

Padre; yo le bendigo por tantas misericordias. Permittedme que para sellar esta dulce unión, yo aunque indigno pueda daros el ósculo fraterno de la caridad cristiana; y el venerable padre extendiéndose entre mis brazos, imprimió sus labios inocentes labios sobre mis mejillas, que estaban algo encorvadas en mí llanto. ¡Cómo podrá explicarse, Teodoro, la impresión que me produjo esta acción inesperada! El corazón me palpitaba y daba golpes impetuosos; todo mi cuerpo se estremó en un dolor divino que me corria por las venas.

«¿Qué diferencia, amigo, de este ósculo santo de la virtud á los ángeles que yo conocí á los ángeles profanos y carnales del vicio! ¡Oh cuán brutales y gruesos me parecían los otros entonses jamás había sentido semejantes tan dulces ni trabajos tan deliciosos. Esta fue la primera vez que comencé á entender que habia delicias castas muy superiores á las que habian sido toda la ocupación de mi vida. Cuando consideraba que un hombre santo, querido de Dios y agradable á sus ojos, habia tocado mi cuerpo impuro con labios que no se ocupaban más que en las alabanzas del cielo y en la ejecución de la virtud, que un varón puro, templo vivo de Dios, quisiera me habia profanado jamás su boca con un contacto profano, se dignaba, impelido por la caridad, de dar el ósculo á un monstruo de abominación, me hallaba tan humillado como complacido, y sentía en mí una riego de la dulzura celestial que se derrama en un corazón penitente cuando empieza á desterrar las angustias duras y las congojas turbulencias de los remordimientos. (Será posible, le dije yo atontado con mis labios no santa mano, que el Dios de bondad se apade de mí y quiera restablecerme en la generación de los que le buscan y que lo gozarán eternamente!

«No lo dudéis, señor, y lo primero que debemos hacer, es darle gracias por tan luminoso beneficio. Considerad que este es el día más precioso de vuestra vida. Esto es el primer paso que dáis en el camino del cielo, y cuando un papel me lo dió dichosamente. Ved aquí una oración que os explico la digna todos los mañana por espacio de ocho días, y que ahora por la primera vez diréis conmigo. Nos ponemos de rodillas, el padre la recita, yo le seguía repitiendo lo que habia dicho, y la oración era en estos términos:

«Dios omnipotente y eterno! Dios trino y uno! Dios misericordioso, yo, la más indigna de las criaturas, te doy de lo ínfimo de mi corazón humildes gracias por los muchos beneficios que me has dado, y en especial por el que me dispensas este día. Tú me hiciste nacer en el seno de tu Iglesia, yo por mí corruptibil apostolado y me separé de esta santa madre, que es la única que te adora como tú quieres ser adorado como tú quisieras ser adorado. Tú por una bondad tan rara como no merecida me has llamado de nuevo y me permites volver á tu santa sociedad.

«Tú me admites en el número de tus hijos. Tú te dignas admitirme con la doctrina de tu Iglesia que Jesucristo te hijo mágico y te cubre invisible, cimentó con su sangre, de esta Iglesia que confió á San Pedro y á sus sucesores para que ocupasen su lugar, de esta Iglesia católica, apostólica y romana, que es la única Iglesia verdadera, la inextinguible columna de la verdad y que sostiene tu manso protector.

«Dios de misericordia! yo te imploro para que me inspires una tierra y religiosa veneración á esta santa madre! un afectuoso interés á todo lo que la pertenece y un celo

vivo de un honor, extension y pureza. Han por tu bondad que yo me glorie siempre de contarme entre sus hijos, y que aunque sea el mas indigno de todos, cuando ella nos ordena no sea siempre sugeto, venurable y precioso.

Considero la gracia de que sin perder nada de la humildad y desprecio que debo tener de mi mismo, todo lo que la ofensa á ella, lastima tambien mi corazon, que en todas sus aflicciones y dolores no padecia nada que no le padeciera yo con ella, que esta confesion que hago en tu divina presencia borra los delitos de mi infidelidad. Y quisiera hacerse en la de todo el universo para reparar con mi arrepentimiento público el escándalo de mi apostasia. Tu permiso me ocultar á ninguno de los que pueden observarme, esta feliz mudanza de mi manera. ¿Qué consuelo para mí si puedes ver mi mas humillacion, la sumision de mi dolor y la grandia de tu misericordia!

Tambien le pedo un capitulo de desidia para estar y mantenerme á las ordenaciones de tu Iglesia. Tú nos has dicho que en todos tiempos tendré serenos y perseverantes, que siempre habrá intercesores por mí por mi desgracia mas pronta y entera de esta verdad.

Pero, ¡Dios mio! he aquí que en adelante mi corazon está con ella en todos sus peligros, que en todo me defensas mi único oracion, que una promision sencilla, tranquilo, las inquietudes naturales de mi orgullo, que mi fe crezca y se haga todos los dias mas segura, que en medio de las tempestades que puedo cotrar mi amor propio á la iniquidad de mi corazon, yo me arroje en la boca de san Pedro, que puede destruir pero nunca jamás naufragar.

Diciendo estas palabras, los solizos me sobaban la voz, mi cabeza se inclina sobre el pecho de mi celestial amigo. Ay, Teodoro! que tú me comunicas aliento mi alma cuando me hallé atónicamente abrumado por aquel hombre justo, cuyos lagrimas inocentes inundaban mis mejillas. Los dos nos quedamos largo tiempo en esta postura, guardando un silencio que decía mucho. ¡Oh Dios mio, Dios de bondad! ¿cómo te complacías en esta vida y política eterna, en que la nobleza caridosa de tu misericordia.

El padre rompió esta inmovilidad, pidiéndome que me sentase, y advertiéndome á levantar con vos dulce y amable mi hijo. Del hombre sus oras y de Dios es perdona. No se ha traido aquí sino para eso, y pues es de movimientos tan penitentes y propósitos tan favorables, aporéchemos sin tardanza. Desde mañana mismo empezará, señor, á disponer una confesion general de vuestra vida, y las aguas de la penitencia lavarán... ¡Y, padre, confesion general! ¡Intermittent! ¡que no sé yo lo que es eso! ¿como puede el hombre decir en la mas ligera idea! Nunca me he confesado ni he pensado en ello. Por otra parte, mi vida no es mas que un tejido continuado de todos los horrores y vicios, no hay una de todas mis respiraciones que no sea un delito. Y ¿cómo será posible que yo rezoja ni pueda avorlarme de prevenciones no interrumpidas y que una grande parte de ellas está ya confundida con otras pecoras que he hecho después! ¿cómo podrá contar las hojas de las árbolés ó las arenas del mar?

El padre con tono tranquilo y sereno me respondió: Dios, señor, no pide cosas imposibles y se contenta con nuestros prudentes esfuerzos cuando los hacemos con sinceridad y buena fe. Su gracia es ayudará, y vos veréis que esas dificultades que ahora se presentan á vuestra imaginacion como montañas inabarcables en que no puede penetrar un rayo de luz, poco á poco se allanarán. Yo método que pueda facilitaros esta empresa que os parece

go yo á dar gracias á Dios por tantos beneficios; ahora debo alabar y alabar sus misericordias, pero voy que está buen Padre las derrama sobre vos á manos llenas. ¿Qué puede dejar de descubrir este secreto de su predestinación! Pues es viable que os ha traido aquí porque os ama y quiere haceros suyos. Con este mismo motivo sus hijos cosas tan terribles y tan propias para inspiraros confianza, que se me derreca el corazon, y ya no me fue posible resistir á la cordialidad de sus afectos.

Este discreto padre me me había mostrado hasta allí la mayor cordialidad, ni me había mostrado el mas leve deseo de saber mi nombre, mi calidad y circunstancias, y yo mismo había puesto una especie de tenacidad en no decirle nada, pero en aquel momento vencido de la dulzura de sus expresiones, abrí todas las puertas de la confianza arrojándome á sus pies otra vez, y rogando con mie lágrimas sus brazos, que tenía enlazadas con las mías: Ángel de Dios, te digo, yo soy monstruo y lo soy desde mi nifera.

Vos estais viéndolo mayor, al mas horrible de los delincuentes, al mas feo y depravado de los hombres; toda mi vida ha sido esclavo de las pasiones mas infames. El vicio no ha dejado en mis entrañas nada que no esté infecto. No... no soy yo capaz de curarme, y no es posible que entre la virtud en un corazon en que tan largo tiempo solo han dominado sus vicios.

Diciendo estas palabras, los solizos me sobaban la voz, mi cabeza se inclina sobre el pecho de mi celestial amigo. Ay, Teodoro! que tú me comunicas aliento mi alma cuando me hallé atónicamente abrumado por aquel hombre justo, cuyos lagrimas inocentes inundaban mis mejillas. Los dos nos quedamos largo tiempo en esta postura, guardando un silencio que decía mucho. ¡Oh Dios mio, Dios de bondad! ¿cómo te complacías en esta vida y política eterna, en que la nobleza caridosa de tu misericordia.

El padre rompió esta inmovilidad, pidiéndome que me sentase, y advertiéndome á levantar con vos dulce y amable mi hijo. Del hombre sus oras y de Dios es perdona. No se ha traido aquí sino para eso, y pues es de movimientos tan penitentes y propósitos tan favorables, aporéchemos sin tardanza. Desde mañana mismo empezará, señor, á disponer una confesion general de vuestra vida, y las aguas de la penitencia lavarán... ¡Y, padre, confesion general! ¡Intermittent! ¡que no sé yo lo que es eso! ¿como puede el hombre decir en la mas ligera idea! Nunca me he confesado ni he pensado en ello. Por otra parte, mi vida no es mas que un tejido continuado de todos los horrores y vicios, no hay una de todas mis respiraciones que no sea un delito. Y ¿cómo será posible que yo rezoja ni pueda avorlarme de prevenciones no interrumpidas y que una grande parte de ellas está ya confundida con otras pecoras que he hecho después! ¿cómo podrá contar las hojas de las árbolés ó las arenas del mar?

El padre con tono tranquilo y sereno me respondió: Dios, señor, no pide cosas imposibles y se contenta con nuestros prudentes esfuerzos cuando los hacemos con sinceridad y buena fe. Su gracia es ayudará, y vos veréis que esas dificultades que ahora se presentan á vuestra imaginacion como montañas inabarcables en que no puede penetrar un rayo de luz, poco á poco se allanarán. Yo método que pueda facilitaros esta empresa que os parece

tan ardua. Si me lo permitis, ya puedo contribuir á ponerlo en el camino. Mi ministerio me obliga á ello, y la experiencia me ha enseñado los medios de disipar estos obstáculos aparentes. Desde mañana empezará á presentarse cada dia algunas reflexiones sobre la confesion, y los métodos que pueden seguir para disponerla. A medida que yo os los explique, vos los iréis poniendo en práctica.

No hay necesidad que la confesion se haga toda de una vez. No es preciso que vos os examinéis á un tiempo de toda vuestra vida, ni que á un tiempo os confeséis de todo; esto puede hacerse por partes y en diferentes tiempos. En fin, yo puedo dirigiros en esta santa obra de modo, que vos mismo vais desapareciendo: estos monstruos embarrasos que la imaginacion os representa. Mis consejos con la idea de que hallaréis mucho desahogo en vuestro corazon. Pongámonos pues en las manos de Dios, que visiblemente es el autor de nuestra empresa y que no dejará de perfeccionarla. Estad cierto que haciendo de nuestra parte lo que podemos, os contentará con nuestra buena fe y sumision, y que no dejará de perdonar todos nuestros pecados: porque no os haya sido posible confesar los que habéis olvidado.

Yo respondí al padre que le había ofrecido obediencia y que en todo me sujetaba á su direccion. El padre añadió: Yo debo tambien dar muchas gracias á Dios por haberme escogido para instrumento de misericordia tan alta; debe pedir que me dé auxilios para acordarla á honra y gloria suya, y tambien debo suplicar que derrame sobre sus santos bendiciones, para que obtengáis el perdón y esfuerzo para ser en adelante un buen cristiano. Yo voy ahora á decir misa; ya os dije ayer alguna cosa de este lastimoso sacrificio, que es el acto mas sublime y elevado de la religion y el medio mas eficaz con que los pecadores mismos pueden conseguir de Dios las gracias necesarias para salir de su mal estado y obtener el don de la penitencia.

Os aconsejo, señor, que la oigais ahora con devocion y afecto. Acordaos que es Jesucristo el que va á ver, que es el mismo Jesucristo que será un dia nuestro juez, pero que ahora no viene sino como vuestro padre. Imaginaos verle en el altar como en el trono de su misericordia, y que tiene el mas vivo deseo de concederos todo lo que le pidáis para el bien de vuestra alma. Pedidle pues que os inspire todo lo que necesitáis para hacer esta confesion, para que os realicéis en gracia, y sea después que os reconcilié en el bautismo, y finalmente, si de vire en adelante y amaré como buen cristiano.

Para inspiraros mas confianza, tened presente que el sacrificio que voy á celebrar no es otro que el del Hijo de Dios en el Calvario; que voy á renovar sobre este altar la muerte cruel é ignominiosa que le dió la rabiosa envidia de los judíos; que voy á poner á los ojos, aunque cubiertos con un velo, la basta para sin nombre que recibió el único golpe en el ara de la cruz, y que fué sacrificada por nuestra redencion en honor de la divina majestad; que este sacrificio fué libre y voluntario de su parte, y que su amor, no contento con esto, aun después de resucitado y glorioso, quiere ser presentado de nuevo para moliar por nosotros.

Por eso quiere que todos los dias sus ministros le presenten como víctimas á Dios, y él mismo se vuelve á ofrecer de nuevo, imitando los frutos de su redencion. Considerad tambien que este sacrificio es el mas excelso y superior de todos los sacrificios, pues es de un precio infinito: sacrificio único, pues los de la ley antigua no eran más que figuras; sacrificio que es el mismo tiempo sustruimos ó de alguna, de propiciacion y de imprecacion. Como que es de altísimo, y podemos con él alabar y glorificar á Dios; como que es de la profesion, podemos aplicar la ira de Dios y obtener el perdón de nuestros pecados, y como que es de imprecacion, podemos pedir y conseguir todas las gracias de Dios. Esto debe bastar para haceros ver el espíritu con que debemos asistir, la reverencia y atencion con que debemos estar y las ventajas ó frutos que debemos conseguir.

Nosotros pues ofrecemos el sacrificio del altar para glorificar á Dios como Señor soberano y darle gracias como bienhechor. Cuando Maria presentó á Jesucristo en el templo de Jerusalen, su objeto era presentarlo á Dios como á soberano Señor, pues lo hizo obediendo á la ley, que mandaba presentar á Dios todos los primogénitos á fin de reconocer su supremo dominio, que todo viene de su mano, que por consiguiente todo es suyo y que la gloria de todo le pertenece. Esto es lo que nosotros hacemos, presentándole el cuerpo y la sangre del Salvador.

Porque es un verdadero sacrificio el que se continua en nuestros templos, todo está allí, altar, sacerdote, víctima, oblation y comunión. El sacerdote ofrece al mismo Jesucristo en su Padre, Dios omnipotente y eterno, y se le ofrece para tributar á su soberana majestad un honor soberano. De todos los honores posibles el mayor es el sacrificio, y por eso no se puede tributar á nadie sino á Dios.

Pero como el sacrificio no consiste solo en la oblation, sino que consiste tambien en la consecracion de la víctima, á fin de que quede destruida, el ministro después de haberla presentado y consagrado la comunio, y con esta accion manifiesta que Jesucristo protesta á su Padre, Dios de cielo y tierra, que él solo es el Señor, el Ser de los seres, en cuya presencia todos los demás deben desaparecer y repantarse como la nada. Si esta profesion es gloriosa á Dios de cualquier modo que venga, ¿qué será cuando viene de parte de Jesucristo, Dios verdadero, y tan á costa suya!

Considerad pues este ejemplo, que fucion es esta para nosotros ¡qué regla para asistir dignamente al sacrificio del altar! Cada cristiano puede prepararse un método para asistir voluntariamente; pero yo creyó que el mas sencillo es el que yo os he enseñado. Desde mañana mismo empezará, señor, á disponer una confesion general de vuestra vida, y las aguas de la penitencia lavarán... ¡Y, padre, confesion general! ¡Intermittent! ¡que no sé yo lo que es eso! ¿como puede el hombre decir en la mas ligera idea! Nunca me he confesado ni he pensado en ello. Por otra parte, mi vida no es mas que un tejido continuado de todos los horrores y vicios, no hay una de todas mis respiraciones que no sea un delito. Y ¿cómo será posible que yo rezoja ni pueda avorlarme de prevenciones no interrumpidas y que una grande parte de ellas está ya confundida con otras pecoras que he hecho después! ¿cómo podrá contar las hojas de las árbolés ó las arenas del mar?

de nuevo, imitando los frutos de su redencion. Considerad tambien que este sacrificio es el mas excelso y superior de todos los sacrificios, pues es de un precio infinito: sacrificio único, pues los de la ley antigua no eran más que figuras; sacrificio que es el mismo tiempo sustruimos ó de alguna, de propiciacion y de imprecacion. Como que es de altísimo, y podemos con él alabar y glorificar á Dios; como que es de la profesion, podemos aplicar la ira de Dios y obtener el perdón de nuestros pecados, y como que es de imprecacion, podemos pedir y conseguir todas las gracias de Dios. Esto debe bastar para haceros ver el espíritu con que debemos asistir, la reverencia y atencion con que debemos estar y las ventajas ó frutos que debemos conseguir.

Nosotros pues ofrecemos el sacrificio del altar para glorificar á Dios como Señor soberano y darle gracias como bienhechor. Cuando Maria presentó á Jesucristo en el templo de Jerusalen, su objeto era presentarlo á Dios como á soberano Señor, pues lo hizo obediendo á la ley, que mandaba presentar á Dios todos los primogénitos á fin de reconocer su supremo dominio, que todo viene de su mano, que por consiguiente todo es suyo y que la gloria de todo le pertenece. Esto es lo que nosotros hacemos, presentándole el cuerpo y la sangre del Salvador.

Porque es un verdadero sacrificio el que se continua en nuestros templos, todo está allí, altar, sacerdote, víctima, oblation y comunión. El sacerdote ofrece al mismo Jesucristo en su Padre, Dios omnipotente y eterno, y se le ofrece para tributar á su soberana majestad un honor soberano. De todos los honores posibles el mayor es el sacrificio, y por eso no se puede tributar á nadie sino á Dios.

Pero como el sacrificio no consiste solo en la oblation, sino que consiste tambien en la consecracion de la víctima, á fin de que quede destruida, el ministro después de haberla presentado y consagrado la comunio, y con esta accion manifiesta que Jesucristo protesta á su Padre, Dios de cielo y tierra, que él solo es el Señor, el Ser de los seres, en cuya presencia todos los demás deben desaparecer y repantarse como la nada. Si esta profesion es gloriosa á Dios de cualquier modo que venga, ¿qué será cuando viene de parte de Jesucristo, Dios verdadero, y tan á costa suya!

Considerad pues este ejemplo, que fucion es esta para nosotros ¡qué regla para asistir dignamente al sacrificio del altar! Cada cristiano puede prepararse un método para asistir voluntariamente; pero yo creyó que el mas sencillo es el que yo os he enseñado. Desde mañana mismo empezará, señor, á disponer una confesion general de vuestra vida, y las aguas de la penitencia lavarán... ¡Y, padre, confesion general! ¡Intermittent! ¡que no sé yo lo que es eso! ¿como puede el hombre decir en la mas ligera idea! Nunca me he confesado ni he pensado en ello. Por otra parte, mi vida no es mas que un tejido continuado de todos los horrores y vicios, no hay una de todas mis respiraciones que no sea un delito. Y ¿cómo será posible que yo rezoja ni pueda avorlarme de prevenciones no interrumpidas y que una grande parte de ellas está ya confundida con otras pecoras que he hecho después! ¿cómo podrá contar las hojas de las árbolés ó las arenas del mar?

Para inspiraros mas confianza, tened presente que el sacrificio que voy á celebrar no es otro que el del Hijo de Dios en el Calvario; que voy á renovar sobre este altar la muerte cruel é ignominiosa que le dió la rabiosa envidia de los judíos; que voy á poner á los ojos, aunque cubiertos con un velo, la basta para sin nombre que recibió el único golpe en el ara de la cruz, y que fué sacrificada por nuestra redencion en honor de la divina majestad; que este sacrificio fué libre y voluntario de su parte, y que su amor, no contento con esto, aun después de resucitado y glorioso, quiere ser presentado de nuevo para moliar por nosotros.

Por eso quiere que todos los dias sus ministros le presenten como víctimas á Dios, y él mismo se vuelve á ofrecer de nuevo, imitando los frutos de su redencion. Considerad tambien que este sacrificio es el mas excelso y superior de todos los sacrificios, pues es de un precio infinito: sacrificio único, pues los de la ley antigua no eran más que figuras; sacrificio que es el mismo tiempo sustruimos ó de alguna, de propiciacion y de imprecacion. Como que es de altísimo, y podemos con él alabar y glorificar á Dios; como que es de la profesion, podemos aplicar la ira de Dios y obtener el perdón de nuestros pecados, y como que es de imprecacion, podemos pedir y conseguir todas las gracias de Dios. Esto debe bastar para haceros ver el espíritu con que debemos asistir, la reverencia y atencion con que debemos estar y las ventajas ó frutos que debemos conseguir.

Nosotros pues ofrecemos el sacrificio del altar para glorificar á Dios como Señor soberano y darle gracias como bienhechor. Cuando Maria presentó á Jesucristo en el templo de Jerusalen, su objeto era presentarlo á Dios como á soberano Señor, pues lo hizo obediendo á la ley, que mandaba presentar á Dios todos los primogénitos á fin de reconocer su supremo dominio, que todo viene de su mano, que por consiguiente todo es suyo y que la gloria de todo le pertenece. Esto es lo que nosotros hacemos, presentándole el cuerpo y la sangre del Salvador.

Porque es un verdadero sacrificio el que se continua en nuestros templos, todo está allí, altar, sacerdote, víctima, oblation y comunión. El sacerdote ofrece al mismo Jesucristo en su Padre, Dios omnipotente y eterno, y se le ofrece para tributar á su soberana majestad un honor soberano. De todos los honores posibles el mayor es el sacrificio, y por eso no se puede tributar á nadie sino á Dios.

Pero como el sacrificio no consiste solo en la oblation, sino que consiste tambien en la consecracion de la víctima, á fin de que quede destruida, el ministro después de haberla presentado y consagrado la comunio, y con esta accion manifiesta que Jesucristo protesta á su Padre, Dios de cielo y tierra, que él solo es el Señor, el Ser de los seres, en cuya presencia todos los demás deben desaparecer y repantarse como la nada. Si esta profesion es gloriosa á Dios de cualquier modo que venga, ¿qué será cuando viene de parte de Jesucristo, Dios verdadero, y tan á costa suya!

Considerad pues este ejemplo, que fucion es esta para nosotros ¡qué regla para asistir dignamente al sacrificio del altar! Cada cristiano puede prepararse un método para asistir voluntariamente; pero yo creyó que el mas sencillo es el que yo os he enseñado. Desde mañana mismo empezará, señor, á disponer una confesion general de vuestra vida, y las aguas de la penitencia lavarán... ¡Y, padre, confesion general! ¡Intermittent! ¡que no sé yo lo que es eso! ¿como puede el hombre decir en la mas ligera idea! Nunca me he confesado ni he pensado en ello. Por otra parte, mi vida no es mas que un tejido continuado de todos los horrores y vicios, no hay una de todas mis respiraciones que no sea un delito. Y ¿cómo será posible que yo rezoja ni pueda avorlarme de prevenciones no interrumpidas y que una grande parte de ellas está ya confundida con otras pecoras que he hecho después! ¿cómo podrá contar las hojas de las árbolés ó las arenas del mar?



recibido de la divina liberalidad. El que no perdonó á su propio Hijo y lo entregó á la muerte por nosotros, ¿no nos ha dado con él cuanto nos podía dar? Este era el misterio del apóstol, y según esta regla se puede decir, que aunque es verdad que todo lo debemos á Dios, pues todo nos viene de su mano, también lo es que cuando le presentamos su Hijo, todo es lo pagamos, y que, por eso no queda deudora nuestra gratitud.

Este pensamiento puede ocupar útil y santamente nuestra alma todo el tiempo que está presente al sacrificio. Recuerda en su memoria los beneficios de Dios, no puede contarte porque son sin número, más que no los mereces porque veas su piedad y misericordia, lo reconoces así y se llama. ¿Qué hará pues Dios con David. ¿Qué dará al Señor por lo que no le ha dado? No queda largo tiempo dudando al instante se determina, porque tiene en el altar un tesoro pronto y el más abundante, la preciosa víctima que se ha sacrificado. Toma, pues, siguiendo la expresión del mismo profeta, el cáliz de salud, y llena de confianza la presenta á Dios y eres que pagas todas sus deudas dignamente. ¿Con qué respeto, con que afecto debe presentarse esta ofrenda? ¿Qué celo y gratitud basta para un Dios tan bueno y magnífico, que no solo lo dispensa tantos bienes, sino que le da un tesoro con que pueda corresponderle?

También es sacrificio de propiciación y de expiación, pues expía y borra los pecados, aplacando la ira de Dios hacia un favor de las vísceras de los misericordios. Que sea sacrificio de propiciación para los vivos, no se puede dudar, pues el Salvador de los hombres que se consumió en la cruz, derramó en ella toda su sangre para borrar los pecados del mundo y aplicar á su Padre justamente irribido contra nosotros; y como el sacrificio del altar es el mismo que el de la cruz, pues en la misma hostia ó el mismo cuerpo y en la misma sangre del hombre-Dios, es necesario que tenga la misma eficacia y virtud.

Solo hay una diferencia, y es que el de la cruz fué sangriento y el del altar no lo es. Así lo dice en términos precisos el conde de Trento, enseñándonos que Jesucristo no quiso que su sacrificio se celebrase en la cruz, sino que siendo sucesivo por una eternidad y sacerdote según el orden de Melchisedech, se propuso dos designios: el primero, que su sacrificio se perpetuase en la Iglesia hasta la consumación de los siglos; el segundo, que no se repitiese en las especies de pan y vino, que Melchisedech ofreció al Señor, y esta doctrina está apoyada con las palabras del Hijo de Dios, que refiere san Pablo en su primera epístola á los de Corinto (1). Siempre que celebráis este pan y bebiérais este vino, anunciaréis la muerte del Señor.

¿Qué quiere decir anunciarlo? No es decir solamente recordarlo, hacer memoria de esta muerte, sino renovarla y el mérito se será aplicado y por esta razón Jesucristo en el sacrificio del altar es víctima de propiciación por nuestros pecados del mismo modo que lo fué en la cruz; y si así es, vos debéis considerarle como los pecadores, aunque lo seáis, no deban alegrarse de un sacrificio que ha sido instituido para ellos y para solicitarlos las gracias de la reconciliación. Todos debemos sentir, pero los pecadores más. Participar de este sacrificio conculcando con conciencia de pecado, sería un crimen delito, y la Iglesia lo prohíbe con graves

(1) I Corint., XI, 28.

penas; pero participar asistiendo, lo aconseja. En su donación, esta es una esperanza para el pecador y lo importa mucho no perderla.

Venid pues, señor, á esta piedad saludable, empená por vicia hoy y continuad todo el tiempo en que os preparáis á la confesión. Yo como ministro de la Iglesia pondré en movimiento no una agua salada, sino una sangre divina; venid con la misma disposición con que el publicano fué á orar en el templo. Era un pecador, pero á la vista de sus iniquidades se humilló, se confundió, no se atrevió á levantar los ojos, y decía á Dios. Señor, sedme propicio, que soy un pecador. Este debe ser vuestro modelo. El publicano cuando se retiró ya iba perdonado, ya era justo. ¿Qué más si vos recibierais la misma gracia? ¡si os concediera la misma contrición! y si en fuerza de ella seréis perdonado aun antes de llegar al tribunal de la penitencia?

Es también sacrificio de propiciación en favor de los muertos, y la prueba irrevocable de esta verdad para todos los cristianos es la antigua y constante práctica de la Iglesia. En todos los tiempos ha ofrecido por ellos el santo sacrificio, y tenemos tratamientos seguros de esto en todos los siglos y en cada uno de ellos. Pero aun hay más, pues subiendo á los de la ley antigua, tenemos el ejemplo en Julías Marabón, y sabemos que mandó hacer sacrificios por los soldados de su ejército que habían muerto en un combate. La Iglesia no es menos tierna ni más menos de sus hijos difuntos que la Sinagoga, y el sacrificio que ofrece por ellos es en un grado infinitamente superior al de todas las víctimas que se inmolaban en el templo de Jerusalén. El hijo sabe, y sabe también que puede hacer genit á sus hijos el rico tesoro de que es depositario.

Por eso ha ordenado á sus ministros que siempre que celebren los santos misterios hagan mención particular de los difuntos y dignos á Dios. Acordaos, Señor, de los que nos han precedido y están en los sepulcros y que reposan en el suelo de la paz. Yo aquí en lo que se reconoce una madre caritativa. Y es muy extraño que la heresia pueda endurecer tanto los corazones que los quite estos sentimientos de compasión y caridad, que el orgullo ó la obstinación los mueva á negar este sacrificio ó socorro á tantos como pudieran ayudar, que la misericordia no los haga más dueños á oír una verdad que los ha dicho la Iglesia en todos los tiempos, que sus padres creyeron y que intervan junto á sus hermanos y amigos. La diligencia, no debiera bastar para determinarlos á tomar el partido más seguro? ¿Y no es terrible necesidad exponerse á perderlo todo por no depositar sus errores?

En fin, señor, la misa es sacrificio de impetración para obtener de Dios tanto las gracias espirituales como las temporales. Todo lo que la Iglesia pide á Dios, lo pide y lo obtiene por los méritos de Jesucristo, y por eso acaba todas sus oraciones diciendo: Por nuestro Señor Jesucristo nuestro Hijo, que vive y reina con vos en el Padre del Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Y cuando pudiera valerse con más eficacia de los méritos y mediación de Jesucristo que en el sacrificio del altar, en que el mismo Jesucristo en persona es la víctima, y en donde se ofrece el verdadero cuerpo y la verdadera sangre de este poderoso mediador?

San Pablo nos ha dicho que Jesucristo en los días de su vida mortal fué oído por la reverencia que se le debía

(Ese sea un momento menos digno de este respeto? Y cuando intercedo y me intervan por nosotros como sacrificador y como víctima, ¿hay cosa que no debamos esperar? sobre todo, cuando las gracias que pedimos por su mediación son conformes á las ideas y al espíritu de Dios, porque hay gracias de diferentes especies, y las que tienen por objeto la vida eterna, como es la santificación del alma, su adelantamiento en la virtud y su salvación, que se llaman espirituales, son incomparablemente superiores á las otras.

Particularmente para esta especie de gracias, la Iglesia presenta el sacrificio del altar. Jamás le ofrece sin pedir que todos los fieles, y especialmente los que asisten, sean admitidos en el goce de los beneficios, y preservados de la reprochación eterna, que entran en día en la sociedad de los santos y que Dios los tiene en este mundo de todas sus bendiciones celestiales. Pero porque estas oraciones son generales y que según las circunstancias unas veces tenemos más necesidad de ciertas gracias que de otras, la Iglesia en el discurso del sacrificio hace oraciones propias para implorarlas. Ya pide una vez ya un amor de Dios ardiente, ya la caridad para el prójimo, la humildad, paciencia, fortaleza, algunas la extirpación de nuestros vicios, y otras la extirpación de culpas y heresias, cada una por menor y según que es más urgente en la circunstancia.

¿A qué efectos, á qué meditaciones se deben exigir nuestras almas en aquellos preciosos momentos en que Dios se santifica por nosotros? ¡Qué ocasión tan favorable para que cada cual le exponga las debidas y necesidades de su corazón! El hombre las pide cada día, no se las puede ocultar, y se pujan anualmente de ellas. Se queja de las malas inclinaciones que le arrastran, de la tiranía de sus pasiones que lo dominan, de las ilusiones del mundo que lo encantan, de su sequedad, de su indiferencia para el servicio de Dios, de la inestabilidad de sus resoluciones, de sus pocos progresos en la virtud. No es malo sentir sus males, ¡pero sería no desoírlos y no afligirse; pero sí los sentidos se le horranco sinceramente, ¡por qué no hacemos el remedio, por qué no aprovechamos el tiempo en que podemos luchar con fruto la asistencia divina, que no se intermite al sacrificio del altar, cuando se retiene en él la obra de nuestra redención! Allí se donde se conceden y distribuyen con más abundancia las gracias de la salud eterna, y allí es donde se reparten más liberalmente á los que las piden con más ardiente devoción.

También se dan las gracias y se piden los bienes temporales. Dios no prohibe pedirlos. En la ley de Moisés había bodas pacíficas tanto para renovar los beneficios recibidos como para pedir nuevos; y estos beneficios en aquella ley de esclavitud eran por lo ordinario temporales. David obtuvo con sacrificios que su reino se libertara de la peste que lo asoló, y Oseas obtuvo la salud de Belisarios.

Hay otros muchos ejemplos en los libros santos, y como según san Agustín y san Crisóstomo, el sacrificio de la ley nueva contiene eminentemente y reúne en sí todas las propiedades de los antiguos, es claro que Dios le acepta también por los bienes temporales, cuando no son contrarios á los despojos de su providencia. No es profano los santos misterios emplear los méritos de Jesucristo para obtener semejantes gracias. La misma Iglesia ofrece el sacrificio por los frutos de la tierra y por la fertilidad de los campos, y

en esto mismo debemos admitir la inmensa caridad de Dios y su paternal condescendencia; pues parece que re- la y causa de todos nuestros intereses.

No lo hacemos nosotros así, pues en las negocias que tenemos, no es este dicho sacrificio nuestro primer recurso, siendo así que no hay otro ni tan eficaz ni tan seguro; pero con una condición esencial, y es que no se emplee sino con justa causa y en intereses legítimos; porque presentar este santo sacrificio, esta sacrificio de alabanza, de propiciación y de impetración para tener con que contentar nuestras piones, para poder satisfacer nuestra vanidad, satisfacer nuestro orgullo y fomentar nuestros desórdenes, sería el más abominable de todos los males.

Yo espero, señor, que nosotros vamos á emplearlo con la mayor reverencia en fines más útiles y más dignos de Dios. Dadme licencia para que vaya á llamar al que debe ayudarme y estar presente, pues no tardaré en volver. El padre salió, y de allí á poco rato volvió á entrar con un hombre, que según su modo y traje, me pareció doméstico de la misma casa. Ambos se encaminaron á una pieza que parecía sacristía, y sin dudar le era, para que el padre se retirara.

¿Podrá imaginar, Teodoro, en este corto intervalo mientras el padre salió á hacer su oficio, y se revolvía, pasaron por mi cabeza tan extraordinarias como tan luego vergüenza de acordarme! Yo no había oído más en mi vida, pues si alguna vez por circunstancias me he encontrado en los sitios en que se celebraba, jamás estubo con atención ni respeto. Siempre les había mirado como unas meras ceremonias. ¡Y podrá persuadirme ninguno que mi corrupción envejecida fuese de tanta perversidad, que después de tanto como me había dicho el altar, después de lo que venía de decirme, voltiesen estas ideas antiguas á perturbar mi cabeza! Si, amigo, te lo confieso para confundirte, y para que así veas lo que es la miseria de un hombre mal acostumbrado.

Desde que el padre se apartó de mí y consideré que iba á oír su misa, en un instante me hallé seco. Me acordé de ti y de todos nuestros compañeros en el desierto, y me pareció que se reían de mí si me viera en el caso en que me hallaba. Yo mismo empezaba á sospechar que me había empeñado muy aprisa. En fin, mis antiguos ideas corrían por mi espíritu, procurando dominar mi corazón, cuando en este momento salió el padre revestido de un vestido sacerdotal, y el rayo tocó mis ojos en sus efectos, que está todo á mi interior. Su presencia modesta y religiosa, el aspecto de compunción y recogimiento con que le vi acercarse al altar, produjo súbitamente otros impulsos diferentes. Como la luz destierra de un golpe las tinieblas, así el aspecto de su virtud desterró todas mis locas imaginaciones, y rubió á renovar en mi corazón las impresiones más vivas y religiosas.

Arrojéme á los pies del altar, y avergonzado de mí mismo, eché una vista rápida sobre todas las ideas que había recibido de la divinidad de la religión y del sacrificio. Confundíme cuando reflexioné que Jesucristo, mi Dios y mi juez, fin á parecer delante de mí, y más cuando eché una otra vista sobre toda la carrera de mi vida, y con horror el largo curso de mis iniquidades; pero me acordé que él era el que me juzga, que era mi padre, que el altar era el trono de su misericordia, que era su bondad la que me ha-

bia traído á su casa, tal vez con el designo de perdonarnos? Yo me ejercité, mientras duró el sacrificio, con ideas de esta especie no seguras, no tranquilas, sino tumultuosas y desconfiadas.

Pero jamás podré explicarte la impresión que sentí en el momento de la elevación: cuando la campanilla me avisó que Jesucristo estaba allí, mi terror religioso se apoderó de mi alma, se me erizaron los cabellos de su cabeza, la sangre me corría en resaca por las venas, y me parecía estar fuera de mí. Yo hubiera querido escapar, en mi corazón más ansioso y confundido; pero ¡jefe de mí! con el dolor más terrible, y sobre todo, más insuportable á la religión, me parece que sentí una confusión y terror. Con todo, á pesar de mi confusional situación, me pareció que hubo momentos en que lo perdí, creí y perdí, reconociendo con humildad que era necesario que él me enseñara á pelear, y que solo él podía inspirarme una confianza constante. Luego que el padre, como la misa, me llevó á mi aposento y se retiró discretamente que al siguiente día empezáramos la confesión.

[No admira, Teodoro, el poder que tiene este padre sobre mí? ¡Cuántas veces su presencia sola ha calmado ya mis turbaciones y serenado mi corazón! Sin duda sola penetra mi alma de este sentimiento religioso, de esta impresión evangélica que hace sentir con amor y respeto al virtuoso. En su recogimiento, su modestia, su sencillez, en todo su exterior parece que están resumidos todos los consejos del Evangelio, y con coloridos amables. Desde que conozco santos, me ha parecido que una de las pruebas más visibles de la santidad de la religión, es este poderoso é inimitable carácter de sujeción, de franquear y de seguridad que da á los que viven según su espíritu.

Tú no lo sabes ni yo tampoco, Teodoro, pero ya ves que hay en la tierra hombres gloriosos del universo, que viven y mueren sin que la misa su siglo, y que con todo eso á los ojos de Dios, los únicos grandes hombres que merecen el respeto y la admiración pública. Los estatutos de los conquistadores y de otros mártires de la gloria humana se humillan en el mismo abismo que se tragó todos los troyes y reinos de la tierra, y esto sucederá en el momento en que se desparezcan de ella el último de los escudidos. Entonces toda dominación y gran gloria terrestre se borrará con el resplandor de la corona celestial: de que estará adornado el discípulo humilde y oculto de la cruz y de la penitencia.

Entonces empezará la reputación de los héroes de la gracia y de la eternidad. Entonces nada será estimado y admirado si no se conforme á los pensamientos de Dios. El farol de la inmutabilidad razon, de la incorruptible verdad alumbrará por la primera vez, y á su luz se contemplarán las expresiones, los tratos y todos los movimientos que han agitado á cada uno de los hijos de los hombres.

Entonces verán todos los cristianos que el universo no era un espectáculo augusto y digno de la vista de su Criador, ni por la extensión de sus imperios, ni por la magnificencia de sus capitales, ni por la celebridad de sus soberanos; sino porque sería de paso á los ciudadanos del reino de la eternidad, porque era el lugar destinado á las pruebas, á las tribulaciones y amarguras que era necesario padecerian antes de poderse elevar á la participación de la gloria y de la visión beatífica de su Dios.

Entonces se verá que el gremio modesto y desconocido de los justos era el motivo secreto de toda la obra de la creación, que todo se hizo y subsistía por él, que sus oraciones y plegarias eran la causa porque Dios difería el castigo de los delincuentes, y que los suplicios de un corazón inocente y puro influían en los destinos de los Estados y naciones, que toda la política de los que se figuran gobernar el mundo y tener en su mano la suerte de los pueblos.

[Si Teodoro solo Dios puedo presentar al justo un objeto tan grande y excelente como es él mismo, y solo en la inmensidad de los eternos siglos puede hallar el modelo de lo que debo ser un día. Los nombres de los dioses de la tierra están escritos sobre el polvo; pero los que forman á Dios serán eternamente grandes, porque lo serán á sus ojos y solo la divina gloria subsistirá después de la ruina de todos los edificios y monumentos de la tierra.

[¿Ay, Teodoro! Yo quisiera decir á todos los que son tan insensibles como yo lo he sido, hijos de los hombres, adoradores estériles de las pasiones y vanidades de un mundo que se acaba, si la compasión que inspiras viéndome que peleo una alma inmortal, no fuera más fuerte que la indignación que causa el horror de vuestra conducta, yo os diría que merecís un yugo tan infame; porque solo los espíritus nobles y los grandes corazones son capaces de elevarse á la altura del Evangelio, y solo ellos son dignos de conocer la majestad y la hermosura de la religión.

Pero no me pertenece á mí, que he sido el más infame de todos, improperar á mis hermanos. Nunca debo olvidar que todos los corrompidos perversos tienen derecho de preguntarme: ¿Quién es el que me ha sacado de en medio de ellos? El que por bondad de su soberano ha sacado de la oscuridad y de la indignación, debe enterarse más cuando ve las amarguras que sufren los inocentes que deja en su antigua situación, y no perder nunca de vista que él ha estado en la clase de los miserables. La de los malos y perversos es la mía.... ¡Desgraciado de mí si dejo un solo día de pagar á mis compañeros un tributo de lágrimas con la memoria de que he estado cargado con las mismas cadenas, y con la experiencia de los mismos males y tribulaciones que padecen ellos! Adios, Teodoro mio, hasta mañana.

## CARTA XXI.

## EL FILOSOFO A TEODORO.

Este día, Teodoro, vino el padre y me llevó á la misma capilla donde dijo la misa. Me pareció que yo la oí con alguna más tranquilidad y devoción, y que mi corazón empezaba á sentir algo consuelo con la idea de la presencia de su Dios. Luego que concluyó el padre, volvió á inclinarme á mi aposento, y habiéndose sentado, me dijo:

Hoy, señor, debemos empezar á tratar de la confesión; cuando recibió la Iglesia esta autoridad de Jesucristo, pues luego que se levantó con una luz más clara que la del día; que en efecto nuestro Salvador diría al diablo el poder de perdonar los pecados en su nombre, haría esta grande obra con mayor confianza, y conocería al mismo tiempo la obligación que impuso á los fálces de confesar los pecados.

De muy de observar, señor, la circunstancia en que el divino Redentor comunicó á sus apóstoles el poder más alto y extraordinario que se ha conferido jamás en la tierra, pues los estableció reconciliadores y salvadores de sus hermanos. Después de haber consumado con su cuerpo el último misterio de su misión laboriosa, después que ya vencedor de la muerte y del infierno solo de la tumba y entra en posesión de la soberana potestad que se le ha dado en la tierra y en el cielo, cuando ya el mundo no puede dudar de la verdad de su palabra ni de su dominio supremo sobre todas las criaturas, porque había visto brillar los rayos de su gloria en tantos milagros, que le adelantaban Señor del universo; y en fin, cuando ya con su resurrección había mostrado su divinidad, entonces se prepara á formar otros

hombres, que se le parezcan en el orden de la gracia, quiere dejar sucesores, desea multiplicar y perpetuar el mismo en los que simularán con la virtud de su presencia y de sus discursos. Para esto se atribuye á sus discípulos cuando estaban juntos, y como que conoce y quiere que conozcan que va á elevarlos hasta la altura de su soberana dignidad, como si quisiera acreditar que se prepara á una acción tan grande, que necesita de un esfuerzo particular, sepa sobre ellos.

[Sople sobre ellos. ¡Qué imagen, señor, un Dios que sopla sobre hombres! Con esta acción significa que quiere comunicarnos un espíritu, infundirles sus propios alientos, pasar á aquellos coramones el fuego, la virtud, el calor que animaban el suyo. Parece que hace uno de los mayores y de los más milagrosos esfuerzos de su inmensa caridad, y que por este movimiento extraordinario le quiere trasladar su alma, su fuerza y su autoridad.

No hizo tanto para la creación del mundo, ni jamás se le vio accion en que se manifestase tanto amor. ¡Y qué les

dijo después de haber soplado sobre ellos? *Recibid el Espíritu Santo. Los pecados los serán perdonados á aquellos á quienes sea el viento levante, y retenidos á los que sea el viento contrario.* Como si dijera: Yo soy el Cordero que quita los pecados del mundo, yo los venido á sacar los pecados; pero yo no voy, y se dejó en mi lugar, yo ratificaré lo que he hecho en mi nombre, yo os hago mis legados. Vos seréis en mi ausencia como yo soy, príncipes de la paz, padres del siglo futuro, árbitros del género humano, los verdaderos lumineros de la tierra; y os envío á los que la habitan, como mi Padre me ha enviado á mí.

[¿Quién puede encerrar una misión tan alta, una confianza tan digna y tan alta? El hombre-Dios puso en los apóstoles y sus sucesores en aquel momento cuanto la naturaleza mortal parece capaz de recibir de su gloria y de su magnificencia, que es su poder sobre el corazón y los pensamientos de los hombres. Este hijo muy amado y amado los hizo en cierto modo como él es, la reverberación del esplendor divino, la repetición de la grandeza infinita, la figura de la impenetrable sustancia, y le dio, como él había recibido, las naciones de la tierra por imperio. ¡Ay, señor! ¿quién puede pensar que aquellos á quienes Dios ha concedido dignidad tan alta, y á quienes nos manda confesar nuestros pecados, no sean nada que hombres?

Sin duda que los confesores son hombres, y tal vez débiles como los penitentes; pero como ministros de Dios, como representantes de su autoridad, son otros tantos Cristos, hijos de Dios vivo, y están marcados con un carácter divino no que en cierta manera los saca de la clase de hombres, que los hace de otra especie diferente, y los eleva á un grado elevado en el mundo, que casi pertenece al cielo. Sus hombres; pero la virtud del Altísimo reside en ellos, y son un ministerio superior á los ángeles, por la fuerza y semejante virtud que les comunica su incorporeidad en el sacerdocio eterno de Jesucristo, y por su unión con él para conducir la mayor obra de Dios, que es la fundación de su sublime é incorruptible imperio.

[¿Escurra que comunicó con un soplo de su boca el Espíritu Santo á los apóstoles, y por su virtud la comunicó á sus sucesores para que concedan en su nombre perdón de los pecados. Este perdón dado por el hombre viene del poder divino y es obra suya, porque el hombre jamás pudiera concederle á otro hombre. Solo Dios puede perdonar los pecados; pero el hombre que ha recibido el Espíritu Santo, puede concederlo, porque el Espíritu lo puede todo, como que es Dios. Y como Jesucristo, hijo único del Padre, y cuyo Espíritu es el espíritu del Padre,

bia traído á su casa, tal vez con el designo de perdonarnos? Yo me ejercité, mientras duró el sacrificio, con ideas de esta especie no seguras, no tranquilas, sino tumultuosas y desconfiadas.

Pero jamás podré explicarte la impresión que sentí en el momento de la elevación: cuando la campanilla me avisó que Jesucristo estaba allí, mi terror religioso se apoderó de mi alma, se me erizóron los cabellos de mi cabeza, la sangre me corria en ímpetu por las venas, y me parecía estar fuera de mí. Yo hubiera querido escapar, en mi corazón más ansioso y confundido; pero ¡jefe de mí! con el dolor más terrible, y sobre todo, más insuportable á la religión, me parece que sentí una confusión y terror. Con todo, á pesar de mi confusional situación, me pareció que hubo momentos en que lo perdí, creí y perdí, reconociendo con humildad que era necesario que él me enseñara á pelearle, y que solo él podía inspirarme una confianza constante. Luego que el padre, como la misa, me llevó á mi aposento y se retiró discretamente que al siguiente día empezáramos la confesión.

[No admira, Teodoro, el poder que tiene este padre sobre mí? ¡Cuántas veces su presencia sola ha calmado ya mis turbaciones y serenado mi corazón! Sin duda sola penetra mi alma de este sentimiento religioso, de esta impresión evangélica que hace sentir con amor y respeto al virtuoso. En su recogimiento, su modestia, su sencillez, en todo su exterior parece que están resumidos todos los consejos del Evangelio, y con coloridos amables. Desde que conozco santos, me ha parecido que uno de los grandes rasgos visibles de la santidad de la religión, es este poderoso é inimitable carácter de sujeción, de franquear y de seguridad que da á los que viven según el espíritu.

Tú no lo sabes ni yo tampoco, Teodoro, pero ya ves que hay en la tierra hombres gloriosos del universo, que viven y mueren sin que la misa su siglo, y que con todo eso á los ojos de Dios, los únicos grandes hombres que merecen el respeto y la admiración pública. Los estatutos de los conquistadores y de otros mártires de la gloria humana se hundirán en el mismo abismo que se tragará todos los trozos y reinos de la tierra, y esto sucederá en el momento en que se desparezcan de ella el último de los escogidos. Entonces toda dominación y gran gloria terrestre se borrará con el resplandor de la corona celestial: de que estará adornado el discípulo humilde y oculto de la cruz y de la penitencia.

Entonces empezará la reputación de los héroes de la gracia y de la eternidad. Entonces nada será estimado y admirado si no se conforme á los pensamientos de Dios. El farol de la inmutabilidad razon, de la incorruptible verdad alumbrará por la primera vez, y á su luz se contemplarán las expensas, los trabajos y todos los movimientos que han agitado á cada uno de los hijos de los hombres.

Entonces verán todos los cristianos que el universo no era un espectáculo augusto y digno de la vista de su Criador, ni por la extensión de sus imperios, ni por la magnificencia de sus capitales, ni por la celebridad de sus soberanos; sino porque sería de paso á los ciudadanos del reino de la eternidad, porque era el lugar destinado á las pruebas, á las tribulaciones y amarguras que era necesario padecerian antes de poderse elevar á la participación de la gloria y de la visión beatífica de su Dios.

Entonces se verá que el gremio modesto y desconocido de los justos era el motivo secreto de toda la obra de la creación, que todo se hizo y subsistía por él, que sus oraciones y peticiones eran la causa porque Dios difería el castigo de los delincuentes, y que los suplicios de un corazón inocente y puro influían en los destinos de los Estados y naciones, que toda la política de los que se figuran gobernar el mundo y tener en su mano la suerte de los pueblos.

[Si Teodoro solo Dios puedo presentar al justo un objeto tan grande y excelente como es él mismo, y solo en la inmensidad de los eternos siglos puede hallar el motivo de lo que debo ser tu día. Los nombres de los dioses de la tierra están escritos sobre el polvo; pero los que forman á Dios serán eternamente grandes, porque lo serán á sus ojos y solo la divina gloria subsistirá después de la ruina de todos los edificios y monumentos de la tierra.

[¿Ay, Teodoro! Yo quisiera decir á todos los que son tan insensibles como yo lo he sido, hijos de los hombres, adoradores estériles de las pasiones y vanidades de un mundo que se acaba, si la compasión que inspiras viéndome que persigo una alma inmortal, no fuera más fuerte que la indignación que causa el horror de vuestra conducta, yo os diría que merecís un yugo tan infame; porque solo los espíritus nobles y los grandes corazones son capaces de elevarse á la altura del Evangelio, y solo ellos son dignos de conocer la majestad y la hermosura de la religión.

Pero no me pertenece á mí, que he sido el más infame de todos, improperar á mis hermanos. Nunca debo olvidar que todos los corrompidos perversos tienen derecho de preguntarme: ¿Quién es el que me ha sacado de en medio de ellos? El que por bondad de su soberano ha sacado de la oscuridad y de la indignación, debe enterarse más cuando ve las amarguras que sufren los inocentes que deja en su antigua situación, y no perder nunca de vista que él ha estado en la clase de los miserables. La de los malos y perversos es la mía.... ¡Desgraciado de mí si dejo un solo día de pagar á mis compañeros un tributo de lágrimas con la memoria de que he estado cargado con las mismas culpas, y con la experiencia de los mismos males y tribulaciones que padecen ellos! Adios, Teodoro mio, hasta mañana.

## CARTA XXI.

## EL FILOSOFO A TEODORO.

Este día, Teodoro, vino el padre y me llevó á la misma capilla donde dijo la misa. Me pareció que yo la oí con alguna más tranquilidad y devoción, y que mi corazón empezaba á sentir algo consuelo con la idea de la presencia de su Dios. Luego que concluyó el padre, volvió á inclinarme á mi aposento, y habiéndose sentado, me dijo:

Hoy, señor, debemos empezar á tratar de la confesión; cuando recibió la Iglesia esta autoridad de Jesucristo, pues luego que se levantó con una luz más clara que la del día; que en efecto nuestro Salvador diría al diablo el poder de perdonar los pecados en su nombre, haría esta grande obra con mayor confianza, y conocería al mismo tiempo la obligación que impuso á los fideles de confesar los pecados.

De muy de observar, señor, la circunstancia en que el divino Redentor comunicó á sus apóstoles el poder más alto y extraordinario que se ha conferido jamás en la tierra, pues los estableció reconciliadores y salvadores de sus hermanos. Después de haber consumado con su suceso el último misterio de su misión laboriosa, después que ya vencedor de la muerte y del infierno solo de la tumba y entra en posesión de la soberana potestad que se le ha dado en la tierra y en el cielo, cuando ya el mundo no puede dudar de la verdad de su palabra ni de su dominio supremo sobre todas las criaturas, porque había visto brillar los rayos de su gloria en tantos milagros, que lo adornaban Señor del universo; y en fin, cuando ya con su resurrección había mostrado su divinidad, entonces se prepara á formar otros

hombres, que se le parezcan en el orden de la gracia, quiere dejar sucesores, desea multiplicar y perpetuar el mismo en los que simularán con la virtud de su presencia y de sus discursos. Para esto se atribuye á sus discípulos cuando estaban juntos, y como que conoce y quiere que conozcan que va á elevarlos hasta la altura de su soberana dignidad, como si quisiera acreditar que se prepara á una acción tan grande, que necesita de un esfuerzo particular, sepa sobre ellos.

[Sople sobre ellos. ¡Qué imagen, señor, mi Dios, que sepa sobre hombres! Con esta acción significa que quiere comunicarnos un espíritu, infundirles sus propios alientos, pasar á aquellos coramones el fuego, la virtud, el calor que animaban el suyo. Parece que hace uno de los mayores y de los más milagrosos esfuerzos de su inmensa caridad, y que por este movimiento extraordinario les quiere trasladar su alma, su fuerza y su autoridad.

No hizo tanto para la creación del mundo, ni jamás se le vió acciones en que se manifestase tanto amor. ¡Y qué les

dijo después de haber soplado sobre ellos? *Recibid el Espíritu Santo. Los pecados los serán perdonados á aquellos á quienes sea por el viento, y retenidos á los que vos los retuviereis.* Como si dijera: Yo soy el Cordero que quita los pecados del mundo, yo los venido á sacar los pecados; pero yo no voy, y se dejó en mi lugar, yo ratificaré lo que he aquí en mi nombre, yo os hago mis legados. Vos seréis en mi ausencia como yo soy, príncipes de la paz, padres del siglo futuro, árbitros del género humano, los verdaderos lumineros de la tierra; y os envío á los que la habitan, como mi Padre me ha enviado á mí.

[¿Quién puede enseñar una misión tan alta, una confianza tan digna y tan útil? El hombre-Dios puso en los apóstoles y sus sucesores en aquel momento cuanto la naturaleza mortal parece capaz de recibir de su gloria y de su magnificencia, que es su poder sobre el corazón y los pensamientos de los hombres. Este hijo muy amado y amado los hizo en cierto modo como él es, la reverberación del esplendor divino, la repetición de la grandeza infinita, la figura de la impenetrable sustancia, y le dio, como él había recibido, las naciones de la tierra por imperio. ¡Ay, señor! ¿quién puede pensar que aquellos á quienes Dios ha concedido dignidad tan alta, y á quienes nos manda confesar nuestros pecados, no sean nada que hombres?

Sin duda que los confesores son hombres, y tal vez débiles como los penitentes; pero como ministros de Dios, como representantes de su autoridad, son otros tantos Cristos, hijos de Dios vivo, y están marcados con un carácter divino no que en cierta manera los saca de la clase de hombres, que los hace de otra especie diferente, y los eleva á un grado elevado en el mundo, que casi pertenece al cielo. Son hombres; pero la virtud del Altísimo reside en ellos, y son un ministerio superior á los ángeles, por la fuerza y semejante virtud que les comunica su incorporeidad en el sacerdocio eterno de Jesucristo, y por su unión con él para conducir la mayor obra de Dios, que es la fundación de su sublime é incorruptible imperio.

[¿Escurra que comunicó con un soplo de su boca el Espíritu Santo á los apóstoles, y por su virtud la comunicó á sus sucesores para que concordan con su nombre perdón de los pecados. Este perdón dado por el hombre viene del poder divino y es obra suya, porque el hombre jamás pudiera concederle á otro hombre. Solo Dios puede perdonar los pecados; pero el hombre que ha recibido el Espíritu Santo, puede concederlos, porque el Espíritu lo puede todo, como que es Dios. Y como Jesucristo, hijo único del Padre, y cuyo Espíritu es el espíritu del Padre,

ha dado esta Espirita a sus ministros para que puedan perdonar los pecados, cuando les dijo: *Recibid el Espíritu Santo. De aquí viene que ellos tienen la facultad de perdonar.*

Nosotros pues debemos recurrir al Espíritu Santo para obtener esta perdón, y no lo debemos pedir porque no lo concederá sino a los que lo desean y lo piden. El Espíritu Santo no puede ser engañado. El hombre puede serlo, porque aunque tiene el Espíritu, no le ha recibido para ser, no como el que lo pide perdón. Pero no es posible engañar al Espíritu Santo, y si que fuere tan inconstante que lo falte, no conseguirá más que añadir mayor pecado. Y qué dólito fuera querer engañar al Espíritu Santo. Hicieron: Por este pecado murieron repentinamente Ananías y Safira. "No os a hombres, los dijo su Padre (1), a quien habéis mentado, sino a Dios."

Esto es un punto tan terrible, que se llama pecado contra el Espíritu Santo, y del que dice el Evangelio que es muy difícil de perdonar. Esto sirve para conocer la rectitud y sencillez con que debe el penitente presentarse a los ministros de Jesucristo para obtener la remisión de sus culpas. Pero son tal que el Espíritu Santo sea un atestado que lo que se hablan dicen, el pecador puede conocerse con confianza, y tanto el Espíritu Santo como su ministro le dirán: "Veo en paz, tu fe te ha salvado." Porque esto puede no haber sido tal al hombre para perder los hombres, sino para darles la vida. Y cuando el penitente estuviera tan seguro como un vallador, el Espíritu Santo le resucitará.

Las palabras de Jesucristo son tan claras que no necesitan explicación. Siéndole sobre los apóstoles los días que recibió el Espíritu divino. Y para que. Para que puedan perdonar y recibir pecados, ofreciendo sacrificio lo que ellos le han. Por eso el concilio de Trento escribió con el mismo consentimiento de la tradición, dice que la Iglesia ha reconocido siempre por esta palabra un sacramento instituido para la remisión de los pecados que se cometieron después del bautismo. Su embargo de un origen tan evidente como antiguo, las heresias de otros últimos tiempos se han atrevido a atacar la doctrina de la Iglesia sobre este artículo; pero lo que os diré en silencio os hará ver la poca razón, y el ningún fundamento con que lo han hecho. Y para poderlo hacer con método, ve aquí el orden con que me propongo explicar este punto.

Empezaré hablando de lo que es más sensible en el sacramento de la penitencia; esto es, la confesión de los pecados. Os haré ver la necesidad, las razones, la preparación y las condiciones. Después de esto examinaré las disposiciones en que debe estar el penitente para recibir la absolución, y en fin, hablaré de la nulidad, y de las precauciones necesarias para conservar la gracia de la reconciliación, y aquí debo decir, señor, que no parece que después de largo tiempo vos me enseñéis sin decir una palabra. "Qué, no me os ofrece ninguna dificultad? No necesitáis de ninguna explicación?"

Yo le respondo vos mismo, padre, me habéis recomendado el silencio para no turbar el orden de vuestras ideas.

(1) Act. V, 4.

Esto era, señor, me dijo el padre, en el momento en que según el hilo de los hechos de la religión, y entonces dificultades interpuestas no solo le habrían estado, sino que podían alejarnos del blanco; pero ahora que tratamos puntos dogmáticos en que no hay otro riesgo, os aplico me interrumpiré siempre que os pasen. Vuestras obligaciones o preguntas podrán por el contrario ayudar a entenderos mejor. Yo le prometí hacerlo siempre que me pareciese oportuno, y el padre continuó.

Empezemos hoy por establecer bien la potestad de la Iglesia de perdonar los pecados, y la obligación que tienen los cristianos de reconoceros y confesarlos. Para esto necesito las palabras de Jesucristo con tanta atención como respeto, y en ellas hallaremos toda la instrucción necesaria. Repetimos estas palabras; Jesucristo dice: *los pecados serán perdonados a los que vos los perdonareis, y retenidos a los que vos los retuviereis.* Yo pregunto: ¿de qué expresiones podía servir para explicar de modo más claro y más preciso un poder ilimitado, sin distinción ni reserva? ¿Quién tiene derecho de poner distinciones o reservar poder? ¿a él no le ha puesto? ¿Podemos nosotros hacer conjeturas cuando el Señor? ¿Y cómo los herejes modernos que nos imputaron con arrogancia que nos apartamos sobre tradiciones humanas, se atreven a sacudir sus visiones en un asunto tan importante, cuando una fe y sagrada tradición no hace otra cosa que proponer simple y literalmente el sentido natural y genuino de estas santas y solemnes palabras del Evangelio?

Es evidente que la Iglesia no puede ni perdonar ni retener los pecados a los que conoce. Es también evidente que nadie puede dudar el perdón si no lo pide. Pero que la Iglesia haya recibido de Jesucristo un poder ilimitado para remitir o condonar a sus hijos los pecados que la confiesan y de que la piden perdón, es una verdad tan claramente anunciada en las palabras de Jesucristo y tan constantemente practicada desde los apóstoles a nosotros, que no se puede concebir cómo se ha querido alterar de nuevo, una costumbre sostenida por la práctica, y la profesión pública y solemne de la Iglesia en todo tiempo que la Escritura y la tradición antiguas apoyan con tanta fuerza.

Supuesto este poder, es claro que aun cuando no fuera tan cierta y tan consiguiente la obligación de someternos a él como es, la prudencia sola nos aconsejaría hacerlo; porque en asunto de interés tan considerable, o por mejor decir, único y esencial, no se debe consultar otra ley ni seguir otro consejo que el de la mayor seguridad. Sería un error extravagante raciocinio decir: Bien sé que la Iglesia puede perdonarme mis pecados y que si me los perdona; Dios ratificará el perdón; sé también que mi mayor fidelidad es que Dios me los perdona; con todo, quiero ver si hay otro camino para conseguirlo. Porque si le podría decir: No hay otro, y cuando lo hubiera, no es tan claro ni tan seguro como este, ni Dios nos lo ha manifestado. Vos podéis producir discursos, formar opiniones; pero jamás serán tan ciertas, y por más que hagáis todas podéis establecer otro medio en que no haya mil dificultades y peligros.

Para hacer ver a los protestantes que se separan de la Iglesia la fuerza que sería esta disputa, yo quiero suponer por un momento que sea posible encontrar otro medio, pero no podré negar que sea el que fuere, no será tan obvio,

tan seguro, tan acreditado como el nuestro. Ellos son quienes niegan, y lo confiesan, que el medio de la Iglesia es cierto, que no hay duda que Jesucristo la dió el poder de perdonar los pecados; pero añaden que no es tan claro, lo que debe hacer el penitente, y si esto debe considerarlo indistintamente, y concluyen, que para esta obligación no está expresada, no es necesario ajustarse a ella. Pero después de haberse que esta obligación está necesariamente expresada, yo sé que una instancia el raciocinio que hacen; yo estoy dispuesto de obtener el perdón si la Iglesia me lo concede y ando a la vez podrá obtener de otra manera; deo pues el primer partido para abandonar al riesgo del segundo, y tal es en esta instancia la conclusión de su conducta. Nada discurrirán en el negocio más ligero, y parece que solo en el de la salud eterna es permitido alejarse de la oscuridad.

Pero no dejemos ninguna oscuridad en asunto tan importante, y hagamos ver que es tan cierto y tan de fe que la Iglesia ha recibido este poder, como lo es que estamos obligados a ocurrir a ella, pedirle y recibir su perdón, cuando podemos; o a lo menos cuando no podemos, a desearlo con intención de ejecutarlo luego que podamos. Y para esto volvamos a las palabras de Jesucristo: *No solo, dice, lo que perdonareis será perdonado, sino lo que retuviereis será retenido.* Y san Mateo explica lo mismo con estas palabras (1): *Lo que vos desatareis será desatado, y lo que vos atatareis será atado.* Observad bien estas expresiones: *lo que atatareis, lo que desatareis*, porque ellas designan el punto sin réplica, cuando se entendido como puede la Iglesia atar los pecadores o los pecados.

Hablado con rigor, la Iglesia no puede atar a nadie con las ligaduras del pecado. Como Dios no puede ser autor del mal, se una Iglesia tampoco. Ella puede obligar nuestra conciencia con preceptos cuya observancia nos obliga a ser en pecado mortal, si los dejáramos de observar por desprecio de su autoridad; pero en este caso nos ata del mismo modo que Dios nos ata con sus mandamientos, y estos lejos de ser la causa del pecado, no se han dado a los hombres sino para preservarlos. En una palabra, ni Dios ni la Iglesia son ni pueden ser la causa, es únicamente la voluntad del pecador la que forja los grillos y cadenas que le atan en su dura y vergonzosa esclavitud.

La Iglesia pues, lejos de atar o apretar las ligaduras, no trabaja sino por romperlas; lo que hace únicamente es no desatar a los que habiéndose atado ellos mismos con las ataduras del pecado, la fuerzan con su obstinación a no considerarse la gracia de su libertad: *Non impediendo militiam, sed non impediendo misericordiam.* Así el atar de la Iglesia es lo que son Juan llama retener o no desatar, y esto manifiesta la obligación en que estamos de someter a su poder todo lo que nos ata; pues Jesucristo ha dicho: *Todo lo que vos retuviereis y desatareis será remitido y desatado en el cielo; también ha dicho: Todo lo que retuviereis en la tierra, será atado en el cielo, y lo que se atare en la tierra, será atado en el cielo.* Y si confesamos que también los atar los secretos, imaginad quién podrá desatarlos sino la Iglesia, a quien Jesucristo dice que todo lo que ella no desatare quedará atado.

Los protestantes insisten diciendo que la Iglesia no conoce los pecados secretos y que es imposible que los perdona sin conocerlos. Tienen razón; pero que no se olviden de lo que dije, y vos, señor, también presente. Porque precisamente la Iglesia ha inferido la necesidad de confesar todos los pecados mortales para obtener su perdón; pues por lo mismo que es su ministerio que los conoce para que los perdona, es que desea el perdón debe hacerlos conocer. Pero esto tanto que vudvo a tratar este punto, los preceptos; así por ventura no hay otro motivo de conocer un delito que su publicidad.

De esto mismo las verdades definitivas por el concilio de Trento. La primera, que todos los pecados que nos excomulgamos del reino de Dios y por consiguiente nos atan y obligan que son los mortales, no pueden ser perdonados y remitidos sino por la absolución que nos da la Iglesia; y esto es lo que dijo Jesucristo. Lo que no desatareis quedará atado. La segunda, que todos los pecados que no excomulgamos del reino de Dios y que no atan, pueden someterse a una autoridad para que los perdone; pero que no es de obligación hacerlo, porque como no atan ni excomulgan del cielo, no es necesario declararlos de ellos para entrar en él, y todo esto está tan claramente contenido en las palabras de Jesucristo, que es inútil detenerse más. Ellas solas lo dicen todo.

Por un lado dar a la Iglesia el poder de perdonar. Todo lo que remitiereis y desatareis, será remitido y desatado, esto es muy claro; por otro: *Todo lo que no desatareis quedará atado, esto no lo es menos.* Resulta pues que solo los pecados que no atan para el cielo, que se llaman veniales, son los que se no pueden perdonar sino que estemos obligados a pedir perdón al ministro de la Iglesia, aunque sea un tal, santo y hombre sumerido a su poder, como lo practican las personas piadosas. Esta es la doctrina del concilio de Trento, tan conforme a las palabras de Jesucristo, que es imposible entenderse de otro modo.

Algunos de los protestantes replican: Está bien que se sometan a la Iglesia los pecados públicos que son contra su policía exterior, y pueden tener derecho para esto; pero qué derecho pueden tener sobre los secretos que nadie sabe y que yo solo conozco? Los que hacen esta objeción, no consideran que es contra Jesucristo, que ha hecho la ley y que Dios positivamente que lo que la Iglesia no desata quedará atado. Cuando yo no supiera dar razón de ello, nada importaría, pues desde que Jesucristo manda, basta exponer su precepto aunque no se pueda dar razón del motivo, sobre todo cuando es tan claro como este.

Peró preguntan, ¿qué derecho tiene la Iglesia? Yo respondo, el que la ha dado Jesucristo; seguramente no tiene ni puede tener otro; pero es claro que Jesucristo se lo ha dado, pues la dice: *Todo lo que no desatareis quedará atado.* No ha distinguido el público de lo secreto; sus palabras mismas excluyen esta distinción; pues dicen generalmente: *Quocumque.* (De qué sirven pues todos esos miserables argumentos contra texto tan claro y tan preciso? O probad que solo los pecados públicos son atados, si confesamos que también los atar los secretos, imaginad quién podrá desatarlos sino la Iglesia, a quien Jesucristo dice que todo lo que ella no desatare quedará atado.

Los protestantes insisten diciendo que la Iglesia no conoce los pecados secretos y que es imposible que los perdona sin conocerlos. Tienen razón; pero que no se olviden de lo que dije, y vos, señor, también presente. Porque precisamente la Iglesia ha inferido la necesidad de confesar todos los pecados mortales para obtener su perdón; pues por lo mismo que es su ministerio que los conoce para que los perdona, es que desea el perdón debe hacerlos conocer. Pero esto tanto que vudvo a tratar este punto, los preceptos; así por ventura no hay otro motivo de conocer un delito que su publicidad.

Si un delincuente, único testigo de su delito, aunque se-

(1) Matth. XVI, 19.

guro que nada puede descubrirle, se siente penetrado de horror y confusión, si va á echarse á los pies del rey ó de un ministro dignatario para ello y confesando su iniquidad, implora gracia, se puede dudar que no haya dado todo el conocimiento necesario para obtenerla? La misma obligación de someterse al poder de la Iglesia para obtener el perdón de los pecados mortales, prueba la que tenemos de confesarlos todos. ¿Y qué? porque la Iglesia no pueda conocerlos sin que se la confiesen, ¿será razón para que, no se le pida perdón, aunque sea difícil darle este conocimiento? Esto parece absurdo. Pero aun digo más, y es que los otros medios de conocer los delitos pueden servir para justificarlos legalmente, para condenar y castigar al culpado; pero no para absolverle, y que solo su declaración libre y voluntaria puede merecerle esta indulgencia, pues ella sola puede probar su arrepentimiento, y que sobre ella sola puede fundarse su perdón.

También nos dicen que basta confesar á Dios sus pecados, que él solo es el que los puede perdonar y que con los pecados secretos solo es él el que los ha olvidado y no á otro alguno. ¿Pero á quién puede confesar los pecados secretos sino á Dios? Es primera palabra que Dios es: *Y así confiesá á Dios.* Si el sacerdote que los ve no supiera que solo se dirige á él, porque representaba la misma persona de Jesucristo, ¿tuviera el derecho de escucharle y se atrevería á permitir que se pudiesen á sus pies? ¿Y qué es el sino otro hombre como él y qué más difícil y qué es el sino serro, como él penitente, del mismo soberano Señor? Es pues ciertamente á los pies de Jesucristo á quien se arrajan los penitentes, y si ellos ni el sacerdote lo pueden dudar.

Esto mismo divino Salvador no nos ha dicho que allí donde yo ó tres se juntan en su nombre, él estará en medio de ellos? ¿Y cuando lo dijo? Observad esto, señor inmediatamente después que habéis escuchado que se prometa de entrar entre los que se juntan en su nombre, se cumplirá, principalmente en la confesión. Y en efecto, si los hombres pueden juntarse en nombre de Jesucristo, ¿cómo pueden hacerlo mejor que allí? Jesucristo faltará á su palabra? Es pues indudable que está entre el ministro y el penitente para recibir su confesión. El ministro no lo recibe sino en su nombre, y el penitente no lo hace verdaderamente sino á él: *se me confiesan á Dios.*

Que consuelo, señor, para una sola penitencia de dolor, confesión, esperanza y temor, saber que cuando se dice á los pies del ministro de la reconciliación, Jesucristo lo ve y está presente, y así es Jesucristo á quien adora, á quien habla, á quien se acusa de sus miserias, á quien implora, y el que le perdona y absuelve por la mano de su sacerdote. ¿Y? tened esto presente en el momento que os confesados, no olvidéis que Jesucristo está allí entre nosotros, y que es él á quien os dirigís cuando os habláis. ¿Quién que venga un día de fe, irá allí á hacer distinción, á disputar con Jesucristo?

Reflexionad que apenas habéis doblado la rodilla, cuando ya está delante, que ya os escucha, que viene para perdonaros y conocerlos todo lo que le pedís, que es la suma bondad, y que jamás ha negado nada á nadie. Es verdad que no os concederá sino lo que le pedís y manifestáis. ¡Hallaréis pues ventaja en ocultarle algunas de vuestras llagas

ó de vuestras necesidades! ¡Qué delicia! Lejos de eso, después de haberlo representado todo lo que sabéis, pedid lo que os daña lo que él sabe y vos no conocéis.

Ya sabemos que solo Dios nos puede perdonar los pecados, que él solo nos puede dar la absolución; pero no es dueño de darla del modo y con las condiciones que quisiera? Y si no ha querido darla sino por el ministerio de su Iglesia, si ha dicho que todo lo que ella no desate quedará atado, ¿todos nuestros discursos harían que no lo haya dicho él que made el orden que quiso establecer? ¿Y como decía que los pecados secretos no ofenden más que á Dios? Respondebme pues: ¿A quién habéis pedido y de quién habéis recibido el perdón? Acordaos de la primera pregunta que se os hizo en él: ¿Qué pedís á la Iglesia de Dios? Vos respondisteis, la fe de la Iglesia. Pues recibisteis la fe. ¿Y qué lo recibisteis? ¿Es acaso una fe muerta, una creencia simple y desengañada de las verdades de la religión, sin esperanza ni caridad? Escuchad al concilio de Trento (1):

“La fe, si no se junta la esperanza y la caridad, no nos una perfectamente con Jesucristo ni nos hace miembros vivos de su cuerpo. Por eso se dice con verdad que la fe sin obras es fe muerta y ciega, que en Jesucristo la circuncisión ó la institución, no son nada sin la fe que obra por la caridad. Estas son las fe, que según la tradición de los apóstoles, piden los catecúmenos á la Iglesia cuando la piden la fe, que da la vida eterna, y la fe sin la esperanza ni caridad no la pueden dar. Por esto la Iglesia los responde inmediatamente: Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos. Así pues, aquellos que la Iglesia engendran en Jesucristo, reciben la justicia cristiana, como una túnica preciosa, y deben guardarla pura y sin mancha hasta Jesucristo, para presentarse con ella á su tribunal y obtener por su medio la vida eterna.”

Palabras admirables, señor, que nunca debiéramos olvidar. Nosotros no nos unimos á Jesucristo sino por la Iglesia y por la fe que hemos recibido de ella, y esta fe es la que nos da la esperanza y la caridad. Esta es la fe que hemos pedido á la Iglesia, la que hemos prometido guardar hasta el día de Jesucristo, la que debemos presentar en su tribunal para obtener la vida eterna. Es con estas condiciones que la Iglesia nos ha engendrado, nos ha unido con Jesucristo y nos ha hecho hijos de Dios. ¿Y qué ha exigido de nosotros? Que guardemos los mandamientos. Nosotros lo hemos prometido. Nos ha mandado que con solemnidad renunciamos al demonio, á sus obras y sus pompas, y lo hemos jurado. Nos ha ordenado conservar pura la preciosa túnica de fe que Jesucristo nos ha vestido, y lo hemos jurado. Nuestros pecados han sido públicos, y si los pecados son secretos, no por eso han sido menos violados.

Si por ser secretos no rompemos la comunión y las relaciones exteriores que tenemos con la Iglesia, las intenciones que nos unen con su espíritu y su villa quedan todas cumplidas y cumplidas. Y si nosotros nos que miseriosos muertos de su cuerpo, y lo que es peor, también hemos dado la muerte á la fe que nos unía con ella. La Iglesia nos la había dado viva, nosotros habíamos prometido conservarla así, pero ya está muerta. ¿Y decís que con vuestros pecados secretos no habéis ofendido más que á

(1) Conc. Trid. sess. VI, cap. VII, circa med.

Dios? ¡No habéis pues ofendido también á la Iglesia! ¡No la habéis hurtado hasta en lo más íntimo! ¡No habéis roto los lazos preciosos que os unían con su villa!

¿Y quién podrá restituirnos todos los bienes que habéis perdido, sino la misma que os lo dio la primera vez? Dios no nos concede nada sino por ella. No podemos, pues, volver á entrar en gracia de Dios sino entrando en gracia de la Iglesia. Y así como ella sola puede hacer que volvamos á entrar en su comunión exterior, cuando por desgracia la rompemos, así ella sola puede hacernos entrar de nuevo en la comunión de su espíritu cuando con los pecados secretos la rompemos. La que es una, no tenemos otro recurso. ¿Pero cómo ejerceré este poder si el culpado no la confiesa libre y voluntariamente en delito? Cuando la Iglesia quisiera este pecado por otros medios, ¿podría desagraviar, reconciliarlo y absolverlo? Es pues claro que la confesión libre y voluntaria de todos los pecados públicos ó secretos, es el único medio que puede poner á la Iglesia en estado de perdonar esos y otros.

También nos dicen que la ley de gracia es una ley de amor, y que la confesión es impropiable; pero no es más que un sistema que después de un equívoco. ¿De qué amor hablad? Si duda no es del amor propio que se usa para que no trabaja sino por satisfacerse y halagarse á sí mismo. Si esto fuera, sería necesario borrar esta palabra de Jesucristo (1): “Si alguno quiere venir en pos de mí, que renuncie á sí mismo, que cargue con su cruz y me siga.” Y esta otra de san Pablo (2): “Los que son de Jesucristo han sacrificado su carne con todos sus deseos y concupiscencias.” Y también la de san Pedro (3): “Abstenéos de los deseos carnales que no osan de combatir el alma.” En una palabra, sería necesario suprimir toda la Escritura y la religión, como tan enemigos del amor propio y que no enseñan sino á vencerse y mortificarse.

Si la ley de gracia es la ley de amor, es porque verdaderamente amigo del hombre, no se propone más objeto que su bien: ¡pero cómo! haciéndole conocer su dignidad, la grandeza de su origen y la sublimidad de su vocación, despojándole de todo lo que le mancha y envilece, y mandándole todo lo que debe hacerle feliz. Ve aquí cómo le habla esta ley de gracia.

Te te engañas en todos los extrínsecos, te aspiras á ser feliz, y tienes razón, porque no has sido criado sino para ser feliz; pero estás tímido está el verdadero bien, ¿dónde se halla la paz y la alegría del corazón, y empieza ahí. Quisiera encontrarte si te obtienes en búsqueda donde no está. Tú has creído hasta ahora encontrarte en lo que hasojen tu orgullo, tu ambición y el amor de las riquezas y placeres; pero esto es tu engaño, y ya la experiencia debía haberte convencido de lo que digo. Tú no la tienes de las delicias que yo prometo, porque nunca las queréis probarlas, pero ya debes saber por lo menos que si por el alma no se halla entre los placeres mundanos. Mira bien, observa á los que me siguen, y los verás llenos de alegría, y tú estás lleno de inquietud y de tristeza. Ellos cuando combaten sus pasiones, hallan la paz que tú no encuentras cuando satisfacéis las tuyas. Tú eres esclavo de su imperio tumultuoso

(1) Matt. XVI, 24.

(2) Ad Galat. V, 24.

(3) I, Petr. II, 11.

y gimes con el yugo con que le gravan. Ellos tranquilos mandan á sus tiranos y gozan de su abundante libertad.

Ve aquí lo que dice esta dulce ley de gracia y de amor: tratamos de aplicarla á la confesión de los pecados. El fuego de las pasiones precipita á un joven en voragosos excoriamos. ¿Qué le queda cuando ya pasaron? Confesión y reconciliación. Su alma sufre y él apenas puede confortarse. Quisiera romper sus cadenas y se envuela más en ellas. Contina sus pasiones y lo arrastran. Se corre del orobio que lo cubre y no tiene fuerza para asueldarle. La conciencia también á veces se despierta y le importan. El hace esfuerzos para no oír sus gritos, pero á su pesar penetra hasta su corazón y la llama de horror. El mismo que no muere empieza á roerle, y hasta el ardor del fuego inextinguible le hace ya temblar.

El entonces, para lograr alguna calma en tan intolerable situación, se dice á sí mismo interiormente que no sabe lo que sucederá después de la muerte, que algunos piensan que es la nada nuestro último paradero y que puede ser, . . . . . ¡Infeliz joven! ¿a qué nos tan delirio; pero ¿qué puede estar seguro de esto? ¿quién se atreve á fur en tan extravagante puede ser? ¡quién nos son los profetas y los mártires de tan infamada é impía revolución! Vos lo conocéis tan bien como yo. Pues examínate bien. Esa vil esperanza que es la tina que te queda, ¡no es más hija de tu deseo que de tu corazón! El motivo que lo quiere persuadir, no debe hacerte sospechar. ¿Cómo has llegado á tan miserable situación de no conocer otra felicidad que la de la eterna destrucción?

Tú dices puede ser, . . . . . Cuando yo no te respondiera más que permitiéndote por ahora; pero también puede ser, . . . . . ¿Qué será de tí ¡infeliz! ¡teniente te complacez en situación es deplorable. Todos esos dolores son los sufrimientos de una conciencia que no puede disminuirse que ha pecado y que ha faltado á su Dios; que todo para, que en vida va á acabar, que no sabe qué sentir para detener el movimiento que la arrastra, y á lo menos quisiera acallar la voz existencial que le queda con menos orgullo y amargura.

Si desolado, señor, es más deplorable, porque en la sequedad que le ofusca no ve el único ser salvado, que le queda. Porque ha sido él el que quiere ser salvado, y por no saber detenerse en su camino se arroja al mismo el precipicio. La penitencia le está ofreciendo sus brazos para salir; pero le parece muy tarde, y se mueve á la derecha y se confunde. Esta es nuestra y eternamente histórica de horrores y de miserias lo desolado y aborrecido. El quisiera olvidarla y es menester que la recuerda; deseara borrarla de su alma y recordarla á sí mismo, y es preciso que la refiera por menor á un hombre que la ignora. Si bastara arrojarnos solo delante de su Dios, pero cabriera del ridículo á la vista de un hombre que le verá como una especie de ministro, esto es lo que no puede sostener. Ve aquí las situaciones con que el amor propio y su propia flagelación se seducen, y no considera que si esta confesión le parece amarga, lo es mucho más la situación en que se halla. Lo cierto es que no puede salir de ella sino por este camino, pero podrá salir por otro medio de su estado tan miserable.

No se persuade que porque no ha descubierto sus llagas que le lastiman, la corrupción se ha aumentado hasta caer

sus lamentos, que todos sus lamentos serían inútiles mientras él solo es los ojos, que Dios que mira en el corazón obrando, que lo mira una confesión que solo pudiera aplicarle, le castiga con mano muy pesada, y para castigarle le abandona á su propio desecho. Un delincente que puede dar noticia á su rey de un delito de que nadie pudiera instruirle y se acoge á su bondad, está seguro del perdón, y la clemencia es indispensable, porque la justicia no pudiera entonces encontrar ningún castigo. Es para aconsejarle decir á Dios: To te heo conocido tal delito y no te oculté mi iniquidad.

Esta sola palabra, por la humildad y generosidad de los sentimientos, que supone, libera consigo la paz y el consuelo del alma. Porque decimos, si fuera posible que Dios no supiera los pecados sino por el pecador que los confiesa, sería posible dudar de su perdón? Tal vez juzgan, y con razón, que no pero dicen: ¿Cómo es posible exonerar al inícuo de nada á Dios? Es verdad. ¿Cómo puede decir el pecador que él hallaría tranquilidad si hubiera confesado sus pecados á Dios? que cometa peca en error, que comprenda que si no lo dice Dios que á Dios que ya lo sabe, no confesándose ante su ministro, no pueda obtener su perdón, y que Dios para perdonarlo quiere saberlo por el mismo pecador.

Esto, señor, es parecerá un enigma, y es en efecto un misterio de su bondad. Esta confesión, que parece un yugo insostenible, no es más que un medio armado y natural de asegurar el perdón. ¿Qué puede ser de tanto consuelo para el pecador como ver que su Dios se alienta á tratar con él como un hombre con otro? ¿que consista en no saber, digámoslo así, más lo que la confesión en la confesión le inspire declararle? Esto es lo que hace Dios en la confesión. No ha dado el poder de reconciliación á sus ministros sino para tratar con el pecador de esta manera y que medle este decirle con tanta confianza como verdad: Yo, mi Dios, no he conocido nada en la iniquidad de mi pecado y no te he oculto mi iniquidad.

Demanda la clemencia el Señor, pero no nos está bien que solo la otorga por sí mismo. La dignidad es que no la conceda más que por sí y no por aquel hombre su ministro á quien confió el poder de perdonarlo. Su deseo es saber por él todo lo que nos podemos acordar de nuestros desvíos y que nos conozcamos nuestros males, porque si podemos decir una vez á Dios que nosotros le hemos hecho conocer nuestros delitos sin haberle confesado nada, es demasiado, aun con su justicia, desde luego se remite para darnos el ósculo de su paz y restituirnos á su amistad.

A este hombre que él envía en su nombre y á quien confía su poder, es preciso que conozcamos toda nuestra injusticia contra el Señor, que nos armemos de valor contra nosotros mismos, y aun cuando no consideráramos nuestra obligación, bastaría conculcar nuestro propio interés. Nuestra ventaja no es disimular, sino reconocerse, porque nuestra confesión no es disimular, sino reconocerse, porque nuestra ventaja es la que nos procura el perdón de todo. Dije: Confesarse, y no se perdonaste. El ministro mismo invocará al Señor, justará sus creaciones y gemidos con los nuestros y nos abolverá en nombre de nuestro Dios.

Esta absolución penetrará hasta lo íntimo del alma y nos dará el consuelo y la paz que nunca podremos hallar sin ella.

Entonces desaparecen los justos temores que nos llenaban de amargura, el diario de iniquidades en que estábamos enredados se convierte en seriedad, porque Dios, que era el objeto de nuestro terror, lo es ya de nuestra confianza, es ya nuestro refugio, se arma en nuestro favor y nos libera de los enemigos implacables que nos rodeaban.

¿Cómo es posible que siendo estos los efectos que produce una humilde y sincera confesión, puede haber oración que diga que es un yugo insostenible? ¿Qué mejor modo se podría imaginar para obtener el perdón de los pecados? ¿Cuál otro nos pudiera dar más seguridad á mas consuelo y paz? No se exige del pecador sino que se deje instruir, que se deje guiar al camino que conduce á la vida, que diga las rebeliones del amor propio, que deje sus inquietudes, que imagine estar á la vista de Dios cuando se humilla á su ministro, que procure echar de sí los pensamientos tumultuosos que le sazan de sí y le alejan de Jeshu que en fin, que venga con buena fe, con desmo de obrar bien, con humildad y sumisión. Nada más es menester, y presto conocerá todas las ventajas del orden que Jesucristo ha establecido. El temerario que no quiere ó no piensa en someterse, no hará más que perpetuar su tribulación; pero el humilde que se arroja en los brazos de su Dios, se verá cubierto de su misericordia.

Aquí dijo yo al padre: Es tan claro que las palabras de Jesucristo dan á la Iglesia el poder de perdonar los pecados, es tan visible la obligación que por consiguiente imponen á los ministros de confiarlos y las ventajas del pecado son tan patentes, que no me puedo quedar la menor duda. Pues después así, replicó el padre, habiéndose del examen de la conciencia, y en esto hay mucho que decir, porque mejor el hombre es un mismo inconfundible, y lo que creemos conocer mejor es lo que conocemos menos, lo que se nos oculta más en nuestro propio corazón, y el amor propio sabe tomar tantas formas, que siempre nos engaña, nos retrata como le acomoda y nunca como somos en realidad. Os parecerá que no es buen modo de alentarnos á hacer este examen, empezar por exponer la dificultad de conocerlo; pero pues el espíritu de Dios nos lo dijo por Jeremías (1): *Cor veniens inexcusabili*, sin duda nos lo ha dicho para nuestra instrucción. Vamos cómo conseguiremos.

Aunque el corazón del hombre sea impenetrable, no debemos temerle ni estar en una desconfianza injusta cuando no le podemos penetrar. Los iniquidades no harán que deje de serlo, porque está en el orden de Dios que lo sea. La virtud no consiste sino en andar según el orden de Dios. Así debemos examinarnos pues no lo manda (1): *Probet autem se ipsius homo*; pero nos debemos examinar del modo que nos ha prescrito y según las luces y principios que nos ha dado para examinarnos; examinar más adelante sería querer romper los sellos que Dios ha puesto sobre el corazón.

Es pues indispensable examinar y juzgarse según las luces que nos ha dado Dios para este efecto. La bondad divina es tal, que aunque sabemos que no podemos fiar mucho en nuestros juicios, quiete que en cierto modo el suyo dependa del nuestro, y como que consiste en no juzgarlos si nosotros mismos nos juzgamos con fidelidad. Y

(1) Jerem. XVII, 9. (2) 1 Corint. XI, 28.

esto es lo que nos asegura el grande apóstol cuando nos dice (1): *Quod si novatissimos didicimus, non utique judicaverunt*. Con toda nuestra flaqueza percibe la dificultad, no puede pensar en emprender este examen sin encontrar grandes embarazos. ¿Por dónde empezaré? ¿cómo acordarme de tanto? ¿qué se yo? Solo sé que quiero salvarme, y no sé lo que debo hacer.

¡Ay! le dijern yo, ¿quiere salvarse? Pues pierda el temor, esto ya te basta; no hay embarazos ni para el común ni para el demás que le queda que hacer hasta consumar este asunto. ¿Crees que san Antonio ó san Hilario en sus respuestas doctorales, que los mirátes un su asustado, lejanos querían otra cosa? ¿Por qué todos los santos se han salvado sino porque lo han querido? No necesitan pues indagar si han menester otra cosa; lo que te importa averiguar es, si en efecto esta disposición está en tu alma, y si está de manera que predominie sobre todo el mal, que te gobierna, que decida de todo. Si está de este modo, puedes estar seguro de que tienes la simplicidad de corazón, á la que todo es permitido y todo es concedido. Jesucristo nos ha dicho (2): *Si tu oyo es simple y derecho, la conducta será llena de luz*. El camino se abrirá él mismo, las dificultades, los embarazos, las oscurecidas se disiparán. Tú no buscarás más que á Jesucristo, tú le hallarás, y quien le halla no anda en tinieblas. Por sí mismo y por sus ministros será tu guía y tu camino, hasta conducirte á esta salud eterna porque anhelas.

Pues deseen salvarse, entremos en el examen de tu conciencia, para hacer una confesión que te ayude y te consuele; empezemos por ver tu estado actual, porque no se puede ocultar que es muy diferente el examen del que vive bien y que solo trata de adelantarse en la virtud, del que debe hacer un pobre pecador, que tocado de Dios y lleno de buena voluntad, se presenta al ministro como el parafísico del Evangelio, que no tenía por sí las fuerzas de ayudarse y entrar en la piedad. Afirma que es menester también distinguir el examen necesario para empezar tu confesión, del que tal vez será preciso para acabar, á fin de que no se reciba en vano la espersión de la sangre de Jesucristo. Si hablamos de todo esto á un tiempo, nos entredaremos, hablemos pues solo y por partes de lo que es necesario para hacer una buena confesión general.

Bien sé que este principio presenta dificultades. Es menester reposar una vida larga y llena de miserias. Es muy difícil en una mañana elegir el primer hilo; las ideas se confunden, la memoria se confunde. El orden que no pudiera seguir no se presenta; se recurre á los libros, en que se encuentran exámenes impresos, pero no se halla en ellos una medida justa, porque están hechos para todos. A fuerza de querer examinar á un mismo tiempo todas las acciones de la vida, se presenta el entorpecimiento con sus oscuridades. ¿Cómo pues hacer este examen? Haciendo lo contrario de todo esto.

La mayor dificultad de los que convertidos á Dios forman el plan de una confesión general, es figurarse en el examen una montaña impenetrable. La memoria de los pecados diferentes, en septenta muchedumbre, los halla-

dos amargos de haberlos cometido, la vergüenza de que se hallan cubiertos, el disgusto de acordar á otro lo que quisieran ocultarse á sí mismos, el amor propio que les sugiere que pierdan la estimación del que los ve, el deseo de retirarse á la humildad y compunción, el temor también de dudar cosas inútiles, todo esto forma en su voluntad y entorpecimiento un tropel de ideas que se embarazan mutuamente, porque se ocupan unas á otras, y ninguna está colocada en el lugar que debe.

Al ministro toca socorrer al pecador en esta situación tan penosa. El debe ponerse en su lugar, y sin hablar de la obligación que un ministro le impone, la caridad le basta. Su único objeto debe ser entonces proporcionar el consuelo y la libertad de espíritu, que lo es tan necesaria y que le será muy difícil adquirir, porque todas las circunstancias contribuyen á quitarlela. La omisión del penitente está como aquella masa informe de que Dios usó el cielo y la tierra, que no era más que un caos, un abismo cubierto de tinieblas; pero el espíritu de Dios la dio color y le puso en un movimiento arrojado. El mismo espíritu hará que en esta conciencia que está como un caos, se vea la hermosura de la justicia y del orden; lo que importa es tener valor y paciencia, y no imaginar que to o se puede hacer de repente.

Es menester distinguir dos especies de pecados, los unos claros y evidentes; los otros que necesitan de discernimiento para conocerlos. Empezemos por los primeros, porque ellos mismos se presentan y no es necesario examinarlos. Para hacerlos más presentes, yo quisiera que el pecador examinara su vida á través. La vida tiene edades diferentes, que se dividen á ordinario en épocas precisas, tales por ejemplo, como la primera comunión ó algunos sucesos más distinguidos. En fin, quisiera que fijara un trozo ó cinco épocas, y creyo que el mejor modo de examinarse sería detenerse en cada una de ellas tan absolutamente, que no se pensase en ninguna de las otras hasta dejar conocida aquella en que precisamente se ocupa.

Cada edad tiene sus obligaciones, sus pecados y sus afectos. Sus faltas nos remiten contra la ley de Dios ó de la Iglesia se presentan naturalmente al espíritu. Empezemos pues siguiendo este método sencillo y claro, procuraremos recrear esta época de la vida como si estuvieramos en la edad que le termina. Los pecados que pasan más sobre nuestro corazón, se nos presentan con esfuerzo, desorganizados de estos desde luego, y si después es menester entrar en alguna disposición, será más fácil, porque no saldremos de aquella época. Es difícil que en algunas de estas épocas Dios no nos haya hablado con algún recordamiento; y que no hayamos hecho reflexión sobre nuestro mal estado. Estas reflexiones pueden haberlas hecho más ó menos fuertes. Procuramos observar cuánto han durado, con qué gradación se han debilitado, y cuáles han sido las causas, porque este abuso de las gracias de Dios no debe ser lo que nos alija menos en su presencia.

Esta división que pedramos en los tramos de nuestra vida, nos ayudará mucho en el examen, y ayudará también al confesante á decir, que por este medio podrá juzgar y firmarse una idea general del carácter de su penitente, de su instrucción, de su pasión dominante, y también de la conducta de Dios y de sus misericordias con aquella alma á

(1) I Corint. XI, 31.

(2) Luc. XI, 34.







demos de vista á Jesucristo que está presente, no hay dificultad en nada, y que no puede haberla si nos acordamos con su Pablo, que en muestra religion Jesucristo es todo y está en todo (1).

Ahí, aunque sea cierto que el pecador está obligado á confesar sus pecados, esta obligación lejos de ser una carga, es un alivio para el alma penitente y fiel. Sea dolor á la vista de su iniquidad sería un peso intolerable si la religion no le hubiera preparado este consuelo.

¿Qué hará poco un alma verdaderamente afligida de haber ofendido á Dios? Jesucristo no la pide para perdonarle sino que se haga conocer al ministro de la reconciliación tal como él, ella misma le parezca ser en la presencia de Dios. Esto debe hacerse por una confesion clara; pero que el dolor sincero no sea hablar de otra manera. También le pide Jesucristo que no se meta nada de lo que la aflige. La confesion debe ser entera. ¿Y qué interés halla en sí el dolor en disminuir nada de lo que le causa, cuando no se puede aliviar sino así decirlo?

¿Se imagina que debe al confesor todo lo que no tarda todo lo que nos paró que en nuestra vida ha podido ofender á Dios. Ya es lo dicho, señor, los medios, ya en fin, ¿quién hasta ahora y no me es exigente esta necesidad. Si á pesar de esto crees, señor, que no puedes hacer el examen fielmente, ó si piensas lo que es más natural, que yo puedo ayudarte y facilitarte con mi experiencia el modo de hacerlo, estás dispuesto á lo que es sea una verdad, y veed aquí el partido que os propongo.

Permítame esta noche y dividid nuestra vida en cuatro ó cinco años fijas. Desde mañana despus de la misa nos juntaremos y emprendemos la primera. Yo os preguntaré, veed no habéis más que respirar, y veréis como en breve tiempo ajustamos esta cuenta. Luego que está en su medida comparemos otra, y con la ayuda de Dios en hacer ligereamente al fin. Pero como no quisiera que acordásemos estas instrucciones que habíamos compuesto y que creo poder decir cosas útiles, reserváramos en confirmación para la tarde, y de este modo lo harémos todo á un tiempo, la confesion por la mañana y la instrucción por la tarde. ¡Aprohbad esto!

El santo hombre me proponia esto con tal interés, tal calor, como si me pidiera una gracia, yo conocí su caridad y comprendí el esfuerzo de su virtud. No pudo dejar de enternecerme, y tomándole las manos, quise abrazarle; pero él, más ágil y más acostumbrado que yo á la humildad, tomó las mías y me las besó. Esto meció meleno de dolor y mi hijo conocer por primera vez cuanto es más alta la humildad que la soberbia. Después de haber convenido en ello, el padre me dijo: Ahora, señor, preguntadme lo que quisierdes pero no olvidéis que estamos en presencia de Jesucristo.

Yo le pregunté: ¿Es preciso, padre, en la confesion declarar su nombre, su estado, su profesion y sus bienes? El padre me respondió: Examinad el nombre de mí hijo, pero que sea necesario decirlo: Jesucristo jamás le preguntó á ninguno de los enfermos que ha sanado, y no fué sin misterio. Era el Salvador de todos y sobre todo de los fieles. Venid, decía (2), todos los que estéis fatigados, y yo os aliviaré.

(1) Ad Galos. III. 11.  
(2) Mat. XI, 28.

En efecto, Jesucristo no nos llama por nuestros nombres, sino por nuestras necesidades. Los que necesitan de su socorro tienen derecho á él. Jamás se niega á nuestros ruegos, y solo se priva de esta ventaja al que no lo pide nada. Ahí, señor, el nombre es inútil; porque no se trata en la penitencia de nombres, y todos son iguales á los ojos de Dios, sino de necesidades y miserias.

Pero como Jesucristo quiere conocerlos por el ministro que ocupa su lugar, y que la profesion le cada uno puede ser la causa á la ocasión de ser tales nombres, es necesario conocerlos como se demuestran por tales nombres. La primera porque el estado mismo ó la profesion puede ser delincente, y en este caso debería ser parte de la confesion. La segunda porque aunque el estado no lo fuera por sí mismo, puede ser para el penitente una ocasión próxima de pecado, y en este caso la obligación de declarar es evidente; porque no se pudiera luego conocer bien la culpa sin haber conocido el estado, y porque es preciso dar al confesor las cosas suficientes á ser de que le aconseje lo que se ha de hacer para que el estado deje de servir una ocasión próxima ó para que le abandone si es posible.

La tercera, porque cuando el estado no fuera viloso ni ocasión próxima para el penitente, cada estado tiene sus obligaciones propias. La diligencia en no enterarse de ellas no solo es un pecado de que debe ausarce, sino que puede ser el principio de otros muchos. No repetiré lo que ya dije, que todos los cristianos deben cuidar que su estado sirva á su santificación; pero para hacerlos conocer cuán lejos están del juicio de Dios en este punto, preguntadme que os proponga si alguno hace escrito lo que os afirma para conseguir mayores dignidades y extender sus relaciones con los hombres por la autoridad que adquiere sobre ellos, y si con tal que no haya que reprehender en los medios de que se valen, no se mira la umbición en el mundo como una bella y noble pasión, y como la virtud de las almas grandes aunque en la verdad sea la ruina entera de toda la vida que sigue la religion.

Os preguntaré también: si es ordinario acudirse de los pecados de sus hijos y criados que tal vez no hubiesen cometido si no hubieran tenido el debido cuidado de instruirlos y de velar sobre su conducta? Y sin embargo, estos pecados que los penitentes miran ligeramente, son pecados enormes que pueden separarnos de Dios por toda la eternidad. San Pablo lo dice (1): *¿Quién no cuida de los suyos y es espíritu de los doncelleros, ha cargado de fe y de pur que el infiel.*

¿Y cuál es este pecado que no se comete sin involucrar á la fe? No consiste todo en vestirlos y pagarles una salario, que es la parte menos consideráble la esencial es que en todas las cosas sea glorificado Dios, el Padre de Jesucristo, y nosotros en él. ¿Y cuántos son las personas á quienes debéis este cuidado? Sin excepción todos los que nos pertenecen, de cualquier modo que nos pertenecan. Padres y madres de familia. Son vuestros hijos, vuestros parientes, vuestros criados, vuestros aprendices si los tenéis. ¿Grandes del mundo? Son vuestros vasallos y cuantos vuestros dignidades y empleos hacen dependientes de vuestra casa. De todos estos debéis cuidar, vuestro cuidado debe ser que todos glorifiquen á Dios por Jesucristo, y

(1) Timoth. V. 8.

los que no tienen este cuidado son los que el apóstol dice que han negado la fe, y son peores que los infieles.

De otro inferior, señor, que en el cristianismo no es gran ventaja ser opulento y poseer grandes mayorazgos, y que las ideas que inspira no son compatibles con la umbición ni con los deseos de adquirir con los empleos autoridad sobre los demás hombres. No dicho esto de paso para hacerlos conocer con un ejemplo solo cuántos son las obligaciones del estado y cuán poco conocidas son.

En cuanto á los bienes ó mudales, el confesor no podrá oírlos; pero os hará observar, sin entrar por ahora en el son bien ó mal adquiridos, si pueden gozarse sin avaricia, que los que viven con abundancia deben ayudar á los pobres á proporcion de sus facultades, que la obligación de dar lo superfluo está declarada por Jesucristo y sirve para el perdón de los pecados, que este superfluo tiene reglas muy diferentes de las que el justo, el justo y la profundidad quieren imponerle, y que la religion impone tambien obligaciones á los ricos.

El que viniere á decir á Jesucristo en la persona de su ministro y con la misma buena fe lo que Zacarías le dijo (1): *“Señor, yo voy á dar la mitad de mis bienes á los pobres, y si he hecho agravio á alguno, lo volveré el cuadruplo;”* merecerá que los ministros de Dios no le hablen de sus bienes, que los abandonados á la disposición de un corazón tan santo, generoso, y que nos contentemos con decirlo como Jesucristo. *“Ahora ha entrado la salud en esta casa.”* Pero es justo que el penitente haga lo que Zacarías, si quiere que le repitan estas palabras de tanto consuelo.

El confesor debe ser tan poco curioso de los negocios domésticos de los penitentes, como de adquirir la noticia de sus haciendas; pero si el penitente ha oprimido al pobre, si le ha perdido con su poder, si ha movido ó detenido pleitos injustos, ó si ha hecho otras iniquidades, no es preciso haberle repitar estas cosas. ¿Qué otro interés deben tener los ministros que el de los penitentes? Si estos buscan á Jesucristo en su persona, no es más que para buscar la instrucción y el consuelo de que necesitan, y en Jesucristo no puede haber curiosidad. Sus ministros pues están curiosidad. Ahí, señor, el conocimiento del nombre es inútil, pero el del estado, la profesion, los bienes y los negocios no lo son siempre.

Vuele dije: ¿Y no pudiésemos hacer una regla segura para distinguir las circunstancias que es preciso decir de las que no pueden callar? Hay algunas que son sin vergüenza. ... Yo no puedo, respondió el padre, daros otra regla que la que nos da el concilio tridentino; que no es preciso ocultar sino las que mudan el pecado ó le agravan. Es verdad, como decís, que hay algunas que son vergüenzas, pero estáis obligados y humillados en la que más nos advierte la necesidad de ocultarlas. ¿Y qué dignidad no debe vencerse? ¿Podemos olvidar que estamos en los pies de Jesucristo, y que el es á quien las confesamos en su ministro? ¿No sabemos que este ministro no solo no puede revelarlas á nadie, pero ni hablarlas á nosotros mismos sino cuando vuelve á tomar el lugar de Jesucristo? No es pues á él, es á Jesucristo á quien se ha confiado aquel secreto, Jesucristo es quien lo guarda, y si el minis-

(2) Luc. XIX, 8.

tro fuere capaz de descubrirlo, fuera traicionar al mismo Jesucristo. Ni la santa religion del juramento puede dispensar en ella; y en justicia se le interpretará en nombre de Jesucristo á decir: lo que saber, jamás podrá descubrir cosa alguna de lo que supo por confesion.

Pero raro á mí principio y digo: ¿Quién puede sentir dificultad en decir á Jesucristo lo que ama mejor que nada, y que solo quiere que se le diga por un ministro, porque esta confesion libre y voluntaria es el único medio de obtener el perdón? Si considero que está á los pies del mismo Jesucristo, que qué otra cosa debe pensar sino en exponerle sus miserias, la aflicción de su corazón, el pesar de haber ofendido á un Dios tan grande y tan amable, el temor de volverle á ofender y el deseo de recibir su absolución!

Esto es lo que debe hacer para oír de sus divinos labios: *Anda, hijo, tu confesion en mí te ha salvado, y ya no puedes dejar de darme mis bendiciones sobre ti. Nada te queda que decir sino el amor. Ya he hecho desaparecer todos los que te molestaban. Tu has quedado solo conmigo, ve en tu conciencia te confieso todavía de algo, si ya nada te queda, ni yo tampoco te condenaré. Ved aquí mi sentencia. Es: como que tanto sea el alabado de mí, será con fortaleza con el lleno de mí misericordia; tanto no tiene otro acusador que el mismo, yo no le doy más castigo que su mismo pesar, anda, hijo, y no meques más, esta es toda mi vergüenza. Este es, señor, el modo como se usa todo Jesucristo, y no puede haber dificultad que no se destruyan en su presencia.*

Confieso, padre, que el que fué tan temeroso que cometió delitos, debe, por más trabajo que. ¿Qué confesiones á Jesucristo, pero confesiones sobre los pecados que hay algunas razones que no ciertos unos pudieran excusarse. ... ¡Ay, señor, me interrumpió el padre, con Jesucristo no gana nada sino el que no gana! Adán excusándose no admitió nada, y sus intenciones hijos solo perdían parir. Pero con tan débiles, que por poco que pueden excusarse es difícil que no abusen. Empezaron por confesar sus faltas; pero las atribuyen al pecado á otros, y á fuerza de decir que estos tienen la culpa, se olvidan de las suyas propias. Esta disposición en que los hijos el amor propio, es la causa de que no se corrijan. Uno dice, yo soy vivo por temperamento, yo no me hice á mí mismo, y aunque quiero no podré reformarme; no soy digno de mí, ni sin saber cómo, entro en guerra, digo palabras ofensivas y yo me ocupan las blasfemias y juramentos.

Ve el espíritu el modo con que algunos suelen acusarse de sus vices y prontitud y de las consecuencias que han tenido, aunque sean muy grandes. Los padres que esto basta, y que Dios no pide más, pero debíam pensar que las faltas de otro no justifican las nuestras, que la penitencia no fuera virtual de no sufrir sino una, que esta temeridad fuera menos impetuosa si en vez de fortalecerse en la obstinación se hubiera dormido con la resistencia, y que jamás un defecto puede ser buena excusa de otro, porque no debe corregir. Así me parece que pocos veces su penitente se puede excusar, y no obstante, no me atrevo á decirlo absolutamente, porque puede haber alguna circunstancia en que le sea permitido, y que no quisiera faltar á la regla de la simplicidad, la cual ordena que el penitente se haga conocer del confesor tal como el mismo piensa que es. Digo con simplicidad, porque solo esto puede hacer to-

lerables sus excusas respecto de que no basta que no quiera engañar al confesor; es menester también que oide de no engañarlo á sí mismo. Por ejemplo, una mujer dice en la confesión que ella va á la comedia porque así lo quiere su marido. ¿Pero no lo quiere también ella misma! ¿Lo ha hecho las representaciones convenientes! ¡Ha explicado bien á su marido que esto la da un sincero disgusto! ¡Y lo sentía en efecto! ¡Cómo está mujer, que en tantas otras cosas sabe los modos de no hacer más que su propia voluntad, es en esta dócil á la de su marido! ¡Ha procurado impecar con su dulzura, virtud y religión que su marido la deje la libertad de ser cristiana, y se podrá creer fácilmente que un marido se imagine que su mujer será más casta, más aplicada al cuidado de su casa y á la educación de sus hijos; en una palabra, más virtuosa cuando está á los teatros! Lo mismo digo de estos adornos y galas exóticas, de este encono exquisito de trajes y peinados. Todas estas excusas por lo común son vanas, y no es menester mucha penetración para conocer la verdad. Uno de los mayores cuidados del confesor ha de ser que el penitente no se engañe á sí mismo. Señor, el verdadero dolor no piensa en excusarse; lejos de querer disimular sus faltas, las confiesa á sus propios ojos, y está en la mejor disposición para la penitencia.

Hay otro error bien común en los cristianos débiles, que es el plea mucho del verdadero fruto de este sacramento, y es que miran la confesión como un deber penoso, como un yugo duro de su religión, y no quieren entender que supuesta la flagelación del hombre y caridad de Dios y que no puede dejar de castigar el pecado, no ha podido su misericordia mostrarnos mayor que dándonos un remedio fácil para que obtengamos el perdón. Sin este sacramento, ¿qué hiciera un cristiano pecador de muchos años, que cerca de la muerte se sintiera penetrado del dolor de los pecados y temeroso de la justicia divina! Si así le dijera que Jesucristo había bajado á la tierra, que podía ir á arrojarse á sus pies y pedirle perdón, ¡no miraría esta esperanza como el más dulce de sus consuelos! ¿No miraría como la mayor felicidad hablar la lengua de que la opera este divino Salvador! Por otra parte, ¡cuando está se viera cargado de los delitos más atroces, no estuviera seguro de que si tenía la dicha de postarse á sus pies y de implorarle, el amable Jesús le recibiría con bondad, le escucharía con paciencia, le absolvería y le daría con su absolución todos los frutos de su gracia! Y ve aquí lo que no conocen los hombres por su poca fe. Jesucristo está en el confesionario, y si es mejor bacerlo ni menos poderoso allí que en el cielo, está más cerca para atender á nuestras necesidades.

Si Jesucristo viniera á la tierra ó se manifestara en ella como estuvo, aquellos que no pullerán ir á buscarle por la distancia de los lugares, ó por sus propias impidelencias; se quejarán de su muerte y envidiarán la de aquellos que le tratan. ¡Qué ha hecho pues! Se ha retirado al seno de su Padre y se ha acordado á todos por medio de la fe; desapareció de la tierra, pero fué para que todos pudiéramos igualmente acercarnos al trono de su misericordia sin que nos sea necesario correr tierras ni atravesar mares. Ha distribuido en todas partes sus ministros, á quienes ha dejado en su lugar, revistiéndolos de su poder y prometiendo que cuando el penitente vaya á buscarlos le hallará á sí mismo en ellos. Concibamos pues que el que está á la

derecha de su Padre nos ve y nos oye cuando lo hablamos en la confesión. Yo quisiera, señor, que estuvierais penetrado de esta verdad. Y quien cree que Jesucristo es su Dios y lo ha prometido así, ¿puede dudarlo!

¿Quién no ve también que no pueden ser más que obra suya los efectos que se ven diariamente en este sacramento! ¿Qué otro que el omnipotente ha podido curar las mudanzas que se ven en tantas almas que llegan penetradas de horror por los pecados que pocos días antes ornaban el embudo de su corrupción y que ahora con la compasión en el pecho y la vergüenza en el rostro vienen ellas mismas á confesar sus injusticias y descubrir todas las iniquidades que antes ocultaban!

No ha mucho que veíamos una alma activa, que locamente embriagada del amor de sí misma y de los placeres, despreciaba al cielo y la tierra. Viramos y algunos de esta mudanza, se decía á sí misma, ¿quién nos ha dado volantes del cielo! Dios está muy lejos para cuidar de nosotros como, ¡podrá ser posible que se ofenda de que nos dirá: ven!

Así hablaba, así vivía esta alma insensata. ¡Y quién la ha mudado en tan breve! Ahora le parece delirio, horror y locura lo que antes juzgaba razonable. Detesta los placeres que antes le atraían y ya no los siente como delicias. Sus antiguos ídolos ya no le parecen más que delicias y abominaciones. Estas pasiones que adoraba con tanta complacencia, le parecen más amargas que la hiel y los espinos; ya no le interesan más por el dolor de haberlas escuchado, y su único consuelo es afligirse.

Para este caso á los pies de Jesucristo, explica á un ministro los motivos de su pena, y eres aliviado su vergüenza á medida que la descubre. El ministro ve un espectáculo digno de Dios. Aquella alma penitente, después ya los errores profanos, alimento de la vanidad y símbolo de la soberbia, está á sus pies, y poniendo en tierra aquellos ojos que no se levantaban al cielo sino para insultarla, es humilde, se postra y empieza por decirle que va á confesar á Dios y descubrirle sus iniquidades en presencia de los ángeles y de toda la corte celestial.

Inoces particularmente á María, la santa Madre de Dios, á Juan, el hermano de la penitencia, á todos los apóstoles y santos, y los pies sean testigos de su dolor. Como no puedo comunican con la Iglesia del cielo sino por la de la tierra, pide á esta en la persona de su ministro que le oiga sus pecados. Sus gritos son los de la penitencia, le dice que ha pecado mucho y de todas maneras, con pensamientos, palabras y obras, y que va á declararlo aunque le cueste mucho á su dolor.

Añado que es un monstruo que no merece más que castigo y azotes, y para probar que lo siento, da golpes en su pecho, como que quiere maltratar á su propia conciencia. No busca excusas, declara que es doliente, que no tiene á quien atribuir sus desazones y ofensas á Dios sino á sí culpa y á su grandísima culpa. He reconocido indigno del perdón y solo le espera por los rasgos del cielo y de la tierra, ídolo prezer; y luego, bollandlo al amor propio, forzando las barreras de la vergüenza y con un valor que solo puede inspirar la fe, descubre secretos que solo Dios y ella pueden saber. Yo lo repito, señor, ¿quién sino el omnipotente ha podido hacer tanta mudanza!

Los incrédulos nos piden milagros. Ve aquí uno, y quién

mas maravroso que la resurrección de un muerto. El mundano no lo considera; pero el cristiano atento lo venera, y los ministros de Dios, que son los instrumentos que lo ven con sus ojos y lo tocan con sus manos, reconocen continuamente la divinidad de una religión que sólo es capaz de tales maravillas. Los penitentes en quimeras Dios las hace por un efecto así de la bondad humana, nos suelen preguntar: ¿qué concepto formamos de ellos! si no nos parecen monstruos de abominación!

¡Almas felices! ¡almas queridas de Dios! ¡dejad esos impetuosos y frívolos pensamientos. ¿Qué concepto podemos formar uno que seis escogidos y que seis vasos de misericordia, en que el omnipotente hace cosas grandes y en que muestra á nuestros ojos la santidad y gloria de su nombre! ¡Podemos pensar más en lo que diréis! Ya sabemos que seis hombres hechos de barro deleznable, lo que nos ocupa es ver lo que ahora sólo por la gracia de Dios. Si hemos oído vuestro desastre, es solo para admirar la paciencia de nuestro Salvador. Este valor que os da de asegurar de todo sin disminuir nada, ese candor y buena fe con que decís que vuestra mayor inquietud es no confundirnos con claridad que deseáis, esa docilidad con que recibís la caridad que os damos, ese amor, esas instrucciones, consejos y penitencias que os damos, ese corazón, caverna antes de las más refinadas sierpes, de las más crueles fieras, que ya está abierto á la inocencia y á la gracia y que no se aparta sino á crecer en virtudes, real aquí lo que nos ocupa, pues nos ha de ver vuestra fidelidad y la extensión de las misericordias divinas.

Ya le interrumpí para decirle: Vos decís, padre, mi corazón abatido, que en realidad lo necesita. Vos veréis lo que nunca habéis visto, un monstruo cual nunca le ha habido. El padre me dijo algunas palabras para tranquilizarme y contentó diciéndome: Después de haberlo dicho lo que se menester para la confesión, paso á hablar de las diferentes disposiciones interiores que preparan el hombre á la conversión del corazón; porque es menester conocer firmemente que sin esta conversión no se puede conseguir el perdón de los pecados ni recibir con utilidad la absolución. El temor de los juicios de Dios y la fe que le inspira pueden contribuir mucho, porque aunque sin el amor no hay justicia, aquel temor y aquella fe nos encaminan á él por consecuencia sin mediar antes, útiles y necesarias. Debemos pues con gran cuidado fomentarlos y fortalecerlos.

David decía al Señor: ¡Dios! *Peccator de tu tenor me curavit: sus iustitias me habere saltemet.* Este preta, cuyos cánticos respiran el amor más vivo de su Dios, pide que sus carnes sean penetradas de temor, sobre todo del temor de sus juicios y de los castigos que reserva á los transgresores de su ley. Jesucristo, que es el autor y constructor de nuestra fe, nos dice: Tened al que puede introducir el alma y el cuerpo al tormento del fuego que no se extingue. Este obispo Maestro no omite el proponer el temor como motivo de la resolución con que debemos ordenarnos ó lo que es certarnos el brazo que nos escandalizarnos; porque mejor es, nos dice, entrar en la vida con un ojo ó un brazo muerto, que ser arrojado á las llamas eternas con los dos. Es verdad que su religión es de amor y caridad;

pero sin dejar de encendernos en tan divino fuego, es menester no olvidar los motivos justos que el mismo nos propone.

El concilio de Trento no dice (6): "Los hombres se preparan á la justicia cuando habiendo sido excitados y ayudados por la gracia y habiendo por la fe, se dirigen á Dios con libre movimiento de su voluntad, creyendo las verdades que Dios ha revelado, sobre todo que el pecador se justifica por la gracia y retención de Jesucristo, y escando haciendo ellos reflexión de que son pecadores, movidos por el temor de la justicia divina, se vuelven á considerar su misericordia, y animados de esta esperanza confían en ella y esperan que Dios querrá recompensarlos con él." Observad, señor, que el concilio no separa el temor de la esperanza y que no hace de los dos más que un movimiento, cuyo principio es el temor y la esperanza el fin; y observad también la gradación con que se eleva el alma hasta la conversión del corazón.

La gracia empírica; porque según nuestra fe todo buen movimiento viene de Dios y de su gracia. Esta gracia es interior ó exterior. La interior es el estímulo del corazón que desea introducirse de lo que debe hacer para convertirse á Dios. La instrucción misma es la gracia exterior, y el anhelo y cuidado de aprovecharse de ella es su efecto. El primer fruto de esta gracia es que la fe nazca sin el que no la tenía, ó que renuncie ó despierte en el que la tenía muerta ó dormida.

En efecto, el concilio añade que esta fe es el principio de la salvación, la raíz y fundamento de toda justicia; ¿por qué! Porque nos descubre un tiempo nuestras obligaciones y nuestras faltas, lo que debiéramos ser y lo que somos, las dichas que perdemos y los castigos que nos amenazan, y sobre todo, que podemos salir de un mal estado por la gracia y redención de Jesucristo.

El temor, pues, es un don substancial de la fe; pero la fe no lo propone nunca sin la esperanza, porque desde que el alma siente la inquietud que la agita, busca el remedio que la tranquilice. El infiel que en medio de las olas teme por instantes la muerte, no se acordará con más ardor al verlo que puede salvarle del naufragio, que el pecador se acordará al ver de la cruz, que es el que la fe le presenta; y cuando nos vivo y penetrante sea su temor, tanto más se entregará á las motivos de confianza que debe tener en Dios que Jesucristo.

Yo quiero suponer que ama todavía el pecado. Figúrase, señor, el hombre una disolución, que Dios le penetre en un instante con la luz de la fe, que nos da el moestre el horror de su conciencia y el castigo que lo espera, que sea el infierno hijo de sus pies y oiga vivamente como san Gerónimo la tempestad osantosa que pregona: *Zerintus, miserus, et vinctus iusticia.* Quiero suponer que no se haya mudado ni convertido; pero si no es más de testar que un demonio, si no dice como Cain, mi pecado es demasiado grande para merecer perdón, es imposible pensar que cuando estas terribles penamietos ocupan su espíritu, la pasión mantenga su antigua fuerza.

Por donde empieza el pecado y por donde acaba! Apartaron los ojos para no ver el cielo, ni acordarse de los ju-



lo pido que espere un momento para asistir al sacrificio que va á ofrecer á Dios en acción de gracias; y cuando el fuego estuvo bien encendido, el ángel se metió entre las llamas y desapareció. Mirad á su mujer asombrada como por tierra, el rostro contra el suelo, y el dios! Preparámonos á la muerte, porque hemos visto á Dios. Este discurre con una dignidad de un buen israelita; pero su mujer con una razón le responde: ¡Si Dios hubiera querido matarnos, nos hubiera hecho ver todas estas cosas! Lo mismo debe decirse á aquellos á quienes por un movimiento natural se turbaba y se abotaba.

Porque, señor, ¿qué os ha dado este conocimiento que hoy os agita tanto? ¿Le tenia vuestra alma en aquel tiempo en que bebía los peccados como el agua? ¿Cuando os parecía que solo vos sois racional? ¿Cuando disputabais con tanta sagacidad contra los máximas del Evangelio? ¿Cuando, en fin, cerrabais los ojos con tanta obstinación á las mismas cosas que hoy os descubren los errores y delicias de vuestra vida? ¿Quéis pasaros ha abierto los ojos? ¿Quéis os ha dado estas luces? ¿Erais mejor? ¿Vais una cuando no las teniais? ¿Y qué percibe ahora Dios os ha hecho conocer vuestro estado, porque no ha hecho sentir vuestra debilidad y miseria, porque no os dejó ignorar la necesidad que teniais de su socorro; en fin, porque teniais desahogado y no podiais disimular que no podiais nada sin su gracia, que vais por perdido y no veis el modo de tranquilizaros? ¡Vos decís que vais á morir porque habéis visto al Señor! ¡Pero Dios se deja ver de aquellos que quieren pensar! Y este mismo conocimiento que os da el firme de vuestras miserias, no os señala de que las quiere perdonar.

¡Señor! las inquietudes y terrores cuando los mira el pecador con este espíritu, cuando lejos de querer escudarse,

se les procura penetrar con los ojos de su dolor hasta lo más íntimo de su conciencia, en lugar de desalentarse con la funesta vista de sus llagas, el sentimiento de su propia debilidad hace que se arroje con más fuerza, un los brazos de Dios, y dice como la mujer de Manués: ¡oh hubiera querido perlerme, me hubiera mostrado todo esto! ¡Por qué me perlió sino porque me olvidé á no verlo! Así, señor, el verdadero penitente se eleva del temor á la esperanza, de la esperanza al amor, y el amor consume la justicia. La fe empuzza la obra y la caridad la perfecciona.

Hoy hemos hablado del temor y de la esperanza, y uno y otro no son más que los medios para llegar al fin. Hay otro que es más inmediato, más eficaz, y tan necesario, que sin él, como ya os he dicho, no se puede conseguir la conversión perfecta del corazón; esta es el amor. Ved aquí, señor, lo que seguramente justifica al pecador, ved aquí lo que le muda de esclavo del demonio en hijo de Dios, lo que le restituye todos los bienes y derechos que le dió el bautismo, y sin fin, lo que le hace heredero de su reino y copartícipe de los espíritus celestiales.

Pero como el amor tiene diferentes grados, manifiata transacciones de este asunto. Espero que no olvidareis el nuevo orden que nos hemos propuesto. Por la mañana vendré á ayudaros en el estudio, y por la tarde hablaremos del amor. Yo repetí mi pensamiento al padre, y con esto se retiró. Yo llegará, Teodoro, que este padre es un ángel de Dios; yo no puedo dudar que ha venido del cielo para ayudaros. No puedo explicar qué consuelo da al corazón. Descubre qué fuera de mí sin sus consejos y reflexiones. Cuando considero la diferencia que hay de él á mí, á tí y á todos los que viven tan ciegos, me parece que hay una distancia que del cielo á la tierra. ¡Ay, Teodoro! ¡qué diera yo por verte con él! Adios.

## CARTA XXIII.

### EL FILOSOFO A TEODORO.

Querido Teodoro: ¿Qué necios como los infelices cuando estruendos entre las paredes de los vicios, no conocen más que los placeres groseros que ellos presentan. Si tú pudieras comprender el regocijo y la satisfacción que experimenta la mañana de este día, cuando después que estubo con el padre, el que con la ayuda de sus señores, quedaba desahogado y puesto en orden la primera época de mi tenebrosa vida, comprendieras también que hay placeres morales, placeres del corazón que la carne y sangre no pueden experimentar jamás.

¡Ah! que los hombres que gobiernan el espíritu de Dios son muy superiores, ó para decirlo mejor, de un orden más elevado que los que viven según el espíritu del mun-

do. Anda á ver esos filósofos profundos, esos genios brillantes, esos espíritus sutiles que hablan con tanto fasto, que disputan con tanta arrogancia y fiesidad la razón de los otros con un orgullo arrogante; sus obras llegan á un momento de gloria, como su inutilidad y su falsedad. Ponlos cerca de la muerte ó entre las aflicciones y dolores y buena sus auxilios, y entonces no son nada, sus socorros son falsos y sus consuelos vanos.

Al contrario estos hombres de Dios sencillos, modestos, con traje humilde y expresión moderada, de nada se jactan, nada prometen, se contentan como incapaces de todo; pero cuando llega la consuelo que es necesaria de ellos, y se implora su auxilio, entonces se transforman, se encienden

en la hoguera de la caridad, con todo fuego, ardor, y los mismos que antes parecían inútiles son los que dan los verdaderos y sólidos consuelos, se hacen los amigos ardentísimos del necesitado y se aproximan á socorrer á los infelices con celo, mientras que los profanos fastidiosos del mundo los abandonan en las posiciones que mas se necesitan. Por otra parte, parece que el cielo os ayuda y los da los medios de conseguir que los otros no tienen.

Como he explicado el celo, la caridad y la ternura de un duto bienhechor: Si le hubiera conocido ó hubiera venido á verme un mas antes, lo hubiera mirado con el mayor desprecio, me hubiera burlado de él y apenas me hubiera dignado de fijar en él los ojos; y ahora lo venero como un hombre superior á todos los que yo estimaba, y no me hablo digno de besar la tierra que él pisó.

Con qué amor, con qué interés y ternura; con qué sagacidad, con qué arte y talento me escuchaba, hasta los mas íntimos secretos de mi corazón! Yo me puse en sus manos, él me preguntaba, yo le respondía con sencillez y buena fe, y él hacia no sé cómo con la oportunidad de sus preguntas, que me sorprende de muchas cosas que me parecían olvidado sin ellas. Al fin, con mucha paciencia y método supo desenvolver el orillo enmarañado de mi primera edad, y me pareció que ya le había dicho todo lo que le podía decir, y también así que quedó satisfecho.

Por este modo lo que me había parecido imposible ya lo veía como hecho. Esta cuenta tan difícil de recordar se me hacía fácil, porque me guiaba por recuerdos en que yo le seguía, y me hizo conocer que estaba muy acostumbrado á estas oraciones. La experiencia de esta mañana me aliento mucho, porque sé que con el mismo método podía en poco tiempo llegar al fin, pero me repetía muy frecuentemente: *Sufre antes fatigado*. Desde que tenéis intención de no oír nada al confesar, que hacéis las posibles y prontas esfuerzos para no olvidaros, que olvidéis una ó otra cosa no importa nada; lo que solo importa es que tengáis dolor de haber olvidado á Dios en todas ellas, que propugna muy firmemente no volver á hacer ni cosa ni ninguna de las que pueden olvidarse, que esperéis en la misericordia de Dios que os las perdonará, y sobre todo, que vuestro corazón se convierta, que os resuelva á mudar de vida y guardar toda la ley de Dios. Ved aquí los requisitos esenciales. Uno ó muchos olvidados, cuando no vienen de una negligencia culpable, no alteran el valor del sacramento; pero no hay buena confesión ni la absolución aprovecha si no hay una entera y verdadera conversión.

Al fin el padre se fué dejándose muy consolado, y convenientes en que yo procuraría en el discurso del día ver si me ocurría alguna especie nueva respectiva á la primera época que dejamos apuntada, que la mañana siguiente comprenderíamos la segunda y así seguiríamos hasta concluir, sin dejar de venir por los tardes á continuarse su instrucción. En efecto, volvió aquel mismo día y empezó así:

Ayer os ofrecí, señor, hablaros de lo necesario que es el amor de Dios en el sacramento de la penitencia. Ya os he dicho que si el temor empieza, que la esperanza le sigue, y que esta engendra el amor, que es el que perdura y justifica. El mismo Cristo es el que ha enseñado á sus ministros la necesidad de este amor, pues en la primera absolución que dió en el mundo, que fué la que el mismo dió á

la mejor pecadora, dijo (1): *Muchos peccados te han sido perdonados, porque has amado mucho; y con esto nos hizo conocer que el amor era la condición mas esencial para recibir con fruto las absoluciones que se daban en la carrera de los siglos.*

Este divino Maestro no dijo: muchos peccados le han sido perdonados porque ha temido mi justicia, porque ha renunciado públicamente á sus peccados y su mala vida, porque ha venido á arrojarse á mis pies y reparos con sus lágrimas. Sin duda que su humildad le da el precio que merecen estas señales exteriores de su dolor, pero el peccador fué profundamente por su amor, pues era el principio que daba precio á todo lo demás, y el requisito mas esencial para la absolución.

Así, aunque el concilio de Trento haya definido que el temor prepara y dispone al pecador para su justificación, no quiere esto decir que el temor solo y sin la compañía del amor y este amor nos pueda hacer conseguir el perdón de los peccados. El apóstol dice que la ley, esto es, el temor, puede empezar la obra, que es como un polvajo que modo de guna, modo de fuerza, nos lleva y nos lleva de la mano (2), *lex pedagoga*, pero que no conduce al término de la perfección (3): *Nihil ad perfectum adduxit lex*. Por eso el Espíritu Santo solo hace entrar al temor en las disposiciones que preparan á la justificación en cuanto apunta al pecador á olvidarse hasta la esperanza, y que empezando á amar á Dios como autor y fuente de toda justicia, se siente por consecuencia animado de tal odio del peccado, que llega á detestarlo.

No aiado una palabra á lo que dió el concilio, y os ruego, señor, que observéis los cuatro grados que indica con tanta precisión, todos anteriores al sacramento. Observad también el orden con que los propone, condicionados de los años á los otros. El primero es el temor que inspira la fe, y que espanta, abate, trastorna, pero como no hace más que atar, de este grado pasa al penitente al segundo, que es la esperanza; esta consuela, anima el corazón que teme y le hace confiar tanto en Dios, que le promete que no dignará peccarlo por los méritos de Jesucristo; pero parece es posible que espere de Dios este perdón si no empieza á mirarle como Dios de su corazón, como Dios bueno y misericordioso, el Dios de su esperanza por toda una eternidad! Es pues consiguiendo que el terror grado sea un principio de amor que le conduce á Dios como al autor de toda justificación y como al que debe hacer la suya, librando de sus iras y darle toda su felicidad. De este tercero se va progresivamente al cuarto, porque si ama al Dios de su corazón, que es autor de toda justicia, es pronto que detesta la iniquidad que Dios aborrece, y así aquí lo que el concilio dice (4): *Que el penitente porque ama á Dios aborrece y detesta el peccado.*

Así pues, la contrición es la parte principal de la penitencia, y tan principal, que nada puede suplirla, y puede ser tan intensa, que en el caso de que no fuera posible recibir el sacramento, pudiera ella suplirlo con tal que el pe-

(1) Luc. VII, 47.

(2) Ad Galat. III, 24.

(3) Ad Hebr. VII, 19.

(4) Conc. Trid. sess. XVI, cap. IV.

lo pido que espere un momento para asistir al sacrificio que va á ofrecer á Dios en acción de gracias; y cuando el fuego estuvo bien encendido, el ángel se metió entre las llamas y desapareció. Mirad á su mujer asombrados como por tierra, el rostro contra el suelo, y él dice: Preparámonos á la muerte, porque hemos visto á Dios. Este discurso no era digno de un buen israelita; pero su mujer con mas razón le respondió: ¡Si Dios hubiera querido matarnos, nos hubiera hecho ver todas estas cosas! Lo mismo debe decirse á aquellos á quienes por un movimiento natural se turbaba y se abotaba.

Porque, señor, ¿qué os ha dado este conocimiento que hoy os agita tanto? ¿Le tenia vuestra alma en aquel tiempo en que bebía los peccados como el agua? ¿Cuando os parecía que solo vos sois racional (cuando disputabais con tanto orgullo contra los máximas del Evangelio)? ¿Cuando, en fin, cerrabais los ojos con tanta obstinación á las mismas cosas que hoy os descubren los errores y delicias de vuestra vida? ¿Quéis pensar ha abierto los ojos? ¿Quéis os ha dado estas ideas? ¿Erais mejor? ¿Vais una cuando no las teniais? ¿Y qué percibe ahora Dios os ha hecho conocer vuestro estado, porque no ha hecho sentir vuestra debilidad y miseria, porque no os dejó ignorar la necesidad que teniais de su socorro; en fin, porque teniais desahogado y no podiais disimular que no podiais nada sin su gracia, que vais por perdido y no veis el modo de tranquilizaros? ¡Vos decís que vais á morir porque habéis visto al Señor! ¿Pero Dios se deja ver de aquellos que quieren pensar? Y este mismo conocimiento que os da el abuso de vuestras miserias, no os señala de que las quiere perdonar?

¡Señor! las inquietudes y terrores cuando los mira el peccador con este espíritu, cuando lejos de querer escudarse,

solos procura penetrar con los ojos de su dolor hasta lo más íntimo de su conciencia, en lugar de desalentarse con la funesta vista de sus llagas, el sentimiento de su propia debilidad hace que se arroje con más fuerza, un los brazos de Dios, y dice como la mujer de Manués: ¡Por qué querido perderte, me hubieras mostrado todo esto! ¿Por qué me permites porque me olvidé á no verlo? Así, señor, el verdadero penitente se eleva del temor á la esperanza, de la esperanza al amor, y el amor consume la justicia. La fe empurra la obra y la caridad la perfecciona.

Hoy hemos hablado del temor y de la esperanza, y uno y otro no son mas que los medios para llegar al fin. Hay otro que es más inmediato, más eficaz, y tan necesario, que sin él, como ya os he dicho, no se puede conseguir la conversión perfecta del corazón; esta es el amor. Ved aquí, señor, lo que seguramente justifica al peccador, ved aquí lo que le muda de esclavo del demonio en hijo de Dios, lo que le restituye todos los bienes y derechos que le dió el bautismo, y en fin, lo que le hace heredero de su reino y participante de los espíritus celestiales.

Pero como el amor tiene diferentes grados, manifiesta transacciones de este asunto. Espero que no olvidareis el nuevo orden que nos hemos propuesto. Por la mañana vendré á ayudaros en el estudio, y por la tarde hablaremos del amor. Yo repetí mi pensamiento al padre, y con esto se retiró. Yo llegué, Teodoro, que este padre es un ángel de Dios; yo no puedo dudar que ha venido del cielo para ayudarnos. No puedo explicar qué consuelo da al corazón. Descubre qué fuera de mí sin sus consejos y reflexiones. Cuando considero la diferencia que hay de él á mí, á tí y á todos los que viven tan ciegos, me parece que hay una distancia que del cielo á la tierra. ¡Ay, Teodoro! ¡qué diera yo por verte con él! Adios.

## CARTA XXIII.

### EL FILOSOFO A TEODORO.

Querido Teodoro: ¿Qué necios como los infelices cuando estruendos entre las paredes de los vicios, no conocen mas que los placeres groseros que ellos presentan. Si tú pudieras comprender el regocijo y la satisfacción que experimenta la mañana de este día, cuando después que estubo con el padre, el que con la ayuda de sus señores, quedaba desahogado y puesto en orden la primera época de mi tenebrosa vida, comprendieras también que hay placeres morales, placeres del corazón que la carne y sangre no pueden experimentar jamás.

¡Ah! que los hombres que gobiernan el espíritu de Dios son muy superiores, ó para decirlo mejor, de un orden más elevado que los que viven según el espíritu del mun-

do. Anda á ver esos filósofos profundos, esos genios brillantes, esos espíritus sutiles que hablan con tanto fuero, que disputan con tanta arrogancia y frecuencia la razón de los otros con un orgullo arrogante; sus discursos llegan á un momento útil; se ven en su inutilidad y su falacia. Ponlos cerca de la unción ó entre las aflicciones y dolores y buena sus auxilios, y entonces no son nada, sus socorros son fútiles y sus consuelos vanos.

Al contrario estos hombres de Dios sencillos, modestos, con traje humilde y expresión moderada, de nada se jactan, nada prometen, se contentan como incapaces de todo; pero cuando llega la unción que es necesaria de ellos, y se implora su auxilio, entonces se transforman, se encienden

en la hoguera de la caridad, con todo fuego, ardor, y los mismos que antes parecían inútiles son los que dan los verdaderos y sólidos consuelos, se hacen los amigos ardentísimos del necesitado y se aproximan á socorrer á los infelices con celo, mientras que los profanos filósofos del mundo los abandonan en las posiciones que mas se necesitan. Por otra parte, parece que el cielo os ayuda y los da los medios de conseguir que los otros no tienen.

¿Como se explicará el celo, la caridad y la ternura de un duto bienhechor? Si le hubiera conocido ó hubiera venido á verme un mas antes, lo hubiera mirado con el mayor desprecio, me hubiera burlado de él y apenas me hubiera dignado de fijar en él los ojos; y ahora lo venero como un hombre superior á todos los que yo estimaba, y no me hablo digno de besar la tierra que él pisó.

Con qué amor, con qué interés y ternura; con qué sagacidad, con qué arte y talento me escuchaba, hasta los mas íntimos secretos de mi corazón. Yo me puse en sus manos, él me preguntaba, yo le respondía con sencillez y buena fe, y él hacía no sé cómo con la oportunidad de sus preguntas, que me sorprende de muchas cosas que me parece hubiera olvidado sin ellas. Al fin, con mucha paciencia y método supo desenvolver el orillo enmarañado de mi primera edad, y me pareció que ya le había dicho todo lo que le podía decir, y también así que quedó satisfecho.

Por este modo lo que me había parecido imposible ya lo veía como hecho. Esta cuenta tan difícil de recordar se me hacía fácil, porque me guiaba por recuerdos en que yo veía la gracia, y me hizo conocer que estaba muy acostumbrado á estas oraciones. La experiencia de esta mañana me aliento mucho, porque sé que con el mismo método podía en poco tiempo llegar al fin, pero me repetía muy frecuentemente: *Sufre antes fatigado*. Desde que tenéis intención de no oír nada al confesar, que hacéis las posibles y prontas esfuerzos para no olvidar, que olvidéis una ó otra cosa no importa nada; lo que solo importa es que tengáis dolor de haber olvidado á Dios en todas ellas, que propugna muy firmemente no volver á hacer ni cosa ni ninguna de las que pueden olvidarse, que esperéis en la misericordia de Dios que es las perdurará, y sobre todo, que vuestro corazón se convierta, que os resuelva á mular de vida y guardar toda la ley de Dios. Ved aquí los requisitos esenciales. Uno ó muchos olvidados, cuando no vienen de una negligencia culpable, no alteran el valor del sacramento; pero no hay buena confesión ni la absolución aprovecha si no hay una entera y verdadera conversión.

Al fin el padre se fué dejándose muy consolado, y convenientes en que yo procuraría en el discurso del día ver si me ocurría alguna especie nueva respectiva á la primera época que dejamos apuntada, que la mañana siguiente comprenderíamos la segunda y así seguiríamos hasta concluir, sin dejar de venir por los tardes á continuarse su instrucción. En efecto, volvió aquel mismo día y empezó así:

Ayer os ofrecí, señor, hablaros de lo necesario que es el amor de Dios en el sacramento de la penitencia. Ya os he dicho que si el temor empieza, que la esperanza le sigue, y que esta engendra el amor, que es el que perdura y justifica. El mismo Cristo es el que ha enseñado á sus ministros la necesidad de este amor, pues en la primera absolución que dió en el mundo, que fué la que el mismo dió á

la mejor pecadora, dijo (1): *Muchos peccados te han sido perdonados, porque has amado mucho; y con esto nos hizo conocer que el amor era la condición mas esencial para recibir con fruto las absoluciones que se daban en la carrera de los siglos.*

Este divino Maestro no dijo: muchos peccados le han sido perdonados porque ha temido mi justicia, porque ha renunciado públicamente á sus peccados y su mala vida, porque ha venido á arrojarse á mis pies y reparó con sus lágrimas. Sin duda que su humildad le da el precio que merecen estas señales exteriores de su dolor, pero el peccador fué profundamente por su amor, pues era el principio que daba precio á todo lo demás, y el requisito mas esencial para la absolución.

Así, aunque el concilio de Trento haya definido que el temor prepara y dispone al peccador para su justificación, no quiere esto decir que el temor solo y sin la compañía del amor y este amor nos pueda hacer conseguir el perdón de los peccados. El apóstol dice que la ley, esto es, el temor, puede empezar la obra, que es como un polvajo que modo de guna, modo de fuerza, nos lleva y nos lleva de la mano (2), *lex pedagoga*, pero que no conduce al término de la perfección (3): *Nihil ad perfectum adduxit lex*. Por eso el Espíritu Santo solo hace entrar al temor en las disposiciones que preparan á la justificación en cuanto apunta al peccador á olvidarse hasta la esperanza, y que empezando á amar á Dios como autor y fuente de toda justicia, se siente por consecuencia animado de tal odio del peccado, que llega á detestarlo.

No añadiré una palabra á lo que dió el concilio, y os ruego, señor, que observéis los cuatro grados que indica con tanta precisión, todos anteriores al sacramento. Observad también el orden con que los propone, condicionados de los años á los otros. El primero es el temor que inspira la fe, y que espanta, abate, trastorna, pero como no hace mas que atar, de este grado pasa al penitente al segundo, que es la esperanza; esta consuela, anima el corazón que teme y le hace confiar tanto en Dios, que le promete que no dignará peccarlo por los méritos de Jesucristo; pero cómo es posible que espere de Dios este perdón si no empieza á mirarle como Dios de su corazón, como Dios bueno y misericordioso, el Dios de su esperanza por toda una eternidad? Es pues consiguiendo que el terror grado sea un principio de amor que le conduce á Dios como al autor de toda justificación y como al que debe hacer la suya, librando de sus iras y darle toda su felicidad. De este tercero se va progresivamente al cuarto, porque si ama al Dios de su corazón, que es autor de toda justicia, es pronto que detesta la iniquidad que Dios aborrece, y así aquí lo que el concilio dice (4): *Que el penitente porque ama á Dios aborrece y detesta el peccado.*

Así pues, la contrición es la parte principal de la penitencia, y tan principal, que nada puede suplirla, y puede ser tan intensa, que en el caso de que no fuera posible recibir el sacramento, pudiera ella suplirlo con tal que el pe-

(1) Luc. VII, 47.

(2) Ad Galat. III, 24.

(3) Ad Hebr. VII, 19.

(4) Conc. Trid. sess. XVI, cap. IV.

cedor tuviera un deseo y una resolución sinceros de recibirle luego que lo fuese posible.

Padre, padre, dije yo, defíñeme exactamente la contrición! No puedo, respondió el padre, dar mejor definición que la misma que da el consilio. La contrición, dice, es el dolor del alma, la detestación de los pecados cometidos y la resolución de no volverlos á cometer; y añade que esta mortificación de contrición ha sido siempre necesario para obtener el perdón de las penas, de lo que debía inferir que no había ahora de aquella contrición empuje y perfecta de que se haya recibido el sacramento, sino de la contrición, que es absolutamente necesaria para conseguir la remisión de las culpas; y esta contrición debe ser un dolor íntimo del alma.

No basta pues el temor y que su fuerza no esta en la gran fuerza de resolución de no volver á pecar, es necesario que el alma se aflicta y que se pique de dolor el corazón, porque sin esto no se puede acabar ni convertir. ¡Y qué debe producir este dolor! Un odio del pecado, el cual debe llegar hasta la detestación, lo que es una fuerza que ha de vencer y vencerlo. Tanto como se ama el pecado, tanto como se culpamos al cometerlo, el que está verdaderamente contrito debe detestarse y detestarse, y aunque es natural que el corazón no vuelva á repetir lo que ya aborreció, el consilio para no detestarse lo que ya aborreció, el consilio para no volver á cometerlo, añade expresamente que á este dolor que produce el odio debe juntarse la resolución de no volver á pecar.

Al fin, un movimiento pasajero que no excluya la voluntad de pecar sino cuando el sabido, que no perdona una multitud entre y dejan el corazón como estaba antes, no es suficiente para formar la contrición. Es necesario que esta voluntad de no pecar más se establezca tanto en el corazón y que está tan determinado y resuelto á no volver más á pecar, como lo está á no hacer ninguna de aquellas cosas que aborrece y sabe que le harán mucho mal. Sería suficiente creer que puede haber una voluntad del momento, cuando no se quite del corazón el amor dominante del pecado.

No es posible mirar lo que se detesta, y no basta mudar la disposición presente por las circunstancias actuales; es necesario mudarla en sí misma y para siempre. El recordar que arroja sus fardos en el mar por temor del naufragio, los arroja voluntariamente, y el mismo ayuda con sus manos; pero los aborrece ¡los detesta! No. Ved aquí una idea de la contrición cuando no es verdadera: toda disposición del ánimo que no se extienda hasta el odio y la detestación del amor dominante del pecado, no es la contrición que el consilio dice ser necesaria para conseguir la remisión.

Ya he dicho que esta contrición es un dolor del alma; debo añadir que es un dolor á debe ser un dolor de haber ofendido á Dios; inspirado por su gracia y superior á todo otro dolor, y todo esto es de tal necesidad, que de ello depende toda la eficacia y el fruto del sacramento. El que dice dolor, tiene un acto de la voluntad, un afecto del corazón que se aflicta y se determina á mudar de conducto. No es un simple conocimiento, una idea de la fealdad ó deformidad del pecado. No es tampoco una simple disposición de la razón, que si es recta no puede dejar de percibir el desmoronamiento del pecado y condenarlo. Se puede

tener todo esto sin estar contrito; porque todos estos actos no pueden quedar en el entendimiento sin pasar á la voluntad. Se puede con todo esto amar siempre y complacerse en su pecado, conservándole el mismo apego, y por desgracia en esto sucede muchas veces. Es menester que la voluntad obra y que el corazón se convierta con un arrepentimiento activo y verdadero. Es menester que el dolor nos lo franquee, y por esto se llama contrición. Dado que la voluntad no se muda, todo lo demás no basta para acercar á Dios como conviene compararse á sus ojos purísimo.

Y no basta que sea un simple dolor natural, es necesario que sea sobrenatural, esto es que sea en virtud de un Dios creador; y esto es lo más esencial, este dolor que siente la voluntad, y esto es lo más inspirado por el Espíritu Santo y que nos da la gracia de haberlo ofendido, debe ser supremo, está en más fuerza que todo otro dolor; quiero decir, que no hay otro, infelizmente ni desgracia en la vida, de cualquier naturaleza que sea, en que pueda concebir un dolor, no digo superior, pero ni igual al que debo tener de haber ofendido á Dios y perder su gracia.

Es menester que esto me aflicta más que pudiera afligirme la pérdida de toda mi fortuna cuando fuera la mayor y la más opulenta. Es menester que esto me dé más pena que la afrenta mayor y que más me entienda de oprobio, más que un abandono universal que me redujera á la miseria más estrecha, más que el mal más violento y agudo que me atormentara sin descanso, más que la muerte de los padres, los hijos, los amigos y cuanto se me ama en el mundo; y en fin, más que el inminente peligro de perder mi vida. Si mi pena no es mayor que todas estas penas, no es suficiente, y no solo no tengo la verdadera contrición, pero ni siquiera tengo aquella atención que es necesaria al sacramento de la penitencia, y se llama contrición imperfecta.

Teodoro, yo me estremecí oyendo este discurso, y sin poder contenerme le dije: Padre, ¿y quién se confesará bien si es menester todo esto! Dios puede exigir tanto de un hombre miserable! Eso es capaz de turbar el equilibrio en el corazón, que se puede temer que lo que van á ser, no respondo el tiempo yo no he acabado de explicarme, y si no voy con este temor y que con todo, no perdereis la esperanza. ¿Vos decís que esto puede desaparecer! Pero ¿cómo? A las almas mundanas que nunca han conocido á Dios ni se aplican á conocerlo, á las almas superciliosas en los placeres, que se desvanecen por aquello que poseen en el amor propio, á los almas displicentes que solo ven la gloria de la religión superficialmente y que están sin esas distancias en los objetos exteriores que arrojan su atención. Ved aquí los ánimos que deben apartarse de lo que dicen y extremarse al ver estas verdades.

Pero yo les diré con San Agustín: llámame una alma, que amo á Dios, una alma fuera del espíritu del cristianismo, en fin, tal como debían ser todas, y si por efecto de la fragilidad humana ó por la sorpresa de una pasión verdadera desgracia de cegarse hasta caer en el pecado, cuando volviendo en sí y ayudada de la gracia se convierte á Dios, ¿cómo si no sentirá la pena y el disgusto que he explicado y que digo ser absolutamente necesario. Cuando vemos á David acotado sobre la ceniza humillándose delante de Dios, cuando vemos á un Pedro cubierto de rubor y llorando

rando con amargura, cuando vemos á la Magdalena postrada á los pies de Jesucristo, que los riegos con su tierno llanto, podemos concebir que hubiera nada en el mundo de que pudieran estar, no digo más, sino tan afligidos como lo estaban de sus pecados! ¡Podremos imaginar ningún interés capaz de entrar en comparación con el de apesarse á su divino Salvador y volver á entrar en su gracia! Y nosotros, más pecadores sin comparación que esos famosos penitentes, que tenemos muchos más recursos para afligirnos! ¿Qué nos falta pues! Mas sinceridad y más celo de nuestra conversión.

Pero no os inquietéis, señor; confieso que vos y muchos pudieran desalentarse con razón; si este dolor necesario para la penitencia consistiera en una pena sensible, porque la sensibilidad no depende de nosotros, y muchas veces es más viva para estos males de la vida ó para ciertos acontecimientos que tenemos y nos afligen, que no para los pecados que detestamos y nos olemos un pesar verdadero. No es pues de este modo sensible, ni con esta pena, que nuestra contrición debe ser un dolor superior. A todo otro dolor, sino por la detestación de la voluntad, por la preparación del ánimo, que es la parte superior del alma, y por la disposición interior en que está el penitente de sufrir todo género de males, y aceptar toda especie de adversidades y desgracias antes de cometer en un solo pecado mortal.

Con esto es claro que aborrece al pecado más que todos sus males, y que quisiere á costa de ellos horror los que ha cometido. No es necesario para esto sentir las mismas agitaciones y temidos, ni caer en las mismas desolaciones que sentimos, cuando se nos muestra un grande infortunio ó desastre. Para la contrición basta el odio y el dolor que los teólogos llaman *aprecitativo*, porque al sentir los derechos de Dios, y percibir que nuestro crimen le da una preferencia entera y absoluta. Ved aquí lo que debe, señor, rogarme, y á todo, pues no hay nadie que con la asistencia de Dios no pueda tener este dolor.

Es verdad que para tenerle es menester aplicarse, y se necesita de cuidados y esfuerzos. San Agustín decía: Si todavía os el viento llamado de Dios, trabaja, roega, insiste. Los hombres experimentan muchas veces tal equidad en el corazón, que se puede temer que los falta la contrición que es necesaria para el perdón de los pecados en el sacramento de la penitencia, pero es por falta suya. ¡Y cómo es posible que la tenga si se observa el modo con que se preparan algunos para venir al sagrado tribunal!

Muchas veces vienen con tal precipitación, que no se han tomado tiempo sin para pensar en lo que van á hacer; se acercan con tanta indolencia y frialdad, que se conocen que este es uno de los ejercicios que más los están acostumbrados y serios de la religión, y como no están acostumbrados al recogimiento ni á los actos que el corazón manda de la gracia produce; sin embargo, se contentan con ciertas frases que se hallan en los libros, y que bien á decirlo de inocencia sin afecto interior, y con poca inteligencia. Esto suele ser común aun en las gentes de distinción. Nosotros los preguntamos si están contritos y arrepentidos, si tienen un sincero dolor de sus pecados; ellos sin volver nos dicen que lo creen así, pero hablando de buena fe, ¿cómo se lo pueden persuadir!

¿Qué es un dolor sincero! Es una mudanza tan entera del corazón, que le hace que se separe de los objetos que

antes le agradaban más. Es menester que por la fuerza y superioridad de este dolor aborrezca lo que antes amaba y ame lo que antes aborrecía, en fin, que sea un corazón nuevo. ¿Qué esfuerzo del alma supone una mudanza tan completa! ¿Qué sacrificio de sus gustos! ¿Qué victoria de sus pasiones! ¡Y una victoria de esta especie puede ser fruto de reflexiones frías y débiles, y de palabras dichas con ligeros! Bien sea que las operaciones de la gracia no dependen del tiempo pero también es que según las reglas ordinarias, la gracia no obra sino con poco y medida.

La gracia tiene sus caminos por donde se inspira, sus grados en que se adelanta, previene, sostiene, ayuda á acumular la obra; pero exige que el penitente contribuya por su parte, que entre en sí mismo, que levante su corazón, que deteste sus faltas, que se represente todas las consideraciones que le pueden servir para apartarse de sus pecados, y que se los haga mirar con horror, que imita sobre las que pueden inspirar temor, respeto y obediencia hacia Dios, su Criador y Redentor, y en fin, que resista á todo mismo Dios, atribulado su corazón para que le libere y lo convierta. ¡Y este puede ser el negocio de un instante, sobre todo, para pecadores que en el discurso de un año se acercan pocas veces al tribunal sagrado!

Pero, padre, dije yo, esto me hace temblar; según esto hay muchas malas confesiones. Yo lo temo, me respondo, y así no me atrevo á decir lo que pienso; pero como el confesor no puede ver el interior, está obligado á creer lo que se le asegura. Encargo los hombres, absteniéndose al pecador y no repaese de nada, porque solo Dios puede juzgar del valor de esta abstinencia, y sabe que por estas malas disposiciones, sin derogar ni á las promesas de Jesucristo ni á la potestad de sus ministros, no todo lo que se desata en la tierra se desata en el cielo.

Siendo así tal, volví á decirle, será menester un tiempo dilatado para prepararse á la confesión. Sin duda, me respondo, que es menester todo el que sea necesario para que sea buena, y sobre todo para asegurarse de su contrición tanto como es moralmente posible. Digo moralmente posible porque despreciable la negligencia en aquellos tiempos otro exco me sería una inquietud escrupulosa. La prudencia cristiana conserva el equilibrio entre los dos extremos, y no debe poner los límites de la razón. Cuando en vista de las circunstancias y de los medios que la practican, puede el penitente pensar que ha hecho todo lo que puede, entonces debe fiarse en Dios y calmar sus inquietudes, sin atormentarse inútilmente con excesivas descarnaciones de sí mismo.

Pero cómo no hemos de llorar nuestra miseria! ¿No es extraño que tomando el hombre tantos rancos, y tan fuertes que una sola debía bastar para penetrar su corazón de dolor por haber ofendido á su Dios, lo sea tan difícil moverse á los justos sentimientos de compasión! ¿No es extraño que necesitamos de tantas exhortaciones, instrucciones y meditaciones para despertarnos ideas que jamás deberían dejarse de nuestro espíritu, y que nos sea preciso hacer esfuerzos para que sintamos su impresión! ¿Cómo es posible que olvidamos tanto y tan presto á un Dios Criador, Conservador y Redentor, á un amo tan grande, á un Padre tan tierno, á su liberalidad, su caridad, su justicia y todas sus innumerables perfecciones!

¿Cómo el simple pensamiento de tantos derechos como



nos presentamos al tribunal de la penitencia, sino porque quizá nunca hemos llevado á sí una voluntad bien firme de mudar de vida y de trabajar asiduamente en la reforma de nuestros costumbres. Hemos creído que era voluntad una cierta viciosidad, algunos deseos impudicos ó los gritos de la conciencia que nos acusaba, interinamente y que nos decía lo que debíamos hacer. Lo vemos, pero no lo hemos hecho porque no lo hemos querido. Queremos que nos bien lo que está en nosotros, pero no lo queremos de verdad. San Agustín decía, hablando de sí mismo, que tenía un cierto latido que quiere despartarse y quiere ir á parar en sí mismo. Acudamos pues á Dios, que según el apóstol nos hace querer y esperar.

Pero volviendo á nuestro asunto, conviene saber que el dolor que nace de la escrupulosidad y de la detestacion del pecado, ha de ir acompañado á lo menos con un principio de amor. Es natural amar á lo que se espera mucho bien, y mucho más cuando se sabe que se puede lograr por él amor. Es verdad que si ha disputa y mucho sobre esto en los últimos tiempos por esta era una disputa, mas para las escuelas que para ordenar nuestras disposiciones en el tribunal sagrado. Todos creyamos en que la santificación incluye amor y la cuestión se reduce únicamente á si este amor era de esperanza ó de caridad; pero que sea de uno ó de otro, siempre es amor; amar no es otra cosa que amar, el amor de que hablamos aquí, es esencialmente uno y otro sin que sea posible separarlos y si no decidimos cuál es el bien que esperamos en el sacramento de la penitencia. Nos una dirección que el perdón de los pecados y yo digo que tenéis razón, y que es lo entendemos bien, es todo lo que podemos desear, porque con que este bien nos rigen todos los demás.

En efecto, es imposible que obtengamos la remisión de los pecados sin quedar justificados con una justicia que nos es propia. *IX. cómo se establece esta justicia en nuestro corazón? ¿Cómo de injustos y pecadores nos transformamos en justos y santos á los ojos de Dios? Por su amor, por la caridad que derrama en nosotros el Espíritu Santo con su presencia.* Estas son verdades de fe, difíciles por el concepto, pero muy fáciles de entender. Si alguno dijera que el hombre queda justificado solo con el perdón de los pecados sin la gracia y caridad que el Espíritu Santo derrama en nuestros corazones, ¿para qué nos hace perdonar los pecados? Este, señor, merece las más sanas reflexiones, porque va contra las consecuencias que resultan.

Si el pecador cuando recibe la absolución no recibe al mismo tiempo el Espíritu de Dios, si no le lleva ya en su corazón cuando se levanta del sinedrío; si con la presencia del Espíritu divino, que habita en su alma, y la ha hecho tener en vivo, no habita también la caridad, que consiste en amar bastante poderoso para preferir á Dios y apreciarle más que todo, para hacerle amar todo lo que ama, aborrecer todo lo que aborrece, y para establecerle en esta feliz disposición de una manera firme y constante, no porque no pueda ser de este estado, pues puede y muchas veces cae, sino porque este estado por su naturaleza es para subsistir toda la eternidad, y si el pecador

lo pierde es por su culpa; en una palabra, si no tiene la caridad, que es la única que puede hacerle digno de Dios, perderse en el número de sus amigos y asociarse á sus santos, porque ya el mismo es justo y santo, sería un grande error decir que ha podido obtener el perdón de sus pecados. Que se dispuso, pues, tanto como se quiera sobre las disposiciones necesarias para el sacramento de la penitencia, no se puede dudar lo que el pecador va á recibir y lo que debe traer, y no solo no recibirá nada, sino que será culpado de haber hecho inútil el sangre de Jesucristo, si no recibe en virtud del sacramento el Espíritu Santo y el hábito de la caridad.

Partes, señor, que es imposible recibir esta justicia y esta caridad sin desearla tanto como mereces, esto es, mas que todo lo que se puede desear en el mundo y con preferencia á todo sin excepción. En la religión de Jesucristo no hay mas que una respuesta que el fundador nos nos enseñó, y es que sea como lo deseara: *Fiat tibi sicut vis.* Para obtener pues es menester desear, y esto mismo define al espíritu cuando dice que el Espíritu Santo derrama en esta caridad según la disposición y cooperación de cada uno. ¿Quién puede ignorar que la mejor disposición es desearla mas que todo y con preferencia á todo? Pero el que se profesa cualquiera otra cosa, no merecerá recibir-la y se hará absolutamente indigno de ella.

Ahora pregunto yo lo posible desear, sobre todo sin amarla mas que todo? La justa medida con que se desea una cosa es la del amor que se lo tiene. Dad á este amor el nombre que quisierdes, no me importa; es evidente que el precioso bien y va á recibir la justicia y la caridad, que no puede recibirla sin desearla y amarla mas que todo, como el mayor de los bienes, como el único digno de ser deseado, como el solo que puede hacerle feliz en este mundo y en el otro. Siendo esto así, ¿qué importa el nombre que se le da? Es indispensible que este es el amor de la caridad, pues se le propone directamente por objeto, y quien puede dudar que es también de esperanza?

Es pues claro que uno y otro amor son el mismo. ¿Qué modo de amor puede ser mas vivo que aquel movimiento del alma con que el profeta decía (1): "¿Qué hay en el cielo, si no que pueda desear sobre la tierra sino á tí, Dios mio, Dios de mi corazón y mi parte en la eternidad? No conozco otra felicidad que la de unirme contigo y poner en ti toda mi esperanza? Observa cómo me el amor de caridad con el de esperanza, y que los dos no son mas que una cosa. (Ay, señor, que no misericordia nos inspire su amor y no nos embarrancemos en el nombre que pueda tener.

No hablamos pues de estas distinciones para arreglar nuestra consciencia, que el dolor, la vergüenza, la confesión, el abajarse, la admisión, el reconocimiento, la confianza, todos los mas vivos efectos de amor, todos los mas poderosos sentimientos del amor mas inflanado se desmenuzan y originan todos juntos sobre nuestros corazones tan repetidos, tan acumulados, que no nos permiton distinguirlas ni nos dejan libertad sino para abandonarnos sin reserva á la inmensa caridad de nuestro Dios. El ansiego, la maldición, dice el apóstol, es para el que no ama á Jesucristo; y en qué tiempo la merecería más el pecador sino cuando

(1) *Conc. Trid. ses. IV, can. XI.*

(1) *Psal. LXXII, 25.*

de cobriero de las áncoras que lo han hecho sus pecados, y cuando implorando la aplicación de un sangre para sanar de heridas tan mortales, se pashera creer dispensado de amarle?

Lo que el concilio dice de que la atrición estendida por temor de las penas dispone á recibir la gracia del sacramento, no se opone á la necesidad del amor; sin duda que la atrición dispone, sin duda que es el primer grado de la justificación, porque prepara la conversión del corazón; pero por lo mismo que dispone á los otros grados, es claro que por sí sola no basta y que los otros tres que el mismo concilio indica, son necesarios. Así cuando esta disputa se reduce á sus verdaderos términos, se ve que no hay dificultad real, que está mas en las palabras que en el fondo, y que si se monester siempre amar á Dios, no le debe amar mas si es posible: cuando se va á implorar por la penitencia su piedad.

Me parece oportuno prevenir contra una objeción que han hecho algunos y que naturalmente se presenta. Ellos dicen: si los hombres deben amar á Dios antes de la absolución, desde que le aman ya son justos, y desde que lo son ya no necesitan de la confesión, pues sus pecados han sido perdonados; así después se confiesan, no será mas que por devoción ó para obedecer á la Iglesia que lo manda; pero el sacramento entonces no es mas que una ceremonia privada y de su efecto principal, que es la remisión de los pecados.

Si les ha respondido que lo mismo pudieran decir del bautismo, pues este sacramento sirve también á la remisión de los pecados, como lo ha definido el concilio y como todos los días lo confesamos en el *Credo*. Sin embargo, el mismo concilio ha declarado que una de las disposiciones que deben tener los adultos para recibir con fructu los sacramentos es amar á Dios, y que solo es una ceremonia exterior que se reduce no á perdonar los pecados, sino á declarar que los están perdonados.

Santo abtado, desirido y ya convertido, es uno de aquellos milagros que manifiestan la fuerza de la gracia. Nadie duda que en conversión fué perfecta desde su principio, y no obstante, Ananías, enviado por el mismo Jesucristo para bautizarlo, no se cree por eso dispensado de decirle tres días después de su conversión: ¡qué aguardas, hermano Santo! Levántate y lava tus pecados. ¿El pecador tenía Santo? ¿Levantado y lava sus pecados? ¿Qué se le lavó si tres días antes estaba ya justificado? ¿Que se dispuso si se quiere contra este ejemplo, pero fácilmente se verá que se disputa contra lo que nos dice la palabra de Dios. Veamos otro.

El anterior Concilio manda á san Pedro que le venga á instruir en el Evangelio, y san Pedro le instruye. El espíritu de Dios descende visiblemente sobre Cornelio y sobre su familia. Es pues cierto que antes de recibir el bautismo ya estaban justificados. ¿Y qué ganará de esto el principio de los apóstoles? ¡Quién podrá, dijo, rebajar el bautismo á los que han recibido el Espíritu Santo! Observad bien estas palabras. Porque han recibido el Espíritu divino infero el apóstol que está obligado á darles el bautismo.

Pero habíamos particularmente de la penitencia. El concilio declara que hay una contrición tan perfecta, que justifica al pecador antes del sacramento. Esto es de fe, pe-

ro si se quisiera concluir de aquí, que el sacramento no es necesario al que recibe con tan feliz disposición, ó que no es mas que una ceremonia exterior, un poder desnudo que solo sirve á declarar que los pecados le están perdonados, se cae en los anatemas del concilio; y así lo que es de lo que se dice, como que el sacramento sirve más útil y fructuoso al que trae disposición tan excelente.

Y si no, ved la consecuencia que resultaría. Los cristianos están obligados en conciencia á no privar á los sacramentos mentos de su efecto ni reducirlos á simples ceremonias exteriores, que los hicieran dejar de ser lo que son por la institución de Jesucristo. Supuesto esto, estaríamos también obligados á enseñar y aconsejar á los fieles que vayan con obligados á pensar sin cesar para no amar mucho á Dios, cuando vienen al sagrado tribunal, y en lugar de decirles como el concilio que el Espíritu Santo derrama en cada uno y que los sacramentos dan más gracia al que viene mejor dispuesto, sería monester decirles que para tenerla mayor debían amar á Dios menos. ¡Adónde va la razón humana cuando quiere jugar de las cosas de Dios con sus dotes locales! ¡Adónde media el sino á contradecirnos, embrollarnos y corregir de sus propias consecuencias!

Una alma verdaderamente convertida no disputa, no argumenta, no sutilla, no tiene mas que un deseo que lo ocupa, y solo dice una palabra con san Pablo (1): Señor, ¿qué quieres que haga? Esta palabra es corta, pero todo lo dice cuando se profiere con una voluntad llena y entera, que no tiene mas objeto que el de agradar al dueño que la manda. Nos pregunta á Dios ni quiere saber los motivos del precepto. La obediencia fuera mones perfecta y el seroton quedara menos contenido solo sobre decir: Hábla, Señor, que tu siervo escucha. Mi entendimiento no debe hacer otra cosa que oírte y mi corazón que amar-te. El primero se cree no obstante la escucha de sus palabras, y el segundo se obligará á pensar de sus respuestas; como si me mereciera saber más lo que quieres, sino que yo quisiera hacer todo á un tiempo, si los fueras posible, y si se cumplían lo permitieras; pero todo está en la preparación de mi corazón, van lo veis, y que espera con vuestra gracia baste cuanto le sea posible.

Ved aquí, Señor, los sentimientos de un verdadero convertido y cuanto la conversión es mas perfecta, tanto mas la doctrina está dispuesta. Supongamos pues un nudo bastante poderoso y fuerte para justificar al pecador antes del sacramento: ¿qué se sigue de esto? Que el deseo de recibirlo, como que es el motivo que Dios ha establecido para el perdón de los pecados, debe ser mas vivo en él, pues que no puede ser justificado sino en razón de este deseo, y que la necesidad de este deseo no se funda sino en que el sacramento le sido dispensado sobre Cornelio y sobre su familia. Así pues, cuando fuera cierto que todos los hombres fueran justificados antes de recibir el sacramento de la penitencia y el del bautismo, no por eso los dejarían de ser necesarios ó quedarían privados de su efecto, pues que los penitentes no pueden ser justificados sino por el deseo de recibir aquellos sacramentos.

Pero para poner este asunto en toda su luz, basta observar lo que dice el apóstol: *Actos. IX, 6.*

(1) *Actos. IX, 6.*



var que el amor de Dios en nuestros corazones es susceptible de muchos y diferentes grados. Algunas veces es tan débil y lánguido, que parece que apenas empieza a despertarse en la virtud, se quisiera practicarla, se comienza ya que los que sirven a Dios son dichosos, se confían que sin caso no hay verdadera felicidad, se hace algún esfuerzo para imitarlos, para elevarse; pero á pesar de todo, cierta especie de ligazón nos tiene pegados á nuestras habiéndos y dotaciones todas las fuerzas de nuestra alma.

San Agustín prueba bien esta situación cuando dice: "En este estado, Dios mío, yo me era impotente á mí mismo, porque empezaba á concebirte; pero detenido por mi voluntad de hierro, volví á caer con el peso de mis cadenas. Sentía gusto en amorar con tu siervo Ambrosio, me consolaba con la lectura de las santas Escrituras, que hasta entonces no me habían inspirado más que fatiga. El nombre de Jesucristo que se repite en ellas tantas veces, causaba un secreto consuelo á mi enfermo corazón, el ejemplo de los que se sirren de Dios me movía también, y me decía algunas veces: Agustín, ¿por qué no podrás tú lo que aquellos y aquellos? Alipio y yo nos decíamos estas cosas, él me alentaba unas veces; yo le mimaba otras, pero á mí me detenan mis pasiones y á él los obstáculos; así, no adelantábamos nada, y todo acababa en estar juntos para despreciar."

Estos son los primeros movimientos de la gracia que empezaba á trabajar en aquel corazón; y qué dichoso es el que empieza á sentirlos si se los aprovecharlos. Es un hombre que lucha con la inercia, pero que no tiene todavía más que el primer impulso que que vuelve á sumirse en la vida. ¿Qué diferente es el estado? En otro hombre, que no solo está lleno de vida, sino de salud, de fuerza y de vigor; que dice con verdad que Jesucristo es su vida, que la muerte es una ganancia para él, y á quien la muerte y la vida son indiferentes con tal de que sirva y agrade al que finalmente ama y adora, que desafia al cielo y á la tierra, á las espadas y á las persecuciones, á la vida y á la muerte, á las cosas presentes y futuras; seguro de que nada le podrá separar de la caridad de Jesucristo. Tal era san Pablo, tales fueron los apóstoles, tantos agrados mártires y tantos santos confesores inflamados de amor, cuyos escritos están en nuestras manos y que expresan en ellos estos sentimientos con tanta sinceridad y eficacia, que no va bien que no tengan otros.

Hombreros de este carácter no reciben otras impresiones que las que les produce su amor. Este amor dominado con tan poderosas fuerzas en su conciencia, que pudiera decirse que podía tener ley, y en este sentido dice san Juan: "Que la perfecta caridad excluye al temor." Sin duda que uno y otro afecto habitados en sus almas, sin que jamás los perdieran de vista; pero no obraban ni por la impresión de la ley ni por la del temor, sino por la del amor que lo absorbía todo.

¡Vel aquí los dos extremos! ¿Y qué sería de nosotros si del primer grado hasta este no hubiera otros muchos y diversos grados en su medida? El Dios de las misericordias ha dispuesto muchos momentos en su obra, y aunque no se llega á ella sino por el amor, este amor es susceptible de más y menos hasta lo infinito. San Pedro sin duda enseñó á Dios sobre todas las cosas, y le amaba no solo con el amor que prepara á la justicia, sino con el que le da; pero que ya era justo cuando Jesucristo le dijo: *No me puedes seguir*

ahora. Así pues, el amor puede no solo ser verdadero, sino también justificante, sin ser por eso capaz de sostener toda especie de pruebas. Describió el mismo diamante: No puedes. *Non poterit.*

El peligro y la prueba se presentan, y la caída de Pedro justificó lo que Jesucristo había dicho: Ahora no me puedes seguir; no es Dios el que le ha fallado, es Pedro el que se le ha fallado á sí mismo y á Dios. Si aprovechado del aviso que le dió Jesucristo se hubiera humillado sin moverse, según su Maestro no le mandaba seguirle, su amor, aunque débil entonces y poco capaz de grandes esfuerzos, pero suficiente para hacer lo justo, se hubiera sostenido; pero contra el expreso aviso de su Maestro se empeñó en seguirle porque se creía más fuerte de lo que es; y qué le sucedió! Tríplica y oye. Conocíamos pues que el amor de Dios puede no solo accidentalmente habitar en nuestras almas, sino también justificarnos, sin que por eso sean capaces de todo.

¡Ay, señores! tal es la condición humana: excepto un pequeño número privilegiado, la mayor parte de los justos necesita de todos los auxilios y de todos los motivos de la religión para sostenerse. Hay ocasiones en que un justo titubea, y cae sin el auxilio del temor; hay momentos en que necesita de este auxilio el mismo que no le ha necesitado en muchos otros. Esto se diversifica lo infinito. ¿Y qué se debe inferir de estas tristes verdades que la acción en que el amor no se sostiene sino por el auxilio del temor se está fallando? Esto fuera una herejía tan contraria á la fe como al buen sentido. La fe nos enseña que aquella acción aunque se pierde por el temor, es buena, santa y justificable; lo que se pudiera decir finalmente es, que habiendo sido más perfecta el amor solo le hubiera producido. Estas son principios de que no es posible dudar.

Así pues, como el amor divino tiene en el corazón de los justos tan diferentes grados que varía sin fin, y como una vez mucho más fuertes y vigorosos que otros, así también hay mucha diferencia en los que son débiles y están languidos en los principios del amor, que lo son también de la vida. Algunos hay que no tienen más que el primer soplo; Hay otros que aunque parecen lánguidos y enfermos, no dejan de hacer esperar que con los auxilios de la religión podrán recobrar la salud. Tal está todavía lejos del reino de Dios, aunque se encamina á él, y tal otro está ya cerca y el divino Maestro arroja ya sobre sí los ojos que benevolencia si todavía no está en su camino, ya está muy cercano á ella.

Se abusa de estas verdades si porque es necesario amar á Dios sobre todas las cosas se creyera que para recibir la absolución con fruto es necesario tener un amor á toda prueba, ser insensible á las impresiones del temor, no hallar dificultad en sentir trabajo en el ejercicio de la virtud, y que el que no se siente en este estado puede recibir la absolución. Este sería otro extremo que nos pudiera perjudicar.

Es cierto que debemos hacer de nuestra parte cuanto nos sea posible para traer al sacramento la mayor contrición que podamos; pero el consuelo mismo lo distinguirá con mucha exactitud dos estados de contrición ó del contrición, la que que justifica antes del sacramento porque es perfecta en caridad; la otra es imperfecta y no justifica sino

con el sacramento. Estas dos contriciones son muy diferentes. Sería una ilusión gruesa y culpable confundirlas y juzgar de la una por la otra; esto es, juzgar un estado común, ordinario, imperfecto é insuficiente sin el sacramento, por un estado raro, extraordinario, que justifica por sí, y tan perfecto, que aun es el estado común de los justos. Evitemos con cuidado estos errores, que no padierán seguir sino á satisfacer de algún modo los errores.

Todo el punto se reduce pues á saber cuáles son los medios que nos pueden hacer conocer si estamos en el estado necesario para recibir la absolución; porque después de lo que hemos dicho, es claro que para recibirla es necesario estar convertidos de corazón, que para estarlo es necesario tener un dolor verdadero, que este dolor consiste en un aborrecimiento y detestación sincera del pecado, en que el amor del pecado se destruya en nuestro corazón, y que esta destrucción total del pecado, esta detestación no puede hacerse sino por un principio de amor de Dios como autor de toda justicia, según lo dice el concilio. Lo que nos falta ahora es examinar cómo es posible conocer si hay en el co-

razón esta conversión verdadera, este dolor, este aborrecimiento y detestación del pecado, y por consiguiente este amor de Dios y de su justicia; pero como ya es tarde, recordaremos este asunto para mañana. Podrá, señor, á Dios que inflame mi corazón y mis labios para que no dilague nada que no sirva á su gloria y nuestra edificación.

El padre se retiró, Teodoro, y yo me recogí para recordar y traer á la memoria los delitos de otra época para considerarlos al siguiente día. ¿Cen qué manzanas se presentaban á mi espíritu recordando que antes fueron los objetos de mi complacencia y eran ahora patillas que me atormentaban el alma! ¿Quién me hubiera dicho cuando los cometas son alegría tan loca é insensata, que llegaría el día en que no podría recordarlos sin horror! ¿Pero qué fuera de mí si el Dios de las misericordias hubiese mirado los ojos no me hubiera hecho ver su deformidad! ¿Y lo podré yo no agradecer para no olvidar ninguno, para considerarlo todo, para detestarlo, para expulsarlo, y consagrarme con amor y gratitud los pocos días que podían quedar á mi atrevida iniquidad. Adios, Teodoro.

## CARTA XXIV. EL FILOSOFO A TEODORO.

Amigo mío: como el padre á la hora acostumbra; yo había aprovechado el tiempo que me había quedado libre la noche precedente para recapacitar la parte que comprendía la segunda época de mi humilde vida; yo le dije lo que pude; pero viendo que me confundía, volví á tomar el timón en la mano y con la misma sencillez y arte que el día anterior volví á preguntarme y dirigirme. Al fin ocuparme la mañana con mucho trabajo de su parte, pero no solo evitaba el sueño, sino que por el método con que me preguntaba, hallaba yo las cosas que me habían parecido más impensables. Me parecía también que había ya confesado á mi satisfacción, y cometida esta época se fue, preguntándome volver por la tarde.

Volví un día, y después de haberme sentido, yo le dije: Padre, me habías prometido examinar hoy si es posible conocer que haya en nosotros la contrición necesaria, si se puede asegurar la verdadera conversión del corazón sin la cual ni la beneficencia ni la misericordia de Dios se aplican. O sea como que demue otros con impaciencia, porque ignoro lo que puedo pensar de mí mismo. Cuando examino mi propio corazón, por un lado me parece que estoy verdaderamente arrepentido, que diera cuanto tiempo en el mundo y pasara por los mayores sacrificios si pudiera con ellos conseguir no haber vivido tan delinquentemente, que estoy determinado á reformarme y mudar todo el orden de mi vida; pero por otro lado veo que á veces mis deseos

se abajan, mis resoluciones se cambian y me sorprendo con ideas diferentes. El vino vuelve á hallárgame de nuevo, la imaginación me arrastra con imperio á objetos malos, indolentes cuyo abandono me parece insostenible, y me hallo de repente tan lejos del orden nuevo de corrección que me hablo propiamente, que me es necesario un grande esfuerzo para rebajar estas especies halagadoras que me ensañan y seducen.

Recordaba, padre, que el corazón humano es un abismo, un océano insondable; un peligro tan grande donde todo es incógnito y engaño; donde la mano no puede fijar el pie. ¿Quién pues podrá vivir seguro? No es dado al hombre sostener los espaldas ni los corosones, ni encontrar reglas para asegurarse de sus disposiciones interiores; y á cada uno le es oculto en propio corazón, cómo podrá ver el de los otros? Yo fuera muy feliz si pudiera contar con la sólida conversión del mío, y es cuido me deis las luces que espero.

Tal lo que decía, señor, es muy justo, respondió el padre, y jamás el hombre sin las luces del cielo pudiera penetrar las ocurrencias de ese caos; pero Dios alumbra á la suya intención y al buen deseo, y nos ha dado en las santas Escrituras el farol que nos debe alumbrar en la noche de nuestra vida. Vos acudís de propiamente una dificultad tal que el hombre alumbado en sí propia luz no pudiera satisfacer jamás; pero yo voy á responderos en dos palabras

diciadas por el Espíritu de Dios, y admirad de paso la enorme profundidad de los libros divinos. Los hombres dicen poco en muchas palabras; el Espíritu Santo en pocas palabras lo dice todo, y lo dice con tanta precisión y claridad, que en ellas se halla todo lo que importa saber.

Yos desearéis saber cómo se puede conocer cuando estamos verdaderamente arrepentidos. Yo os respondo con San Pablo (1): *Si vivieseis según el espíritu, entonces seríais conformes al espíritu.* Estas pocas palabras están llenas de luz, y pueden ser que ya se descubran todo lo que quiero desear. Esta conversación no es nada menos que una vida entera, un tránsito total de una vida á otra diferente, y para desear mejor, de la muerte á la vida. La vida de la carne y de los sentidos, según el mismo apóstol, no es más que muerte; *para está y la verdadera vida no se halla sino en el espíritu que vive de la justicia.* Estas son las dos especies de vidas con que todos los hombres viven sin excepción alguna según la carne, mortal, y ya está muerta á los ojos de Dios; pero el que viviere según el espíritu, mortificando las obras de la carne, vivirá. Estas dos vidas son incompatibles no hay medio entre la vida y la muerte. El que vive según el espíritu no sigue los deseos de la carne; el que la sigue no vive con la vida del espíritu.

Aquí pues, el vos no solo no seguís los apetitos y deseos de la carne, sino que los hacéis, los combatís y los mortificáis, ya podéis aseguraros que vivís con el Espíritu de Dios, y ved aquí cómo esta cuestión que parece tan difícil se resuelve por el medio más sencillo y natural. Basada la luz en una sencillez, y la luz brilló ya por todas partes. Ya tenéis un fácil que nos puede guiar, y con que podemos arreglar nuestros pasos y conducta; pero estadmos para esto lo que en la vida de la carne, que no solo son los pecados groseros ó de los sentidos, sino también los que nacieron de las pasiones, que suelen llamarse espirituales, como por ejemplo, el orgullo, las envidias, las envidias; pues aunque pertenecen al espíritu, según su origen ó tienen su principio en la carne, y la natura. San Juan nos dice (2): *No amas al mundo ni nada de lo que está en él, porque toda concupiscencia viene de él.* Es claro que nosotros no tenemos relación con el mundo sino por este cuerpo grosero, por esta deshechada carne; solo por ella llegan á nuestros ojos las falsas impresiones que el mundo produce.

En la vida de la carne el principio de todas nuestras falsas impresiones son los sentidos. Es claro que nos da este gusto dominante por las cosas de los sentidos, este encanto que nos deslumina y cegamos los verdaderos y que nos agota tan tenazmente á los transitorios, esta dificultad que tenemos en deshacernos de lo que se nos quitó pronto, esta posesión que nos abruma y nos sujeta á las impresiones de los bienes presentes. Por ella no estimamos, no amamos, no respetamos ni buscamos sino lo que vemos y tocamos, y por ella no producimos fruto en nuestro espíritu. Dios, sus juicios, sus castigos y sus recompensas. Apenas vemos todo esto, y al fin lo nos muestra, es á tanta distancia que no sentimos su impresión. El oro, las dignidades, las grandezas, la magnificencia, la estimación, el respeto á los hombres, sus jactancias y sus opi-

(1) *Ad Galat. v. 25.*  
(2) *1 Joann. 11, 15, 16.*

ciones, ved aquí lo que nos interesa y nos consume, porque los sentidos nos atraen todo esto, nos lo presentan á la vista y solo pensamos en adquirirlo.

Esta es la razón por qué no tenemos otra solicitud que la de estos bienes y que solo pensamos en adquirirlos y conservarlos. Por esto la impresión que nos producen es tan fuerte, que no hay medio, no hay delito que no se quite con furor, y se matan unos á otros con perfidia é inhumanidad. De esta fuente empujados nacen todos los desórdenes, y ella es la que nos inspira esta oposición que sentimos á lo que nos aconseja la razón, y mucho más á los fines piosos de nuestro estado y á las ocupaciones serias de la religión. Ella es la que nos da ese gusto tan vivo por los placeres frívolos y las diversiones agradables, y por ella ocupamos siempre en solicitudes inquietas, agitados de cuidados inútiles, de movimientos descompuestos, de inmoderadas envidias y furoros, nuestros días no malgastan en conversaciones tan santas y perlas tan irreparables.

Esta es la vida de la carne, que consiste en el imperio que los sentidos han tomado en nuestro corazón, y por ella muere el espíritu; porque la vida de esto consiste en combatir la vida de la carne, en mortificarla y destruirla. La conversión del corazón no es otra cosa que el paso de una vida á otra; por conseguida, no puede haber conversión si no se abandona la primera vida para adoptar la segunda, pues es imposible tenerlas ambas, y por eso san Agustín enseña toda la conversión á partir el corazón del amor de las cosas temporales, presentes y sensibles, y ponerlo en las cosas eternas.

Aquí dijo yo: Eso bien lo entiendo, padre, comprendo que el conversido debe dejar la vida de la carne para seguir la del espíritu; pero cómo me dirá si mi alma, y para estar en estado de recibir la absolución, mi corazón está tan convertido como es necesario? ¿Cuándo pueda ejercer conversión al espíritu, según su origen ó tienen su principio en la carne, y la natura. San Juan nos dice (2): *No amas al mundo ni nada de lo que está en él, porque toda concupiscencia viene de él.* Es claro que nosotros no tenemos relación con el mundo sino por este cuerpo grosero, por esta deshechada carne; solo por ella llegan á nuestros ojos las falsas impresiones que el mundo produce.

En este punto, señor, los más justos y los más santos no hacen ventaja á los pecadores, y la funesta causa de igualdad que todos los hombres tienen en su conciencia, se expresa ya presente en todos los miserables frutos de muerte. Cuando digo que los justos no tienen ninguna ventaja, no quiero decir que en los combates no sean victoriosos y que en ellos no se disminuya cada día la actividad de esta semilla perniciosa; sin duda que cuando más se adelantan en los caminos de la justicia, tanto más debilitan la concupiscencia y la privan de su fuerza. El enemigo que ha sido vencido ya muchas veces, queda aterrado y es menos peligroso.

Pero aun todo, la raíz de esta simiente siempre se conserva. Ningún esfuerzo la acaba, y es indispensable que hasta los justos la refrenen. Esta semilla de iniquidad consiste en la impresión y depravación de los sentidos y en el efecto involuntario que causa en nuestra alma esta impresión. Esto es lo que el apóstol llama ley de muerte. Esta ley reina en nuestro cuerpo, y vive hasta la muerte. No podemos destruirla; pero porque la carne y sentidos viven, podemos destruirla; y nosotros á ella, por el accorro y combatir.

Así pues, la elección inevitable del alma á la acción de los sentidos, es la raíz del pecado, que no consiste ni puede consistir sino en condescender ó someterse voluntariamente á su imperio. Por eso no he dicho que para la conversión sea necesario dejar de vivir con la carne y los sentidos, sino que es menester no seguirlos, no someterlos, que supone dos cosas que el apóstol ha determinado; la primera es: *dejar de vivir con la carne y los sentidos; la segunda: Los que son de deservido han crucificado su carne con sus deseos y concupiscencias.* Porque no hacer las obras que son claramente de la carne, y de las que dice el mismo apóstol que que las ha no entrará en el reino de los cielos, es algo; pero para ser de deservido no basta no hacerlas, es menester combatir y debilitarlas. Esto resuelve todos nuestros temores.

El sentido por más vivo que sea para las cosas prohibidas, puede ser un mal, pero no es un pecado; es mal porque obliga al pecador; pero después de la victoria es un bien, porque es fuerte. Pero amas eso mal? (No debéis determinarlo á no permitirlo nada?) (Si estovos en vuestra mano impedirlo, no lo hebridis?) Sin duda, pues, mala lo concelades, y es importante no debéis poseer ninguna iniquidad: las malas inclinaciones, esas impresiones son efectos naturales de la ley de la carne; y la ley del espíritu debe sujetarlos. (Si no existieran sería necesario resistirlos y vencerlos.) Cuando el apóstol dice que el pecado no reina en él, añade inmediatamente de modo que obedezca á sus deseos. Abandonad pues toda iniquidad, procurad solamente manteneros fijos; y si á vuestro pesar las memorias de los tiempos pasados os despiertan con vivos en vuestro corazón, no concupiscencias, nada, lejos de faltar á Dios le servís con más respeto.

La verdadera conversión, como hemos dicho, es la acción absoluta no de las tentaciones sino de los consentimientos á todo pecado mortal, pero sin excepción alguna, porque el que los dejara todos, si conservara uno solo sería reo de todos. Esto se debe observar muy particularmente, porque parece que muchos cristianos imaginan que en la religión de Jesucristo no hay más que una especie de pecados, y que están contentos cuando se abstienen de los que san Pablo dice que no solo no se deben cometer pero ni aun temerlos. Como si el hombre fuera tan despreciable que no se le permitiera considerar en no envidiosos indignamente; pero Santiago dice: Que el que no respeta su lengua y piensa tener religión se engaña, que no sabe más que las apariencias y que su religión es vana. El mismo san Pablo añade: Que tiempos entraron en el reino de los cielos los que creyeron en simonías y pleitos, cóleras, desva-

riencias, envidias, maledicencias, envidias y placeres de la mesa.

Vos diréis, ¿quién pues se podrá llamar convertido? ¿quién se salvará? Yo os respondo: El que se abstenga de todas esas cosas, porque al que las haga en todo ó en parte, no entrará en el reino de los cielos. Es menester pues sobre todo uno examinarse bien y corregirse. No voy á proponeros algunas ejemplos. Ved aquí hombre: una secreta emula devoraba su corazón, no podía suportar el bien que otro hacía, y no le hacía el mismo; las felicidades ó las alabanzas de otro le afligían; las veía ó las oía con envidia y procuraba atormentar; olvidaba el bien de otros y divulgaba el mal, le creía fácilmente porque le desaba, y con más facilidad le publicaba para que fuese creído; las menores equivocaciones eran para su ánimo mal dispuesto pruebas de conversión. Todo esto debía corregirse, y desde que se convirtió ya es diferente su conducta, ya en su corazón hay un amor sincero de todo bien, ya lo aplaude en cualquiera parte que lo vea, ya no odia del mal, ya lo encubre, y en fin, ya le excusa si puede, ó á lo menos calla. Es claro que su ha convertido, pues ha corregido ya sus defectos. Aquel se jactaba otra vez, y aquí con demasniada verdad, de ser un enemigo implacable; no podía reconocer como virtud el óvido de las injurias, y cuando estaba ofendido sin deseo de vengana no escuchaba ni consejo, ni razón, ni religión. Todo se ha mudado; ya es un amigo fiel y sincero, ya no tiene enemigos, todo lo perdona, y no castiga más que la paz y la reconciliación. ¿Quién puede dudar que se ha convertido?

Es otro era colérico, é cada instante se transportaba con movimientos furiosos, con grandísima violencia, muchas veces sin razón y siempre con exceso. Era imposible servirlo, multiplicaba las injurias á los criados, sus iguales por no sufrir tanta violencia, profanaba calderas en todo antes que disputar con él equívocamente; ahora es manso, paciente, y se ve que es cristiano. Tanto mudará es señal segura de conversión.

Veis en Jesús (y esta puede entenderse á las que ya no son) antes no pensaba ni en su propia sino en sus adonados y atavos. Yo la preguntaría, ¿para qué? Si era para conformarse á la ley del espíritu ó á la de la carne y muerte, porque no hay más que las dos. Pero la ley del espíritu no la pudo inventar sus propias pasiones, esos malos pensamientos, que nacen de toda impudencia, aun en personas vices que se presentan al público en espectáculo, y mucho más en mujeres honradas que deben ser dignas madres de familia. Pero ella comenzó al punto que la surgió la gracia, el respeto que debe á su cuerpo y que al primer paso quedó en la religión fue invocada sobre ella el nombre de Jesucristo, que por la participación de la divina Eucaristía se vivió templo de Dios, que debe adorarse, pero con adorno digno del Dios que habita en él, no con el que conviene á las impuras divindades del mundo, y que los ángeles que pueden agrandar á Dios que alaba, son el pulcro, la castidad y la modestia.

Os he propuesto estos pocos ejemplos para daros una idea de los efectos que debe producir la conversión, para manifestaros que esta ha de ser una renovación de vida ó una mudanza entera de costumbres, que debe empezar cuando el pecador se convierte y debe crecer de día en día por la detestación que convulso de su vida pasada, de

esta vida que no hacía más que la voluntad de su carne y sus sentidos. No es posible servir á dos amos; el que sirve á uno, dice Jesucristo, despreciará al otro; ahora todo cuando son tan opuestos como la carne y el espíritu.

Es claro, señor, que el que abortese su vida pasada, al que la detesta, porque el odio debe llegar hasta el extremo, abortese también todo lo que es capaz de volverla á ella. Así, sin la fuga de todas las ocasiones de pecar no hay conversión verdadera. Ved aquí cuál es la regla. El que no solo deja el pecado, sino también todas las ocasiones y todas cuantas predilecciones puede para no volver á caer en él, puede creer que esta es su salvación.

Lo puede creer también y con más fundamento, cuando á todas estas circunstancias añade la satisfacción sacramental, porque es imposible entender que el alma del Señor á la contrición, del propósito de la penitencia y de la confesión entera, hay la satisfacción, y que estas cuatro cosas juntas son todas ellas partes necesarias del sacramento. Es cierto que cuando la absolución nos perdona los pecados en omisión de la culpa y á la pena eterna, por ser con nos mismos toda la pena temporal, pues de ésta quedamos dueños en la divina justicia. En su virtud nos librados de la pena eterna, merecemos la gracia que justifico y nos restituye en nuestros derechos á la herencia celestial; pero como es indispensable que la justicia divina quede de algún modo satisfecha, debemos sufrir algunos pena temporal. Así lo ha definido el concilio de Trento, explicando la diferencia que hay entre la penitencia y el bautismo. En este el pecado es completo, así de la culpa como de la pena; pero en aquel no siempre con la culpa perdona Dios toda la pena; porque la razón dice que los pecadores que después del bautismo perdieren aquella gracia, profanando el templo del Espíritu Santo, deben ser tratados con más severidad que los que no hubiésemos recibido han pecado con menos conocimiento y socorro y no han abusado de tan alto don.

Por eso en este sacramento el confesor impone al penitente la obligación de hacer ciertas obras penales con que pueda satisfacer. Esto es el cumplimiento del sacramento, y es de absoluta necesidad así para el confesor como para el penitente. La Iglesia ordena al primero que imponga una penitencia que sirva de satisfacción á los pecados cometidos por consiguiente debe ser proporcionada á ellos. Ya justo que sea castigado, y con más severidad, el que ha cometido más pecados ó pecados de mayor malicia. Y con esto espíritu en los primeros siglos establecieron hasta y tales diferentes penitencias según la gravedad de la culpa. Y por eso los cristianos se comían á ellas con la esperanza de evitar con los castigos de esta vida los de la otra.

Si la disciplina ha mudado, la verdad no muda, y el celo de los ministros que debe ser siempre vivo, que que lo fué en aquellos tiempos. El concilio lo dice: Los sacerdotes del Sacerdote dirigidos por el Espíritu divino, deben según las reglas de la prudencia, imponer satisfacciones saludables y convenientes; teniendo atención á la naturaleza de los pecados y á la flojeza de los penitentes, no sea que se impongan á culpas graves penas ligeras, ni hagan culpables otros mismos, y participen de los pecados de aquellos á quienes tratan con tanta indulgencia.

¡Ay pues de aquellos ministros fieles y ligeros, que en vez de tener derecha la balanza del castigo que las ha

castigado el Señor, la dejan inclinar por una condescendencia natural y humana! ¡Ay de los que son tímidos y cobardes, y se dejan dominar por la autoridad y la grandiosidad que les da su ministerio! Mas no perdonaré el Señor en sus ministros abusos algunos de esta clase.

No es menos necesaria y del esta satisfacción al penitente; la obligación es mutua. La misma ley que obliga al confesor á imponer una pena, obliga al penitente á aceptarla, y es más estrecha para éste, pues es el culpado y debe satisfacer á Dios las injurias que le ha hecho y porque las cosas de allí pagar con liguras penas en esta vida las otras que pudiera sufrir en la otra. Por donde se ve que los es provechoso cumplir la penitencia.

Algunos pretendieron que el sacerdote no puede ni debe absolver al penitente sino después que este haya cumplido las penitencias que se le impongan; pero la Iglesia ha establecido este error, y el uso contrario está establecido. El confesor ve al penitente, se asegura cuando puede de sus disposiciones, en especial de su contrición y su propósito, le da los consejos que tiene por conveniente, le impone la penitencia que le parece, y si no hay nada que le detenga le absolviere; esta es la práctica ordinaria. En verdad que puede haber ocasiones y circunstancias en que son penitencia difícil la absolución hasta que ciertas obligaciones se hayan cumplido; por ejemplo, ciertas restituciones de dinero ó de fama, ciertas reconciliaciones ó otros ejercicios que pueden disponer mejor al penitente y asegurar más el cumplimiento de sus promesas; pero estos son casos particulares que la Iglesia deja á su discreción.

No hay duda en que aquel penitente siempre que pueda debe cumplir la penitencia que el confesor le impone; pero es posible que está no conosciendo el estado de una persona, sus empeños, sus facultades, su compleción natural ó la flojeza de temperamento, le manda cosas moralmente imposibles pero como Dios no ordena lo imposible ni la Iglesia exige jamás lo que excede á las fuerzas humanas en caso caso el penitente tiene derecho para representar y aconsejar, no con la idea de eximirlo de toda penitencia, sino para que aquella que no le es posible cumplir, se sea cambiada en otra igual ó más leve, en ella que se oponga á la penitencia exigida ni á la penitencia ordinaria.

Forma hay en esto un grande finísimo, que es el ultramar entre las culpas del mundo, finísimo que cree todo los días á proporción que se extiende, finísimo que el imperio de los sentidos se arde, finísimo que los ministros de Jesucristo no podrán destruir si no se arman con toda la firmeza del celo apostólico, finísimo que consiste en imposibilidades imaginarias de que se quiere aprovechar para evadarse á todo lo que puede castigar el espíritu y mortificar la carne; en otra palabra, á todas las cosas que pueden satisfacer mejor y más mejorarse. ¡Ay á explicarme.

El ministro de la penitencia ejerció dos funciones á un tiempo, la de juez y la de médico de las almas: como juez castiga, como médico cura. Así las penitencias han de ser expiatorias y medicinales; las primeras son para el pecado, y para pagar á Dios las deudas que ha contraído el pecador; las segundas son para lo venidero y para desmenuar los malos hábitos, y preservar de los recaídas. Estos son los fines que propone siempre el confesor y que jamás

puede perder de vista en las penitencias que impone. Como los males se curan con sus contrarios, como no se puede mejor explicar lo hecho ni procurarse mejor para lo futuro que con obras directamente opuestas, así de que sus penitencias sean más saludables, impone por ejemplo á pecados de avaricia, lujuria, á resentimientos y venganzas, demostraciones de amistad y servicios; á envidias y disensiones, ejercicios públicos de religión; á intemperancias ó amores del mundo y de sus diversiones profanas, retiro, silencio y oración; así de todos los demás.

Y ved aquí lo que la mayor parte de los penitentes llama rigor. ¡Y por qué! Porque todo eso affige y sujeta; porque quisiera huir de la pena y de la sujeción; porque todo es contrario á las pasiones, y que no quieren contrariarlas en mala, ni hacerlas las nuevas violencias; porque todo es injusticia los sentidos y porque no tienen valor para privarse de ninguna de sus comodidades. Mandar á un hombre ó á una mujer del mundo que deje el juego, que se retire de los espectáculos ó de ciertas amistades; decir á un interesado que haga limosnas, á un vengativo que perdona, á un soberbio que se humilla, á un sensual que reprima sus apetitos, á un pereoso que trabaje, á un disoluto que cumpla con las obligaciones de cristiano, que vaya á oír la palabra de Dios, que los buenos libros, que asista á los otros devotos, y darle sobre esto reglas ó imponerle leyes, es hablarle en lengua extranjera, es en la opinión de ellos pedirle más de lo que pueden, no conocerlo y no entenderlo. Si el confesor quiere no quiere revocar la penitencia que haya impuesto, se lo manda de un extremo rigor, se le trata de hombre rústico, que no tiene ninguno del mundo ni sabe distinguir de palabras. ¡Error insensado totalmente fundado en el desatragado error antiguo y en la presunción que nos sigue.

Lo que nos ordena el confesor es con razón y verdad, pero no importa, el confesor lo tiene por una carga muy pesada, no se tiene cargo de que es penitencia y que es preciso sufrir trabajo y ansiedad. Replica que no está acostumbrado á esos ejercicios; pero es verdad que se acostumbró, y precisamente se le imponen para esta fin. Afirma que de mejor gana sentiría cualquier otra penitencia, pero toda otra lo convertiría en nada. Es justo sea castigado por donde ha delinquido, y está puesto ser el remedio específico contra la inclinación que le aqueja. ¡Será pues menester, consueyo, que yo meale el orden de mi vida! Sin duda. ¡A qué se viene al sagrado tribunal sino á reformarse y mudar de costumbre! Pero yo soy de muy débil temperamento. Haced la prueba, quizá veréis que no es tan débil como os imagináis, y cuando fuera cierta vuestra debilidad, podría obligaros á usar de moderación, pero no á dispensaros por entero de toda mortificación y penitencia. ¡Dios por fin! ¡Amas poder castigar á lo que se merece porque Dios lo quiere! Dios que no se juzgará por las divinas preceptos que alegáis, sino por su ley y su santa voluntad.

Es increíble, señor, que siendo indispensable satisfacer á la justicia de Dios y teniendo tanto interés en librarnos de sus castigos, y pudiéramos como querir á poca costa con las ligeras mortificaciones de esta vida, tengamos tanta dificultad en aceptar los medios que su misericordia nos pre-

senta. No hay pecado que no merezca liguras eternas, ni satisfacción que fuera suficiente al Dios usara con rigor de todos sus derechos, y nos abrocharnos á quejarnos del exceso de las penitencias! ¡Puede haber en la tierra alguna que pueda equivaler á las que Dios nos puede imponer según justicia! Todo esto nace de que no consideramos la gravedad del pecado ni las penas que merece.

No obrará así el que considere: la grandiosa infinita de Dios, la multitud de sus beneficios, la severidad de sus juicios, su propia bajeza, su ingratitude á tan soberana Majestad, lo que puede esperar de su amor y lo que debe temer á su justicia. Entonces verá las gracias de que es dueo al Señor por haberle dado en la confesión un recurso para levantarse de sus caídas y una tabla para salvarse del naufragio. ¡Cuánto le importa no dejar arrastrar el pecado en su corazón y llevarlo prontamente con las aguas de la penitencia! ¡Qué ventajas no produce su frecuencia, pues sirve á purificarnos más y más, á mantenernos en sus comodidades. ¡Con qué sumisión debemos oír al confesor que nos habla en nombre de Dios, sea que nos reprenda, que nos exhorto, que nos instruya ó que nos aconseje! ¡Con qué constancia y fidelidad debemos hacer cuanto nos manda, por más que nos mortifique, creyendo con San Bernardo, que cuanto menos nos perdona en esta vida, tanto más hace para que se nos perdona en la otra, y que su severidad no es un motivo para dejarle, y temer al que así tratase con nos sus discípulos, ó que quisiera llevarnos por camino más cómodo.

¡Sufrir, no olvidar jamás, tener siempre presente que la multitud del pecado debe explicarse en esta vida ó en la otra. Dios perdona al pecador arrepentido la culpa, y le dispensa de las penas eternas, pero no siempre de las temporales, y es indispensable que aunque muera en gracia, esté á la justicia divina en el purgatorio hasta que quede perfectamente purificado; pero su misericordia le da el medio de librarse de estas penas, que si son muy graves, con las buenas obras y penitencias que puede hacer en esta vida. Esta es la doctrina de la Iglesia católica.

Los protestantes nos enseñan de faltar con ésta á la cuenta que se debe á los méritos de Jesucristo, que siendo infinito parece nos dispensan de sufrir por la expiación de nuestros pecados. Nadie conoce mejor los infinitos méritos del Salvador que se expone santa injuria los reclama con tanta confianza y humildad, pero sabe también que los que piensan que no están obligados á pagar nuestros pecados con nuestras propias penitencias, pierden Jesucristo ha satisfecho á la justicia divina derramando toda su sangre, como si hubiera querido desentramarnos con ella; por tanto, está á tales ni estiman el mérito de esta preciosa sangre ni la naturaleza de nuestros males, y son como los que la blasfemación cuando están confesados.

¡Qué heje ahora de la cruz, decían, y con su salvó á sí mismo; suframos nosotros que pueda salvar á los demás. Si es hijo de Dios, que haga este prodigio y creemos en él. Así hablaban los que estudian cerca, sacerdotas, señores, pueblo, soldados, y hasta uno de los más sabios que padecía el mismo suplicio. Todos repetían insistentemente y por qué! Porque los pecadores no reconocen otro que la pena, y no saben que el único mal es el pecado. ¡Qué diferentes eran los pensamientos del Justo, que sufría, y sufría hasta la muerte de cruz. A

sus ojos al pecado era el único mal, y supuesto el pecado, la penitencia, el sufrimiento y la obediencia que le explicaban, lejos de ser un mal eran un grande bien.

Reforman pues a los protestantes sus ideas y tengan otras más dignas de Jesucristo y de los que le adorán. El pecador veía de un horrible sangro no deja de ser infeliz, porque vertió hasta la última gota y porque se hizo obediente no solo hasta la muerte, sino hasta la muerte de cruz. No dejaron de ser infelices los sacrificios, sus lágrimas, oraciones y besos, porque no hicieron con esto, no obstante que una lágrima sería buena bastante para extinguir mil mundos, más por su inmensa caridad que su sacrificio fue su castigo, y llegó hasta los más excesivos tormentos, hasta la muerte más cruel, y hasta la total unión de un cuerpo adorable. ¿Cómo pudo pecador en su mal, porque haya querido que cada uno de nosotros quite con los dolores del Señor los suyos propios?

Sacrificios ínteros que deben destruirse de los corazones que adoran a un Dios Redentor, y que como la vida, no tienen más principio que la fusión del amor propio. Nuestra seguridad no va por el castigo, el castigo es el único mal, y es el dolor que le causa más el mal verdadero. Jesucristo no se sufrió para desahogar en toda pena, sino para desahogar los pecados y de la pena eterna que merecía. Con sus dolores y su muerte nos ha dado los medios de ofrecernos a Dios las penas temporales que sufrimos por nuestros pecados. Las de dolor, satisficóndolas cuando las mortificamos con paciencia según el espíritu, y cuando las sufrimos con sus sufrimientos. Estas son las que por un camino indirecto hacen que los mortuos sean la verdadera obediencia digno de Dios.

Suplidos todos sin excepción como pecadores, como los últimos esclavos del sufrimiento, que es la única de todos los sufrimientos que él nos ha revelado la vida sin esta condición. La vida eterna es el premio que se le da a este "hacerme misérrimo misérrimo" llegamos al castigo, cada uno según su fuerza que debe explicar. Este castigo que se va demostrando, es un sufrimiento que nos debilitemos, estas adiciones, estos reverses de fortuna, este mundo que nos engaña de tantos modos y que tantas veces nos hace pasar de los locos alegrías que nos trasportan sin razón, a los desgracias y penas que nos abaten sin medida, son la cruz que llevamos sobre nuestros hombros. Podemos a nuestro arbitrio quitársela o apartarla de la cruz, así desmenuzamos por esta Redención no nos hujera de ella, pues no baja el mal de la suya propia.

La Escritura dice (1): Que un yugo pesado se ha puesto a los hijos de Adán desde el día de su nacimiento hasta el día de su muerte, y que la sentencia que el Eterno pronunció contra los pecadores cuando les dijo: Moriréis, se ejecutará en todos irrevocablemente y sin distinción. El justo, el inocente, el santo mirará como a los pecadores. El buen hombre mostrará sobre su cruz, como el malo sobre la suya. ¿Cuál es la fuerza de esta sentencia? Verdad aquí.

El pecador impenitente, que no conoce otro mal que la pena, tampoco conoce otro bien que el librarse de ella. Siéntese, dice a Jesucristo, y suframos también. Esta es la imagen de todos los que ignoran qué mal es el pecado, y que tienen por mal aquello que le puede explicar. Si Jesu-

cristo fuese pontífice de los bienes presentes y quitara libertades de la muerte asegurándonos la tranquilidad y posesión de los honores y placeres de esta vida, todos seríamos a él y se apresurarán a reconocerlo por su Dios Salvador. Pero si hubiera esto lo sería! (No mencionaría nuestros males) Pues estos no consisten sino en el apoyo del corazón a bienes pasajeros, cuyo amor daría del que se debe a Dios. No otros mortificamos del mismo modo, cada cual expiraría sobre su cruz, pero sin penitencia ni provecho para la vida eterna, porque sin aquella disposición es imposible unir la propia cruz con la de Jesucristo. ¿Cuál es el que la une? Aquel que no conoce otro mal que el pecado, aquel que no estima otro bien sino lo que puede explicarle, y que desea por su parte contribuir a la satisfacción que debe a Dios por sus delitos.

Pregunta, señor, ¿qué es un cristiano? Es un hombre que dando el primer paso que dió en la religión, fue marcado con la sangre de la víctima muerta, y consintió desde entonces a ser él mismo una víctima que ofreció a Dios en propia vida para obtener por esta oferta la expiación de sus pecados. Toda su vida debe anunciar y preparar este sacrificio. Participando de los santos misterios, se alimenta de la carne adorable del Cordero para presentar con él a Dios su propio cuerpo, y lleva sobre sí la mortificación de Jesucristo para mostrar que su confianza la pone en la muerte del Señor. Y de aquí que debemos considerar como que Jesucristo no se sufrió para extirpar de todos las penas del pecado, sino para hacer que nos sean útiles.

El castigo temporal resulta que la satisfacción ó la penitencia quita el castigo de nuestros tres disposiciones. La primera es el pensamiento de la muerte y la resolución de prepararse a ella, ofreciendo a Dios nuestra vida como la pena principal del pecado, y como el sacrificio que debe constituir nuestra penitencia. En los días de nuestro ayuno y preparación y cuando estamos esclavos del pecado, presentamos de destruir una memoria, que nos era insoportable, y no pudiendo disminuir que somos mortales, tratábamos a lo menos de alajar esta idea de nuestro espíritu, para que con su amargura no turbase nuestros placeres. El arrepentimiento debe destruir esta ilusión y debe hablar en esta memoria el motivo de un penitencia. Debo tener a la vista la muerte para juzgar por ella de mí mismo y de todo lo que le rodea. Este pensamiento debe conducir a sus compunciones, pesares, y negativas, y debe ser la única regla de nuestra conducta, y así los Padres que día día que la muerte era el alma de la penitencia cristiana.

La segunda es la resignación y paciencia con que debemos prepararnos a sostener con humildad y sufrimiento todas las pruebas a que nos exponga la Providencia; porque si el ejemplo de nuestro Maestro debemos ser obedientes hasta la muerte, y si solo por esta obediencia unida con la suya podemos explicar nuestros pecados, ¿cómo sino debemos sufrir con animación las aflicciones ó desgracias que Dios quiere enviarnos, y que debemos mirar como predios ó preparativos de nuestro sacrificio? Por esto el concilio de Trento ha declarado que estas diferentes penas son parte de la satisfacción que debemos a Dios cuando las sufrimos con el mismo espíritu que Jesucristo.

En fin, la tercera disposición consiste en mirar y tratar nuestros cuerpos como víctimas destinadas a la muerte,

acostumbrándonos a privarnos de todo lo que no nos es absolutamente necesario, quitándonos lo que no puede servir más que a lasquejas, principalmente aquello de que abusamos. Ved aquí la satisfacción que debemos a Dios, y esta debe ser en nosotros el efecto de la sangre preciosa del Cordero, que no la derramó para librarnos de la penitencia, sino para que esta nos sea fructuosa; y si los penitentes no tienen estas disposiciones, a lo menos en algún grado, no pueden esperar satisfacer la divina justicia.

Pero, padre, me dije yo, una satisfacción tan rigorosa es de todos los ostendidos y podrá pretenciones en todo! ¿Cómo, señor, respondió el padre, conocía algún estado en que no se muera ó en que se esté seguro de salvarse? Si no lo hay, señor, no puede haber ninguno en que se dispense este precepto del apóstol: "Os ruego, hermanos, que ofrecéis a Dios vuestro cuerpo como una hostia santa, viva y agradable a sus ojos." ¿Hay estado, condición ó fortuna en que no debemos tener nuestro cuerpo crucificado con Jesucristo, y en que no estemos obligados a ofrecer a Dios el sacrificio de nuestra vida? Porque ¿cuál es el estado en que está miserable carne no envejece, en que no está sujeta a mil enfermedades de toda especie? ¿Qué estado hay sin cruces, penas y aflicciones? ¿Y en qué estado puedo permanecer uno a Jesucristo sin crucificar su carne con sus deseos y concupiscencias? Si lo hubiera, se podrían dar otras reglas de satisfacción; pero para no lo hay ni lo puede haber, es indispensable sujetarse todos a la ley evangélica, haber, es indispensable sujetarse todos a la ley evangélica.

No hay estado en que no se muera; por consiguiente no hay estado en que no se deba pensar en morir y en que no sea la mayor gloria declarar un momento tan cierto como espíritu y decisivo. La mayor hermosura de la religión cristiana es que se ve toda entera cuando se medita en presencia de lo que hay más cierto, que es la muerte. Un filósofo pagano dijo una máxima de que no era digno. Toda la vida se ha de aprender a morir. Y qué no basta toda la vida para aprender esta arte importante.

Sin duda que no basta. Pero sus es más clara esta verdad para un cristiano que sabe que su muerte es un sacrificio que ofrece a Dios por expiación de sus pecados, pero que no es digno de Dios si no es semejante al de Jesucristo, que este sacrificio no se puede ofrecer más que una vez, y que si no lo ofrece de manera que su muerte se unie con la de Jesucristo, quedará cargado de sus pecados por toda la eternidad. ¿Que pensamiento, señor? Puede haber otro más digno de compararse? Y cuando a esta idea que deben tener todos los cristianos se junta la necesidad que tiene el pecador de explicar con el sacrificio de su vida delitos innumerables de toda especie, ¿puede haber penitencia ni verdadera satisfacción sin estar animado con el pensamiento de la muerte y en la resolución de prepararse a ella, y mirar como sacrificio con Jesucristo para destruir el cuerpo del pecado?

Pero como no sólo se muere, sino que no hay estado que no tenga en la vida amarguras, cruces, penas y recatos, más de esto debe servir para explicar nuestros pecados, y la sumisión y paciencia con que los debemos sufrir todo, puede ser parte del mismo sacrificio. El mal sufrido que sufrió al lado de Jesucristo, hubiera podido hacer que sus dolores explicaran sus delitos. No sufrió menos por haberse desconocido y blasfemado; sufrió más porque sufrió sin ordeno ni esperanza, y esta es la imagen de los que aman al mundo. Su-

frido, y sufridos nos que los verdaderos penitentes, que por todos los males hallan reconcomen con él que no sufran nada que no haya necesidad, y esta humilde confesión cubra sus penas, se alivian con la confianza que tienen en Jesucristo, y no padecen sino lo que es necesario para su sacrificio, con la esperanza de que presto irán con él a su reino.

En fin, cómo no hay estado ó condición que por un efecto del pecado la ley de la carne y de los sentidos no ejerza su tiránico imperio, y como la ejercer con más furor en medio de la abundancia de las riquezas, distinciones y placeres, no hay estado tampoco en que la penitencia y mortificación sean más necesarias; y los estados que quieren ser más displicentes, son los que pueden serlo menos.

Sería singular que solo debiera sujetarse a esta ley tan necesaria como austeros aquellos cuyo estado por sí mismo es un estado de penitencia y de trabajo, aquellos que para satisfacer a Dios no necesitan de oficiarlos más que para satisfacer con paciencia las penas, angustias y molestias de que se van cargados, y que los grandes, los ricos del siglo, es el más brillante de las penitencias más vigorosas y cargadas más de dolores que de bienes, no hubieran mostrado hacer penitencia, sino que en paz de los dolores de la vida, no bajar nada a los desechos de un corazón, entregarse sin escrupulo a los dolores de una dulce abundancia donde se ven sin término el orgullo, la impiedad, y el desprecio de toda ley. Estas ideas no son compatibles con la religión de un Dios crucificado. Si la vida necesario que el mismo sufrimiento para entrar en la gloria, sin ser insultado a su religión y al mismo Jesucristo merecer entrar en ella por camino diferente del que el mismo enseñó y siguió?

En vano se opusieron a estas verdades las leyes del mundo, y su falta de claridad; pues no merecen juzgarse por ellas, sino por el Evangelio, y el Evangelio es igualmente para los grandes, pobres y ricos; si estos no se sujetan a sus leyes, tampoco los alcanzarán sus recompensas. El mundo pasa, y pasan con él, dice el apóstol, sus leyes y consueñeros; pero solo la ley de Dios no pasa y es eterna. Cuando el mundo ya haya pasado, y que el mundo se vea a solas con su Dios, no tendrá allí más que sus penitencias y satisficóndolas. Si con esta no ha satisfecho a Dios, Jesucristo penitencia en su sentencia. ¿Y qué leemos en el Evangelio si no amenazas terribles contra esos castigos que quisieran ser dispensados de la penitencia? El mismo Jesucristo dice: ¿Ay de vosotros, ricos de la tierra que hacéis vuestro consuelo en el mundo; pero, ¿por qué lloráis? ¿Por qué lloráis en el día de vuestro dolor? ¿Y cuando a esta idea que deben tener todos los cristianos se junta la necesidad que tiene el pecador de explicar con el sacrificio de su vida delitos innumerables de toda especie, ¿puede haber penitencia ni verdadera satisfacción con el castigo? ¿Puede haber penitencia ni verdadera satisfacción con el castigo? ¿Puede haber penitencia ni verdadera satisfacción con el castigo?

Pero veamos cuáles son estas leyes y decretos del estado que pueden ser contrarios a la penitencia. ¿Qué? pero lo que serían, esas leyes que no conocen límites y multiplican sin fin las necesidades de la imaginación, esas profusiones de la mort, esas delicadas del gusto, esas accidentalidades exquisitas, esa atención puesta a presentarse a los inconsiderados más ligeros, esas diversiones incontinentes, esos adornos lujosos, y para decirlo en breve, esa vida de capricho y fantasía en que la única regla es no tenerla, y abandonarse a todas las licencias del antojo, que ella por ventura la ley y la decreción del estado?

Esto es contradecir la grandiosa voz de que la destruya, es

(1) Ecci. XI, 1.

ponerla donde no está. La grandeza no consiste en gustar bien; en fiarse, en orgullo ni soberbia, sino en tener virtud, en aplicarse á ser útil á los demás hombres. Los que son más distinguidos por sus cualidades á par de su nacimiento, deben ser más virtuosos, y cuando lo son, el mundo los deja la licencia de ser puníticos y cristianos. Aunque él es muy injusto, no lo es tanto que no respete la virtud, y jamás condena la devoción y la sincera penitencia; lo que condena es los defectos de los que hacen ideas falsas, tanto de la virtud como de la grandeza verdadera.

El que quiere más grande ó ser visto más elevado en el mundo, puede echar los ojos sobre una rabe de Indios que desmenuza los ramos pedregos que se oponen á la perfección. Dios, que no excluye á nadie de su ley, ha querido que la sociedad de los hombres se componga de todos los estados que hay en el mundo, para oponer á estos pedregos fríos una ley nueva que los condene sin excepción y sin favor. Que corra con la vista las cédulas y los siglos, y hallará en ellos rasgos de todo estado y de toda condición; pero no hallará ninguna que se haya santificado en la vida, ni en la fidelidad, en las diversidades y placeres. Ninguno ha creído que su estado le dispensase de expiar sus pecados de satisfacer á Dios con la mortificación y penitencia. Así, todos estos pedregos del estado son fríos. Si no hay ninguno que sea el hombre no su pecado, no puede haberlo que no esté obligado á ser penitente, y debe serlo tan pronto como ha sido más culpado, porque de él expiar más y estar con la mortificación el pago de muchas reudas. El varón de Trento dice que la penitencia no solo sirve para satisfacer por los pecados pasados, sino para impedir los futuros; y así Pablo escribió que por él el virgo hombre se crucifica en nosotros con Jesucristo, para que no se entreguen al pecado, sino también para que no se entreguen á su concupiscencia.

Dices, los penitentes, la culpa de ser útil según de que la conversión no ha sido verdadera, y que la confesión no ha sido buena. Señor, nos respondo, el hombre es tan miserable, su naturaleza es tan caudosa, y tan frías sus carnes, que por más justo que sea en un instante puede caer en pecado. Así, la desgracia de caer no es señal segura de que no fuese justo antes de la caída; pero también es necesario confiar que la vida cristiana no es compatible con esta viclidad continua de pecados graves y de arrependimientos, de reudas y de aboliciones. Esta ilusión, aunque común, no deja de ser la más grosera de todas y la más propia para perder á los cristianos y conducirlos á la impenitencia final. La recadita pues no es prueba absolutamente cierta de que la conversión ha sido falsa; pero cuando es pronta, fiel y frecuente, es una señal muy peregrina.

Porque en efecto, ¿qué es la conversión? Acordarse de lo que hemos dicho de la contrición, en la cual no hay conversión verdadera. Acordarse de que el consejo de Trento la ha definido: Un dolor del alma, dolor que debe ser sobre todo dolor. Un odio del pecado, y qué odio? Tan grande, tan perfecto, que debe llegar á la detestación; que debe inspirar más oposición y repugnancia que lo que pudiera hacer el mayor mal; odio que debe estar en el corazón no como efecto de una impresión de la naturaleza, sino como un movimiento sobrenatural del espíritu de Dios, pues habiendo derramado en él la justificación y la gracia,

debe ya ser una disposición habitual, estable y permanente. ¿Ved esto es de fe, y ahora digo yo: Si el odio que ha concebido por el pecado el que recibió el sacramento de la penitencia no ha sido de esta especie, es cierto que no recibirá el perdón de sus pecados, que su conversión fué falsa, que sus protestas fueron fingidas, y que no hizo otra cosa que abusar del sacramento.

Sobre estos principios es fácil que cada uno se juzgue á sí mismo. ¿Quién puede creer que no sea muy fácilmente á lo que aborrece y detesta tanto? Si nos cuesta tanto trabajo determinarnos á hacer aquello á que hemos conocido el origen y origen natural, ¿qué dificultad no debemos sentir para volver al pecado cuando nuestra conversión es sincera? Porque si es tal, no solo debemos detestarlo más que todo, sino que este sentimiento está sostenido por la impresión sobrenatural del Espíritu divino en nuestros corazones. Aquí pues que después de haber recibido la absolución y vuelta á atender á Dios con facilidad, con prontitud y con frecuencia, puede caer la conversión que resulta. Ella es fría. Tampoco me extraña á darla como infalible, pero me parece que funda una terrible presunción, y que á la menor el que la cree tan débil tiene motivos para recelar que en vez de haber recibido la gracia del sacramento, la ha procurado por una conversión que no era más que aparente.

Por otra parte, no hay mal á que no expongan las recaditas. El primero que es también causa de todos los demás, es la cobardía y temor de ánimo. Este es un afecto inevitable, porque por más que el pecador se diga á sí mismo ó se le diga que el hombre es débil, que la religión le presenta un remedio nuevo, por más que busque razones con que asegurarse, un instante, á la verdad pesa sobre él, pero muy suficiente le da, que el temor semejante conducta es despreciable la religión y lo que hay en ella más sagrada, y como repugnante en sí la fuerza al valor de tener otra más ligada, como no ha habido bastante confianza para sostenerse ni ha tomado las precauciones convenientes para establecerse sólidamente en la virtud, se imagina que esto es imposible, que jamás podrá mantenerse con la firmeza necesaria para vivir sujeto á la ley, y con esta falsa idea se cree incapaz de guardar las obligaciones de cristiano, y así no es extraño que en esta disposición no haga ningún esfuerzo, y que con esta especie de desprecio se abandone á un indulgencia natural.

El segundo mal es la dureza del corazón: los pecados se multiplican, las luces se apagan. Los recordamientos de la conciencia se emboran, sus estímulos no son tan vivos, las verdades cuya impresión no habla hecho tanta fuerza, se acompañan, se debilitan, y á fuerza de buerlas inútiles nos dejan insensibles. El Espíritu Santo contristado se retira, se aleja de nosotros, no vuelve más, y así no hemos llegado todavía al fondo de este abismo en que los impíos se hunden de sus peligros porque no los ven, estamos ya muy cerca.

El tercer mal de las recaditas es la odra de Dios que se irrita, y es posible que sea sin recurso. ¿Quién no temblará cuando se acuerda de esta medida que se llena, de esta paciencia que se cansa, y de esta justo Dios que ha declarado que después de haber aguardado al pecador vendrá el momento en que no le aguardará más y se retirará de él. No permita este Dios, que también lo es de misericordia, que nadie pueda hacer tan terrible juicio de sí mismo. Esto

sería el mayor de todos los delitos y el temor de esto estado es una prueba de que no se está en él.

¿Pero quién no temerá todo lo que encarnas á fin tan despreciable? Y nada puede encarnar tanto como las recaditas después de haber recibido el sacramento de la penitencia. ¿Qué hay en efecto más capaz de irritar á Dios que este sacrilego juramento? Antes de dar la absolución el ministro que la dió al pecador en nombre de Jesucristo, recibió de él la promesa solemnemente que no volverá á pecar. No se la hubiera hecho sin esto ó si hubiera podido prever que sería inútil á su palabra. El pecador, pues, ha engañado al ministro; pero también ha engañado á Jesucristo, pues allí comulgó su lugar y le habló en su nombre. ¿Con qué fidelidad y religión debía observar una promesa de que Jesucristo fué depositado y que le hizo al pie de su cruz?

Si cuando este divino Redentor se sacrificó por nosotros hubiéramos podido ser testigos de tan terrible espectáculo, al penetrarnos de dolor por ser la causa de un sacrificio no hubiéramos echado á sus pies para pedirle la absolución de aquellos mismos pecados, porque su inmensa caridad padecía, ¿fue posible que olvidásemos la gracia que nos dispensaba? ¿Qué otra cosa hacemos cuando nos echamos á los pies del sacerdote, y de qué nos servirá esta humillación si no la hacemos con el mismo espíritu?

¡Ay, señor, vos que os preparais para este momento tan dichoso, llenos de este pensamiento, y cuando llego el feliz instante, tened presente que Jesucristo sufrió con su cuerpo y murió por vos. Prostrados á los pies del Dios salvador que ofreció un sacrificio tan doloroso por salvaros y que no derramó su sangre sino para curar las heridas de vuestra alma, pensad que en la persona de su ministro es él á quien habéis, es él á quien le vais á recibir lleno de esta gran sagrada que os libre para siempre de vuestros enemigos, que han sido tanto tiempo vuestros tiranos.

La cruz de este Dios está llena de fuerza contra ellos, es su arma muy poderosa para combatirlos y vencerlos. ¿Qué no podréis con ella? Si Jesucristo por ella triunfó del mundo y del pecado, ¿qué ser por consiguiente la salud de vuestra alma. Así para conseguir esta gracia exponed la horrible tiranía que ha ejercido contra ella el demonio. No le disminuya nada. El exceso de vuestros males enaldrará más su misericordia; pero no olvidéis, Señor, que tan grandes gracias concedidas al pie de la cruz, y que son el fruto de la sangre de Jesucristo y la prueba de su inmensa caridad, exigen de vuestra parte una gratitud limitada y sin término, y que para cumplir con tan estrecha deuda debéis consagrarlo invariablemente todos los días que os restan de vida, que debéis clavaros en su cruz, uniros con él, ofrecer vuestro cuerpo como una hostia pendiente que se inmola con la suya, para que vuestro espíritu viva con el suyo en la eternidad.

Que la vida de vuestros muchos y enormes pecados no os amedrente, que vuestra indignidad no os acordará: si no podéis dudar que sois el hijo prodigo, acordaros de la clemencia de tan buen padre, tened presente que este padre amoroso amaba á su hijo, aunque rebelde, con tanta ternura, que no se apartó de que no se echara á sus pies, sino que luego que le divisó corrió para salirle al encuentro, y que antes de darle tiempo para pedirle perdón, se arrojó á sus brazos para besarle y abrazarle, y en lugar de reprenderle

y censurar su conducta, solo se ocupó en darle orden á sus criados para que hicieran todo lo que convenia para acompañarle al regocijo por su vuelta. Acordaros del anillo, de la ropa, del festín, de la música y sinfonia con que caracterizó y dió muestras de la alegría de su corazón; hasta el extremo de despertar la envidia de su hijo mayor, que aunque siempre sometido, no había visto jamás tanta muestra de satisfacción en premio de su buena conducta.

Ved también como este hijo penitente se arrojó á los pies de su padre, y cómo se admira, cómo se sorprende de una bondad que no se cansa, cómo alaba, promete y agradece, en una palabra, cómo se entrega á los más vivos sentimientos de una gratitud que es tanto mayor cuanto se reconoce más indigno. El concepto que tiene de su ingratitude es tan fuerte, que le dice: Padre, ya no soy digno de llamarme hijo tuyo, tratámo me no á uno de tus criados. Pero no penséis por esto que renuncia la calidad de hijo; no, antes por el contrario, esto es lo más que Dios desea.

Observad cómo cuando le confiesa sus culpas, empieza dándole el dolo nombre de padre. Es la humildad la que lo hace hablar así, es el conocimiento y el profundo dolor de su mala conducta. Se reconoce indigno de ser su hijo, pero no de ja de llamarse padre. No dice que en adelante no sea más que su criado, sino solo que le trate como tal; esto es, que si el padre quiere para castigarlo ó para probar la sinceridad de su conversión como uno de sus criados, está pronto á pasar por todo; pero conserva en su corazón la esperanza de que su caridad, su atención, su fidelidad y su amor le obtendrá su perdón por entero, y que el padre distinguido de los demás criados, le restituirá el nombre y la calidad de hijo suyo.

Por más que el pecador reconozca su indignidad, no debe olvidar que es hijo, que fue criado de la imagen de Dios, que fué redimido con la sangre de Jesucristo, y que es el hijo de un Dios eterno. Es verdad que por el pecado ha perdido el derecho de ser llamado hijo de Dios, pero así como el dolo de haber perdido este derecho debe ser el mayor de sus dolores, así el deseo de su recobro debe ser el mayor de sus deseos. Sin más alta y más fundada esperanza en el sacramento de la reconciliación, es que le vuelva este espíritu de adopción divina que da derecho á la celeste herencia. Esta sublime calidad de hijo de Dios á que aspira, es el precio del sacrificio eterno de Jesucristo, y nos ha sido adquirido con su sangre. El pecador es indigno de ella, pero Jesucristo es digno de que por sus méritos y mediación se le restituya, pues no la ha ganado sino para él.

Este pues debe, señor, ser desde hoy el único objeto de vuestros anhelos. Ya hemos hablado de lo que es necesario para obtener por medio de una buena confesión. Ya hemos dicho que para que esta lo sea es necesario que la acompañen cuatro calidades: contrición, confesión, propósito de reedición y satisfacción. No niega cada otra como más que necesaria el examen y la declaración de vuestra conciencia; pero sobre todo, porque esto es la más esencial, que procureis elevar vuestro corazón al Señor, implorando su misericordia y pidiéndole os dé vivos sentimientos de contrición.

El padre se fué, Teodoro, y á fin de no lucrarte esta relación más dilatada, se dirá en pocas palabras que nuestras confesiones durarán otros ocho días más, que por las ma-

fauna continuamos el cámen de mi conciencia, hasta que en fin pude sobor de revelar á los pies del generoso amigo que una huida destinado la divina Providencia, todas las desventajas y dolores de mi humada y abominable vida, que por los tarjes continué instruyéndome unas reves de cosas necesarias, extorcioname otras á despartar en mi corazón

los sentimientos que debían acompañarlo en tan santa y elevada scción, y que en fin, llegó el día que el Dios de misericordias había destinado para la restitucion de un miserable pero este será asunto de mi primera carta. Adios, Teodoro.

emplo, que iba á implorar la gracia de un Dios soberano. Yo le seguí despartido y alterado. El entró á la scción, se revestió de los vestidos sacerdotales y salió á decir la misa. Aquel día se detuvo una tiempo en el altar que por mí. Me sentí inflamado en llanto y el corazón: me quería salir del pecho para seguirle en el raptu, con que volaba en el ayro. En fin, acabó su misa, mandó al ayudante que se fuese y cerrase la puerta. Quedamos solos, se quitó la casulla, y conservando las demás sagradas vestiduras, vino á sentarse en una silla que estaba preparada y me mandó acercar.

Sus inocentes suspiros me hicieron levantar los ojos y vi los suyos empapados de lágrimas, que elevados al cielo con un rostro inflamado dirigían á Dios una oración fervorosa. Yo no pude resistir á la viva conmoción que me produjo un espectáculo tan tierno, pues no ignora que todo era por mí. Me sentí inflamado en llanto y el corazón: me quería salir del pecho para seguirle en el raptu, con que volaba en el ayro. En fin, acabó su misa, mandó al ayudante que se fuese y cerrase la puerta. Quedamos solos, se quitó la casulla, y conservando las demás sagradas vestiduras, vino á sentarse en una silla que estaba preparada y me mandó acercar.

Desde que dobló las rodillas y me puso á sus pies, me dijo: Señor, la tierra en que estamos ahora es tierra santa. Aquí debemos dejar nuestros calzados y desterrar todo pensamiento humano. Yo no soy más que un miserable pecador, y quisí á los ojos de Dios mas culpado que vos; pero en este momento soy su ministro y le represento. Vos me habeis hecho confiante de vuestras miserias y desgracias, me habeis manifestado vuestro arrepentimiento y dolor, me habeis prometido no volver á ofender á este Dios que ahora os quiere perdonar, y pareció dispuesto á recibir la penitencia que os impongo en su nombre.

Pues bien, señor, yo os he conducido aquí para poner con la fe á los pies de la cruz de Jesucristo. Vella adonde os altar, abraos en espíritu con ella, y uníos á ella con todo vuestro corazón y alma para que recibáis la absolucion de la sangre abominable que la inmensa caridad del Dios hombre derramó por vos. Esa sangre divina mana en la cruz por todas partes, y voy á extraerla de las llagas sagradas de nuestro Salvador, para rociarlos con ella, y curaros de las heridas mortales y profundas con que tantas veces le habeis dado la muerte.

Yo me estremecí al oír estas palabras, pero él me dijo: No temais, señor. Vuestro Dios no se peno en tan lamentable estado para perderos. El es vuestra vida y no podéis hallarla sino en él. Unos poco con que cruz un que la caridad de Jesús se ha crucificado, y bondad abramado con ella los largos desordenes y muchos errores de vuestra vida, frutos abominables de las pasiones: Dios por su bondad os concede un horroroso aspecto para que no desalleceis; pero si queréis formar una exacta idea de los efectos que produce el pecado, ved cómo han puesto al Hijo Unigenito del Eterno Padre, y considerad cuántos deben ser los horrores de un mal que no quiso expiar sino por sus tormentos, por un cruz y un espantosos martirio.

Estos crueles dolores, esos clavos, esa llama tan sufrido por vos, desde la cabeza á los pies padeció en su cuerpo adorado, porque no hay en vos parte sana y que no haya merecido los tormentos eternos. Vuestro Dios no podía así pagar una liberación de ellos. Allí es donde vos yo debéis estar, y nada consiguieramos con eso si el amor no le hubiera mortificado á crucificarse el primero y si el amor no nos muere á nosotros á crucificarnos con él.

Ovidad en este instante lo que ha hecho por los otros para no acordarse sino de lo que hizo por vos. La verdad que el Salvador es de todos; pero en este momento lo es vuestro tan por entero, como si no hubiera venido al mundo más que por vos solo, y no es á otro sino á vos en particular: á quien voy ahora á aplicar los méritos y el fruto de su divina muerte y pasión. No lo dudéis, señor, el vuelve á ser hoy de nuevo vuestro Salvador. Si vuestra fe me ayuda, al asegurada de la veracidad de su palabra recibo con confianza en su misericordia la absolucion que voy á daros en su nombre, si va á resolveros y daros una vida de amor que durará toda la eternidad.

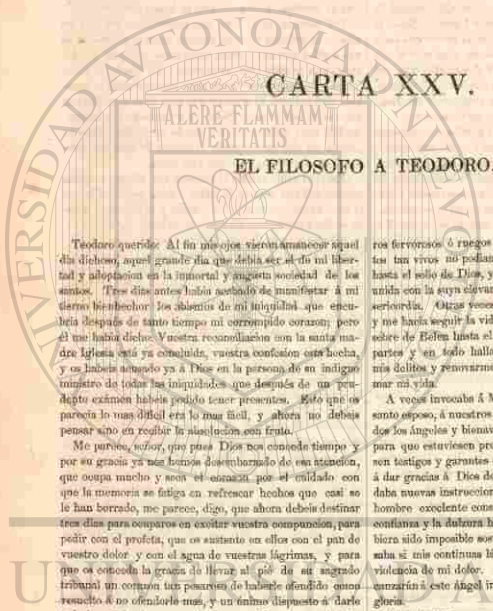
Los deseos que habeis adquirido por el santo bautismo y que habeis perdido tan desgraciadamente, se restablecerán ahora. Esas heridas profundas que parecían incurables, se sanarán, la cólera del cielo se aplacará, las flogos inextinguibles que os estaban preparando van á apagarse, vuestro piadoso Dios va ya á mirarnos como padre, á reconoceros por un hijo y volveros á su amistad. Sus divinos ojos no se apartarán ya de vos con horror como en largo tiempo se apartaron, se detendrán amorosamente sobre vos, como se detienen sobre los justos. Vos seréis objeto de su complacencia, como el serás de las vestras, porque ya seréis uno para el Señor vuestro Dios, que es la misma santidad.

Todo esto debéis á la inmensa caridad que le puso en el estado que os presenta un cruz y que es hoy vuestro solo remedio, vuestro único recurso. Vid el amor que le debéis; y habiendo tenido la desgracia de haberlo sido tanto tiempo ingrato, haced mucho en consagrarle el tiempo que os queda de vida. Esperad pues desde hoy una vida de amor, de adonación y de reconocimiento.

Siñ dadas se le debe temer, pues es justo; pero cuánto mas se le debe amar, pues es tan piadoso, tan bondadoso y amoroso! ¿Qué gozo es la dejado crucificar, y poner en estado tan miserable solo para hacerse temer! Que le temen los que no lo saben amar; pero nosotros que estamos á los pies de su cruz, nosotros que vemos el amor con que se ha sacrificado por nosotros mismos, no debemos pensar sino en amarlo. Este sentimiento debe ser el que animo en nuestro corazón con profusión y el que debe prevalecer sobre todos los otros.

Pero, señor, aquí no vamos más que su imagen. Vamos á buscar su original, y con una fe viva vamos al Calvario. Volémos con el espíritu á esta montaña consagrada con la muerte de nuestro Jesús. ¿Qué es lo que vemos en él á los ojos de la religión? Al Verbo divino, á la Sabiduría eterna, al Hijo unigenito del Eterno Padre, al Señor del universo, al Criador del cielo y de la tierra, clavado en una cruz repudiada por infame, cubierto de llagas, sufriendo los más crueles dolores, lleno de arrobios, que expira en los tormentos, despreciado de los hombres y dejado desamparado del Padre.

Yo por que vuestro Dios, vuestro Cielador sumamente, aquí que hace temblar las columnas del cielo y en esta presencia los ángeles se humillan, sufro con tanta potencia miles tan inauditos y tan ajenos de su inocencia. Por aplacar la justa indignacion de Dios tratado contra los pecadores, por pagar sus deudas, por liberarlos de la eterna muerte y conducirlos á la eterna vida. ¿Quién imaginara que un Dios se encargase de castigar el pecado de sus lu-



Teodoro querido: Al fin mis ojos vieron amarrado á los fieros dolores, aquel grande día que debía ser el día de mi libertad y adopción en la inmortal y augusta sociedad de los santos. Tres días antes había acordado de manifestar á mi diario benefactor los abusos de mi ingratitud que encubría después de tanto tiempo mi corrompido corazón; pero él me había dicho: Vuestro reconocimiento con la santa madre Iglesia está ya concluida, vuestra confesion está hecha, y os habeis arrojado ya á Dios en la persona de un indigno ministro de todas las impiedades que después de un penoso examen habeis pedido tener presentes. Esto que os parecía lo mas difícil era lo mas fácil, y ahora no debéis pensar sino en recibir la absolucion con fruto.

Me paréis, señor, que pides Dios con este tiempo y por su gracia ya nos hemos despartido de esa atención, que ocupa mucho y nos es obstáculo por el cuidado con que la memoria se fatiga en refrescar hechos que casi se le han borrado, me parece, digo, que ahora debéis destinar tres días para comparos en excitar vuestra compension, para pedir con el profeta, que os sustento en ellos con el pan de vuestro dolor y con el agua de vuestras lágrimas, y para que os conceda la gracia de llevar al pie de su sagrado tribunal un corazón tan penitente de haberse olvidado como resultado á no olvidarlo más, y un ánimo dispuesto á darle toda la satisfaccion que exija de vos. Yo me acordé á lo que el padre dispensa, y él señaló el domingo siguiente para recibir en él la absolucion.

Como te pintaré, Teodoro, el celo y el ardor de este infatigable espíritu de la caridad! Aquellos tres días casi no se separó de mí, y no hizo en todos ellos otra cosa que emplearme en sferencias divinas y analógicas al grande objeto que nos ocupaba. Ya me hacia leer en libros místicos ejemplos de fervorosos penitentes, y rezaba conmigo los salmos penitenciales, explicándome los afectos y sentimientos de David, y añadiendo reflexiones tan patéticas, que me inmodaban en lágrimas. Ya invocaba al divino Molinador, que sentado á la diestra de su Padre escuchaba nuestros ardientes gemidos, y le pedía que los acompañase con sus omnipotentes mediciones; ya lanzaba de mi corazón suspi-

ros fervorosos ó ruegos encendidos, y me parecía que afectos tan vivos no podían dejar de penetrar el cielo, llegar hasta el solo de Dios, y que mi feja y débil oracion podría unirse con la suya elevarse tambien hasta el trono de la misericordia. Otras veces me trasportaba con él á la Jukea y me hacia seguir la vida de nuestro Redentor desde el peche de Betan hasta el sacrificio del Calvario, y en todas partes y en todo hallaba motivos para hacerse detestar mis delitos y renovarirme el propósito y resolucion de reformar mi vida.

A veces invocaba á María la madre de Jesús, á José su santo esposo, á nuestros celestes tutelares, en general á todos los ángeles y bienaventurados. Los convidaba á todos para que estuviesen presentes el domingo á fin de que fuesen testigos y garantes de mi renovacion y nos ayudasen á dar gracias á Dios de tantas misericordias. En fin, me daba nuevas instrucciones, y con prudentes discursos este hombre excelente consolaba mi corazón, introduciéndome la confianza y la dulzura hasta el fondo de mi alma. Me hubiera sido imposible sostener las impresiones que me causaba si mis continuas lágrimas no hubieran desahogado la violencia de mi dolor. Así pasamos estos tres días que almorzaron á este ángel incomparable sus preciosos consejos de gloria.

Al fin llegó la aurora del día que debía alumbrar la resurreccion de un muerto y en que se conmemoran todos los espíritus celestes con la misericordia infinita de un Dios que se dignaba mirar con ojos compasivos á la poor de sus criaturas. Vino el padre una temprano de lo que acostumbrable. Aunque como te he dicho, su aspecto es siempre venerable y que en su aire y modo de presentarse se manifestaban de continuo la modestia, dulzura y caridad que producen en los que lo miran una impresion viva de su virtud, me pareció que aquel día se habían reformado estas excelentes cualidades y que su semblante estaba mas compungido, sus ojos mas humildes, y todas sus acciones, si puedo decirlo así, mas llenas de uncion y de santidad.

Me dijo que el signmo á la capilla y que me considerase como un reo infeliz justamente condenado á un eterno

fauna continuamos el exámen de mi conciencia, hasta que en fin pude sobor de revelar á los pies del generoso amigo que una huida destinado la divina Providencia, todas las desventajas y dolores de mi inmundia y abominable vida, que por los tarjales continué instruyéndome unas veces de cosas necesarias, extorcionábame otras á despartar en mi corazón

los sentimientos que debían acompañarlo en tan santa y elevada scción, y que en fin, llegó el día que el Dios de misericordias habia destinado para la restitucion de un miserable pero este será asunto de mi primera carta. Adios, Teodoro.

emplo, que iba á implorar la gracia de un Dios soberano. Yo le seguí despartido y alterado. El entró á la scción, se revestió de los vestidos sacerdotales y salió á decir la misa. Aquel día se detuvo una tiempo en el altar que por mí. Me sentí inflamado en llanto y el corazón: me quería salir del pecho para seguirle en el raptu, con que volaba en el ayro. En fin, acabó su misa, mandó al ayudante que se fuese y cerrase la puerta. Quedamos solos, se quitó la casulla, y conservando las demás sagradas vestiduras, vino á sentarse en una silla que estaba preparada y me mandó acercar.

Sus inocentes suspiros me hicieron levantar los ojos y vi los suyos empapados de lágrimas, que elevados al cielo con un rostro inflamado dirigían á Dios una oración fervorosa. Yo no pude resistir á la viva conmoción que me produjo un espectáculo tan tierno, pues no ignora que todo era por mí. Me sentí inflamado en llanto y el corazón: me quería salir del pecho para seguirle en el raptu, con que volaba en el ayro. En fin, acabó su misa, mandó al ayudante que se fuese y cerrase la puerta. Quedamos solos, se quitó la casulla, y conservando las demás sagradas vestiduras, vino á sentarse en una silla que estaba preparada y me mandó acercar.

Desde que dobló las rodillas y me puso á sus pies, me dijo: Señor, la tierra en que estamos ahora es tierra santa. Aquí debemos dejar nuestros calzados y desterrar todo pensamiento humano. Yo no soy más que un miserable pecador, y quisí á los ojos de Dios mas culpado que vos; pero en este momento soy su ministro y le represento. Vos me habeis hecho confiante de vuestras miserias y desgracias, me habeis manifestado vuestro arrepentimiento y dolor, me habeis prometido no volver á ofender á este Dios que ahora os quiere perdonar, y pareció dispuesto á recibir la penitencia que os impongo en su nombre.

Pues bien, señor, yo os he conducido aquí para poner con la fe á los pies de la cruz de Jesucristo. Vella adonde os altar, abraos en espíritu con ella, y uníos á ella con todo vuestro corazón y alma para que recibáis la aspercion de la sangre abrasada que la inmensa caridad del Dios hombre derramó por vos. Esa sangre divina mana en la cruz por todas partes, y voy á extraerla de las llagas sagradas de nuestro Salvador, para rociaros con ella, y curaros de las heridas mortales y profundas con que tantas veces le habeis dado la muerte.

Yo me estremecí al oír estas palabras, pero él me dijo: No temais, señor. Vuestro Dios no se peno en tan lamentable estado para perderos. El es vuestra vida y no podéis hallarla sino en él. Unos poco con que cruz un que la caridad de Jesús se ha crucificado, y bondad abrasada con ella los largos desayentes y muchos errores de vuestra vida, frutos abominables de las pasiones: Dios por su bondad os concede un horroroso aspecto para que no desalleceis; pero si queréis formar una exacta idea de los efectos que produce el pecado, ved cómo han puesto al Hijo Unigenito del Eterno Padre, y considerad cuántos deben ser los horrores de un mal que no quiso expiar sino por sus tormentos, por un cruz y un espantosos martirio.

Estos cráeles dolores, esos clavos, esa llama tan sufrido por vos, desde la cabeza á los pies padeció en su cuerpo adorado, porque no hay en vos parte sana y que no haya merecido los tormentos eternos. Vuestro Dios no podía así pagar una liberca de ellos. Allí es donde vos yo debéis estar, y nada consiguierais sin con eso si no amor no le habia merecido á crucificarse el primero y el último; no nos muere á nosotros á crucificarnos con él.

Ovidad en este instante lo que ha hecho por los otros para no acordarse sino de lo que hizo por vos. La verdad que el Salvador es de todos; pero en este momento lo es vuestro tan por entero, como si no hubiera venido al mundo mas que por vos solo, y no es á otro sino á vos en particular: á quien voy ahora á aplicar los méritos y el fruto de su divina muerte y pasión. No lo dudéis, señor, el vuelve á ser hoy de nuevo vuestro Salvador. Si vuestra fe me ayuda, al asegurada de la veracidad de su palabra recibid con confianza en su misericordia la absolucion que voy á daros en su nombre, si va á resolveros y daros una vida de amor que durará toda la eternidad.

Los deseos que habeis adquirido por el santo bautismo y que habeis perdido tan desgraciadamente, se restituirán ahora. Esas heridas profundas que parecían incurables, se sanarán, la cólera del cielo se aplacará, las flogos inextinguibles que os estaban preparando van á apagarse, vuestro piadoso Dios va ya á miraros como padre, á reconoceros por un hijo y volveros á su amistad. Sus divinos ojos no se apartarán ya de vos con horror como en largo tiempo se apartaron, se detendrán amorosamente sobre vos, como se detienen sobre los justos. Vos seréis objeto de su complacencia, como el serás de las vestras, porque ya seréis uno para el Señor vuestro Dios, que es la misma santidad.

Todo esto debéis á la inmensa caridad que le puso en el estado que os presenta un cruz y que es hoy vuestro solo remedio, vuestro único recurso. Vid el amor que le debéis; y habiendo tenido la desgracia de haberlo sido tanto tiempo ingrato, haced mucho en consagrarle el tiempo que os queda de vida. Esperad pues desde hoy una vida de amor, de adonores y de reconocimiento.

Si halla es lo debe tomar, pues es justo; pero cuánto mas se le debe amar, pues es tan piadoso, tan bondadoso, amable! ¿Qué gozo es la dejado crucificar, y poner en estado tan miserable solo para hacerse tan feliz? Que le temen los que no lo saben amar; pero nosotros que estamos á los pies de su cruz, nosotros que vemos el amor con que se ha sacrificado por nosotros mismos, no debemos pensar sino en amarlo. Este sentimiento debe ser el que animo en nuestro corazón con profusión y el que debe prevalecer sobre todos los otros.

Pero, señor, aquí no vamos mas que su imagen. Vamos á buscar su original, y con una fe viva vamos al Calvario. Volémos con el espíritu á esta montaña consagrada con la muerte de nuestro Jesús. ¿Qué es lo que vemos en él á los ojos de la religión? Al Verbo divino, á la Sabiduría eterna, al Hijo unigenito del Eterno Padre, al Señor del universo, al Criador del cielo y de la tierra, clavado en una cruz repudada por infame, cubierto de llagas, sufriendo los mas cróeles dolores, lleno de arrobios, que expira en los tormentos, despreciado de los hombres y dejado desamparado del Padre.

Yo por que vuestro Dios, vuestro Cielador sumamente, aquí que hace temblar las columnas del cielo y en esta presencia los ángeles se humillan, sobre con tanta potencia matais tan inauditos y tan ajeros de su inocencia. Por aplacar la justa indignacion de Dios tratado contra los pecadores, por pagar sus deudas, por librarlos de la eterna muerte y conducirlos á la eterna vida. ¿Quién imaginara que un Dios se encargase de castigar el pecado de sus lu-



## CARTA XXV.

### EL FILOSOFO A TEODORO.

Teodoro querido: Al fin mis ojos vieron amarrado aquel día dichoso, aquel grande día que debía ser el día mi libertad y adopcion en la inmortal y augusta sociedad de los santos. Tres días antes habia acordado de manifestar á mi dierno benefactor los abusos de mi iniquidad, que encubria después de tanto tiempo mi corrompido corazón; pero él me habia dicho: Vuestro reconciliacion con la santa madre Iglesia está ya concluida, vuestra confesion está hecha, y os habeis arrojado ya á Dios en la persona de un indigno ministro de todas las impiedades que después de un penoso exámen habeis pedido tener presentes. Esto que os parecía lo mas difícil era lo mas fácil, y ahora no debéis pensar sino en recibir la absolucion con fruto.

Me paréis, señor, que pides Dios con este tiempo y por su gracia ya nos hemos despartido de esa atencion, que ocupa mucho y nos distrae por el cuidado con que la memoria se fatiga en refrescar hechos que casi se le han borrado, me parece, digo, que ahora debéis destinar tres días para comparos en excitar vuestra compension, para pedir con el profeta, que os sustento en ellos con el pan de vuestro dolor, y con el agua de vuestras lágrimas, y para que os conceda la gracia de llevar al pie de su sagrado tribunal un corazón tan puro como el de un ángel: como resultado á no olvidaros que arja de vos. Yo me acordé á lo que el padre dispensa, y él señaló el domingo siguiente para recibir en él la absolucion.

Como te pintaré, Teodoro, el celo y el ardor de este infatigable apóstol de la caridad! Aquellos tres días casi no se separó de mí, y no hizo en todos ellos otra cosa que emplearme en sferencias divinas y analógicas al grande objeto que nos ocupaba. Ya me hacia leer en libros místicos ejemplos de fervorosos penitentes, y rezaba conmigo los salmos penitenciales, explicándome los afectos y sentimientos de David, y añadiendo reflexiones tan patéticas, que me inundaban en lágrimas. Ya invocaba al divino Molinador, que sentado á la diestra de su Padre escuchaba nuestros ardientes gemidos, y le pedía que los acompañase con sus omnipotentes mediciones; ya lanzaba de mi corazón suspi-

ros fervorosos ó ruegos encendidos, y me parecia que afectos tan vivos no podian dejar de penetrar el cielo, llegar hasta el solo de Dios, y que mi feja y débil oracion podría unirse con la suya elevarse tambien hasta el trono de la misericordia. Otras veces me trasportaba con él á la Jukea y me hacia seguir la vida de nuestro Redentor desde el peche de Betan hasta el sacrificio del Calvario, y en todas partes y en todo hallaba motivos para hacerse detestar mis delitos y renovarirme el propósito y resolucion de reformar mi vida.

A veces invocaba á María la madre de Jesús, á José su santo esposo, á nuestros celestes tutelares, en general á todos los ángeles y bienaventurados. Los convidaba á todos para que estuviesen presentes el domingo á fin de que fuesen testigos y garantes de mi renovacion y nos ayudasen á dar gracias á Dios de tantas misericordias. En fin, me daba nuevas instrucciones, y con prudentes discursos este hombre excelente consolaba mi corazón, introduciéndome la confianza y la dulzura hasta el fondo de mi alma. Me habia sido imposible sostener las impresiones que me causaba si mis continuas lágrimas no hubieran desahogado la violencia de mi dolor. Así pasamos estos tres días, que almorzaron á este ángel incomparable sus preciosos coros de gloria.

Al fin llegó la aurora del día que debía alumbrar la resurreccion de un muerto y en que se reanuncian todos los espíritus celestes con la misericordia infinita de un Dios que se dignaba mirar con ojos compasivos á la poor de sus criaturas. Vino el padre una temprano de lo que acostumbraba. Aunque como te he dicho, su aspecto es siempre venerable y que en su aire y modo de presentarse se manifestaban de continuo la modestia, dulzura y caridad que producen en los que lo miran una impresion viva de su virtud, me pareció que aquel día se habian reformado estas excelentes cualidades y que su semblante estaba mas compungido, sus ojos mas humildes, y todas sus acciones, si puedo decirlo así, mas llenas de uncion y de santidad.

Me dijo que el signico á la capilla y que me considerase como un reo infeliz justamente condenado á un eterno





que y están en posesión de sus mismas prerrogativas, que el estado de Jesucristo es con cierta proporción el de todo hombre justificado por un gracia que la obra de nuestra existencia ya está consumida y que si nos mantuviéramos firmes en su alianza, nuestra nación y residencia eterna a la diestra de un Padre solo los suspende la tardanza de la muerte.

Ved aquí, señor, una idea, aunque muy imperfecta, del estado sobrenatural y divino a que nos eleva la justificación cristiana. Bien nos pone en una clase superior a toda grandeza. Nada puedo compararse al alma que está en ella; así en esta granja del Salvador que habita en nosotros, debe ser un campo, una vivienda, una participación de esta gran ciudad de Dios de que habla Jesucristo y que debe haber pasado en la semana, diez y nueve años, que el mundo sabe de la nada.

Esta comunión de Dios con su creación, con el alma que ha recibido la aplicación de los méritos del Bautismo, es tal y tan estrecha, que el Espíritu Santo es el fuego sagrado que la vive. El solo es el que establece en este concepto lazo inseparable por una realidad íntima y vitalizada en el sí de cada alma. *Un cordón de Dios, decía el apóstol a los hebreos cuando la fundaba, ha sido derramado en nuestras conciencias por el Espíritu Santo que se ha estado dando.*

El mismo Jesucristo nos ha presentado una colera no menos expresiva que gloriosa e inimitable carácter de nuestra adopción eterna. El habla guardado y así el desprecio del Espíritu Santo, como el solo y conato de su promesa, como el adelantamiento de su inseparable y natural carácter en la vida, expresa de la resurrección del mundo y sus habla dicho que este gran Consolador de los hombres, que como está en la esfera de la inmutabilidad de la gloria en que procede del Padre y del Hijo, este mismo vendrá y será el amigo y compañero de nuestros corazones, que habitará en ellos con una acción y presencia verdadera, lo que debe estar en el sentido natural de esta patria.

Pasa, señor, reflexionad con atención la fuerza y energía de este discurso del Salvador cuando dice que se quedará para siempre con vosotros. Este es el Espíritu de verdad que el mundo, así su el que vive según las sentencias, no puede recibir, porque no le conoce; pero vosotros lo conocéis, pues el mismo habitará y morará en vosotros.

Empezaba ya a salir, señor, la suprema dignidad de que habéis de ser reyes y sacerdotes, y el mundo propiamente de que habéis pronunciado sobre vos las sentencias punitivas de la abolición, que seréis el peyorar de un cadáver y la hacen pasar a la clase de los ciegos, os contemplamos con admiración, como si os viera en una forma nueva y extraordinaria. Si, señor, yo veía en vos un raso de misericordia, veía que en su se osaba un estremo milagro y que Dios derramaba todos sus tesoros en vuestro corazón. No hay respeto que no se dexa a los hereditarios de la santa Esperanza. Y si cuando vemos a otro hombre padecemos sobre que está en gracia de Dios y pertenece al reino de Jesucristo, debemos con su vida apoderados de nuestro corazón una ferrea religión, y poseídos en su presencia adorar allí la gloria celestial del Señor como en el más augusto de sus santuarios.

Así, señor, vuestra vida, que no ha sido hasta ahora

mas que un sueño fugaz, empieza a ser desde hoy una duración verdadera, preciosa y llena de aquella vida que dura en la eternidad. Hoy habéis comenzado vuestra celestial existencia, cada uno de los instantes que se escapan de vuestro aliento va a llevar al trazo del Dios un tributo de valor sobrenatural, vuestras menores acciones, vuestras ocupaciones mas comunes, todos vuestros movimientos y hasta vuestros desahogos y reposo van a ser contados y escritos en el indestructible libro de la vida, como acontecimientos destinados a hermosear la historia eterna de los escogidos, si ser objeto de la alegría de los bienaventurados y aumento de los cánticos de la celestial Jerusalén.

Porque nuestro Señor Jesucristo en la vida verdadera, y no sólo ya el nacimiento hebreo es que corre y circula la vida, es esta vida incorruptible y misteriosa. Si vos no hubierais hecho esta cosa que nombra el universo con la gloria de las almas mas extraordinarias, vos no seriais menos querido y vil a los ojos de Dios vivo; pero ahora porque estáis en una gracia y os aprovecháis de los méritos de Jesucristo, todo en vos se va agudando. Sus ojos se complacen desde en vuestro reposo y silencio. Nada de lo que hay en vos se le es indiferente, porque lo que nos parece nada en vosotros es todo para su vista que los tiempos y las imperios. Todo lo que él ve en el mundo, por pequeño e imperceptible que sea, hasta el más insignificante de los seres, de los que mandará desde Jerusalén la sangre del Cordeiro y que le representará la mas querida y asociada imagen que puede hallar sobre la tierra.

Haced, señor, una reflexión, y es que Jesucristo, este Hijo tan querido del Padre, no solo era un espectáculo grande para el cielo cuando en el curso de su vida cumplió toda la fuerza de su ministerio, lo era tambien en los días de su oscuridad, y cuando vivía oculto en la humildad habitación de María y José, cuando le obedecía con sumisión como padrena el mas pequeño de los niños de Nazareth, cuando con sus manos inocentes y diernas trabajaba en el taller de un artesano, cuando parlaba con la mas santa de las madres todos los pequeños años de la vida doméstica, cuando nadie podía sospechar que la salud eterna esperaba bajo aquel feble niño y que aquella pobre estancia tan poco conocida del mundo conservaba la esperanza de Israel, la gloria del género humano y el mas rico tesoro de todo el universo. Cada suspiro del adolescente niño que vivía en ella, sin que lo supiese el común de sus criaturas, salvaba al mundo entero y preparaba la salvadora transformación que debería sufrir y por el cual como poco tiempo después.

Es muy dulce para mí, señor, poder retrospecto veridical tan agradable y así una rama de este tronco precioso, un rinvivo de esta raíz de immortalidad; y todo lo que laguis en esta unidad saldrá para vuestra salud eterna. Insisto sobre esta pensamiento porque en el fondo y la materia de nuestra religión y no es mucha bastante. El divino Maestro nos ha presentado diez mil formas diferentes en el curso de su predicación. Porque que quería entonces honraros entrever esta verdad, reservando su eterna manifestación para los últimos momentos en que debia conversar con los vivos.

Como si fuera su intención que el mas alto consuelo que jamás se los descubriera a los hombres, les llegase en la mas amarga circunstancia de su vida, y cuando necesita-

ban del mayor valor para cometerse a la posibilidad de ver sufrir y morir a tan amable bimberber, después de haberle revelado tan claramente este misterio de unidad y de inseparabilidad eterna, les añadió: "Os he dicho esto para que mi alegría está en vosotros y que vuestro respecto cubra el último grado de plenitud y perfección (1)".

Yo escuchaba estas divinas palabras con un profundo reconocimiento, y hubiera querido que este tan ilustrado intérprete de los oráculos sagrados no se separase nunca de mí, y alimentase mi alma con estas grandes ideas de la fe que le tenían en un continuo éxtasis de admiración. ¡Oh Evangelio divino! me decía yo en mi interior, ¡oh impredecible tesoro de cetera y de luz! ¿quién puede concebirte sin amarla? ¿Cómo es posible que otorgando tan inmensas riquezas a los hombres, haya tantos que sean tan infelices que se desazonan y desentusiasman? Después de otras muchas reflexiones de esta especie y otros discursos llenos de ternura y fuerza con que el sereno de Dios me sostenía, me despidió de mí y se retiró.

Qué sé yo, Teodoro, pero qué diferente de mí mismo. Este momento fue el primero de la vida en que me vi conmovido a solas sin temor ni sobavato. Jamás hasta entonces habia podido dar una mirada a mi corazón sin una secreta desolación, sin un confuso sentimiento de horror, que me forzaba a volver los ojos a otra parte para estar yo seguro de no mirarme sin pena, y un medio de los horrores y dolores que no podía darme a mí, veía una hilera y baldequina errantes que estaban penionados. Mi alma resplandecía con esta idea. Ya me encontraba como un humillo que por largo tiempo ha cargado un peso superior a sus fuerzas y que desahogándose de un golpe, se siente aliviado y dado de sus movimientos, mi corazón habia adquirido una nueva serenidad, mi pecho respiraba sin zozobra; antesera en presente mas tranquilo y un término a mi vida mas dichosa.

Sobre todo, no podía concebir cómo habia estado tan ciego para mirar con tanto hervor la confusión que experimentaba ahora al único remedio de mis males. Me acordaba de las burlas, desprecios y desprecios con que habia hablado de este saludable sacramento que no comprendía ni torpe necedad. Lo que me parecia muy ridiculo era que entonces no podía sentir la idea de descubrir a un hombre prudente, mi amigo y mi guía, en el secreto de una confianza religiosa, los desprecios y dolores que veían todos, pero yo no pensaba en acordarme de mis compañeros, antes al contrario, solo me acordaba la vergüenza de mostrarme mas trífido o mas determinado a atravesar las obligaciones mas sagradas y no respetar nada ni en el cielo ni en la tierra. Todas pues las que eran como yo, debían conocerme, y los hombres virtuosos no podían engañarse, pero aun cuando hubiera querido en su presencia mostrar el odio, y la consipetud de la razón, solo la virtud se pareciera a sí misma. Si la fuerza y la fuerza; tienen un carácter tan insignificante, que todos los principios de la hipocresía vienen acentuados a darla un verdadero soleridad, así pueden engañar los ojos de los que saben conocer a los hombres, y mas así los ojos del cielo de la discernición de espíritus.

A pesar de todo esto, yo tenía por cosa ridicula descubrir a un ministro de Dios mis dolores y flaquezas, yo mar-

(1) Juan, XV, II.

maraba con los inmensos de la ley que obliga a los pecadores a revelar a un hombre la vergüenza de su conciencia, y decía, como ellas, que esto era el escollo terrible, el impredecible artículo de la religión. ¡Qué algo estaba yo y cuánto falta le estaba! pues no voy que se descubren todos los días a todo el mundo y que su conducta habitual es una confesión pública del desorden que reina en su corazón.

¿Quién será tan irracional y tan injusto que se queje cuando le libran de la mayor desgracia que puede sufrir el hombre, solo con servirse de esta medio tan humano y tan dulce! ¡No es Dios nuestro único y soberano bien! ¿no es la felicidad eterna, el mas alto y el solo digno objeto de nuestras esperanzas! Aunque para obtener este bien infinito, para recobrar una pérdida tan irreparable como la del amor divino, fuera preciso arrancarnos del seno de la naturaleza, de nuestra patria, de nuestros hijos y de cuanto nos queremos en el mundo; y fuera necesario meterse en horrores y dolores, que repitieran los ecos de las montañas y cascadas, el ser de nuestros dolientes albedos, y manchar los peñascos con la sangre de nuestra inocencia y pureza, ¿quién podría temer un momento!

¿Cómo es posible soportar la idea de que una alma inmortal, una alma que nació por el bautismo destinada a recibir la inefable gloria del que la dió el ser, se va por su culpa privada indelible de su celestial Patria! Pero esto parece de miserias que conocen el barro de que somos formados, no exponen nuestra flaqueza a pruebas que la harían temblar, y se contenta para volver a recibirlas en su seno con una humildad confesión, un amargo llanto y una oración del corazón arrepietido.

¡Y qué! la naturaleza misma no indica estos medios como un consuelo de los afligidos! ¡No es este el alivio de los grandes dolores! ¡No son estos efectos el mayor y mas dulce refugio de nuestra sensibilidad cuando la afligen los desgracias! Debemos pues conocer que esta soledad y firme disposición de la bondad divina en el orden de la gracia y de la vida eterna, es una institución viable de la que luego siente la naturaleza a imitar con cuando quiere consolarse o salir de un extremo infanterico.

¡Ay, Teodoro! cómo conozco ahora que los que con tan frivolas protestas del amor propio, quieren justificar la negligencia de confiar a un ministro de la religión el triste secreto de sus conciencias, están tan lejos de Dios como de la razón! Solo una alma indolente que no ha experimentado todavía las primeras consecuencias del arrepentimiento, podrá concebir una rebelión de orgullo, y resistir a la necesidad de humillarse en presencia de los que son orgue sagrados de la plenitud divina. El hombre que está verdaderamente arrepietido o afligido, no necesita de que se le aliente para abrir su corazón a los pies de su hermano y sus amigos. Cuando la religión no se lo mandara, el mismo por fuerza de un dolor para desahogar su pecho y buscar el consuelo de alivio, volaría a echarse en los brazos del justo, y la virtud de su pena le forzaria a descubrirle todo lo que le aflige.

Siñ duda que el confesor es un hombre por un hombre revestido de Cristo, un hombre que ha recibido su poder, que obra en su nombre y le representa. Es un hombre, pero marcado con un carácter divino, que para adquirir la función de obra de su propia clase a una especie mas

alta. Es un hombre; pero en su sublime ministerio la virtud del Altísimo reside en él, y en aquel acto es superior á los ángeles por la fuerza y asombrosa virtud que le da su incorporación en el sacerdocio eterno de Jesucristo y su unión con él en la conducta de la grande obra de Dios, que es la fundación de su incorruptible y sublime imperio.

¡Ay, Teóforo! yo sola en mis noches burlas decir al buen Mariano, que Dios debe ser un amo bien exacto y riguroso,

pero no perdona nada sin penitencia. Amigo, yo era un insensato, y ahora veo que es un amo muy indulgente y misericordioso, pero lo perdona todo á tan poca costa. ¡Dichoso este día, en que Dios me ha abierto otra vez su seno paternal! Yo vivo en otra región, me veo en otro mundo, y mi corazón habla en una misión otra divina y tranquila en esas horas deliciosas. Masana te contaré esta nueva historia de mi felicidad. Adios, amigo.

## CARTA XXVI.

### EL FILÓSOFO A TEODORO.

Ya te he contado, Teodoro mío, lo que me aconteció en aquel día memorable, en que mi inocuidad, como el conito, se lavó en las fuentes inagotables del Salvador divino; ahora voy á referirte lo que me pasó en la deliciosa noche de tan dichoso día. Apenas me acosté en mi lecho, cuando mi imaginación halla llena de muchas cosas diferentes. Responía por menos todos los tristes hechos de mi larga y estrepitosa vida; pero á esta memoria me agita, ni era con aquella espera y punzante amargura con que antes se descomulgaba mi corazón, ni sentía ya aquellos violentos torcedores que destruyeron mi paciencia.

En efecto, me parecía que suspiraba en las puntas estaban emboradas, pues no podía recordar mis delitos sin ver la bondad que dispuso los hurtos y que contaba me los había ya perdonado. No podía afligirme de mi miseria sin alabar la misericordia que se había dignado de curarme. Admiraba los estranos y raras miradas que me habían conchado á esta obra de Dios y veía la mano de la Providencia que había gobernado mis pasos. Sobre todo, reflexionaba, procuraba recordar en mi pecho, los discursos de mi suegro y caritativo padre, en especial lo que me había explicado con tanta ternura y energía sobre el carácter del inflexible Dios que había resucitado con la aplicación de la sangre de nuestro Redentor.

Con estas y con tan interesantes epítoles no se extraña que el sueño huyese de mis ojos. Yo me alegraba porque no me espantaba de mi memoria, los dulces y consolantes objetos en que se glorificaba. Era el gloriado y agradable inmenso de emulchoso, que se abalaba con las frescas impresiones de una felicidad reciente, y que no quiere alejar ni instante de su espíritu la imagen de esta grande fortuna que ha sujecido tanto su destino. Esta vigilia era para mí alma y mis sentidas un reposo agradable, mil veces más verdadero y delicioso que el que buscaba antes con tanto pesar, creyendo gustarle en un sueño que no era más que el cansancio ó el adormecimiento penoso de un corazón fatigado de vicios y remordimientos.

Así en el espacio de aquella noche yo me hallé transportado de placer, de amor y de reconocimiento por mi Dios. Todos los objetos se presentaban á mis ojos con colores tan nuevos como agradables. Me parecía que toda la naturaleza se alegraba de mi reconciliación y de mi paz, porque los mismos elementos, aunque privados de la razón, son enemigos de los que abandonan al Señor, y dan combates formidables á los insensatos.

Mi imaginación se paseaba con alegría inexplicable por toda esa vasta bóveda del firmamento, y mientras meditaba sobre esos inmensos espacios, sobre esas vastas y opulentas regiones, sobre esos brillantes y antiguos monumentos de la gloria de Dios, una voz secreta me decía en lo íntimo de mi alma: baja los ojos, mirate á tí mismo, y considera que tú eres en este momento nada más que un opulento que todo cuando admiras en esa inmensidad de los altos y profundos espacios que te ocupan tu alma, en quien ya residen los divinos resplandores, publica con tanto elevancia su gloria, que todo ese luminoso aparato de los auras; pues con globos que hablan las regiones inmensables en que tu imaginación se abisma, perverteci, no te acordar, tendrías un fin pero tú... tú pervertirías el ordenamiento. De esta modo á cada una parte que volaba los ojos me veía más que objetos de consuelo que me transportaban de alegría y aumentaban mi felicidad.

Yo me dormí en estos agradables reflexiones; pero mi sueño me estorpeó mis sentidos: ni me quitó el dulce consuelo del feliz estado de mi alma. Era como una intersección de actividad y murmuraciones, que una seguida é extención del reconocimiento y reposo religioso en que mi corazón había sentido la abundancia con que Dios se comunicó á los que le aman. Me parecía que hasta en aquel embriego de mis sentidos no dejaba de experimentar la dulce impresión que siente el alma cuando su gracia la purifica.

Este estado se mejoró cuando desperté, pues entonces me pareció tenía un genio articulado y más completo de todos los tesoros de Dios. Yo me hallaba con un gene-

ral que durmiendo con dulce reposo después de haber con seguido una importante y difícil victoria, no ha sentido más que en sus triunfos, y se alegra cuando despierta porque ve que no ha sido ilusión su sueño. Al instante que los primeros rayos de la aurora doraron los muros sencillos de mi inocente habitación, me puse en pié para cantar un himno de gracias al Autor de tanto bien. Sentí que mi alma estaba llena de su vida, y adoré en el fondo de mi corazón la realidad y la totalidad de sus leyes, perfecciones y virtudes.

Poco tiempo después vino el ministro del Señor, dió cuenta de todo lo que había pasado por mí, levantó los ojos al cielo como para darte gracias, y volviéndose á mí, me dijo: Eoo es, señor, haber llegado á gustar los consuelos que da nuestra religión; porque su espíritu es libertario de las inquietudes de la imaginación, del tumulto y del flujo eterno de nuestros proyectos, anhelos y temores, y reducir á la unidad de un pensamiento y de un deseo todo el caos de nuestros afectos y pasiones. Su intención es desembarazar el alma de todos los objetos inútiles que la fatigan y la turban, fijándola en su verdadera y natural finción, que es conformarse á la de Dios, esto es, en la posesión de lo que no se pierde nunca, en la contemplación y el amor de la majestad adorable y suprema, que es el principio de la vida, y el origen de toda inteligencia.

Por este motivo desquisto, que descendió á la tierra para pacificarlo todo y reparar el desorden de la naturaleza, no se ocupa en otra cosa, cuando nos explica su doctrina, sino en volvernos á esta antigua y perdida sencillez de movimientos, á esta unidad de ideas y deseos, exhortándonos á concentrar únicamente en Dios toda nuestra fuerza de entender y toda nuestra necesidad de amar. Todo en Evangelio nos predica que la vanidad y locura buscan otros caminos de felicidad, que no hay ni puede haber más que uno, y que este es la santidad del reino de Dios y su justicia, que este reino está dentro de nosotros mismos, y que solo hallaremos en él este reposo que tan íntimamente buscamos en medio de las pasiones que nos consumen.

Si, señor, muestra residencia en nuestros muros lo incluye todo. Ella es el fin y la resultante de todos los designios de Dios, es el objeto que tuvo cuando me dió á Jesucristo y su Evangelio. La eternidad entera no nos presentará ninguna especie de felicidad que se funde sobre otros gozos, y solo podrá darnos la perfección y el último grado de nuestro reconocimiento á Dios. No podía haber más que fijarme en la contemplación y posesión de esta luz indefinible que se ultrá con nosotros; que nos penetrará en nuestra alma como un torrente de delicias, sin dejar subsistir en ella más que un pensamiento solo, un solo amor.

Haced otra reflexión, señor, que acaso por el mismo motivo entró en los designios de Dios instruir el infelice ministerio de la Encarnación. ¡Cómo podría si hubiera concebido jamás que un Dios no contento con haberme hecho hombre, con haber bajado al seno de María, con haber entre los hombres y morir por ellos, haya querido también después de resucitado y glorioso continuar este mismo comercio siempre que el hombre le llama, y que inventase para esto un medio que jamás las inteligencias criadas hubieran podido imaginar! Medio tan digno de su subidaria como de su amor.

Pero no es difícil concebir que esta fué una parte del plan de intimidad y comunión que Dios ha tenido siempre, y que este misterio no es más que una extensión de las relaciones y enlaces con que Dios se ha dignado siempre de hacerse unido con el alma que crió á su semejanza. Como mientras está ella en la tierra para merecer, no puede gozar de aquella íntima comunión que la ha destinado en la celestial Jerusalén, Dios la ha querido suplir dándole un pan de vida, de quien dice que el que come habla en Dios y Dios en él. Y como no solo es la carne y sangre de Jesucristo, sino también la plenitud de su divinidad, lo transforma en él, se une íntimamente con él, y produce en el alma.

Yo no pude oír hablar al padre de este sacramento sin sentirme inflamado. Ya había hecho reflexión de que el padre hasta entonces no me había hablado de comulgar, y aun que me había yo propuesto dejarme conducir en todo por solo, sin poner de mi parte más que una humilde obediencia, yo pude contemplarlo, y le interarajé diciéndole: ¿Y qué, padre, jamas yo sea ponedor tan indigno, no podrá alentado por mi dolor y la bondad divina, pedir esa pan el padre me respondiese: Si, señor, podía y debía pedirlo. Yo me alegro que lo pidiese. Esta pan no se debe obtener sino cuando se pide mucho, y aprovecha al alma á posesión del hombre con que se pide.

Debo añadir, que según la práctica común, yo podría dárcele. Veo lo está, según lo espero de la bondad de Dios, purificado por la penitencia de toda culpa mortal, yo estás en la firme resolución de no volver á comulgar, y espero más que ya estás en gracia de Dios. Esto basta sin duda para acercarse á la sagrada mesa y obtener de la Iglesia este divino pan, basta para no comulgar indignamente; pero señor, sin necesidad otras muchas cosas para comulgar con mayor fruto.

Esta acción es tan grande, es tan santa, que toda la vida del hombre apenas bastaría para prepararse á ella, y me parece que cuando se sale de una larga vida llena de impurezas, es conveniente purificarse algún tiempo antes de acercarse al altar. El apóstol mismo probaba antes el hombre á sí mismo. ¿Qué prueba puede haber hecho el hombre que no ha tenido tiempo de probarse! Por tan parte, yo sé que este pan sirve también para sostener á los débiles, y que la santidad de la penitencia puede servir al tiempo. Deméstrame solamente que yo he hecho algunas reflexiones del obispo de Meilán, y me mismo juzgaba lo mucho que es debido disponer para recibir á su santo Dios. Yo le respondí que me encubría con respeto, y él contestó:

La comunión es la más alta, la más sagrada acción del cristianismo. Su objeto es hacer pasar al alma, que en nuestros corazones, y si no le hace pasar, impureza, ellos por nuestra indisposición; si no es para nuestra alma un fruto de vida, es una señal de muerte; terrible alternativa, y no por eso digo, que debemos alegrarnos de la santa mesa. El primer que se distribuye en ella, es el verdadero alimento del espíritu, la fuerza de los fuertes, el auxilio de los débiles, el consuelo de los tristes, y la más segura prenda de la immortalidad. Fuera muy peligroso privarse de ella; pero digo que la vida me recibirá sin estar bien preparado, sin haber recibido la ropa nupcial, y traer todas las disposiciones que necesito para un divino y que solo pueden darnos el comercio con fructo.

Nadie ha explicado mejor cómo deben ser estas disposiciones que el apóstol, y resumida su doctrina es vos misma, que debemos tener á este cuerpo divino una compañía de cuatro calidades, y son: que sus tan respetuosas que desearán lo que el Señor, tan prudente, que prueba y se asegura de su propio corazón; tan amante que le oblige á amar, y tan generosa que esté pronta á todo sacrificio. Explicámoslas las circunstancias y naturaleza de esta fe sucesivamente.

Cuando el apóstol dice que esta fe debe ser tan respetuosa que desearán lo que el Señor, no habla de aquella fe que nos distingue de los incrédulos; habla de la fe viva que sabe penetrar las cosas que rodean al trono del Cordero, de aquella fe que así lo ve tal como es, de aquella fe que á pesar del velo con que está velado, ve como en esta montaña santa, no deja de dirigir su gloria y no puede sostener su respirador; de aquella fe que sin atreverse á fijar temerariamente su libertad, se siente penetrada de su presencia.

Habría de aquella fe que va como los ángeles descienden del cielo, y le elevan sus oraciones, y que como las oraciones del firmamento truenan delante de un terrible majestad; de aquella fe que los sentidos no pudiesen sufrir nada, y que se dilata, no solo porque cree en sí, sino porque sabe que lo que cree, de aquella fe tan reverente, que se agudiza de ella un terror religioso desde que se pone á paso á vista del santuario, que se acerca al altar, como Moisés á la sagrada zarza, y como los israelitas al monte de las tabernáculos; de aquella fe que sintiendo todo el peso de la divina presencia, exclama como san Pedro: Señor, retráete de mí, que soy un pecador en fin, de aquella fe cuyo respeto se acerca al terror que necesita que se anime, que desde que descubre á Jesucristo en el altar, siente la fuerza de su impresión, se turba y teme; porque su ropa sucia no es tan blanca como debe decar.

¡Ay, señor! cuando Jesucristo se muestra en el altar sobre una nube resplandeciente, los hombres se cubren de terror, los vatos se esconden en las cavernas más profundas y pedirán á las montañas que se desplomen sobre ellos. Entonces no necesitarían de fe para saberlo. Ahora la fe nos dice que el mismo Jesucristo está en el santuario como sobre una nube de gloria, que desde que el sacerdote pronuncia las palabras místicas, la sustancia del pan se convierte en la del cuerpo de nuestro adorador Redentor, los espíritus celestes descienden del cielo para adorarlo como sus ministros, y alternan con los hombres los cantos de alabanza.

La fe nos dice que aunque Jesucristo está en el trono de su misericordia y dispuesto á conceder las gracias que los mortales le piden, no por eso dejará de juzgar en verdad todos los corazones que en esta multitud de adoradores que llenan en templo, distinguirá las intenciones y pensamientos de cada uno, que allí separará los frutos de los malos, que trará rayos en una mano, y coronas en la otra, que pronunciará á unos sentencias de vida y á otros de muerte, y que con una mano invisible guiará sobre cada uno el carácter de la elección ó de la reprobación eterna.

¡Ay, señor! cuántos habrá que al mismo tiempo que el Señor los arroja de sí, presentarán con falsa seguridad ¡Cuántos que mientras Dios les señala un lugar en los

eternos abismos, van á tomarle con temeridad en su santa mesa! ¡cuántos que la justicia divina no entró los hijos de la colera y se atreven á jugarla entre los hijos del amor! La carne que da la vida se convierte para ellos en carne que les ocasionará la muerte. El Cordero sin mancha que puede lavar todas sus culpas si se recibe indignamente, servirá para mancharlos, y el que debería ser su Salvador es entonces su enemigo.

En otro tiempo no se podía ver á Dios sin morir al instante. Un pueblo entero de babilonias, por haber visto al Dios con curialidad fue exterminado. El ángel del Señor cubrió de lagas á Heliodoro porque se atrevió á entrar en el santuario de Jerusalén. Los israelitas en el desierto no podían acercarse al monte en que Dios daba la ley, las rayos y relámpagos amonaban á los atrevidos, el terror y la muerte iban por delante del Dios de Abraham, y ahora, porque no salen del santuario turbados de fuego, nos permitimos acercarnos sin terror y respeto!

¡Qué débiles somos los hombres! ¡qué ciegos! Nada nos hace impresión sino lo que nos persuaden los sentidos. Solo nunca religiosa como el Dios que adoramos se muestra terrible; pero al aspirarnos discernir el cuerpo del Señor, en la fe de su presencia nos hiora la impresión que nos haría sin duda en presencia visible, y vendríamos á un momento tan ilusos, con derrotas tan flojas, y con un corazón tan inestable! ¡nos despondríamos tan fríos y tan ligeros! ¡Para idea nos ocupara, nos aguiata mucho tiempo antes, nos acordamos de mucho orador para no dejarnos intimidar por nuestro propio respeto y por su alta majestad.

Los días que precederán al sagrado convito fueran días de retiro, silencio y oración. Cada día que pasara anunciaría nuestra atención, temores y alegrías. Este pensamiento no pudiera abandonarnos en nuestros negocios, conversaciones y las demás acciones de la vida, ni aun en el mismo sueño, porque nuestro espíritu lleno de fe no pudiera jamás olvidarse de tan grande esperanza, y no pudiera ver en todo sino á Jesucristo. La figura del mundo lejos de encontrarnos, no pudiera detener nuestra vista, involucramos objetos que no vieran, y solo la imagen de tan alto objeto nos obligaría á fijar nuestra atención. Esto sería discernir el cuerpo del Señor.

Pero no puede discernir una alma vulgar que nada tiene de vivo, de grande ni de sublime, y que no puede ser digna del Dios que nos mira. Es necesaria una fe que penetre en su gusto y que hable de su pan celestial que de todas las viandas de Egipto, una fe que halle en este pan el único remedio de sus males y el anhelo continuo de sus ansias.

Toda fe que encuentra en él la luz de sus oscuridades, la paz de sus agitaciones, la calma de sus desgracias, un asilo en los rigores de la muerte, un resplandor contra los ataques del demonio, un refugio contra los estragos de la carne rebelde y un nuevo ardor en las tibiezas de la deserción. En fin, discernir el cuerpo del Señor es poner sus calidades, sus atributos, sus rasgos en recibidos que en ninguna otra de las acciones de la vida. Es menester pues examinarse sobre esto y ver lo que nos dice la conciencia.

También es menester examinar si tenemos fe presente, esto es, que nos probemos y nos conocamos. Bien sé

saber, que nada se nos oculta, tanto como nuestro propio corazón, que el espíritu del hombre no puede conocer siempre lo mismo que pasa en él, que las pasiones nos seducen, que los ejemplos nos tranquilizan, que los errores nos engañan, que las inclinaciones nos arrastran, que el corazón cree siempre tener razón y que muchas veces por darse á sí mismo no es otra cosa que confirmarse en sus propios errores.

Y así sé, digo, que el hombre es así cuando está abandonado á su propio juicio; pero la fe tiene una luz superior que ilumina los ojos de su alma y que enseña á conocerse, á descubrir los artificios de las pasiones y forma á un hombre que juzga de todo por el espíritu. Debe pues probarse por reglas de la fe. Y si hay objeto en que sea importante no engañarse, es sin duda en este en que un sacrificio sería la consecuencia del engaño.

¿Y sobre qué nos debemos probar? Sobre la santidad del sacramento y sobre nuestra propia corrupción. Cada cual debe desear y yo voy á recibir el cuerpo de Jesucristo; él es el Cordero sin mancha que no quiere que rodeen su altar sino aquellos que no han manchado sus vestidos ó que los han lavado en el sangre de la penitencia. ¡Y quién eres tú, alma temeraria, que te atreves con tanta seguridad! ¡Llévate contigo tu candor y tu inocencia! ¡has conservado siempre intacto el vaso de la pureza entre el honor y la santidad! Si por desgracia estás todo cubierto de lagas vergonzosas, si en tu cuerpo no se ve una parte que no tenga mancha de delito, ¿dónde pondrás la carne del Cordero!

¡Qué peso! ¿esta carne tan pura podrá reposar sobre tu lengua, tu paladar? ¡verbo que ha calado tanto veneno! ¡que carne que se dejó sacrificada con tanta dulzura, podrá servir en el instrumento de tan vergonzosa y sensualidad! Ella deberá ir á tu corazón; pero ¿cómo encontrará en él digno reposo! ¡No has hecho este santo templo caverna de ladrones! ¡La pondrás entre tantos deseos impuros, tantos amores profanos, tantos proyectos de ambición, de envidia, de odio y de orgullo! Tú la preparas su habitación en medio de tan execrables monstruos. ¡Ay! tú la entregas á sus enemigos y la pones en las manos de sus verdugos.

Es verdad que te has confesado y que la sangre del Cordero ha podido lavar tus iniquidades; ¡pero lo quieres repetir con la misma boca con que acabas de vomitarlas! Tu corazón está inundado todavía con el fuego de muchas pasiones tan apañadas que pueden mudarse volver á inflamarse; ¡y te atreves á presentarte á los pies del altar para participar de los santos misterios! Tu imaginación sin duda tiene frescos todavía las ideas de los excesos que acabas de contar al sacerdote; ¡y te vas con ellas á gustar el pan de las almas puras!

¡Tempos hablo en que un gran número de se acogida á la mesa del Señor sólo después de haber estado de humillaciones, ayunos, lágrimas y sudor abundante. Se olvidan pronto con el dulce, con las lágrimas y los ejercicios públicos de una penitencia disciplina su hacia un hombre nuevo, sin que le quedase de la vida antigua, más que la memoria para servirle su arrepentimiento, sus dolores pasados se dejaban otras huellas que las que cubrían las inscripciones de la penitencia para leerse: en fin, la fe cristiana era entonces el pan del cielo que el pecador no omea co-

mer sino con el sudor de su frente. La Iglesia ha templado hoy el rigor de esta disciplina; pero conserva siempre su mismo espíritu, un mismo deseo.

Esto pan es común, y para comerlo es menester estar exento de toda levadura. Por otra parte, esta es la vianda de los fuertes. ¡Y cómo una alma que ha sido tan débil, que ha naufragado en todos los escollos, que ha naufragado tantos años á la grande y que tiene tan larga experiencia de su fragilidad, pueda tan repentinamente considerarse fuerte! ¡No consentirás primero examinarte, probarte, crecer, fortalecer, ejercerte en la oración y en otros ejercicios á los de su primera pasión! ¡No será un acierto acostumbrarme poco á poco, preparándose con el retiro, la oración, la fuga de las cometas y con victorias continuas de sí mismo! Pero en todo caso el confesor dispondrá lo que más convenga y expondrá otras consideraciones según las circunstancias de su penitencia.

El Dios que se recibe en tan puro, que los astros no lo son en su presencia, tan santo, que al primer pecado del ángel le precipitó del cielo y abrió los abismos para que un caos inmenso le separase de él; el tormento, tan doloroso, que un solo mal desde le ofende. Es menester pues darte gloria, rendir el propio corazón en su presencia y decirle: yo voy á alimentarme de la carne de Jesucristo y convertiré en mi sustento espiritual, que hallará en mi alma nada indigno de su santidad! Nada lo puede excusar. El que las inclinaciones y las inclinaciones secretas, verá la causa y el principio de sus excesos, examinará si el animal que así se ve ó si solo está suspendido en curso.

¡Ah! si me dijera como á Zacarías: ¡ay! las gracias la salud en tu casa, pero esta después de mí. ¡Deseo resultado de buena fe á dejar á esta pasión que ha sido tan fatal! ¡mi inocencia! ¡esta idolatría de riquezas que me ha ocasionado á tantas injusticias! ¡este furo de juego que tanto ha dañado á mi esposa, salud y salvación! ¡este carácter activo, este gran soberbio que no puede sufrir la menor contradicción! ¡este vanidad de justicia que me eleva en que me arrogar, más de justicia, esta vanidad que me alige por la reprobación ó propiedad de sus iguales! ¡este orgullo maligno y ciego que quiere jugarlo todo y jamás á sí mismo! y en fin, este amor de delicia y este horror á la cruz que hace como el fudo y la sustancia de mi propio ser!

Es verdad que voy á confesar estos delitos al ministro de Jesucristo ¡pero estoy bastante preparado! ¡no ya una nueva criatura! ¡estoy preparado! ¡no estoy a vuestras oras, ni mi Dios! que me doy el nombre de vivo estando quizá muerto! ¡Atendrásme, Señor, y me permitirás que yo presente Cristo, que nuestro santo salvador, en la oración. ¡Ay aquí, señor, como un necioso prodigioso, y si no es sentís en este estado de pura de conciencia, acéptalo el altar. La carne del Verbo no quitará vuestra maldad, antes añadirá una nueva. ¡Vuestra religión será vana, vuestro culto inútil, y vuestro sacrificio sacrilegio.

Para no basta quedarse en el discipulado y en la penitencia, es necesario añadir nuevas disposiciones. Había fundado muchos para no recibir indignamente; pero aun en falta lo que es propio para recibirlo con fruto, porque además de lavarse de los dolores, es menester convertirse de un deseo de mayor justicia y santidad. Es provee no ser traído como Judas, es menester desear amarlo como los otros

discipulos. En una palabra, no basta dejar de ser mundano, profano, orgulloso, vengativo, activo, perezoso, en fin, aborrecer el vicio; se ha de amar también la virtud y sus dotes, humildad, caritativo, casto, fiel, buen cristiano y vivir en su sagrado cuerpo en memoria y por el amor de Jesucristo. Esta es la fe que os he dicho que debe ser ardiente y que nos nutra á amar.

Porque quisiera congregar en memoria de Jesucristo á no hacer memoria de todo lo que sufrió un varón en la institución de este sacramento! *He decido que para, decía (1) á sus discípulos, comer esta pascua con vosotros. Arbolad pues con ardor que llegase este feliz momento. No la pérdida del vicio y se consolaba con esta memoria en las amarguras de su pasión. ¿Y qué quería decir con esto sino que se ha de traer á la memoria una coronación de amor, un corazón nutrido con humore y sed de Jesucristo? Porque esta pascua pide un corazón humillado.*

El cristiano fiel le dice con san Agustín: Venid, Señor, á tomar posesión de mi alma, para ocuparla toda y reinar solo en ella, para hablar conmigo hasta la consumación de los siglos. Quiera mi alma os imitará todavía, pero vos la podéis hacer digna, adornarla con vuestra gracia, purificarla con vuestro contacto, renovad su juventud como la del águila. Si aun le quedase cosas de sus antiguas culpas, vuestra sangre aplacará de borrallas. Y venid, Señor, y con vos me vendrá todo; habedme gustar con dices esto.

¿Cómo puede tener estos sentimientos si que va con corazón frío y gusto amortiguado, el que anda de gustar las diversiones y alegrías del siglo y siglo á quien ocupan todavía los negocios del mundo y el tamaño de las pensiones. ¿Cómo podrá sentir la inefable dolencia de este pan celestial? ¡No es natural que al pie del trozo de la granada sea un vivo, de pascuas sea un muerto, de fiestas sea un día libre, de pascuas sea un día de penas, y de días que habiendo sobre el corazón las impresiones más fuertes que la presencia del Salvador, le arrancan del altar de Dios para transportarlo á Babilonia!

Comulgar en memoria de Jesucristo, es recordar con la presencia de este Dios de amor todo lo que puede encerrar el fuego del corazón que le ama. La ausencia oculta los afectos; desaparece pronto que sus discípulos olvidaban sus beneficios é instrucciones. Mas no estare más que envidiosa días en el monte, y ya los israelitas habían olvidado los milagros que hizo para suertes del Egipto, ¿Dónde está este Moisés, le impetaban sus fieros que le presentaban á Babilonia!

Para vencer esta inconstancia del hombre humano, Jesucristo nos dejó una prenda que nos remova su presencia y quiero que con ella nos consolamos de su ausencia, remolida que con ella refresquemos la memoria de su doctrina, de sus milagros, de sus beneficios y de toda su divina persona, y así al través de esta misteriosa vida lo vemos así cuando en Bete, principal en Nazareth, conversaban con los hombres, corriendo los lugares y villas de la Judea, haciendo en todas parajes que ninguno había hecho, escapando discípulos groseros para constituirlos maestros del universo entero, confundiendo la hipocresía de los fariseos, anunciando á los hombres la vida eterna, dejando en todas partes señales de su poder y su bondad, entrando en Jeru-

salem con gloria, rodeado con ignominia al Calvario, expiando sobre una cruz, remediando de la muerte y del infierno, llevando consigo al cielo los que estaban unidos, como tristes de su victoria, y en fin, formando su Iglesia con la elección de un Espíritu y la abundancia de su don con una palabra, que en ella hallamos á todo Jesucristo con todos sus misterios.

San Juan Crisostomo decía á su pueblo: Vosotros envidiáis la fortuna de una mujer que tocó sus vestidos, de la que pedidora que lo regó con las lágrimas, de la mujer de Galilea que traxeron la dicha de servirlo, de sus discípulos que le hablaban familiarmente, de los pueblos de aquel tiempo que oyeron las palabras de salud y gracia que salían de su boca. Vosotros llamais felices á los que le vieron profetas y reyes le desearon en vano, y vosotros si queréis, solo ten venir al altar podéis verle, tocarle, darle un beso santo y regarle con vuestro llanto amoroso.

Si queréis, podéis también poner en vuestro seno al mismo que no se puso en el de la gloriosa María. Nuestros padres iban á la tierra santa para alabar las huellas de sus pies, pero no os acordáis de tener tierras ni travasar mares; la salud está cerca de nosotros y su reino dentro de nosotros mismos. Mirad este altar, abrid los ojos de la fe y veréis no ligeros conagrados por su presencia, sino al mismo Jesucristo. Acorraos en memoria suya y que vuestro corazón se derrita en las llamas del amor, considerándolo que allí está presente.

En entonces cuando la memoria de todas sus virtudes debe ser una vida, que debe estar más presente al corazón y al espíritu para corregir nuestras flaquezas; y esto así congregar en esta memoria. Pero venir al altar cuando no ha mudado el corazón todos sus sentimientos y lo quedan algunos de los que tanto, pecamos á esta hora en un día, llevando consigo tantos los envidias, deslealtades y amor propio, no habernos desprendido de la sensualidad, de los deseos de agradar al mundo, de la estimación injusta de riquezas, vanidades y honores, sentimos piendo del masa ligero discurso, no poder sufrir la menor señal de desprecio, congregar, en fin, sin traer la sencillez de Jesucristo con la humildad, la paciencia y todas sus demás virtudes; no sería congregar en su memoria.

Bon sé que muchas de estas cosas no siendo más que imperfecciones y flaquezas, no deben siempre embarrar la comunión, que solo el pecado mortal, que quita la vida de la gracia, debe firmemente impedir que se acerque al altar. Así, no digo que no puedan llegarse los hombres con la esperanza de que este divino pan los fortalezca y ayude de curarlos de estas males que floran; pero volverá á respirar, que si no se congregar indignamente, por lo menos no se ataca todo el fruto que se puede. Y además, quién puede juzgar de las disposiciones secretas de cada corazón sino el supremo Juez que lo ve por adentro? Lo que los hombres podemos saber es que cuando se congregar, con tantas imperfecciones y flaquezas, no se congregar como dice Jesucristo, como el pecador necioso y como el mendicador para que sea en memoria de su Salvador.

Lo que podemos saber es, que es peligroso congregar en este estado cuando las comuniones que se hacen, no sirven á mejorarle, que los apóstoles no fueron admitidos á la comunión sino después que el Señor les lavó los pies, aunque le había dicho, que estaban puros. ¿Y nosotros llenos de

miseria y casi sin deseos de mular de vida, nos atrevemos á tocar y á comer del pan, de que los ángeles no son dignos!

¿Qué pecador no debería exclamar: ¡Oh Dios! ¿qué es lo que soy yo á tanta gloria que! ¡cómo me mira ya, escuchador verdico de las oraciones! Nadie puede agradecerlo y desagraviarlo á medias; no hay cielo entre la inocencia y el delito. Si no soy un justo, soy un delincuento; si no soy vago de honor, soy preciso la sea de ignominias; si no soy un ángel de luz, soy de tinieblas; y si no soy un templo vivo de vuestro espíritu, no puedo ser más que un profanador. ¿Qué motivos, señor, para excitar vuestra vigilancia y atención sobre nosotros mismos, para examinarlos, para probarlos y sujetarlos con humildad á la dirección de un ministro prudente!

Si la obediencia nos lleva á la divina mesa, ¿con cuánto terror, circunspección y humildad debemos acercarnos al altar! ¡con cuántas lágrimas y compungión debemos sentir nuestra indignidad! ¡con qué ardor debemos pedir: que asípa estos defectos la bondad divina, y que este mismo pan de que nos recreamos como indigos, nos ponga en estado de recibirlo otra vez mejor! Con esto conagrados en memoria de Jesucristo, poco tengamos presente que para hacerlo mejor, imitando los ejemplos de su vida, debemos también recordar la memoria de su muerte y su pasión. Esta es la que he llamado la memoria.

El apóstol nos dice que siempre que comamos y bebamos el cuerpo y la sangre de Jesucristo, anunciemos su muerte. ¿Y cómo la podemos anunciar! Nada es más claro, y todos los que comulgan la anuncian, tanto el que la profana como el que la recibe en gracia; porque esto es un misterio, y no un misterio, es la propia naturaleza del sacramento, y no privilegio del que lo recibe, es un efecto necesario de su institución, y no depende de la disposición del que comulga. El apóstol no advierte esto para que evitemos el abuso y lo comulga indignamente. Nos explica los misterios que indico para hacernos ver las disposiciones que pide.

Con la comunión pues anunciamos la muerte del Señor de muchos modos. La anunciamos porque la Eucaristía fué el preludio de su pasión. En los siglos primitivos era el misterio era el precursor del martirio. Desde que la persecución empezó, todos los fieles se fortalecían con esto pan de vida, llevaban á una casa este precioso cuerpo, y con esta prenda de humildad no habían de las muertes, muchas la donaban con ardor. En las prisiones se alimentaban con él esperando al martirio. Las castas doncellas, los jóvenes fervientes y los ministros santos participaban en los calabozos de este sagrado pan, y en aquellos lugares que no presentaban más que impios de tormentos y suplicios, recordaban los alegres cánticos de gracia y los dulces gemidos de la esperanza. De allí venían para presentarse en los cadalsos con una santa firmeza y determinaban en ellos ejemplar de constancia y magnanimidad que llenaban de estupor á sus tiranos. Anunciaban, pues, la muerte del Señor, preparándose al martirio con la comunión.

Si la paz de la Iglesia no permite que la muerte sea hoy la recompensa de la fe, si no fallan aquellos tiranos extranjeros, no tenemos otros más crueles porque sin intereses, y en vez de aquel martirio de sangre no puede haber

otro de amor! ¡No puede una alma enamorada anunciar la muerte de un dueño, suspirando por la disolución de su cuerpo con el deseo de ir á gozar otra á cara! ¡No puede, mirando con horror esta mancha de lágrimas y penas, este abismo de errores y pasiones, levantar el corazón y volar con las alas de la palma á la santa montaña á que voló su esposo! Si puede, y esto debían ser los deseos del que vive al altar. Cada uno que comulga fervorosamente debería que sus suspiros expresaran el fin de su destierro y el momento de ir á gozar de Jesucristo.

También esta misterio anuncia la muerte del Señor, porque Jesús formó en él la última resolución de vengarse. ¡Qué debe reparar en el que comulga este precioso pan, sino el ardor de reparar con su amor y respeto tantas como tantas martirios que crucificaron de nuevo á Jesucristo, librar las almas que se le habían, y confundir con su presencia de que el más alto de sus beneficios sea ocasión de los delitos más horribles, temblar por sí mismo, aborcer su bondad, que un favor de los escogidos sobre tantos y tan indignos mortales, y repetir aparte de nosotros las calamidades que este dolor acarrea á la tierra. Porque si así apóstol no se quejaba en su tiempo de que las enfermedades populares, las muertes repetitivas y tantos otros males eran efecto de la profanación de este sacramento, ¿cómo no debemos pensar, que tantas guerras, deslealtades, esterilidades y demás males que nos nutran, no traigan también el mismo origen!

Se anuncia también la muerte del Señor porque siendo la hostia el cuerpo de Jesús crucificado, el que le recibe debe estar al pie del altar como si estuviera al de la cruz. Debe estar como las mujeres y discípulos que recogieron sus últimos suspiros y fueron testigos de la comunión de su sacrificio. ¡Qué debían pensar estos corazones fieles de un mundo que crucificaba á su Señor! ¡con qué ojos podrían ver á sus cruces verdaderas! ¡cómo debían declararse discípulos de aquel que á costa de su sangre se declaró tan de veras su Salvador!

El que comulga, pues, y no se declara, sino á medias y casi se ausentaba de la cruz de Jesucristo, el que muestra cierto aire ó gusto del mundo con la virtud, el que no confiesa á Jesucristo con la fealdad descubierta, que se le atribuye el pretérito de un espositivo en que se le olvida, de una ocurrencia en que se le olvida, de un supuesto en que se aventura la inocencia, de cierto género de vida que el mundo llama necios; que no conforme á las máximas del Evangelio, este no anuncia la muerte, que no los de los discípulos de Jesucristo, que al contrario, conserva inteligencia con sus enseñanzas y que no es el mismo, porque Jesucristo ya venido al mundo, ya conculso sus máximas y creencias. ¡Anunciar su muerte es recordar su victoria, y el corazón que vive olvida con la vida del mundo, destruye el fruto de su muerte, disputa á Jesucristo el honor de su triunfo, y en vez de nutrirse con la vida renueva con sus enseñanzas.

Por otra parte, este misterio es la comunión del sacrificio de la cruz, porque más aplico su fruto, y más puede darnos esta la comunión derecho al fruto de la cruz, sino los ejemplares de la misma cruz, los sentimientos, las mortificaciones y una vida penitente y misteriosa. ¿Cómo, pues, el que vive en las delicias puede atreverse á anunciar la muerte del Señor! ¡cómo el que vive siempre y aforra un cuerpo relajado con los halagos y placeres, puede también alimen-

(1) Luc. XXII, 15.



## CARTA XXVII.

## EL FILOSOFO A TEODORO.

Teodoro mío. Esta noche la pesé muy desahogada. A pesar de cuanto me dijo el padre, para tranquilizarme, la luz de la verdad que tú mismo me enseñaste me va dando repique. Siento en mi interior que nada podrá destruir la convicción íntima de mi indignidad. ¿Qué me decía á mí mismo, tan miserable que los pasando en larga vida en lo más profundo de su corrupción, irá tan presto y sin ninguna penitencia á sentarse en la tumba preparada para los amigos de Dios? Estoy ideas me adueñaron toda la noche. La memoria de mis muchos delitos, sobre todo la de algunos más execrables y que puntaban más mi corazón, me llenaba de horror.

Parecía la idea que en aquel momento se despertó con más vivacidad y me poseyó con tenacidad, fué la imagen de un hombre que acababa de morir á mis manos. Este espectáculo que no se apartaba de mi memoria no me dejaba descansar un momento. Procuraba consolarme, pensando que aquel lance más parecía una desgracia que un delito, que el extranjero fué víctima de un furor y no de mi venganza, que había sido tan injusto como violento, que me había provocado, que mi primera intención no fué matarlo, sino defenderme, que me había forzado á darle muerte, pero por que me representaba lo que podía ocurrirme de disciplina, no se me olvidaba que yo había sido la primera causa del estrago.

En todas partes vola á este infeliz postrado en tierra por mi fiero brazo, veía delante de mí el suelo que yo cubrí con un sudor, pensaba en un alma inmortal, que yo habría quitado precipitado en una muerte eternamente infeliz, pues he podido disculparme en toda vida, con semejantes circunstancias, y cuando no me horroriza esta equivocación, me modo solo de su muerte era un delito. Me indignaba contra mí mismo considerando que era mi bárbara mano la que le había cortado el tiempo de convertirse, todos los medios de penitencia y toda esperanza de perdón. Conía verle en medio de tormentos sin fin, de tormentos que yo merecía y en que osaría también el infeliz Manuel.

La imagen de este se juntaba para mí mismo más y compungir mi horror, pero por lo menos me consolaba con el pensamiento de que aunque cómplice y compañero de sus excesos, no fui el autor de su posterior desgracia. La del extranjero me llenaba de más terror; era un eral torcedor que me oprimía el pecho, una serpiente feroz que me roía las entrañas, un peñal agudo que me destruía el corazón. ¡Qué gritaba sin poder contenerme, yo he muerto á un

hombre! Yo puedo ser causa de que esté condenado á penas irrevocables, á dolores eternos y mi atrevimiento de las manos bañadas todavía de su fresco sangre, con el pecho rasgado por tantas furias, á recibir al Dios de la paz y del amor?

Estaba entre estas violentas agitaciones cuando llegó la hora, y sonó allí mi santo conductor. Cubierto de lágrimas las ropas el estado lamentable de mi alma y la pedí con ansia dilatar el tiempo, da mi comunión, que me dio un tiempo para hacer penitencia rigurosa, y lavar antes con mi propia sangre tantos delitos, y antes todo, la sangre de que me sentía culpable. El padre escuchó con paciencia la larga expresión de mi pena, se enteró con compasión, vi correr lágrimas copiosas de sus modestos ojos, y después de haber procurado asegurarme, hizo que mis sentimientos y sus hechos de esta manera.

Vuestro dolor es justo, señor. Vos habéis empleado muy mal vuestra vida, vos habéis ofendido mucho á Dios. Todo debe ser castigado, no extraño que la muerte de un hombre os cause remordimientos tan vórtices. Quiera la vida á un hombre es uno de los mayores delitos. Dios que se el que solo puede darla á todos, es él solo también quien la puede quitar; y el hombre que se atreve á quitar la vida á otro, insulta su soberanía, ultraja su majestad, y se hace reo de todas las consecuencias. Vuestros tormentos son bien fundados; Dios señala el tiempo á su justicia, y según las luces de la fe todo debe temerse de tan fatales circunstancias.

A la verdad, es muy estado para perder la vida habiendo pasado en tanto desorden, sin haber tenido tiempo para apelar á la penitencia, y es un delito nuevo el haberla perdido, violando en el mismo lance todas las leyes divinas y humanas. Estiones á una vida horrorosa acompaña una muerte escandalosa; todo es horrible en vuestro tan trágico, todo es temible; pero Dios es un tesoro de bondad tan escondido como inagotable y tiene recursos de misericordia que no penetran los hombres. A nosotros fue y nuestro respeto no ha dejado obrar libremente, que al da humilláramos, arrepentidos y contritos, sobre los brazos de su abdicación impune, y llenos de la idea de un infinita misericordia, esperar contra la misma esperanza.

Esto no quita que nuestro dolor no deba ser vivo, nuestras lágrimas continuas y nuestra penitencia implacable, pero cuando el mal ha sucedido, cuando ya es imposible al hombre remediarlo, cuando no hay medio de que no sea lo que ha sido, ¿qué puede hacer el hombre miserable

á quien Dios se dignó de abrir los ojos y demostrarle sus errores sino llorarlos implorando su clemencia? El pecador se ve lleno de terror, cubierto de impiedades, digno de todos los castigos; pero si su propio conocimiento le atemoriza, ¿cómo no le alentará la esperanza cuando levanta los ojos y ve en el Dios poderoso que ha otorgado, un misericordioso Padre que le aguarda y que no espera más que un suspiro sincero de su corazón, un verdadero arrepentimiento para perdonarlo todo? Cuando le ofrece en los méritos de su Redentor un tesoro superabundante, no solo para desquitar sus delitos, sino todos los del universo, ¿qué puede hacer, digo, sino echarse á los pies de esta misericordia que le espera, abraza con la cruz que es el canal por donde le comunica un perdón, y el instrumento que en falta de sus méritos le hace propicio los de su Dios? En fin, ¿qué podrá hacer sino recurrir á los medios que la bondad divina le proporciona en los sacramentos de la Iglesia?

Vos lo habéis hecho, señor, vos me habéis confiado con dolor y como á ministro del Dios que me habéis confiado, yo y los demás de vuestros delitos; yo en su nombre os he perdonado con á todos los demás, y espero que si inmensa piedad ha ratificado en el cielo mi absolución. En esta parte hemos cumplido con uno de los medios que nos propone; nos queda otro y es el de la Eucaristía. Vos os toñea por indigno, temo mucho. Y este sacramento no es para los ilógicos, sino para los que no piensan en dejarlo de ser, porque lo profanan y se hacen más ilógicos; pero es para los que han sido ilógicos y ya quieren dejarlo de ser.

Así es, señor, si este sacramento es para los justos, porque Dios se complace en venir al seno que alterna con su gracia y en añadir fuerza al fuerte, también es para el débil, que después de haber perdido á su Dios le viene á buscar arrepentido, también lo es para sostenér al que todavía mal seguro anda ya en el camino del cielo. En, señor, entonces, reconoced esa humildad que todavía no podéis juzgar de las cosas de Dios. Vos podéis y debéis pensar en su presenciamiento que no sea digno de bien tan soberano; pero no lo dudéis más si con este motivo turbáis el orgullo de querer gobernarnos por vuestro propio juicio. ¿No sabéis que la obediencia vale más que el sacrificio? ¿Y quién es el que os dice que os preparéis para venir á la mesa divina? El hombre que Dios os ha destinado para que os reconcilie con él, el amigo á quien habéis confiado, vuestro dolor más secreto, y conoce ya toda vuestra miseria, al que os ha consultado como ministro de Jesucristo y que os lo dice en su nombre. ¿Qué podéis pues hacer sino obedecerle?

Síbel, señor, que Jesucristo no vino á la tierra por los justos sino por los pecadores. Sabed que el mismo lo convide á estos (1). Venid á mi, decía, todas las que estais cargadas y fatigadas, que yo os aliviaré. ¿A quienes llama, señor? No es á los que están libres y vuelven con las alas de la gracia, no es á los que andan con facilidad este camino porque no tienen peso que los abruma; es á los que están cargados de pecados, á los que están fatigados con sus iniquidades. Pasen que á proporción de que su carga es grande, les da derecho para acercarse más á él cuando ya le buscan arrepentidos. Así pues, es considerable

(1) Math. XI, 28.

uno de los mayores pecadores, también debe considerar que sea uno de los que llama.

¿Y por qué haréis á la gracia el agravio de creer que no haya podido lavar vuestras culpas y que no os sea capaz de sostenerlo? Sin duda que para ser con tanta es necesario probarse, como dice el apóstol; pero está prueba no es tan difícil y solo se pueden engañar los que quieren. ¿Que se pide del pecador? Que esté sinceramente convertido, que deteste sus errores pasados, que esté seriamente resuelto á no cometerlos otra vez y á buscar todos los medios de conseguirlo, que esté bien confesado y que venga con un deseo sincero y ardiente de unirse con Jesucristo, que ha bajado del cielo para unirse con él.

Ved aquí todo lo que se pide. Yo no dudo que estos sentimientos reñan en vuestro corazón, esto basta. La santa Eucaristía hará lo demás, y lejos de que vuestra pasada indignidad ó el temor de vuestra flaqueza os alejen, debéis buscar en ella el remedio de estos mismos males. Con tal que nuestro corazón lo desee, ella sabe repararlo todo, ella perfecciona nuestras intenciones, y nos da la fuerza de ejecutarlas. El mismo Jesucristo nos ha dicho que se alimenta de su cuerpo, vive por él (1). En qui mandad me, et ipse vivet pro me.

Es pues la comunión propia la que os hará practicar todas las virtudes, la que os enseñará á separaros cada vez más de las inmundicias del mundo, á despreciar todo lo que debe ser desechado, á arrancar de vuestro corazón todo lo que no es digno del Dios que habla en él, y á poner en lugar de los vicios que destruyen, las virtudes que vivifican. La frecuencia de esta mesa os dará un gusto nuevo de la oración, del retiro y de todos los ejercicios de la vida cristiana. Con el uso de este manjar divino adquirireis fuerzas para resistir á los peligros, huir de las ocasiones y defensores contra vuestra flaqueza propia; en fin, el uso mismo de este pan celestial os pondrá en estado de acercaros al altar más dignamente. Una comunión debe ser motivo de preparación para otra. Alejarse de ellas es el mayor peligro, porque con eso crece progresivamente la tibieza, se enfriaron las pasiones, Jesucristo no aumenta y el hombre se enreda en el pecado.

No se puede pedir de un pecador que ha estado largo tiempo vicio y á quien ha movido la piedad de Dios que él repente tenga toda la perfección que exige tan alto misterio. Tiempo los ha de indignar que los sagrada Eucaristía debe desde luego establecerse en un estado inmutable de justicia. Esto me es convido en la tierra; es el privilegio del cielo, donde Dios se manifiesta en toda su hermosura al alma bienaventurada, la purifica de los ardientes fuegos de su amor y la reduce á la dichosa inopancia de glorificar.

Nada quiero que en la tierra la vida del hombre es una tentación continua que se han visto tristes ejemplos, que así vez los justos han contenido la Iglesia con finestras cadenas, y que el que está en pie debe estar siempre con cuidado para no caer. Así solo se le pide que su disposición actual sea buena y que implere con confianza el socorro del cielo para mejorarla más cada día, que después de haber tomado el remedio no se vean los mismos males que antes, que si no está perfectamente curado, esté á

(1) Joann. VI, 58.



guardarme el secreto. En pocas palabras expliqué todo esto al herido y le propuse conducirle allí, no solo como medio de curar la herida y librarme de los riesgos que pudiera acarrearle su presencia, sino como un lugar en que encontraría todos los socorros del arte y de la amistad para recobrar la salud.

El herido, que no me conocía, no pudo sospechar otro principio de mi celo que el de un movimiento natural de humanidad, y temeroso de las pesquisas de la justicia, que yo le exageraba y en que me apoyé el empeño, se determinó a ponerse en mis manos, y dejarse conducir. Yo como sabía que la casa a que íbamos estaba á la entrada, esperé también que podríamos llegar á ella sin que nadie del lugar nos viera, y por dicha nuestra fué así. Al instante pues le montamos á caballo, y lo avirte nos favoreció tanto, que sin ser vistos de nadie lo seguimos.

Dijo al dueño de la casa lo que me pasaba convenientemente y este se ofreció á cuanto yo quería. Hicimos venir al cirujano del lugar, á quien conté la historia, según me pareció mas propia para que nos recibiese sin que pudiese alentar. Examinó la herida, dijo que le parecía grande y profunda; pero que no podía hacer juicio cabal hasta que pasasen veinticuatro horas. Lo puso en vendaje y se encargó de la cura. Mi amigo y yo fuimos á poner mi atención toda en el tratamiento y cuidados en alivio del enfermo, que hallé allí todos los socorros que podía necesitar.

Viendo que ya no había yo falta, me propuse ir á buscarlos, pero al dueño de la casa me prestaba un buen cuidado que tenía, y con él me dispuse á seguirle por el camino que se me había indicado. Corrí todo el día preguntando á estafetas-estancieros, ninguno supo darme razón. Viendo que todas mis diligencias eran inútiles y que la noche se acercaba, resolví volver á la ciudad con la esperanza de que hubiera pasado ó de que á las nueve hallaría noticia vuestra; pero nada fué mi desconsuelo cuando entré en ella supié que si vos habíais pasado, si que nadie tenia la menor noticia.

Pasé la noche con mucha inquietud pensando á buscaros de nuevo al siguiente día, aunque no sabía adónde dirigir mis pasos. Mi primera visita fué á la casa donde estaba el herido. Quise asistir á su cura y ver lo que me diría el cirujano, luego está, y habiendo quitado el vendaje, me dijo que la herida era grande, pero que por fortuna no habia lastimado ninguna parte principal que por entonces no le pareciese peligrosa; pero que era necesario todavía ver sus efectos para poder asegurarse. Esta esperanza me consoló mucho. Yo hubiera querido hablar con el cirujano y ver si podía sacar alguna indicación para buscaros con algún advertir pero el cirujano me habla encomendado tanto el silencio diciéndome que nada podía preguntarle tanto como el hablar, que no me atreví á preguntarle nada.

Llevo pues de espionaje no sabía qué hacer. Me ocurrió que vos podíais haber ido á ocultaros en casa de algún amigo que alguna vez habíais ido, á cambio de todo peligro, noticias del herido y yo me acordaba según las ocurrencias, pero no podía admitir ni conjeturas según la ocurrencia. En esta idea general me paré que debía recorrerla tal, y desde entonces me puse en camino para ello sin dejar ninguna de las que me vinieron á la memoria; mas de tres semanas pasé en esta ocupación. Deseaba todo de él á hacerse, y cuando mi solitud no me llevaba muy lejos, volaba á

noble á vuestra casa con la esperanza de hallar en ella alguna noticia. Mis visitas al herido eran tan frecuentes como la variedad de mis extracciones le permitía, y siempre tenía el consuelo de saber que iba mejor, hasta que...

Yo estaba fuera de mí, Teodoro, y no pudiéndome sostener, le interrumpí diciéndole: no ha pasado, no, señor, me dijo; ya está enteramente bueno, y hoy dicen haber estado para volver á su país. ¿Cómo se explicó la sensación que me produjo esta noticia? Un hombre á quien se quitó de repente un enorme peso que le estaba comprimiendo todo su cuerpo y angustiándole la respiración, no se siente mas súbitamente aliviado que yo con esta noticia.

¡Mi idea no me pasaron rápidamente por la imaginación, todas de luz y de consuelo. Admiraba la misericordia que hacia Dios con aquel hombre á quien le daba todavía tiempo de enmienda y conversión, lo que había conmigo no permitiendo que mi delito fuese consumado, calmando la inquietud que me devoraba y haciéndome entrever que podía ya sin tanto riesgo acercarme al trono de su bondad. La multitud de estas ideas favorables inundó mi corazón de consuelos, me hizo levantar los ojos al alto. Padre celestial que me los dadas, y asegurado en mi llanto me pase de rollidos á dadas gracias. Mi buen director me acompañó en esta acción y me dijo: Si, yo reconozco á nuestro buen Dios, al Dios de las misericordias.

Simón, que me acordaba de mucho tiempo y que si me hallaba en aquel convento no había podido imaginar que estaba en él sino por esconderme del rigor de la justicia, quedó espantado de mi acción, me miró con ojos admirativos y dijo que me decían que apenas podían creer lo que veían. Yo me humillé reconociendo cuánto merecía esta extracción y levantando los ojos á Dios. Si, Simón, Dios me ha mirado con piedad; no solo me ha traído aquí para ocultarme á la justicia de los hombres, sino para librarme de sus saqueos eternos. Simón, quedé confuso sin decir nada, el padre le rogó que continuase su historia y el siguió así.

Se incluyó, señor, que se fatigase con la relación de mis propios sucesos; hasta decirnos que desde el momento de vuestra sujeción hasta hoy no he hecho otra cosa que buscaros y que he ocupado todo este tiempo entre mis continuos viajes, el cuidado del herido y el de volver repetidas veces á vuestra casa, esperando siempre que habríais vuelto á que hallaría en ella noticias vuestras; que el herido hallándose al cabo de algunos días fuera de todo riesgo, quiso volverme á su patria y que yo le acompañé; que jamás supo quien yo era, ni me conocí con otro título que el de un hombre caritativo que le había encontrado por acaso y que le había socorrido por humanidad, que me estaba ya muy agradecido, y me lo manifestaba á cada paso.

Debe añadirse que á pesar de la confianza que tenía en mí y aunque yo le poseo muchas veces en conversación del lance, jamás me nombró la persona que le había herido, diciéndome siempre que no le conocía, lo que me daba idea de que era hombre de honor que no quería comprometerse y lo que también me hace esperar que no lo habrá dicho á nadie. Esto y el buen estado de su salud os libra de todo riesgo y peligro, porque por una grande dicha se os sacó la queclada sepallado en un profundo sueño. Nadie lo ha sabido, y ya no encontrareis en la ciudad al extranjero; este me lo dicho hace cinco ó seis días que ha

via recibido cartas de su país que le obligaban á volver á él, y le vi dando disposiciones para su viaje que había fijado para hoy; y así no dudo que esta mañana habrá partido.

Me falta decir que vuestros hijos y todos vuestros criados están buenos, pero que todos están tristes con vuestra ausencia y muy inquietos de la ocurrencia en que viven con la ignorancia de vuestra suerte, y no dudo que se acordarán cuando os vean volver con salud. Yo os dió también que aunque os he buscado por tantas partes, nunca había venido por este país hasta hoy que desesperado de no hallaros ni en las casas de vuestros amigos ni en ninguno de los lugares donde me parecía vos residir, sufrí un impulso de osar una vez más por la ciudad que me ha conducido á este desierto.

Habiendo visto este convento, llegué á la puerta y pregunté al portero, mas por decirle algo que por la esperanza de encontrarlo, él estaba en el caballerizo que yo buscaba. El me respondió que no conocía, que yo había dicho estaba allí un sugeto que yo quería, diciéndome á mí mismo que si era otro pronto me desengañaría; pero mi acento ha sido mas falso, pues me ha conducido á vuestros pies.

Al fin gracias á Simón por su celo y por haberme buscado con tan solícito afán. Después de algunos discursos de esta especie, le dije: Yo no quiero todavía volver á mi casa, porque deseo pasar en esta algunos días mas. Tampoco es mi intención volver por ahora á la ciudad; deseo pasar algun tiempo antes en mi casa de campo con mis hijos y familia; pero como he largo tiempo que nadie habla esta casa, considero que no estará en estado para vivir en ella. Lo que te entrego es, que de aquí voyas en derechura allá, que vras lo que sea necesario para ponerla corriente, aunque con mucha simplicidad, y des disposiciones para que se conduzcan los muebles.

Cuando esto está hecho, harás pasar á ella mis hijos y criados, y luego que estén allí, vendrás y me conducirás á mi también; pero te encargo que aunque puedas asegurar á todos que estoy bueno y que presto me verán, no has de decir á ninguno dónde me has encontrado. Sin embargo prometió ejecutar prontamente lo que yo le mandaba, añadiéndome que esto no podía ser largo, porque en sus viajes había visto muchas veces la casa en que me proponía habitar, y estaba en buen estado y sólo faltaban algunos muebles que era fácil enviar brevemente.

Después de haberme dirigido este punto, me informé de otras cosas, y principalmente de los muchos amigos que componían nuestra depravada sociedad. Me dijo que le parecía que con la muerte de Manuel, con mi ausencia y la del extranjero se había desconcertado la concurrencia de aquella compañía; que sus continuos viajes no le habían permitido enterarse bien de esto, pero que había sido que todos estaban tristes y cada uno andaba por su lado. Dijo, Teodoro, me dije en particular que no te había visto; pero que sabía que estaba de cuartel y que con esto motivo no salía de palacio.

Sea que la presencia del padre le impusiese respeto á que viera en mí semblante que yo era ya otro, me habló de todo con tanta circunspección y reserva, que no se le escapó una palabra que descubriese nuestras perversas costumbres y pudiese ofender la modestia de mi director.

Este tomar me inquietaba mucho y procuraba darme á entender con los ojos pero sea que él lo entendiese ó que un buen talento se le hiciera pronunciar, me prescribió de este disgusto. Cuando me pareció tiempo le dije que se volviera para practicar desde luego lo que le había encargado. Sin embargo prometió de nuevo que no tardaría en volver y asegurame que todo estaba hecho. El padre le condujo hasta la puerta, y viniendo después me dijo así.

Admirad, señor, oscuridad y ayuntamiento á dar gracias al Dios de las misericordias por tantas cosas tan maravillosas. La historia de vuestra vida y las circunstancias que la acompañan en este momento son para mí una prueba visible de su bondad paternal y de su amorosa providencia. No ha muchos días estabais sumergido en un océano de vicios y embudo de apesados tinieblas que no os dejaban conocer ni nuestro Dios ni la verdadera religión; corréis precipitado al infierno eterno sin advertirlo. Una noche sola ha mudado vuestra suerte; parece que Dios ha querido multiplicar en ella los prodigios para admiraros y sacaros como por fuerza de estado tan funesto.

¡Qué noche, señor! Noche lúgubre de horrores, llena de unido espanto, pero tan amable por el amor de un padre para salvar á su hijo. Un hombre injusto y temerario os desafia, los falsos y errados opiniones del mundo os persuaden á aceptar, la noticia de la muerte súbita del amigo compulso de vuestros desvíos, y que iba á preparar otros males, os sorprende y añade el terror á la inquietud, el cielo os habla con una voz tan potente, los relámpagos os amedrentan, las nubes irritadas sacuden vuestra casa, por derramar en ella las llamas de su furor; á pesar de tantas inquietudes un cierto punto de honor os lleva al diablo y tenéis la desgracia de derribar herido en tierra á un hombre que creíais haber muerto.

Todos estos sucesos terribles no habrían bastado para alambor todavía á vuestro corazón; pero este Dios de misericordia que no os habla dirigido sino para volveros á su seno, os impuso en vuestra fuga desgraciada de este camino que dirigía á esta casa. En ella he mudado vuestro corazón, he alamborido con las buenas lecciones, os he hecho conocer su religión y los errores de vuestra vida, os he dado tiempo de santificaros y os he hecho el inextinguible bien de penitencias y restituciones á su gracia.

No contento esto, Padre divino con haber salvado á su hijo, perdidos os, vos restituido al post-terral cielo, quiero también, como el del hijo prodigo, celebrar una fiesta y que se os ponga una ropa vistosa; quiero llevaros á su altar, donde ya muchos os recibís en proleo campo y su divina sangre en señal de reconciliación y pura emancipación os suavie y sus altos dones. Vos con razón sentís indigno de tan sublime bien, y entre los motivos que os lo persuaden, al que mas puntualmente osos osos os pasar que erais hijo de un hombre, haber sido como de os estera reconciliación y ver en vuestros brazos todavía fresca la sangre que derramastes. ¿Cómo, decís, sea un hombre, inmundo todavía con la sangre de un hombre, me atreví á sentarme en la mesa del Dios de la paz?

Pero este Dios de paz quiere dar á vuestro corazón para que podáis llegar á su mesa con sus confidencias. Para esto dispone que un criado que os busca no descomiende, que no lo entre en el pensamiento venir á esta casa, sin embargo de estar tan cerca de la ciudad, todo el tiempo que des-



iniciaba para hacer una buena confesión y en que hubiera podido haber con su presencia. Oí decir después de esto delo para que le libras con los otros, y cuando después de haberlo lavado se preparaba á recibir el pan del cielo, cuando se espanta sustra impudencia y cuando se horroriza la idea de estar cubierto de sangre humana y haber quisiendo apresarla la eterna desgracia de aquel infeliz, después que este orado vengo y se informa de que no ha muerto, sino que está vivo y sano, que por enajenamiento Dios le ha dado tiempo para convertirse, y que vos mismo podéis contribuir sus virtuosos rasgos. Cuántas maravillas debeis ver en estas disposiciones divinas! Cuántos prodigios de amor, de misericordia y providencia, así para él como para vos mismos!

—Ved aquí, señor, el modo con que nos trata este amoroso Padre. Y mientras no llega el término que ha señalado á su justicia, no se ocupa sino en llamar al pecador, en conducirle y en facilitar todos los caminos. Yo no dudo que este haya sido un aviso también para el extranjero y que su bondad paternal no se extendiera hasta él; pero vos, señor, cuántas gracias le debéis por este ruego de misericordia tan visible! Parece que no sólo os quiere llamar á su mesa con su generosidad universal, sino que para vos añade las finzas de su amor, y que ha permitido que os venga esta noticia para que os consoléis, para que os calmen vuestras inquietudes y que os presentéis con un corazón penetrado de una viva gratitud con la memoria de este tan grande como reciente beneficio. Y cuando nuestro Dios nos trata con tanto amor, ¿cómo podemos no arder en las llamas del amor?

Y nuestra alma debe considerarse en este instante como una esposa fiel que con la mas odiosa ingratitude ha hecho muchas y ha una infame traición al mejor y mas digno de los esposos. Cuántos motivos tan insignificantes habian ocurrido tanto, para obligarla á permanecer con el castigo mas ardiente, como para hacer delatada y vil la mas ligera falta de su fe. Ella habia caído en la esfera mas baja, era hija de iniquidad, no tenía el menor mérito, y nada en que pudiera fundar la mas leve esperanza de ascender á tan alta fortuna, y con todo, el esposo, que es el Rey del mundo, el Señor mas amable y hermoso de la tierra, por su pura bondad la escoge, la desposa solemnemente en el bautismo, la llena de riquezas, y la promete otras muchas mayores en la vida, pues serán infinitas y eternas.

No la pide otra cosa por recompensa de tantos bienes y de tantas esperanzas, sino que la ame y que le guarde fe; pero la infame esposa, insensible á tanto amor, ingratis á tantos beneficios, desdena todo el bien que recibe y desprecia todo el que se le ofrece. Desde que se ve en libertad se abandona á los errores de una ciega pasión y á los falsos halagos de su arrogancia voluntaria. Por quedar instantes rápidos de placeres falsos, descomenzo al esposo, renuncia á su esposo, y adúltera se corrompe, se envilece y prostituye á los ojos mas indignos, cubriendo á su esposo de un óprobrio con injurias tan repetidas como temaces.

El esposo podria castigar tanto delicto, pudiera dejarla en su antigua miseria, y aun añadir nuevas penas á tanto descasto; pero es tierno y la ama. A pesar de tantas iniquidades se afana, la quiere ignorar para que vuelva en sí

y restituirle á su gracia. En lugar de darle los castigos que merece, la omide el mismo con su perdón; la llama, la correa y la ruega. Le promete que olvidará todas sus injurias, que le tratará como si no la hubiera cometido, y que la volverá otra vez su esposo, su trono y su amor. No la pide para hacerle estas finzas sino que se arrepienta y le jure de nuevo guardar la fe mejor que le sucesora. La espone, cada vez mas cerca, mas obstinada, mas injusta, le eye, mas no le atiende, desprecia su perdón, no quiere nada de lo que le ofrece. Quanto mas él la busca, mas ella se esquivo, y en vez de aceptar tanta indulgencia, loca y desatendida vuelve á ofenderle con nuevas y mayores iniquidades.

Pero si aun esto basta para irritar á tan paciente como amante esposo. A pesar de estas nuevas indignidades, que debian hacerla despreciable á sus ojos, vuelve con constante y amorosa persistencia á convidarla de nuevo; y parece que la abominable esposa, abusando de tan inexplicable bondad, multiplica sus agravios á proporcion de sus instantes. Este extraño comate uelo durar largo tiempo, y no es posible decir que es lo que mas se puede admitir, si la inmensa torpeza de la esposa ó la increíble bondad del esposo. Tanto paciencia no cabe no sólo en la virtud del hombre, pero ni en su imaginación. El esposo la tiene porque es eterno, porque ama mucho á su esposa, pues que la redimió con su sangre y porque no se resuelve á castigar sino cuando está llena la medida, y se ve como forzada á justicia, pues él solo sabe cuánto es horrible el tormento que se la prepara.

Pero si en el intervalo de la lucha, si en medio de las tribulaciones que dicen á la esposa, si á pesar de los vicios de su corazón ella se desliza un instante, si escuchando la voz con que el esposo la reprenden, se para á reflexionar, si siente compasión y se deja persuadir, si á primera vez de su arrepentimiento, si á la mas leve lágrima de sus ojos, si al indicio mas ligero de que quiere volver, el esposo con nuevos impulsos la correa á que conlinda se arroja entre sus brazos, la dice que á pesar de sus excesos y de los óprobrios de que le ha cubierto, está pronto á perdonarla, á olvidarla y restituirle á su primer estado. Qué amor, qué dignación! Y para que recorde tanto no exige de ella, sino que confiese arrogancia un delito, y le prometa vivir bien en adelante. Si la esposa se oye á su juicio al instante la absolvo, la perdona, la restituye á su justicia, la vuelve á poner en su trono, en su dignidad, y no sólo la vuelve á dar todos los bienes que habia perdido, sino que la ayuda á conservarlos con su gracia.

Pero aun hay mas, porque no contento con haberla enriquecido de nuevo con tan grandes bienes, como si interese en ello su gloria, quiere que todos sepan la feliz aventura, y para que sea mas solemnemente reconocida que antehala, despues de haberla perdonado en el secreto de la confesión, quiere que parezca en publico y vaya á asentarse en el sagrado banquete que ha preparado á las felices esposas que ha escogido, y en que sirven los ángeles del cielo. Quiere que estas almas felices que le aman y que él ama, le recobren en su angustia y bienaventurada sociedad; que conalguna y que partan con ella el pan celestial con que las regala; que la nueva esposa sea la misma, curio, beba la misma sangre del divino Cordero y que tambien reciba el alimento que da vida. Allí la da el oculto casto

con susanta boca, la marca con el sello de la inmortalidad, la recibe en el abrazo de sus espesas queridas y la promete alimentarla siempre con este pan de amor, para permanecer en los trabajos del camino hasta que la vendamos á las delicias inabiltas donde lo ve en la celestia claridad.

Ved aquí, señor, vuestro historial; y podéis añadir que este Dios amante que os tiene ya tan cerca de su mesa y que os vais llegar con tierno, ha querido siempre con tan buena noticia. ¡Bendita sea su misericordia! ¡Qué podemos, pues, hacer sino darle gracias y apretarnos de tan rico don! Preparadnos, pues, con nuevas lágrimas de amor, renovemos nuestro dolor de haberlo descomenzado tanto tiempo, compensemos todo el tiempo que queda hasta este memorable día de inmortalidad, en hacernos nuevos indignos de tan suau bien.

Yo respondí al padre que estaba tan penetrado del conocimiento de mi iniquidad como de las misericordias infinitas que Dios usaba conmigo; que en efecto la noticia de Simon, sobre todo en aquella oportunidad, me pareció un ruego visible de su divina providencia que mi corazón lo habia comozado y delatado graias, que está salda de su bondad abastada mi confesión, aunque me sea quitada la idea de mi indignidad; pues de mi parte el delito fue consumado; que me hallaba muy turbado e mejor dispuesto para recibir con humildad el santo sacramento, que yo lo estaba ya por obediencia, y que ahora me desearia gobernar con mas razón por su caridad y celo.

El padre se fué, ofreciéndome volver al otro día, y yo le conté en seguida de esta carta lo que me pasó en él. Adios, amigo.

## CARTA XXVII.

### EL FILOSOFO A TEODORO.

Jamás te podré explicar, Teodoro mio, la infelice delirio que sintió mi consolado corazón con la noticia de Simon. Yo habia imaginado con tanta viveza la muerte de aquel extranjero, que ya me habia formado una reconstrucción de mis propias reflexiones, me hallé diferente de mi mismo.

Nacíste en un lugar interior, en una satisfacción tan íntima, que no me cubria el peso en el pecho. Entonces entendí por la primera vez que los placeres del alma son de un orden muy superior á los de los sentidos, y que los justos pueden hallar en su inocencia ó en la victoria de sus pasiones, consuelos y sensaciones mas deliciosas y vivas que todas las que pueden ser los halagos del mundo.

Teodoro mio, no hay balamento que consuele tanto la herida que cura, como esta noticia calmó mi orramo. ¡Dios me decha yo, si un pecador miserable, cubierto de iniquidades, si un infeliz que apenas empieza á florir y poder por tanto porque se ha dignado el Señor abrirle los ojos, siendo tanto consuelo de que un delito ya consumado por su parte no haya tenido todas las fatales consecuencias que tomaba, ¡cuál será el del alma dichosa que conserva intacta su inocencia, y está el del hombre virtuoso que despues de haberse combatido contra el mismo, sale victorioso de la tentación!

Esto señal tan manifiesta de la bondad divina, al tiempo que escuchaba mi gratitud alentada de nuevo mi confianza. Repasaba con horror la dilatada historia de mis excesos, consideraba el colmo de iniquidad á que habia llegado, el profundo abismo en que me habia sumergido, el modo y las raras circunstancias con que Dios me habia amado, el cómo me habia traído á esta casa y dádome en ella un santo y celoso director que me habia convenido de mis errores, mostrándome la brillante antorcha de la religion, co-

mo me habia enseñado la divina ley y combatiéndome á la Iglesia, que ya tenía la dicha de estar en ella, de haber perdido á Dios y obtenido para el perdón de mis pecados, que ya estaba cerca el día de comenzar esta reconciliación divina, y recibir en el mas indigno de los pechos al Dios de amor que se dignaba perdonarme.

Todo esto junto me hacia estremecer; me sacaba las lágrimas de los ojos y me hacia precipitar en gemidos. Yo me acordaba, ya clamaba á este Dios, yo le bendecía y pedía con fervor á todas las criaturas del cielo y la tierra que entones conmigo himnos de alabanza, de adoración y gratitud con que glorificarle; ya le ofrecía un dolor vivo, un arrepentimiento sincero, una obediencia sin limites, un culto reverente y una severa penitencia.

Cuando mi imaginación enloquecida un poco habia alguna tregua á la vivencia de mis sensaciones, no se ocupaba mas que en proyectos de reforma de vida. Quería huir para siempre de este mundo impostor que así me habia seducido, de esos ignorantes incredulos que me habian enseñado, de esos hombres viciosos que me habian corrompido. Me determinaba á pasar una vida inocente y cristiana en la sociedad de mi lugar y en la casa de campo que poco distante á la Iglesia, en que descomenz los huesos de mis abuelos y de mi esposa, conducir allí mis hijos y familia, edificar allí los primeros y consolar la religion y las virtudes á todos, recordando con ejemplos de cristiandad mis innumerables pecados y desconfianza.

Estas ideas me compararon de tal suerte, que para en ellas la mayor parte de la noche. Durmi poco, pero lo era el insomnio impetuoso y desordenado del que pocas veces calmaba. Desde el momento que el desvelo sereno y reflexivo del que no quiere que la torpeza de sus sentidos le prive de las sensaciones de que goza. Allí volvían á re-

no ser todas las ideas de consuelo y de paz que me hicieron tan feliz la noche que siguió al día venturoso de mi reconciliación, y allí volví a ver cuánto más dichosa eran estas nuevas e ignoradas pláticas.

Cuando llegó el padre me preguntó si se habían resacaído mis inquietudes. Yo le conté cómo había pasado la noche y la disposición en que me hallaba. Todo es como dije, de nuestro buen Dios, muy temprano para ser, continuaba al tono de su misericordia. Dos días grandes podéis contar en vuestra vida el primero, cuando en el bautismo la Iglesia recibió en un acto y se comulgaron los dones del Espíritu divino con que Dios os adorna por su hijo, y el otro será el domingo, cuando ya reparada esta pérdida y reconciliada con nuestro Padre, os haga ocupar del pan que ha dejado en la Iglesia para repararlo entre sus hijos.

Hasta aquí esta santa madre no ha podido trataros sino como penitente, ha llorado con vos sus crueles, os ha tenido á vista, ha intercedido por vos, y ha usado de su potestad para absolveros, pero el domingo os espera en su Iglesia, os presenta á su lado, se abraza con él, y os trata como un hijo que se reconcilia con su padre y le da el beso de la caridad fraternal. Hasta ahora no ha podido más que implorar por vos pero el domingo el limbo del purgatorio se va á mudar en cénitico de gracias. Vos entonces con ella las alabanzas del Dios que os perdona, ella os trae el castigo, el instrumento, el amigo que os conduce al Altísimo del esposo que os espera para calzáros con vuestra alma.

Ya con la absolución os habia resucitado en el número de sus esposas, pero ahora quiero que se prepare una fiesta, un banquete solamente en que sacrificis los ángeles y os adornarán con su preciosa los bienaventurados, como trabajos que ayudan á contar la gloria del esposo, no como convidados, pero ya no intervención de la suplica stando que allí se sirve y que en la figura del Cordero entre todo el esplendor de la miserial divina. Despojados de la miserialidad y elevados á una alta gloria, ya no hay velos para ellos, ya ven cara á cara al amante y esposo, ya gozan de toda su luz, ya saludan visiblemente con su amoroso beso, y se alimentan de su propia gloria.

Podrán asistir otras de sus esposas, que siempre solistas y hambrientas de este pan celestial, le buscan con frecuencia. Habrá muchas que por la antigüedad de su amor ó por la más ferviente necesidad de sus llamas traigan consigo derecho más augusto y más noble que sus hijos y niñas por el esposo pero no caben en esta santa solemnidad ni solos ni enviadas. Las más dignas serán las que mejor os reciben, las que os abrazan con mayor afición, las que tributen más gracias al esposo de su nueva conquista, y las que más le rasguen que os clave á mayor dignidad. Los convidados de vuestra vida los de casamientos, serán nuevos testigos para atraer más porque la herida de nuestro para comulgación, para admitir el poder de la gracia y las misericordias de su Señor.

Preparados pues para este gran día, para esta fiesta solemne, fiesta de inmarcescibilidad, en que empezareis á ser habitantes del cielo, en que vais á presentáros á los ojos del inmenso bendicidote, que se digna de recibir vuestra alma por esposo en presencia de su numerosa corte.

Qué esfuerzos, qué diligencias no debe hacer una alma

para adelantarse de todo lo que la pueda hacer hermosa para ganar el corazón de un esposo tan alto! Y cuánto mayores deben ser las del alma que ha tardado la de gracia de obtenerlo largo tiempo!

¿Quién podrá presentarse á este celestial convite sin poderse las mejores galas, sin sus ricas alforjas? ¿Cómo irá una esposa sin la ropa nupcial? Poneros la vuestra, y si no la tenéis, pedidla al esposo. El es magnífico, tiene tesoro inmenso, y es tan liberal que siempre da más que se le pide, pero para pedirlos os monetar sobre lo que se le pide, en que consiste esta realidad de su bondad, cuales son las joyas que él estima y que pueden hacer os más agradable á sus ojos. No son otras que las disposiciones con que el corazón se presenta á la sagrada mesa, y de estas vamos á hablar.

La primera es entrar infortunadamente perseguido de que toda buena disposición viene del cielo. Hablando en rigor, ninguna basta para recibir á Dios dignamente. ¿Qué mortaja y difícil cuántas puede necesitar la gracia de recibir á su Cielito! Todas las acciones de la más alta inteligencia no sirven entonces de preparación bien á acción tan elevada si el Espíritu divino no la inflama con su fuego. ¿Quién se atreverá á exponer á sí mismo Dios no lo ordena!

Pero este Dios de bondad ha instituido esta sacramenta no sólo para preceder de los hombres, sino también para ostentar su gloria, su amor y misericordia. Debemos pues prepararnos lo mejor que podamos, confiando que no lo recibiremos como se debe si el mismo no nos socorre. Debemos recurrir á su piedad con un corazón tan convencido de nuestra propia miseria como confiado en su poderosa gracia; debemos pedir con líricos ardientes que se digna purificar nuestro corazón, adelantado la estancia en que quiere hospedarnos.

El soberano que debe bajaros en una humilde aldea, sabiendo que los pobres peñones que la habitan no pueden disponerle una estancia digna de su majestad, envía su reinamante que la prepare; y quedando el Rey de los reyes, el Señor de los señores por una bondad tan excesiva como tan propia de su misericordia quiere venir á habitar en el seno de un pobre pecador arrepentido, que se presenta con su miseria y sus oraciones, envía al Espíritu santo para que derrame en su alma sus divinos dones y la enriquezca para que sea de alguna modo digna de hospedár tan saguato.

Para esto era necesario que fuera de su parte el pecador todo lo que podía, y lo primero y más indispensable es que procure estar limpio de todas las manchas que le puede cubrir. Es monetar por lo menos que se haya purificado de toda culpa mortal, y esto es lo que se llama la pureza de la conciencia; sin esto toda comunión sería profanación. Esto es la prueba que nos pide el apóstol; el que comiere que el que se halla igualmente como el pan y bebe el cáliz del Señor, se hace cómplice de su cuerpo y sangre. Así todo pecado mortal que se ha sido cometido, de que no se está arrepentido, ó de que no se ha voluntad de explicarlo con la penitencia, es un obstáculo tan invencible, que la comunión se transforma en sacrilegio.

Á Dios gracias, según vos habéis hecho una confesión verdadera y completa, y si luego memoria de este requisito, os está para que agradecidos á Dios haberos dado tiempo y gracia para ella. Si la pureza de la conciencia es necesaria para comulgar dignamente, también lo es la pureza de intención;

esto es, hacer este acto, que es el mayor de la religión, por el fin único que se debe. Cuanto sea más puro el fin que el cristiano se propone, tanto más fruto sacará de este sacramenta. Dios le ha instituido como monumento que ha dejado en su Iglesia para que renovemos la memoria de su muerte y resurrección. Esto debe ser pues nuestro objeto principal; pero como al mismo tiempo le ha instituido para su gloria y es también su canal por donde nos comunican muchas gracias, también podemos dirigir nuestra intención para glorificarle y para obtener los demás efectos de su misericordia.

El más puro, el más elevado fin que puede proponer una alma, es cumplir por amor de su Dios para atraer con frecuencia á su corazón á este objeto único de todas sus afectos, para poseerle y consolarlo con él, inflamandose de nuevo en las más esenciales llamas de su amor, para darle las gracias por el incomparable beneficio de la redención, para ofrecer al Eterno Padre este su amante y simpático Hijo, que habiéndose ofrecido en el Calvario como víctima para expiar en la cruz todas las culpas de los hombres, tiene ahora como hostia saludable á expiar particularmente las nuestras. Si en el cielo es el pontífice sagrado que ruega en general por todos los hombres, si es el mediador divino que intercede por los pecadores, en el altar es el pontífice y mediador particular del que lo recibe con fe, con amor y dolor.

Como este divino Redentor viene en calidad de víctima para expiar con los méritos que adquirió en la cruz los pecados del que lo recibe, esto debe presentarse también como víctima por sus propios pecados, sin ser de intención con la víctima que tiene en su seno, ofreciendo y ofreciendo al mismo á Dios, pedirle que en atención á la historia divina que lo presenta, se sirva depositarlo, resucitándole á la muerte y demás penas que la divina justicia le destina por la vida de su profundidad, permitiéndole castigarse él mismo con una penitencia severa y hacer buenas obras, que puedan reparar su injuria; pedir al mismo Dios por los méritos de su Hijo para cumplir estas buenas acciones, con el fin de que pueda presentarle meritos propios sobre que respalda la aplicación de las de Jesucristo, y finalmente, el don de la perseverancia que le condensa á vivir en su gracia.

Estos deben ser las intenciones generales del cristiano que recibe la sacra comunión con ciertos bien dispuestos es sus las consideraciones en que debe expresarse en espíritu, pero hay otros muchos meritos particulares que pueden agregarse y que no harán más que añadir, puras á su intención. El que conoce y teme su flaqueza puede recurrir á este divino remedio para que la fortalezca. El que se está siendo perseguido de una tentación, para que le libre de ella y de todos sus enemigos. El que desea una gracia particular, se dirija á un Hijo tan amado á quien su Padre no rehúsa nada. El que arde en gratia, porque Dios le ha sacado del abismo de su iniquidad y estrado á su religión y su Iglesia, ó por cualquiera otro beneficio, no puede expresarla mejor que presentándole esta hostia saludable, digno objeto de su amor.

El que quiera glorificar á Dios en sus santos ó en alguno de ellos, no lo hará más dignamente que ofreciéndole su memoria en esta santa sacrificio de alabanza. El que desea el don de la caridad desea la conversión de alguno

ó el consuelo de sus trabajos, ó el logro de un deseo cristiano, ó un fin, el alivio de las almas de sus amigos, parientes y demás que están en la justicia de Dios con las penas del purgatorio, aquí puede hacer mejor que añadir en su comunión este motivo. Pues nada puede abogar con tanta eficacia por los milagros, nada puede interceder tan poderosamente como el Redentor en favor de los vivos y de los muertos, como la sangre preciosa que su Hijo derramó por todos.

Estos motivos son puros, son dignos de este sacramento de amor, y el buen cristiano los de proponerlos todos. Para conseguir tan excelentes frutos son necesarias estas disposiciones que vamos hablando. Ninguna es más obvia que una santa confianza en Jesucristo, una persuasión íntima de que una miseria continua se deseara, una persuasión íntima de que estos frutos son posibles para obtenerlos todos estos gracias y que desea conocerlos.

El Evangelio está lleno de ejemplos que lo manifiestan. Una de las hermanas del difunto Lázaro dice á Jesús (1): «Si hubieras estado aquí, mi hermano no hubiera muerto, y pero si que Dios os concediera todo lo que le pidierais». Jesús la responde: «Yo soy la resurrección y la vida. ¿Quién cree en mí?» Ella reacciona á responder: «Si Señor. Siempre he creído que eres el Cristo, Hijo de Dios vivo.» Esta confesión del principio al milagro de la resurrección de Lázaro. Jesucristo quiso que esta misma verdad tuviera una aplicación heroica y una fe viva de que Jesús era poderoso para librar á su hermano de la muerte y de la corrupción.

El enemigo de nuestras almas, que sabe cuán eficaz es esta fe y confianza de nuestro Salvador, no sirve de muchas maneras para debilitarla en nuestros corazones, nos representa con viva una vida entera encerrada de delitos, nos dice en secreto lo que los hermanos de Lázaro desean á decir, aunque un sentido diferente, esto es, que era mejor haber estado antes, que no se llega tan pronto cuando se viene de tan lejos, y que llegan tan infelices y antiguos no se curan fácilmente. Con estas y otras ideas de esta especie trabaja por entumecer nuestra confianza y quebrarla que después de haber tributado la justicia de Dios con nuestros delitos, subrayamos de nuevo su misericordia con una confianza desconfianza.

Si no duda que una alma que ha estado largo tiempo muerta, tiene más dificultad en su renovación interior y en elevación desde la más profunda de la tierra hasta una vida celestial, y es convencido que el pecado mismo conocido cuando terrible es haber vivido tan sin amor de Dios, pero cuando sinceramente arrepentido ha llevado sus llagas en las aguas de la penitencia, su mansión y conformidad de deba turbar su confianza, sus muchas y grandes misericordias deben á suministrar su compasión, pero no producir su desaliento.

El primer instituto de su oración debe ser adorar á Jesucristo como á su resurrección y vida, y tener una persuasión íntima de que sus miserias son meritos que la misericordia y las méritos de su Redentor, una confianza segura de que la sangre del Cordero es más poderosa para purificarle que lo fueron los pecados por contrapartida. Por lo mismo que no halla en su dignidad más que lo accima, por lo mismo que no puede agradecer de su flaqueza

(1) Juan. XI, 3.

ningun recurso para mejorarse, debe esperar mas de la bondad de Aquel que sabe edificar la obra de la gracia sobre la nada de nuestra miseria. Canto mas nos hancos la yugada, tanto mas gloriosa el poder y misericordia de Dios y reconoces que un bien tan alto baja del cielo y que nunca se la puede atribuir á si mismo.

En efecto, señor, jamas Dios ha negado nada á quien lo pide bien y cuando le pide por el Hijo que ama. Esta oferta es general y sin reserva alguna. *Profil y recitativa.* Jesucristo dijo á sus discípulos, y en ellos á nosotros: Todo lo que pidiereis en mi nombre os será concedido. El ha convidado á todos los que están cargados de pecados á recurrir á su bondad y ha prometido salvarlos. Vos tenéis el bierro de vuestros delitos parados, pero pues ha movido vuestro corazón, pues os ha traído á su Iglesia y os ha convidado desde la absolución á su altar, debéis probar que quisiere coronar en vos la obra de su misericordia, y con mismo fervor religioso que os amonestó, os otro indulto de que os llama.

¿Quién sabe si Jesucristo ha permitido que llegaseis á estado tan deplorable para que el prodigio de vuestra conversión sea un ejemplo y un estímulo para la de vuestros amigos? ¿Quién sabe si la providencia ha dispuesto que vuestros excessos sean tan públicos, para que otros muchos pecadores que los saben, no desengañen de su camino y se animen con el espectáculo de vuestra penitencia? ¿Quién sabe si vuestros dolores y castigos servirán aun tal vez á los designios de la misericordia divina en favor de otros muchos? Y si la misericordia de vuestra alma que parécia ya desesperada, lejos de terminar en vuestra muerte, será conocida al manifestar la gloria del Señor, pudiéndose decir de vos lo que el concilio dijo de Lázaro. Esta enfermedad no es para muerte, sino para la gloria de Dios!

Cuando la gracia convierte á un pecador ciego, todo el tribu de su conversión es para el solo; pero cuando unge á un pecador público y escandaloso, se ve todo si por su distinción y elase ha producido ejemplos contagiosos, y es un Lázaro, que muerto después de largo tiempo está ya corrompido, los designios de Dios son mas extendidos, y su bondad con la mudanza de un corazón prepara la de otros muchos. Con un escogido suele formar milares, y los de los de un pecador pueden ser en los años juicios de Dios la semilla de mil justos. Vos os sentís desalentado reconociendo la gravedad de vuestros culpas, y aquí esta misma gravedad es la que debe animar vuestra confianza, por que ella misma os hace ver quanto debéis á la elección divina que os ha escogido para monumento público que acredite la extensión de sus misericordias aun con los mas deteriorados delincuentes.

Cread solamente, decía Jesús á los hermanos de Lázaro, y veréis la gloria de Dios. Y yo os digo tambien creed á ese Dios de amor con lo reverencia, y quizá veréis que vuestros punitos, vuestros amigos y los discípulos de vuestros iniquidades no hacen los compañeros de vuestra penitencia; quizá veréis que sus mas extravíasidos amigos os pisan con vuestro ejemplo por otra mejor vida, y que los que antes que vivian con mayor abandono dan gloria á Dios, acordándose de vuestros errores y admirando en vos el poder de la gracia.

Redondead, pues, señor, que vuestros mismos viciarios pueden ser motivos nuevos de valor y confianza. Reade-

cid la sabiduría inescrutable del Eterno, que sabe sacar hasta de nuestras iniquidades y pasiones nuevos reales á su gloria. Todo cooperará al bien de sus escogidos, y si tal vez permito grandes miserias, es para manifestar grandes misericordias. Dios quiere siempre la salvación de sus criaturas, nada desea mas que perdonarlas, recibirlas en su seno y llenarlas de bienes. Y cuando impongamos en misericordia no es su justicia lo que debemos temer, pues nos espera con bondad; no es tampoco nuestra pasada indignidad, pues nuestro dolor la expia; solo debemos temer de nosotros mismos, esto es, de que nuestra voluntad no sea sincera, que nuestra determinación de mudar de vida no sea del todo eficaz, que nuestra flojedad nos impida tomar las medidas, todas las precauciones y coherencias, por mas fé y esperanza, por mas severos que sean, para alejarnos de las ocasiones peligrosas, y obtenerse el nuevo.

¿Coi cuán desconfianza de la obra de la gracia y de recibir como debe á su Dios, el que no se determina á alejarse de todos los lugares, situaciones y escollos en que tantas veces naufragó su inocencia el que no está resuelto á quitar todos los amos, pasiones y embarras que le separaron de un amor? Las pasiones no se debilitan sino por la ausencia de los objetos que las inflaman: jamas podrá mudarse un corazón que vive entre peligros que á todas horas le rodean! Jamas puede ser casto el que continúa viviendo de las invidias, familiaridades y placeres que le han corrompido tantas veces! Jamas hará reflexiones sansas sobre la eternidad, si pondrá un intervalo entre la vida y la muerte el que no la quiere poner entre la muerte y los objetos que le alejan de su eternidad! ¿Cómo es posible que pueda adquirir el gusto de una vida cristiana y penitente el que no se separa de las agitaciones, pasatiempos y familiaridades mundanas?

Es locura imaginar que un corazón pueda hacerse á nuevas inclinaciones y costumbres en medio todo lo que fomenta y fortifica las antiguas, que la lámpara de la fe y de la gracia se encienda entre las tempestades y los huracanes. Esta lámpara tan delicada, que aun en el secreto reposo del santuario se agota muchas veces por falta de alimento, esta lámpara á quien ni la tranquilidad del retiro puede asegurar su permanencia, jamas podrá iluminarse de manera siempre escuella en el borrascoso mar de los peligros!

Para vos, señor, estáis determinado á alejarse de todas las ocasiones de riesgo, estáis resuelto á tomar todas las precauciones de prudencia para fortaleceros contra vuestros mismos flagelos, queréis salvaros á todo precio y por una parte lo que podis. Es de lo más digno tanto mas afecto y firme y los objetos que los más débiles corazon pueden experimentar nuevo naufragio ya he mudado estado en mi vida y mi conducta dependa de mí.

Es solo ora el que puede mudar mi fé! curar y fortalecer con su gracia; tú solo puedes romper los lazos invidiosos que me comprimen, separar los obstáculos interiores y triunfar de toda mi avejentada corrupción. Ya está quitada la losa que

tal que me impedia escuchar tu voz; ahora te toca ordenarme, como á Lázaro, salir de esta tumba funesta, de este abismo de miserias y de horror. Ordenadme, Señor, con esa vez activa y poderosa que resucita á los muertos y los llena de vida. Ya vuestro ministro me ha destituido las cadenas con que estáis en alma aprisionado; pero vos solo podéis hacer que este convalciente se resucite á una existencia nueva y que la nueva vida que comienza sea el principio de la vida eterna.

Veid aquí, señor, cómo la confianza en la bondad divina cuando está aprurada en serias y preciosas resoluciones puede alentar al mayor peccador para que se presente á la divina mesa. Y si lleva consigo todas las demás circunstancias que otorga un don tan inefable, puede asegurar los frutos sobranos que produce este pan celestial en las almas bien dispuestas. Pero aquí, por poco que considero la grandura de esta mesa, no se leñará de castigos y asombros religiosos! ¿Quién es el que viene? El Dios inmenso, infinito, omnipotente, creador del cielo y de la tierra, el ser de los seres, que existe necesariamente por la naturaleza de su propio ser, que existe solo por sí mismo, y ha dado el ser á cuanto existe, á quanto los ojos ven, á quanto el entendimiento sabe, el ser inmutable y permanente á cuyo pie se sientan y se recuerdan todas sus criaturas que se reproducen en Dios inalterable y eterno que no pone las generaciones que se desaparecen, los imperios que se destruyen y los monumentos que se desmoronan.

El Dios amable principio y modelo de todas las hermosuras, fuente primordial de todas las gracias, origen original de todos los castos amores. El Dios amante que nos ha dado la existencia y con ella todos los bienes que nos acompañan y todas las esperanzas obreras que nos prometen; que nos ama tanto, que nos ha dado tambien á su Hijo amado para rescatarnos de nuestra esclavitud, para sostenernos contra nuestra flojedad y ayudarnos á conseguir los bienes eternos y perdurables.

El Vocabo divino, la solitaria incesante, que amparado antes que hubiese sigos en el seno de su Eterno Padre, vino en el tiempo al de una Virgen pura, y mezclándose con la carne y sangre que de ella preparó el Espíritu Santo, y con la perfectísima alma que fué creada para él solo, sin dejar de ser Dios su hijo humilde, amado, querido, reconocido y adorado, en fin, en la gloria y en la gloria de toda potencia, está á la derecha de su Padre y es allá la delicia de los ángeles y el pilar inmutable de las bienaventuradas almas, viene á escucharnos y visitar el corazón humilde que le llama é implora.

El Dios amante, que no contento con haber vivido y conversado con los hombres, no contento con haberlos traído la luz del Evangelio y haberlos enseñado, el espíritu de la gloria en donde ha espirado, ha querido dejarnos por manifiesto de su amor, esta memoria de su sacrificio, este sagrado que por que os consuela en su destierro. El Dios, en fin, que parece está impaciente porque está separado de sus escogidos, é quem en impetuoso amor, sugirió la invención divina de escucharse en el santuario eucarístico para recomenzar con ellos sacramentalmente mientras llega el día de la eternidad, en que cumplidos los obsequios interiores, se les mostrará en toda la extensión de su gloria, inundado sus corazones con esteros torrentes de delicias.

¿Y á quien viene este Dios tan magnífico como inmenso! A una débil y delicadísima criatura, á hombre que asó de la nada y que formó de barro, á hechuras suyas, que si bien no de sí mismo sino corruptivo y bajito, que si bien algo, todo lo deben á su gracia ó á su misericordia. Y si la criatura mas perfecta, la que le ha servido con una fidelidad y mas constancia, es indigna de bien tan soberano, ¿qué será el misero mortal que ha tenido la desgracia de ofenderle, que le ha desconocido, que ha adurado dioses extráños, y que ha perdido sus criaturas á su Dios verdaderamente y por qué! Por entregarse á placeres frívolos y groseros, quebrantando sus leyes, despreciando su auxilio y renunciando á su amistad.

¿A qué viene! A perdonarlo, á restituirle los bienes que ha perdido, á sacarlo de las sombras y de la región de los extráños en que se había espaldado, á dárlo nueva vida, nuevas esperanzas, y ponerle otra vez en el camino que condujo á la salvación celestial. ¿Cómo viene! Un día vendrá con toda la pompa de su majestad: mas no hebreis en el centro que le conducirá los ángeles, ministros de su voluntad, le acompañarán para ser testigos de su inimitable justicia, el cielo temblará, la tierra se estremecerá, los muertos leitos de tumba saldrán separados de sus sepulcros al son de la oportuna trompeta, y vendrá á escuchar la inmensurable sentencia que recomenzará este supremo Juicio.

Pero ahora no viene de este modo, viene como Padre, como amigo, viene en el tropo de su misericordia á confortar á los que le aman, á consolar á los afligidos y á consolar á los débiles; viene con las llamas del divino amor á sustituir su inmensa y adaptable benevolencia, á cumplir su palabra de permanecer con los que están en carne, de aliviar á los que se sientan fatigados y le piden socorro, de introducirlos en su corazón y comunicarle los dones de su gracia, de hacerse uno con ellos, y ofrecerse con ellos de nuevo á un Eterno Padre para que confirme esta unión y la haga eterna.

¿Quién podrá considerar tanta majestad y tanta dignidad sin sentirse penetrado de amor y respeto? El honoro débil está á vista de un Dios que desciende hasta él; un vivo sagrado le cubre pero la fe le dice que aquello que parece tan su desecorato, el mismo que ha creado el mundo, que le conserva y le gobierna, aquel en cuya presencia las columnas del cielo se estremecen, aquel á quien toda la naturaleza se rinde, aquel en fin, en cuya comunión todo el universo es movido que la nada! ¿Qué respeto le debéis inspirar estas ideas! ¿qué amor, qué comunión debéis sentir cuando piensa que esta grandísima infinita se digna de venir para disponerse con su plasma y unirse con ella con la unión mas íntima y estrecha!

¿Cómo no se humillará ante el majestad tan alta! ¿Cómo arrepentido de sus errores no volará á los brazos de tan buen Padre! ¿Cómo con las lágrimas en los ojos y el dolor en el pecho no le dirá, como el hijo, prójimo Padre, pegado contra el cielo y contra vob! Si el pecador no se abre á acercarse al altar más lo levanta los ojos al cielo, sino que avergonzado desde su rincón, se contenta con hacerse el pueril; con con la misma comunión, pero con mayor confianza, más al altar, decirá también: Padre con paciencia á este pobre pecador. Así con el mismo respeto que debéis á majestad tan alta, améis el tiempo, amad y la confianza que merece por su bondad inabarcable.



mal Esposo: ¿Quién puede comprender esta desesperación infinita! El Rey de los reyes, el Señor de los señores, ¿quién habéis atajado de tantos modos y tantas veces después que os habéis prostituido á su enemigo y profeso á su amor al de las vísceras de caridad, se perdona, se reconcilia con vos y os vuelve de nuevo en su casa, en su mesa y entre sus brazos, os declara otra vez su esposa querida y sostenida con una fealdad la renovación de vuestro desposorio.

Invocad pues á su padre, Madre pura que os vivra de manifiesto en sus augusta solemnidad. Ella os profe y os habla dadas con su intercesión una magnífica vestidura, os ofrece el prometido filamento á sus escudos bíblicos. Es la madre del amor humano, del amor filial, del conocimiento y de la santa esperanza. Ved aquí la preces con que puede celebrarse y que sin las más propias palabras está hecha. Podrá á su esposo Jesús, que fue también el padre putativo de vuestro amante esposo y á quien la divina Providencia encargó el cuidado de la madre y del hijo, que os vivra de padre. Invocad á vuestro ángel de guarda, ¿quién Dios ha concebido el cuidado de vuestra vida, y pedid que os ayude en el acto más importante de ella: á los santos de vuestro nombre, que son los precursores naturales que Dios se ha destinado para vuestra custodia, oscuridad á los de vuestra devoción para que os asistan en honor de tanto interés y que sean los amigos de la esposa.

Llamad á todos los hermanos que la gracia, á todos los ángeles que la misericordia y que la comunión reverentes cuando se digna descender á vuestro pecho. Pedidles que os enseñen á respetar como ellos se respetan y á enseñaros en amor como ellos se aborran, y estáis seguros que si los llamais no os desoír, todos vendrán á ayudaros y á abrazar al Señor vuestro esposo. Basi felices inmortales, serobitados en el amor de este Dios de quien, están también penetrados del mismo espíritu, y no emplean su existencia bienaventurada más en alabar incesantemente á su divino benefactor y su padre, misericordia para los mortales que imploran su auxilio y su convicción de pecado.

¿Cuál debe pues ser vuestra confianza cuando consideréis que os vais á presentar á un Dios de bondad que os digna de venir á vos y que va acompañado de tan buenos padrinos, de tan altos protectores, de tan buenos amigos y que todos interceden para que el Espíritu Santo os ayude con sus caros dones y vigilancia que vos lo recibid, todos los méritos de la creación y todos los frutos de su redención.

Considerad también que os estáis en el seno de la Iglesia y que esta madre piadosa, aunque dividida en sus miembros y diseminada por toda la tierra, está siempre unida de intención; que esta es la familia santa compuesta personalmente de los escogidos y de los santos de Dios, que se alaban en espíritu y en verdad aunque entre sombras, esperando el día de la luz que abraze mismo ojalá con nosotros amadores pidiendo por vos, cuando rugen por la conversión de los pecadores y por la persecución de los justos. ¿Cuántos motivos pues para renovar vuestra confianza, por más vil y abominable que haya sido vuestra conducta!

Apartad pues desde ahora, apartad de vos toda idea de terror, todo pensamiento de vuestra indignidad, si os ponéis en ella, es solo para despertar mis vuestro gratitud y

admirar la misericordia del Señor. Que vuestra alma vuelva hasta su altura con las alas del amor y de la confianza, que vuestro corazón se encienda desde ahora para siempre con la cruz de nuestro Salvador, que vuestro consuello no os sepa sino en la memoria de su pasión y de su divino sacrificio, considerad el infinito amor con que se abandonó por vos á tan humildes mortales como sois, para libertaros de las penas que vuestros delitos merecían, y en fin, esta inmensa caridad con que á pesar de vuestros crímenes viene á unirse con vuestra alma en la más dulce y amorosa unión. Jenerado ha instituido este sacramento en memoria de su muerte, y para ser la vida una digna, el pensamiento más tierno con que puede ocuparse el que va á recibirlo si quiere, ver fin á su santa voluntad.

Atento pues desde ahora á este único objeto, escuchad y no escuchad otra cosa que esta voz del Evangelio que Dios os inspira por sus labios. Ved aquí el esposo que viene, nacido al momento. Y que esta diligencia repetida á cada instante á vuestro oído, despierta y produce en vuestro corazón todos los sentimientos de ternura y amor que se le debían. Si os acordáis, no lo dudéis, os vuestro esposo, y el esposo más querido del que va á venir. No hay sacramento en que nuestro Señor se muestre tan claramente nuestro esposo como en el de la Eucaristía, porque su objeto es unirse íntimamente con el que lo recibe, hacer una misma cosa de los dos y producir verdaderamente una alianza espiritual.

Para entrar como en un monasterio se recibe, considerad cómo el mismo viene lleno de amor, de bondad, de dulzura, de misericordia. El mismo vino ardor, cuando instituyó este sacramento, que había deseado con ardo celebrar con nosotros esta pasqua, esta pasqua en que os como al verdadero Cordero. El mismo es el Cordero. Esta pasqua es que para daros á vos propiamente el sacrificio más terrible. Si él deseaba por venir á nosotros padecer tanto mal, ¿cómo debamos desear que venga á nuestras almas nuestro Salvador, que es mansueto de todo bien y con que respeto, devoción y alegría le debemos adorar!

Así le recibe el anciano Simón cuando le tomó de los brazos de su Niño y cuando protestó que no había deseado la vida sino para ver á su Salvador, así la esperaba los antiguos patriarcas, cumpliendo por el diablo día en que se cumplían las divinas promesas, así le recibió la madre del Bautista cuando vivió en su casa á la Madre de su Señor y hijo. ¿De dónde me viene tanta dicha que la Madre de mi Señor entre en mi casa! Si así pensaban tan altos personajes, ¿qué harán nosotros, infelices y pobres pecadores, cuando vamos que el Dios del universo y toda la gloria de los siglos descendiendo hasta nosotros! ¿Con qué ardor y sinceridad debo decir nuestro corazón: ¡Oh Padre! ¡Oh hijo! ¡Padre mi Dios y mi Señor, no te has contentado con darme á mí un hijo y habiéndome rescatado con el precio de tu sangre, sino que por un prodigio incomparable de amor te dignas de venir hasta mí para habitar en mi alma, para transformarme en vos, para unirse conmigo con laza de amor, con vínculos de eterna caridad!

¿De dónde me viene tanto bien! No es por mis méritos, pues no he hecho más que pecar; no por honrras, pues soy un pobre que heido de barro y tú eres mi Dios: es por tu bondad, que es tanta, que tú deseas venir

mas á mí, que yo, que soy el que debiera desear, porque soy miserable, porque necesito de vuestro socorro y porque sin vos no puedo nada. Vos me amais por pura misericordia, y yo debería buscaros para tener en vos al que puedo darme todo; pero vuestro amor excede tanto á mi propio interés, que vos venís á darme todo, aunque yo no lo deseo ni lo busco tanto como debiera. Vos habéis dicho que vuestros más dulces delicias eran vivir con los hijos de los hombres. ¿Qué bondad! No es tan natural al sol alumbrar ni al fuego quemar, como á ti amarnos y hacernos bien.

Ved aquí las únicas ideas y pensamientos agradables que deben ocuparos hasta el fin del momento que os prepara al cielo. Vuestro corazón debe mudarse en un mar de alegría y bogar con los volúmenes romos de la dulce esperanza; pero como la santidad de este esposo, como su grandeza y dignidad es tan alta, y por otra parte el gusto de ver en el amor de sus esposas un caso peculiar, un momento que vuestra heredad y gloria varían acompañadas de una profunda reverencia, considerado por un lado la majestad del que viene y por otra la bajeza del que aguarda. Estos sentimientos sencillos os podrían hacer cumplir con el consejo de David que os dice: Sere al Señor con temor y alegraros en su presencia con tambor.

Acordaros de las terribles amarguras que padeció Moisés por órden de Dios al pueblo en el momento de promulgar su ley, tanal presente como cuando se recibía se atravesaba á acercarse al monte en que hablaba, ni hombre, ni bruto, ni cubano, se podía de ser admitido. Reflexionad que aunque permitido á Aaron, que él mismo había ofrecido sobran sacrificio, que subió al monte, le mandó no obstante que se acercase desde lejos, sin que otro que Moisés tuviese el privilegio de acercarse, y discurrid que si tanto respeto era necesario cuando Dios publicaba su ley por medio de un ministro, ¿qué debemos temer cuando el mismo Señor viene en persona! Escuchad los pies de vuestra propia bajeza, humillad hasta el polvo de la tierra cuando veas que el Señor de tanta grandeza á asiente para unirse con vuestra alma.

Con esto me dejó el padre y se fué. Me sería imposible, Teodoro, referiros por mismo todo lo que me dijo en los días que siguieron hasta aquel dichoso domingo, porque ya no fueron discursos aquellos como los precedentes; eran tiernos afectos y movimientos de un corazón no la-

niar mas que un objeto, que era el de mi próxima misericordia filial; pero tan vivos y presentados con aspectos tan diferentes, que es imposible que yo los pueda recordar, tanto más cuanto aquellos días pasaba más tiempo conmigo y me ocupaba tanto, que no me dejaba tiempo para trasladarlos al papel, como había hecho hasta entonces.

Tampoco hubiera sido posible referir lo que yo me creía razonos del espíritu, sino desahogado tierno de un corazón inflamado; y no hay en el mundo quien sea capaz de individualizar todo lo que en aquellos días me dijo aquel ángel del cielo. Era un río impetuoso de sentimientos y afectos encendidos, era un volcán ardiente que salían continuamente erupciones inflamadas. Se veía que os orozon era una higuera, que ardía en el amor divino y que las llamas le salían por boca y ojos. ¡Pero qué vigor en sus discursos! ¿qué viveza en sus imágenes! ¿qué colorido en sus locuciones! ¿qué sencillez en sus palabras! Su espíritu me parecía superior al de un hombre, y que podía ya los ángeles de las inteligencias celestes: todo esto acompañado de un celo, de una caridad, de una compasión, que me interesaban al mismo tiempo que me admiraban.

Habría sido monester que yo fuera un monasterio, una piedra insensible para no sentirme conmovido con tan fuertes impulsos. Pero no: Dios me hizo la gracia de sentir en afectos. Su fuego me abrasaba, sus lágrimas excitaban mis ojos, su dignidad me imponía respeto, sus afectos me penetraban, y bendecía á Dios por haberme dado un discolor tan digno de aquel sublime ministerio.

Así pasaron todos aquellos días, en una repetición incesante y siempre variada de afectos, exclamaciones y jaculatorias; y al despedirse de mí la noche del sábado, me dijo: ¡Id, adorad á vuestros brazos del Dios que os espera. Ya entre su bondad y vuestro corazón no hay más distancia que el intervalo de esta noche. Responded con la dulce expectativa de que la aurora vendrá para sembrar vuestra felicidad. Si alguna vez desportais, vuestra primera idea sea decir: ¡Es verdad que voy á recibir á mi Dios! Antes de entregáros al sueño llamad á vuestros padrinos y patronos, y hacad lo que la esposa de los Cantares, que mientras ella dormía sus corazos velaba.

Muñana te contaré lo que me pasó en aquel grande día. Adios por hoy, Teodoro mio.

## CARTA XIX.

DE BIBLIOTECAS  
EL FILOSOFO A TEODORO.

Luego por fin, Teodoro, este día tan deseado, este día destinado por el cielo para completar mi felicidad. Yo paso la noche en una dulce tranquilidad, con la idea de que presto se cumplirá tan amable esperanza, y habia procura-

do practicar cuantos consejos é instrucciones me habia dado mi digno conductor. Este vino una temprana que lo que acostumbraba. Le vi entrar en mi aposento con un aire modesto y recogido; pero sus palabras que trahen un aspecto

mi Esposo: ¿Quién puede comprender esta desolación infinita. El Rey de los reyes, el Señor de los señores, ¿quién habéis atajado de tantos modos y tantas veces después que os habéis prostituido á su enemigo y profeso á su amor al de las vísceras caritativas, se reconcilia con vos y os vuelve de nuevo en su casa, en su mesa y entre sus brazos, os declara otra vez su esposa querida y se reconcilia con una fiesta la renovación de vuestro desposorio.

Invocad pues á su padre, Madre querida que os sirve de madrina en tan augusta solemnidad. Ella os profe y os habla dadas con su intercesión una magnífica vestidura, os ofrece el prometido dote de su esposo celestial. Es la madre del amor eterno, del amor filial, del conocimiento y de la santa esperanza. Ved aquí tal preces con que puede celebrarse y que sin las más propias palabras del Señor. Podrá á su Esposo Jesús, que fue también el padre putativo de vuestro amante esposo y á quien la divina Providencia encargó el cuidado de la madre y del hijo, que os sirve de padrino. Invocad á vuestro ángel de guarda, á quien Dios ha concedido el cuidado de vuestra vida, y pedid que os ayude en el acto más importante de ella: á los santos de vuestro nombre, que son los protectores naturales que Dios se ha destinado para vuestra custodia, oscuridad á los de vuestra devoción para que os asistan en honor de tanto interés y que sean los amigos de la esposa.

Llamad á todos los bienaventurados que la gracia, á todos los ángeles que la misericordia y que la comunión reverentes cuando se digna desender á vuestro pecho. Pedidles que os enseñen á respetar como ellos lo respetan y á envidiaros un amor como ellos se aborran, y estad seguros que si los llamais no os desoír, todos vendrán á ayudaros y á abrazar al Señor vuestro esposo. Bese filiales inmortales, recibidos en el amor de este Dios de quien, están también penetrados del mismo espíritu, y no emplean su existencia bienaventurada más en alabar incesantemente á su divino benefactor y su padre, mi misericordia para los mortales que imploran su auxilio y su convicción de pecado.

¿Cuál debe pues ser vuestra confianza cuando considerais que os vais á presentar á un Dios de bondad que os digna de venir á vos y que va acompañado de tan buenos padrinos, de tan altos protectores, de tan buenos amigos y que todos interceden para que el Espíritu Santo os ayude con sus oraciones divinas y vigilancia que van á recibir, todos los méritos de la inocencia y todos los frutos de su paternidad.

Considerad también que os estáis en el seno de la Iglesia y que esta madre piadosa, aunque dividida en sus miembros y diseminada por toda la tierra, está siempre unida de intención; que esta es la familia santa compuesta personalmente de los escogidos y de los santos de Dios, que se alaban en espíritu y en verdad aunque entre vosotros, esperando el día de la luz que abraza mismo osá con vosotros amadores pidiendo por vos, cuando rugen por la conversión de los pecadores y por la persecución de los justos. ¿Cuántos motivos pues para renovar vuestra confianza, por más vil y abominable que haya sido vuestra conducta!

Apartad pues desde ahora, apartad de vos toda idea de terror, todo pensamiento de vuestra indignidad, si os ponais en ella, es solo para despertar mis vuestro gratitud y

admirar la misericordia del Señor. Que vuestra alma vuelva hasta su altura con las alas del amor y de la confianza, que vuestro corazón se enciende desde ahora para siempre con la cruz de nuestro Salvador, que vuestro consuello no os sepa sino en la memoria de su pasión y de su divino sacrificio, consideradlo el infinito amor con que se abandonó por vos á tan humillados tormentos como sufrió, para libertaros de las penas que vuestros delitos merecían, y en fin, esta inmensa caridad con que á pesar de vuestros crímenes vino á unirse con vuestra alma en la más dulce y amorosa unión. Jenerado ha instituido este sacramento en memoria de su muerte, y para ser la vida más dulce, el pensamiento más tierno con que puede ocuparse el que va á recibirlo si quiere, ver fin á su santa voluntad.

Atento pues desde ahora á este único objeto, escuchad y no escuchad otra cosa que esta voz del Evangelio que Dios os inspira por sus labios. Ved aquí el esposo que viene á unirse al matrimonio. Y que esta diligencia repetida á cada instante á vuestro oído, despierta y produzca en vuestro corazón todos los sentimientos de ternura y amor que se le debían. Si os acordáis, no lo dudéis, os vuestro esposo, y el esposo más querido del que va á venir. No hay sacramento en que nuestro Señor se muestre tan claramente nuestro esposo como en el de la Eucaristía, porque su objeto es unirse íntimamente con el que lo recibe, hacer una misma cosa de los dos y producir verdaderamente una alianza espiritual.

Para entrar como en un monasterio se recibid, considerad cómo el mismo viene lleno de amor, de bondad, de dulzura, de misericordia. El mismo vino aquí, cuando instituyó este sacramento, que había deseado con ardo celebrar con nosotros esta pasqua, esta pasqua en que os como al verdadero Cordero. El mismo es el Cordero. Esta pasqua es que para daros á vos propiamente el sacrificio más terrible. Si él deseaba por venir á nosotros padecer tanto mal, ¿cómo debamos desear que venga á nuestras almas nuestro Salvador, que es mansueto de todo bien y con que respeto, devoción y alegría le debemos adorar!

Así le recibid el anciano Simón cuando le tomó de los brazos de su hijo y cuando protestó que no había deseado la vida sino para ver á su Salvador, así la esperaban los antiguos patriarcas, cumplidos por el diablo, día en que se cumplían las divinas promesas, así le recibió la madre del Bautista cuando vivió en su casa á la Madre de su Señor y su hijo. ¿De dónde me viene tanta dicha que la Madre de mi Señor entre en mi casa! Si así pensaban tan altos personajes, ¿qué harán nosotros, infelices y pobres pecadores, cuando viamos que el Dios del universo y toda la gloria de los siglos desciende hasta nosotros! ¿Con qué ardor y sinceridad debo decir nuestro corazón: ¡Oh Padre! ¡Oh hijo! ¡Padre mi Dios y mi Señor, no te has contentado con darnos á tus hijos y á tus hijos, ¿habráis resultado con el precio de tu sangre, sino que por un prodigio incomparable de amor te dignas de venir hasta mí para habitar en mi alma, para transformarme en vos, para unirse conmigo con laza de amor, con vínculos de eterna caridad!

¿De dónde me viene tanto bien! No es por mis méritos, pues no he hecho más que pecar; no por honras, pues soy un pobre que heido de barro y tú eres mi Dios: es por tu bondad, que es tanta, que tú debes venir

mas á mí, que yo, que soy el que debiera desear, porque soy miserable, porque necesito de vuestro socorro y porque sin vos no puedo nada. Vos me amais por pura misericordia, y yo debería bastaros para tener en vos al que puedo darme todo; pero vuestro amor excede tanto á mi propio interés, que vos venís á darme todo, aunque yo no lo deseo ni lo busco tanto como debiera. Vos habéis dicho que vuestros más dulces delicias eran vivir con los hijos de los hombres. ¿Qué bondad! No es tan natural al sol alumbrar ni al fuego quemar, como á ti amarnos y hacernos bien.

Ved aquí las únicas ideas y pensamientos agradables que deben ocuparos hasta el fin del momento que os prepara al cielo. Vuestro corazón debe mudarse en un mar de alegría y boga con los volúmenes romos de la dulce esperanza; pero como la santidad de este esposo, como su grandeza y dignidad es tan alta, y por otra parte el gusto de ver en el amor de sus esposas un objeto por su excelencia que vuestra heredad y gloria varían acompañadas de una profunda reverencia, considerado por un lado la majestad del que viene y por otra la bajeza del que aguarda. Estos sentimientos os darán os podrían hacer cumplir con el consejo de David que os dice: Sere al Señor con temor y alegraros en su presencia con tambor.

Acordaros de las terribles amarguras que padeció Moisés por ser de Dios al punto en el momento de promulgar su ley, tanal presente como cuando se recibid es atrozmente á acercarse al monte en que hablaba, ni hombre, ni bruto, ni cubano, se podía de ser admitido. Reflexionad que aunque permito á Aaron, que él mismo había obrado sobranzo sacrificador, que subiese al monte, le mandó no obstante que se acercase desde lejos, sin que otro que Moisés tuviese el privilegio de acercarse, y discurrid que si tanto respeto era necesario cuando Dios publicaba su ley por medio de un ministro, ¿qué debemos temer cuando el mismo Señor viene en persona! Escuchad los pies de vuestra propia bajeza, humillad hasta el polvo de la tierra cuando veais que el Señor de tanta grandeza á asiente para unirse con vuestra alma.

Con esto me dejó el padre y se fué. Me sería imposible, Teodoro, referiros por mismo todo lo que me dijo en los días que siguieron hasta aquel dichoso domingo, porque ya no fueron discursos aquellos como los precedentes; eran tiernos afectos y movimientos de un corazón no la-

niar mas que un objeto, que era el de mi próxima misericordia filial; pero tan variados y presentados con aspectos tan diferentes, que es imposible que yo los pueda recordar, tanto más cuanto aquellos días pasaba más tiempo conmigo y me ocupaba tanto, que no me dejaba tiempo para trasladarlos al papel, como había hecho hasta entonces.

Tampoco hubiera sido posible referir lo que yo me creía racionales del espíritu, sino desahogado tierno de un corazón inflamado; y no hay en el mundo quien sea capaz de individualizar todo lo que en aquellos días me dijo aquel ángel del cielo. Era un río impetuoso de sentimientos y afectos encendidos, era un volcán ardiente que salían continuamente erupciones inflamadas. Se veía que os orozaron era una higuera, que ardía en el amor divino y que las llamas le salían por boca y ojos. ¡Pero qué vigor en una disolución, qué vivencia en sus indulgencias, qué colorido en una locución! ¡Qué sencillez en sus palabras! Su espíritu me parecía superior al de un hombre, y que podía ya los ángeles de las inteligencias celestes: todo esto acompañado de un celo, de una caridad, de una compasión, que me interesaban al mismo tiempo que me admiraban.

Habría sido monester que yo fuera un monasterio, una piedra insensible para no sentirme conmovido con tan fuertes impulsos. Pero no. Dios me hizo la gracia de sentir en afectos. Su fuego me abrasaba, sus lágrimas excitaban las mías, su dignidad me imponía respeto, sus afectos me penetraban, y bendecía á Dios por haberme dado un discolor tan digno de aquel sublime ministerio.

Así pasaron todos aquellos días, en una repetición incesante y siempre variada de afectos, exclamaciones y jaculatorias; y al despedirse de mí la noche del sábado, me dijo: ¡Id, adorad á vuestros brazos del Dios que os espera. Ya entre su bondad y vuestro corazón no hay más distancia que el intervalo de esta noche. Responded con la dulce expectativa de que la aurora vendrá para sembrar vuestra felicidad. Si alguna vez desportais, vuestra primera idea sea decir: ¡Es verdad que voy á recibir á mi Dios! Antes de entregáros al sueño llamad á vuestros padrinos y patronos, y hacad lo que la esposa de los Cantares, que mientras ella dormía sus corazos velaba.

Muñana te contaré lo que me pasó en aquel grande día. Adios por hoy, Teodoro mio.

## CARTA XIX.

DE BIBLIOTECAS  
EL FILOSOFO A TEODORO.

¡Luego por fin, Teodoro, este día tan deseado, este día destinado por el cielo para completar mi felicidad. Yo paso la noche en una dulce tranquilidad, con la idea de que presto se cumplirá tan amable esperanza, y habia procura-

do practicar cuantos consejos é instrucciones me habia dado mi digno conductor. Este vino una temprana que yo me acordaba. Le vi entrar en mi aposento con un aire modesto y recogido; pero sus palabras que trahen un aspecto

mas dulces y serenos. Sus ojos brillaban con una alegría visible y parecía querer decirme: Ve aquí el momento de vuestra dicha y el término de nuestras penas. Yo me preparaba á seguirle pero el sentimiento y la incógnita se le quitaron, me dijo: Deseo aun hablaros antes de que os acerquéis al altar.

Nosotros somos dos pobres mortales, dos miserables pecadores, y con todo, estamos convidados y vamos á presentarnos á la mesa del Señor. Ve aquí, pues, el momento en que debe acabarse de nuevo vuestro corazón á los mis vicios y á las aflicciones. Sin duda que reconocimos nuestra indignidad; pero, ¿qué el Dios de misericordia se ha dignado escogernos, ¿qué nos ha dado el tiempo y los medios, pues nos está esperando, ¿qué nos da el momento de tan santo día? ¡Ay cómo se confundían las muchas lágrimas que nos venían con él, no tendríamos un deseo ardiente, un hambre santa de comer este pan celestial? Este desayuno, esta hambre son la mejor disposición que podemos llevar para recibir dignamente y sacar más fruto.

El ser humano, grosero, en que solo produce efectos los objetos sensibles, se encuentra fácilmente en estado tan vivo con las ideas espirituales que la fe presenta y que solo puede perder á sí mismo, pero la misma fe ayudada de la gracia le puede inflamar, cuando se desiste á considerar los efectos de este sacramento y los misterios maravillosos que están producidos en los que lo reciben con la preparación que se les da. Por eso antes de que los trescientos á la santa mesa, me ha precedido, haceros algunas reflexiones, algunas palabras del venerable padre Granada, y que podrán serviros mucho en esta ocasión.

Sabed, dice, que como Dios por su bondad opuso al primer hombre, que fué la causa de todos nuestros males, un segundo hombre que es el sustituto, fuente y principio de todos nuestros bienes, así opuso al fruto fúerido del árbol, vedado que nos ha perdido, otro fruto celestial, que es el divino sacramento, fruto del cielo, que sirve de remedio á todos esos daños. Y como, por la obediencia del segundo hombre nos hemos libertado de todos los desgracias que nos acarrió la desobediencia del primero, así todos los males que nos produjo aquel alimento fúerido se sanan con este pan divino.

Este sacramento, pues, es un antidoto saludable que levanta la cordaz divina para curar á todos los hombres del pestiferio veneno ven que la antigua serpiente los había infectado. Y para comprender bien cuánto bienes nos comunica esta vida celestial, basta considerar los innumerables y terribles males que nos causó aquella mortífera vianda, teniendo presente que Dios instituyó este augusto misterio, mudó la maldición en bendición, pues que hablando del primer fruto, dijo: En el instante que comiere mortalidad, el segundo ha dado. El que comiere este pan vivirá eternamente.

Y cómo no esperará hallar en este convite la eterna vida de que reflexione que come la misma carne de Jesucristo unido al Verbo divino? Sin Juan Damasceno dice que como el Verbo de Dios eterno es el principio y la fuente original de toda vida, pues ha dado á todos el ser, desde que se unió con la carne humana á su propia carne vivificante, de modo que esta carne unida al Verbo, comunica la vida á todo lo que toca. Así, no siendo otra cosa el

Sacramento que la carne de Jesucristo unida á su divinidad, posee toda su virtud, grandeza y poder.

Reflexional, pues, señor, lo que debe pasar en vuestra alma cuando este divino Redentor ceba en ella. Considerad los efectos que debe producir esta carne celestial unida con el alma de Jesucristo y congrada con la infinita unión de su ser divino. Es Dios Hombre el que viene á vuestro corazón con todos los méritos de su santa humanidad y con toda la plenitud de su divinidad. ¡Ay á qué viene! Á tocar con su carne la vuestra y comunicarla á su propia vida, á llenaros de su presencia, á alimentarnos con su misericordia, á lavaros con su sangre, á derramar sobre vos la unción de su gracia, á vivificaros con su muerte, á humillaros con su vida, á enseñaros con su amor, á sacrosantos con su dulzura, á despojaros con vuestra alma y vuestro con ella, á hacerse participante de su espíritu y de todos los méritos adquiridos á la cruz, ofreciendo esta misma carne con que os regala.

Por eso con este divino Sacramento vos coméis de nuevo mayor odio á los pecados pasados, quedáis fortalecidos para lo venidero, vuestras pasiones se detienen, vuestras tentaciones se disminuyen, vuestra devoción se inflama, vuestra fe recibe nueva fuerza, vuestra caridad nuevos ardores, vuestra esperanza, crece, vuestra fequencia se transforma, vuestras lágrimas se reparan, vuestra diligencia se acerca, vais á ser participantes de los méritos preciosos de Jesucristo y á recibir una premiada de la vida eterna.

Sabed también que este es el pan que da vida á los pecadores, que sirve para á los comunicados, que levanta á los caídos, que calma á los tristes, que da arma á los valientes, que lleva á los tímidos, que consuela á los afligidos, que instruye á los ignorantes, que enseña á los típicos, que despierta á los peregrinos, que sana á los enfermos y que es el único remedio en todas las dolencias y el más seguro recurso en las necesidades. ¡Oh! Qué, pues, que reflexione sobre los maravillosos efectos que produce este infalible Sacramento y sobre el amor y liberalidad con que nos lo reparte nuestro adorable Redentor, quién, digo, será el que no desee tan inmensa riqueza? ¡Quién será el que no tenga hambre de alimento tan soberano!

Y vuelvo á decir que la consideración de vuestra indignidad no debe acobardaros ni enbalar el ardor de vuestra alegría; porque aunque este sacramento sea tan augusto y santo, debéis tener presente que es el tesoro que se ha desubierto para socorrer á los pobres, que es la medicina que se ha ordenado á los enfermos, que es el remedio destinado á los necesitados y un gran festín que se prepara á los hambrientos.

Inferid de aquí con cuánta confianza, con qué hambre, con celo y deseo debéis venir á recibir al Señor que va á llenaros de favores. Acordaos del ardor con que deseaban los patriarcas y cómo penetraban el cielo con sus gritos, pidiéndole que viniese este Mesías tan deseado de los nacidos. El que vais á depositar en vuestro seno es el mismo que vino al mundo y viene á hacer en vos lo que hizo en el mundo. El le trajo la vida de la gracia y viene á dar á vuestra alma la misma vida.

Pero para usar de una comparación más familiar, figuradme cómo será el impetuoso ardor de una mujer que pobre y angustiada de hijos aguarda la llegada de su marido, que vuelve de las Indias con inmensa riqueza y que espera

gozar en su compañía de honor, de reposo y de toda especie de consuelo. Juzgad si vuestro deseo no debe ser más vivo, pues esperaréis recibir al esposo y dulces Espasos de vuestra alma, que no viene de las Indias, sino del cielo con todas las riquezas para llenaros de bienes inmortales. Esta consideración debe aumentar vuestro fervor. Vamos, pues, señores, el Espíritu Santo que dirige, nuestros padrinos y protectores nos acompañen y el mismo Dios que vamos á buscar se sirva iluminarnos su amor.

El padre se levantó y yo le seguí á la acostumbrada capilla. Yo iba, Teodoro, como enajenado, mis sentimientos y todas las facultades de mi alma estaban en una suspensión absoluta. Apenas podía percibir mi propia existencia. Las ideas atropelladas que cruzaban por mi imaginación, me embergaban de tal modo, que no podía distinguir ni perfeccionar alguna. La vista del padre ya roto en el altar me despertó del letargo, y oí como yo era tiempo de prepararme á momento tan decisivo. Hacía esfuerzos para recordar todo lo que el padre me había dicho y todo lo que mi corazón me decía; pero tantas especies juntas me confundían y las unas ofuscaban á las otras.

A pesar de mi turbación interior, de este desorden y confusión de mis ideas, yo entreveía en el fondo de mi alma un sentimiento íntimo que nacía de mi corazón. Mi razón no podía formar discurso, ni podía separar las especies, pero mi alma las sentía, y me parecía que en este silencio embargado de mi entendimiento no estaba nuestra la sensación de mi corazón. Me rayaba una luz, aunque oscura, penetrante, y veía con ella mi propia majestad y la misericordia de la inmensable majestad que se dignaba descender hasta mí. Entre los sentimientos de honor, é indignación que venía con un error vuestros y mis flujos ardientes, letraba un rayo dulce de placida esperanza. Sentía un consuelo placentero con la idea de que todo aquel mal iba á ser reparado.

El ruido de la campanilla en el momento de la elevación me volvió á despertar. Con el golpe de aquel toque me dió un vuelco el corazón; yo me dije atropelladamente: Ve aquí mi Dios, mi Dios que viene á visitarme. Me sentí anonadado y confundido de delante de la suprema majestad del cielo y me posté hasta lo más profundo de la tierra, considerando mis indignidades y los largos errores de mi vida. Por tanto, atrevido, hubiera querido huir de mí, y agraviado de mi misterioso corpejo no me atrevía á fijar mis ojos en el Dios de la purza y misericordia. No dudaba que estaba allí presente, que me veía y que había venido por mí. No podía asombrarme de nada de lo que había agredido y había pasado para este lance; todo se trataba en mi memoria. La razón no me gobernaba, y solo me dirigía un sentimiento tan vivo como poco ilustrado, sentimiento en que me parecía haber encontrado, pero que estaba acompañado de terror.

Otro toque de la campanilla me avisó de que ya llega el momento preciso, levanto los ojos y veo al sacerdote que vuelto á mí y con la hostia en la mano, pronunciaba ya las palabras sagradas con que la iglesia implora la misericordia divina para que nos perdone los pecados. . . . Cuando vi al sacerdote que dirigíendome á mí con la hostia en la mano, me dije: He aquí el sacerdote de Dios, he aquí el que tanto las palabras del mundo, una nueva turbación se apoderó de mi alma. No podré hacer razón de lo que pa-

saba entonces por mí mismo, tan fuera de mí estaba. Solo sé que me sabor cómo y cómo inmensamente á las bocas mis amada, que el ministro, pero en ella el pan del cielo; y que el Dios de bondad entró en el más perverso de los corazones.

Muchos momentos pasaron antes de que yo pudiera reconocer y salir de aquella especie de estupor con que estaban como en suspensión todas mis facultades. Poco á poco el tumulto de mis ideas se fué apaciguando, y yo empecé á distinguirlos con una claridad; pero igno qué podrá individualizar su inexplicable multitud. La primera que se me presentó con gran viveza, fué una rápida comparación de mi estado presente con aquel en que me hallaba pocos días antes. No podía concebir cómo en tan poco tiempo había podido conservar la incomprensible bondad de Dios en un grande oropel, cómo en el que me antes era un prodigio de inoperación y desolución, podía ahora verse el plé de los altares y con su Dios en el pecho.

Admiraba esta provisión soberana que con medios dispuestos por su sabiduría me había traído á esta casa, su donde con una liberalidad tan gratuita como poco merecida me había dado el teatro de la fe, me había conchado á la penitencia y perfeccionado su virtud, dándome con el perdón y su gracia, el más inefable de sus dones, que es su cuerpo precioso y su divina sangre. Esta transformación tan completa y consumada en tan pocos días, me transportaba de gozo, me llenaba de admiración y me hacía arder en afectos fervorosos de salvación y gratitud.

Ya podía entonces recoger y recomenzar en mi mente todas las especies bellísimas de que me había instruido mi director. Levanté mi corazón á Dios, de quien me venía tanto bien, y le ofrecí con un hijo de la iglesia, mi mismo tanto bien, un sacrificio de alabanza; le presenté la hostia divina que recibía, lo dar la vida á mi alma y le apliqué por ella que no solo perdurara más perfecto, sino que me llenara de virtudes; en fin, prometí ofrecer todos los frutos que me hubiese causado y que me inspirara mi corazón necesitado.

Pero en medio de este ejercicio volvía siempre los ojos hacia mí, y con un consuelo inexplicable, con una alegría de un género nuevo y que experimentaba por la primera vez, me decía á mí mismo: ¡Qué pan Dios está comunicando ya hoy cristiano! ya soy del pueblo santo; ya soy del reino de los santos; ya soy hijo de la iglesia, miembro vivo de Jesucristo; ya soy objeto dilecto á los ojos de Dios; ya no contrasto á los benedicturados; ya los santos de la tierra me miran como su hermano; ya estoy resucitado; yo tengo en mí el principio de la vida y puedo esperar que un día será compañero suyo y de los felices que gozarán del esplendor divino por toda la eternidad.

Estas y otras ideas de la misma naturaleza me transportaban. Yo hubiera querido hacer al universo todo de que se podía hacer los mismos bienes, y solo, solo, desear que los ángeles inmensos para que saliesen del número de muertos de que yo acababa de salir.

Me acordé, Teodoro, que hasta entonces no había conocido lo que era un gozo tan puro y la verdadera alegría del corazón. ¡Con qué ojos tan diferentes veía ya todas las cosas de la tierra que tanto me habían aborrecido! ¡Qué fero-

los me parecían los honores! qué despreciables las riquezas! qué odiosos y perdidos esos groseros placeres de que vivía antes tan ansioso. Si la imaginación me los presentaba, mi corazón los repelia con horror, porque al mismo tiempo que sentía su futil y aleveza daltara, penetraba su malicia y los efectos funestos que producen.

Pero cuando levantaba mi vista al cielo y contemplaba la majestad de su soberano, la presencia del Dios de la hermoza, la compañía de sus fieles escogidos, la no interrumpida serie de aquellos placeres puros y siempre razonables de aquellos dulces que no lastiman y del perfecto contento del alma inmortal, que los debe gustar, ¡juntos! ¡juntos! toda la tierra me parecía estéril! ¡barra! ¡mis antiguos errores y equivocación! ¡los que vacían todavía en los errores y las ansiedades de la tierra!

No sé cuánto tiempo duró este estéril empleo de mi alma; pero infiero que sería muy largo, así por la multitud de ideas que recordé, como porque fui preciso que el padre me levantase del bano y dijese: Ya es tiempo, señor, que nos vamos. En efecto, me puse en pie; pero me sentí un invidio de conciencia, tan arrebatado del que, que sin considerarme que estaba en la capilla, inadvertidamente le eché los brazos al cuello, diciéndole: Hombre de Dios ¿a quien debo mil veces más que a mi padre, admitir conmigo las misericordias del Señor, y también a darle gracias y pedirle que estenga mi flaqueza.

El padre recibió esta desazon sensible de mi corazón con un dolo y modesta caridad, me estrechó entre sus brazos, juntó sus santas mejillas con las mías y me respondió con una expresión enternecedora: *Bendito sea el invisible, omnipotente, eterno Dios de Israel, como y eterno, que quisiera ha visitado á su pueblo y le ha librado de duro castigo.* Y después de haberme dicho otras muchas cosas de edificación, me dijo: Vamos a nuestra celda.

Yo le seguí; pero, ¡levíssimo, qué diferente de mi estado! No era aquel mortal grosero que cargado con el peso de sus delitos y unido en el yugo de sus pasiones se arrastraba pesadamente sobre la tierra, en que tenía finalmente puestas sus esperanzas, era un espíritu ligero, que descargado de todo peso inútil, pretendía volar al cielo con las alas de la esperanza y del amor. En efecto, amigo, no exagero nada. El hombre que sale de un calabozo oscuro, de una celda inaccesible, donde ha pasado largo tiempo con poca luz, cuando que le aprime y agobian, cuando puesto su libertad va libre y contemplará que de la oscuridad del sótano y de la claridad del día, no se siente, mas ligero ni más consolado que yo me sentí entonces. Todo era nuevo para mí. El cielo me parecía más placido, la luz más apacible y toda la naturaleza más hermosa. Y si el primer esfuerzo de un tan indigne pecador produce en el alma una transformación tan preciosa, ¿cuál debe ser la felicidad del santo, que después de mucho tiempo tiene su corazón en el cielo y vive con su Dios!

Legamos á mi estancia; el padre me dijo: Dios no ha servido de darnos luz y tiempo para dar fin á esta obra de su misericordia. Bendito sea. La primera ocupación de vuestra vida sea, señor, darle cada día gracias por tan incomparable beneficio, y que nuestro cielo estado sea pedirle el don especial de la perseverancia y trabajar por no perder sus frutos; pero no es esto de lo que quiero hablaros ahora, es razón dar un intervalo á nuestras tareas. Para

que el celo se mantenga, es prudencia no fatigar el espíritu. Después hablaremos de los medios convenientes para conservar el preciso tesoro de la gracia.

Ahora solo quería decirles que después del tiempo que pasáis en esta casa, todos los que la habitan y nuestro superior habrán venido á ofreceros un respeto; pero yo he sido la causa de que no lo hayan hecho. No he querido que un año de salud, en ocasiones de propiación tan favorables, en que os disponáis á cooperar con las influencias celestiales, nada interrumpiese tan importantes y serias ocupaciones, ni tampoco la menor distracción á vuestro espíritu; pero ahora que por la gracia del Señor habéis dado fin á vuestros ejercicios, si lo permitis, nuestro superior y algunos de nuestros pechos mas sencillos se disputarán la honra de ofreceros sus servicios y acompañar algunas veces vuestra soledad.

Ha mucho tiempo, padre, le respondí, que deseo saber qué cosa es esta á donde el cielo me ha conducido, en que se me trata con tanto desinterés y caridad y donde he encontrado el hombre que me ha destinado al cielo por encima del abismo de miseria en que estaba sumergido. Muchas veces os he querido hablar de ello, expresarme mi reconocimiento y pedirle los medios de manifestarle á quien debía. Vuestro ardiente celo, siempre ocupado en salvar mi alma y no intruíndome de cuanto yo está que ignoraba, no me ha dado lugar para que lo pudiera hacer. Por otra parte, estaba persuadido de que puesto por Dios en vuestra mano, debía obedeceros ciegamente, sin dudar con mi entereza ó mi voluntad los impulsos con que la bondad divina me encaminaba por vuestra dirección; creía que nada era más del caso que dejarme conducir y manejar por vuestra prudencia, y por eso digna vez mismo de hablaros, no debo deciros sino que estoy dispuesto á cuanto me ordenáis.

Nuestros señores, me dijo el padre, acordaros que vividos de diferentes países, nos hemos juntado en esta retiro para evitar los peligros del mundo y vivir con la simplicidad evangélica. No vienen á esta casa sino los hombres desengañados que quieren dar á Dios, y á Dios únicamente, todos los momentos de su existencia. No nos olvidemos á mantenernos en ella por todo determinado. Batamos sólo porque queremos, y pudiéramos dejarla en cualquier hora. Nuestra obligación única es de seguir, mientras estamos en ella, con fervor y fidelidad la regla con que se vive, obligarnos con los ejemplos de los muchos santos que la habitan y procurar no contrariarnos con los nuestros.

A pesar de esta libertad y á pesar también de que la regla tiene por objeto alzar la perfección del Evangelio en toda su extensión, es ven pocas que la laya claudican. — Dios nos sostiene en su gracia, y vos, señor, que de feis obligado al ser en ella los milagros y los milagros obedecéis con el mismo ardor y la más fervorosa solicitud los más penosos de nuestros estatutos, crecle que el talido de una compaña regla todos nuestros movimientos, y admirare celo á pesar de la edad y de las enfermedades, todos muestran con su agilidad la penitencia de su obediencia.

Nuestro instituto, señor, es salir cada año una ó dos veces, según nos manda nuestro superior, de día en día á recorrer los pueblos cercanos y repartirles el pan de la

palabra de Dios. Esto es lo que llamamos hacer misiones, y vamos cuando los magistrados del pueblo nos llaman ó cuando algún motivo nos persuade ser oportuno. Dos de nuestros publicamos la misión en el pueblo mas ó menos días según su población. Predicamos todas las tardes; uno de nosotros le instruye en la doctrina cristiana, y el otro les prueba las verdades eternas para despreciar los vanos vicios y convertirlos á su Dios. Las amamos las pascuas en el confesionario, y el Señor que bendice nuestros trabajos nos da muchas veces el consuelo de ver á fines otros de nuestro ministerio, ya destruyendo á muchos en las verdades necesarias para salvarse, ya volviendo á muchas ovejas descarriadas al rebaño de su pastor. En efecto, no podemos dejar de admirar en los voladores conversiones que vemos, la bondad del Señor sobre sus escogidos y los poderosos esfuerzos de su gracia.

Cuando el tiempo de las misiones se concluye ó cuando acabamos de recorrer los pueblos á que fuimos destinados, volvemos á esta casa á observar la común disciplina y aplicarnos con el mayor esmero á aprender lo necesario para salir de nuevo. Nuestro superior arregla los tiempos y los destinos, teniendo cuidado de alternarlos, y por este medio mientras la mitad de la comunidad está en las villas y lugares instruyendo ó exhortando á los pueblos, la otra mitad está en la casa aplicada á los ejercicios religiosos, á la observancia de nuestros estatutos, y á nuestra propia instrucción para repetir nuestras misiones con mas fruto.

Todos estamos subordinados á la dirección de un superior á quien profesamos obediencia y que elegimos nosotros mismo cada tres años. El solo está encargado y oída de todos los negocios de la casa. Todo está encaminado á su prudencia para que los demás desahorados de toda aplicación extraña puedan entregarse sin distracción á los ejercicios religiosos. El superior es el único que puede eximir, y por lo ordinario es el que nos estimula con su ejemplo y exhorta.

El espíritu que dirige nuestra vida interior es el de estar siempre ocupados, siempre juntos, siempre en presencia los unos de los otros, haciendo nuestros ejercicios en común para sostener recíprocamente nuestro fervor. Procuramos dar una idea del modo con que vivimos, que dice por venir las desocupaciones de su día, y en la aplicación de un mes en entendimiento de todos, porque nuestros días se parecen como á otros, y cada día á cada noche son repetidos las mismas ocupaciones.

Á las cuatro de la mañana el toque de la campana nos llama al coro. Allí empezamos el día por una hora de oración; cada cual medita un secreto, eleva su corazón á Dios según su espíritu le conduce, y le pide su socorro. Después nuestras voces se juntan para cantar las alabanzas de Dios, entonando con respeto y pureza una parte del oficio divino y los himnos sagrados de la Iglesia. Esta santa solemnidad nos dura dos horas, y cuando se acaba vamos á la Iglesia, y allí declinamos la mesa, ayudándonos mutuamente unos á otros. Cuando hayamos acabado nuestros oficios, lo que meo ser á los ocho, nos juntamos todos en la biblioteca, y allí conferimos sobre todos los puntos de moral que se examinan sucesivamente, y otras instrucciones nos es necesario para el uso del confesionario, porque allí no se trata sino de lo que puede dirigirse en la resolución y doctrina que debemos dar á los penitentes. Esta ocupa-

ción dura hasta las diez, y volvemos al coro, donde declinamos otra parte del oficio del día, que dura hasta las once.

La campana nos avisa entonces que es hora de comer, y vamos todos juntos al refectorio, de donde nos encaminamos después á una capilla particular, en que llamamos á Dios gracias por la magnífica libertad con que nos complace los frutos de la tierra para sostener nuestra existencia. Después de esto es permitido á cada uno volverse á su aposento, donde puede tomar reposo si la necesidad, ó si no se quiere el tiempo con lecturas religiosas ó devociones particulares de su gusto. Á las diez vuelve la campana á sonar y nos avisa que debemos ir al coro á entonar la tercera y última parte del oficio del día, y cuando se acaba recamamos de rodillas el Rosario para dar este tributo á la madre de nuestro Dios, que también lo es nuestra, y por cuya intercesión esperamos nuestra eterna felicidad.

De aquí vamos otra vez á la biblioteca para tener la confesión de la tarde, que se reduce á examinar otros puntos de la moral, y todo lo que puede sernos útil en el destino de su alma.

Este ejercicio dura hasta las siete que volvemos al coro para tener otra hora de oración. Se nos hace algunos puntos de las verdades eternas y después cada uno se aplica en particular á su meditación. Solamente los viernes ocupamos esta hora en hacer el *Vís-Crucis*, que es un ejercicio devoto de la pasión y muerte de nuestro Redentor, y los martes uno de nuestros padres nos hace una plática espiritual para excitarnos al amor de la virtud. Á las ocho vamos á cenar, y después volvemos á la misma capilla, donde damos gracias al Señor y declinamos juntos el oficio de la Virgen para implorar su protección.

Todo esto se concluye á poco más de las nueve, y es la hora en que cada uno debe en silencio retirarse á su estancia para tomar el reposo necesario. Esta ley del silencio es muy rigurosa entre nosotros, pues aunque como hablo visto, la mayor parte del día estamos juntos, no nos es permitido hablar, á menos que la necesidad ó la caridad lo exijan. El rigor de esta ley no es muy útil, porque evita la relajación que pudiera introducirse, y también la distracción.

Pero como también pide la caridad que hermanos que viven siempre juntos y que por tanto tienen debida amistad, puedan confesar entre sí, confiamos sus pecados y excusamos mutuamente á sostener en la carrera que algunos en el amor del Dios que adoran, un día en la semana se nos permite el desahogo de una conversación honesta y fraternal. Los domingos por la tarde cuando asistimos de la Iglesia después de acabar las viandas y el oratorio, en lugar de ir á la biblioteca podemos bajar juntos á tomar el té, y nos es lícito hablar y confesar juntos hasta que llega la hora de la oración.

Verdad es, señor, la fraca de nuestros ejercicios, en que el fin de un día nos prepara á observar igualmente el mismo método en el siguiente. Ya ves por esta descripción que en una vida tan ocupada no hay lugar para la ociosidad, y no es tan fácil la tentación. Ya podréis ver también que no hay ninguna actividad extraordinaria; esta se reduce al espíritu de cada uno. Sin embargo, la flaqueza humana es tanta, que esta repetición continua de actos siempre lo mismo pudiera hacerse fastidioso y repugnar á la naturaleza, si no la esportara la pasión divina.



Gracias a su bondad, nosotros sufrimos poco en esta guerra de vida, todos estamos contentos con ella. Viejos y jóvenes la siguen no solo con fervor y agilidad, sino con alegría y satisfacción. Separados del mundo y de sus agitaciones, desahucados de todo afán que nos inquiete, de todo cuidado que nos fatigue, viviendo a expensas de la Providencia, sin temor de los hombres y confianza en Dios, procuramos no perder el tiempo que se nos ha dado para merecer, y aguardamos el momento en que nos llame á la patria y nos conduzca á la patria celestial.

En efecto, señor, aquí todos edifican con sus ejemplos, pero entre todos tenemos muchas grandes y sobresalientes espigas de virtud y de mortificación, tenemos varones eminentes en sabiduría, y también lo son en virtud, hombres cuya existencia es una oración continua; que siempre en presencia de su Dios, parece que ya no viven en la tierra, sino en el cielo, que superiores al mundo no se consuela el Señor sino para que desfoguen sus venganzas contra tantos pecadores que le insultan y tantos imperfectos que lo deshonran.

Yo quisiera, señor, que los viera. Su aspecto solo inspira veneración y amor á la virtud. Son monumentos vivos del Evangelio, y espigas en que respaldado toda la hermosura de su doctrina. Solo con verlos conocerás qué hay felicidad fuera del mundo, ó para expresarlo mejor, que es menester estar fuera del mundo para hallar la verdadera felicidad.

Cuarenta ó cincuenta años de esta vida pobre, penitente y oscura me han dado esta última de carácter, esta seriedad de alma que manifiesta su apacible y tranquilo sosiego. Su es hacer sensibles los venidos de la virtud cuando veas la sencillez de sus discursos y la paz que reina en su corazón. Estos venerables varones respiran el buen olor de Sion y no son una copia pálida de tan divino modelo. Su presencia sola persuade más que todos los discursos, porque presentando una imagen viva de santidad, muestran al mismo tiempo cuál es la virtud.

¡Ah! si los gentes del mundo pudieran dejar un instante las locas búsquedas que los alejan de paz, ver con una mirada atenta la paz y la claridad con que viven los que se consagran con sinceridad al servicio de Dios, si pudieran observar la alegría con que corren en sus días tranquilos; la dulce esperanza con que aguardan sucesos de la muerte; y qué presto abandonan sus tan tempestuosas pasiones con que se agitan, y vanrían á buscar la dicha en la calma de la buena conciencia!

Permitidos pues, señor, que vaya á prevenir á nuestro superior; y á algunos de nuestros padres para que veigan á presentarnos sus respetos, y que al mismo tiempo se desahogue un instante de los largos y penosos trabajos que habes emprendido, con la inocencia de un niño, conversación; estoy seguro que con los sentimientos que os ha inspirado la gracia no pueden dejar de seros agradables y de confirmaros en vuestros intentos de seguir á la virtud. Yo respondí al padre que estabas dispuesto á hacer lo que me mandase, pero que me parecía más á propósito que fuese yo mismo á dar al padre superior gracias de haberme permitido estar en su casa tanto tiempo y haberme dado lo necesario con tanta bondad. ¿Pues quieres venir

vos mismo, yamos, señor, me dijo el padre levantándose, y yo le seguí.

Llévame á un aposento en que si un anciano venerable que solía recibirnos con la mayor urbanidad. A pesar de sus años, indicos de su vejez, estaba todavía lleno de agilidad. La voz de su semblante lío y resplandeciente y la alegre vivacidad de sus ojos, mostraba su salud, fruto de la inocencia de su vida. Jamás había yo visto mayor tan hermoso ni recibimiento tan gracioso. Pocos días antes le habia visto como un viejo incansable, como un hombre lío, y mi corazón lleno de desprecio apenas habia detenido la vista en su simplicidad, pero ¡qué ojos tan diferentes tienen los que empiezan á observar con el espíritu de Dios ¡cuánto cosa van que no pueden ver los que están precipitados con el espíritu del mundo! Yo me sentí penetrado de un respeto y veneración que jamás hombre alguno me habia inspirado, y los mayores soberanos de la tierra no me habrían hecho una profunda sensación.

El padre me presentó al superior, yo procuré explicarle mi gratitud. El me respondió con términos amables y corteses, que redoblaron mi reconocimiento. No era su atención urbana aquella afectada cordialidad con que se explican el mundo y que no se trata cosa que el claro título de hacer fines y decir palabras que lo presenten todo y nada signifiquen. Eran expresiones verdaderas y sencillas, eran discursos que la sinceridad imprimía en sus labios, y que ratificaban el corazón, eran afectos puros y sencillos, hijos de la caridad fraternal y que se originan se deriva del cielo.

Yo me hallaba indigno de tan franca cordialidad. Después de haber pasado algún tiempo en varios discursos en que no pude ver la menor curiosidad de su parte, y que circularon únicamente sobre los objetos de su propia casa, ómos á su compañía y el superior me dijo: Señor, nos llaman á comer. Yo no he asistido á la última hora del coro, porque habia convenido con el padre de que le esperaba para irse á ver; vos os habéis dignado prevenirme. Si os dignarais también de venir á comer con nosotros, darían mucho gusto á toda la comunidad.

Esta proposición me sorprendió, yo no la esperaba, y me quedó un instante perplejo. No dejaba de conocer cincuenta veintiseis y plazares no proporcionales este convite, pero luchaba contra mi gran un secreto sentimiento de mi indignidad. A pesar de esto me resolví, y después de pocos momentos de suspensión, le respondí que me separaba por un momento de que me desahogase. Salíme pues y fui me junto á una grande sala en que estaban las mesas preparadas. Los muchos padres que esperaban al superior para que dictara la bendición, me vieron sin sorpresa y como acostumbrados á ver extranjeros, pero todos me saludaron con un aire de benevolencia sensible. El superior me hizo sentar á un lado, y se nos sirvió una sobria y suficiente comida.

Mientras todos comían, un lector leía un libro que refería los hechos históricos de los santos pero yo no podía comer, atónito de verme en lugar tan poco merecido. Cuando yo consideraba que por la primera vez de mi vida me veía entre hombres de esta clase, entre santos, que queridos de Dios eran objeto de su complacencia, entre ángeles, en fin, que se procuraban en la tierra la gloria que les esperaba en el cielo, sentía una especie de horror contra mí mismo,

pero percibía un consuelo en las gracias que Dios me habia hecho y en la resolución de lucharlo.

Acabada la mesa fui con ellos á la capilla á dar gracias, después el superior y mi director me condujeron á la puerta de mi estancia, diciéndome que desahogase, pero yo apliqué al superior que pues se habia servido de indicarme en su santa comunión, me permitiese el asistir á todos sus ejercicios. El superior me respondió que podía ser persona para quien no estaba acostumbrado; pero habiéndome insistido, me lo concedió, añadiéndome que por ahora era mejor ir á pasar á la huerta con los padres. Mi director me prometió venir cuando fuera hora para conducirme al coro, y me quedé solo. No se dio las reflexiones que antes me hizo, porque me llama la consideración de otras cosas.

Vino el padre á la huerta, y cuando llegamos al coro ya lo encontramos lleno de padres, que se preparaban á cantar vínculos y completas; pero como te pintaba, Teodoro, la impresión que me hizo este espectáculo tan nuevo para mí. No de una reverencia tan sencilla y tan sencilla. Pasaba que aquellos varones penetrados de la presencia del Dios de quien iban á cantar las alabanzas, olvidados de la tierra elevaban al cielo sus oraciones. ¡Qué compasión, Teodoro, qué afectos en sus voces, qué humildad en sus alabanzas!

Yo estaba como ensueñado. Me arrobaba el tanto pensado y majestoso con que cantaban los himnos y los salmos, me entrecorria la tison reverente con que los expresaban, el nombre, la ternura me asaban lágrimas de los ojos. Yo me iba por no penetrar hasta el cielo recogí tan puros, vínculos tan fervorosos. ¡Ah! sin duda que estos son los que dan aliento al alma de Dios contra los impíos. Esto es alabar á Dios dignamente. ¡Desdichado el que no conoce esta senda de la gloria divina! Acabado el oficio se pusieron todos de rodillas y rezaron el oratorio de María. Yo noté alguna diferencia en la expresión de sus sentimientos; me parecía que hablaban á esta piadosa Madre con una confianza más tierna y con la dulce cordialidad de hijos.

Luego que se concluyó el coro, todos los padres salieron, y llegados á mi el superior y mi director, me dijeron: Hoy es día de huerta, todos van á ella á desahogarse y ejercitar la caridad y benevolencia recíproca, pues no lo pueden hacer entre sí mismos. Yo fui con ellos, y cuando llegamos á la huerta los vimos sembrar los diversos grupos ó coros, que se paraban y desahogaban entre sí, pero desde que nos dieron se acercaron á nosotros y nos saludaron con mucha urbanidad y cordialidad. No se notaba en su parte exterior ninguna de aquellas afectaciones con que el mundo suele ostentar á los que carecen. Era una benevolencia tranquila pero sincera; una sencillez simple pero frías. Si llegamos á mí con la misma sencillez que si me habiera tratado á mí, pero no veía en su otra cosa que un hermano, un hombre como ellos, una criatura de Dios á la que debían amor y buena voluntad.

Yo quedé algún tiempo en su compañía, ya pasándose con uno, yo sentándose con otros, y oyéndolos á todos, no advertí en ninguno la menor indicación ni curiosidad que me padiese huirlos. Sus discursos eran tan inocentes como sencillos. La mayor parte tenía por objeto las cosas naturales que se presentaban, y yo observé que aun cuando

hablaban de la tierra elevaban su espíritu al cielo, pues si admiraban ó desahogaban la naturaleza, era para levantar su corazón y sus pensamientos hasta su autor. Todas sus reflexiones iban á parar á la causa universal de todo bien, y por este medio hasta sus diversiones y recreos eran una inocente alabanza de nuestro Dios.

Yo estaba tan edificado como confundido de verme en tan santa compañía. Me acordaba de la sociedad en que habia vivido hasta allí, de la que tendrían actualmente mis amigos y de la que yo viviera sin un prójimo de la bondad divina. Estas ideas me producían una satisfacción interior que jamás las diversiones profanas han podido inspirarme. ¡Ay, Teodoro! ¡cómo me acordaba de él cómo habiera querido tenerme en mi compañía! ¡cómo deseaba que sintiera mis nuevos placeres y que también te desahogaras de tus errores! En estas y semejantes ideas me paraba el tiempo con la velocidad del relámpago, la campaña avisó que era ya la hora de oración, y volví con los padres al coro.

Allí se me leyó el punto de meditación, y luego materia que fué de la muerte. Cuando se explicó la vida y quedamos en silencio, yo quisiera que me permitiera á regar las ideas que deben cultivarse á la preparación de tan terrible lance; pero no podía. No estaba acostumbrado á tener mis pensamientos. Por otra parte, estaba tan lleno de las nuevas ideas que me ocupaban, que mi imaginación los dibujaba y corría por ellas. Yo miraba era un espectáculo para mí tan nuevo como increíble. Cuando volvía los ojos á considerar, y una vez de rodillas, se oírme y rodeado de tantas almas santas que habían consagrado á Dios su vida inocente ó habían ligero faldas con el rigor de tan larga y severa penitencia, apenas podía creerlo, y veía en esta tan rápida como prodigiosa transformación de mi existencia, toda la fuerza del poder divino y la extensión de sus misericordias.

Algunos gemidos que se escuchaban á aquellos inflamados corazones y que eran lo único que interrumpía la perpetuidad de su silencio, me trasportaban el corazón. Me parecía que la majestad del Eterno estaba sobre las bóvedas, que veía al cargo de los santos que le invocaban, que llenaba con su presencia toda la amplitud de su templo, que invisible escudriñaba los corazones, penetraba el secreto de los nuestros, que contemplado con la inocencia de tantos justos veía con horror la larga serie de mis depravaciones. Esta idea me horrorizó, y el grito secreto de mi corazón le decía: Dios de misericordia, si en esta alma santa vas cuando, paciencia y virtud, ya por tu bondad vea lo más dulce, arrepentimiento, y desahoga.

¡Qué hubiera yo dado por hacer á todo el mundo, y sobre todo á ti, y á mis queridos amigos, testigos de esta vida y religiosa escena, en que el peor de su ignavia, convertido á mi Dios, y puesto en su presencia imploraba ya su piedad, por el y por ellos! Si, Teodoro, á pesar del conocimiento de mi indignidad, yo me atreví á dirigir mi corazón á este Dios bajo cuyo mano me humillaba, y yo le pedí que me consiguiera, y los demás compañeros de la misma bondad que conmigo. Yo me atreví á decirle: Tú los escogido al peor de todos para hacerlos raso de tu misericordia, extiéndame, Señor, á tantos infelices. ¡Ah, Teodoro! si el ruego de un indigno puede llegar hasta su trono, habrá llegado el mio.

Un instante me pareció aquella hora; jamás la he sentido menos la sucesión del tiempo; yo creía que empezaba, cuando la campana avisó que era hora de cenar. Volvímos otra vez todos á la sala en que se cenaba y donde se nos sirvió una ligera refacción. De allí volvímos á la capilla, donde se dan las gracias y donde se dijo una parte del oficio de María. ¡Pobre de mí! pobre ignorante! Yo no pude decirle porque no sabía nada; pero me fui de corazón con los labios que repetían las palabras de la grande Madre. Yo la prometí aprenderlo y lo pedí en protección. Este es el último de los ejercicios del día; luego que se acabó, dos padres me llevaron á mi cuarto, me dieron las buenas noches y se retiraron.

Quedé solo, Teodoro; pero me parece que Dios quedó conmigo. Yo me sentía algo desahogado de los movimientos de aquel día. Me senté en una silla, y sin saber cómo, los pensamientos que me cruzaban por el alma volvieron á comparecer de tal modo, que por mucho tiempo en una especie de suspensión que no sé si la llame éxtasis ó embéleso. Ella era sin duda oración, pues no me cansaba de dar gracias á Dios de mi nuevo estado. Este otro mundo tan diferente y tan desconocido que veía, esta especie de gentes de un orden tan nuevo como superior, que yo había despreciado tanto; que ahora era el objeto de mi admiración y de mi veneración; el mismo interés que observaba de mi mismo en la liberosidad de tan pocas días, todo esto me llenaba de admiración y gratitud.

Sentía que me ignoraba era otro, que mis ideas eran diferentes que mis sentimientos se habían mudado enteramente. Sobre todo, mis ojos me parecían otros, pues veía los objetos de otra manera muy contraria. Lo que antes me parecía hermoso y agradable, me parecía ahora feo y

odioso. El mundo, sus halagos y pompas que tanto me habían encantado, me parecían ahora fisiones ventrosas, prestigos equívocos. La virtud que me había precedido tan inocente me parecía la única ciencia verdadera. Su austeridad se me había transformado en dulzura y su dureza en consuelo.

«¿Cómo, me decía yo, ha podido mi juicio transformarse de esta suerte? Era, Teodoro, porque ya empezaba á juzgar no por las falas máximas del mundo, sino por las del cielo; porque ya no me detenia en su engañoso esplendor, sino que penetraba en interior y verdad. Yo tenía una regla que me debía conducir, y era el Evangelio. Ya no estimaba las cosas sino como Dios las estimó, y no podía dejar de exclamar: ¡Pobre de mí! yo era un inmenso, yo vivía desconcertado de la senda de la verdad; pero me consolaba pensando que lo decía así en tiempo.

Así pasó un gran rato; pero estos pensamientos más me servían de consuelo que de pena. Ya mi arrepentimiento no era amargo; ni mis remordimientos atormentados; ni tristezas se consolaba con esperanzas, y mi conciencia, aunque afligida, no me atormentaba. Salí de esta suspensión para ponerme en el hecho. Yo había podido al poder burlarse que el despreciador de la comunidad sus propios ejercicios, porque mi intención era escribir en todos sus ejercicios. Acordéme para comenzar diciéndome á Dios, para quién solo vivía yo, vivir, y así acabé cada día, el mejor de mi vida, el único día completo para mí y en que he procurado vivir como cristiano. ¡Ah! Dios haga que por me tan querido que padece sobre la tierra se le parezca, y que suela bien esta vida que hasta ahora he sido tan mala. Adios, amigos.

## CARTA XXX.

### EL FILOSOFO A TEODORO.

Yo dormía, Teodoro, con blando y apacible sueño, cuando el despertador de comunidad llamó á mi puerta. El primer pensamiento que tuve fue que estaba entre los brazos de un Dios que con su inmensidad lo abraza todo y que me cubría con las alas de su piedad. Me volví presuroso, pero aunque con oscuridad, cuando llegué ya estaba toda la comunidad en oración, y esto acordaba siempre que iba al coro, pues por una pena que me daba siempre se adelantaban los padres. ¡Tal era el fervor y dignidad de estos siervos de Dios! La oración se tuvo como el día precedente, la mía fué algo más sencilla, ya pude tranquilizar más mi imaginación; los ídolos se me representaban con orden, y cada momento veía con más claridad el abismo de que me había sacado la Providencia.

Después de la oración se dijeron los maitines y laudes. Yo, pobre infeliz, humillado de mi ignorancia, unía mi corazón con la pensada y majestuosa oración que recitaban los santos; después muchos de los padres bajaron á la iglesia á decir mis maitines; yo creí que ya no la diría en la capilla y que desde el otro la podría oír en la iglesia. Así lo hice, y cuando acabó de dar gracias volvió y me dijo: Ahora van los padres á tener su conferencia de moral, ejercicio muy útil para los confesores; me parece que nosotros podremos aprender mejor el tiempo, y si queréis iremos á vuestro cuarto, y nos ocuparemos en las cosas de Dios hasta que vuelvan á llamar al coro. Yo le respondí que estaba pronto á seguirle y nos fuimos.

Pero apenas nos sentamos cuando el portero de la casa

entró con Simon. El padre quiso retirarse diciendo que lo hacía para que hablásemos con libertad; pero le representé que no tenía ningún secreto para él, y así se quedó. Simon me dijo que ya todo estaba según se lo había prevenido; y que mis hijos y criados se habían trasladado á la casa de campo, que estaba ya provida de todos los muebles y demás cosas necesarias para habitarla; que así era dudoso de ir cuando quisiera, que mis hijos y demás familia se consolaban mucho con la noticia que les dió de haberme hallado y con la esperanza de que me verían prontamente; que le habían manifestado mucho interés y curiosidad de saber el motivo de tan larga y tan oscura ausencia; pero que el con arreglo á las órdenes que les dije antes, dándoles oprimura que muy presto lo sabían y encargándoles al mismo tiempo no lo dijeran á nadie porque así convenia.

Que por esta razón no había visto á ninguno de mis amigos, ocupándose solo en el objeto de su servicio, que sin embargo había sabido que el extranjero se fué á su país, y que títo mantenia honra, haciéndole un servicio en palacio, que estaba ya para concluir. Agradecí á Simon su celo y diligencia, sobre todo la exactitud con que habla guardado mi secreto, y le dije: Yo hubiera deseado que no hubierais sido tan diligente; me hablo bien así y no quisiera dejar esta cosa tan presto.

Simon me respondió que Simon veía oportunamente, pues ya cumplido el fin de mi detención, debía pensar en mis obligaciones particulares, cuales eran el cuidado de mi casa y familia. Yo le respondí que así era; pero que algunos días más que yo pasase en tan santa compañía, no podían causar mucho perjuicio á mi casa, y me serían muy útiles para cumplir después mejor con mis obligaciones, pues el fin anterior en que fui testigo y compañero de aquellos angustiosos ratos, me edificó sobremanera, excitando en mí ciertos vivos deseos de imitarlos y que algunos días me serían muy útiles para fortalecerme en estas disposiciones.

El padre me dijo que yo era dueño de hacer lo que quisiera, y conteniente en que permaneciera hasta el otro domingo, con lo que sentí un consuelo inapreciable, pues podía haber una semana más en esta casa de Dios. Volví á llamar á Simon, y habiéndole explicado mi resolución, le mandé se retirase á mi casa de campo para asegurar á mis hijos que aquel día me verían, y le encargué que el mismo volviera para conducirlos.

Esta conversación duró hasta que la compañía volvió á cenar, al órden á Simon de que se fuera y yo volví otra vez al coro con el padre. Aquí debo advertir, Teodoro, para evitar repeticiones, que pasó esta feliz semana, la más dichosa y la más dulce de mi vida, acompañando á esta bendita comunidad en todos sus ejercicios diarios, sin una diferencia que cuando los padres iban á la biblioteca á sus conferencias de moral, mi director venía conmigo á mi estancia, donde en su celda se ocupaba en sostenerme en mis buenas resoluciones y en darme reglas para la vida cristiana que me propia hacer. Aunque estas conversaciones fueron varias, yo voy á reunir aquí parte de lo que me dijo, ó á la menos lo que hizo más impresión en mi memoria; porque debo hacerte que como tenía ocupado todo el día, yo me quedaba tiempo para escribir.

La tarde de aquel día me dijo el padre, Dios, señor, es

ha hecho una gracia muy grande, muy rara, y debía reconocer que poco merecido; pero es necesario guardarla con el mayor secreto. La gracia de Dios es el don, el soberano de los dones; pero la llaman en un caso fidedigno; Vos no hay más ni cuidado que basta para no aventurarle. Vos conocer su importancia, vos tenéis presente determinado á conservar á toda costa, sabéis que este bien que se os ha dado sin gratuitamente os impone grandes obligaciones; no penséis pues de vista los medios necesarios para sostener el caso y serguirle carácter en que la bondad de Dios es la retribución.

Pues está es hasta seguir con fidelidad lo que nos dicta tan claramente el Evangelio. Todas las instrucciones que los confesores dan, no se harán adelantando un paso en el camino de la virtud si percibe este gusto de Dios, este amor santo del recogimiento y esta felicidad de conciencia que nos hace aprovechar con ardor cuantas ocasiones se nos presentan de meditar los años eternos y renovar nuestro corazón en el seno de nuestro Dios. Solo esta atractivo divino, esta inclinación filial que siente nuestra alma para cuanto nos recuerda la presencia de nuestro libertador y nuestro Padre, nos pueden asegurar la estabilidad de nuestra virtud y evitar la femosa de nuestra adopción para la gloria de Dios.

Sabéis, señor, que como tantos hombres débiles después de haber dado alguna poca vigoremos en el camino de la virtud, desmayan y vuelven á precipitarse en el abismo; ¿y sabéis cuál es la causa de su desgracia que suele conducirlos á la eternidad. No es la determinación súbita y expresa de su voluntad, que se ha mudado de repente; es la relajación inasistible y progresiva del cuidado y atención que ponían en recogerse á adorar y amar, como se tiene de ordinario al principio cuando se siente la dicha de haber recibido la gracia. Vivid pues, señor, con la atención más vigilante, y si algunas vez sentís quezonos en vuestra alma la necesidad de separaros y corrídes tras de vuestras divales, volved sobre vos mismos, deteneos y consideraos como un hombre cuya imprudencia le ha vuelto á poner en el borde del precipicio de que había salido con tanta alegría.

No digo por este que sea un estimo, distímese ó divertís en las incoherentes ocupaciones de la vida; pero digo que en muy mala disposición, y es un peligro el corazón, á quien este movimiento y diversidad de placeres se hacen necesarios. Encarga á desahogar aquel que cuando los conoce á la fugaz humana ó á la desorden y necesidad de un estado, no tiene la esperanza de encontrar placeres más sólidos y puros, en el silencio de la vida doméstica ó en la soledad de su corazón. Porque aunque todos la fuerza interior se destruye en degradaciones incoherentes, si al menos vuleis á mudarse otra vez con todos los hilos con que se hallaba como atado á los objetos sensibles el corazón se saca, el espíritu vuelve á perderse en sus inútiles presuntiones.

Aquella inmensa majestad que con tanta actividad dirige todas nuestras acciones, va retirando una parte de su influencia y fuerza á medida que las ilusiones van se apoderan nuevamente de nuestra alma. Es breve la salud y duración verdaderas de la fe es objeto, se ocultan y se desvanecen. Si alguna vez se nos presentan es á gran distancia y como si fuera extrañeras, sucesos los sentidos

libros del fruto que los contenía, no necesitan ya más que de su propio impulso para desahucarse, para haberlos perdido en un instante el fruto de nuestros largos gongolos, y su amargura de muerte en una miseria más deplorable y desesperada que la primera.

Y así no hay cosa más cierta que el recogimiento interior, y sea el cuidado de una limonera en la primera base de las virtudes, o el más importante esfuerzo del cristiano y la única prueba segura de la virtud y solidez de nuestra conversión. Siempre me ha parecido maravillosa ver que hombres llenos de la fe y de religión habidos de la vida interior (como de un árbol de persea) que se obligan a los días. Ma parece que se está en trazar el edificio de la fe y decir que es el edificio punto de altura, a que puede llegar lo que es un edificio necesario.

Por eso dijo Juanripio (1): "Que el reino de Dios está dentro de nosotros mismos, y por eso la calma de los sentidos y el recogimiento de una alma que vive dentro de sí son esencialmente los preceptos elementales de la vida evangélica y la sustancia de las obligaciones del cristiano. Menos nos arma contra todo lo que nos sea de nuestros mismos, para que buscando el reino de los cielos por medio de las virtudes, logremos la paz y la gloria eterna, que jamás ha podido proponerse a los hombres, y en esto no tiene otra cosa que prescribirnos la preciosa que cada hombre toma naturalmente en los negocios más ordinarios de la vida."

Es tal el caso, señor, que este cuidado de huir del tumulto y concentrarse en su interior es el primero y el más natural movimiento del corazón, cuando se convierte a un Dios, que nos hemos podido ser testigo de esta verdad. No es cierto que desde el momento en que nuestro corazón se hizo el templo de la gloria divina, nos se había sumergido en él, como en el único asilo que podía presentarnos sólidos consuelo. No es verdad que habiendo sentido que una luz extraordinaria brillaba en medio de nuestra alma, y que se había encendido con ella, sin que fuera necesario que nada se advirtiese de lo que debíamos adorar! Y que yo mismo fuese a buscarlo dentro de vos mismo, donde antes no lo podáis hallar? Yo confieso al padre la esencial de su observación, y continúo.

Es imposible, señor, que por más sincera que haya sido la conversión, por más eficaz que sea la disposición del alma, pueda sostenerse largo tiempo en la paz de la vida si no se guarda con los remedios cristianos, sobre todo con la oración y vigilia. Muchos conversados pierden que les basta mudar de costumbres y se contentan con la resolución de no volver a pecar. Sin duda que esta es la primera disposición; pero no reflexiona que para no volver a pecar no basta la simple resolución, y que es necesario reforzar la propia firmeza con los medios que la religión nos enseña. El que no los practica se desmorona contra sí todos los enemigos conjurados, el mundo es un todo sus errores e ilusiones, el demonio con todas sus sugestiones y sus artes, la carne con todos sus atractivos y placeres y su propio corazón con toda su corrupción y su flojedad. Para vencer tantos y tan poderosos enemigos es necesario tener nuestro asidero apoyado de la divina gracia; pero esta

(1) *Luc. XVII, 21.*

gracia no se da de ordinario sino al que por su parte también se esfuerza, se desvela y la pide.

Se puede asegurar que por más resuelto que está a renovar su vida el convertido, si no se ocupa en la oración, la vigilia, la buena lectura, los buenos ejemplos y los sacramentos, no tardará mucho tiempo en volver a pecar y a sus funestas relajaciones. Si vos pasa no queréis caer en tan fatal desgracia, usad continuamente de todos estos buenos ejercicios. Dos grandes objetos deben ocupar vuestro atención. El primero lo que debéis a Dios, y esto lo cumpliréis con los actos de vuestra religión y la obediencia de la ley. El segundo lo que debéis al prójimo y esto, se ejecuta cumpliendo con las obligaciones del estado y con las obras de misericordia.

Por qué observar uno y otro es indispensable regular en cuanto se pueda toda la atención del tiempo, dando a cada día su lugar y método lo que cabe en él con proporción a nuestras obligaciones respectivas. Debéis pues regular el vuestro dando a Dios todo lo que podáis sin embargo de lo que vuestro estado exige, y siempre mirando a Dios en todas vuestras acciones, así en vuestras recreaciones como en las que tenéis que ser conducidos a la claridad, libre de tentaciones, afirma en la virtud y nos facilita los recursos del cielo.

Empieza pues por adorar a Dios las primeras del día y emplaza la primera hora en adorarle y meditar su santa ley. No hagáis ni me preguntéis jamás el método, que se debe observar en este ejercicio tan glorioso como consolador. No os dejéis jamás a merced que robarian sus que contrarios y turbados en una acción propia del corazón y de los sentidos. No hay reglas para amar y todo debe ser amor. Todo es bueno, grande, heroico y divino cuando procede de una alma que no busca más que a su Dios y que solo arde en deseos de unirse con él intimamente.

El que ama, adora, invoca, agradece, cree, espera, se arrebata y hace cuanto debe hacer. El lavoro está innúvil en su teatro, no habla, pero lo mira y goza. Dios es el vuestro señor, y si vuestro corazón se halla bien cuando se lo dice, repetido mil veces, dejad que se atienda al atractivo de tan hermoso y puro sentimiento. Cuando no lo dijérais otra cosa y que penséis toda vuestra vida en penetraros de este único pensamiento, no la podréis ocupar en más perfecto y sublime ejercicio. Al Dios en Jerusalén, y usad su bondad misericordia como el hijo de la presencia del padre que ama y de quien necesitáis. El niño no se impugna por saber cómo se presentará al señor de sus días, no estalla lo que dirá a su padre, así tampoco le basta, si amor le inspira el modo de explicar lo que siente y de pedir lo que desea.

Esta oración de la mañana no debe ser más que el principio de la de todo el día, porque todo el día debe ser una oración continua. No olvidéis jamás que en cualquier parte que estáis, Dios os está viendo. No permitáis a no perder de vista esta imagen. La idea habitual de la presencia de Dios es el mayor estímulo del cristiano para adherir a las más sublimes virtudes y el más poderoso recurso para fortificarse contra las tentaciones. Que todo lo que hagáis, hasta el comer y dormir, sea por Dios, porque Dios lo ha ordenado así y porque con los medios que nos ha dado para recobrar nuestras fuerzas y volver al ejercicio de nuestras obligaciones.

Que de tiempo en tiempo y en medio de cualquier ocupación vuestro corazón se levante a Dios, que lo mira, que lo adora y le pida su socorro. Para que la oración sea eficaz, no es menester que sea larga, sino fervorosa. Decid como el profeta (1): "Mis ojos estarán siempre delante del Señor, porque si solo puedo librarme de los riesgos en que estoy." Esta es el modelo de la buena oración cuando el alma dirige constantemente al Señor, la atención de su espíritu y los afectos de su corazón, y cuando se presenta a su Dios como un infeliz, rodeado de peligros, cercado de enemigos, y pone toda su confianza en la celestial protección.

El orar de los hombres por lo ordinario es estéril, no porque se ocupa sólo en su superficial, porque no se humilla ó porque no se confía. Estaba David siempre en presencia de Dios con todo se comen como un pobre que pide limosna, como un preso que ruega por su libertad, y con la confianza de que el Señor la libraría. Si queréis pues que vuestra oración llegue hasta el cielo y no vuestra vanidad, sea frecuente, fervorosa, humilde y confiante. Así pidió el publicano del Evangelio, y al instante quedó justificado. Desconfiad solo de vos mismo y de los enemigos que os rodean; los más peligrosos son nuestros pensamientos: podid pues socorro contra ellos.

Esta especie de oración es tan necesaria al justo como al pecador, porque el primero a pesar de su juicio seguro es si mismo continuamente terribles tempestades, movimientos de conculcación que la combaten y malas inclinaciones que lo adigan. El pecador está en un estado tan deplorable, que cada día se agravan sus culpas, se desordenan sus pasiones y su conducta se endurece. ¡Situación espantosa! ¡Dichoso si alguno lo conoce y se humilla!

Basad al Señor. Esta palabra contiene grandes sentidas, y poco contenta su extensión. Basad al Señor, decía Isaias (1), ahora que se lo puede hallar. Todos deben buscarle, y más los pecadores que por una dispensación de la gracia han salido de tan fatal estado y se sienten movidos a renovarse sirviendo a Dios, dándose a la oración, haciendo del mundo y entregándose al amor divino. Si no se agitan con fervor esta voz interior que los llama, corren mucho peligro, y a bon torcer que de la sbitica castrán en el pecado y del pecado en la rebelión.

Basadle pues, como tallo también. Si el pesar de vuestros pecados no siente su unión de la gracia, no hay que atribuir al desahucarse, penitencia, oración, humildad, y al Señor veridic. Es fe y no orgullo jamás. De inextinguible la confianza de los santos en el Señor. Nada dominan, nada temen ni espantan del mundo, porque para ellos su Dios es el todo.

Basadle pues, señor, esperad en su benigna providencia, y penetrado de un sentimiento vivo, habitual y profundo de la necesidad que tenéis de amar y obedecer vuestro flojedad con esta grande fuerza en quien reside el principio de cuanto es bueno. Basadle con una vigilancia inextinguible en alejar de vos lo que puede debilitar la impresión de las verdades eternas, y basadle con una atención continua a este pensamiento tan poco meditado como poco ven-

tido, que el amor de Dios es tan necesario a la vida espiritual de nuestras almas, como el día de los ríos a cuanto vive en ellos.

Después de lo que debéis a Dios y a la religión, nada son para vos tan sagrado, tan precioso y tan querido como lo que debéis a vuestro estado y al lugar que ocupáis en la sociedad. El cuidado de su alma no es otra cosa que cumplir con las obligaciones de su estado, y la exactitud con que se procura desempeñar los cargos que nos impone nuestra posición social es tan esencial para la santidad, que Dios arroja de sí las adoraciones y sacrificios que le ofrecemos en los momentos destinados al servicio de nuestros hijos, familia ó compatriotas. Nada de lo que turbó al orden puede servir a la virtud, y nada puede glorificar a Dios con obras que aunque buenas en sí mismas, se han hecho a costa de un tiempo que se debía a otro.

Dichoso, señor, tal vuestro dichoso el hombre que ama al estado en que vive! De cuántas penas, disgustos y fatigos lo libra esta disposición preciosa. Pero solo la religión puede darla, porque solo ella da un precio infinito al capital desempeño de las propias obligaciones, y por consiguiente ella sola puede inspirar que aunque sean penosas se cumplan con amor y con gusto. El buen cristiano se tiene por feliz cuando se ocupa en el servicio de los encargos que la divina Providencia lo ha señalado, porque sabe que allí solo se donde puede hallar los tesoros verdaderos, porque sabe que aunque se entregue a las más lajas y brutales ocupaciones, es más grande a los ojos de Dios en su sociedad, que si se ocupa en el brillante arte de gobernar la tierra; porque sabe que está dando Dios que está, que Dios lo que Dios quiere que haga, por consiguiente que está en la más noble y honrosa situación en que pueda verse una criatura; y porque sabe, en fin, que en ese rincón oscuro donde Dios le tiene, vive para igual a quien el poder y la gracia pertenecen en el cielo y la tierra, y que más instante de su duración le gana un bien inmenso en la eternidad de su gloria.

Con esto debéis ver, señor, que los caminos de Dios son regularmente simples y llanos y que para asegurar su salvación no es menester recurrir a prácticas difíciles ni hacerse un plan de vida sobre cosas nuevas y extraordinarias. La religión nos muestra y nos deja en la sociedad, en nuestra familia y nuestro estado. No nos prescribe más lo que naturalmente debiéramos hacer todos los días. Lo que únicamente pretendió en elevar nuestros ideas, por hacer nuestros corazones, y hacernos felices, imprimiendo a nuestras intenciones un carácter de santidad que las haga útiles a nuestro interés eterno. Querid saber los caminos curvos y singulares, suele ser una especie de timo y ostentación que ofende a la modestia evangélica y degrada a la verdadera penitencia.

El discípulo de Jesucristo teme todo lo que puede distinguirse. Su mayor seguridad consiste en hacer las cosas más comunes con miras superiores y divinas, desempeñar las obligaciones más ligeras con un corazón magnánimo y entero, y practicar en su casa ó en el santuario del Señor lo que la religión le prescribe, pero de manera que nadie entienda sino lo que basta para el buen ejemplo. Entonces toda es verdad y sustancia en sus acciones, todo es espíritu y vida en su interior, y un separarse del modo regular de vivir de los otros hombres, le distingue Dios con

(1) *Psalm. XXIV, 15.*

(1) *Cap. LV, 6.*

un carácter que la eleva sobre las dominaciones y los tronos.

Considerad, señor, la mujer fuerte, de quien el Espíritu Santo hace tanto elogio en los sagrados libros. ¿Dónde la encontramos? ¿Dónde el que la había de admitir y colmar de alabanzas, todo el oro y las riquezas de la tierra no pueden compararse al valor de tan raro tesoro. ¿Oyendo tan poderoso elogio se persuadirá alguno que habla de una criatura extraordinaria, de una persona destinada á sobresalir en profecías y singulares acciones, pero no es así, y para que ninguno se engañe, el Espíritu Santo se apresura á explicarnos los títulos de su mérito y grandeza.

Nos la retrata diciendo (1) que está enriquecida en su casa, y aplicada á todos los negocios domésticos de su administración interior que está en vela, que nunca duerme, que tiene que todo está en orden y que sus inventivos que la dejan la dirección de sus negocios, el cuidado de sus hijos y los asuntos de sus amigos, todo con su fatigación nunca le falta y el fin que mientras su esposo duerme en la ciudad sigue funciones, sostenidas con dignidad en el carácter público en el Senado, que su grandeza, ella se eleva sobre un trabajo sagrado, poco útil, pues no se domina de manejar la época con sus manos.

Ella, pues, como una mujer que no se distingue en lo exterior de las mas regulares ciudadanas, que un interior trono vive en la paz y silencio de su casa, que abunda en presencia del Señor con la modestia y simplicidad de su corazón, y esta es la que en el último de los días nadará en la alegria, la que por en medio de la innumerable multitud de generaciones se levantará con tierra y noble confianza ante el terrible tribunal cuyo formidable aparato hará temblar todos los potentados de la tierra; y ella tomará en lugar en la gloria de Dios entre los héroes de la gracia y de la eternidad.

No, señor, el espíritu y los conceptos de la fe no proscriben nada que pueda desentoriar y suspender á los que conservan alguna impresión natural de todo lo que es virtud, orden y cordura. Nuestra propia conciencia da testimonio á la verdad y sienta la necesidad y la justicia del moral del Evangelio. Cuando meditamos con buena fe, no podemos dejar de conocer que este moral es bueno para el hombre y el que le puede ser mas ventajoso, y que aun cuando tuviera un origen mismo augusto, no pudimos basar nuestra mayor parte nuestra vida y costumbres. Su palabra decir que este moral pero no han otra cosa que volver á rendir á nuestra razón y corazón á su propio centro, haciendo revivir en nuestros almas las luces y principios que habían nacido en nosotros. Lo único que hay en él de extraordinario y misterioso es un nuestro favor y para el logro de nuestros deseos más fervientes, pues se la revelación y gracias de un diosmo experimento feliz, que sin ella nunca habríamos podido conseguir ni esperar.

La sabiduría eterna no desprecia á la tierra, para enseñarnos á hacer milagros ni para que hicieramos obras portentosas. "La gracia de mi Dios Salvador, dice san Pablo (1), vive á resplandecer en medio de los hombres para enseñarlos á arrojar lejos de ellos toda impiedad y toda los deseos groseros de las pasiones y sentidos, á vivir en la tierra con sobriedad, justicia y caridad, esperando el cumplimiento de la dichosa esperanza y el advenimiento de la gloria del gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo, que se sacrificó por nosotros á fin de purificarlos de toda inmundicia y escogióse un pueblo escogido, que no se aplicará sino á la práctica de lo que es bueno, justo y honesto." Estas pocas palabras incluyen la más sana y más ilustrada filosofía que ve ha presentado jamás á los hombres, y no tiene otra cosa que sea religiosa, y solemnidad que admitir una salvación divina, y prometer una eternidad de gloria y felicidad y contentamiento que reside necesariamente en el corazón de todas las personas honradas, elevándose á tan alto fin.

Ved aquí pues el contenido de toda religión cristiana: mirar á Dios sobre todo y mas que todo; adorar al Criador del universo por su divino Verbo, observar la santa ley que esto promueve en el Evangelio, creer todo lo que la Iglesia se enseña, á quien obedezco, mas enciclopedia practicar todos los actos del culto que nos prescribe, hacer profanas palabras de este culto, amar por Dios á todos los hombres como hermanos á hijos del mismo Padre, ejercer con ellos todas las obras de misericordia y cumplir con todas las obligaciones del estado en que nos ha puesto, ser ataca á bajar, porque á agradables. Todo esto es fácil y dado á las almas sencillas de la gracia; pero muy desgracia y difícil á la naturaleza corrompida. El consuelo del cristiano es que esta gracia se pide y se obtiene, que Dios la da siempre al que la solicita, y este es el ejercicio de la oración. También sabe que Dios no la otorga á quien humilladamente se la pide, y este es el necesario ayuno de la vigilia cristiana: *Velad et orate*, decía Jesucristo, y en estas palabras está contenida toda la doctrina de la vida.

Muchos caminos conducen á este término. Uno de los mas trillados y que conduce mas pronto, es la meditación continua de la muerte y de la eternidad que la sucede. No hay asunto de tan grande importancia, pues sabemos que la vida presente acabará presto, que nuestra alma está ahora en nuestro cuerpo en estado de prueba y que luego llegará el día en que Dios la juzgará según sus obras. El tiempo comparado con la eternidad es menos que un instante. Los bienes de la tierra, honores, riquezas, placeres, salud y cuanto la imaginación presenta, son menos que la nada cuando se compara con la gloria que nos espera. Es imposible que un hombre racional pueda estar contento de sí mismo cuando contempla toda su aplicación y afán en obtener bienes tan frívulos y que duran tan poco. Nosotros queríamos ser siempre felices; pero como la muerte es inevitable, ¿cómo mirar mientras Dios nos busca una felicidad que no pueda durar más?

La muerte es justa cuando cumple nuestros deberes, pues son desgraciados, y lejos de oponerse á nuestra dicha verdadera, es ella la que nos conduce á la felicidad eterna; se pensamiento solo nos hace despreciar lo que no merece ser deseado. Ella es la que termina el velo y descubre la perfidia y falsedad de los bienes sensibles. Ella es la que nos hace conocer todo el precio y realidad de los bienes eternos, y nos los sacra tanto, que á su vista los otros se desaparecen. El cuerpo quiere en todo tiempo desengañarse y

(1) *Proverb.* XXXI. 10.

(1) *Id.* Tit. II. 11.

ver la verdad; pero el insonante y el carnal se complace con la ilusión.

El peregrino quiere dormir, y con tal que sus sueños sean agradables, no pide mas. Si la muerte viene á despertarle se espanta y se confunde. No ha considerado que el tiempo que ha dormido era el que se la había dado para adquirir una felicidad eterna. El vicioso profiere relámpagos de gozo á placeres sin término. Consuela alternativa de las penas ó las recompensas eternas, no duda que su alma es inmortal, y cuando dudara, la duda sola debía obligarle á tomar el partido mas seguro; pero su estúpidez es tan increíble como inexorable, vive como si no fuera morir, abraza el estado sin pensar en la muerte, cree que los motivos que le determinan la eternidad no entra en la cuenta. No es posible conciliar esta espiritualidad con el insensatez que nos vemos como los niños, á quienes los objetos presentes arrebatan y determinan sus movimientos. Los objetos distantes, por grandes que sean, no les interesan, las amenazas de lejos no los intimidan, pero si una espina les pica, si un insecto los muere, entonces se afligen: tal es el imperio de los sentidos y tan débil la razón. Para ver bien los objetos es necesario que la razón se fatigase y que el espíritu se extienda; esto no consigue por la meditación. De lo presente mira á lo futuro, de lo que tiene cerca á lo que ve distante, con la comparación que hace de las cosas se extienda el temor y la esperanza. Lo futuro se lo hace presente, y no teme sufrir en el momento tal vez penas por librarse de otras mucho mayores que le amenazan.

La desgracia es que toda la extensión de su vista circunscribe en la esfera del tiempo no se avanza hasta más allá de los siglos. Los mar de los hombres trabajan hasta los treinta años para descansar en la vejez, porque van viejos pobres y no quieren serlo; esta vista les contiene que un día serán viejos; pero por esta misma se quedan algunos años cuando se trata de los bienes eternos. Su vista no va tan adelante, no se detiene á considerar, no piensan que merecen ser preferidos á los que están ganando su placer y vejez por que la eternidad no venzan en los motivos de sus deliberaciones. La eternidad sin embargo es la luz que puede alumbrarnos en la oscura carrera de la vida y conducirnos á esta felicidad por que tanto nos faltamos.

Ella idea de la eternidad es la que excita el temor de Dios, y este es el que puede seguramente afirmar los planes del hombre por cualquiera verdad que oprime. Este es el que puede penetrar los verdaderos bienes, la paz del alma en este mundo y la posesión de Dios en el otro. El que penetra bien el camino del hombre descubre una grande verdad, y es que solo el temor de Dios puede hacer que el hombre sea feliz, activo, hipocrita y mentiroso. Sin duda que hay en estos vicios diferentes grados; pero tendré por cierto que el hombre aunque sea de suyo recto y sincero, si no tiene temor de Dios dirá y mil veces hará muchas cosas contra la verdad.

Cuando no hubiera otra cosa que estimarse mucho y tener grande opinión de su imaginaria virtud, ya se contentaría á sí mismo, pues que ninguno tiene mérito propio y todo nos viene de Dios. Los gentiles que han sido mas estimados por su rectitud, como Sócrates, Catón, Marco Aurelio,

Epicteto y otros, no dejaban de tener algun temor de la Divinidad, y con todo, el que hubiera podido examinar por dentro su virtud hubiera visto muchos defectos de sinceridad. Tan cierto es que la verdad no puede habitar en su pecho en que no habita el temor de Dios.

Dios no ha dado un nacimiento distinguido y muchos bienes de la tierra, á los gentiles á su providencia; pero sabed que con los bienes se ha dado muchos cargos y muchos peligros. Los profanos pueden mirar como una persona libre el cristiano solo que la modestia y una pobreza misma cuando está unida con la justicia, vale mas que las grandes riquezas cuando no es mas útil de ellas. El pobre, si es justo, junta tesoros para el cielo, y el mas rico hace mas profundo el abismo de su perdición. Los gentiles conocieron las ventajas de la modestidad; pero como no tenían idea de la verdadera virtud, no desistieron jamás del orgullo ó de la extravagancia; porque á la verdad, para el que no tiene otras esperanzas que las del mundo, la abundancia es mejor que la escasez, pues con ella se procuran todas las comodidades de la vida; pero los ojos de la fe ven otro mundo, y Jesucristo dijo: Que era muy difícil á los ricos entrar en el reino de los cielos.

Si las riquezas se juntan con los vicios, entonces no solo será difícil, sino imposible, porque como dice el profeta, Los brazos de los ímpios serán rotos, esto es, todo su poder será destruido. En vez de que Dios sostiene al pobre con su misericordia, el poderoso y orgulloso á la hora de la muerte se verá despojado de todo, y el justo abandonando lo poco que tenía en la tierra, irá á poseer inagotables tesoros en el cielo. Quién, señor, si se nos dexara la elección cuando nacemos, deberíamos escoger la pobreza. Con ella tendríamos menos riesgos, menos tentaciones, mas ocasiones de méritos y mas semejanza con nuestro Redentor.

Pero como Dios es quien reparte los bienes, si nos hace nacer con ellos debemos adorar su providencia, aunque también de nuestra fortuna. No olvidamos que no somos propietarios, sino usufructuarios, que cuando por nosotros solo lo necesario, debemos dar lo restante á los que no tienen, y que solo el amor de las riquezas puede transformar en un artículo del veneno, haciendo que ellas mismas nos sirvan de escala para el cielo.

Huid, señor, á todo costa y aun esfuerzo varonil toda especie de mala compañía. No hay contagio tan rápido y pestilencial, no hay fuego venenoso que tanta violencia destruya todo. Este es el principio mas funesto, la mala correspondencia buena que corrompe en olvidando las costumbres, y advertid que hay tres especies de malas compañías: la primera la que se tiene personalmente con los malos cuando se les trata y con ellos; la segunda la de los malos penitencias el hombre una autora y retirado del mundo corre peligro con las malas lecturas, que sin embargo puede perder cuantos principios de fe y buenas costumbres había adquirido, dejándose seducir de los sistemas de los incrédulos ó libertinos; la tercera es la de sus propios pensamientos si se los da entrada en su corazón desacomodado que no rola en su estada.

El siempre común aprovecha las ventajas que le presenta una imaginación formada en imágenes ó imágenes impuras. El espíritu se deja arrastrar por estos objetos se

doctores cuando la voluntad se abandona á tan falsas guías. Las malas compañías exteriores no son peligrosas sino porque seducen á la intima que tenemos en nuestros propios pensamientos. Es menester decir de ellos, de los gentes y de los libros, lo que decía David á Dios (1): «Señor, no quiero tener ninguna sociedad con los vanos e injurios, ni sentarme con los impíos y malignos.» Sin esta resolución eficaz y constante seremos orgullosos, vanos y satisfechos de nuestros vicios, injurios con el prójimo, malignos en nuestros juicios, y hijos, impios e injurios con lo que interesa al servicio de Dios.

Esos, señor, es el artículo más importante y el punto en que debéis luchar con una determinación que jamás vacile. Alejad de vos en desconfianza todo mal pensamiento, todo mal deseo, pero más aún de los malos hábitos viciados y arraigados que os teneis á Dios. Si deseis tener una familia santa, si os acordáis de un certamen no sea profanatorio de los vuestros ojos, os acordéis la mano de vuestro hijo, si os acordáis que debéis cumplir una obligación en un padre de familia, pero de lo que os heis bien ejemplo y edificación. No se puede vivir así tanto como los malos ejemplos, y el plan de muchos años en la instrucción de un joven, se nubla en un instante con la seducción de un pecador. Teneis creídos, y no solo deis ser ejemplo á vuestro hijo, con un arrogante conducta, sino olvidáis también que vivís como cristianos. San Pablo dice que el que no cuida de sus pensamientos es peor que el infiel. Ensayo no almas que la divina Providencia ha puesto en la tierra y da que dorá os estáis estrecha. Teneis amigos, y si son viciosos no haréis más que comprometer á sí mismo ó á sí mismo comprometer á su familia.

El que conoce la flaqueza de la naturaleza degradada, no puede ignorar la fuerza poderosa del mal ejemplo. Uno solo puede bastar para derribar en un instante todo el edificio que en muchos años habia levantado la virtud, uno solo puede corromper una sociedad tan santa, uno solo puede destruir todo el fruto de una fe y laboriosa educación, uno solo puede introducir el vicio y la muerte en una familia desde largo tiempo oscuridad y arreglada. En fin, no hay peste tan mortífera y que comunique su infección con tanta rapidez como se pregunta el vicio en nuestro debil corazón.

Sea pues inexorable contra todo lo que pudiera exponer y exponer á quanto os rodea á tanto llanto. Escorred á los ojos de vuestro hijo y familia todo ejemplo que pueda perjudicaros. Apartad sus ojos de todo desecio que pueda seducirlos, los deis buen ejemplo, instrucción y enseñanza, pero deisles celos; también y con gran vigilancia que nadie pueda destruir lo que vos edificáis.

Vos debéis impedir que no habiéndose procedido en vuestra vida, paséis viciosos ni amigos viciosos, viciéis una obligación de cumplir ser conducta y se resigne otra mal con el mismo certamen. Que viva en vuestros decisiones otro modo de vivir vuestro desecio los más viciosos que otro modo de pensar. Pero antes de convertirlos en la palabra dejad que hablan vuestros ejemplos y que vuestra conducta preceda sea la primera de las exhibiciones. Si estáis no basta, procurad persuadirlos con celo, pero con dulzura y prudencia; y cuando esto no bastare, no hay que

detestara, alejadlos de vos y de la parte de sociedad que la Providencia os ha confiado.

Por otra parte, señor, reflexionad que el que no teme á Dios, así como no puede ser buen padre ni buen hijo, tampoco puede ser buen amigo ni buen amigo. ¿Cómo os guardará fidelidad el que no la guarda á sí Dios? Sin el temor de Dios no hay freno que pueda detener á los hombres desde que las pasiones los excitán ó el interés los tienta. ¿Cómo puede responderos de un crimen cuando el amor propio le seduce á un delito secreto que espera dejar escusado, si la propia conciencia y la luz de un Dios vengador no le detiene? ¿y cómo podéis contar con el amigo cómo podéis confiar vuestros secretos y el honor de vuestra casa á un hombre que cuando una pasión le arrebató, no puede hallar en la religión un freno que le contenga como podéis esperar que los intereses de su fortuna y de su certamen no sean profanatorios de los vuestros?

Desconfiad, señor, no es posible hallar buenos amigos ni buenos criados más entre las personas que aman á Dios, y viven arregladas á los principios de la religión. El mundo presenta muchos hombres que se distinguen en el arte de hacer demostraciones de amistad. Nada es más persuasivo que su estilo, nada más seductor que sus caricias. Los imprudentes persuadidos de su propio mérito se dejan engañar por nada es más fácil ni más falso á la una ligera cuestión de interés propio todas estas propuestas se deshacen como humo. Por el contrario, no hay más muestra cierta que la del cristiano; es hombre de bien porque el Dios de verdad lo prescribe así. El mundo puede darnos aduladores, compañeros del placer y del desorden, pero la virtud sola da amigos verdaderos.

Por otra parte, nada hay que nos inflame más en el deseo de servir á Dios con fervor que el comercio y trato de las buenas conversaciones que tenemos con ellos. Son una especie de oración continua, un ejercicio habitual de adoración y amor. Nuestro corazón se purifica y abraza. Nos acordamos en un mismo fuego y sentimos llenos de ardor para renovar nuestra oración y presentar á Dios los ejercicios de nuestro culto. ¿Cómo podéis esperar este efecto, no digo de los malos y escandalosos, sino de aquellos que viven en el siglo entregados á las sociedades profanas? ¿qué sentimientos pueden llevar estos hombres al templo del Señor? ¿cómo pueden oír las palabras de Dios, penetrar de la idea de su grandeza y comunicarla á los demás fieles? ¿qué figura pueden hacer en las juntas de la religión? Esos que enseñan á los jueces á celebrar las maravillas de Dios, les dan el ejemplo de la inconstancia, de la indiscreción, sin contar el ejemplo que osentáis de los pies de un Dios crucificado.

Si queréis ser buenos vivid con los buenos. Si queréis que vuestra familia sea arreglada, no dejéis en ella ninguno de la discordia. Si queréis tener ciertos hijos con orgullo entre los que temen á Dios. Y si queréis amigos sinceros, elegid á los que aman y respetan la religión. Es menester ser buen cristiano para ser bueno en cualquier otra cosa; solo los que profesan con sinceridad el cristianismo pueden ser felices, honrados y seguros.

El verdadero cristiano teme de su salud que pueda oprimirse; sabe conciliar los inevitables males de la vida con la paz del corazón, con la alegría interior y contento del alma. Es rico en la pobreza y dueño de todo sin poseer

(1) Psalm. XXV. 5

nada. Se comuela cuando vive, porque viviendo tiene tiempo para amar á su Dios, y desea morir para gozar de su Dios eternamente. Todo su tesoro, todos sus conocimientos y todos sus amigos están en el cielo. Procura ser útil á sus hermanos en la tierra; á los males pide por ellos. Sus mejores y más frecuentes alimentos son la oración y la sagrada comunión, fuentes inagotables de riquezas. Sabe la vida de Jesucristo y la suya sin cesar para imitarle. Está en el primer estudio que le ocupa y el que le encanta, la ciencia y la consuelo. Habla poco, pero siempre con dulzura, caridad y cordura. Inocente al mismo no desprecia á nadie, solo piensa en servir á Dios y en lutar á Jesu-

cristo, sienta no haberle conocido mas pronto y no haber concurrido á su amor todos los instantes de su vida.

Ved aquí, señor, los hombres á quienes debéis asociaros si queréis no deseciosos jamás de las sentidas de la justicia. Ved aquí los hombres que debéis escoger por compañeros, amigos y criados; y yo os aseguro que no solo os serán útiles para sostener vuestra virtud, sino que tambien os librará de muchos peligros y tendréis todos los consuelos que os conceden á los hombres en la tierra. Otras muchas cosas me dije en el discurso de esta feliz semana. En mi primera le contare lo que me enseñó después. Adios, amigo mio.

### CARTA XXXI.

#### EL FILOSOSO A TEODORO.

Añábase por fin, y con dolor mio, amigo Teodoro, aquella bienaventurada ventura, la mejor y mas dichosa de mi vida, serémi como yo deseaba que hubiera sido todo el tiempo de mi vida infame. Toda entera se me hizo un soplo, y cada dia que pasaba me affigia con la idea de que me quedaba uno menos. Yo no hubiera imaginado jamás que verás pasados en ejercicios levotos, sin ninguna mezcla de distracción y entretenimientos, corriessen tan rápidos, se pesasen tan sin sentir, y fuesen mas agradables que los que se pasan en el mundo en medio de sus placeres y delicias.

Especci, amigo mio, se emprender por experiencia propia (que es la mejor manera de comprender bien) cuán equivocados viven los hombres del siglo que bascan tan en espaldas donde se se halla. ¡Oh cuánto erran vano la felicidad donde no se halla. ¡Oh cuánto erran cuando se figuran que la virtud es austera y que los ejercicios de la devoción son penales á los que los practican! Error horrible que da punto seducir á los vicios. Pero por mi dichosa vida la experiencia me ha enseñado que la vida cristiana y ocupada es mas agradable, y que los que viven en el retiro, en la inocencia, y en la esperanza de la vida eterna son mas felices aun en la tierra que los que se entregan á las pérdidas del placer.

Aquí se ha dispuesto Dios, y la razón alcanza que así es. El hombre, siempre ocupado é incesante de felicidad, desde que empieza á buscarse donde no la puede hallar, desde que erra el camino, á cada paso que da se extravía mas. Un placer equivocado que no le ha satisfecho ó que le ha satisfecho, se un nuevo estímulo para buscar otro que no se satisface mas ó que no le satisface nunca. La ociosidad, que no piensa mas que en llenar aquel vacío del corazón, la necesidad de buscar sensaciones dulces para que le saquen de aquel letargo, y el falso aspecto de placeres nuevos, que promete lo que no cumplen, arrojan al alma en una

completa y amorosa cadena de errores y fauces que la precipitan de vicio en vicio. ¡Dichoso aquel á quien una luz temprana le abra antes que se despiere y le descubra el verdadero camino de la felicidad!

Entonces distinguís mejor los objetos; entonces alcanza á ver el terreno de la dicha, reconocen el camino que conduce á ella, y lo sigue con ardor y sin peligro. Este es el único franco que se ocupa. Arroja de sí la ociosidad; el tiempo que le resta antes tanto, que procuraba ocuparle á costa de su inocencia, entregándose á los placeres rápidos de los sentidos, era la causa verdadera de todo su desecio; ya lejos de solicitarlo, no le basta para las ocupaciones serias y le llena todo con la satisfacción de saber al fin del día que le ha empleado bien.

Los mismos ejercicios que parecen tan importables al profano, son los que contriuyen más directamente á su felicidad, y á que así la que el tiempo mismo sentís; porque los que se destinan á buscar en compañía de otros y en prietas de virtud todas las horas de su existencia, hallan en ellas mil ventajas que no pueden tener los que viven entregados á sí mismos, y estas ventajas son tan visibles, que la razón y una filosofía debieran reconocerlas aun sin los luces de la religión.

Estos objetos, que unidos entre sí por la misma fe y la misma esperanza muestran juntos al término que buscan, recíprocamente se refuerzan. Solo con estar ocupados y tener todos los momentos del día distribuidos en ejercicios y varios ejercicios, destruyen la ociosidad, y así ella los vago ó los malos pensamientos, que son padres de las acciones delinquentes.

La suave fatiga del día les procura un agradable sueño que los preserva de muchos peligros, porque los aleja de su imaginación. El mismo ejemplo los fortalece, los continua in-



troneos en las sillas y en la santa similitud en las almas. Por eso las sociedades voluntarias y cristianas hijas de un trabajo de que deba salir la naturaleza, no son otra cosa que medios prudentes y bien entendidos que la gracia inspirada de Dios ha inventado para ayudar á su fluencia, para socorrerla y hacerla más fáciles los caminos del cielo.

Nada de esto había yo comprendido hasta que vi esta santa comunidad, y no solo lo comprendí, sino que lo sentí y experimenté. Aquellos pocos días se me pasaron como un relámpago. Y no se me acordaba que el espíritu era en mí, como si sentiera mejor en el ayro este efecto divino aquellos varones santos que habían merecido mayor gracia y que por una larga costumbre estaban más habituados á sus sagrados ejercicios. Pero tampoco era posible dudarlo, y me lo hacían ver con evidencia el celo ardiente, la dulce alegría y la preciosa puntualidad con que los practicaban. Su ejemplo hizo tal impresión en mi alma, que á pesar de mi corrupción y mis vicios me reconocí luego de ardor de imitarlos.

Cuando los veía correr con tan alegre actividad á todos los establecimientos de su regla, me decía á mi mismo: ¡Dichosos vosotros, que después de haber pasado tantos años en la inocencia, continuáis siempre en buscar á vuestro Dios con tantas ansias! ¡Dichosos vosotros que día cada día tanto paces habéis la gloria en que vuestro Dios os espera! ¡Dichosos también porque con pocas riendas y penas que los mundanos habéis hallado la senda menos áspera, y que sin día os encontráis á las puertas de vuestro feliz eternidad sin haber sentido el peso de la vida!

Llamado con estas ideas, me las comuniqué á mi santo conductor uno de los primeros días de aquella feliz semana, y le pedí algunas más el término de mi residencia en su santa casa. El me respondió: Me alegro, señor, de veros en tan santa disposición. Dios nos favorece mucho, cuando nos hace conocer que os amamos, pero una virtud por sí sola no hace conocer que os amamos, y la virtud por sí sola no cumple cada uno con las obligaciones del ayro.

Estos padres, á quienes Dios hizo la gracia de salvarlos del mundo, no han dejado en él nada que les obligue á fijar allí su atención. Libres de todo cargo han venido aquí á buscar á Dios. Se han sujetado á las prácticas que les impone la regla, y su virtud consiste en su observancia.

Pero vos, á quien el cielo hizo señor de vuestros hijos, amigos, y amigos, tenéis otras obligaciones, y vuestra virtud será cumplir con ellas. Ya os habéis reconocido con Dios, ya habéis asegurado vuestra conciencia. Beto era lo esencial, así ahora debéis volver á vuestro casa y arreglarla, pensar seriamente en la educación de vuestros hijos, cuidar de vuestros criados, y entablar una vida cristiana, y si tenéis propensión á estudiar, á vuestros amigos las verdades de la religión que Dios os ha mostrado, y sobre todo, enseñar á todos con vuestros ejemplos la práctica del Evangelio.

Ved aquí, señor, las virtudes de vuestro estado y circunstancias. ¿Y quién sabe los designios de la Providencia en vuestra conversión? No es posible errar cuando se sigue el camino que nos indica el cielo por la situación en que nos pone, en vez de que la senda que escoge nuestro arbitrio puede ser obra de la ilusión ó del amor propio. Dios nos estima estas virtudes momentáneas que producen un fer-

vor súbito y que después suele entibiar el tiempo, y solo una las que son estables y perdurables, que las que la razón aprueba y que el propio estado exige.

Lo único que quisiera aconsejaros es, que pues estáis resuelto á pasar esta semana con nosotros, la aprovechéis para prepararos de nuevo y recibir otra vez el domingo, que será día de vuestra compañía, los santos Sacramentos. Pero yo quisiera que esta comunión fuera pública, que la recibierais en la iglesia para que la vieran todos, para que vuestro corazón diera á Dios este testimonio patente de religión y culto, y que esta fuera el primer paso de la profesión pública de cristiano de que debéis gloriaros adelante. Yo me comencé á todo lo que el padre me dijo, y desde aquel instante volví á recoger mi corazón para prepararme al octavo Sacramento que debía recibir otra vez. En efecto, le recibí el domingo, y debo añadir, Teodoro, que me parece que aunque aquella comunión fué en la iglesia y á vista de todos, me fue muy saludable y provechosa por el recogimiento y devoción que experimenté.

Cuando después de completos estos santos oficios el padre y yo volvimos á mi aposento, encontramos en él á Simon, que en conformidad de mis órdenes me vino á buscar. Su risa excitó en mí un sentimiento de pena, despertándome la idea de que venía á separarme de una compañía y de una vida en que estaba tan bien hallado. Mi atención á los consejos del padre me hizo olvidar esta sensación penosa. Simon me dijo que no había novedad en mi familia y que todos me esperaban con impaciencia y alegría. Yo dije al padre que por lo menos aquel día era mío, y que pues estaba resuelto á partir en él, siquiera me permitiera pasar todo en aquella casa y partir al anochece.

El padre condescendió, naturalmente. Para hoy es día de recreación, los padres bajarán esta tarde á la huerta y tendrán el gusto de veros, y así podéis también hablando con ellos, edificaros de nuevo con la sinceridad y unión de sus santos discursos. Simon nos pidió permiso para acompañarnos á todo. Yo lo extrín, sabiendo que estas ocupaciones no podían ser de su gusto; pero me pareció que por un lado la necesidad y por otro el temor de no saber qué hacer si se quedaba solo, le hacía determinarse á venir con nosotros, y habiendo manifestado el padre que no había en esto dificultad, le permití que nos acompañara.

En efecto, me siguió á todo, y cuando llegó la hora de ir á la Iglesia fuimos todos juntos. Aquellos buenos padres volvieron y nosotros dimos nuevas muestras de caridad amor universal con que amas á Dios en todas sus criaturas, y que tiene tanto carácter de sencillez. Yo volví á sentirme satisfecho de ver tanta benevolencia y atención en favor de un indigno que no merecía besar la tierra que pisaba. Nuestra conversación fué muy devota y muy animada que la primera vez.

Me parecía que me trataban ya con más dulzidad y confianza. Compañía ensayo hubiera podido aprovechar con sus santos discursos si los hubiera escuchado con más frecuencia. Sentía que solo en vuestro respecto al tiempo que me inspiraba veneración me infundía deseos y amor á la virtud; pero al fin llegó el momento preciso. A pesar de mi dolor me fué necesario decir á Simon que me fuera necesario. Mis padres, y cuando volví á advertirme que estaban prontos, tuve que hacerme violencia para arrancarme de tan dulce sociedad.

No pude hacer tanto esfuerzo sin destruirme el corazón y angustiarme en un diluvio de lágrimas. Todos los respetables varones mostraron la misma sensibilidad y me vinieron á acompañar hasta la puerta. Allí se despidieron y se dirigieron de estrocharme en sus santos brazos, y yo sentí tanta confianza como consuelo de verme enlazado con tantas hembras que eran sin dudar gracias á los ojos de Dios. Yo les pedí sus oraciones. Ellos me las prometieron, y tuvieron la humildad de pedir las mías. Pero cuánto me costó, Teodoro mío, arrancarme de los brazos de mi director, de aquel ángel de luz destinado por el cielo para mi regeneración, ¡de aquel padre que padre á quien debo lo que puedo llamar mi eterna fortuna! Al fin fué indispensable, y tan lleno de amor disgustado como cubierto de tierra, llovió, monté á caballo y partí.

¡Pero ay! ¡qué otras nuevas preocupaciones me esperaban en mi casa! Los primeros objetos que se presentaron á mis ojos fueron mis dos hijos, víctimas hasta entonces de mi desorden y desdén. Yo los amaba, pero con amor generoso. No era más que aquel siago sentimiento que la naturaleza inspira aun á los brutos. Hasta entonces no los había visto sino como miembros de mi mismo y como destinados á continuar mi nombre y el esplendor de mi casa. Todas mis ideas no habían tenido otro objeto que el de criarlos y hacerlos adelantar en la educación de caballeros para que se presentasen en el mundo con gentileza y gracia. Todas mis atenciones se limitaban á lo que podía contribuir á su utilidad y fortuna. Estaba muy lejos de pensar en instruirlos en la religión y en las obligaciones de cristiano.

No pude dejar de enterarme cuando se me arrojaron en el suelo dándose el dulce nombre de padre. Los estreché en mis brazos y recibí sus dulces cariños correspondiendo con las mías. Me sentí tan conmovido que me saltaron por los ojos dos arroyos de lágrimas. Y este llanto no era solo de ternura, sino de dolor, porque yo mismo me confundía de mi orgueñal y me acordaba de mi mucha negligencia, pues habían perdido por mi desdén mucho tiempo y recibían que á pesar de su corta edad mi mala conducta les hubiera producido alguna mala impresión.

Conoció muy bien cuán funestos son los malos ejemplos que se graban en las primeras ideas. Pedía perdón á Dios y le decía en lo íntimo de mi corazón: ¡Oh Señor de misericordia yo pongo desde este instante bajo las alas de tu providencia estas dos jóvenes pláticas que me has dado para que las cultivé para ti, para que las oyes en tu honor y en la guarda de tu santa ley. Perdona mi desdén pasado en favor del celo con que me propongo desempeñar tan digna confianza en lo sucesivo. Dirige al padre y protégelo á los hijos.

Volvendo los ojos encontré en su ayro que me cumplimentaba, y no pude verlo sin que me diera un vuelco el corazón. Ya había escogido á este hombre precisamente por lo que hubiera debido alegrar. Era un ayro á la suadida, hombre de algún talento, muy instruido en toda la erudición profunda, pero también muy propicio para corromper la juventud, filósofo por orgueñal, inercial por comodidad, y á lo menos indiferente en materia de religión; con esto está dicho que era de hábitos perversos costumbres.

Su aspecto solo me hizo estremecer, considerando las razones en que había puesto la inocencia de mis hijos, y

mientras él me hacía sus cumplimientos, yo resolvía en mi interior separarle cuanto antes, haciendo modo de despreciarlo con desdén; pero entonces me pareció prudente dilatar, y solo le dije que esperaba aliviarle mucho de su aplicación, porque contaba que mi primer deber era ocuparme seriamente en la crianza de mis hijos.

Después vinieron á presentarseme los demás criados. ¡Ay, Teodoro, los más de ellos habían sido los instrumentos ó los ministros de mi corrupción, y todos eran testigos de mi desorden, pues jamás me contaba el temor del castigo. No pude verlos sin una especie de sentimiento penoso. Me llenó de rubor considerando que no podía volver los ojos á nadie que no conociera toda mi pasada depravación y que no me causara un cierto horror. Solo vi y desamó mi corazón en un criado atrevido, llamado Ambrosio, que había servido á mis padres, hombre de tan buen natural, que á pesar de toda la corrupción que yo había introducido en mi familia, había conservado sus costumbres antiguas, manteniéndose siempre en una vida cristiana y arreglada.

Por lo mismo había sido siempre el objeto de nuestros desprecios, el blanco de nuestras burlas. Le teníamos por un lacayo, y si yo le conservaba en mi casa era por pura humanidad, por no desquilar su motivo á un criado de mis padres que los había servido muy bien y por su misma utilidad. Pues bien, Teodoro, este Ambrosio tan despreciado y abatido fué entonces entre todos el único objeto que vi con satisfacción, el único que me inspiró respeto, respeto que yo mismo sentí á mí misma al mirarle con reverencia y respeto, sentimiento irresistible de la virtud cuando se sabe conocerla. Necesité de prudencia para contenerme y no mostrarle de golpe las caricias que mi corazón me inspiraba.

En fin, Teodoro, todos los objetos habían mudado de apariencia á mis ojos. Esta casa que yo había despreciado siempre por su sencillez, me pareció por lo mismo un asilo muy oportuno para mi situación. Los adorno brillantes, los muebles magníficos que tanto habían honrado mi orgueñal, me daban ahora en rostro y no podía verlos sin enfado. Los ricos vestidos que habían fomentado mi inmensa vanidad y con los que cubría mi corrupción, me ocasionaron el mismo efecto. Mi mano los rechazó con horror y escogí el más sencillo para mí uso. ¿Quién podrá hacer tanta mudanza en mi alma? ¿Quién sino la gracia del Señor, la luz del desengaño y la doctrina del Evangelio?

No solo sentí esta mudanza en mis gustos, sino también en mis opiniones. Mi transformación fué general y tan completa, que precisamente lo que antes apetecía ó estimaba más, era lo que ahora me gustaba y apreciaba menos.

Los hombres que antes me parecían desagradables ó de poco mérito, porque no tenían esta buena ó querida brillante que el mundo estima tanto, á porque no habían de los de aquella vida, perspicacia y gracia que tanto atraían á la profanación, me parecían ahora los solos que se debían estimar, cuando me acordaba el efecto de estas asiduos con la prudencia, modestia y demás virtudes.

Los hombres consagrados á los ejercicios de la religión, que trabajaban seriamente en sacar del mal del mundo y sus peligros su barca al puerto de la salud, me parecían los únicos directores, los solos sabios, los que merecían estimación.

le maestro raspo y muestra emulantes, y al contrario los que emulaban con las falsas ideas del lujo y del orgullo, no pensaban en otra cosa que en riqueza, grandeza y placeres, no parecían incontentos, furiosos y que elegos corrían sin saber el precipicio.

Lo que más me dolía de mí fue que mi falsa filosofía me había inspirado un espíritu de rebelión y de guerra contra los pobres. Como en sus principios no hay inordinación y que las pasiones transforman hasta las ideas más sanas, servíendolas a un extremo en que ya no puede haber razón, y que si hay inmoderación en un principio que aunque justo en sí mismo, le hace odioso el exceso de su aplicación. Yo sabía que todo era tan así al Estado como al que todo trabajo que le proporciona es un mal, y que sería un extravío. Yo repetía las máximas terribles de los sofistas de que no se debe dar limosna, pues si nadie la diera no le pedirían los pobres, y adquirí con estas ideas inhumanas una aversión tan intolerable, que cuando se me presentaba un pobre le veía con indignación y le rechazaba con dureza.

Pero no me había dado cuenta de que mientras al gobierno no le relega y le procura socorro, es indispensable socorrerle, y que si hay inmoderación en el principio que padieren trabajo, hay otros vendedores que no padecen que en su dolo, mejor se dar al que no le merezca que dejar de socorrerle al que le necesita, y aunque nada necesito tanto de ilustración y profusión como el mío y la aplicación de la limosna, esta distribución que debe ser bien entendida, no debe dejarse en rigor, que Jesucristo nos ha enseñado dar lo superfluo, que yo me era jefe de la causa política y sabía todo, que nadie me daba derecho para tratar á los indios con dureza tan bárbara.

En verdad, Teodoro, que ahora que lo considero, no comprendo qué es lo que me ha podido tenerme tanto tiempo en una ilusión tan falsa, dando á mi común sentimiento tan inhumano. ¿Será así el aspecto de la miseria fortunada á mi amor propio y querer alejarme de mi vista? ¿Será que confundido con mis vanidades y placeres me había hecho inencontrable á los males ajenos? ¿Será que no me resistíéndome nada bastante para satisfacer mi orgullo y contentar mis caprichos, una sencilla colcha me ostentaba la mano y cubría su injusticia con tan viles pretextos? ¿Será, en fin, que dure é inmutable á toda inhumanidad, mi corazón era de acero para los otros hombres. No lo sé, amigo, pero todo que así todo está junto.

Lo que es es, que desde que la luz del Evangelio brilló en mi alma de repente y sin ninguna nueva reflexión, se disiparon estas inhumanas ilusiones, que sentí toda la iniquidad de mi conciencia y que tuve horror y vergüenza de mí mismo. Como si Dios me hubiera querido mostrar lo absurdo que eran mis sentimientos y lo opuesto que eran á su divina ley, me ha hecho reflexionar en los sentimientos de compasión con que los trataba Jesucristo. Y me horrorizó de mí dura cuando me acordé que el mismo Señor decía: Lo que hicierdes por uno de estos pobres, es como si lo hicieras por mí. Si, amigo, mi corazón se ha mudado. Ya un pobre para mí es un objeto de respeto interior. Enviado su pobre cuando me parecían que hace bien no de él, y sé fino más su sufrimiento y misericordia á las levas con paciencia y resignación cristiana, que sólo las riquezas y pompas del mundo.

Si me parece que por su salud ó su salud no debiera trabajar, le despidió con modestia, pero me permito al libertar desprecio con que los rechazaba. ¡Ay, amigo! ¿no he estado muy engañado, muy pervertido? Esto es uno de los artículos de mi corrupción que me atormenta más. Yo le enseñé á los miembros de Jesucristo con mi indignidad, que su memoria es uno de los más punzantes recordamientos de mi corazón; pero espero encontrarlos en mí y honrar en ellos á Jesucristo.

En fin, Teodoro, sería muy largo referirte por poner todos los desengaños que me ha traído esta divina luz. Lo que puedo decirte en general es, que ella me ha hecho conocer que toda mi presunción era ridícula, que mi ciencia era ignorancia y que estaba lleno de errores, que las ideas de mi entendimiento eran absurdas y los puntos de mi corazón viles y corrompidos, que yo procuraba contentarme con los sofismas de una filosofía temeraria, pero que sus frivolos pretextos no me ablandaban sino porque floqueaban la corrupción de mis pasiones.

Tan ciegos como yo, han procurado como yo están todos los que viven en el mundo cuando lo común y usual, cuando se gobiernan por sus falsas máximas, cuando adoptan esta filosofía perniciosa, todos, Teodoro, y también tú mismo. El cielo te envía la misma luz que á mí, y tú como yo te morirías de haberse dejado seducir de unos errores tan groseros, que no puedes resistir al mayor rayo de la sana verdad. El primer beneficio de la religión es dignificar. Cuando has perdido ya, ¿cuántos años quedarán que perder? ¿Debes haber sido ahora el estado de tu vida; pero vivamos á la brevedad.

Al otro día de mi llegada fui á la parroquia conduciendo á mis hijos. Después de haber sido con ellos la misa, pregunté por el cura, que no había venido á verme, y me encoró á su casa. Encontré á un anciano venerable que me recibió con atención y urbanidad, pero que me pareció frío y circunspecto. Su conversación me dió la idea de que era hombre instruido y sólido y de que sabía unir la simplicidad de sus discursos con la seriedad de su carácter. Sentí una viva secreta satisfacción de que Dios me hubiese deparado un cura tan respetable. Le dije que yo era un nuevo feligrés, una ovija nueva que venía á reconocer su pastor y poneros en su servicio. Me he respondido tímidamente, me dijo que hacía veinte años que era cura de aquella parroquia y que se hallaba muy bien en ella. Pero aunque procuré hablar con cordialidad y abrir muchas ramas de conversación, observé siempre que me respondía con sequedad, que no se prestaba á mis esfuerzos y que no acababa de abrirse conmigo.

No era extraño, Teodoro; yo pagaba allí las deudas de mi reputación. Después supí, y el mismo cura me lo ha confesado, que sabía la historia de mi mala vida, que la noticia de mi llegada había traido la de mis ocurrencias, que las personas juiciosas del lugar se habían aligido de mí vida, y que el buen cura se había conmovido, temiendo que yo y mi familia acabásemos de corromper un pueblo que él trabajaba por convertir á Dios.

Como yo ignoraba esto, iba adelante en todo lo que podía satisfacer mi curiosidad ó darme ideas para el logro de mis futuros proyectos, y sape por él que algún lugar era muy grande, y que había en él cerca de tres mil personas de comunión, pero la mayor parte pobres, que había

algunos labradores, pocos ó ningunos artes y mucha miseria, que su renta era corta y que aunque él distribuirá todo lo que era posible entre los pobres, como era estos tantos, no podía socorrerlos á todos y que esto era lo único que le hacía pensar en su situación, porque todos los días era inútil y triste testigo de graves necesidades que no podía remediar.

Yo le respondí al cielo me ha concedido algunos bienes de fortuna, y sé que mi obligación es distribuirlos entre los que no los tienen. Pues la Providencia me ha conducido á este lugar, ya me ha indicado los pobres que debo socorrer y me presenta un nuestro pastor el órgano por quien lo debo hacer. Yo digo, señor cura, contribuir al alivio de todos en cuanto se extendan mis bienes. Así es poco me haga saber todas las necesidades que interesan vuestro buen corazón, y estáis seguro de que os ayudará en cuanto necesite y que en nada me daréis mayor gasto.

El buen cura me escuchó con atención y observó que me miraba como con sorpresa. Entonces no me paré á hacer reflexiones, y ocupado con la idea de que era necesario darle luego alguna cosa para que se aliviara las necesidades más urgentes, me puse más que en sacar mi bolsillo. Por fortuna aquella mañana, verificándose, le dié y había en él mi cantidad restante. Se lo ofrecí al cura diciéndole: Ved aquí este pequeño lugar por ahora. Es natural que tengis necesidades que calza un remedio pronto. Seríais de otro, otra vez vos mismos me dispenso, y temerosos mudéis sus esfuerzos para socorrer á los pobres, á la que sería mejor, para desentender.

El cura con mucho modo tomó el bolsillo, y me dijo: El cielo, señor, os lo pagará, y dabo gracias por vuestra satisfacción, que es así providencia la que os ha inspirado. Yo estaba en este momento muy aligido, y voy á explicaros la causa. Un jornalero, hombre de bien y buen cristiano, que con su trabajo mantenía á su mujer y siete hijos, y el mayor de diez años, por un accidente fatal se quebró una pierna habiéndose caído en su veje, bice venir á un cirujano de la ciudad más inmediata, fué necesario pagarle y hacer muchas gastos en los remedios necesarios. El infeliz no tenía nada. No hacía poco os mantuvo tristemente una familia tan numerosa, y en aquel momento en que no podía trabajar, no sólo era preciso pagar los gastos de su curación, sino hacer subsistir á él y á toda su familia. Yo lo he hecho hasta hora, apurando mis propios medios y los de las personas en quienes hay alguna caridad.

Fecó esta mañana una de sus hijas ha venido á visitarme que su madre la parió esta noche y que me llama. Y al he quedado trascendido de dolor, considerando que esta pobre mujer es la única que podía servir á su marido, que yace en su lecho, todavía con las ligaduras, y que ahora se lejo de que puede servirle como la hecho hasta aquí, pesaba esta misma idea que la sirva, fuera de las gatas y cuidados inseparables de su situación. Apenas tenía valor para presentarme á los ojos de esta familia desgraciada, no teniendo el menor socorro que llevarla ni saber á quién pedirlo.

No obstante, impelido por mi obligada me disponía á salir para él. Varios, cuando la Providencia os ha hecho venir y ha ocurrido, cuando os acordéis á ofrecermos esta tan generosa limosna por los pobres. Yo os debo referir los tales circunstancias para que alabados á este Padre uni-

versal que amos, nos olvidó, para que os alegréis de haber sido escogido instrumento de tan urgente socorro, y para que tengáis el consuelo de saber el cómo me que voy á hacer de vuestra generosidad. Yo levanta el corazón á Dios, dándole gracias de su inspiración, y me propono para toda mi vida no solo aprovechar estas felices ocasiones, sino imitarlas.

También tuve otra agradable satisfacción, porque cuando el buen cura me contó el estado de aquella triste familia, observé que mis hijos le escuchaban con interés, y que las lágrimas se les acoraron á los ojos. También vi la complacencia de su corazón viendo los medios que había propuesto de remediarla, tuve mucho gusto en reconocer en ellos disposiciones tan felices, y me dije á mí mismo: Hijos queridos, si el cielo os ha hecho el don inestimable de un corazón sensible, yo lo procuraré cultivar. Me acordé pedir al cura no le diera á los ojos de los infelices para hacerlos testigos de aquella miseria; pero me pareció demasiado presto, pues yo acababa de llegar, y este peso podría tener el aire de afectación. Me resolví pues para tiempo vendiendo lo que podría servir con mi propia caridad.

Vuelto á mi casa traté de arreglar las horas y las ocupaciones de todos. Yo debía levantarme muy temprano y al primero de todos, á fin de reservar la primera hora del día para adorar á Dios y darle gracias de la vida que me concedía. Mis hijos debían levantarse después y darlas conmigo y con su ayre, luego dabanse los platos á la iglesia á fin de ir á las escuelas de los niños desamparados. El que debió darlos recibía sin mi presencia para que yo pudiera tomar parte en ella, si me pareciera conveniente, y todo en este tiempo como en el que la repasa, yo quería estar á su vista y aprovecharlo en sus propios negocios; y en efecto, querido Teodoro, este es el tiempo de que me he valido y me valgo para escribirte.

Cuando mis hijos me parecen fatigados, los envío á correr por el jardín y tengo el cuidado de interrumpir sus ejercicios, no para que no se fatiguen, sino para que hagan en el mucho ejercicio, que es tan necesario en su edad. Por esto después de comer salimos al campo á tomar el aire puro, yo les exhorto á correr y jugar, con lo que no se aburren, sino que adquieren fuerzas y fortifican su temperamento. Al ponerse el sol volvemos á casa á dar la segunda lección y yo continúo mis ocupaciones ordinarias.

A los siete con corta diferencia se junta toda la familia. Se hace una lectura capitular en común, se reza el rosario de la Virgen y también las oraciones de la noche. Después de esta se cena. Mis hijos van á acostarse, y me queda para dar las órdenes que me parecen necesarias, hasta que llega la hora de recogerme. Es aquí el orden que quisiera establecer en mi familia mientras lo permitan las circunstancias, y para que se sigan con fidelidad, tomé las medidas convenientes.

Mandé que mis hijos habitasen en un cuarto inmediato y donde no se podía oír sus risas por el río. Hasta allí el ayre había tenido su efecto en el mismo cuarto que mis hijos para yo el dije que pues me hallaba allí, debía disponerle de esta parte, porque el cielo y la naturaleza me habían destinado para cuidado de mis hijos. Reglé las horas de las comidas y las comidas mismas, reduciéndolas á lo suficiente, simple y sano, desenterré todo fasto y ostentación.



en fin, dispense todo lo que creí mas oportuno para el régimen de una vida arreglada y cristiana.

Mis creencias estaban sólidas, y yo mismo leía en sus ojos la extensión y el espanto que les causaba una mudanza de conducta tan entera. No sabía á qué atribuiría, porque todos ignoraban mi retiro y residencia en la casa casa. Simon me había guardado el secreto con fidelidad. Pero el que estaba mas sorprendido y el que podía estimularlo mas era el ayo. Acostumbrado á mis discursos ligeros, á sus continuas felicitades y á ver toda mi pasión en movimiento, no podía entender cómo tan de repente me escuchaba discursos serenos y medidos, me veía noticias justas y compostas, y en fin, pensar seriamente en establecimientos tan contrarios á mis precedentes antiguos; pero ni él ni los demás se atrevían á decirme nada. Obedecían sin réplica lo que yo mandaba, pero no sabían esconder su alegría.

En cuanto á mí, yo tampoco me atrevía á más. Me parecía que un infeliz como yo, que apenas salía de la inmundicia de una vida abominable, y que los perversos ejemplos estaban todavía tan recientes, no debía permitirse el título ni de los derechos de profeta, que no era lícito tomar el feroz y el carácter de apóstol al que apenas estaba convertido. Créase pues que no debía predicar sino con el ejemplo, que no eran mis discursos, sino mi conducta la que debía persuadir, sin dejar la determinación de separar de mi familia todos aquellos á quienes un ejemplo largo y sostenido no pudiera convertir.

Hacia de estas cosas salidas á recorrer una parte de las tierras y dependencias que me dejaron mis padres en las inmediaciones. Y esta fue la primera vez que padecí que aquellos pobres y humildes labradores, que había visto hasta allí sin tanto respeto, con los que nos mantenían á costa de su propio sudor, que siendo mas felices que los otros, que ellos mismos alimentan con sus sábanas, son tambien mas dignos de estimación por la inocencia de sus costumbres, y porque por lo común están mas serenos de sus vicios.

Explicame Teodoro, cómo ó por qué milagro yo que estaba lleno de ilusiones y errores, yo que me habia pervertido tanto con las falaces máximas del mundo, yo que con tan intrínseca culpa me habia forjado un sistema de moral cómodo y defendida con tenacidad y precension las mas absurdas y temerarias garazas, cómo digo, en tan breve tiempo he mudado tanta todas mis opiniones?

Explicame, ¿quién me ha quitado este velo tupido que me cubria las potencias del alma? ¿Quién ha purificado el aire infecto que corrompía mi débil corazón? ¿Quién ha de ser Teodoro mío, sino la luz del Evangelio? Ella me hace mirar las cosas no como parecen, no como el mundo las estima, sino como son en sí y como las estima Dios. Ella me ha arrebatado de las manos la balanza engañosa de que se sirven las pasiones para pesar los bienes y los males de la tierra, y me ha dado la balanza del santuario.

Ahora voy recorriendo y visitando las muchas tierras y posesiones que tengo en este vecindario, y aunque poco entendido en su administración por el desorden con que siempre he visto mis objetos, me ha parecido que con algun cuidado y atención pueden mejorarse mucho. Como ya los hombres simples, los de corazón sano, los pobres sobre todo, si son aplicados, son para mí objetos de veneración,

hablo con los paisanos mis arrendadores ó con los que dirigen y cultivan mis tierras, con dulzura y cordialidad, y no solo los hablo de mis propios negocios, sino de los suyos. Me informo de sus familias, de las personas que las ocupan, y les manifiesto interés y deseo de su prosperidad y disposiciones para contribuir en cuanto pueda á su bienestar.

Pero debo decirte para óprobio y vergüenza de nuestro siglo, que estas gentes sencillas están acostumbradas de verme hablar con ellas con tanta afección y humanidad. A cada instante me repiten que soy un señor muy bueno, y que es esta una expresión de cordialidad ó de humildad, pues veo en sus ojos que es un sentimiento vivo que nació de la sorpresa y de la verdad: tan común es el injusto desprecio con que los tratan las personas distinguidas, y tantas las humillaciones que experimentan de la insupportable dureza de los ricos.

Mientras yo arreglaba mi casa y cuando ya me parecía que el interior iba bien y que era tiempo de pensar en plan de otras ideas, observaba con pena que Simon desde el momento que me halló en la casa nunca habia modificado su modo de sentir y de conducta. Antes estaba acostumbrado á hablarme con aquella familiaridad y licencia á que da lugar el pasar de la desigualdad de las personas la igualdad de las cosas. Y aunque era justo se corrigiese entre nosotros la confianza del visto, yo hubiera querido que me tratase de las personas, porque esta me parecía contraria al proyecto que yo tenia de su conversión.

Pero á pesar de mis esfuerzos no lo podía conseguir. Simon desde que me descubrió en el retiro me veía con cierto odio y embaraço. Lejos de permitirme la antigua libertad, apenas respondía á lo que me preguntaba. Me obedecía sin replicar y conservaba siempre un semblante ocuro y taciturno. Creí que el nuevo género de mi vida le desagraviaba y que previendo la tristeza y retiro en que yo me proponía vivir, estaba descontento.

Esto pensamiento me afligió mucho, porque estaba determinado, al mi ejemplo no le mudaba, á alejarme de mí. Sus largos servicios y el mucho amor que le tenía no hubieran bastado para dejarme en mi casa. No era posible tener en mi familia y con mis hijos á un hombre envuelto en el desorden, y que si resistía á la fuerza de mis ejemplos, no podía darme mas que males, pero me costaba mucha pena no persuadir á un hombre que yo habia corrompido tanto y verme en la necesidad de separarme de él para siempre.

Una mañana mientras el ayo daba un lección á mis hijos y que yo me ocupaba en escribirlo, Simon se llega á mí y me dice con voz baja que tiene que hablarme; yo me voy con él á un cuarto donde nadie podía oírnos, y empezamos entre nosotros el diálogo siguiente:

—Me parece, señor, me dijo Simon, que ya vuestra casa está arreglada, y que por ahora no tenéis necesidad de mí.

—Yo tengo siempre necesidad de un amigo que me ayude.

—Pero que es lo que quieres?

—Yo quisiera hacer un viaje.

—¿Vijet? jamás nos hemos separado.

—¿Jamás nos hemos separado? ¿cómo si no hubiéramos estado mas de un mes sin que yo supiera dónde estabas?

—¿Cómo si no hubiéramos ido al convento sin mí?

—¿Aquel fue un accidente impensado que yo no podía

prevair. ¿Pero qué te dignaste la novedad de mi vida y no te puedes acomodar con ella? y además pretendes ir al convento.

—Al convento? ¿y á qué?

—A salvarme; ¿quién salvarte solo? [No será justo que cuando yo he sido el compañero de vuestra mala vida, lo sea tambien de vuestra penitencia?]

—¿Qué me dices, Simon querido? ¿Dios te ha tocado tambien el corazón?

—Sí, señor, me respondió Simon atenido en llanto, y poniéndose de rodillas me añadió: yo no se polo otra cosa sino que me deia huirme para pasar allí algunos dias, y que me dio una carta para que al buen padre luego conmigo lo mismo que la habia con vos.

Yo quedé tan agradablemente sorprendido y mi corazón sintió tan vivo conmoción, que tambien él llanto me salió á los ojos y sin saber lo que hacia, me puse de rodillas, exclamando: [Dios de misericordias infinitas, por cuánto modo me mostras tus bondades! Fue necesario al punto para que uno y otro pudiéramos seguir la agitación de nuestros almas. Cuando me sentí algun tanto resacado, le hice sentar junto á mí y le dije: Explícame bien, querido Simon, cuáles son tus ideas, tus intenciones y cuánto ó como Dios te ha aluminado con la divina luz? Simon me respondió:

—Señor, desde que logré hallarme en aquel convento después de tantas y tan variis solicitudes, sentí que el corazón me dio un vuelco. Apenas entré y á aquellos largos y silenciosos discursos, al punto me llené de estupor. Me pareció que respiraba un aire muy diferente del de fuera y que habia en aquel recinto alguna cosa que me inspiraba respeto y temor. Esta impresión se aumentó mucho cuando entré y es en aquella pobre y desnuda celda en que me pareció que estabais tranquilo y contento.

Vuestra figura me pareció tambien diferente; yo os encontré con un semblante serio y circunscrito que no era familiar y que me llamó mucho. La viveza natural de vuestro carácter se me figura transformada en modestia y cordura. Vuestros palabras lentas y sosegadas, dichas con peso y circunspección, me asombraron. En fin, yo sé otras del que siempre os habia visto y no podía comprender tanta mudanza en tan poco tiempo; pero cuando vi aquel padre venerable con un aspecto que infundía devoción, cuando le oí aquellas dulces palabras que salían de sus labios, me pareció ver y oír un ángel del cielo, y me dije á mí mismo, este es otro mundo del que yo conozco, y pareció que aquí son mejores las gentes que por allá.

Desde entonces yo habilité querria no salir de aquella casa y acompañarme, pero viendo que me dábais ordenes, me pareció que debía empezar por cumplirlos. Desde aquel instante no os he tan separado estas ideas de mi corazón. Los vijes que he sido después los han fortificado mucho, sobre todo el último dia en que tuve el tiempo y la ocasión de observar bien aquellos benditos padres; todo lo que vi, tanto en el coro y demás oficios como en el jardín, me ha hecho conocer que los que estamos en el mundo vamos errando, que los que se abandonan á sus gustos van locos y que viven sin temor de Dios son ciegos é insensatos.

—Sí, señor, aquellas buenas almas lo entienden mejor. Allí son sus felices que nosotros, y después tendrán la

gloria. Yo soy un pobre ignorante; pero todos los dias doy gracias á Dios de que os haya librado allá, y le pido que me lleve á mí. No me he atrevido hasta ahora á pedirle libertad porque sé que era menester servirle hasta que pudierais dejar corriente el establecimiento de esta vuestra casa; y pues ya lo está, permitidme que vaya al convento y que os llamo en lo bueno como os llamo en lo malo.

—Si tú supieras, querido Simon, le respondí yo celebrándole los bienes del cielo, al tú supieras la enorme loss que me quitas del corazón, los motivos que me obceca de dar gracias á Dios y cuánto dilato en pien mi saber que ya puedo y estoy seguro de vivir siempre contigo en la mas estrecha é inalterable unión, pudieras conocer lo feliz que me haces. Mira, Simon, yo habia interpretado mal tu triste severidad conmigo. La habia atribuido á tu disgusto de verme mudado de sentimientos y á tu poca disposición de permitirlo. Reto me aflige mucho, porque me obligaba á la triste necesidad de separarme de tí, pues no es posible que yo deje cosas de mis hijos cosa alguna que no los oblique.

Yo te he juzgado mal, querido Simon; tus sentimientos eran muy diferentes y Dios me da en ellos el consuelo de que no nos separamos nunca. Sí, Simon mío. Desde ahora te miro como mi mejor amigo. Antes lo oramos, pero amigos fúeramos y felices, que todos los dias nos damos uno á otro la peor de las respuestas. Antes nos empujábamos mutuamente al precipicio en el camino de la perdición, y ahora nos ayudamos en él de la felicidad.

Ningun motivo humano es capaz de obligarme á detenerme un instante en resoluciones tan santas. Yo debo darte sin cesar buenos ejemplos para reparar en parte los grandes males que te he causado, y debo regarlas mucho que me perdona haber sido el motivo infeliz de que por complacerme heays faltado tanto á Dios. Repeto que me lo perdones y que pediria á Dios por mí como yo le pediré por tí. Simon, parte cuando quieras; ante hoy que me faltas. Ese ángel del cielo que me ha curado mi orgullo, te curará de la tuya. Ponte en sus manos y vuelve cuanto antes á ganar en nuestros brazos y compañía de la dulce unión cristiana que formaremos entre nosotros. Simon me pidió que le diese una carta para el padre, yo se la di y partió al día siguiente.

Simon me hace mucha falta en mi actual situación, pero aunque me falta pediendo de una familia numerosa, estoy solo á causa de que ninguno de los que me creían pueden servir á mis deseos; todos son los compañeros de mi mala vida, y yo pago la pena de los males que hejan de mí todos los bancos, y cuando me muestra luz los desagravio no tienen á quien volver los ojos. Ya pudiese considerar que siendo los que están aquí ómnibus los mismos que me servirán en sus desórdenes, no pueden ayudarme en cosas útiles, porque ocupados continúan solo en vicios y placeres, han hecho lo que yo, que es no aprender nada.

Yo los pruebo ahora y les doy tiempo para ver si se tornan mejores de costumbres y empezare una vida cristiana, pero me parece que algunas tendrán costumbres malas, y tanto que voy obligado á despedirlas. Lo que mas me aflige es conocer mi propia inutilidad; que no soy capaz por mí de colaborar en las cosas dirigidas; tengo bastante luz para ver toda la extensión de mis delitos y sé la temo para propo-

cionar las pugas. Dos hijos que criar, una casa que dirigir, muchas tierras que administrar, grandes riquezas que distribuir, todo esto es un peso enorme para mí, que no sé si me he aplicado á nada. Siento la necesidad de tener á mi lado una persona inteligente y cristiana que quiera asociarse á mis trabajos, pero dónde la encontraré?

No sé en qué lugar, donde no es lugar que las haya, aunque todavía no le conozco más. Sin duda que las habrá en esa población capital que habitas, pero yo no he conocido en modo conocerlas. Los buenos hijos de los males y los males no los buscan. Después de haber vivido en ella muchos años, y consumido todos sus frutos, morales y sociales, me halla solo, aislado, y sin conocer á quien dirigirme que sea en resultado de buscar un objeto de virtud y probidad. El mundo tiene personas muy embarazadas si me dirigen á él para este propósito, como tal vez sí las hubiera que me enseñaran en que instruido y preparado para mis hijos, que es lo que en el día necesito más.

Ésta, como diez años cumplidos, y Pacifico se acerca á los trece. Está en precisamente la edad en que más nos precisamos de un gran objeto que los instruya, de un mentor cristiano que los inculque las virtudes de la religión y los principios del moral, que debe dirigir su corazón al amor á la penitencia de las virtudes. Las impresiones que se reciben en esta edad son las más buenas, las que más influyen en el desarrollo de la vida. Tengo haberlos hecho perder diez años enteros, esto es el tiempo que ha pasado desde que me las falta en virtuosa madre. Y quisiera el cielo que me las haya dado tantas impresiones este preceptor glorioso.

Esta memoria me amarga mucho. Yo no imaginaba cuando ahora diez años vi con tanta indiferencia la muerte de mi buena mujer, que presto lloraría en su fúnebre y conocería muy tarde el bien que había perdido tan cinco estaba entonces, que no sé si podré conseguir el resplandor de sus altas virtudes, ahora es cuando la reflexión me las hace conocer. Qué consuelo hubiera sido para ella verme volver á entrar en los caminos de la religión y de la virtud! Qué salura fuera para mí pedirle perdón de mis iniquidades y poder repararlas con el arrepentimiento y el amor.

Esta santa mujer que sufría con tan heroica paciencia mis agravios y disimulaba con tanta discreción mis injusticias, no pensaba en un momento retro ni en la educación de sus hijos. Ella era la que los instruíra en sus primeros años. Ella me enseñó á leer y escribir, y sobre todo, los primeros elementos de la religión. Porque que no las he olvidado, pues el otro día recordándolos por el castigo, no tan desfogó de repetir bien, y con una inteligencia superior á sus cortos años, pero no creo que después de dos años hayan aprendido nada. Es verdad que el nuevo año no se haya dignado de pensar en esta y que él me ha aplicado á instruir en él, no me da que me diésteis y en cosas profanas. Dices esta porque al otro día estaba muy satisfecho porque los he repetido delante de una relación de comedia. Yo sufría pero disimulaba, por que veía inútil toda reconvencción y que este mal no se puede curar sino con remedios radicales.

Te acordar, Teodoro, un rasgo de su conducta que te lo hará conocer mejor. Yo no lo he olvidado positivamente á ninguno que venga á los ejercicios de la noche. Me parece que mi conducta precedente todavía tan fresca me

quita todo derecho de mandarlo con autoridad, pero he dicho que podía venir los que quisieran y aplando y acreciendo á los que vienen. Con esto han venido los más, este filósofo no ha venido amado, y tiene el alfilerado valor de dejarse solos. Esta falta de pudor me dio idea de su carácter, y me determiné á separarlo de mis hijos. Yo le despedí, y así me lo quedado solo, y yo no soy capaz de tan difícil encargo.

Ya ves pues que me es indispensable buscar alguna persona en que pueda confiar, para que no dedique á la educación de mis hijos, y ya ves también que no es fácil encontrarla con las cualidades que exige mi confianza tan elevada. No hay sacrificio que yo no hiciera en favor de un hombre en esta virtud y talentos pudiera reponer, porque encargar toda la importancia, pero dónde la encontraré! Las sugerencias de esta especie son raras, y cuando pudiera alguna, cómo puedo esperar que un hombre de mérito quiera encargarse de la educación de unos niños cuyo padre por su mala reputación lo ha de rechazar? En este conflicto me ha ocurrido una idea que voy á proponerte, y se legra me hará muy feliz.

Ya te acordarás de Mariano, aquel pobre pariente mío á quien á pesar de nuestro parentesco y relaciones, nosotros vimos poco, porque sus costumbres no se parecían á las nuestras y porque nuestra relación no se acomodaba en la virtud. Al pesar de nuestra afinidad en el modo de pensar, siempre me ha tratado con caridad, ó para decirlo con una propiedad, siempre me ha visto como hermano. Cuantas veces me he referido todavía yo lo he referido al momento de la miseria, pero he querido... Y cuanto me han acordado mis recordamientos el desprecio que hizo de sus exhortaciones, como es lo he referido á mi director, cuando le he pintado su virtud! Ya sabes también que en los tiempos de nuestra educación él era el que por su conducta y talentos se distinguía más entre nosotros. Tampoco ignoras que es hijo ferocero é ingrato de un padre poco acomodado, quedó con pocos bienes de fortuna, y que si vive independiente y contento, se únicamente por la sobriedad de su vida y por la moderación de su espíritu.

Me parece, Teodoro, que el cielo no me podía hacer mayor presente. Si fuera posible que Mariano se resolviera á venir aquí, á vivir conmigo, y encargarse de la educación de mis hijos, nada pudiera contarme más á mi felicidad. Mis hijos tendrían un ángel tutelar que los enseñara al cielo, yo un amigo esclarecido que me ayudara en mis buenos pensamientos, que me sostuviera en la virtud y me dirigiera con sus buenos consejos. ¡Pero cómo esperar que un hombre tan justo, tan virtuoso, que me conoce tanto y he sido testigo tan inmediato de mi desplorable conducta, quiera vivir conmigo, más mejor que nada sabe cuál digno soy de desearlo! (Cómo he de pensar que se digna de asociarse á una familia, que yo presido, mi "eris hijos de tan mal padre! (Cómo podrá permanecer mi respetable público! No se creería deshonrado, si habitara en la misma casa que yo!

Con todo, Teodoro, tengo tan alta idea de su humildad y su virtud, que no desearo de que la caridad le obligue á tanto sacrificio, y te aquí el pensamiento que me ocurre. Hazme el gusto de reunirle todas las cartas que te he escrito, para que las lea sucesivamente, que de gracias á Dios

que me, que vas que este momento que esperaba de la bondad divina, ya he venido, y que si quiero, puedo ser el instrumento con que el cielo acaba de cumplir y perfeccionar su obra. Que los pases todo lo que te he escrito, y que llegando á este punto, halle y sea la que escrito para él.

Querido y respetado Mariano. Levántate á Dios tu puro corazón, despierta tu voluntad y su gloria, y si su bondad te lo inspira, ofrece al socio de un amigo que necesita de tu amistad. Yo tengo buenas resoluciones, con é sostenidas, ya amo la virtud y la he buscado, ven á sostenerlas, ya tengo pensamientos cristianos y deseo de hacer todo el bien que pueda, vni á ayudarme.

Sobre todo ven á recibir mis dos hijos, que tomare entre mis brazos para ponerlos en los brazos. Recíbelos en nombre de Dios que te destina para criarlos en su amor y formarlos para su gloria; recíbelos en nombre de la amistad que implora, y que los fia á su dirección y vigilancia. Yo te cederé todos los derechos de padre, tras contigo algún grado de confianza, que bajo de tus ordenes pueda cuidarlos y servirlos. Yo estoy resuelto á separar de mí todos los que me han servido en el tiempo de mi depravación, si la mudanza de mis costumbres no bastá á mejorar las suyas.

Si algunos personas virtuosas que puedan recomendarlos, no las pierdas de vista y tenlas preparadas para cuando venga aquí, para que con conocimiento de las cosas las puedas hacer venir tu disposición de todo, si lo arrojará todo como tu religión y conciencia te lo inspiren. Yo sé que espero como al hombre que Dios me envía para amigo, maestro y compañero en sus caminos, y lo quiero en tantas misericordias que me ha hecho, nunca la de merecer tu confianza, y determinando por su amor á tanto sacrificio.

Que sea Dios de bondad que me dé tanta serid de protección te inspire, que con las alas de su espíritu divino

vuelves á sus brazos, que desee engragar á ejercer de todas las virtudes, y luego que yo te sea presto entre por mis puertas y que me corran pueda arrojarlos entre tus brazos. Adios, Mariano querido, adios hasta el dichoso momento en que Dios nos una para no volver á separarnos.

Y tú, Teodoro mio, sérvete de interés con Mariano. Haz por estar con él y pensadle que no vivas á mis instancias. Dile que esta es una obra del cielo, que venga á socorrer una familia desahuciada que ha conocido sus errores, para que no se vuelva á desahuciar; á una familia que desea gobernarse por su dirección y sus ejemplos.

Ya te acordaras que al principio de nuestra correspondencia te dije que no me responderás hasta que yo te avisara, porque quería que no las dijeras nada, hasta que supieras toda mi historia y que estuvieras enteramente instruido. Ya lo sabes, Teodoro mio. Ya sabes todo mi actual asombro. Ya no he hallado las cosas pasadas, si solo de los momentos presentes. Respóndeme, pues, y dignate el cielo de mover tu corazón bueno, generoso y noble, pero lloro y engañado como él mio. Por otra parte, me importa mucho sobre la resolución de Mariano para tomar partido.

Lo que también me adige en mi situación actual es hallarme lejos de la santa casa en que he nacido, y no poder ir á ella con la frecuencia que quisiera. Me sería muy dulce poder ir todos los días, pero será preciso, costearme con lo que pasa en ella cada mes en tan agradable compañía. Me han informado de que á pesar de una larga enfermedad que me ha hecho estar solitario que viven juntos con mucha estimación. Yo quisiera hallar entre ellos una semejanza con los otros, que me pudiera suplir en falta y llenar los momentos que me dejan libres mis ocupaciones. Mañana te te veré, pues que en proximidad me lo facilita. Adios, Teodoro mio.

## CARTA XXXII.

## EL FILOSOFO A TEODORO.

En mi última te dije, Teodoro querido, que deseaba ir á ver cierta especie de anacoretas ó solitarios que vivían con educación cerca de este lugar, y en efecto, al día siguiente después de haber comido, salí con mis hijos al paseo, los dejé al cargo de un criado y me encontré solo al sitio de un habitación. Ha meditando las locuciones de mi criado director, que son las delicias de mi alma, y las meditando cada día con una impresión más viva, porque cada día descubro en ellas nuevas luces que ennoblecen más á mis que las ideas de la religión.

En fin, cuando estare cerca del lugar indicado, si una mediana aldea. Pregunté á un hombre dónde vivían los

santos solitarios, y me mostró una habitación que me pareció muy humilde. Me dirigí á ella, y en encontrar nadie que me escuchase el poco, me hallé en una capilla de fructos, con alguna ventana á árboles. Di algunos pasos cogiéndome que pareciera alguna para hablarle, y vagando por un lado y otro dirigí una capilla.

Me hallé una cerca y fue arrojado en ella un hombre vestido con un saco, tenía en los manos un Crucifijo, cuyos pies se abarcaban con frecuencia á sus labios, y parecía tener en él fijos los ojos con la expresión del ánimo más compungido. No dudé que fuese alguno de los anacoretas. El respeto y la curiosidad me excitaron el deseo de verle

mas de cierta, y observando que un poco más arriba había un crucificado de árboles, en cuya espesura me podía esconder, me dirigí á ella con mucha precaución para no ser sentido. Mi deseo era observar su distracción.

Me pareció paulo, maulento y que estaba cubierto de lágrimas; pero pudo ser mi asombro cuando mirándole con mayor atención, me pareció ver el semblante de Manuel, de aquel infeliz Manuel, cuya muerte horrible yo tanto y cuyo infortunio y peligroso destino en la eternidad me tenía en la abisión más amarga. ¿Cómo te moriré, Teodoro, la comunión que me causó una aparición tan inesperada! Yo me estremecí, mi corazón me me cubrió en el pecho, y una sensación tan entera me turbó de tal modo, que no sabía lo que me pasaba.

Quería persuadirme que aquello no era realidad y que era un sueño, un delirio de la fantasía, un fantasma de la imaginación; pero cuando para disengañarme volví á mirarlo con más cuidado, me hacía temblar de nueva la idea de su figura. A los minutos duró esta perplejidad, y viendo que cuanto más lo examinaba más me parecía de mismo, no fui ya dueño de mí. Con un impulso superior á mi prudencia exclamé gritando: ¡Santo Dios! (no es Manuel!) ¿Cómo es que yace en la tumba puede advertir entre los vivos? Y diciendo esto, con un movimiento indelicado salté de la espesura para acercarme y reconocerle mejor.

El ruido que hice y el grito de una exclamación pronunciada con tanta fuerza, sacaron al asombro de su profunda meditación. Alzó la cabeza, fijó los ojos en mí, me consideró algún tiempo con atención y sorpresa, y levantándose vino hacia mí, diciéndome: No te espantes, amigo, yo soy el infeliz Manuel; ¿por qué vienes á turbar mi amor de soledad? Yo esperaba que vinieras á consolarme, pero los rostros de una vida cargada de dolores ¿qué finanza facilidad te la condujeron á descubrir un secreto que debía serte oculto en este retiro solitario!

Pero ¿qué es esto! ¿tú lloras! ¿Yo te veo con un traje tan simple, con un semblante modesto, con toda la apariencia de un hombre desengañado y convertido! ¡Gran Dios! ¡tus miserias cómo se han borrado al mismo tiempo sobre dos coronas que las mismas pasiones habían purificado! Amigo, explícame presto este misterio; tú no sembrabas tanto como yo te sembré. La divina bondad me recuerda este consuelo. Mas el único que faltaba á los míos que derrama sin cesar sobre los días de mi penitencia.

Quando al fin pudo sosegar un poco el torbellino de mis sentidos y me vi en estado de articular palabras, le dije que me sentí como porque no me podía sostener, y después le conté con brevedad todo lo que me había sucedido desde el momento de nuestra separación, y la falsa noticia de mi muerte. El me escuchó con una admiración y alegría que no sé lo puedo explicar. No hay colores ni pinturas para definir esta emoción. Era menester verla en su original y tener un corazón para sentirla. Después que se informó de todos mis sucesos, después que derramó muchas lágrimas de consuelo y que dió á Dios las más raudas gracias, empezó á informarme de las causas que habían contribuido á la ruina de su corazón y á la determinación de abandonar el mundo.

Tú has caído, amigo, y todos nuestros compañeros han

dobado cetro, que yo era un disoluto, impío y temerario, que mi corazón estaba impudoroso, que era inabundante á todo arrepentimiento y susceptible de toda inquietud, que yo vivía dando á cetro coherencia á mis acciones y guiando en mi obra como un dios. Así debía pensarlo á toda la brevedad de mi desenfrenada conducta y así yo mismo procuraba afectar esta insensata tranquilidad, así la tenía.

En efecto, amigo, á pesar de todos mis esfuerzos jamás pude adquirir, jamás pude vencer un ímpetu y crecí á fuerza que me amargaba todos mis placeres, jamás pude sentir un yo interior que me amonestara con una eternidad de tormentos, y ahora comienzo que muchos ostendían, por abstención, vivir tranquilos en el desorden á pesar del quanto reos, que los devora.

Daros incomprensible esta monstruosa conducta; pero tal es la ferocidad de las pasiones, su violencia y la corrupción de los ejércitos producen y sostienen, esta toxá es incompatible medida de moralidad.

Yo me mostraba siempre el más intrépido en todos los delitos, el más fogoso, el más resuelto á desfogar la cólera del diablo, y á pesar de mi absoluta seguridad era una continua víctima inferior de todos los terrores. Un trueno, un incidente repentino, la menor aparición de la muerte me hacía temblar, y destruído siempre por estas inquietudes no podía gozar en paz de mis perversiones. No obstante, las multiplicaba, como si el medio de sosegar mis turbaciones fuese hacer más exorbitantes excesos, ó como si la reputación de lo que sufría. En fin, como otros son hipocritas de la virtud, yo lo era de la depravación y de la incredulidad.

Tal era mi situación, querido amigo, cuando me aparté de vosotros aquella noche para preparar la infame diversión proyectada para el siguiente día. Mi historia no será larga. Hablando ya hecho una gran parte del camino, un saque como si por qué perli el conocimiento. Sin la menor preparación, sin el mismo silencio presenciar que me advertía mi peligro, percí el uso de los sentidos. Así no puedo dar cuenta de lo que me pasó. La única idea de que conserva la memoria, es que al desportar de este fatal letargo me hallé en medio de un caos. Mis primeras percepciones fueron débiles y confusas; todo me parecía horror y no podía distinguir nada poco á poco se fueron distinguiendo las cosas que me rodeaban, y al fin llegué á discernir los objetos.

¡Pero cómo me vi frente Dios! En un lecho fúnebre, amortajado, con las manos pías atadas, con cuatro luces que rodeaban mi cuerpo y una cruz sobre el pecho. Este espectáculo me horrorizó. Volví los ojos á todas partes para encontrar si había alguno, y vi que estaba solo. ¿Qué gritar y no poder, no tanto por falta de fuerzas como por estar sobrecogido de terror. Entré poco después una mujer; yo la dije algunas palabras mal articuladas; ella se espantó de verme vivo, dió pavorosos gritos y salió huyendo.

A poco rato vino un hombre vestido con el mismo traje al que me ves. Se llegó á mí con paso lento, como si fuera á matar á era cierto lo que me ocurría la mujer, ó como si temiera incomodarme. Viéndome con los ojos abiertos

y preguntando que me preguntaba, ¿qué era aquello me respondió con mucha dulzura: No os fingáis, señor, ossego. Dios os vuelve á la vida, y espero que irá á recobraros. Al instante empieza á quitarme las ligaduras, me despoja de todos los arcos de la muerte, llama á dos peñones para que los ayuden, entre los tres me transporta á otra plaza, y me ponen en un cama.

Yo les dejaba hacer sin comprender nada; pero cuando al fin vi que todo estaba hecho, les pregunté por qué me hallaba en aquel estado. El me dijo: de todo os daré razón cuando os sea restablecido y en disposición de oírme. Ahora estáis dolido y cualquier impresión fuerte os pudiera hacer mal. Conviene, pues, que reposéis primero, que toméis algún alimento para reparar vuestras fuerzas, y sobre todo, que no habléis ni os agiteis. Solo os diré con el fin de tranquilizaros, que en vuestro coche os he sorprendido un largo tiempo profundo, que os hemos creído muerto, y esta es la causa porque os habéis visto en aquel estado. Dices os ha ocurrido la vida. Espero que no será mucha, y que en poco tiempo con algunos tumores y muchos sudores os veréis recobraros. Así, señor, os pido por ahora tranquilidad y silencio.

En este tiempo se iban desarrollando mis ideas. La primera fue extrañar al no ver conmigo los criados que me acompañaban, y á pesar de una recomendación de silencio, no pude dejar de preguntarle por ellos. El me respondió: El uno, señor, persuadió de que ya habías muerto, percí del mismo camino para venir á vuestros amigos. El otro yace en el lecho gravemente enfermo. Esta casa es de mi padre, está solitaria, y en medio del campo, pero mi padre ha ido al lugar más inmediato para llamar al cirujano. No hay acendrado en ella más que mi madre y una criada, que es la que se ocupó cuando la hablasteis. Ya estáis enterado de lo más proceso, y esto debe bastaros por ahora. Con esto hice señas á su madre para que se acercara. Yo la vi poco volvió á recomendaros el silencio.

Era buena mujer y aquel semblante empañado me asustó con mucho cuidado y me dijeron todos los sucesos que mi situación necesitaba. Pocos horas después me sentí muy aliviado y así como si nada hubiera tenido. Después ya de mí y de mis ideas, me podéis me continúan más por extremo todo lo que había pasado por mí: ellos le hicieron explicarme cómo era esta era una affaira y muerte aparente, me acordé un rato pero que ellos esperaban un tiempo más. Me acordé á decir que Jacinto, que era el criado que se quedó conmigo, no habiéndole podido resistir al dolor y á la fatiga, había caído con una fiebre violenta, y que estaba de peligro.

Toda esta noticia me inquietaron mucho. Este accidente tan imprevisto y súbito de que acababa de salir, la idea de lo que hubiera sido de mí si la muerte que me había rodeado tan á cerca hubiera descargado el último golpe contra mi vida, y el temor que me volvió á repetir, me turbaron mucho el corazón. Se me presentó á la vista con terrible aspecto el ejercicio desordenado de mi conciencia, mis delitos, blasfemias y abominaciones. Vi con horror el profundo abismo en que me encontraba emergiendo, y al fin empecé á alambrazos la luz del desengano.

Poco después se apoderaron de mi corazón el pavoroso terror, las angustias de voracitas, los feroces remordimientos. Habíais dado cuenta tanta por salir de aquel estado de con-

gojas, pero no sabía cómo. No me olvidé de la misericordia divina, pero el peso y la enormidad de mis delitos me atormentaba. Por otra parte, mi vida allí á quien dirigirme al fin por donde escapara. Estas mortales angustias me ocasionaron fiebre y espasmos entónces que me sentía desfallecer. El tumor de otro nuevo accidente me redoblaba las angustias.

Lo que más me afligía era que la suerte mi hubiera traído á una casa sola en medio de un yermo donde no había un sacerdote que me pudiera socorrer, y esta circunstancia me parecía un castigo de Dios, que no me quería perdonar. Los médicos que daban en la cama, los violentos espasmos que me atormentaban la inquietud, y los mal articulados asientos que se me escapaban de los labios, excitaron la atención del erudito, que se acercó á mí hecho para ver si necesitaba de algo. Yo le pregunté qué hora era; me respondió que media noche, que así tardaba y enferma madre se había ido á acostar, pero que él me volvía y estaba allí para asegurarse de lo que fuera necesario.

Yo hubiera querido explicarle la causa de mi turbación, pero una falsa vergüenza me detuvo. Por otra parte, aquí adelantaba en desmorinarme á un hombre cuyo traje, actitud, su rusticidad, y que era incapaz de socorrerme en mi deplorable situación! Combato con esta lucha de temerario y desesperanza sin ver un rayo de esperanza, ni modo que me pudiera salvar de tanto riesgo, me saltaron al corazón algunos movimientos de despecho, yo pudiendo resistir á tanto golpe de angustias, así de nuevo en el mismo accidente. Volví á cerrar los ojos á la luz y á entregarme por entero.

Querí tan fuerza de mí como la primera vez, pero auge después que este segundo accidente no fui tan largo como el primero y que volví en mí á las cuatro de la mañana. Lo que por mí puedo decir es, que habiendo vuelto á recobrar los sentidos con la misma pasada lentitud que la vez primera, me hallé otra vez en el lecho sin estar bien en mí recuerdo, y que el primer objeto que me presentó á mí vista fue el solitario que tenía en un libro. De un suspiro y el vivo consuelo con aire alegre, me dijo algunas palabras para consolarme y me volvió á pedir con encarecimiento que no hablara porque todo enfermo me sería peligroso. Pero mis deseos eran diferentes, porque entonces ya pude recoger una parte más ideas, y como distinguíamente que había estado en una un profundo letargo. Lo que más me afligía era comprender que, así en tan deplorable estado en la más ligera indicación presencia y que la naturaleza no me daba el menor aviso que se repetían los accidentes, pues en tan corto intervalo yo me habíais acordado dos veces, era era verdísimo, me reinven nuevos ataques, que alguno de ellos, y quise el primero, podía ser el último y hallarme en pensarlo en los últimos de la eternidad.

Estos ligeros ideas volvíeron á renovar todas las ansias de mi terror y sentí que se me erizaban los cabellos. Allí se me representaron como en compendio todos los horrores de mi vida y se me figuró que no había remedio para mí. ¡Qué hubiera dado entonces por tener un sacerdote que me aconsejase á instancia! Porque mi mal no daba tiempo á podía no darles á causa de las accidentes que se repetían tan continuo.

Tus amargas reflexiones que se acumulaban unas á otras

me movíamente tanto que no sé cómo escapar de moderar mis movimientos, supuse á dar voces como un furioso. Mi bien compañero que como tal me con sus dulces palabras, pero yo no escuchaba nada y por último en discursos incesantes sin saber lo que decía. Es natural que si no escapase algo de mis ramolimientos y temores, pues aquel buen hombre, después de dejarme asegurar me dijo: Señor, si tienes alguna confesión de conciencia, yo soy sacerdote, ¿yo soy sacerdote? le respondí con ansia, pero qué importa si parece que Dios no quiere perdonarme!

Entonces el buen ermitaño empezó á darme una verdad alguna palabra para exortarme confiante. Yo las escuchaba con interés, y me dijo tanto que al fin mi corazón se abrió á la esperanza. Ni el tiempo ni el modo en que por hallarme no permití volverle la larga é interminable conversación que tuvimos entonces. Baste decirle que yo, temiendo de la repetición del pecado y gobernado por aquel hombre de Dios, que después reconocí ser tan sabio como santo, hice una de aquellas confesiones arrebatadas á que obliga el miedo de la muerte, con poco tiempo y disposiciones sospechosas; confesiones que solo Dios puede saber si son buenas, y yo le doy muchas gracias de que no ha permitido que fuese á darle cuenta con la mía.

No obstante que esta confesión no debía dejarme satisfecho, como alguna calma con la esperanza de haberla confesado al Dios mi culpa tiempo. Me sentí algo más aliviado. El ermitaño, que yo había visto hasta allí con indiferencia porque me había parecido algo sorprendente, ya me imprimió en gran tiempo. Su calidad de sacerdote, de que no tenía antes idea, me había le mirase con otros ojos, y su sencillez, fe y caridad me habían ya ganado el corazón. Por fin paró, y me hallé algo aliviado, y me dije: ¿cómo haberme encontrado en el centro de mi esperanza un ministro de la religión, así como en mi reflexión de que Dios me lo había dispensado para remedio mío, y está presentándose en mi frente el indolente escudo.

Yo recibí, pues, dejarme conducir por él, mirándole como un ángel venido del cielo que la misericordia divina me había enviado. Su celo no se disminuía un instante, y aunque observé que procedía con mucho miramiento por el temor de ofenderme, vi también que apresuraba todos los momentos y que no hablaba en cosas, aunque con mucha dulzura, de la bondad de Dios, de su deseo de perdonar al verdaderamente arrepentido. En fin, se volvió de todas las maneras para desahogar mi corazón y para avivar mi confianza. Todo en su afán era exhortarme á contrición, amor y propósito de mudar de vida.

En este tiempo volvió el amo de casa trayendo consigo un extranjero que me suministró algunos remedios. Su venida me pareció también muy oportuna para el infeliz Jaminto; pero ¡ay! no le pudo salvar, se calcantara le arrojó al sepulcro, y yo tuve el consuelo de saber que por lo menos murió en los brazos de mi buen director, que le confesó y le santificó en sus últimos alientos. Cuántos nuevos recordamientos se arrojaron en mi alma con la muerte de este orfó que tenía tanta parte en mis iniquidades! ¿cuántos nuevos motivos de agradecimiento de que Dios no dispusese darne mas tiempo para prepararme mejor á una saludable confesión!

Los días mas se habían pasado en este estado sin que yo volviese á atinar el accidente. Yo me sentía tan reco-

brado que me quisiera sentir, y lo hice sin peligro. El santo ermitaño me asistió á todo y me servía hasta el extremo. Yo me confundía de ver un hombre á quien veneraba compararse conmigo en tan bajos oficios; pero mi humildad no se turbaba en nada y la necesidad me forzaba á recibir sus obsequios.

Cuando estubo vestido me hice santo, y postrándome de rodillas me dije: El primer paso después de restablecer la salud sea, señor, dar gracias al autor de todo bien por esta benevolencia y prometerse de nuevo una entera reforma de vida, y empezar desde ahora á preparar con tiempo y después una buena confesión general que repare los inevitables defectos que ha podido tener la pasada; una confesión que os abra con seguridad las puertas de la misericordia divina, los brazos de nuestra santa madre la Iglesia y que os establezca mas firmemente en su divina amistad.

Esto dije con el alma fervorosa y caritativa con que me lo dijo me movíamos mucho. Las lágrimas me vinieron á los ojos. Yo pensé también con Dios no quería mas que el corazón. Con este motivo se levantó el mismo, y yo confesé todos las promesas que podía dar. Después se santificó mi lado. ¡Porque cómo es posible te repita todo lo que me dijo este santo del Señor acerca de lo poco que hay que temer en una confesión hecha tan de prisa y únicamente inspirada por el temor de la muerte, cuando era necesario que empezara á hacerla de nuevo, aplaudiendo de nuevo á, ejecutándola con todo el ardor de mi alma y con sentimientos que dignos del Dios de misericordia, que me habla tiempo y me llama vitalmente á la enmienda de mi vida!

Este santo hombre me hizo desahogar en llanto. Yo le respondí que pues el cielo le había destinado para mi bien, estaba dispuesto á dejarme conducir por sus consejos y que había cuanto me mandase. El me replicó que pues aquellos accidentes eran tan súbitos y raros, era prudente no enloquecer una instantánea, y desde el momento mismo volvíme á renovar las memorias de mi confesión primera y á desentender la amarillada mancha de mi desastrosa vida.

Tres días hablamos de lo ya á este efecto, cuando estando ocupado en él, se abrió al ermitaño que a su propio le buscaba con una carta que layó en mi presencia. Advertí en su semblante una sensible alteración, y preguntándole el motivo me dijo: Es, señor, una novedad que siento mucho, porque me pone en la necesidad de hacer un viaje y separarme de vos por algún tiempo. Mi comunidad me llama; uno de nuestros compañeros está en el artículo de la muerte y desea que yo le asista en sus últimos momentos.

¡Y qué, amigo! le dije yo asustado, que abandonarme en estas circunstancias! Es imposible, me respondió, que pueda negarme á obedecer que son entre nosotros de la mas estrecha obligación. Espero que de un modo ó de otro presto estaré de vuelta, y volveremos á santificar el hilo que dejamos suspendido. Pero si entre tanto, le replicó yo con vivacidad, me sorprende otra vez el paroxismo! No lo querré Dios, me volvió á decir, el Señor no emplea sus obras para dejarnos imperfectos.

Yo me quedé sumergido en el mas profundo dolor. El quería que mientras se disponía su viaje recordásemos nuestra confesión; pero yo no estaba en estado. Mi turbación era extrema y me sentía desahogado. El me hizo re-

flexionar de nuevo las razones que le hacían este viaje indispensable, y con esto me dio me explicó que en comunidad de su compañía de doce individuos que voluntariamente se habían unido con la intención de vivir en común y ejercitarse en actos de religión y penitencia; que siendo todos legos, habían elegido un sacerdote para que viviese con ellos, habiendo la misa y los administrase los sacramentos; que á pesar de su indignidad habían echado los ojos sobre él, y le habían hecho esta proposición, que él le había aceptado con mucha complacencia.

Me añadió que hacía tres años que esta comunidad se había establecido á doce legos del lugar en que estábamos, en una casa que pertenecía á uno de ellos y que había cedido para el uso de todos, que en ella se había erigido una capilla con licencia del obispo y de los magistrados, que él había vivido allí continuamente desde su principio; pero que su madre le había hecho tantas instancias para que la viese á ver una vez antes de morir, que él había creído no deber negarse á su tierna solicitud, y que con licencia de sus compañeros había venido con el designio de pasar pocos días en compañía de sus padres, y con la precaución de haber dejado á su superior noticia de su paradero para que el superior si había necesidad de su ministerio.

Ya veis, señor, concluyó, que yo soy el único sacerdote de aquella casa; ¿cómo puedo dejar de ir en un momento tan sensible contra la muerte de un compañero? Yo lo confieso que temo toda la fuerza de su amor, pero que esto me ocurrió que yo podía ir con él, y se lo prometí; pero me respondió que mi estado de salud no permitía emprender aquel viaje; que por otra parte, allí me encontraría sin las comodidades que yo estaba acostumbrado, ni las comodidades que exigía mi situación actual. Yo le dije que en cuanto á mi salud me sentía en disposición de hacer viaje tan cierto, que en cuanto á mis comodidades, me acordaba como yo debía temer por decirlo así participaba de las necesidades de aquella santa comunidad. El buen ermitaño quiso replicarme todavía pero te hablé con tanta resolución, que no se atrevió á insistir mas. Al fin le dije: Amigo, si no me tenéis por indigno de vuestra compañía y la de vuestros santos compañeros, llevadme con vos, llevadme á ver los ejemplos de esos penitentes que no tienen que borrar tantos pecados como los míos. El buen sacerdote me dijo: No replico mas. No permita Dios que yo me oponga á designios que tal vez son inspiraciones.

Al otro día antes de ponerse el sol fuéramos á esta humilde casa, entré en los ojos de los hombres, pero caplándome pasaba á los del cielo. Esta es una habitación de monjes. Mi sorpresa, ya prevenido por el impulso de la divina gracia, me podía servir á la impresión de los graves y austeros ejemplos de virtud y austeridad que me presentaban todos los días en el edificio de este sagrado retiro. (Que hombres, amigos! qué silencio! qué fervor! qué fidelidad! qué cura!) La vista de este edificio, de esta severa armonía tan nueva para mi oído digno de veneración, me elevó el alma. Conozco que había otras delicias en la tierra muy superiores á las que yo experimentaba cuando vivía á gusto de mis sentidos y seguía las máximas del siglo. Los benditos ermitaños me recibieron con aquella dulce y sincera benevolencia que el mundo afecta y solo es propia de la caridad cristiana.

Aquí fue donde acabó mi confesión general. Aquí se dignó el Señor asistirme para mi reconciliación por medio de su santo sacerdote. Aquí volvió el pan del cielo. El tiempo y la circunstancia en que estamos, porque ya se llega la hora de ir á la capilla, no nos permiten extenderme; pero si podemos veros otra vez me desahoga, le contaría como adormirme, en que sería los prodigios de la Providencia y la extensión de sus misericordias.

Solo te diré que después de haber hecho todo lo que debía, me aplique por consejo de mi confesor á reparar todos los cargos de mi conciencia y á poner órden en mis negocios; pero que hice todo esto en secreto y de manera que no se supiera que era yo. Mi intención era morir al mundo y no desmentir la noticia que había corrido de mi muerte para llevar aquí mis arreos y consagrar el resto de mi día á los gemidos de la penitencia. Mis santos hermanos se dignaron de permitir entre ellos al que no es digno sino de admirarlos, y después de algunos días pronto partiré, aunque muy débilmente, sus ejemplos.

Puedo añadir que cuando he salido tan feliz, que nunca he pasado diez tan serenos ni tan llenos de consuelo y de paz, que no puedo ahora explicar ni todo lo que debo á Dios ni la dicha tranquilidad de que gozo. Contentéme ahora con haber sabido la razón por que me hallas aquí, sólo Dios me ha conservado la vida; y dote gracias de un contentamiento y período oportuno de la inmutabilidad, al momento presidiendo de iniquidades y delicias en la casa del Señor y vestido con el traje de la penitencia. Lo único que me aflige era el considerable todavía sumergido en el error. Así cuando comencé el momento que recibí cuando yo que mi mismo asenso que me ha ocasionado al arrepentimiento y al dolor, he contribuido para conducir á la religión y á la virtud. Que hombres, qué admirable es esta tan incomprendible y escondida combinación de las ideas del Señor! ¿Quién podía prever que en los consejos del Omnipotente estaba señalado el mismo instante para la conversión de dos hombres tan escarcelados, de dos monstruos que se habían entregado tan desenfrenadamente á la perversidad de las opiniones y costumbres! Mas, . . . . . por la campana toca: sí, amigo, que aquí no se nos ha de escapar. Mandad se fan y yo quedé tan sorprendido como el caminante á cuyos pies con precipitación un rayo. Necesité de mucho tiempo para salir del profundo estupor en que me hallaba sumergido. (Oh Dios! decia yo saliendo de esta dichosa huerta en que acababa de ver y oír cosas tan inesperadas, ¡oh Dios! ¿quién que de buena fe examine el origen de una transformación tan universal y tan completa, pueda desconocer la fuerza de su brazo!

¡Pero qué Dios de bondad, este descubrimiento tan increíble como inesperado que es un arroyo tuyo para advertirme que yo no he cumplido todavía con todo el designio de mi felicidad! ¡Qué, señor! ¿leño yo buscara nuevos pecados? ¿quién he igualado y quién excedido en la multitud e intensidad de los vicios? Dios de misericordia. . . . . Yo prometí en presencia del cielo, único testigo de mi entrega con María, que por te servir en los ascos te imitaré en la enmienda, que seguiré con fidelidad y que vendré á santificar mi vida y aspirar mis dolores en el mismo asquero.

¡Qué mientras el compañero de mis desórdenes lleva en

iniquidad con la austera libra de los mártires de la abnegación; cuando le veo incorporado en la penitente sociedad de los ásticos de la cruz, cuando pasa sus días en la meditación de los años serenos y sus los terribes gemidos de su doliente voz con los sagrados cánticos que resonan en el largo silencio de las noches; cuando Manuel sobre la dura tierra y en un lugar conagrado á los suspiros y á las lágrimas, pide á Dios que sea castor peñón de los dolores que hemos cometido, cuando, en fin, la linkgeli de su amabilidad y paciencia me sorprende por todas partes, cuando la ternura de verme en su rostro en una casa sencilla y civil en el seno de la abundancia! ¡No, mi querido hermano! en los dolores, es por lo que la asombrada en las lágrimas.

Dios mio, cantar mi revolución. Espera que trocés agradable para que tú me la inspiras. No me has hecho venir aquí en balde, sólo para repetirte el camino que debo seguir. Sin duda que la apostrofa al santo director de mi conciencia, pues es un conforme á sus principios y á la firmeza de los propósitos que me ha inspirado. Al instante que llegué á mi casa lo escribí lo que me habia sucedido y el ánimo en que me hallaba. De dirigió mi carta con un escrito, y este al cabo de tres días me trajo la respuesta que te voy á copiar. Dios mío.

¡Que admiración, qué placer me ha causado vuestra carta! ¡cuanto debemos adorar y amar á este gran Dios, que en medio del tumulto que producen las pasiones y movimientos de la tierra, firma en silencio sus decretos para salvarnos del abismo en que se flagela los escogidos y levantanlos hasta en luz inabismable, como este mundo tan miserable y tan despojado por la calidad de los infames que le agitan, se transforma en los ojos del sabio que observa, con la luz del Evangelio, en un momento y magnífico teatro en que se reconocen los usos poderosos de la tierra sublimada que le dirige y gobierna esta mano dulce y provida que del fondo del barro más detestable nos saca en que reverbera el esplendor de su Divinidad; esta mano sabia que por caminos impalpables y profundos los dirige al término exco de su reino; esta mano misericordiosa que quiere conducirlos para que en el día triunfante de la asonada de los miembros de Jesucristo, vayan con ellos y tengan asiento en el seno de su esposo, de su alegría y perpetuidad.

¡Cuántos motivos de admiración me produce el suceso que me refieres! Vos no buscáis más que el incoante placer de un paso silencioso y Dios os ha hecho conocer en el fondo de un misterio oscuro toda la invencible fuerza de su poder, y con un ejemplo extraordinario que en todas las cosas se ha manifestado que en medio de los males que gobierna la corrupción humana, se ocupa en salvar de ella á los que quiere glorificar en su mansión divina, y que con un rayo que asombra á los espíritus celestiales, sabe hacer que los más pecadores de los hombres pasen á la clase más augusta y veneranda de sus escogidos.

¡Cuánto por qué don Manuel ha podido en tan poco tiempo ser objeto del amor y las atenciones del Eterno! ¡de dónde le ha venido esta fuerza que de respeto y contra sus propias esperanzas le ha hecho superior al mundo, á sus sentidos y á toda esa multitud de vicios y codicias que le habían un misterio de la incredulidad y depravación! ¡de dónde descendió esta nueva luz que le hizo ver tan prontamente las vanidades de la vida y los arcanos de la eternidad! ¡Dios infinito! ¡Dios bueno! Estas son tus obras,

siempre grandes y admirables. Sólo tu tengo invisible y omnipotente puede ejecutar en la tierra prodigios y vocaciones de un cielo tan superior al poder humano y tan contrario á todas las verosimilitudes de nuestra vida.

Vos habéis hallado, señor, sin esperar, una respetiva sombra del gran milagro de misericordia que la bondad divina ha obrado en vuestro corazón. Este Dios infinito os ha proporcionado este conocimiento maravilloso para hacer mas completa vuestra felicidad por haber salido de un abismo. También ha querido que la suarezca por el amor que don Manuel habia puesto sin haber tenido tiempo para decir sus oraciones y pedir sus últimos auxilios. ¡Dios grande, señor, pero considerad que la sencilla imagen de una muerte inesperada y precipitada no puede nada de su variedad ni de su fuerza por no haberse realizado en aquella circunstancia que os produjo una impresión tan profunda como saludable. Mientras el amigo que llamaba nuestro estado vivo, la desgracia que él no sufría se verificaba en muchos lugares de la tierra en personas igualmente culpadas y tan mal dispuestas á presentarse en el divino tribunal.

También me ha causado mucha complacencia la noble y valerosa emulación que os inspira este ejemplo, porque anuncia un corazón dispuesto á todo y capaz de los mayores sacrificios. Sin duda que los laboratorios del Señor son abundantes y que en ellos habitan los dichosos, pero hay reglas de población y de prudencia que no debemos olvidar ni aun cuando nosamos á Dios y la virtud. San Pablo quiere que seamos reservados y discretos hasta en el bien. Debemos obedecer á la ley del Evangelio; pero esto nos enseña diferentes caminos para la santidad, y ninguno debe escogez los que pueden alterar las leyes de la naturaleza, cuando esta nos trata con respeto y hace mas estrechos y después de tomar estado de superior importancia á las más santas instituciones.

Dios, que es el autor supremo de la religión, ha sabido nunca con la naturaleza; de manera que siempre aliada con ella, lejos de contradecirla no hace más que sublimarla. Así quiere que vayan de conserto y que el cristiano respete en cada una los dones del autor de los dos. Entre todas las relaciones que producen la sociedad, á ninguna dió un carácter tan tierno y tan angustoso como el título de padre. Cuando bajó á la tumba la virtuosa compañera de vuestra vida dejó en vuestros brazos dos hijos, y vos los debéis cuidar, instruirlos y proteger.

Don Manuel no tenia estas obligaciones. Se hallaba libre y no vivía sólo para sí mismo. Así un niño no podía producir que fuera ni falta en el ástico mundo. La era que permitía contrarrestar todo entero, al orden de su, solo y su paciencia; pero Dios ha decretado vuestros compromisos cuando os dio esta preciosa posteridad que debe respetar y cuidar á vuestro lado. ¡Si este imperioso impulso no ha detenido algunas almas extraordinarias, si despus de los gemidos de la naturaleza se las ha visto volar á los desiertos, si han tenido el valor de romper las barreras que les ponía un prelo sangre, estas son excepciones que sólo pueden producir la profundidad de la inspiración divina, y no pueden servir de regla en el curso ordinario de la vida, ni determinar el género de nuestros sacrificios y expiaciones.

Cuando viváis sin ley y sin principios, entonces habéis sido tal á vuestros hijos que os separa de ellos para es-

conducirlos la contagion vicia de costumbres irreligiosas y desordenadas; pero ahora que pueden ver un modelo y conducta lo que los hará muy dichosos si lo imitan, vuestra apostrofa les sería muy nociva, porque los privaría del mejor preservativo que ha podido proporcionarles la piedad divina contra el contagio de este siglo. Vos no sois verdaderamente padre sino desde que tomáis al Señor, y cuando ya sus cupas de manifestar su gloria á los inocentes criaturas por cuyas venas corre vuestra sangre.

¡Ay, señor! pues vuestra tierra esposa fué digna de vuestro respeto y lo es ahora de vuestra pena, tened por cierto que no pudo morir sin el dolor de no ver logrado el mas ardiente de sus deseos y la mas dulce de sus esperanzas. No dudéis que murió pidiendo al Dios que los á justicia, que moviera vuestro corazón y os hiciera digno del título sagrado de padre. ¡Haced pues ahora con vuestro celo paternal que ella goce en el día del fruto de su oración postera, y acompañada con vuestra aplicación de las amarguras con que habéis acompañado en innumerable vida; trabajad con ardor en la educación y felicidad de los hijos que llevó en su vientro, que crió con sus solícitos alicios y que estrechó tantas veces con su materno corazón.

Quisiera, pues, señor, en medio de estos tiempos y agrados frutos de una unión que vos habéis de dejarle un lugar mejor y cuyos agravios estáis obligado á reparar. Nada hay tan grande ni tan meritorio en la tierra como formar hombres religiosos enseñados en el conocimiento de Dios y el amor de la virtud. Nada es tan delicioso ni tan dulce como ejercer este sublime empleo con aquellos cuya felicidad vos os interesa, porque amamos en ellos nuestra propia sustancia. Imaginad qué gozo debe ser para un corazón iluminado por la fe poder decirse á sí mismo. Este hijo tierno que amo tanto, que es á mis ojos tan amable y precioso, es á ser santo de Dios, será llamado hijo del Altísimo y se verá dentro de poco elevado á la posesión de un imperio que ninguna revolución podrá destruir. ¡Oh religión divina! ¡oh tú que puedes reformar con tanta augusta eficacia los afectos de la naturaleza! ¡oh tú que se gobiernan por un fin que no pueden gustar con tanta dulzura la dicha de ser padre!

Me ha parecido, señor, hacer estas reflexiones para confirmarme en la resolución de pensar muy seriamente en la educación de vuestros hijos, sobre toda en la educación religiosa. Yo quisiera poder hallaros aunque ligeramente el punto de vista de el negocio en que parcos debéis practicar en el espíritu y las intenciones del cristianismo, y si me lo permitis lo podré hacer otra vez mas despacio. Este asunto es el mas crucial de todos, porque la religión bien conocida es el mejor preservativo para las costumbres y el antidoto mas seguro contra la incredulidad.

Hay ciertas gentes que la mayor parte hacen pero muy lindas, que quisieran producir á los simples niños unmen en materias de religión. Esto sucede de que no la conocen bien. Anso este sistema de fe sencilla y aloga pudiera ser mas seguro si las costumbres y el carácter del siglo las respetaran, si la dejaban intacta y no trabajaran por alterar su pureza; pero cuando la corrupción de los sentidos y los errores de los sentidos multiplicando sus ataques hacen tantas conquistas sobre la brillante juventud que se junta de instruida, farrn culpable indolencia no servirse para defender de las armas superiores que la aseguran la victoria.

Esta juventud seducida, porque no está ilustrada mas que á medias, no tiene con que instruirse mejor y desengañarse de los sistemas que la perverten. Y como por los ventajas de su nacimiento e instrucción de el uno lo que la rodea, sus discursos y sus ejemplos se propagan hasta las clases inferiores, y ved aquí cómo se inflama progresivamente toda la masa de la sociedad. El grande remedio de este mal es enseñar bien la religión, reproducir continuamente los sólidos fundamentos que la prueban, las evidentes e irresistibles razones que la demuestran; y no formar esos gentes pedantes que la religión sea examinada por todos sus aspectos; pues ninguna cosa la puede hacer adorar tanto como un examen apurado y circunscrito. En los límites encierra esta incoherencia si ellos mismos la consideran mas á fondo.

Pero en fin, señor, está todo al gobierno, y no podemos hacerlo nosotros. Me parece que en nuestras primeras conferencias yo os dije algo sobre cómo contribuir á la incoherencia la incoherencia de nuestra educación, y si es lo repetido aquí es para hacerlos conocer la indispensable necesidad en que están los padres de familia de ejercer una especie de magisterio doméstico y de ser en medio de sus hogares los ayos y los apóstoles de sus hijos. Un padre que conoce la fe y vive con la esperanza de esas promesas, no puede ver sus tiernos carnes que crecen á su vista sin detentarse lágrimas de alegría y de consuelo, cuando considera el alto destino que puede prepararse á estos objetos de su amor con la instrucción y vigilancia.

¡Oh infancia inocente y preciosa! ¡Quién puede verte sin amor y quién puede amarte sin deplorar la incomprendible ceguera de esos padres crueles que no procuran darte esa instrucción que la que puede pervertirte, abrumarte y perderte como se pierden ellos!

Esto basta por hoy; yo quiero detener mas vuestro corazón. Mi deseo por ahora es responder á vuestra carta y hacerlos ver la necesidad de correspondier á vuestra vocación cumpliendo con las obligaciones del estado en que Dios os ha puesto, y que entendáis que vuestros hijos, familia, criados, esclavos y concubinos son los objetos que ha puesto á vuestro cargo el gran Padre de la familia humana. En esta los prometo hacerlos sucesores que esta obligación es necesaria. En otra os expondré algunas reflexiones que podrán ayudaros al desempeño de tan alta confianza. Yo pido á Dios que os sostenga y os guarde muchos años.

¡Que dios, Teodoro, de esta carta! Yo me acordaba esta resolución. ¡Pero qué puedo hacer sino someterme á dictamen tan luminoso y cristiano! ¡Qué puedo hacer sino recibirlo como ordeno dictado por la voluntad soberana! ¡Mi veces bendigo cada día al hombre virtuoso que de todo se sirve para conformarse en la fe, y que promueve un plan que ensalza la religión á sus hijos, me halla los medios de que yo mismo la aprenda.

Pero en fin, Teodoro, que campo, qué empresa es la que se me prepara. La crianza de mis hijos, el gobierno de una familia numerosa, su educación, pues que tanto les contribuí á preservar, la distribución de mis rentas, en que los indigentes deben tener la mejor parte, el buen ejemplo que debo á todos para contrarrestar mis pábidos disensiones y restablecer mi perdida reputación, los medios de hacer el bien que puedo con oportunidad, ilustración y pru-

lencia. ¡Cuántas cosas tan superiores a mis fuerzas y para que necesito de un amigo sabido, de un guía esclarecido que no solo me dirige, sino que me sostiene!

Teodoro mío, haz también leer a Máximo esta carta y todas las demás que te escribo; invoca su amistad, recita su oración, apresura su diligencia, no los desearé, y dile

que un amigo que lo necesita lo aguarda con impaciencia, que ya tiene los brazos para recibirle; que venga a conducirse al cielo después de haber enseñado el camino a sus hijos y a toda su familia, que va a adoptarle por su padre común y bienhechor universal. Adios, Teodoro.

## CARTA XXXIII.

### EL FILOSOFO A TEODORO.

Querido Teodoro, ya recibí la muestra que me has enviado con el celo que diriges, y me apresuro a enviarte una respuesta así:

Señor, para explicarnos una idea sobre los medios de hacer conocer y amar la religión al nuestro hijo, debo comenzar por decirte que el libro de este digno hijo depende de las letras entendido bien el espíritu y el verdadero objeto de la fe, y para esto debe principalmente ocuparse en la meditación de los santos libros, porque solo en esta pura imaginable fuente se bebe el agua cristalina que purifica nuestra alma y nos hace capaces de fervores y sublimes esfuerzos.

Solo en las sagradas Escrituras se pueden hallar los principios verdaderos que nos pueden enseñar, porque nuestras ideas de verdad, de justicia y de equidad, si bien en ellas podemos encontrar algunas dignas de la grandiosidad de nuestra inteligencia, objeto proporcional a la necesidad y comprensión que sentimos los espíritus nobles y elevados de contemplar y admirar lo que es grande y magnífico y misterio digno de excitar la curiosidad de un corazón tierno y guerrero.

Si consideramos bien la constitución humana, veremos una claridad que lo que está en su espíritu a los hombres de los tiempos que le preceden, es una enfermedad de una naturaleza más fuerte que todo el poder de su razón. Y el que supiere pensar que la naturaleza misma hallará su interés tanto en sí de la religión, ese es el que podrá hacerla amar. Ha más raro de lo que parece que la razón sola determine la estimación, las preferencias y la conducta de los hombres. La imaginación y la voluntad son potencias más poderosas y fuertes por lo común inspiramos sus opiniones.

Esta disposición general que hace de nuestra fe, que es mayor en los niños, y es, dignísimo así, se explica. Sus almas inexpertas solo saben mirar y sentir. Apenas pueden creer que verdaderamente exista sino lo que ven con sus ojos o lo que tocan con sus manos, y muestran por la mayor parte como niños toda nuestra vida. Así como por experiencia, que no creemos lo que no vemos, o si impedido por la autoridad lo creemos, es con frialdad y de

manera que aquellos objetos no nos producen impresiones fuertes.

Por eso cuando nuestra razón convencerá no puede resistir a las demostraciones acerca de la fe, procuramos excitar al amor de la religión, presentándole a nuestra alma con objetos más capaces de ser imaginados o sentidos, y para esto preferimos las imágenes más análogas a que son más parecidas a los que nos interesan y convienen en el orden de la naturaleza y de la sociedad.

El gran secreto que puede hacernos amar la religión, es haberlos conocido que de ella pendió todo lo que más desearíamos, lo que buscamos con más ansia y que es el fin último de nuestra felicidad, las verdaderas riquezas, la sólida gloria, la prosperidad soberana, la inmensa fortuna en fin, que todo lo que más halaga al corazón humano, todo está comprendido en la grande salud que trajo a la tierra Jesucristo.

Ben sé que el establecimiento del reino de Dios no es obra de la prudencia de los hombres; pero como ha sobrevivido en estos al mismo cargo de preparar los ánimos a los triunfos de su gracia, los hombres deben servirse, sin todo, hasta de nuestras pasiones y floquezas para conducirnos al conocimiento y amor de la verdad, y para disponerlos a recibir aquella gran luz con la que ya no se necesita ni de esfuerzos ni de documentos.

Por eso Dios, que quería abrir las puertas de la vida eterna a los más sencillos hijos de los hombres como a los ingenios más sublimes, se dignó de encerrar toda la religión en un orden o serie de sucesos que son palpables para todos y que adquieren un suceso, victorioso en los mismos sentidos y rotas. Desde aquel instante solamente en que Dios rompió eterno silencio y mandó a la luz que saliera del seno de la noche, hasta el establecimiento de su pueblo en la tierra prometida y el triunfo de su culto en medio de Jerusalén y del mundo, todo es una cadena de hechos y prodigios que por sí sola debiera excitar a curiosidad, aun cuando un aparato tan augusto no fuera otro fin más alto si no producir un interés tan personal.

En la historia sagrada se lee que los hijos de los patriarcas y profetas no hallaron el camino de sus tardes espe-

ranza, ni verdaderos motivos de paciencia y constancia en las vicisitudes alternadas de sus destinos, sino en los continuos recuerdos de las maravillas que hizo Dios para establecer su antiguo imperio. Sus padres, para enseñarles la religión, les mostraban los monumentos de lo que había hecho Dios por sus mayores y exponían a sus ojos la larga historia de los hechos milagrosos que prepararon aquel gran día en que debía consumarse todo con la muerte y resurrección del divino Mesías.

Así lo hicieron también nuestros ascendidos, y nuestros abuelos estaban mejor instruidos que nosotros, porque en los siglos pasados hubo escritores que hicieron renacer esta metáfora tan natural, tan cierto y seguro para conocer y amar la religión. En efecto, las mejores pruebas de su divinidad se sacan de su historia y de la majestad de su grande espectáculo. Hasta ahora existen como inventorias, como reliquias que guarda la curiosidad, monumentos antiguos en que el babil y el pincel grabaron o dibujaron todos los hechos, guardando el orden cronológico. Por este medio los niños con placer de sus ojos y deleite de su imaginación, grababan los sucesos en su memoria y aprendían así divertidamente su religión.

Como, pues, un método de aprender que fue tan útil a nuestros antepasados, ha podido perderse en nuestros días? Como el arte superior a todos los artes, la enseñanza única necesaria, ha podido descuidarse tanto? Como ha podido suceder que se haya casi abandonado para la instrucción pública el depósito de las divinas Escrituras, que es el patrimonio de los hijos de Dios y el tesoro de todos los cristianos? ¡Y cómo no gemimos al ver la ignorancia lamentable de tanto número de fieles que no saben ni los principios, ni las pruebas, ni los hechos de que se componen la eternidad de su religión? Cuando un sacerdote religioso quiera recogerse para admirar la conducta y las altas ideas de la divina ley, los hechos reconocidos la memoria de Noé, de Abraham, Isaac y Jacob. El infame David se presentaba a la augusta Majestad con una alma sembrada de venidera la tangible granular de ese planes, y fuera de sí de contento entonaba este cántico (1): "Oh eterno Dios nuestros brazos cielo y nuestros padres nos han contado las maravillosas obras que vieron y que tu poder ejecutó en los siglos antiguos."

Y hoy que la historia de la religión se ha completado, hoy que ya casi tocamos el cumplimiento y el término de las profecías antiguas y de las nuevas, hoy que ya apenas queda revolución que ver y que el estado actual del cristianismo se debe conservar invariable hasta el día feliz de la triunfante asonada de la Iglesia a la gloria de Dios, hoy que todos los secretos y designios divinos están ya descubiertos hoy que todo anuncia el fin y la consumación total de la empresa sublime, cuando el León de Judá ya ha vencido, cuando los templos de Cristo están levantados sobre las profanas monumentos, cuando torres innumerables ponen cerca del cielo la señal admirable de la cruz en que se reveló la redención humana; hoy, en fin, que todo está observado y descubierto, los cristianos no tienen más que ideas imperfectas, inciertas, confusas y oscuras. Como podrán ver a un tiempo toda la majestad del edificio de la fe, cómo podrán admirar el modo con que todas sus

partes se corresponden, se comunican y se unifican? Pues apenas perciben ángulos y superficies, ignoran el principio y el fin de las ideas que nos han revelado el eterno, no se les demuestran las relaciones admirables, las conexiones íntimas que atan y enlazaban los sucesos de la antigua economía con los misterios de la última posteridad.

Y que la resultante del abstracción de tan seducible espíritu que la inteligencia de las divinas Escrituras así se ha perdido en la mayor parte de los fieles, que en vez de un claro y brillante y sólido en el corazón de los hombres, que poseen sin embargo todas las grandes dignidad y verdadero espíritu de la fe, y que miramos como extrajero todo lo que ha pasado antes de nuestros días; nos hemos olvidado de que Dios nos tenía presente en la creación del mundo, que entonces firmó el cielo de sus libros divinos, que hoy somos la realidad de las figuras y el cumplimiento de las profecías, que por nosotros ha habido un Abraham y patriarcas, un Moisés y profetas, una Jerusalén y un templo, y en fin, que todo se ha hecho y se conserva por los santos.

Y de esto qué ha nacido? El poco aprecio de nuestra vocación, la inhabilidad ó flaqueza de nuestra virtud, el accidente casi siempre venidor de nuestros pasiones, la facilidad de sucumbir todos los días las superbas tentaciones que nos anima el Evangelio al período placido de la contemplación del cielo, y en fin, el deplorable progreso de una filosofía perniciosa, que se atrevió a desacreditar la religión, inutilizar toda creencia y destruir todo virtud.

En el origen del cristianismo bastaba un apóstol explicado a una concurrencia numerosa como los misterios de Jesucristo estaban enlazados con los acontecimientos dispuestos en la inmensidad de los tiempos que precedieron a su resurrección, para que millares de hombres se posturas a los pies de la cruz y pidieran ser incorporados a su divina peregrinación con Jesús que al ser incorporado se convirtieron en los creyentes perseverantes, porque los primeros santos han visto la luz y los segundos apenas la han tocado. Ni aquellos ni estos han conocido el don de Dios en toda su excelencia y extensión. Y esta es la parte que se debe explicar, por qué los santos lo repudian y los otros lo abandonan.

Después de la resurrección Jesucristo explicó a sus discípulos el modo con que se había cumplido como los profetas habían anunciado. No es verdad, decían ellos, cuando nos explicas el sentido de las Escrituras, anhelas nuestro consorcio con un fuego divino? Dijo que el Salvador he manifestado sus humillaciones y su gloria esta ha enlazado con todos los sucesos, todos los oráculos y con la historia entera de los tiempos figurativos. Y esta conexión, esta dependencia entre la antigua y la nueva alianza, en la que forma un mismo cuerpo de religión, una misma serie de hitos, un consorcio armonioso en que reluce la magnificencia de la obra y la eternidad del Redentor. Esta admirable correspondencia de las predicciones con que comenzó era la que profetizó en los discípulos aquel cambio, aquel color celeste que los inflamaba el corazón.

Estaban, luego, los Actos de los apóstoles (1), llenos de gloria y de fuerza sembrada a nuestros ascendidos sus discursos. No era posible resistir a la abundancia y ma-

(1) *Psalm. XLIII, 1, 2.*

(1) *Act. VI, v. 8.*

lencia. ¡Cuántas cosas tan superiores a mis fuerzas y para que necesito de un amigo sabido, de un guía esclarecido que no solo me dirige, sino que me sostiene!

Teodoro mío, haz también leer a Mariano esta carta y todas las demás que te escribo; invoca su amistad, recita su oración, apresura su diligencia, no los desearé, y dile

que un amigo que lo necesita lo aguarda con impaciencia, que ya tiene los brazos para recibirle; que venga a conducirse al cielo después de haber enseñado el camino a sus hijos y a toda su familia, que va á adoptarle por su padre común y bienhechor universal. Adios, Teodoro.

## CARTA XXXIII.

### EL FILOSOFO A TEODORO.

Querido Teodoro, ya recibí la muestra que me has enviado con el celo que diriges, y me apresuro a enviarte una respuesta así:

Señor, para explicarnos una idea sobre los medios de hacer conocer y amar la religión al nuestro hijo, debo comenzar por decirte que el libro de este género más dependiente de la verdad es el espíritu y el verdadero objeto de la fe, y para esto debe principalmente ocuparse en la meditación de los santos libros, porque solo en esta pura imaginable fuente se bebe el agua cristalina que purifica nuestra alma y nos hace capaces de fervores y sublimes esfuerzos.

Solo en las sagradas Escrituras se pueden hallar los principios verdaderos que nos pueden enseñar, porque nuestras ideas de verdad, de justicia y de equidad, si bien en ellas podemos encontrar algunas dignas de la grandiosidad de nuestra imaginación, objeto proporcional á la necesidad y comprensión que sentimos los espíritus nobles y elevados de contemplar y admirar lo que es grande y magnífico y misterio digno de excitar la curiosidad de un corazón tierno y guerrero.

Si consideramos bien la constitución humana, veremos una claridad que lo que está en su espíritu y en el corazón de los hombres que lo rodea, es una enfermedad de una naturaleza más fuerte que todo el poder de su razón. Y el que supiere persuadir que la naturaleza misma hallará su interés tanto en sí de la religión, como es el que podrá hacerla amar. Es muy raro el que puede ver la religión sola determine la estimación, las preferencias y la conducta de los hombres. La imaginación y la voluntad son potencias más poderosas y fuertes por lo común inspiradas sus opiniones.

Esta disposición general que hace de nuestra fe, que es mayor en los niños, y es, dignísimo así, se explica. Sus almas inexpertas solo saben mirar y sentir. Apenas pueden creer que verdaderamente exista sino lo que ven con sus ojos ó lo que tocan con sus manos, y muestran por la mayor parte como niños toda nuestra vida. Así como por experiencia, que no creemos lo que no vemos, ó el impedido por la autoridad lo creemos, es con frialdad y de

manera que aquellos objetos no nos producen impresiones fuertes.

Por eso cuando nuestra razón convencerá no puede resistir á las demostraciones acerca de la fe, procuramos excitar al amor de la religión, presentándole á nuestra alma con objetos más capaces de ser imaginados ó sentidos, y para esto preferimos las imágenes más análogas á que son más parecidas á las que nos interesan y comovemos en el orden de la naturaleza y de la sociedad.

El gran secreto que puede hacernos amar la religión, es hacernos conocer que de ella depende todo lo que más deseamos, lo que buscamos con más ansia y que es el fin último de nuestra felicidad, las verdaderas riquezas, la sólida gloria, la prosperidad soberana, la inmensa fortuna en fin, que todo lo que más halaga al corazón humano, todo está comprendido en la grande salud que trajo á la tierra Jesucristo.

Ben sé que el establecimiento del reino de Dios no es obra de la prudencia de los hombres; pero como ha sobrevivido en estos al mismo cargo de preparar los ánimos á los triunfos de su gracia, los hombres deben servirse, sin todo, hasta de nuestras pasiones y floquezas para conducirnos á conseguirlo y amar de la verdad, y para disponernos á recibir aquella gran luz con la que ya no se necesita ni de esfuerzos ni de documentos.

Por eso Dios, que quería abrir las puertas de la vida eterna á los más sencillos hijos de los hombres como á los ingenios más sublimes, se dignó de encerrar toda la religión en un orden ó serie de sucesos que son palpables para todos y que adquieren un significado victorioso en los mismos sentidos y rogas. Desde aquel instante solamente en que Dios rompió eterno silencio y mandó á la luz que saliera del seno de la noche, hasta el establecimiento de su pueblo en la tierra prometida y el triunfo de su culto en medio de Jerusalén y del mundo, todo es una cadena de hechos y prodigios que por sí sola debiera excitar á curiosidad, aun cuando un aparato tan augusto no fuera otro fin más alto si no producir un interés tan personal.

En la historia sagrada se lee que los hijos de los patriar-

razas, ni verdaderos motivos de paciencia y constancia en las vicisitudes alternadas de sus destinos, sino en los continuos recuerdos de las maravillas que hizo Dios para establecer su antiguo Imperio. Sus padres, para enseñarles la religión, les mostraban los monumentos de lo que había hecho Dios por sus mayores y exponían á sus ojos la larga historia de los hechos milagrosos que prepararon aquel gran día en que debía consumarse todo con la muerte y resurrección del divino Mesías.

Así lo hicieron también nuestros ascendientes, y nosotros ahora estamos mejor instruidos que nosotros, porque en los siglos pasados hubo escritores que hicieron renacer esta metáfora tan natural, tan cierto y seguro para conocer y amar la religión. En efecto, las mejores pruebas de su divinidad se sacan de su historia y de la majestad de su grande espectáculo. Hasta ahora existen como inventorias, como reliquias que guarda la curiosidad, monumentos antiguos en que el babil y el pincel grabaron ó dibujaron todos los hechos, guardando el orden cronológico. Por este medio los niños con placer de sus ojos y deleite de su imaginación, grababan los sucesos en su memoria y aprendían así divertidamente su religión.

Como, pues, un método de aprender que fué tan útil á nuestros antepasados, ha podido perderse en nuestros días? Como el arte superior á todos los artes, la enseñanza única necesaria, ha podido descuidarse tanto? Como ha podido suceder que se haya casi abandonado para la instrucción pública el depósito de las divinas Escrituras, que es el patrimonio de los hijos de Dios y el tesoro de todos los cristianos? ¡Y cómo no gemimos al ver la ignorancia lamentable de tanto número de fieles que no saben ni los principios, ni las pruebas, ni los hechos de que se componen la eternidad de su religión? Cuando un sacerdote religioso quiera recogerse para admirar la conducta y las altas ideas de la divina ley, los hechos reconocidos la memoria de Noé, de Abraham, Isaac y Jacob. El infame David se presentaba á la augusta Majestad con una alma sembrada de venidera la tangible granular de ese planes, y fuera de sí de contento entonaba este cántico (1): "Oh eterno Dios nuestros brazos cielo y nuestros padres nos han enseñado las maravillosas obras que vieron y que tu poder ejecutó en los siglos antiguos."

Y hoy que la historia de la religión se ha completado, hoy que ya casi tocamos el cumplimiento y el término de las profecías antiguas y de las nuevas, hoy que ya apenas queda revolución que ver y que el estado actual del cristianismo se debe conservar invariable hasta el día feliz de la triunfante asonada de la Iglesia á la gloria de Dios, hoy que todos los secretos y designios divinos están ya descubiertos hoy que todo anuncia el fin y la consumación total de la empresa sublime, cuando el León de Judá ya ha vencido, cuando los templos de Cristo están levantados sobre las profanas ruinas, cuando torres innumerables ponen cerca del cielo la señal admirable de la cruz en que se reveló la redención humana; hoy, en fin, que todo está observado y descubierto, los cristianos no tienen más que ideas imperfectas, inciertas, confusas y oscuras. Como podrán ver á un tiempo toda la majestad del edificio de la fe, cómo podrán admirar el modo con que todas sus

partes se corresponden, se comunican y se unifican? Pues apenas perciben ángulos y superficies, ignoran el principio y el fin de las ideas que nos han revelado el eterno, no se les demuestran las relaciones admirables, las conexiones íntimas que atan y enlazaban los sucesos de la antigua economía con los misterios de la última posteridad.

Y que la resultante del abstracción de tan seducible espíritu que la inteligencia de las divinas Escrituras así se ha perdido en la mayor parte de los fieles, que en vez de un claro y brillante y sólido en el corazón de los hombres, que poseen finos instintos del gran digno y verdadero espíritu de la fe, y que miramos como extrajero todo lo que ha pasado antes de nuestros días; nos hemos olvidado de que Dios nos tenía presente en la creación del mundo, que entonces firmó el cielo de sus libros divinos, que hoy somos la realidad de las figuras y el cumplimiento de las profecías, que por nosotros ha habido un Abraham y patriarcas, un Moisés y profetas, una Jerusalén y un templo, y en fin, que todo se ha hecho y se conserva por los santos.

Y de esto qué ha nacido? El poco aprecio de nuestra vocación, la inhabilidad ó falta de nuestra virtud, el accidente casi siempre venidor de nuestros pecados, la facilidad de sucumbir todos los días las superbas tentaciones que nos anima el Evangelio al período placido de la contemplación del cielo, y en fin, el deplorable progreso de una filosofía perniciosa, que se atrevió á desacreditar la religión, inutilizar toda creencia y destruir todo virtud.

En el origen del cristianismo bastaba un apóstol explicado á una concurrencia numerosa como los misterios de Jesucristo estaban enlazados con los acontecimientos dispuestos en la inmensidad de los tiempos que precedieron á su resurrección, para que millares de hombres se posturas á los pies de la cruz y pidieran ser incorporados á su divina peregrinación con dolor que al instante se convertían en los creyentes perseverantes, porque los predicadores nunca han visto la luz y los seguidores apenas la han tocado. Ni aquellos ni estos han conocido el don de Dios en toda su excelencia y extensión. Y solo este poder explicar por qué los unos lo rechazan y los otros lo abandonan.

Después de la resurrección Jesucristo explicó á sus discípulos el modo con que se había cumplido como los profetas habían anunciado. No es verdad, decían ellos, cuando nos explicas el sentido de las Escrituras, anhelas nuestro consorcio con un fuego divino? Dijo que el Salvador los manifestó de sus humillaciones y fugitiva estaba enlazado con todos los sucesos, todos los oráculos y con la historia entera de los tiempos figurativos. Y esta oración, esta dependencia entre la antigua y la nueva alianza, en la que forma un mismo cuerpo de religión, una misma serie de hitos, un consorcio armonioso en que reluce la magnificencia de la obra y la circularidad del Redentor. Esta admirable correspondencia de las predicciones con que creemos era la que profetizó en los discípulos aquel cambio, aquel color celeste que los inflamaba el corazón.

Estaban, fueron los Actos de los Apóstoles (1), llenos de gloria y de fuerza sembrada á nuestros escuchas sus discursos. No era posible resistir á la abundancia y ma-

(1) *Act. XLIII, 1, 2.*

(1) *Act. VI, n. 8.*

jeatad del espíritu que hablaba por sus labios. *Hermanos míos, los doce, estad atentos.* ¿Qué es lo que va a decirles? Les pone a la vista las maravillas del Señor. Les recuerda que las profecías más recónditas en la coarctación de los siglos antiguos acaban de cumplirse en la muerte y resurrección de Jesucristo; que una vez del cielo separa a Abraham del país de la idolatría que Dios le acompañaba en su fuga, que le hace amable a los ojos de los extranjeros y le llena de bendiciones y riquezas; que hace volar su nombre hasta los confines del mundo, y consuela su rejoy con el nacimiento de un hijo milagroso, que esta familia querida del Señor se extiende y multiplica como las aromas del mar, tanto que en breve tiempo ya no era una familia, sino una nación que merecía las atenciones del Omnipotente.

Les alienta que, desde que los descendientes de Abraham se vieron tan multiplicados, Dios les sucedió un conducto en cuyas manos puso su autoridad y su poder; que Moisés habla y los milagros en su nombre; que los doce apóstoles, que el Señor separa en dos montañas, son como las columnas que el Señor levanta al cielo para sostener el universo; que el Señor hace que se despierten de sus tumbas el aliento para un pueblo innumerable; que de los árboles penosos, cuyos pobladores del desierto, hacen feroces abundantes para refrescar los fatigados viajeros y reparar sus arenas inflamadas.

Que los hijos de Abraham, de Isaac y Jacob entraron en la tierra prometida; que solo el nombre de José hizo maravillas en Egipto; que a su vez los astros se destruyeron, las murallas se demoleraron, los imperios y Estados se debilitaron. Y que al fin Jerusalén cayó en vez las misericordias del Dios que le sacó de Egipto en el tiempo más magnífico que ha visto el universo. Ve aquí los gustos preparativos de la venida del Mesías, la humillación anterior que precedió al gran Rey del Evangelio; y estos objetos que dieron asenso a David para entonar los más sublimes cánticos que los hombres oyeran, son los mismos que hacen brillar el semblante de Esteban con tan divino resplandor.

Del mismo método se vale el grande apóstol para anunciar el Evangelio. Con qué entusiasmados pinceles dibuja cuanto le ha precedido. En su pluma esta religión es eterna y desolada a la tierra, de la altura de la inmensidad divina. Añade en su primer tomo. Nos explica por qué Dios ha criado al mundo, por qué crió unas inteligencias capaces de adorarle, cómo a pesar de la degeneración de la especie humana, la virtud del Todopoderoso la conservó en su santuario y la salvó con Noé de las aguas que inundaron la tierra, y con ella todos los vicios y pasiones que la tenían pervertida.

Nos pinta la iniquidad y el vicio que reinaba en el mundo que por entre las revoluciones, alboros y truenos de los imperios se encaminaba al fin de los días; las pendencias y sucesos graduales con que en su penosa marcha se va desmenuzando del velo misterioso que la cubre; cómo destruyó en el universo al que ha resultado la historia cristiana de tanta dominación y potestad, cómo todos los reinos y todos los hombres por sus veleiduras, empresas, victorias y derrotas, en fin, por todas las mortuorias con que se agitaron, prepararon sin saberlo las vías a la aparición de esta grande y radiosa luz que les conduca al congo.

Como, en fin, en nuestros días que son ya la plenitud de los tiempos, se manifiesta asistiendo y visible en medio de nosotros, por haberse cumplido el gran misterio predicho y operado desde el origen del mundo, el océano de bienes y riquezas en que hoy hace nadar a los hijos de los discípulos: cómo se incorpora con nosotros, cómo eleva nuestra naturaleza, cómo hace adquirir a los hijos de su alianza la inmortalidad y la gloria del Cristo Hijo de Dios; cómo de su cabeza universal que también es principio del siglo futuro, y de todos los que han recibido una promesa se forma un mismo cuerpo, una sociedad, una sola familia que el Dios de la eternidad recogerá en el seno de su esplendor el último día, para que viva con él por los siglos de los siglos.

Estos son, señor, los grandes objetos que la Escritura nos propone, el magnífico espectáculo que la religión nos presenta, y este es el hermoso aspecto con que en todos tiempos la han visto y la ven los espíritus humildes y aplicados que viven con el fuego del amor alumbrados en la escuela de la fe. Estas son las cosas que muestran Dios a los pequeños y enseña a los soberbios. Y esto es el camino por donde debéis conducir a vuestros hijos. ¡Dichosa vez si alcanzáis a ponerlos en posesión de esta grande sabiduría, si lográis guiarlos por este plan sublime! Ya es lo indico más ligeramente, pero vos os ocupáis de su importancia y tenéis que su ejecución no es difícil.

Sería de desear que una nación tan religiosa como la española, que una nación en que el cristianismo tiene su primer trono, adoptase en general un método tan simple, tan cómodo y seguro para la educación cristiana de sus hijos. Nunca se pudiera lograr mejor esta idea que en el tiempo presente, pues en nuestros días el arte de la imprenta ha llegado entre nosotros a un grado de perfección que nunca tuvo, y que es hoy la escuela y emulación de los extranjeros. El grabado también se ha extendido y perfeccionado. ¿Cuántos talentos eminentes abundan entre nosotros, que ilustran la nación con producciones estimables! Así por la reunión de estas artes han salido de nuestras prensas ediciones soberbias que son el alabado de las naciones. El Salsedo apenas conoce igual, y el Don Quijote ha admirado a la Europa por su riqueza y perfección.

¿En qué pudieran ocuparse mejor estos talentos y estos grabadores, que en imprimir y estampar todos los libros de la historia de la religión desde la creación del mundo hasta el establecimiento de la Iglesia, y formar una colección completa y seguida guardando el orden cronológico de los tiempos? Cada hecho digno de memoria y que está enlazado con los que le preceden y le siguen, debería tener su estampa separada que representase con exactitud la historia del hecho que refiere, y a fin de conservar la sucesión en lo posible, los pintores debían dar la misma importancia a los principales personajes cuyo figura haya de repetirse con frecuencia.

Cada estampa debía tener al pie una sucinta explicación, pero exacta, clara y en términos que haga al pueblo posible comprenderla de modo que los niños y los grandes limitos y groseros que en su capacidad son como los niños, puedan aprenderla sin trabajo. Los que por defecto de edad ó de instrucción tienen poca idea, apenas pueden figurarse que puede existir lo que se ven. Los ojos ven

los ínteros órganos que les estallan las ideas, y un cuadro ó una imagen es el único que en su ánimo puede explicar a la realidad ó presentarla de los objetos.

Esta colección pudiera dividirse por épocas, para grabarla mejor en la memoria, ó lo menos por el antiguo y nuevo Testamento.

Yo quisiera que se hiciera una edición magnífica y tal como la pueden hacer los hábiles artistas que hoy residen entre nosotros, porque esta sería un glorioso monumento que haría honor a la nación y que daría nuevo estímulo al progreso de estas artes; pero como un precio fuera costoso y yo creo que esta instrucción sea general y se extendiera a todas las clases del pueblo, también quisiera que se hiciera otra más barata para aprovechar a todos.

Esta empresa mirada por todos sus lados me parece digna de un gobierno ilustrado. No solo ilustraría el mismo mas cómodo y fácil de aprender la religión, sino que produciría utilidades pecuniarias al Estado. Tanto por cuanto que una obra de esta especie hecha con la perfección de que son capaces nuestros artistas, sería buscada por todas las naciones cultas, que se apresurarían a comprar un objeto precioso que satisficiera á todos los gustos.

Pero dejando consideraciones que no son de mi asunto, no basta que se hagan dos ediciones, una que puede servir a la clase rica y otra para que de ella se aproveche la pobre, porque yo quisiera que se distribuyeran ejemplares a las escuelas con encargo á los maestros de enseñarlas á toda especie de niños. No tengo duda de que este estudio bien se sería molesto, sería el de mayor recibo de su educación y de que por este medio se propagaría presto la exactitud de la historia de la religión aprendida con orden y exactitud.

Pero como esta idea no es mas que un pensamiento y la edad de vuestros hijos exige un remedio más pronto, es necesario que os arriesguéis al mismo método por otras medias. En los siglos pasados, cuando los hombres pensaban que era más glorioso y seguro seguir la religión de sus mayores, se siguió el método de enseñarla como ahora se propugna. La filosofía hizo abandonar este estado porque se dedicó á las ciencias profanas; pero estas obras subsistían todavía como monumentos. He visto diferentes ediciones de estas estampas con sus explicaciones cronológicas. He-go memoria de una en folio que se titula la Biblia de Montbray, es otra en octavo que se llama *Figuras de la Biblia*; estas muy á propósito de Restaurar, y las que se están grabando para la Biblia española, y sobre todas las de Aris Montano.

Quisiera haber otras y mejores; pero como para la educación particular de vuestros hijos no hace nada la perfección del arte y basta la exactitud y el orden de los hechos, es necesario que os preocupéis más de estas obras y que hagáis de ellas vuestra ocupación y su entretenimiento. Me parece que no debéis proponeros esto como un estudio serio y que merezca vuestra primera atención, aunque así sea, sino como recreo y recompensa de los otros, quiero decir, que vuestro arte debe ser recordarle la importancia que hay en ello, y que por los niños gusten tanto y se diviertan con las estampas, os aprovecheis de esta disposición para persuadirlos que esta ocupación no es una que un desasos de los otros estudios y una distracción que los da para desquitarlos de las otras ocupaciones.

Con esta serie de obras que se ocupen en este objeto sin fastidio, que se aprendan con gusto, y cuando tuviera motivo de mostrarnos contento de ellos, podria darles algunas estampas para que las pongan en sus ornatos. Haroid de modo que al fin se las déis todas y que su habilitación esté guardada de otras imágenes puestas por sus manos; pero con el cuidado de que nunca se retire el orden de sus datos, á fin de que se fijen en su espíritu con la noticia de los hechos la cronología de los tiempos.

Esto es sin duda bueno para instruir y ocupar la infancia, pero no dispensa de la primera y especial atención, que es enseñarles los motivos y fundamentos que hay para creer que estas cosas son verdaderas, y la conexión y enlace que tienen con los demás de la religión; estudio serio y capital que debéis reservarlos para cuando sea más edad lo puedan hacer con fruto; pero este los preparará á recibirlo mejor.

Pasemos ahora al trato de un cristiano con sus iguales. Vos me decís en vuestra carta que desearia vivir solitario, y que antes de haber sido llamado al retiro por el ejemplo de don Manuel, estabais ya resuelto á vivir en vuestra casa separado del mundo, y partiendo vuestro tiempo entre Dios y el cuidado de vuestros hijos. Yo no apruebo, señor, las resoluciones prontas, sobre todo cuando son demasiado seguras. La de romper sin particular motivo todo comercio con los hombres, no es del espíritu de la devoción sólida y sólida, ni puede servir; mas que de figurar á los ojos del mundo su grande y venerable carácter.

Las torres solitarias las mas raras hijas del humor, y suele haber en ellas una especie de ditzoro triste que da pretexto á la malignidad para desacreditar la virtud y hacer ridículos las principios de los hombres religiosos. Los captrines rívoros, que no conocen la religión en ella misma, la juzgan por el exterior y las costumbres de los que la profesan. Suponen que la conducta de los discípulos del Evangelio es la práctica de su doctrina. Así cuando el mundo vio cristianos títricos que tomaban con extrema inquietud preocupaciones desconfiadas, atribuyeron á la religión lo que es defecto del genio, imaginaron que el cristianismo destruye y destruye cualidades sociales, que no es bueno mas que de volver á la virtud, persisten á sus reprochamientos y temores por no parecer inconducentes y ruidos.

Al contrario, señor, los literatos cristianos deben ser muy bien y de la más dulce sociedad. La mayor gloria de un cristiano religioso, es cuando es bien entendido y se practica según se espone, inspira un gusto de benevolencia general, y produce un humor apacible, un corazón sencillo y tranquilo, y un inclinaciones amigables y buenas. Muchos genios violentos y feroces, cuando intrínsecos débiles ó viciosos se han transformado en hombres amables y pacíficos sin más estímulo que el de la religión! Siento hoy que debéis el primer aporamiento de su retorno á la virtud á la dicha de haber encontrado juntos llenos de bondad y de inteligencia.

Jesucristo no manda á los que reciben su espíritu y su nombre, que se separen por entero del mundo ni que se escondan de los hombres. Al contrario, les dice que ya son brillan su medio de los profanos para que admiren el poder de su doctrina, para que viendo cómo el Evangelio los ha transformado en útiles y buenos, procuren beber en la fuente.





por cierto que los que á pesar de vuestra reforma continuáis en ser vuestros amigos, no os servirán de obstáculo para que permanezcáis en la vida cristiana, y que aquellos á quienes vuestra sociedad no acomode, se retirarán ellos mismos, libérrimos de la pena de rufos y celos, sin darles motivo para que os quejan de vuestros procederes.

Por otra parte, vos sois de una clase en que todos respetarán la religiosa delicadeza de vuestros principios. Vuestra devoción no se hallará en el caso de dudar el auxilio dispuesto de oír blasfemar lo que adora. La persona de vuestro matrimonio, sean las que fueren, sus costumbres y opiniones, son de ordinario reservadas, circunspectas y decentes. Si educáis, el hábito de producirse en todas partes con distinción noble y cortés, los hace capaces de acomodarse en todas circunstancias sin chocar en ninguna. Las irrisiones y las discusiones impías están hoy desahucadas de toda sociedad decente. Los defensores de la religión no se manifiestan porque saben que serán mal recibidos, prohibiéndoles en nuestra habla en que el desprecio nunca adelantará el pulso de sus argumentos á los odiosos convenciones de la fe.

Entrá de este el respeto del culto nacional como una garantía de la libertad, y los nuevos defensores del fanatismo acordó que el empuje de degradar la usanza, y el moral solo cabe en la fe de un mal ciudadano que pretenda separarla al bien público. Vos además cuando estáis desahucado por el mundo, no habéis querido lastimar los ojos de los hombres respetables que se encuentran en la concurrencia y debéis esperar igual procedimiento de los que han tenido la misma educación y viven en el propio deseo. Los que son verdaderamente decentes saben consultar el talento de sus semejantes á los hombres con la degradación de sus ingenios á su Dios, y se lastima que esta calidad no sea un efecto de la virtud, sino de la crianza.

Por qué pues no borraréis vuestra parte en las recreaciones inocentes y moderadas de vuestros amigos y parientes? Alegros, decía David (1), alegraros en el Señor. La virtud no es triste, no tiene mal humor ni es desconfianza, es franco, dulce, benévola, paciente, todo lo sufre, todo lo perdona, se fortifica con todo. La verdad que un pendiente debe honrar hasta el sepulcro la decencia de haber dado entrada en su corazón á la iniquidad, pero esto mismo dolor, por más vivo que haya sido, ha de ir acompañado de un sentimiento firme y afectuoso que se llama con la alegría de la virtud.

En efecto, no es posible acordarse del antiguo y pasado daño sin hacer memoria del estado y de la regeneración presente. Así pues debe haber un arrepentimiento firme de haber conocido demasiado tarde á un Padre que nos engrandeció tanto, y nos hace tan felices, y este arrepentimiento debe ser la percepción de nuestra alegría como el recuerdo de una grande infelicidad pasada juntamente al gozo que produce un gran tigre, y como la memoria de la miseria pasada añade dulzura al placer de la abundancia actual. Los que han pasado por los insensatos tormentos del amor profano con sus capos de entender mejor esta verdad.

(1) *Psalm. XXXI. II.*

Vad aquí una lista compuesta de los principios con que podéis gobernaros con vuestros iguales. Ahora voy á hablaros de vuestros inferiores, y espero que la suprema asistencia á quien imploro, no me abandone. Yo no tengo más gusto, cuando las ocupaciones diarias de mi estado me dejan algún tiempo, que emplearle en la edificación y utilidad de una alma que Dios me ha hecho preciso, dándole derechos tan santos á todas las solicitudes de mi celo. Empezaré por los criados, que tienen con vos relaciones necesarias y domésticas, y después hablaré de los pobres.

«Si alguno, dice san Pablo (1), no cuida de los que le pertenecen, sobre todo si son sus domésticos y habitan en su casa, ya negó la fe en su corazón y es peor que el infiel.»

«Sentencia terrible, pero que no espanta cómo deba por lo que los unos irreflexivos que renuncian para sí mismos las esperanzas de la fe, están muy lejos de pensar en que también les prescribe obligaciones para otros y que Dios los hace responsables de la condenación de sus criados. Y el hombre justo que no atiende una que de su bien corra para procurar la salvación de cuantos lo rodean, cumple con todos los preceptos de vuestro arte de saber que conlleva con tanto rigor la religión.»

No es mi designio, ni fuera posible explicar en una carta toda lo que se debe á los criados, pero Dios que es la libélula con tanta esencia y claridad sobre su luz divina, os dará sobre un artículo tan fundamental de las obligaciones evangélicas una luz que pudieran daros las lecciones de todos los doctores de la tierra. Desde que os hizo conocer la existencia y grandura de vuestra naturaleza, debéis conocer el precio y la dignidad de toda criatura que tiene el mismo origen y el mismo destino que vos. Ya debéis conocer que todas estas distinciones que ponen tanta distancia entre los criados y los amos, son pequeñas, y como la nada á vista del exceso y eterno carácter que Dios ha dado á los unos y á los otros, y que la religión y la virtud atenuan todos los intervalos con que los hombres viven separados.

Justísimo, considerando esta unidad de dihas y bienes inmortales con que debía elevar á los apóstoles, exclamó con amorosa complacencia (2): ¡Ah! *Yo no os llamaré mis señores, sino mis amigos.* Este divino Maestro nos dio á entender que solo este nombre correspondía á la grandura de los que sirgencia santifica, y nos manifestó el amor con que mira en cuantos deben vivir y reinar con él en la perpetuidad de su propio esplendor.

La religión, pues, confirma y consagra la fraternidad en que la naturaleza hace nacer á los hombres; pero hay esta diferencia, que aunque la naturaleza nos dio que todos nos hermanó, no nos muestra á ninguno de la dependencia y miseria en que la inevitable imperfección de la sociedad nos obliga á la más numerosa jerarquía de los que la ocupan; la religión sola nos consuela á todos haciendo imperceptibles estas desigualdades y abarbitrales todas á los hombres sin distinción.

La naturaleza no sabe confortar al débil, no tiene con qué suavizar las quejas de los indios al punto moderar al

(1) *I. Ad Timoth., v. 8.*

(2) *Joan. XV. 15.*

orgullo de los ricos y los grandes sino diciéndoles á todos:

«Un día vuestros huesos serán confundidos en el mis no países, pero la religión hace desistir á los más desgraciados, á los esclavos mismos que sufren el peso de sus cadenas toda otra ventaja que la de ser eternos, hace despreciar á los grandes su grandura misma y todos los títulos que les pudieran seducir, porque dice á todos: «Los que yacen sepultados y durmen en las entrañas de la tierra se despertarán; y los que la menor porción de gracia en el corazón del más mínimo de vuestros criados le da más excolencia que sus espases de dar todos los otros y coronas; vos, digo, cómo podréis tener por indignas de vuestro celo y atención unas criaturas que tienen tanto derecho á la eternidad como vos y que os igualan en la calidad que únicamente puede hacerlos grande, que es la capacidad de ser santo y la esperanza de reinar con Jesucristo en su imperio indelible? ¡Oh hombre rico, pobre, grande y pequeño, amo y criado, todos podéis ser reyes. ¡No es, pues, ridículo que os detengáis en las poesías y pasajeras diferencias que nos distinguen en el rápido cambio que haceis para llegar á vuestro trono?»

Con esto solo, señor, ya es inútil argumentar lo que debéis hacer. No es por falta de conocimiento que se desentendáis las obligaciones privadas y domésticas; es por falta de religión, es por defecto de atención á los altos motivos que la fe nos presenta. Y ved aquí el origen de tantas omisiones tan graves y tan culpables; ved aquí lo que nos entareas todo el corazón, que no sentimos la menor inquietud. Esto es lo que nos hace ver con fría indiferencia lo que depando de nosotros se desarregla y corre á su eterna perdición. (Como un hombre que circunscribe toda su atención á la vida presente y que no aprecia su propia inmortalidad, se afanará por cuidar de la salvación de sus criados?)

El que es más para sí, decía el Salvador, para quién puede ser bueno? Por eso cuando se quiere conocer el carácter y los principios de los que ocupan los palcos más bajos, no es necesario entrar en su interior ni informarse de su conducta; basta ver sus pueriles soberbios, en que un puñado de criados ociosos ostentan todos los días con ostentación su grosero orgullo, sus zaguas en que una multitud de domésticos da algunos principios de moral, y cuya inutilidad sola es un espectáculo público, se ofrece acaso á los ojos á la modestia del artífice y á la miseria del poseedor. Esto es el estado que indica el espíritu y los costumbres de muchos ricos. No es necesario verlos para conocerlos; basta mirar por las puertas de sus casas.

Vos no me habéis explicado vuestras ideas sobre las mudanzas ó reformas que pensáis hacer en vuestra casa; pero no importa, porque desde luego imaginó los proyectos que puede tener una alma que la gracia dirige. Estoy cierto que vuestro primer pensamiento será alzar de ella á todos los que no conseguiréis hacer mejores, que volveréis los ojos, como un santo rey de Judá, á los fieles de la tierra

para incorporarlos en vuestra familia, y que no contentará el servicio de vuestra casa sino á personas de corazón recto y que marchen en el camino de la inocencia.

También estoy persuadido de que no permitiréis que se vuelvan á oír al rededor de vuestra habitación esos discursos liberos, esos clamores indecentes de criados peregrinos que habrán en la indiferencia del amo para el bien y perjudiciales de la librea de su grandura, pierden el hábito del trabajo, de la modestia y de la sobriedad, preparándose días indolentes y una vejez llena de orgullo y de miseria. Sin duda que escogeréis para criados hombres que debéis estimar, que podáis amar como hermanos, y tal vez recibirlos como justos.

Estoy seguro de que vuestra casa, antes tanto de una librea sin freno y de una disciplina sin medida, se transformará por vuestro celo en una región de paz, de armonía, de tranquilidad, de buen orden y de caridad arreglada, que no se verá en ella hombres inútiles, que despreciarán las superfluidades del fausto y los excesos de la vanidad; en fin, que no volveréis á caer en la culpa imprecionable de los reves del siglo, que para sostener el miserable cortejo de su orgullo, priváis los labradores á los campos, los soldados á la patria, los artesanos á la sociedad, y contribuyáis á los estragos del lujo y de la opulencia.

Espero que la quietud de los ojos que cada criado tenga su empleo, y cada hora su ocupación, que volverán para que todo se administre en orden y economía, que no desatendáis la primera y más esencial de las obligaciones, la que es más digna de un padre de familia, que os ponece á la frente de su régimen doméstico, proferir á la conducta de sus augustos, verlo todo y verificarlo con sus propios ojos. Esto es lo que el Espíritu divino llama saber gobernar su casa. El amor del orden y la justicia deben dirigir estos asuntos, y aquel que los cuida y se demagra sobre otros de unidades que tanto le interesan, no conoce la utilidad del Evangelio. Merece lo que sucede de ordinario á los que por pretem á por seguir abandonan esta vigilancia, que en vez presto su calma, pierden los medios de conservar su estado, la tranquilidad de su vida y la fortuna de sus hijos.

En fin, señor, yo me represento vuestra casa como los apóstoles nos pintan las santas familias de los cristianos primitivos. Entonces se llamaban iglesias ó congregaciones de escogidos. Los amos eran buenos, dulces, indulgentes y modestos, porque no consideraban á los que los estaban sometidos sino como hermanos y compañeros de la vocación común. Los criados eran buenos, humildes, laboriosos y fieles, porque tenían menos la colera y el desagrado de sus amos que los remedios de su propia conciencia.

En las horas consagradas á los ejercicios diarios de la religión, desaparecen todas las diferencias de fortuna, de estado y edad. Padres, hijos y criados se juntaban en el mismo lugar dedicando al culto doméstico, y los criados eran siempre advertidos para que concurrieran, así á los lecturas devotas como á las santas instrucciones que los padres de familia daban en tiempos arreglados á sus propios hijos. ¡Ah! señor, solo un buen corazón es capaz de apreciar y sentir tanta gloria, se encierra en la sublime práctica de una conducta arreglada. ¡Qué feliz es el hombre que sabe ser tan útil á los que Dios ha confiado á su cuidado y es!

Considerad esta hermosa es y esta admirable ver cómo la religión aniquila los errores de las pasiones y cómo inspira á muchos grandes en la civildad que son contrarios á los del mundo. Ella les hace respetar como dotados de un espíritu inmortal y eterno á los mismos miserables que el infortunio y la pobreza reducen á la servidumbre, á los misélicos que parecen menos que hombres, á aquellos amos orgánicos que parecen tan serenos á la vista de la naturaleza como á la del Evangelio.

Yo he visto algunas veces con sumo gusto costumbres particulares y antiguas en medio de las ciudades populosas, entre familias ricas. También las he encontrado en las habitações solitarias de personas desengañadas que se han retirado al desierto trasunto de los campos, y os aseguro que unos se han repesado más, otros sobre esta imágen apasible sin disminuir con absoluta ligereza de ánimo. Jamás he pasado algunos días en medio de costumbres tan cristianas y sanas sin afligirme de que no vida no pueda ser una estabonada calma de momentos tan grandes, jamás he cesado de admirar estos selos de paz en que Dios es tan grande y los hombres tan buenos y felices.

Penetras, pues, del espíritu de los tiempos apostólicos y nunca os olvidéis de que los que os sirven son hombres. Tened presente que si ellos sirven al Señor, han de ser vuestros y que un día juzgarán con el soberano á los jueces de la tierra y á los amos del mundo; que el primero y el mayor de los soberanos del universo si no es religioso y justo, será infinitamente inferior al mas osuro de los señores de Dios, que cuando sea santo tampoco será mas que su hermano, y que ninguna criatura puede tener otra excelencia ni otro precio que aquel que recibe de sus relaciones con el Hombre-Dios por el valor que le comunica su soberana sanidad.

Esta verdad es muy gloriosa á Dios y debe consolar mucho á los pequeños y los pobres. San Pablo estaba tan persuadido de ella, que se le oyó hablar y comparecer en el puerto de un pobre esclavo con un celo tan vivo y tan ardiente como hubiera podido hacer por el destino de los océanos ó por intereses de todas las naciones. El hecho que me da motivo á este discurso merece que os lo refera.

Quisimo era esclavo de un cristiano. Quisimo no confesaba á Jesucristo ni conocía su doctrina y promesas, así no os mucho que fuera un esclavo infiel en efecto, engañado es en uno. Conociendo la infidelidad hizo, y por dicha os entre las manos de san Pablo, por entonces cargo de esclavos en las prisiones de Roma. Esto quando apodó se optó á crucificarle la fe de Jesucristo, y hace un tanto de un infiel que estaba cerca de alzarse entre los autodestructores por admirar con que fuerza y tormenta le recomienda á su amo y con qué términos solicita el perdón de un esclavo que ya lleva á los pies de Jesucristo su infidelidad y su deserción.

Yo imploro, le escribo, vuestra bondad por mi querido hijo Quisimo, por este hijo que ha engendrado en el Señor, hallándose en esta prision. Os lo restituyo como un bien que da por si mismo, pero ya apto para servir con utilidad, recibid como mi sangre y como un objeto muy precioso á mi corazón. Quizá Dios ha permitido que os

aleje de vos algun tiempo para que vuelva mas digno de vos y que os quede unido eternamente. El me ha servido con firmeza afición en la civildad que sufrí por el Evangelio, y le miraba menos como siervo que como hermano querido y respetable. Si me amais, recibid como á mi mismo y cargadme de todas sus faltas. Este es el consuelo mas dulce que me podéis dar en las penas que sufro, y haréis respirar mi corazón que está oprimido de angustias y de aflicciones.

(Y quita escribo esto) San Pablo, un hombre divino, el terror de los magistrados romanos, el destructor de la idolatría, el reformador del culto y de las costumbres del mundo entero, la auroraba mas brillante que ha mostrado la verdad al universo, la admiración de Atenas, el oráculo de los océanos y el mas venerable de los doctores y bienhechores de la tierra. Este hombre, uno de los mayores de los hombres y del mas alto y elevado carácter, se interesa con tanto ardor y traza con estilo tan expresivo por un pobre esclavo que se ha buido de la casa de su amo.

¡Ay, señores, os muy dulce reparar la religión cristiana en la única filosofía que sabe reparar las desigualdades que las instituciones sociales hacen inevitables, y por eso la porción mas desgraciada y débil de la humanidad tiene muchos méritos para amarla, muchas razones para ser religiosa y adorar un Evangelio que la restituye con tanta gloria en su dignidad de hombre, y en su igualdad original con todo lo que el mundo llama grande y poder.

Cuando la religión no hebra otro bien á los hombres, cuando no tuviera otro objeto que el de someterlos la bondad, dulzura, estimación y amor, que debemos á todo lo que es de nuestra naturaleza y nuestra sangre, esto basta para consolar que Jesucristo y sus apóstoles, á quienes debemos estos documentos, han sido verdaderos amigos de los infelices, y que tambien lo son de los poderosos, pues los hacen benéficos y humanos. Los señores de nuestro siglo, que sin cesar se quejan del orgullo y de la dureza de los ricos, debían poner todo su estudio en hacer que reciban y adoren la doctrina del Evangelio.

Aquí era el lugar de hablaros de los pobres; pero esta carta es ya demasiado larga y temo importurar vuestra atención, tanto mas cuanto es difícil hablar poco de los pobres, porque la materia es rica. Me parece mejor referirlos para la primera que os escriba. Podrá á Dios que me dirija, como yo le pido que os guarde muchos años.

Taladro, no admiráis la seguridad y el infatigable celo de este varón incomparable. No me canso de darle gloria al cielo de haberme deparado un director, que cada día me hace descubrir nuevas hermosuras y grandezas en el carácter de la religión. ¡Qué lejos estaba yo de conocerla! ¡Cuanta razón tiene él, no digo yo cada instante, para asombrarme de que pueda haber infelices ó males entre la tierra, después que el Evangelio ha brillado á la vista de los hombres! Al que logra á ver la religión con ojos como los suyos, debe parecer imposible la demencia fuera de desconfianza ó profanación. Yo te recomiendo copia de la misma carta, en que me prometo porque ocupándolos las los mejor y los estudio mas. Puedan ellas serle tan útiles como á mí. Adios, Teodoro querido.

## CARTA XXXIV.

## EL FILOSOFO A TEODORO.

Teodoro mió ya recibí la nueva carta que esperaba, y te la voy á copiar literalmente. Dice así:

Hey, señores, es el día de los pobres, y empieza por contentar que la naturaleza basta para excitarlos á la compasión y amor que se les debe; pero qué diferencia entre la humanidad natural que el tumulto de las pasiones adormece y alarga tantas veces, y la sensibilidad siempre viva que despierta y anima la religión. Sin duda que la naturaleza inspira estos sentimientos, pero los vicios los sofocan y ya nunca mueren en los corazones de que se apoderan. La gloria de la fe es que jamás entra en ellos sin que al instante los resuscite.

Bien puede ser que los tenga el que nunca ha conocido la doctrina de Jesucristo; pero es muy difícil que pueda conservarlos animados y vivos aquel que después de haber visto la grande luz del Evangelio, después de haber reconocido su profunda sabiduría, los prostituye y abandona por el interés de sus pasiones, y es mas difícil que los tenga aquel que después de haber conocido la religión, adopta con obstinación el absurdo sistema de la incredulidad. Un entendimiento tan torcido que no alcanza á ver la luz que ella derrama, un corazón tan mal formado que no fuera capaz de sentir los efectos que inspira, no lo sería tampoco de ninguna sensibilidad humana; sería un coto nulo y que no pensara mas que en sus propias y viles satisfacciones; pero por fortuna no se hallan ó son muy raras estas monstruosas.

Vos me diréis que no todos los incrédulos oscuran su corazón á toda especie de comisericordia y generosidad, y que muchos de los infelices deben una parte de los socorros que reciben á su piedad, á hombres que se han dejado arrastrar por la corrupción del siglo al abismo de la ferocidad; y yo confesare que así es. Despreciable mucho el celo injusto y amargo de los que quieren disminuir el bien que otros hacen, ó envilecen los méritos que los animan. Se debe estimación y respeto á toda criatura que socorre, alivie ó consuela á otra, sin cominar la intención que la determina; porque el deseo sólo y esencial de que se corra el corazón es que el desvalido sea ayudado y el indigente aliviado.

Pero no os caso lo que quiero decir. Yo supongo que un hombre, y os creó el caso posible, á los menos no ha conocido á ninguno que después de haber visto la luz creyera no haberla visto y quedara enteramente convencido de la realidad de las tinieblas. Aunque repito que este hombre no existe ó que es un monstruo raro, le supongo, y de esta digo que no fuera capaz de ninguna humanidad verdadera, y que si se vieran en él algunos vestigios, sería tremendo

atribuirle á los intereses de la política ó á los artificios de la ambición.

Vos podréis citarme hombres que no solo satisficieron sus pasiones, sino que se jactan de su incredulidad, y que con todo, son generosos y benéficos, y aquí está, señor, vuestro engaño, porque vos los suponéis tan incrédulos como aquel de quien hablo y como ellos parecen y se dicen; pero sus efectos no los son. Acordaos de don Manuel. Sabed que todos ó los mas que viven á gusto de sus pasiones, aunque parecen incrédulos y aunque ellos trabajan por persuadirse á sí mismos y persuadirlo á los otros, concuerdan á su pesar las ideas de la religión en un alto grado que quieren, y tal vez mas impresos de lo que imaginan.

Así es por acaso observas que alguno, á pesar de los vicios á que se abandona, á pesar de las impedidas á que se entrega y de la notoria incredulidad que profesa, tiene buen corazón, y que con ánimo compasivo y generoso socorre al indigente, consuela al afligido y sostiene el débil contra el fuerte, tened por cierto que el ha pretendido, por contentar sus pasiones, arrajar de su seno una religión que le parece inútil; pero que ella está todavía escondida en su corazón, y que quizá un día volverá á restablecerse con honor. Creed que todo lo que conserva de honradez, humanidad y virtud, está continuamente trabajando en su alma para recluir sus errores, que aquel corazón nació por ser fiel al Evangelio, que cuando renunció á Jesucristo desmintió su carácter verdadero, y que no es propio para representar papel tan infame.

Creed que su incredulidad no es mas que un sufrimiento de sus pasiones contra la evidencia y necesidad del culto, un comato de su corazón para desprenderse de toda sujeción y sacrificio, un deseo de separarse de toda religión que lo incomode; pero pues todavía no se ha establecido centro y último fin de todas sus acciones, pues no se ha consentido en la solitud de su bien personal, pues no estimó dignamente en los otros hombres lo que puede contribuir á sus gustos, pues no se irrita con ferocidad contra lo que puede oponerse á sus pasiones insanas, y lo que dan sentimientos que la excita; á compadecerse de los males ajenos y le estimulan al socorro de los infelices, tened por cierto, digo, que no es un incrédulo, sino que es un hombre enfermo, y que cuando sus pasiones se acaloren ó la luz del cielo le alumbrare, volverá á adorar la religión que así no ha perdido enteramente.

Hay otros menos temerarios y que no lieten oscuras para tanto error; hombres que no llegan á la extrema depravación que conserva la impresión de algunas virtudes; y respetan la conciencia; pero estos no han de ser confundidos con

los monstruosos campeones de la irreligión. Después de devorar todas las angustias y remedimientos que cuesta el vicio, después de perder todas las esperanzas y consuelos que ofrece la virtud, no logran el título de filósofos ni la consideración de los oráculos de la secta.

No alto, señor, otro castigo que á vos mismo. Nadie mejor que vos puede distinguir la diferencia que hay entre la caridad cristiana y la humanidad filosófica. Nadie mejor que vos puede juzgar cuánto más interés tienen en que los filósofos se hagan cristianos, que no en que los cristianos se hagan filósofos. ¿Después de esta humanidad que tanto os exalta, os ha hecho enjugar muchas lágrimas cuando no tenia vuestra compasión otro principio? ¿Qué comparación entre sus utilidades cortas, puras y pasajeras humanas, las por la imparcialidad y el llanto de los indigentes, con esos momentos de oro sacrosantos tan sólo al alijo y á la vanidad del vicio?

Señor, señor, mucho recordar vuestras oraciones, pero sé que no queréis olvidarlas, ni para no volver á experimentar, como para recordar sin cesar la grande y soberana fuerza que os ha sacado de este abismo. Vos sabéis cuántas miserias hubieran hecho felices derramando en su pobreza abunde los tesoros que invertidos en vuestros planes pacíficos. Vos sabéis cómo viven los de vuestra clase que se gana las mismas pesetas, y lo poco á que se reducen las necesidades del rico, que no tienen más impulso que el de un estéril filandia.

Cuando los gastos imponentes y recaudados de un lujo que todo lo eleva, no estraman sus corazones á las necesidades del indigente, cómo puede interesarlos el espectáculo de la indigencia (cómo puede enternecerlos, si tan pocas veces se presenta á sus ojos). Porque en efecto, es tan raro que la opulencia que rodea á los ricos sea accesible á la pobreza, como la adulación que espera á los grandes lo sea á la verdad. ¿Cómo un niño puede un rico interesarse por un infeliz? Es como trabajar en un polvorín de su abundancia desechos, sin que ni el arte se agota y la industria se agota para arivar su riqueza y ocultar los vicios, lo que se agota el pensamiento, que en aquel momento hay millares de madres desesperadas porque no pueden amallar el llanto de sus hijos que las piden pan; que hay otros tristes padres desechados porque no pueden mantener las criaturas que le deben el ser, y que extienden una mirada incoherente, penetrando entre los brazos del hombre y la desgracia.

Si el rico está del todo privado que lo cubre, la rapidez del coche que le arrastra le roba la vista de las miserias, y el pobre lejos de esperar algún consuelo, huye temeroso por el riesgo de hacerse aún más desahogado. Á la clase honrada de la mediocridad está reservado únicamente el triste espectáculo de las penas y angustias de la indigencia. Mas que apenas pueden vivir por su cuenta, son los que más se encuentran con la impetuosa caputosa de la extrema miseria, son los que van corriendo el llanto y escuchan los gemidos de los que vegetan en las tribulaciones de la mendicidad: como como son los que están más cerca de la pobreza, son también no solo los testigos compañeros de sus penas, sino los únicos censores de sus necesidades.

El miserable que cuando se acostaba sobre su duro lecho no sabe de dónde le vendrá el pan del otro día, si tiene alguna esperanza de encontrarlo no es en los portales de los

palacetes, sino en la modesta habitación de estos hombres ordinarios y oscuros, cuyo buen corazón parte con los infelices su frugal subsistencia; de estos hombres que por amor de Jesucristo dan á los pobres la mejor parte del traje y corto salario que les ha costado tanta fatiga y sudor. Parece que solo los que han experimentado las amarguras que se sufren con las privaciones, sean capaces de entenderse con las instancias y solícitas de los necesitados.

La religión cristiana es la única que puede deportar á los ricos de este letargo, la única que puede conducirlos á sentimientos de humanidad, y la única que los puede quitar el apego á las riquezas y restituir al pobre su dignidad de hombre. Detengámonos pues un instante á contemplar el gran carácter de caridad que resplandece en su doctrina, en esta doctrina cuya primera lección es el desprecio del oro y de las prosperidades humanas. Considerad, señor, esta soberana fuerza del Evangelio, cómo transforma en bienes y ganancias á los que le siguen, cómo produce y consolida esta circulación de dones y servicios que hacen felices á todos, y cómo con ella afirma la seguridad y consistencia de todas las sociedades de la tierra.

¿Qué otra filosofía que Jesucristo hubiera imaginado un abismo de grandezas y felicidad fundado sobre el desprecio de las riquezas y dignidades, sobre el abandono de todos los placeres de las pasiones? ¿Días tan altos y tan contrarios á todos los intereses de los hombres no le podían ocurrir á ningún hombre? El mal del cristianismo es el primero que se ha presentado al mundo dichinosos. Bien aceptados los preceptos, pero por eso también es el único que pudo asegurar que traza una doctrina acada del santuario de la luz eterna, en que reside la vida, el finco que ha podido desearse enviado del cielo, Hijo de Dios y salvador de sus criaturas.

Los demás hombres que en todos tiempos se han ingredido á dar á los otros consejos y preceptos, jamás han podido desviar su enseñanza de una esfera tan alta jamás pudieron hacer promesas tan ricas y agradables, ni presentar una perspectiva tan larga, que va más allá de la consumación de los siglos. Por eso ninguno se ha atrevido á proponer el sacrificio del lujo y de las comodidades de la vida.

Todos consideraban á los hombres muy terrenos para que se persuadiesen que podrían abandonar sus placeres y su gloria y sujetarse á tan penosas sacrificios.

Jesucristo solo pudo mostrarnos tesoros capaces de recompensar con abundancia todos los sacrificios que exigía. Jesucristo nos reveló misterios insondables y profundos que nos prometían inmensas esperanzas. Jesucristo nos descubrió que somos de la familia de Dios, que nuestro ser, todo en oro y todas sus grandezas es más que un frágil átomo, menos que un pequeño grano de arena, comparado con la eternidad y la inmutabilidad de su alma, que el hombre tiene las más fuertes razones para desear clar- to lo que en la tierra parece más precioso, porque siendo semejante á Dios, eterno, subsistir como él al tratamiento de todas las fortunas y á la destrucción de todas las riquezas.

Por eso Jesucristo, y Jesucristo solo, pudo, reservado de tan nueva y divina luz, mostrar un carácter tan superior y hablar con un estilo que ningún otro ha podido imitar. Si la sencillez de sus preceptos hace estremecer nuestros

sentidos, si la indelible seriedad de su ley hace temblar nuestra fealdad, y si nos sujeta á desampagos y privaciones que consternan el amor propio, también nos da los medios de someternos, para que nuestra raza obtenga la victoria en esta lucha. Nos advierte que somos demasiado grandes para apurarnos á lo que porcos, y que siendo formados á la imagen de Dios, solo una felicidad infinita puede llenar las medidas de nuestro corazón.

¿Qué consuelo que perspectiva para el pobre? ¿Cómo pueden alegrarse las privaciones y los sufrimientos de esta vida, si sabe que cuanto más padece, cuanto más desamado se ve, tanto más dispuesto está para conseguir la inmensa gloria y el reino eterno que está destinado á los mártires de la abnegación y de la penitencia?

En efecto, señor, yo corro con mi imaginación la Escritura sagrada, y lo repaso en toda su extensión y observo que en todas las ocasiones y desde los primeros tiempos á los últimos la pobreza ha sido siempre objeto de su estimación y sus elogios. Los profetas que nos mostraron de tan lejos las condiciones y promesas del Evangelio, cuando hablan de ellas nos trasportan á sitios pobres, á lugares humildes, á las cabanas que la paja cubre y en que habita la dulce inocencia en medio de la molesta pobreza. Como si Dios escogiera estos simples y tranquilos asilos para cumplir allí los designios más grandes y derramar en ellos los tesoros de su magnificencia. ¡Oh montañas decían, preparados á recibir esta paz tan deseada, esta paz que solícitas para consuelo de sus habitantes afligidos y menesterosos.

Todas las figuras con que los oráculos divinos anuncian la salud á los hombres, son siempre favorables á los pobres. Ya son arroyos abundantes que corren deliciosos en los umbríos campos que cercan las humildes chozas del triste mendigo, de la viuda afligida ó del laborioso labrador; ya son raudales cristalinos y misteriosos que la misericordia divina hará á su tiempo brotar de las inagotables fuentes del Sacerdote.

Otras veces las colinas y los valles, las cañadas y los desiertos, los polvorinos y los troncos se agitarán con alegría cuando vean que viene su Señor, se regocijarán con todos los infelices de la tierra, de su libertad y elevación; porque este libertador tan necesario al universo, será especialmente protector de los abandonados, árbitro de los débiles, padre de los huérfanos, y el título de pobre será para él grande y respetable.

Deja en efecto el memorable instante señalado para la redención del género humano, y el mas alto de los misterios, aquel gran secreto que estaba oculto toda la eternidad en el inescrutable abismo de los decretos divinos, se revela y se ejecuta en el seno de la pobreza y en el silencio de la oscuridad. Los libros santos dicen: Cuando la noche estaba en la mitad de su carrera, cuando el centro de los cielos se aglutinó al universo, cuando todas las naciones estaban rotocidas en un ruego de espanto y de terror, cuando todo parecía inmóvil en la tierra, y que en fin, una paz universal y profunda inundaba ya el grande acontecimiento que debía mudar el aspecto de todos los imperios, despertando en un silencio oscuro, sin que los grandes del mundo lo esperasen, el Cristo de Dios vino á renovar las esperanzas de cuatro mil años.

El Verbo divino, la sabiduría increada, el Autor de la

vida, el que es la vida eterna y que hasta entonces no habia resultado sino entre los esplendores de su Padre, se encontró en el infante seno que su divino Espíritu dispuso para que fuese digno de ser su soberandad, y en esta manifestación de su gloria en la tierra, puso fin á todas las revoluciones que habian preparado tan inefable término.

Este grande suceso, superior á todas las ideas de los hombres, que los siglos no vieron, que no volverán á ver y que solo pudo entrar en la infinita extensión de la mente divina, se ejecuta todo entre Dios y una humilde doncella y en el silencio recato de una pobre casa. El Evangelio mismo, para cortar un hecho tan inaudito como sublime y que no cabe en las ideas de las inteligencias superiores, solo dice con simplicidad: María parió á un Hijo, y le crió en un pueblecillo, porque no habia otro lugar en la penacha.

De maneta que Abrahán y todos los patriarcas, Moisés y todos los profetas, Jerusalem y toda la pompa de un culto, los israelitas y todas las magnificencias de su templo, toda esta economía tan antigua como misteriosa, esas ceremonias que los que todo era tan venerable y tan augusta, como grande y rico aparato, esas predicciones, esas figuras, esas luminosas preparativas anunciadas desde tan lejos, en fin, cuando Dios habia hecho desde que creó el mundo hasta aquel instante videntes, todo se halló cumplido y terminado y todo está comprendido en este corto y sencillo discurso del evangelista: *María parió á su Hijo, y le crió en un pueblecillo*. El lugar más humilde de la tierra se transformó en el primer templo que el Santo de los santos conagró con su augusta presencia, y el descaño de las naciones manifestó en el desbarrio, en la indigencia y la desnudez con que entró en el mundo, las primitivas del teatro con que debía embrocarse al universo.

Los primeros confidentes de esta grande noticia que intercederán tanto á todas las naciones de la tierra, son también hombres simples, pobladores de los campos y de la estancia de los pobres y pastores. Había en aquella region pastores que pastoreaban sus ganados, y estos son los primeros á quienes el cielo anuncia la venida del reino de Dios. Estos rústicos pastores, desconocidos á toda la tierra, son profetas, y Dios los tiene por mas dignos de entrar en los secretos de su sabiduría, que los terrales depositarios del poder romano, que se imaginaban árbitros de los destinos del universo.

Era justo, señor, que para la eterna santidad bajara de las alturas de su solio para destruir las iniquidades de la tierra, escogiese su habitación entre las clases que no estaban honradas con los vicios, que profusos lo que no estaban depravado y que hicieron brillar los primeros rayos de la luz que preparaba para ahumbar al universo, á los ojos que no estaban acostumbrados por las pasiones, porque eran mas inocentes.

En todo tiempo la gracia ha buido de los que abusan de la prosperidad y de las riquezas, y ordinariamente son mas fácil encontrar virtudes basculadas en los desiertos ó en las cuevas, y también en esos recintos oscurísimos donde en la oscuridad de una vida humilde y laboriosa, la mano del Señor habia en silencio las indestructibles piedras de su eterno edificio. La moral de los santos suele hallarse en esos templos solitarios y rústicos en que la sangre del Cordero tienen sus escogidos que en los alturas majestuosas de las ciudades opulentas, donde el fastuoso cortejo del

orgullo viene muchas veces á profanar la santidad del Axi. La luz de Dios, por su naturaleza incorruptible, es mas inaccesible á los malos, á los ricos y á los grandes del siglo, y manifiesta mas á los sencillos y á los pobres aquel esplendor radioso que eleva nuestras inteligencias sobre las dominaciones y los tronos.

El verdadero bienhechor del género humano fué Jesucristo Señor nuestro. Sin duda que vino á limpiar todos los hombres; pero parece que se dedicó con atención mas cuidadosa, con mas amorosidad á limpiar á los humildes y á los pobres, como el bálsamo de estragolante hizo al mas plebeyo ó al principal carácter de su ministerio. Seguid á este Humilde-Dios en los castigos y penales trabajos que emprendió para santificar á los humildes; y verán que los pobres más comunes y sencillos fueron el teatro de sus penitencias; y que los más infelices vieron los objetos más santificados en su aplicación y de su sermón.

Si alguna vez pudiese en presencia de los grandes del mundo, como que suspende entonces la actividad de su celo; si nuestro y profundo silencio que guarda parece advertir que los dioses del siglo no son los más propios á enseñar la doctrina del Evangelio. Sin embargo tal vez de nosotros oír su voz, si discurso que pronuncia es corto, rápido y grave, desde á entender que su gracia no puede encontrar en almas corrompidas por la prosperidad, cosa alguna en que puedan fructificar los sentimientos de la fe.

Pero observadlo en medio de los pobres. Allí lo veréis con toda la sencillez de su dharma. Parece que está con ellos como su padre en medio de sus hijos; como su padre tierno, que cuando está con su familia dilata sus caricias en el seno de la naturaleza. No hay más que ver cómo los trata para reconocer que de esta porción desvalida y desprovida combatían los huracanes de un reino y los capricios de su gloria.

Cuando recorre las aldeas y lugares de la Judaea y Galilea, los pobres son los que le impresionan, con los pobres toma sus inocentes y pobres gentiles, á los pobres hace ver con sus salubres la divinidad de su doctrina y la de su persona, entre los pobres escoge sus discípulos para salvar al mundo, á los pobres primero que en ellos se sentarán sobre tronos excelentes y juzgarán con él todas las tribus y generaciones humanas. A los pobres dijo: Vosotros sois mis amigos, mis parientes, mis hermanos, mi pueblo, mi eterna compañía; y finalmente, sobre los pobres tenía los ojos fijos cuando exclamó levantando las manos: Padre santo, mi deseo es que los hombres se vean conmigo en la gloria donde habito de toda eternidad, para que vean mi esplendor y conozcan cuánto me habéis amado desde antes de la creación del mundo.

¿Cómo pues un pobre que por sí solo debe conocer á pié todo bien corporal, un exterior al respecto y la forma de todo bien cristiano? El ejemplo de su divino Maestro debe transformarse en corazón en reverencia y darle el carácter de una especie de culto religioso. ¿Qué objeto puede haber más venerable y más sagrado para el que conoce y adora á Jesucristo? Un pobre paciente que sufre resignado su miseria, es un emblema ó una representación del sacramento y doloroso misterio de la cruz.

¡Ay, señor! ¿qué viva sería nuestra compasión hacia los infelices si muestra fe más bíblica considerase la íntima unidad del Hombre-Dios con los que se postran, se humillan

y padecen? Los pobres virtuosos son hijos tiernos del Dios vivo, y el hombre duro que los desprecia y los rechaza, reniega de su sangre y de su Dios. Si es desalmado y pervenimos á los ojos de la humanidad, es escarabajo y profanador á los ojos de la religión.

Reflexionad, señor, ¿por qué Jesucristo se comunica con tan visible predilección á los desafortunados de la tierra? Porque veía en ellos mártires inocentes, criaturas preparadas á recibir un espíritu, almas que desahucadas de los estorbos de la ambición y la riqueza, no esperaban mas que el espíritu de vida con que el color evangélico enciende lo que anima, para elevarse hasta la eternidad. Lo más difícil para convertir á los hombres y salvarlos, es reducirlos á penitencias y sacrificios, y esta gran dificultad está vencida en los más no sencillos mas que los penitentes y misericordios. Con ellos podemos llegar á ser penitentes del Evangelio aquellos que lo son también de la necesidad.

Estos son los principios del cristianismo. Estos mártires hacen de un instante, y de ellos debe inferir que nuestra adopción en la alianza de Jesucristo es una unión íntima con todos los que padecen; que pues habéis reconocido al jefe de los que han sufrido, debéis entrar en la familia de los que sufren; que pues ya sois hijo de la cruz, debéis ser hermano de los que la llevan, pues los pobres en el sentido más riguroso y verdadero son ya el curso de vuestros carnos y huesos de vuestros huesos. Que por este parentesco evangélico, el más íntimo de todos, los desahucados, enfermos y miserables son ya hijos vuestros y todos juntos seréis el rebaño innumerable del divino Pastor; y en fin, que ya no pueden demandar una lágrima ni suspirar un suspiro que no sea la queja de una preciosa persona de vos mismo.

La naturaleza nos llama á socorrer á los indigentes; pero la religión nos lo manda y nos grita con voz más poderosa: *No desprecies á tu propia carne.* Así, señor, desde que vuestro corazón se volvió á desearlo se asoció con todos los que lloran, se hizo como renacimiento de los santos, esto es, se recibió heredero y descendiente de los hombres que han sido más pobres y de los que más sufren en la tierra. Los profetas, los apóstoles, los mártires, todos esos hombres divinos que antes y después de Jesucristo marcharon por los caminos de la tribulación, vivieron siempre en la indignidad, peregrinaron en los montes, sufrieron con tales dolimientos, sufrieron todo género de aflicciones, no hallaban acogida más que en las grutas y cavernas de la tierra, y fueron, en fin, despreciados y perseguidos por un mundo que no era digno de ellos. Estos son, señor, los angustiosos sujetos que os dio la religión cuando se llamó á su secta y os llevó á penitencia.

Si pues entre los hombres que desprecian al mundo y se glorían de ser cristianos, se hallara alguno que fuera insensible á las miseria del indigente, se pudiera decir sin temer que su cristianismo es falso; que Dios abomina sus adoraciones y sacrificios. La más severa separación del mundo y de sus vanidades, la renuncia más completa y universal de los honores, es el retiro menos interrumpido en lo interior de los oratorios ó de los templos, y en fin, las mayores penitencias, lágrimas y expiaciones no pueden presentarse al cielo mas que una innumerable multitud de obras nuevas ó una absoluta masa de ejercicios sin conciencia ni valor, si no obligaran á separar de los necesitados, que deben ser consolados ó socorridos.

La verdadera humildad, la que puede llamarse mas nuestra y perfecta, es la que produce mayor celo, la que inspira mas tierno amor y la que excita un interés mas vivo y mas ardiente en favor de los desvalidos. Si hubiera una religión que se olvidara de este primer deber, que es un instinto de la naturaleza y de la humanidad, este defecto bastaría para desouber su carácter de impostura. «La verdadera religión, dice un apóstol (1), la única que puede ser agradable á Dios, Padre y bienhechor de toda criatura, es aquella que enjuga las lágrimas de la viuda y del huérfano y que sabe conservarse sin mancharse en medio de los escándalos y vicios de este mundo.»

Pues que ya hacéis vuestra ocupación mas continua de la lectura y meditación del Evangelio, observad una cosa muy digna de atención. En la descripción que nos hace Jesucristo de lo que ha de ser el último de los días y cuando se ejecutará la separación irrevocable de los buenos y de los malos, parece que hace depender de los pobres los eternos destinos de los hombres. Lo cierto es que el mismo Jesucristo toma personalmente el lugar de todos los pobres y recibe como los comunes y los despreciados que han sufrido en la tierra.

Al punto en que se le menciona más que las acciones y virtudes con que ha sido útil á los menesterosos. Vosotros, los días (2), me habéis dado de comer, cuando tenía hambre, me habéis vestido en mi desnudez y consolado en mi continencia. *Por eso sus bendiciones de mi Padre, que va á abrir las puertas celestiales y ponerá en posesión del reino que se preparó desde el principio del mundo.* Y cuando maldice y arroja de sí al réprobo, tampoco le recuerda ni baldanza sus desahucos ni sus blasfemias, para justificar su terrible sentencia solo le recuerda la dureza de su corazón, poco sensible á la misericordia; por este motivo le separa para siempre de la familia de Dios y le precipita en los fuegos interminables.

En fin, señor, que este gran mandamiento de la caridad y caridad misma mucho el corazón de Jesucristo, pues se aplicaba con tan inocente lección á grabarlo en el de los hombres. Era menester que le interesase con extremo, pues se le ve oxalier siempre y con los más magníficos colores la dignidad y la excelencia de los pobres. Siempre los representa como los héroes del gran día del Señor, como los príncipes de la eternidad y como los ángeles de los destinos de todos los mortales.

Es propio de la justicia divina que todo lo que fué precioso en la tierra sea grande en el cielo, que todo lo que fué objeto del desprecio y de la injuria de los hombres, lo sea de su divino amor y un espectáculo excelso para los espíritus celestes, y en fin, que tantos lamentos exhalados por órganos desahucados que oprimía la miseria con su peso, sean presagio de grandezas y de poder para el tremendo día en que todas las naciones trémulas y humilladas ante el trono de la suprema majestad, aguardarán el decreto de su inimitable acrete.

Decidme, señor, y consideradlo bien: ¿Habeis hallado alguna vez en la bondad natural de vuestro corazón ó en los principios de algun sistema de filosofía moral motivos tan urgentes y persuasivos, razones de un interés tan poderoso

para obligaros con esta fuerza á ser generosos, compasivos y liberales? ¡Ay, señor! ¡qué filosofía sin religión es esta! moral que no pasa de esta vida en su íntima la naturaleza corrompida inspira para el bien sentimientos más débiles que los de las pasiones; no basta haber nacido sensible y bueno, no basta estar convencido de la satisfacción y del honor que nos producen nuestros beneficios; no necesitamos estímulos más vivos para recurrir á los míseros con celo y en toda la extensión de sus necesidades. La compasión cuando no es mas que humana, se contenta con dar poco, y las leyes de la sociedad se cumplen con ligeros sacrificios.

El rico que en uno de sus festines consume la sustancia de mil pobres, cree haber mucho y su corazón queda muy satisfecho cuando manda que se dé á los viejos mendigos, que el hambre devora el umbral de su puerta, los restos de su sensualidad y de la glotonería de sus criados. Esto sucede sin cuando la religión no dirige la caridad, porque en cualquier otro sistema que se proponga, las consideraciones más imperiosas que querían alegarse, tendrían siempre el defecto que ha de lesta y corta la mano de los hombres para dar, y es que no les quita el engaño y la ilusión en que están de que la felicidad humana depende de las riquezas.

Jesucristo es el único sabio que envileció las almas, los desahucados de este error y ha enseñado esta virtud, lo más necesario á los mortales. Es el único que ha sabido ganar á los hombres por su interés y por el aldo que los podía salvar, prometiendo otros bienes mayores con la esperanza de ser eternos y felices, y no se puede negar que es el único que ha tomado el camino que los podía persuadir; porque desahucado desde luego las riquezas de la tierra, prometió por ellas un provecho infinito, recompensó su abnegación con una felicidad eterna, pagó con una gloria sin fin la ínfima generosidad de distribuir en alivio y consuelo de los que sufren la pobreza, era en esta manera fecunda el corazón humano á que por su propio interés, pero más noble y mejor catástrofe, fuera generoso y liberal, pues le hacía conocer que para ser rico y feliz en la eternidad, es menester que haga felices á sus hermanos en el tiempo.

Así, señor, cuando no hubiera tantos motivos para recurrir á la filosofía la injusticia de haber combatido la verdad, bastaría para detestarla ver la armonía con que trabaja por desahucarse el Evangelio y el nacimiento de un mundo que procura destruir los recursos y esperanza de los pobres; jamás podrá justificarse de esta injusticia, jamás podrá inventarse de esta maldad. Por eso que desde un su feliz estado usurpar los nombres de humanidad, y de beneficencia, se ve que todo no es mas que ruido de palabras, rumor vano y sin efecto; porque su sistema es un sistema de inhumanidad, ineficaz de todo el celo de las almas honradas, de todo el desprecio de los corazones sensibles y buenos. Y supuesto que los pobres y los menesterosos ganan infinito en que los ricos sean cristianos, y que descubierta esta religión es un monstruo que ejerce un ministerio bárbaro y odioso.

¿Qué pues se ha de pensar de esos filosofos atrevidos, que sin carácter ni misión para mudar la religión establecida, tratan con osadía tan desenfrenada un culto en que Dios es tan grande y los hombres deben ser tan sencillos? ¿Qué es lo que pueden conseguir estos insensatos? Cerros á los miserables de un golpe la entrada al seno de su Dios y al corazón de los hombres, quitarles las esperanzas de la otra

(1) Jacob I, 27.

(2) Mat. XX, 34.

vida y los socorros de esta. ¡Qué males más horribles les pudiera hacer su mayor enemigo! ¡Qué males pudiera imaginar un mallo más horrible y más seguro de completar la desgracia de los que ya son víctimas de la adversidad y de la penuria!

Si existiera en la tierra un corazón tan bárbaro que no pudiera sentirse en ferocidad ó su venganza sin sintiendo alición el afligido, que buscara el medio de llevar el dolor y las angustias hasta el último extremo de la posibilidad, y que calculando los grados de rigor de que se aceptó el continuo suplido del indigente, le quisiera aumentar hasta el punto en que ya no pudiera sufrir más, preguntó: ¿qué otra cosa pudiera inventar este monstruo para contener al natural ferocidad porque ¡qué puede ser el colmo, ó el último y más aséptico grado de la desgracia y del dolor, sino la necesidad de devorar sus semejantes, sin aguardar socorro de los hombres ni tener esperanza en su Dios?

¡Oh pobres! ¡Oh porción respetable de mi sangre! ¡compañeros angustios y queridos de mis dulces y eternas esperanzas! No, el Dios santo, el Dios justo que os hizo, es vuestro padre, y si os ha sujetado á las tristes condiciones que agitan vuestra iniquidad y fatigada vida, no es sin designio, no es sin un profundo motivo de misericordia. Vuestros ojos cristianos muy peciosos á sus ojos; vuestros espíritus y trabajos están escritos en el libro eterno; Mas se ocupa el cielo en vuestra oculta suerte que en los grandes sucesos de todos los imperios; vuestros méritos sacrificados serán coronados con todo el peso de una gloria inmortal. ¡Ah, queridos amigos! no os canséis nunca de estrechar con vuestros brazos y descoloridos labios esa adorable cruz, la rígida verdadera y esperanza del mundo. Respirad un momento, y escuchad vuestros dolores con la vista de su víctima divina que vialora todas vuestras angustias.

¡Deservisteis en vuestro solo y verdadero padre. Únicamente á un bondad debeis el consuelo de esperar un período feliz y de hallar en la tierra, hermanos compasivos y desinteresados. De sus templos salen los medios que os socorren, los auxilios que la caridad evangélica perpetúa para vuestra subsistencia. La inmensa filofía hace justicia de su humanidad; pero si faltara el Evangelio, presto veríais disminuir la circulación de vuestros socorros.

Y vuestros, pateros carnosos y benéficos, depositarios venerables de las limosnas que la caridad modesta escondió en vuestras manos, decidme si la firme que con tanto ruido mana óscandalo de la filofía, es más copiosa que la que tras su origen del humilde y devoto cristianismo. Explicaciones de dónde vienen estos abundantes y sagrados tesoros que decernís sin intermisión en la parte necesitada de vuestro reino, estos tesoros que van á buscar á la vida desconsolada, al artesano enfermo y al huérfano abandonado hasta en las tinieblas del crimen más obscuro.

¡Pero dónde voy! ¡perdonad, señor! mi celo me ha transportado. Yo no quería hablaros más que del Evangelio y me hallé de repente en la región del entusiasmo. ¡Pero quién podría ser insensible al descubrir la fuerza de los "fines" ¡quién podría ver sin horror la bárbara conducta de los que pretenden consumir sus riquezas en frívolos y pasajeros placeres, al inefable comercio, á la renaciente y dulce estimulación de sostener familias virtuosas, de recom-

pensar la inocencia y socorrer los afligidos! ¡Ah! coraciones corrompidas, no conocéis, no, el indolente placer que produce en una alma sensible y generosa el engañar con su mano el llanto de la pobreza honesta y desahogada!

Yo no puedo, señor, entrar en ningún pensamiento, porque esto depende de las circunstancias y pertenece á la prudencia. Me he contentado con presentaros en general las grandes y sublimes motivaciones con que la religión anima á la caridad cristiana; pero un corazón que por sí mismo es compasivo y generoso cuando está ilustrado con sus divinos lucos sabe aplicar sus principios según las circunstancias. Yo pudiera decirlos mucho más, pero nunca dejaría la bastante y soy persuadido de que vos no necesitáis de tanto.

Y espero que en ese lugar á que por dicha os condujo la Providencia, irá á ser á un tiempo el amigo de Dios y de los hombres. Firmaros que esa es la familia que Dios os señala para que la adoptéis. Tratada como padre, que no haya miserables al rededor de vos, que no haya quien se aflicta porque le falta pan. Dad á los más los medios de ganarlo, dad á los otros el socorro que necesitan, enajudad todas las lágrimas, deserrad todos los vicios y enseñad á todos la virtud. Yo piló á Dios que os eche sus bendiciones y que os guarde muchos años.

¡Qué me dices, Teodoro, de esta nueva carta! En cuanto á mí no sé qué decir, sino dar gracias á Dios de haberme hecho conocer al hombre que lleva todas las medidas de mi corazón. Estas cartas serán mi manual y el de mis hijos. ¡Ojalá lo fueran de todos los hombres! Ellas aumentan cada día mi respeto hacia la religión y mi amor hacia la virtud, ellas me animan y me aclaran. Siento que mis obligaciones, me inspiran el deseo de desempeñarlas. Si mis hijos, mis nietos, mis vasallos y los pobres, van á ser el objeto de mis sollicitudes. Ellos me levantarán toda mi atención y ya ves que no me faltará en qué ocuparme. Cuando me sintiera perseguido de antemano, estas cartas bastarían á determinarme. Es imposible resistir á la verdad de los retratos que pintas y á la fuerza de la impresión que producen. Si, Teodoro, yo he sido reflexivo muchas veces y me has despertado remordimientos tan venozos que no me dejan asegurar. ¡Ay, amigo! si se viviera dos veces, el fuera posible que yo volviera á empezar mi carrera, ¡qué diferente sería mi conducta! ¡Qué dignidad es quedar dueño de sus acciones en edad temprana sin ninguna educación! Ser hijo y poseedor de una gran fortuna, cuando ni la prudencia pide ni la experiencia aconseja, y sobre todo, cuando la religión no alumbra! ¡qué manual de errores y de vicios ocasiona! ¡Qué uso puede hacer de sus bienes un joven, desolado, sino contentar sus pasiones y saciarse de placeres, aumentar cada día la variedad de sus caprichos, embriagarse y hacerse sensible á los males ajenos!

Esta es mi historia en compendio, y si te reflexiones, es lo que te habrá sucedido y sucede á la mayor parte de los jóvenes que os casan. Desde que os piensa en daros una esposa, se os arregla un estado de casa y familia. Y como si los hombres no nacieran sino para vivir con pompa y esplendor, como si el cielo no nos concediera las riquezas sino para contentar nuestro orgullo y hacernos brillar con un lucimiento que en nuestro juicio nos haga superior-

res á los demás de nuestra esfera, los que dirigen nuestra juventud y se encargan de formar este establecimiento, no piensan más que en arreglar nuestro estado y el número de los criados y todos los demás objetos de lujo y de ostentación.

De aquí nace que á cada uno se le arregla todo según la renta con que puede contar. Esto es el único principio que dirige la operación. Al que tiene, por ejemplo, diez mil pesos de renta, se forma un estado de mesas, coches, librerías y criados; proporcionalado de manera que pueda consumir esta suma. Al que tiene veinte, se le da el doble, al que tuviera cuarenta, se le proporcionaría el cuadruplo, y esta proporción creciera siempre en razón de la mayor renta que pudiera tener, siendo lo singular que en esta multiplicación de gastos no se consultan jamás las reglas de la comodidad, sino las del lujo y de ostentación, y que la diferencia que habrá de un hombre de diez mil pesos de renta á otro de cincuenta, será que este tendrá más criados, coches y mulas.

Ya se ve que esta conducta tan contraria al espíritu de la religión, es también insensata y opuesta á todas las reglas de una sana razón, pues basta atender al verdadero mérito del hombre, todos los tales esplendores de un lucimiento exterior que solo pueden servir de alimentar su orgullo. Cuando no se consultaran sus honras que las de una razón natural, se debieran por lo menos preferir las satisfacciones de la propia conciencia y el placer de comunicarse con los que no las tienen, pero tal es el error del mundo y el orgullo domina tanto los corazones, que en la mayor parte de estos establecimientos no se piensa más que en multiplicar los objetos de esta falsa grandezza y solo se busca el medio de substraer á los que satisfacen una vanidad tan mal entendida.

Así se hizo conmigo. Habiendo heredado en mi tierra una gran herencia de mi padre, los que quisieron tanto mi educación me gobernaron con una cordura mi orgullo y cuando me casé me arrojaron una gran porción de bienes, pero con los falsos principios de un lujo que ellos llamaban correspondiente á mi nacimiento y que es un delirio del orgullo. Como si la desonra necesitara vestirse de oro y como si la modestia y beneficencia no merecieran mejor síl aprecio y la estimación de todas las personas de juicio.

Como quiera que sea, ya pasé por la etapa que casi todo el mundo adopta cuando se monta la casa de un joven rico. La mayor y la mejor parte de mis rentas se destinó en dar un gran número de criados indios, de cocheros, librerías, mulas, caballos y otros objetos de aparato, y apenas se reservó una pequeña cantidad que llamaban mi bolsillo y el de mi mujer, y que debía servirnos para el juego y los demás gastos menores. Con esto la mayor parte de mis rentas quedaba sujeta á gastos frívolos é inútiles, y apenas nos quedaba á mi mujer y á mí más que una muy corta cantidad que necesitaba de mucha certidura de nuestra parte para ser suficiente. Pero estos hábiles arregladores para dar mas extension á los objetos de aparato, no solo nos redujeron á facultades muy estrechas, sino que se olvidaron de los socorros imprevistos, dejándonos en la imposibilidad de remediarlos.

Por este ridículo arreglo en que se da tanto á la pompa inútil y á la vana ostentación, el hombre más rico se hace

pobre, porque necesariamente tanto en gastos frívolos para objetos no necesarios, y sin los cuales pudiera pasarla filofía, sin faltar ni á la decencia ni á la comodidad, queda reducido á estos menudos para los gastos necesarios; y un hombre que tiene un número crecido de mulas en su estabulario, que que apenas puede hacer uso, se halla muchas veces sin poder favorecer á un amigo ó socorrer á un necesitado.

Lo peor es, que hay pocos hombres que tengan bastante carácter para remediar este daño. Es menester mucha fuerza de espíritu, mucho valor y grandes principios de razón para reformar este abuso y desentender del pie brillante en que se nos puso y á que nos hemos acostumbrado. El orgullo se resista á toda reforma, la vanidad no quiere hablar de ninguna modestia y lleva por fuerza una carga que no se atreve á suelir, prefiriendo para satisfacer á sus pasiones medios que le conducen á la injusticia y á la hipocresía.

Lo más extraño de todo es, que en estos arreglos indeseados jamás se tiene á la vista ni se hace mención de los pobres. Yo he vivido en el mundo y he estado instruido de muchos planes de distribución con que se montaban las nuevas casas de los matrimonios de mi fortuna y calidad y no he visto ninguno en que haya un artículo cuya consignación sea destinada á filofía. No es creíble que profundiando una religión como la nuestra, en que el mayor y más estrecho precepto es el amor del prójimo y el del socorro de sus necesidades, no es creíble, digo, que hombres que se dicen cristianos, olviden así el remedio de los indios para aumentar el número de sus mulas y criados.

Parece que cuando un cristiano toma medidas para arreglar su casa proporcionalmente los gastos á sus rentas, la primera partida de esta cuenta debía ser una buena cantidad asignada para socorro de los necesitados. Esta es la primera obligación que le impone la ley de Dios. Dios no le ha dado sus rentas ni para contentar sus pasiones ni para satisfacer su vanidad, ni para distribuirlos á un amigo, sino para que luego de ellas un uso immoderado convirtiera en lo que necesita, así para su conservación y la de su familia, como para la oración y educación de sus hijos. En estos objetos puede gastar todo lo que sea necesario para la decencia que corresponde al estado en que le colocó la Providencia, pero sin excederle y sin que pueda dar nada ni á las familias del campo ni á las secas de la vanidad.

Desde que ha podido llenar estos objetos y reservar lo que asociaque la penitencia para los ociosos imprudentes, todo lo demás lo debe á los pobres. Esto es el espíritu del Evangelio, y toda interpretación que debilita ó excusada con demasía este punto tan importante de su beneficencia, es contraria al espíritu de la religión. Así que después de haberse sin exceder sus necesidades disminuidas reparte lo que queda entre los necesitados, no da nada de lo suyo, porque no es suyo sino lo que él necesita, y todo lo demás es de aquellos que lo hayan merecido. No es, pues, sino que paga lo que debe, porque Dios no le ha hecho dueño y árbitro de sus riquezas, sino economo y distribuidor, dejando á su conciencia la medida de su necesidad y la elección de las personas en que debe repartir el sobrante según el orden que su providencia lo prescribe.

¡Qué idea se pudiera formar de la justicia de Dios si



espíritu, allí oírás las artes, las letras y las ciencias, allí oírás pacientes, amigos y familia, allí sepultas todos los afectos naturales del alma, allí entorpecerás congojas todas las pasiones rebeldes y desobedientes, y los cullos con la misma tierra con que la cubiertes su virtud y su honor.

De manera que esta pasión fatal absorbe á todo el hombre, y devora todas sus facultades y potencias. Todas sus ideas se reducen á mi dinero, todas sus afecciones á mi dinero, y á pesar de reconocerse aquí todas sus profanidades y sacrilegios, su vida es la más querida y su existencia la más preciosa, porque todo depende de la inconstante vicisitud de la fortuna, y sobrevive de las caprichos de la suerte, entre riesgos de sus peligros encuentran ranchos de sus deseos, sin que pueda por el común de las cosas ni el momento que sufren sus cuidados ni de los que y pierden su reputación y su salud.

La experiencia no le desengaña; irritado por lo mismo que debiera detenerle, cuando más cerca se ve del precipicio, se empuja con más fuerza para acabar de despeñarse. Una vezumbre de dejada esperanza le seduce, y esta ilusión que nunca le abandona, hasta tan eficaz actividad, que á pesar de los frecuentes desengaños de la suerte y en medio de las continuas quejas con que como se balamban equivoca, vuelve á furor en ella y continúa de nuevo á su capricho los últimos recursos de su sustento. En fin, parece que no le queda instante sino para perderlo, y que oculta fuerza, pasión una exclusiva de los placeres delicados que cualquier otra, más inextinguible y sería á los consejos de la razón que la embriaguez, llega por fin á embrutecerle. Por eso de ordinario no acaba ella sino con la vida, ó por un extraordinario impulso de la gracia.

Esto fué el indolente número que tomó para socorrer las necesidades que nacían de sus desordenes, y no más que aumentar sus dolores. Pues cuando me servísteis la forma, quedaba el dinero en el bolsillo. De mí mismo lo que tan fácilmente gastaba, y cuando entra perdidas considerables, me era preciso agarrar los artículos más baratos para cumplir con el fisco hasta del mundo, que siempre contradictorio en sus principios, no desprecia al que no paga sus más sagradas deudas, y destruyéndolo que no para las del juego. Así para merecer este desprecio y para no perder también los medios de jugar, me era como preciso faltar á todos mis deberes, apartar todos los medios de fraude y de mala fe, venderme mis equívocos, mis alhajas, y hasta los diamantes de mi propia mujer.

Todo esto con ser tan odioso, no fuera tanto si se hubiera quedado aquí; pero cómo no pensar por el común del vicio en el abismo del deshonra? Qué felicidad, qué delicadeza se puede esperar de un miserable, que no jugando sino para ganar, espera que sin ser descubierta pueda forzar la suerte á que le sea favorable? Yo sé que hay grandes jugadores, y los ovidios algunos que juegan y toman la reputación de ser carnosos y escrupulosos en el juego. Ellos lo dicen; pero ¿cómo puede atreverse á asegurarlo? Lo que yo puedo decir es, que este hombre sería un fenómeno muy extraordinario y casi incomprendible, ó un prodigio más inexplicable que todos los prodigios.

Porque ¿cómo no podrá persuadir que un hombre que no teme á Dios, pues se abandona con exceso á tan detestable vicio que ovida los más comunes preceptos de la religión, que tiene tan poca conciencia, que no paga las deudas

mas legítimas de sus hijos, mercaderes y obreros, que desprecia de todas las obligaciones domésticas, que peca en la educación de sus hijos, que desconoce todos los respectos de la sociedad civil, y que en fin, á su propia mujer y á su familia trata con injusticia, crueldad y tiranía, ¿cómo, digo, me podrá persuadir que este mismo hombre tan mismo con todos y que tanto atropella, cuando se le imponen el cielo y la tierra, sea únicamente escrupuloso, exacto y delicado en el punto que interesa más á su propia desconfianza, y con otro hombre que le despierta su dinero con una codicia igual á la suya?

Yo digo que sería menester una virtud consumada para resistir á una tentación tan urgente como la de hallarse cargado de deudas, acosado por acreedores activos y veros en la inocuidad, sin medios de atender á otras obligaciones de su honor, y en peligro hasta de que le falten los de satisfacer esta pasión que lo domina; hallarse, digo, en estas y semejantes circunstancias, poder con un golpe de mala fe, en que espera no ser comprendido, reparar tantos daños, desquitarlos y hacerse rico de repente, y con todo eso saber contenerse y tener bastante fuerza para no hacer una cosa tan á la mano y tan ventajosa, por no faltar á la probidad y á la justicia, sería este un acto de virtud que no puede compararse de aquel que en todo lo demás no muestra ninguna.

Vuelvo á decir que el hombre de la más ejemplar y escrupulosa integridad que se hallase en las indianas circunstancias, nunca se oída á la violencia de la tentación neciosísima de mucha reflexión, de grande esfuerzo y que esta acción prohibida sería la prueba y el fruto de su honesta virtud. ¿Qué podrá yo creer que actos tan difíciles y que necesitan de tanto valor, los hace continuamente el que vive con la mayor relajación? No, amigo, esto no es dolo á la naturaleza humana, no puede caer en hombres que así todo lo demás son corrompidos. Es imposible con ellas tan difícil y severa probidad con la prevaricación pública de sus costumbres.

Yo ignoro si ha existido jamás un monstruo tan contradictorio, pero sé que jamás he creído á los que se jactan de serlo, y ciertamente no lo era yo. Esta infernal pasión me arrebató, como á los demás, á todos los vicios que producen, y forma de lo injurioso que me hizo con todo lo que me rodeaba, degradó mi corazón hasta los niveles más indignos, yo disputaba los derechos más equívocos, me apropiaba todos los derechos de los otros y procuraba aun sorprender la adversidad de la suerte por medios que ensañan la iniquidad y reprobaba el honor. ¡Oh cuánto me baldona ahora mi propia conciencia! ¡cuántos cargos irremediables! ¡cuántas restituciones imposibles! ¡Oh cuánto era la obligación de mi corazón, pues á cada instante me atormentaba á pensar lo que el mundo llama honor y me exponía á lavar mi frente con la sangre propia!

Veí aquí una parte de los efectos que produce esta loca y desatinada fantasía del orgullo, que quiere proporcionar al hijo de las cosas á la medida de sus rentas. ¡Cuántos jórnes de ban concurso se han perdido por éste error! Y yo mismo á pesar de mi natural porcosidad, al me hubiera establecido sobre un pie de moderación que me hubiera permitido satisfacer otros gastos tolerados en la sociedad, no hubiera para luego á tanto exceso, ó no hubiera empezado tan temprano.

¡Qué vista, Teodoro, la de esta vida, que tú y yo con otros muchos hemos pasado entre los horrores del juego y otros gastos inhumanos de nuestros muchos vicios! Cuando me acuerdo de los grandes caudales que heinos derramado en una pasión frívola y despreciable, en tantos barridos y fatigas que dejaba tan poca satisfacción y sólo goces de ostentarse la vanidad y en fin, de los bores gastos que me hacíamos, ó en el desahucio de un juego incesante ó en precio de placeres tan humildes, me estremecia de horror.

Pero cuando hago reflexión que de tantos gastos que me proporcionaban entorpecer tan pocos gustos, no me quedan ahora sino remedios, cuando oculto que con ellos hubiera podido socorrer á muchos miserables, consolar á muchos de mis hijos, me estremecia de horror. Una justa indignación se apodera de mi alma, me aborrecía á mí mismo, y me desoyecia como el más abominable monstruo de la tierra.

Que el cielo, que se ha dignado de iluminar mi ceguera

CARTA XXXV.

EL FILOSOFO A TEODORO.

Teodoro mío: ¡qué alegría, qué consuelo, qué felicidad! Dios derrama á misos brazos sobre mí una misericordia. Apenas recibí al correo mi última carta cuando un criado con paso presuroso vino á avisarme que Mariano había llegado y que iba á entrar. ¡Mariano! ¡bueno! ¡bueno! Apenas podía creer á mis propios oídos, y sin detenerme corco precipitado á recibirle.

Discurrir, amigo, cuál sería el movimiento de mi corazón cuando le vi en la alquería. De qué me trasportó de mi amor que me quise la voz para poderle hablar. Mis brazos fueron más veloces que mi lengua, y arrojéme sobre los suyos, estreché con el corazón á este amigo tan deseado, á este que me envía al cielo y que recibí de su mano. No hubiera hervor de mi sangre era tan impetuoso, que no hubiera podido sentir sin violencia á la naturaleza, no que hubiera ocurrido desahogadamente con un delirio de lágrimas. ¡Si Teodoro, yo imitado con tan tímida las venecidas palabras de este amigo de Dios que va á serlo mío. Su gloria sensible se ostentó también viendo la expresión de mi alborozada gratitud, y experimenté un placer inefable cuando me vi cómo sobre mi rostro algunas gotas de sus lágrimas que

Large tiempo duró esta comunicación recíproca de afectos y caricias, y hubiera durado más si no hubiera consuejo que Mariano se despidió de mí, pero fué para abrazar á

dad, extendió á ti, Teodoro mío, mis bendiciones y paternales besos. Te tendrás la ventaja de abrir los ojos más temprano que yo. Me parece imposible que una alma tan noble y sensible como es la tuya, no sienta la fuerza de estas cartas y no se deje arrollar de las amables ideas que contienen. ¡Ay, amigos! abandonadnos los errores que nos han cegado, libertadnos de esas ciudades que nos han entorpecido, busquemos en la simplicidad de los campos, en el ejercicio de la beneficencia, y en la privación de todas las virtudes, la paz y el consuelo que no nos han dado el mundo y sus placeres. Pido al cielo que estas cartas lleguen en tu corazón el mismo efecto que en el mío; y que determines á Mariano á venir cuanto antes á reanudar en mi compañía imágenes tan dulces. ¡Pero por qué no me respondes! Me parece que tu respuesta tarda demasiado. Amigo, no me dilates noticias que aguarde con impaciencia y que tanto han de contribuir á mi felicidad. Adios, Teodoro mío.

mi dos hijos, que se desean ser libre, vinieron tras mí y estaban ya colgando de Mariano. Las amables criaturas miraban los besos y abrazos muchas veces, y después de haber estado gran tiempo al desahucio de nuestros mismos sentimientos, procuramos recogerlos y entramos en la sala.

Estos me dijo yo á Mariano. ¡Por qué, amigo, no me has avisado de tu venida! ¡y esperaba que Teodoro me escribiera! ¡Por qué no me has escrito! ¡Cómo, Mariano! Yo que te aguardaba con tanta ansia, yo que sembraba todos los días pensando en tu respuesta, yo que tanto tiempo que no querías abandonar ni medio de vivir y que me hacías indigno de tus buenos oficios y amistad, yo me hallaba dulcemente sorprendido; tú vienes de repente á anunciarme un torrente de felicidad. Amigo, ¿no has temido que tanta dicha tan inesperada y repentina pasase sofofear mi corazón ¡por qué no previnieras! ¡por qué no haberme preparado! Yo creo..... ¡Ay! ¡qué viene! ¡cuál es tu intención! ¡vienes á hacer lo que Teodoro te habrá pedido en mi nombre. Que Dios muestre tu corazón y venga para cerrarme los ojos y robarle el don que te hago de mis hijos.

Yo le dije todo esto con tanta vehemencia y mis palabras salían tan atropelladas, que Mariano no podía ni inter-



espíritu, allí oírás las artes, las letras y las ciencias, allí oírás pacientes, amigos y familia, allí sepallas todos los afectos naturales del alma, allí entenderás congozo todos los gustos bebidos y docenas, y los culos con la misma tierra con que la cubiertos su virtud y su honor.

De manera que esta pasión fatal absorbe á todo el hombre, y devora todas sus facultades y potencias. Todas sus ideas se reducen á mi dinero, todas sus afecciones á mi dinero, y á pesar de reconocerse aquí todas sus profusiones y satisfacciones, su vida es la más agitada y su existencia la más temblorosa, porque todo depende de la incógnita vicisitud de la fortuna, y sobrevive de las caprichos de la suerte, entre riesgos de sus peligros encuentran trances de sus penas, sin que pueda por el común de las cosas, ni el momento que disfruta sus cuidados ni de los que y pierden su reputación y su salud.

La experiencia no le desengaña; irritado por lo mismo que debiera detenerle, cuando más cerca se ve del precipicio, se empuja con más fuerza para evitarlo desahogado. Una vezumbre de dejaba esperanzas le seduce, y esta ilusión que nunca le abandona, hasta tan eficaz actividad, que á pesar de los frecuentes desengaños de la suerte y en medio de las continuas quejas con que como se balambanequivoca, vuelve á furor en ella y continúa de nuevo á un capricho los últimos recursos de su sustento. En fin, parece que no le queda instante sino para perderlo, y que esta fútil pasión, pasión más exclusiva de los placeres delicados que cualquier otra, más incurrible y serlo á los consejos de la razón que la embriaguez, llega por fin á embrutecerle. Por eso de ordinario no acaba ella sino con la vida, ó por un extraordinario lapsus de la gracia.

Eso fué el indolente número que tomó para socorrer las necesidades que nacían de sus desordenes, y no más que aumentar sus dolores. Pues cuando me servíase la fortuna, gastaba el dinero en el juego; de mí mismo lo que tan fácilmente gasta; y cuando entra pérdidas considerables, me era preciso aguar los ardores mis lágrimas para cumplir con el feroz hacedor del mundo, que siempre contradictorio en sus principios, no desprecia al que no paga sus más sagradas deudas, y destruido al que no paga las del juego. Así para escapar este desprecio y para no perder también los medios de jugar, me era como preciso faltar á todos mis deberes; apagar todos los medios de fraude y de mala fe, venderme pieles, monedas, mis alhajas, y hasta los diamantes de mi propia mujer.

Todo esto con ser tan odioso, no fuera tanto si se hubiera quedado aquí; pero cómo no pensar por el común del vicio al abismo del deshonra? Qué felicidad, qué delicadeza se puede esperar de un miserable, que no jugando sino para ganar, espera que sin ser descubierta pueda forzar la suerte á que le sea favorable? Yo sé que hay grandes jugadores, y los ovidos algunos que juegan y toman la reputación de ser caros y escrupulosos en el juego. Ellos lo dicen; pero ¿cómo puede atreverse á asegurarlo? Lo que yo puedo decir es, que este hombre sería un fenómeno muy extraordinario y casi incomprendible, ó un prodigio más inexplicable que todos los prodigios.

Porque ¿cómo no podrá persuadir que un hombre que no teme á Dios, pues se abandona con exceso á tan detestable vicio que ovida los más comunes preceptos de la religión, que tiene tan poca conciencia, que no paga las deudas

mas legítimas de sus hijos, mercaderes y obreros, que desprecia de todas las obligaciones domésticas, que peca en la educación de sus hijos, que desconoce todos los respectos de la sociedad civil, y que en fin, á su propia mujer y á su familia trata con injusticia, crueldad y tiranía, ¿cómo, digo, me podrá persuadir que este mismo hombre tan mismo con todos y que tanto atropella, cuando se le imponen el cielo y la tierra, sea únicamente escrupuloso, exacto y delicado en el punto que interesa más á su propia desconfianza, y con otro hombre que le disputa su dinero con una codicia igual á la suya?

Yo digo que sería menester una virtud consumada para resistir á una tentación tan urgente como la de hallarse cargado de deudas, acosado por acreedores activos y veros en la inocuidad, sin medios de atender á otras obligaciones de su honor, y en peligro hasta de que le falten los de satisfacer esta pasión que lo domina; hallarse, digo, en estas y semejantes circunstancias, poder con un golpe de mala fe, en que espera no ser comprendido, reparar tantas deudas, desquitarlos y hacerse rico de repente, y con todo eso saber contenerse y tener bastante fuerza para no hacer una cosa tan á la mano y tan ventajosa, por no faltar á la probidad y á la justicia, sería este un acto de virtud que no puede compararse de aquel que en todo lo demás no muestra ninguna.

Vuelvo á decir que el hombre de la más ejemplar y escrupulosa integridad que se hallase en las indianas circunstancias, cuando ceder á la violencia de la tentación necesitada de mucha reflexión, de grande esfuerzo y que esta acción prohibida sería la prueba y el fruto de su honesta virtud. ¿Qué poder yo creer que actas tan difíciles que vive con la mayor relajación? No, amigo, esto no es dolo á la naturaleza humana, no puede caer en hombres que así todo lo demás son corrompidos. Es imposible con ellas tan difícil y severa probidad con la prevaricación pública de sus costumbres.

Yo ignoro si ha existido jamás un monstruo tan contradictorio, pero sé que jamás he creído á los que se jactan de serlo, y ciertamente no lo era yo. Esta infernal pasión me arrebató, como á los demás, á todos los vicios que producen, y forma de lo injuro que me hice con todo lo que me rodeaba, degradé mi corazón hasta los niveles más indignos, yo disputaba los derechos más equívocos, me apropiaba todos los derechos de los otros y procuraba aun sortir de la adversidad de la suerte por medios que ensucia la inocuidad y reprobaba el honor. ¡Oh cuánto me bailona ahora mi propia conciencia! ¡cuántos cargos irremediables! ¡cuántas restituciones imposibles! ¡Oh cuánto era la cogedol de mi corazón, pues á cada instante me atormentaba á pensar lo que el mundo llama honor y me exponía á lavar mi frente con la sangre propia.

Ve aquí una parte de los efectos que produce esta loca y desatinada fantasía del orgullo, que quiere proporcionar al hijo de las cosas á la medida de sus rentas. ¡Cuántos jórnes de ban comun se han perdido por éste error! Y yo mismo á pesar de mi natural porverosidad, al me hubiera establecido sobre un pie de moderación que me hubiera permitido satisfacer otros gustos tolerados en la sociedad, no hubiera para luego á tanto exceso, ó no hubiera empezado tan temprano.

¡Qué vista, Teodoro, la de esta vida, que tú y yo con otros muchos hemos pasado entre los horrores del juego y otros gastos inhumanos de nuestros muchos vicios! Cuando me acuerdo de los grandes caudales que heinos derramado en una pasión frívola y despreciable, en tantos barridos y fatigas que dejan tan poca satisfacción y sólo quieren de contentar la vanidad y en fin, de los bores gastos que me heinos en la simplicidad de un juego incesante ó en precio de placeres tan humildes, me estremozco de horror.

Pero cuando hago reflexión que de tantos gastos que me proporcionaban entonces tan pocos gustos, no me quedan ahora sino remediaciones, cuando oculto que con ellos hubiera podido socorrer á muchos miserables, consolar á muchos de mis hijos, me estremozco de horror. Una justa indignación se apodera de mi alma, me aborrezco á mí mismo, y me desprecio como el más abominable monstruo de la tierra.

Que el cielo, que se ha dignado de iluminar mi ceguedad

CARTA XXXV.

EL FILOSOFO A TEODORO.

Teodoro mío: ¡qué alegría, qué consuelo, qué felicidad! Dios derrama á mis ojos sobre mí una misericordia. Apenas recibí al correo mi última carta cuando un criado con paso presuroso vino á avisarme que Mariano había llegado y que iba á entrar. ¡Mariano! ¡bello yo! ¡Mariano! Apenas podía creer á mis propios oídos, y sin detenerme corco precipitado á recibirle.

Discurrir, amigo, cuál sería el movimiento de mi corazón cuando le vi en la alquería. De qué me trasportó de mi contento que me quise la voz para poderle hablar. Mis brazos fueron más veloces que mi lengua, y arrojéme sobre los suyos, estreché con el corazón á este amigo tan deseado, á este amigo que me envía al cielo y que recibí de su mano. ¡Hubiera hervido de mi sangre una tan impetuosa, que no hubiera podido contener su violencia si la naturaleza no me hubiera socorrido desahogándose con un diluvio de lágrimas. ¡Si Teodoro, yo inundado con tan tiernos las lágrimas mis ojos de este amigo de Dios que va á serlo mío. Su gloria sensible se estremeció también viendo la expresión de mi alborozada gratitud, y experimentó un placer inefable cuando me vió salir sobre mi rostro algunas gotas de sus lágrimas que.

Largo tiempo duró esta comunicación recíproca de afectos y caricias, y hubiera durado más si no hubiera consuejo que Mariano se desprendió de mí, pero fué para abrazar á

dad, extendió á ti, Teodoro mío, mis bendiciones y paternales besos. Te tendrás la ventaja de abrir los ojos más temprano que yo. Me parece imposible que una alma tan noble y sensible como es la tuya, no sienta la fuerza de estas cartas y no se deje arrastar de las amables ideas que contienen. ¡Ay, amigo! abandonando los errores que nos han cegado, libertados de esas ciudades que nos han entorpecido, busquemos en la simplicidad de los campos, en el ejercicio de la beneficencia y en la privación de todas las virtudes, la paz y el consuelo que no nos han dado el mundo y sus placeres. Pido al cielo que estas cartas lleguen en tu corazón el mismo efecto que en el mío; y que determines á Mariano á venir conmigo ansa á reanlar en mi compañía imágenes tan dulces. ¡Pero por qué no me respondes! Me parece que tu respuesta tarda demasiado. Amigo, no me dilates noticias que aguarde con impaciencia y que tanto han de contribuir á mi felicidad. Adios, Teodoro mío.

mios dos hijos, que se desean ser libre, vinieron tras mí y estaban ya colgando de Mariano. Las amables criaturas miráronme luego también y al mismo tiempo rieron. Mariano los besó y abrazó muchas veces, y después de haber estado gran tiempo al desahogo de nuestros comunes sentimientos, procuramos recogerlos y entramos en la sala.

Estos me dijo yo á Mariano: ¡Por qué, amigo, no me has avisado de tu venida! ¡y esperaba que Teodoro me escribiera! ¡Por qué no me has escrito! ¡Cómo, Mariano! Yo que te aguardaba con tanta ansa, yo que sembraba todos los días pensando en tu respuesta, yo que tanta gente que no querías abandonar ni medio de vivir y que me hallabas indigno de tus buenos oficios y amistad, yo me hallaba tan dulcemente sorprendido; tú vienes de repente á anunciarme un torrente de felicidad. Amigo, ¿no has temido que tanta dicha tan inesperada y repentina pasase sofoar mi corazón ¡por qué no previnieras! ¡por qué no haberme preparado! Yo creo..... ¡Ay! ¡qué viene! ¡ojalá se la intención! ¡vienen á hacer lo que Teodoro te habrá pedido en mi nombre. Que Dios muestre tu corazón y venga para cerrarme los ojos y recibir el don que te hago de mis hijos.

Yo le dije todo esto con tanta vehemencia y mis palabras salían tan atropelladas, que Mariano no podía ni inter-

rumpirme ni responderle; pero viendo que había acortado, con ademán de impetarme me dije: Soledad, amigo, yo voygo para acá; pero yo voygo a ir y morir contigo, y voygo a ser el hijo de tus hijos, a que juntos amemos y amemos a Dios y a que vivamos debajo de sus paternalismos, aguardando el día de la santa esperanza. Amigo, ¡que el cielo proteja a los que va a cubrir este techo y que flados en su auxilio van a mí mismo con el caso de la divina caridad! ¡que su bondad los una de manera que ni aun la muerte pueda separarlos!

Ingenia, si puedes, querido Teodoro, quédame un poco cuando lo oprimiere este destino. El viento volvió a desentarse de mis ojos. Corrí a mis hijos y arrojélos a los pies de Mariano, los hice poner de rodillas diciéndoles que se reconciasen por su padre, que yo le debía toda la autoridad y todos los derechos que la naturaleza me daba sobre ellos, que le besasen la mano en señal de la obediencia que la promisión y que todos los días por la mañana repetiesen esta señal de respeto como una renovación de su promesa. Mis hijos lo hicieron con alborozo y prontitud, pero también desahogados en llanto; y aquí comenzó una nueva escena de ternura afectuosa, que es imposible describir.

Algunas veces que muestra sensibilidad no podía ser más viva ni érase en aquel momento delicioso el buen natural de Félix, volviendo la vista al mismo tiempo que por mí había pasado la mano de Mariano, volviéndose a mí me dijo: Padre que vos me lo mandáis, yo le prometí obediencia y le respetaré también por padre; pero que sea el segundo. Me parece que yo puedo tener dos padres y no quiero que vos digáis de serlo primero. Si, hijo mío, le respondí yo estrepitosamente entre mi padre el cielo me hizo un don muy precioso; ¡dijiste, un hijo de tan buen natural. No; jamás, jamás me separaré de ti ni dejaré de serlo. Los dos serémos los padres y Mariano lo será de los tres.

Después que nos acomodamos, Mariano dijo: Un amigo que se llama don Antonio y que me ha conducido en un coche, está fuera, permíteme que vaya y te lo presente. Corrí con él a recibirle, y encontramos en la entrada un hombre que me pareció modesto y de agradable fisonomía. Le pedí perdón de haberle hecho esperar tanto tiempo, respondiéndome a Mariano de no haberme avisado antes, y lo hice entrar con todas las atenciones debidas.

El no dijo que pensaba en continuar su viaje aquella tarde. Le rogamos se quedase algunas días con nosotros. El se excusaba diciendo que el objeto de su viaje era ir a América a desempeñar una comisión del gobierno y que nunca no abandonar al mar; pero a fuerza de instancias condescendientes se quedase tres días, en cuyo tiempo me pareció un hombre muy instruido y de carácter excelente. Yo le di a Ambrosio para que le acompañase y le hice ver lo poco que había en el pueblo, y al cabo de tres días partió, después de haberme lamentado de la miseria de este lugar, como es de lo más común que se ve en el camino.

Pero el día que llegó y poco después de su entrada, Mariano, que deseaba hablarle a solas, me hizo saber de que había salido a mis hijos. Mandó a mi criado que los llevase al jardín, y Mariano pidió a don Antonio que los acompañase. Cuando nos vimos solos me dijo: Amigo, puedo darte otra noticia que te alegrará incompensablemente más. Teodoro está desahogado, convertido y con un

ánimo resuelto de consagrarse a Dios enteramente. ¡Que me dijes, amigo dije yo. ¡Dios le ha tocado el corazón! Sí, me respondió, y tú has sido el instrumento.

Misericordias de Dios! volví a exclamar, con qué abundancia llenas de vuestros favores a un indiano! Querido Teodoro, ¡cuánto podría explicarte al definir yo mismo la especie de placer que derramaron en mi alma estas palabras solamenterales y divinas. Allí sentí lo que nunca había sentido y lo que me parece no es posible sentir en la tierra. Ya me figuré que esta será la especie de planes y de felicias con que Dios forma la bienaventuranza de sus escogidos; pero ¿a estos serán los gozos con que embriagará a sus amigos?

Yo quedé tan fuera de mí, que sin saber lo que hacía, me puse de rodillas, sin poder articular otras palabras que: ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Dios misericordioso! pero entre tanto que me habías tranquilamente me repetía, mi espíritu corría toda la extensión de los innumerables y multiplicados beneficios con que la Providencia me favorecía. ¡Cuántas y cuán diferentes ideas me pasaron por la imaginación! En primer lugar vi como representado en una miniatura el horrible conjunto de nuestra conducta desahogada, los errores de nuestro espíritu, extravíos de nuestro corrompido corazón, y la infinita multitud de dolores que han manchado nuestra vida estragada.

El siguiente aspecto de este cuadro me hizo estremecer de horror; pero al instante y con la misma rapidez, se me representaron, como en un espejo, todos los prodios de la divina misericordia, los sucesos que una providencia paternal había preparado para mi conversión, mi viaje al convento, el encuentro de mi ángel tutelar, y mi confesión y comunión, la confesión del extranjero, la resolución de Mariano, la conversión de Simon, y ahora la tuya, Teodoro mío, la tuya, que desde el instante que Dios se dignó de abrirme los ojos, se la ha podido todos los días con la mayor instantia. Todo esto junto me producía una multitud de sentimientos tan vivos y violentos, que no podía suportarlos ni débil momento. No sabía ni podía más que repetir: ¡Dios mío! ¡Dios misericordioso y eterno! ¡qué grande eres! ¡qué bueno! ¡qué misericordioso!

Y como sentía desahogarse, y Mariano me daba la entended, pues levantándose por los brazos, me hizo sentir. Reconociendo empujé a preguntarle el cómo, el cuándo de tu conversión, y notéle haber sido precipitado de tal modo, que te habías la segunda sin esperar la respuesta de la primera. Mariano me contó el desarrollo de mis sentimientos, me exhibió al momento, prometiéndome que me lo contaría todo. Yo procuré repetirle los fuegos de mi vivacidad, y él me dijo:

Ya sabes que yo frecuentaba poco vuestra sociedad, y que aunque muchos de los que la componían eran muy piadosos o condescendientes, y que me hablaban eruditos, vuestra vida profana y la disolución de vuestras costumbres me habían alejado de vuestra intimidad, y que no me buscaba sino cuando el caso ó la urbanidad de las atenciones lo exigía. Había pues mucho tiempo que no había visto ni sabido de ninguno, cuando un día me hallé con un papel de Teodoro en que me decía: Yo estoy de cuarto, y no puedo salir de palacio, ni pasar a verte; pero como tengo un negocio de grande importancia que tratar contigo, te pido que me vengas a ver. Causóme mucha extrañeza que Teodoro, que nunca había tenido conmigo negocios, los

travesase ahora. Su género de vida no podía acomodarse con el mío; pero como debíamos estar pronto a todo y para cuanto podamos ser útiles, los respondí que iría.

Sentí mucho ir a buscarlo a palacio, porque este lugar me era desconocido y me costó mucho trabajo y tiempo para encontrar su cuarto. Como tampoco sabía las horas, llegué precisamente en el momento en que debía salir a hacer su deber. A pesar de esto me hizo entrar en un gabinete, y haciéndome conocer que no podía detenerme, me pidió que le esperase, porque no tardaría en volver. Yo consentí y él se fué. Pero, amigo, ¡qué diferencia advierte en su tono y figura! ¡qué distinto me pareció de lo que había sido! Me quedé sorprendido al ver una transformación tan entera.

Ya conoces aquella enboxa tan recogida, aquel aire tan alto y soberbio, aquel tono de satisfacción y suficiencia, aquel estilo de protección y superioridad, aquellas atenciones de gracia y ligeros, y en fin, aquella desenvoltura y desprecio con que se distinguía entre los mismos cortesanos; pues bien, amigo, todo esto había desaparecido. Me pareció serio, modesto, con un aire simple y desahogado y con un semblante lánguido y pasivo; en fin, tan diferente de sí mismo que apenas daba crédito a mis ojos.

Lo que más me sorprendió fué su lenguaje, pues nunca me había hablado sino con aquel tono de burla irónica con que los prominentes solapan el desprecio con la elocuencia. Sin dula que como yo no profesaba su ilustrada filosofía, me miraba con lástima, me consideraba un pobre hombre de genio corto, que estaba alejado con las Mas de la religión, y cuando las circunstancias nos hacían encontrar, apenas se dignaba de hablarme, ó si me hablaba era muy de paso, con mucha ligereza y desahogando el bajo concepto que tenía de mí, con las gracias del eclipse ó del eclipse.

Por aquella vez me hallé muy atento y condescendiente. Lo observé un día de tanta tribulación y entredía, que no podía dejar de extrañarme. Atribuí tanta mudanza á que tendría algún cuidado grave y pensé que quizás me hubiese porque podría serle útil con este pensamiento me dispuse a servirle con todo mi esfuerzo. Para divertirme el tiempo mientras volvía, después de haberme calculado á la chimenea, me puse á reconocer y mirar los libros que tenía y cuando volví me hallé en esta situación.

Tanta yo en la mano un libro que me había de tomar y que no había visto todavía. Lo primero que me dio a ver: ¡qué libro es este! Yo le reconocí y le dije: es un Voltaire. Le arranqué con violencia de mis manos y señalándole en el fuego, dije: ¡infeliz! ¡qué libro has encontrado! Yo quedé confundido oyéndole este discurso, y al conociendo mi sorpresa comencé a decirle: ¡Tú te espantas, Mariano, de darme libros así! No lo extraño, es muy natural y lo merezco; pero ¡qué sorpresa la que pasé al verlos!... pero te entiendo que lo sepas.

Amigo, yo estaba ciego, yo era insensato, yo era un bicho todo y era un niño. ¡Cuánto hay que saber que no sabía! ¡cuanto te ves, cuando has aprendido un poco más! Con qué ansiosos, con qué ansiosos prodiosos, con qué circunstancias extraordinarias se ha dignado la Providencia de abrirme los ojos! Era momento todo este cúmulo de accidentes y el modo particular con que los ha dirigido el cielo, para que yo leyese lo que he leído, para que mi padre

no desahogase y que mi ceguera antigua y obstinada fuese á ver la luz.

Yo estaba confuso sin saber qué concepto formar de este discurso, pero él me preguntó: ¿Sabes de Maimón? Sí, le dije, me han dicho que nació en un colegio de república. No, me respondió ni en tal colegio, pero todavía vive. Después me volvió á preguntar si sabía de él. Le respondí que no. Y él me replicó: Pues sabe que ha pasado largo tiempo en un convento, que allí ha hecho una confesión general, que hoy está un uno de sus lugares con el ánimo de vivir una vida cristiana y con el deseo de reparar sus pecados pasados.

Amigo, no podrás concebir el efecto que me hicieron estas pocas palabras. La alegría y la sorpresa se disputaban la preferencia. ¡Qué le dije, ¡Dios ha tenido piedad y ha convertido ese ánimo rebelde, que parecía todo endurecido! Teodoro me lo volvió á asegurar y yo no me pude contener. Me puse de rodillas, y cubierto de llanto levanté las manos al cielo, exclamando lleno de alborozo: ¡Bendito sea el Dios de las misericordias infinitas! Observé al levantarme que Teodoro tenía los ojos húmedos y el semblante enternecido. Esto empezó á darme una idea de la verdad.

Yo le pedí que me explicase cómo ó por qué me había hecho Dios este milagro. El me respondió: No, no te diré nada; si quieres saberlo, lee las cartas que me ha escrito; y te prevengo que no solo me encargó que te las haga leer, sino que entre ellas hay una destinada especialmente para ti. Yo le pedí que me la diera para leerla; pero me respondió: No, no la voy a sino a su tiempo. Yo haré contigo lo que él ha hecho conmigo. El no ha querido que yo le respondiera hasta que él me avisara, porque decía que deseaba que yo estuviera instruido de todo antes de que le respondiese. ¡Y qué bien hizo! ¡qué cuerda me ha sido esta prevención! ¡cuántas necesidades y blasfemias me ha evitado!

Lo mismo haré contigo; no quiero que sepas nada sino del modo que yo te he sabido todo. Aquí tengo juntas todas sus cartas, que forman ya un volumen abultado; desahogó las has por un orden y léelas con calma. No es porque yo me las haya leído muchas veces; pero quiero volver á leerlas en tu compañía. Hazme pues el gusto de que las leamos juntas y no me preguntes nada, porque ellas te instruirán mejor que yo.

Le respondí que estaba dispuesto a hacer lo que me decía, y él me añadió: Pasa conmigo así, compásemos hoy. Yo tengo las noches libres y puedo pasarlas contigo sin que nadie se ocida de ellas. Dios ha que las paso solo y no me molesto más que en leer y volver á leer estas cartas. Las gentes que estaban acostumbrando á ver se han sorprendido y no me han faltado algunas veces. Yo las he desahogado y he dado por pronto una indisposición. Con esto yo no vienes, padre me leerlas sin ser interrumpido. Tú vendrás luego que anochece y toda la noche serás miestra.

Pero tus mismos errores, le replicó yo, extrañarán de verme venir y encerrarne contigo todas las noches; podrán imaginarse que tratamos alguna intriga ó encubre. Tienes razón, me dijo, pero eso tiene fácil remedio. Ven; y levantándose me mostró una pequeña puerta falsa por donde se podía entrar y salir sin ser visto de nadie. También me enseñó todas las entradas y salidas para que conociera los caminos, y dándome la llave me dijo: Va aquí con la que





mas me pareció luminoso y seguro. Mi ánimo perturbado se sosiego, y ya no pensé mas que en los medios de responderle y poner mi viaje en ejecución.

Volvi la misma noche á la hora acostumbrada á ver á Teodoro. Desde que me vió me dijo: Y bien, Mariano, ¿de qué te has decidido? A seguir, respondí yo, la vereda, que el cielo me presenta, á partir y entregarme á la conducta de la Providencia. Teodoro me abrazó con muchas señales de satisfacción y me dijo: Mira como yo te lo habia pronosticado. No era posible que resistieras á la inspiración.

Todo esto viene ordenado por una mano superior que nos ha iniciado en toda bondad. Dichoso tú que vas á hacer la felicidad y á contribuir á la salvación de una familia que Dios quiere continuar del todo por ti y contigo. ¡Dile que Dios quiere continuar del todo por ti y contigo. ¡Dile que Dios quiere continuar del todo por ti y contigo!

Yo quedé partir muy presto, respondí: ¿cómo te parece? Agradecido. Ningún negocio me ocupa y mi equipaje me es grande. Lo único que pudiera embargarlo son mis libros; pero los dejaré en casa de un amigo con encargo de remitirlos después. Y como si la Providencia me irrogaba todo, ayer he sabido que el mar tiburón de mi amigo está destinado para ir á la América con una importante comisión y que debe partir de aquí á tres días. Deseo pasar por el lugar en que reside nuestro amigo, y no dando que me lleve en su coche. ¿Te parece que me aproveche de esta ocasión? Sí, me respondió Teodoro, y yo la miro como disposición del cielo. Nuestro amigo te espera con impaciencia y de este modo le darás también el placer de la sorpresa.

Lo volví á decir: ¡Pero tú, Teodoro, qué es lo que piensas hacer! En las disposiciones que te veo, me parece que no te detras de tomar tu buen partido. ¿Cuál es para ti resolución? ¿Qué es yo? me preguntó. Los impulsos más vivos de mi corazón son vales á ese convenio en que ha estado mi amigo y al que me he entregado. Por otra parte, ya habrás observado que nuestro amigo en todas sus cartas no dice el nombre del convento ni el de su director, y como me impuso la ley de no escribirle hasta que me avisase, no sé si la he podido precuntar.

¿Cuándo me manda el convento la pregunta, y me respaldas de aquí á ocho días. Pues sí, te lo volví á decir, me ocurre una idea para componerle todo. Yo esperaré á que tu escribiente me escriba y entonces iré juntos. Con esto darás á nuestro amigo el gusto de que vea, al mismo tiempo te informará de lo que deseas saber y desde allí podrás ir al convento. No, me respondió Teodoro. Yo no quiero ver á nadie antes de haberme desembarazado de la única inquietud que ocupa ahora todos los instantes de mi vida.

Me parece que es mejor que así sea. Tú partirás de aquí á tres días y con esto nuestro amigo tendrá sus papeles al momento que espere. Tú le contarás con extensión todo lo que ha pasado entre nosotros. Yo no pudiera hacerlo sino con mucho trabajo y mayor tan bien. Tú le pedirás que en primer momento me escriba el nombre del convento y el de su director, y que me remita una carta de recomendarle para él. Yo me detendré muy poco, á menos que concluya mi servidumbre, y aprovecharé los

primeros momentos de mi libertad para ir á buscarla. Después de haber cumplido con este primero y sin urgente deber, iré á veros, os hallaré juntos y pasará en vuestra compañía algún tiempo con mas sosiego. ¡No te parece bien este pensamiento! Muy bien, lo dije, y yo voy á ejecutarlo por mi parte: un efecto, así de allí. Mi amigo don Antonio me ofreció un asiento en su coche, dispuse todas mis cosas para el viaje, me despedí por la última vez de Teodoro, nos pusimos en marcha y heme aquí para siempre con ti go.

Esta fue la relación de Mariano. Discurse, amigo mío, con qué placer, con qué interés escuchaba un discurso en que todo es felicidad para mí; pero qué puede ser comparable con el gozo de saber que Dios se ha dignado también iluminarte! ¿que la misma luz con que me alumbró en las espesas tinieblas de mi oscuridad, por medio de mi ángel tutelar se ha extendido á las tuyas! que te haya hecho conocer la verdad y lo que arroja mucho mi satisfacción, que así haya servido de mí para instrumento de tanto bien! Teodoro, una felicidad tan grande no puede caber en mi corazón! Yo le doy gracias y es las daré toda mi vida de lo más íntimo de mi alma.

Haces muy bien en dirigirte en derecha al convento y no malograr un instante para tan saludable operación. Pero qué delicioso momento será al mí cuando te vea de vuelta y cuando te encuentre en mis brazos pueda decirte: Yo aquí mi amigo, que ya lo es de Dios, mi Teodoro, que ya está reconciliado con la bondad divina, y que confío en que será vano de misericordia, que va á servirle como yo y de quien ni aun la muerte me podrá ya separar, pues nos juntaremos en el cielo á bendecir eternamente ese Dios nuestro Padre á quien debemos tantas misericordias!

Con esta suavidad la carta que te incluye para mi santo confesor. El sobrescrito te hará conocer su nombre y el del convento. Anda, amigo, y verás que no te lo otorgará nada. Es un ángel en la tierra. En aquella santa casa hallarás otros muchos que te merecen al respeto y veneración. Tú te acostumbrarás como yo, porque no tienes idea de tanta virtud. Esos santos solitarios se esconden á los ojos del mundo, que no los quiere ver y solo viven para Dios. También encontrarás allí á Simon; y á propósito de este te voy á referir un nuevo beneficio de la bondad divina.

Al mismo tiempo que he estado escribiendo esta carta, recibí una de mi santo director y me dice en ella que ya pensaba en despedir á Simon para que volviera á servirme, porque había acabado sus ejercicios y recibió los divinos sacramentos con edificación y fervor; pero que este había ido á decirle que Dios le inspiraba se quedase en aquella casa con título de sirviente para servir á la comunidad. Que alabando me designaba y deseaba de conseguir su vida al Señor, le había representado que en asuntos tan importantes era menester ir despacio y proceder con madurez para asegurarse de la vocación y no farsar en un fervor pasajero, que podía nacer de circunstancias naturales.

Que lo había aconsejado se tomase tiempo para probarse á sí mismo, que empezase por volver á mí casa para darme cuenta de todo y consultarme esta resolución, porque no era regular ni justo que la tomase sin mi permiso y aprobación. Que si yo lo tenía á bien y si de aquí á tres meses él se mantenía en el mismo propósito, entonces po-

dría volver, y que mi director se empeñaría en que el superior y la comunidad le recibieran, porque entonces su constancia haría ver á todos que aquella era una inspiración del cielo y no el movimiento de un fervor pasajero.

Que Simon había manifestado en su semblante que no le agradaba esta respuesta, que había insistido diciéndole que no dudaba que yo aprobaría su resolución; que su servicio no era indispensable, pues yo tenía otros muchos criados que podían suplirlo, y que cuando lo fuera, estaba persuadido de que yo sabría hacer el sacrificio por dejarle en libertad de hacer penitencia de sus muchos pecados. Que él le aseguraba de nuevo que su deseo no era un fervor del momento, pues esta idea le seguía desde que había entrado en los claustros y visto la vida santa de aquella comunidad, y que en fin, le volvió á rogar con mucha instancia le apoyase en esta pretensión.

Que mi director le volvió á decir que la pretensión indispensable darme cuenta de su resolución antes de emprenderse á nada, porque esta era un deber de obligación y gratitud. Que si Dios era verdaderamente el que lo llamaba, de aquí á tres meses tendría la misma intención y mas facilidad de conseguir su deseo. Que tres meses se pasaban presto y que era menester reflexionar á motivos tan prudentes.

Que á pesar de tan justas instancias, Simon no había querido ni antes de salir ni después de tanta dilación. Que después había ido á hablar con el superior y repetido las mismas suplicas, que este le respondió del mismo modo que mi director, pero que Simon no se había desengañado con esto, y que la sabiduría del marqués á algunos de aquellos virtuosos padres, que el superior á sus ruegos le ha mandado darme cuenta de todo para informarme y pedirme mi permiso. Mi director me añade que la comunidad no quiere hacer nada sino con mi gusto y aprobación, que desea saber si tengo algún motivo para desaprobar las intenciones de Simon, y me asegura que no pasará á nada sin saber que son de mi agrado.

¿Qué dices, Teodoro! ¿que Dios de ese nuevo beneficio de la piedad divina! No puedes haber olvidado el abuso que hemos hecho de sus talentos, los abominables empleos que hemos dado á su destreza y agilidad. Yo hubiera debido ocuparme todo mi vida en dirigir á la virtud á un hombre de quien abusé tanto para hacerle instrumento de mi perdición y de la suya; pero Dios me quita este cargo, inspirándole una resolución decidida, en que solo me deja la envoltura de no imitarle en su penitencia cuando contribuí tanto á la necesidad que tiene de hacerla.

Voy á escribir al padre y significarle cuánto me edifica y complace el buen deseo de Simon. Que no solo te apruebo y comento con toda mi alma, sino que lo único que me obliga, es no estar allí para darle mi brazo y pedirle perdón de las culpas que lo he hecho cometer. Que me encomiende á ese Dios que va á servir y que nos trata á todos con una bondad tan inmensa como poco merecida. Tú le verás, Teodoro. Procura sostenerte en sus santos de-

seos y hacerle conocer que ahora es cuando mereces toda nuestra amistad y estimación.

Anda, pues, querido Teodoro, anda, y que el Padre de las bres, de quien deseanste todo bien, te concluya sobre las alas de su protección á ese santuario de virtudes, á ese valle de la religión en que es ahora su santo nombre y su rivo de su amor. Abre tu corazón sin reserva á ese ministro cuyo que ha destinado para instrumento de tantas reconvenciones y que la tuya no sea la última. ¡Ah, si el golpe de luz que nos alumbró llegara también al infeliz Eduardo! Esta es la espina que todavía atormenta mi corazón; pero yo espero mucho en su misericordia. El que supo enternecer el mármol de mi pecho, el que á pesar de mis muchas iniquidades se dignó de cohar una ofrenda favorable sobre mí, no se olvidará del que no puede ser tan inicuo como yo. ¡Dichoso Eduardo si el cielo le ilumina en un momento en que todavía le puedo presentar una Roscruica inventada, y con ella sacrificios mas meritorios! Dichoso tú que to vas á ofrecer con tus frescos y aun floridos años, y puedes presentarle un inocente mas puro y agradable y espíriales mas dignas de su culto! ¡Dichoso de mí que no lo puedo presentar mas que una vida mas larga, consumada en delicias, satisfacciones estériles y ofensas casi necesarias!

Anda, amigo mío, que los ángeles te acompañen y te lleven á ver á los hombres que en la tierra les son mas parecidos. Tú verás lo que nunca has visto, síras lo que nunca has oído. Anda, y reconcíllate con nuestro Dios, con ese Dios que te condona allí para perdonarte tus pecados, para unirse contigo en lazo indisoluble y asociarte en el número de los felices. Teodoro, tú vas á abrirte las puertas de la eternidad y prepararte en ella una mansión eterna y bienaventurada.

No te apresures pues, ni señales término á los días de tu retiro. Entrégate á la conducta del pastor que vas á buscar. Déjale arreglar el tiempo, el modo y todo lo demás. Haz como yo, que me puse en sus manos y me he hallado bien. Es verdad que tú me necesitas de tanto; á mí fúe menester persuadirme las verdades de la religión y enseñarme hasta los elementos. Tú, á Dios gracias, ya vas penetrado de lo que á mí me costó tanto aprender; lo único que te queda que hacer es confiar tus errores y pedir el perdón.

Que ese Dios que murió por nosotros te lo conceda, que su espíritu divino te aplique sus merecimientos, y que purificándote con su sangre te haga objeto digno de su vista; pero cuando hayas concluido tus santos ejercicios, cuando hayas consultado con todo lo que exige tan importante acción, vuelva á mis brazos para que yo cesteche con ellos contra mi corazón á Teodoro, ya amigo de Dios, á Teodoro que va á unirse conmigo con los vínculos de una nueva y mas sólida amistad, para que le aloramos y sirvamos hasta el venturoso día en que también unidos lo gozemos.

Adios, amigo mío.





podrán después hacer de ellos el buen uso que deben.

Supuesta esta base, si yo escuchara mi razón y los temores de mi propia existencia, quisiera que se erigieran en estos campos y que nunca saliesen de ellos. Quisiera dividir su fortuna de manera que con ella se formaran dos partes iguales y dejar á cada uno la suya libre, independiente y separada. Quisiera inspirar á los dos el gusto y el amor de las ocupaciones rústicas, de los inocentes trabajos del campo, así para dar salida á la inquieta actividad de la juventud, como para distraerlos de toda idea de gusto pernicioso. Quisiera casarlos temprano, sin basar en sus mujeres otros canales que un matrimonio honrado y sencilla virtud. Demasiado ricos serían ellos para solicitar otros bienes y yo solo deseo hacerlos obreros y dichosos.

Bien sé que no debo forzar sus destinos, y que ellos los deben escoger; pero puedo aconsejarlos y dirigirllos. Mi sentimiento debe estandarlos á que con todo lo algo del soldado. Si en mayor edad con mas conocimientos quieren ir á servir en la corte, lo podrán hacer; pero no será yo el que los aconseje. En cuanto á la guerra, como su obligación; y si manifestaran aptitud para ella y si las circunstancias lo exigen, no me opondré á que peleen en defensa del Estado; pero quisiera que el instante que deben de ser oficiales, se vuelvan presenciosos á su deber antes.

Yo me siento, amigo, que dos muchachos instruidos y acostumbrados á las ocupaciones de los campos, que siempre ocupados no han dado lugar á la ociosidad ni entrada de los vicios, que han hallado tiempo los halagos de la naturaleza entre los brazos de una mujer querida y honesta, y que extendieron por regular los afectos de su corazón á los frutos que nascen de sus honestos matrimonios, han alzado toda la dicha que se permitiera á los mortales en la tierra: habrá pasado el breve intervalo de la juventud con pocas peligros, llegarán á la madurez con mas acostumbrados á la inocencia y á la virtud y podrán, en fin, terminar el breve curso de esta vida fugaz con menos zozobra y con esperanzas mas bien fundadas.

Con esto te he descubierto el blanco que se proponen mis deseos, y ya debes entrever las líneas que me pueden dirigir á este punto. La primera es ocuparlos siempre. Con este fin me propongo enseñarlos y acostumbrarlos á las ejercicios rústicos; y á medida que se vayan adelantando en edad, repartiré entre ellos el estudio de diferentes ramas, que yo consideraré un secreto, pero les dejaré el honor de su inocente dirección. Antes de esto les haré frecuentar las casas de los mas hábiles artesanos, para que adquirieran una idea de todo y cada uno de los oficios mas necesarios. Esto los pondrá en estado de saber lo que mandan ocuparse su tiempo, ejercitarán sus miembros y robustecerá su temperamento.

Además, quiero que se apliquen seriamente á una arte y la aprendan perfectamente, como si hubieran de ganar con ella su vida; y hasta ahora lo que me ha parecido mejor es el de carpintero, así porque todo el su talento, como porque sé que en el lugar hay un maestro que por fortuna es muy hábil y de costumbres excelentes. Mi último es ocuparlos ahora estos tres ó cuatro primeros años poniéndolos allí por algún tiempo. Esto es, irán toda la mañana á aprender una ó dos horas, y esto bastará para su instrucción, y me parece que con esto pasarán una juventud muy ocupada.

Si consigo que se acostumbren á esta vida simple é inocente, si el amor de los hijos que tendrán basta para llenar su corazón, si puedo lograr que su mayor pasión sea la felicidad de los pueblos, si veo que contemplan los ejemplos que me propongo darles, si después de vivir con moderación emplean el sobrante de sus rentas en beneficencias generales de sus pueblos, y en el socorro de los necesitados, y en fin, si obtengo que sus coraones no necesiten de otras diversiones y placeres que los que puede presentarse la dulce paz de una familia querida, la felicidad de sus vasallos, de sus oraciones, dependientes y de cuantos tengan relación con ellos, yo acré el mas feliz de todos los hombres.

Pero como su gusto puede no conformarse con estas ideas, como el destino ó las circunstancias pueden llevarlos á la corte, á la tropa ó á grandes ciudades, me parece que debo darles una educación tal que puedan presentarse en todos partes con decencia. Así me parece que debo hacerlos aprender el latín, que es la lengua de la religión y de las ciencias, sobre todo la suya propia, que es la que deben hablar siempre, y que además deban hacer otros estudios que contribuyan á ilustrarlos, á rectificar su juicio y madurar su espíritu.

Poco lea de la parte suya que por mi muy desahogada educación me halló muy instruido, y necesario de que mis amigos me enseñaran, principalmente Mateo; á quien pudo me explican con franqueza lo que puede haber de defectos en las ideas generales que según el tiempo, y al mismo tiempo me indicaban la marcha, el método, y la naturaleza de los estudios útiles que se me hacen.

Yo quedé muy congojado leyendo esto escrito, en que vi ideas tan condescendientes á las mías, y al instante me puse á redondear en estos términos.

Todo lo que dices, amigo, en tu papel es excelente y mi corto talento se alienta mucho con tus juicios y cristianos proyectos, porque creo que podrá ayudarte en muchos de ellos. Yo había meditado poco hasta aquí sobre estas materias, pero me parece que cuando Dios te inspire ideas tan sólidas y desear tan antes, si tomases la luz del Evangelio para que me alumbrara, poderías marchar sin riesgo de extraviar.

Tu quisiera que fuese mis reflexiones con tus tuyas, y á pesar de mi justa desconfianza voy á hacerlos con el celo de la amistad. Yo pienso como tú, que no estando seguro del gusto de tus hijos ni del partido que querrán tomar en adelante, debes darle la especie de educación universal que te propones. Una educación tal, que conformándose con tus deseos, se acomodará á vivir siempre en sus tierras, pueda hacer su propia felicidad ocupándose en la administración de sus haciendas y en el bien estar de sus pueblos; pero que también si su gusto ó las circunstancias los condujese al comercio del mundo en la corte, en la tropa, en las grandes ciudades, puedan presentarse sin rubor y sosteniendo con decencia el carácter propio de su clase.

Pero, amigo, para lograr estos dos fines, no es necesario mudar de plan. La buena educación es buena para todos. La religión, la moral, los principios de las ciencias eclesásticas y los conocimientos de las artes útiles que deben ser la base de una educación bien entendida, sirven para todas las situaciones y destinos, y son tan propios á dirigir y hacer feliz al hombre del campo como al cortesano, al militar ó al ciudadano. Así en el plan que voy á describirte, voy á proponerle mas que las instrucciones necesarias y útiles,

que son siempre ventajosas en todos los estados, y sin las cuales ningún hombre puede decirse verdaderamente instruido. Yo no te diré sino lo que es absolutamente necesario para formar lo que se llama un hombre útil, capaz de todo, y que se pone en disposición de hacer buen uso de sus talentos y fortuna, de pagar á Dios el tributo que le debe, de ser útil á los demás hombres, de ser feliz y hacer felices á todos los que rodean. En fin, te expondré la educación que en una circunstanza me parece conveniente á tus hijos, y tal como yo temo que se dolieran dar á todos los jóvenes que nacen en una casa distinguida con la esperanza de heredar muchos bienes.

Ya estamos convencidos que el primero de nuestros estudios será la religión y que todos los demás serán subordinados á este. Que no solo los hacemos aprender las verdades fundamentales de la fe, sino tambien la historia de la religión para que sean en ella las pruebas evidentes de su divinidad. Y sabes que este es el defecto mayor de nuestra educación general. Apenas se enseña á los niños la doctrina cristiana en la infancia primera y cuando todavía no son capaces de reflexion, y apenas se les da una idea confusa de las grandes misterios, sin que se les expliquen jamás los motivos que tienen para enseñar.

Después se les lleva á la gramática y otras artes ó ciencias sin que se les enseñe á hablar de religión; y cuando acabe los estudios literarios, debieran ellos mismos dirigir los ojos y aprender ó enseñarse de la religión que profesan, por la mayor parte no lo hacen ó las pasiones los arrastran á los negocios los ocupan, y de esto nasce que los mas, aun de aquellos que pasan por instruidos, jamás la conocen bien y que los mas finiles aunque de la inocuidad los perturban y los perverten.

Nuestros tratamos de preservar á los nuestros de este peligro. No solo les enseñamos lo que deben creer y practicar, sino si por que lo deben practicar y creer. Las cartas que escribíste á Teodoro y lo que te he dicho tu director, acomodado por nosotros á la capacidad de tus hijos, nos facilitan este estudio y no descamaremos hasta dejarlos bien aguerzados y fortalecidos contra los ataques de la ídola filosofía.

Pero como después de la fe no hay nada tan esencial como las costumbres, en esta parte debo ejercitarlos mucho nuestra vigilancia. Yo pienso que la primera obligación de un padre ó de un hijo que se separa de la cuna de los niños, antes de ninguna otra cosa es enseñarles de manera que nunca pierdan la inocencia que les dió la naturaleza de su nacimiento. El que por su ambición, su avaricia, sus malos ejemplos, ó solo por su negligencia los priva de bien tan soberano y los expone á tener en la vejez toda del desprecio, comete el mayor delito que un hombre puede cometer.

Que conseguiera un padre con que en hijo sea el honor de su familia, la delicia de la corte ó el báculo del estado! Qué lograría con dejarlos grandes bienes ó verlos en los mas altos honores, si no le deja el gusto y el amor á la virtud! ¡Y qué será el mismo sino un padre cruel tanto mas inhumano cuanto mas ha procurado estas ventajas perdidas con que lo ha enseñado mas su peligro y le ha hecho mas difícil el remedio! Este hombre no es un padre, es un sacerdote que ha destruido el templo de Dios vivo para construir la infame Babilonia. Es un furioso insano,

porque no puede haber mayor demencia, fuese mas estúpido si lo diera mas rubro y brutal, que el de un padre inhumano que arrastra consigo á un hijo inocente y le precipita en el abismo en que él se arroja.

Pero para que un padre pueda conservar intacta la inocencia de su hijo, es indispensable que sin cesar le aparte de la vista todos los objetos que le pudieran seducir ó que le fortifiquen contra ellos. Debe ser un ángel tutelar que que le acompañe en el camino quitando todas las piedras que se pueda tropezar. Sin duda que debe perfeccionar su espíritu, aprovechar sus talentos y el buen uso de ellos; pero no lo conseguirá si antes no le enseña á conducirse en todo por la razón. Y como un niño no es capaz de ella, es necesario que supla su defecto por la autoridad de la ley divina, lucidándole el entendimiento, que esta es la regla suprema, y que no hay ni puede haber razon mas segura ni sublime que la que Dios nos ha dado y que quiere invariablemente el mismo.

Así pues, antes de todo es indispensable empezar por la obediencia que no debe á la ley y acostumbrarlos á respetarla y sujetarse á ella. Esto no es fácil porque los hombres en general y mas particularmente los niños solo creen las impresiones de sus sentidos. Son carnales y casi solo los comueven los objetos exteriores. Las impresiones morales son hijas de la reflexión y ellos la tienen débil todavía. Pero por lo mismo que por su organización son poco capaces de raciocinio, es menester inspirar esta falta con algún recurso que los produzca algún efecto. Y mientras no pueden conocer por sí mismos la evidencia de las verdades metafísicas, no veo otro que ponerlos á la vista la autoridad del Creador á quien se debe obedecer.

Por eso un padre no debe consentir nada á sus hijos por pura bondad, menos por capricho y mucho menos por impetuosidad. Me parece que siempre á la vista de sus hijos debe conducirse únicamente por la razón, y hacer de esta razon, que dimana de la ley divina, un principio ó una regla general y necesaria de las acciones y voluntades de todos que se menester acostumbrarlos desde la edad mas tierna á consultarla, á seguirla y sujetarse á ella, de manera que sus todos costumbres deban dar una buena razon hasta de sus deseos.

Al principio será preciso contentarse con razones débiles ó con las afirmaciones del razon, porque no serán capaces de mas, y no será prudente apartarlos para que no se aburrir por esta sola novedad de honrar y el deseo de conocerla son ya útiles, porque se acostumbrará poco á poco, mientras se va formando su carácter y se les hace familiar la idea de que no deben hacer nada sino por razon y con subordinación á la ley inmutable, que solo debe regular sus acciones y sus intenciones.

Yo no gusto de lo que generalmente se practica en la educación de los niños. Se les carga la memoria de mil cosas inútiles que no pueden servir mas que de comprimir y fatigar sus facultades que no tienen todavía extensión ni consistencia y que ya están demasiado irritadas y conmovidas con la impresión de tantos objetos exteriores. Yo quisiera que se prefiriera el método de hacerlos comprender con claridad los principios ciertos de las ciencias prácticas.

Quisiera tambien, que aunque todavía sean débiles para conocer bien la evidencia de las verdades espirituales, no



los habitara. A lo menos á distinguir y penetrar las que son mas simples y que presentan nociones mas claras, sobre todo, las que deben prepararlo y sirven de base á verdades mas complicadas. Por ejemplo, que se los enseñara á distinguir el alma del cuerpo y á conocer las propiedades y modificaciones de estas dos sustancias. Lo que en especial me parece mas útil es que se les enseñe á descifrar de sus propios juicios y de todas sus opiniones sobre objetos morales ó sobre naturales, cuando no tienen mas auxilio que la persuasión de sus sentidos, y si no acquirir su propio dictamen cuando no está asistido con las luces que nos ofrecen los libros.

El descifrar estas ideas pedirá mucha dilacion y no se ha de esperar averlo en volumen. Puede ser, que si un dia tengo tiempo, lo escriba en caxa. Entre tanto en la correspondencia practica varias las aplicaciones, y ahora me basta decirte que se me ocurre á los dias ó á dos años de cada uno á los señores, y que no se debe perder de vista esta verdad. ¿Quiéres de un niño si la muerte le sorprende en el camino ya comprometido? Si su espíritu ya está lleno del orgullo de su ciencia, y del amor de los bienes y gustos de la tierra! ¿Que le ocurrirá en el otro mundo la geometría de estos? ¿Ni de que lo aprovechará en la eternidad haber aprendido las especies del tiempo?

Tales estos conocimientos cuando no están acompañados de la virtud, desaparecen con la muerte y no conducen á la vida eterna si los precorritores han preferido á la ciencia de la religión y al cuidado de las costumbres el arte de declamar y enseñar, que sus discípulos podría saber el latín, podran estar enterados en la historia, se dirá que eran prodigios y que debian muchas esperanzas; pero ¡ay! estas esperanzas que dan en un mundo en que no debian vivir y de nada le servirán en aquel en que nada valen las vanidades, en que consumieron el poco tiempo que se les dio para merecer.

Hay en el cielo recompensas eternas para estudios vanos. ¡Hay premios de honor para los que hacen composiciones sin utilidad! Dios juzgará á los niños por otra ley que la del orden inmutable. Les hará otros encargos que las instrucciones del Evangelio que no han practicado ó no han conocido. Son ámba que los padres deben criar á sus hijos para servir al estado y al soberano; pero es después que les han enseñado para servirlo y para el otro. Si debian educarse tanto en formarse para una sociedad de pocos dias, ¿cómo deberían atenderse en formarse para una sociedad que dura siempre? Pero ¡ay! los mas instruidos en las ciencias humanas, esos filósofos que se jactan tanto de su instrucion y su saber, son los que mas desprecian esta ciencia divina, los que mas corrompen las públicas costumbres y los que mas turban la tranquilidad de los Estados.

No digo que no se deban aprender muchas ciencias; no pongo que para ser cristiano pueda olvidar sus imperiosos y burlarse, pero digo que la ciencia de la salud eterna debe ocupar la primera atencion; que no se deben aprender las otras sino cuando el espíritu ya formado por la primera, está dispuesto á hacer buen uso de ellas que no se debe dejar la instrucion de las verdades esenciales para un tiempo á que uno no llegará, ó en que las pasiones no darán lugar á que se puedan gustar y disfrutar con fruto. Tampoco digo que se puedan mezclar con el estudio de la religion el de otras cosas, en especial de aquellas que enseñan á fijar la

atencion. Por el contrario, me parece que este estudio puede serlo muy útil, porque solo el trabajo de la atencion conduce á la inteligencia de la verdad. Y para que entendamos bien las ideas de la religion, es conveniente acostumar los niños á que apliquen la suya. Así me parece que será muy bueno enseñarles desde luego y ejercitarlos en los primeros elementos de las matemáticas, no solo porque son las ciencias mas sólidas y estimables por sí mismas, y que deben ser preferidas á casi todas; no solo porque son la llave y puerta de las otras, sino porque su estudio es tal, que no es posible aprender nada sin aplicarse. Es imposible entender nada en un libro de geometría aquel que no aplica su atencion á lo que lee.

Veil aquí para la primera ventaja de este estudio, que es acostumbrar los niños á la atencion, y en virtud de esta costumbre su espíritu no va haciendo caso de toda especie de influencias, y resistiendo fuerza. Por eso los que desde niños se habitaban á meditar, no solo están mas en estado de aprender todas las ciencias, sino que pueden juzgar sanamente de todo, adquieren la aptitud de seguir y profundizar las materias mas abstractas, pueden hacer descubrimientos ingeniosos y son capaces de prever y calcular las consecuencias y resultados de las empresas mas inciertas; sobre todo, se forman un gusto á sabor de la verdad que la buscan y la penetran desde que se presenta; á fuerza de buscarla la conocen ya tanto, que se puede decir que casi sin razonamiento y solo por instinto la saben distinguir.

Por el contrario, las ciencias de memoria tratan las ideas mas claras, porque por la mayor parte no presentan sobre toda especie de objetos mas que semejanzas, variocintidades y congruencias. Los hombres que no saben analizar, se acostumbran á contentarse con ellas, no distinguen la diferencia que va de ver el objeto, á verlo bien y por todos sus lados. Se detienen y se satisfacen con las apariencias que los objetos les presentan; nada cual las ve á su modo y por eso disputan sin medida ni fin.

Sola la verdad es mas indivisible é inmutable. Solo ella puede reunir los espíritus, y este es lo que únicamente logran luego aprenden las verdades que pueden demostrar.

Los elementos de memoria que nos otros defectos, naturalmente inspiran orgullo. El alma se envanace, el corazón se hincha con la multitud de hechos que se acumulan en la memoria. Aunque todas sus opiniones sean pocas y útiles, aunque no hayan aprendido mas que lo que perteneció á los essortos, á las ideas del tiempo, ó á las opiniones de otros hombres, se imaginan saber mucho y que su espíritu ha adquirido tanta extension, realidad y permanencia como los objetos de sus ciencias. Con esta presuncion su espíritu se derrama en todas las partes del mundo, resquebraja hasta los siglos mas remotos, y mientras va y se pierde en regiones tan raras, no es capaz en la que en el mismo en el tiempo presente, y en la que está en la eternidad, se olvida de sí mismo para aborrecer en un mundo imaginario con historias de cosas que dejaron de existir, ó de quimeras que nunca han existido.

Tampoco quiero decir, por esto, que en deba despreciar la historia y que no se estudien mas que las ciencias exactas. Lo que digo es, que se deben estudiar las ciencias por el orden de su importancia y de su utilidad, que no se debe estudiar la historia sino cuando se ha estudiado su propio corazón, su religion y sus obligaciones; cuando por otras

estudios preliminares se ha puesto en estado de poderla aprender con discernimiento, para no dejarse alucinar con sus falsas opiniones, y saber distinguir en parte la verdad de los hechos de la imaginacion del historiador.

Se pueden estudiar otras lenguas, pero es cuando ya no sabe lo que es una lengua, y sobre todo cuando se sabe bien la de su país. En una palabra, es temerario haber aprendido á ser hombre cristiano y buen español antes de aprender á ser historiador, poeta ó extranjero. Tambien digo que no se debe aprender nada sino para hacer buen uso de ello. Por ejemplo, no se debe aprender la geometría para llevarse la cabeza de las propiedades de las líneas, sino para proseguir á su entendimiento toda la fuerza y extension de que es capaz.

Es general conviene empezar los estudios por las ciencias mas necesarias ó que pueden contribuir mas á perfeccionar el espíritu y el corazón. El que solamente sabe distinguir el alma del cuerpo, el que no confunde sus pensamientos y ideas con otros movimientos de su máquina, con el simple conocimiento de esta única verdad es mas sólido como sabio y está mas dispuesto á serlo mas cada dia, que el que habiendo aprendido todas las historias, costumbres y lenguas de los pueblos, ignora su propio ser, no reflexiona sobre la naturaleza de su alma, y no está seguro de que por su carácter de inmortal le aguarda una eternidad inventada.

Habría algunos que quizá no aprobarán estos consejos; pero yo quisiera que á lo menos consultaran la experiencia y que después me dijeran si les parece que los que saben á Virgilio y Horacio se conducen mejor que los que estudian y meditan á su Pablo. Si la lectura de Ciceron les ha sido mas útil, que pudieran serlo las palabras de la sabiduría. Dicon que se debe leer á Ciceron para aprender el latín. Así puede ser; pero yo digo que tambien seria temerario hacerles leer el Evangelio para aprender la religion y las virtudes. ¡Pobres niños! Se les cria como si debieran ser ciudadanos de Roma, se les enseña en lenguas y sus costumbres y no se cuida de hacerlos cristianos y habitantes de la ciudad Jerusalem; por lo menos no se cuida como era monoteo.

San Agustín se quejaba de esto en su tiempo. ¡Quiéres que si hubiera visto el nuestro! No se necesita de muchas reflexiones para sentir de esto mucho deplorable. Basta observar á nuestros jóvenes cuando salen de sus colejos. Parece que para haber aprendido sus estudios; debian por lo menos saber lo que es el hombre, que ya debian estar bien enterados de las pruebas evidentes de su religion, para poder perseverar y resistir á los sofismas de toda filosofía falsa y sofística; que ya debian conocer el espíritu y la extension del imperio evangelico; porque estas conclusiones son las primeras, las mas necesarias para el que sabe que las verdades son mas altas é inmutables, y que existe un cielo y una ley de cuya observancia depende la suerte eterna de sus destinos, y en natural patrias que los hayan aprendido allí; porque es claro que la mayor parte no se vuelve á ocupar mas en estas ciencias. Los placeres, los negocios los ocupan únicamente en adelante.

Por lo á examinar estos jóvenes, que han pasado muchos años en la educacion de un colegio ó de una universidad, y yo quisiera que no exaltasen sino á los que salen con la reputacion de instruidos y de quienes se dice que

son soboralmente. Los hallarías por lo comun llenos de preconceptos de granitica, los encontrarías sabiendo de memoria muchos versos y mucha prosa muchos textos de Ciceron y Digesto, y si pueden repetir los términos misteriosos y oscuras de Aristoteles, no les mira como un prodigio.

Les oírás hablar con satisfaccion de todo sin detenerse en nada; porque lo que mejor han aprendido es el arte de la sofisteria, el impropio talento de poder defender las opiniones mas absurdas ó las mas encontradas, sin distinguir jamás el error de la verdad.

Pero preguntales sobre la naturaleza del hombre, sobre la contradiccion de su grandeza y sus miserias. Diles que te expliquen los motivos que tienen para erocar la verdad de la religion que profesan. Propónles algunos de las apariciones sofísticas con que los incrédulos la combaten. Dédales que te esfuerces la historia del cristianismo, que te digan lo que han podido percibir en los planes de Dios, cuáles sean los designios que ha mostrado en la creacion del mundo, en la venida del Redentor y establecimiento de la Iglesia. Respóndales que te hagan ver la necesidad de un mediador y la armonía y armonía correspondencia de los misterios divinos con las necesidades humanas, y verás que sobre todo esto no tienen idea alguna ó que solo tienen nociones diminutas y confusas.

Procuraremos pues á nuestros niños de abusos tan irreparables, y no les enseñemos sino lo que los puede conducir á ser felices en esta y en la otra vida. Enseñémoslos lo que los pueda hacer buenos cristianos, buenos hijos, buenos maridos, buenos padres, buenos magistrados, militares, ciudadanos, y buenos padres de familia, así en su casa como en el gobierno de los otros hombres y en la administracion de sus pueblos. Para conseguir estos fines, después de la religion y las costumbres, que son la base de todo, házmoslos aprender con mayor cuidado las ciencias prácticas y las artes útiles que solo pueden ilustrar su espíritu y gobernar su corazón.

Enseñámoslos desde luego el latín, porque como ellos mismo dicen, es la lengua de la religion y de las ciencias. Es grande el cuidado para un cristiano entender las oraciones de la Iglesia, así en el sacrificio que ofrece como en los salmos y cánticos de sus oficios, y en fin, esta lengua es la llave con que se abren los conocimientos de las mas de las ciencias. Para enseñársela bien y para hacerlos en estudio mas fácil, debe preceder el estudio de la gramática española. Como ya saben esta lengua, aprendrán con mas facilidad sus reglas, y no solo quedarán mas dispuestos á aprender el latín, sino cualquiera otra lengua extranjera. Pero desde luego lo primero la ventaja de haber aprendido por reglas la lengua en que deben hablar siempre y cuyo estudio merezca toda preferencia.

Tambien estamos de acuerdo en que aprendan los principios matemáticos. Yo me propongo enseñárselos, y particularmente la geometría y el algebra, que no es otra cosa que una aritmética de orden superior. Estas son las ciencias humanas mas útiles y de su uso mas común entre los hombres. Ellas son las mas sólidas y verdaderas, porque los hombres casi no pueden saber en la tierra con seguridad mas que medir y contar. Pero fuera de estas ventajas las tienen de restituir el espíritu y acostumbrar por medios mas seguros á la indagacion de la verdad. Contribu-

yen tambien á formar el juicio, y por este modo influyen á dirigir las ocurrencias de la vida.

Cero pues que les será muy útil hacerles aprender estas ciencias muy fundamentalmente y hacerles pasar entre ó cinco años en su estudio y asistencia á este objeto la feliz idea que tienen de hacerles tomar algun conocimiento práctico de las artes mas usuales, y tambien las principios y reglas de algunas de las nobles artes, con todo lo necesario para que en su edad, y de que hablaré después, me sirvan que pudiesen llevarlas hasta la edad del quince ó diez y seis años sin ninguna molestia.

Cuando hayan aprovechado en todas estas estudios de la infancia y cuando se hallarán en su fuerza mas proporcionada á estas fatigas, será tiempo de que adquieran otros conocimientos. Té yo que quiera hacer eruditos á los doctores. Tú debes hacer hombres instruidos, de juicio recto, de razon sana, que vivan y estimen las cosas como ellas merecen y que tienen el tiempo de un breve carrera de modo que lleguen al término con inocencia y paz. La memoria pues abjar de ellas todas las ciencias como las filosofías, todas las ciencias triviales que distraen, todas las que requieren especularse en que tanto se disputa y hasta los libros de materias aplicadas á los principios de las artes útiles y de las ciencias prácticas en que un hombre cuando se ocupa diligentemente por que en un lado pueda con esta instrucción ser útil á los demás hombres y pequeño deber de servir á su alma al contentamiento, á la administración, y al amor de su Criador.

Nada es tan propio para conseguir estas fines como el estudio de la naturaleza. No es el de la naturaleza imaginaria, tal como la han formado en su cerebro filósofos atrevidos, sino tal como la hizo Dios, tal como ella misma se manifiesta á la experiencia cuando esta le consulta, y como la ve la modesta rana cuando sabe contentarse con lo que ella le descubre. Aléjense de su espíritu los antiguos inventos y temerarias de quererla arrastrar los secretos que oculta en esta justicia presuntuosa de admitir los errores que ocurren. Que se acostumbrara á desconfiarse de su imaginación, á no embarcarse en esta peligro sin la consulta en la mano, á no abandonar jamás la experiencia, su inseparable compañera, á dar pasos tímidos y circospectos, á no avergonzarse de confesar su ignorancia, y á no jactarse de saber lo que ignorara.

Este estudio tomado con estas precauciones, desmora del de la religión, es el mas digno del hombre, ó para decirlo mejor, es el que mas completa y perfecciona el estudio de la religión, porque es el que mas nos descubre el amor, la sabiduría y la magnificencia de su autor. Este es estudio sólido, porque el instruye de lo que existe, lo hace conocer como lo profeta, y se aprovecha de lo que puede ser útil. En fin, manifiesta las muchas é infinitas relaciones y la abstracción y entera dependencia en que la criatura está de su Criador.

Pero este estudio debe hacerse sin pensar y en un lado tiempo, de manera que sin sentir y casi sin darselo le puedan aprender. Lejos de que sea como se nos enseña fatiga este estudio, debe ser puro y descanso de los otros. Nuestros pasos libros deben dedicarse únicamente á esta instrucción. El campo debe ser nuestra escuela, y divertirlémosnos aprendiéndonos el nombre, la realidad, y las propiedades de cuantos objetos se nos presentan á los ojos.

Desde el grano de arena hasta el peñasco, desde el templo hasta el otro, todo lo debemos conocer y examinar.

Allí pues aprenderemos la historia natural. No será nuestro gabinete una sala grande ó pequeña en que se habrán acumulado de regiones remotas producciones exóticas y raras, cuya colección sería difícil y apenas se excusaría utilidad; nuestro teatro será una magnífica y vasta, porque será todo el horizonte que pueda registrar nuestra vista. Serán todos las objetos á que pueda alcanzar nuestra mano, y los haremos pasar por nuestra examinación, para distinguirlos y aprovecharnos de sus lecciones.

Con esto fin trataremos de conocer todas las plantas de nuestro heretico. Aprenderemos su nombre, su familia y sus virtudes, y con esto nuestros esfuerzos campesinos podrán tal vez hallar remedio en sus dolencias y curarlas de nuestro estudio algun alivio. Lo mismo haremos con los árboles, arbustos, yerbas, flores, frutos, piedras y todas las demás riquezas que cubren esta nuestra región. Todas pasará por nuestro examen. Los animales, desde el larvo insecto hasta el ligero cervato y desde el oscurito tímido hasta el fiero leopardo, serán también objeto de nuestra indagación.

Para el estudio geográfico, el trabajo y el contento uno, que son tan útiles al hombre, no solo serán objeto de nuestra curiosidad, sino tambien de nuestra atención. No solo presentaremos conocer sus calidades para aprovecharnos de su servicio, ó para evitarlo, sino aprenderemos á socorrerlos y curarlos en sus enfermedades. En fin, nada de lo que puedan ver nuestros ojos y tocar nuestras manos se escapará de nuestro conocimiento, y advertiremos á cada uno de los años á que tenga un estante separado en que ponga según su gusto lo que le parezca mas curioso. Sin dudar que no pondrá mas que cosas comunes, pero que importa si el objeto es que aprenda á hacer colecciones de piedras, insectos ó mariposas? Que se acostumbra á poner cada cosa en su lugar, á clasificarla por su orden, y este estudio, que tal la diversion de su infancia, podrá compararse toda su vida y ser un estudio incesante de su adoración al Criador.

Tú quieres que aprenda algun arte, y lo to aprobo mucho; pero sin perjuicio de esta idea, yo quisiera que cuando llegara á la edad de diez y siete años, en que debemos ponerle sus labores, aprendiera á ser jardinero. Para esto yo daría á cada uno un cierto terreno cerrado y dentro ninguno pudiera entrar sin su permiso. Reconocida el primer año que tu jardinero fuese á hacer el plantío y sembrar, pero después debería salir por cuenta de los propios jóvenes al cultivo ulterior, y me parece que la emulación de los nuevos jardineros produciría la aplicación de todos.

Puedo por cierto que esta ocupacion pudiera serles muy útil. Desde luego aprenderían á reconocer las tierras, el arado mejorado para hacerlas muy fértiles, la necesidad y ventajas de los buenos objetos todos tan apropiados como esenciales en el cultivo de los campos. Fuera de esto aprenderían á plantar, regar, cultivar y mejorar las legumbres, los frutos y los mejores tiempos de recogerlos ó plantarlos. Es muy difícil que un jardinero mozo no se sienta bien á uno mismo que sabe tanto como él, y esto mismo de la agricultura, tan útil por sí mismo, añade muchas delicias y abundancias á la casa en que se maneja bien. Por otra parte, es tan dulce ver crecer el árbol que se ha plantado ó comer el fruto que nuestra propia mano ha sabido ingerir, que el

que vive en el campo con estos talentos tiene en sí mismo un mansalud inagotable de placeres. Además este ejercicio los fortalecerá el temperamento, trabajando cada dia una ó dos horas.

Pues la instrucción es haunter gratis la manion del campo, me parece que no debemos olvidar las artes agradables. Ya tienen algunos principios de la música y dibujo. Su virtuosa madre se aplicará á darles los primeros elementos. Les enseñará pues á dibujarse olvidar y al mismo tiempo hacerlos aprender bien. Y para tú, amigo, tomas con tanto desagrado el dibujo, y eres tan hábil en la música, tú debes encargarte de esta parte. Es mucha fortuna que tú estés en estado de enseñarles, que si no, sería menester hacer venir otro, y esto no deja de tener sus inconvenientes. Después te diré la vigilancia de que necesitan para alejar de nuestros niños toda sumerrosion que no sea alguna. Pero en fin, siendo tú su maestro, no hay que temer, y tambien tendrás el gusto de enseñarles un arte que en muchas ocasiones puede servirlos de recreacion inocente y tal vez les será un desahogo necesario.

En cuanto al dibujo, fuerza del colorido, yo me encargo, porque á Dios gracias me ha ejercitado en él lo bastante para poder instruirlos bien. Yo sé por experiencia como grande es el placer y embriego que produce, y es muy necesario para entretenerlos y hacerlos entender de la realidad á las creaciones de la imaginación. El que sabe dibujar sabe ver, porque se fija en el espíritu la idea de los objetos, y de sus proporciones con exactitud, se los retrata con fidelidad y tales como son; pero el que ve vagamente, sin tener cuenta ni saber el modo de determinar los contornos, medidas y lineamientos de los objetos, los altera con su fantasía y no puede significarlos ni describirlos con la exactitud que conviene.

Este arte tan necesario á todos, le es mas á un grande licenciado que tiene que tratar con artistas de toda especie, así para los instrumentos del campo como para las construcciones, y reparos de sus edificaciones, y debe aprenderse desde muy temprano, porque necesaria de una mano ligera y flexible. Los niños están todavía en la edad conveniente y yo te prometo que no perfecciona modo para que les aprendan bien. En especial me aplaudiré si que sepan hacer platos, porque así podrán dibujar la caballería y las figuras de sus guerras.

Me parece que con esto tendrán con que ocuparse hasta la edad de diez y siete años, en que ya mis robustos de ejercicios y mas formados de espíritu, será menester reforzar sus estudios, y dar otra forma á sus ocupaciones. Pero hasta entonces nuestro grande estudio debe ser el de hacer todos los instantes de su vida, para desterrar lejos de ellos la ociosidad, y el medio de conseguir sin fin un importante y tan difícil, es dividir todo su tiempo entre el estudio y recreacion, pero de manera que las recreaciones sean útiles para los ejercicios del cuerpo y para ciertos estudios que sirven de entretenimiento que se deben hacer en los horas de que los que llamamos estudios serian con de nosotros que pueden servir para la instrucción y al ejercicio de las virtudes.

Tú extrañas quizá no oírme hablar ni de la poesía ni

de la historia. En cuanto á la poesía, yo no la sé como convenientemente; me parece un arte que para no ser ridículo es menester ser sublime, y esto es dado á pocos. Creo que es necesario hacer y sentirse así con el ingenio de un Virgilio para dedicarse á este arte. Aun supuesto el talento, queda mucho campo abierto para el poeta, pero el defecto de los objetos á que se aplica. La rima es la misma cuando se presenta con el traje de una decente y decorosa prosa, y la poesía no la añade ni fuerza ni verdad, solo la viste con adornos, que por la mayor parte no consisten sino en la material combinacion de las palabras. Por otra parte, el poeta alguna ventaja, un hombre de bien no debería multiplicar sino en cantar la gloria de la religión, en exhibir á la observancia del moral ó en pintar con elegancia la hermosura de la virtud. Fuera de estos asuntos, todo lo demás á que se aplicó ó indolente ó ridículo; y por lo común la vive emplear de tal manera, que no se es posible contar con ella en nuestra educacion.

En cuanto á la historia profana, la miro como una lección arrisgada. Es un vaso cuyos bordes están durados pero el fondo suele estar lleno de ponzoña. Muchos historiadores han tratado de la mayor parte del espíritu del mundo, los hombres en sus narraciones sin reparo. Pintan los objetos con falsos colores, transforman los vicios en virtudes, exaltan la afección, evalúan la gloria humana y están casi siempre por los postres dulces y agradables. El conquistador es un héroe, la modesta naziota es baja y hasta los delitos, como son brillantes son aplaudidos. El lector instante que no tiene formado el juicio, se traga el veneno sin sentirlo, y algunas veces que corrompen su corazón y le desecorollan el Evangelio. Preservémosle á nuestros niños de tan funesto contagio, y si algun día debiera leerla, que sea cuando ya puedan discernir los errores, ó con algun de nosotros que le presente los preservativos.

Pero para conseguir el fruto de nuestra aplicación es indispensable que tomemos de estudio algunas disciplinas previas de que voy á proponer algunas. Tu mas esencial que entretener con lo que jamás habrán á solas, no ninguno que pueda destruirse en un instante todo el trabajo de muchos dias. Por regla general es menester que no tengamos criado destinado á servirnos, á fin de que se ocupen al trabajo que hacen uso de sus miembros, y que sintan el precio de su independencia. Los hijos pues deben saber que no pueden mudar á nadie, y los criados deben estar advertidos de no obedecerlos y de no hacer por ellos nada de lo que pueden hacer ellos por sí mismos.

Lo que me importa mas que todo es, que disponamos las cosas de manera que nunca por ningún motivo los dejemos solos y en la ocasión de hablar con alguno, como no sea en nuestra presencia. Te repito esto porque considero muy importante que nadie les diga palabra que no la diga uno de nosotros. Bien sé que esta es una terrible sujeción; pero si queremos conservar su inocencia es indispensable que nos hagamos de ello una ley invariable. De mi parte te prometo que jamás me separaré un instante de ellos, y que sin abstracción, sin pedantería, sin que ellos mismos ni otro alguno advierta mi vigilancia, nadie les dirá nada que yo no escuché; pero si por desgracia me halla enfermo é impedido, será menester que tú me suplías. Inútil tanto en esto porque se llega fácilmente al punto sin vientos contrarios; pero una borrasca sola puede con-



se sabe de lo mucho que no opina y de lo infinito que su  
ignora. Pero á fin de que las pocas verdades que se saben  
se graben más en su memoria, hace venir mi gabinete ó  
mi colección de instrumentos y con ellos les hace ver los  
verdaderos fundamentos que la experiencia ha revelado á  
nuestra ciencia.

También les daé una instrucción muy entendida de los  
elementos de la química, para que se formen sin justa líta  
de la transformación de las sustancias y de la utilidad que  
han sacado las artes de la disolución de las materias, y les  
comunicaré con más individualidad la geografía, así para que  
conozcan la casa en que habitan como para que puedan  
entender la historia cuando llegare el caso de que jamas  
juntar.

Pero en lo que procurare detenerlos mucho es en la ob-  
servación del cielo y en el estudio de la astronomía.  
Esta ciencia, que trae consigo tanto atractivo y embellece,  
es también la que mas contribuye á disipar de algun modo  
la grandeza, la magnificencia y la inmensidad del Creador.  
Esas innumerables globos colgados en la esfera, esas otras  
brillantes que los telescopios multiplican á medida que se  
perforacion, esas otras que se ven en el cielo, que se te-  
nen por alejadas, y que la razón supone por analogía, apenas  
los dibuja sin llenarlos de admiración y de asombro.

Quiera levantando los ojos á la esfera y contemplando en el  
incomparable espacio tantos globos celestes sembrados  
por todos sin número, no reconocerá su pequeñez y su mi-

serial. ¡Qué hombre no se sumergirá en su nada, y quién,  
en fin, se alegrará de los bienes de la tierra cuando ve en la  
grandeza de los cielos un indicio de la magnificencia que  
no puede ver, pero que puede esperar!

Si, Antonio. Nada hay en este bajo mundo que pueda  
darnos alguna idea de su autor, como la inmensidad de es-  
tas grandiosas obras de su poderoso mano. Yo espero di-  
vertirlos, interesarlos y ocuparlos mucho con ellas. Sobre  
todo, espero conserrar en su corazón el amor y el temor,  
el respeto y la gratitud que se debe á un Dios tan po-  
deroso, tan magnífico y liberal con sus criaturas. Espero  
también hacerlos concebir cuántos bienes prepara á la vir-  
tud el que después de hacerse ver tan grandes cosas, nos  
dice que conserva en su mansion para sus escogidos lo que  
los ojos no han visto ni han sentido los oídos.

Estas son las ocupaciones que he hecho proyectado con-  
ducirlos al día en que fijan su destino y deben gobernarse  
ya por sus propios consejos. ¡Dichoso yo si he podido contri-  
buir á su felicidad y que la propagare á los hijos que teni-  
an! ¡Mas dichoso si logro que salgan de mis brazos tan  
puros é inocentes como entraron y mil veces más dichoso  
si Dios, á quien consagro mis deseos y mis quejas, imploro  
los millos, se digna de aceptar este pequeño sacrificio.

Esta cura se ya tan larga, que no me atrevo á conti-  
nuarla, y con todo, no he podido hablarte en ellas más que  
de los hijos. En mi primera te hablaré del padre. Adios,  
quiere Antonio.

CARTA XXXVII.

MARIANO A ANTONIO.

Antonio mió voy á continuar mi relación, y como te  
prometí en mi última, á hablarte del padre. Ya te acordarás  
que cuando te comunicaba á la América y me trajiste  
aquí, la primera cosa que te dió en rostro fue la miseria  
de este lugar. Yo me acordé de que te vícueto este es-  
pantoso horroroso, me dijiste que aunque por el progreso  
mucha de los lugares de España en ciertas provincias eran  
infelices y miserables, no habias visto ninguno que lo fuese  
tanto, y no podias concebir cómo se toleraba que una so-  
ciedad de hombres vivese con tan poca política y amor,  
y afanase que este degradada la humanidad.

En efecto, las cosas por la mayor parte eran miserables  
y aumentaban cada vez más que no se podía estar en  
pié, las bondas que el agua no podía salir y estaban siem-  
pre húmedas, sus ventanas eran tan pequeñas, que el aire  
no podía circular. Así los niños de aquellas miserables  
lajas de servir de reparo á sus padres, eran pequeños de  
vivos. Las calles estaban tan cargadas de inmundicia, tan  
llenas de infección, que no extrañamos que en salud, la  
robuste y la alegría no pudiesen habitar en ellas. Cono-

cimiento la verdadera causa de la miseria, y me afligió mucho  
ver tantas gentes que con el aspecto de hambrientos y con  
el horror de la desnudez, nos presentaban al día la más in-  
mensurable indigencia. Te parlé y yo quedé consternado  
considerando la infeliz sociedad á que me destinaba el  
cielo.

Me acordé que me acordé este espectáculo. El me man-  
ifestó la suya, y me dijo que esto lo atribuía á un solo  
causa que llevaba de seme, pero que su parroquia era en ge-  
neral muy pobre, y que si alguna vivían con tal ci-  
vilidad, los mas eran infelices y á ninguno sobraba nada.  
Me manifestó que sus rentas eran tan cortas, y no bastaban  
á socorrer los muchos pobres, que así su auxilio morían  
de necesidad, y que siendo estas los tiempos vivos de Dios,  
la piedad que merecían ser preferidos. En fin, yo no veía

ni escuchaba nada que no me entriese de luto el corazón.  
Lo único que me consoló fue el mismo cura, que me  
pareció en su aspecto y discursos hombre sumo y religioso,  
de mucho juicio y grande instrucción. La experiencia  
nos ha hecho conocer después su piedad, su virtud y  
virtud.

Desde que volvió mi amigo le di parte de mis tristes  
observaciones, y él me respondió: Yo lo he visto como tú,  
y la primera impresión que me hizo fue tan melancólico  
como la que tú experimentas; pero una reflexión me ha  
calmado, y espero que produzca el mismo efecto en tí. Yo  
me dije: pues Dios me trae á este lugar que parece desolado  
y me da los medios de poder remediarlo, sin duda  
que me hace venir para que sea el reparador de tantas ma-  
las. Va aquí pues la vocación de mi vida, ve aquí el des-  
tino que me explica el cielo: tú puedes decirte lo mismo, y  
en vez de gemir sobre tantas miserias, trabajamos para re-  
mediarlas.

Veo que hay mucho que hacer; pero haremos lo que  
podamos, y se puede conseguir mucho con la protección del  
cielo, y cuando se va despues y con malicia. Hagamos  
cuanto sea posible, pero que sea sin finis ni ostentación.  
Empecemos por hablar con el cura y ponernos de acuerdo  
con él. Retor informado de que en la ciudad vecina hay  
un buen arquitecto, le harémos venir, le pediremos, que  
nos haga un plan en que nos proponga los medios de ex-  
tender, mejorar y hacer sana la iglesia, y nos pedimos ser-  
vir de su talento para concluir esta obra.

Penúltimo el cura, que voy á la ciudad, que compra los  
de los ornamentos y vasos que le parecen necesarios para  
la honra y majestad del culto, y en breve todo esto  
pueda estar reparado. Que estas sean nuestras primeras  
ocupaciones. Tú y yo debemos considerarnos como hom-  
bres que ha traído aquí el cielo para ser los padres de este  
pueblo. Yo sería reo de toda la miseria que pudiera  
haber aquí si no la remediará. Dios me impuso esta obli-  
gación dándome tantas bienes y desechos, y ahora me la  
renueva haciéndome vivir con estas gentes: todos los po-  
bres son mis hijos y van á ser objetos de mi solicitud.  
Empecemos pues por ellos, pero sin olvidar á Dios.

Yo aplaudí ideas tan cristianas. Vino el arquitecto, se  
proyectó el plan, se emprendió la obra. La iglesia se agran-  
dió, se aclaró y adornó. El cura, trajo de la ciudad lo que  
necesitaba para servir á los usos del culto, y cuando  
todo estuvo pronto hicimos para bendecir y abrir la  
iglesia una función especial, en que yo dije la misa y el cura  
nos predicó un sermón. Este sermón se cobó de darnos  
una idea digna del mérito de nuestro pastor, pues nos pre-  
dicó con la simplicidad que correspondía al auditorio, pero  
con toda la pureza y elevación que pide el Evangelio y con  
la tierra y religiosión unido de un corazón devoto y pen-  
sado.

Mi amigo habia mandado hacer para aquel día doscientos  
vestidos de hombre, otros tantos de mujer y cuatrocientos  
de muchachos, y los habia dado al cura para que los dis-  
tribuyese entre los más demandados. Todos aquellos vesti-  
dos ya con descomulgación á nuestra misa, y esta circunstancia  
contribuyó mucho á hacer más plausible nuestra fiesta, que  
fue muy alegre sin dejar de ser devota. Parecía que to-  
das aquellas gentes habían adquirido un espíritu nuevo, que  
se hallaban gozosa de verse con una iglesia más espoco-

sa y elevada, en que ya no tenían infección ni humedad,  
en que se veía más luz, se respiraba mejor aire y se adora-  
ba á Dios con más devoción.

Para acabar de una vez este asunto te diré, aunque sea  
repetando las cosas, que una de las cosas que nos afligie-  
ron mas, fue que entrando un día en la escuela, no vimos  
en ella más que un corto número de muchachos á quienes  
se les daba una enseñanza muy imperfecta. Nos pareció  
muy extraño que en un lugar en donde habia tantos mu-  
chachos hubiese tan pocos que quisieran aprender los ru-  
dimentos más necesarios; pero lo que nos afligió más que  
todo fue ver al maestro, que conocimos era un idiota que  
apenas sabía leer, menos escribir, y que solo sabía la do-  
ctrina cristiana por rutina, sin entenderla.

El cura que nos acompañaba nos dijo que en el lugar no  
había otro ni podía haberlo, porque no era posible proporcionar  
á un maestro que fuera capaz de enseñar bien un  
salario competente con que poder subsistir; que esto pro-  
veye de que una gran parte de los padres eran tan pobres,  
que si siquiera podían pagar la módica retribución acor-  
tumbada; que otro gran número que podían pagarla, eran  
de ignorantes eces misérrimos, y no conocían la importan-  
cia de esta instrucción, se desentendaban de su hijo y  
preferían comprarlo en cosa que usaban más útiles que  
estudiando la escuela de letras no era posible pagar un maes-  
tro, y que si el señor había sido era porque no podía vivir  
de otra manera, y que mejor era aquello que nada, y aun  
así se veía continuamente precisado á socorrerlo.

Con esta noticia nos acordó que el año antecedente ha-  
bía venido al lugar un hombre malo en el lugar mismo,  
pero que habiéndolo criado en la capital, se había instruido  
bien y era un maestro excelente; que estaba en estudio de  
enseñar bien á leer, escribir y contar, y aunque muy bien en-  
tendido en la doctrina cristiana, y capaz de enseñar con  
perfección; que había hecho cuanto era posible para dis-  
tribuirlo y que romoso la escuela del lugar á su cargo;  
que el mismo maestro lo decía, porque tenía en él sus  
pacientes y amigos; pero que habian visto que era imposible,  
porque el abandono general de la escuela, y la incuria de  
los padres impedíanlo su subsistencia.

Esto me causó, señores, tanta pena, nos acordó el  
cura, porque yo hubiera encontrado en esta hombre lo que  
hubiera estado los mas vivos deseos de mi corazón. ¿Y  
cómo está ese hombre? le preguntó mi amigo. Se volvió  
á la capital, dijo el cura. ¿Y pensaba, le volvió á decir mi  
amigo, que si se le ofreciera un salario proporcionado que-  
ría venir todavía? No lo dudo, respondió, pero lo desista  
mucho. Pues bien, señor cura, contestó; mi amigo escri-  
biólo que venga, yo señalaré el salario que convenga  
darle y yo me obligo á hacer que se lo dé; que venga, que  
asiento á los muchachos de baile; que su obligación sea  
instruirlos en la doctrina cristiana, en leer, escribir, contar  
y algo de dibujo y nosotros haremos lo posible para estu-  
diar á los niños á que corran á sus hijos á la escuela.

En efecto, el hombre vino y la descompenso completa-  
mente el ejercicio de su ministerio. La escuela está hoy  
bien arreglada, los muchachos van todos, mi amigo tomó  
para esto medidas que no explicaré despues. Ahora solo  
te digo, que todos han aprendido fuera de lo esencial al-  
guna cosa de dibujo y algo del canto de la iglesia, que res-  
ponden muy bien á los oficios, que todos los domingos y

se sabe de lo mucho que no opina y de lo infinito que su  
ignora. Pero á fin de que las pocas verdades que se saben  
se graben más en su memoria, hace venir mi gabinete ó  
mi colección de instrumentos y con ellos les hace ver los  
verdaderos fundamentos que la experiencia ha revelado á  
nuestra ciencia.

También les daé una instrucción muy entendida de los  
elementos de la química, para que se formen sin justa líta  
de la transformación de las sustancias y de la utilidad que  
han sacado las artes de la disolución de las materias, y les  
comunicaré con más individualidad la geografía, así para que  
conozcan la casa en que habitan como para que puedan  
entender la historia cuando llegare el caso de que jamas  
juntar.

Pero en lo que procurare detenerlos mucho es en la ob-  
servación del cielo y en el estudio de la astronomía.  
Esta ciencia, que trae consigo tanto atractivo y embellece,  
es también la que mas contribuye á disipar de algun modo  
la grandeza, la magnificencia y la inmensidad del Creador.  
Esas innumerables globos colgados en la esfera, esas otras  
brillantes que los telescopios multiplican á medida que se  
perforacion, esas otras cual sin término á que el telesco-  
pio no alcanza; y que la razón supone por analogía, apenas  
los dibuja sin llenarlos de admiración y de asombro.

Quiera levantando los ojos á la esfera y contemplando en el  
incomparable espacio tantos globos celestes sembrados  
por todos sin número, no reconocerá su pequeñez y su mi-

serial. ¡Qué hombre no se sumergirá en su nada, y quién,  
al fin, se alegrará de los bienes de la tierra cuando ve en la  
grandeza de los cielos un indicio de la magnificencia que  
no puede ver, pero que puede esperar!

Si, Antonio. Nada hay en este bajo mundo que pueda  
darnos alguna idea de su autor, como la inmensidad de es-  
tas grandiosas obras de su poderoso mano. Yo espero di-  
vertirlos, interesarlos y ocuparlos mucho con ellas. Sobre  
todo, espero comenzar en su corazón el amor y el temor,  
al respecto y la gratitud que se debe á un Dios tan po-  
deroso, tan magnífico y liberal con sus criaturas. Espero  
también hacerlos concebir cuántos bienes prepara á la vir-  
tud el que después de hacerse ver tan grandes cosas, nos  
dice que conserva en su mansion para sus escogidos lo que  
los ojos no han visto ni han tocado los oídos.

Estas son las ocupaciones que yo hecho proyectado con-  
ducirlos al día en que fijan su destino y deben gobernar  
ya por sus propios consejos. ¡Dichoso yo si pudiese contri-  
buir á su felicidad y que la propagara á los hijos que teni-  
an! Mas dichoso si logro que salgan de mis brazos tan  
puros é inocentes como entraron y mil veces más dichoso  
si Dios, á quien consagro mis deseos y de quien imploro  
los auxilios, se digna de aceptar este pequeño sacrificio.

Esta cura se ya tan larga, que no me atrevo á contin-  
uarla, y con todo, no he podido hablarte en ellas más que  
de los hijos. En mi primera te hablaré del padre. Adios,  
quiere Antonio.

CARTA XXXVII.

MARIANO A ANTONIO.

Antonio mió voy á continuar mi relación, y como te  
prometí en mi última, á hablarte del padre. Ya te acordarás  
que cuando te comunicaba á la América y me trajiste  
aquí, la primera cosa que te dió en rostro fue la miseria  
de este lugar. Yo me acordé de que te vícueto este es-  
pantoso horroroso, me dijiste que aunque por el gran  
número de los legados de España en ciertas provincias eran  
infelices y miserables, no habías visto ninguno que lo fuese  
tanto, y no podías concebir cómo se toleraba que una so-  
ciedad de hombres viese con tan poca política y amor,  
y afanarse que este degradada la humanidad.

En efecto, las cosas por la mayor parte eran miserables  
y aumentaban cada vez más que no se podía estar en  
pié, las bondas que el agua no podía salir y estaban siem-  
pre húmedas, sus ventanas eran tan pequeñas, que el aire  
no podía circular. Así los niños de aquellas miserables  
lajas de servir de reparo á sus padres, eran pequeños de  
vivos. Las calles estaban tan cargadas de inmundicia, tan  
llenas de infección, que no extrañamos que en salud, la  
robuste y la alegría no pudiesen habitar en ellas. Conoci-

bimos la verdadera causa de la miseria, y nos afligió mucho  
ver tantas gentes que con el aspecto de hambrientos y con  
el horror de la desnudez, nos presentaban al día la más in-  
mensurable indigencia. Te parlé y yo quedé consternado  
considerando la infeliz sociedad á que me destinaba el  
cielo.

Mi corazón se afligió mas cuando habiendo ido á buscar  
al cura, lo encontré en una iglesia oscura, humilde, triste,  
descalificada, y que apenas presentaba un lugar decente para  
ofrecer el sacrificio, y así las vestiduras de los sacerdotes  
del culto me parecían muy pobres. No pude hablar al  
cura la pena que me causaba este espectáculo. El me man-  
ifestó la suya, y me dijo que esto lo atribuía á un solo  
causa que llevaba de seme, pero que su parroquia era en ge-  
neral muy pobre, y que si alguna vivían con tal ciu-  
dadidad, los mas eran infelices y á ninguno sobraba nada.

Me manifestó que sus rentas eran tan cortas, y no bastaban  
á socorrer los muchos pobres, que así su auxilio morían  
de necesidad, y que siendo estas los tiempos vivos de Dios,  
la piedad que merecían ser preferidos. En fin, yo no veía

ni escuchaba nada que no me entriese de luto el corazón.  
Lo único que me consoló fué el mismo cura, que me  
pareció en su aspecto y discursos hombre sumo y religioso,  
de mucho juicio y grande instrucción. La experiencia  
nos ha hecho conocer después su piedad, su virtud y  
virtud.

Desde que volvió mi amigo le di parte de mis tristes  
observaciones, y él me respondió: Yo lo he visto como tú,  
y la primera impresión que me hizo fué tan melancólico  
como la que tú experimentas; pero una reflexión me ha  
calmado, y espero que produzca el mismo efecto en tí. Yo  
me dije: pues Dios me trae á este lugar que parece desolado  
y me da los medios de poder remediarlo, sin duda  
que me hace venir para que sea el reparador de tantas ma-  
las. Va aquí pues la vocación de mi vida, ve aquí el des-  
tino que me explica el cielo: tú puedes decirte lo mismo, y  
en vez de gemir sobre tantas miserias, trabajamos para re-  
mediarlas.

Veo que hay mucho que hacer; pero haremos lo que  
podamos, y se puede conseguir mucho con la protección del  
cielo, y cuando se va despues y con malicia. Hagamos  
cuanto sea posible, pero que sea sin finisio ni ostentación.  
Empecemos por hablar con el cura y ponernos de acuerdo  
con él. Retor informado de que en la ciudad vecina hay  
un buen arquitecto, le harémos venir, le pediremos, que  
nos haga un plan en que nos proponga los medios de ex-  
tender, mejorar y hacer sana la iglesia, y nos pedimos ser-  
vir de su talento para concluir esta obra.

Penémosle el cura, que vaya á la ciudad, que compre los  
de los ornamentos y que los parezcan necesarios para  
la honra y majestad del culto, y en breve todo esto  
pueda estar reparado. Que estas sean nuestras primeras  
ocupaciones. Tú y yo debemos considerarnos como hom-  
bres que ha traído aquí el cielo para ser los padres de este  
pueblo. Yo sería reo de toda la miseria que pudiera  
haber aquí si no la remediará. Dios me impuso esta obli-  
gación dándome tantas bienes y desechos, y ahora me la  
renueva haciéndome vivir con estas gentes: todos los po-  
bres son mis hijos y van á ser objetos de mi solicitud.  
Empecemos pues por ellos, pero sin olvidar á Dios.

Yo aplaudí ideas tan cristianas. Vino el arquitecto, se  
proyectó el plan, se emprendió la obra. La iglesia se agran-  
dió, se aclaró y adornó. El cura, trajo de la ciudad lo que  
necesitaba para servir á los usos del culto, y cuando  
todo estuvo pronto hicimos para bendecir y abrir la  
iglesia una función especial, en que yo dije la misa y el cura  
nos predicó un sermón. Este sermón se cobó de darnos  
una idea digna del mérito de nuestro pastor, pues nos pre-  
dicó con la simplicidad que correspondía al auditorio, pero  
con toda la pureza y elevación que pide el Evangelio y con  
la tierra y religiosión unido de un corazón devoto y penen-  
trado.

Mi amigo había mandado hacer para aquel día doscientos  
vestidos de hombre, otros tantos de mujer y cuatrocientos  
de muchacho, y los había dado al cura para que los dis-  
tribuyese entre los más demandados. Todos aquellos vesti-  
dos ya con decencia á nuestra misa, y esta circunstancia  
contribuyó mucho á hacer mas plausible nuestra fiesta, que  
fui muy alegre sin dejar de ser devoto. Parecía que to-  
das aquellas gentes habían adquirido un espíritu nuevo, que  
se hallaban gozosa de verse con una iglesia mas espoco-

sa y elevada, en que ya no tenían infección ni humedad,  
en que se veía más luz, se respiraba mejor aire y se adora-  
ba á Dios con más devoción.

Para acabar de una vez este asunto te diré, aunque sea  
repetando las cosas, que una de las cosas que nos afligie-  
ron mas, fué que entrando un día en la escuela, no vimos  
en ella mas que un corto número de muchachos á quienes  
se les daba una enseñanza muy imperfecta. Nos pareció  
muy extraño que en un lugar en donde habia tantos mu-  
chachos hubiese tan pocos que quisieran aprender los ru-  
dimentos mas necesarios; pero lo que nos afligió mas que  
todo fué ver al maestro, que conociera una idea que  
apenas sabía leer, menos escribir, y que solo sabía la do-  
ctrina cristiana por rutina, sin entenderla.

El cura que nos acompañaba nos dijo que en el lugar no  
había otro ni podía haberlo, porque no era posible propor-  
cionar á un maestro que fuera capaz de enseñar bien un  
salario competente con que poder subsistir, que esto pro-  
hibe de que una gran parte de los padres eran tan pobres,  
que si siquiera podían pagar la módica retribución acor-  
tumbada; que otro gran número que podían pagarla, eran-  
do ignorantes ellos mismos, no conocían la importancia  
de sus hijos, ni se acordaban de su obligación de darles una  
educación que les sirviera de apoyo en la vida; que otros  
que estando la escuela de niños era posible pagar un maes-  
tro, y que el de niñas había sido era porque no podía vivir  
de otra manera, y que mejor era aquello que nada, y aun  
así se veía continuamente precisado á socorrerlo.

Con esta noticia nos acordó que el año antecedente ha-  
bía venido al lugar un hombre malo en el lugar mismo,  
pero que habiéndolo criado en la capital, se había instruido  
bien y era un maestro excelente; que estaba en estudio de  
enseñar bien á leer, escribir y contar, y aunque muy bien en-  
tendido en la doctrina cristiana, y capaz de enseñar con  
perfección; que había hecho cuanto era posible para dis-  
tribuirlo y que romo la escuela del lugar á su cargo,  
que el mismo maestro lo decida, porque tenía en él sus  
pacientes y amigos; pero que habian visto que era imposible,  
porque el abandono general de la escuela, y la incuria de  
los padres impedíanlo su subsistencia.

Esto me causó, señores, tanta pena, nos acordó el  
cura, porque yo hubiera encontrado en esta hombre lo que  
hubiera estado los mas vivos deseos de mi corazón. ¿Y  
cómo está ese hombre? le preguntó mi amigo. Se volvió  
á la capital, dijo el cura. ¿Y pensaba, le volvió á decir mi  
amigo, que si se le ofreciera un salario proporcionado que-  
ría venir todavía? No lo dudo, respondió, pero lo desista  
mucho. Pues bien, señor cura, contestó; mi amigo escri-  
bido que venga, yo señalaré el salario que convenga  
darle y yo me obligo á hacer que se lo dé; que venga, que  
asiento á los muchachos de baile; que su obligación sea  
instruirlos en la doctrina cristiana, en leer, escribir, contar  
y algo de dibujo y nosotros haremos lo posible para estu-  
diar á los niños á que corran á sus hijos á la escuela.

En efecto, el hombre vino y la dispenso completa-  
mente el ejercicio de su ministerio. La escuela está hoy  
bien arreglada, los muchachos van todos, mi amigo tomó  
para esto medidas que no explicaré despues. Ahora solo  
te digo, que todos han aprendido fuera de lo esencial al-  
guna cosa de dibujo y algo del canto de la iglesia, que res-  
ponden muy bien á los oficios, que todos los domingos y

das de fiesta, tenemos misas solemnemente, que yo soy el que las digo de ordinario, que el cura les hace sermones recatadamente oídos y devotos, que todo se practica con la mayor unción y reverencia, y que lo figurado de edificación y dulzura celestial al vicario como pasamos en la iglesia los milaneses de los días consagrados al culto del Señor.

Desde que le dió como pasamos las tardes, pero ahora para no perder el hilo de la enseñanza pública, le hablaré de los misas. Milánigo preguntó al cura qué educación se le daba, y cómo respondí que ninguna, que no había escuela en que aprendiesen, que no tenían más maestros que sus propios padres, y que siendo estos ignorantes de todo, no podían darles mejor educación que la que recibían; que en cuanto á la doctrina católica el profesor instruíalos poco que siendo felices, lo era imposible instruir á los niños, que era una lástima ver la pobreza que habíaban las misas de las otras, pues eran pocos las que sabían leer que con ser de la parte más triste de aquella población, porque los profesores por su poca habilidad en todo, estaban ociosos de todos los males que se ganaban en la vida.

Este estado del alférez mucho á mi amigo y dijo al cura: ¡No habría remedio para remediar esto! Yo dije muy sencillamente, respondiéndole sería imposible establecer una escuela, la dotarla y encontrar una mujer capaz de dirigirla. La mujer es difícil, volvió á decir al amigo, porque en cuanto á la honestidad de la escuela y su dotación, yo podría hacer cosas. Oyendo esto, como si un rayo de luz me pasara por delante de los ojos, me acordé de una mujer que yo conocí, y así dije: Yo recordé una mujer que creo muy capaz de esta confianza. Es una viuda que poco ha perdido á su marido y con él la renta de su empleo. Ha quedado en la última pobreza. Yo la vi en situación muy desconsolada. Se que ha tenido una educación distinguida, y me parece muy superior á lo que necesita una muchacha.

Creo que nosa podría hacer una escuela mejor, porque fuera de la instrucción y talado que he dicho, me consta que es prudente, modesta y religiosa, y no me parece imposible que acepte la proposición, porque baso un destino con que poder subsistir. Mi amigo pidió con encarecimiento que le escribiera sin perder un instante. Yo le hice la mejor viña y la puse una escuela que da gusto verla. Muchas muchachas se han educado y otras se educan. Ya hay muchas que saben la doctrina de la religión con una inteligencia muy superior. La coman, que leen y escuchan bien, y además han aprendido todas las artes propias de su sexo. Ya no hay padre que no se apresure á entrar á su casa, y no podrías figurarte cuánto ha influido esta atención á mejorar las costumbres públicas, ya todas parecen sencillas, desocultas y modestas, se distinguen fácilmente las que han estado en la escuela, y esto ha contribuido á derramarse entre toda una particular docencia y atención. Despues de someter á examen de estos niños, cuando acaban el tiempo de su enseñanza.

Mientras sus compañeros en estos objetos, nosotros también grandes excursiones en el campo y diferentes juegos y útiles pasamos. Mi amigo quiso verlo todo y recomendar por sí mismo tanto la atención y límites de sus propiedades, como el territorio de la comarca, y no daba un paso sin gemir, porque lo hallaba todo en mal estado. No se veía más que una porción inmensa de tierra fría aban-

donada; muy poca, esto es, la que estaba mas cerca del lugar, puesta en cultivo, y toda la demás en manos de los establos y agrestes montañas. Ann aquella porción que estaba cultivada, lo estaba de una manera tan superficial y miserable, que no se podía ver sin lástima. La tierra apenas estaba renovada, y cuando observábamos los tristes labradores cultivando sus campos, nos daba pena ver sus arados tan pequeños y ligeros, sus animales tan débiles y por consiguiente los surcos muy superficiales.

Muchas veces me dijo mi amigo: Ve sépti por qué esta tierra aunque sea tan fértil como es, no produce más que cosechas inferiores. ¿Cómo puede ser fértil si está tan poco renovada, si se trabaja tan poco y se le ayuda ó fertiliza menos? y ve aquí también la causa primera y mas activa de la pobreza de este pueblo. Todo poco que en la agricultura no florece, será siempre doblado, porque con ella todas las artes se demoran y adelantan, y sin ella todas se debilitan y se pierden.

MI amigo pensaba seriamente en basar un remedio á este mal, que es la raíz de todos los males políticos y arrojaba como la ocasión y la causa de los impores; pero no acertaba. Un día me dijo: Yo he hecho reflexiones y me parece que la única más inmediata de la felicidad y bienestar que observamos en nuestros labradores, procede de las propiedades. El primero es su ignorancia; no habiendo recibido educación alguna, no se imaginan que se haya más que trabajar, que lo que ellos hacen. El segundo es su pobreza, por lo que siempre suponen que es posible otra cultura mejor, no habiendo los medios de poderla en práctica. La tierra es una madre fecunda y agradecida, pero corresponde á proporción de lo que se la da y no retrocede sino á medida de lo que se cultiva.

Para remediar estos inconvenientes no veo más que dos remedios. El primero es el del ejemplo al pueblo se persuade con hechos, no con discursos. Me parece que yo haría bien en destinar una porción de tierra cerca del lugar á la vista de todos y hacerla cultivar bien. Allí podría ver cómo se cultiva bien una tierra, y mis cosechas, que serían ciertamente muy superiores á las suyas, les harían conocer las ventajas del buen cultivo. Si yo muy posible que ellos no ojan nada y que yo sea mucho, y entonces verán la diferencia que hay de una tierra bien cultivada á otra que no lo está. Es natural que así aprenda porque la mayor parte de la pérdida de nuestras montañas tiene por principio los defectos de nuestro cultivo. Esto mi parecer demostrarme, y para convencerse le pido agua con atención al raciocinio que voy á hacer.

La experiencia nos hace ver que por lo común las causas porque se pierden las cosechas en España, y que tantas veces exponen la nación á la miseria son cuatro: ó las aguas excesivas del invierno desuelan la tierra y destruyen el grano, ó la falta tardía que sobreviene cuando ya están formados las cañas le cortan la vegetación, ó la falta de lluvias en la primavera deseca las plantas, ó finalmente, los vientos bohemiosos que producen los vientos meridionales y que llegan en el momento de la granazón, empujan al grano, lo desmenujan y hacen perder su natural germen. Me parece que estas son las causas ordinarias de la pérdida ó disminución de las cosechas, y que todo lo demás que puede hacerse más es un fenómeno extraordinario de que no debe hacerse caso ni mención.

Supuestos estos hechos, es fácil considerar la diferencia de un buen cultivo al malo y las ventajas de una tierra bien preparada á otra que no lo está. Llamo mal preparada á una tierra que no está labrada más que superficialmente, porque el arado no ha profundizado, y que por esta deficiencia no ha podido sacar nueva tierra, que está descubierto y sea productiva, sino que presenta siempre la misma superficie, ya fatigada de haber producido, cuando sus ve la dividida la tierra en parcelitas, á las que se la dejan grandes glabras, que no solo no producen, sino que impiden que proficua la tierra que cubren, y en fin, cuando por fin se ha renovado el interior se conserva el fondo duro y queda la superficie superficial expuesta á todos los inconvenientes, que por consiguiente no puede hacer, y si más no puede tomar consistencia ni robustez, porque á causa de la dureza del fondo no puede penetrar, con sus raíces.

Llamo la tierra bien preparada cuando está labrada profundamente y cuando al arado renovando el fondo ha sacado otra tierra nueva que presenta una superficie descausada, capaz de producir con nuevo vigor cuando está tan débil y tan sin glabras que parece pulverizada, y en fin, cuando la labor es bastante profunda para que el grano que se siembra quede enterrado á lo menos cuatro pulgadas, y además el fondo en que se está bastante renovado para que pueda penetrarlo con sus raíces, vegetar y fertilizarse.

Es evidente que en la primera tierra el grano queda superficial y sobre un fondo duro que no le es útil penetrar, por consiguiente no puede robustecerse y queda vulnerable á todas las intemperias, y que en la segunda está bastante cubierto y defendido, y como aumenta un fondo blando, puede en poco tiempo ceder raíces profundas, pulverizarlo, fortalecerse y sufrir sin peligro muchas intemperias.

Esto solo basta para demostrar y hacer sensibles las causas, porque se ve angustiada tantas veces la nación con la falta de la cantidad de las cosechas, pues las encontramos fácilmente en la pobreza de sus arados, y en lo superficial de sus trabajos, recordando los principios que he mencionado á todas las intemperias, y que en la segunda está bastante cubierto y defendido, y como aumenta un fondo blando, puede en poco tiempo ceder raíces profundas, pulverizarlo, fortalecerse y sufrir sin peligro muchas intemperias.

Si los hechos son tanidos como la causa ya formada y no puede vegetar una, pero esto me da que el grano no habiendo podido ceder una raíz fuerte y vigorosa porque no ha podido penetrar la tierra, tampoco ha podido criar más que una arista ó una débil y sencilla, que no puede resistir á la impresión del hielo, y por esto al instante se seca y marchita; pero si hubiera podido arraigarse mejor, hubiera producido una caña mas robusta que la hubiera preservado de aquel daño, resistiendo á la rigidez de la intemperia.

Si la sequedad y el ardor de la primavera queman y consumen en poco tiempo las mieses de los campos, es porque la poca agua de las lluvias del invierno que ha podido guardar en su seno una tierra dura, no dispuso muy pronto con el calor del sol, y la débil raíz no puede resistir á su

actividad, en vez que si la tierra hubiera estado profundamente renovada, hubiera guardado en su fondo mas humedad, y tanto por la mayor fuerza que sus raíces adquirieron como por la mayor flexibilidad que conserva, hubiera aguantado la sequedad, esperando mas tiempo el socorro del cielo.

En fin, si el bohemio enjuga, deseca y consume las plantas, es porque las encuentra débiles, sin vigor ni resistencia, pero las robustas le resistieron mas, porque con la humedad de su pie y la fuerza y lentitud de su caída se defendieron mejor.

Ve aquí las causas porque aunque Dios ha dotado á nuestra España de las mas excelentes tierras de Europa, y tan fecundas que se podría alimentar diez veces mas el número de sus habitantes, se halla tantas veces angustiada, y con las justas tempestades de no poder elevarse los pocos que tiene son necesarias las mas felices intemperias del cielo para que salga por azoso una pequeña cantidad, y como vietas las vicisitudes de las estaciones, algunas veces, las cosechas abundantes tambien son raras, y la menor intemperia basta para destruir en un momento las cosechas y las esperanzas de un año.

Vuelvo á decir que es visible que esta miseria unas de la poca atención que se da á la agricultura, y aunque se pudiera allegar otros defectos de ella, como son la mala distribución de las poblaciones, el mal ordenado repartimiento de las tierras y otros que se fácilmente enumerar, es menester reconocer que todos estos malos vienen á parar y se remiten todos á producir este cultivo ligero, atropellado y superficial, que es la causa mas inmediata y próxima de todos los males.

Es imposible esperar ninguna especie de prosperidad, sin que este defecto se remedie, porque al fin la agricultura es el primero y mas importante fundamento de la felicidad pública, como que de él depende no solo la vida y la tranquilidad de los hombres, sino tambien el comercio, las artes y todo lo que contribuye á dar fuerza y robustez á una potencia, y es tambien lo que hace el placer, las delicias y abundancia de sus individuos. Pero el remedio de tantos males no es dado á nuestros gobiernos, solo puede proceder el gobierno. Contemplémoslos nuestros con procurar á estas pobres gentes el poco bien que está en nuestras manos.

Yo quiero pues cultivar un buen pedazo de tierra, y cultivarla á vista de todos. Nada persuado tanto como el ejemplo y nada conviene más eficientemente como la experiencia. Procuraré cultivar á lo que tienen medios á que me limiten, y si Dios que algunos tienen voluntad de hacerlo y que solo lo dejan de hacer porque no pueden, procurará ayudarnos. Deseo que esta idea es simple y fácil, pero no es tanto como parece, porque nuestra rama es á veces tan imperfecta, tan mal entendida y tan contraria á la humana prosperidad, que se propone, que ella misma sea la causa de aquellos que con mas fuerza y buenas intenciones quisieran contribuir á la felicidad de su país.

Observa como el término dilatado de este lugar está reducido á un cultivo tan estrecho, que apenas se ven en la labor las tierras inmediatas, pero desde que empiezan á elevarse un poco, ya está todo lleno y abundante. Yo soy cómplice de este defecto, que se pudiera llamar de poca humanidad, pues impide el aumento de la población. Digo que soy cómplice porque una gran parte de estas tierras

son diferentes males, diferentes sujetos tienen otras y nos contentamos con arrendarlas para pastos y por muy corto precio. También hay praderas considerable que se llaman baldíos, y estas aprovechan menos. Todas estas tierras difieren de poco, y el motivo ó pretexto de su pérdida es el pasto de los ganados; pero estamos tan aturridos en este punto, que por mantener insensiblemente ni tenemos cultivo ni pastos.

El origen de este mal es que no sabemos ni estamos acostumbrados á separar los ganados en un caso, esto es, á darles de comer de modo en el establo, como se hace con los caballos y mulas. Queremos que el ganado bese y rascosé siempre á carnis de la Providencia, que la economía y la industria del hombre se le atribuyen en vano, y que no vemos sino lo que la naturaleza nos presenta en el campo. Para conseguir esto se manifiesta destina mucha tierra á poca utilidad y despoblar los lugares de hombres. Con esta conducta es indispensable convertir las poblaciones en desiertos, y por sumerir la cría de los ganados disminuir la población humana.

Pero lo peor es que ni aun esto se logra, porque ese cultivo tan pobre es también algo cuando evidentes que cuando sus hombres hay, cuando sus trabajos y cultivan la tierra, tanto más ganado habrá. Nuestra ley es la más en tiempo en que la economía pública era indispensable no tuvieron en consideración estos principios, y así el interés de algunos y la costumbre general la arrastra todo.

Aquí le interrumpió yo diciendo: He oído y leído que todas las naciones extranjeras sin excepción y sobre todo las que florecen en la agricultura, han introducido una especie de praderas artificiales; está es, plantas una especie de yerbas vivaces, que aunque se corten reproducen y las dan muchos bienes, que las guardan para mantener con ellas el ganado lanar y vacuno en el invierno, y que por este medio, con poca tierra desahucan y la producción de estas yerbas, tienen con qué alimentar muchos más ganados. He oído también que con sus ganados tienen más satisfacción, pueden beneficiar mejor sus tierras, y con la tierra así beneficiada hace mayores y más seguras cosechas.

Tú has dicho en pocas palabras, una respuesta mi amigo, todo el secreto de la agricultura; y por eso tan encareciendo método yo debes advertir que un labrador puede tener con poca tierra más ganado y más frutos. Todo depende de cultivar bien esta economía. El verdadero y útil abastecedor es el labrador que vende para el consumo el ganado que ya lo ha servido ó el que todavía no le puede servir. Si en España los labradores no están todavía en este caso, es por el mal estado de la laborera; pero en los países en que los labradores por el uso de los prados artificiales pueden con poca tierra mantener muchos ganados, ellos son también los que mantienen los animales, y es aquí lo que sucede.

La tierra está dividida en pequeñas propiedades, cada propietario ó cada arrendador tiene la suya, y en ella todos los ganados que pueden mantener las yerbas que coge en sus prados; pero como cada año sus ceras se multiplican y no pueden mantenerlas todas, está obligado á vender su sobrante. ¡Y qué hace! Remana sus bueyes, hace engordar á los que le han servido y está ya cansado, y los vende, reservándose para el trabajo otros terneros y más vigorosos.

Cuando tampoco puede mantener todas las terneras que nacen en su establo, está forzado á venderlas, como tan-

to que están tan mal reproducidas. Pocos particulares tienen establos pequeños y hay... No, me volvió á decir, no hablo ahora de eso. Esto es otro ganado mal que tiene otros perjuicios y necesidad de otros remedios y otras leyes. Pero este asunto nos forzará á una gran discusión que no aljofala de lo que tratamos. Por ahora no se hablo más que de los ganados que llaman establos, esto es, de los que tiene cada labrador para el uso y servicio de su tierra.

Tú dices que cómo los pobres labradores pueden encontrar establos. Yo te digo que fíjame razón, pues que ya la hay. Te diré una, que ni ellos ni aun los más ricos podrían quitar prados artificiales, pero también te diré que esta imposibilidad proviene en parte de nuestra antigua legislación, que tal vez engañada por los intereses, en vez de ayudar á la agricultura, la angustia, en vez de animar al labrador le abate por favorecer al ganadero.

Ya sabes que en todas las provincias hay una especie de hombres que se llaman ganaderos, y son los que oran ó compran y mantienen los que sirven para el abasto. Estos son los enemigos públicos, la causa del atasco que padece la agricultura. No pertenecen á la clase de los labradores ni son dignos de nombre tan honroso; son traficantes de ceras, que con una granjería tan útil para ellos como ruinosa para el Estado, sin tener tierras ni labores, se ocupan en criar, vender y mantener ganados en una palabra, sin como los campesinos, que se ocupan la sustancia pública.

Si pretendo se abasteciera el común de viandas, y para obtener sus fines han arrancado del gobierno providencias destructoras: unas veces onerosas, otras correspondiendo siempre intimidando al gobierno en la creación ó dificultad de los contratos, han conseguido todo lo que querían, y no sólo esto, sino también han forzado á las leyes á violar los derechos de los propietarios obligándolos á dejar sus propios dominios á merced de su venalidad, en fin, han quitado á la agricultura los medios de prosperidad. No sólo tienen yerba y abastecen gran parte del campo, sino que impiden que lo poco que se cultiva se cultive bien, pues impiden al labrador que lo siembre, y con esto hacen imposible la cría y el aumento de los árboles; aunque en el día se han cortado muchos de estos abroces.

[Después del país donde el ganado, que debe ser el amigo y compañero del hombre, está en manos de estos traficantes codiciosos. El verdadero y útil abastecedor es el labrador que vende para el consumo el ganado que ya lo ha servido ó el que todavía no le puede servir. Si en España los labradores no están todavía en este caso, es por el mal estado de la laborera; pero en los países en que los labradores por el uso de los prados artificiales pueden con poca tierra mantener muchos ganados, ellos son también los que mantienen los animales, y es aquí lo que sucede.]

La tierra está dividida en pequeñas propiedades, cada propietario ó cada arrendador tiene la suya, y en ella todos los ganados que pueden mantener las yerbas que coge en sus prados; pero como cada año sus ceras se multiplican y no pueden mantenerlas todas, está obligado á vender su sobrante. ¡Y qué hace! Remana sus bueyes, hace engordar á los que le han servido y está ya cansado, y los vende, reservándose para el trabajo otros terneros y más vigorosos.

Cuando tampoco puede mantener todas las terneras que nacen en su establo, está forzado á venderlas, como tan-

bien los carneros, y repone su falta con corderos nuevos. Por este medio siempre hay en la circulación del comercio muchas ceras para el consumo. La multitud de los labradores tiene y vende mucho más de lo que vendan ahora los ganaderos, y este proceder produce muchas ventajas, porque fíjase de la abundancia y mejor precio que resulta de la concurrencia de tantos vendedores, las ceras se multiplican anualmente; la tierra se cultiva sin tropelia y todos los ramos de la agricultura prosperan.

[Que lejos estamos nosotros de una economía tan bien entendida, y que sin embargo, es casi general en toda Europa.] Para ponerla en planta sería necesario empezar por disminuir las propiedades; puesto que ha dado ya el gobierno la facilidad de enajenarlas ó impedirlo con sus leyes que nadie debería encargarse de dar en todas las provincias el ejemplo de los prados artificiales, cultivar á los grandes y ricos propietarios á que inician, excitar á los pequeños con premios y ventajas á los medianos, y no desanimar hasta que llegue este método hasta los últimos. Todo esto es muy fácil al gobierno, y en poco tiempo puede hacerlo sin más gasto que el de hacer leyes sabias, justas y bien entendidas que indirectamente se dirijan á su logro. La dificultad que me propones de que los establos se grandes, pero esta no es obra de un día, y lo que no se empieza no se acaba.

Aquí le dije yo: Todo esto, amigo, es hermoso y me parece claro, pero ¿qué hacemos con eso? Nuestros discursos no pueden ser más que especulaciones vanas, ó cuando más los argumentos de un buen orador, pues que no podemos remediar nada. Así es, me respondí, y así te lo digo, es porque estas ideas me han ocurrido á los proyectos que voy á proponerte. Dime, Mariano, ¿no te duelen ver este término tan vasto, esta horizonte donde la vista no encuentra un árbol ni una casa, este inmenso terreno que pudiera estar cubierto de lagares, capías, frutales y jardines; verlos, digo, yermos, incultos y abandonados, sin más destino que el de mantener pocos ganados, que se mantienen mejor en una pequeña porción de tierra bien gobernada? En cuanto á mí, te confieso que esta idea me contrasta.

Pero ¿qué más nos debe contrastar la consideración de que en las mas de las provincias de España sucede lo mismo; que los lugares están muy lejos los unos de los otros, que apenas se ve sembrada una parte de sus ruelas y que todo lo demás se queda inculto. Un proceder tan absurdo no tiene otro principio que un error de que también los ganaderos son autores. Se deja en cada lugar con nombre de comunas una vasta porción de tierra destinada á pastos. El producto es que los vecinos del lugar pueden apacentar sus ganados; el hecho es que sólo los apacentan los ricos ganaderos. Los pobres no tienen ganado, y si alguno lleva su vaca oja, su buey viejo, cuando llega ya no encuentra nada, porque los ricos ganaderos en un día lo han devorado todo. Así ni hay provecho para ninguno, y si le hubiera, sólo sería para el ganadero, que sin ser labrador vive con esta odiosa granjería.

La verdad es que ni aun ellos mismos pueden disfrutarla, porque al instante que las yerbas disminuyen, favorecen unos de otros, se apacientan á meter su ganado, sin dar tiempo á los pastos de crecer, madurar y sanarse. Si los

ganados los comen, es cuando aun no pueden dar sustento; pero por la mayor parte los pastos, los establos ó inutilizan. ¡Cuánto más ventajoso sería al Estado repartirlos entre labradores, para que cada uno los disfrutara con sosiego y oportunidad! Por lo menos serían más útiles y sustentarian más ganados.

Vengamos ahora á las dehesas. Estas son grandes porciones de tierra que los propietarios pudieran cultivar, pero no las cultivan; las arrendan á ganaderos para que pasten sus ganados, y se contentan con un precio muy inferior. Los más hallan muy cómodo este método, porque así ninguno trabajo ni aplicación encuentran en su celda renta que las más veces se agasta, porque casi todos los ganaderos son ricos. Yo poseo en mi patrimonio muchas dehesas, y en este mismo término tengo muchas considerable; pero hasta ahora he hecho lo mismo que los otros, sin pensar más que en ver cómo aumentar el precio del arriendo. Era difícil, que habilitando siempre en la capital, distraído con tantos devociones, pensase en mejorar mis tierras.

Lo peor es que una gran parte del reino está condenada á este triste abandono, y muchas causas concurrirán á esto. La falta de la costumbre de suyo poderosa en los hombres odiosos; así hallaron las cosas cuando los heredaron y así las dejaron; la ignorancia, la falta de ideas, el no haber visto otra cosa, el defecto de medios, la pobreza, el amor de los placeres, la violencia de las pasiones, y sobretodo, ignora máxima general de que ya hemos hablado, que todos, por mejor de fortuna, así los que nos rodean favorecidos de la suerte, se trasportan á las capitales ó á la corte y abandonan sus propiedades heredadas; todo esto unido ó separado es la causa ordinaria de que no haya quien se aplique á mejorarlas.

Todos, pues, se contentan con arrendarlas; el precio del arriendo no puede ser sino muy inferior, así se compran con el valor que podían dar el cultivo. La tierra está abandonada á la espontánea producción de las yerbas que cria la naturaleza lánguida, pues está destinada de todo arrollo. Es claro que si se dieran labores los pastos serían más abundantes y mejores; también es cierto que si se cultivara para granos, la paja que estos produjera excedería en mucho la cantidad de pastos naturales, que si se sembrara crías pastadas á la mano, se alimentara con la misma tierra mucho más número, y que fuera de este ventaja se hallaría la de tener muchos frutos para el sustento de los hombres.

Todo esto es claro, cierto y evidente; pero como para lograr estos beneficios sería necesario estar allí y aplicar, y como la mayor parte de los propietarios ó no lo hacen ó no lo refleccionan, ó no quieren dejar la ciudad que habitan y los placeres que les divierten, yo aquí por que no pueden pensar en ello, y se aquí por que el mayor esfuerzo de un industria se reduce únicamente á ver si es posible aumentar el precio de su arriendo. Pero como gracias á Dios yo estoy aquí y estoy en estado de emplear mejor las dehesas que poseo, he hecho sobre este objeto muchas reflexiones.

Desde luego he observado que la población de este lugar es numerosa, que si es pobre de fortunas parece hay en su término poca cultivar, en fin de familias, poca de brazos, y está en la rigurosa decadencia. Basta saber ponerlos en una actividad bien dirigida para conseguir todos estos bienes. Cuando hay tierras y bestias y no faltan instrumentos, qué

pueda faltar á la prosperidad más que ponerlos en ejercicio. Yo quiero, pues, amigos, sacar las delicias que puedo de la parábola en que recojo y ponéis en cultivo; pero también escapar por las de este lugar. ¿Qué te parece, Mariano, de este pensamiento?

Yo le respondí que me parecía una operación excelente, pues con ella aumentaría sus rentas y haría vivir muchas familias que trabajaban en ellas. En cuanto al aumento de sus rentas, me respondí, no lo dudo; pero no es ni tanto el cultivarlas por mí; esto traería inconvenientes. Yo por mí solo no pudiera cultivar tanta tierra. Necesitaria de grandes desembolsos, y después de todo no las cultivaría bien. En nada se venían tanto como en las labranzas el proverbio de que el que mucho abarca poco aprieta. Es imposible que un hombre solo, por activo que sea y por más gastos que haga, pueda abarcar una grande extensión y que se hagan en ella todas las operaciones con la perfección que conviene. En la agricultura no adelanta el que hace más, sino el que hace bien, y el que cultiva diez fanegas con esmero y cuidado, gana más que el que cultiva cincuenta con la ligereza y el atropellamiento que son inevitables en las grandes labranzas.

Así voy á proponerle otra idea. Entre las delicias que tengo aquí, hay una que está muy cerca del lugar y por eso me parece propia para mi caso. Digo, cuando voy á hacer un negocio de hacer en grande la operación que voy á proponerle, que puedo hacerlo en una finca. Si esta sala más, no desahuciaríamos con poca pérdida, y si sale algún beneficio será fácil extenderla. Digo, pues, que mi pensamiento es dividir esta finca que pasa de mil fanegas, en parcelas y suertes iguales de treinta á treinta y cinco fanegas cada una, que harán una de veinte suertes. Mi proyecto es establecer en ellas otras tantas familias y que cada una la trabaje por sí.

Me parece que esta medida de treinta y cinco fanegas es la más proporcionada para su arado, porque así tener de media tierra tendrá la suficiente para ocuparla solo el año. Además, los que la trabajan tendrán la ventaja de tenerla en un pedazo toda á la vista y con la felicidad de gobernarla bien, y eso que una suerte de esta bien cultivada debe producir lo suficiente para mantener una familia con desahogo.

Desde que las suertes están divididas y puestas ya a unirse una, á otra y cada uno de mis hijos la arya. También pienso permitir que tomen una alguna de los vecinos del lugar que tienen algún dinero y no tienen otra tierra, por ejemplo el cirujano y el arriero, que está ya resuelto á quedarse con nosotros. Quiero suponer que gano á algunos y que proporcione ocho ó diez á dar el ejemplo. Siendo nosotros más inteligentes y teniendo más medios, podremos en poco tiempo hacer visibles los frutos de nuestra aplicación.

Yo no daré ninguna de estas suertes al que tiene ya tierra en propiedad; pues el que no cuida la que tiene tampoco cuidará la que yo le reparto, á menos de que la parcela que tiene sea tan corta que no le baste á mantener á su familia, que en este caso, si yo que trabajo la que tiene, será una razón para preferirla; pero no al que tenga la suficiente, pero no sería más que hacerle más rico, y sería mayor desahogo al que me tiene ninguna, porque lo que conviene al Estado es, que la tierra se subdivida en moderadas porciones,

que se trabaje por muchas manos y que el número de los pequeños propietarios se multiplique. Así me propongo como ley irrevocable no dar ninguna suerte al que tenga diez fanegas propias.

Supuesto pues que nosotros ocupamos las ocho ó diez suertes primeras, me quedarán treinta ó veintidós que repartir. Yo quisiera hacer de esta distribución un objeto de comulsión ó premio; pero ahora es imposible, porque todavía no conocen el beneficio. Será pues necesario instruirnos de quienes son los arrendatarios de tierras ajenas que no la tienen propia, ó los jornaleros más afortunados que parecen de mejores costumbres, que viven más honradamente con sus familias y que tengan hijos grandecillos que puedan ayudarla. Tú me vas á decir; cómo es posible que esos pobres que apenas tienen pan para sus hijos, puedan cultivar una suerte? Yo te responderé; que será preciso que yo les ayude; pero que no es tan difícil, ni tan costoso, ni tan imposible como te parece, y que por otra parte ellos me lo pagarán bien.

Examinemos este punto. Supongo que al principio se me mandara no solo darme todo, sino mantenerlo hasta que cogiera su primera cosecha. Sin duda que con la tierra debo instruirme al arado y dos veces para que la cultiven. Los dueños de las suertes de labor, que son poca cosa, sino se las pujan con un pallo para que se vayan mejor, una piqueta, y el quitador, que es tres veces para que den principio á esta útil producción. Se tardará á esto el trigo y los granos para hacer sus primeros aumentos, buenos diebe todo lo que necesitan para sembrarlos.

Calculo ahora el valor de todo y verá que no es un objeto mayor para un grande propietario que quiera hacer bien uso de sus rentas. Si considerara el bien que le resultará á sí mismo, verá que es colmar su dinero á grande interés. ¿Y que alma noble no sentirá una grande compasión al ver los ojos sobre el que resultará á su nación aumentando el número de los pequeños propietarios, teniendo nuevas tierras en valor, multiplicando los frutos y haciendo el bienestar permanente de tantas familias humildes que se asoman de la miseria? Si considerara esto y otras grandes ventajas que se exponeré después, me confesaría que estos gastos son muy comparados con los beneficios, y que el que no los hace cuando puede hacerlos, no hace bien.

Pero para que esta operación sea fácil, para que tenga consistencia y produzca todos los bienes que se espera, no basta simplemente darles las tierras; es indispensable darles con ciertas leyes, condiciones, y del adiego de estas dependa el logro de la operación. Así, mi intención es darles la suerte no sin arrendar ni en ninguna otra especie de contrato presente y temporal; cederé la tierra plena y absolutamente, transfiriéndoles el dominio real, esto es, el goce y usufructo de la tierra, sin reservarme otra cosa que el dominio respecto á la propiedad de ella y la parte de frutos que deben obligarse á pagar.

En virtud de este contrato, no solo ellos, sino también sus hijos y nietos hasta la última generación, estarán seguros de gozarla sin que yo ni ninguno de mis sucesores pueda despojarlos siempre que cumplan con las condiciones que se han estipulado. Esta condición es el alivio de esta empresa, sin ella sería imposible conseguir nada, y además es necesario juntar otros que producen las ventajas de todos.

Pero antes de explicárselas, permite que te diga, para tranquilizar más al ánimo sobre la seguridad de su posesión, que solo en el caso de haber obtenido yo ó mis sucesores una sentencia pasada en autoridad de cosa juzgada, declaratoria de que los colonos no han cumplido con las obligaciones que pactaron, podremos volver á entrar en nuestro derecho principal y quitarlos la tierra para darla á otra familia ó hacer de ella el uso que nos parezca.

Veamos ahora cuáles serán estas condiciones. La primera, que el colono pague cada año al propietario la parte de frutos en que está su mayor utilidad; la segunda, que no puedan vender la tierra ni gravarla con censos; la tercera, que no la abandonen, sino que la cultiven siempre al uso del país; la cuarta, que no puedan dividir la suerte, sino que pase entera al que la heredé, pues si cada familia pudiera partirse entre sus hijos, presto quedaría hecha pedruzco y reducida á trozos pequeños inútiles para la agricultura. Ya ves que todas estas cuatro condiciones son justas y fáciles; luego veremos las utilidades que traen para todos.

Ahora no me detengo en examinar cuál sea la parte de frutos que contendrá imponer al colono. En esto hay mucha diversidad, porque aunque yo no tengo noticia de contratos de la naturaleza que supongo con tan absoluta enajenación del dominio real, sé que hay provincias en que los propietarios arriendan sus tierras á pagar en frutos, esto es, el propietario da la tierra, el colono pone su trabajo, y después de hacer lo necesario para la siembra, parten de lo que queda, pero en esto está la diversidad. Uno consigue el tercio de lo sembrado, otros la mitad, y uno y otro me parece demasiado para mí. Contribución tan fuerte, aunque está autorizada por el uso, es dudosa por el interés, y yo quiero que mi operación, aunque no obtenga el carácter de la beneficencia.

Yo aquí pues cómo he calculado. Si yo en vez del tercio ó de la mitad en que por lo común se arriendan, me contento con uno de ocho, esto es, que después de haber pagado el dueño á la Iglesia el colono tome para sí siete partes y á mí no me de más que una, me parece, digo, que no me alijo de la moderación que busco. Así lo creo, y después te probaré que no solo habrá hecho mucho bien al colono y al Estado, sino que yo multiplicaré también con exceso el valor de mis propiedades.

Volvamos á las condiciones. Solo en contexto la podré hacer entender el principio y máximas que me gobiernan y el espíritu que me las dicta. Si les doy la tierra con una enajenación tan entera, es porque quiero inspirarles confianza y seguridad. Deseo que sepan que ni yo ni mis sucesores podremos despojarlos siempre que satisfagan á las condiciones justas y fáciles que contratan. Esta idea y la seguridad de que los frutos de su aplicación pasarán á sus hijos y demás descendientes los harán trabajar con gusto y con celo. Plantarán, fabricarán habilitaciones y harán mejoras, lo que no es posible esperar de un hombre que no está seguro de la tierra con que trabaja.

Si limito á treinta y cinco fanegas la extensión de la suerte, es porque es la porción que puede cultivar cada año un arado, porque con esa medida nunca estará ocioso; pero también lo es que puede cultivar sin atropellamiento. Y si no quisiera que tenga tierra para dos arados, es porque setenta fanegas partidas en dos suertes con dos arados y

dos labradores, producen más que las mismas con un labrador y dos arados y están mejor gobernadas, y porque el principal interés de Estado es que el número de las familias sea aumentado, y que no solo los frutos se multipliquen, sino también los hombres.

Yo quisiera hipotecar la condición de que á lo menos hiciera una colona para que habitasen en ella sus ganados. Esta sería la perfección del establecimiento. Son indispensables las ranchas que resultan de que el labrador habita en el campo que cultiva. Cuando todos los días tiene que hacer un viaje de ida y vuelta del lugar al campo, pierde mucho tiempo. Cuantos días pierde también cuando el tiempo parece turbado y amenaza. No se atreve á salir, y aunque después se serena, ya es tarde y el día se le ha perdido.

Cuando vive en el lugar para el control de su ganado, puede también el que quisiera hacer vivancho en su tierra, con las gallinas, puerros, orzas y los demás animales de su corral. Cuando sale del lugar para ir á la tierra va solo su mujer nunca va al campo, no adquiere la menor inteligencia y jamás puede ayudarle en nada su queja en el lugar y maliciosa mucho tiempo, porque las haciendas de la casa se habían puesto y se acomodaban á buscar sus vacas, á sembrar con ellas y hacer las puestas á todos los vecinos de la localidad. Los hijos le son una carga inútil en el invierno porque no le pueden servir de nada, se quedan en el lugar y se acostumbra á coexistir con los otros muchachos y vieques con ellos.

El mismo labrador dice, que cuando sus labranzas se cuidan sin su asistencia no vive á su tierra, principalmente en el invierno, porque no encuentra en ella un arado. Ya me parece que la dejó abandonada á la Providencia; y si los comitantes le abusan cuando él le presta sus sembrados, si las suertes yerbos se apoderan de ellos, si los grandes propietarios, en fin, cualquier daño que se le haga, como no lo yo, tampoco puede impedirlo. Se ve forzado á pasar el invierno en el lugar y, que puede hacer en tan largo tiempo más que traer con los otros, pagar, matricular y diversificar la labranza. Yo aquí una de las causas que nos contribuyen á la corrupción general que busco. Así lo creo, y después te probaré que no solo habrá hecho mucho bien al colono y al Estado, sino que yo multiplicaré también con exceso el valor de mis propiedades.

Pero qué digo en la animación de una familia que habita en el campo y en medio de la tierra que cultiva, sobre todo el la mira como propia y como la herencia de sus hijos. Pintale, Mariano, con el espíritu esta imagen, y verá que aunque no quiere la renovación los ejemplos de la vida patriarcal. Ya desde luego no malogra un momento. Como está cerca de su trabajo, desde que amanece hasta que anochece todo lo aprovecha. No hay para él días inciertos ni perdidos, porque al instante que serena toma su arado. No solo aprovecha el control de su ganado mayor, sino que también le ayuda el de los animales del corral que tiene en el campo y que no produce, son en el lugar.

Su mujer después de hacer su provecho las cosas haciendas de la casa, queda libre y le puede ayudar, habiendo en el campo en el su trabajo que necesitan en muchas cosas, adquiere el gusto del trabajo y le puede ser útil en el caso del ganado, en transportar sembrados á la tierra, en plantar sus semillas ó legumbres, que son el alivio del campo, y en otras mil cosas que hacen la vida y el alma de la agricultura.



tura. Sus hijos desde la primera edad empiezan a servirle. Los peones conducen el ganado menor, los molineros el mayor, y los más grandes rompan las arpas para pulcrificar la tierra, mandando los bueyes que dirigen la heredad, hacen las demás obras que necesitan fuerza y ayudan a su padre en la labor y en las demás faenas.

Todos son también guardas y custodios vigilantes y celosos de su heredad para preservarla de todo daño. Nadie se atreve a abrirle un camino ni a pisarle una estemaza; impiden que los ganados entren, y si entran los rechazan; en fin, custodian los daños o los remedian. Si las malas yerbas dominan en sus sembrados, al instante las arrancan, y no da lugar a que se apoderen de la tierra y debiliten la cantidad de los granos. Este cuidado activo é incesante, con que las mujeres y los hijos firman las siembras es el más útil de todos, y las buenas labores hacen copioso aumento y multiplican las cosechas.

También es fácil concebir cuánto esta situación contribuye a preservar y mantener las buenas costumbres. Toda la familia toma el gusto y la inteligencia de los trabajos del campo. Y el padre asiduo en sus posesiones no tiene la frecuente comunicación con los hombres viciosos del lugar, que es la que los corrompe é induce. La distancia le quita la fidelidad y la tentación de ir a la taberna. La asidua de sus trabajos y la esperanza de los frutos le fortalecen y fijan allí su corazón.

Si mejor y sus hijos le acompañan y se necesitan. La mejor conserva su inocencia y los hijos se crían con ella. Ocupados toda la semana en su trabajo, el día de fiesta van a la iglesia, cumplen con su obligación de cristianos, oyen la palabra de Dios, se proveen en el mercado de lo que necesitan y vuelven a sus sencillos hogares a gozar de la paz, tranquilidad y comodidades incógnitas. En la agricultura que produce tantos libertadores honrados y robustos, y de su sobrante se forman los bravos soldados, los hábiles marinos, los arrojados activos y los industrioses fabricantes. Esta es en fin la madre de donde nacen todas las clases de ciudadanos útiles.

Es pues de la mayor importancia exaltar á los labradores á que habitan en sus tierras, y luego para mí que el mayor y más digno afán de un gobierno ilustrado, debía ser el promover este objeto con leyes sabias y providencias bien entendidas que no es difícil estimar. Nadie puede dudar que si un Estado se poblara de nuevo, lo más conveniente, según los conocimientos de agricultura, política y moral, sería disminuir los labradores por toda la superficie de la tierra, de modo que no hubiera una porción mediana que no tuviera sobre sí una casa ocupada por el labrador, su familia y su ganado.

No deseará que cada porción poblada así de casas y familias dispersas tardara en su centro un lugar opuesto de reunión en que habitaran los arrojados necesarios para uso del campo, como herreros, arrieros, etc., y los fabricantes que podían formarse en ellos. Y que además y con la distancia conveniente se encontraran villas y poblaciones mayores que fuesen depósito del comercio y de manufacturas más finas que necesitan de muchas manos y muchas artes. Lo cierto es que por este método toda la tierra estaría bien poblada, bien trabajada, y todos los oficios se darían el auxilio de que respectivamente necesitan.

Si éste es tan evidentemente ventajoso, ¿por qué el gobier-

no no contribuirá a que este daño se repare en lo posible? Si la desgracia de las guerras interiores que sufrió la nación con los moros obligó á que por temer de las insidias incursiones se abundasen la habitación de los campos y que cada población se concentrara en un punto para no ser sorprendida y deshecho mejor, si después la falta de ideas sobre la economía política ha escudado la gravedad de este daño y no ha pensado en remediarlo, ¿no era ya tiempo de pensar en él y curar un mal que mientras existe es imposible que la nación se levante al poder y riqueza á que está propensionada?

Yo confieso, amigo, dije yo aquí, que he sentido las mas de las provincias de España, y fuera de Vizcaya y Galicia, de Cataluña y Valencia, en donde al primoroso cultivo se añade una gran industria y actividad, todo lo demás me ha parecido menguado y desanimado. Todo está casi desierto, los lugares muy separados unos de otros, las inmediaciones únicamente cultivadas, y los espacios inmensos que median entre ellas, incultos y desiertos. Esto me dá as costra, pero no distinguo entonces todos los inconvenientes que este estado de cosas debe acarrear. Tus reflexiones me hacen conocer que basta ver este aspecto de cosas, la mala distribución de tierras, la mala colocación de los pueblos y el abandono del cultivo para conocer que toda la miseria que padecemos es una consecuencia inevitable.

¿Pero qué remedio á tanto mal? ¿Cómo una obra de tantos siglos, una costumbre tan inveterada puede corregirse? ¿Sería posible á los hombres encontrar un remedio? Si amigo, me respondió, el gobierno sin gasto alguno y con amparo y sabias leyes podría corregirlo todo. No ha fallado quien le ha propuesto no sólo los medios, sino también para facilitarlo más, una serie de leyes que pudieran remediarlo por entero; leyes por otra parte justas y útiles que no hacen perjuicio á nadie, que eran benéficas para todos y que en poco tiempo hubiera hecho revivir el reino; pero esta es la feugracia de la humanidad, que el torrente de los siglos corrientes se lleva la atención de todos los días y no da lugar á pensar en ejecución los mayores proyectos.

Pero no me detengamos en lo que no podemos remediar, y dejemos lamentos, que como dices, son los suspiros de un hombre de bien. Contrástanosnos á nuestro asunto, y te vuelvo á decir que convencido de la importancia de que cada labrador viva en su tierra, yo desearé imponerle la obligación de fabricar á lo menos una casa ó hazienda en que pudieran abrigarse ellos y sus ganados, porque esto empezaría poco á poco á acostumbrarlos, acostumbrarlos practicar las ventajas y se esforzarían á mejorar cada día su hacienda y su habitación.

Pero ahora no me atrevo; temo escarmentar: es tanta su miseria y están tan acostumbrados á vivir en los lugares, que ésta sola obligación les pudiera arrastrar. Me parece pues prudente no insistir en esto á los principios. El tiempo y la experiencia lo podrán conseguir. Y aunque este método será más lento, es menos aventurado. Por otra parte, como la debesa que pienso repartir ahora está sin cura del lugar, no tiene los mismos inconvenientes que las que están más lejos. Empezaré pues por reparar las suertes sin imponer esta obligación, pero no por eso dejaremos de persuadirlos y excitarlos con el ejemplo, y ve aquí mis cálculos.

Ya contamos con las ocho casas que nosotros y los ve-

nos fabricaremos. Daremos las demás suertes á los que nos parezcan más capaces de servirlos. Yo les daré los primeros auxilios. Dentro de dos ó tres años veremos si la operación puede ó no prosperar. En cuanto á mí no puedo permitirme que unos hombres que arrendaban una tierra, la trabajaban y la pagaban, dejen de trabajar cuando se les da una porción de tierra no sólo de balde, sino que se les auxilia y que no se exige de ellos más que la soltura parte de lo líquido que les queda.

Digo lo líquido, porque mi intención es que el total de los productos se considere como una masa, que de esta masa se saque desde luego el décimo que pertenece á la Iglesia y las contribuciones directas que se deban al Estado, en caso que las haya, y que lo restante se distribuya entre nosotros con esta proporción: siete partes al colono para recoger sus gastos y trabajo, y una sola para mí por el valor de mi tierra. Ya sé que esto es ventajoso al colono que pudiera pagar dos ó tres partes, pero te repito que mi ánimo no es hacer el negocio de un traficante, que quiero imprimírle á esta operación el carácter de beneficencia, y que es menester ahora alentar á los colonos en un negocio en que no conocen todavía sus grandes ventajas. Pero también te vuelvo á decir que esta sola parte me pagará con usuras el precio actual de mis arrendamientos y de los avances que haga.

De aquí á dos ó tres años veremos con claridad si esta operación es acertada ó no. Si no se ve cierta, yo no habré perdido más que los avances, y no se pueden decir pérdidas, porque habré mantenido y ocupado muchos pobres. Pero la tierra me queda ya mejorada, porque si se ha trabajado alguna cosa, esto debe haber mejorado sus pastos. Si no se ve cierta, discurre cuáles son y pueden ser las consecuencias que este ejemplo pudiera producir. ¿Qué consuelo para mí mismo ver en poco tiempo mi tierra en labor, haber hecho felices algunas familias, verlas bien establecidas para siempre y haber multiplicado tanto los ganados como los frutos de la tierra!

Estas ventajas, aunque grandes en sí, serán muy inferiores al aliento y esperanzas que me daré este acertado para poblar otras muy vastas y lejanas dehasas que poseo, donde hay excelente tierra y en que entonces me será fácil establecer numerosas y felices poblaciones. Entonces y con la experiencia de este lugar ya podrá exigir condiciones á que ahora no me atrevo. Los podrá obligar á habitar en tierra, y abrirle la puerta no sólo á los vecinos de este lugar, sino á todos los que me pidan suerto, de cualquier país que sean, sólo con la condición de que no tengan dist. fungenas propias. Y por este medio esta pequeña dehasa que habré poblado me poblará todas las otras.

¿Pero qué digo, amigo! Esta dehasa sola debería poblar todo el reino, porque á la sola, suponiéndola poblada, debería abrir los ojos á las villas, á los grandes propietarios, y alentar al gobierno mismo. Puede llegar un día en que yo no tenga más tierra que dar por haberla dado toda. Y si todos reconocen las ventajas, todos querrán aprovecharlas. Mis colonos solos bastarán para excitar este deseo y presentar una nueva y opiosa aldea de pobladores. Porque como las suertes no podrán dar más, y que es menester que pasen entera al heredero en cada familia, pueden quedar dos ó tres hermanos que apuntalados al campo, no teniendo tierra propia, la desearán, y los padres y hermanos se esforzarán á ayudarlos.

Entonces no será mucho que las villas convenidas por la experiencia de la utilidad, deseen repartir entre labradores útiles sus vastos infelices baldíos. Y se podrán también que muchos grandes propietarios, unos por generosidad y amor del bien público y otros por interés, quieran hacer lo mismo y convertirlos en felices desiertos, que aprovecharán muy poco en las vastas dehasas y yerros á que los destinan. El gobierno mismo despertará con el ruido de empresas tan felices y promoverá la fidelidad pública por un medio tan simple y tan expedito á todos. ¿Cuántos bienes habrá producido entonces una pequeña y dehasa dehasa!

Figúrate un momento, para divertir nuestras ideas, que entrases en la nación con algunos ejemplares felices un espíritu general de población, que el gobierno y los particulares se compromitiesen en poblar los infelices desiertos que la afianza, la compresión y el hambre desolada, que cada villa, cada propietario y el gobierno mismo repartiesen las tierras de que pueden disponer, entre labradores útiles que no tienen tierra propia, y que los ayudasen: por estos ó semejantes medios. ¿Quién puede dudar que en poco tiempo la nación se aumentaría considerablemente; que toda la tierra se viera poblada, habitada y trabajada; que los ganados y los frutos, los hombres y las substancias abundarían? Y en fin, que en vez de la miseria y languidez en que hoy yace la nación, se la viera alegre, próspera y poderosa!

No te asijas con el temor de que en algunas años no hubiera más tierras que repartir, porque esto sería el colmo de la felicidad. Cuando una nación logra ver todo su territorio bien cultivado, cuando ya no hay un pedazo de tierra que no tenga dos brazos que la sirvan y cuiden sobra otros muchos brazos que no tienen tierra en que ocuparse, entonces ha llegado al más alto punto de prosperidad; porque de estos brazos sobrantes se sirven las artes, las manufacturas, el comercio, las tropas, la marina, la navegación, y todo es lo que hace á las naciones ricas, poderosas y fuertes.

Esta, amigo, puede ser una hermosa novedad. El sabio que conoce que toda cosa debe producir un efecto, no dudará de que leyes sabias y un gobierno aplicado y bien entendido deben alentar á producir estos bienes. Y así entendido el objeto de este lugar ya podrá exigir condiciones á que ahora no me atrevo. Los podrá obligar á habitar en tierra, y abrirle la puerta no sólo á los vecinos de este lugar, sino á todos los que me pidan suerto, de cualquier país que sean, sólo con la condición de que no tengan dist. fungenas propias. Y por este medio esta pequeña dehasa que habré poblado me poblará todas las otras.

¿Pero qué digo, amigo! Esta dehasa sola debería poblar todo el reino, porque á la sola, suponiéndola poblada, debería abrir los ojos á las villas, á los grandes propietarios, y alentar al gobierno mismo. Puede llegar un día en que yo no tenga más tierra que dar por haberla dado toda. Y si todos reconocen las ventajas, todos querrán aprovecharlas. Mis colonos solos bastarán para excitar este deseo y presentar una nueva y opiosa aldea de pobladores. Porque como las suertes no podrán dar más, y que es menester que pasen entera al heredero en cada familia, pueden quedar dos ó tres hermanos que apuntalados al campo, no teniendo tierra propia, la desearán, y los padres y hermanos se esforzarán á ayudarlos.

pueda su resguardo lo hará cesar de haya viva. Esta haya escobada sobre la tierra que no siendo de los fijos, y también me aprovecharé de ella para guardar para el circuncidado de árboles útiles, como olivos ó moras.

Cuando ya me vas acordando y seguro de que nadie pueda echar á perder mis trabajos, distribuí mi tierra en cuarenta partes iguales. Destinó una por entero al plantío de un modo artificial. Si tuviere agua, con que poder regarla, lo plantaré en cañales, si no tengo agua y el terreno va limitado, le plantaré de árboles ó heros, y si fuere necesario, de plantas de mielga. Con esta aplicación á las diferentes utilidades de la tierra, los trabajadores enben que no hay ninguna que no pueda ser útil y servir una especie de pasto. Tenía cuidado de que si había los cerros en su tiempo, y con yerbas que servirán para mantener con ellas una granja y vacas en el invierno.

Las otras tres partes las distribuí en tres pedruzcos iguales y las destiné para que alternasen en sus producciones. Una será pan trigo, otra para cañales y otra para legumbres ó granos menudos, para de la manera, que conviene, ser, alternado y variando cada año su producción. Por ejemplo, lo que esto año se produjere trigo, el año siguiente lo destinará á cañales, lo que cañales de cañales, destinaré para granos menudos y legumbres, y lo que queda de cañales, que las desmenuó todo el invierno, que las saba, bien arada y que no las produjere más que legumbres que en la cañales, la desmenuó á trigo, y granos; siempre está alternando una tierra en su producción. Esto en el mes todo que observan los legajos, que son los mejores fabricantes de la tierra, y que lo han enseñado á otros muchos maestros hábiles para conocer que después del estudio de la religión, estos son el alma de los hombres. Ve aquí, Mariano, las ideas que después de algunos días me habrán por te cañales, pero como yo no sé más que instruido como debiera, no sé más que de mi propio juicio. Yo quisiera comenzar con personas piadosas, y más con hombres de un rango más, que me dirjan y aconsejen pero aquí no tengo á quien volver. Los hijos y sobrinos pero aquí no he podido dar nada, que los hijos y sobrinos hay, pero son los hijos de mi familia, que no conocen otras cosas que los suyos, que jamás han reflexionado sobre ellos y que cuando se les habla de esas cosas nuevas de que no tienen idea, se muestran y resisten á desentenderse cuanto se les dice. Hombres de esta especie no pueden ser buenos ciudadanos y no sabrán más que por el dictamen y desentender. Qué te parece José, Mariano?

Qué quieres que te diga, amigo, le respondí. Nacido en una granja sencilla, criado en ella, no habiendo salido al campo más que por motivo de paseo y habiendo pasado toda mi vida entre los libros y mi familia, no soy capaz de tener ideas sobre este asunto, que me parece de mucha importancia. Desde luego te confieso, que me parece de mucha importancia y que me parece tan claro como día, que una familia sencilla me parece justa. Yo me he dicho, muchas veces que no me pareciera lo de hoy y de mañana. Hecho que me he ocupado de investigar, pero dentro del tiempo un individuo que quisiera á mí que también fuera, en este.

En todo las razones nuevas y nuevas en que no se podía tener un juicio seguro y seguro porque dependía de ideas equivocadas, que es lo que acontece a la humanidad. Que se comparen los tiempos y las consecuencias del trabajo con las ventajas ó perjuicios del aliento. Si se

gana poco cuando se gana y se puede perder mucho en caso que se pierda, la producción nos dice que supierdes; pero en el caso de perderse no se puede perder más que lo que se gana en caso de ganarse se gana mucho, es claro que la razón dicta no detenerse. Si este principio es cierto, tú mismo has decidido tus dudas, porque tú dices. Mi idea puede poblar el reino. Me hago cargo de que este es un estado mismo hijo de tu imaginación brillante y de tu encendido amor del bien público. No me dejes reducir por el prescindiendo de todo y lo que me consulto más que al dictamen de una razón sana y severa, porque á un lado las leyes, las propiedades y el gobierno, y no miro en este momento más que á ti solo.

Ve aquí pues los términos á que me cito. Ologra poblar esta dehesa ó no lo logra. Si la pueblas es natural, es posible que puebles las otras, y en caso caso tú mismo aumentar tus cosas, pero cuando esto no sea, es seguro que darás oxigenación y comodidad á un cierto número de familias pobres, que aumentará de la oxigenación y de los vicios muchas personas, que multiplicarán los frutos y las substancias del lugar, que tú mismo y todos nosotros nos compararemos en cosas inocentes, útiles y benéficas. Esto por lo que ya son grandes bienes.

Pero si en logras la empresa, si á pesar de todos tus esfuerzos y gastos no se oxigena la población, que es lo que yo considero que inevitablemente resultará de esta empresa? Tú lo has dicho, pueblas los avances que haya hecho y no lo puedes hacer, porque tú no lo harás sino sucesivamente en el tiempo de la oxigenación, mientras dura la esperanza del logro, pero la tierra siempre te quedará mejorada con el tal cual cultivo que haya recibido. Así, la mayor desgracia será que la tierra á ver en la necesidad de arrendarse para pastos, y este es el estado que hoy tiene.

Y cómo pueden llamarse perdidos los avances que hay que dadas á esos colonos, si los granos que hoy me mantengo sus familias? Pasa en las disposiciones en que te ves, si los has mantenido como colonos también los hubiera mantenido como necesitados. Ve pues que arriegas perder poco y que puedes ganar mucho. Desde luego los gastos que haya hecho en tus siembras y los de tus hijos, si se quedan y te serán útiles. No veo pues que te deba detenerme en alguna.

Pero no puedo sentir una consideración superior á todas, y es que cuando la beneficencia se ocupa en desterrar la miseria dando medios de trabajo, es tan útil como puede ser nuestra la que solo se ocupa en ampliar el impertinente ó en socorrer al miserable que pudiera dejarlo de ser. Es tiempo más verlo dar caso socorro á hombres, que se dedican al cultivo y trabajan con la idea de establecerse, aunque esto no se logre, que si los dadas á esos mismos hombres que sin actividad ni emulación no desearán más que vivir á costa de la piedad ajena. Esta especie de humanidad no tiene más que resultados en los vicios, fomentar su ociosidad y acabarlos de pervertir.

Tu hijo, Mariano, me respondió mi amigo. Solo puedo ser buena la humana cuando dá trabajo al que puede trabajar y socorrer al que no puede. Al fin ya te he desahogado una parte de mis ideas; procuraremos madurarlas, y sobre todo, páse á Dios que me ilumina y dirija nuestros pasos de ahora. Esta fué la primera conversación que

tuviere sobre este asunto. Después mi amigo confirió con muchas personas, y al fin se determinó á emprender la obra. Hizo dividir y marcar su dehesa en partes iguales y publicó su pensamiento.

Desde que la idea fué concebida, hizo gran sensación en el pueblo; cada uno hablaba á su manera. Los propietarios de haciendas, porque hablaban de todo siempre de mala entendedida, decían que esto era imposible y que jamás se ejecutaria. Los tímidos y avaros decían, que mas vale tener seguro el precio del arriendo, aunque corto pero pagado con fidelidad, que ponerse en manos de pobres que no pagarán nada. Los que no conocían más que la rutina del campo y creían que la felicidad pública consistía en los graneros, decían que si se quitaban los pastos faltarían los ganados. En fin, las opiniones eran varias y absurdas.

MI amigo despreció dichos argumentos tan poco ilustrados, y desde que descubrió su idea no pensó más que en ejecutarla. Ya había obtenido del arcobispo que trabajase en la iglesia que se quedase con nosotros, ya había reconocido su talento, actividad y honradad, y le ofreció muy propio, tanto para emprender las obras que proyectaba como para reparar tantas ruinas. En efecto, nos ha sido muy útil para todo. No solo ha enseñado á los muchachos con una escuela formada para la instrucción de los niños, los principios de arquitectura, de lo que te hablé después, sino que he contribuido mucho á reparar y hacer salubres los edificios antiguos y ha unido con un celo y ejemplo al progreso de nuestra población.

Tanto el como otras tres vecinas acomodadas que largamente persuadir, tomaron suerte, y estas cuatro unidos á nosotros cuatro, formamos ya ocho colonos, ocho casas y ocho laboratorios. Quedaban reiniciados anates que distribuir. Al principio no faltaron embarcos; pero todos los venció la constancia de mi amigo, y hoy están todas las suertes pobladas, habadas y en buen cultivo. Pocos animales y mucha emulación han hecho este milagro.

El método que siguió mi amigo de distribuir su suerte en cuatro partes, según el orden que me dijo, ha sido adoptado por todos. No han cogido hasta ahora más que cinco cosechas, y ya los más no solo están bien, sino que viven con mucha desahogada. Todos tienen pastos artificiales con que sustentar sus ganados. Han ojeado la felicidad y la importancia de este proceder y todos se han dedicado con celo. Y ahora ves que la misma dehesa mantiene diez veces más vacas y ovejas que podía mantener antes, y que además tienen en su corral las gallinas, los puerros y demás animales que la dehesa no podía tener.

Te daré luego ver esta asombrosa transformación. Aquel pedazo de tierra poco antes muerta, miserable y desahogada, es hoy un jardín animado, todo está partido en suertes, y cada una de ellas señalada por árboles útiles que empezaron ya á hacer una vista muy agradable, y lo que es más, todo habladío. MI amigo no se ocupó en sus esperanzas. No solo se fabricaron las ocho primeras casas con que contábamos, sino que se los otros colonos se han alentado. MI amigo declaró que permanecerá tres años de su octava parte á los que al cabo de este tiempo estarán alojados con sus familias en su tierra, y esto junto á la experiencia que han adquirido de las ventajas que les produce vivir junto á su hacienda, lo alentó de modo, que hoy todos los colonos y sus ganados están ya á cubierto y los mas han concluido su casa y quedan pocos por concluir.

Por esto se puede decir que mi amigo no recibe sino después de dos años su octava parte, y esta misma oxigenación, que siempre en tan dura y desagradable al que paga, aquí es justa y se hace con alegría. Porque ve aquí lo que sucede. Como el colono sabe que no solo él, sino sus hijos y toda su posteridad están seguros de la tierra, y que mientras cumplen con las justas y buenas condiciones á que se han obligado, nadie los puede quitar su posesión, él y toda su familia trabajan con gusto por hacer cuantas mejoras puedan. No solo se fabrican casas y corral, sino alhama. La tierra, plantada árboles, cuidados los aguas, limpias sus fuentes, en fin, hacen cuanto les puede ser útil.

MI amigo no tiene otra cosa que hacer sino dejarlos obrar. Cuando mas los excita con sus elogios ó los ayuda con sus consejos. Pero ya allí las mas de las tardes, porque esta es nuestro paseo ordinario, y en noble alma debe gozar mucho de la actividad que ha inspirado y de las benéficas que ha hecho. Tu corazon meo desahogado que el tuyo, también pudiera estar. Ve aquí un pueblo que trabaja por mí y para mí, pues después de haber en sus labores el precio de sus fatigas y la justa remuneración de sus familias, también me viene á tributar una parte de sus productos, como un tributo que paga á mi beneficencia paternal. En efecto, aunque el colono no ha llegado aun al punto á que puede llegar, ya la octava parte que mi amigo reservo, excede incomparablemente á lo que la dehesa le producía.

Pero quiero pocas comparaciones: estos aldeanos del interior son los habitantes granjeros del campo. Con esos pocos acres vivos y siempre racionales de ver tanto familia placentera y siempre hermosa, menzaga y vienesa, ser hoy honradas y benéficas, como un humilde independiente que cada mes se mejora de día en día. ¡Ver tantas familias por las beneficencias de un propio mano y por haberlos arrendado de la miseria y del vicio para conducirlos al bienestar, á la religión y á las buenas costumbres! ¡Ah! si puede haber en la tierra felicidad sólida y verdadera, yo no conozco ninguna que pueda igualar á esta.

En efecto, el colono de los desahogados, que en todas partes es avaro y produce pocos y desahogados, aquí se hace con tranquilidad y alegría. Todos tienen pastos artificiales con que sustentar sus ganados. Han ojeado la felicidad y la importancia de este proceder y todos se han dedicado con celo. Y ahora ves que la misma dehesa mantiene diez veces más vacas y ovejas que podía mantener antes, y que además tienen en su corral las gallinas, los puerros y demás animales que la dehesa no podía tener.

Te daré luego ver esta asombrosa transformación. Aquel pedazo de tierra poco antes muerta, miserable y desahogada, es hoy un jardín animado, todo está partido en suertes, y cada una de ellas señalada por árboles útiles que empezaron ya á hacer una vista muy agradable, y lo que es más, todo habladío. MI amigo no se ocupó en sus esperanzas. No solo se fabricaron las ocho primeras casas con que contábamos, sino que se los otros colonos se han alentado. MI amigo declaró que permanecerá tres años de su octava parte á los que al cabo de este tiempo estarán alojados con sus familias en su tierra, y esto junto á la experiencia que han adquirido de las ventajas que les produce vivir junto á su hacienda, lo alentó de modo, que hoy todos los colonos y sus ganados están ya á cubierto y los mas han concluido su casa y quedan pocos por concluir.

Si á estas increíbles satisfacciones del campo quisiera juntar las consideraciones políticas, desearé, Antonio, lo que sería España si cada lugar tuviera un vecino como este, si las ciudades quisieran reflexionar sobre estos hechos y si el gobierno penetrado de estas ventajas tomara

disponerme para que en cada término se hiciera otro tanto. ¡Cuánta sería su riqueza propia y cuánto para la patria prosperidad! Si en cinco años experimentara algunas ventajas, discurro lo que sería España al cabo de diez.

Nosotros no estamos todavía más que á los principios; pero á vista de su experiencia, no dudo que de aquí á otros cinco años todo el terreno se hallé poblado, habitado y cultivado. En efecto, desde el tercer año las ventajas fueron tan visibles, la alegría y el bienestar de los nuevos colonos tan patentes, que ya las demás familias del lugar, aquellas mismas que al principio oyeron la idea con desdén y no quisieron tomar parte, ya decían que era menester que mi amigo hiciera repartir por el mismo método una dehesa muy grande que tiene á tres leguas, en que hay tierra excelente y un arroyo que pudiera regar una parte considerable de ella.

No solo clamaban por este reparto los vecinos de este lugar, sino también de las pueblos contiguos. Algunos de ellos no pedían ni ganados ni instrumentos, diciendo que los tenían propios y que solo pedían la tierra. Como mi amigo conoció que este deseo era vivo y que había muchos pretendientes, mandó dividir la dehesa en partes de manera que cada una tuviera un paró de regadío; pero declaró que estando aquella dehesa tan distante del lugar, era menester que cada colono equipase por fabricar sus cosas á suerzillo, aunque no fuera más que de ranojo, para guardar sus ganados, y que se obligasen á construir en el espacio de tres años una casa á su gusto, pero bastante sólida, para habitar en ella con su familia.

Añadió que para facilitarles esta construcción, les cediera por tres años las frutas de su octava parte, y además prometió facilitárselas en medio de la dehesa una iglesia decente, que se les pondría en una y un maestro ó escuela con todo lo demás necesario, para que en ningún caso se viesen obligados á venir al lugar, que solicitaría que se aplicase una parte de los nuevos diezmos, tanto para la manutención del cura, como de los demás sacerdotes y eclesiásticos para el servicio de la iglesia, de modo que estableciendo en esta contribución en esta parte que así no se les exigiera ninguna retribución por nada de lo perteneciente al punto oportuno, como bestimio, cuantamientos y otros, para ministros bien dotados harían todo este gratuitamente.

Muchos se retiraron oyendo que era menester abandonar el lugar y confesarse desde luego en la tierra; pero mi amigo decía: hombres que prefieren las conversaciones, el juego y la taberna del lugar á la útil comodidad de servir y cultivar de la tierra con que sustentan su familia, aman demasiado la ociosidad y sus vicios. Poco se puede en perderlos. Pero hato otros que le aceptaron, y habrá si y medio que se empiecen con ellos esta segunda población. Lo que puedo decirte es, que ya estás trabajando en ella ochenta y tres familias, entre las que se repartió aquella dehesa; que ya todas las Americas están llenas y habitadas por los colonos y sus ganados, que el cultivo está en toda actividad, que muchas casas están empezadas, que la iglesia está á medio hacer, y que no dudo que antes de tres años está terminada esta empresa, y que sea también una población feliz.

Pero no es esto solo, porque ya se empieza también á

hablar de otra grande dehesa que le queda á mi amigo, y muchos dicen que por qué no se reparten los baldíos. Los buenos efectos de esta primera población han despertado todas las desconfianzas, han venido todas las presunciones, y ya no se habla más que de poblar, de dar tierras, de meterlas en labor y establecer familias. Esto será ya muy fácil en adelante, no solo porque han conocido en la experiencia las ventajas, sino porque las mismas poblaciones hechas han un medio seguro de hacer otras con ventajas de todos. Voy á explicarte esto.

Muchos de los padres tienen dos ó tres hijos que les ayudan á trabajar en su suerto y ponerla corriente. Desde que lo está y que no les queda más que el trabajo sucesivo y ordinario del año, no necesitan de tantos brazos. Cada uno podrá gobernar su suerto solo, ó cuando más ayudado por el hijo que la ha de heredar. Como el padre no puede dividir su suerto y que esta debe pasar entera al heredero, ¿qué puede hacer sino solicitar que se reparta otra nueva á estos hijos que lo han heredado y no pueda acomodar en su suerto? Así lo hacen, y ya vemos que los que han estado de arreglar su suerto, no solo piden que se les dé una nueva á estos hijos, sino que se obligan á mantenerlos ellos mismos, á darles dos veces de las machas que ya hacen, la suficiente que necesitan, y á ayudarlos en sus trabajos, hasta dejarlos corrientes y establecidos.

De manera que ya sin más y sin más esfuerzo que el de darle las suertes y dar la tierra, cada población hecha puede desenvolverse, ampliarse ó triplicarse, y de aquí puede inferir con qué facilidad pudiera poblar toda España, pues siempre las primeras poblaciones que se hicieron pudieron vencer algunas dificultades y gastos, ellas mismas facilitarían que en adelante se hicieran otras con mucho menos gastos y dificultades. No costaría más que repartir tierras, pues no es dudoso que estos padres ya bienaventados, que no pueden acumular en sus suertes más que un hijo, solicitarían nueva tierra para sus segundos ó terceros hijos, ó para sus yernos, obligándose ellos á mantenerlos y habilitarlos.

Ve aquí cómo las mismas poblaciones serían una almeja subsistente de hombres y un fondo principio de otra sucesiva no interrumpida reproducción. Esto es lo que ya empieza á experimentarse aquí, y tengo por cierto que en poco tiempo todo está término quedará poblado y cultivado. Dentro de poco hablarán tierras y sembrarán pobladores. Quiera el cielo que un ejemplo tan útil no sea estéril, y que se verifique lo que decía viendo mi amigo, que su dehesa había de poblar toda la nación. Yo también me roía antojos; pero era verdad que ahora me voy río, y empiezo á esperar, porque es menester estar muy ciegos para no ver tanta luz.

No creas tampoco que mi amigo haya puesto sus atenciones solo en el campo; en el lugar también demuestra á cada paso su actividad, su inteligencia y amor del bien. Todo es la transformación. Esto probó que te causó tanto horror, este conjunto de habitaciones ruinosas, humildes, profundas y malhechas, estas calles sucias, sucumbidas y llenas de barro ya no presentan el horroroso y desagradable aspecto en que las viste. Mi amigo, alentado á unos, prestando á otros y auxiliando á los mas, ha hecho acomodar casi todas las cimas y blanquearlas, ha hecho también levantar los suelos, para que estando más altos

que la calle, no puedan entrar en ellos las aguas florecidas y se preserven de la humedad. Ha hecho que en vez de las estrechas ventanas por donde apenas entraba la luz, se rasgaran otros espacios por donde el aire circula con libertad. En fin, ha hecho que los mismos vecinos arreglen y tengan empedradas las calles dando corriente á las aguas, de modo que hoy todo el lugar está seco y sano, y sus casas, lejos de parecer como antes, recipientes de bestias, parecen hoy habitaciones de racionales.

Todo esto sería poco si no hubiera contribuido y logrado una gran reforma y mejora en las costumbres públicas y domésticas. Su celo en esta parte ha sido tan activo y tan feliz, que... (pero donde me iba á meter) (qué asunto tan feo!) y ya mi carta es demasiado larga. Permíteme, pues, que la interrumpa aquí y que lo reserve para otra. Adios, Antonio mio.

## CARTA XXXVIII.

MARIANO A ANTONIO.

Amigo mio: Hasta ahora no he podido hablarte más que de las mejoras exteriores de las casas, calles y suertes. En mi última te prometí hablar de las interiores, esto es, de lo que ha hecho mi amigo para despertar la ociosidad y la inercia, para excitar la industria, promover las artes y reformar las costumbres. Estos bienes que son tan grandes y que parecen tan difíciles, se han logrado por los medios que voy á referirte.

Una mañana poco días después de mi llegada vino el cura y trajo á mi amigo una lista de más de doscientas familias, entre quienes había distribuido el dinero que le había dado para repartir entre pobres. Y añadió que aunque la cantidad era considerable, el número de los necesitados era tal y las necesidades tan continuas, que se había consumido sin haber podido satisfacerlas todas. Mi amigo dijo que le había de dar otra cantidad igual para que la volviese á repartir de nuevo.

Yo dije que no aprobaba esta conducta, que me parecía que esta manera de hacer limosna en vez de hacer bien produciría muchos males, y que con ella mi amigo lejos de remediar el lugar acabaría de perderlo y arruinarlo; que las familias pobres, que eran entonces docientas, dentro de tres meses serian cuatrocientas, y al fin del año lo serian casi todas; que esta era una verdad inflexible acreditada por la experiencia, porque el hombre es naturalmente perezoso y holgazán, que jamás trabaja sino aguijonado por la necesidad, y cuando puede vivir sin trabajar no trabaja para vivir.

Siñores, les añadiré, en un país en que el gobierno ni las costumbres han sabido imprimir un carácter de infamia y deshonra á la ociosidad, no prefiero vivir sin hacer nada á costa de la caridad ajena, y cuando vea que vas á dar dinero á los que piden, todos os pedirán y abandonarían el trabajo. Con esto lo que conseguiréis es acabar de arruinar las pocas artes que haya, hareis que dejen toda ocupación honesta y laboriosa y aumentareis la embriaguez

con los demás vicios, compañeros inseparables de la ociosidad.

Si quieres hacer limosnas útiles y bien entendidas, proponed medios con que puedan ganar su pan y producir obras provechosas. Estableced manufacturas groseras y comunes de que sean capaces y que les proporcionen los medios de subsistir produciendo efectos que sirvan á otros, y un fin, obedeced al genio de la naturaleza, que no quiere que el hombre se aproveche de sus dones sino cuando los sabe armar de la ley divina que la fuerza á producirlos. Obsecad también á la ley divina que ha condenado al hombre á examinar su pan con el sudor de su frente.

Aquí, señor, me respondió el cura, todos esos principios son impracticables. No hay en que ganar la vida, los jornaleros mismos apenas pueden encontrar trabajo, sobre todo en lo que se llama tiempo muerto, y en que los menesterosos contar casi todo el invierno. Para las infelices mujeres no hay tiempo vivo, ni ellas saben ni hay costumbre en que puedan ganar un centavo. Algunas pocas se destinan á servir, y está en toda su salud, y fuera de que es grande su ignorancia, hija de su crianza infeliz, no hay aquí personas que las ocupen en nada.

Va aquí pues, lo voy yo á decir, los males que se deben remediar y que no se remedian con esas limosnas mal entendidas, antes sí se aumentan. Si mi amigo quiere hacer limosnas bien hechas que sean provechosas al pobre, útiles al Estado y agradables á Dios, que disponga y prepare ocupaciones en que todos puedan ganar su jornal. La tierra ofrece muchos medios para emplear los brazos robustos. Las artes no presentan menos para ocupar los débiles, y si todavía sobran brazos, las manufacturas los emplean sin límites. No hay en el mundo población tan numerosa que pueda trabajar para llevar todo lo que estos medios remedios pueden comprender.

Si amigo desea poblar una parte de sus tierras, quiero construir algunos edificios y cooperar á que las casas del In-

disponerme para que en cada término se hiciera otro tanto. ¡Cuánta sería su riqueza propia y cuánto fuera la pública prosperidad! Si en cinco años experimentara algunas ventajas, discurro lo que sería España al cabo de diez.

Nosotros no estamos todavía más que á los principios; pero á vista de su experiencia, no dudo que de aquí á otros cinco años todo el terreno se hallé poblado, habitado y cultivado. En efecto, desde el tercer año las ventajas fueron tan visibles, la alegría y el bienestar de los nuevos colonos tan patentes, que ya las demás familias del lugar, aquellas mismas que al principio oyeron la idea con desden y no quisieron tomar parte, ya decían que era menester que mi amigo hiciese repartir por el mismo método una dehesa muy grande que tiene á tres leguas, en que hay tierra excelente y un arroyo que pudiera regar una parte considerable de ella.

No solo clamaban por este reparto los vecinos de este lugar, sino también de las pueblos contiguos. Algunos de ellos no pedían ni ganados ni instrumentos, diciendo que los tenían propios y que solo pedían la tierra. Como mi amigo conoció que este deseo era vivo y que había muchos pretendientes, mandó dividir la dehesa en partes de manera que cada una tuviera un parre de regadío; pero declaró que estando aquella dehesa tan distante del lugar, era menester que cada colono equipase por fabricar sus cosas á suerzilla, aunque no fuera más que de ranojo, para guardar sus ganados, y que se obligasen á construir en el espacio de tres años una casa á su gusto, pero bastante sólida, para habitar en ella con su familia.

Añadió que para facilitarles esta construcción, les cediera por tres años las frutas de su octava parte, y además prometió facilitárselas en medio de la dehesa una iglesia decente, que se les pondría en una y un maestro ó escuela con todo lo demás necesario, para que en ningún caso se viesen obligados á venir al lugar que solicitaría que se aplicase una parte de los nuevos diezmos, tanto para la manutención del cura, como de los demás sacerdotes y eclesiásticos para el servicio de la iglesia, de modo que estableciendo en esta contribución en esta parte que así no se les exigiera ninguna retribución por nada de lo perteneciente al punto oportuno, como bestimio, cuantamientos y otros, para ministros bien dotados harían todo este gratuitamente.

Muchos se retiraron oyendo que era menester abandonar el lugar y confesarse desde luego en la tierra; pero mi amigo decía: hombres que prefieren las conversaciones, el juego y la taberna del lugar á la útil comodidad de servir y cultivar de la tierra con que sustentan su familia, aman demasiado la ociosidad y sus vicios. Poco se puede en perderlos. Pero hato otros que le aceptaron, y habrá si y medio que se empiecen con ellos esta segunda población. Lo que puedo decirte es, que ya estás trabajando en ella ochenta y tres familias, entre las que se repartió aquella dehesa; que ya todas las suertes están llenas y habitadas por los colonos y sus ganados, que el cultivo está en toda actividad, que muchas casas están empezadas, que la iglesia está á medio hacer, y que no dudo que antes de tres años está terminada esta empresa, y que sea también una población feliz.

Pero no es esto sólo porque ya se empieza también á

hablar de otra grande dehesa que le queda á mi amigo, y muchas dicen que por qué no se reparten los baldíos. Los buenos efectos de esta primera población han despertado todas las desconfianzas, han venido todas las presunciones, y ya no se habla más que de poblar, de dar tierras, de meterlas en labor y establecer familias. Pero será ya muy fácil en adelante, no solo porque han conocido en la experiencia las ventajas, sino porque las mismas poblaciones hechas han un medio seguro de hacer otras con ventajas de todos. Voy á explicarte esto.

Muchos de los padres tienen dos ó tres hijos que les ayudan á trabajar en su suerte y ponerla corriente. Desde que lo está y que no les queda más que el trabajo sucesivo y ordinario del año, no necesitan de tantos brazos. Cada uno podrá gobernar su suerte solo, ó cuando más ayudado por el hijo que la ha de heredar. Como el padre no puede dividir su suerte y que esta debe pasar entera al heredero, ¿qué puede hacer sino solicitar que se reparta otra suerta á estos hijos que lo han heredado y no pueda acomodar en su suerte? Así lo hacen, y ya vemos que los que han estado de arreglar su suerte, no solo piden que se les dé una nueva á estos hijos, sino que se obligan á mantenerlos ellos mismos, á darles dos veces de las machas que ya hacen, la suelta que necesitan, y á ayudarlos en sus trabajos, hasta dejarlos corrientes y establecidos.

De manera que ya sin más y sin más esfuerzo que el de darle las suertes y dar la tierra, cada población hecha puede, desprovista de animales ó traperos, y de otros puntos que con gran facilidad pudiera poblar toda España, pues siempre las primeras poblaciones que se hicieron pudieron vencer algunas dificultades y gastos, ellas mismas facilitarían que en adelante se hicieran otras con mucho menos gastos y dificultades. No costaría más que repartir tierras, pues no es dudoso que estos padres ya bienaventados, que no pueden acumular en sus suertes más que un hijo, solicitarían nueva tierra para sus segundos ó terceros hijos, ó para sus yernos, obligándose ellos á mantenerlos y habilitarlos.

Ve aquí cómo las mismas poblaciones serían una almeja subsistente de hombres y un fondo principio de otra sucesiva no interrumpida reproducción. Esto es lo que ya empieza á experimentarse aquí, y tengo por cierto que en poco tiempo todo está término quedará poblado y cultivado. Dentro de poco hablarán tierras y sembrarán pobladores. Quiera el cielo que un ejemplo tan útil no sea estéril, y que se verifique lo que decía viendo mi amigo, que su dehesa había de poblar toda la nación. Yo también me roía antojos; pero era verdad que ahora me voy río, y empecé á esperar, porque es menester estar muy ciegos para no ver tanta luz.

No creas tampoco que mi amigo haya puesto sus atenciones solo en el campo; en el lugar también demuestra á cada paso su actividad, su inteligencia y amor del bien. Todo es la transformación. Esto probó que te causó tanto horror, este conjunto de habitaciones ruinosas, humildes, profundas y malhechas, estas calles sucias, sucumbidas y llenas de barro ya no presentan el horroroso y desagradable aspecto en que las viste. Mi amigo, alentado á unos, prestando á otros y auxiliando á los mas, ha hecho acomodar casi todas las cimas y blanquearlas, ha hecho también levantar los suelos, para que estando más altos

que la calle, no puedan entrar en ellos las aguas florecidas y se preserven de la humedad. Ha hecho que en vez de las estrechas ventanas por donde apenas entraba la luz, se rasgase otros espacios por donde el aire circula con libertad. En fin, ha hecho que los mismos vecinos arreglen y tengan empedradas las calles dando corriente á las aguas, de modo que hoy todo el lugar está seco y sano, y sus casas, lejos de parecer como antes, recipientes de bestias, parecen hoy habitaciones de racionales.

Todo esto sería poco si no hubiera contribuido y logrado una gran reforma y mejora en las costumbres públicas y domésticas. Su celo en esta parte ha sido tan activo y tan feliz, que... (pero donde me iba á meter) (Qué asunto tan fecundo) y ya mi carta es demasiado larga. Permíteme, pues, que la interrumpa aquí y que lo reserve para otra. Adios, Antonio mio.

## CARTA XXXVIII.

MARIANO A ANTONIO.

Amigo mio: Hasta ahora no he podido hablarte más que de las mejoras exteriores de las casas, calles y suertes. En mi última te prometí hablar de las interiores, esto es, de lo que ha hecho mi amigo para despertar la ociosidad y la inestabilidad, para excitar la industria, promover las artes y reformar las costumbres. Estos bienes que son tan grandes y que parecen tan difíciles, se han logrado por los medios que voy á referirte.

Una mañana poco días después de mi llegada vino el cura y trajo á mi amigo una lista de más de doscientas familias, entre quienes había distribuido el dinero que le había dado para repartir entre pobres. Y añadió que aunque la cantidad era considerable, el número de los necesitados era tal y las necesidades tan continuas, que se había consumido sin haber podido satisfacerlas todas. Mi amigo dijo que le había de dar otra cantidad igual para que la volviese á repartir de nuevo.

Yo dije que no aprobaba esta conducta, que me parecía que esta manera de hacer limosna en vez de hacer bien produciría muchos males, y que con ella mi amigo lejos de remediar el lugar acabaría de perderlo y arruinarlo; que las familias pobres, que eran entonces docientas, dentro de tres meses serian cuatrocientas, y al fin del año lo serian casi todas; que esta era una verdad infalible acreditada por la experiencia, porque el hombre es naturalmente perezoso y holgazán, que jamás trabaja sino aguijonado por la necesidad, y cuando puede vivir sin trabajar no trabaja para vivir.

Siñores, les añadiré, en un país en que el gobierno ni las costumbres han sabido imprimir un carácter de infamia y deshonra á la ociosidad, no prefiero vivir sin hacer nada á costa de la caridad ajena, y cuando vea que vas á dar dinero á los que piden, todos os pedirán y abandonarían el trabajo. Con esto lo que conseguiréis es acabar de arruinar las pocas artes que haya, hareis que dejen toda ocupación honesta y laboriosa y aumentareis la embriaguez

con los demás vicios, compañeros inseparables de la ociosidad.

Si quieres hacer limosnas útiles y bien entendidas, proponed medios con que puedan ganar su pan y producir obras provechosas. Estableced manufacturas groseras y comunes de que sean capaces y que les proporcionen los medios de subsistir produciendo efectos que sirvan á otros, y un fin, obedeced al genio de la naturaleza, que no quiere que el hombre se aproveche de sus dones sino cuando los sabe armar de la ley divina que la fuerza á producirlos. Obsecad también á la ley divina que ha condenado al hombre á examinar su pan con el sudor de su frente.

Aquí, señor, me respondió el cura, todos esos principios son impracticables. No hay en que ganar la vida, los jornaleros mismos apenas pueden encontrar trabajo, sobre todo en lo que se llama tiempo muerto, y en que los menesterosos contar casi todo el invierno. Para las infelices mujeres no hay tiempo vivo, ni ellas saben ni hay costumbre en que puedan ganar un centavo. Algunas pocas se destinan á servir, y está en toda su salud, y fuera de que es grande su ignorancia, hija de su crianza infeliz, no hay aquí personas que las ocupen en nada.

Va aquí pues, lo voy yo á decir, los males que se deben remediar y que no se remedian con esas limosnas mal entendidas, antes sí se aumentan. Si mi amigo quiere hacer limosnas bien hechas que sean provechosas al pobre, útiles al Estado y agradables á Dios, que disponga y prepare ocupaciones en que todos puedan ganar su jornal. La tierra ofrece muchos medios para emplear los brazos robustos. Las artes no presentan menos para ocupar los débiles, y si todavía sobran brazos, las manufacturas los emplean sin límites. No hay en el mundo población tan numerosa que pueda trabajar para llenar todo lo que estos medios remedios pueden comprender.

Si amigo desea poblar una parte de sus tierras, quiero construir algunos edificios y cooperar á que las casas del lu-

que se consoliden y mejoren. Ve aquí, pues, caminos para equipar muchos hospitales. Las familias que adquieren suertes y cosechas son otros tantos pobres que viven de la sociedad; solo lo que no quieren ó no pueden tener parte en esta ventaja, será conveniente proporcionarles otros medios de ganar su vida. Y los mas naturales y fáciles son los de fomentar en el lugar el progreso de las artes y mas comercio. Por que nuestros habitantes están acostumbrados á las ciudades vecinas sus zapatos, metales y comestibles. Por qué no podrán aprender y ejercitarlos ellos mismos en estos oficios?

Por qué mi amigo, en lugar de repartir ese dinero que vuestra mano pasa á la de los pobres y con que los sacudís de la pereza y á los vicios, no podrá emplearlo en hacer que los muchachos aprendan á ser herreros y carpinteros? Por qué no los empleará en establecer un pequeño número de lianas comunes y de paños groseros para que hagan los platos de que se víven, y que ocupará á muchos, sobre todo á las mujeres, que ganará el pan con las niñas? Me parece que mi amigo elevará mejor empleando en esto su atención y su dinero que no en darles los medios de ser holgazanes y que vayan á la taberna. Yo creo que la limosna que propongo se la mejor.

Sea ésta, señor, su voluntad á decir el cura, que me será inmensamente mejor, pero en todo tiempo y las necesidades son urgentes. Por otra parte, cuando recomiendo el lugar y esta especie de penes, aquí juzgaré que no será tan fácil introducir aquí fábricas que necesitan de inteligencia y de aplicación. La pereza á que se van acostumbrando estas gentes, es difícil de vencer. Pero decidme, cuando con el tiempo eso se conseguire, ¿se haré con los muchos enfermos que hay continuamente, con tantos impedidos y otros tales que vagan por las calles, inútiles para el trabajo?

Si á lo menos hubiera un hospital en que curar los enfermos, si hubiera una casa de misericordia en que recoger á los estropados, consejo que recomiendo ó aconsejo á los señores, habria razon para no dar limosna ó los mendigos, pero como aunque se alcan muchos caminos de ganar la vida es imposible que fuesen necesarios de esta especie, lo es tambien dejar de dar socorro. Ve aquí lo que sucede: un padre con el trabajo de sus manos mantiene muy bien su familia, pero con esfuerzo y no hay un solo hijo que le ayude. Aquel mismo día no solo él, sino toda su familia están en la miseria. (No es preciso socorrerlos. Y mucho, le respondí yo. Si se debe dar trabajo al que puede trabajar, se debe prestar atención, amparo y auxilio al que no puede, y nada lo merece tanto como un jornalero ó artesano honrado que vive con su trabajo, cuando una enfermedad ó accidente le priva de los medios de ganar el sustento.

Es por necesario, me respondió, que en un lugar tan numeroso como este haya un hospital para curarlos. Yo no aso las consecuencias, respondí, ni soy de su opinion. (No, señor, me volví á decir espantado, voy pensará que no sería tal un hospital en que se pudiese curar á los pobres enfermos? Si es así, lo volví á responder, creo que no sería útil, porque me parece que se puede disponer mejor. No es escandaloso, señor cura, porque esta opinion que os parece tan justa, nace de principios de humanidad. Escuchad mis razones.

Contéstame que los hospitales pueden ser necesarios en las cortes, en las capitales ó en las ciudades muy pobladas, porque como por razon de la mayor facilidad de hallar trabajo por la concurrencia de los que conducen los caminos y por otros muchos motivos concurren á ellas gentes de todas las provincias y pueblos de todas especies, siempre existe en sus recintos un gran número de estruños que no tienen allí ni hogar ni familia y que cuando caen enfermos no los tienen á quien volver ni á quien se hallarian personas que los cuiden ni albergio; que los cuidados, y se morirían por los caminos. Estas circunstancias hacen indispensables los hospitales, á pesar de sus defectos, para que puedan refugiarse en ellos y se les pueda lo mejor que se pueda. No hay otra parte más fácil para defenderlos.

Por los hospitales tienen en sí defectos intrínsecos ó irremediables que dependen de la naturaleza de las cosas humanas. Por mas celo y caridad con que se disponga su establecimiento, es imposible que el tiempo, la costumbre y la multitud de los enfermos no debiliten poco á poco el sentimiento de dulzura y compasión que conserva tanto á la salud sensibilibidad del enfermo. Como es preciso servir de los auxilios necesarios, como no ejercen este mismo oficio sino por interés y que no pueden tener atención personal á enfermos que no conocen, aunque por la costumbre una especie de dureza que causa mayor mal á los enfermos que el mal que pueden producir los remedios.

Las enfermedades de ordinario al poco que enfriamiento del cuerpo debilita el alma; y amasa en sus túbulos y sus bronquias para los humores la pusilla, la pusilla y el cambio de las personas que los asisten. El miserable enfermo que se transporta al hospital, no solo pierde la vista, la compañía y asistencia de su mujer y de sus hijos, sino que lleva en su corazón un brodear atroz con la idea de que todos quedan en la mas estrecha miseria. Basta para agravar esta funesta separación de las personas que mas ama.

Pero el enfermo que se puede curar en su casa con compañía y con la asistencia de las personas que aman y que él ama, evita por lo menos todos estos quebrantos que hacen su situación mas dolorosa. No señala á los males de la naturaleza los que el enfermo del hospital sufre por la necesidad de las circunstancias. No solo está mejor alivado, sino que tambien padeció con mas consuelo. Estas ventajas me persuaden, que en un lugar donde no hay alverniales, donde todos tienen una familia y su hogar bueno ó malo, no conviene establecer un hospital, sino cuidar de que cada uno se cure en su casa.

Que cada uno se cure en su casa! exclamó el cura con calor, y de dónde saldrá el dinero que es menester para tanto gasto? De la misma bolsa, le respondí yo, de que hubiera salido el que se necesita para fundar y mantener el hospital, y creo que es mas barato. Considerad, señor, lo que es necesario para fundar un establecimiento de esta especie. Es menester empezar por construir, comprar ó adquirir un edificio sólido y bastante espacioso para recibir los muchos enfermos que puede haber, y disponer y guardarlo de los lechos y demás utensilios necesarios, que no basta hacer una vez, porque es menester renovarlos siempre. Esto es muy costoso, y yo lo evito todo, pues cada uno tiene en casa su cama.

Será menester hacer separaciones de hombres y muje-

res, y además otras separaciones para las enfermedades contagiosas. Todo esto exige mucha extensión y mucho gasto. Yo nada mecontento de eso, pues cada enfermo tiene su casa separada. Después de hechos estos gastos será menester dotar este hospital de administradores, médicos, cirujanos, capellanes, enfermeros, boticeros y un número infinito de otros sirvientes. Este estado mayor es numeroso, obliga á mucho gasto, y sin hablar de los descuentos, del desorden ó de las cosas que pueden haber, se cierto que absorberá una gran parte de los recursos, y que antes de que las aprovechen un enfermo, se las habrán comido muchos sanos, pero uno en su casa no tiene necesidad de este aparato. Con los socorros que se le pueden dar, cada enfermo pagará á todos los que le sirven durante la enfermedad. Nada manifiesta tanto los inconvenientes de los hospitales como la general repugnancia del pueblo. Apenas una de las mas desdichadas, lo es de la infamia obesa, y cuando se ven forzados por la necesidad mas estrecha, solo van cuando ya no pueden resistir á la violencia del mal y, no les queda otro arbitrio. Los mas precisan sufrir y morir en su propio cama, al triste recurso de tan rudo y desagradable servicio, y es como veríamos asustar alivio tan penoso, que parece destinado á los que la suerte reduce al último punto de miseria, indico todos de que allí la caridad es, y nada no puede ser tan dulce, tan benigna, tan atenta, vigilante y selectiva como el hogar.

Considerad ahora el consuelo que se quedará entre las suyas, padre con el hijo, y madre de las personas que mas quiere las personas que mas precisan, y que son de confianza tan íntima como el alma á su vista y serían tan inesperadamente de sus dolencias como impetivos en su alivio. Que no me compare la atención y el cuidado de una mujer que sirve al marido que ama del cuidado que va en peligro á la madre que lo ha dado y que le cria á sus hijos, de la hija tirra que ve padecer al padre por quien vive; que se compare, digo, estos ternos y algunos servicios con el grosero atropellamiento de un sirviente inasistido, y que se me diga cuál será mejor para la curación del cuerpo y la salud del alma! Señor cura, cuando hace posible problema que supuesto el establecimiento y la dotación de un hospital, su modo será menos costoso que el de que cada uno se cure en su casa, yo no lo profetizo. Porque lo que puede curar á las mas es tambien limosna y va mas desahogado al fin de la sociedad, que es la curación y el alivio del enfermo. No sé puede decir que será mejor alivado, mas presto curado ó á lo menos que tendrá una consuelo y si á estas consideraciones añade la circunstancia de que los socorros que se le dan para un curación aprovechan á la familia que le sirve y que por su caridad queda en mucha de subsistencia, no dudaría que esta curación es mas universal y mas bien entendida.

No duda, señor, me respondió el cura, que si fueran posible curar á los pobres enfermos en su casa, esto sería incomparablemente mejor, y á todas las ventajas que habéis dicho yo pudiera juntar una quizá superior á las demás, y es, que los dependientes, ó descendientes ó ignorantes, dejados muchas veces las enfermedades sin advertirles de su peligro y sin prepararse á recibir los últimos sacramentos de la Iglesia, y es de creer que entre las familias cristianas no habria este descuido.

Pero cómo es posible esperar que nadie en el mundo

sea capaz de dar todos los socorros que necesitan los enfermos? Cuando hubiera uno solo destinado para esto, ¿cómo puede aliviar un cuidado de tanta extensión, ¿cómo sabrá quién está enfermo? Cuando lo supiera, ¿cómo podría llevar los socorros? Cuando no tuviera otra obligación, ¿cómo podría bastar el día? y qué será si uno enfermo está al extremo del lugar y otros al opuesto, ¿cómo puede encargarse de este asunto?

Nosotros, le interrumpí yo, nosotros mismos. Para esto es menester que nos juntemos muchos, es menester que dividamos el lugar en cuarteles ó proporciones que cada uno se encargue. . . . Aquí me una saltando una idea, y me parece que esta idea no solo será útil para el objeto de que hablamos, que es la curación de los enfermos, sino tambien para llenar todos los demás objetos que desea mi amigo y que pueden servir á reformar ó mejorar el lugar de todas maneras. En efecto, creo que si se planta y se sostiene con vigor, se podrá con ella atender á todo, poner buenos escuelas, establecer manufacturas, y en general contribuir á la bien público, hasta punto, puede ser, el destierro de los vicios públicos y la introducción de las buenas costumbres.

Mucho los prometió, Mariano, dijo conríctado mi amigo, si he planto en planta lo que imagino y si lo acompaño con fuerza y constancia, es muy posible que voy conseguiré todo lo que desea, esta es, introducir en este lugar aplicación, amor al trabajo, modo de ganar la vida, dar todos los socorros posibles á la humanidad que sufre y al mismo tiempo inspirar el amor y la estimación de la virtud del destierro y el odio de los vicios, pero mi idea no está rigida y menester de modificarla. Considerad tres días de tiempo y volverémos á hablar.

Al cabo de tres días nos juntamos de nuevo, y dirigíendome á mi amigo, le dije: La Providencia me ha traído á este lugar, él le produce grandes rentas, al mismo tiempo tiene otras muchas que le ha dado el cielo, pero lo que es mas precioso, tambien le ha dado la voluntad de complacerme bien. Si desea convertirme en beneficio del Estado en que has nacido, del bien público de que eres parte, de la humanidad de que eres miembro y de los pobres de quienes el cielo te ha hecho depositario, muy encomendado me do lo que honestamente necesitas, te munda que sus distinciones el honor, fundó á tu inteligencia y todo el órden de la distribución por las reglas de una caridad bien entendida.

El cielo te ha concedido pocas amables ventajas y te ha impuesto grandes obligaciones; tú las concedes y das descomulgación. Acaso esta es la mayor gracia que te hace. Si el cielo te ha dado el mundo para que sea un río nada hay mas fácil que hacer bien usando lo don; pero no es así, y nada es tan difícil como hacer bien. No bastan las riquezas aunque las acompañen los buenos deseos, porque son muy buenas intenciones se puede hacer mucho mal. Tampoco basta el propio celo y la propia inteligencia, porque un hombre por inteligente y activo que sea no puede hacerle todo por sí y necesita de otros que lo ayuden; que se peuetran de su espíritu y que sean tambien inteligentes, activos y celosos.

Ya hemos dicho que el método de dar limosna por las manos del señor cura ó de cualquier otro, sin esforzar á los pobres al trabajo, producirá grandes inconvenientes y que en vez de hacer bien hará mal á toda. Pero nada si se les distribuyesen por su mano ó por la de cualquiera de los tuyos, que sería más fácilmente engañados. La vida de estos inconvenientes y la dificultad de que pocos hombres solos pueden abarcar toda la extensión de los males que hay que reparar y de los muchos bienes que se pueden producir, me han causado la idea de que sería bueno y útil formar una especie de sociedad ó junta de bien público. Pero antes de pasar adelante, yo quisiera que el señor cura me respondiese á esta pregunta:

¿Será posible encontrar en el lugar corriente ó frecuente persona de inteligencia y honor, así hombres como mujeres, que se justicen en una especie de sociedad organizada al servicio de los pobres? Se hacen tantas cosas de desorden, que no se pudiera hacer una de caridad. El cura mi respondido. Nosotros tenemos tres curiales en la iglesia, y la del Sacramento es muy distinguida. Se compone de los mejores del lugar, de los que tienen un poco más de dinero. No se reúnen en ella solamente los hombres de bien, sino también algunas mujeres de bien, pero aunque algunos tienen un medio para, ninguno tiene sobrante. Con todo, dije yo, ¿cómo hacen los señores de su curial? Si, respondió el cura, por esto con tan ligeros que con una peseta cada mes salen de todos sus curiales. Yo no he meditado más, volví á decir, con eso me basta para poner en práctica mi pensamiento.

Explicámosle por hablar á los que el señor cura me ha dicho, explicámosle que se juntan con nosotros para formar una sociedad, contentándose por ahora con treinta ó cuarenta hombres los mejores, y otras tantas mujeres. Esto será nuestro primer fondo, después quedará el segundo y los recursos. Los expedientes que se han de hacer á el objeto que nos proponemos es el bien público, y por eso me han llamado la junta del bien público, y que en esto se comprenda al servicio de las pobres como todo lo que sea útil y ventajoso al pueblo.

Explicámosle también que nuestras obligaciones son dar una peseta de contribución cada mes y estar dispuestos á compartir en todos los empleos que nos ofrece el país. Me parece, señor cura, que será fácil encontrar esto. Muy fácil, me respondió pero yo digo que con pocas pesetas se puede atender á todo.

Yo no le he meditado porque ya lo tengo. La que necesita es de personas enojas, inteligentes y laboriosas que me ayuden á distribuir bien las que yo tengo, de cooperadoras hábiles, que penetrados del mismo espíritu ejecuten y sostengan las buenas ideas que quisiera poner en práctica. En cuanto al dinero, mi amigo está en ánimo de emplear cada mes una cantidad en beneficios que puedan ser útiles á todos. Quiero suponer mil ducados. ... Y mucho más si fuere necesario, interrumpió mi amigo. Estoy pronto á dar todo lo que sea menester para convertirlo en beneficios sólidos y verdaderos del pueblo.

Y bien, señor cura, ya puedes ver el fondo de la junta, y que aunque no presentamos al público más que cincuenta ó sesenta pesetas, tenemos siempre una reserva secreta para hacer todo lo que conviene, y mi parecer me

cho mejor que un así. Pero ahora para entendernos bien por ejemplo mil ducados y digo que esta cantidad distribuida por el método y con las reglas que propongo, será más útil y producirá más efectos y bienes que diez veces otro tanto empleado sin orden ni principio. Y digo más, que si mi amigo repartiera esta cantidad por sí ó por fuerza persona que no la ha hecho hasta aquí, no haría otra cosa que derrochar mucho dinero vagamente sin fruto y haciendo mucho mal, en vez de que con la mediación de esta junta podrá por medio de ella distribuirse bien con conocimiento y cuidado y produciendo bienes de una fidelidad permanente.

En razón de esto es, que la junta estará obligada á gobernarse por principios de rectitud, equidad y sana política, que lo serán dictadas en los reglamentos de que hablé después. Nada quedará al arbitrio, á la fantasía ó á los intereses de ningún particular; así, todo debe hacerse por reglas de justicia y conveniencia. Por otra parte, no hay particular que no pueda ser engañado, porque ninguno puede tener por sí todos los conocimientos necesarios, y me da la atención y el tiempo que es menester para examinar todas las personas y cuidar de todos los ramos.

Pero cuando el trabajo se reparte entre muchos, cuando cada uno se aplica á lo que más entiende, cuando con una noble emulación todos procuran desempeñar su parte, cuando lo que ejecuta el solo de uno es sostenido por la vigilancia y el cuidado de todos, entonces con pocos medios se hacen grandes cosas, como se ve en las reuniones de muchos contrabanderos, ó en la guerra de muchos batallas y de sí mismo esfuerzo.

Así, mi distinguido no es otro sino de que mi amigo con el nombre y el pretexto de una junta, se anida un número suficiente de cooperadoras que le ayuden á lograr sus excelentes proyectos que el dinero que quiere emplear se consigue en voluntarios sucesos y en beneficios útiles y necesarios. Ya hemos dicho que es imposible que lo haga por sí solo, porque sería engañado á cada paso y que sería el único objeto de los impudicos, que le arrancarán sin rubor limosnas más que las que por otra parte, mi amigo no quiere hacer á costa de su propia honestidad, no quiere adquirir reputación de limosnero. La modestia cristiana prescribe cierta reserva.

Por todo lo que he dicho me parece que en la misma junta lo haga todo por ella y con ella, y además formará en caso de ser posible, las hará adoptar sus penamientos y los hará ejecutar todas las ideas útiles que tiene remediatas. El será el alma, el finca, el resorto que dirija todo en efecto, y mi amigo ayudará á sus propios meritos el de hacer que la ayudaran los otros. Cuando los medios faltan, podrá verteles en la sociedad por mil caminos sin faltar el sustento.

Se empleará por un fondo que no se sabrá de dónde viene, aunque será fácil señalarlo. Cuando vengan después estrecheces y se necesite de otros medios, más voces los dará en su nombre, porque es el más rico y debe hacerlo, y esto se mirará como una granza, otras veces llegarán dados por un sobrante, otras se pedirá á un momento de la junta que los ofrezca en su nombre; en fin, se puede hacer que nada falte sin la pública ostentación de ser

uno el que lo ofrece todo. Sin duda que se sospechará la mano de donde vienen los dones, pero esto es menor mal. A lo menos se procura evitar el riesgo, la tentación de la vanagloria y también la humillación ajena.

Así, si propongo que cada miembro de una peseta mensual, no es porque crea que esto pueda contribuir al progreso de la operación. Aunque se me objetara ó se me hiciera pesetas no pueden hacer mucho peso en asuntos que no necesitan de millares; pero me he determinado una razón que yo creo de profunda política. Señor cura, si esta contribución es muy pequeña para el fondo de la obra, es muy grande y muy importante para su logro y consistencia. Escuchad mi razón.

Si mi amigo no quisiera que los demás miembros contribuyeran por su parte diciendo que él hará todos los gastos, jamás conseguirá reunir esta junta, ó si la menos jamás pudiera inspirarse celo, movimiento y actividad. A unos parecería que mi amigo quería para sí toda la gloria, otros se desanimarían de tomar parte, pareciéndoles que sería tratado como criado ó dependiente; todos se mirarían como instrumentos pasivos, ninguno miraría la operación como cosa suya, ninguno se inflamaría en celo, ni tomaría el interés activo que inspira la idea del interés propio; todos procurarían excusarse, ó si consentían por complacencia serían sin actividad, sin empeño, y jamás se podría establecer una serie de operaciones encadenadas que necesitan de un continuo enlace y de tan activos resortes para que pueda producir los efectos deseados.

Pero el instante que se los dice que todos van á trabajar juntos y de mancomun y que esta es una sociedad en que todos ponen por igual sus contribuciones y sus esfuerzos, ya les parece que lo obra su mano, ya se imaginan que la gloria es para todos, cada cual piensa que tendrá su parte y trabajará por adquirirla. Entonces el celo y el ardor de apoderarse de su honor y habrá algunos que se aplicarán á estos objetos con una vehemencia que á sus propios negocios. Tal es el corazón humano; él desea ser actor en todo, el papel de ser la coma, el de admirador la fustilia, el de instrumento le humilla, pero el de actor le sostiene, y cuando imagina que se alcanzará una parte del interés ó de la gloria, con este estímulo se le lleva adonde se quiere. Así es su naturaleza, y pues así es, procuremos seguirlo.

Yo pienso también que nuestra junta debe componerse de mujeres, y me parece que está será una parte muy útil y necesaria para muchos usos. Las mujeres por lo general son muy listas y más compasivas que los hombres, y por eso serán más propias para diferentes objetos de nuestro instituto, como el cuidado y alivio de los enfermos, la asistencia de las que están de parto, la crianza física de los niños abandonados, la educación de las muchachas y otras mil obligaciones de esta misma especie. Al mismo tiempo son más hábiles para ciertos enojos que nos serán necesarios, como la distribución de las limosnas entre las otras mujeres para nuestras fabricas de lianas, paños y otras cosas iguales.

Se menester pues que el señor cura empiece por escoger un cierto número de aquellas que le parezcan más juiciosas, que tengan mejor reputación y cuyo ejemplo pueda persuadir á las demás, que las explique nuestro designio, para que lo conciben y le hagan conocer á las otras, á fin

de que todas se animen y nos ayuden en la empresa. Tanto por cierto que muchas contribuirán con todos sus medios y que nos serán muy útiles. El carácter de las mujeres por lo general es bueno y dulce, desean el bien y tienen con ardor todos los empeños de que se encargan. Por otra parte, si tenemos por nosotros las mujeres, los hombres las imitarán.

Yo creo que uno de los más útiles será establecer talleres de lianas y de paños gruesos que sirvan á los pobres, y aunque á mi amigo le sería muy fácil hacerlo por sí, tengo por conveniente que lo ejecute por mano de la junta. Lo único que mi amigo puede hacer es facilitar los medios, haciendo lo que la junta no pudiera hacer. Por ejemplo, puede tratar con los fabricantes de lianas y hacerlos venir al lugar con tres ó cuatro tolares de cada especie. Para conseguir su tratado los concederá algunas ventajas y les asegurará que la junta les proporcionará trabajo á precios equitativos. Al mismo tiempo hará comprar mil arrobas de liana y otras tantas de lana, que entregará á la junta, y esta cuidará por el arreglo de sus miembros de hacerlas hilar y tejer hasta llevarlas á su debida perfección.

Con esta operación se harán muchos bienes. En primer lugar comprando el lino en el país, se anima la cría y cultivo de uno y otro, se sostiene las familias de los fabricantes que han vendidas y se da con el ejemplo de la actividad y aplicación. Se harán muchachos que aprendan, se irán multiplicando movimiento los talleres, se aumentará cada día esta industria y el número de las familias que se mantendrán con ella. Todas las mujeres del país se ocuparán en hilar, se establecerá muchas casas de lianas y paños, los pobres tendrán ocupado con un trabajo, se habrán mantenido con él y después se vendrá á otros pueblos con lo mismo que han hecho los primeros. Por esto modo los beneficios se debilitan y se extendirá á todos los objetos de la caridad.

He propuesto este ejemplo para dar una idea de todo lo demás, pero sin determinar en esto y suponiendo los preliminares que he dicho, voy á explicar ahora lo que se puede hacer. El primero que debe abrir la marcha es el señor cura. Esto debe hablar á las primeras ó á las más estimadas personas del lugar de uno y otro sexo, para enterarlas de nuestro designio y pedirles que contribuyan por su parte, y formará dos listas de todas las que consentían y ayudaran, una de hombres y otra de mujeres. En la primera podrá desde luego ir á mi amigo como á sus hijos, á mi y á las demás personas que le nombraremos.

Cuando su lista sea ya de treinta ó cuarenta personas de cada sexo, nos convidará á todos un día señalado á la sala que hay sobre la sacristía, en que pueden caber más de doscientas personas. Allí nos hará un breve discurso en que nos explique el fin y objeto para que nos ha juntado, que es formar una sociedad de beneficencia que se ocupa en todo lo que puede contribuir al alivio y socorro de los pobres, como en lo que puede ser útil y ventajoso á todo el público. Y como toda sociedad necesita de leyes ó reglas que la gobiernen, yo me he ocupado desde ya en hacer un reglamento, pero antes de que salga al público, es menester que el señor cura y mi amigo le examinen, lo corrijan y lo modifiquen como les parezca.

Entonces se repartirá un papel y let los artículos que había escrito. Tanto el cura como mi amigo me hicieron diferen-

tes repases y observaciones, y al mismo tiempo añadirán otras muchas cosas muy útiles. Nuestra conferencia duró una hora tres días, pero en fin, después de haber discutido de cada artículo en particular, quedamos convenidos en que quedaría del modo que se lo voy á copiar aquí:

### REGLAMENTO

#### PARA LA JUNTA DEL BARRIO PUERTO.

El objeto de esta junta es cuidar tanto de lo que puede ser alivio y socorro de los pobres, como de todo lo que sea útil y ventajoso al pueblo.

La junta se compone de todos los miembros que han sido admitidos y están inscritos en el libro de la sociedad, y de todos los que lo serán después. Todos los miembros reunidos forman la junta general.

Esta junta general nombra una junta particular, que tendrá operativa la cual se encargará de hacer observar los reglamentos generales y los estatutos particulares de que se hablará en su lugar.

#### ESTATUTOS PARA LA JUNTA GENERAL.

La junta general, en que deben y pueden juntarse todos los miembros admitidos, se reúne una vez cada mes en día fijo, como por ejemplo, el primer domingo del mes después de la víspera. Desde que se sale de la iglesia se va hasta á la sala que está sobre la sacristía y que es el lugar designado para ella.

Allí se celebrará un presidente á pluralidad de votos, que tendrá el despacho de secretario, fiscal y pover (esto en las conferencias, no secretario, ni tesoro, y todos estos oficios durarán un año).

El secretario debe tener dos libros, uno para escribir en él todas las deliberaciones y otra para tener nota de todo lo que por cualquier título entre en manos del tesoro ó de otra persona y pertenencia á la sociedad, para que se le pueda hacer cargo.

El tesoro debe llevar en cuenta, y deberá darla cada mes á la junta particular de que se hablará después, la que debe ser examinada y estar conforme con el cargo que lo resultó del libro del secretario y rúta y aprobada por dicha junta.

En la junta general se deben discutir á pluralidad de votos estos cuatro oficios, de presidente, presidente secretario y tesoro, y además otros dos miembros y una señora, que deben componer la junta particular. Y al mismo tiempo en las juntas mensuales se examinará la relación que le deberá hacer el secretario, en nombre de la junta particular de todo lo que haya hecho en aquel mes, como después se dirá con más extensión.

Todos los miembros tendrán el derecho de explicar su opinión, aprobando ó denunciando lo que les parezca justo, y si lo exponer nuevas ideas y mejoras. Estos puntos se discutirán por el mayor número de opiniones, y al presidente toca declarar la pluralidad, y la resolución que resulte.

Cuando los negocios de la junta general estén concluidos, el presidente elegirá la señora de la congregación que le parezca, y esta dará una vuelta á la sala para recibir las limosnas voluntarias que la caridad inspire á cada miembro

que son independientes de la persona de contribución mensual que cada individuo debe dar al tesoro. En caso de que no acuda, la caridad ó el tesoro tendrá cuidado de recogerla.

### ESTATUTOS

#### DE LA JUNTA PARTICULAR.

La junta particular se compondrá de siete individuos: el presidente, la presidenta, el secretario y el tesoro serán siempre males, y además se añadirán dos hombres y una señora, que serán también nombrados por la junta general. Las funciones de todos deben durar un año.

Esta junta reunida en sí toda la autoridad. Como no es posible que todos los pueda comparecer sin confusión en una administración tan pequeña, porque se multiplicarían unos á otros, la junta general, nombrando esta comisión ó junta particular, debe delegar todos sus poderes, para que una persona encargada por todos y por consiguiente digna de su confianza.

Debe poseer de antemano toda la autoridad, contentarse con que cada mes le dé cuenta de todas sus operaciones, para que sean públicas y conocidas, y que todos sepan el buen uso que se hace de los fondos. El secretario en las juntas mensuales hará una relación en que la infiere de todo lo que le ha ocurrido en virtud de los reglamentos, de los enfermos y pobres que se han socorrido, con expresión de las familias que curó y curó, de los adelantamientos que hizo, de los gastos que se han corrido, en fin, de todos los asuntos que se han hecho y de las existencias que quedan.

Esta cuenta se necesita para el orden y para que la junta general pueda determinar con conocimiento la cantidad que destina para los gastos del mes siguiente. La comisión lo propondrá la que le parezca necesario; pero la junta podrá confirmarla, aumentarla ó disminuirla con arreglo á los fondos y circunstancias.

La junta particular hará dirigir el lugar en barrio, y nombra para el cuidado, selección y dirección de cada uno, un inspector y una inspectora auxiliares de los miembros de la sociedad.

Esta junta tendrá dos sesiones impares, una el tercer domingo al domingo en que se habrán tenido la junta general y la otra el lunes que precede al domingo en que se debe tener la otra junta general que se sigue.

En la primera de estas dos sesiones, la junta debe distribuir la cantidad que la junta general ha señalado para los gastos de aquel mes por este modo:

Empazará por dar á cada inspector la cantidad que le parezca conveniente para emplearla en los días y horas de su cargo que se explicarán después. Si hay familias, hará á los nombres encargados de cada uno lo que sea necesario para sus gastos ordinarios. Al individuo encargado de los aprendices dará según su cuenta lo que necesita. Á la comisión de enfermos que sea nominada. En fin, á todos los miembros que se ocupen en algún objeto, dará lo que parezca necesario para los gastos de aquel mes, pero con la producción de no invertir toda la cantidad, sino reservar una parte para lo que pueda ocurrir de extraordinario.

La segunda sesión mensual de esta junta será para que cada uno de los empleados que ha recibido dinero en la primera, dé cuenta de los gastos que ha hecho y de los objetos en que lo ha invertido. El secretario formará una lista de todos los socorros y bienes que se han hecho; y si alguno ha podido reservar por ociosa una parte, se aplicará este resto á la mesa y habrá este fondo de mas para el mes siguiente.

Estas cuentas deben ser comprobadas con recibos en cuanto sea posible y vistas y examinadas por la junta, lo que en caso de aprobación podrá en visto bueno, y deben pasar después al secretario, el que con ellas formará la lista de los gastos hechos, de los bienes que han producido y la cuenta general que se debe presentar á la sesión mensual de la junta general.

### ESTATUTOS

#### DE LOS INSPECTORES Y DE LAS INSPECTORAS.

El destino de los inspectores y las inspectoras se complace con una vigilancia benéfica y activa en todo lo que es humanidad, asistencia, paz y consuelo en el cuartel que les está señalado. Deben considerarse como el padre y la madre de todos los pobres que se hallan, como tutores de los niños huérfanos y demás desdichados que la pobreza, y como amigos de todos los vecinos. Así deben á todos socorro, consuelo, auxilio y buenos servicios.

En primer lugar auxiliarán de todos los enfermos pobres. Como ya están acostumbrado el médico y el cirujano, los inspectores no tienen otra cosa que hacer sino atender á que las familias no se desquiten en avisales á tiempo. En cuanto á la botica, la comisión se arreglará con el boticario á fin de que estos suministren á las familias los remedios que prescriben los médicos en sus recetas, y cuidará de pagarlos cada mes. Pero, queis á su utilidad y á su producción el arbitrio de dar á las familias algún socorro si por la enfermedad del padre quedan en la miseria, y sobre todo, consuelo y dirigidos.

Cuidarán también de las mujeres que están cerca de parir si vieron que no tienen con que cubrir la criatura, pedirán á la comisión de señoras que les den una ancha tela de las que deben estar preparadas en el almacén. En el parto les darán los alivios que puedan, sobre todo los que no se hallan en la botica, como podrá ser vino y azúcar. Contribuirán á que las madres, si no tienen alguna imposibilidad física, sigan el instinto de la naturaleza y creen á sus propios hijos, y si no quiere la madre, buscarán los medios de hacer criar á los niños.

La sociedad se propone como uno de los principales objetos hacer respetar la vejez y socorrerla. Por esto los encargos que se en un cuartel se hallan familias de avanzada edad, los trata con humanidad y distinción, que no solo les den los socorros comunes á todos, sino algunos consuelos y alivios particulares, como serán un poco de vino ó de tabaco si está poco agradado. Los impedidos, estropeados ó inválidos, deben considerarse en la misma clase. Si pueden ocuparse en algún trabajo, se les deberá procurar, y si no, se les debe tratar como á los viejos.

También cuidarán de todos los muchachos de un cuartel. No permitirán que jueguen en la calle ni divaguen, y ha-

rán que trayan á la escuela, instruyéndolos á los padres de que la sociedad tiene resuelto que la familia que no envíe sus hijos á ella, no tendrá parte en sus socorros.

Fuera de estas indicaciones determinadas, en general sus acciones y asuntos deben compararse en todo lo que puede ser útil y ventajoso á los vecinos de un cuartel, teniendo por principal objeto todo lo que puede contribuir al servicio de Dios, al bienestar de las familias y á la paz y tranquilidad de todos. Así sus primeras vistas deben dirigirse á la entrapción de todo vicio y al fomento de todas las virtudes. Desde luego no permitirán ningún mandado, vicio ni vagoanismo; y si hubiere entre los pobres de un cuartel gente desobediencia á violentos, hombres que maltratan á sus hijos ó sus hijos, dados al vino ó que tengan otras deficiencias de aquellos que no mudan el orden de la sociedad civil, procuran amonestarlos, corregirlos y amonazarlos con que se les privará de todos los socorros y se les borra de la lista de las familias de la sociedad.

Si fuera de este número, el inspector dará cuenta á la comisión y esta informará de todo á la justicia, que con mano más poderosa podrá castigar el mal, usando de la fuerza y de la autoridad de las leyes.

La sociedad los socorros no dejar jamás á los pobres los socorros en dinero, porque la experiencia acredita que no suelen hacer buen uso, y que los viciosos los emplean en el juego, en aguardiente y otros objetos que en vez de aliviarlos los hacen más daño. La junta pues recomienda á los inspectores ó inspectoras que se tomen el trabajo de comprar ellos mismos y darles las cosas necesarias. Esto es más cómodo, pero es más útil y más benéfico.

El inspector cuidará también del aseo interior de las casas de todos, exhortando á las mujeres á que las tengan limpias y conexas, no para su salud y la de su familia como para la de su vecino, igualmente de la limpieza y aseo de las calles, que tanto contribuyen á la comodidad y á la salud pública.

En especial se los encarga mantener la paz y la buena armonía entre todos, procurando evitar las rencillas y desavenencias que son tan frecuentes entre los vecinos de una habitación. Procurará también evitar todo los pleitos que puedan hacer de intereses, haciéndolos al concilio de todos. Para esto presentará oportunamente escritos y promedios arbitrales que le ordenen los gastos, los trabajos y muchas cosas que le ordenen los gastos, los trabajos y muchas cosas que le ordenen los gastos.

Para todo esto se servirá de la autoridad paternal que le da su encargo, de la superioridad de mano que debe darle su mayor crianza y de aquella secreta irresistible fuerza que da la virtud cuando se ocupa con celo y destino en un beneficio de otros. No es posible resistir á la fuerza de la verdad ni á la actividad de un consejo de paz y de razón, cuando solo le procuramos el amor del bien, y cuando es para ventaja del que le recibe y cuando él que le da no deja sospechas de vicio; y este imperio que se tan eficaz por sí mismo, adquiere mucha fuerza si el que lo maneja puede saber ó creer á su arbitrio en mano benéfica.

### ESTATUTOS

#### DE LOS INSPECTORES DE LAS ARTES Y OFICINA.

Uno de los principales objetos de la sociedad será el

progreso de las artes y oficios y hacer que los muchachos del lugar se apliquen a aprender las más útiles, que son las más útiles. Así la junta particular pondrá y pagará el aprendizaje de todos los que pueda y sea facultados la permitida. Pero desea también hacer de este aprendizaje para hacerle más útil, un objeto de justicia y al mismo tiempo de emulación y de premio, y se aquí lo que se propone.

Se intenciona que los niños muchachos vayan á la escuela para aprender en ella los elementos de la religión, á leer, escribir y contar. Pero no siendo posible que pueda haber escuelas para el aprendizaje de todos, quiere que esta misma sociedad sirva de estímulo y de premio para algunos. Con este fin se propone establecer ciertas pensiones que se otorgarán después, entre aquellos que más se distingueren en los exámenes ó concursos que se formarán.

Para contentar desde luego al profesado, se podrá añadir algunas pensiones que se le dará al instante; pero el principal premio que se le dará es, que cuando haya aprendido todo lo que la escuela puede enseñar ó que tenga la edad suficiente, la sociedad le pague el aprendizaje de un oficio que quiera aprender, por tal que sea de su utilidad y de la clase de los necesarios, tales como: los de herrero, carpintero, zapatero, zapatero, medidor de tierra y otros de esta especie. Se le otorgará también el dibujo, y por estos medios esos oficios que son tan útiles, sirven también de estímulo para la primera instrucción, se hace un clara manzera justicia á los muchachos, para se les premia su aplicación, y vienen á las artes lo que se han reconocido por sus hábitos.

Pero entre estos oficios se exceptúan el de sastres y todos los demás que no pidan fuerza, porque estos deben reservarse para la mujerera. La naturaleza prescribió á las mujeres los oficios de fuerza, y los hizo aptos con ellas á tanos oficios diferentes, que son útiles y convenientes de movimiento, y se justos que dejan á las mujeres el ejercicio de los que son sedentarios y proporcionados á su flaqueza. Así la sociedad quiere que cuando las muchachas salgan de la escuela, en la que también hayan ganado los premios que se instituyen para ellas, se les pague igualmente el aprendizaje de sastres, costurera y demás oficios que puedan ser provechosos de su sexo.

También quiere la sociedad que cuando se haga en ella en materia de comidas, comidas, almuerzos, ajuntados de niños y adultos se comen, cosa y arreglo para los pobres, se oficie con preferencia por estas mujeres que hayan sido aprendices nobres. Y á fin de cuidar de todos estos objetos, la comisión nombrará dos de sus individuos, un hombre y una señora, para que se encarguen respectivamente de la que pertenece á los muchachos y á las muchachas aprendices; ambas velarán sobre su conducta, reglarán los maestros y darán cada mes cuenta á la junta ejecutiva.

#### INSPECTORES DE ESCUELAS.

La junta ejecutiva nombrará del mismo modo un inspector para las escuelas de muchachos y una inspectora para la de muchachas, que se encargará cada uno en la suya de hacer que todos asistan, y se entenderán para esto con los inspectores del cantón, á fin de que estos atiendan á

los padres que no tuvieron cuidado de enviar á sus hijos. Asimismo cuidarán de que los maestros no se desvíen y que todo vaya con el orden y la decencia conveniente. Y como es importante pensar también en la educación física, en que los muchachos se crien robustos, que adquirieran agilidad y fuerza, cuidarán de que el maestro los lleve á una semana una tarde de aseo y que los lleve al campo para que allí se ejerciten en correr, saltar, trapear pesos ó en otros objetos difíciles que promoverá con prudencia.

También nombrará dos de sus individuos, uno inspector de las fábricas de lino y una inspectora para las de hilaza. El primero dará orden al depositario de dar el lino y cañamo en bruto que pide la inspectora. Esta dará su recibo, y lo distribuirá entre las mujeres del lugar para que lo hilan á precio ajustado. Cuando está hilado y recochido, la inspectora librará contra el inspector el precio de la hilaza, y esto lo pagará.

Cuando todo esté hilado, la inspectora lo pasará al inspector de fábricas para que este lo distribuya entre los tejedores, y este tendrá cuidado de que se ejecuten todas las operaciones necesarias hasta la conclusión. Cuando esto se verificó lo pasará todo al almacén de secciones, la depositaria lo hará recibir y antes recibirá la recepción de descargo en la cuenta que debe presentar á la junta ejecutiva, la que mandará pagar, sin adelantamientos, el lino que ha hecho.

Del mismo modo se nombrará un inspector y una inspectora para las fábricas de lana, que procederán con el mismo método, y solo se debe añadir que la inspectora podrá hacer, con acuerdo del inspector, que una parte de las hilazas se convierta en hacer medias de todos tamaños y gorras para los hombres.

#### COMISION DE SEÑORAS.

La comisión de señoras se compondrá de la presidenta y de todas las inspectoras, con facultad de asociar todas las personas que puedan ayudarlas. Nombrará entre sí una secretaria que asista las deliberaciones y firme las cuentas, una tesorera que guarde y dé cuenta del dinero que le va dando especialmente la junta ejecutiva para los gastos corrientes, y una depositaria general que custodie todos los efectos que pertenecen á la sociedad, tales que promuevan de sus fábricas, como de las linozas que muchas personas hacen de sus desechos y ropas usadas, que pueden emplearse al uso de los pobres, y de lo que se debe hacer un almacén.

Esta comisión se juntará una vez cada semana, y se ocupará de todas las cosas que se refieren á la cuenta de sus operaciones y del estado en que se hallan. Sus funciones son hacer contar, oír y concluir todos los géneros de las fábricas que se destinan á vestir los pobres. Por este método de hacer que todos los niños se vistieran á fin y de todas las niñas á comidas y salidas, según el número y las sumas que las propone la junta ejecutiva, prefiendo las mujeres pobres para este trabajo, en especial las aprendices de la sociedad.

Estos trabajos deben hacerse de modo que las ropas que se destinan para el año estén prontas para el primer día de noviembre, á fin de que la junta ejecutiva pueda antes del invierno hacer por mano de los inspectores una repartición general.

Esta misma comisión tendrá cuidado de tener siempre pronta una docena de envoltorios de niños para darlos á las inspectoras del cantón, que los podrá cuando una pobre de su cantón esté cerca de parir y no tenga medios de hacerlos por sí misma.

A fin de hacer más perceptible esta cadena de las operaciones de la sociedad, se repetirá semanalmente:

Que el mes de noviembre antes de los fríos se deben reparar entre los pobres que absolutamente lo necesitan, los vestidos, camisas, medias, gorros y demás cosas que deben servir á su abrigo y cubrir su desnudez.

Que por consiguiente no debe ocuparse á que todo está hecho para aquel tiempo, y que desde entonces se empezará á trabajar en hacer otros nuevos vestidos para el año siguiente.

Que las juntas generales deben ser dóce, una cada mes, y que en ellas el secretario debe dar razón de todo lo que se ha hecho y gastado en el mes antecedente. Por este medio el público será informado de los bienes que la sociedad hace, de los socorros que da y de los enfermos que cura. Esto contribuirá á que todos se esfuerzen á sostener con sus servicios y sus limosnas. Y al mismo tiempo determinará la cantidad que se debe emplear el mes siguiente en los gastos corrientes.

Que la junta ejecutiva, fuera de las sesiones extraordinarias á que pueden las circunstancias obligarla, debe tener dos sesiones mensuales. La primera poco después de la junta general, con el fin de reparar la cantidad que la junta general ha señalado para los gastos del mes. Las inspectoras deberán asistir para que cada uno explique las necesidades de su cantón y pida lo que le parece necesario con proporción á ellas. La junta con su prudencia lo reglará todo de manera que de á unos más que á otros según el número de sus enfermos ó el de sus hijos. Lo demás se repartirá entre los inspectores que custodian de las fábricas para que estos paguen los cables de ellas y las hilazas. Dará una parte á la comisión de señoras y procurará que quede algo reservado. Que la segunda sesión de esta junta debe ser ocho días antes de la otra junta general, para que el secretario tenga tiempo de preparar un relación que en ella todas las que han recibido dinero traerán su cuenta comprobada; que la junta las examinará y aprobará; que el tesorero dará también la suya, y por este medio se sabrá lo que queda en caja; que el secretario con estos materiales formará la relación, que se debe leer en la junta general y que comprenderá dos partes: en la primera dará razón de todos los socorros ó beneficios que se han hecho aquel mes, y en la segunda de los gastos que se han causado, de las comidas que se han recibido y de las existencias que quedan, así en dinero como en materias en bruto ó trabajadas y que deben servir para los socorros ulteriores; el mismo secretario al fin del año formará de estos doce estados mensuales un estado general que los resume todos, y este estado se deberá presentar á la sociedad en la última junta general del año, y se podrá fijar en un sitio público para que lo vean todos. Párese que por estos medios la sociedad podrá socorrer á sus pobres con orden y economía; párese que podrá atender á otras muchas cosas de su instituto. Pero deseará extender más en beneficencia, y sobre todo, de propagar el amor y la estimación de la virtud, el respeto y la obediencia filial, el progreso de las ar-

tes y oficios, las mejoras de la educación física y moral, la aplicación al trabajo y el desahorro de la embriaguez, de las discordias, de la ociosidad, de las maldades y de todos los demás vicios, se ha propuesto formar diversas instituciones para conseguir fines tan nobles.

En primer lugar la sociedad contribuirá por su parte á que el culto de la Iglesia se ejecute con la mayor solemnidad, y que todos asistan á los sagrados oficios con el respeto y decencia que se les debe. Para esto contribuirá con individuos especialmente encargados de cuidar que todo se haga con orden y arreglo. En los domingos y fiestas del año se cantará una misa solemne á las nueve de la mañana en el verano y á las diez en el invierno. La misa se cantará y se celebrará con los asistentes y acompañamiento que corresponde. Por la tarde á las dos en el invierno y á las cuatro en el verano se volverá á vísperas, y se acabará con una Salve que se cantará á la Madre de Dios.

Santificados en los días de fiesta, la sociedad piensa que será conveniente presentar á todos las comedias del pueblo diversiones honestas en que pueda desahogarse de los trabajos de la semana. Ya se está planteando la salida del lugar una almuerzo en que pueden pasearse, y al mismo tiempo crece que será útil concluir por un lado y otro diversos juegos en que se gane el dinero y un gusto pueden conseguirse, como por ejemplo, de pelota, de bodega, de bolos, de tirar á la barra y otros de esta especie que al mismo tiempo los distraen de la labierna y demás vicios y aumentan la agilidad y la fuerza.

La sociedad juzga que todo buen gobierno por una política bien entendida, después de dar á los pobres los medios de ganar la vida, debe también en cuanto sea posible hacerse agradable al país que habitan para destruir el espíritu de vagancia y excitar los estímulos de la aplicación. Que después de haber dado la semana al trabajo y la mayor parte de los días de fiesta á la religión, se junto que las puestas muestren diversiones sencillas y desahogadas honestas, que esto interrumpa la continua fatiga y da nuevo aliento para volver á comenzar. Que esto lo hace amor al país en que viven y no piensan en abandonarlo. Que los que no pueden conciliar en el dominio del tiempo, porque cada uno está en sus trabajos, se ocupen en estas ocasiones, y se forma un espíritu de hermandad que se obstaculiza necesario para producir la dulzura y amonidad del trato.

Gobernada por estos principios y deseará evitar mayores inconvenientes, lo primero será útil el establecimiento de estas recreaciones inocentes, porque es cierto que pueden producir muchos bienes. Por primer lugar se conlega la juventud en momentos que por razón de la inacción formada son los más peligrosos; se les ocupa en ejercicios de su gusto y se les distrae de otras ocupaciones más secretas y peligrosas. Que los mozos y hombres dejarán de ir á la taberna, de embriaguez y tomar tanta discordia, gimezas y aun heridas como se experimentan en los días de fiesta.

Por otra parte, esta reunión á la vista del pueblo público, obligará á todos los asistentes á hacerse y hacerse para presentarse con mayor decencia y esto influye de la limpieza que se han útil para la salud del cuerpo, influye mucho para suavizar la aspereza del trato humano y afinar la natural multitud y generosidad de los que van poco á las gaitas. Al mismo tiempo el deseo de vestirse con alguna decen-





En mayo se dará el premio de la virtud. Este premio es destinado para señoras, hijas de laboradoras ó artesanas, deudo la edad de diez y seis años hasta la de veintitrés. Este premio se dará del mismo modo y con las mismas circunstancias que el de mérito, y las votantes deben ser las mismas señoras del lugar que tengan la misma edad. La presidenta antes de votar las hará subir en un sordo silencio, para explicarle que la virtud de una doncella consiste en ser también muy obediente á sus padres, muy respetuosa y benévola, modesta y castísima, sobre todo no haber dado nunca que decir ni haber descubierto ninguna mala inclinación particular, y que sepa comedia ó cosa que le guste de sus padres y cumplir sus consejos. Se guardará en todo el mismo secreto y el mismo orden. Cada señora nombrará también tres. La presidenta será la que le oiga al cuello una buena ama y la que lo diga tres mil reales que se le dan para su establecimiento.

En junio se darán los premios que se llamarán de los buenos padres de familia y que se adjudicarán á un padre y á una madre laboradora ó artesana del pueblo. Los premios serán todos los padres de familia y cada uno contribuirá tres personas. El presidente les explicará las condiciones que deben tener los sujetos que nombren, y se pondrá en el día de la elección como en el premio del mérito y de la virtud, con esta diferencia adelantada, que el jefe de familia escogido el presidente le echará al cuello una buena blanca y que su aplicación será de cincuenta reales. Para el premio de la madre de familia debe entrar en cuenta el número de varas de heno que las ha hecho en el año y que vende á los otros por su buena conducta y la aplicación de su familia. A la vez, le echará la presidenta una banda también blanca y le dará su gratificación de cincuenta reales.

En julio se dará el premio de premios artificiales. La asistencia nombrará dos expertos que con noticia de los propietarios y laboradores recomendarán los puntos artificiales del contorno y le darán por escrito relación de todo lo que hayan observado. Esta relación será hecha en público un día que no se promulgará, para que los interesados puedan estar presentes y exponer lo que les convenga. La asistencia decidirá quién es el que por haber hecho más trabajos artificiales y por haberlos en mejor estado, merece el premio. El carpintero publicará en el pueblo. Los individuos le presentarán el presidente y será hora como con los demás, excepto que no habrá banda y que el premio será de dos mil reales.

En agosto se dará el premio de los jornaleros. Como importa mucho promover este precioso ramo de la agricultura, el señor del lugar se ofrece tomar dos machuelos de edad como de diez y ocho años, los multiplicará por el espacio de tres años y los sembrará con el conveniente cuidado que tiene para que sean los mejores. La sociedad le propone también adquirir el pedazo de tierra que está á la salida del lugar, que contiene como veinte fanegas y en que por fortuna hay una cayoña fuente que no es necesaria para los usos del lugar, pero tiene otras aguas sulfúreas.

Su proyecto es de distribuir esta tierra en pedruzcos convenientes para que cada uno forme una buena cayoña de mantener una familia y que provean al lugar con abundancia de verduras y legumbres. Para esto se distribuirá el

agua de la fuente de manera que alcance á las mas suertes, y si faltare para algunas, como se ha reconocido que el agua subterránea no está profunda, habrá que construir una torra en cada una.

Su intención es dar sucesivamente uno de estos terrenos á los muchachos que hayan aprendido, dándoles al mismo tiempo las semillas y los árboles de que necesitan para hacer sus plantas. El señor del lugar también ofrece constituir la matutención otros seis meses después que se les haya dado la tierra para que tengan tiempo de ponerla corriente, y esperar las frutas de su huerto con que deben vivir en adelante, y al mismo tiempo promete que si acudida que está sembrada alguna parará otros en su lugar, no solo hasta que se completen todas las suertes que se los pueda repartir, sino también después, porque considera que aunque á este ya no se les pueda dar tierra, les será siempre útil aprender este arte con que pueden ganar su vida en otras partes. Por esta medida la sociedad espera multiplicar el número de jornaleros y formar una sinagoga que no solo será útil al lugar, sino á toda la nación. Pero no apunta sino esta desea, también que los vecinos del lugar y los laboradores, sobre todo los que se van á establecer en el campo, formen hermandades para su propio consumo y servicio. No hay cosa que haga tan útiles y tan independientes la situación de sus familias como tener en su casa y de su propia actividad lo que necesitan para su propia subsistencia. Y hasta puede conseguirse mejor que un laborador cuando á los productores de su campo y á los animales de su ganadería, las frutas, las verduras y legumbres de su huerta.

Para animar á que á cultivo tan provechoso así á los que viven en el lugar, se fijen proporcionalmente á los que se establecen en el campo, la sociedad nombrará dos expertos que reconozcan todas las huertas del territorio que tengan ya lo que se llama varias cuadradas de superficie. Harán su relación á la asistencia en el domingo de este mes, del pedazo arado y con la misma publicidad é intervención de los interesados y con el precedente, y al que tenga su huerta más bien trabajada y cuyos árboles frutales estén mejor tallados y más bien inertes, se le dará del mismo un premio de quinientos reales.

En setiembre se darán los premios de agricultura. Los expertos que serán nombrados, harán á la asistencia relación individual del estado de todo el campo del término. Harán tres listas: una de las tierras bien trabajadas, cuyos laboradores son recomendables por la atención y sastrero con que han cultivado su campo, otra de las tierras en que parece que no han puesto más que una atención floja y ordinaria, y en fin, otra tercera de las tierras que han sido descuidadas ó han estado mal trabajadas, y esta lista servirá para que la asistencia se informe de las causas de este abandono, y que si sabe de sobra, conformidad ó necesidad, tome las providencias oportunas para que en adelante se mejore su cultivo, ya sea animando á los laboradores, ya haciéndoles algunas multiplicaciones que paguen al tiempo de los cosechos.

Para al mismo tiempo harán relación de la tierra que ha habido mejor trabajada y que ha producido con preparación sus frutos precisamente por riego de un mejor cultivo, esto es, la tierra que ha sido arada más veces y con mayor profundidad, la sembrada que ha estado más limpia

de malas yerbas y que por consiguiente ha producido mas y mejores frutos, en fin, la tierra que haya sido más beneficiada. También harán mención de la que se siga en mérito, y á estas dos tierras dará la sociedad dos premios, uno de dos mil reales y otro de quinientos, con la misma publicidad que los precedentes.

En octubre se dará el premio de las viñas. Los expertos nombrados reconocerán todas las del término y harán á la asistencia la relación del mismo modo y con las tres listas para los mismos fines, y al fin de la viña que se reconoce más limpia, más bien conservada y mejor cultivada, se le dará con la misma solemnidad quinientos reales. En noviembre se darán los premios de lino y cáñamo. Esto es, con la misma solemnidad se harán cuatrocientos reales al que hubiere cogido aquel año mayor cantidad de lino y trescientos al que haya cogido mayor de cáñamo. Y á fin de que no haya fraude y que unos no puedan prestar á otros, los expertos apreciarán los cosechos en el campo y darán cuenta á la asistencia.

Finalmente, en diciembre se dará con la misma formalidad un premio de sesientos reales al que en su tierra hubiere plantado más árboles. No deben comprenderse en este número los que fueron plantados en las huertas y que han sido premiados en agosto, sino los plantados sin para curar las heredades como al rededor de la casa para dar sombra á para cualquiera otro uso, proficuosos los útiles, como olivos y moreras. Este premio se dará los tres primeros años al que plantare mayor número, pero después se dará al que manifestare mayor número de árboles plantados por él, y que se conserven sanos, limpios y vigorosos.

Estos fueron, Señores, los términos en que después de largas discusiones dejamos nuestro proyecto. El buen cura se llevó perfectamente del espíritu de aquellas ideas y el gozo le rebosaba por los ojos. Ya le parecía coger el fruto con las manos, ya estaba como transportado y fuera de sí. Nos repetía muchas veces: Es imposible que si estos se aplican no experimentaremos en breve el bien que deseamos inevitablemente resultar. Y yo miraba en el ardor de su entusiasmo el carácter de su alma benéfica y celosa.

Con las lágrimas en los ojos nos decía: Señores, qué bienes para todos! pero el primero y el mas beneficiado de todos soy yo mismo. Yo era aquí un pobre cura cargado de muchas obligaciones y sin ningún medio de demagogía; yo sufría todos los días y á todas horas el inevitable tormento de ser testigo de la mayor miseria, de conocer las necesidades más urgentes sin poder socorrer ninguna. Vos vais á darme no solo los medios de socorrerlos todos, sino que me acordare un gran número de personas honradas que se encarguen de lo que yo solo debía hacer y que lo podrán hacer con mas conocimiento, orden y economía.

Por el medio de la división de curatores conviene que dos inspectores hábiles y honrados pudiesen en cada uno hacer cuidadosamente con inteligencia y solerte lo que á ningún hombre solo con el mayor talento y mas abundantes medios sería posible hacer. Vos vais á dar á cada curatores dos padres, dos padres, dos ángeles tutelares que socorran á todas las personas, que sufran todas las miserias, que serán informados de todas las enfermedades, accidentes y desgracias y que podrán al instante curarlas, remediarlas

ó consolarlas. Estos serán los ángeles de paz que llevarán á todas las familias los remedios y los consuelos.

Y que acontecido no les debe dar sobre todos ellas este continuo ejercicio de beneficencia! Qué dependencia en el mundo puede ser mas estrecha que la que produce por un lado la gratitud de los beneficiados recibidos y por otro la esperanza de los que se pueden recibir! ¡Con qué dificultad se enseñan los consejos y las instrucciones de los que movidos del amor y misericordia les instruyen en su solicitud con interés que el de su bienestar! Con qué facilidad nos hacen sentir en las yerbas de la virtud que nos inflaman! ¡Cuán los vicios pueden resistir á las instrucciones de un hombre que nos ama, que socorre nuestra familia y que puede abandonar á su por nuestra mala conducta nos hacemos indignos de su protección!

Si, señores, yo estando que por este medio no hay lugar, no hay pueblo que no deba sentir al instante la influencia de una operación tan caritativa é bien ordenada, y que una sociedad de este especie le encuentra como es regular inspectores cristianos y celosos, ha de reformar las costumbres y dar entera á todas las virtudes. El socorro de los pobres con sus casa tan sano será lo de menos, porque con él se debe separar el estudio de la religión, la buena crianza de los muchachos, la honestidad pública, la decencia exterior, la armonía, la paz de las familias, la extinción de los pleitos y discordias, el destierro de los vicios vergonzosos, y en fin, la extensión de las artes, el amor y aplicación al trabajo, la propiedad de los Estados y todos los bienes particulares de que resulta la felicidad pública.

Y me parece que no hay ciudad alguna, por pequeña que sea, que no pudiera sacarse del mismo modo y que no debiera aprovecharse y gozar de las mismas ventajas. Londres y París, Segovia y la antigua Roma con sus innumerables laboradoras no me intimidarían, porque por medio de cuatrolos todos se pudieran gobernar. Y como lo que es el inspector hace, reconoce y dispone en cada curatores, hace de las mismas principios que lo ha dicho la junta ejecutiva, y como todo vuelve á ella, todos estos ramos están unidos con el mismo tronco, todos tienen su mismo principio de vida, todo está gobernado por las mismas máximas, por el mismo espíritu y por un mismo principio de acción y movimiento. La sociedad podrá disminuir por todas partes con el auxilio de los ejemplos las mismas instrucciones, la misma aplicación, las mismas virtudes y podrá detener de todas la multitud, la embriaguez, la disolución y todos los vicios.

El buen cura no acababa y ya quería salir para hablar á todos y que se alistasen en la sociedad. Mi amigo lo vio tan inflamado, que le pareció preciso moderarlo, y le dijo: Señores, tenga mucha discreción. Hasta para hacer bien se necesita ómnibus con medida. Hicieron de toda perfección, y sobre todo, de hacer mucho ruido. Si Dios se digna bendecir nuestros deseos, después los daremos mayor extensión. Empezaron con tanto, por ahora no habíamos más que á treinta ó cuarenta personas de cada curatores, pero que sean las mas estimadas y las de mejor reputación.

Y fin de la misma opinión. El cura se conformó con ella, y me dijo que dentro de dos ó tres días volvería con una lista de cincuenta ó sesenta personas, y que nombra-

tramos día para juntarnos á dar principio á esta grande obra. Todo se hizo así, y en efecto, el día señalado nos juntamos en su casa. Aquí debía contarle lo que me oc-

urrió, pero esta carta es tan larga, que me parece necesario reservarlo para otra. Adios por hoy, Antonio mío.

## CARTA XXXIX.

MARIANO A ANTONIO.

Antonio mío. El día citado para dar principio á nuestra sociedad fué á casa del cura y ya encontramos en ella tres de cincuenta personas, este número se aumentó con nosotros y los que llegaron después. Como en esta se halló estrecha para tanto número, pasamos á la de la iglesia, que está sobre la sociedad. Allí el cura nos hizo un excelente discurso sobre la utilidad y el provecho que se podía hacer al lugar, mas con la abundancia del solo que con la sencillez de los miembros. Después de esto se explicó por mayor el objeto de nuestra reunión y se leyó el reglamento, que fué muy aplaudido.

El cura dijo entonces Señores, pues es digna de aprobación y no estamos reunidos aquí sino para establecer la sociedad, el primer paso que debemos dar es nombrar un presidente. Al instante todos volvieron los ojos á mí mismo y se aclamaron; pero mi amigo, habiendo dado alguna finta para quitar este rumor general, se levantó y los dijo con modestia y dulzura: Que se sentía perseguido de gratitud por el honor que se le hacía; que estaba dispuesto á obedecer con solo á cuanto le mandase la sociedad, pero que la debía representar que en el principio de un establecimiento tan útil le parecía preciso poner á la frente un hombre que tuviera conocimiento práctico del lugar y de las personas que le habitaban.

Que el como accedida de llegar no lo podría tener; que aplicaba á la sociedad el mismo tiempo para adquirirle, y que si entonces se dignaba de admitirle, los ojos sobre su persona, la encontraba dispuesta á servirle en todo. Pero que en aquel momento le parecía que el cura como su pastor que los conocía bien y que era tan generalmente estimado y tan digno de serlo; era el que debía poner la primera piedra del edificio que se iba á construir y ser el primer presidente.

Este discurso hizo diferentes efectos. Uno se contrariaron y otros parecieron en disposición de insistir. Yo crucyendo que en aquellas circunstancias convenia nombrar al cura, cortar aquella insistencia y ayudar á mi amigo, inicié á los que estaban cerca que era menester nombrar al cura, y levantándose dije en voz alta que la elección del cura era muy buena y que nosotros la aprobábamos. Esto fué aprobado por la junta, y propuse que se pasase á nombrar los otros empleos.

Se nombró por presidente una viuda cuya estimación era en alta general, pues la manifestó el aplauso con que fue elegida. Se acordó por secretario un hombre honrado que era muy entendido en los negocios, que escribía muy bien, que había pasado muchos años en la capital y que se había retirado al lugar de su patria para acabar en sus días con virtud y reposo. Para hombre fino de celo y de religión, y muy capaz de aquel empleo. En fin, se nombró por tesorero un mercader que tenía tienda en el lugar, que pasaba por bastante rico y que me dejaba por eso de tener buena reputación.

Unos que estos miembros fueron nombrados, pasaron á tomar asiento al presidente de una mesa que estaba provida, y se acordó á nombrar los dos hombres y la señora que debían ser miembros de la junta ejecutiva. Entonces se volvió á nombrar á mi amigo para que fuera uno de los dos miembros, y este levantándose dijo: Pues este encargo no pude mas que ceder y aplausos, excepto la hora que me hace la junta. Se nombró otro hombre y una señora, que aceptaron tambien, y quedó compuesta la junta particular en que debía residir toda la ejecución y autoridad de la sociedad entera.

Dado este primer paso, el presidente dijo: Ya que la sociedad ha nombrado su junta ejecutiva, esta procederá á nombrar mismo, según el reglamento se le obliga, á la comisión general de los inspectores y demás empleados, y espera que mientras se aguarda de admitir el empleo que se le designa. Todos lo aplaudieron, asegurando que estaban prontos á emplearse en servicio de los pobres, del público y de la sociedad.

El presidente tomó entonces una caja cubierta que estaba sobre la mesa destinada á recoger las libranças voluntarias y la dió á una señora de la compañía. Esta vino á presentarla á todos cada uno de sus acordos que quisiera. La señora trajo la caja al presidente, se contó lo que había en ella y se hallaron más de tres mil reales. Sin duda que mi amigo dió una buena parte, pero no lo dije, y pude observar que algunos personas del lugar habían contribuido con liberalidad. Esto y la alegría que se veía en los semblantes, la actividad y el celo con que se manifestaban todos, me consoló mucho, porque me hizo conjeturar que la institución prosperaría.

Al otro día se reunió la junta ejecutiva en la misma sala y se nombraron todos los inspectores, inspectores y demás empleados indicados en el reglamento. Se eligió tambien un hombre del común, á quien se dió un módico salario para que se encargase de cuidar de la sala, tenerla limpia y servir un lo que fuera necesario, como llevar los papeles y ramos cuando fuera menester, y más fue el que nos llevó aquel día los avisos á los que fuimos nombrados por la junta.

Cuando yo llegué ya encontré otros que tambien esperaban, y la junta explicó á cada uno su destino. Allí quedaron nombrados los inspectores y las inspectoras generales, para que desde luego se encargasen de la curación y socorros de los enfermos y de los pobres, y de todo lo demás perteneciente á la policía de sus cuartelas respectivas. Se acordó lo conveniente con el médico, con el cirujano y boticario. Se discutió entre los inspectores el primer fondo que había conseguido la sociedad, para que estos lo empleasen en los socorros mas urgentes.

Mi amigo puso á disposición de la junta cuatro mil libras de lino, otras tantas de algodón y diez mil de lana. Dió noticia de los tejedores que habían venido á establecerse en el lugar, de los presos en que estaban convenidos y del deseo que mostraban de entrar en actividad. Esta junta nombró un depositario para custodiar las materias primeras, y los inspectores de fábrica que ofrecieron ponerlas sin dilación en movimiento. En fin, se nombraron todos los empleados dando á cada uno por escrito una instrucción que contenia la extensión de sus funciones y el modo con que se debía dirigir. Á mí se me encargó la inspección de las escuelas de los muchachos y se me nombró maestro de dibujo. Todos nosparamos con alegría los encargos que se nos dieron y todos vimos de allí para ir cada uno á ocuparse en el suyo con tal ardor como si el destino dependiera de su fortuna.

Es imposible que yo te explique por menor el movimiento progresivo que ha tenido este establecimiento, ni las bendiciones que Dios ha derramado sobre él. Para hacértelo comprender bastará explicarte el estado actual en que hoy se ve, y el será lo que te hará inferir mejor los dificultades que habrá sido menester superar, los esfuerzos que ha sido preciso hacer, la continua atención y la vigilante constancia que se ha debido emplear, y en fin, los pasos lentos y sucesivos, pero tancaes y firmes que ha sido necesario dar para poder culminar á este punto de prosperidad que hoy tiene y los efectos que ha producido.

Este lugar que viste tan miserable, tan oscuro y desdichado, es hoy uno de los mas alegres, cómodos y dichosos del reino. Ya te he dicho y te repito que su han ayudado y arreglado las calles, que se han levantado los pisos de las casas, que á estas se han agregado grandes ventanillas por donde circula el aire con libertad y se han sacado. Así este lugar que viste como una cárcel miserable, sin salida para respirarla, está hoy lleno de habitadinos acaudalados, seguros y acaudalados, y oírlo por ellos y plantar se que se transmiten fácilmente. Se ha hecho un camino sólido y firme para ir en todo tiempo cómodamente á la ciudad vecina. Cada propietario ha comprado y arreglado el que contiene á su propiedad y se han establecido en estas sus terminas á linderos tan distinguibles, que no puede haber ya los límites interminables que nacían de este desierto.

Se ha construido á la salida del lugar una hermosa alameda que cubre los rios, en que pueden pasar las gaviotas, y se han establecido en ella por uno y otro lado diferentes juegos en que el pueblo se divierte los días de fiesta después de víspera. Tambien se ha fabricado una especie de lonja grande y redonda, que sirve de dar abrigo á todo lo que se vende en el mercado. Es muy propia para esto, porque tiene en su circunferencia tres órdenes de gradas, está cubierta por el techo contra el agua y el sol; pero está descubierta al rededor. Sin muros no sea, mas que columnas ligeras que sostienen el tejado; pero todas abiertas, de manera que cuando el interior está lleno, puede una multitud salir ver desde fuera lo que pasa por dentro.

Ya te he dicho tambien cómo los labradores á quienes repartió mi amigo las primeras siembras de la buena semilla, están todos acomodados no hay ya ninguno que no tenga su sueldo fijo corriente y cultivada, ninguno que no tenga el cuarto de su tierra destinado á frutos artificiales, por consiguiente no hay ninguno que no haya aumentado mucho sus ganancias, ninguno que no tenga muchos esteros para beneficiar sus tierras y hacelas producir muchas y buenas cosechas. Te añadiré que todos tienen un corral espacioso en que abren sus ganados, sus gallinas, sus puercos, ovejas y vacas. Todos tienen sus locheros que les dan leche, queso y mantajilla fresca; todos tienen un lugar en que crían su pan, y las despojos de sus granos sirven á alimentar las aves, que son diez pollos y hueros, y á las vacas á todo esto las hortalias y las frutas de su huerta, porque no hay ninguno que no la tenga, varió como estos nuevos labradores viven ya con comodidad y regalo.

Este ejemplo ha sido tan elemento y persuasivo, que ya todos quieren tierras. Después que el público río poblaba la primera debían, fué fácil poblar las otras, porque todo el mundo quería y podía suerta. Ya estas casi pobladas todas las otras delicias de este término, tanto que los vecinos de este lugar, como con los de los pueblos comarcanos, y así todavía no están acabadas de poblar, no es porque no las pidan muchos los solicitan con instancia pero mi amigo reserva una parte, porque él quiere que se justo pretor á los hijos de los primeros colonos, y va así como esto se hace.

Cuando uno de estos colonos ha puesto su tierra corriente, ya no ha menester tantos brazos para su cultivo ulterior. Supongamos tres hijos que le han ayudado á poner su sueldo corriente y que ya no necesitan de su auxilio, pues la tierra al ser ya así del hijo que le heredó, pero como no puede dividir su sueldo y esta debe pagar á él solo, el amor paternal le inspira el deseo de acomodar á otros hijos. En ese caso qué es lo que hace? Emplea por accionista á uno de los hijos, pide tierra para él, trabaja como si fuese otra cosa y que él se encargue de dirigir al mismo sueldo de todo lo que necesita para el cultivo de la nueva suerta. Pudo haberlo porque ha multiplicado sus ganancias, y sin que le hagan falta, le da lo que necesita para mantener. Lo da las simientes y le mantiene hasta que coga su cosecha. El mismo y sus otros dos hijos le ayudan á trabajar, cultivar y sembrar esta tierra, y con el auxilio de todos queda en poco tiempo acomodado. Desde que esto lo es, pasa á hacer lo mismo con el tercero, y si hubiere mas, se acomodará tales.

De manera que la población por sí misma se desmenuza

tramos día para juntarnos á dar principio á esta grande obra. Todo se hizo así, y en efecto, el día señalado nos juntamos en su casa. Aquí debía contarle lo que me oc-

dió, pero esta carta es tan larga, que me parece necesario reservarlo para otra. Adios por hoy, Antonio mio.

## CARTA XXXIX.

MARIANO A ANTONIO.

Antonio mio. El día citado para dar principio á nuestra sociedad fué á casa del cura, y ya encontramos en ella tres de cincuenta personas, este número se aumentó con nosotros y los que llegaron después. Como su sala se halló estrecha para tanto número, pasamos á la de la iglesia, que está sobre la sacristía. Allí el cura nos hizo un excelente discurso sobre la utilidad y el provecho que se podía hacer al lugar, mas con la abundancia del celo que con la sencillez de una limosna. Después de esto explicó por mayor el objeto de nuestra reunión y se leyó el reglamento, que fué muy aplaudido.

El cura dijo entonces Señores, pues es digna de aprobación y no estamos reunidos aquí sino para establecer la sociedad, el primer paso que debemos dar es nombrar un presidente. Al instante todos volvieron los ojos á mí mismo y se aclamaron; pero mi amigo, habiendo dado alguna finta para quitar este rumor general, se levantó y los dijo con modestia y dulzura: Que se sentía perseguido de gratitud por el honor que se le hacía; que estaba dispuesto á obedecer con celo á cuanto le mandase la sociedad, pero que la debía representar que en el principio de un establecimiento tan útil le parecía preciso poner á la frente un hombre que tuviera conocimiento práctico del lugar y de las personas que le habitaban.

Que el como accedida de llegar no lo podría tener; que aplicaba á la sociedad el mismo tiempo para adquirirle, y que si entonces se dignaba de admitirle, los ojos sobre su persona, la encontraba dispuesta á servirle en todo. Pero que en aquel momento le parecía que el cura como su pastor que los conocía bien y que era tan generalmente estimado y tan digno de serlo; era el que debía poner la primera piedra del edificio que se iba á construir y ser el primer presidente.

Este discurso hizo diferentes efectos. Uno se contrariaron y otros parecieron en disposición de insistir. Yo crucyendo que en aquellas circunstancias convenia nombrar al cura, cortar aquella insistencia y ayudar á mi amigo, inicié á los que estaban cerca que era menester nombrar al cura, y levantándose dije en voz alta que la elección del cura era muy buena y que nosotros la aprobábamos. Esto fué aprobado por la junta, y propuse que se pasase á nombrar los otros empleos.

Se nombró por presidente una viuda cuya estimacion era en alta general, pues la manifestó el aplauso con que fué elegida. Se acordó por secretario un hombre honrado que era muy entendido en los negocios, que escribía muy bien, que habia pasado muchos años en la capital y que se habia retirado al lugar de su patria para acabar en sus días con virtud y reposo. Para hombre fino de celo y de religión, y muy capaz de aquel empleo. En fin, se nombró por tesorero un mercader que tenía tienda en el lugar, que pasaba por bastante rico y que no dejaba por eso de tener buena reputacion.

Unos que estos miembros fueron nombrados, pasaron á tomar asiento al presidente de una mesa que estaba provida, y se acordó á nombrar los dos hombres y la señora que debían ser miembros de la junta ejecutiva. Entonces se volvió á nombrar á mi amigo para que fuera uno de los dos miembros, y este levantándose dijo: Pues este encargo no pude mas que ceder y aplausos, excepto la hora que me hace la junta. Se nombró otro hombre y una señora, que aceptaron tambien, y quedó compuesta la junta particular en que debía residir toda la ejecucion y autoridad de la sociedad entera.

Dado este primer paso, el presidente dijo: Ya que la sociedad ha nombrado su junta ejecutiva, esta procederá á nombrar mismo, según el reglamento se le obliga, á la junta general de los inspectores y demás empleados, y espera que mientras se aguarda de admitir el empleo que se le designa. Todos lo aplaudieron, asegurando que estaban prontos á emplearse en servicio de los pobres, del público y de la sociedad.

El presidente tomó entonces una caja cubierta que estaba sobre la mesa destinada á recoger las limosnas voluntarias, y la dió á una señora de la compañía. Esta vino á presentarla á todos cada uno de sus sacrosantos que quise. La señora trajo la caja al presidente, se contó lo que habia en ella y se hallaron más de tres mil reales. Sin duda que mi amigo dió una buena parte, pero no lo dije, y perdíase observar que algunos personas del lugar habian contribuido con liberalidad. Esto y la alegría que se veía en los semblantes, la actividad y el celo con que se manifestaban todos, nos consoló mucho, porque nos hizo conjeturar que la institucion prosperaría.

Al otro día se reunió la junta ejecutiva en la misma sala y se nombraron todos los inspectores, inspectores y demás empleados indicados en el reglamento. Se eligió tambien un hombre del común, á quien se dió un módico salario para que se encargase de cuidar de la sala, tenerla limpia y servir un lo que fuera necesario, como llevar los papeles y ramos cuando fuera menester, y más fue el que nos llevó aquel día los avisos á los que fuimos nombrados por la junta.

Cuando yo llegué ya encontré otros que tambien esperaban, y la junta explicó á cada uno su destino. Allí quedaron nombrados los inspectores y las inspectoras generales, para que desde luego se encargasen de la curacion y socorros de los enfermos y de los pobres, y de todo lo demás perteneciente á la policía de sus cuartelas respectivas. Se acordó lo conveniente con el médico, con el cirujano y boticario. Se discutió entre los inspectores el primer fondo que habia concebido la sociedad, para que estos lo empleasen en las acciones más urgentes.

Mi amigo puso á disposicion de la junta cuatro mil libras de lino, otras tantas de algodón y diez mil de lana. Dió noticia de los tejedores que habian venido á establecerse en el lugar, de los presos en que estaban convenidos y del deseo que mostraban de entrar en actividad. Esta junta nombró un depositario para custodiar las materias primeras, y los inspectores de fábrica que ofrecieron ponerlas sin dilacion en movimiento. En fin, se nombraron todos los empleados, dando á cada uno por escrito una instruccion que contenia la extension de sus funciones y el modo con que se debían dirigir. Á mí se me encargó la inspeccion de las escuelas de los muchachos y se me nombró maestro de dibujo. Todos nosparamos con alegría los encargos que se nos dieron y todos vimos de allí para ir cada uno á ocuparse en el suyo con tal ardor como si el destino dependiera de su fortuna.

Es imposible que yo te explique por menor el movimiento progresivo que ha tenido este establecimiento, ni las bendiciones que Dios ha derramado sobre él. Para hacértelo comprender bastará explicarte el estado actual en que hoy se ve, y el será lo que te hará inferir mejor las dificultades que habrá sido menester superar, los esfuerzos que ha sido preciso hacer, la continua atencion y la vigilante constancia que se ha debido emplear, y en fin, los pasos lentos y sucesivos, pero tancaes y firmes que ha sido necesario dar para poder culminar á este punto de prosperidad que hoy tiene y los efectos que ha producido.

Este lugar que viste tan miserable, tan oscuro y desdichado, es hoy uno de los mas alegres, cómodos y dichosos del reino. Ya te he dicho y te repito que su han ayudado y arreglado las calles, que se han levantado los pisos de las casas, que á estas se han agregado grandes ventanillas por donde circula el aire con libertad y se han sacado. Así este lugar que viste como una roca abandonada, sin ningún para resaca, está hoy lleno de habitaciones acordes, seguras y saludables, y ornado por calles y plazas en que se respira frescura. Se ha hecho un camino sólido y firme para ir en todo tiempo cómodamente á la ciudad vecina. Cada propietario ha comprado y arreglado el que conviene á su propiedad y se han establecido en estas sus terminos á linderos tan distinguibles, que no pueden haber ya los pleitos interminables que nacían de este desorden.

Se ha construido á la salida del lugar una hermosa alameda que cubre los rios, en que pueden pasar las gansas, y se han establecido en ella por uno y otro lado diferentes juegos en que el pueblo se divierte los días de fiesta después de susperas. Tambien se ha fabricado una especie de lonja grande y redonda, que sirve de dar abrigo á todo lo que se vende en el mercado. Es muy propia para esto, porque tiene en su circunferencia tres órdenes de gradas, está cubierta por el techo contra el agua y el sol; pero está descubierta al rededor. Sin muros no sea, mas que columnas ligeras que sostienen el tejado; pero todas abiertas, de manera que cuando el interior está lleno, puede una multitud salirse ver desde fuera lo que pasa por dentro.

Ya te he dicho tambien cómo los labradores á quienes repartió mi amigo las primeras siembras de la buena semilla, están todos acomodados no hay ya ninguno que no tenga su sueldo fijo corriente y ordinaria, ninguno que no tenga el cuarto de su tierra destinado á grandes artificiales, por consiguiente no hay ninguno que no haya aumentado mucho sus ganancias, ninguno que no tenga muchas estancias para beneficiar sus tierras y hacelas producir muchas y buenas cosechas. Te añadiré que todos tienen un corral espacioso en que abren sus ganados, sus gallinas, sus puercos, ovejas y vacas. Todos tienen sus locheros que les dan leche, queso y mantajilla fresca; todos tienen un lugar en que crían su pan, y las despojos de sus granos sirven á alimentar las aves, que son diez pollos y hueros, y á las vacas á todo esto las hortalias y las frutas de su huerta, porque no hay ninguno que no la tenga, varía como estos buenos labradores viven ya con comodidad y regalo.

Este ejemplo ha sido tan elemento y persuasivo, que ya todos quieren tierras. Después que el público río poblaba la primera debían, fué fácil poblar las otras, porque todo el mundo queria y podía suelta. Ya estas casi pobladas todas las otras delicias de este término, tanto que los vecinos de este lugar, como con los de los pueblos comarcanos, y así todavía no están acabadas de poblar, no es porque no las pidan muchos los solicitan con instancia pero mi amigo reserva una parte, porque él quiere que se justo pretor á los hijos de los primeros colonos, y va así como esto se hace.

Cuando uno de estos colonos ha puesto su tierra corriente, ya no ha menester tantos brazos para su cultivo ulterior. Supongamos tres hijos que le han ayudado á poner su sueldo corriente y que ya no necesitan de su auxilio, pues la tierra al ser ya así del hijo que le heredó, pero como no puede dividir su sueldo y esta debe pagar á él solo, el amor paternal le inspira el deseo de acomodar á otros hijos. En ese caso qué es lo que hace? Emplea por accionador á uno de los hijos para el cultivo de la nueva tierra de todos los que necesita para el cultivo de la nueva tierra. Noche haría porque ha multiplicado sus ganancias, y sin que le hagan falta, le da lo que necesita para mantener. Lo da las simientes y le mantiene hasta que haya su cosecha. El mismo y sus otros dos hijos le ayudan á trabajar, cultivar y sembrar esta tierra, y con el auxilio de todos queda en poco tiempo acomodado. Desde que esto lo es, pasa á hacer lo mismo con el tercero, y si hubiere más, se acomodará tales.

De manera que la poblacion por sí misma se desmenu-

lla y deserviente. Ya tenemos algunos hijos de colono establecidos de este modo por sus mismos padres, y otros otros ejemplos que pudiera citarse, solo le hace mención de uno de nuestros colonos que ahora cinco años era un pobre jornalero y hoy es un propietario bienhechor y un excelente padre de familia. Desde luego destino a su hijo mayor para que le heredara y a su madre; pidió otro partido al segundo, que la entabló, amoldándose de todo, y quedó un mozo que en caso con una de sus hijas, le quedan otros dos hijos y una hija, y no dudamos que de aquí a tres años, si hijo por uno, todos quedarán acomodados.

Todo esto no ha costado a su amigo más que dar la tierra, y otros muchos se han establecido del mismo modo. Pero mi amigo se aligó de que presto no la quedará una tierra, y quiere decir suspirando: "¡Ah! ¿puedo servir a un cargo toda la tierra del reino para hacer un jardín de todo Bogotá?"

«Pero volvamos a nuestra sociedad, que ha profundamente que es imposible extenderse sin verlos. Jamás se podrá obtener que con tan cortos pasos y solo en virtud del orden y la regla con que se cumplen, se haya logrado tanto y tan grandes ventajas. En cuanto a los esfuerzos, no tengo más que una palabra que decirle. Al instante que hay alguno en una casa, una persona de la familia, va a estudiar al médico o al cirujano, el inspector ó la inspectora; antes se trasportan y al momento le dan todos los ahorros. El boticario ó los boticarios que recetan los primeros, y los segundos están enterados de la situación de la familia; los dan lo que les parece más urgente, como buen alimento, vino y lo demás que no se halla en la botica, lo ven con frecuencia y nada les falta hasta que Dios dispone de ellos.

Los inspectores por encargo especial procuran conocer todas las familias de su jurisdicción, entendiéndose no solo de su necesidad, sino también de su moralidad y comportamiento. De aquí resulta que la junta ejecutiva conoce perfectamente el carácter de las familias pobres y las trata según merecen. Los mismos inspectores con sus visitas y asistencia continua, con su constante vigilancia y con sus frecuentes exhortaciones, han contribuido mucho a corregirlos, pues á las que muestran más dificultad las amonestan de que las borrarias de las listas, y por no ser borradas todas se corrigian.

Ya puedo discutir cuánto haberá ganado las costumbres con esta administración paternal. Ya no se ven las quineras y remesas que antes eran tan frecuentes, porque á la primera disputa ó queja el inspector ó la inspectora toman la mano, son como el padre y la madre de todas las familias de su cuartel, no entran del motivo de la desavenencia y se quedan arregladas y componen por medio de razón y de equidad, como pudiera un padre con sus hijos.

La beneficencia y el amor con que se procuran sus necesidades y alivios, les dan una autoridad superior á la que pueden tener las leyes y la subordinación civil. Los quines más duros están obligados á someterse á sus prescripciones y múltiples decisiones por la incesante dependencia con que los están sujetos. Así las quineras se terminan presto, y después de largo tiempo observamos con gusto una paz general no interrumpida, ó tan poco alterada, que no se ve dominar aquí la inferior deservencia que es tan común en los pueblos cortos.

Lo mismo sucede en lo interior de las familias. Los inspectores que las ven con frecuencia, están siempre á la mano para corregir los vicios ó defectos que pueden haber en ellas. El primer principio que la sociedad ha procurado establecer y que ha inspirado á sus individuos con más constancia, es dar á la autoridad paterna toda la extensión, fuerza y poder que sea compatible con las leyes del país, porque está persuadida de que de este principio sostenido con rigor deben nacer las buenas costumbres generales.

Por eso nada ha inculcado, nada ha promovido, á nada ha consagrado tanto por todos sus medios como á que los hijos vivan siempre y en todo con la debida subordinación á sus padres. No ignora que hay padres injurios y muy malos; pero también sabe que estas son excepciones, y que el instinto general de la naturaleza es imprimir al corazón paterno un sentimiento vivo de ternura para con los hijos, sea quienes sean una parte de él mismo, y que esta sensibilidad es tan común, que se va hasta en las fieras; tan instintivo, que precede á toda reflexión y no necesita de refuerzo ni de motivo.

La experiencia acredita que este afecto natural determina á los hombres en todas las circunstancias difíciles á hacer sacrificios propios en favor de sus hijos, y la edad y el rango son otra presunción en favor del padre. Por eso la naturaleza y la religión, házlos en sus mayores leyes y en la fuerza de su inclinación natural, le constituyen primer juez, primer magistrado, primer soberano de sus hijos, y el gobierno no puede hacer mejor que reforzar esta autoridad y dejarla obrar en todo lo que no se oponga á las leyes.

Pero como puede haber algunos padres que arrebatados por la violencia de una pasión no escuchan este estímulo de la naturaleza, los inspectores están encargados de corregirlos y moderarlos en secreto para dejar intacto y salvar en cuanto sea posible el respeto que se debe y la autoridad que ha dado el cielo á estos primeros orbes de sus voluntades. Y con esta mira jamás se da una suerte ni otra cosa á los hijos sin que los padres intercongan; jamás se autoriza ni se contribuye á ningún casamiento de las gentes jóvenes sin que los padres hayan dado su consentimiento. Se desea que los hijos vivan en una continua y sencilla dependencia, y la falta de respeto ó la menor desobediencia de un hijo á su padre se mira, como deliro inhumano, que la extirpe para siempre y sin remedio de los beneficios de la sociedad.

También se ha puesto mucha seguridad contra los embriagues. Este era el vicio más común del país, y se había extendido hasta la juventud y las mujeres. La sociedad, el ningún trabajo que pedían encontrase en todo el invierno, y la ninguna idea del horror y de la infamia de este vicio tan grosero que embrieciese la razón; eran la causa de que todos se abandonaban sin rubor. El ejemplo de los ancianos corruptos á los jóvenes y el desorden en sus tentativas extendiéndose á todas las edades y sexos, por la sociedad, conociendo su deformidad y las males consecuencias que produce, le declaró guerra viva desde su fundación.

Los inspectores fueron encargados de examinar de la lista de sus beneficiados á todos los que después de dos ó tres amonestaciones paternales continuasen en tan despreciable costumbre, y pocos ejemplos de severidad bastaron para

corregir á los más. Las propias mujeres y sus hijos eran los más ácidos en persuadir á los viejos á que dejaran tan infame vicio, y cuando no lo podían conseguir, y cuando á pesar de sus instancias los arrastraba la costumbre, procuraba á lo menos acomodarlos para que toda la familia no fuese víctima de su desorden, y con esto se consiguió imprimir un carácter de respeto á esta degradación del espíritu. Hoy todas las familias miran con horror y como una especie de infamia que alguno de los suyos se deje ver en estado tan vil.

La misma tacha se ha logrado imprimir á la mendicidad voluntaria, compaña de la embriaguez, y que no era menos común. Hoy no se ve un mendigo en el lugar, y lo que es más, ninguno se atreverá á serlo porque las opiniones se han mudado, y el que lo quisiera ser, en vez de ganar dinero no lograría más que desprecio. Su familia se avergonzaría, ninguna otra guerra alzaría con ella, porque hoy se mira este vicio como prueba infalible de costumbres perversas, como señal segura de corrupción y fealdad, como clara demostración de no querer aplicarse al trabajo, y estas ideas producen un concepto á una tacha que no solo se extiende á la persona que lo hace, sino á la familia que lo sufre.

Ya puedo considerar cuánto esto solo ha debido contribuir á hacer más hábil y mejor las costumbres de todos, pero no podría figurarte los otros beneficios que esta sociedad ha producido. Todo este lugar está hoy como un reloj que el viento mueve, que lo hizo quieto de permanecer en perfecta armonía. Y todo este arreglo se debe al esfuerzo del labor por varios medios destruido la ociosidad. Lo que debe admirarse más es, que esta máquina que parece tan complicada y tan difícil, se ha construido y se mantiene con los medios más simples.

Un hombre solo, movido de un genio benéfico, iluminado por la luz del Evangelio y sin más que gustos moderados, ha sabido emprenderla y guiarla. Reducido á su propia estrechez no la hubiera podido levantar, pero supo asociarse un número de personas honradas y celosas que menos contentos que con su personal aplicación le ayudaron á construir y le ayudaron á mantenerla. A la vista está un prodigio tan agradable como increíble: basta abrir los ojos para ver cómo todo ha mudado de aspecto, que la abundancia ha sucedido á la miseria, la salud y la robustez á la languidez y á las enfermedades, que los jóvenes se alifian, los ancianos se acoran, que las familias están unidas, que los padres y las madres han conocido su dignidad y su poder, que los hijos han reconocido el respeto y la obediencia que les deben, que, en fin, la autoridad paternal se ha restablecido, y que se ha conseguido extirpar los vicios y dar estimación á la virtud.

Estos individuos que antes eran tan infelices y vivían tan tristes, comparando su antiguo estado con el que tienen hoy, conocen su felicidad actual y gozan de ella. Todos han tomado amor á su país, todos sienten las ventajas que logran, y han perdido todo espíritu errante y vagabundo con que se abandonan sin pena el país natal en que no se está bien, para buscar otro en que no se está mejor, espíritu de miseria que quita toda especie de aplicación, que hace al hombre extranjero en su país y que no le presenta una patria en ninguna parte.

Este espíritu destructor no existe ya en este lugar re-

generado. Ninguno de los que lo habían querido dejarlo por ningún interés, porque saben que en ningún otro encontrarían los medios de ganar la vida, las comodidades, las fiestas y los placeres que disfrutar en él. Es verdad que toda la semana trabajan, pero en su trabajo moderado á que se han hecho, un trabajo que los produce un fruto que satisfacen prontamente todas sus necesidades. Los padres trabajan para criar y hacer felices á sus hijos, y los mozos para sacarlos y proveer en las ambulancias con el alivio y la licencia que puede hacerlos bien vistos y estimados de los otros, en especial de la persona que han escogido para esposa.

Esta idea es un estímulo eficaz que incesantemente se renueva, porque cada domingo, cada día de fiesta lo ofrece una ocasión que le hace conocer la utilidad del sacrificio que ha hecho toda la semana, y esto le ha contribuido mucho á inspirar á todos un cierto espíritu de policía, un exterior de urbanidad que estaba antes muy lejos de sus costumbres rústicas y de sus modales groseros. Esos padres aún tan toscos, que no decían una palabra sin pronunciar una exortación, tan desordenados con sus hijos y á veces tan embriagados y roncillosos, hoy son moderados, atentos, cuidadosos, y no se les ve indicios de grosería ni desorden.

Esos mozos que antes con tan malos ejemplos y sin freno alguno se orían tan holgazanes y se daban desde muy temprano á los vicios sin cuidar de su amo y sin más ambición que la de mendigar ó de disponerse á robar, hoy tienen ya principios de honor. Saben que deben vivir con su trabajo, se aplican, procuran parecer comedido y respetuosos, y pierden por medios honrados cualquier clase de desorden ni ociosidad. Las mujeres, que antes tan groseras como sus maridos se orían tan orgullosas é inmodestas, que no tenían ninguna apariencia de decoro ni aun la mejor idea de pudor, hoy parecen modestas, decentes y pudicas; hoy apenas se esperan de sus maridos, viven con recogimiento, no se toman la menor libertad ni sufren ningún discurso libre, y todo esto se ha acompañado de tal modestia y candor, que se hacen respetar de todos.

Esta transformación de las mozas es admirable, es la que más ha contribuido á mudar las costumbres generales y dar á todos el tono de urbanidad y decencia que se ha logrado introducir. La mujer que por orden de un amigo tiene venir de la capital para hacer la escuela de las niñas, ha descubierto al momento su encargo, ha sabido interpretar tanta idea de la dignidad de su sexo y tantos principios de modestia y virtud, que este ha sido el mayor motivo, el resorte más poderoso para mejorar las costumbres de todos. Desde que los mozos vieron esta mudanza en las mozas, desde que conocieron que ya no se les podía agrandar con la familiaridad que no permitían ni con la licencia que disfrutaban, se vieron obligados á tomar el carácter de la decencia, el respeto, y esto ha contribuido mucho á disminuir el tono general de atención que hoy es el que domina.

En efecto, amigo, no es fácil concebir cómo un pueblo tan rústico se ha podido mudar tan de repente. También te admirará el contraste de la severa y seria ocupación de los días de trabajo con la animada y alegre actividad de los días del ocio, y el ver que los mismos que estaban ociosos toda la semana del trabajo descaído que exigen sus trabajos, saben los días de fiesta alifian, y pulirlos para



El único recurso paco que podía tomar, sería de remitirle á la caridad particular de alguno de los pocos que á fuerza de trabajo han hecho por sí mismos este estado. Ya te acordarás considerando que no pude responder desde luego bien y felicemente á una pregunta tan sencilla; pero el salvaje se cambiaba mas de tu embargo si se pudiera á reflexionar que en un país en donde todo se enseña, que en una capital en donde hay escuela y salarios para quinientos, botánicos, y en general para todos los artes útiles, no haya ninguna establecimiento para la enseñanza de las ciencias y fundamentos de la religión; que el estudio que mas interesa son el único que falta; que esta enseñanza no sea la mas común y que no esté siempre abierta á todas las clases de la sociedad.

No te digo esto, Mariano, con espíritu de censura ó de crítica. Sé que en la tierra todo es imperfecto, y cuando deploro la insuficiencia de los recursos, miro con tanta ligereza y el olvido de la religión, me hago cargo de que es difícil hacer lo mejor y mudar los usos establecidos. No desamparo de que el tiempo con mas conocimiento de lo que sucede en el mundo, me trae ejemplos que nos ofrecen, produciendo reformas sanadoras, pero te lo digo para hacerte sentir la mucha razón con que me dudaré yo la diligencia en el actual estado de las cosas, como me lo padres de familia que van en ella, una especie de magisterio doméstico, y que en sus hogares, ayudados de sus amigos, sean las instituciones y los apóstoles de sus hijos.

Te confieso, amigo, la respondí yo, que mi idea no se hubiera detenido sobre el grande asunto que me propones, pero tus reflexiones despertaron las mías, y me aligen porque me convencen. Tú no debes advertir que á la verdad nuestra educación religiosa es muy imperfecta y ligera, y que olvidamos... (Ay, Mariano, me interrumpió, tú no has sentido todas las consecuencias de este mal, porque que no lo has sufrido. Dios te ha preservado, tu buen natural te ha hecho aprender por tí mismo la religión, y las costumbres han sido siempre puras; pero infeliz de mí y lo siento porque soy víctima degraciada de esta desgracia).

Si, amigo, yo no puedo atribuir ni los profundos errores de mi espíritu ni los muchos vicios de mi corazón sino á la superficial y frívola educación con que me me instruyó en la religión. Me parece que si me la hubiera dado mejor, que yo á la edad de diez y ocho años, cuando los sentidos deservían su fuerza, no me hubiera instruido de una parte de lo que me ha desolado más la que el mundo me ilustra con aquella luz y convicción, me parece, digo, que me ilustrado con aquella luz y convicción, do con tantas profecías, jamás hubiera caído en los delirios de la incredulidad.

Me parece también que quisiera hubiera recibido á las edificaciones del vicio, y que si la juventud y la opulencia me hubieran arrastrado, el freno de la religión me hubiera contenido, é que á lo menos hubiera disminuido el número é la profusión de mis excesos. Si, Mariano, me parece imposible que el moral retroceso que ha podido penetrar una vez y escocer la verdad de nuestra divina religión, pueda jamás ser reducido por los falaces sofismas de una fatal filosofía; y cuando la violencia de sus pasiones ocasionara un momento anterior al error, me parece imposible que este luz interior que ya está en su alma, tardase mucho en volverle á alumbrar y ponerle en el camino derecho en medio de sus mismos extravíos.

Así, Mariano, no seré yo un padre inhumano como tantos lo son y como era yo mismo. (Diré la religión, como antes enseñar las costumbres. El menor de mis cuidados era la educación religiosa; pero ahora que de la fe me gobierna y ahora que vivo en la esperanza de sus promesas, no puedo ver los terribles vicios que crecían á mi vista, no puedo considerar lo que serán en el día eterno estos débiles objetos de mi amor y de mi eterna vigilancia, sin derramar lágrimas de admiración y de alegría).

Qué, me digo á mí mismo, cuando al lado del trono eterno me admira los grandes que reservó la suerte á una persona y débil criatura. Qué sería, mi Dios, si nuestros débiles ojos pudieran percibir el esplendor celestial, el carácter divino con que queda marcado el tierro niño que es el pie del altar recibiendo la inmortal regeneración que le imprime el bautismo!

En comparación de este don celestial y supremo, ¿qué pueden parecer todas las grandezas y coronas que dan á los hombres que muestran otros hombres que ya tan á su pulgarse en sus espaldas, ¡qué cosa es el principio hereditario de quien se podía decir, como del bautizado. Este año será grande porque su poder es eterno y su imperio no sufrirá revolución alguna!

Y si para proscribir á la educación de los hijos de los soberanos para dar elevación á sus diáconos y una forma real y majestuosa, se buscan los hombres mas distinguidos del imperio, ¿qué debe ser la superioridad y la instrucción del hombre que se consagra á desenvolverse en un coronamiento que hace con una alma inmortal y que viene destinado á ser heredero del cielo, la semilla de virtudes que trae consigo y con que debe modelarse sobre el molde del infante y del infinitamente perfecto?

¡Preciosa infancia! ¿quién puede verte sin amarte y sin importarte? ¿Quién puede amar sus propios hijos sin deplorar como yo, con lágrimas amargas, haber sido uno de esos padres ciegos y crueles que no los estiman sino por los frívolos talentos que les dan y con que los pervierten y los pierden como se pierden ellos mismos!

Mi amigo decía esto tan enojado en su llanto y con acentos tan alborotados y lastimeros, que casi no articulaba las palabras, que parecían sofocadas en sus sollozos. Yo parécese necesario callarme; y aunque yo mismo estaba muy conmovido, le dije: Todo es verdad, amigo, pero me parece que ahora lejos de aligerarte solo tenemos motivos para dar gracias á Dios de que te ha abierto los ojos en tiempo oportuno. Tus hijos están en la edad mas conveniente para adquirir las instrucciones necesarias, y todavía es fácil reparar el tiempo perdido ó borrar las malas impresiones que han podido tomar.

Alphonse pues al Señor de que te ha sucedido de una oportunidad tan oportuna y de que te da deseos tan vivos y todos los medios de reparar este error. Ya tú, á quien la Providencia destina para tan santo ministerio, estás dispuesto á ejercerle sin interrupción ni descanso. Yo también, si quien tú quisieras asociar y dar parte en sus dignas funciones, estoy aquí, y resuelto á ayudarte y seguirte; nada nos detiene, disponámonos pues á usar de todos los medios que la naturaleza y la religión nos prescriben; y lo-

jos de ocuparnos en tristes andanzas ni en lamentos inútiles, entonemos el cántico de gracias y el himno de la alegría para pedir al Padre celestial Inocencia y socorro. Esperemos en su bondad que nos ayudará á descompartir esta dura cruz y dejemos de poner la vista en el pasado para considerar mejor lo porvenir.

Mi amigo se levantó y vino á sentarse mas bronce con los niños; pero con algunos tan tiernos y afeitosos, que comencé toda mi sencillez; estuvimos abrazados mucho tiempo, y apenas nos separamos cuando entró el cura, quien no pudo dejar de conocer nuestra situación ni disimular su sorpresa. Yo le dije el asunto de nuestra conversación, y le resumí en pocas palabras las reflexiones de mi amigo sobre la poca instrucción religiosa que se daba á los niños.

El cura me escuchó con mucha atención, y después de haber armados un suspiro que parecía salir de lo íntimo de su alma, me dijo: Este pensamiento, señores, es el mas conato y el mas urgente torcedor de mi vida. Dios sabe que desde que vine á encargarme del pasto espiritual de este pueblo, mi primer deseo y mi mayor consato ha sido instruir á mis feligreses en nuestra santa religión; pero aquí pueden mis débiles esfuerzos contra todos los obstáculos que encuentro. ¿Cuál paso, tanto en sus antiguos costumbres como en las instituciones actuales? ¿Ved aquí lo que me pasa.

Yo me como mucho en la iglesia y en todo tiempo, pero principalmente en la confesión, en las lecciones, confesión y explicaciones de la doctrina cristiana; y aunque no sea en los términos que vos lo desearé y que ciertamente serían mejores, á lo menos deseo entenderlos en sus principios que sin que me enseñen rudimentos de la fe, pero jamás he podido conseguir, por más esfuerzo que he hecho, que ningún adulto de los diez años haya tomado á mis instrucciones; todos me responden que tienen otras ocupaciones, que ya pasaron el tiempo de aprender, que esto no se hace sino para muchachos, y otras frioleras de esta suerte, que me descomen mas en ignorancia y la poca idea que tienen de la importancia de esta instrucción.

Habiendo sido raras todas mis esfuerzos en esta parte, prosiguió á lo menos instruir á los niños; y he trabajado con el only mas activo para que todos vayan al catecismo; pero aun esto me cuesta mucha pena conseguirlo y mi actividad no es siempre feliz. Muchos padres y madres poco instruidos ellos mismos y que no conocen la importancia de que sus hijos se instruyan, oponen á mis esfuerzos una fría indiferencia y prefieren los débiles servicios que pueden hacer sus pocas fuerzas. Así, lejos de conducidos y examinados á la iglesia, los desvian y los amenazan cuando quieren venir los muchachos.

Otros cuidan de hacerlos venir, y en efecto vienen gran número. Yo no digo de república las instrucciones; pero me parece mas importante y porque mi objeto es resumir lo que me pareció mas notable en su discurso. Después de comer nos dijo otras muchas cosas de que te informare en la primera que te escriba. Adios por hoy, querido Antonio.

de su primera comunión, procure aplicarnos mas, soy inexorable y no permito á ninguno la participación de nuestros misterios sagrados sin haberlo puesto en estado de saber lo que fuera delto ignorar, y para esto retardo las primeras comuniones como puedo.

¡Pero qué puedo hacer con todo eso! Yo estoy solo, y por mas activo que sea mi celo, mi actividad es multiplicada demasiado para que pueda ser suficiente con cada uno. Por otra parte, cómo es posible hacer entender á los niños tan sublimes é inabarcables cosas, cuando están formados todavía y que por su ligereza están sujetas á toda especie de distracciones! Apenas los pueden quedar algunas nociones ocultas que para fijarse y ser bien entendidas necesitan de ser repetidas y continuadas.

Para la mayor desgracia es que si á fuerza de trabajo consigo instruir mejor á un muchacho y ponerlo en estado de hacer bien su primera comunión, este beneficio ordinario dura poco y se pierde presto, porque este mismo no vuelve otra vez al catecismo, y ni las promesas ni las amenazas baten para conseguirlo. Como ya entonces empezaban á tener alguna fuerza y pueden ser más útiles, los padres por un motivo de interés los destinan á ocupaciones incompatibles con esta; unos los aplican á sus comercios, otros los emplean en sus trabajos rústicos, muchos los abandonan á la malignidad y ociosidad y todos se distraen y alejan de un ejercicio que les es ingrato.

Lo que resulta de todo es, que aquellos muchachos que aprendieron mejor, lejos de adquirir los conocimientos que les faltan, pierden muy presto los pocos que habían adquirido; que su corazón queda abierto á todos los vicios, y que si la ocasión se presenta, su espíritu daría entrada á todos los errores; que el número de los mendigos y los ociosos de que se forman las asonadas y los salteadores, se multiplica, que esta especie de pueblo tiene las puertas conculcadas. Cuanto antes, señores, que esta idea me ha ocurrido mucho y muchas veces, y para consolarme no hallé otro recurso que acogerme á la bondad divina que gobierna el mundo y que puede conducir á la felicidad eterna las almas que ha criado por medios desconocidos á los hombres.

¡Pero qué se puede esperar de creyentes que no lo son mas que de hombres, que no solo ignoran las pruebas de la verdad de su religión, sino que apenas saben en qué consisten! ¿Qué se puede esperar de personas tan poco instruidas que no son capaces de dar la menor muestra de su fe! ¿Cómo podrán resistir á los sofismas de la incredulidad que tanto halagan á nuestra miserable corrupción! Y si algunas veces se ponen en la costumbre de escuchar sus fallos y lecciones discretas, que se puede esperar de su ignorancia!

Aquí se nos abrió que la comedia nos esperaba en la mesa, y aquí debí también advertirte que nosotros interrumpimos el cura con diferentes reflexiones, que omito por no ser de la mayor importancia y porque mi objeto es resumir lo que me pareció mas notable en su discurso. Después de comer nos dijo otras muchas cosas de que te informare en la primera que te escriba. Adios por hoy, querido Antonio.







por la tierra sus capullos de insensibilidad, hubiera exterminado todo poderío y hubiera restituido las naciones al desolado y al desierto.

La fecundidad de su imaginación, exacta y la fuerza prosaica de su ingenio, debieran haberle hecho uno de los hombres más útiles en las artes, pero su empeño bárbaro y absurdo le hizo degenerar en el más pernicioso monstruo que han producido las edades. Sin encarnarse firme contra los principios del mal, y de la religión lo han transformado en un monstruo más odioso que la ceguera y el error: pudo todas las naciones.

Jamás hombre ninguno tanto más a los hombres como Voltaire. Este, señor, es el autor de la proliferación de tantas pestes, y este es la causa principal de los extravíos, impiedades y ociosidades de nuestro siglo.

Yo quisiera tan eficazmente como él el mundo de esta raza exaltante y de genios a Dios en un coram de que en medio de la inundación general siempre se resaca un pedruzco de sequedad. Allí despreciamos al que una parte de la generación actual cree que ya no puede más que poseer tan mortífero y que tanto podrá infundirle otros males é inmensos é inmensos en el polo de sus concupiscencias é intereses, desentendidos la educación religiosa de sus hijos.

Allí nos dolíamos también de la insensibilidad del gobierno de algunos países en que se permitía a los señores pedreros nuestro desobediencia al respecto de su iniquidad, dando lugar á que tanta juventud incauta y poco instruida se dejara arrastrar al precipicio con la insegura aduana de su estilo y la brillantez oculta de sus sofismas. Nos lamentábamos de que el cielo, siendo él mismo tan instructivo y tan claro, no hubiese podido poner freno con una educación más sólida y más racional que hubiera preservado á nuestra edad de tanto tan irreparable; y después de otros discursos de esta especie en que yo admiré su instrucción y su celo, nos separamos con promesas de volver allí otras veces.

Tanto por sus notorias causas, por otras que recordo después, supo que en efecto este infeliz Voltaire es el que más ha contribuido á extender y dar vuelo á la irracionalidad. Yo os dire en pocas palabras lo que pudo saber de su persona. Este hombre, por desgracia en su siglo, nació con sobresaliente imaginación, su ingenio era elevado y extendido en todas las partes de la literatura y de las bellas artes.

Pero esta habilidad requirió para ser útil y virtuosa en objetos de puro agrado, en la poesía, en la fábula, en las ciencias humanas ó en lo que se llama bella literatura, y aun en esta parte con más ingenio que juicio, con más malignidad que honra fe, y en todo con pasión y sin amor á la verdad. En las ciencias exactas fue poco profundo, y en la más importante de todas que es la de la felicidad humana, no solo por vanidad cayó en los mayores extravíos, sino que aspiró á ser jefe de secta y arrebató consigo á gran número de sus contemporáneos.

Este hombre tan singular de quien los perseguidos de los siglos futuros hablarán con asombro, pero de quien si se empueraban hablarán con horror, desde su nacer descubrió entre sí alguna chispa de su disposición á la irracionalidad. Tuviéndonos en nuestro, nunca sabió y religioso, predijo y no pudo remediar los sucesos infelices que sospechaba. En la primera tragedia que publicó á la edad de veinte años,

ya se pudieron distinguir algunos rasgos que espantaron por su novedad y su osadía. Los cuerdos quisieron, pero los libertinos lo celebraron.

Este apasionado amante creó su amor propio y lo inspiró al deseo de aumentarlo á costa de la religión; pero no era fácil dar entonces toda la rienda á su vanidad, porque el siglo no estaba corrompido todavía hasta el punto á que ha llegado hoy. El mismo fue el que le animó á romper. Por lo que si entonces algunos jóvenes desahogados apasionados con impiedades, los hombres de juicio sano, que eran en mayor número, las escuchaban con horror.

La fe, pues, preciso contener, aunque con pena, su natural inclinación, y caminar á la celestidad con la fiada sujeta, pero sin abandonar tampoco los intereses de su familia y gloria. Para eso en sus producciones sucesivas no dejó de diseminar, aunque con tímida cautela, algunas máximas, algunas principios del fanático sistema. Estas eran sus semillas que se iban derramando, que crecían en las tierras que se cultivaban y que eran más fecundas porque salían dispersas en obras que aprobaba el buen gusto y agradaban al ingenio.

Entonces estas obras no eran más que tragedias, poetas líricas, libros de historia y literatura, todas distinguidas por su estilo y su amenidad, pero todas impregnadas también con el sello de alguna doctrina impía, de alguna máxima contraria al moral, ó de algún error propio á pervertir las costumbres. Y estos principios, aunque por entonces arrojados con secreto y disimulados con parsimonia, no dejaban de ser peligrosos y producir terribles efectos, porque eran siempre venenosos que venían mezclados entre las flores del casto y entre las demás bellas que adornaban la obra.

Es muy difícil resistir á la tentación del propio natural, sobre todo cuando la costumbre el deseo y la separanza de la celestidad. Así Voltaire, á pesar de los sentimientos de poder que gobernaban á la parte sana de su nación, á pesar de los intereses de su fortuna y su reposo, no pudo contenerse. Poco á poco fue soltando las riendas, y se abandonó al ímpetu de su malignidad. Después de algunos años de una sujeción tan violenta como penosa y forzada, se dejó dominar por su rabia, y multiplico tanto en sus producciones posteriores los extravíos y las ironías contra la religión, como tanto de su ingenio para desconcertar las verdades y corromper las costumbres, que al fin forzó al gobierno á que le mandasen salir de su patria.

Entonces fué á Prusia, convidado por su rey el grande Federico. Este soberano tan instruido, tan político y tan ilustre general, tenía la desgracia de ser incrédulo y de haberse quemado de remir y formar los placeres de su infamia socialidad con un tropa de libertinos del mismo carácter, que hizo venir de diferentes Estados de la Europa. Allí se hallaban conyugados Maupertuis, Lamotrie, Dargenot y otros más célebres que se habían hecho famosos por esta especie de escritos que brillan con aquella ciencia que hipoca y con el orgullo que embriaga.

El rey se desahogaba en las cenas y conversaciones de la noche de las fatigas de sus días laboriosos. Voltaire vino á aumentar el número de los asistas corteses y encontró la acogida que le prometía su reputación; pero le duro poco. Lo que le ganaban de lejos sus escritos, le hacían perder de cerca en carácter envidioso y su genio ma-

ligo. No le bastaba ser el primero entre sus iguales; su orgullo aspiraba á dominar á todos, su ambición quiso gobernar á un monarca que no se dejaba gobernar. Pretendió sujetar á libertos que no le cedían en vanidad, y no pudiendo conseguirlo, su humor, muy irritable, no se pudo contentar ni su disgusto ni su enfado.

Se le ocurrió de haber compuesto una sátira atroz contra el mismo soberano que lo protegía, con la doble iniquidad de haberla divulgado atribuyéndola á Maupertuis, primer objeto de su cavilada, y con el fin de hacerla perder el afecto del rey. Esto no se dejó escapar con tan vil artificio. Indulgente y magnánimo, prometió á Voltaire eterno olvido si quería confesarse la verdad; pero Voltaire, temo y no arrepentido, le negó con obstinación. Y habiendo después adquirido el rey pruebas evidentes de la inocencia del uno y de la malignidad del otro, conoció que había arrojado en su seno una serpiente, y le arrojó de su corte y de sus Estados.

Entonces fué á buscar un asilo en la fiera y pervertida Ginebra, tierra infeliz que estaba ya entregada al error, y se el centro y hogar de la herejía. Lo que hay de singular es, que esta misma ciudad que se ha rebelado contra la Iglesia, su primera madre, que la ha negado sus antiguos privilegios, que es el refugio y el capital del desobediencia, que tiene una gran turba de todos los destructores del culto y á quienes transgrede hechas de la severidad de la disciplina católica, se llenó de terror cuando supo que Voltaire, como los otros, iba á buscar un asilo en su seno. Dudó mucho si se le concedería ó no; temió razón en temerle, y hubiera hecho bien en no acordarlo.

En efecto, desde que el apóstata Voltaire se halló en una tierra libre, desde que pudo sin riesgo soltar las riendas á su humor y dar rienda á su iniquidad, se quitó la mordaza que el respeto y el temor le habían puesto, y cada día que se mira libre de las cadenas que lo oprimían, se arrojó furioso sobre su pluma y procuró con ella desterrar de la tierra todos los cultos y exterminar del mundo todas las virtudes. Sus escritos produjeron aquel barniz de modernidad forzada en que los había contenido el temor. El renacimiento que hasta allí había derramado por gotas, le vertió á manos llenas y le transformó en un torrente de iniquidades y en un diluvio de horrores. Desde entonces nada respetó, ni leyes, ni moral, ni gobierno, ni religión.

Su fecundidad tan prodigiosa como infeliz, multiplicaba cada año los libros en que insultaba al público. Todas eran ó producciones saqueadas y oscuras que con ofensa groseramente la descomen de las costumbres, ó sátiras inocentes contra los gobiernos establecidos, ó historias infelices en que con arte perdidó alteraba la verdad de los hechos para dar un falso color á la malignidad de las intenciones, ó en fin, poesías y otros obras ligeros; pero todas traían el carácter de la bestia, en todas se veía un inflexible y perdido objeto de hacer odiosa la Iglesia y ridiculizar la religión. Sus primeros libros le habían procurado la celebridad de los corrompidos, y se vio ya que trabajaba en aumentar con las posteriores á fuerza de temeridades y blasfemias.

Largos años se ocupó en este miserable y pernicioso afán. Ginebra era el taller en que forjaba todas las armas de su impiedad, el arsenal de que salían las flechas empun-

ñadas con que embriaba un mortífero veneno en todas las regiones de la tierra. Cada producción de su orgulloso ingenio le marchaba por delante y más oscuridad que le merecía otros sucesos. Así, con una desoladora persecución podía cada vez con un nuevo grado de malignidad y desobediencia, y las últimas llegaron á un extremo de desobediencia tal que nunca habían podido llegar ni el corazón más necios ni la razón más pervertida.

No era ya el empeño de un ingenio ardiente que procuraba acrecentar sus propias opiniones. Tampoco era la propensión innata del orgullo que quería á desolarse los ánimos en la propagación de sus ideas y fundar un imperio en el dominio de las letras. Era la rabia de un ánimo irritado que atorcaba al enemigo que perseguía; el oncom de la mano recoga que se había en la tierra por ver tierra al odiado objeto de sus iras, y en fin, el esfuerzo de una odiosa ciega que con implacable furor no se satisfizo sino con la ruina total de su contrario.

Tales estas viles y furiosas pasiones dominaban en las obras monstruosas de su pluma y todas eran subversivas y enemigas de cuantas máximas de buenas costumbres la dictaba el moral y de cuantas leyes en el gobierno político ha dictado la razón; pero sobre todo, se describía un vilis un odio feroz y amonestado contra la religión, una insensatez y rabiosa detestación contra la Iglesia y sus ministros, una atrozidad sin límites contra el culto público, y el malvado intento de arrastrarlo, si fuera posible, de la faz de la tierra.

Estas obras volaban por el mundo con las alas de la novedad y del horror y eran recibidas con ansia por el libertino que batagaban y por la curiosidad que dividían. El veneno era mortífero y sutil; pero la tasa era dotada. Jamás hombre poseyó en tan alta grado los primeros del odio y los odiosos de la obscenidad. Jamás otro manifestó con tanto ardor las flechas de la furia y la vida viciosa de la ironía, ni nadie supo jamás amar con ardor tan mal del mundo y traidor caloroso de la sátira para transformarlo en ridículos los objetos más dignos de respeto.

Este arte despreciable le sirvió con ventaja para hacer pasar á muchos corrompidos el bálsamo de sus ideas doctrinas. Por entre la obra brillante de su estilo y la chispa atrevida de su expresión se resataban los principios más ímpios, y los corrompidos más inquietos los recibían, bien hallados con opiniones que al parecer desahogaban sus concupiscencias y los tranquilizaban en sus vicios. La juventud presumosa los adoptaba con ignorancia, la inexperta se dejaba seducir y la modesta y tímida ignorancia se respetaba con la novedad, se aterraba con la avivantes, pero no la sabía contrarrestar.

Los hombres instruidos y de sano juicio, dando el espacio convenientemente á sus obras puramente literarias, veían con horror las impuras y detestables impías. Por desgracia pocas eran las mas, y en algunas, que aun como un prodigio de delirio, había aumentado todos los principios destructores. No se podía esperar á las leyes de los verdaderos sabios que todas aquellas novedades peligrosas no eran más que con conjunto de sofismas, que todas sus sistemas no eran más que una máquina artificiosa, entresacada con hilos muy respaldados, pero tan débiles y fáciles que no era necesario mucho esfuerzo para destruirla, pues

total era una literatura brillante que no podía resistir al menor soplo de la desconfianza.

Pero aglutinaron el estrago que podían producir en los que no tenían bastante instrucción para discernir el artículo y reconocerse en derecho. Estas cosas obraron con el mayor éxito no había hecho otra cosa que reproducir en este siglo las objeciones contra la religión que desde los primeros tiempos hicieron los incrédulos. Objeciones que los historiadores de sus sectas han repetido con mala fe en los siglos siguientes, ofreciendo las respuestas victoriosas que les dieron los primeros padres, como en nuestro tiempo ha creído el Voltaire. Que así todo el trabajo de esta se redujera a renovar los antiguos sistemas, sin poner de su parte más que el arte capcioso y la sutileza con que lo sabían revestir sus períodos talentos.

Observaron también que la falta natural de Voltaire no necesitaba de otro estudio que el de los largos, sencillos razonamientos ontológicos en que los mismos católicos con el título de antonianos exponen las desigualdades o contradicciones aparentes de la religión y de las santas Escrituras en que estraban, y que oponiéndolas, sin añadir más que las mismas que lo seguían en antiedad, procuraban con ellas formar toda en larga lista de argumentos. Al mismo tiempo vieron que no el afán de la respectiva, tuvo la audacia de callar las soluciones con que los mismos que las proponían las desahucaban, y no pudieron dejar de ver en esta conducta ó manifiesta ignorancia, ó en que era más virtuosa, más mala ó más artificiosa.

Por otra parte, a pesar de los falsos razonamientos con que desahucaba á los que se ablandaban la mayor parte de sus obras, la persistencia de los sabios no pudo dejar de ver los muchos errores en que abundan, aun procediendo de la religión, pues están á la vista los libros infames que invierten por el mismo carácter con que se presentan sus escritos. De los largos sermónes como en punto obscuro y bárbaro, corruptor de la buena costumbre y vil plagiato del siglo, de la licencia y de la indecencia.

Después de esto se pudo llegar que en un libro autor infiel, tan ligero y poco exacto, que ni siquiera es exacto en las fechas, y mucho menos en los sucesos, pues cuando no los inventa los mezcla y asocia á su voluntad, vistiéndolos con mentidos colores para dar valor á la malignidad de sus intenciones. Calumniador imprudente de cuanto respecta los santos. Intemperado de realidad, pues no osaba á darlos el nombre que su tenencia se merecía de cuanto le puede seguir su temeraria erudición, para llevarlos á su depravada inteligencia.

Calumniador de la religión, pues para hacerla aborrecer la atribuye dogmas que no tiene y la acusa de las doctrinas que ella misma reprueba. Calumniador de la Iglesia, pues quiere hacerla responsable de todos los delitos de los herejes, cargándola de las faltas de los individuos, atribuyéndola las mismas supersticiones y otras cosas populares que usa la algarra, como si ella las adoptara y promoviera. Calumniador de sus ministros, pues las más veces sin pruebas, contra todos los testimonios de la historia y las reglas de la verosimilitud, los juzga y representa como culpados de todos los horrores de su siglo y de todos los atentados de las pasiones.

Juzga infame, que con una balanza desigual exalta y eleva tanto las virtudes profanas y civiles, como abate y de-

prima las cristianas tanto ensalza y celebra los paganos ilustrados, como desprecia y encarece los santos más heroicos. En fin, infiel en los hechos, falto en los discursos, perdido en las intenciones, apasionado en las razones y que aunque sin poder con un arte sublime los falsos colores de la mala fe, del oscurismo y de la tiranía. Este hombre desahucaba las mentes á su Dios, á su salvación, á sus propios temporales y á la posteridad.

En efecto, conjeturar se que sería un libro compuesto de tan indignos sentimientos. Qué conjunto de herejes, herejes y aborrecimientos, de tan odiosos y volubres detalles por donde se desahucan y con las mismas intenciones. A pesar de lo que he manifestado al punto, resignan al burlar y escribir una invención indigna. En cada discurso, en cada página se ve un ejemplo de una impudencia que sería, una farsa que rebaja, un artículo que abate, una diatriba maliciosa que indigna, y con todo un río de burlas sin interrupción de dar por tierra los almas y sequías de todo lo que es justo, santo y admirable en una palabra, el lenguaje bonito de hacer que todos abandonen á su Dios, su religión y su conciencia.

Es increíble el estrago que ha causado en todas las ciencias de la antigüedad y de la que una diligencia que este libro se ha extendido hasta las gentes de la más baja especie de las naciones extranjeras, porque este hombre perverso tuvo el talento y la malignidad de tratar los asuntos más sublimes y sencillos con un modo claro y perceptible, salpicándolo con un tratado. Como allí abandonan los asuntos agradables, los hechos que divierten, las cosas que agrandan, las máximas que enseñan, y en fin, los razonamientos y las exhortaciones que completan tanto a la razón como humana, supo hacer muy divertido en leerla.

Lo peor es que en algunos países ella se ha más común, ó por decirlo mejor, la única de los herejes, los eruditos, los ateos y todas las personas de esta especie que apenas pueden gustar de otra y no saben dejar esta de la mano. Todos parecen en ella á conocer la religión, sus misterios y todas las virtudes cristianas y civiles; y así que el medio con que ha conseguido el estrago de todo corazón que no se ha defendido con su educación ni con la gracia divina, todo se ha convertido en un libro de religión.

Con esto solo se pudo comenzar cuanto ha delido escribir en nuestros días este horrible, contagio y odioso ha podido estar infame, desde la más alta clase hasta la más inferior, sin que ninguno se acordara de impedir que se publicara, porque la molida y las gentes más bien cobardes no estando bien instruidos en los fundamentos de su fe, no podían adquirir más que una ilustración profana y superficial que no los dejaba en estado de discernir los errores y los sofismas, ni querían tomarse el tiempo necesario, pues sólo se ocupaban en los objetos de su ambición y de sus placeres. Y las gentes de un orden inferior, por no haber tenido nunca otra instrucción que la que se recibía en sus primeros años, no podían hallar en su ignorancia de sí misma contra tan artificiosas seducciones.

Es verdad también que muchos varones de gran celo y de ciencia han escrito otros libros en que han probado con evidencia sus errores, sus falsidades y su mala fe; pero tampoco esto adelantó nada. Los herejes por la mayor parte no leen sino para hacer y divertirse. Así lo es con preferencia los libros frívolos que los entretienen;

sobre todo los satíricos que llevan consigo la sal del chiste y la pimienta de la calumnia.

Mas los hombres serios y cristianos no pueden escribir libros de semejante especie.

Por otra parte, para poner en su luz asuntos dañados y desmentar artificios y sofismas ateo, es indispensable usar de dicciones sobrias y serias que no sufran burlas y chocarrerías, y menos son permitidas columnas y maledicciones. Era pues casi imposible que los obras de los escritores sabios pudiesen tener los atractivos que halagan á los lectores ridículos y frívolos, y por esto no eran fáciles de ellos. Ve aquí por qué en este caso ha sido inútil. Xepelas para cuyo desagrado habían escrito, no conocían la obra, ó si llegaba á su noticia, el fastidio la arrojaba de su mano. Solo la leían aquellos que no la necesitaban. De este modo el error se ha propagado sin contrastes y el remedio llegó tarde. Mejor hubiera sido prevenirlo, y ahora parece si el daño casi irreparable si no se toman medidas más eficaces para su remedio.

Este hombre desahucado ganó de su triunfo infame en toda la extensión de sus discursos. Los sofistas de todas las naciones recurrían á él como al centro de su unidad, le ofrecían una especie de culto y lo reconocían como jefe y centro de la incredulidad. Él los alentaba y los dirigía, y con la inflexible firmeza de sus escritos mandaba al fuego infernal y los aduía las armas para el combate; pero ¡ay! todo lo mortal en cadoso y limitado. Su imaginación, aunque grande, no era infinita, y se halló por fin agotada. Llegó el tiempo en que acabó de temblar todas las blasfemias, las novedades y los horrores que su malicia le pudo sugerir ya no había qué inventar, y en los últimos años le fue indispensable repetir hasta fatigar y causar náusea.

En sus últimos días vino á París, y en esa última y correspondía habiéndolo ya en sus últimos y últimos, que pocos han conseguido de sus contemporáneos, jamás se le vio un pueblo tan fielmente y conmovido al placer como París cuando le vio en su casa, pero con una costumbre, pues en París tan boca y tan insulsa era la que había bebido más de sus famosas aguas. Este pueblo que tanto le aplaudía, era el mismo que más había correspondido sus escritos, y no se puede concebir á qué extremo llegó el favor de su idolatría.

Los muchos sucesos que había formado con sus manos y ligera capital, le crecieron con achicamientos y lo llevaban en pompa. ¡Y qué gloria para su poca cantidad ver adorar en triunfo con tantos conquistados de su lenguaje! Los mismos que por su seducción habían abandonado al Dios que sus padres adoraron, parecían adorar á un capitán desamado, cuya larga vida se había consagrado en hacer guerra al cielo y á la tierra. La esbeltez de sus miembros, el apuro de su rostro, las debilitadas frentes y la embigüezada su frente, que las gentes por las calles llenas de tropel en su seguimiento.

Pero mientras él se dejaba rodear con esta turba de ridículos y trivial celebridad, la raposa murie amanzaba ya á su acaucio y demagoguismo odioso. Este titán impio que se mostraba intrepido cuando se oía en salud, no era tan impavido cuando las enfermedades le avisaban del peligro de su mortalidad. Era notorio que dos veces se había visto en Ginebra amenazado por la muerte y que dos veces había ocurrido temerario al socorro de la confesión.

Con esta experiencia todos descubrieron que este coronado por el triunfo no estaba enteramente muerto, que sentía el dolor del peligro los estacados del remedio, y que los buenos tenían digna esperanza de que en su postura haría en su agonía á las lágrimas de la penitencia.

Pero esto no siempre le concedió el cielo, y volvió algunas veces á tener á su disposición los secretos de Dios, y se que á su misericordia basta un instante, pero la historia no podrá sentir que Voltaire vino á París conduciendo por la tienda, que el iluminado vapor del infierno con que se le presentó, sofocó sus ya debilitados sentidos, que la muerte se le adelantó á su puerta, que él cayó y se postró en el suelo no más ya dueño de sus acciones, y que muchos circunstancias contribuyeron á su ruina en su fin cuando no se pensaba tan cercano.

Tampoco pudo escuchar que sus sucesos y cumplidos se aplicaran en su conciencia, y que instruido de lo que había practicado en tantos sermónes, temeraria una repugnancia que desahucaba en público su doctrina y dejaba una idea de la desconfianza de su jefe, que le corrían de manera que apenas le quedaba libertad para explicar; que pedían batallas á todos los cuernos para que no pasasen entre ninguna luz, ningún resplandor ni ningún ministro de la religión, y que el infierno se precipitaba por el error de un remedio mal aplicado, por lo de repente el sentido y exhibió en su postura aliento sin haber lavado las muchas impudencias y los peores comentarios.

Desahucado fin interrumpió mi amigo cubriéndose los ojos con las manos, y poco después añadió: ¡Ay, señor, señor, qué reflexiones me ha despertado vuestra historia! ¡Qué céptos son los estragos que han producido sus escritos, tan honrosos como oportunos! Yo soy más de sus más infelices víctimas, y he visto que he habido muchos de los jóvenes de mi tiempo. Voltaire era nuestro ordinario doctor, la novedad atrayía de sus opiniones, nos sorprendía la audacia que daba á nuestros razonamientos quitándonos los torres y abriendo las puertas á todas las pasiones, nos halagaba. Sus ligeros sermones nos ablandaban, y las continuas sátiras con que los santos nos divertían.

Con estas disposiciones me había convertido á ninguno de los que escribieron anteriormente. Heba conseguido habiéndolo primero sujetado á un estudio arduo, él una instrucción árdua en que poseo á fondo y con una herosica lealtad y sólida se nos habiéndolo hecho á todas las ciencias, falsos y horrores que brotaron en sus falsos libros, y esto es lo que me quita el sueño.

Con estos que cuando se oía estos últimos tiempos, me acordaba de los últimos de los otros que se han consagrado contra Voltaire, Rousseau y los demás sofistas, entre otros las de Mr. Bergier, me confieso, digo, que me he acordado de la bondad y la evidencia con que los hombres de su mérito otros en la claridad con que los demuestran sus columnas, y en su fe la fuerza y solidez con que deducen todos sus falsos sofismas. Yo me equivoqué de la obra y estúpido imperator con que halamos dado crédito á los predicadores infames de la incredulidad.

Es imposible leer con imparcialidad estos escritos, habiendo exactos y verdaderos que los impugnaron, sin encontrarse de la mala fe de aquellos escritores; pero para esto era neces-

ter no estar bien hallado con sus errores que hiecojan nuestra fe; pero al menos buscar la verdad con buena fe y leerlos con deseo de encontrarla, y si yo ni sus compañeros estamos en esta disposición, como no lo está la mayor parte de los lectores, aunque se comprundan en este número los que pasan por instruidos.

Vuestra labia dixo muy bien, señor cura. La mayor parte de estos lectores no leen á Voltaire, Rousseau y los demás autores de esta especie, sino porque hallan en sus ideas opiniones que los halagan y divierten. Les sería muy á propósito leer libros que los desengañen, y por lo agradable leer aquellos que acientan de aplicación. El venicio es dulce y la gracia los parece amarga. Esta es por lo común la conducta de los hombres, cuando leen, pues con ella continúan á su perdición, pero general, porque á uno de que no conozca el riesgo y de que tiene para sí de la importancia de las cosas.

Talvez natural que en un asunto tan grave, en que se trata no menos que de la eterna felicidad, ninguno se atreva á adoptar opiniones sin haberse instruido antes de todo para hacerlo con conocimiento, y que sería buena arrojarse á tanto peligro sin haberse tomado toda la medida que le puede servir en su caso. Yo sé todo, cuando he leído en su común religión que le pasaron sus mayores, cuando esta religión presenta grandes esperanzas y sentimientos terribles, y en fin, cuando la ve seguida y respaldada en todos los siglos por los hombres más sabios.

Aquí dice por Señor cura, por la descripción que habéis hecho me figura ser á Voltaire como al hijo de la montaña, con la diferencia de que este envía sus ideas por la suya á individuos, aquel envía sus libros perdidos por la dicha á pueblos, á naciones enteras, y aun si no se notan precauciones la fama á los siglos venideros. Teneis razón, me responde el cura. Vuestra religión es justa y yo tengo el mismo temor. Si vuestras libros subsistieran y no se hubieran mejor á las naciones preseruidas de su fuerza con el estudio de la religión, no hay peligro seguro, no hay culto que pueda sostenerse, ni hábita costumbre que no se corrompa. No hablo solo del estudio que se da en las escuelas, sino de un estudio que se da en la casa enseñando un corto número de verdades eternas, sino de un estudio de la religión que presente en grande su majestuoso edificio, que inspire tanta admiración como amor, y que manifieste las grandes verdades que convienen que ella vive de Dios.

Estos son los mismos medios de acreditarlo en nuestros oídos. Estos son los únicos principios que pueden determinarse á separar de su profesión; y si no se nos instruye á fondo en ellos, no somos cristianos sino en una manera oscura y confusa, esto es, por persuasión. Pero si los pueblos están bien enseñados en su verdad, si reconocen bien sus bases indeliberables y sólidas, en su utilidad que nada sea el mundo, las profesiones que ministran al divino Redentor, su adhesión será tan segura y tan prevenido, los caminos salubres que enseñan su unión divina, su tan demostrada y auténtica restauración, y en fin, todas las demás pruebas que acreditan su evidencia en verdad, la falsa filosofía no podrá hacer nada contra una razón bien penetrada de la certidumbre de la ley que prescribe.

El pueblo consentido de la verdad de su religión la amará y obedecerá sus preceptos, y ellos le enseñarán que aun-

que sea á costa de su vida, no debe tolerar que se altere un precepto, que se corrompa la integridad y candor de su madre la Iglesia, de esta santa madre que le recibió en su seno, á quien juró fidelidad y obediencia y que con su fe y esperanza le condujo á las dichas de la eternidad. También aprenderá á defender su rey, que es imagen de Dios sobre la tierra, y á quien ha jurado también fidelidad; y perderá mil veces su fortuna y su vida antes de consentir en la menor desobediencia.

Si los reñidos han encontrado tanta facilidad en trastornar las ideas religiosas en algunas gentes, si han podido lograr desiguales tan terribles y temerarios, es porque la incertidumbre de la educación les ha dejado en la ignorancia de las verdades de la religión; es porque profesaban el cristianismo no por convicción ni por un asenso íntimo de su alma, sino sin saber por qué y sin ningún afecto ó respeto interior. La ignorancia lejos de inspirarles amor, no podía producir otra cosa que indiferencia. No era ni podía ser aquel culto de su corazón, sino de su costumbre. En una palabra, porque eran máquinas cristianas, y el primer impulso de contracción era capaz de desorganizarlas sin resistencia.

Yo sé que en mi juicio la causa principal de tanto estrago y la que debo hacer temblar todas las naciones cristianas. No hay ninguna que no esté amenazada del mismo riesgo y que no deba prevenirse contra él por todos los medios. Aquí quisiera yo levantar el grito para que no opriman todos los pueblos de la tierra y dixeran: Si leamos la dicha de haber nacido en el seno de la verdadera Iglesia, que veáis mayor esfuerzo, vuestro primero y más esencial estudio sea el de introducir á fondo de vuestra santa religión, la única verdadera, la única que puede hacer felices en la tierra y eternamente dichosos en el cielo. Pensaros de su verdad y tened el consuelo de saber que el mismo Dios que se dignó á comunicarla á los hombres, la ha revestido de penas tan claras y multiplicadas, que no pueden dejar de convencer á la razón cuando con buena fe los examina.

Cerral también los oídos á sus pérdidas, virtudes, á sus miléficos milites, que no solo os inducen á atropellar la más respetable de la tierra, sino que se atreven á arrojarse sus insultos contra el cielo. No escuchéis un seductor y falace razonamiento. Creed que vuestros padres y tanto hombres grandes que les han precedido y que siempre manifestaron tan religiosas sentidas á los principios de la fe, eran más sabios que ellos y no estaban tan corrompidos. Así para que sus ataques no se encuentren sin fuerza y para que podáis burlaros de sus errores y delirios, aplicaos, estudiad y comprendad la santa religión que profesáis.

Si, cristianos, entornais de vuestra religión, ella misma os defenderá contra todos sus enemigos y hundirá la superstición de no poder dudar que esta religión es que Dios os hizo la gracia de que nacisteis, en su dulce y consoladora como cierta y segura. Que es este Dios de bondad se presenta en ella miléficos sucesos para el ejercicio de vuestra fe, también la compañía de pruebas tan luminosas, de monumentos tan insuperables, que es imposible que se oscurezca su evidencia á la sinceridad del examen; vuestra propia razón bastará á convencerlos que Jesucristo lo es á los hombres, que Jesucristo es

Dios, que debemos creer cuanto nos dijo y obedecer cuanto nos mandó no menos que á su Iglesia, pues la constituyó el órgano y la depositaria de su autoridad.

Me parece que en esta parte, dijo mi amigo, me tiene vuestra nación que envillar á ninguna. Yo no conozco otra que conserve tan pura la fe de sus mayores, por lo menos no hay entre nosotros variedad de erencias, todos somos católicos, y estamos unidos de comunión con la Iglesia apostólica romana. Tampoco es fácil florecer la herejía hallar acogida entre nosotros, nuestra educación la resiste y repugna á nuestro corazón. Por otra parte, el gobierno con incansable afán la rechaza de nuestros confines, y hasta ahora á Dios gracias no ha podido el herejismo vencer de este momento infestar los reinos españoles.

Yo lo sé, le respondió el cura, y ha mucho tiempo que atribuyo la unidad de nuestra creencia á la vigilancia y atención con que se sostiene no solo la pureza de la fe que brilla entre nosotros, sino también la paz interior y la tranquilidad de que gozamos. Hecho los ojos por todas las naciones y veo que las unas más, las otras menos, todas han estado y están sujetas á turbaciones é inquietudes. Vuelvo la vista á la nuestra, y hallo que ella sola ha conseguido mantenerse siempre tranquila, tan asomada á los reyes que la gobiernan como filial al antiguo culto que profesó.

Fuesen las causas de sus turbaciones tan insustentables y no puedo concebir otra que el cuidado de conservar la unidad de nuestros principios religiosos.

Pero aunque esto sea así, mi parecer que no basta para el riesgo que amenaza á la Europa, y que se presiente no solo conservar lo que se tiene, sino instruirse fundamente para defenderse de los ataques que se pueden temer. Los riesgos son hoy mayores que nunca. La impiedad hace cada día nuevos y rápidos progresos, y multiplicados los peligros es indispensable multiplicar los remedios.

Aquí exclamó mi amigo. No es posible negar que en todas las suposiciones y en todos los casos el estudio de la religión sea siempre más útil y necesario. Nadie lo sabe mejor que yo que he sido víctima infeliz de este desorden, y estoy persuadido que la ignorancia con que me educaron así del espíritu y grandera de la religión como de los fundamentos que prueban la divinidad de su origen, es la causa original de todos mis delirios. Me parece que si yo hubiera sabido en mi juventud lo que ahora, mi conducta no hubiera sido tan desenfrenada; y creo también que esta es la causa general de que nace no solo la impiedad de las opiniones, sino también la relajación de las costumbres.

Por otra parte, nada puede ser tan eficaz para amar cada uno su religión, obedecer sus preceptos y excitarse á la práctica de la virtud, como estar vivamente persuadido de su verdad y vivir con la esperanza segura de los bienes inmortales que promete. Pero, señor cura, ¿os parece esto difícil? ¡Hallais posible que toda una nación se instruya en un objeto que exige aplicación, meditación y estudio! Tres clases de personas componen por lo común una nación. Hablamos de cada una separadamente para ver si es posible darla y esperar de todas que reciban esta instrucción.

La primera es la clase de gentes ricas ó acomodadas que reciben en su familia una educación distinguida. Yo quiero suponer la más sobresaliente: ¿pero á qué se reducirá esta educación? En su infancia y cuando apenas tienen bastante

inteligencia para entender las cosas comunes, se les enseñará por un estudio de las verdades más indispensables de la religión. Es imposible que entonces puedan comprender misterios oscuros y profundos; pero enseñados desde la edad de mayor reflexión; será apenas empínicos sus facultades á desenvolverse, cuando se les compa en la infancia y otros estudios, sin que se les vuelva á hablar de religión. Dando allí pesan al colegio, la universidad y á otras escuelas donde á excepción de algunas que profesan piadosa, tampoco se les habla de ella, y donde no se les ocupa más que en física, teología, derecho, medicina, ó en otras ciencias de esta especie.

Desde que se acaban estos cursos, cada uno va por su lado á seguir la profesión que escoge. Los unos se casan, los otros siguen el comercio; cada cual emprende una carrera, pero en ninguna encuentra la ocasión ni los medios de volver á estudiar la religión. Así solo pueden instruirse en ella los que por gusto propio y porque una razón más bien dirigida los hace conocer la importancia, quieren aplicarse de veras á estos objetos; y ya no se ve en el curso ordinario de la cosa serian pocos los que tengan el gusto y el tiempo, las propenciones y la ocasión que exige un estudio tan serio. La mayor parte abandonada á los seces y otros sentimientos que aprofundó en su niñez, apenas quedaran con las nociones más necesarias, y estas mismas serian muy estériles é inútiles.

Por será la condición de las personas de mediana fortuna, que suponga ser de la segunda clase. Estas son las que nacieron en una familia que no puede vivir sino con su trabajo, necesidad de que sus hijos aprendan un arte, oficio ó profesión necesaria para subsistir con ella, y es claro que estas tendrán una educación más oscura y florecida, y que apenas habrán aprendido á leer y escribir, apenas llegaran á la adultez que tengan la razón y la fuerza suficiente, cuando se les podrá é estudiar é practicar los rudimentos de la profesión que han escogido.

Desde entonces ya no es más en el caso de recibir otra instrucción fundamental. Los únicos que pueden hacer é enseñar los días de fiesta algunas sermones, si su devoción los conduce, pero por lo común nuestros entendidos son muy útiles para educar á los parientes, más no están destinados ni para convencer á los insensibles ni para instruir á los ignorantes. No digo de que tipo por su bondad suplirá con sus dones este defecto de instrucción, y que alabrará á los buenos espíritus en su granja; pero es cierto que yo no veo cómo sea posible extender una instrucción útil á las personas de esta clase.

Manos vea la posibilidad en las gentes de un orden inferior destinadas por la naturaleza á los trabajos más rudos de la sociedad; por ejemplo, los labradores, arrieros, carreteros, y todos los trabajadores de esta especie, que ni si quiera aprenden á leer, y que no tienen otras ideas de la religión que las que les han dado sus padres, tan poco instruidos como ellos mismos. ¡Como, digo, esta masa de la nación la más numerosa y al mismo tiempo la más ocupada, porque su pobreza la obliga á un trabajo incansable que les cubra todo el tiempo y todas las atenciones, podrá entregarse al estudio de un objeto que supone una historia, y que necesita no solo de espacio y comodidad para enseñarla, sino de ideas y facultades para estudiar! Desde luego confieso que este estudio es el más digno y el único no-

castro, pero examinando la constitucion de la sociedad no...

No luego, señor, le interrumpió el cura, que á primera vista no se encuentran esta y otras grandes dificultades; pero puede ser que cuando se da la cosa de más cerca, no sean tan insuperables como parecen; por otra parte, aun cuando se presentaran grandes, ómni el asunto es de tan alta importancia, merece que se hiciese hasta los últimos esfuerzos. Tal vez, en su estado, el fruto sea todo en cantidad, pero, cualquiera lo bastante para dar por bien empleado el trabajo mayor.

Y así, á las diez, le preguntó ya, ¿cómo que podrá haber medio para obtener un bien tan importante? Yo pienso, que oportuno, que se podrá obtener medio, y á lo menos lo suficiente para instruir en general á los niños, para uniformar los costumbres, para servir en estado de ser á las naciones de la fe de la fe, y para defenderse en circunstancias difíciles á la religión y á su rey. Si el asunto pudiera de mí mano, si se pudiera hacer los cosas á mi arbitrio, voy á dar lo que hiciera. Ha primer lugar lo que más me ha fecho y lo que en mi juicio debe preceder á todo es un libro clásico y elemental que sea escrito, lo todo de nuestra santa religión con los argumentos que la defienden, con los ejemplos que la corroboran y con las máximas morales que en ella se enseñan.

Este libro debe empezar por el principio del mundo y por el origen del cristianismo en la persona que Dios creó. Añada el imperio, debe continuar hasta la venida, muerte y resurrección de Jesucristo, que fue el reparador universal, y acabar por el establecimiento de la Iglesia, á quien Dios se atribuye, declarándola depositaria de la verdad y aliter de su implantada. Este libro debía ser conciso, práctico y escrito con estilo tan corriente y claro que todo el mundo se pudiera entender.

Lo más sencillo es, que después de tanta siglas no existiera un libro tan importante y necesario. No digo que no esté todo en diferentes libros por tanto necesidad de tiempo y espacio, que solo me concierne con mucha aplicación. Yo quisiera que hubiera uno que por sí solo pudiera instruir de sumo es necesario y no lo comano. La gramática, las bellas letras, la teología, la medicina, los derechos, en fin, casi todas las ciencias tienen sus libros clásicos y elementales.

Debe un catecismo y catecismo que contienen todos sus principios, y que reducidos á un compendio claro y luminoso de la fe de todos los sacramentos que está en ella, lo podría servir, y que hacen cómoda y fiel la instrucción, porque en su corto volumen presentan resúmenes de lo que está desarrollado en otros muchos volumenes. Casi no hay ciencia ó arte que no tenga esta especie de manual, que acorta el trabajo y facilita la enseñanza, y es esta República que la religión sea no lo tenga.

Bien sé que en todo tiempo se han hecho catecismos; pero no tengo noticia de ninguno que lleve todas las medidas que tengo por necesarias. La mayor parte siempre de resumidos las materias, y solo con limitas para los niños, y fuera de esto solo se explican en ellas lo que se debe creer, sin que por lo común se expongan ni se expliquen las razones y motivos por que se deben creer. Y en cuanto á mí, yo no he visto uno solo, aun comprendiendo los tres famosos que se han hecho en las naciones extranjeras, que en

poco volumen y en estilo de uso justo con las verdades de la religión la fuerza y multiplicidad de las pruebas que la convencen.

De orden del conde de Trento se publicó un entendido y sabio catecismo, producción de la mas sabiduría que han salido de las manos de los hombres; pero su objeto no era probar ni el origen divino de la religión, ni la autenticidad de los libros santos. Disponia todas estas verdades, pues hablaba con cristianos, y solo se ocupó en explicar lo que la Iglesia nos enseña en conformidad de aquellos santos libros y la virtud de los sacramentos; y yo quisiera que para destruir este nuevo monstruo de la infidelidad que ahora se extiende tanto por el mundo, se aplicaran al fondo de estas verdades, á mas de la historia de la religión, las razones y motivos que nos deben obligar á su creencia.

Tampoco ignoro que ha habido de todas las naciones orientales un catecismo de todo otro pero los ha sido preciso tener muchísimo y tiempo y resolver muchos libros, y yo deseo que haya uno que por sí solo pueda instruir á la juventud y así como las enseñanzas hasta el pueblo. Si este libro existe y es bastante, mira no conocerlo, en hora buena que se publique, que se propague y que sirva para la instrucción que propongo, y si no la hay, es cosa muy fácil escribirlo, y está muy fácil que se concien. Pero me parece que un libro de esta importancia tan general debería estar en las manos de todos, y cuando sea la impresión que domina en casi todas las clases, tanto que no exista ó que no se entienda.

Como dije antes, es indispensable que fuera re-escrito este libro y reformado según las necesidades presentes, ó escribiéndolo de nuevo, se procure propagarlo y recomendarlo á todas. Si existiera en el tiempo en que se juntan los espíritus profanos, este catecismo sería la obra más digna de un concilio; pero los obispos como ministros de la santa doctrina, pueden aunque separados concertarse entre sí, y tomar el partido que les parezca más conveniente para la formación y extensión de un libro semejante.

Pueden publicar un catecismo que explique todo lo que debe contener este catecismo, para que por sí mismo no solo represente el magnífico plan de nuestra religión, sino tambien los excelentes testimonios que nos aseguran que nos salvamos por Dios, y que según esto los hombres más malos de su tiempo forman un libro que ellos puedan publicar como el depósito santo de las verdades divinas, como las pruebas más seguras de su divinidad, y como el libro más necesario, tanto para la tranquilidad del común como para el gobierno de la vida, sobre todo para que nos instruya y fortalezca contra las seducciones y violencias de la incredulidad.

Después que se viera escrito y publicado quisiera que en todas partes se establecieran escuelas para aprenderlo y explicarlo, y así repetiré la reclamación que me como muchos escritores. Con todo la Espiritualidad cristiana, pues aunque por desgracia algunas naciones se hayan separado de la verdadera Iglesia, todas viven en la divinidad de Jesucristo, y planan como nosotros sobre los fundamentos de la religión. Y así los ojos á ellos, y ha yo un grande solicitud por los progresos de las ciencias útiles ó profanas, no hay arte, no hay ciencia que no las haya merecido la mayor

atención, para todas las establecidas, ciencias y profanas, y no voy ninguno de estos esfuerzos para la ciencia de la religión, y para el objeto más importante de todos que es la demostración de su verdad.

La única instrucción que desearé entre todas es el primer manual que estableció á su corte el inglés Roberto Bolle para el que hizo una disertación, que probaba mejor la verdad de la religión cristiana, y esta tan digna y bien entendida instrucción ha producido escritos admirables. Pero es de observar que el gobierno, á quien tocaba más particularmente esta empresa, no solo abandonó á un particular el honor de un invención tan útil, sino que ha enfriado la afrenta de no haber autorizado un ejemplo tan digno.

Es de admirar que España, esta nación tan devoto como magnífica y que ha dotado con mucho esplendor fundaciones de tanto momento, no haya pensado en este asunto que es el más importante de todos, pues es la raíz y el fundamento de los otros. Nosotros tenemos muchas universidades, y en ellas hay escuelas para todo género de ciencias, especialmente para la teología; pero no tenemos libro que por sí solo pueda instruirnos, ni persona que por instituto deca empleo esté obligado á hacernos un curso completo del sistema de la religión y á demostrarnos las pruebas y testimonios que convienen en su verdad.

Sio duda que nuestros padres, oyendo de buena fe lo que la Iglesia nos enseña, no previeron que llegaria un tiempo fatal en que ciertos hombres, usurpando el título y reputación de sabios y con toda la astucia de un luciano fial y seductor, formaron una secta de impiedad, capaz de disminuir la simplicidad de los pueblos. Pero este tiempo ha llegado, y la experiencia nos hace ver que no solo existe esta secta funesta, sino que seduce á muchos incautos, y que la ignorancia general les da mucha fuerza, porque las naciones y los pueblos no están bastante instruidos para resistir á sus sofismas, y no solo sabemos que sus errores concuerdan en la Europa con una superficial deplorable, sino que somos testigos de los terribles estragos que producen. Es pues tiempo de pensar seriamente en oponer un dique á este torrente de devastación, y acudir á los otros medios de la vigliencia cristiana del día de hoy, y convencer los espíritus que es el más eficaz de todos.

El hombre que conoce bien su religión, no solo admira la sabia disposición con que Dios ha comunicado la bondad divina, no solo contempla, se atribuye y admira el misterio, y majestuosidad que se presenta, sino que queriendo firmemente convencerse de su inflexible verdad por las multiplicadas y evidentes pruebas que le produce, la ama, la sigue con una seguridad que ninguna falacia le puede desvirtuar, y le sirve de consuelo en todas las adversidades y los varios sucesos de la vida.

¡Qué firmeza, qué seguridad, qué confianza puede tener el que no ha adquirido una que verdades ciertas y confusas de su religión! Todas las bellezas que Dios ha determinado sobre ella son perdidas para él. ¡Qué sentimientos pueden existir en su alma tantos prodigios de la bondad divina si no los conoce! Aun cuando supiéramos que crecieran las verdades eternas y que la eternidad á tomar y amar á Dios, el amor y temor creciera con esta instrucción, y la vista de una religión tan santa, tan majestuosa y tan sublime, elevará el corazón á los más vivos afectos de respeto, de admiración y de amor.

¡Y qué se puede esperar del que profesa su religión sin tener de ella la idea que merece y que Dios ha querido dar á los hombres! sino que poco instruido de lo mismo que cree y no teniendo fundada confianza en su fe, proceda en todo con pasos tímidos y mal asegurados, quedando siempre expuesto á caer al primer soplo, que le sobrevenga ó á la primera pasión que le complace: en vez de que si se le hallara penetrado de la realidad de sus obligaciones y de la seguridad de sus esperanzas, fuera una cosa inextinguible que no solo resistiera á las seducciones del error, sino al impulso de sus propias pasiones.

Sería pues un lamentable desacierto el no aplorescer á quienes en las escuelas, así el espíritu como la verdad de su religión. Por otra parte, las fatales circunstancias y las tristes experiencias nos hacen conocer la necesidad de buscar nuevas defensas á nuevos y mayores peligros. Mas volviendo al libro de que hablamos, y que supongo escrito de manera que demuestre con evidencia y claridad los fundamentos de nuestra santa religión, digo que todos los gobiernos deben concurrir á que este libro sea enseñado y aprendido por todos los clases del Estado.

Bien sé que un estudio tan serio no es propio para la edad primera; pero como por su importancia debiera ser el de toda la vida, yo quisiera que por lo menos se hiciera dos veces: la vez, que se comienza como se hace ahora, en enseñar á los niños los primeros rudimentos por un catecismo apropiado, para que sean estas las primeras impresiones que reciban y que se graben mejor en su memoria; pero que se dispongan las cosas de manera que cuando llegara á la edad de quince á seis años, cuando ya las facultades de su espíritu han desenvuelto toda su inteligencia, estén obligados á volver á comenzar esta enseñanza con más solidez y en toda su extensión.

Entonces estarán en estado de comprender tanto la trascendencia como el objeto de la religión; entonces podrán sentir toda la fuerza de las pruebas, inmutables y testimonios que convienen á su verdad. Esta se llamará la segunda educación cristiana, y será un efecto la primera ó la única, porque será la verdadera y sólida. Me parece que esto no es imposible, y que lo podrán conseguir las autoridades seculares y real, si ambos se resueltan para hacer las órdenes con que esta grande educación se haga general en el reino. Si no diera que los sabios y grandes hombres que presiden á uno y otro gobierno, abrida poder contar muchos más sucesos de los que á mi me pueden ocurrir, pero voy á dar los que me parecen más oportunos.

Yo quisiera que en todos los colegios y universidades se destinara uno de las muchas cátedras que existen y se dedicara á este objeto: es, que en todas las casas de enseñanza pública hubiera una cátedra bien dotada, y que se considerase como la primera ó la superior á todas las demás, que su objeto fuese hacer cada año un curso completo de religión, arreglado al libro reconocido por la nación y un gobierno como la religión del Estado, que para esto se creara el hombre que por sus luces y talentos pareciera más apto para este objeto, y que su obligación fuera hacerse aprender de memoria á sus discípulos todo lo contenido en el libro, haciéndolos entender, explicar y conferir su contexto y añadiendo todas las ilustraciones respectivas y analogas, de manera que resultase una instrucción tan sólida como extendida.

Yo quisiera que este estudio se repitiera y renovara cada año, y que en compase el año entero en su orden; que todos los discípulos de las clases estuviesen obligados desde que han pasado la edad de diez y seis años á dedicar un año á este estudio, y que á nadie se le diese el premio de facultar sin presentar certificación de esta curso y de haber sido aprobado por los examinadores nombrados para este fin; y también deseara que esto mismo se practicara generalmente en todos los estudios, aun en los de las comunidades religiosas.

Asimismo me parecería conveniente que á ninguno de aquellos á quienes se confiere por la primera vez un empleo, sea político, civil, militar ó de cualquiera otra especie que sea, se le pasase en posesión sin haber presentado una igual certificación de haber sido aprobado por alguno de estos examinadores; y sería la obra cumplida si los prebados también prescribiesen que ninguno pudiese ser de palacio ó magistrado en los bautismos, confirmaciones ó excomulgaciones sin producir una certificación semejante.

Me hago cargo de que será más difícil instruir al pueblo porque no es posible darle puntos fáciles de retención en que se le pueda juntar para que se instruyan á un tiempo; pero lo que falta á esta clase de proporciones y facilidades, se debe suplir con la abundancia, y para esto es menester repartir esta divina palabra con tan larga mano que pueda llegar á los menores aplicados, y las iglesias sin el santuario en que debe frecuentarse esta consuetudín.

Me parece que si todos los domingos, ó en el número que pareciere conveniente para empezar y acabar cada año, se diese al pueblo una lección de este libro en tanta iglesia como hay en la nación, me parece, digo, que serían innumerables los felices que instruidos de la grandeza y certidumbre de su religión, se excitarían no solo á amarla y obedecerla, sino también á utilizar con ella con todos tan indolentes que ningún esfuerzo humano les podría apartar. En mi dictamen esta instrucción se haría eficaz para reformar las costumbres y hacer buenos cristianos como los sermones más urgentes sobre los puntos más terribles del moral.

Porque ipse efecto produce la muerte, el infierno y el juicio en personas que apenas creen é que no creen más que libramente, porque su fe es débil y está oscurecida y casi espantada. Si reciben alguna impresión no puede ser más que fugaz y pasajera, porque el alma no la recibe con una fe viva y penetrada, en vez de que el estudio de la religión convencional de su verdad, no descubre al mismo tiempo los designios de Dios, en maravillosa coordinación tan superior á los límites y oscuridades del entendimiento humano, y nos pone á la vista nuestras firmes y elevadas esperanzas.

Todo esto remedio nos produce sentimientos íntimos, comunes y profundos que nos atráen al respecto, al amor y á la regia. No es posible dudar que esta instrucción tan repetida no haga grandes efectos. Si no se aprovechan todos del fruto, se aprovecharán muchos, estos buscarán la pluralidad y darán el tono á los otros. Se puede esperar que derramándose en una nación tanta copia de luz, tanta fuerza de convicción, y que estando esta sostenida por la autoridad y la ley, al fin se forme un espíritu público tan dominante, que ha de arrastrar consigo á los que por inercia ó corrupción no quieren seguirle.

¿Quién puede dudar, dijo mi amigo, que si por estos y otros medios se preparara en la nación el estudio y la práctica de una religión santa y que no premia más que virtudes que no tienen otro objeto que la felicidad de los hombres, no solo esto sería el mejor preservativo para no dejarnos lacerar de esta filosofía devastadora, no solo aseguraría esta la consistencia de la religión, la estabilidad del traido y la pública tranquilidad, sino sería el medio más eficaz de mejorar las costumbres y hacernos tan felices como la condición humana puede alcanzar á serlo?

Soy del mismo dictamen, dije yo. Así suscribo con todo mi corazón á esta idea, y para haberlo ver cuánto se conforma con mi modo de pensar, se dice que desde que mi amigo me dió el plan de la educación de sus hijos, comencé un proyecto, que aunque en papel, se parece mucho al vuestro. Como yo creo que el primero y más importante estudio del hombre debe ser el de su salvación porque ella sola es su fin principal objeto; y como los niños no están todavía en edad de hacer un estudio serio y razonado, mi intención era contentarme por ahora con hacerlos aprender los primeros elementos y darles las ideas que pueden recibir.

Pero estoy en el ánimo de formar un escrito tal como vos lo proyectáis. Cuando los niños están en la edad competente, esta será nuestra más continua y privilegiada lectura. No solo la haremos una vez, non toda la aplicación posible, sino que la repasaremos todos los años, y me parece...

Aquí interrumpió mi amigo: Señor cura, vuestra idea es vasta, magna y digna de un gobierno ilustrado. A nadie se le puede ocultar su importancia; pero como esto no depende de nosotros, es menester dejarlo á Dios; pero de nosotros depende una idea que me viene al pensamiento y que pudiera ser muy útil. Mariano Dios que está en ánimo de hacer este escrito que sirve para la instrucción de mis hijos, y yo digo: ipse que este escrito no serviría para la instrucción de este pueblo á que nos ha traído la Providencia. El celo cristiano se debe á todos que Mariano pues desde luego y sin perder tiempo se ponga á escribirle: él serviría después para mis hijos, pero que entre tanto se les dé nuestra religión; que será un ensayo la experiencia nos enseñará los efectos que produce y que no pueden dejar de ser muy buenos.

El cura asintió, aunque la idea y yo dije poner desde luego manos á la obra. Cuando estivo hecho el cura y mi amigo lo aprobaron. Yo quería dejar al primero para que él mismo la leyese, pero él me dijo: El libro es ha traído aquí para la felicidad de este pueblo. Yo no tenéis otras ocupaciones, yo tengo muchas. Vos sois más mono que yo, vos tenéis poco más que hacer, vos más obra y secura que la mía; vos podéis dedicarme con más fuerza y vigor que yo; por todas estas ventajas el mío es destinado á este ministerio. Mi amigo manifestó el mismo dictamen, y después de algunos debates me fué preciso ceder á sus instancias.

Allí mismo resolvimos que estas conferencias empezarian el primer domingo de diciembre, que es el tiempo en que se han concluido los trabajos del campo, y que durarian hasta el de Ramos, y que nuestra lectura empezaria al fin de la misa mayor. Yo me puse á aprender de memoria aquel tratado para poder declamarlo mejor, y lo llevabá

siempre al púlpito por si me fallaba la memoria; pero mientras me preparaba á esta empresa, no dejaba de tener algunas desconfianzas del éxito, temiendo que mi auditorio se cansase de una novedad á que no estaba acostumbrado.

Llegó el primer domingo de diciembre, y aunque todos los domingos había un gran concurso á la misa mayor, aquel era inmenso y se podía caber en la iglesia. No me sorprendí, porque como habíamos hecho un convite general, me pareció que este y la curiosidad podían haber traído tantas personas; pero cuando fué mi satisfacción, cuando mi consuelo, cuando observé que esta concurrencia no se disminuía en los domingos siguientes. Yo empecé por hacer un discurso preliminar en que expliqué el fin y objeto de aquella conferencia y el fruto que debía resultar. Lo escucharon con interés, y observé que una lo demás con gusto y atención.

Poco después dije que aquella lectura formaba en sus corazones, que era el punto de una diáscora, que los predicadores la traerían á sus hijos, á lo menos lo que habían oído, los amigos á los que no habían podido venir en su fin, que todos lo enseñarían entre sí, y que la luz y la instrucción se iban propagando poco á poco. También observé que á ninguno otro sermón habían tanto, ni lo escuchaban con más visible complacencia.

La resultó de todo es, que desde el primer año ya se empezó á ver entre las gentes más rústicas y groseras una

especie de transformación en su conducta, tanto por la elevación de sus ideas, como por una más seria y circunspecta moderación en su porte. En mi juicio esta es una de las causas que más han contribuido á la utilidad de su trato y á la mejora de sus costumbres, y como cada año se les renovaba la misma instrucción, se ha grabado en las mentes y se ha extendido más en los otros de modo que me parece que hoy no hay ninguno que no esté enterado de su religión y persuadido de su verdad. Allos amigos.

P. D. Después de tener esta escrita recibí la tuya en que me das noticia de la nueva comisión que te ha dado el gobierno y del interés que vas á emprender. El empuje es honroso y te da un dula ocasión de hacer grandes servicios á la patria. Esto solo te puede consolar de la inmovilidad y del riesgo á que te expones. Y pues tú no vas más que por obedecer y con vivos deseos del aserto, Dios que siempre ayuda las buenas intenciones, ayúdala tus tuyas. Tú te lasconças con las ideas de que volverás pronto. Yo lo deseo; pero viajes de esta especie son siempre más largos de lo que se piensa, y yo temo que este sea también de cuatro ó cinco años como el otro. Dios disponga lo que con venga; pero espero que si en tus viajes hallas medios de darne noticia tuva, me negarás este consuelo á mi amistad. A la misma, si pido que cuando vuelvas no me retarás un instante la medida de mi retorno. Adios otra vez, Antonio mío.

## CARTA XLI.

MARIANO A ANTONIO.

Querido Antonio: ¡Qué agradable sorpresa me ha causado de recibir carta y en esta satisfacción me ha producido. Desde que me informaste de tu nuevo viaje y sus justas motivos, he deseado tener noticia tuya, y mi situación estaba tan quejosa de tu silencio como inquieto de tu muerte. Bice así que un viaje de mar, un destino incierto y un término poco seguro podían lastimar el gusto, y que yo habia sufrido mucho en no saber de ti sin tan largo tiempo. Pero al fin ya sales de vuelta, y el día de la despedida con felicidad. Yo lo diré, gracias, y la luz que te dio que tu primer cuidado haya sido comunicarme el vivo.

Tú quieres que yo te instruya de nuestro estado y de nuestro establecimiento. ¡Ay, amigo! los tiempos se han mudado. Entonces podía enseñarte los progresos, y la prosperidad que el cielo concedió á nuestra sociedad con el gozo que siente el corazón cuando viene dulces años que lo gran ser benéficos. La mano corre con ligereza y las rosas le dan el colorido; pero hoy, Antonio, qué diferente! Un velo funebre cubre todo nuestro recinto. Hoy nos ve-

mos rodeados de las fumatas negras de la muerte. Imagina la mayor de las desgracias, y esta es la que tenemos. Mi incomparable amigo el hombre en quien Dios hizo tan valioso el poder de su gracia, el mismo tiempo vivo de su misericordia y una de las grandes mas glorias de la fuerza y virtud del Evangelio, no existe ya. Dios muestra lo que el cielo le arrebató de la tierra, que no merecía poseerla, y arrojándolo de nuestros brazos, nos ha dejado huérfanos y desamparados.

Su muerte fue alguna de las últimas años de su vida. Este hecho sobrevivió la salud y mudó continuamente los sucesos de nuestro mundo que le había dado su director, que él llevaba su primer estado y el orgullo de su carrera. Todo un tiempo era glorioso en su espíritu para practicarlos. No obstante, te diré que á los primeros días de mi arribo advertí que su inclinación natural le condujo á la tristeza y á la soledad, poco observé que siempre que podía le retiraba al secreto de su cuarto, donde pasaba las mañanas enteras.

Observé también que cuando salía de sus meditaciones

Yo quisiera que este estudio se repitiese y renovara cada año, y que en compase el año entero en su ejercicio; que todos los discípulos de las clases estuviesen obligados desde que han pasado la edad de diez y seis años á dedicar un año á este estudio, y que á nadie se le diese el premio de haberse presentado certificación de esta curso y de haber sido aprobado por los examinadores nombrados para este fin; y también deseara que esto mismo se practicara generalmente en todos los estudios, aun en los de las comunidades religiosas.

Asimismo me parecería conveniente que á ninguno de aquellos á quienes se confiere por la primera vez un empleo, sea político, civil, militar ó de cualquiera otra especie que sea, se le pasase en posesión sin haber presentado una igual certificación de haber sido aprobado por alguno de estos examinadores; y sería la obra cumplida si los prebendados también prescribiesen que ninguno pudiese ser nombrado en el magisterio en los bautismos, confirmaciones ó excomulgaciones sin producir una certificación semejante.

Me hago cargo de que será más difícil instruir al pueblo porque no es posible darle puntos fáciles de retención en que se les pueda juntar para que se instruyan á un tiempo; pero lo que falta á esta clase de proporciones y facilidades, se debe suplir con la abundancia, y para esto es menester repartir esta divina palabra con tan larga mano que pueda llegar á los mismos aplicados, y las iglesias sin el santuario en que debe frecuentarse esta consuetudina.

Me parece que si todos los domingos, ó en el número que pareciere conveniente para empezar y acabar cada año, se diese al pueblo una lección de este libro en tanta iglesia como hay en la nación, me parece, digo, que serian innumerables los felices que instruidos de la grandesa y certidumbre de su religion, se excitarian no solo á amarla y obedecerla, sino tambien á utilizar con ella con tantos tan indolentes que ningún esfuerzo humano les podría apartar. En mi dictamen esta instrucción se haria eficaz para reformar las costumbres y hacer buenos cristianos como los sermones mas urgentes sobre los puntos mas terribles del moral.

Porque ipse efecto pueden hacer la muerte, el infierno y el juicio en personas que apenas creen ó que no creen mas que libramente, porque su fe es débil y está oscurecida y casi espantada! Si reciben alguna impresion no puede ser mas que fugaz y pasajera, porque el alma no la recibe con una fe viva y penetrada, en vez de que el estudio de la religion convengiese de su verdad, no descubrir al mismo tiempo los designios de Dios, en maravillosa coordinación tan superior á los límites y oscuridades del entendimiento humano, y nos pone á la vista nuestras firmes y elevadas esperanzas.

Todo esto remedio nos produce sentimientos íntimos, conmovedores y profundos que nos atráen al respeto, al amor y á la gloria. No es posible dudar que esta instrucción tan repetida no haga grandes efectos. Si no se aprovechan todos del fruto, se aprovechan muchos, estos beneficiaran la pluralidad y darán el tono á los otros. Se puede esperar que derramándose en una nación tanta copia de luz, tanta fuerza de convicción, y que estando esta sostenida por la autoridad y la ley, al fin se forme un espíritu público tan dominante, que ha de arrastrar consigo á los que por inercia ó corrupción no quieren seguirle.

¿Quién puede dudar, dijo mi amigo, que si por estos y otros medios se preparara en la nación el estudio y la práctica de una religion santa y que no premia mas que virtudes que no tienen otro objeto que la felicidad de los hombres, no solo esto sería el mejor preservativo para no dejarnos lacerar de esta filosofía devastadora, no solo aseguraría esta la consistencia de la religion, la estabilidad del traido y la pública tranquilidad, sino sería el medio mas eficaz de mejorar las costumbres y hacernos tan felices como la condicion humana puede alcanzar á serlo?

Soy del mismo dictamen, dije yo. Así suscribo con todo mi corazón á esta idea, y para hacerlo ver cuánto me conforma con mi modo de pensar, se dice que desde que mi amigo me dió el plan de la educacion de sus hijos, comencé un proyecto, que aunque en papel, se parece mucho al vuestro. Como yo creo que el primero y mas importante estudio del hombre debe ser el de su salvacion porque ella es la base de ella mi principal objeto; y como los niños no están todavía en edad de hacer un estudio serio y razonado, mi intencion era orientarlos por ahora con hacerlos aprender los primeros elementos y darles las ideas que pueden recibir.

Pero estoy en el ánimo de formar un escrito tal como vos lo proyecta. Cuando los niños están en la edad competente, esta será nuestra mas continua y privilegiada lectura. No solo la haremos una vez, non toda la aplicacion posible, sino que la repasaremos todos los años, y me parece...

Aquí interrumpió mi amigo: Señor cura, vuestra idea es vasta, magna y digna de un gobierno ilustrado. A nadie se le puede ocultar su importancia; pero como esto no depende de nosotros, es menester dejarlo á Dios; pero de nosotros depende una idea que me viene al pensamiento, y que pudiera ser muy útil. Mariano Dios que está en ánimo de hacer este escrito que sirve para la instruccion de mis hijos, y yo digo: ipse que este escrito no serviría para la instruccion de este pueblo á que nos ha traído la Providencia! El celo cristiano se debe á todos que Mariano pues desde luego y sin perder tiempo se ponga á escribirle: él serviría despues para mis hijos, pero que entre tanto se les da nuestra religion; que será un ensayo la experiencia nos enseñará los efectos que produce y que no pueden dejar de ser muy buenos.

El cura asintió, como la idea y yo ofrecí poner desde luego manos á la obra. Cuando estubo hecho el cura y mi amigo lo aprobaron. Yo quisiera decir al primero para que él mismo la leyese, pero él me dijo: El libro es ha traido aquí para la felicidad de este pueblo. Yo no tenia otras ocupaciones, yo tengo muchas. Vos sois mas mono que yo, vos tenéis poco mas que hacer, vos mas obra y oscura que la mia; vos podéis dedicarme con mas fuerza y vigor que yo; por todas estas ventajas el mismo es destino á este ministerio. Mi amigo manifestó el mismo dictamen, y despues de algunos debates me fué preciso ceder á sus instancias.

Allí mismo resolvimos que estas conferencias empezarian el primer domingo de diciembre, que es el tiempo en que se han concluido los trabajos del campo, y que durarian hasta el de Ramos, y que nuestra lectura empezaria al fin de la misa mayor. Yo me puse á aprender de memoria aquel tratado para poder declamarlo mejor, y lo llevaba

siempre al púlpito por si me fallaba la memoria; pero mientras me preparaba á esta empresa, no dejaba de tener algunas desconfianzas del suceso, temiendo que mi auditorio se cansase de una novedad á que no estaba acostumbrado.

Llegó el primer domingo de diciembre, y aunque todos los domingos habia un gran concurso á la misa mayor, aquel era inmenso y se podía caber en la iglesia. No me sorprendí, porque como habíamos hecho un convite general, me pareció que este y la curiosidad podian haber traído tantas personas; pero cuando fué mi satisfaccion, cuando mi consuelo, cuando observé que esta concurrencia no se disminuía en los domingos siguientes. Yo empecé por hacer un discurso preliminar en que expliqué el fin y objeto de aquellas conferencias y el fruto que debia resultar. Lo escucharon con interés, y observé que una lo demás con gusto y atencion.

Poco despues dije que aquella lectura formaba en sus corazones, que era el punto de una discusion, que los predicadores la trasladar á sus hijos, á lo menos lo que habian oido, los amigos á los que no habian podido venir en su fin, que todos lo conferian entre sí, y que la luz y la instruccion se iban propagando poco á poco. Tambien observamos que á ningún otro sermón asistian tantos, ni lo escuchaban con mas visible complacencia.

La resultó de todo es, que desde el primer año ya se empezó á ver entre las gentes mas rústicas y groseras una

especie de transformacion en su conducta, tanto por la elevacion de sus ideas, como por una mas seria y circunspecta moderacion en su porte. En mi juicio esta es una de las causas que mas han contribuido á la humanidad de su trato y á la mejora de sus costumbres, y como cada año se les renovaba la misma instruccion, se ha grabado en las mentes y se ha extendido mas en los otros de modo que me parece que hoy no hay ninguno que no esté enterado de su religion y persuadido de su verdad. Allí, amigos.

P. D. Despues de tener esta escrito recibí la tuya en que me das noticia de la nueva comision que te ha dado el gobierno y del nuevo viaje que vas á emprender. El empuje es honroso y te da un dula ocasion de hacer grandes servicios á la patria. Esto solo te puede consolar de la inmovilidad y del riesgo á que te expones. Y pues tú no vas más que por obediencia y con vivos deseos del aserto, Dios que siempre ayuda las buenas intenciones, ayúdala las tuyas. Tú te librarás con las ideas de que volverás pronto. Yo lo deseo; pero viajes de esta especie son siempre mas largos de lo que se piensa, y yo temo que este sea tambien de cuatro ó cinco años como el otro. Dios disponga lo que con venga; pero espero que si en tus viajes hallas medios de darne noticias tuyas, me negrará este consuelo á mi ansiedad. A la misma vez pido que cuando vuelvas no me olvides un instante la media de mi retorno. Adios otra vez, Antonio mio.

## CARTA XLI.

MARIANO A ANTONIO.

Querido Antonio: ¡Qué agradable sorpresa me ha causado de recibir esta carta! y cuánto satisfacción me ha producido. Desde que me informaste de tu nuevo viaje y sus justas motivos, he deseado tener noticia tuya, y mi situacion estaba tan quejosa de tu silencio como inquieto de tu muerte. Biea es que un viaje de mar, un destino incierto y un término poco seguro podian bastar para desear la tuya; pero tambien era necesario para aumentar el gusto, y yo ha sufrido mucho en no saber de tí sin tan largo tiempo.

Pero al fin ya sales de vuelta, y el día de la conduccion con felicidad. Yo lo deseo, y tú lo has de agradecer que tu primer cuidado haya sido comunicarme el aviso.

Tú quisiera que yo te instruyera de nuestro estado y de nuestro establecimiento. ¡Ay, amigo! los tiempos se han mudado. Entonces podía decirte los progresos, y la prosperidad que el cielo concedió á nuestra sociedad con el gozo que siente el corazón cuando véis dulces frutos que lo gran ser benéficos. La mano oscura óce ligeros y las rosas le dan el colorido; pero hoy, Antonio, qué diferente! Un velo funebre cubre todo nuestro recinto. Hoy nos ve-

mos rodeados de las fumantas neblinas de la muerte. Imagina la mayor de las desgracias, y esta es la que tenemos. Mi incomparable amigo el hombre en quien Dios hizo tan valioso el poder de su gracia, el mismo que vivo de su misericordia y una de las grandes mas gloriosas de la fuerza y virtud del Evangelio, no existe ya. Dios invoca la que el cielo le arrebató de la tierra, que no merecía poseerla, y arrojándole de nuestro mundo, nos ha dejado huérfanos y desamparados.

Su muerte fué alguna de las últimas años de su vida. Este hecho sobrevivió há y mudado continuamente los sucesos desastrosos que le han dado su director, que él llevaba su primer estado y el orgullo de su corrupcion. Todo un hueso era gravados en su espíritu para pronunciarse. No obstante, te diré que á los primeros días de mi arribo advertí que su inclinacion natural le condujo á la tristeza y á la soledad, pero observé que siempre que podía se retiraba al secreto de su cuarto, donde pasaba las mañanas enteras.

Observé tambien que cuando salía de sus meditaciones

traía los ojos empujados con señales de haber llorado, y que al mismo tiempo venía con gesto tan doloroso y con una expresión tan fuerte de melancolía, que era fácil conocer las angustias de su corazón. Muchas veces se quedaba absorto en sí mismo, no tomaba parte en nuestras conversaciones y era momentos como si al despojarle para que se sentara a nuestros discursos. Era claro que estaba fuera de sí por su punzante arrepentimiento, y de la profunda impresión que le habían dejado los extravíos de su vida.

Un día que estábamos solos y que nos parecían que sólo sentimientos atormentaban su corazón con una actividad, le dije: Amigo, tu conducta no me parece conforme a los consejos de tu director. Hacia ya la noche que cada estado tiene sus ejercicios, y que cuando Dios nos da una vocación, nos señala un alto las virtudes que debe de nosotros. El solitario, al desahogar sus quejas no impone otros deberes, hacen muy bien en constituir un tiempo (en el flanco de la soledad) y en las contemplaciones del amor, pero ajómonos á quienes carga de cuidados activos que también son parte en gloria, después de haber dado un tiempo suficiente á los santos ejercicios, deben pensar en este desamparo.

El cielo nos ha creado...  
Aquí no interrumpo mi silencio, me quedo en el...  
Mañana cuando sepan los amigos y largos errores te he vivido, cuando sé que tu espíritu cuando con el espíritu poseo de tanto inquietudes, es imposible... Y bien, ya he pasado de eso mismo debe ser de conciencia y de mucho para el que, pues Dios le ha estado de estado tan infeliz...  
¡Ah! si ya supiera que un bondad que ha perdonado...  
Pues qué dudas de la virtud de los sacramentos...  
No, pero dudo de mi a paciencia, dudo de mi firmeza, y dudo que un miserable como yo...  
En los sentimientos son buenos, le interrumpo y ordeno ser fuerte y para tener humildad y vigilancia, pero todo, tiene su medida y nunca debes exaltar la justa confianza. Al contrario, nada podrá inspeccionar tanto como ver que te ocupas en las virtudes que Dios te impone, pues sólo será así que de la su gracia para hacerle las aserciones que le son agradables.

Dios te ha dado hijos que debes criar, cosa que debes dirigir, vasallos de que cuidar, ve aquí tus deberes, ve aquí el único campo en que puedes sembrar y recoger frutos, y has que te embarquen el cultivo de estas sus extraneas y dejen de ser virtudes, porque sea coartadas al espíritu de tu vocación. Después que un hombre que se halla en un estado empieza a santificar el alma, pagando á Dios el primer tributo de su reconocimiento y amor; después de haber dado algún tiempo á la meditación de su ley, de su grandeza y de sus beneficios; y en fin, después de haber ejercido el libre albedrío susceptible, aquí puede haber efecto su libertad del día, sólo ocuparse en los objetos de que el mismo Dios le encargó. Todo es oración para el que ejerció lo que Dios le ordena. La información le santifica todo, hace dichosa la cosa más indiferente, y transforma en preciosa las más viles.

Siempre que es un motivo secreto de disgusto para el hombre haber despreciado y agraviado á su Dios, haber malogrado muchos años de su vida y haber hecho cosas cuyo recuerdo destruya el corazón; pero está en la condición de la fiabilidad humana. ¡Y qué otra cosa puede hacer el

miserable cuando ya están hechas las faltas, que recurrir á los remedios que la religión le presenta! El que ya tiene la fealdad de haberse ocupado á cada instante, si que ya siente que con un sincero dolor está remedio á perder la vida antes de ofender á Dios y que le pide de veras que sostenga su flagelación, haría mucha injuria á su misericordia y manifestaría no fiarse bastante en sus promesas, si desconfiara de su perdón y no esperara en los socorros de su gracia.

Esta conversación fué muy larga y me parece que hizo algún efecto en su espíritu, pues desde aquel día le noté un tono diferente. Le observé que en todas ocasiones procuraba esforzar su ánimo con las letras de la humildad de confusión que la religión nos prescribe, y me parecía que con una progresión insensible estas ideas daban expresión á su exterior. En efecto, la confianza logró introducirse en su alma y la serenidad en su semblante. La solitud y la hermosura de la religión de que se hallaba tan penetrado en su espíritu, habían aumentado su natural sensibilidad, y siempre que se recogía en la oración ó cuando hablaba de Dios, los ojos se le empujaban con el llanto.

Dijo: esto tanto es de este carácter, ya no eran las lágrimas lágrimas de una compunción amarga que derrama el dolor por un mal que considera irreparable y que acompaña las lágrimas del futuro; pero lágrimas de un corazón agradecido que siente la inmensidad del beneficio que quisiera pagar, con la voluntad del amor. Su paso era mansueto, su traje simple, pero decente; su exterior circunspuesto, pero amable; su tono serio, pero dulce; y como á todo eso se juntaba su noble y agradable fisonomía, adornada ya con los blancos cabellos que le empezaba á dar la edad, todo representaba en él la figura del buen cristiano y del hombre de bien.

Era imposible verle sin amarle y sin sentirse penetrado de respeto y veneración. Su aspecto solo inspiraba la confianza y exhortaba á la virtud, pero estos sentimientos cesaban mucho cuando se le miraba de más cerca. Su vida era seria, sencilla é íntima, y siempre ocupada en sus obligaciones. No sólo fué el alma, el móvil y el que hacía todos los gastos de nuestra sociedad, sino el más ardiente de sus cooperadores. A pesar del descaño de su educación, sus talentos naturales le hicieron adquirir una inteligencia superior en todos los objetos de las artes, y le hizo servir á nuestra utilidad con muchos vestigios.

Después de reparar todas las mudanzas sus negocios domésticos y mientras yo me ocupaba de la enseñanza práctica de sus hijos, mi amigo recorrió todos los días las fábricas, sus trabajos y manufacturas. A todas llevaba la inteligencia, el afecto y el estímulo del celo. También visitaba los enfermos y necesitados. Añadió á los socorros más necesarios que había suministrado la sociedad, los que su beneficencia crea útiles á agradables. Los consolaba, despertaba la atención de los asistentes, de los ministros de la salud, y sobre todo, procuraba la prontitud de los socorros cristianos cuando el peligro los hacía oportunos. Su único que se permitía cuando le quedaba algún tiempo antes de comer, era dar un paso por el campo. Nos decía que esta era la hora de su grande letargo, porque iba á leer lo que Dios nos ha escrito en el libro mismo de la naturaleza; las reflexiones del día solían ser el asunto de la conversación en la mesa.

Esta era frugal, pero proporcionada y suficiente para nosotros y yo convenía, no permitiendo nada que excediera. Después de comer, yo me apartaba de nosotros y cuando él se levantaba á limpiar sus platos, veníamos juntos al paseo. Creía que tanto ejercicio era conveniente para sus hijos y yo cumplía en ciertos casos, saltar y acostarme con tanta especie de fatiga con los demás muchachos del pueblo. Decía que esto era útil para fortalecer su temperamento; para hacerle adquirir agilidad, y él mismo los excitaba con el estímulo de ganar los premios en los combates gimnásticos de nuestras fiestas.

Algunas veces nos ocupábamos en nuestros paseos con el estudio de la historia natural. Mi amigo la aprendía con una atención solícita, y en la flor, cada planta, cada piedra le daban nuevos motivos de admiración y de amor hacia el Autor de las maravillas tan bien organizadas. Una parte de las primeras horas de la noche, mientras yo me ocupaba con los niños, él pasaba en leer sus negocios filosóficos ó en meditar la ley divina. Cuando yo salía me llevaba algunos libros nuevos, y yo admiraba con frecuencia el lugar de que salía su corazón y que también enseñaba muchas cosas. La costumbre y las tradiciones de la noche le habían dado el hábito, y se acostumbraba a que no era más que repetición del presente y análisis para el venidero.

Ya puedes figurarte que el irresistible accidente de la virtud, auxiliado ya por una beneficencia tan universal y un celo afectivo tan creíble como vivo, debieron pasarle todos los torpezas. En efecto, todo le miraba como un ángel tutelar descendido del cielo para consuelo y felicidad de esta población. El sentimiento que tanta virtud y tantos beneficios produjera en todos sus vasallos, no era sólo aquel respeto que inspira la superioridad de los talentos, del nacimiento y de la fortuna; tampoco era aquella reverente simpatía que nace de la dependencia, ni aquel servil attachmento con que se espera el beneficio; menos era aquella humillación hecha con que se presenta la esperanza cuando la acompaña el temor; y tampoco bastaban para describir este afecto ni los ideas que dejan la natural veneración que se inspira al mirar, ni la satisfacción que produce la confianza y la ternura que se ignora el amor; era un sentimiento compuesto de todas estas, y los habitantes felices de este pueblo cuando veían á mi amigo, sentían movimientos en su corazón y hallaban en sus labios expresiones que nunca habían podido producir en su alma la vista de sus padres, hijos, maridos, y otros objetos más cercanos de su vida.

De aquí puedes inferir el grado de moralidad que llegó á adquirir entre todos, sin desear tener ninguna, ni mandar jamás nada. Su poder solo lo arreglaba todo. Yo no había pensado, por que el compaña en las diferencias. Muestra un valor inimitable; publica un descontento doméstico, porque él se había á todas partes la paz y la amistad en sus hijos; y hasta el temor de desagradarle para que lo viera y cada cual cediera á todos de penosas sacrificios.

A medida que las gentes se iban ilustrando, el valor de sus obras más crecía. Los adquiriendo mayor fuerza, y llegó el momento en que cada palabra era un oráculo y cada ejemplo una ley. ¡Dichosos ellos para mi amigo no se servía de la autoridad que le daban sino para hacerlos

felices, para dirigirlos por los senderos de la virtud y para reformarlos las costumbres. No hay hombre que cuando de tropes y oraciones se haga obedecer con tanta exactitud y tanto gusto. Mi amigo no tenía más armas que sus labios, más castigo que su celo, y una palabra suya bastaba para reprimir el desorden, hacer respirar la virtud y contentar las pasiones.

Dios le dio tiempo no solo para emprender y acabar todas las empresas que imaginó útiles para la felicidad de esta población, sino para que pudiese ver los frutos de esta obra y del mismo de los beneficios que había hecho. Este pueblo es hoy el trono de la paz, el centro de la abundancia y el modelo de lo que puede haber en la perfección humana. Todo está corriente y arreglado, no hay vicio ni mal entendido; un mundo veía un espíritu, un fervor un celo. Cada cosa se aplica á su profesión respectiva, y ya se tiene por vergonzoso no estar aplicado á su oficio el día de trabajo.

Los de fiesta se pasan entre las funciones de la iglesia y las inocentes diversiones que están destinadas para cada uno de estos días y todos tienen el objeto de ocupar un tiempo que sin ellas se pasaría en vicios ó desordenes. Todos están dedicados á la paz, que por sí sola pueden contribuir á la mejora de todos las edades. La mujer adquiere modestia, industria y fuerza; la juventud se forma, adquiere ideas de honor, estimula de gloria y principios de obediencia y virtud, uno de los pocos en medio de la docencia y con las reglas del decoro cuando la compañía y la dulzura de su vida, y al fin la inocencia le halla el reposo y el respeto que debe ser la recompensa de su larga virtud. Así las buenas costumbres se esfuerzan con más ejemplos prácticos y se escriben más pronto son más repetidos. Por este orden cada uno se pone en el lugar que debe, y en este arreglo general resulta la armoniosa economía de que nacen la paz, el consuelo y la felicidad de todos.

Pero lo que sobresale más entre las virtudes domésticas. Mi amigo comió desde luego que estas con la luz de las palabras y que sin ellas se una guerra hacer las cosas. Con este principio tan seguro un principal ocupación era poner en estimación y valor, el amor conyugal, la fidelidad de los esposos, el amor y cuidado bien dirigido de los padres, el respeto y la obediencia de los hijos, y en fin, la caridad, la paciencia, la dulzura y todas las demás virtudes de la sociedad humana que la religión también conagra; y en poco tiempo comenzó hacer una transformación tan general y notable, que presto la fama llevó nuestra reputación mas allá de nuestra comarca.

Ya los mozos de los pueblos vecinos tenían las muchachas de nuestro lugar, pero estas tenían mucha pena de dejarle. Los grandes señores de las ciudades más eran muy dichosos cuando podían encontrar una criada educada en nuestro pueblo; pero eran pocas las que querían serlo. En fin, bastaba ya el renombre de nuestra población para dar á muchos eran de ella reputación de honrales y de estimación.

Mi amigo era tenso, gozoso de todo y con la felicidad que había dado, era más feliz que ninguno. Cuando algunas veces le dábamos noticias ó le hacíamos mención de tantas y tan bien regalados frutos de su celo, él nos respondía, con los ojos llenos de dulces lágrimas de su placer: nosotros





milito y el jinamín, y hasta el encastrado clavil y la agradable ruidosa vibración con sus matices y perfumes á amenorar la seria resplandecencia de aquel día.

Paro que mi amigo había querido desfogar á la mayoría de una parte de sus hermanos, y en los difuntos habían podido ver desde sus irreconocibles dotinas los celos que les habían los vivos, hubieran tal vez imaginado que se les preparaba otro tratado. Pero no, este era un día en que la naturaleza quería presentarse á la fe para presenciarla del temor del contagio en sus ejercicios finos, y al equilibrio de la pompa y abstinencia con que habían prosperado. Las bonitas amistas, se podía imaginar que también ellas habían querido presentar la imagen de la reconstrucción.

La capilla era vasta, pero simple y de una arquitectura sólida y serena. No había mas que un altar, pero era grande y serio. No había en él mas que un cuadro. El crucifijo y en su pedestal ardía un candelabro con un fuego que representaba la no interrumpida duración de la eternidad. Todos los señores que se veían eran finos y en analogía al objeto de este establecimiento. En los dos ángulos de las paredes laterales se habían abierto cuadros grandes en el centro de los cuales se veían tantos espejos y otros eran las respetables reliquias de nuestro patrimonio venteral, exhibidas en un tiempo por la alta virtud que profesaban.

Entre ellos estaban los huesos de un anciano que en la vejez había separado de los otros, depositados en un día que se había convenido en la Iglesia sobada en un día respetado. Mi amigo los hizo también sacar, y con un círculo de los que se habían en un día. Ello se ofreció al público que la naturaleza los estaba en la exuberancia de los cuerpos, los hizo pasar en uno de aquellos nichos y los dejó solo por dudar en cumplimiento de lo que se dispuso por la Iglesia. Mi amigo decía que mientras estos hombres venerables, que habían nacido sobre aquella tierra, la creía de nosotros, esperaba la aprobación de la Iglesia para ser presentados al culto, podía indicar su situación para la memoria y el ejemplo que en sus hijos hubiera despertado la idea de sus virtudes, debía excitar los entusiasmos de su imitación, que aquellos eran los mejores libros en que podían aprender los jóvenes y los sabios y que por lo menos no podían dejar de insinuar á los que entraban pensamientos graves y religiosos.

Sobre cada uno de estos nichos se había puesto una inscripción sencilla, y en la que más alto se leía un gran cuadro. Esculpió un famoso arte de América. Bajo los huesos había iluminados en el polvo, volaban á animarse y se presentaban con alegría delante del Señor. En la fachada de la capilla se grabó otra, cuando de uno de los nichos con que la Iglesia cubiera la gloria de los mártires: *Sunt hec plena Diva pignora*. Aquí todo está lleno de Dios. Así en aquel finísimo recanto todo era sagrado y religioso, todo conforme á las sabias ideas de su objeto, y ya que no podía recrear la imaginación de la muerte, á lo menos la mostraba á los vivos con las sublimes esperanzas de la fe.

Después que se acabó este oficio, se destinó un día para bendecir la nueva capilla. Se comenzó el convento trasladando á ella los despojos de la antigua Iglesia, y aunque muchos pensaron que no debían turbarse aquellas cosas frías, otros creyeron que sería mejor purificar por entero el lugar en que las flores debían congragarse. Mi amigo se inclinó á este partido, porque fuera de esta razón le pa-

reció que con este motivo podía hacer una consagración, que lamentaría la memoria que se debe á los muertos, y la felicidad que deben de nosotros ornamentos. Se determinó en parte de la que se debía hacer, esta consagración y no pudo darse una idea completa de la seriedad y respeto religioso con que se solemnizó esta pompa funéraire.

Muchos dichos curas concurrieron con el autor, los cuales contribuyeron á darla mas solemnidad. La víspera se habían alejado con orden y silencio, los cujos que concurrían los cuerpos consagrados, y cada familia tuvo el deber de recomendarlos en su casa cuando podían distinguirse. A las once de la mañana, cuando esta fábula funcionó. La Iglesia estaba llena y los que podían vestidos de luto. Se dijo principio por el oficio de difuntos, que el sacerdote, en un momento, cantó con unguin y respeto. Cantado, sacó el cura del lugar y todos los que quedaban, se acercaron á la boca de la iglesia, y se dio el responso. Entre tanto mi amigo me hizo y leí las personas principales del lugar, cuando en sus herederías se había de los difuntos que se debían trasladar; todos nos dirigimos al cementerio, y no se podía imaginar el respeto, la economía y el religioso silencio de esta triste y devota función.

Se bajó la capilla, y trasladó el clero á bendecir el campo santo, mi amigo y otros se ocuparon en sacar de sus casas y colocar en los nichos los cuerpos destinados para ellos. De modo que cuando el cielo volvió ya estaba todo decorado y el altar, preparado para celebrar la misa de los difuntos. Uno de los curas convidados la dijo con mucha solemnidad, y el susunto nos produjo un gran efecto, pero muy pronto y lleno de unión. Después del sacrificio se dio un responso general con una gradual y precediendo á él de recitar un poco de oraciones y poco intradido.

Toda función y otras que con el mismo espíritu se habían hecho en la Iglesia, habían contribuido á dar al pueblo la idea de la modestia y seriedad con que debían santificarse las ritas religiosas. Pero desde aquel día este silencio quedó definitivamente establecido á los difuntos, hasta el día de año y hasta los demás oficios funéraires. El día de difuntos se hicieron en el tal de los oficios del día, y por este medio la Iglesia desembarazada de toda infidelidad se volvió á señalar la casa de oración, en que se presentaba á Dios con el espíritu de los vivos la idea de un culto tranquilo y sereno.

Este establecimiento el término frecuencia de nuestros pases por la tarde, y en el momento á que nos propusimos ir aquel día. En efecto, fuimos, y después de haber hecho una breve oración en la capilla, salimos á poseer por el campo. Mi amigo, dirigido por sus hijos, les dijo, hijos míos, esta es el lugar en que nuestro padre reposa y así como yo he sido el lugar en que reposó el imperioso y digno el cuerpo de nuestro padre. Siempre que podéis venir al lugar señalado aquí para preguntar á estas tumbas y á estos áridos despojos de los hombres que ya son sepultados en las entrañas de la tierra, pensad que son nuestros hermanos.

Ellos me han respondido siempre así, pero acordando el terrible momento en que la tempestad formidabile les dará el aviso de que ya es tiempo de presentarse al soberano Juez, que allí aguarda al solo digno que los debe animar de nuevo para irse otra vez con sus almas en las irrevocables dotinas de la eternidad. Observad

cómo millares de venidos hermanos han crecido y prosperado á pasar de largas calaveras, impios y cómo sus recibibles ruidos dirigidos por la inenarrable mano del tiempo, se escuchan con tantos ruidos áridos y yerres entre las cavidades que han formado.

Se diría que impaciente la naturaleza se adelantaba al término que tiene señalado su Autor, y quiere anticipar el milagro de la resurrección. Se diría que ansiosa de presentarse era á él, miraba apresurada toda la vida y colar que conserva en un vaso, para vivificar cuanto encierra en la tierra desmenuado y frío, y que nos dice con un lenguaje mudo, pero sublime y elocuente. Todo lo que el tiempo destruya, volverá á recobrar en la eternidad.

Hijos queridos, que entre vosotros y entre vuestros padres, deis cada uno el principal de todos el que os compete, con preferencia mostrad durar vuestra vida. En este lugar, que aunque triste en otros tantos instructivos, me voy un tiempo mas frecuentemente y el objeto de vuestra continua meditación. Venid á visitarlo muchas veces y siempre que vengáis á hablar con estos milagrosos testigos de nuestra existencia, pero también momentos vividos de nuestras esperanzas. Rogad por los muertos, que sepultados en su tierra están suspirando el camino, y pedidles que os resalten en el seno de la felicidad.

Yo os aseguro, que en ningún parte siento mi corazón tanta dulzura como los que me inspira esta espectáculo simple y austero. Me parece que esta solemnidad y este silencio profundo que anuncia el imperio de la muerte, nos también el majestuoso indicio, el augusto gongrito del divino ser que debe reproducir y volver á dar vida á todos estos animados despojos de los hombres.

Quiero me considero los multiplicados montones de huesos desmenuados y áridos que se pueden y se confunden con la tierra, cuando mas vivo aumentarse un número, cuando mas cadáveres consumen los guanos en lo interior de estas tumbas, tanto mas me parece que se acerca aquel gran día en que deben animarse todos. Y cuán grande me parece, hijos míos, el Dios del universo, cuando le contemplo en la altura de su inaccesible trono, y que allí está como aguardando que la corrupción acabe de reducir á polvo todas las generaciones humanas, para consumar su vida y eternidad á todos ellas.

Mi amigo nos dió otras muchas cosas de esta especie. Nuestros le escuchamos con veneración. La sencillez de sus palabras y sus ojos, la nobleza de sus expresiones y las acortadas penetrantes de sus afectos, daban á su tono tanta fuerza y paraban intrínsecamente sentimientos tan sobrenaturales y divinos, que sentimos inflamar nuestros almas con un mismo fuego. Nuestra atención serena y nuestro silencio reverente tenían el aire de un culto religioso; pero lo que me hizo quedar á mí mismo estático, era verle hablar con tanto vigor y entusiasm, más esto nos fortaleció en sus dudas y el recuerdo de su salud.

En efecto, no parecía entonces ni alteración en su semblante ni disminución en sus fuerzas, y cuando volvíamos á casa tuvimos su bondad nuestros acostumbrados ejercicios. Al otro día no salió, porque el médico le había escrito ciertos remedios que produjeron los efectos deseados de modo que el siguiente día se halló en tal estado de salud, que volvimos en aquella tarde otra vez al cementerio. Yo cumplí con el deber con la esperanza de

que no sería cierto un presentimiento y estaba gracias á Dios de que me dejara todavía un hombre que era tan útil para nuestra edificación y tan necesario para el establecimiento de un hijo.

Llegó pues la hora y nos encaminamos al cementerio, pero así como me acordaba de un camino tan delicado entonces para mi amigo, y se tuvo mucho cuidado para nosotros, era el ambiente que Dios concedía á nuestros ruegos. Desde luego llegamos mi amigo me puso de rodillas delante del altar, y más en una hora me mantuvo por largo en la inmovilidad de un genuo y profundo recogimiento. Su semblante estaba inflamado y sus ojos inmóviles de dignidad. Su hijo mayor que estaba por detrás y cerca de él, volvíandole á mí, me significó su extraña y su inquietud, y mirando con la vista se levantó, y dijo á su padre que ya era demasiado estar tan largo tiempo de rodillas y que así lo pedía, día inconcluso.

Mi amigo volvió en sí como á despejar de un sueño y sentándose, le dijo: Hijo mío, tú me arruinas mi santa fe, mas dábale con lo que me puede comporarme con todo lo que me saliera a plazer en esta vida. Estas palabras de estas palabras de Dios. Yo sé que mi Padre me da y que en el último de los días me levantaré de la tierra para ir á mi Dios, con los señores que con que ahora voy lo que me da (después de mí). Esta es la dulce esperanza que consume mi corazón. Dios grande dió á él, como una religión pura que no prometo tan alto: dudar he podido tener ningún enemigo de su verdad, y su promesa. Dios me vive sobre el mismo espacio: muchas reflexiones tan justas como luminosas, y yo no cesaba de levantar mi corazón al cielo para darle gracias de un recobrar.

Pero no fue de larga duración nuestro consueño, pues aunque después de llegar á casa pasó algún tiempo sin novedad, cuando llegó la hora de los ejercicios devotos de la noche, y que uno de sus hijos se preparaba á comenzar la acostumbrada letanía, mi amigo con un movimiento extraordinario getting. Mis ojos se abrieron, me acordé y me acordé y me hallamos esa zona sin sentido. Su lenguaje era profundo y yo sentía que esos procuraban de la muerte. El médico vino apresurado, y á pesar de sus esfuerzos no pudo lograr volver en sí. Mas de dos horas duró esta extraña comenajon, hasta que Dios quiso que poco á poco volviera á la vida y recobrase el uso de sus sentidos.

Cuando ya estuvo capaz de ver y discernir los objetos, entré en la vista sucesivamente sobre sus hijos: yo les dije, que redoblaron los labios, adonde lo habrían traído partido. Sus hijos que hasta entonces no habían dejado de llorar, no pudieron sostenerse y prorrumpieron en sus lamentos, pero mi amigo le echó un poco la cabeza y me echó los brazos, me echó la mano y me echó la mano, me echó los brazos y me echó la mano, me echó la mano y me echó los brazos, me echó los brazos y me echó la mano.

Después volvíandole á ellos, les tomé las manos y les tomé sus dedos y entermeñó los dije. Hijos míos, hijos de mi corazón, yo sé que os he hecho el bien que el Señor me ha enviado, y con esto os he volcado á renovar sus santos y vuestros hermanos. El médico nos dijo que era necesario calmar la fuerza de nuestros sentimientos, que podía hacerlos. Con esto hicieron salir á sus hijos y á los curas. El médico y yo quedamos solos en un silencio profundo para pronunciar algún espacio; y en efecto, poco después

le vimos alentar con la dulce respiración de los que dormían.

El médico se acercó al lecho para examinarle, y me aseguró que era un sueño blando y agradable. Se determinó a pasar allí la noche para observarle y estar pronto cuando despertara. Yo fui a hacer acostar a los hijos y volví con el fin de hacerle compañía. Mi sueño del enfermo duró hasta las cuatro de la mañana. Cuando desperté me sorprendió de encontrarme allí, y no pregunté la hora; se me dijo que yo me manifesté algunos peses de haberme hecho pasar tan mala noche, añadiendo que tal vez no le parecía tan urgente este cuidado.

El médico se informó de lo que había sentido interiormente en aquellos dos ataques, y le respondió que uno y otro no habían traído ninguna preparación antecedente, que ambos habían sido golpes súbitos. Que la única sensación de lo que quedaba alguna idea era, como que sentía alguna cosa que le quería sofocar. Que en el primero había sentido este efecto más tiempo, porque no había perdido la razón; y había luchado contra su estado; pero que al segundo, aunque más fuerte, lo había sentido menos, porque se había entregado y no podía dar razón de sí. Me pareció, continuó, que tengo un enemigo interior que va adquiriendo fuerzas y desenvolviéndose progresivamente al segundo, pues en la primera vez me dejó libre el uso de los sentidos y en la segunda me los ha quitado. Ha, verdad, sentido sentimiento, que si va con pasos tan largos, presiento el término.

El médico le recomendó algunos remedios, que tomó con docilidad, y parecía tan bueno y despejado como si no hubiera sentido nada; pero esta mejoría pasajera no me tranquilaba ya, pues la experiencia me había hecho ver que su mal era perenne y tenaz. A las seis dijo mi amigo que debería levantarse y que le parecía que estaría mejor en su país que acostado. El médico respondió que no veía ningún inconveniente, y que por el contrario, pensaba que la sangre circularía mejor. Nos retiramos a la plaza inmediata, para dar lugar de escribir, y yo me aproximé de esta oportunidad para buscar alguna cosa que le recomendara.

Pregunté, pues, al médico qué juicio formaba de la enfermedad, y con los ojos llenos de lágrimas me respondió que era un golpe en el corazón. ¡Y qué, le dije yo, no hay remedio! No, me volvió a decir. La medicina en la curación, y cuando le hubiera, tal vez sería difícil aplicarle a lo más íntimo y escondido del pecho. Estas son enfermedades que se forman en sus interiores cavidades. Estas se llaman comúnmente con el humor que en ellas cuando es tan tuyo que ya no pueden contenerle, reventan; y al reventar producen estas súbitas explosiones, que cuando estos domos y pirámides. Si la naturaleza tiene bastante fuerza para resistir a un violencia, pasa y el enfermo se halla tan bueno como si no tuviera nada.

Pero la gravedad es, que mientras pasa de esta aparente salud, las cavidades vuelven a llenarse y sigue alterando esta lucha de ataques y victorias hasta que llega una tan violenta a que la naturaleza cede y la muerte triunfa. Como nadie puede saber el grado de fuerza que trae cada ataque, nadie puede tampoco conjurar cuál será el último.

En general pocos suelen bastar para el estrago, y los de nuestro enfermo han empezado con tanta violencia que temo que no pueda sufrir muchos. Ya no hay mo-

mento seguro, cada instante es un peligro y es indispensable manifestarle el riesgo para que tome sus disposiciones.

Mientras el médico hablaba, un sudor frío me cubría todo el cuerpo y con una vista rápida se me presentaron la perdida que llamas a la vida, y los embalsamos en que yo quedaba con su casa y sus hijos. Levanté mi cabeza a Dios y sin saber lo que hacía, me puse de rodillas para presentarle mi humilde oración. Allí le ofrecí el sacrificio de la vida de mi amigo, añadiéndole que él me sostenía y redimía, y pedílele que aceptase también el mío. En esto los médicos se arrieron que ya estaba levantado y los esperé a los acontecimientos vestidos, y me dije al entrar: Apuesto que algún día Francisco le ha empleado el juicio que forma de sus accidentes.

—Sí, le respondió yo, y me los he hablado con la sinceridad de un hermano de bien. Entonces le repetí literalmente todo lo que me había dicho, sin exagerar ni disminuir nada. Mi amigo se acordó de ese semblante pálido y sereno; pero cuando volvió de cuerpo, animándose la fuerza de sus ojos y la sonrisa de sus labios, extendió los brazos y presentándome sus manos, que nosotros colgamos con las nuestras, exclamó: Ve aquí dos buenos cristianos, dos amigos verdaderos, que el cielo que me los ha dado, los dejare otros tan sinceros y fieles. Después habiéndonos sentar continuamente. Amigos no me dees nada de nuevo, nada que yo no sepa. Dios ha que me me que se acerca el término de mi vida, y ya se la he ofrecido a Dios en sacrificio de expiación por mis pecados.

No ignoro que la muerte es el castigo del pecado, y el que ha cometido tantos como yo, debe aceptar con espíritu de penitencia para obtener su perdón. Amigos, cuando lo considero lo horrendo que es caer en manos del Dios vivo, cuando no ha habido tiempo de purificarse de sus iniquidades y delitos; cuando me acuerdo que puede morir de repente y sin un momento de separación entre la violación de la ley y la presencia del Juez supremo, me confundo, me abalo y me horrorizo y cuando considero que he pasado muchos años de mi vida oprimido expuesto cada instante a este peligro, me estremizo de terror y soy gracias al Dios de las misericordias de que yo no heya querido sorprender en un tiempo en que mi perdición eterna era inevitable y de que yo me he dignado apartarme y darlo todo para redimirme de la bondad por los méritos de nuestro Salvador.

—No, nos alientamos pues, y que las luminosas ideas de la fe sean sus fuertes en nuestro corazón que los sentimientos naturales de la desgracia nos sana. Dios me llama y debo responderle como Abrahá: aquí estoy. Mis delitos debían aterrorizarme; pero su misericordia me alienta y a pesar del largo desorden de mi vida me voy con confianza a presentarme delante de un padre amoroso que me ha dado el tiempo y los medios de lavar me con los aguas de la penitencia, que se ha dignado admitirme a su mesa sagrada, y que ahora mismo me va a reparar el pan del cielo que consuma la inmortalidad.

Arrojado con estas armas, lavado con el sangre del Cordeiro y cargado con todos los méritos de Jesucristo que no los adquirí sino para mí, pues para sí no los necesitaba; ¡poco que no me arrojaré con alegría entre los brazos de un Dios de amor que me llama y que desea que yo mismo darlo una parte de los tesoros de su gloria! ¡Qué es

lo que pido! Una vida ya cansada, que mi perversidad hizo delincente muchos años, que sus luces y auxilios reformaron algunos días y que siempre estaba cercada de peligros.

Ahora pues es, cuando voy a empezar una vida de gloria que nunca alcanzaré; ahora es cuando ya llega el día de la esperanza y que voy a ver a mi Dios. Si, yo iré a verlo. Su infinita bondad me inspira esta confianza y los méritos de mi Redentor me dan el derecho. Jesucristo crucificado pagó todas mis deudas con sus divinas satisfacciones y estos son mis títulos. Los ángeles y demás bienaventurados si han tenido noticia de mis males y grandes atentados, se sorprendieron de verme entrar en las mansiones celestiales, de saber que voy a ser el compañero de sus glorias y a entrar con ellos los cielos del gozo y del amor. Pero esto me hará de honor conocer la inmensa bondad de nuestro Dios, los hará ver hasta dónde llega la extensión de su misericordia, y los hará inventar nuevos himnos de adoración para cantar en gloria.

Aquí las lágrimas que hasta entonces solo le acompañaban los ojos, atropellándose en tamaño, se desahoraron en raudales copiosos. Se pone de rodillas, besa la tierra y con voz muy sobrecada dice: Sí, Dios de bondad, Dios de misericordias, que has tratado con piedad tan divina a la mala persona de tus criaturas, yo acepto con todo mi corazón la muerte que me dadas. ¡Oh, padre mío, Padre universal de todos los hombres; pues es lo que dispones, hazlo con voluntad. Acepta la muerte en expiación de mi pena; pero junto a la pena con la muerte de tu hijo divino, para que pueda seguir de expiación a mis muchos y enormes delitos.

Hagase tu voluntad, porque es tuya, hégame, porque me da tuya me será favorable. Sépase que he perdonado mis iniquidades y que a pesar de su inmensidad, muchos dobles me recibiera en el seno paterno de que me acepte, porque tú eres más bueno que lo que yo he podido ser malo; porque tu misericordia es mayor que mi perversidad; porque recliné en mi favor los méritos de Jesucristo, que son míos, pues me los cediste en la cruz y dejé pagados todos mis delitos con sus infinitas satisfacciones; porque tú no desprecias un corazón contrito y humillado, y en fin, porque pues me dadas para redimirme, tú me ayudarás para salvarme.

Esta oración fué articulada con tanto llanto y afectos tan sentidos, que nosotros nos desahoramos en lágrimas. El médico temiendo que tan impetuosa efusión de sentimientos apesara los síntomas del mal, se acercó a él, y tomándole por la mano como para ayudarlo a levantar, le dijo: Lo seguas, señor; ya Dios os ha escuchado, y por ahora necesidad de reposo. Mi amigo se levantó; pero continuó diciéndome otras cosas de la misma especie.

Cuando logramos que calmara un poco los impetuosos arbores de su corazón me dijo: Mariano, pues que cada instante me va a morir, no perdamos ninguno. Avían el cura para que venga a confesarme. Yo le pedire que me traiga inmediatamente el viático de mi largo viaje y que yo reciba el óleo sagrado que debo unguir las ruedas del carro que debo conducir. El cura había sido su confesor ordinario desde que se estableció en esta población. Antes de venir acá, pregunté a mi amigo al le recibiera en pie, y él me respondió que una vez que la enfermedad lo permitía esto le parecía más decente.

Estas mismas reflexiones que era menester preparar un altar para recibir al Señor, y que si se sabía que era para mi amigo, quería acompañarle mucha gente. Quería idea le propuse que podíamos preparar el altar en el gimnasio. Esta era una gran sala baja con azulejos de las recovechas de los niños en los momentos de la recreación cuando el tiempo era húmedo e húmedo y por su mucha extensión daba lugar a un gran comercio. Mi amigo lo aprobó y yo salí a ponerlo en ejecución.

Mientras el cura quedó solo con mi amigo para confesarle, yo me ocupé un momento demasiado, y apenas salió aquel para volver con el sagrado viático, cuando mi amigo me llamo y me dijo: Yo no quisiera ver a mis hijos en este momento en que va a presentarse puede cometer mucho mi sensibilidad, y quisiera prevenir todas las dificultades de mi alma únicamente en la visita que voy a recibir. Te ruego, Mariano, que los lleves a la iglesia para que acompañen al Señor de ida y vuelta y que los prepare a someterse a las órdenes de la Providencia con la resignación y la entera de un cristiano.

Yo le propuse quedarme para asistir; pero él me respondió: No, yo os os gustan los criados, y lo que yo pido ahora a tu amistad es que no ocupes tu atención más que en mis pobres hijos. Yo le obedecí, hice cuanto pude para que recibieran noticia tan dolorosa con la constancia y resignación cristiana; pero no me costó poco tiempo y esfuerzos para ponerlos en estado de que me acompañaran a la iglesia. Allí encontraron ya un concurso inmenso, porque desde que salió la campana en señal de viático se propagó en un instante que era para mi amigo, y hubo una gran turbación en el pueblo.

Muchos que al parecer habían la enfermedad, se sorprendieron que la primera noticia que llegaba a sus oídos fuese lo que acababa de salir. Yo me iba, y todos parecían tan atónitos como estuvieran. Venían a mí con semblantes melancólicos y desolados a preguntarme de la enfermedad y del estado del enfermo; y cuando yo les contaba la ninguna esperanza de su recovery, preuncían un llanto y gritaban al cielo con el acento del dolor más vivo. No se veía más que un triste y descomulgado movimiento, no se oía más que los acentos del angustia y los gemidos del alma. Esta escena fué muy terrible para mí y acobardé de desahorarme el corazón.

En fin, salió el cura conduciendo al Señor, y todos se puse en fila para acompañarle, formando una procesion tan numerosa, que casi cubría el espacio que hay de la iglesia a la casa. Jamás hubo una reunión tan fervorosa y tan devota, jamás se ha implorado el cielo más de veras. Pero aquí fué el momento del mudo pueblo, que esperaba encontrar al enfermo como sucede por lo común recostado en su lecho, cuando le vio postrado en la puerta de la sala, que puesta a un lado y dejando la entrada libre, esperaba de rodillas al Dios que por última vez venía a visitarle.

La sorpresa y el dolor, a pesar de la reverencia que se debe al eclesiástico, causó un grito casi general. Los unos lo mostraban a los otros; todos se alzaron, todos se conculaban sin poder discernir entre sus confusos sentimientos si debían alegrarse de saber que iba a recibir los últimos sacramentos, ó si debían consolarle al verlo en un estado que parecía tan lejos de peligro.

Cuando entraron a la casa y vieron a mi amigo arrodillado, se oyó que todos sin distinción, viejos, mozos y ni-

nos le dirigian en voz baja, aquellas expresiones afectuosas que le arruacaba el dolor. Unos decían: que Dios conciere á nuestro padre; otros que Dios prolonga con su vida la de nuestro bienhechor; y todos que Dios tenga misericordia de nosotros, pero mi amigo inmóvil, y con la vista siempre fija en su Dios, parecía no tener sentidos para advertir las demostraciones y los discursos de los hombres.

Luego que el Señor pasó se levantó, y no puso á seguirle. Cuando el cura le pasó sobre el altar, mi amigo se puso allí delante; pero, ¿qué podía, Antonio mio, describir esta ternura y sublime situación! ¿Cuán luminosa era á los ojos de la fe, y cuán agradable, debía ser á los espíritus santos, que venían en la tierra una imagen de sus adoraciones en el cielo! ¡Cuánto debía complacerse un pueblo religioso, que humillado en presencia de su Dios lo podía con fe ver la conservación de un hombre sensible, y que en las mismas oraciones que hacía, ofrecía las virtudes de la humanidad y de la gratitud!

¡Cuán agradable debía ser al esfuerzo de su religión, que á pesar de la actividad de su dolor, y de la abstracción de sus lágrimas, sostenía el fútil de sus sollozos y alabanzas, para no interrumpir el respetuoso silencio que debía ser á la majestad de tan alto misterio! Pero ¡qué tal mayor debía ser su placer cuando veían al paciente ya justificado, que lleno de amor y de amor estaba haciendo á Dios el sacrificio de su vida, que esperaba recibir para vivir con él en su gloria, y que presto sería el compañero de sus dolores inefables!

En cuanto á mí, Antonio, ya me parecía verme rodeado del glorioso resplandor de que ahora goza; ya creía descender en su semblante el augusto carácter de profetizado, en efecto, en su rostro se manifestaba toda la firmeza de su fe, en la actividad de que oía todas las llamas de su amor, en su actividad fervorosa todas las ansias de su comunión y en la dulzura y nobleza de su fisonomía todo el consuelo de sus felices esperanzas. Yo no podía resistir, amigo, á la impresión que me ha dejado recordos tan dulces contrastes; mis ojos se desahogaron en llanto, y mi corazón no basta á reportar sentimientos tan vivos. Que si me obligara la dicha de llevarlos cuando antes á las mansiones en que habita.

Cuando se acabó esta función divina en que tambien recibió todos los demás auxilios de la iglesia, todos volvimos á acompañar al Señor, y él quedó suscitado en su primer reposamiento, y desde que Dios fué á lo que exigía nuestra reverencia, volvió á ocupar un nuevo honor, con que se desahogaba la inquietud general. Todos me acercaban para informarme de mí. Todos trabajaban para acercarme una esperanza, que no los podía dar. Muchos ofrecían misas, peticiones y oraciones muy vivas, y algunos dejaban de mostrar toda la amargura de su pena! Me sentí á tiempo y trabajo poder desembarcarme de una solicitud tan tierna como interesante; pero desaba volverme presto para continuar mis oficios piadosos con mi amigo.

Tambien desaba aprovecharme de un momento de salud, para volver á inculcar á mis jóvenes discípulos las máximas cristianas, á fin de fortalecerlos contra el natural dolor de su corazón, y que su justa sensibilidad no turbase los últimos suspiros de su padre. Por eso cuando volví con ellos á la casa, antes que el viento los llevé á mi cuarto, tanto porque yo no me atrevía á presentárselos sin su

orden, como para que cuando este viniera, se hallasen ya preparados para traer tan bello al cuarto de mi amigo.

En efecto, cuando fué tiempo pasó con ellos al cuarto de mi amigo. Allí encontramos diferentes personas que habían venido á verlo, y todos para consolarle le mostraban las demostraciones públicas de dolor y la consternación general de todo el pueblo. Mi amigo para certar discursos que pedían licencia su vanidad ó su amor propio, respondió humildemente: Es misericordia de Dios que no me hayan conocido antes, para que puedan dignarse de verme ahora con algún interés.

Pero al instante que quedamos solos llamó á un criado y le dijo: Yo no quiero oírme la pena vida que me queda en vista inútil. Así que en adelante no entren á mi cuarto más que el señor cura, el médico, Mariano y mis hijos. Pero para que puedan saber de mi estado los que no insisten en mi salud, don Francisco se sentirá dar todos los días una noticia por escrito, que podrán leer los que lo desearán; y que se les pida en mi nombre que me comuniquen á Dios. Cuando se fué el criado, añadió: Ya no hay momento que desperdicie; solo el tiempo es ya inestimable para desahogarme de los míos, y prepararme entrar en las insoportables ansias de la eternidad.

Después volviéndose á sus hijos con un semblante risueño y agradable, les dijo: Hijos míos, ¿qué queréis? Dios concede a mi muerte muy útiles al hombre que me ha merecido los castigos de su justicia inextinguible. ¡Ternos padecidos de mi corazón no os afligán, no llevéis por mí! Mi alma está nadando en un mar de alegría, y llena de esperanza, y cuando aguarda el momento en que su Criador se la lleva y la sumerge en la indivisible y delicioso unión que desearé en la prometeda á los que le adoran. ¡Llorad, hijos míos, por los infelices que mueren sin haber conocido la excelencia y divinidad de nuestra santa religión.

Pensad bien, considerad, y nunca olvidéis estas sublimes palabras; que nuestro Salvador nos dejó escritas: El que vive y cree en mí, no morirá jamás. Esta promesa divina está resonando ahora en lo más íntimo de mi corazón, y cuando más me acerco al término de mis alientos, tanto más mi espíritu se avanza, inclinándose hacia los brazos del Padre celestial, que quiero recibirme en la perpetuidad de su divina luz. Todas mis potencias embargadas con un dulce embalse meditan estas palabras de los oráculos divinos: Ya la Dios va á introducirte en su eterno reposo; va á penetrar toda tu alma de todos sus resplandores, y un día sacará tambien tus huesos de la oscuridad, para que reverberes sobre ellos el inmenso resplandor de su gloria. ¡Qué esperanzas, hijos míos! ¡Qué puede meditarlos sin destellos de admiración y de amor!

Poco bien, hijos queridos, estas palabras de tan gran resonancia han sido dichas por Dios mismo, y habrán parte del céleste sagrado que la iglesia celebra; él las que me inspira en su amor; estas palabras divinas van á castigarlos presto si se me permito callar cuando será conducido al estratón. Vos los escucháis, hijos míos, y os pido que los escuchéis con mucha atención, osenado y reverencia cuando los leeréis sobre mi. Considerad cuidadosamente que el ya no vive sobre la tierra más que un cuerpo existente, una ceniza fría, es potente mi espíritu ha estado al seno de su Dios; y que si el Señor me ha perdonado, ya goza con los bienaventurados de toda la felicidad del cielo.

Que esta consideración, amados hijos, ensalce la amargura del dolor natural, y con ella su miseria lejos de afligirnos pueda consolarnos: que la verdad de la religión separe á la ilusión de los sentidos, y que la fe sea una fuerza que la naturaliza. El yo no considero más que los rayos de la presencia humana, debiera causar á vuestra edad joven y á vuestro heroico corazón una vida y escusa de dolor; pero vosotros habéis recibido una educación cristiana y sabéis que el hombre ha nacido para sufrir y resignarse. Debéis estar pronto á someteros á todas las disposiciones del cielo, y es bueno que se familiariza desde luego con la vista y la imagen de la muerte. La muerte no puede ser terrible y pavorosa sino á los que abandonan la virtud, y tambien sorprende á la edad juvenil.

Yo quisiera dejaros establecidos y ya reducidos no solo de dos esposas virtuosas, sino de los hijos de vuestros hijos; pero como sé que Dios es nuestro padre, y el más amoroso de los padres, y que sabe mejor lo que nos conviene á todos, hago acallar este grito de la naturaleza y me arrojo rendido entre los brazos de su providencia. Demasiadas penas me ha dado de su protección para entregarme á ella lleno de confianza. ¡Y cuál pueda ser mayor que la que me presenta en este lance!

Discurrid, hijos míos, cuál sería mi desconsuelo si ahora que la muerte va á separarme de vosotros, en la edad en que empezáis los peligros y cuando vuestra razón sin experiencia necesita todavía de una guía que os dirija, el padre que os instruya y de un amigo que os sostenga, el cielo no me hubiera desamparado un momento que llena todos mis deseos, un sucesor que ha hecho con vosotros los oficios de padre mejor que yo mismo, y sobre cuya bondad os razono reposa el mio con descanso.

Ya sabéis, hijos míos, que desde que el cielo le confió á vosotros, y lo traspasó todos los derechos de la naturaleza. Habéis visto el amor, el desvelo y la atención con que los ha desahogado. ¡Cómo no creéis pues que confíe, y con mayor confianza, si es posible, ahora que no los tiene de mí, sino del cielo! Si, hijos míos, Dios que con mi miseria se priva de la asistencia que yo os debía, la emple con la suya y consuetudina en vosotros. Le transmito los derechos de padre los brazos de este sagrado hijo; pero á vosotros os impone también obediencia, amor y respeto. Obbedid, pues, hijos míos, miradlos como vuestro ángel tutelar sobre la tierra, ó para decirlo mejor, como la imagen de Dios, para va á ocupar su lugar y hablarlos en su nombre.

Venid pues, hijos queridos, añadió poniéndose en pie, venid y abrazad á vuestro tiempo padre: van, Félix mio, venid, amado Paulino, venid y dejadme gozar de este último y dulce momento que todavía os posee el cielo á mi ternura. Mi dolor fuera insoportable si no le templara la esperanza de que un día nos juntemos en el cielo. Bendigo mil veces al Señor de haberme dado dos hijos excelentes que han sido todo el consuelo de mi vida y que un día vendrán á coronar conmigo las alturas de nuestro Criador. Que la ternura y paternal majestad divina os cubra con sus alas protectoras, y que su infinito amor vole sobre vosotros, para conservar la pureza de vuestro corazón. ¡Dios de misericordia! arrámonos la vida antes que os altere su inocencia.

Después viniendo á mí con cada uno de sus hijos por la

mano y haciendo el ademán de arrojarlos entre mis brazos, con voz más colorada me dijo: Mariano, ve aquí tus hijos. Hijos, ved aquí vuestro padre. Yo atónito, confuso y amargado en mi llanto no podía articular palabra, ni pude articular otra cosa que arrojarle á sus pies. Sus hijos hicieron lo mismo y todos le abrazaron los rodillas. El nos abrazaba entre sus brazos, y decía: Mariano, reciblos un nombre de Dios. No te separes nunca de ellos; que la muerte sola puede dividirlos. Dado esta palabra; yo la necito para poder tranquilizarme.

Esta situación era terrible, no había corazón para poderla resistir; pero lo que más me afligía era, que impresiones tan vivas, y de sensibilidad tan extremada no podían dejar de conmovernos demasiado y apesadumbrar quizá los instantes de su mihi. Así haciendo un esfuerzo me levanté, y á pesar de mi llanto procuré dar fuerza á mi voz y le dije: Si, amigos, yo te lo recomiendo. Y como un hombre de ese Dios que me creía por tu mano, hasta el punto de salir de mi vida; pero ahora está de la tuya. ¡Tanto merecimiento tan vivos pueden serte perjudiciales. ¡Tú dices á Dios, á nosotros, y á mí mismo no apresurar el momento de la Providencia. Y tomándole por la mano, lo llevé á su asiento.

Después que procuré calmar la agitación de su espíritu con algunos minutos de reposo, se volvió hacia nosotros, y con voz ya resaca, y apacible me dijo: Yo necesitaba de esta visión de mi alma para desahogar mi corazón y asegurar mi inquietud; pero ahora que la naturaleza y el amor paternal se han satisfecho, ahora que la única dicha que me aflige se ha disipado, ya no me queda que desear, y voy á aguardar tranquilo la hora del Señor. Volviéndose á sus hijos, los hizo poner entre sus brazos, los besó con ternura, y con voz dulce y resaca les dijo: Hijos míos, hijos que Dios me ha dado en su misericordia, gradid bien en vuestro corazón los últimos consuelos que os da un padre que os ama tiernamente y que va á morir.

Yo tengo hecho mi testamento, y así es instituido mis herederos por partes iguales. Vos sois igualmente dignos, vos me habéis amado y obedecido igualmente, y no pudiere yo sin injusticia preferir á ninguno. No aspiréis á ser uno rico; ya lo sois bastante; y si lo sois más, queréis quedároslo mejor. La mayor riqueza es la modestia; pero pues Dios os ha dado estos bienes, contentaos con ellos, no os desahogéis y procurad solamente conservarlos y cultivarlos para poder hacer más bien.

Seguid el destino ó la vocación que el Señor os inspire, pero si su providencia no os explica con señales particulares que vuestro corazón entienda, tened por cierto, que ya es ha desahogado un voluntario con el nacimiento que os dió y las circunstancias en que os ha puesto. Realidad la vida del campo y profecía, porque es la una simple, la otra confusión á la naturaleza y á las designias de Dios, y la que os puede alzar encima de los ángeles del cielo, lejos de la ambición, del dolo, y de lo que aumenta, las pasiones, las contiendas en una paz, los desear menos virtus y los peligros en sus instantes.

Amos siempre sin que nada pueda alterar la utiua de vuestros almas. Si vuestra religión nos amada más á todos los hombres, si la naturaleza nos estimula á amar nuestros amigos, ¿qué más debemos amar á los que vienen

destinados por el cielo para serlo? Dios y la naturaleza constituyen como amigos naturales á los parientes, y mucho más á los hermanos. Y si hay muchos que no lo son, es porque las pasiones han superado y corrompido esta íntima propensión de los corazones. Pero en una religión que todo es amor, en una ley que conserva la paz y la unión no solo en los extraños, sino también entre los enemigos, porque la caridad nos obliga á querer á todos, ¿cómo es posible que ningún enfermo pueda esperar á dos hermanos? Solo el vicio podrá tener esta fuerza, y yo espero que jamás habrá caridad, monjeo ó vicio.

Si vuestro corazón se inclina al matrimonio, escoged una mujer modesta, dulce y educada con las máximas de la religión. No la busquéis sino vuestros semejantes, sino para que ella os dé una fortuna, y tened la virtud de vivir todos juntos para sosteneros mutuamente en las miseres y adversidades de la vida y para miraros amor á otros con el buen ejemplo. Esta casa es suficiente para todos. Que vuestro corazón escija la mujer digna y honesta con quien pueda edificar toda la obra de sus días; pero que vuestro espíritu no sea el único árbitro de la elección, sino que también consulte á la razón, que está en conforme con la del otro hermano y también con la del amigo que queda en su lugar.

Aquí, hijo mío, interpongo todo el respeto y autoridad de un padre para pediros y mandaros que no deis ahora la palabra de que no tomaréis ningún otro hijo indolente ni daréis la mano á ninguna mujer sin que el otro hermano lo apruebe y sin el consentimiento de Mariano. Sus dos hijos inculcados en lágrimas se lo proclaman, y mi amigo después de haberlos abrazado de nuevo, asegurando que los amaba de sensibilidad les volvió á decir:

¡Haced gloria de ser cristianos. Estimad este título como el más alto y glorioso de todos. En ningún caso, cuando ó circunstancia os arrojaren de seguir el Evangelio, y tened presente esta terrible palabra del hombre Dios: yo no reconoceré delante de mi padre al que no me reconociere delante de los hombres.

¡Sobre todo, hijos míos, amad, amad al divino Jesús, como talis las formas de vuestro corazón y para esto no necesitáis de otra cosa que de honestidad. Levad y guardad continuamente su Evangelio. Leedle para adorar y amar á su divino Autor. Miradle para agradecerle con una castidad. ¡Borrajados en todas sus enseñanzas! Demostred vuestro corazón de una palabra y de un espíritu para conformar á él todas vuestras acciones y discursos. Considerad toda la vida de Jesús y tenedle presente siempre. El estado de vida de los ojos, y en todas las ocasiones dadas preguntad á los mismos: ¿qué es lo que en este caso hubiera hecho Jesucristo? El mismo nos ha dicho que el que se sigue mandará en triunfo.

Amadme pues cuanto podéis amar. Amadme por sí mismo y porque en todo lo que la prudencia le aconseja, amad después todo lo que él ama y porque nos lo manda. Cuantas criaturas existen son tuyas. Por eso debemos amarlas todas, pero amadme á él sobre todas ellas. No aborrecéis sino lo que él aborrece. Que esta vil pasión del odio tan atrozmente terribil, que empieza por devorar al mismo que la tiene, no se introduzca jamás en vuestros pechos, ni os contra los vivos y nunca contra las personas; y tened

presente que Jesucristo quiso que su religión se distingua y se caracterice por el respecto amor de los cristianos.

Después de Jesucristo lo que debéis amar más es á su digna Madre, porque en lo que Jesucristo ama más. Mirad que fue escogida para tan alta dignidad como ser Madre de Dios, porque fue la más perfecta de las criaturas que han salido y saldrán de sus divinas manos. También la consagró á nosotros nuestra, y por eso debemos tener mucha confianza en un poderoso intercesión. Dirigidla todos los días vuestros ruegos y sábed que la esperanza que pongo en esta madre de misericordia, es en este momento el mayor consuelo de mis justos temores.

Escoged, algunos santos, según os inspire la devoción, para que sean vuestros abogados en el cielo pero en cuanto á vuestros ángeles guardianos no hay que escoger. Dios los asignó para vosotros. Estos son los tutelares y los amigos íntimos que os dio. Vosotros los debéis mucha reverencia, y pedid dirigidos á ellos en vuestras necesidades con confianza. Ya os acordáis también mucha devoción á esta virgen, esposa de María, que tiene títulos muy altos en el cielo.

No temáis en esta vida más que á Dios, porque él solo nos puede castigar con males que no tienen fin. Los hombres no pueden hacernos mal sino con su permiso. Los males que nos hacen son nuestros y nosotros con la paciencia y el perdón podemos transformarlos en bienes.

La tierra es una mansión de destierro, un lugar de prueba y un valle de lágrimas. Así tened por cierto que no os faltarán tribulaciones, tentaciones y congojas. Esta es la suerte de la condición humana y pena del pecado. Por otra parte Jesucristo mismo anunció á la virtud que sería perseguida; pero también nos dejó en su religión consuelos que nos podemos defender.

Por eso el que vive de la fe no teme más que á Dios y está preparado á todos los males que le pueden venir de los hombres. Si la persecución que sufre es justa, la mira como pena de su culpa y procura convertirla en expiación. Considera que los hombres no son más que instrumentos de que Dios en su misericordia se sirve para castigarle en esta vida. Le da gracias, excusa á los hombres, los perdona, pide por ellos y procura aplacar al autor de la justicia.

Si la persecución es injusta, compadece á los maltratos, se acuerda de sus propios errores y ruega á Dios que los aplaque como él lo es su congoja. Pienso que Dios lo prueba y muestra en fidelidad para aprovecharse de su fruto.

Las tribulaciones no le faltan, porque sabe que no pueden ser más que momentáneas y breves, que quedan un peso ligero de su gloria, y que las mayores no tienen proporción con los premios inmensos que le aguardan.

Las tentaciones no le turban, porque sabe que Dios es fiel, y que no cesará de socorrerle con preparaciones á los peligros. En sus necesidades temporales no se inquiere. Después de hacer todo lo que la prudencia le aconseja, se abandona confiado á la providencia de un padre tan amante como magnífico, cuya atención se extiende hasta el más débil pajarrillo.

En sus dudas revera el Evangelio, levanta los ojos con recta intención á Jesús su modelo y recibe toda la luz que necesita para dirigirse sin temer. La muerte no le espanta, porque sabe que es el término de la prueba, el principio

de una vida que no se acaba y que con ella empieza el día eterno que no tiene noche. Así después de haber vivido con la esperanza en la tierra, vivís feliz á la patria de la inmortalidad.

Vuelvo á os encargar, hijos míos, que vuestro más continuo y más aplicada lectura sea la del Evangelio. Remid en vuestro espíritu el compendio de su doctrina celestial, y veréis que sus máximas son más proporcionadas á producir la paz, la concordia y la dulzura de la tierra; que su moral es el único que puede hacer felices á los hombres; que cuando no hubiera otra vida, sería monasterio practicable para ser dichosos en esta.

Estadid bien vuestra religión y procurad conocer y grabar en vuestro espíritu el magnífico plan con que el estableció Dios; y que él solo podía concebir para haceros conocer de los hombres. Abrazadle en toda su grandezza y exultación en cuanto vuestra capacidad pueda alcanzar, y por poco que podáis entender, admiraréis un edificio inmenso y grandioso que se corresponde con la mas armoniosa proporción en todas sus partes y que es de una naturaleza muy superior á todas las concepciones humanas. Vos veréis que tan elevada y sublime claridad no puede descender mas que del Padre de los cielos.

La vista de un objeto tan divino os producirá la admiración más asombrosa, el respeto más profundo y la mas reverente adoración á su Autor incomparable. Ella os obrará el corazón de amor, viendo lo que un Dios ha hecho por los hombres; ella os hará estimar la desigual angustia de criaturas, ellos os inflamará en la dulce satisfacción y en la justa gratitud de haber sido escogidos para tan alto título; y ella os hará despreciar los bienes caducos de la tierra cuando los compareis con los que os aguardan en el cielo.

En fin, hijos míos, acordaros de mi para pedir á Dios que perdona vue largas desviaciones. Amad mucho, amad á todos los hombres. Tened listos de los débiles y de los malvados, que se dejan gobernar por sus pasiones, y más de los ciegos voluntarios que dirigen los ojos á las luces victoriosas de la fe. Haced de mi compañía mas que os haye de un contagio, á menos que no tengáis esperanza de haceros ver la luz. Sed dulces, indulgentes y hábiles con todos. Estimad la pobreza, acordad á los pobres, y no olvidéis jamás que vuestro padre no pudo ser feliz hasta que se arrojó en los brazos de la religión.

Desde que mi amigo se dio á hablar, sus hijos se pusieron de rodillas, la besaron, las manos, le prometieron que no olvidarían sus consejos y que esperaban con el consuelo del cielo observarlos con exactitud. Su padre enternido los recibió en sus brazos y les dijo que uno de sus mayores consuelos era morir con la idea de que dejaba en el mundo los pechos de su corazón, que según un día Dios adorador eterno del Dios que habita en el empíreo y que pronto nos veremos todos reunidos en su divino seno.

Yo temí que este movimiento produjese una nueva conmoción y procuré cortarla, diciendo: Que yo respondía de mis jóvenes amigos; pero que no debíamos excitar mas nueva común sensibilidad, sino consolarlos todos con la idea de que hacía la voluntad de Dios. Cuando yo decía esto entraron el cura y el médico. Mi amigo les propuso se quedasen con nosotros todo el día. Ambos contriguieron y los pasamos todos en conversaciones tiernas

y edificantes. Mi amigo hizo discursos tan sublimes sobre la majestad del cristianismo y sobre la bondad de Dios, que nos escuchamos y escuchamos; pero nada podía igualar á la dulzura eléctrica y al sublime entusiasmo con que nos hablaba de sus próximas esperanzas de ir á verle otra á casa, de gozar de sus perfecciones y de alabar eternamente su misericordia.

Cuando llegó la hora de recogerse, el cura y el médico querían volver toda la noche. Mi amigo no lo consintió, y en efecto, no apreciaba peligro; pero el médico insistió, y fui preciso darle una cama en un cuarto inmediato. Yo le forcé á que se acostara y llevé á mis dos discípulos para que hicieran lo mismo; pero yo que hacía acostar á los demás no quise hacerlo sin haber tomado las precauciones posibles. Así me quedé por allí cerca para ver si el enfermo necesitaba de algún socorro; pero viendo que ya eran las cuatro de la mañana y que mi amigo dormía con sueño tan tranquilo y natural, me pareció ir á tomar algún reposo, dejando un criado en mi lugar.

¡Cuán fui mi sorpresa cuando hallé á mis dos discípulos, que yo creía acostados y dormidos, al rededor de una mesa que estaban escribiendo, y preguntándome cómo habían respondido que no pudiendo dormir, se habían levantado para poner por escrito los consejos de su padre para no olvidarlos. Yo los abracé con ternura y les dije que esta solicitud era un seguro garante de que los subirían observar. En efecto, cada uno había escrito por su lado, y de las dos copias he formado el extracto que se lo he referido. Yo estaba tan turbado, tan fuera de mí, que no hubiera podido hacerlo por sí mismo.

Con esta conversación y con la confrontación de los dos escritos se pasó la noche, y aunque yo procuré persuadirles que entonces se fueran á acostar, Félix me dijo con semblante muy afligido: Pero, mi buen amigo (este era el nombre que me daban), mi padre no me ha echado hasta ahora su santa bendición. ¡Cómo qué podé el dijo yo, no tienes más que hacer tu propio sueño y verás cómo invoca á Dios para que se proteja y mantenga en su gracia. Si, me respondió, pero esos eran oraciones que hacía por nosotros y su bendición.

¿Qué entonces por bendición le pregunté yo, y él me respondió: Yo entiendo lo que todo el mundo entiende, que nosotros nos ponemos de rodillas y que mi padre hace la cruz sobre nosotros, diciéndonos: Hijos míos, Dios os bendiga; y yo os bendigo en su nombre. Quiso persuadirme que ya había dicho eso y mucho más, pero ni uno ni otro quedaban satisfechos, y por mas que me esforzaba á persuadirles que ya todo estaba hecho y que era inútil repetirle á su padre estos movimientos de sensibilidad, siempre me volvían á repetir: ¡Qué desconsuelo para toda nuestra vida ver que mi padre ha tenido el tiempo y la voluntad de echarnos su bendición y que nos hemos quedado sin ella!

Yo admiraba su buen natural, y hubiera querido darles satisfacción tan fácil; pero temía volver á despertar las vivas conmociones de su padre, y después de alguna meditación les presenté este motivo con seriedad. Si esto puede ser perjudicial, dijo Félix, es preciso no pensar más en ello; pero me movió desgracia, amado suspirando, que aver que lo podía hacer sin inconveniente, no lo haya hecho; en fin, no hablamos mas. Yo vi que á pesar de todas mis

permanencias siempre les quedaba esta escocor, en las diez: Hijos, id á acostaros por ahora, tomad algun reposo, y yo vengo á este punto ejecutar un riesgo de nuestro padre. Ellos se fueron á la cama y yo daba gracias á Dios de verles sentimientos tan típicos y cristianos.

Cuando sape que mi amigo estaba despierto fui á su cuarto y yo encontré al médico. Le hallamos muy tranquilo, y no dijo que había pasado buena noche, que no sentía nada que le incomodase, que si no fuera por los insomnios que le habían acometido, creyera que nunca había estado mejor; pero que aquellas parameñas eran indolentes ciertos de su riesgo. Entonces le conté mi sorpresa de haber encontrado á sus hijos en medio de la noche, fijando en el papel sus consejos para no olvidarlos, y la letal noticia de cada uno.

El amigo se enterneció admirando su falta memoria, y pidió á Dios que enviase sus buenas disposiciones. Viéndolo en tan buen estado le dije: Yo hubiera querido otra cosa que hubiera comestarte más poco como la ternura de tu sensible corazón, que debo estar fatigado con tan repetidas comunicaciones. El día pasado que fui a donde que no sentía no había que temer y que todo lo que podía decirle solo podría haberse temido su comen á Dios por darle nuevas gracias. Al fin le conté nuestra conversacion y el desconsuelo de sus hijos, pero que no le había dado la última bendición, burlando á los otros sobre ellos.

El estado y la simplicidad de la inocencia de sus hijos hizo sentir á mi amigo, pero al instante y con un ardor precursor me dijo: Maritimo es menester satisfacerlos. Anda y búscamele presto. Mi mano respondió lo que mi corazón ha hecho tantas veces. El médico se opuso con la razón de que sería un motivo de agitación y tan tantas y tan violentas conculcas podían agenciar un corral-cion. Yo era del mismo parecer; pero mi amigo insistió diciendo que él sabía moderarse y que sería muy humano dejar á sus hijos privados de tan fiel comen-cio cuando ellos pudiesen en esto tanta importancia.

Al fin me rendí; pero volví que una mujer se acordara á que despuertase, que no habían durado toda la noche, y quedó así resuelto. Me arrojé en tierra, me puse en su estado ordinario y poco después llegó nuestro vigilante, que me contó mucho viéndolo en tan buen estado. Yo confieso que á pesar de lo que me había dicho el médico y de lo que yo mismo había visto, no dejaba de tener también una cierta esperanza secreta. Me parecía que Dios quería que él se fuera todavía algun tiempo en la tierra para el bien de sus hijos, el de aquel pueblo y el consuelo de todos.

Me sentí no me hablaba más que de sus esperanzas, que siempre creía muy inmediatas, de la grandeza de Dios, de la extensión de sus misericordias y de la fidelidad de que goza en la comunicación de su vista, y se explicaba con tanto ardor, con un entusiasmo tan noble y fervoroso, que sus palabras me hacían como iluminado. Había muchas días que mi amigo no hablaba otra cosa que del cielo y de lo que podía alcanzar el fin de sus esperanzas, y siempre con ardor, ternura y dignidad, pero en aquel momento parecía volverme á sí mismo y estar poseído de un espíritu divino que le iluminaba y le sacaba de la esfera de lo humano.

Era un portento admirable de suspiros elevados, en

que corrían con fuerza y dignidad las cálculas aguas de las delicias celestiales, y como si las dirigiera un impulso de órdenes superiores, presintiendo nuestra alma del ardor sobrenatural que concebían. Parecía que había transformado nuestros insomnios en estancias más alaradas, y que había encendido en nuestras venas algunas emanaciones de la vida divina.

Toda había tomado en él un carácter, una grandeza, una actividad que parecían exceder las facultades humanas. Su fono, sus entredos, en gestic, la rapidez y majestad de sus palabras, en fin, todo lo que salía de su alma se nos presentaba con un aspecto sobrenatural. No nos atrevíamos á respirar para no perder nada. Nuestros le escuchábamos abiertos y embobados y como si queriéramos introducir en nuestros corazones toda el alma de este hombre incomparable para que se comunicase con la nuestra.

Al cielo discurro tan alta y sublimes pronuncias con tanta facilidad y animado con tan cáustica expresión, se podía imaginar que, ya que había en el seno mismo de la soberana verdad la doctrina de la santa religión y su fuerza, que cuando nos hablaba de la fidelidad de los bienaventurados, ya tenía en su interior la vista de su gloria; y que yo burlaba á sus ojos toda la inmundicia de sus eternos resplandores.

Pero cuando escuchábamos atentos y maravillados discursos tan sublimes, se me acordó que Félix y Paulino estaban ya en viáticos. Su padre me pidió que los hiciera venir, y yo salí á conductarlos. El cura me ha contado después que mi amigo al instante fijó la vista en un Crucifijo que tenía en su cuarto y que pasó algun tiempo profanamente respirando; pero cuando sintió que sus hijos se acercaban, se incorporó en su asiento, que le pareció que su alma estaba llena de Dios y que se movía con luzes sobrenaturales y gozosas. Mil veces me ha repetido que esta transformación fue tan sencilla, que la inspiró un sentimiento de veneración y amor, y que no pudo sostenerle de otro especie de terror sagrado y religioso.

Dijo que vivió sus hijos, se adelantó para recibirlos en sus brazos, y con una mezcla de dignidad y de amor que no se puede describir, les dijo con un acento blando y afectuoso: Venid, hijos míos, venid hijos, bregad de mi comen; que nuestros ángeles nos acudían, que nuestras espaldas abogaban por ayudarnos, que la gran Madre de los cristianos nos muestra protectora en esta lance, y que todos los bienaventurados intercedían para que el Dios de las misericordias escuchase desde la altura de su trono la indigna voz de un padre penitente que le pide por última gracia el que se digno de acompañar con sus bendiciones la que va á dar á sus humildes y respetuosos hijos.

Entonces estos se arrojaron á sus pies, mi amigo levantó los brazos al cielo, y nosotros sorprendidos de la solemnidad que daba á esta comunión, arrodillados con al tono inflamado de su voz y con la elevada dignidad que daba á un acto tan tierno la circunstancia majestad de la religión, por un movimiento involuntario nos poníamos también de rodillas. Yo sentí que se me erizaban los cabellos, que la sangre corría sin impedimento por mis venas, y al mismo tiempo noté una sensación extraordinaria de espíritu. No podía yo acordarme de ver en aquel momento un mortal tan superior á todos los demás, y aun á sí mismo; me figuraba verlo como cercado de una luz celestial. Sus ecos resonaban

en mi corazón y le penetraban de una especie de culto. Me pareció que el espíritu de Dios estaba entre nosotros, y que inflamaba nuestras almas, en fin, que estábamos fuera de la tierra y en una esfera superior que nos acercaba á las mansiones celestiales.

El amigo levantando los ojos y con aquella reverente unción que acompaña al rango religioso, dijo: Dios de las misericordias, Dios que con una bondad infatigable á pesar de mis largos errores te has dignado de volver á mí porque has temido que me volviera al seno de tu Iglesia; tú que la has iluminado con tus santas verdades, que lo has hecho particular de tus divinos dones y la luz morir en los brazos de la religión con el consuelo de la esperanza cristiana, pónteme no recibirá el premio de los jóvenes coracanos que por una consecuencia de las misericordias que has usado conmigo están instruidos de la verdad de tu fe y desean vivir en el cielo que nos has revelado y que es el único digno de tu santidad!

Yo te presento, Señor, estas dos discípulos de tu Cristo, que te reconocen por su Dios, que desean seguir en divina fe y conformar su vida con las santas máximas de tu Evangelio. Yo imploro esta misma Misericordia que diste para que nuestra buena pueda subir con él hasta la gloria. Yo intercedo á esta pontificis sagrado que nos consiguiera tu bondad, para que perdáis esta oportuna nuestra ruego, á fin de que liero los ojos á un insoportable tronco, y que sus miradas infantes derramen sobre ellos todas las bendiciones de tu gracia.

Protégelos, Señor, recóbrelos con tus luces, hazlos fuertes con tu fuerza y santos con tu santidad; que jamás se separen de tu santa esposa, de nuestra madre la Iglesia, que tú estableste con tu sangre; que jamás se desvien de tu ley. Conservalos, Señor, en su inocencia para que cuando llegan el día que las dones señalado, vengan á cantar tu gloria en la misma mansion que tu misericordia concederá á mi arrepentimiento. Y entre tanto, Dios mío, si el que vive contigo puede desearse á la tierra, yo lo rolearé con mi espíritu, yo rolaré sobre ellos para que ninguna criatura ni propiedad humana nos distraiga un instante del incesante amor que te debes á ti mismo, Señor, te pediré sin interrupción que los socorras con los auxilios de tu gracia.

Ahora, Señor, ahora, Padre nuestro que estás en los cielos, dignate de abrir tu seno paternal y acoger en tu infinito abismo de misericordia el último oficio que un padre mortal pueda dar á sus hijos que le confió la providencia. Hijos, cuando de todos los derechos que me dio el cielo cuando me dió la calidá de vuestro padre, y con todo el amor que debió á vuestros tiernos y cristianos deseos, escuchad la bendición que voy á daros en nombre de nuestro Dios y de sus indivisibles y gloriosos Trinidad, y bendigo una cruz sobre cada uno, señaló: Félix, yo te bendigo; Paulino, yo te bendigo; el Dios de las misericordias que nos ve y escuchó el gemido de nuestros corazones, derrama las ayas sobre todos nosotros.

Todos estábamos fundados en llanto y mi amigo también; pero fue menester dejar que se abrazasen sus hijos, que cogidos de su cuello le daban gracias con una ternura que doraba nuestros corazones. En fin, después de haber pasado algun tiempo al desahogo de todos, se presentaron recoger diciendo que ya no debíamos tratar de las cosas de

la tierra, sino poner nuestra conversacion en el cielo. Yo para evitar todo motivo de nueva agitación propuse alguna lectura, y al mismo me pidió que leyese otra vez un discurso que habíamos leído poco antes sobre la alegría, que hay en el cielo por la conversion de un pecador.

Ocho días mas vivió con nosotros este hombre extraordinario, dándonos siempre nuevas instrucciones y exaltantes ejemplos. Jamás se desmintieron ni su moderacion ni su paciencia; jamás le hicieron flaquear nuestras esperanzas, y cuando nos queríamos levantar con el retardo de un ataque nuevo, se sentaba como burlándose de nuestras conjeturas. No creo que sea posible cantar á la muerte con tanta alegría, pero en fin, Dios quiso premiar su virtud y correspondar á su confianza.

Toda noche que todos dormíamos, un oración que le valia la nos vino á advertir que el insulto le había repetido. Yo volé con sus hijos; pero ya le encontramos sin sentido. Hicimos llamar al médico y al cura. Todos esperábamos que este paraiso pasara como los otros, y aun el médico hizo

propagar una bebida; pero nuestra atencion quedó cuando vimos que este litargo duraba más que ninguno.

Al fin después de más de cinco horas abrió los ojos. Félix corrió con la bebida preparada; pero él con un semblante tranquilo le dijo: Hijos míos, ya no necesito más que de Dios. Tomad la vista por todos lados, Dios me llama; rogad por mí. Besó el Crucifijo que tenía en la mano, le puso sobre su pecho, lo estrechó entre sus brazos y volvió á dar en su litargo.

Nuestros esperábamos que pudiese recobrar el sentido; pero ¡ay! aquí era el último, pase el médico, que no se acordó á observarle, me dijo algun tiempo después que ya estaba en la presencia de Dios. Todos nos conternamos con declaración tan terrible, como si no estuviéramos preparados. Volamos á él y ya le vimos sin señal de vida. Nos pusimos de rodillas de uno y otro lado de su lecho y besándole con reverencia las dos manos, las fundamos con nuestro tierno llanto. El cura alando los ojos y la voz, exclamó: Mortal querido de Dios, vaso grande de su misericordia, si ya estás, como placidamente crees, en el seno de tu bondad divina, no te olvides de los infantes mortales que habitas todavía en esta tierra desolada.

Sus dos hijos y los demás criados no podían contener el impulso de sus angustias y sollozos, y con sus angustias y alaridos gritaban al cielo: ¡Oh Dios de bondad! recobra favorable en tu piadoso seno al mejor, y más amable de los padres, al más dulce y más justo de los amos, al más bendito de los hombres y de la vida virgen tuya en la tierra. Yo creí que está pronto á dar desahogar algunos instantes á tanto alplido corazón; pero desuado calmar tanta agitación, que se dice lugar á la resignacion y constancia de cristianos, pedí al cura y al médico que llevara los hijos á nuestro cuarto, y los prometieron conculcar, mientras yo daba las delicias necesarias.

Atristado yo no comprendí contarle ni lo que pasó en la dolorosa función de un entierro, ni la pena y las lágrimas de aquel pueblo que le debía su instrucción y su felicidad; solo te diré que aunque mi amigo había sido un distinguido que se le enterrase en el cementerio como á todos, sin distinción alguna, sus hijos quisieron absolutamente que las cenizas de su padre se depositasen separadas; y para conciliar la

modestia del difunto con el justo deseo del amor filial, si  
cura y yo consentimos en que se pusiese en una caja de  
plomo, y que esta se colocase en la capilla rúdicamente re-  
vestida de cal y piedra y aún más inscriptos que esta: A  
su padre.—*Filii y Paulino.*

Tampoco se refirió los muchos y extraordinarios actos  
de virtudes públicas y privadas de que á su pesar fuimos

testigos y de otros que con este motivo se han publicado  
y que ignorábamos nosotros mismos. Se pudiera hacer un  
volumen, y yo no puedo más. Demasiado ha refrescado  
mi corazón sus llagas dolorosas. La poderosa mano del  
tiempo no bastará para curarlas, y solo puede hacerlo la  
omnipotente mano de un Dios consolador. Adios, Anto-  
nio mio, adios.



## INDICE.

CARTA I.—El filósofo á Teodoro.	1	CARTA XXII . . . . .	198
CARTA II . . . . .	4	CARTA XXIII . . . . .	206
CARTA III . . . . .	10	CARTA XXIV . . . . .	215
CARTA IV . . . . .	16	CARTA XXV . . . . .	224
CARTA V . . . . .	23	CARTA XXVI . . . . .	232
CARTA VI . . . . .	33	CARTA XXVII . . . . .	240
CARTA VII . . . . .	42	CARTA XXVIII . . . . .	247
CARTA VIII . . . . .	52	CARTA XXIX . . . . .	255
CARTA IX . . . . .	64	CARTA XXX . . . . .	262
CARTA X . . . . .	75	CARTA XXXI . . . . .	269
CARTA XI . . . . .	86	CARTA XXXII . . . . .	277
CARTA XII . . . . .	98	CARTA XXXIII . . . . .	284
CARTA XIII . . . . .	109	CARTA XXXIV . . . . .	293
CARTA XIV . . . . .	118	CARTA XXXV . . . . .	303
CARTA XV . . . . .	129	CARTA XXXVI . . . . .	312
CARTA XVI . . . . .	140	CARTA XXXVII . . . . .	324
CARTA XVII . . . . .	151	CARTA XXXVIII . . . . .	337
CARTA XVIII . . . . .	162	CARTA XXXIX . . . . .	350
CARTA XIX . . . . .	171	CARTA XL . . . . .	355
CARTA XX . . . . .	180	CARTA XLI . . . . .	369
CARTA XXI . . . . .	189		

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



®

modestia del difunto con el justo deseo del amor filial, si  
cura y yo consentimos en que se pusiese en una caja de  
plomo, y que esta se colocase en la capilla rúdicamente re-  
vestida de cal y piedra y aún más inscriptos que esta: A  
su padre.—*Felix y Paulino.*

Tampoco se refirió los muchos y extraordinarios actos  
de virtudes públicas y privadas de que á su pesar fallaron

testigos y de otros que con este motivo se han publicado  
y que ignorábamos nosotros mismos. Se pudiera hacer un  
volumen, y yo no puedo más. Demasiado ha refrescado  
mi corazón sus llagas dolorosas. La poderosa mano del  
tiempo no bastará para curarlas, y solo puede hacerlo la  
omnipotente mano de un Dios consolador. Adios, Anto-  
nio mio, adios.



## INDICE.

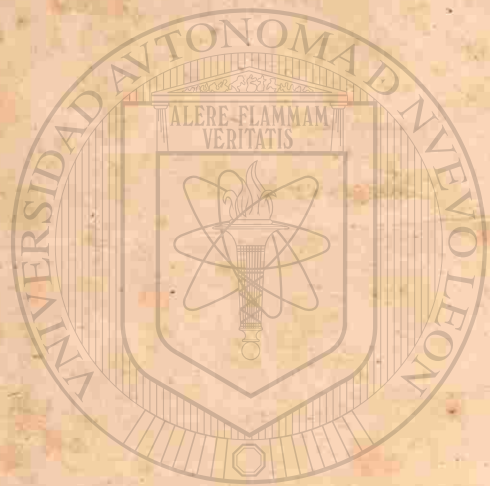
CARTA I.—El filósofo á Teodoro.	1	CARTA XXII . . . . .	198
CARTA II . . . . .	4	CARTA XXIII . . . . .	206
CARTA III . . . . .	10	CARTA XXIV . . . . .	215
CARTA IV . . . . .	16	CARTA XXV . . . . .	224
CARTA V . . . . .	23	CARTA XXVI . . . . .	232
CARTA VI . . . . .	33	CARTA XXVII . . . . .	240
CARTA VII . . . . .	42	CARTA XXVIII . . . . .	247
CARTA VIII . . . . .	52	CARTA XXIX . . . . .	255
CARTA IX . . . . .	64	CARTA XXX . . . . .	262
CARTA X . . . . .	75	CARTA XXXI . . . . .	269
CARTA XI . . . . .	86	CARTA XXXII . . . . .	277
CARTA XII . . . . .	98	CARTA XXXIII . . . . .	284
CARTA XIII . . . . .	109	CARTA XXXIV . . . . .	293
CARTA XIV . . . . .	118	CARTA XXXV . . . . .	303
CARTA XV . . . . .	129	CARTA XXXVI . . . . .	312
CARTA XVI . . . . .	140	CARTA XXXVII . . . . .	324
CARTA XVII . . . . .	151	CARTA XXXVIII . . . . .	337
CARTA XVIII . . . . .	162	CARTA XXXIX . . . . .	350
CARTA XIX . . . . .	171	CARTA XL . . . . .	355
CARTA XX . . . . .	180	CARTA XLI . . . . .	369
CARTA XXI . . . . .	189		

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



®



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®

Handwritten signature or initials in the bottom right corner of the right page.



TEC